José Soto Chica

Imperios y Bárbaros

La guerra en la Edad Oscura



IMPERIOS Y BÁRBAROS

LA GUERRA EN LA EDAD OSCURA

José Soto Chica

A mis padres,
Juan y María,
que me enseñaron
lo que realmente
es importante
y esencial .

Agradecimientos

Un libro tiene muchas páginas y, también, mucha gente extraordinaria detrás de cada una de ellas. Así que tengo que darles las gracias para que estas páginas estén de verdad completas y tengan pleno sentido. Alberto Pérez, coeditor de Desperta Ferro, historiador y amigo, me propuso escribir este libro. Ha sido, pues, la persona que lo concibió y, sobre todo, la persona que ha confiado en mí para llevar a término esta incursión en la Edad Oscura. Gracias, Alberto, sin tu confianza y aliento este libro, simplemente, no habría sido. Alberto, además, ha escrito, me ha regalado, un magnífico prólogo, ha revisado el manuscrito, eligió la fabulosa obra de Ulpiano Checa que engalana la portada y buscó y escogió las imágenes que ilustran su interior y, con todo ello, este volumen ha mejorado notablemente. Carlos de la Rocha, coeditor de Desperta Ferro y «señor de los mapas», ha trazado los croquis y planos de batallas y los mapas estratégicos y políticos que acompañan al libro y que lo hacen mucho más atractivo y comprensible. Muchas gracias, Carlos. Isabel López-Ayllón y Mónica Santos del Hierro revisaron y corrigieron el manuscrito. Su paciencia ha debido de ser infinita. Gracias de corazón.

Jorge Juan Soto, ha sido, como siempre, «mis ojos». Con él he pasado infinitas horas de estos últimos veinte años buscando las «huellas» de ejércitos bizantinos, persas y árabes por medio mundo y elucubrando sobre cuestiones tan «entretenidas» como si 40 000 hombres a punto de matarse entre sí caben o no en tal o cual llanura. Jorge, además, me ha descrito incontables mosaicos, miniaturas, marfiles, bajorrelieves… para poder formarme la imagen de armas, arreos, atuendos, etc. de la Edad Oscura y ha velado porque la informática fuera mi aliada y no mi enemiga. Gracias por estar siempre ahí.

El profesor Luis Roger me ayudó con no pocos textos latinos de difícil traducción e interpretación y, ante todo, me guio por las difíciles sendas de la China de los Tang. Sin su auxilio nunca habría podido acercarme a los textos chinos. Además, Luis revisó la transcripción de los términos militares y nombres chinos. Gracias, Luis, disfrutar de tu erudición es un extraordinario lujo que, sin embargo, palidece ante el de contar con tu amistad.

La profesora Gracia López tuvo la gentileza de revisar y corregir los términos y nombres árabes cuya transcripción es siempre una empresa arriesgada para quienes no somos arabistas. Gracia me ha facilitado, asimismo, la traducción de un interesante estudio sobre las espadas árabes del primer periodo y, ante todo, me ha brindado su saber y su amistad. Gracias.

La profesora Esther Sánchez me aclaró algunas cuestiones sobre santa Genoveva y la invasión de las Galias por Atila. Esther, además, tuvo la paciencia de describirme los

bajorrelieves de Nas-I-Rustam en Irán y varias piezas sasánidas del Museo Arqueológico de Teherán. Pero, ante todo, me ha regalado siempre su amistad. Esther, sencillamente, eres un resplandeciente tesoro. Gracias.

La doctora Narges Rahimi Jasari tuvo la amabilidad de traducirme del iraní los fragmentos de la obra de al-Dînawarî correspondientes a la batalla de Qadisiya.

El doctor Francisco Aguado me facilitó sus obras, aún inéditas, sobre las murallas de Constantinopla, su funcionamiento táctico y su guarnición y, junto con su esposa, Ana Cadena, me llevó de la mano por Constantinopla/Estambul. Paco y Ana son, sin duda, los últimos y a la par, los primeros bizantinos y su amistad es un Imperio. La arqueóloga Ana María Berenjeno me ayudó con la geografía de la región de Algeciras y de la antigua Laguna de la Janda para así poder entender mejor el desarrollo de la campaña y batalla de los montes Transductinos/Guadalete. Ana, con la que tantas horas pasé y paso desentrañando los misterios de Mesopotaminoi/Algeciras, es una de esas amistades que me hace caer en la cuenta de que debo de ser un tipo con mucha suerte.

Como siempre, agradezco profundamente a la profesora Encarnación Motos, mi maestra, y a Moschos Morfakidis Filactós, directores de mi centro de investigación: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada, su apoyo constante. Las profesoras del Centro de Estudios Bizantinos, mis amigas y compañeras, Maila García y Panagiota Papadopoulou, me han ayudado más de una vez con los textos bizantinos. Gracias.

Por último, mis hermanas, Esperanza y Mari, como siempre, han estado apoyándome y, mis hijos, Ciro Alejandro y Darío Ulises no solo me han apoyado, sino que han tenido una encomiable paciencia con un padre, a menudo, extraviado en su biblioteca.

A todos y a tantos otros amigos que, aunque no nombro, saben quiénes son y que son muy importantes para mí, gracias de corazón.

Prólogo

Alberto Pérez Rubio

Las penas se instalan en mi silla de montar, y dirijo a mi robusta dromedaria a las blancas ruinas de Ctesifonte. Me consuelo por mi suerte y encuentro solaz en la arruinada morada de los sasánidas, a quienes mis sucesivas desgracias me hacen recordar, porque son estas yesca para el recuerdo, y también para el olvido […]

El tiempo trocó su antiguo esplendor y la despojó de su prístina frescura, hasta convertirla en jirones gastados, como si el palacio, vacío de gentes y desolado, fuese una tumba, como si las noches celebrasen allí un funeral, después una boda.

Pero, si lo vieses, te recordaría las maravillas de unas gentes cuyo recuerdo no puede hacer palidecer oscuridad alguna. Si vieses el cuadro de la batalla en Antioquía, temblarías entre bizantinos y persas, cuando el destino esperaba, inmóvil, mientras Anusirwan, con su túnica verde oscuro sobre amarillo azafrán, comandaba las filas bajo el estandarte real […]

El cruel peso del tiempo ha caído sobre el palacio, saqueado, sin que sea estigma que esté despojado de sus alfombras de seda y de sus cortinas de Damasco. Sus murallas se elevan alto, y se ciernen sobre las cumbres de Ridwa y Quds, rozando las nubes blancas, como túnicas de algodón. ¿Fue el trabajo de hombres, para que lo habitasen los genios? ¿O el trabajo de genios para que lo habitasen los hombres?

Sin embargo, mientras lo contemplo, atestigua que su constructor no fue sino uno más entre los reyes. Y es como si pudiese ver a generales y tropas, hasta donde alcanza la vista; como si las embajadas extranjeras sufrieran bajo el sol, esperando consternados detrás de las multitudes; como si los juglares en el centro del salón canturrearan tonadas con labios de ciruela. Como si la fiesta hubiese sido anteayer y ayer la prisa por partir.

Construido para una alegría eterna, su dominio se tornó en condolencia y consuelo, y merece que ahora le preste mis lágrimas.

Oda a las ruinas de Ctesifonte , de al-Buhturî trad. Àlex Queraltó Bartrés, adaptada por Alberto Pérez Rubio

Así cantaba al-Buhturî, poeta de la corte abasí, en el siglo IX, a las ruinas de Ctesifonte, la otrora orgullosa corte de la casa de Sasán, cuando su milenario sueño no hacía sino comenzar, poco más de un siglo transcurrido de su

conquista por los árabes. Como el *Ozymandias* de Shelley, los versos de al-Buhturî, recuerdo y olvido, memoria y desmemoria, nos avisan de lo fugaz de las glorias humanas y de lo vano de nuestros afanes, granos minúsculos en el molino del tiempo.

Y, sin embargo, nos afanamos. Nos afanamos porque esa es nuestra esencia, porque esa es la esencia del hombre, y en ese afán peleamos contra el olvido. Porque, ¿qué es narrar historia sino esa pelea? Pelea desigual, tarea que, como la de Sísifo, no tiene final ni victoria, tampoco derrota, porque solo con arrostrarla ya hemos ganado, siquiera un poco, al negro telón de Cronos. Y eso lo saben hombres como José Soto Chica, Pepe, que con el mismo valor y la misma entereza con que arrostra la vida, arrostra nuestra pugna contra la desmemoria. Es para mí un orgullo ser su escudero en esta lid y poder ofrecerle la montura de Desperta Ferro para que, como un *saravan* de antaño, cabalgue, su acero y seda transmutados en palabra.

Sea usted, lector, también compañero de Pepe, en su batalla por arrojar luz a las tinieblas de una edad, oscura sí, pero acaso no más que otras que en el mundo han sido.

Tor, Ampurdán, agosto de 2019

Introducción

La guerra en la Edad Oscura: batallas y ejércitos olvidados

«El chorreo torrencial del fuego y la sangre, las incursiones de los bandidos, La invasión asesina, el clamor de los demonios, los gritos de los dragones…». [1] De esta estremecedora y apocalíptica manera, un obispo armenio de la segunda mitad del siglo VII trataba de trasladar a sus lectores el horror desencadenado por las grandes y continuas guerras de su tiempo. De hecho, aunque la Edad Media fue ya de por sí una época en la que la guerra se manifestó omnipresente, lo cierto es que el periodo que va del siglo V al VIII constituye un auténtico «clamor de demonios». Un bélico estruendo que configuró nuestro propio tiempo. En efecto, los siglos que van del V al VIII contemplaron los conflictos que transformaron de forma definitiva el antiguo mundo, configurado en esencia por la existencia de tres grandes imperios: el romano, el persa y el chino, en un nuevo mundo en el que las invasiones y conquistas araboislámicas quebraban para siempre la unidad del Mediterráneo romano, domeñaban al último Imperio persa, se apoderaban de Asia Central y del noroeste del subcontinente indio, rozaban las fronteras de China y, hacia el otro extremo del mundo antiguo, sumergían la Hispania visigoda y tentaban el Reino franco de las Galias.

Así pues, una época de transformación que conforma un nuevo mundo en el que se atisban ya las líneas generales de nuestro propio mundo. Pero, también, una época turbulenta y, por lo tanto, difícil de abordar. «Edad Oscura», [2] ese era el nombre que, durante mis años de carrera, finales de los noventa, se continuaba asignando al periodo que se extendía entre las grandes invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio. Esos cuatrocientos años que *grosso modo* se extendían entre la muerte de Teodosio el Grande y la coronación imperial de Carlomagno, eran campo de extraños y oscuros acontecimientos en los que ciudades arruinadas, salvajes tribus, imperios decadentes, reinos bárbaros y una arrolladora expansión islámica, proporcionaban el marco de unos siglos que parecían no tener más propósito que servir de puente entre el Imperio romano y la Edad Media.

Belicosos siglos. Por lo tanto, plenos en cambios e innovaciones tácticas, tecnológicas, logísticas, etc. Pues estos años, 451-751, contemplaron notables innovaciones en el arte de la guerra y situaron esta como centro y motor de no pocas de las grandes transformaciones políticas, sociales, culturales, económicas y religiosas del periodo.

«La guerra es la madre de todas las cosas», [3] decía en el siglo VI a. C. el filósofo griego Heráclito de Éfeso y nosotros podríamos añadir que nunca fue tan madre como en los turbulentos años que aquí vamos a abordar.

Grandes trasformaciones militares se dieron en estos siglos. Transformaciones que cambiaron para siempre el carácter y forma de la guerra. Este libro tratará de mostrarla en todas sus facetas durante este periodo vital de la historia universal. La organización de los ejércitos, su reclutamiento, paga y abastecimiento, la táctica y estrategia, el armamento y adiestramiento… Y, además, tratará de mostrar todo eso en funcionamiento mediante la breve descripción de algunas de las batallas más decisivas del periodo y, también, con casi toda seguridad, de la historia universal. Y es que, en última instancia, los ejércitos solo pueden entenderse del todo en batalla. Es en la batalla donde el armamento, el adiestramiento, la organización, la ideología y la táctica tienen su fin y su sentido.

El mundo entre los siglos V al VIII fue un mundo en guerra. Un mundo de grandes y disciplinados ejércitos imperiales con siglos de tradición militar a sus espaldas. Pero, asimismo, de bandas de salvajes guerreros sin más pasado que el de las nieblas de la leyenda. Un mundo de hierro y conquista. Pero, también, un mundo de perfeccionamiento e innovación militar. Ese continuo vaivén entre organización y barbarie, entre ejércitos muy complejos y con un grado de organización altamente desarrollado y bandas guerreras con eficaces pero poco estructuradas formas de combatir, es una característica siempre a tener en cuenta en una historia de la guerra en la Edad Oscura. Entre ambos extremos, que podrían estar representados por los ejércitos romano-bizantino, sasánida y chino, por un lado y, por otro, por las primitivas bandas guerreras de los eslavos y las anárquicas huestes de los señores de la guerra anglos y sajones, había todo un abanico de grados intermedios.

Otro tanto ocurría en el armamento. Entre el equipado caballero bizantino de hacia el año 600, con su cuerpo y el de su caballo poderosamente acorazados, portando escudo y armado con una apabullante panoplia ofensiva que incluía espada, arco compuesto asimétrico, lanza, dardos y venablos, y el guerrero eslavo sin armadura o protección de ningún tipo y armado solamente con un venablo o con un arco de curvatura simple y flechas envenenadas, había un salto tecnológico brutal. [4] La tecnología militar desempeñó siempre un papel determinante junto con la organización.

Los cambios constantes en las fronteras y las invasiones, estas últimas un factor bélico constante a lo largo de todo el periodo aquí estudiado, actuaron como vectores de trasmisión de la tecnología militar y del arte de la guerra. Así, por ejemplo, máquinas de guerra con mecanismos de contrapeso originarias de China fueron llevadas por los ávaros a Europa y fueron ellos, también, con casi toda seguridad, los que terminaron por extender en Europa occidental el uso del estribo que, aunque sobrevalorado

durante mucho tiempo por los historiadores, fue un elemento importante en el desarrollo de la caballería medieval a partir de la segunda mitad del siglo VIII.

Otro ejemplo: el gran arco compuesto asimétrico centroasiático o arco reflejo compuesto, un arma poderosa desarrollada por los hunos y cuyo antecedente era el arco compuesto escita inventado muchos siglos antes, fue un factor clave en la expansión de los hunos, desde luego, pero terminó siendo pieza fundamental del equipo de los caballeros bizantinos y sasánidas de los siglos VI y VII y un factor esencial a la hora de explicar, por ejemplo, las grandes victorias de los generales de Justiniano, Belisario y Narsés, sobre vándalos y ostrogodos. [5]

Otro invento de la época, uno en especial llamativo y que significó un cambio drástico en la guerra naval y de asedio durante los siglos VII al XII, fue el temido, misterioso y mal llamado «fuego griego», un arma que, en buena medida, presagiaba a la artillería y al lanzallamas y que supuso todo un prodigio técnico en cuanto al diseño de los sifones que se empleaban para propulsarlo y en cuanto a su formulación química. [6]

Además, en este periodo surgirían también algunas de las unidades tácticas más famosas y de mayor significado militar de la historia de la guerra como las unidades bizantinas del tipo *tagma* y *meros* [7] o como los *aynâd* árabes, o como la formación en *jamis* inventada por los primeros ejércitos califales. [8]

Además, los siglos aquí estudiados fueron también los siglos en que aparecieron algunos de los manuales tácticos más influyentes de la historia universal: el *Epítoma rei militaris* del hispano Flavio Vegecio Renato, escrito en algún momento de la primera mitad del siglo V, y el conocido como *Strategikon* del Pseudo-Mauricio redactado casi con toda seguridad en torno al año 613. [9]

Esta obra abarca un amplio espectro cronológico, tres siglos y un amplísimo escenario geográfico y cultural que va desde la China de los Tang al reino visigodo de Toledo y desde las fronteras de lo que hoy son Escocia e Inglaterra, a los bordes del Sahara. Del último ejército romano de Occidente al ejército de Carlos Martel y de la organización militar de la Persia sasánida a las anárquicas bandas guerreras de los eslavos. Será, pues, un largo viaje a través de disputados y ensangrentados campos de batalla en los que se sepultó un mundo, el de la Antigüedad, y se parió otro, el de la Edad Media. Cuando el largo viaje termine, el lector conocerá las claves de la guerra y de los ejércitos en una época apasionante: la Edad Oscura.

Notas

1 La cita es de Sebeos, 1995, quien escribía poco después de 680. Ver Macler, F., 1995.

2 Brown, P., 1997, 10.

3 Mondolfo, R. En griego guerra es *polemos* , esto es, un sustantivo masculino y, por lo tanto, la traducción literal sería «la guerra es el padre de todas las cosas».

4 Soto Chica, J., 2015, p. 78-87.

5 Karasulas, A., 2003; Heather, P., 2006, 206-208; Soto Chica, J., 2015, 78-80; Soto Chica, J.: «Narsés y la conquista de Italia, 552-554», 46-53.

6 Soto Chica, J.: «La invención del fuego griego y la lucha de bizantinos y árabes por el control del Mediterráneo: ingeniería militar y guerra naval en la Alta Edad Media», 113-133; Haldon, J.: «Greek fire revisited: recent and current research», 290-325.

7 Treadgold, W., 1995, 14, 61, 94-96.

8 Landau-Tasseron, E.: «Features of the Pre-Conquest Muslim Army in the Time of Muhammad», 299-336; Haldon, J.: «Seventh-Century Continuities: the Ajnäd and the "Thematic Myth", 379-423; Soto Chica, J.: «Yarmuk: la batalla que cambió Oriente», 30-37.

9 *Para Vegecio, ver Paniagua Aguilar, D., 1996; Strategikon, Mauricio, emperador de Oriente , 2014; Maurice's Strategikon , 1984.*

1

Los ejércitos de romanos y hunos a mediados del siglo V

La batalla es atroz, confusa, cruel y encarnizada,
totalmente distinta a cualquier otra
de las que se libraron en la antigüedad.

Se cuenta que se vieron allí tales hazañas
que el que se privara de contemplar este espectáculo
jamás en su vida podría haber visto nada más extraordinario. [1]

Jordanes, *Getica* , XL, 207

Mediodía del 20 de junio de 451, en los Campos Cataláunicos, a unas cinco millas al nordeste de Tricasses (Antigua Augustobona, y actual Troyes) sobre la vía que conduce a Artiaca (Arcis-sur-Aube) y a Durocatalaunum (Châlons-sur-Marne en Champaña).

Un sol implacable acompaña a la muerte. Con lentitud, fila tras fila, los cincuenta mil guerreros que sirven a las órdenes de Atila abandonan el gran círculo formado por centenares de carros que constituyen su campamento a la par que su apresurado refugio y toman posiciones en la llanura. Ante ellos se están formando sus enemigos: las legiones, *auxilia palatina, numeri* , cohortes y *vexillationes* del «último de los romanos», [2] el patricio y tres veces cónsul Flavio Aecio, *comes et magister utriusque militiae et patricius* [3] de la parte occidental del Imperio romano y las bandas guerreras de sus aliados visigodos, alanos, francos, burgundios y sajones. El campo de batalla no es una llanura perfecta. Una suave elevación del terreno la va transformando en una quebrada pendiente que culmina en un aplanado collado frente al flanco izquierdo de la formación de los romanos y que impide que tanto los hunos y sus vasallos, como los romanos y sus aliados, puedan ver por completo la disposición de la fuerza rival. Este hecho, que no ha sido resaltado por ningún estudioso de la batalla hasta el presente, será, como veremos, determinante para su resultado. Pero, mientras tanto, cuando las filas de hunos y romanos se van formando, el aire se carga con los bélicos sonidos que anteceden al combate y a la matanza, y una de las batallas decisivas de la historia, así como una de las más grandes y fieras de la antigüedad, está a punto de desencadenarse.

Pero para comprender bien la formidable lucha que iba a comenzar a 7,5 km, aproximadamente, al nordeste de la actual ciudad francesa de Troyes, primero tendremos que visualizar cómo estaban armados, adiestrados, organizados y abastecidos y con qué número de efectivos contaban los ejércitos enfrentados en la gran batalla.

BAJO ÁGUILAS Y DRAGONES

La composición y organización general de la fuerza

Adentrarse en la estructura general del Ejército romano de Occidente en el siglo V es siempre una aventura difícil y tiene como punto de partida estudiar las diferencias existentes entre los hombres que servían bajo águilas y dragones, los soldados romanos que, divididos en unidades fronterizas, *ripenses* o *limitanei* , y en unidades *comitatenses* , englobadas en los ejércitos de campaña o maniobra, seguían sirviendo bajo sus tradicionales «águilas» y bajo los «dragones» que, desde el siglo III, guiaban a las cohortes de infantería y a las unidades de caballería. Son esas diferencias entre *comitatenses* y *limitanei -ripenses* , así como los distintos cometidos, despliegue y asignación de medios, etc., las que definían la compleja organización y las capacidades del último ejército romano *in partibus Occidentis* .

En cuanto a los tipos de unidades del Ejército romano en el siglo V, se ha sostenido durante décadas una fuerte discusión en torno al número de integrantes de los diferentes tipos de legiones que aparecen mencionadas en la *Notitia dignitatum* y otras fuentes. En el siglo V había cuatro tipos de legiones: *palatinae, comitatenses, pseudocomitatenses* y *limitanei* . Las tres primeras clases militaban en los ejércitos de campaña y la última, en los de frontera. Tras agrios debates, el análisis de los textos y los datos arqueológicos han llevado a un cierto consenso consolidado por Treadgold en 1995. De acuerdo con sus resultados, que aceptamos, podemos concluir que las legiones del siglo V contaban con un promedio de 1000 hombres en sus filas, excepto las *pseudocomitatenses* que solo disponían de 500.

En cuanto a las otras unidades de infantería, *auxilia palatina* en el caso de los ejércitos *comitatenses* y cohortes, *auxilia, milites* y *numeri* en el caso de los ejércitos *limitanei* , hay acuerdo general en asignarles una fuerza de 500 hombres por unidad.

El mismo consenso suele darse sobre las unidades que componían la caballería romana del siglo V: *vexillationes palatinae* y *vexillationes comitatenses* en el caso de la caballería de los ejércitos de campaña y *cunei, alae* o simplemente *equites* en el caso de la caballería de los ejércitos de frontera. Todas ellas unidades de 500 jinetes. [4]

Ni que decir tiene que los números reales y operativos eran más bajos. Entonces, como ahora, pocas veces estaban completas las unidades militares.

Limitanei - ripenses : «los hombres de la frontera»

En cuanto a la organización y mando de los *limitanei* , hay que decir que aunque el grueso de las unidades *limitanei* servía bajo las órdenes de los *duces* , que eran doce hacia 408, también había unidades *limitanei* que servían a las órdenes de los seis *comites rei militaris –comes Italiae, comes Africae, comes Tingitaniae, comes tractus Argentoratensis, comes Britanniarum, comes litoris Saxonici per Britannias* – y de los *comites* del Ilírico y de Hispania. Estos ocho *comites* –término que significa «compañeros» y que dio origen al título nobiliario medieval conde– tenían el mismo tratamiento que los *duces* , el de *spectabili* , pero estaban por encima de ellos en la organización del ejército porque podían ejercer su mando sobre varios *duces* [5] o tener mando directo sobre unidades *comitatenses* y *limitanei* . Tal ocurría, por ejemplo, en el caso del *comes Tingitaniae* [6] o del *comes Hispaniarum* . [7] De los ocho *comites* con mando militar con que contaba la parte occidental del Imperio en 406, solo dos seguían activos en 451: los de Ilírico e Hispania.

No obstante, y como ya se apuntó más arriba, la mayoría de las unidades *limitanei* o *ripenses* servían bajo las órdenes de los *duces* (*dux* en singular) –término que significa «guiar» o «dirigir» y que a su vez dio origen al medieval duque.

Los *duces* tenían un rango senatorial y eran los mandos militares superiores en las provincias fronterizas o en aquellas otras que, como Armórica (la actual Bretaña francesa, buena parte de Normandía y regiones cercanas a ambas) estaban expuestas a ataques bárbaros continuos. Los *duces* aparecen en la *Notitia dignitatum* bajo la siguiente entrada: *Duces limitum infrascriptorum magistri peditum praesenti* . Es decir, «Duques de las fronteras bajo el mando del Maestre de los infantes». Tras el derrumbe de la mayor parte del *limes* renano, la pérdida de África y de la mayor parte de las Panonias, en 451 es probable que no quedaran más que seis duques, cinco de los cuales ni siquiera controlaban ya la totalidad del territorio que debían de proteger. Estos eran: el *dux tractus Armoricani et Neruicani* –seguramente restablecido hacia 442 tras un largo periodo de sublevaciones bagaudas–, el *dux Sequanici* –casi con toda seguridad recuperado por Aecio tras sus victorias sobre los francos en 445-446–, el *dux Belgicae secundae* –asimismo restablecido hacia 446 tras las exitosas campañas de Aecio contra los francos–, el *dux Mogontiacensis* , el *dux Pannoniae primae et Norici ripensis* y el *dux Raetiae primae et secundae* .



Figura 1: Las unidades limitanei eran comandadas por los seis comites rei militaris –comes Italiae, comes Africae, comes Tingitaniae, comes tractus Argentoratensis, comes Britanniarum, comes litoris Saxonici per Britannias – por los comites del Ilírico y de Hispania y por los duces . En la imagen, Britania y el comes Britanniarum en la copia de 1436 de la Notitia dignitatum .

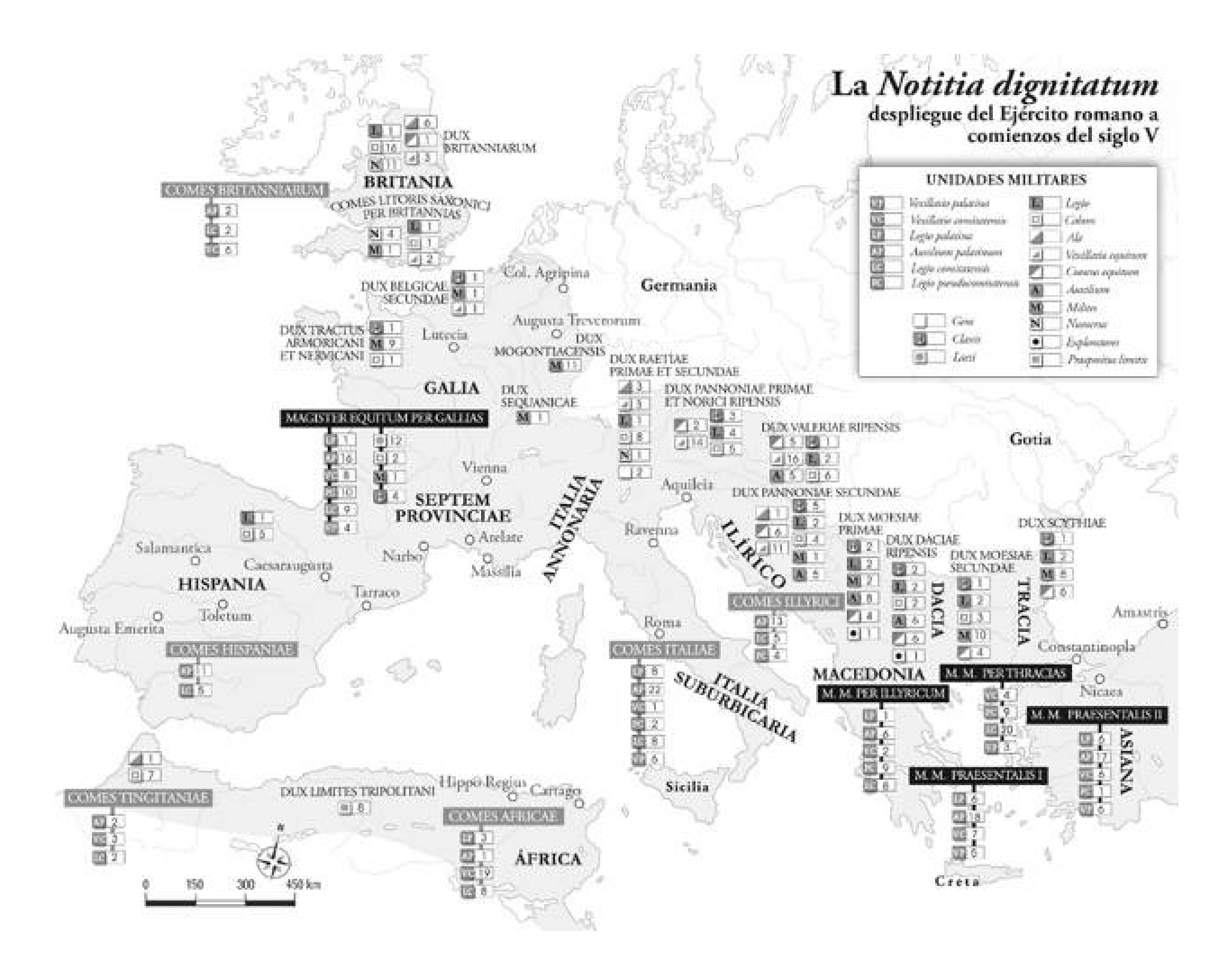
En cuanto a la fuerza que comandaban, el *dux tractus Armoricani et Neruicani* , en 421, mandaba sobre 9 legiones y 1 cohorte, un total de 9500 infantes. El *dux Sequanici* tenía a sus órdenes una sola unidad de infantería: los *milites latavienses* que sumaban 500 hombres. El *dux Belgicae secundae* mandaba sobre 1 unidad de caballería y sobre 1 cohorte, así como sobre una *classis* o flota que comprendía 500 jinetes, 500 infantes y quizá unos 2000 marineros e infantes de marina. Por su parte, el *dux Mogontiacensis* mandaba sobre 11 legiones. Una fuerza de infantería que sumaba 11 000 hombres. El *dux Pannoniae primae et Norici ripensis* comandaba 16 unidades de caballería, 8 legiones, 8 cohortes y 3 *classes* fluviales. Es decir, una fuerza que sumaba 8000 jinetes, 14 000 infantes y unos 3000 marineros e infantes de marina fluviales. El *dux Raetiae primae et secundae* tenía a su cargo 5 unidades de caballería, 6 legiones y 9 cohortes y *numeri* , un total aproximado de 2500 jinetes y 10 500 infantes. [8] Así que en 421 y, sobre el papel, los 6 *duces* que acabamos de consignar mandaban un total de 62 000 hombres: 46 000 infantes, 11 000 jinetes y 5000 marinos e infantes de marina que servían en las tres *classes* que aún navegaban por el Danubio y en la única que aún surcaba las aguas del canal de la Mancha.

Si sopesamos los datos expuestos nos percataremos de que las tropas de frontera antes analizadas contaban con alrededor de un 17,8 % de caballería, un 74,2 % de infantería y un 8 % de hombres destinados en las flotas *limitanei* . Si situamos estos números y porcentajes en el total de las tropas *limitanei in partibus Occidentis* , esto es, si

les sumamos las tropas *limitanei* que habían servido en África, Mauritania Tingitana, Hispania, el resto del Ilírico, Germania y Britania, los números y porcentajes totales originales hacia 406 eran de 190 000 hombres: 128 000 infantes, 48 000 jinetes y 14 000 marineros e infantes de marina de las *classes limitanei* . Lo que arroja un 25,3 % de caballería, un 67,4 % de infantería y un 7,3 % de hombres sirviendo en las flotas *limitanei* . Las cifras cobran su verdadero significado si se comparan con las de la parte oriental del Imperio en donde las tropas *limitanei* constaban de 195 500 hombres divididos en un 49,9 % de caballería y un 50,1 % de infantería, lo que significa que, ya en un principio el porcentaje de caballería de las tropas *limitanei* de Oriente doblaba, prácticamente, al de las de Occidente y, al llegar al 451, lo triplicaba. Creo que este es un factor relevante que puede explicar por qué las fronteras orientales fueron menos permeables y más seguras que las occidentales. [9]

Es, asimismo, revelador comparar ese porcentaje de tropas de caballería *limitanei* occidental, el 25,3 %, con el del porcentaje de jinetes que servían en los ejércitos *comitatenses* de Occidente, el 24,4 %. En este caso, la diferencia, menos de un 1 % a favor de los *limitanei* , revela que la supuesta superioridad en movilidad de los *comitatenses* basada en un mayor uso de la caballería no se correspondía con la realidad.

Las obligaciones de los *duces* quedan recogidas [10] en una constitución del Código Teodosiano: reclutar tropas para sostener las unidades a su cargo, adiestrarlas y armarlas como es debido, abastecerlas de todo lo necesario para cumplir con su cometido, vigilar y defender las provincias o sectores del *limes* que les habían sido confiados y atender al buen estado de las fortificaciones y comunicaciones de su gobernación. A veces no solo se exhortaba a los *duces* a velar por todo lo anterior, sino que se les amenazaba con: «Que, de no hacerlo, serían obligados a proveer con su fortuna privada, lo que no habían hecho con sus soldados y con los recursos del erario público». [11]



Durante mucho tiempo se ha visualizado a los *limitanei* como tropas de segunda clase que se transformaron en una suerte de milicia campesina ligada a sus tierras. [12] Esta es una visión equivocada, ya que los *limitanei* o *ripenses* nunca tuvieron como fuente principal de sus recursos las parcelas que les eran asignadas. Tampoco las trabajaban directamente. Era el sueldo, cobrado en moneda de bronce y los donativos imperiales, recibidos en plata y oro, amén de las raciones que se les entregaban de forma regular, lo que constituía la fuente esencial de sus ingresos y recursos. Además, tal como demuestra el hecho de que siguieran recibiendo tierras al licenciarse, no obtenían en propiedad las parcelas que les eran asignadas durante su servicio activo, sino que estas tan solo contribuían a su mantenimiento y, en general, lo hacían mediante fórmulas de arriendo, pues eran trabajadas por campesinos que entregaban una parte de los beneficios al soldado que ostentaba la titularidad de la parcela durante sus años de servicio. [13]

Al licenciarse, los veteranos de los *limitanei* no solo percibían tierras en propiedad, además de grano para la siembra, una yunta de bueyes y un pago en metálico, sino

también beneficios fiscales para ellos y sus familias, ya que, por ejemplo, estaban exentos del impuesto de capitación y de las tasas referentes al transporte de mercancías y al comercio, y disponían, asimismo, de facilidades para dedicarse a determinados negocios. [14]

Aunque es cierto que Constantino otorgó más privilegios a los *comitatenses* , nada permite sostener, como se hizo durante mucho tiempo, que los *ripenses* o *limitanei* se tornaran tropas de segunda clase con escasa capacidad militar o que su efectividad en el combate se deteriorara muy rápido a partir de las reformas de Constantino. [15] Más bien al contrario, de un atento estudio de las fuentes de la época lo que se desprende es que, hasta el final del reinado de Honorio (395-423), la capacidad militar de esas tropas de frontera tan vilipendiadas siguió siendo muy alta, tanto como para que, a partir del reinado de Valentiniano I (364-375), las unidades de *limitanei* fueran movilizadas desde sus lugares de emplazamiento en las fronteras para incorporarse a los ejércitos de *comitatenses* con el título de *pseudocomitatenses* . Esto indica que su efectividad y capacidad militar podían ser equiparables a las unidades de los ejércitos de campaña.

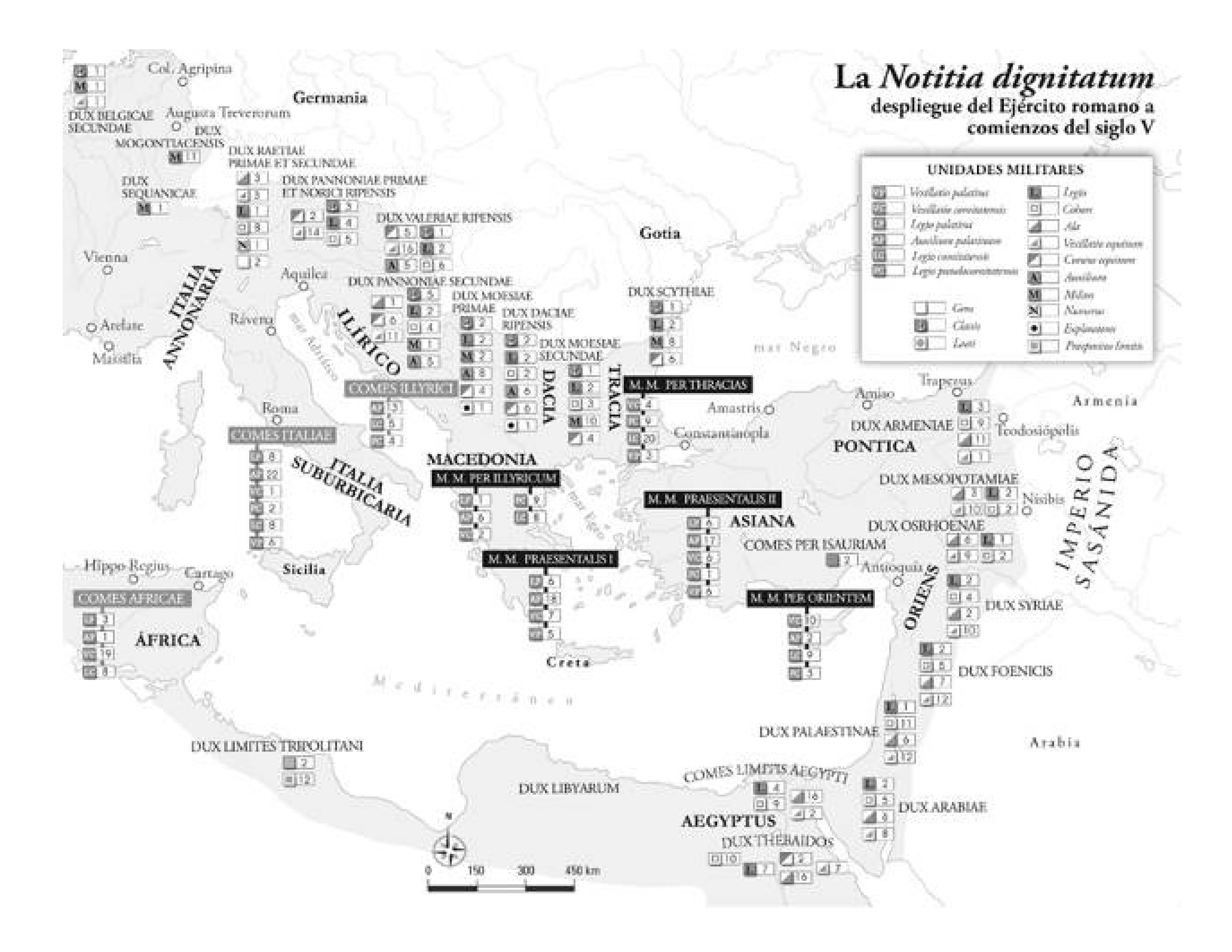
La fuerza y operatividad de los *limitanei* se manifestó con fuerza y claridad cuando, en 402, Estilicón ordenó a cuatro legiones *limitanei* , la Legio VI Victrix acantonada en Eburacum, Britania (York), la Legio III Italica asentada en Castra Regina, Retia y Ratisbona, la Legio I Minervia de guarnición en Bonna (Bon) y la Legio XXII Primigeneia con base en Mogontiacum (Maguncia) [16] que marcharan a toda prisa hasta Italia para sumarse al ejército de campaña en presencia del emperador y participar así en la batalla decisiva que se libró victoriosamente contra Alarico y sus godos en Pollenza. [17] Que Estilicón, en un momento tan grave, recurriera a tropas *limitanei* estacionadas tan lejos de Italia, demuestra la calidad de dichas tropas y su movilidad y permite constatar por qué era fácil trasvasar unidades *limitanei* a los ejércitos de campaña sin que estos vieran mermada lo más mínimo su operatividad y calidad. Este paso de unidades *limitanei* a unidades *comitatenses* alcanzaría su cénit entre 414 y 421. [18]

Sin embargo, a partir del año 423, se tuvo que producir un rápido declive de la operatividad y calidad de los *limitanei* . Lo sabemos gracias a una novela promulgada en 443 por Valentiniano III en la que se insta a los *duces* a que se dispusieran con urgencia a recuperar el número de soldados con que debían de contar las unidades bajo su mando, a que se ocuparan en persona y de forma eficaz de supervisar su estado y adiestramiento y a que restauraran sus acuartelamientos y fortificaciones. [19] La novela citada evidencia que para 443 la situación de las tropas de frontera era gravísima y ello ocho años antes de que Aecio se enfrentara a Atila en los Campos Cataláunicos. ¿Les daría tiempo a los *duces* a poner en marcha y a hacer efectivas las disposiciones contenidas en la ley de 443? Es poco probable que así fuera, porque lo que evidencia tanto la nula resistencia que Atila encontró a primeros de abril de 451 para cruzar el Rin como su rápido éxito al asaltar ciudades como Mettensem (Metz), Augusta Treverorum

(Tréveris) o Confluentes (actual Coblenza) es que los *limitanei* que defendían las provincias fronterizas seguían combatiendo, pero eran pocos y seguían contando con escasos medios.

Un documento excepcional, *La vida de San Severino* , una hagiografía escrita a inicios del siglo VI por un discípulo sobre la vida de su maestro, [20] un santo que dirigió la resistencia y guio la supervivencia de los provinciales de Retia y el Nórico (alrededor de las comarcas de las actuales Suiza, Baviera y Austria situadas al sur del Danubio) entre 454 y 482, nos certifica que así fue.

En efecto, en *Vita sancti Severini* (*La vida de san Severino*) se nos muestra que, en torno a 462, ocho años después de la muerte de Flavio Aecio, las unidades que defendían la frontera, en este caso las de los *ripenses* o *limitanei* que mantenían el *limes* danubiano, seguían existiendo y ocupando posiciones en las fronteras, pero no recibían ya ni su sueldo, ni apoyo alguno por parte del gobierno central. Esa situación de total desamparo parecía bastante reciente según se deduce del texto y del hecho constatado de que todavía en 449, el duque de Nórico, a la sazón llamado Promoto, seguía en activo y constituía uno de los mandos militares relevantes del Imperio. [21] La *Vita sancti Severini* lo ilustra de un modo magnífico cuando dice:



Mientras los romanos eran poderosos, en muchas ciudades los soldados eran sostenidos con las arcas públicas para que defendiesen las fronteras. Pero cuando esta costumbre cesó, muchas unidades se disolvieron. Los soldados de la guarnición de Batavis [actual Passau, en Baviera, Alemania] permanecieron en sus puestos y enviaron una delegación a Italia para averiguar por qué sus pagas no habían sido entregadas… [22]

El relato no tiene desperdicio. Los soldados de Batavis pertenecían a la Cohors IX Batavorum, una unidad *limitanei* de infantería legionaria a las órdenes de un tribuno que estaba bajo el mando del *dux Raetiae primae et secundae* y puesto que no enviaron su delegación a su *dux* , podemos suponer que este ya no ejercía poder alguno, o que, simplemente, había desaparecido. Sin embargo, los soldados de la guarnición de Batavis seguían defendiendo su acantonamiento y aún se consideraban sujetos a Roma pese a no percibir sus pagas. Así que el relato nos pone al corriente no solo del desamparo y la ruinosa situación de las fronteras romanas y sus defensores, sino también del espíritu de cuerpo, de la fuerza moral, tozudez incluso, que aún mostraban las abandonadas tropas romanas del *limes* . Este espíritu y combatividad se muestran

también en las páginas de *La vida de san Severino* . En efecto, en el capítulo IV de su vida se narra cómo el santo alentó la resistencia romana frente a los bárbaros y como los *limitanei* , pese a su aislamiento y la falta de paga y apoyo, aún eran capaces de repeler con éxito las incursiones de los bárbaros en el *limes* danubiano hacia el año 462.

Los *comitatenses*

Los ejércitos de campaña de Occidente tenían el mismo grave problema que los de frontera: la falta de recursos. Ahora bien, los recursos disponibles se les reservaba a los de campaña con preferencia a los de frontera, y por eso, y como muestran las acciones de Flavio Aecio en los años que van de 426 a 452, su capacidad militar aún fue notable. [23] Veremos así a las tropas *comitatenses* de Occidente vencer en el año 426, y bajo el mando de Aecio, a los visigodos en Arelate (Arlés). En 427, Félix, a la cabeza del «ejército de campaña en presencia del emperador» operó con éxito en Panonia y restableció allí el *limes* . En 428, Aecio conduciría al *limes* renano al «ejército de campaña de las Galias» y obtendría una destacada victoria sobre los francos. En 430, aniquiló a una banda guerrera goda conducida por un tal Anaolso que estaba saqueando los campos en torno a Arelate. Ese mismo año, marcharía a toda prisa a Retia y allí derrotaría a los jutungos, una de las tribus de los alamanes, mientras que en 431 limpiaría el Nórico de enemigos y restablecería el *limes* . Al año siguiente, el 432, en el norte de la Galia, derrotaría otra vez a los francos. Entre 435 y 436, Litorio, lugarteniente de Aecio y es probable que el nuevo *magister militum per Gallias* , aplastaría a los bagaudas de Armórica (a la sazón y *grosso modo* , las actuales Bretaña y Normandía), mientras que, al mismo tiempo y en 435, Aecio maniobraba contra los burgundios al frente del ejército de campaña de Italia y los derrotaba. En 436, este derrotó una vez más a los burgundios, que acababan de romper el tratado firmado con los romanos el año anterior. A comienzos del 437, Litorio, de nuevo al frente del ejército de campaña de la Galia, derrotó a los visigodos en Narbo Martius (Narbona), mientras que, en 438, Aecio vencería cumplidamente a los godos en la gran batalla de Mons Colubrarius, esto es, «la montaña de la serpiente», en la que, según Hidacio, contemporáneo de los hechos, causó 8000 bajas a la hueste de Teodorico I. Parece ser que ese mismo año, otro contingente romano operó con éxito al norte de la Galia frente a los francos. En 441, Asturio, *magister militum para Hispania* , derrota y dispersa a los bagaudas de la Tarraconense y, en 443, el hispano Merobaudes, poeta y militar, al frente de las tropas *comitatenses* de Hispania, reforzadas por contingentes de *comitatenses* galos, aplastaría un nuevo brote de la bagauda hispana, mientras que en 445 o 446 Aecio logró derrotar, junto con Mayoriano, futuro emperador y a la sazón uno de los mejores oficiales de Aecio, a los francos salios de Clodión en la batalla de Vicus Helena. Esta batalla tuvo lugar tras desbaratar el asedio franco de Tours y permitió a Aecio recuperar de manos bárbaras las ciudades de Arrás, Tornacum (Tournai), Camaracum (Cambrai), Durocortorum (Reims), Colonia Agrippinensis (Colonia), y la importantísima Tréveris. En fin, en 446 y 448, los *comitatenses* del ejército

de campaña de la Galia volverían a lograr nuevos éxitos en el norte de la Galia frente a los bagaudas y contingentes bárbaros. [24]

Lo arriba expuesto no es una lista exhaustiva, desde luego, pero muestra que las tropas *comitatenses* de tiempos de Aecio seguían siendo poderosas. Incluso tras la muerte de Flavio Aecio, estas tropas de los ejércitos de campaña de Occidente, tanto las de Italia como las de la Galia, siguieron enseñoreándose, por lo general, de los campos de batalla, cosechando notables victorias tales como las obtenidas bajo las órdenes del emperador Avito (455-456) y del *magister militum in praesenti* , Ricimero, en el año 456 contra los vándalos en Campania, Córcega y Agrigentum (Agrigento, Sicilia) o como las logradas ese mismo año en Panonia contra diversos pueblos bárbaros, o como la conseguida en 459 por los *comitatenses* conducidos por el emperador Julio Valerio Mayoriano (457-461) frente a los visigodos en Arelate. [25] En fin, como las logradas a las órdenes de Egidio, *magister equitum per Gallias* , es decir, «el maestre de caballería de las Galias», desde 457 hasta su muerte en 465, con quien los *comitatenses* de la Galia rechazarían a los francos y los derrotarían en 457-458 en Colonia Agrippinensis y en Tréveris expulsarían a los burgundios de Lugdunum (Lyon) en 458 y, más tarde, en 463, aplastarían a los visigodos en Aurelianorum (Orleans) y a los piratas sajones en la desembocadura del río Loira, el Liger de los romanos. [26]

Pero, ante todo, esa capacidad de combate, los *comitatenses* la evidenciaron en los Campos Cataláunicos y, aunque durante mucho tiempo, se les ha tratado de escamotear esa gloria trasladándola casi en exclusiva a los *foederati* visigodos y, en menor medida, a los francos y alanos, su destreza y valor ante Atila fueron un resonante canto de cisne de las últimas tropas romanas *comitatenses* del Occidente romano.

No sabemos cuándo surgieron los ejércitos *comitatenses* de Occidente, tan solo podemos decir que, en algún momento entre 337 y 364, el antiguo y único ejército de campaña de Constantino, *comitatus* , a las órdenes de dos *magister militum* : *magister peditum* y *magister equitum* , se dividió en varios ejércitos *comitatenses* y que Oriente terminaría contando con cinco grandes ejércitos de campaña, mientras que, como se ha referido, Occidente quedaría, en realidad, y en la práctica, con tres grandes ejércitos de campaña y cuatro más pequeños. Los dos principales ejércitos de los cinco que servían en Europa eran:

- El ejército «en presencia del emperador» asentado en Italia y bajo el mando directo del *magister peditum* : *iuris illustris comitis et magistri peditum praesentalis* , que desde época de Constancio III ostentaba con más frecuencia el título de *comes et magister utriusque militiae et patricius* , contaba con 5 *vexillationes palatinae* y 1 *vexillatio comitatensis* , 8 legiones *palatinae* , 22 *auxilia palatina* , 5 legiones *comitatenses* y 2 *pseudocomitatenses* . Una fuerza total de 28 000 hombres, de los cuales 3000 eran de caballería y 25 000 de infantería. Esto es, el ejército *in praesenti* de Occidente contaba con un 10,7 % de caballería y un 89,3 % de infantería.

- Por su parte, el *magister equitum per Gallias* contaba con 4 *vexillationes palatinae* , 8 *vexillationes comitatenses* , 1 legión *palatina* , 9 legiones *comitatenses* , 21 legiones *pseudocomitatenses* y 15 *auxilia palatina* , lo que representaba una fuerza total de 34 000 hombres: 6000 de caballería y 28 000 de infantería. Es decir, un ejército compuesto por un 17,6 % de caballería y un 82,4 % de infantería.

Así que los dos grandes ejércitos de campaña de Occidente sumaban 62 000 hombres del total de 109 500 *comitatenses* y, por lo tanto, representaban un 56,6 % del total de la fuerza. Lo demás, el 44,4 % restante se dividía entre el poderoso ejército de campaña de África y cuatro pequeños ejércitos: Britania, Hispania, Dalmacia y Mauritania Tingitana. [27]

Como hemos visto, el verdadero poder militar estaba reunido, de forma directa o subordinada, bajo la poderosa mano del *magister peditum in praesenti* . [28] Pero, por si lo anterior fuera poco, este, en la práctica el *comes et magister utriusque militiae et patricius* , mandaba también sobre las grandes *classes* (flotas) de Miseno y Rávena, así como sobre el resto de las *classes* del Mediterráneo, con sus respectivas tripulaciones e infantes de marina que sumaban en Occidente un total de 22 500 efectivos. Asimismo, ejercía también control sobre los *praepositi* de los *laeti* francos, sármatas, taifales y suevos, que eran oficiales al mando de los cantones donde, desde finales del siglo III, se habían asentado cientos de miles de francos y sármatas, principalmente, con la obligación de proporcionar reclutas a las unidades del Ejército romano. No es, pues, de extrañar que cuando Aecio, tras haber sido *magister equitum per Gallias* , se hizo con el verdadero poder en 433, controlara de inmediato esta magistratura militar y manifestara, también, su autoridad suprema con el título ya señalado de *comes et magister utriusque militiae et patricius* y revistiéndose por tres veces del consulado. Un título y una ostentación triple del consulado, que continuaban el ejemplo de Constancio III antes de ser coronado Augusto. [29]

Como ya se apuntó, los ejércitos *comitatenses* estaban mejor pagados y provistos por la intendencia imperial que los *limitanei* . Desde el año 372 tenían, además, preferencia en el reclutamiento y a sus unidades enviaban los mejores reclutas, los más fuertes y altos. Es probable que contaran también con mejor armamento y que conservaran un mejor nivel de adiestramiento y disciplina. No obstante, las diferencias en todos esos campos con los *limitanei* nunca fueron tan significativas como durante mucho tiempo se apuntó. [30]

Existían marcadas diferencias entre las distintas unidades *comitatenses* de infantería: las legiones *palatinae* , las *comitatenses* y *pseudocomitatenses* y las *auxilia palatina* . Las legiones *palatinae* , de las que había 12 en Occidente, el mismo número que poseía Oriente, eran unidades de élite de infantería pesada. Las *auxilia palatina* eran también unidades de élite, pero, en este caso, de infantería ligera. En un principio, en el siglo IV, tuvieron, asimismo, un fuerte carácter étnico, preponderantemente germánico y más

tarde estuvieron en especial provistas de reclutas salidos de los asentamientos de *laeti* francos, suevos y taifales de la Galia. [31] Por su parte, las legiones *comitatenses* habían constituido el núcleo original del *comitatus* imperial –el original ejército de campaña creado por Constantino I– y eran unidades de línea de excelente calidad. Las legiones *pseudocomitatenses* eran más pequeñas que las otras, solo contaban con 500 hombres por unidad, frente a los 1000 que de promedio constituían en el siglo V una legión *comitatensis, palatina* o *limitaneus* , y se habían formado a partir de unidades retiradas de las fronteras. Los *pseudocomitatenses* estaban peor pagados que los soldados de las legiones *comitatenses* y *palatinae* y tenían menos privilegios que ellos, pero estaban por encima de los legionarios y demás soldados de las fuerzas *limitanei -ripenses* y solían ser tropas duras y fiables.

Es habitual que el nombre de las legiones *comitatenses* y *palatinae* , así como el de los *auxilia palatina* , se vea acompañado de los apelativos *seniores* y *iuniores* . En ambos casos, se hace referencia a la división en dos de una legión o de una *auxilia palatina* original. En efecto, en el año 364, cuando Valentiniano I fue elevado a Augusto y nombró coemperador para Oriente a su hermano Valente, se produjo una primera y equitativa división de la fuerza militar. Algunas legiones y *auxilia palatina* se dividieron en dos y se reconstituyeron. Las que en 365 quedaron bajo Valentiniano I que era el augusto *senior* , recibieron ese apelativo y las que quedaron bajo Valente se denominaron *iuniores* , pues Valente era el augusto *iunior* . Las posteriores idas y venidas de las legiones de una parte a otra del Imperio y nuevas divisiones de la fuerza, como la llevada a cabo en 395, motivaron que en ambas partes del Imperio existiesen legiones de *seniores* y de *iuniores* .

Otras unidades legionarias de los ejércitos de campaña recibían nombres relacionados con su armamento, con el Augusto que las había creado, con su lugar de procedencia, con su origen étnico o con su ideal de servicio. En total, las dos partes del Imperio contaban hacia el año 400 con unas 185 legiones frente a las 56 que dejó tras de sí Diocleciano o las 33 que había en el Alto Imperio. [32] A inicios del siglo V había en Occidente 72 legiones en sus ejércitos de maniobra: 12 *palatinae* , 32 *comitatenses* y 28 *pseudocomitatenses* . [33]

En cuanto a la caballería *comitatensis* formaba en unidades llamadas *vexillationes, palatinae* y *comitatenses* , 43 en total, que solían denominarse *comites* y *equites* , por ejemplo, los *comites seniores* o los feroces *equites mauri* . Excepcionalmente, solo conocemos un caso, una *vexillatio* de caballería *comitatensis* del Occidente que recibió la denominación de *cuneus* : *cuneus equitum promotorum* , lo que indica que era una unidad promovida desde la caballería *limitanei* .

Tanto las *vexillationes palatinae* , como las *comitatenses* estaban constituidas por 500 jinetes. Las *vexillationes* tenían armados y equipados a sus jinetes como caballería pesada y semipesada, aunque eso no excluía el uso de arcos. Los *clibanarii* , la caballería mejor protegida y armada, los usaba como parte integrante de su equipo; las *vexillationes palatinae* eran consideradas unidades de caballería de élite y las *comitatenses* constituían la columna vertebral de la caballería de los ejércitos de campaña.

Como ya hemos apuntado antes, las unidades de *clibanarii* estaban constituidas por caballeros pesadamente armados y adiestrados para sostener las filas propias frente al enemigo o para romper las líneas adversarias. Los *clibanarii* que servían en Occidente, tan solo 2 unidades frente a las 8 que lo hacían en Oriente, disponían también de arcos compuestos, *equites clibanarii sagittarii* , así que sumaban la contundencia de la carga con lanza pesada y *spatha* , a la devastadora acción de sus lluvias de flechas. Una unidad de catafractos, los *equites catafractarii iuniores* , bajo la autoridad del *comes Britanniarum* , completaba las fuerzas de caballería pesada de los *comitatenses* de Occidente: 3 unidades con un total aproximado de 1500 jinetes.

Otras unidades de caballería *comitatensis* se denominaban *scutari, promoti* y *stablesiani* . Estas unidades eran de caballería semipesada y estaban adiestradas, en concreto, para la carga. Por su parte, las unidades llamadas *dalmatae* y *mauri* eran unidades de caballería más ligera adiestradas en hostigar al enemigo con dardos y venablos. También había unidades de caballería armada con arcos compuestos denominadas *sagittarii* . [34]

En suma, los ejércitos *comitatenses* de la parte occidental eran, aunque resulte paradójico y hasta el año 408, más poderosos sobre el papel que los de la parte oriental. Pues Occidente contaba con 181 unidades *comitatenses* en las que militaban 109 500 hombres, mientras que Oriente no contaba más que con 157 unidades *comitatenses* en las que servían 104 000 hombres. Es decir, Occidente contaba con un 51,3 % del total de la fuerza *comitatensis* frente al 48,7 % de Oriente.

Los porcentajes de caballería, el 19,7 % de caballería en Occidente frente al 20,7 % en Oriente y de infantería, el 80,3 % de infantería en Occidente, frente al 79,3 % en Oriente, muestran que los ejércitos *comitatenses* de ambas zonas eran parejos en la distribución de su fuerza y que era la infantería, y no la caballería, la que constituía la columna vertebral de su fuerza *comitatensis* .

Las scholae palatinae y los protectores domestici : la protección del emperador

Tras la batalla del Puente Milvio (312) y en sustitución de los pretorianos, aparecen nuevos cuerpos de guardia imperial: Las *scholae palatinae* , cuerpos de caballería pesada de élite, reclutados en origen y en buena medida entre veteranos y soldados de origen bárbaro, organizados en 6 *scholae* de 500 hombres cada una y bajo la autoridad del *magister officiorum* . Este potente cuerpo de guardia estaba, pues, bajo el mando del hombre que controlaba la cancillería imperial y que, además, y entre otras muchas atribuciones, tenía en sus manos lo que hoy llamaríamos servicios secretos y de información: los *curiosi* y los *agentes in rebus* , así como el correo imperial: el *cursus publicus* y las fábricas de armas. [35]

Sin embargo, la guardia y custodia del palacio imperial y del emperador no solo eran competencia de las *scholae* , sino también de otro cuerpo de guardia muy particular, los *protectores domestici* , cuyo origen se retrotraía a mediados del siglo III con el emperador Galieno (253-268), pues una de sus principales misiones consistía en custodiar al emperador. Los *protectores domestici* estaban bajo el mando del *comes domesticorum equitum et peditum* –con el tratamiento de *illustris* – quien mandaba sobre dos cuerpos: los *domestici ecutes* y los *domestici pedites* , que sumaban 1000 hombres en total. En época del emperador Honorio (395-423) se desdobló el mando de los *protectores domestici* y quedó en manos de dos *comes* : *comes domesticorum equitum* y *comes domesticorum peditum* . No parece que en Occidente perdurara tal división del mando, pues en época de Aecio volvía a haber un solo *comes domesticorum* con mando sobre infantes y jinetes.

Los *protectores domestici* eran un cuerpo formado por veteranos de primera línea reclutados entre lo mejor de los ejércitos o promovidos a los protectores por la influencia de sus poderosas familias. Los *protectores* no solo custodiaban la sagrada figura del emperador, sino que, durante sus años de servicio, de dos a cuatro años, se formaban para con posterioridad acceder al mando de las unidades que defendían al Imperio. [36] Así que a la par que de guardias del emperador, los *protectores* funcionaban como una escuela de estado mayor y también como consejo militar del emperador.



Figura 2: El *comes domesticorum equitum et peditum* , quien mandaba sobre dos cuerpos: los *domestici ecutes* y los *domestici pedites* . En época del emperador Honorio (395-423) se desdobló el mando de los *protectores domestici* y quedó en manos de dos *comes* : *comes domesticorum equitum* y *comes domesticorum peditum* , tal como aparece en esta imagen de la copia de 1436 de la *Notitia dignitatum* .

Tanto las *scholae* como los *protectores domestici* seguían llevando el tradicional manto blanco de la antigua guardia pretoriana [37] y su armamento y equipo eran de primera. Constituían en conjunto unas unidades de caballería e infantería pesada de élite que sumaban unos 4000 hombres.

Los bucelarios: mercenarios al servicio de los grandes señores

En el reinado de Teodosio I (379-395) surgen los bucelarios (*buccellarii*), bandas de mercenarios al servicio de generales, altos funcionarios y terratenientes. Que sepamos, los primeros bucelarios fueron reclutados por el *magister militum* Estilicón y su rival oriental, el prefecto del pretorio Rufino. [38]

El término «bucelario» deriva de *bucellatum* que no era sino la galleta o «pan del soldado» que servía como base de la alimentación de los hombres de armas. Conforme avanzó el siglo V, los bucelarios fueron constituyendo contingentes muy bien armados y adiestrados que llegaban a formar pequeños ejércitos privados, aunque sometidos por juramento al emperador. Su apogeo no llegaría hasta el siglo VI. Flavio Aecio tenía a su disposición un cuerpo de bucelarios. La mayoría de ellos eran hunos. Representaban un poderoso grupo armado de caballería pesada y de arqueros a caballo, que no solo escoltaban al patricio Aecio, sino que podían intervenir decisivamente en la batalla como cuerpo de choque.

Gracias a Juan de Antioquía conocemos el nombre de los jefes de los bucelarios de Aecio: Optila y Thraustila. El de Antioquía añade que eran hunos y que fueron ellos, como buenos bucelarios, los que vengaron a su señor, Aecio, dando muerte a su asesino, el augusto Valentiniano III. [39]

No sabemos cuántos bucelarios constituían el *comitatus* de Flavio Aecio, pero sin duda y a tenor de lo que ocurría y ocurrió con otros *magister militum* de su época y del siglo VI, formaban un grupo excelentemente armado y adiestrado de varios centenares de hombres. Así, por ejemplo, Narsés contaba en el año 552 con 400 bucelarios y Belisario en 533 llevaba consigo a 1000. [40]

Laeti, *gentilium* y sármatas: bárbaros orgullosos de ser romanos

A fines del siglo III y durante el primer tercio del siglo IV, tras las campañas contra los francos de Constancio Cloro y de Constantino I, docenas de miles de guerreros francos se asentaron como colonos en la Galia, los denominados *laeti* : «siervos». Los *laeti* recibieron tierras (*terrae laeticiae*), a cambio de las cuales estaban obligados, ellos y sus descendientes, a servir al ejército imperial. Los *laeti* , en su mayoría francos, pero también suevos y taifales, formaban en la Galia 12 acantonamientos o colonias puestas bajo la autoridad de *praepositi* militares romanos. [41] Sus reclutas eran de excelente calidad y se integraban en unidades regulares del Ejército romano. Solo en un caso, quizá en dos, los *laeti* constituyeron unidades propias: los *milites lataviensos* ya mencionados antes y que es probable que fueran los olibriones citados por Jordanes, y los *laetorum* , al servicio del *comes Hispaniarum* .

Además de los *laeti* , en Italia y también en la Galia, desde época de Constantino, existían 25 asentamientos de sármatas con las mismas características y propósitos que los *laeti* : proporcionar hombres al ejército.

Tanto los *laeti* como los sármatas se hallaban bajo la autoridad suprema del *magister peditum in praesenti* y es probable que fuera a las unidades *comitatenses* de este, a donde iban a parar la mayoría de los reclutas *laeti* y sármatas que, pese al tiempo transcurrido desde que se instalaron en el Imperio, conservaban su identidad étnica, la de ser francos y sármatas fundamentalmente, aunque, al mismo tiempo, hacían gala de su condición de *miles* romanos. Así, por ejemplo, la inscripción funeraria de uno de estos soldados, un *laeti* franco, dice: «Francus ego cives, romanus miles», [42] lo que literalmente quiere decir: «Soy ciudadano franco y soldado romano».

Los asentamientos de *laeti* y sármatas pervivirían más que el Imperio en Occidente y como veremos al tratar del ejército franco de Clodoveo, terminarían integrándose en los ejércitos merovingios.

LA CADENA DE MANDO

En la cúspide de la organización militar del Imperio romano de Occidente estaba el *comes et magister utriusque militiae et patricius* que, por principio, no era otro sino el antiguo *magister peditum in praesenti* que, a mediados del siglo V, era en la práctica el único jefe directo de los «ejércitos en presencia del emperador» y el comandante supremo y último de todas las fuerzas de Occidente. Bajo su autoridad se encontraban los ejércitos *comitatenses* de África, Iliria, Britania, Tingitana e Hispania, la flota imperial y los contingentes *limitanei* destacados en las fronteras y límites del Imperio.

Tras el *magister peditum in praesenti* se hallaba el *magister equitum per Gallias* y tras él los seis *comes rei militari* y los *comites et magistri militia* de Hispania e Iliria con mando directo sobre los ejércitos *comitatenses* más pequeños y sobre contingentes *limitanei* . Luego venían los doce *duces* con mando directo sobre la mayor parte de las tropas *limitanei* asentadas en las fronteras. Así pues, veintidós mandos superiores a los que se podía sumar el *comes domesticorum* y el *magister officiorum* , controlaban el poder militar *in partibus Occidentis* hacia el año 406.

Por debajo de ellos estaban los *praefecti* –prefectos–, los *praepositi* –praepósitos– y los *tribuni* –tribunos– que constituían los mandos medios del ejército o *principia* . [43]



Figura 3: Folio 42 del Codex Vergilius Vaticanus, siglo V, en el que se representan navíos de guerra, liburnas, dotados con una fila de remos y un espolón.

Los *praefecti* estaban al mando de las legiones *limitanei* y *pseudocomitatenses* . Pero, en Occidente, el título de *praefectus* podía verse acompañado del de *alaere* o, simplemente, del nombre de la correspondiente unidad y entonces indicar que comandaba un ala de caballería. Asimismo, un prefecto podía estar al mando de tropas de dos legiones distintas, pero acantonadas en un mismo lugar. Por ejemplo, el *praefectus legionis quintae Ioviae et sextae Herculeae* , en parte acantonadas en el castello Onagrino, a la sazón un castillo o gran fortaleza sito en la Panonia Secunda. [44] Un prefecto también podía comandar una legión y una cohorte, así como las unidades llamadas *milites* y *numeri* que, con toda probabilidad, estaban constituidas por unos 500 hombres reclutados en asentamientos de origen bárbaro. Por último, prefectos eran también los comandantes de las grandes *classes* marítimas y de las pequeñas *classis* fluviales *limitanei* , como por

ejemplo el *praefectus classis Misenatium* , con base en Miseno, Campania, [45] y el *praefectus classis primae Flaviae Augustae* con base en Sirmium (Sremska Mitrovica, en la actual Serbia). [46] Así que un prefecto podía mandar contingentes de entre 500 y varios miles de hombres, los cuales estaban integrados por unidades que casi siempre eran legiones, *numeri* o *classis* , pero que también podían ser de tropas de caballería.

El *praepositus* era un título bastante movedizo que puede equipararse, con matices, al de tribuno, y en el siglo V estaba ante todo ligado a los mandos de unidades con un fuerte carácter étnico o situadas en zonas muy expuestas y con escaso control central. Así, por ejemplo, los *limites* africanos fueron divididos en sectores que se pusieron bajo el control de un *praepositus limitis* , el cual tenía a su cargo unidades con un fuerte componente indígena, como por ejemplo el *praepositus limitis Tubuniensis* (actual Tobna en Argelia). [47] Estas unidades, que se habían puesto bajo el mando de los *praepositi* solían contar con unos 500 hombres.

También se designaban como *praepositi* los mandos militares encargados de administrar y controlar las colonias de *laeti* y sármatas instaladas en la Galia e Italia, responsables por ende de que el flujo de reclutas que dichos asentamientos debían de ofrecer fuera continuo y de calidad.

Los tribunos del siglo V ostentaban, asimismo, mandos muy diversos. Podían ser los oficiales a cargo de las legiones *comitatenses* y *palatinae* . [48] También los había a la cabeza de las unidades de las *scholae palatinae* , mientras que otros mandaban las *vexillationes* de la caballería *comitatensis* o los contingentes de infantería *comitatensis* de los *auxilia palatina* , o estaban a cargo de *cunei, alae* o *equites* de la caballería *limitanei* o al mando de las cohortes de la infantería *limitanei* o, incluso y al igual que los *praepositi* y *praefecti* , podían mandar *numeri* o unidades de fuerte carácter étnico, como por ejemplo el *tribunus gentis Marcomannorum* . [49] Es decir, el título de tribuno podía aplicarse a mandos de tropas *comitatenses* o *limitanei* , de caballería o de infantería, de tropas romanas de línea o de unidades constituidas por bárbaros instalados en el Imperio. Además, un tribuno en el siglo V estaba al mando de unidades de entre 500 y 1000 hombres. [50]

Como habrá podido deducirse de lo arriba expuesto, con los mandos intermedios, *praepositi, tribuni* y *praefecti* , tenemos el mismo problema que con los *magistri militia* , los *duces* y los *comites* : su movilidad y variabilidad en funciones, ubicación y fuerza, es altamente compleja.

Con los oficiales ocurre otro tanto. Sería demasiado prolijo describir con minuciosidad las funciones y clases de todos los oficiales, administrativos, de estado mayor o de línea, del Ejército romano del siglo V. Pero mencionaremos a los más importantes. Así, por ejemplo, el *campidoctor* era el oficial al mando del adiestramiento con las armas de los soldados. A veces, también recibía el nombre de *armatorum doctor* ,

al ser el encargado de dirigir la *armatura* , esto es, los ejercicios de los soldados con la espada, el escudo y la lanza. [51]

Algunos *duces* tenían como principal oficial a su mando al *primicerius* , que, en este caso, en el *officium* del *dux* , desempeñaba labores administrativas. Pero el *primicerius* también podía ser un oficial destinado a comandar tropas y, entonces, aparecía como el segundo al mando en las *vexillationes* , en las *alae* , en los *cunei* y en otras unidades, y quedaba bajo la autoridad de *praepositi* y tribunos. Tras el *primicerius* se hallaba un oficial que en las unidades de caballería aparecía con el sugerente y enigmático nombre de *senator* . [52] A este le seguía el *ducenario* , que mandaba 200 hombres –tanto en unidades de caballería, como de infantería–, y aunque se ha puesto en duda su existencia en el siglo V, su mención en el *Epitoma rei militaris* de Vegecio, [53] en una obra de san Jerónimo fechada a inicios del siglo V y en el tratado de Juan Lido, [54] ya del siglo VI, así como en los *officia* de los *duces* africanos nombrados para África en tiempos de Justiniano, evidencian que su existencia continuó a lo largo de todo el siglo V y se prolongó hasta las reformas militares del VII. Aunque, y esto no era una novedad en el Ejército romano del periodo, es posible que los *ducenarios* pasaran de ser oficiales de línea a oficiales de estado mayor.

Por debajo del *ducenario* , estaba el *centenario* que comandaba 100 hombres y era el sucesor directo del centurión. Juan Lido, que escribía a mediados del siglo VI, no deja lugar a dudas: «El *centenario* es el mismo a quien los griegos llaman *hecatontarca* y los antiguos romanos centurión». [55] Además de ser oficiales de línea a la cabeza de cien soldados, los *centenarios* también asumían tareas administrativas en el *officium* de un *dux* .

El *biarchus* es uno de esos oficiales enigmáticos del Ejército romano de este periodo. A tenor de lo que era en el Ejército bizantino del siglo VI y de lo poco que sabemos de él durante la quinta centuria, parece que fue cobrando importancia y que sus funciones eran administrativas y solo, en determinadas circunstancias, se veía al mando de tropas durante las operaciones.

La complejidad y número de lo que hoy llamaríamos suboficialidad nos lleva también a abreviar. Señalaremos que la clase de los *principales* (suboficiales), englobaba a los *optiones* , a los portaestandartes, a los *antesignani, metatores* , tañedores de *cornu, bucina* y *tuba* , a los *librarii, beneficiarii, tesserarii* y *decuriones* . [56]

El decurión de las unidades de caballería, de quien Vegecio se ocupa extensamente, mandaba una *turma* de 33 jinetes, incluido él mismo. [57] De manera que un *centenario* de caballería tenía tres *turmae* bajo su mando. Por su parte, el decurión de infantería seguía comandando a diez hombres entre los que se contaba él mismo.

El *optio* u optión, quien a mediados del siglo V y durante el siglo VI era el responsable de los abastecimientos de las unidades en campaña, pero que también podía asumir el mando de una unidad en caso de necesidad, fue, asimismo, cobrando importancia. Los *tesserarii* eran los encargados de distribuir las órdenes y de controlar, del mismo modo, las consignas durante las guardias. Por su parte, los *metatores* se adelantaban para localizar los lugares apropiados donde establecer el campamento de marcha, mientras que los *librarii* eran los encargados de llevar las cuentas y los asuntos relativos a los hombres de la unidad. Los *beneficiarii* eran una suerte de ayudas de los tribunos. Y, por último, como ya se ha dicho, los aquilíferos, *draconarii, signiferi* e *imaginiferii* eran los encargados de los estandartes e imágenes de las unidades, así como los tocadores de *cornu, bucina* y *tuba* , que eran los músicos encargados de transmitir las órdenes durante el combate y formaban parte de la suboficialidad.

Gracias a san Jerónimo, quien utiliza la escala de empleos y grados en una unidad de caballería para explicar el proceso de degradación que sufrieron los ángeles hasta llegar a la condición de demonios, podemos establecer con cierta claridad la cadena de mando en una unidad de caballería. En efecto, san Jerónimo nos dice: «Supón que alguien del rango del tribuno fuera degradado por sus vicios y que pasase por los diversos rangos de la caballería hasta que fuera un *tiro* . ¿Dejaría de ser tribuno para ser inmediatamente un recluta? No, sino que sería primicerio, después senador, *ducenario, centenario, biarcca, circitor* , jinete veterano y por último, recluta». [58] Es decir, y como el orden es inverso, sabemos que una *vexillatio, ala* o *cuneus* de caballería tenía a su mando a un tribuno, como segundo al mando a un *primicerius* , el tercer oficial en graduación sería un *senator* , el cuarto sería el *ducenario* , el quinto sería el *centenario* , luego vendría el *biarchus* , tras este el *circitor* , luego los soldados veteranos, los *equites* y, por último, los *tirones* o reclutas. Una condición esta última que se prolongaba dos años. De igual modo, por Juan Lido sabemos que, en su época, mediados del siglo VI, el *ducenario* estaba tras el *primicerius* en la cadena de mando de las unidades de caballería, y podemos concluir que, en algún momento, entre comienzos del siglo V, cuando escribía san Jerónimo y mediados del VI, cuando lo hacía Juan Lido, desapareció el empleo de *senator* . En cuanto a los *circitores* , en origen se ocupaban de proveer de dardos y jabalinas a los soldados de primera línea. Pero, en algún momento del siglo IV, pasaron a convertirse en suboficiales con la misión de organizar y supervisar la guardia de los campamentos y fortificaciones, teniendo bajo su mando directo a los *tesserarii* . Nótese que san Jerónimo no incluye en su lista de empleos de la caballería a los decuriones.

Podemos establecer, asimismo, el tipo de soldados con que solían contar las unidades romanas del siglo V. Su número y la variabilidad de funciones, nos dibuja un cuadro algo confuso y de una complejidad insólita. Así, por ejemplo, Juan Lido y Vegecio componen la siguiente lista de suboficiales y soldados: *adiutores* o asistentes de los oficiales, los *tesserarii* , encargados de transmitir las órdenes de los mandos entre la

tropa, los *signiferi* y los aquilíferos, que portaban las águilas, los *draconarii* que portaban los *dracones* , los *flamularii* , que portaban los *vexilla* o flámulas de las centurias, los *metatores* o mensuradores, encargados de ubicar y trazar los campamentos y fortificaciones, los *mensores* , que indicaban a los soldados donde levantar sus tiendas en el campamento trazado por los *metatores* y de buscarles alojamiento en las ciudades, los *munerarii* , que eran los soldados pertenecientes a lo que hoy llamaríamos Cuerpo de Ingenieros, los *tubicines* , que eran los trompetas o tocadores de tuba de las unidades de infantería, los *bucinatores* , que eran los trompetas de la caballería, los *cornicines* o tocadores de cuerno; continuaba la lista con los *beneficiarii* , ayudantes de los tribunos, los *librarii* , escribientes de las unidades, los *optiones* , encargados de los suministros, los candidatos, los *armatores* simples y dobles, los *inmunes* , los *torquati* simples y dobles, los *duplicari* y *sesquiplarii* , todos ellos soldados con privilegios en la entrega de raciones, exención de trabajos y ostentación de honores e insignias; también los *arquites* y *sagittarii* , esto es, los arqueros, los *andabatae* o coraceros, que portaban armaduras más pesadas así como grebas y que solían formar en la primera fila –*armatura prima* –, y que a veces podían recibir también el nombre de *ocreati* , los *vexillarii* o *hastati* , que esgrimían lanzas pesadas, los *lanciarii, pilarii, ferentarii* o *uerutarii* , que eran soldados hábiles sobre todo como lanzadores de jabalina y dardos, los *funditores* u honderos, los *expediti* , soldados de infantería armados a la ligera para luchar cuerpo a cuerpo, los *cursores* , tropas adiestradas para adentrarse en territorio enemigo con el objetivo de explorar o dar golpes de mano, los *balistarii* , que eran soldados especializados en montar y disparar las *balistae* y otras máquinas de guerra, los *vinarii* , soldados adiestrados en especial para la defensa de las murallas, los *protectores* , que eran soldados entrenados para dar protección a sus camaradas mientras estos disparaban sus flechas o dardos, los *clibanarii* , soldados de la caballería pesada, la cual constituían junto con los *catafractarii* , aunque los *clibanarii* portaban una armadura más pesada que los segundos y, por último, los *armigeri* , que eran especialmente duchos con la espada. [59]

Pero es que, además de soldados propiamente dichos, las unidades romanas de este periodo contaban con nutridos grupos de servidores del campamento. Estos eran de dos clases: los *calones* que se encargaban de suministrar leña al campamento y los *lixae* que se ocupaban de proveerlo de agua. Tanto los *calones* como los *lixae* , se ocupaban también de montar las tiendas, moler el grano y un sinfín más de tareas pesadas y rutinarias y todos ellos estaban a las órdenes de los *galiarios* que mandaban a 200 *calones* y *lixae* . [60]

La enumeración anterior no es exhaustiva, sino que se ve aumentada y complementada por las informaciones provenientes del registro epigráfico de cementerios militares, como el de Concordia en el norte de Italia y con las informaciones de otros tratados militares, como el *De rebus bellicis* , escrito en torno a 375 y cuyo autor se quejaba de la multitud de empleos, rangos y clases existentes entre la tropa y la

suboficialidad, lo que encarecía el sostenimiento del ejército, ya que un soldado veterano de primera clase podía cobrar hasta cinco veces más que un recluta, circunstancia que desalentaba el reclutamiento voluntario, pues al mantenerse en filas a soldados y suboficiales veteranos con hasta treinta y cuarenta años de servicio, se impedía el ascenso de los soldados más jóvenes.

Se constata, pues, una suerte de «inflación» de empleos, rangos y clases entre la suboficialidad y entre la tropa romana de este periodo, cuestión que entrañaba no pocos problemas de organización y que, ya en el siglo VI, Justiniano acometió y resolvió en sus reformas militares. [61]

LA LOGÌSTICA, LA GRAN BAZA DE LOS EJÉRCITOS ROMANOS

La logística del ejército era la gran baza de los romanos. Estaba en parte bajo el control del *magister officiorum* y de los prefectos del pretorio y de sus subordinados: los vicarios y los *comites* provinciales. Aunque en algunos campos tenían también su papel el *comes largitionum* y el *comes rei privatae* . Esta logística era minuciosa y muy efectiva. Sabemos, por ejemplo, que en el invierno de 451 Flavio Aecio había ya ordenado al prefecto de las Galias, a la sazón el eficaz Tonancio Ferreolo, [62] que dispusiera todo lo necesario para llevar a cabo una campaña en la primavera de 451. Cuando Aecio reunió a sus tropas romanas en Arelate y marchó hacia Aurelianorum, encontró no solo los almacenes de Arelate repletos para equipar y abastecer a su ejército, sino depósitos dispuestos en su ruta y repletos de vituallas, forraje y grano para los caballos, así como mulas, bestias de refresco y armas de repuesto. [63]

El efectivo y complejo sistema de impuestos bajoimperial establecía la *annona* como base para sostener al Ejército. Esta base se complementaba con otros impuestos: el *aurum tironicum* , el «impuesto de los reclutas», la tasa *mularum fiscalium vel equorum* , destinada a proveer de monturas y animales de carga al ejército, a la que se le añadía el *pastus primipili* , destinada a su alimentación, y el *vestis militaris* , cuya función era proveer de uniformes a los soldados y que correspondía con el antiguo impuesto que en 375 se llamaba *aurum comparaticium* . [64] Todos estos impuestos sostenían al Ejército. Recogidos en especie en su origen, la tendencia, iniciada en el siglo IV, muy desarrollada en el V y coronada en el siglo VI, fue que se sustituyera en su mayor parte la entrega de productos por su equivalente en moneda. [65] En el año 423, una disposición establecía la entrega de vestuario a los reclutas y de una cantidad en metálico a los veteranos para que se hicieran por sí mismos con las vestiduras que necesitaran reponer. [66]

Las autoridades locales, gobernadores, curiales de las ciudades y obispos, recibían del prefecto del pretorio, de los vicarios o de los *officia* de los *magistri* o los *duces* , las peticiones de productos concretos para abastecer a las unidades que pasarían por sus regiones o que se instalarían de forma provisional en ellas.

Por su parte, las *fabricae* , grandes enclaves manufactureros de armas, se hallaban bajo la autoridad del *magister officiorum* , quien delegaba su control y supervisión en los prefectos del pretorio de cada diócesis. Cada *fabrica* estaba altamente especializada en la fabricación de una o más piezas del equipo militar. Así sabemos de algunas que no producían más que espadas, armaduras, escudos, etc. y de otras que en la práctica fabricaban toda la panoplia, defensiva y ofensiva. [67]

Las grandes *fabricae* que surgieron tras la centralización de Diocleciano y, a lo largo del siglo IV, estaban servidas por artesanos muy especializados, los *fabricenses* , cuyo oficio era hereditario, así como por esclavos estatales. Además de esas grandes *fabricae* férreamente controladas por el gobierno imperial, las unidades militares contaban con sus propios talleres de reparación y producción servidos por especialistas y a los que, en determinadas circunstancias, eran destinados los soldados de la unidad cuando hacía falta aumentar la producción de armamento. La falta de *fabricae* en Hispania, Britania y África sugiere que este segundo modelo de producción era el que servía a las unidades allí destinadas y que los grandes ejércitos *comitatenses* de Italia y la Galia, así como el de Iliria y las unidades *limitanei* destinadas al Rin, al Danubio, a los Alpes y a la Galia, se proveían sobre todo de la producción salida de las *fabricae* señaladas en la *Notitia dignitatum* . [68]



Figura 4: Detalle del Folio 77 del Codex Vergilius Romanus, siglo V, con naves de guerra (liburnas), en las que viajan soldados, ataviados con manto y gorro frigio –lo que puede ser una convención ya que se representa a «troyanos»–, con escudos circulares y lanzas pero aparentemente sin armadura. El control de los cauces fluviales y del mar era indispensable para asegurar el aprovisionamiento del Ejército, al permitir el rápido desplazamiento de vituallas.

Además, existían talleres especializados en proveer de armaduras, armas y equipos a los oficiales de alto rango, a los mandos y a los cuerpos de guardia. Estas armas, armaduras y equipos se fabricaban con materiales más nobles: bronce, plata y oro y eran auténticas maravillas. El acceso a la provisión de armas de alta calidad de estas *fabricae* era vital. Así lo entendieron los jefes bárbaros y, de ahí, el interés de ostentar títulos romanos como el que pretendía y logró Alarico hacia el año 399, el de *magister militum per Illyricum* , un título que implicaba que podría proveer a sus guerreros con equipos y armas salidos de las *fabricae* de Iliria. [69]

A inicios del siglo V, la parte occidental del Imperio contaba con 20 *fabricae* . De ellas, 9 se encontraban en la prefectura de las Galias, con centros que reunían 2 *fabricae* como Augustodunum (Autun) y Tréveris, 6 en Italia y 5 en Iliria. [70] Si se compara con Oriente, que no poseía más que 15 *fabricae* , Occidente estaba mejor dotado para proveer de armas a sus tropas.

A comienzos de 451 una parte considerable de las fábricas de armas de la parte occidental, quizá 13 de las 20 originales, seguía bajo control romano y proveyendo de armas al ejército de Flavio Aecio. Puede que, ya lo veremos, algunos de los movimientos de las columnas de Atila tras cruzar el Rin tuvieran algo que ver con su interés por proveerse de armas romanas de primerísima calidad y de máquinas de guerra. Estas últimas fueron muy necesarias para los asedios que llevaría a cabo en la Galia, pero muy difíciles de transportar desde Panonia.

Una red de molinos de lana y de lino, casas de tinte y talleres, se ocupaba, asimismo, de proporcionar las túnicas, calzas, mantos, botas, etc., de los soldados. Occidente contaba únicamente con 2 molinos de lino frente a los 13 de Oriente y existían 7 casas de tinte en todo el Imperio para teñir la ropa de los soldados. Además, estos talleres destinados a proveer de ropas y uniformes a los soldados, se hallaban atendidos por esclavos estatales. [71]

Especialmente sofisticado y complejo era el sistema de remonta y aprovisionamiento de caballos de guerra, de silla, de carga y de mulas del ejército romano de este periodo. Este se proveía de caballos y de mulas mediante la compra y alquiler a los ciudadanos del Imperio y a algunos pueblos bárbaros del *limes* , así como mediante la cría en grandes cuadras de caballos de guerra situadas en las propiedades imperiales. La principal proveedora de estos últimos animales en Occidente era Hispania, en donde se situaban las cuadras de las unidades de los ejércitos *comitatenses* , mientras que Oriente tenía sus principales focos de provisión en Capadocia y Tracia. El responsable de la cría y provisión de caballos para el ejército era designado *tribunus stabuli* o *praepositi gregum et stabulorum* . Este funcionario se encontraba en Oriente bajo la autoridad del *comitis rerum privatarum* . El *tribunus stabuli* ostentaba un cargo muy importante y ambicionado. Estilicón lo obtuvo tras su exitosa embajada a Persia de 384 y puede que Vegecio, el autor del *Epitoma rei militaris* y probablemente un hispano, fueran también *tribunus stabuli* .

Los animales eran supervisados por veterinarios antes de enviarlos a las unidades. Se desechaban los que tenían mal carácter o eran débiles o perezosos y los machos se solían castrar. [72] El adiestramiento era intensivo y, entre otras cosas, se enseñaba a los caballos a nadar, a permanecer inmóviles, a arrodillarse, a tumbarse, a girar hacia un lado y otro, a dar la vuelta, trazar círculos, marchar en línea recta o en ángulo, etc., y, todo ello, al paso, al trote y al galope.

Si se trataba de comprar caballos a particulares, el tribuno o el jefe de la unidad que deseaba adquirir el caballo o caballos, debía solicitar su compra al gobernador provincial y especificar el tipo, número y condiciones de las bestias que se iban a comprar, así como el nombre y cantidad de soldados que enviaba para hacerse cargo del caballo o caballos. El funcionario pasaba la petición a un *strator* , [73] o caballerizo, que

se ocupaba de localizar, evaluar y, por último, de comprarlos a particulares. Una vez adquirido el animal o los animales, la administración expedía un recibo al soldado responsable que se hacía cargo hasta su entrega en la base de la unidad que había solicitado el caballo o caballos. [74]

Como puede verse, el sistema de aprovisionamiento y remonta del Ejército romano tardío era complejo, pero muy efectivo. Aunque resulte paradójico, el sistema romano proveía de más y de mejores caballos que el bárbaro y podía hacerlo en cualquier época del año. Ni tan siquiera los hunos, criadores de caballos, podían competir con los romanos en este campo, pues ellos dependían de los pastos de las llanuras húngara y valaca, con su limitado espacio para animales no estabulados en el que solo podían sostener como mucho a 150 000 caballos. Los romanos, con su sistema mixto de cuadras imperiales y compra a particulares, podían mantener una provisión constante de caballos de silla y carga, adiestrados a la perfección y prontos a ser reclutados en cualquier momento del año. Tanto Ferrill como Heather han señalado este aspecto tan llamativo de la pugna entre hunos y romanos. [75]

En cuanto al aprovisionamiento e intendencia regular de las unidades romanas, los *officia* de los *magistri* y de los *duces* solicitaban a los de los prefectos todo lo necesario para sus tropas y los *optiones* de las unidades hacían lo propio con los *officia* de sus *duces* y de los *magistri* . En el *officium* , las cuestiones de aprovisionamiento estaban a cargo de los numerarios y de los regentes, que cada cuatro meses recibían las pagas de los soldados y, de ellas, deducían lo necesario para que los *optiones* compraran los víveres para sus unidades. Esta fórmula, desarrollada y regulada con disposiciones emitidas en los años 396, 409 y 423, ponía a disposición de las unidades el equivalente en metálico de los suministros de la unidad para que estas comprasen en su zona de despliegue todo lo necesario, abaratando el total y mejorando la calidad del suministro y, por ende, favoreciendo a los soldados tanto como al Estado. [76]

Los *limitanei* acabaron empleando un sistema mixto. Recibían raciones para nueve meses y paga en metálico para aprovisionarse los otros tres meses. Además, disponían de sus propios pastos para alimentar a sus caballos y bestias de carga y de campos que les proporcionaban alimentos que complementaban sus raciones. [77] Estas raciones solían componerse de vino de la última añada, así se especificaba desde 398, que mezclado con agua potabilizaba a esta última e impedía infecciones gástricas, así como aceite de oliva, trigo, para preparar el *bucellatum* (las galletas o pan del soldado), tocino o carne salada, casi siempre de cerdo y cordero y, en ocasiones, carne fresca de vacuno, frutas, verduras, legumbres y pescado en salazón.

Los papiros descubiertos en Oxirrinco, Egipto, nos informan sobre las raciones diarias recogidas por los soldados: 1,4 kg de pan, 1 kg de carne de cerdo, 1,1 l de vino y 0,7 l de aceite. Lo abultado de estas raciones diarias hizo pensar a algunos historiadores

que se trataba de una evidencia de fraude, pero en mi opinión esas raciones no alimentaban solo al soldado, sino también a su familia y a los servidores que, con cada vez mayor frecuencia, solían tener consigo los soldados de este periodo. [78] Esta suposición se ve apoyada por una ley del año 406 [79] que reconoce el derecho de las familias de los soldados a ser incluidas en el reparto de las raciones militares.

Por lo general, y en campaña, los soldados recibían raciones de *bucellatum* , pan, tocino y cordero, vino y vinagre. La distribución de estos alimentos de campaña estaba regulada y era la siguiente: dos de cada tres días de campaña el soldado recibía una ración de *bucellatum* y de carne de cordero, mientras que, al tercer día, se le entregaba una ración de pan y otra de tocino. Además, cada día el soldado recibía alternativamente, o vino, o vinagre. [80] Al salir en campaña, los soldados se proveían de raciones para veinte días. [81] Como es evidente, eso significaba que no podían llevarlas encima y, por eso, cada diez hombres disponían de una mula que portaba parte de esos víveres, un molino de mano para el trigo y la tienda de campaña, y cada centuria de un carro ligero de dos ruedas en el que se llevaban herramientas y armas suplementarias. Las cohortes, legiones etc., disponían, asimismo, de carros, *carragines* , pesados de cuatro ruedas para trasladar el grueso de los víveres y del grano y el forraje de las bestias, las herramientas más pesadas y las piezas y engranajes con las que montar máquinas de guerra y pontones.

Se ha calculado que 1000 hombres consumían al día 1500 kg de cereales. Como una carreta romana tirada por dos mulas podía desplazar 500 kg, nos podemos hacer una idea del problema logístico que podía significar aprovisionar a un gran ejército de miles de hombres y bestias. Ese problema logístico no se ceñía solo a las dificultades para reunir suficientes víveres y forraje, sino también para su conservación y defensa. Vegecio, en el capítulo III de su libro III, aborda esta cuestión. Se debía de calcular con cuidado la cantidad de víveres y forraje necesarios para la campaña y ese cálculo debían excederlo con creces para que nunca faltaran los víveres, aunque se alargara la campaña. Decidido el montante total de los abastecimientos necesarios para la campaña, se enviaba a las autoridades provinciales la petición con tiempo para que dispusieran los víveres demandados y si no se lograban reunir por completo, comprar lo que faltaba a particulares pagándolo por adelantado. Se debían de agrupar los abastecimientos en *horrea* y fortines custodiados por soldados y garantizar de esa forma que el enemigo o la perfidia no privaran al ejército de los víveres y el forraje necesarios. Pues como recordaba Vegecio: «Han perecido más ejércitos por la carestía que por la espada». [82]

El control de los ríos interiores, en el caso que aquí nos ocupa (el Ródano, el Sena y el Loira…) facilitaba en demasía la tarea del suministro. La red de calzadas, utilizable por completo aún en el siglo V y, en buena medida, todavía dotada de una *mansio*

donde recibir apoyo logístico, y de *horrea* , graneros estatales, debió facilitar también los suministros del ejército de Aecio.

La sanidad militar estaba también muy desarrollada. Vegecio, en su *Epitoma rei militaris* , le dedica el capítulo II de su libro III. Cuestiones vitales como evitar lugares insalubres a la hora de montar los campamentos, la calidad del agua, la buena conservación de los víveres, la disposición de letrinas, la dieta y el ejercicio físico, [83] se tenían en cuenta y, a todo ello, se sumaba la presencia en cada unidad de médicos y veterinarios.

Como se puede ver, la planificación romana era compleja y efectiva y todo parece indicar que en 451 seguía siendo una máquina perfectamente engrasada. Atila, que no contaba con una organización comparable, sino que vivía del saqueo, no pudo hacer frente a semejante despliegue logístico.

EL RECLUTAMIENTO Y ADIESTRAMIENTO

Sin duda, uno de los principales problemas del Ejército romano del siglo V fue el del reclutamiento. El romano era un ejército profesional y, por ende, necesitado de una remesa constante y continuada de nuevos reclutas. La situación era ya grave en la segunda mitad del siglo IV y en el siglo V las sangrías producidas por las invasiones y las guerras civiles no hicieron sino agravar el problema.

El sistema de reclutamiento imperial de este periodo lo puso en marcha Constantino. Se puso al día el censo militar [84] y se exploraron todas las posibles fuentes de recluta: se obligaba a las ciudades a entregar anualmente un cupo de soldados. También los grandes propietarios tenían que entregar hombres para el ejército y los demás propietarios tenían que sumar esfuerzos para reunir la suma equivalente a un recluta: 36 sólidos áureos. Todo esto y el alistamiento y leva de campesinos procedentes de provincias tradicionalmente belicosas, en este periodo sobre todo Iliria y las Panonias, Galia y Mauritania y, en menor medida, Britania e Hispania, [85] proveían de un número sustancial de reclutas que se sumaban al proporcionado por el reenganche de veteranos, muy apreciados, el reclutamiento forzoso de hijos de soldados y a las levas suministradas por los asentamientos de *laeti* francos, sármatas, suevos y taifales de los que ya hemos hablado. Además, bárbaros de más allá del *limes* se enrolaban a título particular o en bandas guerreras que eran integradas en las formaciones regulares romanas o constituyendo nuevas unidades de carácter étnico pero puestas bajo las órdenes de *praepositi* y tribunos romanos y, con todo ello, se trataba de completar las filas romanas que, como ocurre hoy día y siempre ha ocurrido, pocas veces se hallaban completas.

Los hombres reclutados ingresaban como *tiro* , «recluta», condición que mantenían durante al menos dos años y que, a veces, duraba hasta cinco e implicaba una menor paga y menos derechos. Luego pasaban a *miles gregarius* , en el caso de la infantería, o de *eques* , en el de la caballería, y después iban ascendiendo a través de las distintas clases de soldados veteranos, hasta llegar al grado o clase de los que cobraban cinco veces la paga inicial y quedaban exentos de trabajos manuales. A continuación, los que destacaban y tenían suerte ascendían a suboficiales y, de forma excepcional, a oficiales y mandos.

Por lo general, algunos oficios considerados como de baja condición o que eran propios de mujeres, por ejemplo, los tejedores, los pajareros, los pescadores o los pasteleros, no eran muy bien acogidos, mientras que los carpinteros, herreros, albañiles, cazadores de ciervo y de jabalí, etc., eran muy apreciados por el Ejército. Pero, por encima de todo, este prefería a los campesinos y excluía, en principio, pues así lo establecía una ley de 380, a los esclavos, empleados de burdeles y tabernas, panaderos y cocineros. [86] En principio, los funcionarios, curiales y el clero estaban exentos por su importancia para el buen funcionamiento del Estado y por cuestiones religiosas. Pero la necesidad acuciante, agobiante incluso, de reclutas que sufrió el Ejército romano durante los siglos IV y V, rompía a menudo con esas prevenciones, prohibiciones y exenciones. Así, por ejemplo, en una ley promulgada el 13 de abril de 406 se dispuso el reclutamiento masivo de esclavos a los que se les otorgaba la libertad y una prima de enganche de 2 sólidos áureos, a cambio de su alistamiento. [87]

Es una ardua tarea lograr comprender y explicar los problemas de reclutamiento y deserción del Ejército romano en los siglos IV y V. Sobre todo, porque esos problemas no existieron en el Oriente del siglo VI, como tampoco se habían manifestado en el Imperio en crisis del siglo III. Se ha tratado de explicar la cuestión echando mano de muy diferentes teorías: el miedo a los bárbaros, la falta de interés en servir lejos del terruño o ciudad, la falta de población por mor de una pretendida caída de la demografía, el rechazo a la guerra y el pacifismo del cristianismo primitivo, la corrupción de los funcionarios y mandos superiores que se embolsaban el dinero destinado al reclutamiento, entre otras. Ninguna de esas explicaciones se sostiene. Los bárbaros del siglo V no eran más terribles que los del siglo III o los del VI. Los soldados del siglo III y del VI servían tantos años y, a menudo, tan lejos de casa, como los de los siglos IV y V, el cristianismo era aún más omnipresente y tan pacifista en el siglo VI de lo que lo había sido en el siglo V, y en cuanto a la baja demografía, hoy sabemos que el siglo IV no fue un siglo de retroceso demográfico, sino de expansión. De hecho, regiones como Britania no lograrían el nivel de población que alcanzaron en el siglo IV hasta inicios del XIV, mientras que, por ejemplo, el África romana no llegaría a alcanzar dichos niveles hasta el siglo XIX. Además, el ciclo de crecimiento demográfico se mantuvo en Oriente a lo largo de todo el siglo V. [88] ¿Entonces, qué llevaba a los posibles reclutas a cortarse los pulgares o a enfrentarse a ser quemados en la hoguera? [89] La

situación económica de los soldados no era, en modo alguno, mala. Un soldado veterano de los ejércitos de campaña ganaba el doble de lo que cobraba un trabajador manual no especializado. Además, su salario regular no era su única fuente de ingresos. Cada aniversario del augusto reinante cobraba una prima y cada cinco años, la quinquenalia, una importante suma de 5 sólidos áureos como celebración de la subida al trono del augusto. Como durante la mayor parte del siglo V, siempre hubo dos, tres y hasta cuatro augustos, en la práctica, los *quinquenalia* o *augustatica* se cobraban cada dos o tres años. Y, a todo eso, se debía sumar la participación en el botín y las exenciones fiscales: los soldados no pagaban la capitación, ni el impuesto personal, y estaban también exentos de otras tasas e impuestos, de manera que todos esos beneficios fiscales eran aplicados también a su familia directa y, tras cinco años de servicio, a sus padres. [90] Tras su licencia, la condición de los veteranos tras alcanzar su *emerita missio* o su *honesta missio* , licencia meritoria y licencia honrosa, que se producían, respectivamente, tras veinticuatro y veinte años de servicio, era acomodada y así lo demuestra la correspondencia que se ha conservado de la época. Los soldados licenciados recibían una parcela de tierra nada desdeñable, un pago en dinero, dos bueyes y, para la siembra, 50 modios de grano de cada una de las tres clases de cereal: trigo, cebada y centeno –unos 600 kg aproximadamente de cada clase y suficiente para sembrar 60 yugadas, 15 hectáreas– amén de beneficios fiscales y facilidades para comerciar, dedicarse al transporte o poner un negocio. [91] En caso de licencia por heridas en combate, *emerita missio* , o por enfermedad durante el servicio, *causaria missio* , el soldado tampoco quedaba sin resguardo. Recibía una pensión y todos los beneficios fiscales y facilidades para poner un negocio, dedicarse al comercio o al transporte.



Figura 5: Lado noroeste de la base del denominado obelisco de Teodosio, en Constantinopla, donde fue trasladado por dicho emperador en 390 para adornar la *spina* del circo. Se representa al emperador rodeado de su corte y guardias (*protectores domestici*), recibiendo la sumisión de enviados bárbaros.

Así que ser soldado no constituía ninguna desventaja social o económica y permitía ascender socialmente y proveerse en el futuro de una vida acomodada y superior a la de muchos conciudadanos civiles.

Quizá deberíamos de buscar la explicación a la insuficiencia de reclutas en la falta de confianza que se produjo en el sistema tras las guerras civiles y las derrotas frente a los bárbaros que se padecieron en el periodo que se inició con la crudelísima batalla de Mursa (351). Es esa falta de confianza en el sistema lo que se evidencia en los escritos de hombres como Paulo Orosio, Sulpicio Severo, el Pseudo-Próspero de Aquitania o Salviano de Marsella, [92] o en los estallidos rebeldes de los bagaudas y puede que calara en una parte significativa de los ciudadanos del Occidente romano. No obstante, también hay que señalar que, mientras que en algunas partes del Imperio, como en

Italia, había dificultades con la leva y el reclutamiento, es en la misma Italia donde Amiano Marcelino señala a los «múreos», esto es, «mutilados», aquellos que se cortaban los pulgares para tratar de evitar el servicio en el ejército, mientras que en otras partes del Imperio este no tuvo nunca problemas en proveerse de excelentes reclutas y la población jamás trató de evadir sus responsabilidades militares. Tal fue el caso de la Galia, ubicación que señala Amiano Marcelino, la cual conocía de primera mano, [93] y de Iliria, país de soldados por antonomasia.

Pero no obstante la necesidad de reclutas, el Ejército romano siempre demandó que sus hombres cumplieran una serie de requisitos físicos y morales exigentes y vigilaba para que los grandes terratenientes, los posesores y las ciudades no le enviaran reclutas de mala calidad. [94] Por tanto, los reclutas del Ejército romano del siglo V tenían que tener entre 18 y 35 años y medir un mínimo de 5 pies y 7 onzas (1,65 m). Se exigía, asimismo, buena vista y un físico fuerte y sano, [95] todo lo cual era supervisado por el médico de la unidad a la que se destinaba el recluta.

Estos, aun habiendo pasado el examen anterior, no eran de inmediato admitidos en el ejército. Primero tenían que superar un periodo de prueba y adiestramiento llamado *probatio* y en el que Vegecio pedía que se extremara el rigor. Duraba cuatro meses y, durante la misma, se sometía a los reclutas a todo tipo de ejercicios físicos y a una vida dura y frugal. Si los reclutas no superaban la *probatio* eran rechazados. Pero si lo conseguían, eran tatuados en las manos con los emblemas del ejército y de su unidad y tras formular de viva voz en una ceremonia su *sacramentum militiae* , su juramento militar, pasaban a ser soldados y a ser incluidos en las listas de su unidad. [96]

Continuaba, entonces, el adiestramiento con mayor rigor si cabe. Los *tirones* , es decir, los reclutas, eran adiestrados en la carrera campo a través, *campicursio* , [97] y en los tres tipos de paso que usaba el Ejército romano: el «paso militar», en el que los soldados aprendían a marchar en orden cerrado y a un ritmo constante que les permitía cubrir en cinco horas, sin perder el orden, 20 millas, 29,6 km a una velocidad promedio de 5,92 km por hora; el «paso ligero», también en orden cerrado y usado cuando se necesitaba llevar a cabo una marcha forzada, en este caso, los soldados cubrían en buen orden una distancia de 24 millas en cinco horas, 35,52 km a un promedio de 7,6 km por hora; y, por último, se ensayaba «la carrera» en donde la masa de la unidad se lanzaba a la carga gritando y a toda velocidad, para asaltar una posición enemiga y ocuparla antes que el enemigo, flanquearla o rodearla. [98]

Se ejercitaba también a los soldados en el salto de zanjas, terraplenes, muros, etc., que debían de afrontar cargados con las armas. También se enseñaba a los hombres a nadar y a atravesar a nado o provistos de odres o pellejos inflados, ríos, torrentes y canales, con el fin de que no se necesitara de puentes, de barcas o de pontones si era urgente avanzar o retroceder y una masa de agua lo impedía. Vegecio recomendaba que

estos últimos ejercicios se practicasen en verano y que también debían llevarlos a cabo los jinetes y sus caballos, así como los *galiarios* y sus hombres: los *lixae* y los *calones* , sobre los que ya hablamos. [99]

Pero, por encima de todo, los soldados, reclutas o veteranos, debían de ejercitarse de continuo en la *armatura* . Esta era una suerte de esgrima o de conjunto de ejercicios en los que se aprendía a usar la *spatha* o «espada» y el *scutum* , «escudo». La *armatura* quedaba a cargo del *campidoctor* o *doctor armorum* que dirigía los ejercicios que eran supervisados por los decuriones. Un poste de madera clavado en el suelo y de 6 pies de altura (1,77 m), era el blanco de los tajos y estocadas de los soldados que también empleaban el umbo de sus escudos para golpear. [100]

El adiestramiento con armas arrojadizas era también constante. De hecho, la infantería romana de este periodo tenía una potencia de fuego muy superior a la del Principado. Pues, además de contar con un *spiculum* y un *verutum* , una lanza pesada que se podía tanto blandir como arrojar y una jabalina respectivamente, el soldado disponía de cinco dardos emplomados o *plumbata* , también conocidos como mattiobárbulos, que iban sujetos a la cara interna de su escudo. Así que el soldado romano del siglo V se ejercitaba en el lanzamiento de lanza, jabalina y de *plumbata* , «dardos». En el primer caso, los soldados se concentraban en arrojar con fuerza la jabalina contra el poste de entrenamiento y en el segundo, mediante un impulso pendular iniciado desde abajo que propulsaba el dardo en una parábola, en lanzar los *plumbata* o dardos cargados con pesos de plomo. Cuando se lograba arrojar con fuerza y tino estas armas, se pasaba a hacerlo de forma coordinada para que el enemigo recibiera descargas cerradas de proyectiles. Para ello, la primera línea avanzaba el pie izquierdo y tomaba con la mano derecha el dardo por la base de la emplumadura echando el brazo hacia atrás y hacia abajo. A la orden de lanzar, los soldados propulsaban al unísono sus dardos con un movimiento ascendente del brazo que imprimía una trayectoria en parábola a los dardos que, al estar lastrados con plomo en la base de sus puntas, caían con suma fuerza sobre el enemigo. Los dardos emplomados los usaba tanto la caballería como la infantería y Vegecio recomienda también que tanto infantes como jinetes se ejerciten en el tiro con arco. [101] Un tercio de los infantes eran arqueros y la caballería romana contaba con muchos y buenos arqueros a caballo que conformaban unidades de *sagittarii* .



Figura 6: *Plumbatae* encontradas en el yacimiento de Enns (Austria), emplazamiento del antiguo campamento de Lauriacum, siglos IV o V.

El uso de la honda era también muy recomendado y se complementaba con la variedad de tiro con el fustíbalo. Consistía este artilugio en una honda sujeta al centro de un fuste de madera de 1,18 m de longitud. Se cargaba la honda y se tomaba el fustíbalo con las dos manos y se le imprimía un movimiento pendular de atrás hacia delante. El lanzamiento era mucho más potente que con la honda. Vegecio asegura que los disparos de honda y fustíbalo eran demoledores frente a las cargas de caballería pesada y frente a infantería bien protegida. [102]

El paso de *tiro* a *miles gregarius* o *eques* , de recluta a soldado veterano, no implicaba el fin del adiestramiento. Este era continuo en la infantería y en la caballería. No solo continuaban practicando los lanzamientos con las jabalinas y los dardos y la *armatura* con la espada y el escudo, sino que tres veces al mes la infantería hacía marchas en

formación de 10 millas a paso militar y rápido, por terreno llano y abrupto, y realizando distintos ejercicios de combate. Así, por ejemplo, los soldados tenían que pasar de la marcha a formación de combate adoptando el cuadrado o *testudo* , para pasar de este al *cuneus* , «cuña», y de esta a una formación circular que Vegecio llama *globis* y que se adoptaba cuando las líneas habían sido rotas y un grupo o unidad de infantería había quedado aislado entre los enemigos. [103] Asimismo, eran continuamente adiestrados en la toma de posiciones y en su sostenimiento frente a los contraataques enemigos. [104]

Mención aparte merece la instrucción o adiestramiento de la caballería. Al comienzo se colocaban caballos de madera y los soldados debían de aprender a montar sobre ellos al salto y a la carrera, por el costado derecho, por el izquierdo y por la grupa. Luego se repetían estos ejercicios, pero cargados con la armadura y las armas y también con la lanza, las jabalinas y la espada prestas a ser lanzadas o blandidas. Cuando los soldados eran capaces de realizar todos estos movimientos, se les enseñaba propiamente a montar a caballo y a controlarlo con y sin riendas. Cuando lograban que el jinete supiera montar adecuadamente y que fuera capaz de llevar al paso, al trote y al galope a su montura, de hacerla girar, dar media vuelta, galopar en círculo y en ángulo, etc., debía pasar a ser capaz de montar sobre su caballo cuando este pasaba junto a él al galope y dirigirlo después contra el poste de entrenamiento a toda carrera, mientras arrojaba dardos o usaba el arco, lo enfundaba, y tomaba la lanza o la espada para golpear el poste al pasar junto a él. Cuando un jinete era capaz de hacer todo eso, se le consideraba adiestrado [105] y pasaba a formarse en los ejercicios en formación, en los que se le hacía cargar en orden cerrado, en cuña, en formación romboidal y en línea. Así como en transformar el frente y forma de la carga durante la misma, girar y retornar a cargar, etc.

El adiestramiento de la caballería estaba a cargo de los tribunos y, sobre todo, de los decuriones. Estos mandaban, en el caso de la caballería, 32 jinetes que, con ellos, formaban *turmae* de 33. [106]

INDUMENTARIA

A mediados del siglo V, el soldado romano iba vestido de forma muy diferente a sus antecesores del Principado. Los reclutas romanos del año 423 en adelante, recibían de los almacenes imperiales una muda de ropa interior de lana o de lino, llamada en Occidente *sticharium* , una túnica denominada *chlamis* , un manto amplio de lana llamado *pallium* y unas botas cortas con suela claveteada y tradicionalmente negras, que constituían uno de los signos distintivos del *miles romanus* . A partir de ahí, y por una disposición de ese año 423, los soldados recibían en metálico la parte destinada a reponer su vestimenta. [107]

En Occidente, el *sticharium* solía ser de lana sin teñir. Sobre él, se colocaba la *chlamis* . En este caso, lo habitual eran las *chlamis* o túnicas blancas de lana o de lino. Estas túnicas solían tener mangas largas y llegar hasta las rodillas. Eran de una pieza, con apertura para la cabeza y con los costados cosidos. A veces, también se usaban túnicas de la misma factura, pero en color rojo pardo. En los siglos V y VI, esas túnicas iban adornadas en los hombros, en las mangas y en el bajo, con cuadrados, con medallones o con figuras geométricas en color púrpura, rojo o negro.

Sobre la túnica militar y para evitar roces con la coraza de escamas o con la cota de malla, se colocaba una prenda de fieltro acolchado en forma de camisa y denominada *thoracomachus* , que actuaba a modo de gambesón y que es descrita por el anónimo *De rebus bellicis* . [108] El *thoracomachus* se revestía con una suerte de funda aislante elaborada con cuero o con tela embreada, cuya misión era impedir que el *thoracomachus* absorbiera la humedad o el agua de la lluvia, pues al ser de fieltro de lana lo hacía con mucha facilidad y se volvía muy pesado. De los comentarios del anónimo del *De rebus bellicis* , puede deducirse que esta prenda se empleaba también a modo de armadura o protección ligera y que, en este caso, no se colocaba sobre él la loriga. [109]

El *pallium* o manto del siglo V llegaba hasta las rodillas y, a menudo, terminaba en flecos. Era de gruesa lana sin teñir y se decoraba con parches romboidales o con una o más franjas de color. El manto se sujetaba al hombro derecho con un broche o fíbula, que solía ser circular pero también en espiral y en tijera, con frecuencia de bronce y, a veces, adornado con figuras geométricas y menos a menudo, con animales feroces como leones o águilas. Sujeto con estos broches, el manto dejaba todo el costado derecho sin cubrir.

Bajo la túnica, los pantalones, *braccae* , eran norma en el siglo V. De lana y hasta las rodillas, en el caso de la infantería, los había de dos clases: parecidos a calzas y ceñidos a las piernas y más holgados. Habían entrado en el Ejército romano por influencia germánica. La caballería los llevaba de cuero y, en este caso, la prenda era de influencia sármata.

En la cabeza eran norma las gorras de lana o de cuero y, sobre todo, el *pilleus* o gorro de forma cónica y fabricado con piel de cordero con el vellón hacia fuera. [110]

En el siglo V, los pies iban, por lo general, calzados con una suerte de zapatos o botas cortas, abiertas o cerradas, que se sujetaban con correas integrales claveteadas. Este modelo, denominado *campagus* , apareció en el siglo III. Otra variedad de bota corta también usada por la infantería romana era el llamado «zapato gótico». Comenzó a usarse en el siglo IV y aún seguía en uso en el VII. Era una bota corta de costuras planas y suela gruesa y reforzada con clavos, que se abrochaba con dos hebillas. [111] En todos los casos, el color del calzado de los soldados era negro.

Los cinturones de este periodo eran menos anchos que los precedentes. Algunas unidades de guardias imperiales aún usaban el *balteus* , pero lo normal era un cinturón de unos 6 cm de ancho de promedio, del que solía pender la *spatha* . Estaba reforzado y adornado con placas de metal decoradas y se fijaba con una hebilla discoidal. [112]



Figura 7: Sólido del emperador Honorio, acuñado en Milán en 394-395. En el anverso, busto de Honorio con coraza, manto y diadema, y en el reverso el emperador sosteniendo un estandarte y una Victoria sobre un globo, y pisoteando a un bárbaro. Cabe destacar el *pallium* y las *campagi* (botas) que corresponden a su atavío militar.

ARMAMENTO

La espada romana de este periodo era la *spatha* , un arma formidable de doble filo terminada en una aguda punta y con una hoja de unos 72 cm de largo de promedio y entre 5,2 y 6 cm de ancho. La empuñadura solía ser de madera o marfil con doble acanaladura y, con frecuencia, contaba con incrustaciones de plata o bronce, o se recubría con tiras de cuero para aumentar la fijación de la mano y darle un mejor acabado decorativo. El pomo solía ser de distintas formas y eran muy populares los que terminaban en cabeza de águila. Unas pequeñas guardas protegían la empuñadura y facilitaban la fuerza de la estocada. El largo total de la *spatha* solía oscilar entre los 95 y los 100 cm de longitud y su peso rondaba los 2,2 kg. La *spatha* se envainaba en vainas de cuero de unos 6 cm de ancho con refuerzos metálicos y contera discoidal, a menudo de plata, o guarnecida con ella y que pendía del cinturón cayendo al costado izquierdo del soldado.

Además de la *spatha* o espada larga, los soldados, al menos la infantería pesada, portaba una segunda espada más corta: la *semispatha* . No han llegado hasta nosotros ejemplares de esta espada corta y solo se puede deducir de su nombre que era un arma de hoja corta que usarían los infantes en formación cerrada para acuchillar al enemigo cuando se disponía de poco espacio para blandir la *spatha* . Puede que esta *semispatha* no sea sino una copia romana de las *akinakas* persas y sármatas y, en ese caso, debemos imaginar una hoja recta de entre 50 y 60 cm de longitud y con un ancho de 5 cm. [113] Los puñales seguían siendo parte del equipo.

La lanza tipo de este periodo era el *spiculum* , un arma que podía blandirse o arrojarse y que contaba con una hoja plana con dos aletas barbadas. La hoja tenía 22,14 cm de largo y un asta de madera de 1,62 cm de longitud. Vegecio dice que el *spiculum* , arrojado con fuerza, penetraba los escudos y las armaduras. [114] El *verutum* era una jabalina pesada y corta con una hoja o moharra de 12,3 cm, aunque existen ejemplos con hojas de hasta 20 cm de longitud y un asta de madera de 103 cm de largo.

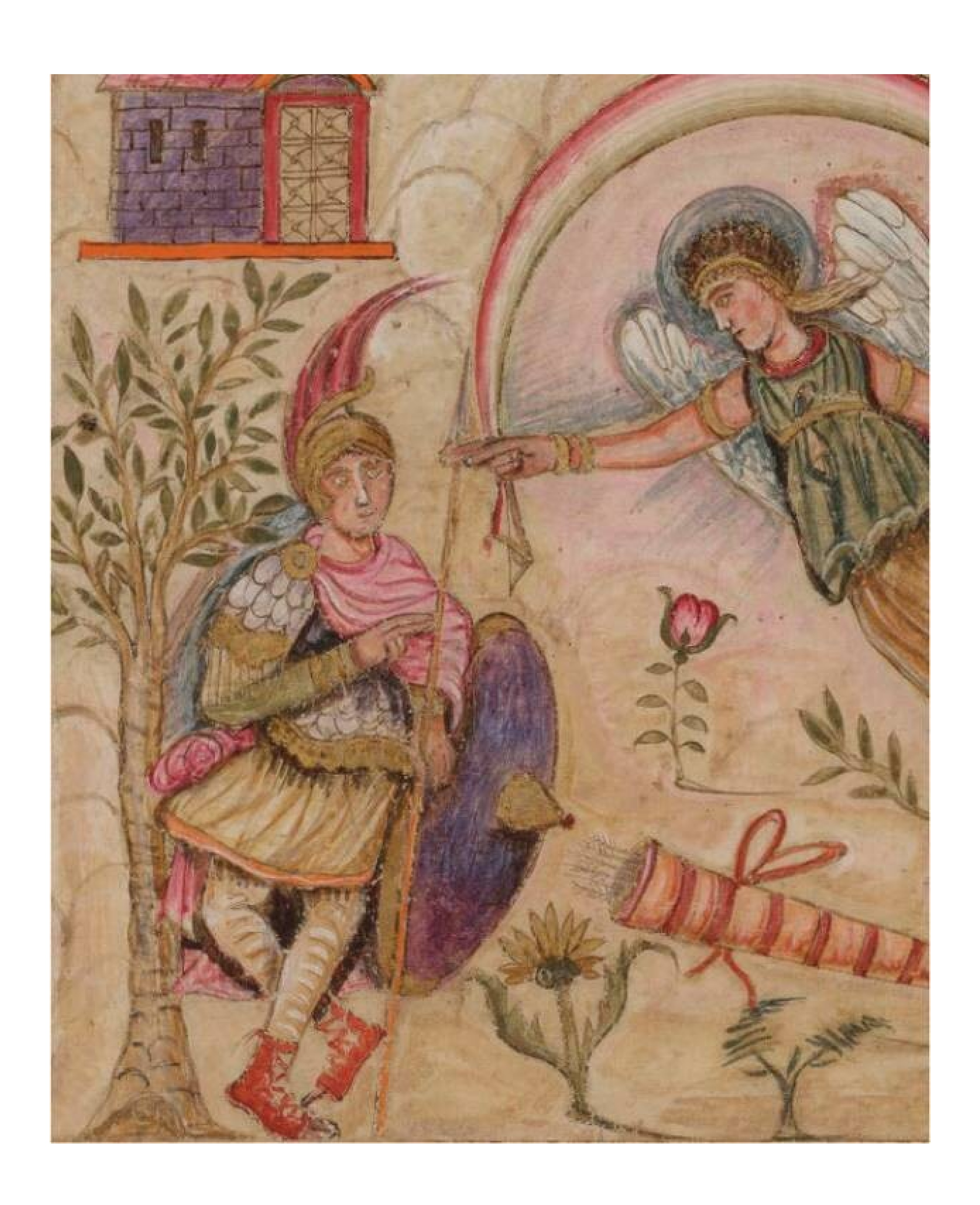


Figura 8: Detalle del folio 74 del Codex Vergilius Romanus, siglo V, que nos permite apreciar atavío y panoplia de un soldado de infantería romano de la época. Calza el modelo de botas denominado *campagus* , y viste *braccae* (pantalones), *chlamis* (túnica), un manto amplio de lana (*pallium*). Sobre la túnica portaría un gambesón (*thoracomachus*) y sobre este se protege con una armadura de escamas. En la tesa porta un yelmo de tipo *ridge helmet* con una alta cimera. Junto al escudo, circular y con umbo metálico, y la espada, contaría con un arco, a tenor de la aljaba también representada.

En la parte interna del escudo la infantería llevaba cinco dardos emplomados: *plumbata* o mattiobárbulos. Los había de dos clases: *plumbata tribolata* y *plumbata mamillata* . La primera tenía una hoja larga llamada *pitsunda* , una punta perforante de forma cónica, fijada al asta de madera por un enmangue de hierro del que sobresalían varias púas largas a modo de abrojo y en cuya base se colocaba un barrilete de plomo que hacía que la punta fuera lastrada y golpeara con fuerza al caer. En la base del asta de madera, al igual que las flechas, llevaba plumas para garantizar su correcto vuelo. El autor del *De rebus bellicis* señala la doble misión de la *plumbata tribolata* : servir de proyectil a corta distancia y, si se fallaba el lanzamiento y quedaba clavada en el suelo, transformarse en un abrojo que podía herir los pies enemigos. El otro modelo de *plumbata* era la *mamillata* . Esta tenía la hoja cónica más larga y aguzada y sin púas en la base. La solidez de su punta, *pitsunda* , le permitía atravesar con facilidad los escudos y armaduras enemigas.

Tanto la *tribolata* como la *mamillata* tenían una longitud total de entre 58 y 60 cm y un gran poder de penetración gracias a su punta perforante y a su peso de plomo que la dirigía hacia abajo en su mortal vuelo. Los ensayos modernos muestran que estos dardos emplomados eran muy eficaces a menos de 60 m. [115]

La caballería romana usaba una lanza larga y pesada de origen sármata y arsácida, que se adoptó en el siglo II para algunos cuerpos de caballería denominados contarios y que en el siglo III se generalizó para todas las unidades de caballería pesada del Ejército romano. El *contus* tenía una longitud promedio de 3,5 m, [116] era un arma muy pesada y con una hoja devastadora. [117] Se seguía cargando a dos manos, véase por ejemplo el caballero romano-bizantino representado en el plato de Isola Rizza fechado en el siglo VI. Esta técnica de lucha, en un principio, exigía contar con un soporte o anilla sujeto al cuello del caballo para ayudar a sostener la lanza y, después, a llevar la lanza sujeta al hombro con una correa de cuero para auxiliar al brazo. [118] Además, se hizo imprescindible el uso de una silla de alto respaldo y arzón, dotada con cuatro perillas o cuernos, que dejaba literalmente encajado al jinete sobre el lomo del caballo. No obstante, la carga a dos manos se estaba abandonando por otra más efectiva que consistía en blandir la lanza con el brazo derecho elevando este por encima del hombro y golpeando al tiempo que usaba la fuerza combinada de brazo, hombro y espalda. Este nuevo tipo de uso de la lanza pesada se veía facilitado gracias a que la lanza se colgaba del hombro mediante correas y así podía ser portada sin tanto esfuerzo y tener el brazo descansado para golpear con ella cuando fuera necesario. La técnica aparece reflejada

en los panegíricos a los emperadores Avito y Mayoriano de Sidonio Apolinar [119] y representada en el altorrelieve monumental de Cosroes II en Taq-i-Bostan. [120] La lanza de caballería tenía una moharra plana con filos cortantes y punta contundente. La longitud de la hoja rondaba los 30 cm y se fijaba al asta de madera mediante un enmangue de hierro. Los autores romanos señalan cómo esta lanza de la caballería, muy pesada, podía ensartar a dos hombres y los ensayos modernos así lo certifican. Además del *contus* o lanza pesada, los jinetes romanos usaban jabalinas y dardos, la *spatha* y, por influencia persa y con menos frecuencia, mazas de combate.

Tanto los jinetes como los infantes usaban arcos. Los de los jinetes eran arcos compuestos asimétricos sármatas, pues estos últimos, a su vez, habían empezado a copiarlos de los hunos en el siglo III, aunque eran más cortos que los suyos, y los romanos comenzaron a integrarlos en sus ejércitos en el siglo IV. Los romanos llamaban a estos arcos «arcos escíticos» y tenían una longitud de unos 110-120 cm y se fabricaban a base de piezas combinadas de distintos tipos de madera, placas de cuerno y tendones, todo ello encolado con un potente pegamento natural logrado a base de cocer espinas de pescado y pieles. Estos arcos, dotados de dos «orejas» y con tres placas de cuerno en el centro, eran más efectivos y potentes que los arcos compuestos sirios que hasta entonces habían venido usando los romanos. De hecho, en manos de un buen arquero, este arco compuesto podía atravesar escudos y armaduras a 150 m de distancia con sus flechas de 80 cm de longitud dotadas con pesadas cabezas de tres filos. La punta de la flecha se enmangaba tubularmente en el astil de madera y se reforzaba con una cuerda de tendón atada en espiral y con brea. La emplumadura tenía tres filas de plumas sujetas por cuero. Es muy posible que ya se usara la aljaba, los romanos llamaban al arco *sagitta* y a las tropas que los usaban, ya fueran infantes o jinetes, *sagittarii* .

Vegecio recomienda que al menos una tercera parte de la infantería porte arco y sepa usarlo con eficacia. El arco que en este caso recomienda es el simple de madera de tejo.

Panoplia defensiva

Los *scuta* , «escudos», de la infantería del siglo V eran de dos tipos: la *parma* y el *clipeus* . La primera era ovalada, podemos ver un buen ejemplo en los guardias imperiales representados en el llamado Disco de Teodosio, hacia 390. Era un escudo grande que protegía el cuerpo desde el arranque del cuello a las espinillas y que tenía un largo de 115 cm y un ancho máximo de 60 cm, aunque también existían modelos ovalados más pequeños que no superaban los 90 cm de largo por 60 cm de ancho. El segundo, el *clipeus* o *scutum* circular, parece haberse ido volviendo más popular a lo largo del siglo V en Occidente, aunque sin que el modelo ovalado fuera sustituido por completo. El *clipeus* tenía un diámetro promedio de entre 80 y 90 cm y, por lo tanto, era más grande

que sus equivalentes germánicos. Ambos escudos romanos, el ovalado y el circular, estaban hechos con tablazón de madera, aliso, tilo, roble o abeto, forrada con cuero y con rebordes de cuero crudo que, al secarse, facilitaba la cohesión del conjunto y la solidez del mismo, a la par que aligeraba el escudo, pues ese reborde de cuero crudo era mucho menos pesado que los rebordes metálicos de los escudos romanos de los siglos anteriores. La cara exterior del escudo se pintaba al igual que la interna para impermeabilizarlo y para pintar en él los emblemas de la unidad a la que pertenecía el soldado. En la cara interna, se ubicaban la empuñadura y los soportes para los dardos y en la externa el umbo de metal.

La caballería contaba con *scuta* circulares, con *caetra* o con escudos ovalados más pequeños, entre 40 y 50 cm de diámetro. Puede que algunas unidades de caballería ligera, por influencia sármata y alana, usaran escudos con urdimbre de mimbre envuelta en piel y con bordes de cuero crudo. [121]

El yelmo usado por la infantería romana del siglo V era muy diferente a los de la época del principado. Desde el siglo IV, los cascos se fabricaban a partir de calotas elaboradas por secciones, remachadas en una cresta dispuesta desde la parte frontal a la trasera del casco. Se trata de los conocidos, debido a esta morfología, como *ridge helmet* , con diferentes modelos, como el Intercisa, probablemente de infantería, o el Berkasovo, que se piensa correspondería a la caballería. Una tradición independiente, desarrollada en paralelo a la de los *ridge helmet* , es la del *spangenhelm* , yelmo formado por una calota de múltiples piezas segmentadas. El nuevo yelmo, en cierta manera, era más funcional y fácil de fabricar y ofrecía una excelente protección.



Figura 9: El Disco de Teodosio probablemente representa a Teodosio I y a sus hijos Arcadio y Honorio (aunque otra tesis sostiene que se trataría de Teodosio II, Valentiniano III y Honorio), flanqueados por guardias imperiales, armados con *spicula* (lanzas) y *parmas* ovaladas. Real Academia de la Historia, Madrid.

Los yelmos de la caballería pesada, *clibanarii* y *catafractarii* , se cerraban del todo con una máscara de bronce que protegía el rostro de forma integral, dejando solo al descubierto los ojos y los orificios nasales. El efecto protector del yelmo se veía reforzado por el hecho de que la armadura llevaba capucha de malla. El yelmo se colocaba sobre gorras de cuero para favorecer su sujeción y hacerlo más cómodo. Se han encontrado fundas de cuero impermeabilizadas para guardar los yelmos y muchos de ellos tenían un asa para ser transportados. [122]

Los infantes del siglo V seguían usando dos tipos de loriga o armadura: la *hamata* y la *squamata* . Desde los años 80 del pasado siglo, existe una gran polémica sobre si la infantería romana del siglo V había abandonado el uso de la loriga. La supuesta inferioridad de la infantería romana de este periodo frente a sus equivalentes germánicas y una oscura frase de Vegecio en su *Epitoma rei militaris* en la que dice que la infantería de su tiempo no usaba ya la armadura ni el yelmo y en la que culpaba al augusto Graciano (375-383) de dicho abandono, [123] así como varias representaciones artísticas del periodo parecían apoyar esta conjetura. Pero si uno lee con atención a Vegecio, se da cuenta de que un poco más abajo, este matiza y se corrige. Así, en donde había dicho que ya no usaban yelmo ni armadura, ahora dice: «al soldado de infantería la coraza y el yelmo le parecen pesados, quizá porque ya raramente se adiestra o quizá porque apenas los utiliza. El ejercicio diario evita que el soldado se fatigue». [124] Puesto que en el pasaje anterior al que acabamos de citar, Vegecio relata que el supuesto abandono de la armadura y el yelmo era una reivindicación de los soldados para no tener que cargar con ellos durante las marchas y los ejercicios de adiestramiento, uno puede concluir que simplemente se trató de que los soldados de la infantería regular no se ejercitaban ya de continuo con la armadura y el yelmo puestos. Eso reduciría su resistencia y habilidad en el combate, desde luego, pero en la batalla, claro está, los soldados se revestirían de sus armaduras y yelmos para luchar con más seguridad. La evidencia arqueológica no deja lugar a dudas. Hay multitud de ejemplos de escamas y de anillos de cota de malla. Además, la táctica empleada en las batallas y desarrollada en los tratados militares de la época, la mención en la *Notitia dignitatum* de *fabricae* de lorigas, así como la representación en la misma de soldados provistos de ella, amén de en numerosas obras de arte del siglo V en las que se ven infantes portando armadura y yelmo, como una talla egipcia del siglo V en madera o las miniaturas del *Codex Vergilius Vaticanus* , demuestran que la infantería romana de línea seguía siendo una infantería pesada. Bien es cierto que el uso de este equipo quedó destinado a los hombres que servían en las tres primeras filas de las formaciones de batalla y eso es probable que en la práctica supusiera una reducción a la tercera parte del número de los efectivos de la infantería que formaban con armadura y yelmo. El resto: arqueros, *exculcatores, pilarii, ferentarii, verutarii, funditores, expediti, cursores, armigeri* … eran infantería ligera con escasa protección que consistía en escudo, en el llamado gorro panonio y en el *thoracomachus* . [125]



Figura 10: Arriba: Casco de tipo *ridge helmet* del siglo IV, encontrado en el río Wertach, cerca de Augsburg-Pfersee, (Alemania) y conservado en el Germanisches Nationalmuseum (Núremberg). Estaba chapado en plata y consiste en una calota de dos secciones, unidas en su cimera, y un guardanuca independiente; habría contado con dos carrilleras, hoy perdidas. Se aprecia en el perímetro inferior de la calota una serie de orificios para facilitar la fijación de un forro interior de lino o de cuero, que serviría, además, para unir las distintas piezas.



Figura 11: Abajo a la izquierda: Yelmo de tipo Berkasovo encontrado en Deurne, con una cúpula formada por cuatro secciones y una ancha banda de unión, y recubierto de lámina de oro. Una inscripción en el mismo menciona que su dueño era miembro de los *equites stablesiani* , lo que ha permitido sugerir que los cascos de tipo Berkasovo eran propios de la caballería.



Figura 12: Abajo a la derecha: Casco encontrado en Berkasovo (Serbia), compuesto por dos secciones, fijadas a una banda remachada en el aro inferior de la calota que se arquea por encima de cada ojo y que tenía fijada una protección nasal en forma de T. Cuenta con decoración repujada en plata sobredorada.



Figura 13: Folio 73v del Codex Vergilius Vaticanus, siglo V, en el que se representa infantería pesada romana coetánea, con cota de malla con almófar, parma ovalada y lanza.

Claudio Claudiano, en su *Panegírico al tercer consulado de Honorio* , escrito hacia el año 400, nos confirma la división tripartita de la infantería romana del siglo V: infantería pesada, infantería ligera y arqueros. Al describirnos al ejército, mientras aclama al emperador nos lo muestra de tal guisa: «Una parte está adornada con los arcos, otra parte con las jabalinas que se lanzan de lejos (*veruta*) otra erizada de picas (*spicula*) para la lucha cuerpo a cuerpo». [126] Como vemos, Claudio describe una tropa de infantería dividida en arqueros, infantería ligera e infantería pesada. Lo mismo que describe y recomienda Vegecio, que una tercera parte de la infantería la formen arqueros. [127] Además, Claudio Claudiano no deja lugar a dudas sobre el uso de yelmos y armaduras por parte de esa tropa al describirla como: «El ejército resplandece por todos lados en batallones empenachados», o «El destello del bronce deslumbra los ojos» o, en fin, al enumerar la panoplia que se debe forjar para la guerra, el poeta menciona el escudo, el yelmo con cimera y la coraza. [128] No hay, pues, duda de que la infantería pesada pervivió y siguió siendo parte indispensable de los ejércitos romanos del siglo V. [129]



Figura 14: Díptico de marfil encargado por Anicio Petronio Probo, cónsul en 406 en el Imperio de Occidente, dedicado al emperador Honorio, que aparece ataviado con atuendo militar, aunque nunca dirigió a sus tropas en batalla. En la imagen de la izquierda, sostiene un orbe con una Victoria en la mano izquierda, mientras que en la derecha porta un *vexillum* con la leyenda en latín: «En el nombre de Cristo, seas siempre victorioso».

La caballería usaba por defecto armadura, yelmo y grebas y, en el caso de los *clibanarii* y *catafractarii* , dichas protecciones eran pesadas (25 kg), formidables y se

extendían a sus caballos de batalla que se protegían con testeras de hueso, tendones y placas metálicas, capizanas de cuero y malla, petrales y bardas o flanqueras de idénticos materiales y factura. [130]

Sidonio Apolinar en sus panegíricos a Avito y Mayoriano nos ha legado dos cuadros espléndidos en los que retrata a los caballeros romanos de la caballería semipesada y pesada de mediados del siglo V. En la primera de esas descripciones, la del combate de Avito con un huno hacia el año 439, Avito se reviste con su yelmo con cimera de bronce, su armadura o cota de malla y grebas y se arma con la *spatha* y una lanza pesada con la que carga por tres veces, cruzando armas, contra el jinete huno al que, al cabo, desmonta de un lanzazo. [131] Era así como iban armados los *scutari, promoti* y *stablesiani* . En la segunda descripción, la de Mayoriano cerrando a los francos un puente en la batalla de Vicus Helena (446), se nos ofrece la imagen de un *clibanarius* o de un *catafractarius* , formidablemente resguardado tras su poderosa armadura de escamas, su yelmo cerrado y sus grebas, y montado sobre un caballo de batalla igualmente protegido. Mayoriano recibe golpes de lanza y espada, pero se sostiene y los rechaza con la lanza pesada y la *spatha* hasta que el enemigo huye descorazonado. [132]

Asimismo, se tiene conocimiento, literario y arqueológico, del uso de armaduras muy singulares por parte de la infantería y la caballería romanas. En Egipto, por ejemplo y entre los siglos III y V, no eran raras entre los infantes romanos las armaduras elaboradas con pieles de cocodrilo y Amiano Marcelino describe que, en la caballería sármata, muchos de cuyos caballeros servían en las filas romanas, usaban armaduras fabricadas con cuerno y hueso. [133]

Tanto la caballería pesada como la infantería pesada usaban grebas. En este último caso, al menos en su pierna derecha, la más expuesta en una línea o muro de escudos. Aunque según el anónimo del *De rebus bellicis* , por lo general, los soldados llevaban grebas en las dos piernas. [134]

Máquinas de guerra

En la *Notitia dignitatum* , se citan dos *fabricae in partibus Occidentis* que fabricaban máquinas de guerra: una en Augusta Treverorum y la otra en Augustodunum; de ellas debían salir las máquinas que surtieron a la única unidad de *balistarii* que se cita en la *Notitia dignitatum in partibus Occidentis* : los *superventores iuniores balistarii* . Esta era una unidad especializada en el uso de las balistas y, puesto que estaba asignada al ejército *comitatensis* de la Galia, es harto probable que participara en la batalla de los Campos Cataláunicos y que se centrara en el uso de carrobalistas y de catapultas, las dos únicas armas de guerra de tamaño medio que se usaban en campaña de forma inmediata, [135] además de en el uso de las manubalistas y arcobalistas que eran máquinas de pequeño

tamaño y que podía usar un solo hombre, en el caso de la primera o dos, en el caso de la segunda. Estas máquinas de tamaño medio y pequeño también se usaban en la defensa de campamentos, fortalezas y ciudades, mientras que las grandes máquinas como los onagros, también llamados escorpiones y tormentos [136] se solían reservar para asediar fortalezas o ciudades enemigas y eran difíciles de transportar y de fabricar.

Vegecio dice que se debía disponer de una carrobalista por cada 100 hombres y que de esos 100, 11 debían asignarse al servicio de la máquina. Una recua de mulos transportaba el artefacto hasta el campo de batalla. Estas balistas móviles se usaban como auténtica artillería de campaña. Disparaban con tremenda fuerza proyectiles en forma de jabalina y las había de distintos tamaños. Vegecio señala que podían usarse, bien para defender el campamento, bien para destrozar una carga o una línea enemiga y, en este caso, se posicionaban tras las filas de la infantería pesada y se elevaba su ángulo de tiro para que disparasen en parábola tensa. Una vez colocadas, se desenganchaban los mulos que las habían transportado y se uncían a los carros de las carrobalistas dos caballos protegidos por armadura. El diseño de la carrobalista, explicado al detalle en el *De rebus bellicis* y que podemos ver en el dibujo que acompaña al texto de la obra, le permitía descargar sus formidables dardos pesados en todas las direcciones, pues podía girar sobre el carro donde estaba montada y disparar por las cuatro aberturas que tenía. Asimismo, un dispositivo elevador colocado en la parte frontal del carro permitía elevar el ángulo de tiro o mantenerlo tenso. Los 2 hombres que la cargaban, apuntaban y disparaban, iban en el carro protegidos por los parapetos de madera y otros 2 montaban y conducían los caballos. Es de suponer que el resto de los 11 hombres que formaban la dotación de la carrobalista, los 7 que no estaban disparándola o conduciendo a los caballos, darían protección al artefacto cuando este estuvieran ya en disposición de tiro o avanzando. Así que las carrobalistas no tenían por qué quedar en retaguardia, sino que podían avanzar y responder a ataques provenientes de todas las direcciones. [137]

Los *comitatenses* también llevaban al campo de batalla catapultas. Vegecio recomienda una por cohorte, es decir, una por cada 500 hombres. Las catapultas, más pesadas que las carrobalistas, debían ser llevadas por tiros de bueyes y eso significaba que su avance era significativamente lento. Las catapultas se transportaban ya montadas sobre grandes carros y se usaban para proteger el campamento o para fortificar una posición. Eran máquinas de torsión y podían disparar tanto piedras como pesados dardos de gran tamaño. [138] Las manubalistas o balistas de mano eran arcos compuestos montados sobre un soporte. Permitían arrojar flechas con una mayor potencia. Vegecio las describe y recomienda y el anónimo del *De rebus bellicis* aconseja su uso para proteger el paso de los ríos mientras los ingenieros montan los pontones. [139]

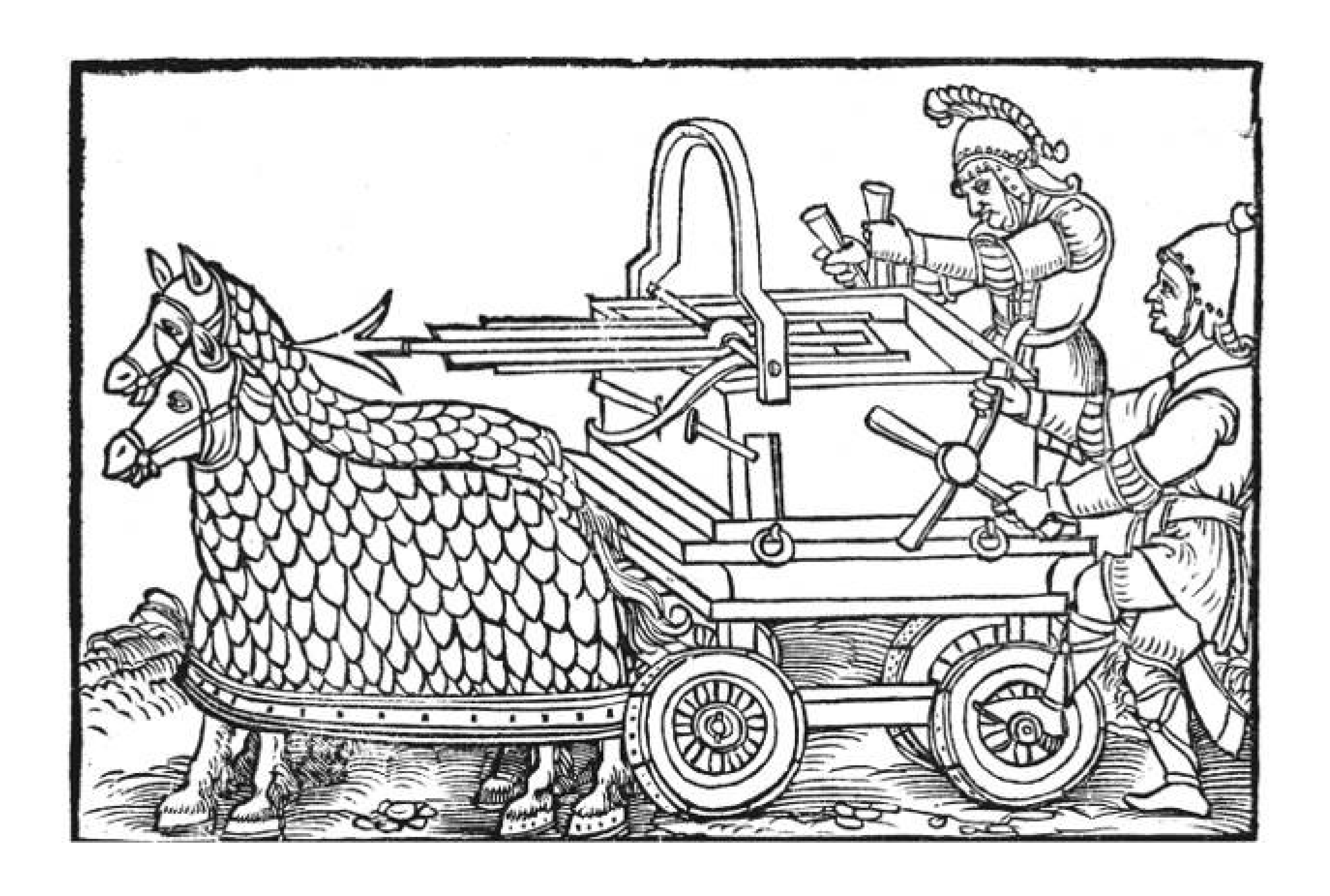


Figura 15: La carrobalista, según un grabado de la edición de 1552 de *De rebus bellicis* editada por Sigismund Gelenio.

En la defensa o ataque de o a las ciudades y fortalezas, se usaban balistas de gran tamaño. Una de ellas, el autor del *De rebus bellicis* , la denomina *balista fulmina* . Esta máquina consistía en un gran arco de hierro que se tensaba mediante un fuerte manojo de tendones que eran accionados a través de una suerte de primitivo cranequín. Un dispositivo podía elevar su ángulo de tiro y su potencia era tal que podía lanzar un dardo de gran tamaño y peso de una orilla a otra del Danubio. [140]

El ejército contaba también con «lobos», arpones de hierro que se usaban para atrapar una torre de asalto y derribarla. [141] Asimismo, se hacía uso de la helépolis, una máquina dotada de ruedas y de gran tamaño, que protegía varios arietes que pendían de cadenas enganchadas a la estructura cubierta y que los soldados hacían oscilar para embestir con fuerza las defensas enemigas. Se contaba también con arietes normales de gran tamaño para atacar las puertas y las murallas. [142] Atila, ya lo veremos, hizo uso de dichos arietes en Aurelianorum. Se disponía también de testudos, una suerte de manteletes para acercarse a las murallas de una fortaleza enemiga y de torres móviles de asalto, «viñas», «músculos», minas para perforar las murallas, terraplenes y toda

suerte de máquinas e ingenios bélicos que eran construidos por los ingenieros militares sobre el terreno. [143]

Los estandartes o el ondear de la gloria

Los estandartes romanos en Occidente hacia el año 451 eran los siguientes: *aquilae, dracones*, *vexilla*, *flamulae*, *imagines*, *tufae* y *pinnae* .

Y es que aún se conservaban las viejas *aquilae* , águilas. Así, por ejemplo, Amiano Marcelino las cita repetidamente en su obra. Por citar solo una ocasión, mencionaremos cómo en 360, cuando el césar Juliano había sido proclamado augusto por sus soldados y se dirigía a sus tropas desde un estrado levantado en Lutecia este estaba adornado con las águilas y demás estandartes de las unidades allí reunidas. [144] No es el único testimonio, bien al contrario, son abundantísimos y se prolongan hasta el final del Occidente romano. Así, en el *Panegírico a Antemio* escrito por Sidonio Apolinar hacia 467, el poeta confronta las águilas romanas de Antemio con los dragones enemigos al recordar la victoria obtenida por Antemio en Sérdica, (Sofía) en Tracia, frente a los hunos del jefe Hórmidac. Mientras que en su panegírico a Avito, escrito en 456, Sidonio Apolinar menciona las águilas del ejército romano de Aecio disponiéndose a enfrentar a los hunos. [145] Por su parte, Claudio Claudiano, en su *Panegírico al tercer consulado de Honorio* , escrito a inicios del siglo V y describiendo la entrada triunfal del emperador en Mediolanum (Milán) dice al describir las aclamaciones de las tropas: «Unos levantan aladas águilas, otros levantan bordados cuellos de dragones». [146] Así que aquí tenemos otra mención explícita y una vívida imagen de las *aquilae* junto a los *dracones* , los supremos estandartes de las legiones, en el primer caso, y de cohortes, *auxilia palatina, numeri, vexillationes, alae* y *cunei* , en el segundo. Además, Vegecio, que escribía entre 406 y 409, también atestigua la pervivencia de las águilas y de una forma tan rotunda y práctica que no deja lugar a dudas, pues las menciona como uno de los estandartes con los que se deben transmitir las órdenes en combate. [147]

Los *vexilla* y los *dracones* eran los otros estandartes usuales de las unidades de este periodo. El *vexillum* era portado por los *vexillarius* y cada centuria llevaba uno. Eran pequeños estandartes verticales de tela roja que llevaban bordado el nombre o emblema de la unidad. También recibían el nombre de *flamulae* o *flamulas* , esto es, llamas, pues su vívido color rojo y su ondear eran similares a una llama en el combate y pervivieron en Oriente hasta bien entrado el siglo XI. [148]

Los *dracones* fueron adoptados de los sármatas. Eran los estandartes que representaban a los *auxilia palatina* , a las cohortes de infantería legionaria y a las unidades de caballería. El *draco* consistía en una cabeza de dragón de bronce de la que se proyectaba una larga cola de tela, por lo general, de seda de vivos colores y que se

desplegaba e hinchaba al ser expuesta al viento o al galopar o echar a correr el *draconarius* . El *draco* a veces recibía los nombres de «serpiente» y de «cola de serpiente». Bajo el *draco* se inscribía el nombre o el emblema de la unidad y solía estar profusamente adornado con oro, plata y piedras preciosas. Los colores de la cola del *draco* también lo identificaban. Al respecto, Amiano Marcelino cuenta que los que rodeaban a Constancio en su entrada triunfal en Roma eran de color púrpura, indicando así que las unidades de su guardia y de su *comitatus* se distinguían por el color imperial por antonomasia. [149] Al parecer, al lanzarse el *draconarius* a la carrera o al galope, el aire que se introducía en la boca abierta del *draco* y que agitaba la larga cola de tela, hacía vibrar una lengüeta que producía un inquietante zumbido que alteraba los nervios del enemigo. [150]



Figura 16: *Draco* sármata capturado, representado en la Columna de Trajano, siglo II. El *draco* consistía en una cabeza de dragón de bronce de la que se proyectaba una larga cola de tela, que se desplegaba e hinchaba al ser expuesta al viento o al galopar o echar a correr el *draconariu* .

Tanto Amiano Marcelino, como Claudio Claudiano y Sidonio Apolinar, este último contemporáneo de la batalla de los Campos Cataláunicos, describen el *draco* y su

espectacular efecto. [151] Vegecio, Juan Lido y el Pseudo Mauricio dan fe de su pervivencia durante los siglos V, VI y VII. [152]



Figura 17: Estela funeraria encontrada en el campamento de Deva Victrix, cerca de Chester (Inglaterra), con un jinete que porta un *draco* .

Las *tufae* eran lanzas sin moharra de las que colgaban largas tiras de tela de vivos colores o tiras de cuero. En cuanto a las *pinnae* o plumas, eran las largas plumas de colores que llevaban los *milites signani* en los yelmos. Estos hombres portaban los estandartes y sus plumas eran también señales a seguir en el combate. [153] Las *imagines* eran las imágenes de los emperadores y también podían aludir a los símbolos zodiacales y a los emblemas de las legiones y demás unidades: dioses, toros, lobos, carneros, leones… Por Teofilacto Simocates, que escribía hacia el año 630, sabemos que las legiones aún conservaban sus emblemas y que los llevaban a la batalla. [154]

Tanto los aquilíferos, como los *signiferi* de diversos tipos y los draconarios, eran elegidos entre los hombres más altos y fuertes de sus unidades, llevaban pieles de oso o lobo [155] que los distinguían y yelmos con *pinnae* , plumas. Todos ellos eran protegidos durante el combate por los *campigeni* o *antesignani* . Hombres elegidos entre los más duchos en el combate y cuya misión era impedir que los aquilíferos o *draconarii* fueran heridos y sus estandartes arrebatados o abatidos por el enemigo. [156]

LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA ROMANAS A MITAD DEL S. V

Por lo general y hasta el presente, ha sido un lugar común visualizar a las tropas romanas del Occidente del siglo V como a ejércitos derrotados y sin capacidad operativa, ni espíritu de combate. Nada más lejos de la realidad. Si como ya hemos hecho, nos tomamos la molestia de hacer una enumeración de las victorias y derrotas logradas y sufridas por los ejércitos romanos en Occidente, veremos que las primeras abundan más que las segundas. Un especialista en la Roma tardía y muy en particular en la Galia del siglo V, ha hecho hincapié en esta hegemonía militar indiscutible de los ejércitos romanos. [157]

El Ejército romano de Occidente no desapareció bajo los golpes de los bárbaros, sino bajo los de la falta de presupuesto. Los romanos de Occidente simplemente se encontraron sin medios, quizá también sin la voluntad, de sufragar el esfuerzo fiscal que suponía sostener un ejército profesional permanente de la magnitud del romano. Esta lección, la del fin de un gran Estado, de su civilización y del bienestar económico, por mor de no poder, no querer o no saber sostener su gasto militar, es una lección no pequeña para nuestra Europa actual.

Muchos manuales militares fueron escritos en el periodo, pero solo dos han llegado íntegros hasta nosotros: *Epitoma rei militaris* redactado por Flavio Vegecio Renato entre

406 y 409 y el *De rebus bellicis* , escrito por un anónimo autor hacia 375. Si se estudian con atención las indicaciones tácticas de estos manuales y se confrontan con lo que sabemos de las batallas del periodo, observaremos que se desarrolló una fórmula táctica, por así decirlo, a partir de la cual plantear las batallas. Consistía esta en avanzar hacia el enemigo en seguridad evitando emboscadas y sorpresas, mantener las comunicaciones y la superioridad logística en todo momento, sostener la disciplina y la moral de las tropas, estudiar de forma exhaustiva la fuerza y carácter del enemigo y compararlas con las propias, elegir con cuidado el campo de batalla, ocupar en él las posiciones más ventajosas, disponer adecuadamente las fuerzas en formación de batalla y aprovechar al máximo los distintos elementos de la fuerza disponible: infantería pesada, infantería ligera y caballería. [158] O desglosando esta división básica: la infantería pesada, la infantería ligera y los arqueros, la caballería pesada y semipesada, los *balistarii* y los ingenieros. [159]

Se recomendaban los ejércitos de tamaño medio o pequeño y se desaconsejaban las grandes concentraciones de tropas. Quizá esto explique el porqué de la tendencia a la disminución de los ejércitos romanos en campaña que se advierte durante los siglos IV y V. [160] Los ejércitos romanos de Occidente durante el periodo 395-472 tenían un número de efectivos que oscilaba entre 5000 y 20 000 hombres. De hecho, el ejército romano más grande del que tenemos noticia con posterioridad al año 400 es el reunido por Estilicón para enfrentar a Radagaiso en el año 406: 30 unidades a las que Zósimo denomina *numeri* . [161] Sabemos que los *numeri* contaban con unos 500 hombres. Pero también sabemos que Estilicón contaba en ese ejército con legiones y por eso hay que considerar que la denominación en conjunto de las 30 unidades como *numeri* por parte de Zósimo posiblemente sea una simplificación y que, en realidad, refleje un ejército de entre 15 000 y 20 000 efectivos, a los que se sumarían varios miles de *foederati* y mercenarios alanos y hunos. Precisamente, 24 000 hombres es la cifra máxima que Vegecio aconseja que se lleve a la batalla. [162] Suficiente para el tipo de enemigo que enfrentaban. Pues como ha calculado Heather, los ejércitos de las tribus germánicas solían oscilar entre 5000 hombres y 20 000 y solo Atila, con sus hunos sumándose a las fuerzas de un sinfín de pueblos vasallos y aliados, pudo poner sobre el campo de batalla una fuerza superior. [163]

LOBOS QUE LUCHAN POR ÁGUILAS: *FOEDERATI* Y BARBARIZACIÓN

Uno de los problemas más debatidos en la historiografía que se ocupa del final del Imperio romano es el llamado problema de la barbarización. No podemos entrar a fondo en el debate, pero sí señalar que, en general, hoy se admite que dicha barbarización, no fue ni tan profunda, ni tan decisiva. [164] Al respecto se debería recordar que ya desde tiempos de Augusto, la mitad de la fuerza total del Imperio la componían

no ciudadanos: los auxiliares y que muchos de esos auxiliares eran germanos. Además, todo indica que los reclutadores, ya desde el principado, ignoraban a menudo el requisito de que los alistados en las legiones fueran ciudadanos. Por lo demás, no hay prueba alguna que indique que el porcentaje de bárbaros en el Ejército de los siglos IV y V era muy superior al que había en los siglos I, II o III. [165]

Lo verdaderamente problemático a finales de los siglos IV y V fue el cambio que sufrió el sistema de *foedus* , por el cual grupos enteros de bárbaros se asentaban en territorio imperial a cambio de su auxilio militar, pero conservando sus propios jefes y autonomía política a la par que se beneficiaban de la seguridad, recursos fiscales y logística romanas. Con ello, *de facto* , la provincia o provincias donde se asentaban dejaban de estar bajo el control del Estado. Los federados podían sumar al Ejército romano una poderosa fuerza, desde luego, pero también eran un peligro constante, pues tenían al enemigo en casa.



Figura 18: Detalle del folio 188 del Codex Vergilius Romanus, siglo V, que representa un enfrentamiento armado. Las figuras en primer término cuentan con armaduras de escama y cascos de tipo *ridge helmet* . La de la izquierda dispara un arco recurvo, mientras que la de la derecha se protege con un escudo circular con umbo central (de tradición germánica) y ataca con una lanza.

La participación de los federados en una campaña era siempre problemática, ya que eran fuerzas combativas, pero indisciplinadas. Cuando Litorio, *magister militum per Gallias* , en el año 439, marchó contra los federados godos que, rompiendo una vez más el *foedus* habían tratado de apoderarse de ciudades romanas, lo hizo acompañado por un contingente de hunos que se comportaba durante su marcha por el territorio romano

como si este fuera país enemigo. [166] Además, el comportamiento de estos federados bárbaros desgastaba la disciplina romana. Los soldados romanos no entendían por qué sus jefes preferían, a menudo, a los contingentes de federados a las tropas romanas regulares y por qué les exigían a ellos una disciplina que los federados no respetaban.

Puede que la barbarización del Ejército no sea la clave de la caída de Roma, pero sin duda los federados sí contribuyeron de forma decisiva a su debilitamiento. En 408, un senador romano, Lampadio, expresó muy bien la perniciosa relación establecida entre Roma y sus federados bárbaros con la siguiente frase: *Non est ista pax, sed actio servitutis* , es decir: «Esto no es paz, sino pacto de servidumbre». [167]

LOS EJÉRCITOS HUNOS

La palabra «huno» despierta en los occidentales la imagen del salvajismo y la barbarie extremas. Ni tan siquiera los mongoles gengiskhánidas, ni por supuesto los ávaros, magiares, pechenegos, cumanos, timúridas, otomanos o cualesquiera otros pueblos nómadas o de origen nómada que se fueron precipitando sobre Europa a lo largo del siguiente milenio, despertaron un miedo o un recelo semejantes. ¿Por qué? Al fin y al cabo, el Imperio huno fue efímero y sus cabalgadas y devastaciones no fueron más terribles que las de los magiares, que llegaron hasta los Pirineos en sus incursiones, ni que las de los mongoles, que aniquilaron a los estados rusos, vencieron a los caballeros teutónicos y al Reino de Hungría y sembraron la destrucción hasta Polonia, Eslovaquia y Croacia. La respuesta es sencilla: los romanos llevaban siglos lidiando con germanos, celtas y sármatas. Todos esos pueblos bárbaros eran conocidos y reconocibles. Los hunos fueron una novedad. Era la primera vez que el mundo grecorromano se las veía con un pueblo turcomongólico, sus extrañas costumbres, su sorpresiva forma de lucha y su inesperada irrupción surgiendo de la ignota Asia Central, se combinaron para aterrar a los romanos. Además, los hunos ejercieron un corto pero brutal control sobre muchos pueblos germanos, eslavos e iranios y, por ende, su recuerdo no solo quedó grabado en las obras y memoria de los romanos, sino en las de todos los pueblos de la Europa continental. Los poemas nórdicos de los *edda* , o la saga épica del *Cantar de los nibelungos* , que Richard Wagner popularizó con las cuatro óperas que conforman *El anillo del nibelungo* , son un claro y medieval ejemplo de ello, la mítica entrevista entre el papa León y Atila, las campañas bélicas del rey huno o sus amores, tantas veces inmortalizados en innumerables textos y obras de arte, desde lienzos, grabados y medallas a óperas como la *Atila* de Verdi, pasando por innúmeras novelas, obras de teatro y películas, nos proporcionan continuos, claros y más contemporáneos ejemplos. [168] Los hunos y su rey, Atila, serán para siempre modelo de terror y salvajismo y ello queda diáfanamente claro en el más popular y antiguo sobrenombre de los hunos, el Azote de Dios, [169] que les otorgaron Gregorio de Tours y san Isidoro de Sevilla y que concreta perfectamente las antítesis que han quedado fijadas en la conciencia colectiva

de los europeos: Europa-hunos y civilización-hunos, sólidamente asentadas y que permitirán otorgar la denominación de «hunos» a cuantos se considere que ponen en riesgo los valores europeos. Así, por ejemplo, ingleses, franceses y norteamericanos llamarían «hunos» a los alemanes durante la Primera Guerra Mundial y a su vez, los alemanes denominarían «hunos» a los soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial.



Figura 19: Díptico de marfil conservado en la catedral de Monza (Italia) en el que aparecen Flavio Estilicón con su esposa Flavia Serena y su hijo Euquerio. Estilicón, de origen vándalo, accedió al cargo de *magister militum* en 395, ejerciendo *de facto* la regencia en el Imperio de Occidente hasta su asesinato, ordenado por el emperador Honorio en 408. La carrera de Estilicón ejemplifica la inclusión de contingentes bárbaros en el Ejército romano.

Los hunos aparecen en el horizonte mediterráneo en los últimos años del siglo II. En efecto, Ptolomeo parece conocerlos y los llama *khounoi* , que no es sino la protoforma griega del nombre latino «hunos». Este los lista entre los pueblos que habitaban en la Sarmacia oriental, los territorios al este del actual Volga. Pero la primera descripción detallada de los hunos nos la da Amiano Marcelino que escribía a finales del siglo IV y que tenía noticias sobre ellos desde el año 370 e informes detallados desde 378. Para el historiador, los hunos son: «El pueblo que sobrepasa todos los límites de la crueldad». [170] Los describe como un pueblo nómada que vive a caballo y que se traslada sin cesar con sus ganados y sus campamentos de carretas y tiendas, desconfiando de verse encerrados entre cuatro paredes. Recoge con detalle su aspecto físico y sus extrañas vestiduras y costumbres: bajos, fornidos, narices chatas, cabeza grande, ojos pequeños y rasgados, piernas arqueadas, cuellos cortos, barbas ralas o ausentes por completo de rostros desfigurados por cortes rituales que les hacen en las mejillas a los varones recién nacidos y a las que van sumando las que se infligen ellos mismos cuando asisten a los funerales de sus jefes y reyes. Para este, el aspecto de los hunos puede confundirse con el de «bestias de dos pies». [171] Esta asociación con bestias con forma vagamente humana, la refuerza Amiano Marcelino al señalar que no usan el fuego para cocinar sus escasos alimentos, sino que se alimentan de raíces silvestres y de carne casi cruda, ya que «tan solo la calientan ligeramente colocándola entre sus piernas y los lomos de sus caballos». Tampoco en el vestido encuentra Amiano Marcelino razón para humanizar a los hunos, pues «se visten con túnicas de lino sin teñir y con pieles de ratones salvajes», tal como han hecho los mongoles hasta no hace mucho, con pieles de marmota y de liebre de la estepa, y lo que es peor aún: «No se cambian jamás de ropa hasta que esta se les cae a pedazos por mor del uso y de la podredumbre de los materiales con que está confeccionada». Cascos curvados, pantalones y polainas de piel de cabra y amorfos mocasines de pieles mal curtidas, completaban el vestuario huno. Amiano culmina su descripción de los hunos con una definición de su carácter. Según nos dice, los hunos eran crueles, avariciosos, traicioneros, inconstantes, irracionales. Pero les reconoce un valor desmedido y una fiereza inigualable. Por último, una cuestión que para el historiador singulariza a este pueblo salvaje: «Todo lo hacían a caballo: conferenciar, comerciar, comer, dormir». [172] Esto último lo confirma Prisco que, al narrarnos las negociaciones de 435 sostenidas en Margus entre los hunos y el Imperio romano de Oriente, nos dice que la delegación romana se vio obligada a mantener la conferencia de paz a caballo, pues los hunos se negaban a hablar a pie. [173] En cuanto a su organización política, Amiano Marcelino la define del siguiente modo: «No están sometidos a ninguna autoridad regia, y tan solo obedecen a un confuso grupo de nobles». [174] Esto es, en los años finales del siglo IV, cuando escribía Amiano Marcelino, los hunos carecían de una autoridad o autoridades supremas y cada tribu y clan contaba con sus propios jefes pertenecientes a una nobleza ferozmente independiente. Esto explica que, hasta bien entrado el reinado de Atila, algunas tribus no le estuvieran sometidas y que, hasta el final del Imperio huno, los príncipes y las facciones disidentes buscaran apoyo romano para zafarse de la autoridad real. Los hunos no eran una tribu o un pueblo

unido, sino un conjunto de tribus con un origen étnico más o menos común, el prototurco, que podían unirse para emprender una empresa guerrera o una emigración, pero que de idéntica forma podían dividirse y guerrear entre sí.

El debate sobre el origen y filiación étnica y lingüística de los hunos lleva enfrentando a los especialistas desde el siglo XVIII y está lejos de estar cerrado. Se ha propuesto que sus orígenes fueran turcos, mongoles, tibetanos, ugrofineses y hasta indoeuropeos al vincularlos con pueblos tocarianos o iranios. Esto último es poco probable y hoy, a tenor de las pruebas e indicios literarios, antropológicos, filológicos y arqueológicos, todo parece apuntar a una procedencia prototurca. En esta línea, la tradicional vinculación de los Hsiung-Nu o Xiung-Nu de las fuentes chinas con los hunos, sigue teniendo fuerza, aunque es imposible sustentarla con total solidez. [175]

Pero aquí no podemos entrar en ese debate, ni glosar con detalle la historia de los hunos hasta llegar al gran enfrentamiento de los Campos Cataláunicos y tendremos que conformarnos con apuntar que, a partir de 370, las hordas hunas cruzaron el Volga arrollando a alanos y godos, [176] y que, a partir de 376, frecuentaban el Bajo Danubio y que, para el año 400, sus principales núcleos de población se hallaban situados al este y al oeste de los Cárpatos: en el Bajo Danubio y en la Llanura panónica. Aunque divididos, su poder creció y cuando Atila asesinó a su hermano Beda y lanzó sus grandes ataques sobre el Imperio romano de Oriente en la década del 440, su Imperio, que ahora agrupaba a todas las tribus y clanes hunos, era ya la potencia dominante entre el mar del Norte y el Volga y entre el Danubio y la llanura central polaca y aspiraba a dominar a las dos partes del Imperio romano.

Pero ¿qué había hecho tan poderosos a un grupo de tribus sin verdadera unidad política? ¿De dónde extraían los hunos las bases de su temido poder militar?

LA ORGANIZACIÓN DE LA FUERZA

Si al estudiar el Ejército de la parte occidental del Imperio romano nos hemos encontrado ante una estructura complejísima con una dúctil cadena de mando, con un diversificado sistema de reclutamiento, con un moderno sistema fiscal y legislativo, con una tradición táctica y estratégica desarrollada, y con una afinadísima logística, al enfrentar el análisis del ejército huno nos hallamos ante un sistema mucho más primitivo en el que una logística basada en las obligaciones de los sometidos y en el saqueo de los enemigos y un esquema táctico ingenioso, pero básico, se sustentaban sobre un conjunto de relaciones tribales y personales que, en última instancia, condicionaban la formación de los ejércitos, su orgánica y su táctica.

Son escasísimos los datos que las fuentes contemporáneas nos proporcionan sobre la organización de los ejércitos hunos. Estos, además, fueron cambiando notablemente su

composición. Hasta el año 434 parecen haber estado compuestos en su mayoría por un fuerte núcleo de jinetes hunos al que se sumaban contingentes de caballería proporcionados por tribus vasallas de origen prototurco, así como por bandas guerreras de sármatas de diversas tribus como los alanos, yácigos y gelones y, por lo tanto y en esencia, idénticos a los hunos en sus tácticas y armamento, motivo por el que constituyeron así ejércitos muy móviles y predominantemente de caballería. Además, la progresiva «sedentarización» en la Llanura panónica y en el Bajo Danubio y, ante todo, la cada vez mayor importancia numérica de los vasallos germánicos, fueron haciendo que los ejércitos hunos se enlentecieran cada vez más y que el grueso de su fuerza lo constituyera la infantería ligera germánica a la que se sumaban los jinetes de la estepa y grupos de caballería pesada goda, alana y huna. Así que, para 451, Atila fue a la campaña de las Galias al frente de un ejército en el que los hunos eran una minoría y la infantería ligera germánica y gótica constituía el grueso de la fuerza y, por ende, las tácticas tradicionales hunas basadas en la rapidez de la caballería y en formaciones sueltas y variables, no podían ya ser aplicadas con efectividad.

Se ha sugerido que los hunos organizaban su ejército en una orgánica decimal. Ningún dato apoya esto. La deducción es meramente especulativa y su única base es que los germanos, en efecto, se organizaban en unidades de 100, 500 y 1000 hombres y que los muy posteriores mongoles también encuadraban a sus guerreros en unidades de 100, 1000 y 10 000 hombres. Pero el único texto que se ocupa de estudiar la organización táctica de los pueblos de las estepas occidentales de este primer periodo, el llamado *Strategicon* , probablemente escrito hacia 612 por un general bizantino –atribuido al emperador Mauricio–, que había tenido experiencia directa de combate contra los ávaros, los cutriguros, utiguros, onoguros y otros pueblos de las estepas danubiana y póntica, emparentados e incluso descendientes de los hunos, no menciona ninguna formación táctica decimal y la única que señala es la misma que doscientos años antes ya apuntara Amiano Marcelino: el *cuneus* . Esta formación de jinetes hunos era de carácter tribal y agrupaba un número variable de guerreros que iba de unas pocas decenas a varios centenares, y que servían bajo las órdenes de su jefe tradicional que recibía el nombre de *cur* . [177] Fuera de esta formación puramente tribal, el *Strategikon* solo hace hincapié en que sus únicas agrupaciones tácticas son los clanes y las tribus. Cada grupo de guerreros seguía a su jefe y estos eran muy numerosos y comandaban unidades de guerreros de muy variable tamaño y composición. Así que el único elemento organizativo era la pertenencia a un clan o a una tribu.

Lo que sabemos sobre los hunos, los akatzires, los onoguros o los turcos occidentales de los siglos IV al VII, nos permite confirmar lo dicho por Amiano Marcelino y por el autor del *Strategikon* . En efecto, de seis a diez familias extensas formaban un clan o grupo de familias. Estas agrupaciones de en torno a un centenar de personas, pastoreaban juntas sus rebaños y seguían a un jefe de clan. Varios de estos clanes o grupos se reunían para atender a la defensa de sus rebaños y pastos o para lanzar

incursiones de saqueo contra otros clanes o pueblos, constituyendo así pequeñas tribus gobernadas por nobles que recibían el mencionado título de *cur* y cuya fuerza militar no iba más allá de unas centenas de guerreros. Varios de estos grupos se reunían a su vez en una horda o agrupación tribal, bajo el comando de un rey que podía llevar al combate a varios millares de hombres y, por último, desde 411 y hasta 444, la aparición de reyes más poderosos, denominados *shan yu* [178] determinó la agrupación de la totalidad de las tribus y clanes hunos en dos grandes hordas bajo la autoridad de dos monarcas: uno principal con su sede en la Llanura panónica y otro, en principio subordinado al primero, con su asiento en la región del Bajo Danubio. Cada uno de estos dos reyes supremos podía llevar al combate a un mínimo de 10 000 guerreros. Solo Atila logró unificar a todas las tribus hunas, pero hasta él vio su poder discutido por príncipes y reyes pertenecientes a su propia familia o a otras familias reales y que, a menudo, huían con sus seguidores a territorio romano para escapar a su control. La incorporación de más y más pueblos germánicos, iranios y prototurcos al Imperio huno, incrementó de un modo exponencial el poderío militar que podían mostrar sobre el terreno los soberanos hunos, pues el sometimiento de un pueblo a la autoridad del rey de los hunos implicaba que el rey o los jefes vencidos tenían que presentarse al frente de sus tropas si su señor se lo demandaba. Esto implicó que ya desde la aparición en el escenario occidental de los hunos, esto es, desde que hacia 373 sometieron a buena parte de las tribus de los alanos, los ejércitos hunos fueron muy diversos. Así, en 408 y como ya vimos, Uldino, un rey huno, ocupó el Campamento de Marte y pretendió atacar al Imperio romano de Oriente a la cabeza de un ejército formado por hunos y esciros. Estos últimos eran germanos procedentes de la región del Dniéster. El propio Atila, como veremos, condujo hacia las Galias un ejército multitribal integrado por pueblos prototurcos, iranios, eslavos y, sobre todo, germánicos, en el que los hunos eran una minoría. Esta composición laxa, asimétrica y multiétnica de los ejércitos hunos del siglo V era su mayor debilidad y así lo señaló un tratadista del periodo: «compuestos por tantas tribus como están, no tienen el sentido de reino o de unidad de uno con otro. Si unos pocos comienzan a desertar y son bien recibidos por sus enemigos, muchos otros los seguirán». [179]

¿A cuánto ascendía el potencial militar huno? Las fuentes del periodo apenas si nos aportan un puñado de datos y cifras para poder abordar esta cuestión. Así, por ejemplo, sabemos de contingentes hunos que sirvieron a las órdenes del Imperio romano de Occidente o de los pretendientes que se disputaban su trono, que sumaban, respectivamente, 300, 10 000 y 60 000. En el primer caso, estaríamos hablando de un *cuneus* huno que con su *cur* a la cabeza servía de fuerza de choque bajo la autoridad de Olimpio. En el segundo caso, de la fuerza mercenaria huna que Jovio, el prefecto del pretorio de Honorio, pretendía poner a su servicio y, en el tercer caso, de la horda de guerreros hunos que los reyes supremos de estos, Octhar y Ruga, pusieron bajo las órdenes de Aecio para que apoyara las pretensiones de Juan al trono imperial. ¿Pueden decirnos algo estas cifras? Ya hemos visto más arriba, al tratar del Ejército romano, que

los investigadores han calculado que la instalación de los hunos en la Llanura panónica supuso la limitación de su fuerza de caballería a una cifra que oscilaría entre un mínimo de 15 000 hombres y un máximo de 30 000. En principio, estamos de acuerdo con estas cifras. En efecto, la llanura húngara solo puede alimentar a unos 150 000 caballos en régimen de pastoreo y eso implica, teniendo en cuenta que cada guerrero necesitaba entre 5 y 10 monturas de promedio, una limitación del poder ecuestre huno. Arther Ferrill llegó incluso a sugerir que el grueso de los hunos se vio forzado a luchar como infantería tras su instalación en la llanura húngara. [180] Ahora bien, no hay noticia alguna que nos pueda hacer pensar que los hunos pasaron a ser infantes y, por otro lado, a los autores que han llegado a tan ingeniosa conclusión, se les olvida que los hunos del siglo V no solo contaban con los pastos de la Llanura panónica para alimentar a sus manadas de caballos, sino que un fuerte núcleo de hunos se instaló en las llanuras de lo que hoy es el sur de Rumanía y Moldavia y que algunos grupos menores, aunque reseñables, permanecieron en la gran estepa póntica de lo que hoy serían Ucrania y el sur de Rusia. La cifra de 10 000 jinetes hunos que Honorio trató de contratar en 410 [181] es muy significativa en nuestra opinión. Es creíble y puesto que es poco probable que Charaton, a la sazón el principal rey huno por esas fechas, se desprendiera del grueso de su poderío militar, podríamos concluir que los hunos podían llegar a sumar en torno a 30 000 jinetes. Peter Heather ha evaluado el poderío huno en una horquilla que precisamente va de 15 000 guerreros a 30 000 y puesto que ha calculado que los pueblos germánicos que se vieron implicados en las invasiones del siglo V podían reunir desde un mínimo de 5000 hombres, en el caso de los pueblos más pequeños, a 20 000 o 30 000 hombres, en el caso de los grandes agrupamientos bárbaros como los visigodos, ostrogodos o los gépidos, y puesto que muchos de esos pueblos quedaron sometidos a los hunos o fueron vencidos por ellos, la cifra de 30 000 guerreros hunos es más que plausible. Pero, puesto que los hunos fueron sometiendo a otros pueblos e integrando sus huestes guerreras en la propia, a esos hipotéticos 30 000 guerreros, habría que añadir los proporcionados por otras tribus prototurcas como los akatzires, los amilzuros, saraguros, alpinzuros, alcidzuros, itimaros, tuncarsos, etc., así como los procedentes de tribus iranias como los alanos propiamente dichos, los antas, los gelones, los belonotos, los neuros y los sármatas yácigos y, ante todo, los que debían de ofrecerle sus vasallos germánicos: gépidos, ostrogodos, rugios, esciros, hérulos, bastarnos, suevos danubianos y burgundios orientales fundamentalmente y, al final y sumados a ellos, turingios, brúcteros y parte de los francos y puede que también los longobardos y algunos grupos alamanes terminaran sujetos a Atila. Además, entre las listas de tribus contra las que Atila y sus inmediatos antecesores guerrearon, aparecen los nombres de lo que, sin duda, son pueblos protoeslavos como los boiskoi del alto Dniéper, contra los que luchó Ruga en 433. [182] La suma de todo ello es una impresionante fuerza que, sin duda y en teoría, podría llegar a levantar una hueste guerrera que superaría los 100 000 hombres que podrían sumarse a las fuerzas hunas propiamente dichas. Por lo tanto, y en conjunto, no sería descabellado pensar en un potencial mínimo de 130 000 hombres. Ahora bien, un número semejante de hombres era imposible, no ya

de mantener con la primitiva logística de hunos y germanos, sino aún de reunirse en un solo punto y no hablemos ya de ser conducidos en una campaña. Por lo tanto, de forma real y efectiva, los hunos no serían capaces de poner en campaña a una hueste superior a los 60 000 hombres, precisamente la cifra que Juan de Antioquía dice que los reyes Octhar y Ruga asignaron a Aecio para intervenir en la guerra civil romana en 425. [183] Considero que esa cifra marca el máximo real de fuerzas del Imperio huno y que Atila lanzó una hueste semejante contra Occidente en 451. Es evidente que esto significaba que los hunos contaban con una fuerte superioridad táctica sobre los romanos. Estos disponían de más hombres en conjunto, Occidente y Oriente podían sumar hacia el año 450 a unos 390 000 sobre el papel, pero no eran capaces de concentrar en un solo punto una fuerza semejante a los 60 000 hombres que podían llegar a movilizar los hunos. Además, y en el caso de Occidente, hacia 450, sus recursos no superaban los 90 000 efectivos y, de ellos y en el mejor de los casos, solo podría poner 20 000 efectivos en campaña, pues el resto debía permanecer en Italia o en las fronteras. Por eso, Aecio se vio obligado a reclamar la ayuda de visigodos, alanos, francos salios, burgundios y sajones.

TÁCTICA

El tratadista a quien hemos citado en el punto anterior es el conocido como Pseudo-Mauricio, autor del *Strategikon* , el tratado militar más influyente a lo largo de la Edad Media junto con el *Epitoma rei militaris* de Flavio Renato Vegecio. La obra, escrita casi con toda seguridad hacia 611-613, aborda en el capítulo II del libro XI la guerra contra los ávaros, los turcos y «otros pueblos hunos». Puesto que la guerra entre los pueblos de la estepa permaneció dentro de pautas y formas bastante regulares, el texto, aunque escrito ciento cincuenta años después de la muerte de Atila, es nuestra principal fuente de información para tratar de aproximarnos a la organización, táctica y armamento de los hunos. Dicha información se ve complementada y ampliada por los hallazgos arqueológicos y las noticias de las fuentes literarias de los siglos IV al VII, todo lo cual nos permite trazar un cuadro lo bastante preciso para configurar una idea general.

La táctica de los hunos se basaba en dos conceptos generales: lo que llamaríamos «aproximación indirecta», esto es, siempre que era posible, preferían la emboscada y privar de suministros al enemigo, y el ataque y retirada fingidos cuyo propósito era desorganizar, primero y aplastar después, a la formación enemiga. Esto último, el ataque y retirada fingidos, constituyeron la gran sorpresa táctica introducida por los hunos. En efecto, estos trataban de evitar el choque frontal con el enemigo, pero en caso de llegar a este, su principal táctica se basaba en cargar sobre él en formación suelta y abierta y precipitar sobre el adversario una lluvia de flechas aprovechando la mayor potencia y habilidad de tiro de sus arqueros a caballo. Cuando el momento del choque parecía inevitable, los hunos volvían grupas y se alejaban sin dejar de disparar sus

arcos. Si el enemigo, engañado por la retirada, rompía filas para perseguirlos, los hunos se reagrupaban súbitamente y volvían a cargar y esta vez se adentraban en las filas enemigas y buscaban el cuerpo a cuerpo con lanzas, espadas, *saex* y lazos.

Los hunos contaron con un número significativo de jinetes armados pesadamente, pero en su mayoría los ejércitos hunos estaban constituidos por caballería ligera. Esta caballería contaba con un activo que la elevaba por encima de los cuerpos de caballería romana o germana: los jinetes hunos disponían en campaña de un número significativamente mayor de caballos. En efecto, aunque no llegaran a los 19 caballos por hombre que Marco Polo cita para los jinetes mongoles del siglo XIII, los guerreros hunos disponían de entre 5 y 15 caballos por jinete. Estos caballos suplementarios galopaban tras el ejército en grandes manadas y los iban montando sucesivamente a lo largo de un día de galopada o durante el combate. Esto suponía que los ejércitos hunos eran muy superiores en movilidad a los de romanos y germanos. En efecto, a lo largo de un día de cabalgada, un jinete huno solía cambiar cinco o seis veces de montura lo que se traducía en que frente a los 30 o 40 km que a marcha forzada podía cubrir un ejército romano o germánico en caso de necesidad, un ejército huno podía dejar atrás con facilidad unos 100 o 120 km por día y ello sin agotar a sus monturas. Esta excepcional ventaja se fue perdiendo conforme los hunos fueron echando mano de gran número de auxiliares germánicos que, al ser en esencia, infantería ligera, marchaban mucho más despacio.

Además, durante el combate, la reserva de caballos permitía a los guerreros mantener una superioridad táctica notable al contar con monturas frescas y descansadas en cualquier fase de la batalla, mientras que sus enemigos agotaban a las suyas durante el encuentro.

Las grandes manadas de caballos que seguían a los ejércitos hunos cumplían, además, otros dos propósitos muy importantes: constituían una suerte de «despensa móvil» pues proveían a los guerreros de leche, sangre y carne de yegua y caballo, y hacían creer al enemigo que la fuerza movilizada por los hunos era mucho mayor de lo que en realidad era.

Los hunos no acampaban de forma regular, ni fortificaban sus campamentos de marcha. Pero sí disponían retenes de guardias a caballo que patrullaban el área en un círculo bastante amplio y que mantenían contacto visual y auditivo entre ellos, constituyendo así un efectivo sistema de guardia de los campamentos. Estos no tenían un diseño ni regular, ni determinado, sino que se constituían por tribus y clanes, plantando cada clan y cada tribu sus tiendas según les pareciera. La mayoría de los caballos quedaban sueltos y pastando, pero los guerreros trababan las patas de algunos para mantenerlos cerca de sus tiendas y poder contar así con monturas a la mano en caso de ataque por sorpresa del enemigo.

No solían formar en tres secciones, centro, flanco izquierdo y flanco derecho, como lo hacían los romanos o los persas, sino en múltiples e irregulares destacamentos de muy variadas proporciones que permanecían muy cerca unos de otros para dar la sensación de formar una masa compacta o una línea regular, pero manteniendo su capacidad operativa independiente entre sí. Un grupo de reserva permanecía apartado de esta masa principal para tender emboscadas o acudir en apoyo del punto que se viera amenazado o más presionado. La gran manada que seguía al ejército quedaba tras la línea principal y la impedimenta, a veces resguardada tras un *lager* o campamento formado por la disposición en círculo de sus carros, a una milla tras el flanco izquierdo o tras el derecho. Tanto la manada de reserva, como el campamento con los abastecimientos, quedaban bajo la custodia de fuertes destacamentos.

Además de la disposición básica arriba mostrada, el autor del *Strategikon* nos apunta otra formación característica de los hunos: la disposición de sus irregulares destacamentos en tres líneas sucesivas y separadas entre sí y que recuerda bastante a los medievales «haces». Si la retaguardia se consideraba amenazada, los hunos solían arrear a su gran manada de reserva hasta ella y trababan las patas de las bestias para que constituyeran una suerte de «muro vivo» que los protegiera de eventuales sorpresas por la espalda.

Por lo general, las formaciones hunas solían ser más profundas que las romanas y su densidad era irregular. Preferían el combate a distancia que «llegar al filo», esto es, entrar en el cuerpo a cuerpo. Las formaciones en «cuña dispersa» constituidas por varios grupos de jinetes eran también muy comunes a la hora de cargar sobre un frente enemigo. Si lograban romper las filas de sus adversarios, los hunos eran implacables en la persecución y no cejaban en ella hasta la completa aniquilación de la fuerza enemiga.

Nos hallamos, pues, ante una forma de combatir primitiva, pero efectiva e implacable. El tratadista del *Strategikon* señala sus puntos débiles: la falta de pastos en invierno que debilitaba a los caballos hunos y las carencias de un aprovisionamiento regular y ordenado, junto con su incapacidad para enfrentar formaciones compactas de infantería pesada bien adiestrada. El estratega bizantino aconseja buscar terrenos de combate abiertos, pero en donde las líneas propias cuenten con la protección en sus flancos y en la retaguardia de obstáculos naturales como bosques, pantanos o ríos que impidan a la caballería huna rodearlas o flanquearlas. El uso de exploradores para evitar emboscadas, una buena logística para mantener la superioridad de los propios abastecimientos sobre la irregularidad de los de los hunos y formar la infantería pesada en primera línea en una posición fuerte con la caballería a retaguardia y en caso de aparente victoria, no dejarse llevar a una persecución «a más de dos o tres tiros de flecha», 80 000-1200 m, eran aspectos que se tenían que tener muy en cuenta a la hora de lidiar con los hunos.

SI los hunos no daban tiempo a formar las propias filas de la manera que acabamos de mostrar, el redactor del *Strategikon* aconsejaba enviar por delante contra ellos a la caballería pesada en formación densa para buscar lo antes posible el cuerpo a cuerpo y dar así tiempo a la infantería para formarse. [184]

ARMAMENTO Y ADIESTRAMIENTO

Los guerreros hunos iban armados con un arco compuesto asimétrico, también denominado arco reflejo huno, arco compuesto centroasiático, arco corcovado y arco recurvado. Junto a este arco, también portaban lanzas, largos cuchillos de un solo filo semejantes al *saex* germánico, espadas largas de dos filos y lazos. Asimismo, mediante la arqueología y la literatura se ha verificado que los jefes y nobles hunos usaron de forma regular el yelmo y la cota de malla. La imagen transmitida por Amiano Marcelino de que los hunos no usaban armadura ni protección de ninguna clase y de que las puntas de sus flechas y lanzas eran de hueso, ha de ser muy matizada y revisada. [185]

Panoplia ofensiva

El autor del *Strategikon* enumera en un pasaje cómo se arman los hunos: cota de malla, arcos, lanzas y espadas. Pero señala que la mayoría de ellos iban pertrechados solo con arco y lanza y que usaban sin distinción ambas armas en función del tipo o momento del combate. [186]

El arco huno fue el arma que los caracterizó y que les dio buena parte de su ventaja y éxito militar. Aunque el arco compuesto se conocía y era usado desde al menos el tercer milenio antes de Cristo, lo cierto es que se trataba de arcos de pequeña envergadura que rondaban los 80 cm de longitud y que, por ende, eran incapaces de lanzar flechas con suficiente potencia como para atravesar una armadura a una distancia superior a los 25 o 30 m y ello solo si el impacto era directo y acertaba sobre un punto débil. En el siglo III a. C. aparece, entre los Hsiung-Nu, el gran arco compuesto asimétrico o arco huno. Este tenía una envergadura mayor, que oscilaba entre los 130 y los 160 cm de envergadura y con ello triplicaba, literalmente, la potencia y alcance de los demás arcos. Podía herir a un hombre desarmado a 300 m de distancia y era letal a 200 m contra tropas no dotadas de armadura y, asimismo, era capaz de dar muerte a hombres provistos de ella a 100 m de distancia. De hecho, y para que seamos conscientes de su potencia y alcance, se tiene noticia de disparos efectuados con este arco que superaban los 500 m de distancia. [187]

El arco compuesto usado por los Hsiung-Nu desde el siglo III a. C. pasaría a ser el arma principal de todos los pueblos de la estepa hasta el siglo XVIII. Era un arma compleja que constaba de varias piezas y materiales. La pieza central era el resultado de

la unión de dos cortes de madera blanda, por lo general, abedul y pícea, y servía de armazón y punto de sujeción para otras dos partes esenciales del arco: los tendones, colocados en la parte exterior del armazón de madera y que se distendían al ser tensado el arco y las placas de cuerno colocadas en la parte interior, que al contrario que los tendones, resultaban comprimidas. La generación de fuerzas contrarias por parte de los tendones y de las placas de cuerno imprimía una fuerza brutal al disparo de este arco. La madera, los tendones y el cuerno se unían utilizando un adhesivo natural que resultaba de la mezcla y cocción de espinas de pescado, cueros y pezuñas de animales.

Pero al alargar la envergadura del arco, los hunos no solo lograban ventajas evidentes, mayor potencia de tiro y mayor distancia efectiva del mismo, sino inconvenientes, ya que, en efecto, la longitud del arco era un estorbo para disparar a lomos de un caballo, pues la parte inferior inevitablemente entraba en contacto con el cuello de la cabalgadura o con sus riendas y esto hacía casi inmanejable el arco. De hecho, ese problema era lo que había impedido hasta el siglo III a. C. el uso de arcos de más de 80 cm de longitud. Los hunos lograron solventar con éxito el problema al crear arcos asimétricos en los que la parte inferior del arco era notoriamente más corta que la superior. Así se pudo alargar el arco desde los 80 cm originales hasta los 150 cm que de promedio tenían los arcos hunos. Ahora bien, el uso de un arco asimétrico implicaba que el arquero se adiestrara de forma más intensa, pues estos arcos eran más difíciles de manejar al ser distinta y más compleja la forma de disparar y muy diferente con respecto a la forma en que se hace con el arco simétrico. [188]

Las flechas medían entre 75 y 80 cm de longitud. Solían ser de madera de álamo. En la punta y mediante sujeción de espiga reforzada con tendones y resina de abedul, se fijaban unas innovadoras y pesadas puntas trilobulares de tres filos que tenían una potencia de penetración mucho mayor que las puntas planas hasta entonces empleadas. Estas nuevas puntas de tres filos fueron la otra gran aportación de los hunos a la técnica militar. Los guerreros hunos llevaban al combate treinta de estas flechas y, en retaguardia de sus formaciones de batalla, se habilitaban puntos de reaprovisionamiento para reponer las flechas en sus aljabas cuando estas quedaban vacías. Además, y para que durante las campañas no se agotara la provisión de flechas, junto a los combatientes viajaban artesanos especializados en su fabricación. [189] Por último, es necesario señalar que los hunos eran muy hábiles en la fabricación y uso de flechas incendiarias con las que provocar graves daños en las ciudades y fortalezas asediadas por ellos o en las máquinas de guerra enemigas. [190]

Las lanzas hunas eran semipesadas. No eran tan largas ni tan contundentes como las *contos* sármatas, alanas o romanas y el guerrero podía, por lo tanto, blandirlas con comodidad con una sola mano. El autor del *Strategikon* señala que levantaban la lanza por encima del hombro para golpear con ella y en otro pasaje nos informa sobre que las lanzas de los pueblos de la estepa iban provistas de correas de cuero en su empuñadura

para facilitar su agarre y que fuera más complicado que el guerrero la perdiera. También nos informa sobre que iban adornadas con estandartes pequeños o gallardetes. [191]

Los hunos usaban con mucha frecuencia un arma similar al *saex* o *scrama* de los germanos, un arma similar a un cuchillo largo de un solo filo y que no sobrepasaba los 60 cm de longitud. Muchos autores sostienen de acuerdo con las evidencias arqueológicas que fueron los hunos quienes introdujeron este tipo de arma en Europa que tan popular y característica sería desde finales del siglo IV entre los germanos. [192]

Sin embargo, la espada larga que usaban era de estilo persa. Era un arma formidable de dos filos y recta hoja de unos 83 cm de longitud por 6 cm de ancho, con empuñadura preservada por guardas romboidales y con un largo total que oscilaba entre 105 y 110 cm. Tanto la empuñadura como la vaina solían estar muy decoradas con ornamentaciones de oro y plata y con esmaltes y piedras semipreciosas engastadas. La vaina era de madera y cuero con refuerzos y contera en plata, cobre o bronce y quedaba sujeta al cinto del guerrero mediante un ingenioso y pequeño dispositivo de origen persa que hacía que la espada envainada quedara colgada formando con las piernas del guerrero un ángulo de algo más de 60 grados, de manera que la empuñadura quedaba inclinada hacia delante y la hoja del arma quedaba levantada hacia atrás, facilitando así su rápida extracción e impidiendo que se enredara en las piernas del jinete o que molestara a su montura. [193] La espada larga, al igual que entre los germanos, era un arma que, por su elevado coste, solía estar reservada a nobles y jefes.

Otra arma muy usada por los hunos era el lazo. Lo utilizaban con suma habilidad para enlazar y desmontar a los jinetes enemigos o para atrapar y arrastrar a sus infantes. [194]

Panoplia defensiva

Los yelmos usados por los hunos eran de varios tipos. Se han encontrado modelos similares a los romanos de tipo *ridge helmet, bandhelm* y otros que ya presagian al *spangenhelm* . Parece que el uso del yelmo estaba muy extendido entre los hunos, cuestión que no solo confirma la arqueología, sino que ya apuntaba la descripción que de ellos hizo a fines del siglo IV Amiano Marcelino. [195]

El autor del *Strategikon* señala, asimismo, que los guerreros más destacados, «los más ilustres» nos dice, se protegían el cuerpo con armaduras. Estas solían ser cotas de malla o corazas de escamas, pues la armadura de láminas no parece haberse generalizado hasta el periodo ávaro, a mediados del siglo VI. Se han encontrado restos de armaduras en los enterramientos hunos que confirman lo expuesto por el *Strategikon* .

Vegecio concedía, asimismo, a los hunos, junto a los alanos, el mérito de haber mostrado a los romanos la necesidad de disponer de una caballería fuertemente armada y aunque la mayor parte de la fuerza huna estaba constituida en origen por caballería ligera protegida únicamente por caftanes de fieltro acolchado y cuero, tal como la describe Amiano Marcelino, y aunque así siguió siendo hasta los días de Atila, la tendencia fue que, conforme crecía su poder y, por ende, su riqueza, los guerreros hunos protegidos por armaduras fueran cada vez más numerosos.

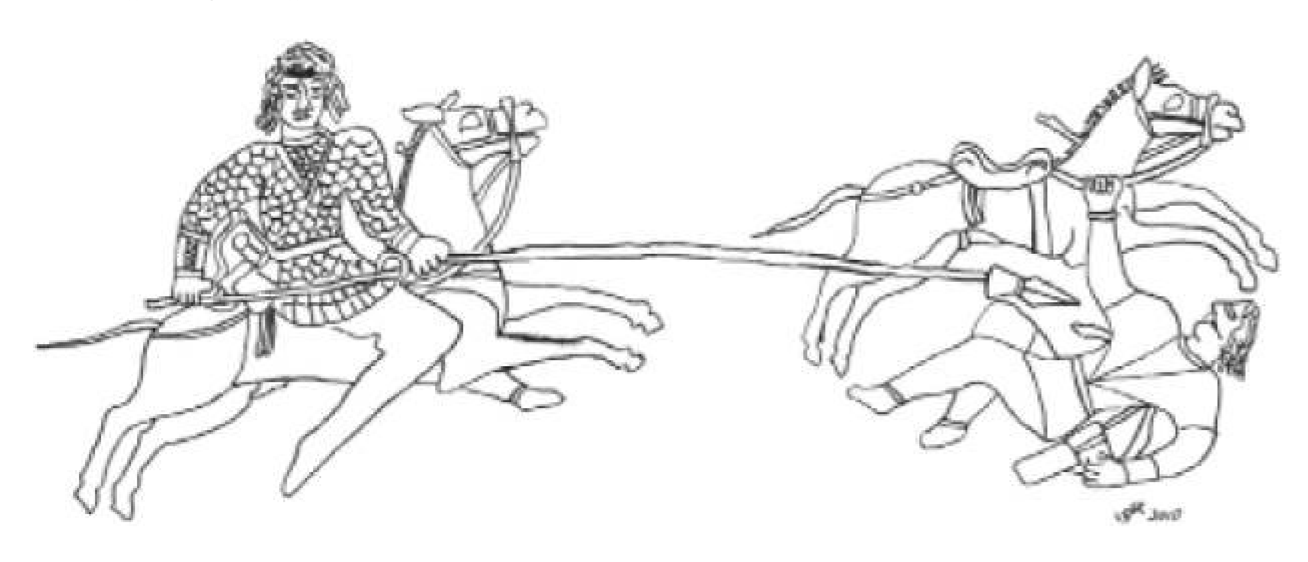


Figura 20: El llamado Vaso de Kossika (Rusia), siglos I-III d. C., probablemente representa a guerreros sármato-alanos. El guerrero de la izquierda porta un *contus* , una pesada lanza de acometida a dos manos, y se aprecia un soporte o anilla atado a la silla que facilitaría su manejo, como sugiere la *Aethiopica* de Heliodoro. La figura de la derecha es un arquero a caballo. Los jinetes podían usar sus arcos antes o en el momento de la carga para desorganizar al enemigo.

No solo ellos iban protegidos, también sus caballos iban resguardados con capizanas, testeras y petrales de fieltro acolchado, a veces reforzado con placas o anillos de bronce o de hierro. [196] Estos jinetes hunos armados pesadamente, montaban caballos más grandes criados originalmente en la región del valle del Fergana y que en China y Asia Central recibían el nombre de «caballos celestiales».

Máquinas de guerra

Una cuestión que estableció una diferencia abismal entre los hunos y los demás bárbaros es que hacían gala de una extraordinaria habilidad poliorcética. Grandes ciudades formidablemente fortificadas como Naissus (Niš), Sirmium, Mediolanum, Aquilea o Marcianópolis (Devnia) caerían en sus manos tras apenas unas semanas de asedio. Fuentes como la *Vita sancti Aniani* o como los informes de Prisco, que formó parte de una embajada enviada a Atila en 449, nos informan sobre la habilidad y presteza con la que los hunos podían construir máquinas de guerra y sobre los tipos de

estas. Así sabemos del uso masivo de helépolis, de torres de asalto dotadas de ruedas, puentes portátiles para cruzar ríos y escalas para asaltar muros. [197]

LA TRANSFORMACIÓN DEL EJÉRCITO HUNO

Cuando en el año 444 Atila comenzó su reinado en solitario, se hallaba al frente de un ejército en el que los hunos aún representaban el grueso o, al menos, el elemento decisivo de la fuerza, pero en 451 en el ejército que condujo a la Galia los hunos eran una minoría que no superaba el tercio del total y en el que los contingentes germánicos y, en menor medida, los aportados por pueblos sármatas como los alanos, yácigos y antas, constituían el elemento más grande y más potente del ejército. Esta ampliación de la fuerza militar del reino de Atila lo dotó de un poderío descomunal, pero, al mismo tiempo, supuso que la ventaja táctica con la que hasta entonces habían contado los hunos, su extraordinaria movilidad como fuerza de caballería dotada de gran cantidad de monturas de refresco y de un arma tan extraordinaria como el arco compuesto asimétrico, quedara diluida al tener que contar con las lentas masas de infantería ligera germana con un equipamiento deficiente donde las armas estaban pensadas para un tipo de lucha muy diferente al que habían venido planteando los hunos. Esa contradicción fue fatal a la larga.




Figuras 21 y 22: Dos guardas de espadas decoradas con *cloisonne* , en un estilo similar al de la espada de Altlussheim (Alemania). Este tipo de armas proviene fundamentalmente de necrópolis de Rusia y Ucrania, con algunos ejemplares en Hungría y Alemania, y tiene paralelos con espadas del mundo de las estepas y sasánidas, al haberse relacionado con los hunos.

Notas

1 Jordanes, *Getica* , XL, 207, en Sánchez Martín, J. M., 2001.

2 Este sobrenombre, sin duda el más famoso de cuantos ostenta Aecio, se lo otorgó el historiador bizantino del siglo VI Procopio. Procopio de Cesarea III, 3, 15, en García Romero, F. A, 2000.

3 Este es el título más preciso y formal de cuantos ostentara Aecio y aparece recogido en una *novella* de Valentiniano III fechada en 445. Al respecto, ver O'Flynn, J. M., 1983, 85.

4 Zósimo, *Nueva historia* , V, 45,1 y VI, 8, 2-3; Sozómenos, *Historia eclesiástica* , IX, 8,6 en Migne, J.P., 1864; *Orosio, Historias* , VII, 36.6, en Sánchez Salor, E., 1982 y Claudio Claudiano, *Poemas* y Guerra contra Gildón, vv. 420-422, en Castillo Bejarano, M., 1993; en cuyos informes se

evidencian legiones de la primera mitad del siglo V con entre 800 y 1200 hombres. El promedio es de 1000 hombres, mientras que las demás unidades, de caballería o de infantería, tenían unos 500 soldados: Juan Lido, *De los magistrados* , I, 46.3, en Bandy, A. C:, 1983. Ver la cuestión, con bibliografía, en Treadgold, W., 1995, 7-61; Dando-Collins, S., 2012, 218-220; Rodríguez González, J., 2003, 451; Jones, H. M., 1964, vol. 2, 59-60 y vol. I, 680-682; Ferrill, A., 1989, 49; Souther, P., Tixon, K. R., 2018, 48-56; Goldwolsey, A., 2005, 205-209; ELTON , H., 1996, 72 y ss.; Hughes, I., 2012, 100-105; Cañas Navarro, P.: «Aspectos jurídico-censales en el ejército romano».

5 Ferrill, A., 1989, 47-49.

6 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , V, 31-36 y VII, 127-132, y para las unidades *limitanei* a disposición del *comes tingitaniae* , 129.

7 El *comes Hispaniarum* comandaba 16 unidades. Ver *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , XLIII; Goldwolsey, A., 2005, 203-205; Rodríguez González, J., 2003, vol. II, 455.

8 En el orden listado en el texto ver *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , XXXIV, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX y XLI.

9 Treadgold, W., 1995, 49-50.

10 Hemos usado el texto latino del Código Teodosiano dispobile en http://www.thelatinlibrary.com , en adelante CTH. CTH, 7.1-9.

11 CTH, 15.1-13.

12 Por ejemplo, Rodríguez González, J., 2003, 451, magistral para el Alto Imperio, mantiene una anticuada idea sobre el Ejército bajoimperial y, en particular, sobre los *limitanei* .

13 Goldwolsey, A., 2005, 204.

14 CTH, 7.20.8; Carrié, J. M., 1995, 27-59; Whitby, M., 1995, 61-124; Haldon, J., 1979, 29. Desmontando las tesis de: Jones, H. M., 1964, 669-675.

15 Así lo sostenía todavía en 1986. La edición española aquí citada es de 1989, Arther Ferrill en su, por otra parte, magistral trabajo: Ferrill, A., 1989, 45-47.

16 Claudio Claudiano, *Guerra gótica* , vv. 400-425.

17 Claudio Claudiano, *Guerra Gótica* , vv. 550-620.

18 Souther, P., Tixon, K. R., 2018, 49-51 y 75-78; Heather, P., 2006, 317-319 y 380.

19 Novela 24 de Valentiniano III.

20 Sobre esta hagiografía, tan ligada a la vida del último emperador romano de Occidente, Rómulo Augusto, véase el trabajo de Sánchez Medina, E.: «Estrategias de debilitamiento del poder de los últimos emperadores del Occidente romano (455-480)», 103-120.

21 De hecho, en 449, el duque de Nórico era uno de los embajadores enviados ante Atila por Aecio; Prisco de Panio, *Historia* , frag. 8, en Blockley, R. C., 1983 y Müllerr, C., 1868 y 1870.

22 Eugipio, *Vida de san Severino* , XX en Robinson, G. W., 1914.

23 Elton, H.: «Defence in fifth-century Gaul», 165-176.

24 Heather, P., 2006, 364-365; Hughes, I., 57-92; Heather, P., 250; Drinkwater J. F.: «The Bacaudae of fifth-century Gaul», 208-217. Sanz Huesma, F. J.: «Merobaudes en Hispania (443 d. C.)», 363-368; Sánchez León, J. C., 1996, 57-61 y 62-74; Jiménez Garnica, A. M., 2010, 349-351.

25 Sidonio Apolinar, *Poemas, Panegírico al Emperador Avito* , VII; Sidonio Apolinar, *Panegírico al emperador Mayoriano* , V y Sidonio Apolinar, *Panegírico al emperador Antemio* , II, todos ellos en López Kindler, A., 2005. Ver también Fuentes Hinojo, P., 1995, 192-194 para las campañas de Avito y 200-204 para las de Mayoriano.

26 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 12, en Herrera Roldán, P., 2013; Hidacio, *Cronicón* , 463, en Díaz, M., 1906; *Crónica gala* , A. DXI. 638, en Mommsen, Th., 1982; Crónica del conde Marcelino, A. D. 463, en Croke, B., 1995.

27 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , 145-156, 158-222, 224-255 y 257-274. La *Notitia dignitatum* es uno de los documentos más difíciles de manejar de toda la antigüedad. Así, en principio, bajo el *magister peditum in praesenti* , se listan un total de 127 unidades *comitatenses* : 12 legiones *palatinae* , 32 legiones *comitatenses* , 18 legiones *pseudocomitatenses* y 65 *auxilia* . Pero al distribuir esa fuerza entre el ejército que quedaba en Italia bajo su mando directo y los que se hallaban en otras zonas bajo los *comes* y al eliminar las repeticiones y errores, la fuerza realmente puesta bajo su mando directo e inmediato era mucho menor. Del mismo modo no se lista ninguna unidad de caballería, pero como en la práctica una parte no menor de las unidades que aparecen bajo el *magister equitum in praesenti* le estaban realmente asignadas a él en Italia, 3 *vexillationes palatinas* y 3 *comitatenses* , sí contaba con fuerza de caballería. Para el complejo reparto de la fuerza *comitatense* en Occidente, véase Goldwolsey, A., 2005, 204.

28 Hughes, I., 2012, 36-46.

29 *Ibid* ., 56-90.

30 CTH, 722.8; Jones, H. M., 2003, 612 y 649-651.

31 Para los *auxilia* , ver Dubois, M., 2015, 115-126,260-272, 37 y 425-455.

32 Rodríguez González, J., 2003, 452-454.

33 *Ibid* ., 454, da la cifra de 64 sin especificar si eran *comitatenses, palatinas, pseudocomitatenses* o *limitanei* , pero la *Notitia dignitatum* realmente lista 72 legiones en los ejércitos de campaña de Occidente a las que habría que sumar las *limitanei* . Confróntese a Rodríguez González con Goldwolsey, A., 2005, 204.

34 *Ibid* ., 206-207.

35 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , IX. Interesantes datos sobre los servicios de inteligencia romanos de este periodo en AUSTIN, N., RANKOV, B., 1995.

36 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , IX y XIII; Rufino de Aquilea, *Historia eclesiástica* , en Migne, J. P., 1878, X.11 y XI.33; Juan Lido, *De los magistrados* , I, 1-16; Frank, R. I., 1969, 31-209; Nicolle, D., 2005, 9-10; Wolfran, H., 1997, 52.

37 Nicolle, D., 2005, 9.

38 Hughes, I., 2012, 104.

39 Juan de Antioquía, *Crónica* , frag. 201, 3-5, en Müllerr, C., 1868 y 1870.

40 Agatías de Mirina, *Historias* , I, 19, 1-4, García Ortega, R., 2018; Procopio de Cesarea, III, 11, 4-7; Goldsworthy, A., 2006, 424; Liebeschuetz, F.: «Generals, federates and Buccelarii in Roman armies around 400», 468-470, quien defiende que los *buccellarii* aparecieron en el ejército y no en los séquitos privados de terratenientes y generales.

41 CTH, XIII.10.11.

42 Inscripción XIII, 3576.

43 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VII.1., quien, como advierte el traductor al español de la obra, enreda un poco a los *principia* , oficiales de alta graduación, básicamente los que estaban por encima del *centenario* , con los *principia* , los que hoy llamaríamos suboficiales y que estaban por debajo del *centenario* .

44 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis , XXXII.*

45 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis , XLII.*

46 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , *XXXII.*

47 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , *XXV.*

48 Rodríguez González, J., 2003, 451.

49 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , *XXXIV.*

50 *Vegecio, Epitoma rei militaris* , *III.XII.*

51 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XIII.1; y II.XXIII.3; y *Strategikon* del Pseudo-Mauricio, XII.7, en Magaña Orúe, E., Rodríguez González, E. J. y De la Torre Rodríguez, J. I., 2014.

52 Goldwolsey, A., 2005, 202.

53 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VIIII.3.

54 Juan Lido, *De los magistrados* , I, 48.2.

55 Juan Lido, *De los magistrados* , I, 9.2.

56 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VII.3-9.

57 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.XIII.

58 San Jerónimo, *Epístolas* , en San Jerónimo, 2013 y en *Ad Pammachium contra Ioannem Hierosolymitanum* , 19, disponible en <http://www.intratext.com/IXT/LAT0843/_PJ.HTM> .

59 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VII.3-12, III.VI.12 y III.XXII.13; Juan Lido, *De los magistrados* , I, 46, 4-7; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I.3.

60 *Vegecio, Epitoma rei militaris* , *I.X.4.*

61 *De rebus bellicis* , 5, en Menéndez Argüín, A. R.: «Traducción y comentario del anónimo *De Rebus Bellicis* », 101-124; Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III,18; Connolly, P., 2016, 261; Goldsworthy, A., 2006.

62 Flavio Tonancio Ferreolo (403-485) pertenecía a la familia más importante de la prefectura de las Galias y fue amigo y pariente de Sidonio Apolinar que lo cita en su obra poética: Sidonio Apolinar, 24, vv. 31-43. Ver también nota 799 de la obra citada. Tonancio Ferreolo fue prefecto del pretorio de las Galias durante los años 450-453 y su eficacia es ponderada por Sidonio Apolinar en una de las cartas que intercambió con él: Sidonio Apolinar, *Epístolas*

, VII.XII.1-4, en Dalton, O. M ., 1915.

63 Hughes, I., 2012, 171-172.

64 Carrié, J. M., 1995.

65 Ferrill, A., 1989, 83; Goldwolsey, A., 2005, 209-210.

66 CTH, 7.6.5.

67 Goldwolsey, A., 2005, 210; Ferrill, A., 1989, 83-84.

68 Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 252-253 (la primera edición inglesa de la obra es de 2006); Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XI.2-3.

69 Ferrill, A., 1989, 98.

70 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , IX; Jones, H. M., 2003, vol. II, 834-836.

71 Ferrill, A., 1989, 83-84.

72 Vegecio, Mulomedicina, contiene un excelente panorama de cómo se desempeñaban en su trabajo los veterinarios del ejército. El amplísimo conocimiento que Vegecio muestra en este tratado y su pasión por la cría de caballos es lo que nos lleva, junto con sus títulos de *ilustre* y *comes* a pensar, como ya se ha hecho repetidas veces, que fue *tribunus stabuli in partibus Occidentis* a inicios del siglo V.

73 Amiano Marcelino, *Historia* , XXIX.3.5, en Harto Trujillo, M. L., 2002.

74 Amiano Marcelino, *Historia* , XIV.10.8 y 26.4.2; *Notitia dignitatum, Partibus Orientis* , XIV; Ferrill, A., 1989, 81-82. Vegecio, *Epitoma rei militaris* , Introducción, 17-19.

75 Jones, H. M., 2003, vol. I, 625-626; Ferrill, A., 1989, 141-142; Heather, P., 2010, 256.

76 CTH, 7.6.4-5, regula la entrega de vestiduras a los soldados en 396 y 423.

77 CTH, 7.15.1-2, sobre las tierras de los *limitanei* .

78 Papiros de Oxirrinco, en The Egypt Exploration Society; p.629 2V-S, 1920; Jones, H. M., 2003, 629.

79 CTH, 7.4.28.

80 CTH, 7.4.11.

81 CTH, 7.4.5.

82 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.III.1-12.

83 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.II.1-12.

84 Cañas Navarro, P.: «Aspectos jurídico-censales en el ejército romano», ¿p. x?.

85 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.4.4; Ferrill, A., 1989, 42.

86 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.VII.1-2; CTH, 7.13.8.

87 CTH, 7.13.16.

88 Heather, P., 2006, 149-169 y 239. El ciclo demográfico positivo y el crecimiento económico ha sido constatado por multitud de estudiosos. Ver Ward-Perkins, B., 2007, 69-71, 109, 179-195 y en particular 180 y ss.

89 Amiano Marcelino, *Historia* , XV.12.3 lino.

90 CTH, 7.13 y, entre otros muchos, Connolly, P., 2016, 261 y Souther, P., Tixon, K. R., 2018, 130-132.

91 CTH, 7.20.8.

92 Sulpicio Severo, *Crónicas* II, 46 y ss., en Codoñer, C., 1987; Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei* , 13.19, en Lagarrigue, G., 1979, vol. I; Pseudo-Próspero de Aquitania, *De la providencia de Dios* , vv. 445-449, en Villegas Marín, R., 2011.

93 Amiano Marcelino, *Historia* , XV.12.1-3.

94 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.VII.8-9.

95 CTH, 7.13.6 y Vegecio, *Epitoma Rei militaris* , I.V-VI.

96 *Vegecio, Epitoma rei militaris , I.VII-X.*

97 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.IV.3-4.

98 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.IX.1-8.

99 *Vegecio, Epitoma rei militaris , I.X.1-4.*

100 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XIII.1.

101 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XIV.1-2, I.XV.1-6; I.XVII.1-5; I.XX.22-23; *De rebus bellicis* , 10.1-3-11.1.

102 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XVI.1-4 y III.XIV.

103 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XXVI.1-8 y II, XXVII.1.

104 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.IV.5-6

105 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XVIII.1-3; Procopio de Cesarea, I, 1, 1-17.

106 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XIV.1-8.

107 CTH, 7.6.5.

108 *De rebus bellicis , XV.1-4.*

109 *De rebus bellicis , XV.4.*

110 Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 235-237; Souther, P., Tixon, K. R., 2018, 194-196.

111 Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 236; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XII.b.1.

112 Bishop, M. C. y Coulston, J. C. N., 2016, 229-230.

113 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XV. 4; Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 213-214, 229-230 y 254-256; Connolly, P., 2016, 266-267; Quesada Sanz, F., 2008, 221-223; VV. AA., 2017, 46.

114 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XV.5-7; Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 210-211; Connolly, P., 2016, 266-267; Goldwolsey, A., 2005, 206-207.

115 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XVII.1-4, II.XV.6, II.XVI.1 y III.XIII.10; *De rebus bellicis* , X y XI; Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 211-213; Connolly, P., 2016, 265-267; Goldwolsey, A., 2005, 206-207.

116 Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002, 24.

117 Shahbazi, Sh., 1986, vol. II, 495.

118 Junkelmann, M., 1992, 145 y ss.

119 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 240-271 y *Panegírico a Mayoriano* , vv. 205-230.

120 Farrokh, K., 2005, 15-19.

121 Dando-Collins, S., 2012, 218; Connolly, P., 2016, 265; Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 227-229.

122 Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 221-225; Connolly, P., 2016, 266; Dando-Collins, S., 2012, 225.

123 *Vegecio, Epitoma rei militaris , I.XX.3.*

124 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XX.8-9.

125 *De rebus bellicis , XV.4 y XIX.2.*

126 *Claudio Claudiano, Panegírico al Tercer consulado de Honorio , vv 135-145.*

127 *Vegecio, Epitoma rei militaris , I.XV.1.*

128 Claudio Claudiano, *Panegírico a Honorio* , vv. 135-147 y vv. 190-198.

129 *Vegecio, Epitoma rei militaris , I.XV.23.*

130 Un magnífico cuadro de los clibanarios en 357, en Amiano Marcelino, *Historia* , XVI.10.8; Connolly, P., 2016, 265. La obra de referencia para todo lo relacionado con la caballería pesada romana es Junkelmann, M., 1992.

131 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 250-295.

132 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Mayoriano* , vv. 215-225.

133 VV. AA., 2017, 36; Amiano Marcelino, *Historia* , XVII.22.2; Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002, 19.

134 *De rebus bellicis* , XV.4. El anónimo describe el equipo con que el infante debía de proveerse justo antes de entrar en combate: botas, grebas, en plural, toracomaco. Sobre este último, la armadura, yelmo, escudo, espada y dos lanzas, el *verutum* y la *spicula* .

135 Amiano Marcelino, *Historia* , XXIII.4.1-12. Donde Amiano ofrece una descripción detallada de varias máquinas de guerra. Ver también Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 218-219.

136 Amiano Marcelino, *Historia* , XXIII.4.4-7.

137 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XXV.2-3; y *De rebus bellicis* , VII.2-6 para la descripción y uso de la carrobalista y VII.1 para la ilustración que la muestra.

138 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XXV.4 y IV.XXI.

139 *De rebus bellicis , XVI.5.*

140 *De rebus bellicis , XVIII.1-6.*

141 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XXV.6, y IV, XXII.

142 Amiano Marcelino, *Historia* , XXIII.4.8-12.

143 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XXV.6-7, IV.XXII; Vegecio *Epitoma rei militaris* , IV.XV-XVII, y IV.XXVIII-XXX.

144 Amiano Marcelino, *Historia* , XX.5.1.

145 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Antemio* , vv. 230-235 y *Panegírico a Avito* , vv. 344-345.

146 *Claudio Claudiano, Panegírico al Tercer consulado de Honorio , vv. 135-145.*

147 *Vegecio, Epitoma rei militaris , III.V.8.*

148 Jorge de Pisidia, *De expeditio pérsica 2.80-90* , en Espejo Jáimez, G. (trabajo de investigación de DEA), 2006; Constantino Porfirogéneta, *De administrando Imperio* , I.29, 39, en Jenkins, R. J. H, 1967; Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016, 238-239; Soto Chica, J., 2015, 89.

149 Amiano Marcelino, *Historia* , XVI.12.12.

150 Amiano Marcelino, *Historia* , XVI.10.8.

151 Amiano Marcelino, *Historia* , XVI.10.7; Claudio Claudiano, *Panegírico al Tercer consulado de Honorio* , vv. 130-150; Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 400-410.

152 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VII.2-6, III.V.8, II.XX.8 y II.II.10; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , 12.B.7; Juan Lido, *De los magistrados* , I, 8.

153 Juan Lido, *De los magistrados* , I, 8; Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VII.2-6.

154 Teofilacto Simocata, *Historia* , II.6.9, en Whitby, M., 1986.

155 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.XVI.2.

156 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.VII.5-6.

157 Elton, H.: «Defence in fifth-century Gaul», 165-176. También Heather, P., 2010, 82-84 ha señalado esta superioridad táctica que, como señala, se mantuvo hasta 460.

158 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.II.3.

159 *Vegecio, Epitoma rei militaris , III; De rebus bellicis , XIX, 1-9.*

160 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.I.4-7.

161 Zósimo, *Nueva historia* , V, 63-64.

162 Vegecio, *Epitoma rei militaris* , III.I.10, aunque Vegecio hace referencia a los viejos ejércitos romanos en este pasaje, su mención del *comes maior* centra en su presente (406-409), su estimación.

163 Heather, P., 2010, 82-84, 208-211, 255-256 y 405-409. Heather, en extremo prudente, calcula 5000 guerreros para los pueblos más pequeños: suevos, hérulos, esciros, etc., en torno a 10 000 para otros pueblos como los vándalos, burgundios y alanos y una cifra de entre 15 000 y 20 000 para los más poderosos: hunos, godos, etc. Atila, al reunir una gran cantidad de tribus, dirigió hacia Occidente a no menos de 50 000 hombres. Un macroejército en el panorama militar de la época. Ver para esta estimación, que creemos muy prudente y que nosotros elevaremos, a Rodríguez González, J., 2005, 131 (existe una reedición de la obra elaborada en 2017).

164 Goldwolsey, A., 2005, 209-210.

165 Heather, P., 2010, 97-99.

166 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 246-293.

167 Zósimo, *Nueva historia* , V, 71.

168 Howard, P., 1994, 167-188.

169 San Isidoro, *Historias* , 29, en Rodríguez Alonso, C., 1975.

170 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 2.1.

171 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 2.2.

172 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 2.2-6.

173 Prisco de Panio, *Historia* , frag. 1.10-11.

174 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.7.

175 Sinor, D.: «The hun period», 179 (edición en línea).

176 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 3.1-3; Jordanes, *Getica* , XXIV, 129-130. Jordanes, siempre atento a ensalzar a los godos, omite el suicidio de Hermanarico para no empañar su imagen heroica.

177 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 2.8; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI.2; Maenchen-Helfen, O., 1973, 202-203.

178 Grousset, R., 1991, 105-106.

179 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI.2.*

180 Ferrill, A., 1989, 141-143.

181 Zósimo, *Nueva historia* , V, 5-6.

182 Prisco de Panio, *Historia* , frags. 1, 1.a, 8 y 16; Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 323-326; Jordanes, *Getica* , XXIV, 126 y XXXVIII, 197.

183 Juan de Antioquía, *Crónica* , frag., 196.

184 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI.2, VII.A y Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.1-12.

185 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.1-8; Thompson, E. A., 1948, 41-43.

186 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI.2.*

187 Heather, P., 2006, 205-209; Howard, P., 1994, 21-23.

188 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I.1.*

189 Karasulas, A., 2003. Para el arco huno en concreto, ver Reisinger, M. R., 2010, 42-62. Para su fabricación es de gran interés Grayson, Ch. M. D.: «Composite bows» , 113-154; Howard, P., 1994, 23.

190 Vida de San Aniano de Orleans, 9, en Krusch, B., 1896, cap. 7, 103-117, donde vemos a los

hunos lanzando una lluvia de flechas incendiarias sobre Orleans.

191 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , *XI.2 y I.2.*

192 Czytelnia Czasopism, P.: «Huns, Germans, Byzantines? The origins of the narrow bladed long Seaxes», 131-164.

193 Kazanski, M.: «Barbarian military equipment and its evolution in the late roman and great migration periods. 3rd-5th C. A.D.», 493-522; Farrokh, K., 2009, 219-220; Soto Chica, J., 2015, 228.

194 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 2.9.

195 Glad, D.: «The empire's influence on barbarian elites from the Pontus to the Rhine (5th–7th centuries): A case study of lamellar weapons and segmental helmets», 349-362; Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.6

196 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI.2; Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XX.1; Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI.2.1-9; Burgarski, I.: «A contribution to the study of lamellar armours», 161-179; Glad, D.: «The empire's influence on barbarian elites from the Pontus to the Rhine (5th–7th centuries)…», 349-362.

197 Vida de San Aniano de Orleans, 9; Prisco de Panio, *Historia* , frags. 1.b y 2.

2

Las batallas de Aurelianorum y los Campos Cataláunicos

La batalla que cambió la historia de Europa

Pocas batallas han recibido tantas veces el calificativo de «batalla decisiva» como la de los Campos Cataláunicos. [1] De hecho, pocas son las obras dedicadas a glosar batallas decisivas [2] que no cuenten entre sus páginas con un capítulo dedicado a esta batalla. [3] Y, sin embargo, y aunque resulte paradójico, la batalla de los Campos Cataláunicos y más aún la campaña en la que se insertó es muy mal conocida y guarda aún notables sorpresas, a poco que uno se aparte de lo ya establecido y decida acudir por sí mismo a las fuentes primarias. De hecho, y como veremos, la «batalla decisiva» duró seis días y se inició bajo los muros de Aurelianorum, y los combates de los Campos Cataláunicos propiamente dichos no fueron sino el bélico colofón y la confirmación sangrienta de lo ya iniciado junto al río Loira (Liger). En esto, en la formidable dimensión temporal y geográfica de la batalla, al igual que en lo multinacional, por así decirlo, de las huestes enfrentadas, los Campos Cataláunicos anticiparon las batallas de las grandes guerras contemporáneas.

EL EJÉRCITO ROMANO DE OCCIDENTE HACIA 451

Si ya es difícil tener una imagen completa y aceptada acerca del Ejército romano del Bajo Imperio, aún lo es más lograr una de ese mismo ejército *in partibus Occidentis* hacia 451. En efecto, siguen sin solventarse muchos problemas generales e infinidad de detalles. Así, por ejemplo, hasta ahora nadie se ha atrevido a ofrecer una cifra razonada del tamaño del ejército con que pudo contar la parte occidental del Imperio romano para enfrentar el ataque de Atila en 451. No es de extrañar pues, aunque se cuenta con el inestimable auxilio de la *Notitia dignitatum* , una lista bastante exhaustiva, a la par que confusa, del organigrama administrativo y militar del Imperio que constituye una suerte de «foto fija» e ideal de ambas partes del gobierno y defensa del mundo romano tras la muerte de Teodosio I (395). Este documento deja muchas cuestiones sin aclarar y, por si eso fuera poco, las listas de la mencionada *Notitia dignitatum in partibus Occidentis* del Imperio parecen haber sido actualizadas con cierto descuido en 408 y en 421. [4]

Este panorama, en apariencia desolador, no lo es tanto, pues, en mi opinión, si se reúnen y sopesan de manera adecuada, poseemos suficientes datos proporcionados por

las fuentes de la época como para dibujar de forma esquemática, pero bastante realista, con qué ejército pudo hacer frente a Atila el patricio Flavio Aecio. Lo primero que hay que señalar es la penuria de medios. Esa escasez, sangrante y creciente a partir del año 395, condicionó y, en última instancia, acabó con lo que podríamos llamar «la política de defensa del Imperio romano occidental». [5]

En efecto, el Ejército romano era un ejército profesional y, por lo tanto, resultaba caro de mantener y necesitaba un trasvase regular de medios económicos en forma de sueldos, armas, equipos, abastecimientos, alojamientos, fortificaciones, etc. Se ha calculado que, en el siglo V, un soldado romano perteneciente a la infantería de campaña le costaba al Imperio 6 sólidos áureos al año, mientras que uno de caballería costaba al tesoro imperial 10,5 sólidos áureos. [6] El sostenimiento de ese coste, claro está, dependía por completo de los impuestos que el gobierno central recogía en las provincias y estos no dejaron de disminuir por mor de las invasiones y de las guerras civiles que se sucedieron entre 395 y 411. De hecho, se puede deducir que en 411 la parte occidental del Imperio ingresaba solo un 50 %, como mucho, de lo que había ingresado en sus arcas en 395. Este cálculo, muy conservador, implicaba que un 50 % de las unidades listadas hacia 395 en los ejércitos occidentales no se podían ya seguir manteniendo.

Entre los años 411 y 421 la situación mejoró de un modo notable para el Imperio, gracias al efectivo general Flavio Constancio, al cabo y por siete meses, Constancio III (421), quien logró recuperar el control sobre la mayor parte de las Galias y buena parte de Hispania, amén que, claro está, sobre toda Italia, así como sobre Nórico, Retia, Dalmacia y parte de Panonia. Pero aunque eso significó que todas esas provincias volvían a pagar tributos, el destrozo provocado por los bárbaros era de tal calibre que, según muestran varias disposiciones legales emitidas por los emperadores del periodo en favor de la reducción de impuestos a diversas provincias a causa de su penosa situación tras haber sido devastadas por los bárbaros, las zonas afectadas solo podían hacer frente al pago de entre un quinto y un octavo de lo que habían venido abonando a las arcas imperiales. Es decir que, durante años, Italia, Galia, Hispania y las provincias danubianas, solo entregaban entre un quinto y un octavo de lo que debían de satisfacer para sostener al ejército y a la administración imperiales. [7]

Por fortuna, durante el primer cuarto del siglo V, la región más rica del Imperio, el norte de África, seguía en poder romano y, además, sin haber sido destruida. Eso permitió al Imperio mantener una parte considerable de su poder militar, mermado seriamente, pero no desmantelado, pues, aunque no pudo cubrir por completo las terribles pérdidas sufridas entre 395 y 421, las cuales llegaron a representar, como pronto veremos, el 46,4 % de los efectivos de sus ejércitos de campaña y, muy probablemente, más del 50 % de las tropas de frontera, sí pudo reponer las filas de sus ejércitos de maniobra hasta 421.

Un examen atento de la *Notitia dignitatum* muestra que la parte oriental del Imperio romano contaba en 395 con 157 unidades en sus ejércitos de campaña. En 395, ambas partes del Imperio contaban con un número más o menos similar de unidades militares y, por ende, se puede deducir que la parte occidental comenzó el siglo V con unas 160 unidades en sus ejércitos de campaña, pues estos habían sido hasta 395 ligeramente superiores a los de Oriente. Ahora bien, las listas de la *Notitia dignitatum* , ya se ha señalado con anterioridad, fueron actualizadas para Occidente en 408 y 421. Teniendo esto en cuenta, si se examinan con cuidado esas listas y se comparan con la «foto fija» que ofrece la parte oriental del Imperio en 395, se comprueba que los ejércitos de campaña de Occidente contaban hacia el año 421 con 181 unidades: *auxilia palatina* y legiones *comitatenses, palatinae* y *pseudocomitatenses* , todas ellas unidades de infantería, y *vexillationes palatinae* y *comitatenses* , que eran unidades de caballería, [8] esto es, unas 20 unidades más que en el año 395, pero que de esas 181 unidades, 97 habían sido creadas entre 401 y 421. Es decir, el 53,6 % de las unidades de los ejércitos de campaña eran de nueva formación. Más aún, el análisis también muestra que Occidente había visto cómo 84 de sus unidades de campaña listadas en 395 fueron aniquiladas y habían tenido que ser sustituidas por nuevos destacamentos, todo lo cual supone, como ya apuntamos, un 46,4 % de bajas. Además, la *Notitia dignitatum* evidencia otra cosa amén del terrible vapuleo sufrido por las unidades de maniobra de los ejércitos de Occidente: las bajas de estos últimos fueron sobre todo cubiertas no mediante reclutamientos de nuevas tropas, sino mediante el trasvase de unidades de protección de las fronteras a los ejércitos de campaña. Esto es, se repuso y hasta se aumentó el número de unidades de los ejércitos de maniobra a costa de desguarnecer las fronteras [9] ¿Por qué? Ya lo hemos visto: simplemente no había oro para reclutar nuevas tropas.

Cuando el problema se agravó en las décadas siguientes, la parte occidental del Imperio ni siquiera pudo sostener sus ejércitos de campaña recurriendo al procedimiento que acabamos de evidenciar, sino que se vio obligada a no reponer las pérdidas e, incluso, como veremos, a dejar sin sueldo y por tanto a licenciar en la práctica, a las unidades que aún se sostenían defendiendo las fronteras y las provincias.

En efecto, la situación se fue tornando insostenible cuando a partir de 429 África comenzó a ser devastada y conquistada por los vándalos y alanos, y se transformó en crítica cuando en 439 Genserico, rey de los vándalos y los alanos, tomó Cartago. Con ello, Roma perdió por completo el dominio sobre África y, en consecuencia, y como calculó con acierto Peter Heather, los ingresos necesarios para sostener a unos 40 000 infantes de sus ejércitos de maniobra o a 20 000 de sus jinetes. Entenderemos esto mejor si recordamos que esos ejércitos estaban compuestos en 421 por 88 000 infantes y 21 500 jinetes. Es decir, con la pérdida de África el Occidente romano, a la sazón comandado por Flavio Aecio, perdió la capacidad de sostener al 36,5 % de sus fuerzas de maniobra. [10]

Una novela de Valentiniano III promulgada el 14 de julio de 444 [11] muestra de forma cruda la gravedad del problema arriba esbozado. En esa novela, el emperador reconoce que no puede hacer frente al sustentamiento del ejército. No cuenta con el oro necesario no solo para pagar a sus soldados, sino tan siquiera para vestirlos, armarlos y abastecerlos. De ahí su necesidad de incrementar, de nuevo, los impuestos a los ciudadanos que aún estaban bajo su control directo. Ese mismo año, Valentiniano dispuso un nuevo impuesto sobre el comercio al que gravó con una tasa de la vigésimo cuarta parte del valor de las mercancías. Pero los ingresos totales provenientes de esos impuestos, como ya hemos señalado y como demuestra otra novela del año 445 que concedía una notable reducción de los mismos a la Mauritania Sitifense y a la Cesariense, así como a la parte occidental de Numidia, recién recuperadas todas ellas de manos de los vándalos gracias al tratado firmado en 442, habían caído a una octava parte de su antigua cuantía. [12]

Así que para 450, en vísperas del enfrentamiento con Atila, la parte occidental del Imperio, en el mejor de los casos, disponía de un 30 % de los ingresos con que había contado en 395 y, por tanto, debía de haber reducido el total de la fuerza a un 30 % de la cifra original, al quedar disminuidas las tropas *comitatenses* a un 45,6 % de sus efectivos originales y las tropas de frontera hasta un 21 %.

Las cifras que se barajan para el Ejército romano hacia 395 son una fuente inagotable de controversia para los especialistas. Pero esas cifras siempre oscilan para la totalidad del Imperio, *in partibus Orientis* e *in partibus Occidentis* , entre los 645 000 hombres –incluidos los 45 000 marineros de la flota– que para el reinado de Constantino (306-337) señala Agatías, quien escribía hacia 581, y los 389 704 soldados más 45 562 marineros, con los que, según Juan Lido, contaba Diocleciano hacia el año 300. El análisis detallado de las cifras aportadas por otro historiador bizantino que escribía poco antes del año 500, Zósimo, y que recoge los ejércitos de Constantino, Majencio, Maximino y Licinio durante el agitado periodo de las guerras civiles que sostuvieron entre sí (307-324), parece corroborar los números de Agatías y arrojar un total de 600 000 soldados y 45 000 marineros. Cifras que el estudio de la *Notitia dignitatum* no solo no desmiente, sino que apoya. [13]

Si se tiene en cuenta lo expuesto en las líneas anteriores y puesto que la fuerza se mantuvo o incluso aumentó y como, además, sabemos con total seguridad que en 364 y de nuevo en 395, la fuerza militar existente se dividió más o menos de forma equitativa entre ambas partes del Imperio, se puede sostener con cierto grado de certeza que la parte oriental contaba en 395 con unos 300 000 hombres en las filas de sus ejércitos *comitatenses* y *limitanei* y debía de tener un número similar en la parte occidental. Una fuerza imponente pero que en el caso de Occidente y, en 451, tras las enormes bajas sufridas ante los ejércitos bárbaros o a causa de la falta de ingresos, debía de haber

quedado reducida a una suma que, en el mejor de los casos, alcanzaría los 90 000 efectivos; en torno a 50 000 *comitatenses* y 40 000 *limitanei* .

¿Poseía, entonces, un ejército de 90 000 hombres? En 1995, Warren Treadgold demostró, merced a un ingenioso y concienzudo método analítico de las fuentes, que en 395 los ejércitos de campaña de la parte oriental del Imperio contaban con 104 000 hombres en sus filas: 82 500 infantes y 21 500 jinetes. El erudito norteamericano calculó, asimismo, que Oriente contaba en el año 395 con 195 500 *limitanei* : 97 500 jinetes y 98 000 infantes. Esto es, la parte oriental disponía de un total de 299 500 hombres. [14]

Ahora bien, si aplicamos los métodos de cálculo de Treadgold a las unidades listadas en los ejércitos de Occidente en la *Notitia dignitatum* , el resultado es un contingente de tropas *comitatenses* ligeramente superior al de Oriente: 109 500 hombres, es decir, 21 500 jinetes y 88 000 infantes. Mientras que sus tropas de frontera eran, en este caso, algo inferiores en número: 190 000 hombres, lo que suponía 48 000 jinetes, 128 000 infantes y 14 000 marineros e infantes de marina sirviendo en las flotas fluviales del Renus (Rin), el Danubius (Danubio), el Ródano y el Sena (Sequana) y en la marítima del *dux Belgicae secundae* . Un total similar al de Oriente: 299 500 hombres.

Pero hacia el año 450, con los ingresos reducidos al 30 %, podríamos concluir sin miedo a equivocarnos que los ejércitos de campaña de Occidente disminuyeron de los 109 500 hombres que a duras penas habían conseguido mantener hasta 421, a 50 000 hombres que, como mucho, podían seguir sosteniéndose hacia 451.

¿Y los soldados que militaban en las unidades que guarnecían las fronteras? Bien, es probable, ya lo hemos visto, que sumaran en 395 un total aproximado de 190 000, y del mismo modo hemos señalado ya que, amén de las bajas que debieron de padecer en los terribles años que van de 401 a 421, pérdidas que, al igual que las de los ejércitos de campaña, debieron de rondar el 50 %, tuvieron que hacer frente también a que 50 000 de sus mejores efectivos pasaran a los ejércitos de campaña. Además, si no había oro para los soldados de los ejércitos de maniobra, mucho menos lo habría para los de la frontera. Esto, ya lo veremos más adelante, supuso que en la práctica muchas de las unidades fronterizas fueran licenciadas por el simple expediente de que no se les pagaba ni se les suministraba apoyo o abastecimiento alguno. Incluso hay evidencias de que muchas de esas unidades, al ser abandonadas por el Imperio, pasaron a militar bajo los estandartes de reyes bárbaros. [15]

Los datos y evidencias que hemos expuesto más arriba, nos permiten deducir que para 450 el Imperio occidental contaba tan solo con unos 40 000 efectivos en sus unidades de protección de las fronteras.

Así que Flavio Aecio tenía a su disposición a unos 50 000 soldados en los ejércitos de campaña que le quedaban al Occidente romano: quizá unos 24 000 en las unidades de los *praesentalis* acantonadas en Italia, unos 20 000 militando en las filas del ejército de campaña de las Galias y, a lo sumo, 6000 hombres sirviendo en las unidades *comitatenses* destinadas en Dalmacia e Hispania. [16]

A esos 50 000, Aecio podía sumar otros 40 000 soldados repartidos por las guarniciones que aún se sostenían en las fronteras.

Ahora bien, de esos 90 000 hombres, Flavio Aecio no podía movilizar contra Atila sino tan solo a una quinta parte, poco más o menos, pues Italia también parecía amenazada por el ataque huno y los contingentes *comitatenses* de Dalmacia e Hispania no pudieron ser llevados a Galia, mientras que los *limitanei* situados en las provincias belgas, danubianas y germanas, se vieron superados o arrollados por el fenomenal empuje de Atila. De ahí la perentoria necesidad de Aecio de lograr que visigodos, alanos, francos, burgundios y sajones se le sumaran para tratar de contener a la formidable horda con la que Atila cruzó el Rin el 7 de abril de 451.

LA GUERRA DE ATILA. ANTECEDENTES Y PREPARATIVOS

En 433, Flavio Aecio quedó como único generalísimo, si se nos permite el presentismo, de la parte occidental del Imperio romano en la Galia y, en menor medida, en Hispania y el Danubio. Los años siguientes contemplaron una exitosa consolidación y expansión del poderío romano y a la par y, a partir de 441, un formidable despegue del ya de por sí gran poderío huno. Cuando Atila quedó como único rey de los hunos, su Imperio se transformó y amplió hasta amenazar gravemente la independencia primero y la supervivencia, después, de las dos mitades del Imperio romano. Aecio perdió el apoyo huno en sus guerras contra los germanos y Oriente se vio sometido a graves ataques y a una extorsión implacable hasta que el ascenso de Marciano a emperador en 450 dio un giro a la política imperial y dirigió la mirada de Atila hacia Occidente. Ese año el rey de los hunos decidió que no lanzaría un nuevo ataque contra los romanos de Oriente, [17] sino que sería Occidente quien recibiría su atención.



Figura 23: Sólido de Valentiniano III, acuñado en Roma en 435. En el anverso, el emperador con diadema y manto enjoyado sostiene en la mano derecha un centro cruciforme, y en la izquierda la *mappa* , el pañuelo originalmente empleado en el circo para dar comienzo a los juegos, que luego se convirtió en símbolo del consulado. En el reverso, el emperador entronizado.

En la crónica de cómo Atila decidió atacar Occidente confluye todo lo necesario para conformar una buena historia: una princesa despechada, Honoria, hermana de un emperador pusilánime y poco inteligente, Valentiniano III, un rey astuto y poderoso, Atila, y un héroe salvador, Aecio. Lo sorprendente es que, en esencia, fue cierta. No podemos aquí contarla con detalle, pero cuando Honoria, la despechada princesa romana, pidió el auxilio de Atila y envió a este su anillo, dándole a entender que sería su esposa, se puso en marcha un complicado juego de diplomacia y guerra que desembocó en la terrible jornada de los Campos Cataláunicos.

Como muy tarde a finales de febrero Atila había reunido a su gran ejército y lo había puesto en marcha. Se deduce la fecha con facilidad porque el 7 de abril de 451, Atila y sus hunos estaban saqueando y destruyendo la ciudad de Divodurum, a la que las gentes corrientes llamaban ya Mettensem (Metz), y como esa ciudad se hallaba a unos 1400 km de la bárbara capital de Atila en el valle del río Tissus (actual Tisza), eso quiere decir que Atila necesitaba al menos cuarenta días para alcanzarla con el grueso de su ejército , pues este se componía sobre todo de infantería ligera que, además, iba trabada con centenares de carros y un ejército así no podía progresar más allá de 35 o 40 km diarios y ello forzando mucho a los hombres y contando con una ruta sin excesivas dificultades. [18] Así que, como muy tarde el 28 de febrero de 451, Atila tuvo que dar inicio a su campaña. Bajó por el valle del Tisza hasta el del Danubio y remontó el gran río por su orilla norte hasta alcanzar el valle del río Neccarus (Neckar) que remontó a su vez

hasta su confluencia con el Rin. La ruta viene indicada por Sidonio Apolinar que en su *Panegírico a Avito* señala la Selva Herciniana como lugar de paso de Atila. Esta se extendía desde las fuentes del Rin, del Danubio y del Neckar, la actual Selva Negra, hasta las fronteras occidentales de la antigua Dacia.



Figura 24: Sólido de Gala Placidia acuñado en Rávena, con su busto en el anverso y una Victoria sosteniendo una cruz en el reverso. La prosapia de Gala Placidia era ilustre en extremo: hija del emperador Teodosio I y de su segunda esposa Gala, emperatriz consorte de Constancio III, emperador del Imperio de Occidente y madre de Valentiniano III.

Tras remontar el Danubio y el Neckar, Atila cruzó el Rin en los primeros días de abril del año 451 a la altura de Confluentes, Sidonio Apolinar constata el cruce del gran río y ofrece una vívida descripción sobre cómo lo hicieron, mediante el tendido de puentes de barcas, de monóxilos, [19] una suerte de canoas excavadas en un solo tronco que podían unirse entre sí y sobre las que luego podía disponerse una plataforma para facilitar el paso de hombres, caballos y carros. Esta técnica para pasar ríos no era desconocida para los romanos y tampoco para los hunos que ya la habían usado con éxito notable para cruzar el Danubio y el río Nišava en el año 442. [20]

Mientras Atila pasaba el Rin, Aecio no permanecía inactivo. Sin duda, contaba con amigos y espías en el campo huno y con exploradores encargados de ponerle sobre aviso en cuanto el rey de los hunos se pusiera en campaña. En cualquier caso, por Sidonio Apolinar sabemos que Aecio cruzó los Alpes en torno al 10-15 de abril de 451, pues en su *Panegírico a Avito* nos dice: «Y ya, oh belga, Atila se había desplegado por tus campos con sus terroríficas huestes, cuando Aecio dejó los Alpes». [21] Y puesto que hemos visto que el saqueo de la Galia propiamente dicha comenzó el 7 de abril y en los

días siguientes Atila saqueó las provincias belgas, es fácil estimar que Aecio pasó los Alpes en algún momento de la segunda semana de abril. Sin duda, debió de contar con informes sobre la dirección y fuerza del ataque huno desde finales de marzo [22] y mandaría por delante de él órdenes al ejército de campaña de las Galias para que se retirase a la línea del Ródano y se concentrase allí y muy en particular en Arelate, ciudad que se designó como base desde la que iniciar la contraofensiva y como principal punto de reunión. Aecio debió de llegar a Arelate en torno al 15-20 de abril y de inmediato se puso a organizar su ejército y a planear su estrategia. Pero ¿de qué fuerza estamos hablando?

Aecio contaba, en primer lugar, con el ejército de campaña de las Galias, una fuerza que hacia 450 puede estimarse que contaba con unos 20 000 combatientes en sus filas. [23] En principio, Aecio podía reforzar al ejército de campaña de las Galias con unidades de los *praesentalis* acantonados en Italia, una fuerza que podría estimarse en unos 24 000 hombres, pero, aunque a primeros de abril y antes de cruzar los Alpes, Aecio ya tenía claro que Atila se dirigía contra las Galias, no podía descartar que en el último momento cambiara de rumbo y se precipitara sobre Italia o bien que su ataque encubriera los movimientos de un segundo ejército huno que atacara la península itálica y penetrara en ella a través de los Alpes orientales. En cualquier caso, Sidonio Apolinar no deja lugar a dudas: Aecio apenas si pudo traer tropas desde Italia y, por ende, contó solo con las legiones y *vexillationes* del ejército de las Galias. En efecto, Sidonio Apolinar nos dice: «Aecio dejó los Alpes aportando un refuerzo débil y escaso de fuerzas auxiliares y sin un solo legionario […]». [24]

Como ya hemos apuntado, los contingentes del ejército de campaña de las Galias debían de haber comenzado a recibir las órdenes de concentración en el valle del Ródano a inicios de abril. Este precipitado y ordenado repliegue del ejército de maniobra de las Galias explica que Atila no hallara oposición digna de ese nombre hasta llegar frente a los muros de Aurelianorum, pero también nos informa de que Aecio no debió concluir la reunión de su fuerza hasta finales de mayo y que, teniendo en cuenta que las órdenes debieron de llegar a las unidades cuando ya los hunos se les echaban encima, asimismo, nos pone sobre aviso de que es probable que muchos contingentes no lograran abrirse paso hasta el valle del Ródano para reunirse con Aecio. Así que podemos estimar que el patricio reuniría a lo sumo tres cuartas partes del ejército de las Galias: unos 15 000 hombres. Una fuerza poderosa, desde luego, pero incapaz de plantar cara al aluvión de acero que Atila iba a precipitar sobre las Galias. De ahí la perentoria necesidad de Aecio de lograr el máximo apoyo posible de los *foederati* del Imperio: visigodos, alanos y burgundios, en un principio y principalmente, y después y también, francos salios, sajones y puede que hasta alguna banda guerrera de britanos.

Ya hemos visto que los pueblos germánicos del siglo V podían movilizar entre 5000 y 20 000 efectivos. De los tres grupos que acabamos de citar, los visigodos eran los más formidables y, aunque habían sufrido un fuerte varapalo en 438 cuando Aecio les infligió 8000 bajas en Mons Colubrarius [25] en 451, puede que aún fueran capaces de poner en campaña a 20 000 hombres. [26] Ahora bien, si se leen con atención las fuentes, nos percataremos de que los visigodos no se sumaron al ejército de Aecio con todos sus efectivos, sino que un número considerable de sus guerreros permaneció en Aquitania. En efecto, cuando, como veremos más adelante, Teodorico I cayó en la batalla de los Campos Cataláunicos y su hijo Turismundo fue proclamado *rex gothorum* en mitad de la batalla, al día siguiente fue convencido por Flavio Aecio de que marchara apresuradamente a su capital, Tolosa, para asegurarse el trono frente a sus hermanos. Es de suponer que si estos últimos eran rivales potenciales de Turismundo era porque podían contar con una fuerza militar importante que pudiera sostener sus pretensiones al trono. [27] Además, debemos de tener en cuenta que las fuentes de la época, como la *Vita sancti Aniani* , Prisco, Próspero de Aquitania, la *Crónica gala* de 452 o los escritos de Sidonio Apolinar, resaltan siempre la equiparación en fuerza, por así decirlo, entre romanos y godos. De todo ello, podemos deducir que Teodorico I y Turismundo terminarían sumándose al ejército de Aecio con una fuerza similar a la reunida por este: unos 15 000 hombres.

Por su parte, los burgundios habían sido castigados con dureza por Aecio en 435 y masacrados por los hunos en 436-437, así que dudo mucho que lograran sumar a las fuerzas de Aecio más de 5000 guerreros. Mayor sería el aporte de los alanos, cuyos asentamientos dispersos por el sur de las Galias, por el valle del Loira, Auvernia y Armórica, debían de poder poner en pie de guerra a unos 10 000 guerreros.

Así que Aecio podía contar con marchar hacia el norte con unos 45 000 hombres y esperar incluso aumentar esa cifra con los contingentes de *limitanei* , de *laeti* y con las bandas guerreras de su hijo adoptivo, Meroveo, rey de los francos salios, [28] que, sin duda, llevó al combate no menos de 5000 guerreros.

¿Qué podía llevar Atila a las Galias? Ya hemos visto que los hunos debían de sumar, como máximo, 30 000 guerreros. Ahora bien, Atila recelaba de Marciano, el nuevo augusto de Oriente, y su propio e inestable imperio, compuesto por multitud de tribus sometidas, requería que una parte considerable de la fuerza huna quedara en las llanuras panónica y danubiana para mantener el yugo huno sobre unos pueblos que, como se vería apenas tres años más tarde, no toleraban de buen grado el dominio huno. Por eso creo que es poco probable que Atila llevara consigo a más de 15 000 hunos. [29]

Ahora bien, las tribus que acompañaron a Atila en su gran campaña eran poderosas y numerosas: Sidonio Apolinar y Jordanes nos proporcionan la lista: gépidos, ostrogodos, francos salios y ripuarios, brúcteros, turingios, suevos del Danubio, esciros,

hérulos, rugios, neuros, burgundios orientales, bastarnos, alanos orientales, belonotos, sármatas yaciges y gelones y hasta es harto probable que esa lista sea aún mayor e incluya muchas de las tribus citadas por Prisco como vasallas de Atila: akatzires, amilzuros, itimaros, tonosouros, saraguros, onoguros, ulmerguros y boiskoi. [30] A todas estas tribus, podemos añadir a los longobardos que listan entre sus reyes a tres de nombre de origen prototurco y que, a decir de Pablo Diácono, fueron vencidos por los hunos. [31]

Los ostrogodos, con sus tres reyes, Valamiro, Teodomiro y Vidimiro debían de sumar no menos de 10 000 guerreros y es probable, por el relato que hace Jordanes de la batalla, que igualaran las filas de sus parientes visigodos y alcanzaran la cifra de 15 000 hombres. Los gépidos eran tan numerosos o más. Ardarico, su rey, era el principal vasallo de Atila y el número e importancia de sus súbditos debía de ser tal que Prisco dice que Atila era «de la estirpe de los hunos gépidos», una señal de que estos debían de ser tan numerosos como los hunos y que, por ende, debían de sumar en torno a los 15 000 hombres. [32] Los hérulos, rugios, esciros, bastarnos, suevos y burgundios orientales debieron de aportar en conjunto y como poco otros 10 000 y, a ellos, se sumaron contingentes de varios pueblos sármatas: alanos, gelones, belonotos, neuros y yaciges que tuvieron que reunir varios miles de jinetes que, además, se verían aumentados por los guerreros que proporcionaran las tribus prototurcas y protoeslavas que Prisco mencionaba y que hemos citado en las líneas anteriores. Por lo tanto, y siendo muy prudentes, podríamos estimar la fuerza que Atila condujo contra Aecio en, al menos, 60 000 hombres. [33]

La cifra no es en modo alguno exagerada, sino todo lo contrario y tiene apoyo en las fuentes. Así, por ejemplo, Prisco, que visitó el corazón del reino de Atila y pudo contemplar el aparato militar huno, estima el ejército que Atila condujo a las Galias en: «varias decenas de miles de hombres». [34] La *Crónica Pascual* , una crónica redactada hacia 629, pero que usa fuentes contemporáneas de los hechos y muy bien informadas, precisa un poco más y dice que el ejército de Atila estaba formado por: «Muchas decenas de miles de guerreros». [35] Muchas decenas de miles de hombres no son 20 000 o 30 000 hombres, más bien hay que pensar en una cifra mucho mayor. En 447, Atila condujo un ejército a Tracia que superaba con amplitud en número a los 24 500 hombres que comandaba Arnegisclo, el *magister militum per Thracias* , para aniquilarlos en una cruenta batalla y ser aún capaz de enfrentar con éxito la fuerza combinada de los dos ejércitos *praesentalis* de Oriente, comandados por los *magistri militia* Aspar y Areobindo, que sumaban 42 000 efectivos. Todo lo cual, si se sopesa con lógica militar, nos habla de un ejército que, sin duda, igualaría a los efectivos romanos desplegados contra él en 447 y a los que derrotó, más de 60 000 hombres, cuyo número, sin duda, sería similar al que en febrero de 451 Atila puso en pie en el valle del Tisza.

La columna vertebral de la fuerza de Aecio eran las tropas del ejército de campaña de las Galias. Ya hemos estimado su fuerza en unos 20 000 hombres hacia 451 y si atendemos a su composición en 421, según la *Notitia dignitatum* , y la proyectamos a su nueva dimensión en 451, podríamos estimar que esa fuerza se componía de unos 5000 jinetes y 15 000 infantes. Ya vimos que la infantería romana del siglo V se dividía entre un tercio de infantería pesada, un tercio de infantería ligera y un último tercio constituido por arqueros. En cuanto a la caballería, de las tres unidades de caballería pesada con las que contaba el Imperio de Occidente en 421, solo dos pudieron militar en las filas del ejército de campaña de las Galias en 451: los *equites catafractarii iuniores* y los hombres del *praefectus equitum catafractariorum* , la primera de ellas servía en origen bajo la autoridad del *comes Britanniarum* y la segunda aparece listada entre las fuerzas puestas a las órdenes del *dux Britanniarum* . Pero ambas, sin duda, debieron de pasar en 407 a las Galias con Constantino III y tras la rendición de este último en 411, integrarse en las filas de los ejércitos del futuro augusto Constancio III. Sin duda, son ellos los caballeros pesadamente armados que en 445 o 446 tuvieron que formar junto a Mayoriano durante la batalla de Vicus Helena. [36]

El resto de la caballería *comitatense* de las Galias era del tipo de los *scutari, promoti* y *stablesiani* , unidades de caballería semipesada adiestrada para cargar sobre el enemigo, así como *dalmatae* y *mauri* , caballería ligera especializada en el uso de dardos y venablos y unidades de arqueros a caballo, los *sagittarii* . [37]

Todas esas unidades, tanto las de infantería como las de caballería, eran tropas veteranas y acostumbradas a vencer, tal como lo demuestran las operaciones en las que se vieron implicadas entre los años 426 y 448 y en las que casi siempre se alzaron con la victoria. El ejército de Aecio era, por lo tanto, poderoso, bien armado y adiestrado, veterano y combativo. De los 15 000 hombres que hemos estimado que logró reunir, unos 5000 debían de ser infantería pesada, mientras que otros 6000 serían infantería ligera y puede que la caballería sumara unos 4000. De esta última, en el mejor de los casos, 1000 serían *catafractarii* y el resto, unidades de *promoti, stablesiani, mauri, dalmatae* y *sagittarii* . Lo creemos así por el desarrollo de la batalla de los Campos Cataláunicos y porque es de suponer que Aecio pondría todo su empeño en reunir junto a él a la mayor parte de lo mejor del ejército de las Galias: la infantería pesada, los *catafractarii* y los *sagittarii* .

A esa fuerza se estaban sumando las tropas de los *foederati* . Los visigodos constituían el contingente más potente. Su ejército no solo estaba integrado por guerreros tervingios, es decir, por visigodos propiamente dichos, sino también por greutungos –ostrogodos–, así como por taifales, alanos y por una amalgama constituida por gentes descendientes de las tropas germanas de Estilicón que se pasaron a Alarico en 408, y de antiguos esclavos, bagaudas y campesinos romanos procedentes de Tracia, Mesia, Panonia, Nórico, Italia y la Galia. A todo lo anterior se sumaban las comitivas

armadas por potentados galorromanos de Aquitania que ahora eran súbditos de Teodorico I. Estas huestes tan heterogéneas se encuadraban en unidades de 10 hombres, bajo el mando de un *decanus* , de 100, a las órdenes de un *centenario* , de 500, bajo las de un *quingentenario* y, de 1000, a las órdenes de un *thiuphado* . Un *comes exercitus* y varios duques completaban la cadena de mando a cuya cabeza estaban los príncipes y el rey.

Las tropas visigodas eran de dos clases: permanentes, constituidas por las guarniciones asentadas en las principales ciudades de Aquitania, por los miembros de la comitiva regia y por los *comitatus* de nobles godos y galorromanos, y de leva, constituidas estas últimas por los hombres libres llamados a filas por su rey: *rex gothorum* . Este último tipo de tropas era el más numeroso, pero también el peor armado y estaba poco adiestrado. La mayoría de los hombres del ejército de Teodorico I eran de infantería ligera armada con dos jabalinas, bebras, y una lanza pesada a la que llamaban angón y que era muy similar a los *spicula* romanos. Un escudo de madera o de mimbre forrado en cuero y con umbo metálico y una *scrama* o espada corta de un solo filo, completaban el armamento de la inmensa mayoría de las tropas godas que carecían de armadura y yelmo. Una minoría de guerreros godos sumaba a lo anterior arcos simples y securones, esto es, hachas arrojadizas. Los gardingos de la comitiva regia y los bucelarios y sayones de los *comitati* de los nobles iban mejor armados y usaban espadas largas de dos filos.

La caballería goda era escasa y del tipo de la caballería semipesada. Los jinetes, los nobles y lo mejor de sus *comitati* , amén de los gardingos reales, iban provistos de yelmo, cota de malla o armadura de escamas, lanza, espada y venaulos, esto es, venablos. [38] Las tropas burgundias eran muy similares a las visigodas y francas salias que Aecio esperaba sumar más allá del Loira. Aunque, en este caso, carecían casi por completo de caballería y en su infantería el uso de la popular francisca, hacha arrojadiza, estaba muy extendido. Los alanos eran una cuestión aparte. Casi la mitad de sus guerreros eran jinetes y muchos de esos jinetes, quizá un tercio, constituían una excelente caballería pesada. Usaban, asimismo, el arco compuesto asimétrico y su forma de combatir no tenía nada que envidiar a la de los hunos. Yelmos, cotas y armaduras, pesadas lanzas, largas espadas y arcos compuestos eran parte de su panoplia. La caballería ligera iba armada con venablos, arcos y espadas y la infantería no se distinguía de la de los germanos. [39]

Así que Aecio podía marchar hacia el norte con un aguerrido pero diverso ejército que contaría con unos 10 000 jinetes como máximo, 4000 romanos, contando a sus bucelarios, unos 4500 alanos y unos 1500 godos y burgundios, a los que se sumaba unos 35 000 infantes de los que solo 5000 o 6000 eran infantería pesada.

¿Y Atila? Ya hemos descrito el armamento de los hunos y su estilo de combate. En cuanto al armamento, organización y formas de lucha de sus vasallos, germánicos y

sármatas, eran muy semejantes a los que ya hemos descrito de forma somera antes al referirnos a visigodos, alanos, burgundios y francos, aunque sobre ello ofreceremos un estudio más detallado en el capítulo siguiente.

De los 15 000 hunos que con toda probabilidad Atila llevara a su campaña en las Galias, la mayoría eran jinetes ligeros armados con lanza y arco compuesto asimétrico y es probable que tan solo un 20 % estuvieran provistos de yelmo, armadura y espada larga. Constituían la élite del ejército de Atila y la mejor caballería del momento. Cada guerrero iba provisto de entre 5 y 10 caballos y eso significa que una inmensa manada de no menos de 120 000 caballos los acompañaba.

No eran la única caballería con la que contaba Atila. Los sármatas yaciges, alanos, neuros, gelones y belonotos que le servían y los contingentes procedentes de pueblos prototurcos de las estepas pónticas y norcaucásicas que le estaban sometidos, formaban, asimismo, fuerzas de caballería que no debían de sumar menos de 7000 jinetes armados que peleaban al estilo huno. También hay que suponer que los ostrogodos, gépidos, hérulos, rugios y esciros debieron de reunir no menos de 2000 jinetes que iban armados con lanza, venablos y espada y que, en el caso de los nobles y del *comitatus* de sus reyes, irían provistos de yelmo y armadura. Eso nos da una fuerza de caballería de unos 24 000 jinetes. Esto es, un 40 % del total de la fuerza, lo que explica la rapidez y la movilidad del ejército de Atila.

El resto de su ejército, principalmente guerreros germánicos, eran infantería ligera y debían de sumar unos 36 000 hombres. [40]

Así que Atila doblaría ampliamente a la caballería con la que podía contar Aecio y superaría ligeramente a su infantería.

LA CAMPAÑA. ESTRATEGIA Y MOVIMIENTOS

Aunque resulte sorprendente, la estrategia que Aecio planteó desde un principio y que se evidencia mediante un cuidadoso análisis y confrontación de las fuentes, en especial de la *Vita sancti Aniani* , Prisco, Sidonio Apolinar, Gregorio de Tours, la *Vita sancti Lupi* y Jordanes, ha quedado en la sombra. [41] Era una estrategia brillante y Aecio la ejecutó con maestría. Atila, por su parte, cayó de cabeza en la trampa que Aecio le había preparado.

En los primeros días de abril, Atila se hallaba en la orilla oriental del Rin. Sus hombres se afanaban en la construcción de puentes de barcas para hacer pasar al otro lado al inmenso ejército de su señor: 60 000 hombres y no menos de 120 000 caballos, amén de centenares, probablemente miles, de carros (*carrago*). Atila había cometido su primer error nada más comenzar la campaña. En efecto, el anónimo autor del

Strategikon atribuido por error al emperador Pseudo-Mauricio nos lo señala al decirnos: «Contra los escitas o los hunos lanza tu asalto en los meses de febrero y marzo cuando sus caballos están en miserable condición tras sufrir los rigores del invierno». [42] El hecho no ha sido señalado por nadie, pero es vital. Atila marchó a la guerra al frente de un ejército cuya mejor baza era una caballería que llevaba al combate unas monturas agotadas por el invierno. Y es que se recordará aquí que los hunos no estabulaban a sus caballos. Estos pastaban todo el año y, por lo tanto, el invierno los debilitaba sobremanera. De ahí el consejo de Pseudo-Mauricio. Pero ¿por qué cometería Atila ese error de bulto? Debió de sopesar ventajas y riesgos y debió de llegar a la conclusión de que la sorpresa estratégica que lograría por iniciar tan temprano la campaña compensaría el que sus caballos no estuvieran en las mejores condiciones. Y no debían de estarlo, tras el invierno y cuarenta días de marcha sus caballos se encontraban famélicos, débiles y no pocos ejemplares se hallarían enfermos o habrían muerto de puro agotamiento y malnutrición. Así que una de las principales ventajas de la caballería huna, contar con la casi inagotable posibilidad de montar caballos frescos, se vería seriamente dañada. Igual de débiles y famélicos debían de estar sus hombres. Ya hemos visto que los hunos, como los germanos, carecían de una logística digna de ese nombre y tras avanzar desde el Tisza al Danubio y de este al Neckar y al Rin, el ejército de Atila debía de padecer serios problemas de abastecimiento. Con la excepción del territorio de los alamanes, ya en el Rin y el Neckar, el resto de los territorios que cruzó Atila pertenecían a tribus que eran vasallas o aliadas suyas, así que no pudo recurrir al saqueo para aprovisionarse y esto explica su siguiente movimiento: nada más cruzar el Rin dividió su ejército en, al menos, tres columnas. En efecto, si uno coloca sobre el mapa las ciudades que los hunos tomaron esa primavera o cuyos campos devastaron, se da cuenta de inmediato de que las múltiples y rápidas acciones solo pueden explicarse porque las tropas de Atila se dividieron en tres columnas nada más pasar el Rin. Ello se explica porque Atila no podía mantener a su ejército unido. No había forma de alimentarlo. Por ello su primer objetivo fue el saqueo. Obtener, lo más rápido posible, víveres para sus hombres y forraje y grano para sus caballos. De ahí, también, la violencia de las acciones, pues Atila no solo quería sembrar el terror, sino que sus tropas estaban hambrientas y desesperadas.

En rápida sucesión cayeron Confluentes (Coblenza), Colonia (Colonia), Mettensem (Metz), Augusta Treverorum (Tréveris), Borbetomagus (Worms) y Argentoratum (Estrasburgo), todas ellas en abril de 451. Es probable que Argentoratum y Tréveris ofrecieran un segundo aliciente para Atila, amén del saqueo: sus *fabricae* de armas romanas. En efecto, en Argentoratum se hallaba una *fabrica* que elaboraba toda la panoplia romana y en Tréveris dos: una de escudos y otra de máquinas de guerra. [43]

Desde los valles del Rin y del Mosa, las columnas de Atila convergieron sobre el valle del Sena. Sabemos que, a su paso, saquearon Durocortorum (Reims) cuyo obispo, san Nicasio, murió a manos de los hunos y cuya *fabrica* de espadas debió de ofrecer un

útil botín a Atila. Los hunos también atacaron Tongeren (Tongres) cuyo obispo, san Servacio, escapó por poco. [44] Otras ciudades solo padecieron el saqueo de sus campos y aldeas como Camaracum, Tornacum (Tournai), Atrebatum (Arrás), Samarobriva Ambianorum (Amiens), Caesaromagus (Beauvais) y Lutecia. [45] Esta última no contempló a las bandas guerreras de Atila, y no por las oraciones y el fervor de santa Genoveva, [46] sino porque el rey de los hunos tenía a su disposición un paso del Sena mucho mejor, situado a 44 km al sur de Lutecia, Metlosedum (Melun), con su vado conformado por la isla de San Esteban, y con un puente. La arqueología ha demostrado que Metlosedum fue destruida a mediados del siglo V y es bastante probable que Atila fuera el responsable. De hecho, esta ciudad era, y fue durante siglos, el lugar habitual de paso del Sena para ejércitos en campaña. Y lo fue desde la guerra de las Galias hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando en el verano de 1944 contempló al ejército americano cruzar el Sena para envolver a los alemanes. César, que la llama Melodonum, la menciona junto con su isla, y la ciudad fue un activo lugar de tránsito fluvial y terrestre hasta su destrucción a mediados del siglo V. Luego fue reconstruida y siguió siendo un lugar clave en la defensa de la región a lo largo de toda la Edad Media.

Para llegar a Metlosedum, Atila dobló hacia el sur y debió de saquear los campos de Agedincum (Sens) donde pudo tomar la vía que, cruzando el Sena en Metlosedum lo llevaba directamente a Aurelianorum situada ya a tan sólo 88 km en línea recta, unos 100 km por la vía romana. Tuvo que ser, por tanto, cerca de Agedincum donde, hacia el 15 o 16 de mayo, Atila hizo converger de nuevo a sus columnas para reunir a su gran ejército antes de cruzar el Sena en Metlosedum y afrontar la toma de Aurelianorum. En efecto, a partir de aquí no tenemos noticia alguna de ataques múltiples como los que se dieron entre el Sena y el Rin y solo tenemos constancia de que los hunos marcharon contra Aurelianorum, a donde llegaron hacia el 20 de mayo de 451. Todo esto indica que Atila, con los caballos y los hombres ahora bien alimentados, pero no descansados, podía de nuevo permitirse reunir a su hueste. Eso era prioritario. Se acercaba a territorio visigodo, situado al sur del Loira, a través de una región en la que Aecio contaba con las fuerzas del *dux Armoricani* y de sus aliados alanos aunque, si damos crédito a Jordanes, la lealtad de estos últimos se tambaleaba. [47] Lo cierto es que Atila no podía tener la seguridad de que así fuera y, además, debía de saber ya que Aecio estaba reuniendo un gran ejército en el sur de la Galia y por todo ello era mejor no correr riesgos. Pero tenía que tomar Aurelianorum. Era el punto clave de la campaña si quería atacar a los visigodos y poner de rodillas a Aecio y arrebatarle su base de poder en las Galias. Lo que Atila no sabía es que Aecio había anticipado ese ataque y le había preparado una trampa sangrienta.

En efecto, si uno lee con atención la *Vita sancti Aniani* y deja de lado los aspectos milagrosos y piadosos del relato tendentes a ensalzar al santo y atribuirle el mérito de la derrota de Atila, y se centra en los hechos recogidos, constatará de inmediato tres hechos de gran valor: primero, que Aniano, obispo de Aurelianorum, fue convocado a

Arelate por el patricio Aecio; segundo, que Aecio le pidió que sostuviera la defensa de la ciudad frente a Atila; y, tercero, que se estableció y acordó una fecha, el 14 de junio, como límite para recibir socorros por parte de Aecio y sus ejércitos. [48]

Pero es que lo recién expuesto, que la defensa de Aurelianorum se preparó y acordó de antemano y que estaba previsto que Aecio acudiría a su defensa en una fecha concretada, queda sostenido por una entrada de Jordanes a la que no se ha dado el valor que merece y que no se ha relacionado con lo que se cuenta en la *Vita sancti Aniani* . Esa cita nos muestra la previsión de Aecio y la maestría de su estrategia: «[…] Sangibano, rey de los alanos, lleno de terror ante el desenlace de los acontecimientos, promete entregarse a Atila y confiarle el mando de la ciudad gala de Orleans, en la que residía por aquel entonces. Al enterarse de esto Teodoredo y Aecio, construyen grandes fortificaciones con terraplenes delante de la ciudad antes de la llegada de Atila […]». [49] Los estudiosos de la batalla de los Campos Cataláunicos solo se han detenido en este pasaje para elucubrar sobre la supuesta debilidad y tentativa de traición de Sangibano. Pero lo que de verdad es importante, lo que no han comprendido, es la segunda parte del pasaje citado: «[…] al enterarse de esto Teodoredo y Aecio, construyen grandes fortificaciones con terraplenes delante de la ciudad antes de la llegada de Atila […]». ¿Qué tenemos, por tanto, aquí? La confirmación de que Aecio preveía que Atila iba a golpear en Orleans. Por eso mandó construir nuevas defensas y preparar la ciudad para el asedio al que preveía que Atila iba a someterla. Volvamos ahora a la *Vita sancti Aniani* . En su capítulo VI se nos dice que el santo se puso en marcha hacia Arelate para encontrarse con Aecio: «No mucho después de iniciarse la persecución de las Galias por el rey Atila». Ya hemos visto que Atila comenzó su campaña en los primeros días de abril y que el 7 de ese mismo mes saqueaba Metz. Así que: «No mucho después de iniciarse la persecución de las Galias por el rey Atila» nos sitúa a mediados de abril. Ahora bien, si san Aniano recibió el mensaje de Aecio a mediados de abril, eso quiere decir que, a primeros de ese mismo mes, cuando Aecio se disponía a cruzar los Alpes y Atila se aproximaba al Rin, el patricio ya tenía claro que sería en Aurelianorum donde trataría de frenar la avalancha huna. Por eso ordenó llevar a cabo allí obras de fortificación y reforzamiento y por eso iba a encargar a san Aniano y al rey de los federados alanos, Sangibano, que organizaran y dirigieran la defensa hasta que él acudiera con un gran ejército de socorro.

Era lógico, desde el punto de vista militar, que Aecio eligiera Aurelianorum, la llave del valle del Loira como punto básico de su estrategia. Ya hemos visto que, en 446, Aecio había restaurado por completo el control real del Imperio sobre la región que se extendía entre el Loira y el Mosa. El valle del Loira y sus ciudades habían sido su punto de apoyo en esa empresa y su control y defensa habían ya jugado un papel crucial frente a los ataques francos y frente a los rebeldes bagaudas. Aquella era la última línea de la defensa de la Galia que seguía siendo rica y por completo romana: la de los valles del Loira y del Ródano y la de los montes, valles y colinas de Auvernia, Provenza y la

Galia Narbonense. Así que Aecio había planteado una defensa en profundidad y esperaba que la larga campaña emprendida por Atila debilitara a los hunos, carentes de una logística adecuada y con sus caballos agotados tras el invierno y tras ochenta días de marcha y saqueo desde el Tisza al Loira. Él, Aecio, por el contrario, llegaría con su ejército descansado y bien abastecido y lo haría en un momento que Atila no esperaba, en mitad de su asedio de Aurelianorum. Por eso concertó con el obispo de la ciudad la fecha de su llegada: el 14 de junio. En efecto, en el capítulo VII de la *Vita sancti Aniani* el obispo advierte a Aecio que esa es la fecha en la que debe llegar si quiere vencer a Atila. Dejando a un lado las habilidades proféticas de san Aniano, está claro que, si el santo sabía que Aecio y sus tropas iban a llegar a liberar su ciudad teniendo como fecha tope el 14 de junio, era porque así se lo había asegurado el patricio Aecio. El texto de la *Vita sancti Aniani* es elocuente y claro al respecto:

[…] Por el innumerable ejército de los hunos, todas las provincias de la parte de Oriente han caído cruelmente devastadas, y hemos sabido que hay enfrentamientos en muchas ciudades importantes. Y que ahora mismo en las Galias muchas ciudades están bajo asedio, que la misericordia de Dios omnipotente impida que sean barridas. Temiendo esto, que mi pueblo caiga en esta feroz tempestad, imploro al poder de vuestra gloria que, siguiendo a Dios, os apresuréis a defender la Galia con vuestras falanges, para repeler las maldades de los hunos, con el auxilio de Dios. Que si esto que yo os ruego fuera cumplido, será vuestra victoria recordada en todas las eras. Mientras decía esto, lágrimas repentinamente surgidas le humedecían el rostro, y con suspiros vertía sus rogativas tanto, que lo que pedía, obtenía. Piadoso para cuanto es salutífero, movido el patricio Aecio por las peticiones del santo, garantizó dar socorro, y se dijo que, si vivía o si moría, en ambos casos estaría presto en cumplir lo que le planteaba. Entonces, interrogando al beatísimo obispo Aniano, sobre en qué tiempo o en que [*sic*] día debía atacar. Le contestó san Aniano: «Porque, mandándolo Dios, veo que te han conmovido mis sugerencias, si te dignas en consentirlo, para que cumplas lo prometido, conviene que vengas con nosotros oportunamente el décimo octavo de las Kalendas Julias; porque si te retrasases en atacar y no intentases entrar en aquella parte ya que asi [*sic*] está decretado sobre el crudelísimo Atila, que evita la misericordia del cielo, entonces esta tempestad congregada destruirá las Galias». Aecio respondió: «Santo señor obispo, a lo que he pactado por vuestras plegarias, no temas que falte…». [50]

Así que, como ya señalamos antes, el día en que Aecio acudiría a la defensa de Aurelianorum estaba fijado de antemano: «conviene que vengas con nosotros oportunamente el décimo octavo de las Kalendas Julias», teniendo en cuenta que junio tiene treinta días eso nos lleva al 15 de junio. Todo se aclara, pues a finales de marzo Aecio decidió su estrategia: frenar a Atila en Aurelianorum y desgastarlo allí. Envió misivas a Aniano, obispo de la ciudad, y a Sangibano, rey de los federados alanos encargados de la defensa del valle del Loira, para organizar la defensa. Aniano partió a entrevistarse con Aecio a mediados de abril y a primeros de mayo recibió en Arelate las

instrucciones de Aecio y obtuvo el compromiso del patricio de que solo tendrían que sostenerse frente a Atila hasta el 14 de junio y de que ese día, como muy tarde, Aecio llegaría con su ejército y atacaría a los hunos. Ambos, Aecio y Aniano, esperaban que Atila se hallara concentrado en el asedio de Aurelianorum para cogerlo por sorpresa y derrotarlo.

Se entiende así mejor el relato de la *Vita sancti Aniani* y, sobre todo, el desatendido pasaje de Jordanes ya citado: «[…] Al enterarse de esto Teodoredo y Aecio, construyen grandes fortificaciones con terraplenes delante de la ciudad antes de la llegada de Atila […]». [51] Así que Aurelianorum era un cebo. Un cebo que Atila mordió de lleno.

LA BATALLA DE AURELIANORUM

Atila se había movido muy rápido, sus columnas habían saqueado y destruido sin descanso sembrando el terror y es muy posible que su aliado franco, el hijo mayor del difunto rey Clodión de los francos salios, se le sumara en las cercanías de Tréveris y que, con ello, compensara las pérdidas sufridas hasta entonces. [52] Cuando cruzó el Sena con todo su ejército, debía de estar satisfecho. Su plan, basado en la rapidez de sus movimientos, estaba resultando y parecía haber cogido por sorpresa a un Aecio que, según debía de saber ya cuando llegó al Sena, seguía en Arelate, en apariencia incapaz de organizar sus tropas a tiempo de frenarle el paso. Así que se dirigió contra la llave que guardaba el Loira, Aurelianorum, y atacó la ciudad de inmediato. No se la esperaba tan fuertemente defendida. En efecto, si sopesamos las campañas de Atila en los Balcanes en 441, 442-443 y 447 así como su campaña en las Galias hasta el momento de llegar hasta Aurelianorum, lo que constatamos es la capacidad de Atila y su ejército para expugnar con rapidez ciudades. Incluso grandes ciudades magníficamente fortificadas como lo habían sido Viminacium, Sirmium, Naissus, Serdica o Marcianópolis, apenas si habían aguantado unos días o unas breves semanas antes de caer bajo el ataque de las torres móviles, las grandes helépolis dotadas de arietes, las escalas y las flechas incendiarias de los hunos. En las Galias, Atila tampoco había tenido que emplear más que unos pocos días en tomar la que, sin duda, era la plaza fuerte más poderosa del norte de la prefectura, Durocortorum, que todavía hoy luce con orgullo su «Puerta de Marte», la puerta de muralla más grande de cuantas construyeron los romanos de Occidente.

Pero Aurelianorum iba a ser distinta y lo iba a ser porque Aecio, ya lo hemos visto, se había encargado de ello dotándola de nuevas defensas y reforzando su guarnición. El obispo de la ciudad, san Aniano, cumpliría, asimismo, su papel fortaleciendo la moral de los combatientes y de los ciudadanos con procesiones continuas por el adarve de las murallas y con oraciones y profecías que levantaban el ánimo de los defensores. [53]

A mediados de mayo, Atila llegó a la actual Orleans, cercó la ciudad y armó sus máquinas de guerra. Primero tuvo que pelear duramente para sobrepasar los terraplenes y fosos que Aecio había mandado erigir y excavar a toda prisa: «[…] No pasó el espacio de un día [desde el regreso de san Aniano a su ciudad tras entrevistarse con Aecio en Arelate] cuando estaba el ejército de los hunos, furiosos de rabia, frente a Orleans. Atravesados los fosos, disponen todas sus máquinas con ingenio, para entregar completamente la ciudad a la masacre…». [54] Sobrepasados terraplenes y fosos, el ejército huno comenzó a batir los muros de la ciudad con sus máquinas de guerra. Ninguna ciudad había resistido hasta ese momento el ataque de Atila. Él era «el castigo de los reyes» [55] y estaba resuelto a tomar Orleans. Alentados por su rey, los hunos arrimaban a las murallas sus helépolis, las «tomadoras de ciudades» dotadas de tremendos arietes de punta férrea y aguzada [56] y hacían llover flechas incendiarias sobre la ciudad. Pronto, las defensas exteriores de Aurelianorum cayeron bajo el empuje bárbaro. El obispo Aniano, con gran astucia, trató de ganar tiempo acudiendo al campamento de Atila para negociar. Su actitud ante el rey huno, una actitud nada sumisa, sino todo lo contrario, nos revela de nuevo que san Aniano, pese al furor del ataque huno, seguía confiando en la victoria y esa confianza nacía, claro está, de la promesa de Aecio. Y así, ante la demanda de rendición que le hizo Atila, el obispo le contestó: «Quien me dio en guarda este aprisco, ese mismo puede rescatarme con mis ovejas de las trampas de los hunos». [57] Esto muestra que su confianza en el plan que había acordado con Aecio en Arelate seguía intacta.

Pero también seguía intacta la determinación de Atila de tomar Orleans, así que estrechó aún más el cerco y castigó con dureza las murallas de la ciudad para abrir brecha en ellas. El asalto era tan feroz que el rey huno estuvo a punto de lograrlo antes de lo previsto por Aecio y echar así por tierra el oculto plan de este último. Pero, a primeros de junio, una lluvia torrencial y providencial interrumpió las operaciones durante cuatro días. [58] Fue un respiro que cambió la historia. Reanudado el ataque huno, el 14 de junio los arietes abrían brecha en las murallas de la ciudad. La defensa se desmoronó y las puertas se abrieron: «abiertas las puertas, los hunos entraron en la ciudad: llevando al exilio a todo el pueblo de Orleans con sus bienes; ya estaban cargados los carros con las riquezas, las familias encerradas tras las cercas y los bárbaros vencedores repartiéndose el botín y los cautivos. Entonces, viendo esto san Aniano, intrépido por su gran confianza, recordaba a su pueblo con celo en la voz que no desesperaran y temieran, sino que nuevamente levantasen los corazones rogando a Dios que les librase de la boca del diablo». El testimonio de la *Vita sancti Aniani* de que Atila logró penetrar en la ciudad justo en el momento en que Aecio estaba llegando a las proximidades de Orleans sin ser advertido por los hunos, ensimismados en el duro asedio, viene corroborado por otras dos fuentes: *La historia de los francos* de Gregorio de Tours y por una epístola del contemporáneo Sidonio Apolinar escrita en 478 y enviada a Próspero, sucesor de Aniano en la sede de Aurelianorum. [59]

Así que Atila, tras semanas de duro asedio, [60] había entrado en la ciudad y sus tropas estaban en pleno saqueo y reparto del botín. Sin duda una posición muy comprometida en la que el caos prima y fue en ese momento cuando Aecio y sus aliados aparecieron. El momento decisivo, el momento que Aecio había previsto hacía más de dos meses y que había acordado con Aniano y los defensores de Orleans.

Según Sidonio Apolinar, cuando a primeros de abril Aecio llegó a Arelate se encontró con que su principal federado, el rey visigodo Teodorico I, aún no se había decidido a participar en la campaña contra Atila. El hecho viene corroborado por Jordanes. [61] El asunto debió de resolverse tras un par de semanas de negociaciones porque, como hemos visto, a primeros de mayo Aecio se comprometió con el obispo Aniano a que acudiría a la defensa de Aurelianorum y no lo habría hecho sin tener la certeza de que podría reunir un gran ejército capaz de enfrentar a Atila y esto era inviable sin el apoyo visigodo. Con esto, tenemos todas las piezas. A primeros de mayo, Aecio podía ya confiar en que podría marchar contra Atila al frente de un gran ejército y que lo haría según un cuidado plan que ya había puesto en marcha: fijar al rey de los hunos ante las reforzadas defensas de Aurelianorum y atacarlo por sorpresa cuando no esperara ya que la ciudad fuera socorrida. ¿Cuándo y por dónde se puso en marcha Aecio? La ruta es clara a poco que se medite sobre ello. Este se hallaba en Arelate y allí había reunido a parte del ejército de campaña de las Galias. El resto de las unidades romanas debían de estar en el valle del Ródano, en las grandes ciudades de Vienna (Vienne), Lugdunum, y Augustudonum, pues esas posiciones le permitían cerrar el paso a una posible incursión huna y tener bien aprovisionadas y comunicadas a las distintas unidades que componían el ejército. El valle del Ródano era el centro del poder romano en la Galia del siglo V y, además, por sus aguas y las de su principal afluente, el Saona, navegaban las liburnas y transportes de dos *classes* fluviales: la *classis fluminis Rhodani* , con sus bases en Vienna y en Arelate, y la *classis Araricae* , [62] con puerto en Cabillonum (Chalon-sur-Sâone) situada a tan solo una jornada de Augustudonum. Eso le daba a Flavio Aecio una facilidad enorme en el aprovisionamiento de sus tropas, era mucho más fácil y rápido llevar suministros por vía fluvial que por tierra. Sin duda, Aecio aprovechó esa ventaja para asegurar también el avituallamiento de los destacamentos romanos que lo aguardaban y para abastecer a los federados burgundios que, valle Ródano arriba, recogerían a su paso por Lugdunum. La logística romana, ya lo vimos, era una máquina que seguía funcionando a la perfección y las facilidades de transporte y aprovisionamiento que implicaba el dominio de los ríos se sumaban a las del buen estado de las calzadas y al hecho de que, recordémoslo, el prefecto del pretorio de las Galias, Tonancio Ferreolo, llevaba acumulando para el ejército abastecimientos, animales y armas desde el invierno.

Aecio tuvo que ponerse en marcha no bien le llegaron noticias de que Atila había cruzado el Sena y marchaba directo a «morder el anzuelo» que él le había colocado en Aurelianorum.

Todo lo hasta ahora expuesto nos sitúa alrededor del 20 de mayo y es en torno a esa fecha cuando se puede fijar la partida de Aecio y su ejército desde Arelate. Su ruta lo llevó desde Arelate a Vienna y de aquí a Lugdunum, desde donde partía una buena calzada que llevaba desde el valle del Ródano a las alturas de Auvernia enlazando con Augustonemetum (Clermont-Ferrand) y de esta a Valentia (Valence) donde se le sumarían contingentes alanos que Aecio había asentado allí en 442 y, con toda seguridad, los 15 000 godos de Teodorico I y Turismundo. Lo creemos así porque era la ruta más lógica para Teodorico I y sus godos y porque Aecio, para completar su «trampa» debía aproximarse a Aurelianorum por una ruta que no implicara remontar el valle del Loira a la sazón bajo la presión de columnas de saqueo hunas procedentes de los alrededores de la asediada ciudad. La *Vita sancti Aniani* confirma nuestra hipótesis, cuando afirma que Aecio y sus aliados godos llegaron a Orleans desde el sur, [63] circunstancia que no hubiera sido posible si Aecio se hubiera aproximado por la ruta que remontaba el Loira.

Cuando en Augustonemetum se produjo el encuentro de Aecio con Teodorico, el ejército reunido era imponente: unos 45 000 hombres entre romanos, godos, burgundios y alanos. A la cabeza de semejante hueste marchó hacia Avaricum (Bourges) desde donde sus exploradores le informarían de que Aurelianorum resistía aún. Hacia el 12 de junio, tras cubrir en veinticinco días unos 600 km desde Arelate, debía de hallarse en Segimovicus (Souesmes), lo deducimos así porque, como hemos dicho ya, la *Vita sancti Aniani* especifica que Aecio sorprendió a los hunos llegando desde el sur y Segimovicus estaba al sur de Aurelianorum a un día de marcha forzada. Aurelianorum Ligericae controlaba el paso del gran río Loira, la ciudad disponía de un activo puerto fluvial y de un gran puente. Tanto el puerto como el puente habían caído ya en manos de los hunos cuando Aecio recibió la noticia de que Aurelianorum estaba a punto de ser tomada.

En efecto, la *Vita sancti Aniani* especifica que el puerto fluvial de la ciudad estaba en manos hunas y que los bárbaros controlaban también el puente y habían ya perforado las murallas, cuando Aecio recibió un mensaje del obispo Aniano. La *Vita sancti Aniani* apela a lo milagroso y hace aparecer al santo obispo ante uno de los oficiales de Aecio, pero lo lógico es pensar que el obispo logró hacer llegar un desesperado mensaje de auxilio al *comes et magister militiae et patricius* . Este reaccionó de inmediato: levantó el campamento y lanzó a sus 45 000 hombres a una marcha forzada. El 14 de junio avistaban Aurelianorum.

Sus tropas habían avanzado desde Arelate al ritmo del llamado «paso militar» con el que cubrían en cinco horas 20 millas, esto es, 29,6 km por día. Eso quiere decir que Aecio completó los 600 km que por su ruta lo separaban de Aurelianorum en veinte días y que pudieron disfrutar de cinco jornadas de descanso. Sus hombres habían marchado por buenas calzadas y haciendo buena parte del trayecto junto al río Ródano por territorio seguro y recogiendo contingentes del ejército de campaña de las Galias y

de los federados burgundios. En su camino habían sido fácil y abundantemente abastecidos por las *classis* del Ródano y por los depósitos de víveres y abastecimientos que Tonancio Ferreolo había ido disponiendo para ellos desde el invierno. Cuando los alanos de Valentia y los visigodos llegados desde Tolosa se les sumaron en Auvernia, disfrutaron, asimismo, de esas ventajas logísticas y cuando hacia el 12 de junio llegaron a Segimovicus, la coalición constituía un gran ejército descansado y excelentemente abastecido. Como hemos visto, el 14 de junio Aecio y Teodorico decidieron el ataque. Ese día, el primero ordenó a sus tropas avanzar a «paso ligero», lo que le permitiría cubrir en orden cerrado una distancia de 24 millas en cinco horas, es decir, 35,52 km. Junto a ellos, con más desorden, pero asimismo descansados y bien abastecidos, iban los godos, los alanos y los burgundios y todos ellos iban a caer sobre el agotado y mal alimentado ejército de Atila que llevaba ya tres meses y medio en campaña y tres semanas atacando una ciudad en la que ahora se hallaba totalmente concentrado en su saqueo sin advertir que la ruina y la matanza se le echaban encima.

Las tropas de Aecio cogieron a Atila por sorpresa. A mediodía del 14 de junio, cuando los hunos se hallaban saqueando la ciudad en la que habían logrado entrar esa misma mañana, los romanos y sus federados cayeron sobre ellos. Primero los barrieron de Aurelianorum Ligericae, estratégico puerto y puente sobre el Loira. Aquí la matanza fue terrible. La *Vita sancti Aniani* lo describe así: «[…] Decretaron tomar las armas y para liberar nuestra ciudad, marchar sin ninguna demora. Y cuando hubieron tomado el puerto de Aurelianorum Ligericae, dieron muerte a muchos de los hunos. Otros huyeron y se lanzaron desde el puente y se ahogaron en el Liger […]». [64] Fue toda una «sorpresa táctica», pues Atila, simplemente, no lo esperaba. Llevaba tres semanas asediando la ciudad y acababa de expugnarla, cuando Aecio llegó desde una dirección inesperada, desde el sur y en el momento en que las tropas hunas se hallaban en mitad de la confusión mientras trataban de asegurar la ciudad y repartirse el botín y los cautivos. Además, repitámoslo, los hombres de Atila y sus caballos debían de estar exhaustos y al borde de la inanición. Debían de ser unos 60 000 hombres y más de 150 000 caballos y, aunque habían saqueado a conciencia la región situada entre el Rin y el Sena, llevaban más de 110 días en campaña y habían estado plantados ante Aurelianorum durante tres semanas, tiempo más que suficiente para que su tremendo número acabara con cualquier alimento y forraje que pudieran hallar en la región circundante. Tres semanas que, además, habían pasado lanzando ataques contra unas defensas reforzadas. Así que eran un ejército agotado que se vio sorprendido por un ejército bien descansado y abastecido que llevaba poco más de veinticinco días en campaña.

Atila debió de perder muchos hombres y la mayoría de sus carros en Aurelianorum. Lo creemos así por las descripciones de las fuentes galas contemporáneas o que se nutren de relatos contemporáneos de los hechos. La *Vita sancti Aniani* , por ejemplo y

como ya hemos visto, nos dice al respecto: «[…] dieron muerte a muchos de los hunos. Otros huyeron y se lanzaron desde el puente y se ahogaron […]». [65]

Se entiende ahora mejor que Atila huyera con celeridad y que Aecio lo persiguiera con saña. Lo que vemos a partir del 14 de junio de 451 es la retirada de un ejército derrotado y exhausto que es agobiado y acosado por un ejército victorioso, bien abastecido y descansado. Por si lo anterior fuera poco, una vez cruzado el Loira, Aecio vio cómo a su ejército victorioso se le sumaban contingentes de armoricanos –sin duda los hombres del *dux Armoricani* –, de *laeti* –veteranos francos, sármatas y taifales de las colonias militares de la región– que, sin duda, son los liticianos «que habían sido antiguos soldados romanos» que cita Jordanes y de olibriones –lo más probable, los hombres del *dux Sequanici* – y también tuvieron que sumarse a Aecio nuevos grupos de alanos, los que habían sobrevivido al asedio de Aurelianorum y los que Aecio había asentado hacia 442 en la región armoricana. También tuvo que ser a partir de aquí, del cruce del Loira, cuando se le sumaron los sajones citados por Jordanes [66] y que, con toda seguridad, fueron los mismos que derrotó años más tarde en la desembocadura del Loira el *magister militum* Egidio. [67] Con todo ello, Aecio tuvo que lograr la equiparación numérica de su ejército con el de Atila e incluso y, lo más probable, la superioridad. [68]

Atila condujo a su ejército derrotado a toda prisa hacia el Sena. Lo hizo, sin duda, por la calzada que llevaba desde Aurelianorum a Lutecia y que, justo antes de llegar a Lutecia y al Sena, se desviaba hacia el sur y alcanzaba el río a la altura de Metlosedum (Melun). Lo creemos así porque Atila llevaba mucha prisa y su ejército aún contaba con muchos carros y todo ello determina que aprovechara la calzada mejor y más directa. Además, a su derecha quedaban los inmensos bosques de Bievre que siglos más tarde y muy reducidos ya en extensión, sería llamado «bosque de Fontainebleau», una densa floresta que impedía cualquier movimiento hacia el sur, mientras que a su izquierda se alzaban las duras y belicosas tierras de Armórica. Así que Atila solo disponía de una ruta posible ante sí y debió de cruzar a toda prisa los 88 km que lo separaban de Metlosedum donde, sin duda, entre el 16 y el 18 de junio, cruzó el río Sena quemando tras de sí el puente para tratar de retrasar a Aecio.

No lo logró y la persecución prosiguió. Dos días más tarde y tras pasar por Agedincum (Sens) y llegar a Tricasses (Troyes), Atila fue alcanzado por la vanguardia romana. En ese punto, tras recorrer unos 170 km en cinco días de retirada a marchas forzadas, hostigado continuamente y sin poder dar descanso a sus hombres y caballos, ni abastecerlos de vituallas y forraje, Atila debía de hallarse al borde de la desesperación y su ejército, exhausto, no podía continuar su atribulada huida. De ahí que no pudiera detenerse ni un instante en saquear Tricasses, pese a que la ciudad carecía de murallas y de guarnición, una circunstancia que a sus habitantes les pareció tan prodigiosa que lo atribuyeron a un milagro de su obispo, san Lupo, el cual, por cierto, se mostró muy dispuesto a colaborar con Atila y, en parte como rehén, y, en buena medida, como guía,

sumarse a su hueste. De hecho, como manifiesta la *Vida de san Lupo* , el obispo acompañó de buena gana a Atila hasta el Rin donde fue «liberado» y su buena disposición hacia el rey de los hunos fue tan manifiesta que se granjeó la enemistad de las autoridades romanas, que lo apartaron de su sede. [69]

Ese mismo día, 19 de junio, al concluir la tarde, dejando tras de sí Tricasses y subiendo penosamente por la calzada que desde aquí llegaba a Artiaca y al río Albis (Aube), Atila fue consciente de que no podía seguir retirándose: Aecio lo había alcanzado. Tenía que plantear batalla y sabía que lo haría en inferioridad de condiciones.

LOS CAMPOS CATALÁUNICOS

Dos fuentes galas contemporáneas de la batalla de los Campos Cataláunicos, Próspero de Aquitania y la *Crónica gala* de 452, señalan que la batalla fue en las cercanías de Tricassis. Así, dicha crónica nos dice: *Aetius patricius cum theoderico rege Gothorum contra Attilam regem Hugnorum Tricassis pugnat loco Mauriacos […]* , esto es: «El patricio Aecio junto con Teodorico, rey de los godos, lucha contra Atila, rey de los hunos en Troyes, en el campo Mauriacus […]». De hecho, Próspero de Aquitania, en una de las copias medievales conservadas de su obra, precisa aún más e indica que fue en el Campo Mauriaco situado a cinco millas de Troyes: «est in quinto miliario de Trecas loco nuncupato Maurica». [70]

Pese a ello, muchos autores han querido situar el lugar de la gran batalla mucho más al este, en las cercanías de Châlons-sur-Marne. Esta hipótesis, sin ningún fundamento sólido, se ha hecho tan popular a fuerza de repetirse que la batalla es hoy en general conocida como batalla de Châlons. Otros, atendiendo al otro nombre de la batalla «Campos Mauriacos» y a la similitud del nombre con localidades como Méry-sur-Seine o Méry-sur-Marne, la han ubicado en el entorno de esas poblaciones. [71] Lo cierto es que la única base con la que cuentan los que ubican la batalla cerca de Châlons es que el nombre de la batalla «Campos Cataláunicos» parece hacer alusión a Catalaunum (Châlons) pero he aquí que el término «Campos Cataláunicos» definía una extensa región situada entre el Matrona, el actual Marne y el Sena y que comprendía un área extensísima de varios miles de kilómetros cuadrados que englobaría tanto a Troyes, como a Châlons, Méry-sur-Seine o Méry-sur-Marne. Por lo demás, ya en 366 se había librado una gran batalla en esa región, batalla de Catalaunum y todo parece apuntar a que se libró más cerca de Troyes que de Châlons. En cualquier caso, los testimonios de Próspero y la *Crónica gala* merecerían más atención de los historiadores. Sobre todo, porque Próspero es muy preciso y porque su ubicación de la batalla, a cinco millas de Troyes, concuerda a la perfección con la lógica militar y con lo que sabemos de los movimientos de Atila y Aecio, condición que, en modo alguno, sucede si ubicamos la

batalla cerca de Châlons-sur-Marne, Méry-sur-Seine o Méry-sur-Marne. En efecto, basta con poner las distancias, los accidentes geográficos y las calzadas romanas sobre un mapa para darse cuenta de que fue imposible que Atila cubriera desde Orleans los más de 235 km que lo separaban de las proximidades de Châlons-sur-Marne en tan solo cinco días y antes de ser atrapado por Aecio y de que ubicar la batalla en Méry-sur-Marne, situada a casi 200 km de Orleans, es, asimismo, inviable, porque, si se tiene en cuenta el gran número de combatientes y el curso oscilante del río Marne en la comarca de esa localidad, donde traza dos grandes curvas que dejan encerradas por el curso fluvial dos porciones de terreno con una extensión de tan solo 2,4 km y 1,2 km de anchura, respectivamente, se hace imposible situar allí la batalla.

No, lo lógico es hacer caso de una fuente tan parca, fiel y cercana a los hechos como es Próspero de Aquitania que, además, se ve apoyado por el testimonio de la, asimismo, cercana, parca, contemporánea y fiel *Crónica gala* , así como por la lógica militar y la configuración del terreno.

En los últimos tiempos, se ha precisado otra posible ubicación más acorde con lo que acabamos de exponer y que situaría el lugar del encuentro a unos 12 km al nordeste de Troyes, en el monte conocido como Montgueux y en el cercano bosque de Les Régales. [72] Pero esta ubicación presenta dos problemas: el primero es que Jordanes no menciona ningún bosque y este, además, hubiera impedido las maniobras que se describen en la batalla y el segundo que Atila no pudo apartarse de la calzada que llevaba de Tricasses a Artiaca, esto es, de Troyes a Arcis-sur-Aube, pues sabemos que aún llevaba muchos carros.

Por tanto, la batalla se localizó a cinco millas de Troyes, como dice la variante conservada del manuscrito de Próspero, pero sobre la calzada y, en este caso, en alguna de las pequeñas alturas o colinas que cruzaba dicha antigua calzada, hoy carretera, y que se alzan sobre la llanura a unos 7 u 8 km de Troyes en dirección a Arcis-sur-Aube. En esa llanura que se va elevando desde Troyes y en alguno de esos pequeños cerros que la salpican, debió producirse, en mi opinión, la gran batalla.

La región que se extiende entre Troyes y Arcis-sur-Aube se caracteriza por ondulantes y suaves llanuras salpicadas de amplias, pero poco elevadas colinas, cuya altitud oscila entre los 30 m sobre el nivel del mar y los 130 m. Esta configuración del terreno, llanuras y amplios pero poco escarpados cerros o colinas, es idéntica a la que describe Jordanes: «El terreno del campo de batalla tenía una ligera pendiente que crecía hasta formar un pequeño collado». [73] Además, como Jordanes no habla de ningún río importante y Atila había dejado tras de sí el Sena, pero aún tenía por delante el Aube, un río que, sin ser tan imponente como el Sena o el Marne, posee un caudal y un cauce importantes, la ubicación que nos ha marcado Próspero de Aquitania, a cinco millas de Troyes, encaja a las mil maravillas, pues el Aube aún quedaría a unos 20 km

del campo de batalla. En consecuencia, establecido el lugar y el momento, narraremos ahora la batalla conforme a lo que las fuentes y lo que ya sabemos sobre los ejércitos romanos y hunos nos pueden decir al respecto.



En la tarde del 19 de junio de 451, con Tricasses a sus espaldas y con Artiaca y el río Albis a unos 23 km por delante, Atila comprendió que no podía continuar con su agotadora retirada. Sus hombres y sus caballos no daban más de sí. A lo largo de cuatro días, habían sufrido una derrota y cabalgado o caminado un promedio de 45 km diarios y todo ello tras un sangriento asedio de tres semanas y de una larga campaña de más de cien días. Sencillamente no podían más, máxime cuando los acosaba un ejército victorioso y bien abastecido que no llevaba ni cuatro semanas en campaña y cuya vanguardia acababa de establecer contacto con ellos. Así que Atila se detuvo ante el peligro de verse envuelto y destruido. Caída la noche y para agravar aún más su situación, Meroveo, el rey de los francos salios que Aecio había colocado en el trono, cayó sobre una de las alas del ejército huno, la comandada por Ardarico, rey de los gépidos. Fue toda una sorpresa táctica. Los francos de Meroveo debían de haber cruzado el Albis ese mismo día y esperaron a la noche para atacar las líneas hunas y abrirse paso a través de ellas en un salvaje combate que, a decir de Jordanes, causó un total de 15 000 bajas entre francos y gépidos. La cifra puede ser exagerada, sin duda, pero muestra la ferocidad del combate. Un encuentro favorable a los francos que

lograron abrirse paso y sumar su fuerza, unos 3000 guerreros (ese era el número que en 496 comandaba el nieto de Meroveo, Clodoveo, antes de la completa unificación de los francos salios) al ejército de Aecio. [74]

El día 20 de junio amanecía para Atila con la sombra de la derrota. No es de extrañar que este temiera su aniquilación y consultara a sus adivinos. Los chamanes hunos, al igual que todavía hoy hacen los chamanes mongoles, recurrieron a la escapulancia. Esto es, a adivinar el futuro usando los huesos quemados de animales para escrutar en las fracturas óseas provocadas por el fuego los vaivenes del destino. Le predijeron la derrota y compensaron la mala noticia vaticinando que el jefe enemigo moriría en la batalla. [75]

Atila no necesitaba de sus chamanes para saber que iba a ser derrotado. Estaba claro que a lo único que podía aspirar era a lograr un empate táctico y a librarse de la total destrucción. Ya no pensaba en vencer, sino en sobrevivir y retirarse a sus bases en el Tissus lo menos vapuleado posible. Pero la profecía de que el jefe enemigo moriría lo animó un tanto. Atila, claro está, interpretó que Aecio moriría, pero he aquí que el jefe enemigo que moriría sería Teodorico, rey de los godos. Este relato, con sus perfiles legendarios a la par que extraordinariamente vívidos, es una mera construcción de Jordanes. En efecto, dicho cronista era godo y, además, en 550, conoció en Constantinopla a Casiodoro y se vio muy influenciado por la obra que este último había escrito para Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos, sobre la historia de los godos. La obra de Casiodoro era un ejercicio de equilibrio entre el halago y la verdad y no siempre ganaba esta última. Jordanes aprovechó la obra de Casiodoro, destinada a alabar y engrandecer el papel de los godos en la historia romana, y sumó a ello su catolicismo militante, circunstancia que Casiodoro no pudo hacer por miedo de ofender a su arriano patrón, el rey Teodorico, y su «orgullo nacional godo». Además, y para exaltar aún más la desaforada tendencia progoda de Jordanes, este último presentó su obra sobre la historia de los godos en una corte constantinopolitana que había tratado de buscar un compromiso con los godos y en la que la nieta del rey Teodorico el Grande, Matasuenta, acababa de enviudar de Germano, primo del emperador Justiniano y desempeñaba un importante papel. [76] Así que no es de extrañar que Jordanes tratara de hacer resaltar a los godos, visigodos y ostrogodos, por encima incluso de los romanos de Occidente que, al fin y al cabo, habían terminado por caer y a los que recientemente los romanos de Oriente habían tenido que «rescatar» de manos bárbaras. Pero dejando de lado estos temas de análisis historiográfico, lo cierto es que, si uno analiza la batalla sin dejarse cegar por la retórica «nacionalista» del godo Jordanes, queda claro que fueron Aecio y sus tropas romanas quienes llevaron la iniciativa táctica y los que llevaron a cabo la acción decisiva de la batalla. [77]

Tras la acción nocturna llevada a cabo por los francos salios de Meroveo, aliados de Aecio, Atila debía de estar desesperado. No solo no podía seguir retirándose y se veía

obligado a presentar batalla en condiciones desfavorables, sino que además lo haría sobre un terreno que contrariaba a su ejército. En efecto, a media jornada de marcha por delante, el río Albis le cerraba el paso y el ataque franco había desorganizado sus líneas. Y, lo que es peor aún, tras la confusión de la noche, a la luz del amanecer, comprobaría que había dejado sin ocupar el punto crucial en el inesperado campo de batalla: una colina, casi un cerro en aquella tierra de llanos inacabables. ¿Dónde estaba, en realidad, ese cerro o colina? ¿Qué lugar ocupaba en el campo de batalla? Sobre este particular se ha discutido y se discute mucho. Así, para Ian Hughes, todo el campo de batalla se configuraba en torno a ese cerro que abarcaría todo el frente de la contienda y contaría con varias cimas, mesetas y valles. Esto no tiene sentido. De hecho, Jordanes especifica que el campo de batalla era, en esencia, una llanura y que el terreno iba ascendiendo de forma casi imperceptible hasta formar un collado que ocuparon los romanos de Aecio en la primera fase de la batalla. Lo sabemos porque Atila, al arengar a sus hombres tras su fracaso inicial al querer tomar la colina, señaló a los enemigos que la ocupaban diciendo:

[…] Están ya muertos de terror incluso antes de vuestro ataque y por eso se suben a las alturas. Se arrepienten tarde, en el campo de batalla, y buscan desesperados, lugares altos y fortificados para resguardarse. Ya sabéis bien qué poco resistentes son las armas romanas. Aguantan difícilmente, no digo ya la primera herida, sino incluso la primera polvareda que se levanta cuando se ponen en orden de batalla o preparan su formación en tortuga […].

¿Qué tenemos aquí? Que era la tropa romana quien ocupaba la colina en cuestión. Atila señala solo a «las armas romanas» y su tradicional: *in ordine coeunt et acies testudineque conectunt* , o más bien «en orden cerrado y formación en tortuga». ¿Recordamos cómo formaba la hueste romana según Vegecio, contemporáneo de los hechos aquí narrados? Con la infantería pesada en el centro formando un muro de escudos, una tortuga, y con la infantería ligera y las carrobalistas detrás, siendo la infantería flanqueada por la caballería y en ocasiones reforzada su primera línea con pequeños grupos de *catafractarii* . [78] Y eso es lo que veían Atila y sus tropas: una formación densa y formidable, una formación romana. Pero si los romanos ocupaban la colina eso quiere decir que esta representaba solo un tercio del campo de batalla, pues los alanos del rey Sangibano ocupaban el centro y los visigodos el ala derecha. Esta estrategia, que eran los romanos quienes ocuparon la colina y que, pese a la propaganda progoda de Jordanes, llevaron a cabo la acción decisiva de la batalla: ocupar y sostener la posición clave y amenazar desde ella con envolver al ejército de Atila, es evidente y, sin embargo, una y otra vez se olvida.

¿Por qué Atila no ocupó la colina? Él iba por delante y pasó junto a ella en la tarde del 19 de junio. ¿Que por qué no la ocupó? Pues porque estaba siendo hostigado por la vanguardia de Aecio y porque el ataque nocturno de los francos terminó por sumir a su

ejército en el caos o, lo que resulta más probable aún, porque el ataque franco «limpió» de tropas de Atila la cima de la colina.

En cualquier caso, al amanecer del día 20 de junio de 451 la colina se hallaba entre los dos ejércitos e impedía que el flanco izquierdo romano y el flanco derecho huno se vieran. Así que solo una parte, dos tercios, de las formaciones de ambos ejércitos eran visibles para el enemigo. Esto iba a ser importante, pues obligaba a ambos comandantes a mantener constantemente a sus tropas en alerta y a desplegar exploradores que vigilaran y dieran cuenta de cualquier movimiento contrario. De hecho, los manuales romanos de táctica recomendaban eso a los generales romanos que lidiaran con ejércitos hunos: «Cuando avanzan hacia la batalla, la primera cosa que hay que hacer es mantener a tus exploradores en alerta, estacionados a intervalos regulares. Luego hay que hacer planes y actualizar los preparativos…»; [79] de hecho, eso fue lo que debió de hacer Aecio: mantener a sus exploradores alerta y a sus tropas y aliados a punto de encarar cualquier movimiento de Atila.

Pero Atila no se movía. El sol salía ya y los hunos y sus vasallos permanecían a resguardo de su círculo de carros. El campo, sobre el que debía de haber ya centenares, quizá miles de cadáveres como fruto del salvaje combate nocturno entre francos y gépidos, debía de resultar inquietante.

A la luz del día los dos ejércitos debieron de medirse y comprobar que contaban con fuerzas muy parejas, aunque es indudable que Aecio, al sumar a sus filas el contingente franco, disfrutaría de una ligera superioridad numérica. Esa era otra razón más para que Atila dilatara todo lo posible la inminente y temida batalla.

Sí, la temía. Una nueva prueba de ello es que Atila, al contrario de lo que era habitual entre los hunos, no formó sus líneas de batalla durante la noche, al filo de la madrugada. En efecto, según el autor del *Strategikon* esa era la costumbre de los hunos: formar sus líneas aprovechando la cobertura de la noche y sorprender así al enemigo que quedaba alarmado al ver al ejército huno perfectamente formado para la batalla no bien despuntaba el día. [80] Por el contrario, Atila retrasó todo lo que pudo la formación de sus líneas. No las reunió hasta el mediodía, ¿por qué? Jordanes nos lo aclara: no confiaba en la victoria y pensaba que, en caso de derrota grave, la noche, cercana ya, pondría fin a la matanza y podría cubrir su retirada. [81]

Comenzar una batalla pensando en la derrota no era muy tranquilizador. Tampoco lo eran los movimientos de Aecio. Este, recordémoslo, conocía muy bien la forma de combatir de los hunos y, por lo tanto, adoptó un plan de batalla que trataría de contrarrestar las mejores bazas de Atila.

Aecio constituyó su ejército en tres grandes secciones: su flanco derecho estaría compuesto por las tropas de Teodorico I: 15 000 visigodos. La inmensa mayoría de los mismos era infantería ligera armada con bebras, esto es, jabalinas, con angones, es decir, con lanzas pesadas y con *scramas* y securones, espadas cortas de un solo filo y hachas arrojadizas. Estos infantes ligeros no disponían de yelmo, ni de armadura alguna y tan solo se protegían tras escudos de madera o de mimbre forrados con cuero de buey. Esas tropas ligeras estarían reforzadas por pequeños grupos de nobles a caballo rodeados por sus comitivas armadas. Estos pequeños grupos de combatientes de élite irían mejor armados con espadas largas y lanzas pesadas e irían, asimismo, provistos de yelmos y, en el caso de los más ricos, armaduras de estilo y procedencia romana. [82]

El centro de la formación de Aecio estaba compuesto en su mayoría por los alanos bajo el mando de su rey principal, Sangibano. Ya hemos visto que Jordanes trató de echar sobre este el pesado manto de la traición y la cobardía. Según el historiador de origen godo, los alanos habían pensado en desertar y entregar Aurelianorum a Atila. La oportuna llegada de Aecio y Teodorico impidió dar cima a la traición y obligó a Sangibano y a sus alanos a unirse a los romanos. [83] Esta versión de los acontecimientos no se sostiene a poco que uno medite sobre ello. Entre otras cosas porque los alanos de Sangibano, que residían en Aurelianorum, eran los principales encargados de protegerla y lo hicieron con brío durante tres semanas y sin recibir auxilio ni de godos, ni de romanos. La ciudad no solo no fue entregada a los hunos, sino que fue defendida con valentía y éxito. Jordanes acusa a los alanos de cometer traición, aunque no lo hicieron y les atribuye unas intenciones que se contradicen con su actitud real. Jordanes, simplemente y una vez más, puso por delante su «orgullo nacional» y trató de echar sobre unos viejos enemigos de su pueblo, los alanos, el baldón de la traición y la cobardía y, de paso, hacer brillar aún más el valor de sus compatriotas.

Pero el esperpento de Jordanes va más allá de atribuirles a los alanos intenciones de traicionar a Aecio y de acusarlos de ser aliados poco fiables. En efecto, para sustentar su acusación contra los alanos, Jordanes dice que Aecio, al no fiarse de ellos, los colocó en el centro de su formación de batalla con la esperanza de que al estar ceñidos por romanos y visigodos, no les quedara más remedio que combatir. [84] Esto no se sostiene. Como veremos, el centro sería un punto clave de la táctica de Aecio. Si el centro se hundía la batalla se perdía. Aecio hubiera sido un insensato si hubiera colocado allí tropas inseguras y tentadas de desertar al enemigo. Además, ¿cómo se comportaron Sangibano y sus alanos durante la batalla? Pues como tropas aguerridas. Fueron ellos, los alanos, los que aguantaron la embestida de las mejores tropas de Atila y lo hicieron luchando palmo a palmo y retrocediendo en orden y sin romper nunca filas, ni descubrir el flanco visigodo que resguardaban. Hasta Jordanes, sin darse cuenta, certifica que, en el momento cumbre y más duro del combate, cuando cayó herido de muerte el rey Teodorico, los alanos seguían peleando y sosteniéndose junto a los visigodos. [85]

Esa no suele ser la forma de combatir de unos hombres acobardados y tentados por la deserción. No, los alanos de Sangibano lucharon bien y con valor. Jordanes, una vez más, deformó la realidad para aumentar el esplendor de sus compatriotas godos. Es sobre estos últimos sobre los que Jordanes hace recaer todo el mérito de la batalla y por eso intenta deslucir a los alanos y opacar a los romanos.

Además de por los alanos, unos 10 000, el centro de la formación de Aecio se veía reforzado por los burgundios, unos 5000 guerreros, y por los contingentes de los sajones y de tropas romanas *limitanei* y *laeti* del norte de las Galias: los armoricanos, liticianos y olibriones de Jordanes y que, en total, debieron de sumar varios miles de hombres. Así que el centro era, junto con el ala izquierda, la sección más poderosa de la línea romana. Una formidable combinación de caballería alana, infantería ligera burgundia y sajona, y contingentes de infantes romanos veteranos procedentes de los antiguos *limitanei* y *laeti* de la Galia noroccidental, que demostró ser acertada y que debió de sumar unos 18 000 hombres. [86]

Por último, el ala izquierda estaba integrada por las legiones, cohortes y *vexillationes* del ejército de campaña de las Galias, por los bucelarios hunos de Aecio, por los francos salios de Meroveo y por la comitiva armada del príncipe visigodo Turismundo, [87] el hijo mayor del rey Teodorico. ¿Estaba Turismundo implicado? Sí, Jordanes así lo señala y todo apunta a que Aecio quería tener al príncipe cerca de sí. ¿Por qué? Pues porque de quien en realidad no se fiaba era de los visigodos. Y es que, recordémoslo, estos y no los alanos, habían sido los grandes enemigos de Aecio durante las décadas del 420 y el 430 y solo tras la batalla del Mons Colubrarius (438), y tras las luchas de 439, había logrado que se avinieran a respetar el nuevo *foedus* y, además, los visigodos se habían negado hasta el último momento a sumarse a la coalición contra Atila y habían recibido embajadas de este último. Por todo ello, Aecio quería tener a Turismundo cerca. Sería una suerte de «rehén» en caso de que su viejo padre Teodorico vacilara durante la batalla.

Así que el ala izquierda, en su mayoría romana, era el ala más poderosa del ejército de Aecio: unos 15 000 romanos, 3000 francos salios y unos centenares de visigodos y hunos provenientes de las comitivas armadas de las casas de Turismundo y Aecio. En total, y como mucho, 19 000 hombres. Esta ala tan poderosa tenía la misión de tomar y mantener el punto decisivo del campo de batalla: la colina. Así que es probable que Aecio alineara a unos 52 000 hombres en los Campos Cataláunicos.

Por su parte, Atila formó su ala derecha con los gépidos de Ardarico a los que tuvo que reforzar con contingentes de otras tribus germánicas como los hérulos, los esciros, los bastarnos, los suevos orientales, los rugios, los francos ripuarios y salios, los burgundios orientales, los turingios, etc. Era una fuerza sobre todo de infantería ligera y que se había visto golpeada con dureza por el ataque nocturno al que la habían

sometido los francos aliados de Aecio. En conjunto debía de conformar una fuerza de unos 18 000 hombres.

El centro de la línea de Atila, donde formó el propio rey, lo constituyó con los hunos propiamente dichos y a ellos sumó los jinetes provenientes de las tribus prototurcas sometidas y los de los pueblos sármatas: yaciges, alanos orientales, belonotos y neuros, congregando así en el centro de su formación una poderosa fuerza que rondaría los 18 000 efectivos.

Por último, su ala derecha la confió al rey ostrogodo Valamiro, el cual formó el flanco derecho de Atila echando mano de sus 15 000 guerreros y de algunos grupos de protoeslavos. [88]

En total poco más de 50 000 hombres, pues Atila había perdido muchos guerreros durante la campaña y, sobre todo, en su descalabro ante Aurelianorum. Así que Aecio disfrutaba de una ligera superioridad numérica, 2000 hombres a lo sumo.

La batalla iba a ser una de las más grandes de la antigüedad y aunque esos poco más de 100 000 combatientes que acabamos de estimar están muy lejos de los 500 000 que señaló Jordanes, [89] constituyen una de las concentraciones de tropas más grandes del mundo antiguo.

Aecio formó a sus tropas a lo largo de la mañana, pero Atila no abandonaba la protección de su campamento fortificado mediante el expediente de situar en círculo sus carros. Su idea, ya lo hemos visto, era retrasar en lo posible la batalla y si esta le era adversa, como preveía y le vaticinaban sus chamanes, contar con el concurso de la noche para zafarse de la completa aniquilación. Pero a la hora nona, las tres de la tarde, del 20 de junio de 451, Atila ordenó a sus hombres formar conforme ya hemos señalado y dio inicio la batalla. [90]

El primer movimiento de ataque lo hizo Aecio. Ordenó a su ala izquierda, la formada por romanos y francos, avanzar súbitamente y a paso de carga, hacia la colina. Como dicha colina se alzaba entre el ala izquierda romana y el ala derecha de los hunos, la comandada por Ardarico, es probable que este último tardara en percatarse del movimiento de rápido avance iniciado por Aecio. [91] En cualquier caso, este llegó a la cima de la colina antes que Ardarico y ordenó allí a sus legiones y cohortes en una formación densa, cuyo frente lo formaron sus infantes pesados que entrelazaron sus escudos en formación en testudo, tal como señala Jordanes: *in ordine coeunt et acies testudineque conectunt* . Sus infantes pesados rechazaron una y otra vez los salvajes asaltos lanzados por Ardarico y sus gépidos y demás germanos. [92] Ardarico tenía que pelear ahora cuesta arriba y sus infantes ligeros no eran rivales para la infantería pesada romana que, además, se veía auxiliada por eventuales cargas de la caballería y por

salidas de la infantería ligera romana y de los guerreros francos. Aecio y su ala izquierda seguían el modelo que ya vimos que aconsejaba Vegecio a inicios del siglo V: situar a la infantería pesada en formación cerrada para mantener la posición y usar la caballería y la infantería ligera para hostigar a un enemigo que, una y otra vez, se estrellaba contra el muro de la inmóvil y pesada infantería romana. Esta, además, recordémoslo, estaba provista de cinco *plumbatae* o dardos emplomados y estaba adiestrada para lanzarlos en mortales y parabólicas andanadas que, a 50 m, eran sencillamente devastadoras. Como el frente romano estaba formado por su infantería pesada, eso quiere decir que los 5000 soldados romanos de las dos primeras líneas debieron de arrojar sobre sus enemigos unas 25 000 *plumbatae* y eso sin contar los 5000 *veruta* , venablos, que también debieron lanzarles. Así que cuando los gépidos y demás guerreros puestos por Atila bajo las órdenes del rey Ardarico llegaban al cuerpo a cuerpo, lo hacían tras el horror de avanzar sobre centenares, quizá miles, de compañeros muertos o heridos. Entonces, al chocar con las primeras filas romanas, las formadas por la infantería pesada, se golpeaban contra un muro de hierro, madera y cuero formado por hombres mucho mejor protegidos que ellos: infantes dotados de yelmo, armadura, grebas y escudo y que, como dice Vegecio, «llegaban al filo» esgrimiendo sus *semispathae* o espadas cortas de dos filos y pasando de ellas a sus *spathae* o espadas largas, cuando lo requiriera el combate. También habría macabro trabajo para sus pesados *spicula* o lanzas.

Ante ese muro de hierro se estrellaron los hombres de Ardarico. Retrocedieron, entonces, en desorden y ensangrentados. Acosados, además, por la infantería ligera romana y franca que, conforme a la táctica romana, salió desde detrás de las filas de la infantería pesada. También los hostigó la caballería romana, armada con pesadas lanzas, con dardos y venablos y con arcos compuestos asimétricos de estilo huno. Debió de ser un sangriento combate y los hombres de Ardarico tuvieron que ser diezmados en él, pues Atila se vio obligado a reagruparlos y a arengar a su ejército para llevarlo de nuevo al combate. [93]

El fracaso de su ala derecha agobió a Atila. Acabamos de ver que reorganizó a sus huestes, las alentó con una arenga y las envió de nuevo al combate. Este se generalizó entonces. El centro huno, comandado por Atila y su cuñado Laudarico, cargó sobre el centro romano, comandado por Sangibano y en el que peleaban alanos, sajones, burgundios y veteranos romanos procedentes de los *limitanei* y de los *laeti* de origen franco y sármata. La batalla aquí fue muy diferente a como lo había sido en la colina, no solo porque aquí peleaban en un terreno básicamente llano, sino porque era la caballería y no la infantería, la que jugaba el papel decisivo. En efecto, los hunos de Atila formaban una tropa sobre todo de caballería y a ella se sumaban jinetes de las tribus sármatas orientales y de salvajes tribus prototurcas. Una masa de unos 18 000 jinetes, entre los que sin duda debía de haber unos 5000 o 6000 armados pesadamente y el resto ágiles arqueros. Estos dispararían sus arcos a pleno galope sobre la masa de alanos,

sajones, burgundios y veteranos romanos que los aguardaba. Esa masa la constituían unos 4000 o 5000 jinetes alanos, 2000 de los cuales estarían armados de forma pesada y provistos de arcos asimétricos de estilo huno y una variada y aguerrida tropa de infantería en su mayoría ligera y entre la que, de tanto en tanto, se hallarían contingentes de infantes pesados. Reforzados por esa infantería ligera y pesada, bárbara, semirromana y romana, los caballeros del rey alano Sangibano aguantaron carga tras carga de los jinetes de Atila sin ceder terreno. Fue una lucha durísima y caótica. Cargas de caballería chocaban entre sí o iban a caer sobre grupos de infantería y todo ello en una despiadada confusión en la que, sin embargo, el rey lograba sostener sus filas frente a la furia de Atila. [94]

Mientras, en el flanco derecho romano se llegaba también al cuerpo a cuerpo. Los ostrogodos de Valamiro se precipitaron en una brutal y desorganizada carga de infantería sobre los visigodos de Teodorico. Era una lucha fratricida y, como tal, dura e implacable. Comenzó con lluvias de bebras y venaulos, es decir, jabalinas y venablos, antes de llegar al cuerpo a cuerpo con lanza, *scrama* y espada. Infantería ligera contra infantería ligera, salpicadas de pequeños grupos de jinetes mejor armados. Las filas de ostrogodos y visigodos oscilaban atrás y adelante sin lograr imponerse las unas sobre las otras. Teodorico, montado en su caballo de guerra y rodeado por su *comitatus* , era el centro de la tormenta de hierro que se había desencadenado en aquel flanco del combate. [95]

Hacia las siete de la tarde las suicidas cargas de Ardarico y sus gépidos, retomadas tras la arenga de Atila, seguían estrellándose contra las disciplinadas filas de los veteranos romanos del ejército de campaña de las Galias y de sus federados francos. Estos hacían volar contra los gépidos a sus «franciscas», sus temibles hachas arrojadizas, y junto a ellos peleaban también los guerreros godos del *comitatus* del príncipe visigodo Turismundo, que derrochaba valor. Aecio, situado en el crucial punto en el que se unía su ala derecha de caballería con el ala izquierda de su infantería romana, tal como aconsejaban los manuales tácticos del periodo, comprendió que había llegado el momento decisivo.

En efecto, abajo, en el llano, a su derecha, los hunos de Atila, carga a carga, estaban haciendo retroceder a Sangibano y a sus alanos. Estos y sus aliados burgundios, sajones y romanos no rompían filas, pero iban retrocediendo paso a paso, aunque cobrándose un sangriento tributo. Así que el centro de la línea romana se iba combando muy despacio. Atila siguió presionando y entonces, de pronto, giró hacia el flanco derecho romano, hacia los visigodos de Teodorico. Estos se hallaban muy presionados por los ostrogodos, pero se habían mantenido sin ceder terreno. De modo que al retroceder un tanto los alanos, su flanco izquierdo quedó expuesto ante el súbito giro de la caballería huna de Atila. Justo en ese momento crítico, el rey Teodorico de los visigodos fue alcanzado por una flecha y cayó de su caballo para ser pisoteado por los combatientes

que peleaban a su alrededor. Era el momento decisivo y tanto Atila como Aecio lo comprendieron de inmediato y trataron de aprovecharlo. [96]

Aecio fue más hábil y rápido. Mandó a los romanos y francos de su flanco izquierdo avanzar colina abajo y arrollar a los gépidos de Ardarico. Con los alanos aún combatiendo, pero retrocediendo y con los visigodos reorganizándose y lanzando un enloquecido contraataque contra el flanco izquierdo de Atila para vengar a su rey caído, el movimiento de Aecio, bajando la colina y girando hacia el centro huno, amenazaba con rodear a Atila en una suerte de «Cannas» gálica. Atila, ante ese movimiento de Aecio, tuvo que retroceder a toda prisa. Era el desastre. Al ver retroceder al rey, la línea del ejército huno se deshizo. La noche estaba cayendo y únicamente la oscuridad, tal como había previsto Atila, podía salvar a su ejército de la aniquilación.

Aunque ni siquiera esta puso fin a la batalla y la matanza. Ya ciñendo el campo de batalla la oscuridad, la confusión se apoderó de los combatientes. Turismundo, al conocer la muerte de su padre, abandonó el flanco izquierdo romano y trató de alcanzar el derecho, donde los visigodos seguían pugnando por asaltar el campamento huno. Allí, los guerreros de Atila trataban de mantenerlos a raya cubriéndolos con lluvias de flechas. En su intento de cruzar el campo de batalla en mitad de la noche y la confusión, Turismundo terminó por ir a parar a las líneas hunas y allí se vio envuelto en un desesperado combate en el que fue herido en la cabeza. Solo pudo escapar con vida gracias al valor de su *comitatus* que lo rescató y lo llevó a la seguridad de las líneas visigodas en donde, de inmediato y elevando sobre los ensangrentados escudos al herido príncipe, fue proclamado rey. [97]

Aecio se vio en apuros semejantes. También él se vio envuelto en la confusión producida por un combate tan feroz al que la noche iba envolviendo y terminó extraviándose y errando por el campo de batalla, rodeado tan solo por sus bucelarios hunos y logrando al cabo, ya desesperado, alcanzar el campamento romano que, mientras tanto, sus generales habían levantado. [98]

Por su parte, Atila, refugiado tras sus carros, se dejaba llevar por la desesperación y mandó a sus guardias erigir una pira funeraria a base de apilar sillas de montar. No quería caer prisionero de los romanos, ni ser abatido por sus armas y se mostraba dispuesto a arrojarse a las llamas no bien lograran los enemigos romper su última defensa. Pero no lo lograron. La confusión, la noche y la dureza inenarrable de una batalla salvaje, impidieron que Atila fuera vencido por completo y sus generales lo convencieron de que se serenara y reorganizara la defensa con vistas al amanecer. [99]

Todas las fuentes coinciden en la carnicería: *cadavera vero innumera* , [100] es decir: «Ciertamente, los cadáveres fueron innumerables», dice la *Crónica gala* escrita en 452. Jordanes, por su parte, nos habla de cómo la abundante sangre vertida por los

combatientes desbordó un pequeño riachuelo que cruzaba el campo de batalla. [101] Como se puede imaginar es una exageración, pero que da cuenta de la ferocidad de la batalla. El propio Jordanes cifra en 165 000 las bajas de la batalla y san Isidoro elevará la cifra hasta 300 000. [102] Es probable, en mi opinión, que los hunos perdieran un tercio de sus guerreros y que las pérdidas de Aecio y de sus aliados rondaran la cuarta parte de sus efectivos. [103]

La noche fue confusa. Atila había sido derrotado, desde luego, pero no aplastado. El nuevo día trajo el amargo sabor de la muerte. Atila defendía su recinto de carros trabados entre sí con ferocidad y Aecio convocó a los jefes del ejército a un concilio para decidir qué hacer. Se dudaba entre someter a Atila a un sitio, pues se tenía la certeza de que no contaba con víveres para resistir ni tan siquiera unos pocos días, asaltar su campamento o dejar que se retirara. [104] Esto último fue lo que decidió Aecio. Es probable que, junto con la pregunta de por qué Aníbal no atacó roma tras Cannas, esta sea una de las cuestiones más debatidas acerca de las guerras de la Antigüedad: ¿por qué no aprovechó Aecio su victoria para aniquilar a Atila? Jordanes nos da la respuesta y resulta bastante sensata: Aecio no quería aniquilar a Atila, porque si lo hacía, perdería el único contrapeso posible frente a los visigodos. Estos eran sus federados, desde luego, pero habían demostrado que no eran de fiar y sin la amenaza huna podrían volver a las andadas. Así que convenció a Turismundo de que marchara a Tolosa para asegurar la corona frente a sus hermanos y lo mismo hizo con su hijo adoptivo, el rey franco Meroveo, a quien envió al norte para asegurar el trono de los francos salios. [105] ¿Acertó Aecio? A la luz de los acontecimientos inmediatamente posteriores, no. En efecto, Atila pudo retirarse sin impedimento alguno y, para sorpresa de Aecio, no tardó más que unos meses en organizar un nuevo ejército, tan poderoso o más que el que había lanzado contra la Galia y esta vez lo precipitó sobre Italia y ello a la par que enviaba un segundo ejército a las Galias para inmovilizar allí a los aliados visigodos, alanos y francos de Aecio. Italia fue devastada en 452 y Aecio fue culpado de ello. Pero todo eso es ya otra historia. [106]

Notas

1 Gibbon, E., 1984, vol. IV, 219.

2 Creasy, sir E. S., 1851.

3 Fuller, J. F. C., 2005, vol. I; Weir, W., 2007; Holmes, R., Marix, M., 2007.

4 *Notitia dignitatum* , en Neira Faleiro, C., 2006.

5 Luttwak, E., 1976; Ferrill, A., 1989.

6 Heather, P., 2006, 380.

7 Hemos usado el texto latino del Código Teodosiano (CTH, 11.28.7), promulgado en 413 y en donde se concede una reducción de cuatro quintas partes del impuesto durante cinco años a varias provincias italianas afectadas por las devastaciones de Alarico y sus visigodos entre 409-411. Ver también Heather, P., 2006, 315-316 y 372-383.

8 La *Notitia dignitatum* lista, en apariencia, más de 200 unidades en Occidente. Pero un detenido estudio muestra que 20 unidades de 500 hombres, *allae, numeri, vexillationes, auxilia palatina, cuneus* , etc. están citadas repetidamente. Lo mismo ocurre con las legiones, algunas de ellas están nombradas una y otra vez por descuido, otras ya no existían o ya habían sido trasladadas a la otra parte del Imperio. Ver *Notitia dignitatum, Partibus Orientis* , VII, en donde la Legio VII Gemina aparece como una legión *comitatense* y, *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , XLII donde aparece como una legión *limitanei* adscrita a la defensa de la Gallaecia; ver también Dando-Collins, S., 2012, 163-164; Papiro de Anteópolis, en especial, nota 101.

9 Heather, P., 2006, 316-319 y 562-563.

10 *Ibid* ., 380.

11 Novela. Valentiniano III. 6.3.1

12 Novela 13 de Valentiniano III. 445.

13 Agatías de Mirina, *Historias* , V, 13.7; Zósimo, *Nueva historia* , II, 15.1 y II, 22.1; Juan Lido, *De los magistrados* , 1.27.

14 Treadgold, W., 1995, 50.

15 Bachrach, B. S., 1972, 2-17; Bachrach, B. S., «The Origin of Armorican Chivalry», 166-171; Bachrach, B. S.: «The Alans in Gaul, 476-489», 10-11; MacMullen, R., 1963.

16 Nuestro cálculo es prudente con respecto al que establecen otros autores. Así, Hughes, en su *Aetius. Attilas Nemesis* ha calculado que, en 426, el ejército de campaña de las Galias disponía de una fuerza de entre 23 200 y 34 000 hombres. Ver Hughes, I., 2012, 129-130.

17 Prisco de Panio, *Historia* , frag. 8.

18 Gregorio de Tours, *Historias* , II.6.

19 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 320-330 y de forma indirecta recuerda el hecho en el panegírico a Mayoriano al poner en boca de la mujer de Aecio los siguientes versos: «Si las canoas (monoxilos) hechas de los troncos de la selva herciniana surcan el Hidaspes nabateo

en vez del Rin». Ver también Sidonio Apolinar, *Panegírico a Mayoriano* , vv. 285-290. Sidonio Apolinar confirma, además, la ruta de Atila al señalar la selva Herciniana.

20 Vegecio señala el uso de monóxilos para hacer puentes con los que facilitar el paso de la infantería y de la caballería, en Vegecio, *Epitoma rei militaris* , II.XXV.6. En cuanto al uso por los hunos en el Danubio y el Nisava, ver Prisco de Panio, *Historia* , frag. 2.

21 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 326-329. Ver también Sidonio Apolinar, *Cartas* , VIII.15.

22 Por Prisco de Panio, *Historia* , frag. 8 sabemos que los duques de Retia y Nórico seguían controlando el Danubio superior y el paso de un ejército tan grande como el de Atila no pudo pasarles inadvertido. Por lo que Aecio, en caso de no estar informado por sus espías, lo estaría por sus duques.

23 El señor Simon Macdowall estimó en un artículo que el ejército de las Galias simplemente no existía en 451. El hecho no se sostiene y basta con acudir a las fuentes, como podrá verse en las siguientes líneas y como ya hemos demostrado a lo largo de este capítulo, para darse cuenta del error. Que Jordanes no mencione tropas romanas de forma directa se explica por su «godofilia» y si se le lee con atención, se verá que las tropas romanas, formadas en testudo, estaban ocupando el punto decisivo de la batalla: la cima de la colina que dominaba el campo de combate. Esto ya lo advirtió Arther Ferrill en los años ochenta del pasado siglo y, desde entonces, se acepta ampliamente que el factor decisivo de la batalla lo jugaron los «olvidados» romanos. Las contradicciones de Jordanes fueron ya apuntadas en 1969 por Macdowall, S.: «La batalla de los Campos Cataláunicos», 44-50.; Ferrill, A., 1989, 147-154; Tackholm, U.: «Aetius and The Battle on the Catalaunian fields», 259-276. Para la importancia del ejército de la Galia durante y después de Aecio ver Reynolds, J., 2012; O'Flynn, J. M., 1983, 74-106; MacGeorge, P., 2002, 98 y ss.; Hughes, I., 2012, 129-130

24 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 329-331; Hughes, I., 2012, 155-175.

25 Hidacio, *Cronicón* , 14.

26 Muñoz Bolaños, R., 2003, 12; Heather, P., 2010, 82; Eunapio de Sardes, *Historia* , frag. 42, 60-61, en Blockley, R. C., 1983.

27 Jordanes, *Getica* , XXXVI, 190; Dice que Teodorico llevó a la guerra a sus hijos mayores: Turismundo y Teodoredo y dejó en Tolosa a los menores: Friderico, Eurico Retemero e Himnerito y en XXXIX, 216, relata cómo Aecio convenció a Turismundo de que regresara a Tolosa para evitar perder el trono a manos de sus hermanos. Gregorio de Tours lo confirma, en Gregorio de Tours, *Historias* , II. 7.

28 Hughes, I., 2012, 154; Rodríguez González, J., 2005, 131.

29 Heather, P., 2010, 256.

30 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 320-327; Jordanes, Getica, XXXVIII, 198-200; Prisco de Panio, *Historia* , frag. 1 y 8.

31 Pablo Diácono dice búlgaros, pero estos no aparecieron en la región danubiana hasta mediados del siglo VI. Los editores y traductores de Pablo Diácono corrigen por hunos y reconocen un largo periodo de dominación de los hunos a lo largo de la primera mitad del siglo V. Ver Pablo Diácono, 17-18 y n. 96, en Herrera Roldán, P., 2006.

32 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 198-200; Prisco de Panio, *Historia* , frag. 21.

33 Rodríguez González estima el ejército de Atila en 50 000 hombres, probablemente dividiendo por diez la fabulosa cifra que Jordanes da: 500 000 guerreros, pero no apoya su cifra en ningún razonamiento o cálculo y nos parece muy corta. Rodríguez González, J., 2005, 131.

34 Prisco de Panio, *Historia* , frag. 21.

35 *Crónica Pascual* , a. D. 450, en Whitby, M., 1989.

36 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Mayoriano* , vv. 210-230; *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , VI y LX. La otra unidad de caballería pesada listada en las fuerzas de Occidente estaba destinada en las tropas *comitatenses* que servían con el *comes Africae* , los *equites sagittarii clibanarii* , y, por tanto, es harto probable que sucumbiera durante las batallas contra los vándalos libradas entre 429 y 439.

37 Goldwolsey, A., 2005, 206-207.

38 Muñoz Bolaños, R., 2003, 18-28.

39 Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002, 19 y ss.

40 Como ya hemos señalado, las cifras que los historiadores han venido barajando para los ejércitos de Aecio y Atila son dispares y su único elemento en común es que no se apoyan en ningún dato o referencia. Por nuestra parte hemos tratado de que los escasos datos y evidencias que proporcionan las fuentes de la época sean la base de nuestras estimaciones. Otro ejemplo de la falta de sustentación de las cifras ofrecidas por aquellos que han venido abordando la batalla nos lo ofrece: Pelegero, B.: «Atila contra Roma. La batalla de los campos Cataláunicos», quien se limita a decir que debían de haber reunido, romanos y hunos, de 30 000 a 40 000 hombres cada uno.

41 Solo Ulf Tackholm trató de ocuparse de la estrategia de la campaña pero sin conceder la debida importancia al testimonio de la *Vida de san Aniano de Orleans* : Tackholm, U.: «Aetius

and The Battle on the Catalaunian fields», 259-276; Hughes, I., 2012, 159 y ss.

42 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , VII, a Preámbulo.*

43 Prisco de Panio, *Historia* , frag. 21; Gregorio de Tours, *Historias* , II.6-7; Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 319-330; Sidonio Apolinar, *Epístolas* , VIII.15; *Vida de san Aniano de Orleans* , 6; Hidacio, *Cronicón* , 28; Jordanes, *Getica* , XXXVI-XXXVII; *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis* , IX; Hughes, I., 2012, 159 y ss.; Tackholm, U.: «Aetius and The Battle on the Catalaunian fields», 259-276; Rodríguez González, J., 2005, 131; Fuller, J. F. C., 2005, vol. I, cap. 10, 325-347, 336-338.

44 Gregorio de Tours, *Historias* , II.5.

45 Gregorio de Tours, *Historias* , II.5-6; Vida de santa Genoveva de París, 12, en Krusch, B., 1896, 205-240.

46 Así lo establece también el excelente trabajo de Esther Sánchez Medina, presentado en el V Congreso de ASEHISMI celebrado en Barcelona en junio de 2018 y precisamente dedicado al papel de santa Genoveva en la supuesta defensa de un París que nunca vio ante sus muros al ejército de Atila. Agradezco encarecidamente a la Profesora Sánchez Medina la consulta de su trabajo inédito que pronto será publicado.

47 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 194.

48 La mayoría de los historiadores fijan la fecha en el día 15 de junio. Pero la *Vida de san Aniano de Orleans* dice: «[…] el decimo octavo de las Kalendas Julias […]», y teniendo en cuenta que junio solo tiene 30 días eso nos da el 14 de junio.

49 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 194.

50 *Vida de san Aniano de Orleans* , VII. La traducción del latín se la debemos y agradecemos al doctor Luis Gonzaga Roger Castillo.

51 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 194.

52 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 324-326.

53 *Vida de san Aniano de Orleans , VIII.*

54 *Vida de san Aniano de Orleans , VIII.*

55 *Vida de san Aniano de Orleans , VIII.*

56 Estas máquinas, de las que ya hablamos más arriba, son descritas tanto por Amiano

Marcelino, en Amiano Marcelino, *Historia* , XXIII.4.10-13, como por Vegecio: Vegecio, *Epitoma rei militaris* , IV.14.1-4.

57 *Vida de san Aniano de Orleans , VIII.*

58 *Vida de san Aniano de Orleans* , VIII, que atribuye a las oraciones del santo la providencial lluvia. En el texto, tras implorar la ayuda de Dios, Aniano escupe y de inmediato los cielos se abren y cae una fuerte y tempestuosa lluvia durante cuatro días, obligando a los hunos a interrumpir el sitio.

59 Gregorio de Tours, *Historias* , II.6; Sidonio Apolinar, *Epístolas* , VIII.15.

60 Fuller, J. F. C., 2005, 337-338, establece cinco semanas como el tiempo empleado por Atila para el asedio de Orleans, pero no hay ninguna fuente primaria que permita sostener dicha aseveración. Lo que sí permite la *Vida de san Aniano de Orleans* es establecer que Aniano marchó a Arlés a mediados de abril y que debió de llegar a esta a finales de ese mes y que, tras entrevistarse con Aecio, volvió a Orleans justo el día de antes de que Atila estableciera el sitio. Eso nos permite colegir que el asedio de Orleans debió de comenzar en torno al 20 de mayo y que, por tanto, el asedio debió de durar unas tres semanas. Así que si se acepta la hipótesis de Fuller de que el asedio duró cinco semanas, se contradice a la única fuente que nos proporciona detalles cronológicos: la *Vida de san Aniano de Orleans* que, por otra parte, Fuller no usa, ni cita directamente. De ahí también que, como el resto de analistas modernos de la batalla, no de la importancia debida al asedio de Orleans.

61 Sidonio Apolinar, *Panegírico a Avito* , vv. 319-355; Jordanes, *Getica* , XXXV, 185-189.

62 *Notitia dignitatum, Partibus Occidentis , XLII, in Gallia .*

63 *Vida de san Aniano de Orleans* , VIII. La cita es: «Entonces san Aniano se manifestó a uno de la comitiva del patricio Aecio que acampaba al sur junto al ejército de Turismundo».

64 *Vida de san Aniano de Orleans* , VIII; Gregorio de Tours, *Historias* , II.6-7; Sidonio Apolinar, *Epístolas* , VIII.15.

65 *Vida de san Aniano de Orleans , VIII.*

66 Jordanes, *Getica* , XXXVI, 191.

67 Gregorio de Tours, *Historias* , II.12; Hidacio, *Cronicón* , 463; *Crónica gala* , A. DXI. 638; Crónica del conde Marcelino, A. D. 463.

68 Jordanes, *Getica* , XXXVI, 191.

69 Vida de San Lupo de Troyes, en Krusch, B., 1896, 117-124; ver también *Crónica gala* , 615, I.

70 Próspero Turonense, *Epitoma Chronicon* , 1364. Para la variante conservada en un manuscrito medieval y recogida por T. Mommsen en nota a pie de página: Aditamenta ad Pros, HAVn, recogido en p. 481, nota 9. El añadido proviene del Codex Hauvniensis y fue incluido por Mommsen en su *Consularia Itálica* . Bajo el consulado de Marciano y Adelfio: «pugnatumque est in quinto miliario de Trecas loco nuncupato Maurica in eo Campania». *Crónica gala* de 452, 615, I.

71 Así, por citar sólo algunos ejemplos, Fuller es, en nuestra opinión, de los más acertados al situar la batalla al este de Troyes en el triángulo formado por esta ciudad con Arcis-sur-Aube y Méry-sur-Seine. Pese a todo, Fuller opta por titular su capítulo dedicado a la batalla como «batalla de Chalôns o de los Campos Mauriacos». Fuller, J. F. C., 2005, 338-340. Fuller no oculta que se deja llevar por Bury. Este situó la batalla cerca de Troyes, pero tampoco sustentó su hipótesis: Bury, J. B., 1889, vol. I, 293. Julio Rodríguez González, por su parte y en su diccionario de batallas de Roma, sitúa la batalla en las proximidades de Chalôns, sin dar más razón de ello que la de que Chalôns es la antigua Durocatalaunum. Rodríguez González, J., 2005, 131; por su parte, Hughes, Hughes, I., 2012, caps. 13 y 14. Sitúa la batalla en las proximidades de Troyes, pero sin concretar distancia ni dirección. Holmes, R., Marix, M., 2007, 75, la sitúan cerca de Chalôns sin dar explicaciones. Macdowall, S.: «La batalla de los Campos Catalúunicos», 44-50. Se contenta con situarla «en algún lugar entre Chalôns y Troyes».

72 Pelegero, B.: «Atila contra Roma. La batalla de los Campos Catalúunicos».

73 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 197.

74 Jordanes, *Getica* , XXXIX.217; Hughes, I., 2012, cap. 14. No logra explicarse la maniobra franca. Es sencillo, los francos salios aliados de Aecio habían quedado en sus tierras tras ver pasar la destructiva ola de guerreros lanzada por Atila. Debieron de huir a bosques y pantanos. Luego, con el campo libre, Atila debía de estar ya ante los muros de Orleans y con él estaban los francos rivales de Meroveo y sus seguidores, se organizaron y marcharon a encontrarse con las tropas romanas. Sin duda, Aecio tuvo que enviar mensajeros a Meroveo, o a quien quiera que fuera el hijo menor del difunto Clodión, y el soberano franco también tuvo que tener noticias de que Aecio y Teodorico marchaban hacia Orleans y que la ciudad resistía. Lo que no pudo saber, por lo rápido de la retirada de Atila, fue que los hunos habían sido derrotados y que ya habían cruzado el Sequana (Sena); de eso tuvo que enterarse ese mismo día 19 y alentado por sus exploradores, que le hablarían de un ejército huno agotado y huyendo de romanos y godos, decidió lanzar un ataque nocturno y sumarse a sus aliados.

75 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 195.

76 Para un estudio sobre el propósito y fuentes de la obra de Jordanes, véase el estudio de José María Sánchez Martín que acompaña a su traducción de los *Getica* de Jordanes.

77 El hecho fue puesto en valor por Arther Ferrill en 1986, ver Ferrill, A., 1989, 147-149. Si bien es cierto que su dictamen final sobre el ejército romano en la batalla es negativo al compararlo con las viejas legiones, pp. 170-171, y al atribuirle, sin prueba alguna en este caso, falta de disciplina. En cualquier caso, desde el análisis de la batalla hecho por Ferrill, ha ido asentándose entre los investigadores la idea de que los romanos desempeñaron al menos un papel tan importante como el de los visigodos. Véase, por ejemplo, Hughes, I., 2012, cap. 14. No obstante, muchos autores siguen sin someter a Jordanes a una sana crítica y, por ende, siguen atribuyendo todo el mérito de la victoria de Aecio a sus auxiliares godos y despreciando el papel de los romanos, los alanos y los francos.

78 Hughes, I., 2012, cap. 14. Por el contrario, Ferrill, A., 1989, 147-149, establece con claridad que la colina fue ocupada por los romanos y los francos, mientras que el llano lo ocupaban alanos y visigodos. La disposición del campo de batalla en Jordanes y la arenga de Atila a sus tropas, en Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 197 y XXXIX, 202-206. Para la formación táctica romana véase lo que al respecto de las tácticas romanas de este periodo escribimos más arriba.

79 *Strategikon* del Pseudo-Mauricio, XI.2

80 *Strategikon* del Pseudo-Mauricio, XI.2.

81 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 195-196.

82 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 198.

83 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 194.

84 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 198.

85 Jordanes, *Getica* , XL, 210.

86 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 198 y XXXVI, 191; Ferrill, A., 1989, 147-149.

87 Jordanes señala hasta dos veces que Turismundo se situó junto a Aecio en la colina y que peleó allí hasta la caída de la noche: Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 201 y XL, 211.

88 Jordanes, *Getica* , XXXIX, 199-200. Los investigadores tratan de solventar las lagunas que Jordanes deja con respecto a la distribución de las tropas romanas y hunas. Por mi parte, estoy en general de acuerdo con Ferrill en cuanto a la distribución de los contingentes: Ferrill, A., 1989, 147-149. Una distribución algo diferente con los francos junto a los alanos y no junto a los romanos en Weir, W., 2007, 279-296, con quien, sin embargo, coincidimos a la hora de situar a los alanos orientales en el centro de Atila y a los protoeslavos junto a los ostrogodos.

89 Jordanes, *Getica* , XXXV, 182.

90 Jordanes, *Getica* , XXXVII, 195.

91 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 197 y 201.

92 Jordanes, *Getica* , XXXVIII, 201 y XXXIX, 202 y 204-205.

93 Jordanes, *Getica* , XXXIX, 202-206. Para la retirada de Ardarico y la arenga de Atila a sus tropas para reanimarlos y llevarlos de nuevo a la batalla. Vegecio, *Epitoma rei militaris* , I.XV.23, para la expresión «llegar al filo» que significaba entrar en combate cuerpo a cuerpo sin abandonar la posición, ni romper el orden cerrado. En cuanto al uso de las armas y a la táctica romana, ver los epígrafes dedicados a ello en el análisis del ejército romano a mediados del siglo V.

94 Jordanes, *Getica* , XL, 207 y 210; Ferrill, A., 1989, 147-149; Weir, W., 2007, 279-296.

95 Jordanes, *Getica* , XL, 207.

96 Jordanes, *Getica* , XL. 207 y 210; San Isidoro, *Historias* , 25; Hidacio, A. D. 451; Próspero Turonense, 1364; Prisco de Panio, *Historia* , frag. 21, 1; *Crónica gala* , 615; *Crónica Pascual* , a. D., 450; Juan Malalas, *Crónica* , 358; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 5942, 102-103; Ferrill, A., 1989, 147-149; Weir, W., 2007, 279-296.

97 Jordanes, *Getica* , XL, 211.

98 Jordanes, *Getica* , XL, 211.

99 Jordanes, *Getica* , XL, 212-213.

100 *Crónica gala , 615.*

101 Jordanes, *Getica* , XL, 207.

102 Jordanes, *Getica* , XlI,217; San Isidoro, *Historias* , 25.

103 *Crónica gala , 615.*

104 Jordanes, *Getica* , XL, 212-213 y XLI, 215.

105 Jordanes, *Getica* , XLI, 215-216; Gregorio de Tours, *Historias* , II.

106 Jordanes, *Getica* , XLIX, 254-258.

3

La batalla de Vouillé

Francos y visigodos en los albores del siglo VI

Seguidamente, cuando el rey Clodoveo
hubo puesto en fuga al ejército de los godos
y matado a su rey Alarico,
de repente le atacaron de frente dos jinetes enemigos
que le hirieron en ambos costados con sus lanzas,
pero Clodoveo se libró de morir por intermedio de su loriga
así como de su veloz caballo. [1]

Gregorio de Tours, Historias, II.37.

EJÉRCITOS QUE PARIERON REINOS

Tras el asesinato de Aecio (454), el segundo saqueo de Roma (455) y, sobre todo, tras el fracaso de la expedición contra los vándalos del augusto Mayoriano y su homicidio a manos del *magister utriusque militiae* Ricimero (461), el Imperio de Occidente asistió a un acelerado proceso de disolución. Su caída, según Roger Collins, fue, ante todo: «la desaparición de un ejército». [2]

Pero un ejército como el romano no desaparece así como así y sin dejar tras de sí una poderosa estela. Por eso, la época que siguió al asesinato de Mayoriano y que llevó a la consolidación de los llamados reinos romano-germánicos fue una época de «señores de la guerra» que trataban de hacerse con el control de lo que quedaba del Imperio o bien de forjar nuevos reinos entre sus ruinas. Hombres belicosos que capitaneaban ejércitos de muy variada composición en los que se entremezclaban restos de antiguas unidades romanas, milicias urbanas, grupos de guerreros tribales y mercenarios al servicio de potentados. [3] Este es el auténtico contexto histórico y la verdadera realidad que se oculta tras nombres como Egidio, Riotamo, Odoacro, Eurico, Afranio Siagrio, Teodorico, Clodoveo, Ambrosio Aureliano, etc. En la historiografía tradicional se les presenta como «reyes» de homogéneas naciones bárbaras sucesoras del Imperio romano o como epígonos fugaces y desvaídos de los augustos de Occidente que pugnaban por sostener algún retazo de la romanidad agonizante. Pero lo cierto es que todos ellos, germanos y romanos por igual, no fueron otra cosa que «señores de la guerra» y que más que estar a la cabeza de pueblos, estuvieron a la cabeza de ejércitos. Ejércitos que daban lugar a

reinos y no reinos que daban lugar a ejércitos. Pues, en efecto, es el de Clodoveo el que dará nacimiento al reino franco tal como este se manifestaría durante la Alta Edad Media y como desembocaría en el Imperio carolingio. Es decir, que es el ejército de Clodoveo, en consecuencia, el que dará lugar a Francia.

Más aún, el triunfo del ejército de Clodoveo en Vouillé (507) no solo determinó el surgimiento de Francia, sino también de España, ya que los visigodos derrotados en esta batalla se vieron obligados a centrarse más y más en sus tierras hispánicas y a identificarse con ellas, completando al cabo la unificación bajo su poder de las provincias peninsulares de la antigua diócesis de Hispania y creando con ello la «primera España», la que cantara san Isidoro en su *Laus Spaniae* [4] : un poderoso reino que serviría de base de partida al islam andalusí, de modelo mitificado a los reinos cristianos de la España medieval y de aspiración restauradora a la España moderna de los Reyes Católicos.

Así pues, si se quiere comprender el origen de Francia y España y, por ende, de Europa occidental, es imprescindible comprender cómo se gestaron los ejércitos que combatieron en los albores de su historia.

VOUILLÉ Y EL SURGIMIENTO DE LA FRANCIA MEROVINGIA Y DE LA HISPANIA VISIGODA

Las Galias: el país de los señores de la guerra

Cuando el 31 de diciembre de 406, alanos, suevos y vándalos cruzaron el congelado Rin y dieron comienzo a una devastación general de las diecisiete provincias de la diócesis de las Galias, se inició un proceso de desarticulación del Occidente romano que se vio continuamente agravado por guerras civiles y por nuevas invasiones bárbaras. La reacción romana encabezada por el futuro augusto Constancio III [5] salvó a la Roma de Occidente y en esa reacción las Galias jugaron un papel decisivo. Para 423, el Occidente romano aún contaba allí, al menos sobre el papel, con 70 000 efectivos [6] y, aunque había tenido que autorizar la instalación, mediante la firma de un generoso *foedus* , de los visigodos en Aquitania, y de contingentes de otros bárbaros (alanos, burgundios, francos y sajones, fundamentalmente) en asentamientos más pequeños y controlables, lo cierto es que Roma mantenía el control de la situación e imponía su hegemonía militar y política.

Durante el largo gobierno del *comes et magister utriusque militiae et patricius* Flavio Aecio (433-454), las Galias eran, de hecho, el centro del poder romano en Occidente. Lo siguieron siendo, aunque con menos firmeza, durante los reinados de los emperadores de origen galo Avito (455-456) y Mayoriano (457-461) a partir del asesinato del último;

entonces, lo que pervivía del poder romano en Occidente comenzó a centrarse en Italia y, por ende, a visualizar la Galia como un escenario secundario en la lucha por su supervivencia. La llegada a Occidente del augusto Antemio (467-472) supuso por un tiempo limitado la reactivación de los intereses romanos en las Galias, pero su derrota y la de sus aliados ante los visigodos de Eurico en la batalla de Déols (469) consagró que fuera el reino visigodo de Tolosa y no el Occidente romano, la fuerza hegemónica en las Galias. [7]

Hegemónica sí, única no y tampoco indiscutida, pues, a partir de 461, se abre en la Galia un agitado periodo caracterizado por constantes luchas entre un sinfín de poderes. Así, por ejemplo, lo que restaba de las fuerzas romanas al norte del Loira se reunió en torno a su comandante, el *magister militum per Gallias* Egidio, para conformar una suerte de reino entre el Loira y el Rin. Este difuso estado, en el que los restos del ejército de Campaña de las Galias se entremezclaban con los de las unidades *limitanei* del *tractus Armoricani et Neruicani* , con las bandas de bucelarios de los potentados galorromanos, con los contingentes proporcionados por los asentamientos de *laeti* francos, sármatas y taifales y con las bandas guerreras de los antiguos federados, alanos, sajones y, sobre todo, francos, fue muy capaz de frenar en seco a los visigodos en la batalla de Aurelianorum del año 463, mantener a raya a los piratas sajones y defender su «independencia» frente a lo que subsistía del Imperio romano de Occidente. Egidio, el fundador de este singular estado galorromano y antiguo *magister militum per Gallias* , sería muy capaz de mantener su autoridad no solo sobre los restos del ejército romano situados entre el Loira y el Rin, sino también de ejercer su hegemonía sobre los pequeños reinos francos, sajones y alanos que englobaban su área de actuación. Y lo que es más, el poder de Egidio se manifiesta aún con más claridad cuando constatamos cómo logró legar a su hijo, el célebre Siagrio, una base sólida de poder entre el Loira y el Somme, una suerte de reino que agrupaba lo esencial de las provincias que antaño habían formado el denominado *tractus Armoricani et Neruicani* y que, con centro en la ciudad de Augusta Suessionum (Soissons) se conservó bajo su mandato entre los años 465 y 486. [8]

A la par que Egidio y Siagrio mantenían un fuerte ejército, «una gran fuerza de miles de hombres», en palabras del contemporáneo Prisco, [9] y una estructura administrativa y de gobierno capaz de mantener relaciones diplomáticas, económicas y religiosas con lugares tan distantes entre sí como la Gallaecia sueva, la Britania posromana o Constantinopla, otros «señores de la guerra» trataban de hacerse con un dominio estable en las Galias. Por ejemplo, sabemos que Odoacro, cuyo padre, Edeca, había sido uno de los hombres fuertes de Atila y que en breve llegaría a ser el jefe del último ejército romano de Occidente a la par que el rey de los hérulos, comenzó su andadura como «señor de la guerra» al frente de una banda guerrera integrada por sajones que trataban de labrarse un reino en las tierras de la desembocadura del río Loira conquistando la ciudad de Andecavorum (Angers). [10] No lo lograron y al cabo, y como

ya hemos apuntado, Odoacro terminó en Italia, de la que se apoderó por completo en 476 al deponer al último emperador, Rómulo Augusto, y enviar las vestiduras e insignias imperiales al augusto Zenón de Oriente. Este reconocería a Odoacro los títulos de *dux et patricius* y, a continuación, su poder alcanzaría tal grado que se atrevería a titularse *rex Italiae* .

El caso de Odoacro nos sirve como ejemplo de que no son los pueblos sajones, hérulos, burgundios, francos, etc., sino los señores de la guerra, los que determinaron estos belicosos años. En efecto, Odoacro es, como se ha comentado, hijo de un guerrero turingio y de una princesa escira, pero crece en el Imperio de los hunos de Atila y, sin embargo, cuando mediaba la década del 460 y tras la destrucción del reino danubiano de los esciros, surgido tras la debacle del Imperio huno, lo vemos a la cabeza de una banda guerrera sajona peleando en el Occidente galo y ello no le impide, unos años más tarde, ser *comes domesticorum* bajo el *magister utriusque militiae et patricius* Ricimero, participar en la guerra civil entre este último y el augusto Antemio, pasarse luego al partido del augusto Julio Nepote y regresar, a continuación, a Italia para ponerse a las órdenes de Orestes, antiguo secretario de Atila y tutor del nuevo augusto Rómulo Augusto, para ser nombrado *magister militum* y convertirse en la máxima figura del crepuscular ejército romano de Italia. Su mezclado origen y su cambiante existencia tampoco le impidieron ser el rey de un grupo de esciros supervivientes y de una fracción de los hérulos y comandar un ejército en el que ambos pueblos, los hérulos y los esciros, se amalgamaban con rugios, tulitungos y torcilungos, con suevos del Danubio y, por supuesto, con tropas romanas, por citar solo a algunos componentes de sus heterogéneas fuerzas. Odoacro no es el rey bárbaro de una tribu determinada y concreta, sino el señor de la guerra de bandas de guerreros de origen muy diverso que, siguiendo a su señor, logran hacerse con riquezas y tierras y, al cabo, dominar Italia, deponer al último emperador de Occidente y crearse un reino italiano epígrafe. [11]

Odoacro fue, al final, vencido y muerto por Teodorico el Grande en el año 493. Tampoco este último capitaneaba a una «nación» o pueblo ostrogodo único y homogéneo. En primer lugar, porque los ostrogodos no eran sino la suma de varias tribus, en su mayoría, greutungos, pero también tervingios, taifales y otros grupos menores; en segundo lugar, porque los ostrogodos se hallaban divididos en varias fuerzas independientes y enfrentadas entre sí, de hecho, muchos ostrogodos no siguieron a Teodorico hacia el oeste, sino que permanecieron en los Balcanes, en la lejana Táuride (Crimea) y aun en Asia Menor; y, tercero, porque no solo ostrogodos, sino también rugios y hérulos, además de otros pueblos germánicos participaron en la composición del ejército/pueblo de Teodorico y ello por no citar a los guerreros que tenían origen eslavo, alano, búlgaro butiguro, carpo o provincial romano. [12]

Pero volviendo a las Galias, hacia el año 470 y junto a los hegemónicos visigodos y al llamado reino galorromano de Siagrio, estaban los burgundios que, desde 461 y libres

ya del freno romano, se iban abriendo paso por el valle del Ródano y que, enfrentados entre sí en una larga espiral de guerras civiles, se irían debilitando hasta quedar bajo dominio franco a inicios del siglo VI.

También estaban los bretones, que emigraban desde Britania para instalarse en la Armórica propiamente dicha y los sajones, que se habían asentado como federados romanos en Baiocassium (Bayeux, Normandía) y que pugnaban por apoderarse de Andecavorum en la desembocadura del Loira. También estaban los alanos, numerosos, pero dispersados por distintos enclaves que iban desde Armórica al sur de las Galias y que, a lo largo de los años que van de 455 a 486, irían quedando sometidos a visigodos y francos. [13]

Estos últimos, ya fuera como integrantes de pequeños reinos independientes, ya como *laeti* más o menos sometidos a lo que quedaba de la autoridad romana representada en las Galias por el reino de Siagrio, eran los que con toda probabilidad facilitaban buena parte de los efectivos que se alistaban en las bandas guerreras de los señores de la guerra del norte de las Galias. [14] En efecto, desde la segunda mitad del siglo III, docenas de miles de campesinos francos fueron asentados en las Galias como *laeti* . Tenían la obligación de proporcionar reclutas al ejército romano a cambio de las tierras que cultivaban y estaban sometidos a las órdenes y gobierno de oficiales romanos, los *praepositi* , sin por ello perder su condición de *cives* francos y sin dejar de ser *milites* romanos. Esta «colonización» franca, entre el Loira y el Rin, se vio aumentada en los años finales del siglo IV y, sobre todo, a partir de 407, debido al asentamiento masivo entre el bajo Rin y el Somme y muy en particular en lo que era la provincia de la Belgica Secunda, de grandes contingentes de francos, salios y ripuarios, no sometidos directamente a la autoridad romana y, a menudo, enfrentados a ella. Las campañas de Aecio, sobre todo las de la primera mitad de la década del 440, los fijaron y los obligaron a ser federados del Imperio y bajo esta condición siguieron sirviendo, en su mayoría, en el ejército galo de Egidio. De hecho, es como jefe de los guerreros francos de este como debemos de visualizar al inicio a Childerico, padre de Clodoveo y rey de una banda de guerreros de los francos salios.

Childerico era hijo de Meroveo, el semilegendario hijo del rey franco Clodión que se había educado en la casa de Flavio Aecio y al que este había adoptado y promocionado al trono de su padre, cuando Clodión murió en 450. Ya hemos visto en el capítulo dedicado a los Campos Cataláunicos que Meroveo sirvió del lado romano en la gran batalla y que, tras destacar en la contienda, emprendió el regreso a sus tierras para tratar de imponer un dominio exclusivo sobre todos los francos salios. Es poco probable que lo lograra. En primer lugar, porque poco pudo apoyarle Aecio a partir de ese momento y sobre todo porque a su muerte, hacia 457, su hijo Childerico no era sino el rey de una banda guerrera, una entre varias, de los francos salios, y quedó al servicio, primero del *magister militum* Egidio, con quien combatió contra los visigodos en 463 y

luego al de uno de los generales de Egidio, el *comes* Paulo, junto al cual combatió en 469 a una banda de sajones conducidos por Odoacro que trataban de tomar la ciudad de Andecavorum y que fueron cumplidamente derrotados, si bien es cierto que al poco Childerico se revolvió contra el *comes* Paulo y le dio muerte tras la batalla, tras lo cual saqueó la ciudad. [15]

Además, Childerico, no ocupó su pequeño trono de forma continua, sino que hacia 463, poco después de la batalla librada junto a Egidio contra los visigodos, tuvo que exiliarse entre los turingios. [16] Retornaría y seguiría combatiendo incansable, a veces como señor de la guerra independiente y, a veces, como ya hemos visto, como fiel auxiliar de los galorromanos del norte de las Galias.

De una manera u otra, sus éxitos no debieron de lograrle el poder supremo entre los francos salios, pues a su muerte, diciembre de 481, solo logró dejarle a su hijo, Clodoveo, un diminuto reino centrado en torno a la ciudad de Tornacum (Tournai) defendido por unos cuantos centenares de guerreros. [17]

La fría exposición de los datos aleja a Childerico de la idea tradicional de un pueblo de los francos salios unido y poderoso que recogía la moribunda herencia romana para darle nuevos caminos y bríos. La curiosa historia ligada al padre de Clodoveo que acabamos de apuntar sobre que, al ser expulsado por su pueblo, este último nombró como nuevo «rey» a Egidio, [18] muestra a las claras su posición subordinada y la de sus francos y revela una realidad más descarnada: Childerico no era el rey supremo de un pueblo germánico, sino el capitán de una banda guerrera que, en un momento dado, decidió librarse de él y servir directamente al señor de su señor: el antiguo *magister militum* Egidio.

Así que, hacia 481, los francos no eran en modo alguno ni un pueblo unido, ni un pueblo poderoso. De hecho, las fuentes muestran que, todavía a mediados de la década del 480 y hasta 508, estuvieron divididos entre al menos seis o siete pequeños reinos, cada uno de ellos con capital en una ciudad romana y gobernado por reyes que no podían llevar al combate sino a unos cientos de guerreros o, a lo sumo, dos o tres millares de ellos. Y así, por ejemplo, sabemos de reyes francos de este periodo como el propio Clodoveo, o como Ragnachar, Sigiberto, Cararico, Rignomer, Riccar o Arbogasto, [19] todos ellos al frente de pequeños reinos centrados en torno a ciudades como Tornacum (Tournai), Camaracum, Colonia Agrippinensis, Nemetacum, Ambianorum o Augusta Treverorum. Así que estos pequeños reinos francos no eran sino poderes locales que no podían inquietar seriamente al reino de Siagrio que, como ya hemos apuntado, disponía de un ejército integrado por «una gran fuerza» y que seguramente y al igual que habían hecho antes que él su padre, Egidio, y el *comes* de este último, Paulo, usaría a los reinos francos como «proveedores» de guerreros y como muro de contención frente a otros bárbaros como alamanes, sajones y turingios.

Tampoco debemos de imaginar a los francos de la segunda mitad del siglo V como bárbaros salvajes. Muchos de ellos estaban muy romanizados y sus élites lo estaban de forma tan completa y sofisticada como para que el galorromano más culto del periodo, el poeta Sidonio Apolinar, se carteara con uno de sus miembros, Arbogasto, a la sazón señor de los francos que controlaban Augusta Treverorum , y elogiara su cultura y sensibilidad. [20]

Y es que la Galia de la segunda mitad del siglo V era un lugar en donde la permeabilidad, la síntesis y el sincretismo cultural, estaban a la orden del día y permitían a un oficial romano de alto grado como el *magister militum* de las Galias Egidio ser reconocido como rey franco y a un rey franco como Arbogasto, terminar sus días como el supremo magistrado de una ciudad romana como Augusta Treverorum y ello a la par que seguía siendo un jefe guerrero franco y un erudito literato romano.

Ese mundo, ecléctico, sincrético, cambiante, caótico y violento en lo cultural, en lo étnico, en lo económico, en lo político y en lo militar, fue el que tenía ante sí Clodoveo cuando, con tan solo quince años, fue coronado rey de los francos salios de Tornacum (Tournai).

El ascenso de Clodoveo

Clodoveo comenzó su carrera como «señor de la guerra» al frente de una hueste que se ha estimado en unos 400 o 500 guerreros. [21] Esos 400 o 500 hombres eran, en su mayoría, lo que se denominaba *antrustiones* y *pueri* , una suerte de comitiva regia bien armada de guerreros profesionales. Clodoveo podía recurrir también a la leva de hombres libres de su pueblo, *pauperes* , y a sus *leudes* , esto es, nobles que le juraban fidelidad personal y que acudían a servirlo al frente de sus propias comitivas armadas, a cambio de lo cual recibían la protección del rey y tierras que este les entregaba. Con todo ello, es muy probable que Clodoveo pudiera poner en pie de guerra durante unas semanas a 2000 hombres poco más o menos.

Esto fue suficiente. Durante los siguientes cinco años, Clodoveo presionó las fronteras del estado galorromano gobernado por el *dux* Siagrio, al que los francos llamaban rey, a la par que atacó a otros grupos menores de francos salios y los obligó a sumarse a su pequeño reino y, además, estableció una sólida alianza con Ragnachar, el rey de los francos salios de Camaracum. Al alcanzar el año 486, Clodoveo –su forma germana, Clovis, dio lugar al medieval Luis– pudo reunir más de 3000 guerreros y junto con su aliado Ragnachar levantó un ejército de 6000 hombres. Fue con ese ejército con el que atacó en 486 a Siagrio.

Este último confiaba en la victoria. Clodoveo había logrado reunir una hueste considerable, pero Siagrio disponía también de una «gran fuerza», aunque es probable

que más numerosa que la que Clodoveo y Ragnachar podían reunir en conjunto. De hecho, el ejército heredado y conservado por Siagrio era tan poderoso que durante veinticinco años había sido capaz de vencer a visigodos y sajones, imponer su hegemonía a los reyes francos y sostener su independencia frente a las pretensiones de los poderes romanos con base en Italia, primero Ricimero y luego Odoacro.

El choque entre Siagrio y Clodoveo tuvo lugar en las cercanías de la capital de Siagrio, Suessionum en el valle del río Aisne. Con toda probabilidad, Siagrio debió de disponer de mejor y más caballería, pues contaba con los servicios de los antiguos federados alanos de Armórica y el valle del Loira, con los contingentes de los antiguos *laeti* sármatas, tropas principalmente de caballería y con los restos de las unidades de caballería del antiguo ejército de campaña de las Galias, pero pese a esa sobresaliente caballería y a la probable superioridad numérica del ejército de Siagrio, Clodoveo logró imponerse de forma contundente. No tenemos detalles sobre la batalla, pero sí sabemos que el triunfo de Clodoveo fue incontestable y que el inmediato papel de la victoria obtenida fue decisivo. En primer lugar, porque Siagrio tuvo que huir a uña de caballo hasta cruzar el Loira y ponerse bajo la protección del rey visigodo Alarico II; en segundo lugar, porque Clodoveo se apoderó de Suessionum y de un riquísimo botín; y, en tercer lugar, porque se quedó con la mayor parte de las tierras del reino de Siagrio que se extendían entre el valle del Somme y el del Sena y comenzó a atacar y saquear las que se extendían entre el Sena y el Loira. [22]

La victoria de Suessionum lo cambió todo. Clodoveo dejó de ser un simple jefe guerrero de los francos salios para estar a la cabeza de un gran ejército de compleja formación. Lo primero fue posible, porque ahora controlaba Suessionum, la capital de Egidio y Siagrio que, casi con toda seguridad, mantenía en funcionamiento su *fabrica* de armas romanas con todo lo que ello significaba para mejorar el armamento de sus huestes; y, además, porque tras la batalla de Suessionum se le sumaron las unidades supervivientes del ejército de Siagrio y eso incrementó de un modo considerable su fuerza y la calidad de la misma. [23] Y, por último, porque los magnates o grandes señores galorromanos comenzaron a sumar sus bandas de bucelarios o secuaces al ejército de Clodoveo. Tal fue, por ejemplo, el caso del célebre Aurelio, quien sirvió con tal denuedo a Clodoveo en la conquista del país entre el Sena y el Loira que recibió de su rey el señorío de la estratégica Metlosedum, la ciudad que controlaba el paso del Sena aguas arriba de Lutecia. [24]

Durante los años siguientes, Clodoveo aprovechó al máximo sus nuevos recursos militares y económicos. Su primer objetivo fue asegurarse el dominio de las tierras del antiguo reino de Egidio y Siagrio que se extendían al oeste del Sena y que llegaban hasta los límites norteños del reino visigodo de Tolosa en el río Loira. Era aquel un país rico dominado por comunidades descendientes de antiguos *limitanei* romanos, que aparecen en las fuentes como armoricanos, [25] por *civitates* romanas dotadas de una fuerte

autonomía –tal es el caso de la Lutecia de santa Genoveva que, tras la derrota de Siagrio aún se sostuvo hasta 493 y que mantenía su propia milicia y la *classis* que antaño el Imperio acantonara en su puerto fluvial–, [26] por magnates galorromanos, tanto laicos como eclesiásticos, por clanes o pequeños reinos bretones y por grupos de antiguos federados y *laeti* , sajones de la futura costa normanda, alanos de Aurelianorum y Rennes. Sabemos que Clodoveo sometió el territorio y las gentes y poderes mencionados, tras años de duras luchas. Así, para 493, había logrado controlar el valle del Sena, pero no sería sino hasta 502 cuando lograría el reconocimiento y alianza, que no sumisión, de los armoricanos que, recuérdese, no eran los habitantes de la península de Armórica propiamente dicha, sino los habitantes, muchos de ellos descendientes de *limitanei* , del país que se extendía entre el Sena y el Loira y que recibían su nombre en recuerdo del antiguo *tractus Armoricani* . [27]

Por lo tanto, el proceso de integración en su creciente reino de los antiguos territorios y gentes del reino de Siagrio tardó mucho en completarse. De hecho, solo culminó por completo en 508 cuando, tras la victoria de Clodoveo en Vouillé y tras la concesión a este de los títulos de patricio y cónsul por parte del emperador Anastasio I, los armoricanos, hasta ese momento simplemente aliados de Clodoveo, lo reconocieron ya sin ambages como su legítimo rey. [28]

Las luchas por el control de las tierras entre el Sena y el Loira se vieron, asimismo, interrumpidas y/o complementadas por continuos conflictos con los visigodos en la región fronteriza del Loira y con incursiones francas de saqueo que se adentraban hasta lugares tan al sur como Burdigala (Burdeos), así como con guerras sostenidas contra las tribus germanas orientales de los turingios y de los alamanes. En efecto, en 491, Clodoveo se enfrentó a los turingios, el pueblo de su madre, y en 496 se presentó en Colonia Agrippinensis junto con su aliado el rey Ragnachar de Camaracum y al frente de una hueste guerrera de 6000 hombres para auxiliar al rey Sigiberto de los francos ripuarios contra los alamanes que pretendían apoderarse del territorio ripuario. La batalla recibió el nombre de Tolbiac y fue durísima, pero Clodoveo logró la victoria, según Gregorio de Tours, gracias al auxilio divino.

La batalla de Tolbiac pareció marcar un nuevo hito en la carrera hacia la hegemonía de Clodoveo. Según la tradición recogida por Gregorio de Tours, esta batalla fue una suerte de batalla del Puente Milvio para Clodoveo, el cual, desesperado al ver que sus tropas eran vencidas, se encomendó al dios de su esposa cristiana, una princesa burgundia y, entonces, las tornas de la batalla cambiaron y obtuvo la victoria. Esta victoria propiciaría la conversión al cristianismo de Clodoveo. Hoy día la tendencia es a trasladar el bautismo de Clodoveo a los días previos a Vouillé, hacia los años 506-507 o incluso a los meses posteriores, hacia 508, aunque esto último nos parece harto improbable. [29]

Pero, en cualquier caso, se bautizara o no Clodoveo a consecuencia de su victoria sobre los alamanes, Tolbiac significó un hito importante en el incremento de fuerzas y prestigio de quien era ya el poder dominante en la Galia del Norte.

Ese ascenso incontenible de Clodoveo se manifestó también en sus fronteras sudorientales. Allí estaba el reino burgundio extendiéndose sobre las ricas tierras de los valles del Ródano y del Saona y sobre *civitates* tan importantes como Augustodunum, Lugdunum o Vienna. El reino burgundio llevaba años sometido a tensiones internas y guerras civiles que Clodoveo aprovechó para intervenir en 501 en el conflicto que sostenían Gundebaldo y Godegiselo. Fue una intervención con altibajos. Sus tropas lograron vencer en campo abierto a Gundebaldo, el soberano burgundio que se le oponía, en una batalla librada cerca de la actual Dijon, pero no lograron expugnar la ciudad de Arausio (Orange) donde Gundebaldo se había refugiado tras su derrota en Dijon. Al final, tras el infructuoso asedio, llegaron a un acuerdo por el que Clodoveo evacuaba con sus tropas el reino burgundio a cambio de que Gundebaldo le pagara un tributo anual. Sin la intervención directa de Clodoveo en la guerra civil burgundia, Gundebaldo lograría vencer al cabo a Godegiselo. [30]

Pero, aunque desde el punto de vista militar, la campaña en Borgoña no fue un éxito completo, desde el político logró un gran triunfo, pues los burgundios, ahora regidos solo por Gundebaldo, pasaron a ser aliados, casi vasallos, de Clodoveo.

Así pues, para 502, el rey franco Clodoveo ejercía su hegemonía sobre los otros reyes francos y había ampliado continuamente su reino que ahora limitaba al sur, directamente y a lo largo del curso del Loira, con el reino visigodo sobre el que ejercía una gran presión, la cual se veía aumentada desde el este por el sometimiento de los burgundios a la influencia de Clodoveo.

Un par de años después, en 504, Clodoveo aún afianzó más su poder. Ese año batalló de nuevo contra los alamanes y esta vez los derrotó por completo, de manera que los sometió ahora a su autoridad directa y destruyó su independencia. Una parte de los alamanes huyó hacia Retia y la Italia alpina para ponerse al servicio de Teodorico I, pero el grueso quedó bajo el dominio de Clodoveo y sus guerreros pasaron a servir al exitoso rey franco. [31]

En poco más de veinte años, Clodoveo había pasado de ser un insignificante «señor de la guerra» del norte de las Galias, el adolescente rey de una pequeña banda de francos salios de unos pocos centenares de guerreros, a ser el rey más poderoso de las Galias. Un gran poder capaz de movilizar más de 15 000 guerreros y que debía de ser tenido muy en cuenta no solo por los visigodos de Alarico II, sino también por el mismísimo Teodorico I de los ostrogodos, quien pretendía ejercer una suerte de «arbitraje imperial» sobre los reinos romanogermánicos de Occidente, y aún por el

emperador de Oriente, Anastasio I que comenzaba a visualizar a Clodoveo como el aliado perfecto frente al demasiado ambicioso Teodorico I.

Pugna por la hegemonía en las Galias

La frenética actividad militar que acabamos de reseñar, es decir, la conquista del reino de Siagrio, la anexión o subordinación de otros grupos francos, el sometimiento de *civitates* romanas, las campañas contra los armoricanos, es decir, contra los galorromanos, alanos, bretones y demás pueblos del territorio que se extendía entre el Sena y el Loira y los combates, la conquista o el sometimiento a vasallaje o alianza forzosa de los turingios, alamanes y burgundios, no impidió a Clodoveo presionar con fuerza a la que había sido hasta entonces la potencia hegemónica en las Galias: el reino visigodo de Tolosa.

Lo había sido, pero ya no lo era. En efecto, si con Eurico (466-484) el reino visigodo logró transformarse en la potencia hegemónica del Occidente romano, a su muerte se asiste a una acelerada pérdida de influencia y de poder. Su hijo, Alarico II (484-507), será incapaz de sostener la política agresiva que su padre había puesto en marcha y tendrá que ir cediendo el papel de «gran potencia» del antiguo Occidente romano al recién creado reino ostrogodo de Italia, en el que el ambicioso y hábil Teodorico I el Amalo (493-526) logró hacerse con el papel de árbitro y *hegemon* .

¿Por qué sucedió esto? Con Teodorico II (453-466), el reino de Tolosa se había sacudido la hegemonía romana, obtenido un ensanche notable de sus fronteras e intervenido con gran éxito en Hispania frente a los suevos, a los que derrotó severamente y recluyó en el ángulo noroeste de Gallaecia. No obstante, Teodorico II tuvo que retroceder ante el augusto Mayoriano y ante su *magister militum* , Egidio, y cuando el primero fue depuesto y asesinado por Ricimero, el segundo, aliado con los francos y luego y por breve tiempo, rey de uno de sus grupos, frenó el expansionismo visigodo y fijó el Loira como frontera septentrional del reino de Tolosa. [32]

Con Eurico (466-484) el reino visigodo de Tolosa alcanzó su cénit. Este se enfrentó con éxito al Imperio y a sus aliados, entre ellos a los britanos del misterioso Riotamo, [33] «rey supremo de los britanos» y un posible «candidato» a ser el origen histórico del legendario Arturo, a los que derrotó en la batalla de Déols (469), además de arrebatar a los romanos sus últimas posesiones en la Galia e Hispania. Para el año 476, Eurico era, sin duda, el monarca más poderoso de Occidente y su preeminencia alcanzó tal grado que pudo intervenir directamente y en ese mismo año de 476, en la guerra civil que enfrentó a Zenón y a Basilisco por el trono constantinopolitano. [34]

Cuando, en 484, murió Eurico, dejaba tras de sí un reino poderoso y sin aparente rival en Galia e Hispania, ya que ni los burgundios, ni los divididos francos, ni el estado

galorromano de Siagrio, ni los arrinconados suevos de Hispania, podían con el poderío militar visigodo. Entonces, ¿por qué Alarico II se mostró tan impotente para frenar el ascenso imparable de Clodoveo? Pues porque la base del poderío militar visigodo en las Galias se debilitó de forma sustancial y muy rápido.

En efecto, en los años iniciales del reinado de Alarico II se asistió a una creciente emigración de godos hacia Hispania. Esta había sido tierra de expediciones bélicas para los godos desde 415, pero sus asentamientos habían estado, casi en su totalidad, situados en Aquitania y en la Narbonense. De ahí que durante todo el siglo V los intereses principales del pueblo visigodo se hallaran centrados en las Galias. Pero, a partir de 476, Hispania se fue transformando en «tierra de oportunidades» para muchos hombres libres y nobles visigodos. La arqueología muestra que fue justo en ese momento, durante las dos últimas décadas del siglo V y las dos primeras del VI, cuando se procedió a un asentamiento masivo de los visigodos en regiones hispanas y muy en especial en los grandes ejes de comunicación y dominio del país: los valles del Duero, del Tajo y del Ebro, y en las ciudades más importantes. [35] Este trasvase masivo y creciente de población visigoda hacia Hispania, inevitablemente supuso un debilitamiento de la posición visigoda en las Galias. Como veremos, el sistema militar godo establecía una de sus bases fundamentales en las obligaciones militares que los hombres libres y los nobles tenían hacia el rey y cuando buena parte de esos hombres libres y nobles se trasladaron a Hispania, fue mucho más difícil para un soberano con sede en Tolosa (Tolouse) hacer efectivas y eficaces, desde el punto de vista militar, esas «obligaciones». En consecuencia, Alarico II vio año tras año mermadas sus posibilidades de mantener una posición hegemónica en las inestables y belicosas Galias.

Alarico trató de equilibrar el debilitamiento de su posición militar en esas tierras mediante una política de aproximación a los galorromanos, cuyas obligaciones militares habían sido ya establecidas en el reinado de Eurico y que Alarico II consolidó y extendió aún más [36] con el claro propósito de compensar la sangría de efectivos puramente godos que se estaba produciendo entre las filas de su ejército en la Galia. Pero ni siquiera este expediente de hacer partícipes en mayor grado a los galorromanos de su reino podía compensar el continuo incremento de poder bélico de Clodoveo y sus francos.

Alarico II recurrió, asimismo, a la diplomacia con el objeto de buscar en esta última una contribución decisiva con la que sostener, no ya la hegemonía visigoda en las Galias, sino un equilibrio de fuerzas que garantizara sus fronteras. Así que buscó y obtuvo el apoyo y mediación de Teodorico I el Grande, con cuya hija casó.

No se puede culpar a Alarico de inactividad o incapacidad. Este rey visigodo trató de jugar todas las cartas que estaban en su mano y cohesionar en lo posible su reino. En cierta manera, sus acciones fueron precursoras de las de Leovigildo y Recaredo, aunque

menos afortunadas. Tras aclarar y aumentar las obligaciones militares de los romanos de su reino y buscar la alianza con Teodorico I, Alarico II trató con desesperación de limar las diferencias religiosas entre visigodos, arrianos, romanos y nicenos, dando como primer paso en esta dirección la convocatoria de un concilio en 506 en Agde. [37]

Por último, en ese mismo año de 506, ahondando en esta política de aproximación, cohesión y concordia, promulgaría el conocido *Breviario de Alarico* con el claro propósito de concordar jurídicamente a sus súbditos, [38] como antes lo había hecho en el plano militar y como sin duda trataba de ir haciéndolo en el religioso.

Y es que las «alarmas» habían saltado para Alarico II desde los años iniciales de su reinado. En concreto, desde 486, cuando Clodoveo derrotó al *dux* Afranio Siagrio y el soberano visigodo se vio no solo incapaz de impedir la total destrucción del reino galorromano de Suessionum, sino que también fue incapaz de sacar partido de ello extendiendo su reino al norte del Loira y, lo que es peor, se vio humillado al tener que entregar a Siagrio, que a la sazón se había refugiado en la corte de Alarico, al implacable Clodoveo, el cual, con semejante imposición, mostraba a toda la Galia que ahora era él y no Alarico II, el *hegemon* de las Galias. Y es que aunque Clodoveo, como acabamos de ver, fue, de hecho, incapaz, en un primer momento y hasta 502, de dominar las tierras situadas entre el Sena y el Loira, Alarico se mostró impotente para oponerse a la voluntad expansionista de Clodoveo y hasta de proteger su propio territorio al sur del Loira de las expediciones de saqueo que los francos comenzaron a lanzar de inmediato y eso a pesar de que más allá del Sena el dominio de Clodoveo era contestado.

En verdad, más allá de este río, su dominio era contestado, pero muy efectivo en lo bélico. Clodoveo puede que no dominara a los armoricanos, pero sí sabía pactar con ellos para atravesar su territorio y caer sobre el de Alarico II. La causa del primer ataque de Clodoveo sobre el reino de Alarico II fue, sin duda, que este último había acogido al derrotado y huido Siagrio. Aunque, como hemos apuntado ya, terminó entregándolo a Clodoveo, la inquina entre ambos reyes continuó con sangrientos choques fronterizos, los cuales iban a demostrar la creciente debilidad militar del reino visigodo y, de forma proporcionalmente inversa y ascendente, la creciente potencia del reino de Clodoveo. Así, en 495, los francos se apoderaron de la ciudad visigoda de Santonum (Saintes) en el bajo valle del Charente. Al año siguiente, Alarico II logró recuperarla aprovechando que Clodoveo se hallaba al norte y al este combatiendo a los alamanes en la campaña que desembocó en la batalla de Tolbiac. [39]

La recuperación de Santonum no fue un éxito visigodo decisivo, más bien al contrario. En 498, una expedición franca logró penetrar hasta la mismísima Burdigala, una de las mayores y más ricas ciudades del reino visigodo y tras derrotar y capturar a su duque, la saqueó y la ocupó durante un tiempo indeterminado, pues solo sabemos que, en 505, la ciudad había vuelto a poder visigodo. [40]

Antes, puede que en 493 o lo que es más probable en 497 o 498, los francos de Clodoveo también se apoderaron de Turones, ciudad clave en el control del valle del Loira y a la sazón, el gran centro religioso de las Galias. Tenemos noticia también de un duro asedio en Namnetum (Nantes), llevado a cabo por los francos, ya que durante sesenta días atacaron la ciudad. Pero, en este caso, la victoria se decantó por el lado godo. [41]

Como se ha podido ver, Clodoveo tenía clara su línea de expansión y sus ataques sobre territorio visigodo mostraban que los francos evidenciaban ya, desde 486 y con claridad desde 498, una superioridad militar manifiesta sobre los visigodos. Estos apenas si habían podido sostener su frontera norte y hasta habían perdido plazas tan señaladas como Turones. La intervención de Clodoveo en la guerra civil burgundia y la subordinación de estos a su política, junto con el definitivo dominio sobre los armoricanos del país situado entre el Sena y el Loira, colocó a Alarico II en una posición desesperada al alcanzar 502. Cuando dos años después, en 504, Clodoveo sometió a los alamanes y eliminó con ello el único peligro que podía albergar su retaguardia, estaba claro que todo su nuevo y formidable poder militar iría a volcarse sobre el reino visigodo de Tolosa.

Alarico II se volvió hacia su suegro, Teodorico I, pero el rey ostrogodo se hallaba envuelto desde 504 en un complejo conflicto bélico con el emperador Anastasio I (491-518) por el control de Sirmium y de la Mesia superior, [42] así que no podía enredarse militarmente en las Galias y redujo su actuación a favor de su yerno a una intervención mediadora que no tuvo el más mínimo éxito.

En 506, «las espadas estaban en alto», pero la presión de Teodorico I, quien envió cartas a todos los soberanos germánicos de Occidente desde el Danubio a Aquitania y desde el norte de las Galias al interior de Germania, logró empujar a Clodoveo a firmar una paz inestable con Alarico II tras entrevistarse con él en una isla del Loira situada cerca de la ciudad de Ambiacum (Amboise). [43] La paz era en sí misma un reconocimiento explícito de los triunfos de Clodoveo, pues fijaba al sur del río la frontera visigoda y, con ello, Alarico II renunciaba a las ciudades situadas en la orilla norte del río que bajo Turismundo, Teodorico II y Eurico habían ido pasando a la soberanía goda y que desde 486 habían ido siendo atacadas y ocupadas por Clodoveo. [44]

Pese a la paz *in extremis* firmada en 506, Alarico II debía de tener claro que, en realidad, si se llegaba a la guerra, estaría solo. Por ese motivo, cuando a finales del verano o inicios del otoño de 506 el emperador Anastasio logró hacer llegar una embajada a la corte de Clodoveo e inclinarlo a romper el reciente tratado firmado con Alarico II con el objeto de desencadenar una guerra en Galia que amenazara la retaguardia de Teodorico I y obligara a este último a sacar sus manos de los Balcanes, Alarico II tuvo que tener muy claro que la guerra era ya inevitable y que esta vez sería

algo mucho más serio y definitivo de lo que habían sido los ataques francos sobre su territorio durante la década del 490. Así que, en el invierno de 506-507, se aprestó para una guerra total. [45]

Por su parte, Teodorico I, enredado en el Danubio y por temor a la intervención del emperador en Occidente, intentó de nuevo una mediación: envió cartas a Clodoveo y a Alarico II en demanda de un acuerdo y como Clodoveo siguió negándose, lo amenazó con la guerra y mandó, asimismo, cartas a turingios y hérulos con las que buscaba una unidad germánica que presionara sobre el rey franco. [46]

Pero nada de ello surtió efecto. En la primavera de 507, Clodoveo reunió su ejército de francos, alamanes, sajones, turingios, alanos, bretones, sármatas y galorromanos y marchó contra Alarico con la bendición y apoyo de los obispos de su reino. Alarico II reunió también a sus tropas integradas por guerreros visigodos, por antiguos federados y *laeti* , alanos, taifales y sármatas, por milicias galorromanas de las *civitates* de Aquitania, Auvernia y Narbonense y por bandas de bucelarios al servicio de los *optimates* y obispos galorromanos. En abril, ambos ejércitos se encontrarían en el Campus Bogladensis (Vouillé) a «Diez millas de Pictabus (Poitiers) en la calzada que llevaba de esta última a Namnetum (Nantes). La gran batalla que allí se dio, la batalla de Vouillé, fue una batalla decisiva», [47] pero para entenderla mejor, para entender cómo se libró y se ganó o perdió y para ser conscientes de su trascendencia, primero tendremos que analizar los ejércitos de francos y visigodos en los primeros años del siglo VI.

EL EJÉRCITO DE CLODOVEO

Un mundo en un ejército

Lo primero que sorprende cuando uno se adentra a fondo en el estudio del ejército de Clodoveo, el primer ejército franco, es su variada composición étnica y la supervivencia e integración en su seno de tres tradiciones militares que, aunque con una larga relación entre sí, eran de dispar origen: la germánica, la romana y la alano-sármata. Clodoveo supo aprovechar con maestría e integrar con equilibrio componentes tan diversos. De hecho, y en no poca medida, la génesis del ejército franco y de sus triunfos, es la historia de una continua suma: la de las tácticas, armas, usos y tradiciones militares de los vencidos. De hecho, cada grupo étnico, pese a integrarse en el ejército real, mantuvo vivas y por separado no solo sus tradiciones, armas y tácticas, sino aún sus obligaciones militares y sus sistemas de reclutamiento y servicio militar. [48]

Hacia 481, cuando Clodoveo heredó de su padre, Childerico, el pequeño reino de Tornacum (Tournai) solo disponía de su *truste* , esto es, de su comitiva regia o banda

guerrera real, un pequeño ejército profesional y personal, integrado por unos 400 *antrustiones* y *pueri* .

Puede que Clodoveo, en esta fecha, pudiera sumar a sus 400 *antrustiones* y *pueri* , unos 800 o 900 hombres provenientes de la leva de hombres libres de su grupo tribal y de sus *leudes* y sus pequeñas comitivas de bucelarios y secuaces. Con todo ello, y solo durante una parte del año y únicamente para marchar a la guerra, tendría a su disposición un ejército de poco más de 1200 hombres, francos salios en su mayor parte y algunos galorromanos.

Como hemos visto con anterioridad, la gran victoria obtenida por Clodoveo frente al *dux* Siagrio en 486 cambió de un modo radical la composición del ejército franco y es que los supervivientes de las unidades romanas derrotadas fueron de inmediato incorporados al ejército de Clodoveo. Con ello, la tradición romana, ya muy fuerte entre los francos salios, se vio aún más reforzada y centenares de guerreros de muy dispar origen, mercenarios germanos, alanos y galorromanos y *laeti* francos, sármatas y taifales, pasaron a integrarse en las filas del joven rey de los francos de Tournai. Estas unidades romanas procedentes del antiguo ejército *comitatense* de las Galias del *magister equitum* Egidio y que, en buena parte, heredó el derrotado Siagrio, conservaron sus características, usos, equipo y armamento romanos. En el caso de los *laeti* , sármatas y taifales, todos ellos mantuvieron su identidad étnica durante al menos todo el siglo VI. [49] En el caso de alanos, bretones, alamanes o turingios, su identidad étnica sobrevivió a los propios merovingios.

Con la victoria en Suessionum sobre Siagrio también se incrementó el número de *leudes* que juraron fidelidad a Clodoveo y, por ende, del potencial militar que estos ofrecían en forma de sus bandas de seguidores armados. Hay que destacar la aparición a partir de este momento de grandes *leudes* , magnates, de origen galorromano, como el célebre y ya mencionado Aurelio, señor de Metlosedum, pero también de obispos como Galactorio, obispo de Béarn, el cual murió peleando por Clodoveo en Vouillé y que comandaba su propia banda guerrera. [50]

El elemento franco del ejército de Clodoveo se vio, asimismo, notablemente incrementado por los miles de guerreros tribales que le proporcionó la red de alianzas que supo tejer con los, al menos, otros cinco reyes francos: Ragnachar, rey de los francos salios de Camaracum, Sigiberto, rey de los francos ripuarios de Colonia Agrippinensis, Cararico, rey de una banda de guerreros salios situada al sur del reino de Clodoveo, y Riccar y Rignomer, hermanos de Ragnachar. Esta red de alianzas se fue tornando sumisión directa mediante el expediente de ir eliminando físicamente a los reyes aliados, un proceso largo, sangriento e implacable que Clodoveo solo pudo culminar hacia 509, [51] momento en que no quedaba más que un rey franco con vida: él mismo.

El elemento germánico se vio también reforzado mediante la inclusión en el ejército franco de las huestes guerreras proporcionadas por los belicosos sajones de Baiocassium, aliados de Clodoveo o quizá simplemente sometidos por él, la cuestión no está clara, y sobre todo tras agregar a su ejército a miles de guerreros alamanes tras su derrota y sumisión en 504. Contingentes de turingios y de burgundios, estos últimos en calidad de aliados, también se agregaron a las filas de Clodoveo y elevaron aún más el número de componentes de origen germánico. Todos estos grupos, sajones, alamanes, turingios y burgundios, se armaban y luchaban de modo similar a los francos y constituían unidades diferenciadas y homogéneas dentro del ejército de Clodoveo.

Pero, sin duda, el grupo más complejo, variado, poderoso y decisivo del ejército de Clodoveo fueron los denominados armoricanos. Se ha demostrado que bajo esta denominación se incluían hombres de muy diversa procedencia étnica y cultural. En esencia se trataba de los pobladores del antiguo *tractus Armoricani* , la circunscripción que debían defender los *limitanei* puestos bajo las órdenes del *dux tractus Armoricani et Neruicani* , cuyas unidades se desplegaban por las Aquitanias Prima y Secunda y las Lugdunenses Prima, Secunda y Tercia. Pero en época de Clodoveo los armoricanos eran, ante todo, los habitantes del país que se extendía entre el Sena y el Loira y desde la costa del canal y del golfo de Vizcaya, hasta las fronteras de los reinos de visigodos y burgundios. Así que bajo la denominación de armoricanos se englobaban bretones asentados desde finales del siglo IV y sobre todo a lo largo del siglo V en la antigua Armórica, la península que hoy constituye la Bretaña francesa, amén de contingentes de hombres cuyos padres y abuelos habían servido en las unidades *limitanei* romanas del *tractus Armoricani* , así como de *laeti* sármatas y francos, de aliados sajones y de federados alanos asentados en Aurelianorum, Rennes y en otras ciudades y asentamientos de la región. [52]

Por los testimonios de las fuentes, parece que en la amalgama recién dibujada se fueron imponiendo dos tradiciones militares y tres componentes étnicos: la tradición guerrera de alanos y romanos por un lado y por el otro la prevalencia étnica bretona, galorromana y alano-sármata. En efecto, gracias a los autores medievales occidentales de los siglos VI al XII como Gregorio de Tours, Nithard, Regino de Prüm, Hermoldus Nigellus, Godofredo de Monmouth y Esteban de Llandaff, [53] sabemos que los armoricanos destacaban ante todo por ser tropas de caballería selecta y muy combativa, equipada con armadura y preparada tanto para cargar como para acosar al enemigo con sus venablos. Un autor del siglo X, Regino de Prüm, los compara, por su forma de luchar, con los húngaros de su tiempo, aún seminómadas, recién asentados en la actual Hungría y a la sazón lanzando expediciones de saqueo que llegaron hasta los Pirineos. Dicha forma de luchar, basada en el combate a caballo, en las cargas devastadoras combinadas con el combate a distancia y en la táctica de la fuga fingida, es la que habían desarrollado en la antigüedad los alano-sármatas, la que en los siglos IX y X seguían practicando los húngaros o magiares y los armoricano-bretones. [54] Mientras que por

Procopio de Cesarea, que tuvo conocimiento directo de los armoricanos peleando en el ejército franco que invadió Italia en 539, sabemos que los usos y formas romanas eran aún preponderantes y señaladas entre ellos. [55] En mi opinión, ambos testimonios, los de los autores medievales occidentales y los de Procopio de Cesarea, son compatibles. A este último le fascinaba que las tropas armoricanas aún pelearan, se armaran y se equiparan al modo romano y que sus unidades de origen romano aún conservaran los usos y costumbres militares de Roma. Pero, con el tiempo, a finales del siglo VI o inicios del VII, esas unidades armoricanas de origen *limitanei, laeti* y federado se disolvieron y lo que quedó tras ellas fue una caballería noble, cuyas raíces entroncaban con los guerreros alanos asentados en 442 por Aecio en Aurelianorum, Rennes y otras ciudades del Bajo Loira y de Armórica propiamente dicha. Jinetes de tradición alano-sármata que se fueron mezclando con la nobleza bretona y galorromana y que darían lugar a la mejor caballería occidental de la Alta Edad Media. [56] La misma que todavía ensalzaba Godofredo de Monmouth hacia 1120. [57]

Los armoricanos terminaron constituyendo la mejor caballería de Clodoveo y sus herederos y fueron un elemento crucial en el desarrollo de la caballería medieval occidental, pues, al parecer, sus tradiciones e idiosincrasia militar y aun étnica, eran aún visibles en los siglos XI y XII, y fueron señaladas tanto en el origen de la caballería francesa como en el de la anglonormanda. [58]

Francos salios y ripuarios, alamanes, turingios, burgundios y sajones, galorromanos, bretones, alanos y sármatas y, tras 507, taifales. Como acabamos de ver, Clodoveo, en la tradición de los «señores de la guerra» del siglo V, no fue el rey de un pueblo, sino el soberano guerrero de un conglomerado étnico unido en las filas de un complejo ejército forjado para obtener victorias, tierras y botín.

Los hombres del rey melenudo: clases de tropas en el ejército merovingio

Una de las características de la realeza merovingia era su acusado arcaísmo. Dicho arcaísmo se mostraba en algunas supuestas cualidades y en extrañas costumbres ligadas a sus representantes, pues se les atribuían poderes taumatúrgicos, [59] se creía que por sus venas corría la sangre de un dios, practicaban una suerte de poligamia y nunca se cortaban el cabello, que llevaban larguísimo y cuidaban con esmero. [60] Pero, por encima de estas singulares características, un rey merovingio era ante todo el caudillo de sus guerreros. De todas las clases de guerreros, ya que, además de los once grupos étnicos que hemos señalado en el punto anterior, en el ejército de Clodoveo y en el de sus herederos, militaban siete clases de tropas: *antrustiones, pueri* y *scarae, leudes* , estos últimos al frente de sus secuaces y bucelarios, *laeti* y beneficiarios de la *terra salica* y hombres libres. Las tres primeras clases formaban el *obsequium* o ejército de la casa del

rey, del que el *truste* formaba la columna vertebral, mientras que los *scarae* conformaban la guarnición permanente de las principales plazas y fortalezas fronterizas del reino. [61] Por su parte, los *leudes* , secuaces y hombres libres formaban el grueso del ejército que un rey franco podía llegar a movilizar.

Los *antrustiones* , que eran la espina dorsal del *truste* o banda guerrera del rey, eran guerreros profesionales, bien equipados y adiestrados. Vivían junto al rey y su único oficio era la guerra. Como acabamos de mencionar, estaban bien armados y la inmensa mayoría de ellos portaban espada, además de la archiconocida francisca o hacha arrojadiza, amén de lanza pesada en el caso de los caballeros y angón y bebras si peleaban a pie. Muchos de ellos poseían, además, yelmo y no pocos portaban incluso cota de malla, armadura de láminas o coraza de escamas. Solían ir montados, aunque eso no significaba que pelearan siempre a caballo. Más bien al contrario, el caballo se usaba con más frecuencia como método de aproximación al campo de batalla y una vez en él solían desmontar y formar a pie. Tenían la consideración de nobles y recibían del rey alimentos, armas, pagos en moneda y especie, caballos y tierras. [62]

Los *pueri* constituían el resto del contingente palatino y móvil del *truste* franco. Al contrario que los *antrustiones* , no eran considerados como guerreros pertenecientes a la nobleza y, por lo general, estaban peor equipados. Entre ellos eran más raros los que portaban yelmo y armadura, pero la mayoría servía también a caballo y no eran raros los que poseían espada. Por último, los *pueri* eran, asimismo, guerreros profesionales, pero solían ser jóvenes y su aspiración era alcanzar la categoría o grado de *antrustiones* , algo que lograban tras años de servicio o tras llevar a cabo una hazaña guerrera notable.

Algunos autores han señalado que el origen de los *antrustiones* y *pueri* no es otro que el de los integrantes de las primitivas bandas guerreras de Clodoveo y de los demás régulos francos que fueron eliminados por Clodoveo. Según esta hipótesis, la inicial distinción entre *antrustiones* y *pueri* vendría derivada del escalafón subordinado que, en un primer momento, tendrían las antiguas comitivas regias de los cabecillas francos vencidos que, al integrarse y promocionar tras demostrar su combatividad y lealtad, pasarían de *pueri* a *antrustiones* . Estas tropas de élite francas se verían también engrosadas durante el reinado de Clodoveo por los miembros de comitivas armadas de los asimismo vencidos caudillos galorromanos, armoricanos, alamanes, sajones, visigodos, etc. Al cabo, todos ellos y sus descendientes, serían los *antrustiones* y *pueri* : los auténticos guerreros profesionales del reino merovingio. [63]

En cualquier caso, ya hemos visto que hacia 481, cuando Clodoveo subió al trono, no disponía sino de unos cuatrocientos *antrustiones* y *pueri* . Sus éxitos elevaron esta suma y en los tiempos de la batalla de Vouillé y, en los que siguieron, él y sus sucesores dispondrían de un séquito armado o *truste* que alcanzaba los 3000 efectivos y que constituía el nervio del ejército real y su único componente profesional y permanente.

Junto con los *antrustiones* y *pueri* , los *scarae* constituían lo que podríamos llamar el ejército profesional o permanente. Los *scarae* de los siglos V y VI constituían las guarniciones de las fortalezas y ciudades de las fronteras del reino. [64] Eran tropas avezadas en escaramuzas y asedios y se solían sumar a la comitiva regia cuando esta cruzaba la frontera que defendían.

Los *leudes* constituían también un grupo selecto de combatientes de Clodoveo. Eran nobles, [65] germanos o romanos, laicos o eclesiásticos, que juraban fidelidad personal al rey a cambio de que este les otorgara tierras, reconocimiento y protección. A cambio de dichos beneficios, los *leudes* se obligaban a acudir, seguidos por su propia comitiva armada, que podía estar formada por unos pocos hombres o por varios centenares de ellos, cuando el rey marchaba a la guerra o les pedía auxilio militar. Asistían como jinetes y estaban bien equipados y armados, lo que no era tan corriente en el caso de los hombres que los acompañaban a servir al rey y que en su mayor parte y fuera de la guardia personal del leude, no pasaban de ser campesinos sin más armamento que una *scrama* , un angón, o un par de bebras y sin ninguna protección corporal.

Como acabamos de ver, los secuaces y bucelarios eran los hombres que militaban en las bandas guerreras que seguían a los *leudes* . No está claro si se trataba de dos denominaciones para un mismo tipo de seguidores armados o si en un principio los bucelarios serían guerreros profesionales y los secuaces simples campesinos obligados a enrolarse. En cualquier caso, de existir, la diferencia desapareció y los secuaces tendieron a representar lo que en el siglo V habían representado los bucelarios: un pequeño ejército personal al servicio de los magnates. [66] Estos ejércitos privados tenían su origen en la legislación romana y en el agitado contexto sociopolítico de la Galia de la primera mitad del siglo V y podían ser muy eficaces y lograr éxitos considerables. Tal ocurrió en el caso del célebre Tito, un caudillo galorromano que reclutó un formidable y victorioso ejército personal que logró tal fama que fue alistado por el emperador León I para que combatiera en Oriente a su servicio, con lo que Tito logró obtener grandes riquezas y el título de *comes* . [67]

En principio, los hombres libres de las tribus francas tenían la obligación de combatir si su pueblo era atacado y de servir en el ejército real hasta tres meses si su soberano los convocaba para una campaña. Si se negaban a ello o si trataban de sustraerse a su obligación militar, podían ser condenados a muerte. Sin embargo, podían eximirse de dicha obligación pagando una cantidad que permitiera al rey enrolar a otro hombre que los sustituyera. Además, siguiendo una vieja tradición germánica ya señalada por César, cada año solo una parte de los hombres libres tenía que presentarse a servir en el ejército, quedando la otra parte al cuidado de los campos y estableciendo así una suerte de rotaciones o reemplazos que hacían más llevadera y menos constantes las obligaciones militares. [68]

En general, eran hombres pobremente armados: una francisca o un angón y un par de bebras. Esto es, un hacha que podía arrojarse si llegaba el caso, una lanza pesada que podía blandirse y arrojarse y un par de venablos. Por supuesto, servían a pie y no portaban ni yelmo, ni armadura de ninguna clase.

Los «hombres libres», en su inmensa mayoría guerreros francos, conformaban la representación del pueblo y como tales juraban fidelidad al rey cuando este subía al trono, otorgándole así legitimidad. [69] Estos, además, eran convocados a pasar revista en los llamados *marchfield* [70] o «campos de marzo», una suerte de revista general del ejército que el soberano reunía una vez al año el día 1 de marzo. En cuanto a la convocatoria del rey para formar parte de su ejército durante los tres meses en principio reglamentados, se denominaba *bannum* y se dictaba para solventar un peligro inmediato o afrontar una campaña específica. A estas situaciones de emergencia bélica que justificaban el *bannum* real se las denominaba *lantweri* y era el *comes* , el conde, el gobernador militar y civil de la *civitas* , un distrito o provincia que englobaba una ciudad y su territorio, el encargado de ejecutarlo, eligiendo a los hombres que debían de alistarse y proveyéndolos de lo necesario para ello. Estos guerreros tribales francos alistados en el ejército real, recibían el nombre de *partants* y durante su ausencia, como ya hemos apuntado más arriba, el conde designaba a otros hombres libres, los *aidants* , para que atendieran a las tierras de los *partants* y así no quedaran estas desatendidas durante los meses de campaña. El conde conducía entonces a los *partants* , bien a la defensa de la *civitas* o bien al lugar que el rey hubiera designado como punto de reunión para el ejército. [71]

La guerra a pie y a caballo: los infantes y jinetes de Clodoveo

Los ejércitos francos de finales del siglo V y todo el siglo VI fueron, ante todo, ejércitos de infantería. Eso no quiere decir que los francos carecieran de caballería. Bien al contrario, esta estaba presente y, a menudo, desempeñaba un papel importante en las campañas. Pero cuando en el año 554, en las riberas del antiguo Volturno, el moderno río Casulino, en Campania, al sur de Italia, Narsés, el gran general bizantino, se enfrentó con 18 000 soldados a un gran ejército franco-alamán de más de 30 000 hombres; [72] lidió con una fuerza que combatió a pie en su totalidad y contra la que la efectiva caballería bizantina pudo operar con toda libertad y eficacia, mientras la fuerza bárbara trataba de quebrar inútilmente las líneas de la infantería bizantina lanzando sobre ellas un feroz ataque en cuña.

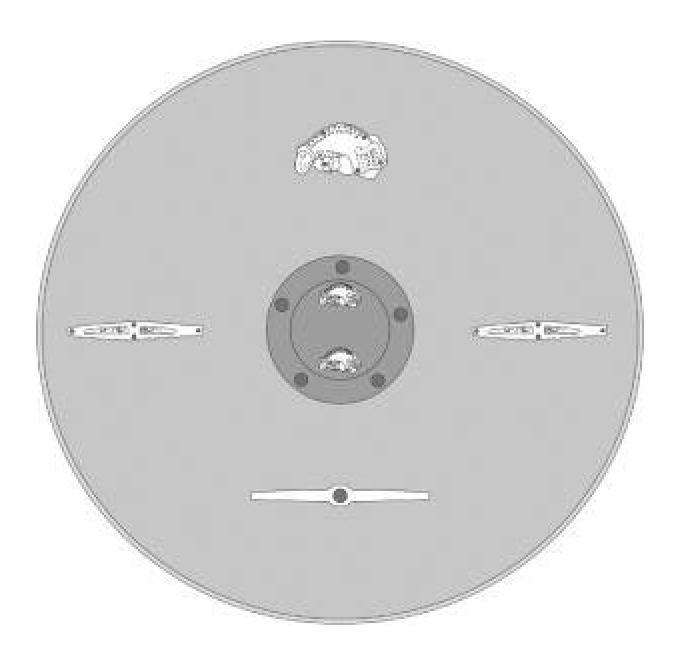


Figura 25: Umbo de hierro y apliques de hierro y cobre de un escudo de la sepultura 192 de la necrópolis franca de Erstein (Alsacia, Francia), datada entre el final del siglo V y el comienzo del VII. Imagen de T. Fischbach (2016): «L'armement dans les tombes de guerriers de la nécropole mérovingienne d'Erstein (Bas-Rhin)», *Archéologie médiévale* , 46, pp. 3-32.



Figura 26: Propuesta de restitución del escudo de la citada tumba.



Figura 27: Cabeza de una francisca, el hacha de una mano franca que podía ser empleada como arma arrojadiza. En este caso, procede de la necrópolis alamana de Weingarten (Alemania), s. VI.

El ejército en cuestión que hemos descrito antes de forma somera era una de las dos secciones de un descomunal ejército franco-alamán de 75 000 hombres [73] que invadió Italia en 554. Pues bien, cuando uno lee a Agatías, el historiador bizantino que narra la batalla, la impresión que tiene es que la infantería bárbara no solo era mayoritaria, sino que la caballería estaba casi ausente de las filas de tan descomunal fuerza. Sin embargo, en otras ocasiones, singularmente y como veremos más adelante, en Vouillé, la caballería franca tuvo que desempeñar un papel relevante.

La práctica totalidad de la infantería franca luchaba sin protección alguna exceptuando el escudo. En efecto, por lo general, el infante franco no llevaba yelmo y tampoco se cubría con armadura de ninguna clase, sino que solía marchar al combate desnudo de cintura para arriba, con la cabeza descubierta y vestido solo con unos pantalones holgados de cuero o lino. [74] Sus armas ofensivas eran ante todo la *scrama* o *scramasax* , una espada muy corta o machete de un solo filo que aparece en todas las tumbas masculinas francas y que era, por así decirlo, el «distintivo» o atributo indispensable del hombre libre. Junto a la *scrama* , las armas más usuales del infante franco eran la lanza pesada germánica o angón, los venablos o bebras y la francisca o hacha segur a una mano. Esta última podía ser de un solo filo u hoja, la más corriente, o de dos filos, en cuyo caso se denominaba *bipena* o *dolabra* . En ambos casos, la francisca podía ser usada asimismo como arma arrojadiza [75] y eran las armas más usuales del infante franco.

Aunque en última instancia y como veremos, los guerreros francos mejor armados y adiestrados, los *leudes, antrustiones, pueri* y *scarae* , eran jinetes, al llegar al campo de batalla solían desmontar y pelear a pie y por ello, en realidad, constituían una suerte de

«infantería montada», aquí nos centraremos en la infantería propiamente dicha: la que marchaba y peleaba a pie. Esta infantería estaba integrada en esencia por los hombres libres que acudían a la llamada de sus condes o de su rey, por los contingentes proporcionados por las *civitates* , así como por los secuaces y bucelarios levantados por los *leudes* del rey.

Según el anónimo autor del *Strategikon* del Pseudo-Mauricio, los infantes francos formaban en orden cerrado y mantenían sus formaciones aun ante el acoso de la caballería. Algo que podemos confirmar en la descripción que Agatías hace de la batalla de Volturno o Casulino en 554. [76] Sin embargo, el anónimo del *Strategikon* del Pseudo-Mauricio señala que las formaciones francas se podían desarticular con extrema facilidad mediante ataques simulados seguidos por retiradas fingidas y también a través de ataques de flanco, pues su escasa disciplina y aguante los hacían vulnerables en grado sumo a este tipo de maniobras tácticas. Su conclusión es que la infantería franca era combativa, valiente, impulsiva, pero sin disciplina y propensa a desmoralizarse al primer revés. [77]

Esa falta de disciplina en el combate se manifestaba en otras circunstancias que debilitaban a los ejércitos francos ante enemigos más disciplinados y prevenidos como los bizantinos. Por ejemplo, no aseguraban sus marchas enviando exploradores a su vanguardia y flancos y, con ello, eran víctimas de emboscadas y tampoco escogían con cuidado los lugares de acampada, ni los fortificaban, ni establecían guardias suficientes para su defensa. Además, el autor del *Strategikon* señala que no estaban habituados a las marchas y ejercicios constantes y, por ese motivo, sufrían mucho y no soportaban bien los esfuerzos continuados, la sed, el calor o el frío. [78] Si a todo ello sumamos su escaso y básico armamento, lo que obtenemos es el cuadro de una infantería combativa, pero poco eficaz si la campaña se complicaba o si la batalla la entablaba con soldados bien dirigidos y disciplinados.

Se ha estimado, según el registro arqueológico y los datos proporcionados por las fuentes, que la infantería franca constituía el 85 % del total de la fuerza. El porcentaje anterior cobra significado si lo comparamos con el que representaba la infantería en el ejército bizantino del mismo periodo, el 65 % [79] en el siglo VI y es muy probable que superara también el que presentaban los ejércitos visigodo y ostrogodo.

Todo parece indicar que esa fuerza de infantería, agresiva y dura, pero indisciplinada y mal armada, estaba formada ante todo por los hombres libres de los pueblos germanos del reino de Clodoveo: francos, alamanes, turingios, burgundios y sajones, así como por los galorromanos, y que los alanos, taifales, sármatas y bretones constituían, por el contrario, el grueso de la caballería.

Del análisis de los textos se deduce, además, que los arqueros eran pocos y que constituían una fuerza secundaria. Se tiene constancia del uso del arco compuesto de estilo alano-húnico y por las fuentes sabemos que los arqueros y honderos se situaban en los flancos o en la retaguardia de las formaciones cerradas de la infantería. Pero, asimismo, los textos señalan que el número de arqueros en un ejército franco era pequeño e, incluso y en algunos casos, inexistente. [80] Pero, ante todo y para el combate a distancia, los francos usaban armas arrojadizas de tiro corto: angones y franciscas. [81]

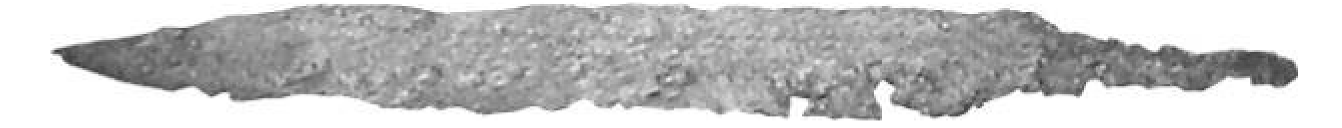


Figura 28: *Scramasax* franco de los siglos V-VI, Germanisches Nationalmuseum (Núremberg, Alemania).

La caballería franca tenía una larga tradición. Los francos, esto es los «libres», que eso es lo que significaba su nombre étnico, ya fueran salios, ripuarios o camavos, denominaciones tribales poco concretas que quizá fuera conveniente sustituir por las más prosaicas de «francos occidentales, salios, y «francos orientales». Camavos y ripuarios no eran sino el resultado de la unión de varias antiguas tribus germánicas: sicambrios, catos, queruscos, usípetos, téncteros, ampsivaros y brúcteros. Ahora bien, si los queruscos habían sido en la antigüedad célebres por su belicosa infantería, los sicambrios habían sido famosos desde tiempos de César por sus hábiles jinetes, 2000 de los cuales se sumaron a las filas del ejército de César. [82] En 395, cuando se redactó por primera vez la *Notitia dignitatum* , de las cuatro unidades que aparecen listadas con el nombre étnico de francos, tres eran unidades de caballería. [83] Asimismo, la anécdota recogida por Gregorio de Tours en la que, al narrar cómo una columna del ejército de Clodoveo se aproximaba a Tours para alcanzar Vouillé, los guerreros que la formaban recibieron órdenes estrictas del rey para que solo tomaran de la región de Tours agua y pasto para los caballos, [84] indica que la caballería era significativa en su ejército, máxime cuando desde 486 y, sobre todo, tras la definitiva sumisión de los armoricanos, numerosas tropas de alanos y sármatas, todos ellos jinetes avezados, habían sido incorporados como *antrustiones, pueri* y *scarae* a su ejército que tuvo que ver así muy incrementada su caballería. Además, la importancia de la caballería franca quedó reflejada también en las disposiciones que sobre ella contiene la Ley Sálica promulgada por Clodoveo en 510 quien, por otra parte, combatió a caballo en Vouillé. [85]

Pero si no se puede dudar de la existencia de una caballería franca en tiempos de Clodoveo y de sus inmediatos sucesores, ¿cómo explicar entonces que Agatías, tan cuidadoso al describirnos el ejército franco que se enfrentó con Narsés en 554, no la mencione en la gran batalla de Volturno? [86] Procopio y el anónimo autor del *Strategikon* de Mauricio nos dan la respuesta. El primero al puntualizarnos que los jinetes

constituían solo una pequeña parte del ejército franco: «Un pequeño destacamento» [87] y, el segundo, al decirnos sobre los jinetes francos que si se veían acosados desmontaban para pelear a pie. Algo que reitera poco después al decirnos: «A una orden desmontan y se alinean a pie formando en orden cerrado y aunque sean superados en número por la caballería enemiga, resisten». Y todavía agrega: «Prefieren pelear a pie y en orden cerrado». [88] Estas afirmaciones del táctico bizantino de inicios del siglo VII cuadran muy bien con lo que transmitió Agatías: los ejércitos francos peleaban fundamentalmente a pie. Su caballería existía, pero ante todo se trataba de tropas que se desplazaban al campo de batalla a caballo y que una vez allí desmontaban y peleaban a pie. [89]

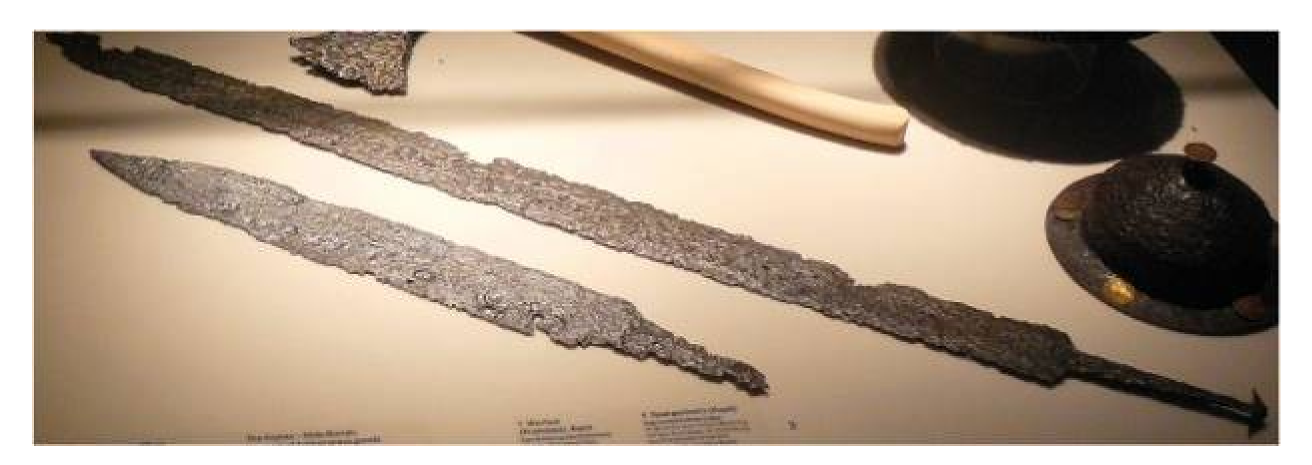


Figura 29: *Spatha* franca de los siglos V-VI, Germanisches Nationalmuseum (Núremberg, Alemania).

Agatías corrobora al autor del *Strategikon* de Mauricio al narrarnos cómo cuando una columna de saqueo franca formada por 2000 jinetes e infantes fue sorprendida por un repentino ataque de Narsés a la cabeza de 300 de sus bucelarios, los caballeros francos desmontaron para formar en orden cerrado junto a sus infantes y pelear al lado de ellos a pie. [90] De hecho, era la forma habitual de proceder de los jinetes francos, los cuales desmontaban y combatían a pie hasta que el enemigo rompiera filas, momento en que la caballería recuperaba su función y montaba de nuevo para perseguir y acosar al adversario en fuga. Agatías también nos muestra a la caballería franca llevando a cabo operaciones de saqueo y abastecimiento y dando cobertura a su infantería cuando esta se desplegaba sobre territorio enemigo para devastarlo. [91] Pero ¿por qué este uso tan comedido de la caballería? El *Strategikon* nos lo aclara también: «Son desordenados, especialmente su caballería». [92] Los francos podían ser buenos jinetes, pero sus unidades de caballería no maniobraban con habilidad. De hecho, todo apunta a que la única caballería de verdad efectiva con la que contó Clodoveo era la que le proporcionaron sus aliados armoricanos, esto es y en este caso, los alanos y los antiguos *laeti* sármatas y, tras Vouillé, los *laeti* taifales. Estos últimos, los taifales de Pictabus (Poitiers) seguían siendo una parte fundamental de la caballería franca y eran plenamente identificables todavía a finales del siglo VI y otro tanto ocurrió con sármatas y alanos. [93] Estos

hombres, los «armoricanos» de los siglos VI-X, combatían como lanceros, pero también portaban venablos con los que hostigaban a la infantería y usaban entre sus tácticas la retirada fingida. [94] Por su parte, los caballeros francos y alamanes, cuando combatían a caballo lo hacían, sobre todo, como lanceros. [95]

Todos por igual montaban aún sin estribos. Estos elementos se mencionan por primera vez en el *Strategikon* de Mauricio, hacia 613, aunque los bizantinos los conocían desde mediados del siglo VI y los sasánidas los usaban desde finales de ese mismo siglo. Pero en Occidente su uso no comenzó hasta el siglo VII y no se generalizó hasta el VIII y esto por influencia de los ávaros que fueron los verdaderos propagadores del estribo. Así que tanto los jinetes francos como los visigodos montaban sin estribos y encajados en sillas muy parecidas a las usadas por la caballería romana de los siglos IV y V.

En fin, otro indicio significativo sobre que, en un primer momento, en el reinado de Clodoveo, la caballería franca, aun siendo relevante, conformaba un porcentaje pequeño del total de la fuerza disponible, nos lo proporciona la fecha en que los guerreros francos eran convocados al *marchfield* , esto es, a la revista anual a la que el rey los llamaba: el 1 de marzo. En efecto, esa fecha tan temprana, cuando aún no han crecido los pastos nuevos y el forraje y el grano guardado para el invierno se hallan bajo mínimos, apunta a que pocos jinetes acudían a tales revistas anuales. La prueba nos la ofrece el dato de que en la segunda mitad del siglo VIII, cuando la importancia de la caballería había crecido mucho, la fecha del *marchfield* se cambió al 1 de mayo, precisamente para que los caballeros pudieran asegurar el mantenimiento de sus caballos con los pastos de primavera. [96]

El armamento de Clodoveo: las armas ofensivas

En las líneas anteriores y en más de una ocasión, hemos tenido que mencionar el armamento de los guerreros de Clodoveo. Ahora nos detendremos en detalle sobre sus armas y equipos.

Hasta el siglo VIII, los francos practicaron enterramientos en los que se depositaban armas junto a los hombres libres, desde la realeza hasta los que constituían el pueblo llano. Ahora bien, mientras que en los enterramientos de la nobleza se hallan al menos cuatro armas ofensivas: la espada larga de dos filos, el angón, la francisca y la *scrama* y, a veces, hay que añadir a todo lo anterior una lanza larga o hasta un *contus* , en los de los individuos más pobres solo se depositaba una *scrama* .

La arqueología proporciona mucha información sobre el armamento de este periodo entre los francos y demás pueblos bárbaros, pero tiene sus problemas de interpretación y sus limitaciones. ¿Son armas rituales las que hallamos en las tumbas? ¿Servían solo

para definir la posición social o, en realidad, el difunto hacía uso de ellas? Estas preguntas siempre están presentes junto con otras muchas. [97] No obstante, la adecuada combinación de arqueología y fuentes históricas sí nos permite reconstruir con detalle el armamento y equipo de los guerreros de Clodoveo y de sus enemigos y establecer con claridad cómo se usaban esas armas y ese equipo.

En las tumbas de la realeza y de la nobleza, aparecen espadas rectas y largas de doble filo, aptas para golpear de filo, pero también para hacerlo de punta y que solían forjarse a partir de varias varillas de hierro, tres o cuatro, y con soldadura de los filos. [98] Estas espadas largas con empuñadura muy rica, a veces adornada con marfil, oro, esmalte y piedras preciosas, eran armas de prestigio y rango, pues solo los nobles y los guerreros más célebres y afortunados podían permitirse portar una de ellas. Se trataba de *spathae* de tradición romana, cuando no de armas directamente fabricadas en las *fabricae* romanas, por ejemplo, la de Suessionum que es probable que siguiera activa durante el reinado de Clodoveo. [99] Para que seamos conscientes de lo singular de este armamento, podemos estimar que únicamente entre el 5 y el 15 % de los guerreros podía permitirse una espada larga de doble filo o *spatha* .

Las espadas largas de doble filo de este periodo solían tener un pomo piramidal adornado con anillos y su hoja no solía exceder de los 72 cm de largo, ni superar los 5 cm de ancho, con una envergadura total, empuñadura incluida, que solía oscilar entre los 92 y los 100 cm de largo. Su peso oscilaba en torno a los 2 kg y sus vainas presentaban una rica decoración. [100]

Otro tipo de arma muy escasa en la panoplia franca de fines del siglo V y del siglo VI es la lanza pesada. En el caso franco y alamán se han hallado lanzas con hoja o moharra de 48 cm de largo [101] y cuya asta medía en torno a los 3,5 m de longitud. Era un arma para ser usada a caballo, empuñándola con ambas manos y puesto que solo se combatía excepcionalmente a caballo, no era un arma muy común entre francos y sajones y únicamente un poco más habitual entre los alamanes.

Existían también lanzas más cortas, de entre 2 y 2,5 m de largo de promedio, con moharra muy potente, afilada y estrecha de entre 23 y 37 cm de largo, con sección romboidal y enmangue tubular al asta. Esta arma, muy versátil, era típica de la caballería franca, [102] aunque también era usada por su infantería y era muy común. [103]

El arma ofensiva más conocida entre los francos era, sin duda, la francisca. Sin llegar a ser tan común como la *scrama* o la lanza, un porcentaje notable de las sepulturas francas de este periodo aparecen dotadas con ella. Era un arma formidable. Una segur o hacha de guerra, que solía ser de un solo filo y de forma excepcional de dos, que se blandía a una mano y que los guerreros francos arrojaban contra sus enemigos con mortal eficacia cuando se hallaban a unos 12 m de ellos. La lluvia de franciscas era

devastadora: su peso, unos 430 g de promedio, y su afilada y contundente hoja, de unos 16 a 20 cm de envergadura, la convertían en un arma terrible que llegó a estar tan identificada con el pueblo franco como para que san Isidoro llegara a suponer que este último recibía de ella su nombre. [104]



Figura 30: En la tumba de un jefe franco de comienzos del siglo VI encontrada en St-Dizier (Marne, Francia), se depositó una panoplia compuesta de escudo, angón, lanza, espada, francisca y *scramasax* , además de vajilla (un caldero, vasos de vidrio) y elementos de vestimenta como fíbulas, siendo los elementos simbólicos más representativos del estilo de vida y estatus de las élites en el periodo. En la imagen, de arriba abajo: moharra de angón, *spatha* (su vaina, en material perecedero, ha desaparecido, quedando solo su contera metálica) y punta de lanza.

Agatías la menciona como arma principal de los francos y Procopio la señala junto con la *scrama* y el escudo como la única arma que portaban los infantes francos. Al respecto nos dice:

Mientras que todos los restantes eran soldados de infantería que no portaban ni arcos ni lanzas, sino que cada hombre llevaba una espada, un escudo y un hacha. Esta tenía una cabeza de hierro gruesa y sumamente afilada por ambos lados, en tanto que el mango de madera resultaba muy corto. Ellos están acostumbrados a arrojar siempre esta hacha a la llamada de una señal en el curso de la primera acometida y de este modo traspasar los escudos de los enemigos y causarles la muerte. [105]

Pese a su popularidad en los siglos V y VI, en el siglo VII la francisca quedó en desuso y los francos no emplearon ya más que hachas a una mano no arrojadizas y aun estas últimas con poca frecuencia. [106]

Un arma también muy ligada a los francos y que constituía tanto un arma de estoque como arrojadiza era el angón. Era esta un arma terrible que, por ejemplo, fue la causante de la muerte del rey visigodo Amalarico en 531. [107]

El angón era una lanza corta, pero pesada. Apta para ser blandida con una mano y, ante todo, para ser arrojada a pocos pasos del enemigo. [108] Esta arma la describe al detalle Agatías y las excavaciones arqueológicas han proporcionado abundantes muestras, pues aparece con harta frecuencia en las tumbas de los guerreros. Su hoja solía medir de promedio 21 cm y el asta de 130 a 150 cm; en buena medida, iba recubierta de hierro. Unos ganchos en el punto donde la moharra se encastraba en el asta servían para enganchar a los enemigos y para impedir que, una vez clavada en el escudo de uno de ellos o en su cuerpo, pudiera desclavarse. [109] Agatías refiere con detalle la terrible eficacia de esta lanza corta:

Los angones son lanzas no demasiado pequeñas, pero tampoco grandes, sino de un tamaño que pueden ser arrojadas como jabalinas si en algún momento es necesario y en los combates cuerpo a cuerpo alcanzar al enemigo. La mayor parte de ellos está recubierta completamente de hierro, de manera que solo se ve un poco de la madera en la parte inferior del asta. En la parte superior, en torno a la cabeza de la punta de la lanza, a uno y otro lado de ella, sobresalen unos picos encorvados, como ganchos un poco curvos que se inclinan hacia abajo. Así pues, el soldado franco lanza en lo más trabado del combate este angón y, si se clava en cualquier parte del cuerpo, y se mete dentro la punta, como es natural, ni el herido, ni ningún otro puede extraer el dardo con facilidad. Pues los ganchos permanecen dentro y producen agudos dolores, de modo que, aunque ocurra que el enemigo no tenga inicialmente una herida mortal, muere finalmente a causa de esta. Y si se clava en un escudo, queda al punto colgado de él y ensamblado, arrastrando por el suelo el otro extremo. Y el herido no puede arrancar esta lanza por mor de la profunda penetración de los ganchos, ni cortarla con la espada por no toparse con la madera, sino con el hierro que la recubre. Cuando el franco se da cuenta de este apuro, poniéndole encima el pie al angón y pisando la punta de hierro, presiona el escudo al que su angón está trabado, empujando hacia abajo el escudo y la mano de quien lo porta que de esta manera deja al descubierto la cabeza y el torso. Entonces, al dejar al enemigo indefenso fácilmente lo mata o bien hiriéndole la frente con el hacha, o bien atravesándole la faringe con otra lanza. [110]

Pero como ya anunciamos más arriba, el arma más común, la que era indispensable para cualquier guerrero franco y que siempre lo acompañaba a su sepultura, pues lo definía como hombre libre y, por ende, como guerrero, era la *scrama* o *scramasax* . El origen de esta arma tan básica como eficaz se sitúa en el Mediterráneo oriental y está relacionado con armas similares desarrolladas por bizantinos y sasánidas. En concreto todo apunta, a mi parecer, hacia la *akinaka* o espada corta sasánida. Pronto es adoptada por los germanos y sus características: versatilidad, fácil manejo, fácil fabricación y bajo coste, la convierten en el arma fundamental. Se trataba de una suerte de machete o espada muy corta de un solo filo, aguda punta y empuñadura simple. La hoja oscilaba entre los 19 y los 35 cm de longitud y su promedio estaba en 24 cm, mientras que su ancho solía situarse de promedio en los 4 cm y su peso estaba en torno a los 250-300 g.

La empuñadura, sencilla y sin adornos, medía en torno a los 14 cm y, por lo tanto, una *scrama* normal tenía una longitud total que rondaba los 38 cm. Los primeros *scramasax* germánicos, pertenecientes a los siglos V y VI, se denominan *kurzsax* , esto es, «*sax* corto» y, en esencia, es lo que son: robustos cuchillos de un solo filo. A lo largo del siglo VI, la tendencia fue que la hoja de la *scrama* o *scramasax* aumentara su envergadura y que esta alcanzara e incluso superara ligeramente los 35 cm de longitud. [111]

El armamento de Clodoveo: las armas defensivas

Tanto Agatías como el autor del *Strategikon* de Mauricio señalan que eran escasísimos los guerreros francos que usaban el yelmo y aún menos corrientes si cabe los que se revestían con cota de malla o con cualquier otro tipo de armadura. [112] Tampoco solían usar grebas. No obstante, todo esto ha de matizarse. Si bien es cierto que el uso del yelmo, la armadura y otras protecciones como grebas o polainas no era tan frecuente como en el Mediterráneo, lo cierto es que un porcentaje pequeño, pero significativo, de guerreros francos llevó yelmo, cota de malla o armadura de placas o láminas. De hecho, ese porcentaje puede que se situara en torno al 15 % del total de la fuerza. Aunque, en realidad, el único armamento defensivo generalizado era el escudo.

El que empleaban los francos tenía umbo de metal fijado con remaches y con formas parecidas a los escudos romanos del siglo V. Solían ser redondos u ovales y no excedían de los 50 o 60 cm. Eran de tablazón de madera de tilo, abeto, roble, fresno o tejo. El reborde podía elaborarse de cuero crudo o de metal y la madera se encolaba y forraba con cuero que luego solía pintarse y en el que se podían hacer figurar emblemas del guerrero, de su clan, de su tribu, etc. [113]

El yelmo se utilizaba muy poco. Solo la nobleza y los miembros del *obsequium* , esto es, los *antrustiones* y *pueri* , podían permitirse llevar uno. Solían ser yelmos del llamado tipo *bandhelm* , hechos a base de fijar dos o cuatro piezas a la calota mediante bandas de metal y estaban dotados de baberas y, a veces, de protector nasal. Una cimera reforzaba la calota y permitía fijar al yelmo un adorno o emblema. El tipo más usual de *spangenhelm* estaba también muy difundido. Estos yelmos solían estar ricamente decorados y, a menudo, estaban bañados en plata o se doraban. [114] Muchos de los merovingios, además, procedían del Mediterráneo y en concreto de Bizancio, pero también se fabricaban en Galia. [115]

La armadura era todavía más escasa entre los francos que, como ya hemos visto, en su inmensa mayoría peleaban descubiertos y desnudos de cintura para arriba o cubiertos solo por ropas de lino o lana. Sabemos que Clodoveo vestía una fuerte y buena armadura en Vouillé y que le salvó la vida al preservarlo de los lanzazos de dos guerreros visigodos. Los caballeros francos que invadieron Italia hacia 590 para luchar

como aliados de Bizancio contra los longobardos, portaban yelmo y armadura y la cota de malla aparece denominada en la Lex Ripuaria como *birnie* . [116]

Las sepulturas francas de los siglos V al VIII han proporcionado también algunos ejemplos de armadura, tanto de cota de malla como de armadura de placas o láminas. Estas armaduras, a inicios del siglo VI, seguían siendo similares en lo fundamental a las romanas de los siglos IV y V (ver capítulo 1). A lo largo del siglo VI, la influencia bizantina en los modelos de cota de malla y armadura de láminas fue hegemónica, aunque pronto tuvo que sumarse a la que, a partir de finales del siglo VI, ejercerían los ávaros, bien directamente, bien a través de los longobardos entre cuyos guerreros estaba mucho más extendido el uso de armadura y casco. [117]

Se puede estimar que la mayor parte del *truste* contaba con armadura de alguna clase y que a ellos se sumarían los *leudes* más ricos, los nobles de los pueblos sometidos y aliados y una parte de los *scarae* . Todo lo cual quizá representara como mucho y como ya señalamos más arriba, un 15 % del total de la fuerza en combate y eso solo cuando el rey dirigía el ejército y el *truste* estaba presente. Así, en Volturno, en 554, donde no estuvo presente el rey, sino tan solo el noble Butilino y sus seguidores, únicamente unos centenares de guerreros francos y alamanes del total de 30 000 que pelearon y murieron aquel día se protegían con yelmo, cota de malla o armadura de placas o láminas. Para que podamos comparar y, como veremos en capítulos posteriores, la fuerza bizantina contaba con dos tercios de jinetes protegidos por yelmo y armadura de alguna clase y con otros dos tercios de infantería de igual modo protegida con yelmo y armaduras. Esto significa que al menos el 67 %de los soldados bizantinos del siglo VI contaban con protecciones para su cabeza y su torso y una buena proporción llevaba armaduras, yelmos y grebas de primera clase que los transformaban en caballería e infantería pesada. No es, pues, de extrañar que la fuerza de 30 000 francos y alamanes, sin caballería ni arqueros, mal armada y protegida, envuelta por la caballería bizantina y acorralada contra el río, fuera aniquilada hasta el exterminio por Narsés y sus 18 000 soldados bizantinos al coste de 80 bajas mortales. [118]

En última instancia, el deficiente equipamiento defensivo y, en general, de armamento de toda clase, de los guerreros francos del siglo VI, era una cuestión de coste, de riqueza. Debido a la Lex Ripuaria promulgada por el rey Dagoberto hacia 630, conocemos el precio de las armas. Estas tenían gran valor y se usaban, a menudo, para pagar el *Wergeld* o «precio de sangre». Así, por ejemplo, unas grebas equivalían a 6 sueldos, esto es, a 72 monedas de plata. Si tenemos en cuenta que 6 sueldos de oro equivalían al doble del salario anual de un trabajador no especializado de la época y doblaban el precio de una *scrama* o espada corta, cuyo precio aparece fijado, junto con el de su vaina, en 3 sueldos o triplicaban el de un escudo y una lanza, cuyo coste se fijaba en 2 sueldos, 36 monedas de plata, nos percataremos de lo carísimas que eran las piezas que conformaban una buena protección personal. Así, la armadura o cota de malla tenía

un coste equivalente a 12 sueldos de oro o 144 monedas de plata y un yelmo equivalía a 6 sueldos, por lo que un guerrero franco que portara armadura completa: cota de malla, yelmo y grebas, debía de gastar 24 sueldos de oro o 288 monedas de plata. Esto es, ocho veces el montante de lo que un trabajador franco no especializado ganaba en un año de trabajo. Si el ejemplo no basta, considérese que una vaca costaba 1 sueldo o que un buey costaba 2 sueldos y que, por lo tanto, un yelmo equivalía a 6 vacas o a 3 bueyes y una cota de malla o armadura de láminas, a 12 vacas o 6 bueyes. Por su parte, un caballo costaba 7 sueldos y una yegua, 3. [119] El equipo completo de un guerrero formado por yelmo, cota de malla, grebas, escudo, lanza y espada ascendía a 29 sueldos de oro. No es extraño, entonces, que la mayoría de los guerreros, simples campesinos, no pudieran permitirse más que las armas básicas ofensivas y el escudo, cuyo coste total, 5 sueldos de oro, podían permitirse y que aseguraban y proclamaban su condición de hombres libres.

Máquinas de guerra, ingeniería militar y flota

Aunque resulte sorprendente, las deficiencias de los francos en armamento personal, caballería y arqueros, no se manifestaban en la guerra de asedio para la que demostraron ser bastante eficaces en el reinado de Clodoveo. Así, por ejemplo, sabemos que asediaron durante sesenta días la ciudad visigoda de Namnetum (Nantes) y que usaron en el asedio máquinas de guerra. El sitio fracasó, pero su duración, sesenta días, y el uso de máquinas de guerra, muestra que Clodoveo podía afrontar con eficacia las complejas operaciones logísticas que implica el asedio de una ciudad fuerte. [120] Lo hizo de nuevo en 501, en el marco de su intervención en la guerra civil burgundia durante la cual asediaron con dureza Arausio (Orange) al obligar al rey Gundebaldo a implorar la paz y a pagar un crecido tributo. [121] Fracasos, pero también éxitos. Las fuerzas de Clodoveo alcanzaron el éxito ante las murallas de ciudades tan fuertes como Saintes (495), Burdigala (en dos ocasiones, 498 y 507), o ante la formidable Tolosa, algo en lo que habían fracasado las tropas romanas de Flavio Aecio en 439 y ante multitud de ciudades más pequeñas, pero fueron incapaces de tomar Carcasona, si bien es cierto que no pudieron completar su asedio ante la aproximación de un ejército de socorro ostrogodo. [122]

El instrumental bélico, es decir, las *ballistae* , onagros, torres y arietes formaban parte del arsenal, aunque el método más eficaz de asedio seguía siendo la devastación del territorio enemigo y el estrecho cerco de la plaza o fortaleza asediada.

Aunque el autor del *Strategikon* señala que los francos eran descuidados en grado sumo a la hora de prevenir ataques enemigos y que no fortificaban sus campamentos, ni los guardaban de forma conveniente, lo cierto es que Agatías, al relatarnos los pormenores de la campaña italiana de francos y alamanes en Italia que desembocó en la batalla de Volturno en 554, señala que los francos sí fortificaron su campamento, si bien

de una forma rudimentaria, ya que desmontaron las ruedas de sus carros y las colocaron, enterradas hasta el cubo, alrededor de su campamento, formando con ellas una suerte de muro o cerca que reforzaron con troncos, ramas y tierra. Asimismo, para tratar de asegurar las salidas de sus forrajeadores, levantaron una torre de madera junto al puente que cruzaba el río Volturno. [123]

Es harto probable que Clodoveo dispusiera de una pequeña fuerza naval, pues en 515, tan solo cuatro años después de su muerte, las naves francas rechazaron una incursión de piratas daneses. [124] ¿Con qué tipo de naves contaban los francos en el inicio del siglo VI? Bien, estos habían participado en ataques piráticos contra Britania y las costas de la Galia desde la segunda mitad del siglo III hasta bien entrada la segunda mitad del V y, por ende, es fácil deducir que sus naves serían muy parecidas a las usadas por sajones, anglos, frisones, jutos, daneses y demás pueblos germánicos del mar del Norte: barcos largos impulsados a remo, dotados de una sola vela cuadrada, timón de espadilla, construidos con la técnica del tingladillo y con tripulaciones de entre 30 y 60 hombres. También es probable que, puesto que los francos se apoderaron de los puertos y astilleros de la *classis* del *dux Belgicae* y de las instalaciones de la *classis* fluvial destacada en el Sena que parece haber seguido estando operativa hasta el mismísimo día de la ocupación de Lutecia por Clodoveo, [125] dispusieran de naves romanas tipo liburna.

La logística de los ejércitos francos

¿Cómo se organizaba la logística franca? La supervivencia de elementos de la compleja administración y logística tardorromanas fue sumamente importante. Muchas ciudades, por ejemplo, Lutecia, seguían conservando sus estructuras administrativas y con ellas una capacidad logística notable. Por la *Vida de santa Genoveva* sabemos que Lutecia, hacia 490, seguía siendo capaz de organizar una flotilla fluvial y remontar el Sena y el Aude para recaudar impuestos en forma de grano en la ciudad de Artiaca. Con ellos pretendía abastecerse y sostenerse frente a los ataques y cercos francos. La mención de un «tribuno» al mando de esas naves y la autoridad ejercida por las autoridades de la ciudad sobre un punto situado a más de un centenar de kilómetros de sus murallas muestra el poderío que todavía detentaban las estructuras de gobierno municipales posromanas y sus capacidades administrativas y logísticas. [126] Los francos aprovecharon en grado sumo estas capacidades, pues era en las ciudades donde se debían de concentrar los recursos, en forma de forraje, grano, tocino, herramientas, armas, carretas, bestias de carga, etc., que debían de abastecer al ejército y muy en especial al *truste* . No sería, pues, de extrañar que ciudades como Lutecia, Suessionum, Aurelianorum o Turones tuvieran un papel importante en la organización militar y que los funcionarios municipales desempeñaran un papel de primer orden junto a los funcionarios reales, en la configuración del abastecimiento de las tropas. Así, por

ejemplo, el referendario, como principal consejero real en cuestiones administrativas y financieras, era el encargado de hacer llegar a las ciudades las peticiones de víveres y provisiones, mientras que los condes eran los encargados de ejecutarlas y de asegurar dichos recursos para el ejército real y de distribuirlos entre las tropas. También eran ellos, ya lo vimos antes, los que designaban a los hombres libres que debían de sumarse a las huestes reales y los que debían de asegurar el buen cultivo y la defensa de los campos que los primeros dejaban atrás. Las ciudades eran, asimismo, las encargadas de sostener a las guarniciones que las defendían: *scara* .

Las propiedades reales desempeñaban también un papel importante en la logística franca, pues una parte importante de los alimentos y bienes que abastecían al ejército y muy en particular al *truste* provenían de las fincas reales. Estas últimas se hallaban bajo la supervisión del *maiordomus* , «mayordomo», el cual tenía bajo sus órdenes a los *domestici* , «domésticos», encargados directos de la administración de las propiedades reales y, por ende, todos estos funcionarios también tenían un papel en la organización de la logística del ejército junto al cubiculario o chambelán que, como encargado del tesoro real y jefe de los tesoreros, carnerarios, debía asimismo de proveer de fondos para cubrir los gastos militares. Junto a ellos, el conde de los establos, el heredero directo del *tribunus stabuli* de época tardorromana, como encargado de las caballerizas reales, desempeñaba de la misma manera una función relevante en la organización y aprovisionamiento de los ejércitos francos y, en especial, del *truste* . [127]

Tenemos noticia del uso masivo de carros para trasladar la impedimenta y los abastecimientos y de la división en columnas convergentes del ejército para facilitar su aprovisionamiento. Todo lo cual indica la preocupación por la logística.

No obstante, la franca era limitada. Tanto el autor del *Strategikon* como Agatías señalan sus deficiencias y apuntan a que era su «talón de Aquiles». [128] En efecto, los francos eran incapaces de articular campañas largas precisamente porque no podían garantizar el sostenimiento de ejércitos más allá de unas semanas. Más allá de tres meses, los ejércitos francos se veían en extremas dificultades para sostenerse en el campo. Incluso el recurso al saqueo, la forma más común y principal de acopio de estos ejércitos, era poco eficaz y estaba mal organizada y dirigida: en 554 el ejército franco-alamán que devastaba el sur de Italia se vio abocado al hambre, pese a avanzar sobre los ubérrimos campos de las actuales Calabria, Apulia y Campania cuando estos se hallaban en plena estación de cosecha. La incapacidad del mando se manifestó en detalles tales como proceder a alimentar a la tropa a base de la ingesta masiva de uvas recogidas por las columnas de saqueo francas en los viñedos de Campania. En consecuencia, la deficiente alimentación provocó diarreas y enfermedades gástricas entre la hueste franca, dolencias que se agravaron por falta de letrinas y que derivaron en disentería. [129]

De hecho, los ejércitos francos operaban precisamente en primavera y verano para tratar de aprovechar al máximo los recursos disponibles en las tierras que iban a atacar. Cuando se lanzaban operaciones en invierno u otoño, se trataba de golpes de mano o de movimientos de pequeñas fuerzas, pero nunca de ejércitos importantes.

El uso y control de los grandes ríos, el Sena o el Loira, por ejemplo, y la pervivencia de las vías romanas, jugó así mismo un importante papel en la logística de los ejércitos de Clodoveo y de sus inmediatos sucesores. Y así, se ponía especial cuidado en la vigilancia y control de los puentes [130] y de las calzadas. Al respecto, recuérdese, por ejemplo, que la campaña de Vouillé se libró sobre la vía romana que comunicaba Pictabus (Poitiers) con Namnetum (Nantes) y fue, asimismo vital el previo control del Loira. [131]

La cadena de mando y las unidades francas

Al tratar de dibujar la cadena de mando del ejército merovingio a finales del siglo V e inicios del VI, se debe tener en cuenta que las informaciones con que contamos procedentes de los siglos VII y VIII deben tomarse con precaución. En efecto, todo apunta a que la situación de la organización del ejército en época de Clodoveo era mucho más primaria, dúctil, variable y, sobre todo, mucho más basada en realidades como los clanes, tribus y pueblos que en una estructura compleja y regular. De ahí que, pese al esfuerzo de análisis, confrontación y contextualización que requieren, sean preciosas las descripciones detalladas que Agatías, Procopio y el autor del *Strategikon* nos presentan al respecto de la conformación y mando del ejército franco en el siglo VI.

A la cabeza del ejército estaba el rey. Este era, ante todo, el caudillo de los guerreros francos y su prestigio militar constituía la base de su fuerza, de su éxito o de su fracaso como monarca. Este aspecto del rey como señor de la guerra supremo, no solo se manifestaba en la dirección del ejército, sino también en la demostración de su valor personal y de su habilidad como guerrero e incluso en su directo papel en el reparto del botín y en el mantenimiento de la disciplina, una disciplina que, a menudo, implicaba la pena de muerte y que, en el caso de Clodoveo, aplicaba él mismo de forma directa, salvaje e inflexible. Así, en cierta ocasión, tras una campaña en el norte de Galia, Clodoveo se disponía a llevar a término el reparto del botín cuando recibió una carta de Remigio, obispo de Reims, solicitándole la devolución de un vaso sagrado de plata. Cuando Clodoveo llegó a Suessionum reunió a sus guerreros para proceder al reparto del botín mediante el procedimiento de las suertes, pero antes solicitó a la asamblea de guerreros que le concedieran el vaso sagrado que Remigio de Reims había solicitado. Los guerreros se mostraron de acuerdo, pero uno de ellos salió de entre sus filas y destrozó el vaso en cuestión con un golpe de su hacha doble, al grito de «No tendrás nada más que lo que te toque en suerte». Clodoveo, en ese momento, mantuvo la calma, pero al año siguiente, cuando convocó a sus guerreros a la revista general del campo de

marzo se detuvo ante el guerrero que le había ofendido y le recriminó el mal estado de su *scrama* , de su lanza y de su hacha y, arrancándole de las manos esta última, la arrojó al suelo. Cuando el guerrero se inclinó para recoger el arma, Clodoveo esgrimió su propia hacha y le partió la cabeza. [132]

Los duques, *duces* , ocupaban el siguiente grado en la cadena de mando. Podían dirigir por sí mismos o junto a otros duques, ejércitos completos o columnas y tenían a sus órdenes a uno o varios *comes* . [133] Nótese que, al contrario de lo que ocurría en el ejército romano de los siglos IV y V, el *dux* estaba por encima del *comes* en el ejército franco. Los duques merovingios se encargaban ante todo del gobierno y defensa de los pueblos sometidos o aliados, bretones, turingios, alamanes, sajones, bávaros… o de provincias fronterizas o revoltosas y, a menudo, gozaban de una gran independencia. La mayoría de los duques eran *leudes* del rey.

Los *comes* , por otro lado, estaban al mando de las unidades territoriales. Mandaban sobre las tropas de hombres libres proporcionadas por las *civitates* o provincias en que se dividía el reino franco y de las que llegaron a existir 120. Eran ellos los encargados de dar curso a las órdenes del rey cuando este convocaba a sus ejércitos y no solo se cuidaban de reunir y seleccionar a los guerreros, sino de pertrecharlos y conducirlos. Los *comites* tenían como lugartenientes a los vicarios, los cuales solían mandar una pequeña fuerza permanente encargada de asegurar el orden. [134]

El *maiordomus* no tenía aún la importancia militar que tendría en los siglos VII y VIII, aunque es probable que ya mandara la sección del *truste* que formaba la Guardia Palatina. [135]

Agatías y el anónimo autor del *Strategikon* de Mauricio señalan que los francos no se organizaban en unidades regulares y homogéneas, sino que se agrupaban bien por familias, clanes, tribus o por su lugar de procedencia, bien en grupos de guerreros que servían a un magnate, formando así agrupaciones de muy variable tamaño. Al respecto, el autor del *Strategikon* dice: «Sea a caballo o a pie, se sitúan para la batalla, no en grupos de un tamaño fijado o formación, o en *bandon* o *moirai* , sino de acuerdo con las tribus a las que pertenecen, al parentesco de unos con otros o a sus intereses comunes». [136]

Los estudiosos han querido ver en la descripción del autor del *Strategikon* reseñada, a los *faramani* germanos, esto es, los miembros de una *fara* o unidad militar formada a partir de guerreros de un mismo linaje o procedencia y es harto posible que, al igual que los longobardos y los burgundios, los francos de Clodoveo siguieran teniendo a la *fara* como unidad militar básica. [137] No obstante, tuvo que haber unidades más equilibradas, pues sabemos que el *truste* se subdividía en *centannae* [138] que podían ser destacadas a puntos muy lejanos de la residencia real y que es obvio que parecían haber estado compuestas por cien hombres. Además, Procopio señala que los armoricanos del

ejército franco se encuadraban todavía en unidades continuadoras de las legiones romanas. [139]

El tamaño del ejército franco

¿Cuántos hombres podía llevar a la batalla Clodoveo? La cuestión del número es siempre una de las más difíciles de afrontar cuando se aborda el estudio de los ejércitos antiguos y medievales. No obstante, y en este caso, las fuentes nos proporcionan una serie importante de datos que nos permiten estimar el número de tropas que Clodoveo y sus inmediatos sucesores podían reunir y poner en pie de guerra.

El primer elemento que hay que tener en cuenta es que el ejército franco se dividía en dos grandes agrupaciones de tropas: las que pertenecían al *obsequium* real y las levantadas por *leudes, civitates* y pueblos sometidos o aliados. Las primeras, las del *obsequium* del rey, esto es, su ejército particular formado por el *truste* y los *scarae* o guarniciones permanentes de las principales ciudades y fortalezas del reino, han sido evaluadas de forma muy dispar por los especialistas. Bernard S. Bachrach, sin duda el mejor conocedor del ejército merovingio, estimó la fuerza del *obsequium* de Clodoveo hacia 507 en «varios miles de hombres». [140] Luego estaban las demás tropas: los secuaces o bucelarios de los *leudes* y magnates del reino. Una mezcla heterogénea de simples campesinos mal armados y soldados profesionales de primer nivel, agrupados en bandas guerreras que iban de unos pocos miembros a un centenar o más.

Había que añadir también el gran número de tropas integrado por los hombres armados que tenían que proporcionar a Clodoveo las *civitates* romanas de su reino, los herederos directos de las milicias urbanas bajoimperiales que se presentaban al llamado del rey para servir por tres meses bajo las órdenes de los senadores o los obispos de sus ciudades, [141] junto con los *pauperes* u hombres libres francos, que eran potenciales guerreros y podían ser convocados por su rey a una campaña de hasta tres meses. De hecho, los hombres libres francos tenían la obligación de presentarse ante el rey con sus armas en los *marchfield* . [142] Por lo tanto, una primera estimación podría hacerse tratando de calcular cuántos eran los francos asentados en las Galias y en la Baja Germania y estimar, a continuación, cuantos guerreros podrían salir de dichas poblaciones. Así, se ha venido barajando un número de salios y ripuarios que sobrepasaría en conjunto los 200 000 individuos. [143] Ya vimos en el capítulo anterior que Heather estimó las fuerzas de los principales grupos bárbaros en números que oscilaban entre los 10 000 y los 30 000 guerreros. Pues bien, en principio la cifra de 200 000 francos podría proporcionarnos una estimación de hasta 40 000 guerreros, cifra, *a priori* , muy alta. La situación se complica aún más si recordamos que los pueblos sometidos o aliados de Clodoveo también aportaban sus guerreros o, al menos, una parte de ellos, en función de sus propias leyes de leva: alamanes, turingios, sajones, bretones, alanos, etc. y si a todo ello

sumamos los contingentes aportados por los *laeti* y por los beneficiarios de la *terra salica* , [144] en teoría eso podría disparar el número de posibles tropas disponibles hasta cifras en verdad disparatadas. [145]

Lo cierto es que, en la realidad, una parte considerable de los hombres libres evadían sus obligaciones militares o, simplemente, no poseían capacidad militar real alguna. Estaba, además, el tema ineludible de la logística, tan primitiva entre los francos y demás reinos romano-germánicos que imponía límites severos al número de hombres con que en realidad podía contar un caudillo para una campaña determinada.

Aun así, no se puede dudar de que Clodoveo fuera capaz de reunir en 507 un gran ejército. La historia de su «progresión militar» nos lo demuestra: Bachrach estimó, por ejemplo y como ya señalamos, que Clodoveo comenzó su fulgurante carrera de triunfos y conquistas en el año 481 con un *truste* de unos 400 hombres. [146] Tuvo que incrementarla notablemente, pues por Prisco sabemos que Siagrio podía contar con un ejército de varios miles de hombres y Clodoveo logró vencerlo, aliado a Ragnachar de Camaracum en 486 [147] y Gregorio de Tours nos informa de que en 496 las tropas reunidas de Clodoveo y Ragnachar que marcharon en auxilio de Sigiberto, rey de los francos ripuarios de Colonia, contra los alamanes, sumaban 6000 hombres, de los cuales solo 3000 eran hombres de Clodoveo. [148]

Pero los triunfos sumaban seguidores y tras lograr el sometimiento de la cuenca del Sena y la alianza con los armoricano-romanos, engrosar sus filas con nuevos *leudes* y con los *laeti* taifales y sármatas y someter definitivamente a alamanes y turingios, el ejército de Clodoveo debió de alcanzar cifras similares a las que los visigodos podían movilizar y rondar, sumando a sus tropas las de sus aliados ripuarios, salios y burgundios, unos 15 000 hombres para 507. [149] Gregorio de Tours nos lo confirma al darnos noticias, en los años posteriores a la muerte de Clodoveo I (511) de ejércitos francos enfrentados entre sí, sumando uno de ellos 15 000 hombres y sufriendo ambos, tras la cruenta batalla, 7000 bajas cada uno, o de otro que, batallando contra los visigodos en Septimania en 589, sufrió bajas de más de 7000 hombres entre muertos y heridos [150] y ello pese a que dichas cifras corresponden a ejércitos levantados solo en una de las partes en que el gran reino franco de Clodoveo fue dividido.

Las cifras anteriores nos ofrecen un panorama militar que confirman las fuentes bizantinas. Agatías, por ejemplo, nos ofrece la cifra, sin duda exagerada, pero significativa, de un ejército franco-alamán que invadió Italia en 554 con un número de 75 000 guerreros. [151] Lo que no nos parece ya exagerada en demasía es la cifra que Agatías nos da para el ejército franco-alamán conducido por el duque Butilino que se enfrentó al ejército de campaña de Italia comandado por Narsés en las orillas del río Casulino o Volturno en agosto-septiembre de 554. [152] En efecto, Agatías habla de 30 000 guerreros enfrentados a los 18 000 soldados de Narsés. Ahora bien, es indudable que los

bárbaros superaban en mucho a los romanos y puesto que la cifra de 18 000 hombres es harto verosímil, el ejército de campaña de Italia contaba con 20 000 hombres y Narsés había llegado a Italia en 552 a la cabeza de 26 000, la cifra de 30 000 guerreros francos y alamanes es bastante plausible y, en cualquier caso y como poco, los francos debieron de superar de largo los 20 000 efectivos en Volturno. [153]

De todo lo anterior se infiere que Clodoveo podía alzar con facilidad un ejército que superara los 10 000 efectivos y que es muy probable que avanzara hacia el Campus Bogladensis a la cabeza de una hueste de 15 000 hombres. De ellos, al menos 3000 serían guerreros excelentemente armados y adiestrados pertenecientes a su *obsequium* , y en particular, a su *truste* y el resto tropas proporcionadas por los hombres libres de las tribus francas, por los *leudes* del rey, por las milicias de las *civitates* galorromanas, [154] por los aliados armoricanos, por los *laeti* y por los pueblos sometidos: turingios, alamanes y bretones, en su mayoría. De esos 15 000 hombres es bastante probable que al menos 5000 de ellos llegaran montados al campo de batalla y que unos 3000 combatieran como jinetes. El resto llegaron como infantes y junto con los jinetes que pelearon como ellos, sumaron una fuerza de 12 000 peones de los que unos 2000 serían infantería semipesada y pesada y el resto, unos 10 000, infantería ligera. Puede que de estos últimos un millar fueran arqueros.

La táctica y la estrategia francas

Los francos del siglo VI quedan reflejados desde el punto de vista táctico, en el *Strategikon* de Mauricio. Este nos confirma lo que podemos saber a través de fuentes que, como Agatías, Gregorio de Tours o Procopio, nos retratan al ejército franco en campaña o batalla. Así, podemos observar que, en caso de adoptar una posición defensiva con vistas a la inminente batalla, los francos formaban en orden cerrado con un frente lineal y denso. Esta formación cerrada, que suponía un auténtico «muro de escudos» estaba integrada tanto por la infantería propiamente dicha como por los jinetes que, a la hora de presentar batalla, echaban pie a tierra y constituían una suerte de infantería pesada debido a su superior armamento. [155] Pese a que Bachrach asegura que en Vouillé los francos situaron tras su formación en orden cerrado una reserva de caballería con la que, en el momento decisivo y tras rechazar una y otra vez las cargas de la caballería goda, atacaron el flanco enemigo y aplastaron la comitiva regia del rey visigodo dando muerte a este último, lo cierto es que no tenemos noticia alguna del uso de reservas por parte de los francos, y menos aún del uso de la caballería de semejante forma, incluyendo Vouillé. [156] Bien al contrario, el autor del *Strategikon* afirma una y otra vez que: «Al verse presionados» los jinetes francos echaban pie a tierra y formaban en orden cerrado junto a su infantería. [157] Así lo hicieron en Volturno, en 554, si bien aquí adoptaron una táctica ofensiva: «la cabeza de jabalí» [158] o ataque en cuña.

En efecto, los francos formaron en orden cerrado con forma de cuña o delta. Escudo con escudo, los infantes francos avanzaron sobre las líneas bizantinas dirigiendo la «cabeza de jabalí» cuya punta formaban «los colmillos» en donde se situaban los guerreros mejor armados y más diestros contra el frente enemigo.

Muros de escudos y cuñas. Esas eran las dos formaciones básicas. La primera se veía reforzada por arqueros y lanzadores de venablos que se situaban tras el muro de escudos y que protegían sus flancos. Tal ocurrió en Vouillé en 507. [159] Pero la segunda, la cabeza de jabalí, estaba expuesta sobre todo a los ataques de flanco y a ser envuelta y destruida a no ser que lograra bien pronto su objetivo de romper la línea enemiga. [160]

Las cargas impetuosas y súbitas, lanzadas desde el muro de escudos y precedidas de devastadoras lluvias de franciscas y angones, así como las emboscadas en bosques y pantanos, eran también parte de la táctica franca. Si bien, como señala el autor del *Strategikon* , eran muy dados en caer en la trampa de la «retirada fingida» y fáciles de emboscar debido a sus escasas precauciones en las marchas y en la instalación de campamentos. [161]

En cuanto a la estrategia, esta era básica y se veía limitada y condicionada por la precaria logística de los ejércitos francos. Esa precaria logística apremiaba a los generales para que dividieran sus ejércitos en varias columnas que, avanzando por separado, obligaban al enemigo a su vez a separarse y, con suerte, lograban aprisionarlo en una especie de pinza. Clodoveo, junto con su aliado el rey Gontrán de los burgundios, planeó una estrategia de «pinza y escudo» para su campaña de Vouillé y, tras su éxito en la batalla, dividió su ejército en dos columnas que avanzaron por separado por territorio enemigo, ocuparon sus ciudades y convergieron con los burgundios. [162] Del mismo modo, Butilino y Leotaris, los generales francos que invadieron Italia en 554, dividieron su hueste y se internaron en territorio bizantino avanzando con dos columnas que debían de saquear y destruir para luego volver a converger. [163]

EL EJÉRCITO VISIGODO A COMIENZOS DEL SIGLO VI

Puesto que tendremos que detenernos de nuevo en el ejército visigodo cuando abordemos la batalla de Guadalete, y como ya hemos pincelado a la hueste visigoda con ocasión del capítulo dedicado a los Campos Cataláunicos, le dedicaremos aquí un espacio más breve que el que hemos tenido que ofrecer al ejército franco.

«Los hombres del rey godo» en el siglo VI

Uno de los debates más reñidos que se dieron en torno al ejército visigodo fue el que se centró en cuándo comenzaron los provinciales, galorromanos e hispanorromanos a formar parte de sus filas y qué grado de importancia tuvo dicha participación. Hoy día está por lo general aceptado que, al menos desde época de Eurico (466-484), la participación de los provinciales era destacada y que se volvió masiva en época de Alarico II (484-507). [164] En efecto, en Vouillé veremos pelear del lado de Alarico II a nobles –*senatores, potentes* y *magnates* – y a obispos galorromanos a la cabeza de sus siervos y bucelarios y, ante todo, capitaneando las milicias reclutadas en sus *civitates* . Y así, Apolinar, hijo del célebre Sidonio Apolinar, combatió del lado de Alarico II a la cabeza de las levas de provinciales galorromanos de las *civitates* de Auvernia y el posteriormente santo Avito, san Avito, un simple provincial, fue reclutado para servir en el campo godo durante la campaña de Vouillé en la que fue hecho prisionero por los francos. Estas tropas galorromanas eran, en buena medida, las continuadoras directas de las milicias urbanas de época bajoimperial y estaban ante todo constituidas por arqueros e infantería ligera escasamente armada. En principio y por la ley promulgada en 506 por el propio Alarico II, todo hombre libre, provincial o no, poseedor de al menos un *manso* , esto es la unidad agrícola mínima para el sostenimiento de una familia, debía de presentarse con las armas en la mano si el rey convocaba para una campaña. De hecho, la masa principal del ejército que Alarico II condujo a Vouillé estaba constituida por galorromanos y, por ende, por arqueros e infantes ligeros con un armamento pésimo y pobremente adiestrados, complementados con las comitivas, mejor equipadas y adiestradas, de la nobleza galorromana de Aquitania, Auvernia y la Narbonense. [165]

Pero, además de los hombres libres de las *civitates* , el ejército visigodo podía incrementar sus filas con esclavos y colonos serviles que cultivaban las propiedades reales. Los esclavos y siervos del rey, los *servi dominici* , se agrupaban en la *tiufada* , una división integrada únicamente por los siervos y esclavos del rey y a cuya cabeza estaba el *tiufado* , término este último que, desde finales del siglo V, era también aplicado al comandante de un millar de hombres y que, al cabo, se tornaría un título cada vez menos concreto y bastante honorífico. [166]

Junto a las levas galorromanas y a los siervos de la *tiufada* , se hallaban los guerreros godos propiamente dichos que constituían, si no ya el grueso de la tropa como en los Campos Cataláunicos, sí al menos su élite. En efecto, los propietarios acomodados y la nobleza goda servían como lanceros a caballo y a esas tropas excelentemente montadas y equipadas, se sumaban las de la masa de guerreros visigodos que, menos acaudalados, servían a pie.

Por último, lo mejor del ejército visigodo de inicios del siglo VI estaba constituido por los integrantes del *exercitus* , o ejército permanente, conformado por la comitiva regia, en la que servían los famosos gardingos, soldados nobles al servicio directo del

rey, por la guardia palatina y por las tropas aportadas por la nobleza militar que mandaba el ejército.

Al igual que en el ejército franco, en el visigodo no solo peleaban godos y provinciales, sino también destacamentos de pueblos sometidos o procedentes de establecimientos de antiguos federados y *laeti* del Imperio. De este modo, grupos de alanos, taifales, greutungos, suevos y sármatas peleaban bajo las banderas de Alarico II. [167]

¿Cómo se organizaba y mandaba este ejército?

Como ya hemos apuntado, en realidad, existían dos ejércitos en el seno de la hueste visigoda: uno permanente y profesional que constituía la comitiva regia, las guarniciones y destacamentos acantonados en las provincias y civitates bajo las órdenes de sus duques y condes y las tropas puestas bajo el mando de los duques y condes del ejército, y otro levantado de forma expresa para una campaña concreta y que no solía servir más allá de unas pocas semanas o, a lo sumo, dos o tres meses. Al primero se le denominaba exercitus y se le sumaba la tiufada o leva de los servi dominici, al segundo se le designa como hostis. [168]

Las tropas se organizaban en unidades de 10, 100 y 1000 hombres: *decanias, centenas* y *millenas* o *tiufadas* . Las mandaban un *decanus* , un *centenarius* y un *millenarius* o *tiufadus* respectivamente. A estas unidades se añadieron, ya a finales del siglo VI y, como veremos más adelante, por influencia bizantina, las *quingentenas* y las *turmae* , las primeras mandadas por un *quingentenus* y formadas por 500 hombres y las segundas comandadas por un *dux exercitus* y con 2000 o 3000 hombres. Por último, la ya mencionada *tiufada* con su *tiufado* al frente y que es probable que se organizara también en unidades de 10, 100 y 1000 hombres.

Ni que decir tiene que, como en cualquier ejército y, sobre todo, en los de la Antigüedad y el Medievo, las cifras de integrantes de una unidad representaban el máximo óptimo y no la realidad cotidiana. Pocas veces una *centena* o una *tiufada* estarían completas y, a menudo, estarían más cerca del 50 que del 100 % de sus efectivos teóricos.

La organización decimal arriba esbozada es, sin duda, de origen romano. [169] No es de extrañar, pues desde la firma del primer *foedus* con Atanarico en 382, los guerreros visigodos habían pasado a integrarse como federados en el Ejército romano y, además, sobre todo a partir del asesinato de Estilicón en 408, miles de hombres que habían servido en las filas del ejército regular, se pasaron a las de Alarico I y es muy complicado pensar que los visigodos no copiaran un sistema militar tan superior al

suyo. Máxime cuando gracias a Amiano Marcelino sabemos que antes de 378 los godos carecían de orden alguno en su ejército. [170]

Por último, hay que señalar la importancia que tenían en el seno del ejército visigodo los ejércitos privados. Los magnates godos se hallaban, a menudo, a la cabeza de miles de hombres que, aunque estaban obligados a servir también a las órdenes del rey cuando este requería a su señor para una campaña, en última instancia se debían a su señor y podían operar de forma por completo independiente y, a veces, contraria a los intereses del reino. Estos ejércitos privados estaban conformados por siervos armados y por bucelarios que en el mundo visigodo recibieron el nombre de sayones y que eran hombres avezados y diestros en el ejercicio de las armas y, por lo general, bien equipados. Muchos de ellos recibían tierras, armas y equipos de sus señores, bienes que conservaban y disfrutaban en cuanto le servían y que en parte debían de restituir si cambiaban de señor. La importancia de estos séquitos armados privados, auténticos ejércitos en muchos casos, es significativa y contamos con muchos ejemplos. Así, célebres son los casos de Anaolso, *optimate* visigodo que en 430 asedió por su cuenta y a la cabeza de sus seguidores Narbo Martius teniendo que ser enfrentado por el mismísimo Flavio Aecio, quien lo derrotó cumplidamente. En 457, los magnates que acompañaban a Teodorico II en su expedición contra los suevos tenían suficientes hombres e independencia como para separarse del ejército real y saquear por su cuenta las tierras del Duero. Más tarde, en 463, Friterico, hermano del rey Teodorico II, levantó a su costa un ejército con el que trató de arrebatarle el país armoricano a Egidio, quien lo derrotó con auxilio de los francos de Childerico.

Un ejemplo claro sobre el volumen y calidad que podían llegar a representar estos ejércitos privados nos lo da en la primera mitad del siglo VI el caso de Teudis, noble ostrogodo casado con una noble hispanorromana y que, en su lucha por el trono, alzó 2000 lanceros a caballo en las posesiones de su esposa, para lo que aprovechó el gran número de clientes y las prodigiosas riquezas de su mujer, con cuyo concurso tomó la corona. [171]

Armamento, guerra de asedio y logística

Ya hemos hecho referencia al tipo de armamento visigodo antes y, ciertamente, se diferenciaba bien poco del que usaban los francos y otros pueblos del ámbito romano-germánico. [172]

Al igual que en el caso de la Lex Ripuaria, también las leyes visigodas, en este caso las leyes militares de Ervigio de finales del siglo VII, nos trasladan información sobre el armamento visigodo. [173] Pero es la arqueología la que nos permite concretar y conocer mejor este aspecto del ejército visigodo.

Un arma muy común era el *sax, saex, scramasax* o *scrama* , de la que ya tanto hemos hablado y que no era sino una cuchilla potente de un solo filo o, si se le quiere dar este nombre, una espada tosca y corta de un solo filo y punta aguzada. Los ejemplares de los siglos V y VI no suelen pasar de los 25 cm de hoja y, a menudo, están en torno a los 20. Si bien la tendencia era la de ir desarrollando la hoja que fue alcanzando una longitud de hasta 35 cm. [174]

La larga *spatha* de doble filo era extraordinariamente rara. De hecho, solo se han hallado poco más de una docena de estas armas en las sepulturas visigóticas de la península ibérica y el sur de Francia. [175] Solo los nobles, los gardingos, los espatarios y los sayones más ricos podían permitirse portar una espada larga de doble filo. Su longitud, ancho, empuñadura, pomo, vaina y adornos eran similares a las ya descritas para el caso del ejército de Aecio y, todavía más, para el caso del ejército de Clodoveo.

Las lanzas eran el arma ofensiva más popular y generalizada entre los visigodos. Las necrópolis han proporcionado muchos y excelentes ejemplos del primer periodo, entre los siglos V y VI, como los hallados en la necrópolis de Aldayeta, en Nanclares de Gamboa, Álava, y que muestran moharras muy potentes con enmangue tubular y sección romboidal de la hoja estrecha y larga de entre 23 y 37 cm de longitud. [176]

Los visigodos también usaban lanzas semejantes al angón franco y lanzas pesadas tipo *contus* para la caballería y *veruta* o venablos para la infantería ligera.

La infantería visigoda parece haber dado mayor uso al arco simple de lo que lo hicieron otros pueblos germánicos. El hallazgo de puntas de flecha de dos aletas evidencia el uso de este arco simple. También parecen haber sido más abundantes entre los visigodos los honderos de lo que lo fueron entre los francos.



Figura 31: *Scramasax* visigodo encontrado en Cantabria. El arma tiene 43,5 cm de longitud, de los que 37 corresponden a la hoja y el resto a la espiga de enmangue, que conserva un remache para la sujeción de las cachas de la empuñadura, probablemente de madera y hoy perdidas. La hoja presenta cerca de la punta dos grandes melladuras, fruto probablemente de sendos tajos sobre una superficie estrecha y dura, acaso otra arma o el borde de un escudo. Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria.

La segur o securón era un hacha de guerra similar a la francisca y a la que se daba semejante uso. En la necrópolis de Aldaieta se hallaron veinte ejemplares de hachas similares a la francisca y, como ella, diseñadas para ser arrojadas a corta distancia.

Aunque el grueso de la caballería visigoda parece haber estado formada por lanceros y haber constituido una caballería semipesada y pesada, también algunos de sus caballeros, por influencia de los bizantinos y no de los ostrogodos como por error señala García Moreno, hicieron uso del arco compuesto asimétrico. Así es, Procopio deja muy claro que los ostrogodos no hacían uso del arco asimétrico y apunta a esa falta y al uso masivo del arco asimétrico por los jinetes bizantinos, la superioridad de estos últimos sobre los ostrogodos. Teniendo en cuenta el largo batallar de visigodos y bizantinos en las tierras que van desde Cádiz a Valencia, lo lógico es que fuera de ellos y no de los ostrogodos, huérfanos de semejante arma, de donde tomaran el uso del arco asimétrico para algunos de sus contingentes de jinetes. Prueba de que así fue es el hallazgo, bastante reciente, de puntas de flecha trilobular, asociadas al uso del arco compuesto asimétrico. Los estudiosos de estos hallazgos apuntan, como es lógico y ya he señalado, a una influencia bizantina o alana, pero no ostrogoda.

El yelmo era, asimismo, similar a los modelos tardorromanos y bizantinos y, en cuanto a la armadura, era de dos tipos denominados *zaba* y *lorica* . García Moreno entiende que la primera sería, en realidad, una cota de malla de anillas y la segunda la *lorica hamata* que él confunde con la *squamata* . Como es obvio, se trata de un error. En realidad, y en mi opinión, la *zaba* parece haber sido una suerte de *gambax* o armadura de cuero dotada de algunas protecciones suplementarias de hierro y la *lorica* no sería sino lo que su nombre indicaba: una armadura de hierro, ya fuera *hamata* , esto es, una cota de malla, o *squamata* , una coraza de escamas. De estas últimas, se han hallado varios restos en España y tienen una marcada influencia bizantina. También apareció no ha mucho los restos de un magnífico ejemplar en Cartagena, una pieza usada por la guarnición bizantina, pero que sería similar a las copias visigodas.



Figura 32: *Spatha* de hierro con brocal de vaina de plata y contera en bronce, encontrada en una sepultura de la necrópolis visigoda de Daganzo (Madrid), de finales del siglo V o comienzos del VI. Museo de San Isidro. Los materiales que, a menudo, ornan estas espadas, como la plata del brocal de este ejemplo, dan fe de que estamos ante armas solo accesibles para la élite.

Por último, el arma defensiva más generalizada era el escudo. Redondo en muchos casos, de unos 50 cm y realizado con tablazón de madera, a menudo de tilo o de roble, envueltas en pergamino o cuero y dotada de un umbo metálico en forma de cúpula que protegía la mano que lo empuñaba. [177]

Así que la infantería goda era ante todo infantería ligera. Pocos infantes usaban yelmo o armadura, muchos portarían escudos y la mayoría no irían armados sino con lanzas, *scramas* , venablos, hondas y arcos simples.

La caballería visigoda parece haber sido más numerosa y diestra que la franca. La mayor parte de sus jinetes iban bien armados y protegidos con yelmo y armadura de alguna clase. No usaban aún el estribo que solo comenzó a emplearse de forma regular en la Hispania visigoda a finales del siglo VII e inicios del VIII, pero sí espuelas y sillas de alto arzón dotadas de perillas y que ofrecían suficiente sujeción a los lanceros. Estos últimos eran la élite del ejército visigodo en la primera mitad del siglo VI y parecen haber sido el elemento más combativo en la batalla de Vouillé.

A continuación, nos preguntamos a cuántos hombres ascendía el ejército visigodo a inicios del siglo VI. La mayoría de los autores apuntan a una cifra que oscila entre los 15 000 y los 20 000 hombres. Es una cifra sensata que tiene cierto apoyo en las parcas fuentes de la época. Así, al acabar el siglo VI, los visigodos eran capaces de enfrentar en Septimania ejércitos francos que rondaban los 15 000 efectivos y, en 673, Wamba pudo destacar a 10 000 guerreros para auxiliar a la división de su ejército que asediaba Nimes y, puesto que él se hallaba a la cabeza de una tercera fuerza, hay que concluir, siendo muy prudentes, que su ejército al completo superaba de largo los 15 000 hombres. [178]

Se ha documentado que los godos usaron máquinas de guerra desde 468 y es bien conocido el ejemplo dado por la *Historia del rey Wamba* de san Julián de Toledo. Los visigodos parecen haber estado a la altura de los francos a la hora de rendir ciudades, pues a inicios del siglo VII se mostraban capaces de tomar ciudades tan fuertes como Carthago Spartaria (Cartagena). Escorpiones, *ballistae* y arietes parecen haber estado entre las máquinas más usadas.

El uso, asimismo, de trenes de abastecimiento compuestos por carros, la persistencia de una buena red viaria heredada del Imperio y un sistema que delegaba en las *civitates* y sus *comites* la recogida de vituallas y provisiones para el ejército, aseguraban una buena logística, capaz de poner en marcha operaciones tan complejas como la que llevó a Wamba desde Vasconia a la Septimania en una campaña relámpago que vio cómo se coordinaba al ejército con una flota de guerra y cómo el primero se desplegaba en varias columnas que operaban independiente y convergentemente sobre el territorio rebelde, al poner ante Nimes un gran ejército que es probable que superara los 15 000 hombres y que estaba dotado de un formidable tren de asedio que, como es obvio, tuvo que reunirse a toda prisa, pues no era necesario contra los vascones a quienes en un principio se trataba de combatir. [179]



Figura 33: En la misma tumba de la necrópolis de Daganzo aparecieron una punta de lanza y una de jabalina, lo que señala que los guerreros probablemente portaban dos armas de asta, una arrojadiza y otra de estoque.

Pero el ejército de Alarico II no se enfrentó a unos rebeldes apoyados por algunos contingentes francos, sino al ejército de un hombre implacable que había ido forjando una hueste guerrera que estaba pariendo un reino.

LA BATALLA DE VOUILLÉ O EL ORIGEN DE DOS REINOS

La campaña de Vouillé

Ya hemos desgranado los acontecimientos que llevaron a la batalla del Campus Bogladensis (Vouillé) en abril de 507. Hemos contemplado la progresiva decadencia militar del reino visigodo desde su cénit con Eurico en 484 a la desesperada situación de Alarico en el invierno de 506-507 cuando comprendió que Clodoveo no iba a cumplir el tratado de paz que ambos firmaron en el verano de 506 en una isla del Loira cercana a la *civitas* de Ambiacum (Amboise). [180]

Vimos también cómo el apoyo que recibió Alarico II de su suegro, Teodorico I, rey de los ostrogodos, se limitó al campo diplomático, pues Teodorico, comprometido en el Danubio Medio en una sangrienta disputa con el emperador Anastasio I, no podía permitirse una guerra a gran escala en las Galias. Y vimos también cómo Anastasio I, deseoso de causar problemas a Teodorico I en su retaguardia y de quebrantar lo que podríamos llamar «bloque godo» envió embajadores a Clodoveo con oro y con la promesa de los títulos de patricio y cónsul a cambio de atacar a Alarico II y enfrentar la enemistad de Teodorico I.

Decidido a ir a la guerra, Clodoveo puso en marcha un plan para anular o, al menos entorpecer, cualquier posible auxilio ostrogodo a Alarico II. En 501, había logrado imponer tributo a los burgundios y ahora movió a su rey a asistirle en la próxima campaña contra los visigodos con el encargo de que el ejército burgundio lanzara un ataque en tres puntas sobre el reino visigodo que interceptara en Provenza la posible marcha de un ejército ostrogodo de auxilio, a la par que amenazara al levante del reino

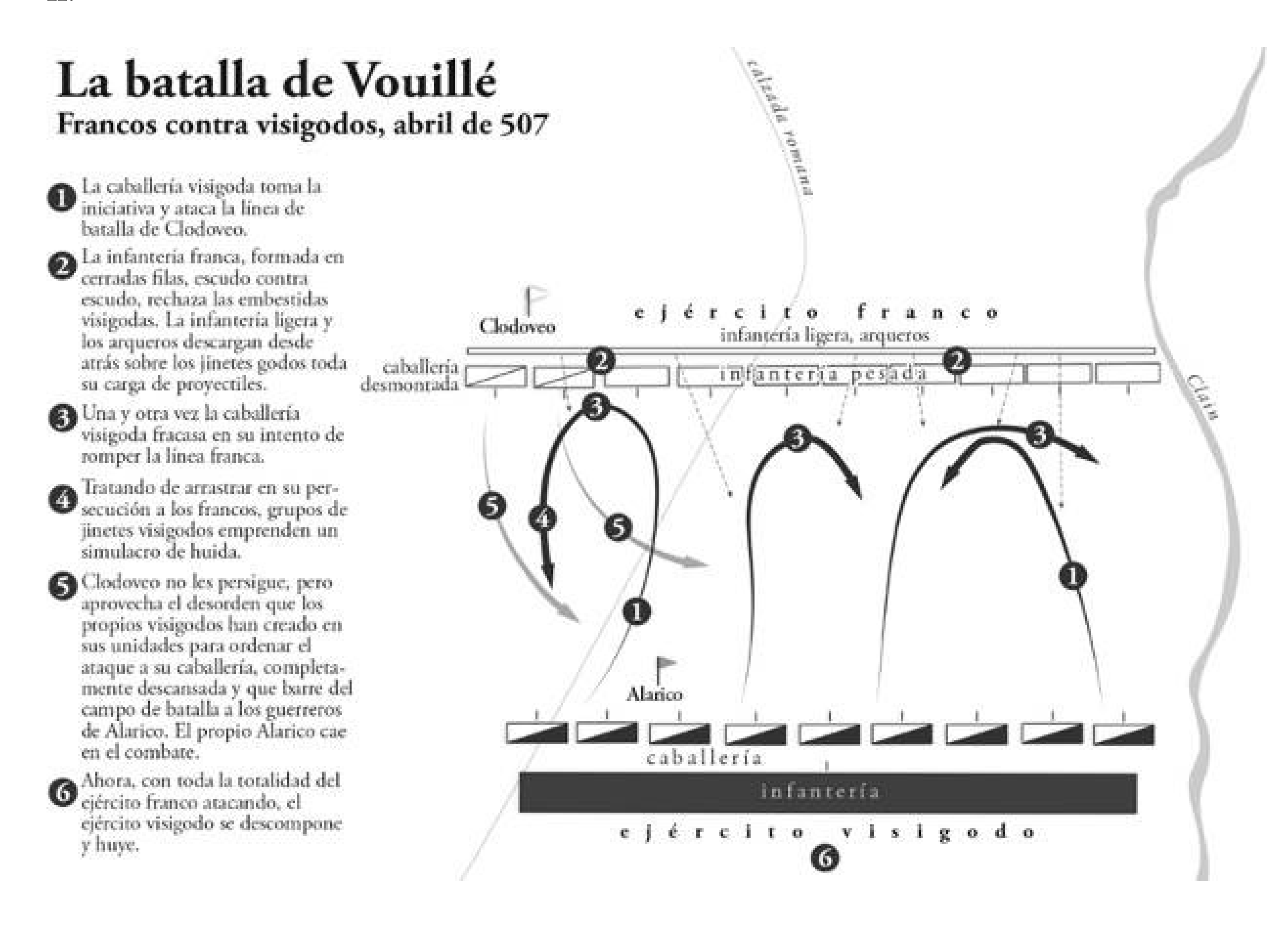
visigodo marchando sobre Augustoritum Limoges (Limoges) en el alto Vienne y Arelate (Arlés) la ciudad principal de la Narbonense. [181]

Clodoveo planeó poner en marcha las operaciones concertadas con los burgundios lo antes posible, pues, con ello, se quería impedir en lo posible la suma de tropas visigodas y ostrogodas. Estas últimas, acantonadas en esencia en Pavía, Milán y Rávena, se hallaban a 750 km del campo de batalla y su rey, Teodorico I, tardaría dos o tres semanas en tener noticia de que Clodoveo optaba al fin por la guerra y se ponía en marcha. Además, si se iniciaba la campaña en marzo, los pasos alpinos aún estarían cerrados y para los burgundios sería más fácil interceptar las pocas rutas de aproximación a Aquitania que eso dejaría al ejército ostrogodo.

El 1 de marzo de 507 Clodoveo convocó a su ejército en Lutecia. Junto a lo mejor de su *obsequium* –sus *antrustiones* y *pueri* –, estaban sus *leudes* con sus respectivas comitivas armadas, las milicias armadas de las *civitates* del reino y los guerreros tribales de los grupos de francos salios que le debían obediencia. Se les sumaron también los *trustes* de los reyes francos aliados como los ripuarios de Sigiberto de Colonia o los salios de Ragnachar de Camaracum, los contingentes de guerreros alamanes y turingios y, conforme se adentró en el país armoricano que se extendía entre el Sena y el Loira se le agregaron bandas de jinetes alanos y de guerreros bretones, sajones de Baiocasium (Bayeux), tropas armadas y ordenadas a la romana provenientes de las *civitates* y asentamientos de los antiguos soldados del ejército de campaña de las Galias y de los *limitanei* del *tractus Armoricani* y hombres provenientes de las colonias de *laeti* francos y sármatas. Con todo ello, es harto posible que Clodoveo reuniera un total que superaría los 15 000 hombres y que, sumados al ejército burgundio, que no bajaría de los 10 000 efectivos, le daba una superioridad numérica decisiva sobre Alarico II. Esta superioridad, Alarico solo podía contrarrestarla de dos formas: logrando la intervención directa ostrogoda a su favor y, en espera de que se le sumaran las tropas ostrogodas, evitando dividir sus tropas y llevándolas al combate contra Clodoveo antes de que los francos y burgundios convergieran.

Clodoveo, por su parte, sabía que la rapidez de movimientos sería clave. Así que debió de ponerse en marcha en la segunda semana de marzo. Desde Lutecia una buena calzada llevaba a Metlosedum y, de allí, paso clave del Sena, al valle del Loira. Clodoveo alcanzó el Loira en Turones, a la sazón centro religioso de las Galias. Clodoveo había puesto mucho interés en resaltar su compromiso con la Iglesia católica al prohibir a sus hombres tomar de las propiedades eclesiásticas cualquier cosa que no fuera «pasto o agua». Esta política se conjuntaba con el prestigio obtenido ante los galorromanos por Clodoveo al lograr el apoyo explícito del emperador, Anastasio I, y su reconocimiento como cónsul y patricio, esto es, como detentador legal del poder imperial en las Galias. Con todo ello y con el rápido avance sobre el norte de Aquitania,

se trataba de romper la fidelidad de la nobleza y el episcopado aquitano hacia Alarico II.



Clodoveo cruzó el gran río Loira en Turones y se dirigió hacia el este y el sur para afrontar el cruce del río Vienne, afluente del Loira, crecido por el deshielo y las copiosas lluvias primaverales, tan fuertes aquel año que las aguas habían arrastrado los puentes y borrado las señales que marcaban los vados. Clodoveo ordenó a sus exploradores que acecharan a los animales salvajes, sabedor de que el instinto de estos últimos les mostraría un vado practicable. Así fue, sus exploradores vieron cruzar el río a una cierva y fue por ese paso por donde Clodoveo cruzó el Vienne y tomó la calzada que llevaba a Pictabus. Pronto sus espías y exploradores le transmitieron la noticia de que Alarico II acampaba allí, en Pictabus, a la cabeza de su ejército y de que lo estaba esperando. Clodoveo ordenó entonces a su hueste no continuar, sino acampar a «diez millas de Pictabus junto a la orilla izquierda del Vienne y por encima del río Glinno [actual Clain], y en la calzada que llevaba de Pictabus a Namnetum (Nantes) en una llanura que recibía el nombre de Campus Bogladensis». Clodoveo pues, elegía el campo de batalla. [182]

Mientras tanto, Alarico II había movilizado todas las fuerzas que pudo. Las de Hispania estaban imposibilitadas para sumársele en una campaña tan temprana y lejana de sus bases y tampoco podía dejar sin guarniciones a las *civitates* que lindaban con el reino burgundio, pues ya sabía que iba a ser atacado por francos y burgundios y que estos, además, entorpecerían la llegada de sus aliados ostrogodos. Por ello, y aunque es muy probable que Alarico II pudiera llegar a contar en su reino con 20 000 hombres, no logró llevar consigo sino a unos 15 000 y, por tanto, las fuerzas de Clodoveo y Alarico II estuvieron muy igualadas. De hecho, y como veremos, Alarico II buscaba con ansia la batalla y esto ofrece a poco que se medite sobre ello, dos evidencias: que no era inferior en fuerza a su enemigo y que era consciente de que para ganar la guerra necesitaba dejar fuera de combate lo antes posible al ejército franco.

Así que reunió apresuradamente a su *exercitus* , a sus gardingos, a las comitivas de los *duces* y *comites* del *exercitus* y a la *tiufada* , a la leva armada de sus *servi dominici* , y los condujo desde Tolosa hacia el norte agregándoles fuerzas provenientes de las guarniciones de las principales ciudades y fortalezas y de los contingentes de los duques provinciales a la par que se le sumaban las fuerzas del *hostis* o ejército de leva, integradas por los propietarios y hombres libres visigodos, por *comitati* armados de nobles y obispos visigodos y galorromanos y las milicias de las *civitates* de Aquitania y Auvernia, aunque es probable que no las de la Narbonense, pues esta última esperaba un inminente ataque burgundio.

A primeros de abril, Alarico II ya estaba en Pictabus. Allí había comunidades de *laeti* sármatas y taifales que, sin duda y al igual que los federados alanos del sur, se le sumarían y reforzarían la caballería visigoda, superior a la franca.

Alarico II pretendía interceptar allí, en Pictabus, a Clodoveo y con ello salvaguardar su reino y disuadir a las *civitates* y nobles galorromanos del norte de Aquitania de cualquier amago de defección.

Pero Alarico II no contaba con algo importante: el tiempo. Y Clodoveo sí contaba con tiempo. En efecto, este, ya lo hemos visto, se detuvo no bien fue informado de que Alarico II ya estaba en Pictabus. Eligió un campo que favorecía a su fuerza, principalmente de infantería, pero con una potente caballería armoricana compuesta por jinetes alanos y sármatas y por caballeros galorromanos herederos de las unidades de caballería de los tiempos de Aecio, Egidio y Siagrio, así como por lo más granado del *truste* real y de las comitivas de sus *leudes* . Por lo tanto, necesitaba un campo de batalla en el que pudiera formar en orden cerrado a su infantería: un muro de escudos que soportara las previsibles cargas de la caballería goda y las descargas de los más numerosos arqueros enemigos y que contara con uno de sus flancos a cubierto, el que se apoyaba en la ribera izquierda del Vienne, mientras que el otro, el derecho, quedara

protegido por sus jinetes, prestos a desplegarse y contraatacar, cuando lo requiriera la batalla y protegidos a su vez por la proximidad de las riberas del Clain.

Elegido el campo, Clodoveo dispuso además de días enteros para mejorarlo y contó, además, con otra ventaja suplementaria: un mejor servicio de observación y espionaje. En efecto, Alarico II tenía a su hueste en Pictabus, donde afirma Procopio que esperaba al ejército ostrogodo y que fue incapaz de disciplinar a sus nobles que deseaban ganar para ellos solos la fama y el botín sin compartirlos con los aliados ostrogodos. Procopio, sin duda, esperaba desacreditar a los godos, pero su relato es poco plausible. Alarico II sabía muy bien que los ostrogodos estaban muy lejos; en esos momentos, el ejército ostrogodo estaba reuniéndose en Pavía y aún no había cruzado los Alpes, así que, con suerte, llegaría a Pictabus en mayo y él no podía esperar tanto.

En consecuencia, decidió abandonar su fuerte posición en Pictabus y avanzar sobre Clodoveo para tratar de sorprenderlo, una táctica muy parecida a la que, cuarenta y cinco años más tarde, trató de poner en marcha el rey ostrogodo Totila en Sena Gálica. No salió bien. Decidido el ataque a la mañana siguiente, Alarico II no pudo impedir que los espías francos informaran del mismo a Clodoveo esa noche mediante una gigantesca hoguera que prendieron junto al santuario de San Hilario. El episodio, recogido en varias fuentes y dotado *a posteriori* de tintes milagrosos, muestra la calidad del «servicio de información» franco y que en el campo visigodo debían abundar los traidores.

Por la mañana, cuando Alarico II condujo a sus tropas a toda prisa para cubrir los 14 km que lo separaban de Clodoveo, se encontró al ejército de este formado en línea de batalla. [183]

La batalla del Campus Bogladensis

Aunque algunos estudiosos han querido poner en duda la concordancia del Campus Bogladensis con la actual Vouillé sugiriendo Voulon como posible alternativa, la precisión del casi contemporáneo Gregorio de Tours y del *Liber historiae Francorum* no deja lugar a dudas: en la orilla izquierda del Vienne, por encima del río Clain, a diez millas de Pictabus, en la calzada que iba de esta a Namnetum, solo puede corresponder con la actual Vouillé. [184]

Clodoveo formó a lo mejor armado de su infantería en un denso muro de escudos que iba desde la orilla del río hacia la calzada y más allá en dirección al cercano Clain. Allí estaban muchos de sus *antrustiones* y *pueri* desmontados y sirviendo a modo de infantería pesada. Con ellos, lo mejor de las levas tribales y de las comitivas de los *leudes* del rey y, tras ellos, los arqueros, honderos e infantes pobremente armados de las milicias de las *civitates* y de los secuaces de la nobleza. En el ala derecha, en dirección al

Clain, se formaba la caballería. Lo más seguro es que estuviera desmontada, pero con los caballos a mano.

La táctica de Clodoveo consistía en recibir y desarticular la carga de la caballería visigoda y de su infantería ligera. Los godos chocarían con su línea y serían rechazados tanto por la dureza y combatividad del muro de escudos, como por la lluvia de flechas, proyectiles de honda y venablos que les arrojarían desde atrás la infantería ligera franca. Cuando los visigodos retrocedieran en desorden, Clodoveo daría la orden de montar a su ala derecha y caería sobre el flanco y el centro enemigo.

Por su parte, Alarico II comenzaba la batalla con tres desventajas de partida: la primera era que su ataque no contaba con el esperado factor sorpresa; la segunda era que su caballería solo podría tratar, bien de romper el centro enemigo, bien de rodear su flanco derecho, pues el río Vienne impedía hacer lo propio con el izquierdo; y, la tercera, era que sus tropas llegaban a la batalla tras marchar 14 km, mientras que enfrente tenía hombres y caballos descansados.

Pero no le quedaba más remedio que combatir. Retirarse a Pictabus era impensable y peligroso.

A mediodía se desató el infierno. Alarico II debió de formar a su caballería, sobre todo lanceros y algunos arqueros montados, en primera línea, y su infantería, numerosa pero de inferior calidad, en una segunda línea.

El modelo táctico esbozado fue el seguido repetidamente por los ostrogodos en Italia frente a los bizantinos y, dada las similitudes entre visigodos y ostrogodos en los inicios del siglo VI, creemos que es harto probable que fuera el adoptado por Alarico II ya que cuadra muy bien con lo poco que sabemos de cierto sobre la batalla.

Se precipitó la caballería visigoda, seguida por la infantería, y cargó una y otra vez contra los francos que, con lluvias de flechas y proyectiles de honda, en una primera fase de la carga, y con franciscas y angones cuando ya se precipitaba sobre ella, diezmaba sus filas antes de que estas lograran trabarse en combate cuerpo a cuerpo.

En un momento dado, Alarico II trató de poner en marcha la táctica de la «retirada fingida» para romper el orden enemigo y poder coger a los francos por sorpresa, pero Clodoveo no cayó en la trampa y cuando la caballería goda se hallaba en pleno desorden tras el fracaso de maniobra tan compleja y arriesgada, mandó montar a sus jinetes y cargar.

La carga de la caballería franca, que hasta entonces peleó desmontada y, por ende, con sus caballos frescos, fue brutal e imparable. El propio Clodoveo la conducía y llevó

a sus mejores hombres contra los gardingos y guardias de Alarico II. Este peleó con valor, pero no pudo parar aquel golpe. Clodoveo, abriéndose paso a golpe de lanza y espada, logró herir de muerte con su propia mano a Alarico II, aunque a costa de recibir a su vez el formidable ataque de dos gardingos visigodos que le hirieron con sus lanzas y de los que solo pudo salvarse gracias a la calidad de su armadura romana y a la rapidez de su caballo de batalla. Pero todo estaba perdido para los godos. Con su rey muerto y sus líneas definitivamente rotas por el fracaso de su retirada fingida y de la contracarga de la caballería franca, no pudo rehacerse ni oponer resistencia organizada al avance de la infantería franca.

Las bajas sufridas por el ejército visigodo fueron desoladoras. Una fuente contemporánea, el poeta Venancio Fortunato, hablará de «montones de cadáveres» sobre el campo de batalla. Por su parte, Gregorio de Tours mencionará las grandes pérdidas sufridas por los visigodos y en particular por los contingentes de Auvernia, algo que también subrayará el autor del *Liber historiae Francorum* , y las vidas de dos santos que participaron en la batalla del lado visigodo, la *Vita sancti Aviti* y *Vita Eptadii presbyteri Cervidunensis* , señalan la gran cantidad de prisioneros hecha por los vencedores. [185] La facilidad con que Clodoveo actuó en los siguientes meses y la escasa resistencia que los visigodos pudieron oponer a sus avances, así lo demuestran. Vouillé fue un desastre para el pueblo visigodo. El *exercitus* del reino de Tolosa quedó aniquilado en Vouillé.

Tras la batalla, Clodoveo dividió su ejército en dos columnas: una operó bajo sus órdenes directas y la otra quedó al mando de su hijo Teodorico. Este último se encargó de someter Auvernia, mientras que Clodoveo avanzó sobre las Aquitanias Prima y Secunda donde tomó y sometió las *civitates* y ocupó Burdigala, ciudad donde invernó.

En primavera, el ejército franco asedió Tolosa, la capital enemiga y la tomó apoderándose de buena parte del tesoro real, con lo que dio inicio a la conquista de la Narbonense, la última región de las Galias en la que aún se sostenían los visigodos. Para ese entonces, los aliados de los francos, los burgundios, ya habían logrado tomar Narbo Martius y avanzaban sobre Carcasona en donde se reunieron con Clodoveo. Pero allí, el avance imparable de Clodoveo se detuvo.

En efecto, ni siquiera la conjunción de francos y burgundios ante las murallas de Carcasona logró rendir esta última. Los visigodos luchaban con brío y esperaban la pronta llegada de sus aliados ostrogodos que, al fin, se aproximaban.

El ejército ostrogodo logró atravesar el Ródano y levantar el asedio burgundio de Arelate. Luego marchó sobre Carcasona y Clodoveo no tuvo más remedio que retirarse hacia Tolosa y Burdigala.

Era el final de la campaña y de la guerra. El reino visigodo de Tolosa estaba destrozado: los aliados ostrogodos habían salvado sus restos e impondrían en el trono al nieto de su rey Teodorico: Amalarico. Pero a cambio se anexionarían la Provenza, mientras que los francos se quedarían con las Aquitanias y con la Narbonense I. Tan solo la Septimania quedó en manos visigodas que tuvieron ya que trasladar de forma definitiva su centro a Hispania y fundar allí los cimientos de lo que iba a ser el reino de Toledo, el primer reino hispánico.

Esa misma primavera de 508, tras el fracasado sitio de Carcasona, un Clodoveo exultante llevó a su victorioso ejército hasta Tours. Allí, en el corazón religioso de las Galias, celebró su triunfo a la manera romana y ante la vista de su ejército, del pueblo y de los enviados del emperador, de los que recibió oro, vestiduras triunfales y los *codicilli* con sus nombramientos imperiales como patricio y cónsul, se invistió con el poder legítimo en las Galias, [186] pues el emperador así se lo reconocía. Francia daba su primer paso en la historia.

Notas

1 Gregorio de Tours, *Historias* , II.37.

2 Collins, R., 2000, encabezado del capítulo 6 y 119-120 y 141-142.

3 La realidad de los ejércitos de finales del siglo V y del siglo VI es mucho más compleja de lo que imaginara Roger Collins: Collins, R., 2000, 119 y ss. Al respecto, véase Bachrach, B. S.: «The Imperial Roots of Merovingian Military Organization», 25-31; Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis», 689-703.

4 García Moreno, L. A.: «La idea de España en la época goda», 41-60; Bronisch, A. P.: «El concepto de España en la historiografía visigoda y asturiana», 9-42.

5 MacGeorge, P., 2002, 63-73.

6 Bachrach, B. S., 1972, 15-16.

7 Soto Chica, J.: «El reino de Toledo y sus relaciones externas», 20-25.

8 MacGeorge, P., 2002, 82-110 para Egidio y 111-158 para Siagrio y en especial 135-158 para el ejército de Egidio y Siagrio.

9 Prisco de Panio, *Historia* , frag. 39.

10 Gregorio de Tours, *Historias* , I, 18-19.

11 Heather, P., 2006, 453, 465-466, 540-542.

12 Heather, P., 2010, 174-180, 262-283 y, sobre todo, 286-291.

13 Bachrach, B. S., 1973; Bachrach, B. S.: «The Alans in Gaul, 476-489», 10-11.

14 MacGeorge, P., 2002, 135-159.

15 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 18-19.

16 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 12.

17 MacGeorge, P., 2002, 82-110 y 135-158; Childéric, J. E.: «Syagrius et la disparition du royaume de Soissons», 9-12; Bachrach, B. S., 1972, 2-4.

18 Gregorio De Tours, *Historias* , II, 12.

19 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 32 y II, 40-42; Bachrach, B. S., 1972, 8-14.

20 Sidonio Apolinar, *Cartas* , IV.XVII.

21 Bachrach, B. S., 1972, 3-8.

22 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 27; MacGeorge, P., 2002, 110-136 y 153-159; Childéric, J. E.: «Syagrius et la disparition du royaume de Soissons»; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-4; Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis»; Bachrach, B. S., 1972, 2-12.

23 Bachrach, B. S.: «The Imperial Roots of Merovingian Military Organization»;Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis».

24 Bachrach, B. S., 1972, 3-16; MacGeorge, P., 2002, 135-158; *Notitia dignitatum, In partibus occidentis* , IX; *Liber historiae Francorum* , 1, 11-12 y 1, 14-15, en Bachrach, B. S., 1973; MacMullen, R., 1963; Stroheker›s, K. F., 1946, 47-48; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-4; Bachrach, B. S.: «The Imperial Roots of Merovingian Military Organization»; Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis».

25 Procopio de Cesarea, V.12.9-19.

26 Vida de Santa Genoveva de París, cap. 35-40, donde la santa parte junto con una flotilla naval dirigida por un tribuno para remontar el Sena y el Aube y alcanzar la ciudad de Artiaca (Artis sur Aube) para recoger allí tributos en forma de alimentos para París. París, Parisius, la antigua Lutecia Parisiorum, era el asiento de una *classis* fluvial: *Notitia dignitatum, In partibus occidentis* , XLII, *In Gallia, in provincia Lugdunensis Senonia: Praefectus Classis anderetianorum, Parisius* .

27 Bachrach, B. S. «The Origin of Armorican Chivalry», 166-171; Bachrach, B. S.: «The Imperial Roots of Merovingian Military Organization»; Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis».

28 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 38; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-11; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 11-43; McCormick, M.: «Clovis at Tours, Byzantine Public Ritual and the Origins of Medieval Ruler Symbolism», 155-180; Ruggini, L. Cr.: «Les généraux franc aux IVe-Ve siècles et leurs groupes aristocratiques», vol. 1, 673-688; Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry», 166-171; Mathisen, R. W.: «Clovis, Anastasius, and Political Status in 508 C. E.: The Frankish aftermath of the Battle of Vouillé»,

79-110.

29 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 27 y II, 29-31; Bachrach, B. S., 1972, 4-16; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-11; Shanzer, D. R.: «Dating the Baptism of Clovis: The Bishop of Vienne vs. the Bishop of Tours», 29-57; Mathisen, R. W.: «Clovis, Anastasius, and Political Status in 508 C. E.», 79-110.

30 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 32-34; Bachrach, B. S., 1972, 8-9; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-6.

31 Bachrach, B. S., 1972, 9-10.

32 Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 29-35; Pérez Sánchez, D.: «El ejército y el pueblo visigodo desde su instalación en el Imperio hasta el Reino visigodo de Tolosa», 249-269.

33 Sidonio Apolinar, *Epístolas* , III.IX; Jordanes, *Getica* , XLV, 237-238.

34 Sidonio Apolinar, *Epístolas* , VIII.IX.5.

35 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 3-7; López Quiroga, J. y Catalán Ramos, R.: «El registro arqueológico del "equipamiento militar" en Hispania durante la Antigüedad Tardía», 418-431; García Moreno, A. L.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 43.

36 Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 46-52; García Moreno, A. L.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 57-59; Orlandis, J.: «Los romanos en el ejército visigodo», 126; Pérez Sánchez, D., 1989, 53-73.

37 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 6.

38 Rouche, M., Dumézil, B., 2008, 371 y ss.

39 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 4.

40 *Ibid* ., 4-5.

41 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 26.

42 Fuentes Hinojo, P., 1995, 295-296.

43 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 35.

44 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», 6-7.

45 *Ibid* ., 6-7.

46 Casiodoro, *Variae* , 3.4.3-4, en Barnish, S. J. B., 1992.

47 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 12-41.

48 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 410-416, 413; Perin, P, Feffer, L. Ch., 1997, 325; Bachrach, B. S., 1972, 1-3.

49 Gregorio de Tours, *Historias* , V, 15; Bachrach, B. S., 1972, 17 y, en especial, la nota a pie de página.

50 Bachrach, B. S., 1972, 7-8.

51 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 40-42; Bachrach, B. S., 1972, 12-13.

52 Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry».

53 Liber landavensis, en Rees Llandovery, W. J., pp. 106-107; Vida de san Teliau, en Loth, J.: «La vie de Saint Teliau», 80-85; Regino de Prüm, Cronicón*, en Kurze, F., 1890* ; Nithard, Historia, III, 6, en Lauer, Ph., 1964; Gregorio de Tours, scap. 60, en Arndt, W. Krusch, B., 1885; Ermoldo el Negro, *Poema sobre Ludovico Pío* , 1628 y ss., en Farai, E., 1965; Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , VI, 123, en De Cuenca y Prado, L. A.

54 Ermoldo el Negro, *Poema sobre Ludovico Pío* , 1494, 1659, 1628-1706; Regino de Prüm a. D., 889.

55 Procopio de Cesarea, V, 12.14-19.

56 Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry»; Bachrach, B. S.: «The Alans in Gaul, 476-489», 10-11; Bachrach, B. S., 1972, 2-3.

57 Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , VI, 123.

58 Bachrach, B. S.: «The feigned retreat at Hastings», 344-348.

59 La obra clásica sobre el tema sigue siendo la de Marc Bloch: Bloch, M., 2017.

60 Agatías de Mirina, *Historias* , I, 3, 3-4.

61 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 31.

62 Bachrach, B. S., 1972, 13-14; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 413.

63 Bachrach, B. S., 1972, 13-15.

64 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 413.

65 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 42.

66 Bachrach, B. S., 1972, 16-17; Stroheker›s, K. F., 1946; MacMullen, R., 1963.

67 MacMullen, R., 1963.

68 César, Guerra de las Galias, IV.1, en García Yebra, V, Escolar Sobrino, H., 1989.

69 Gregorio de Tours, *Historias* , III, 1 y 4; IV, 10 y VI, 12.

70 Bachrach, B. S.: «Wasthe Marchfield Par of the frankish constitution?», 78-85.

71 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 413; Bachrach, B. S.: «Wasthe Marchfield Par of the frankish constitution?»; Nicolle, D., 2011, 25-26.

72 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 4.10.

73 Agatías de Mirina, *Historias* , I, 7.9.

74 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 5.1-4.

75 Musset, L., 1982, 216-217; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 412.

76 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 6-9; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI.3, 245-246.

77 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI.3, 245-246.*

78 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI.3, 245-246.*

79 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 413.

80 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 413; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37. Constata la existencia de tropas francas «peleando a distancia» en Vouillé y, de ello, se infiere la existencia de arqueros, honderos o tropas ligeras lanzando venablos.

Menos claro aún Procopio de Cesarea, VI, 25. Por su parte, Agatías, Agatías de Mirina, *Historias* , II, 5.1-9 describe exhaustivamente el armamento franco y señala la no existencia de arqueros y honderos. De ahí que su importancia tuviera que ser residual.

81 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 5.4.

82 *César, Guerra de las Galias , VI, 35.*

83 Las cuatro unidades del ejército romano que aparecen designadas con el nombre étnico de *francorum* son: *ala prima francorum* , bajo el mando del *dux* de la Tebaida, Egipto, Ala VIII Flavia francorum, bajo las órdenes del *dux* de Mesopotamia, Ala prima francorum, a las órdenes del *dux* de Fenicia y la Cohors VII Francorum, que servía bajo las órdenes del *dux* de la Tebaida y que es la única unidad franca de infantería de origen étnico franco que aparece listada en la *Notitia dignitatum* . Ver *Notitia dignitatum, Partibus Orientis* , XXXI, XXXII, y XXXVI. Bachrach, B. S., 1972, 14-15, comete el error de afirmar que las cuatro unidades francas listadas en la *Notitia dignitatum* eran *alae* de caballería, pero es evidente que la Cohors VII Francorum no es un *ala* de caballería, sino una unidad de infantería. No obstante, este despiste no invalida su argumentación sobre la importancia de la caballería entre los francos.

84 Gregorio de Tours, *Historias* , II.37.

85 Bachrach, B. S., 1972, 14-16.

86 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 1-10.

87 Procopio de Cesarea, VI, 25.1 y ss.

88 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI.3, 245-246.*

89 Nicolle, D., 2011, 25-26.

90 Agatías de Mirina, *Historias* , I, 21.3-9.

91 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 21.3-6.

92 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI, 3, 245-246.*

93 Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 18; V, 7 y V, 15.

94 Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry»; Bachrach, B. S. «The Alans in Gaul. 476-489», 10-11; Bachrach, B. S., 1972, 2-3; Bachrach, B. S.: «The feigned retreat at Hastings».

95 Procopio de Cesarea, VI, 25.1 y ss; Kazanski, M.: «L’armée et l’armement en Gaule au temps

Barbares», 412-413.

96 Halsall, G., 2003, 155-162.

97 *Ibid .* , 163-164.

98 *Ibid .* , 164.

99 Bachrach, B. S., 1972, 3-4; Childéric, J. E.: «Syagrius et la disparition du royaume de Soissons», 9-12; MacGeorge, P., 2002, 138-140.

100 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 411-412; VV. AA., 2017, 53; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 411-412.

101 VV. AA., 2017, 53.

102 Procopio de Cesarea, VI, 25.1 y ss.

103 Halsall, G., 2003, 164-165.

104 San Isidoro de Sevilla, *Etimologías* , 18, 6-9, en Díaz Díaz, M., 2000; VV. AA., 2017, 53; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 412; Hübener, W.: «Eine Studie zu den beilwaffen der merowingerzeit».

105 Procopio de Cesarea, VI, 25.1 y ss.

106 Halsall, G., 2003, p165.

107 Chronica Caesaragustana, a. D. 531, en Collins, R.: «An historical commentary on the consularia Caesaragustana».

108 Halsall, G., 2003, 164-165.

109 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 412; Perin, P., Feffer, L. Ch., 1997, 99; Von Schnurbein, S.: «Zum Ango», 411-433.

110 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 5.5-8.

111 Czytelnia Czasopism, P.: «Huns, germans, byzantines? The origins of the narrow bladed long Seaxes», 131-164; Kazanski, M.: «Barbarian military equipment and its evolution in the late roman and great migration periods. 3rd-5th C. A. D.», 493-522; Farrokh, K.: «Shadows in the desert. Ancient Persia at war», 219-220; Soto Chica, J. 2015, 228; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 412; VV. AA., 2017, 53.

112 Halsall, G., 2003, 168-169, señala la divergencia entre los textos anglosajones, longobardos y francos, principalmente épicos y legales, y los bizantinos. De los primeros se deduciría una relativa abundancia del uso de la armadura y el yelmo, de los segundos su rareza. El registro arqueológico parece apoyar más a los segundos que a los primeros.

113 Halsall, G., 2003, 167-168.

114 *Ibid* ., 170-171.

115 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 412-413; VV. AA., 2017, 53.

116 Halsall, G., 2003, 169.

117 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 5.1-3; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI.3, 245-246; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 412-413.

118 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 9.12.

119 Lex Ripuaria, XL, en Asia, A. O y Domínguez, C. R., 2018.

120 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 26; Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude», 3.

121 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 32.

122 Mathisen, R. W.: «The First Franco-Visigothic war and the prelude», 5-7 y 9-10.

123 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 4.5-7.

124 Gregorio de Tours, *Historias* , III, 3.

125 Vida de santa Genoveva de París, 35-40.

126 Vida de santa Genoveva de París, 34-41.

127 Bachrach, B. S.: «Was the Marchfield Par of the frankish constitution?»; Introducción a la historia de los francos de Gregorio de Tours de Herrera Roldán, P., 2013, 23-26.

128 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 4.1-8; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI, 3, 245-246.

129 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 4.2-4.

130 Gregorio De Tours, *Historias* , V, 19.

131 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37.

132 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 27; Crónica de Fredegario, III.16.

133 Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 47, IV, 48-49, V, 19, V, 49, entre otros muchos ejemplos.

134 Gregorio de Tours, *Historias* , IV, 6 y IV, 13, V, 4, V, 14, V, 47-49 y VI, 46, entre otros ejemplos y véase también Introducción a la historia de los francos de Gregorio de Tours de Herrera Roldán, P., 2013, 23-26.

135 Introducción a la traducción de P. Herrera Roldán de la historia de los francos de Gregorio de Tours, 2013, 24-26; Halsall, G., 2003, 42-49; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 413.

136 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI, 3, 245-246.*

137 Musset, L., 1982, 165-167.

138 Halsall, G., 2003, 43-48.

139 Procopio de Cesarea, V, 12.14-19.

140 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 31.

141 Brunt, P.: «Did Imperial Rome Disarm Her Subjects?», 260-70; Bachrach, B. S.: «Merovingian mercenaries and paidsoldiers in imperial perspective», 167-92; Ruggini, L. Cr.: «Les généraux franc aux IVe-Ve siècles et leurs groupes aristocratiques», vol. 1, 673-688; Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis».

142 Bachrach, B. S.: «Was the Marchfield Par of the frankish constitution?».

143 Lot, F., 1945, 128; Dominique, J., 1996, 38.

144 Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis»; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 31.

145 Al respecto del cuidado y prevenciones que se debe de tener con las cifras medievales de ejércitos es ilustrativo leer el capítulo correspondiente de Halsall: Halsall, G., 2003, 120-134. Por nuestra parte no somos tan pesimistas como Halsall y creemos que el autor cae en una hipercrítica estéril. Ciertamente tratar con textos antiguos y medievales exige contrastar,

confrontar y someter a la lógica militar las cifras y datos, pero esa misma lógica militar y la abundancia de datos, permiten tamizar y aclarar la cuestión hasta llevarla a soluciones razonables.

146 Bachrach, B. S., 1972, 3-4.

147 Prisco de Panio, *Historia* , frag. 39; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 27.

148 Bachrach, B. S., 1972, 2-10; Prisco de Panio, *Historia* , frag. 39; MacGeorge, P., 2002, 136-145 y 153-158; Childéric, J. E.: «Syagrius et la disparition du royaume de Soissons»; Kurth›s, G."Clovis" 2 2 vols. París, 1901, Vol I. pp. 237-286; Gregorio de Tours, *Historias* , II, 30-32.

149 Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry»; Bachrach, B. S.: «The Imperial Roots of Merovingian Military Organization»; Bachrach, B. S.: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis».

150 Gregorio de Tours, *Historias* , VI, 31 y VIII, 32; Juan de Biclaro a. D. 589, en Campos, J., 1960.

151 Agatías de Mirina, *Historias* , I, 7.9.

152 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 4.10.

153 Soto Chica, J., 2015, 38; Treadgold, W., 1995. 60 y ss; Soto Chica, J.: «Narsés y la conquista de Italia. (552-554)», 46-52.

154 MacMullen, R., 1963.

155 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI, 3, 245-246.*

156 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 35-36. Confróntese con lo que cuenta Gregorio de Tours, nuestra única fuente para la batalla propiamente dicha, pues las demás o solo son útiles para la campaña o se basaron en el relato de Gregorio de Tours. Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37.

157 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI, 3, 245-246.*

158 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 8.8-9.

159 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37.

160 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 9-1-12.

161 *Strategikon de l Pseudo-Mauricio , XI, 3, 245-246.*

162 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul». pp. 31-37; Halsall, G., 2003, 200, quien, como señala Bachrach, no termina de entender la batalla.

163 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 1-9.

164 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 29-30; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 46-52, ofrece una puesta al día de la cuestión con abundante bibliografía.

165 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37, quien sobrevivió a la batalla y siguió ostentando gran poder e influencia bajo el gobierno franco: Gregorio de Tours, *Historias* , III, 2 y Vida de san Avito, IV, 361-362, en VV. AA., 1894; Breviario de Alarico, IX, 14.2, en Koenigswarter, L. J., 1853; Código de Eurico, 31. Bachrach, B. S.: «Merovingian mercenaries and paid soldiers in imperial perspective», 167-92; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul» 29-30; Brunt, P.: «Did Imperial Rome Disarm Her Subjects?», 260-270.

166 García Moreno, A. L.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 51-53; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 24-26.

167 Kazanski, M.: «L’armée et l’armement en Gaule au temps Barbares», 414-415.

168 García Moreno, A. L.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 45-46; Gárate Córdoba. J. M., 1981, 303.

169 García Moreno, A. L.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 47-53; García Moreno, L. A., 1974, 65-155; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 24-30; Muñoz Bolaños, R., 2003, 15-23.

170 Amiano Marcelino, *Historia* , XXXI, 15.15.

171 La participación de los ejércitos privados en la defensa del Estado quedó ya establecida en el Código Teodosiano que los regula con cuidado: CTH, 7.18.14 y 9.14.2 y tanto Eurico como Alarico II dedicaron leyes a regular y establecer dicha participación y ámbito de los ejércitos particulares: Breviario de Alarico, IX, 14.2 y Código de Eurico, 31. Para Anaolso y los demás ejemplos de ejércitos privados visigodos, véase: Hidacio, a. D. 430, 457 y 463; Procopio de Cesarea, V, 12.49-53; García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 48-50 y 57-61.

172 Kazanski, M.: «L’armée et l’armement en Gaule au temps Barbares», 414-417.

173 L, IX.2.9.

174 López Quiroga, J., Catalán Ramos, R.: «El registro arqueológico del “equipamiento militar” en Hispania durante la Antigüedad Tardía», 418-421.

175 Pinar Gil, J.: «Sepulturas con depósito de armamento en el paisaje hispánico y sudgálico (*ca* . 450-520 Ad). Una primera reflexión de conjunto», 89-99.

176 López Quiroga, J., Catalán Ramos, R.: «El registro arqueológico del "equipamiento militar" en Hispania durante la Antigüedad Tardía», 418-422.

177 *Ibid* ., 418-432; Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 414-417; García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 59-61; Vizcaíno Sánchez, J.: «Coraza laminar protobizantina procedente de Carthago Spartaria (Cartagena)», 195-210.

178 Kazanski, M.: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», 414-415; García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 48; Julián de Toledo, *Historia Wambae* , 15, en Velasco, T, 1981.

179 Julián de Toledo, *Historiae Wambae* , 7-34.

180 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 35.

181 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 31-32.

182 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37 y *Liber historiae Francorum* , I, 17, 50-53; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 32-33.

183 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37 y *Liber historiae Francorum* , I, 17, 51-54; Procopio de Cesarea, V.12.1 y ss.; Venancio Fortunato, Liber de virtutibus Sancti Hilarii, 7.20.9, en Krusch, B., 1961; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 31-34.

184 Mathisen, R. W.: «Vouillé, voulon, and the location of Campus bogladensis», 43-62.

185 Gregorio de Tours, *Historias* , II, 37 y *Liber historiae Francorum* , I, 17, 52-55; Procopio de Cesarea, V, 12.1 y ss.; Venancio Fortunato, Liber de virtutibus Sancti Hilarii, 7.20.9; Vida de san Avito, 4; *Vita Eptadii presbyteri Cervidunensis* , 8-12, en Krusch, B., 1896; Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 34-36.

186 Bachrach, B. S.: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», 36-41.

4

Las batallas de los dos dragones

Britanos y anglosajones

[…] De esta manera eran abatidas las ciudades con las continuadas embestidas de los arietes, mientras brillaban las espadas y las llamas crepitaban por todas partes y los habitantes, junto con los obispos y los sacerdotes, eran derribados al suelo. Triste visión la de ver desmoronadas sobre las calles las piedras de las altas torres, las de los muros y hasta las de los sagrados altares, todas ellas confundidas entre sí y con restos de cuerpos humanos cubiertos de roja sangre coagulada, yaciendo todo en una horrible confusión […] Y así, los que no querían ser destruidos por completo tomaron sus armas y a las órdenes de Ambrosio Aureliano, desafiaron en batalla a sus enemigos. [1]

Gildas, De *Excidio Britanniae* , II,24-25.

BRITANIA Y LOS DOS DRAGONES

La idea que tenemos de Britania en el siglo V es la de una provincia romana abandonada a su suerte y que se precipitaba a un caos de barbarie y destrucción del que emergieron en el siglo X la Inglaterra y la Escocia medievales prestas a «engullir» lo poco que los antiguos britanos habían podido salvar: los pequeños reinos galeses, Cornualles (Kernow) y el Reino de Strathclyde. Según esta vieja idea, cuando los romanos abandonaron a su suerte las provincias de la diócesis britana, los poco romanizados habitantes del país fueron incapaces de oponer una resistencia eficaz contra la marea arrolladora de invasores bárbaros: anglos, sajones, jutos y frisios por el este, escotos y pictos por el norte y el oeste. En pocos años todo sucumbió y solo en las montañas y colinas más inaccesibles se pudieron salvar unos disminuidos britanos embrutecidos y empujados al salvajismo. Felizmente, en el siglo VII los misioneros enviados por Roma hicieron retornar a las tierras de Britania a la civilización.

La realidad es mucho más compleja, rica y sorprendente. En los últimos años un mejor estudio de las escasísimas fuentes documentales y la reevaluación de los testimonios arqueológicos y su constante incremento han mostrado que los britanos abandonados por Roma fueron muy capaces de organizar una exitosa resistencia, que mantuvieron lazos bastante sólidos con el Imperio romano de Occidente, con Irlanda, con los reinos bárbaros de la Galia y aún con el Mediterráneo y Bizancio, y que, en

esencia y hacia 535, Britania y sus reinos no eran una excepción en el mundo posrromano, sino un entorno muy similar al que por esas mismas fechas se podía encontrar en la Galia o Hispania. El giro, desastroso para los britanos, comenzó a producirse a partir de 536 y se acentuó e hizo irreversible durante el periodo que va de 547 a 634. Tras ese intervalo de catástrofes naturales, epidemias y guerras desafortunadas, los reinos britanos quedaron relegados al extremo oeste de Britania, mientras que los reinos de anglos y sajones, hasta el año 536 marginales y confinados a las costas orientales y sudorientales de la isla, se expandieron con rapidez y lograron, ahora sí, destruir el dominio britano en el centro y norte de la vieja Bridain, Britania, y relegar a los estados britanos a las tres regiones antes mencionadas: Gales, Cornualles y Strathclyde. Este último, disminuido tras sus derrotas ante los anglos, sucumbiría al final a inicios del siglo XI y quedaría sumergido por el reino de Escocia. Cornualles sería anexionado a Inglaterra en el siglo X y los reinos galeses terminarían su historia de resistencia a finales del siglo XIII para pasar, asimismo, a Inglaterra.

Nennio, un monje que escribió hacia 830 una suerte de historia de los britanos, el cual define su trabajo como «Un amontonamiento de datos que he podido rescatar», cuenta una curiosa historia datada hacia 455 en la que el rey britano Vortigern contempla un prodigio en el que se podía ver una bélica alegoría de lo que era la Britania de su tiempo: la lucha entre un dragón rojo y un dragón blanco. Esa lucha, le explican, representaba la desesperada contienda entre los britanos, encarnados en el dragón rojo, y los invasores sajones, simbolizados por el dragón blanco. [2]

Hoy día, los descendientes del pueblo de Vortigern, los galeses, llevan en su bandera un dragón rojo. Pero, al contrario de lo que le predijeron al rey, el orgulloso dragón rojo de los britanos no obtuvo la victoria final.

Una época difícil: las fuentes documentales y su problemática

Son escasísimas las fuentes documentales que nos han llegado de la Britania de los siglos V y VI, pues aparte de algunas noticias sueltas conservadas por Zósimo, san Jerónimo, Paulo Orosio, Sidonio Apolinar, Próspero de Aquitania, la *Crónica gala* , Procopio de Cesarea, así como en algunas vidas de santos redactadas entre los siglos V y VII, las más importantes de las cuales son la *Vida de san Germán de Auxerre* y la *Vida de san Patricio* , solo contamos realmente y en puridad con dos fuentes plenamente contemporáneas: un poema épico llamado *Y Gododdyn* escrito entre el 595 y el 625 y, sobre todo, con la *De Excidio et Conquestu Britanniae* de Gildas, escrita, como veremos, hacia 535.

Ahora bien, la *De Excidio et Conquestu Britanniae* de Gildas no es en sí misma una historia de Britania, sino más bien un sermón o escrito admonitorio que denuncia la

corrupción de la iglesia britana y, en menor medida, de los gobernantes britanos. Pero tiene la virtud de hacer una suerte de introducción histórica que lleva al lector desde los días del Imperio romano a los de la redacción de la obra, de manera que dibuja con ello un panorama, el único que tenemos, de la situación en Britania hacia 535 y nos facilita algunos datos y pistas sobre cómo se había llegado a la realidad que los reprobadores ojos de Gildas contemplaban.

Gildas influyó poderosamente tanto en Nennio como en Beda el Venerable y ambos, junto con la *Crónica anglosajona* y los *Annales Cambriae* , son las fuentes principales, pero muy tardías, que suelen usarse para reconstruir el periodo que va del 400 al 650.

Tardías en verdad. Pues Beda el Venerable escribió su *Chronica maiora* hacia 725 y hacia 730 su *Historia ecclesiastica gentis anglorum* (Historia eclesiástica de los anglos), mientras que Nennio redactó su *Historia brittonum* poco antes de 830, la *Crónica anglosajona* se compiló hacia 890 y los *Annales Cambriae* en la segunda mitad del siglo X.

Pero, no obstante, este grupo de fuentes en apariencia demasiado tardías y, por ende, en potencia inseguro, ofrece algunas «garantías». Así, por ejemplo, se ha demostrado que los *Annales Cambriae* fueron redactados inicialmente a finales del siglo VI, en concreto entre 580 y 590, en el norte de Britania, y aunque pudieron sufrir tendenciosas rectificaciones y errores de copistas, lo cierto es que la austeridad de sus entradas invita a creer que los hechos recogidos pueden ser ciertos o al menos serlo en buena medida. [3] Del mismo modo, la *Crónica anglosajona* , aunque redactada durante el reinado de Alfredo el Grande, parece contener una buena cantidad de datos fiables provenientes de textos diversos, crónicas locales, listas de reyes, vidas de santos, etc., redactados en los siglos VII y VIII. [4] En fin, Beda el Venerable [5] y Nennio, pese a su gusto por lo prodigioso, se preocuparon por apoyarse en Gildas y por recoger tradiciones orales, con mucha fuerza aún en su época, y por copiar todos los datos a su disposición que ofrecían obras hoy perdidas para nosotros.

Así que no estamos del todo huérfanos de historia. Aunque, en mi opinión, el proceder correcto que tendríamos que seguir los historiadores al acercarnos a esta época debería basarse en rechazar todo aquello que contradiga abiertamente las noticias procedentes de los escasos textos que mencionan Britania en el siglo V o que se opongan al cuadro general dibujado por Gildas hacia 535. Dicho de otro modo: Beda, Nennio, la *Crónica anglosajona* , los *Annales Cambriae* o el aún más tardío Godofredo de Monmouth, [6] hacia 1136, solo eran útiles si los confirmaban los testimonios contemporáneos de los hechos o si no estaban en abierta oposición con ellos.

Ahora bien, Gildas no menciona de modo alguno muchos de los hechos recogidos por Beda, Nennio, la *Crónica anglosajona* o los *Annales Cambriae* y su relato se distancia todavía mucho más de lo recogido por autores plenamente medievales como

Godofredo de Monmouth. Y lo que es más, personajes clave para Nennio, los *Annales Cambriae* o Godofredo de Monmouth, como el legendario Arturo, ni siquiera se mencionan.

En lo que se refiere a Arturo, su leyenda y su conversión en uno de los héroes más representativos del Medievo, ha contribuido de un modo inmenso a que la historia de la Britania del periodo 400 a 600 siga siendo hoy día una historia desenfocada y embarrada. Desenfocada porque los historiadores han dedicado más esfuerzo a tratar de dilucidar si Arturo existió o no que a tratar de aclarar que pasó en Britania entre los siglos V a VII; y embarrada porque la «cuestión artúrica» ha enredado de tal manera los pocos testimonios firmes y los escasos datos no cuestionados que con frecuencia ha opacado a unos y otros.

Así, por ejemplo, sabemos sin ningún género de dudas que los britanorromanos lograron una gran victoria en un lugar llamado Mons Badonis o Mons Badonicus, unos cuarenta y tres años antes de que Gildas escribiera su *De Excidio et Conquestu Britanniae* . Este subraya que esta victoria del Monte Badon fue tan decisiva que inició un periodo de paz y seguridad exterior para los britanos que duró toda una generación y que todavía se mantenía mientras él escribía. [7] Ahora bien, no nombra a ningún caudillo britano al mencionar la batalla del Mons Badonicus, si bien es cierto que la nombra a continuación de describirnos a Ambrosio Aureliano y ensalzar a dicho personaje y sus victorias sobre los sajones. Como Gildas no pone punto y final a la historia de Ambrosio Aureliano, algunos han supuesto que es él quien, en realidad, obtuvo la victoria y puede que tengan razón y que Mons Badonicus se librara en los años finales del siglo V en algún lugar del sur de la actual Inglaterra, pues Gildas sitúa allí, en el sur de Britania, a dos nietos de Ambrosio contemporáneos suyos: los reyes Constantino de Dumnonia y Aurelio Canino [8] , casi seguro rey de Gwend. Pero como unos trescientos años después de Gildas Nennio atribuyó la victoria del Monte Badon a Arturo, [9] la inmensa mayoría de los historiadores han centrado su atención no en dilucidar lo que en realidad dice Gildas sobre tal batalla, sino si Arturo la libró o no y dónde la acometió. Y así, siguiendo la estela de Arturo, el lugar de la batalla de Mons Badonicus ha peregrinado por toda Inglaterra y Escocia en función de si este se ubicaba en el norte de Britania, «el Viejo Norte» o en el sur de Britania y de ese modo se ha colocado en lugares tan distantes entre sí como West Lothian, el sur de Escocia y Bath, en Somerset, en el sudoeste de Inglaterra. [10]

Pero, para nosotros, lo esencial no será el trasfondo histórico del legendario Arturo, sino cómo se libraron las guerras entre los «dos dragones», esto es, por qué, cómo eran y cómo combatieron los ejércitos de britanos y anglosajones durante el periodo en el que se gestaron la Inglaterra, la Escocia y el Gales medievales.

DE LA BRITANIA ROMANA A LA BRITANIA ANGLOSAJONA, 400-700

Los últimos años del Imperio romano en Britania, 367-410

A mediados del siglo IV, Britania era una tierra próspera. Su diócesis se componía de cinco provincias: Maxima Caesariensis, Valentia, Britania Prima, Britania Secunda y Flavia Caesariensis. Las cinco provincias estaban bajo la autoridad de un *comes Brittaniorum* que tenía como principales subordinados a dos autoridades militares de primer nivel, el *dux Brittaniarum* , al mando de 37 unidades que sumaban sobre el papel unos 20 000 efectivos ocupados en la defensa del norte y el oeste de la isla y en particular del sostenimiento de la frontera fortificada del Muro de Adriano en donde se hallaban destacadas 23 de las 37 unidades puestas bajo su mando; y, el *comes litoris Saxonici per Britanias* , al mando de 9 unidades que sumaban en principio unos 5000 efectivos y cuya misión era defender las costas orientales y meridionales de la isla frente a los ataques de los piratas sajones, anglos, jutos, frisios y francos que, desde la segunda mitad del siglo III, lanzaban de forma regular expediciones de saqueo contra las villas y pueblos del litoral. A esas tropas, clasificadas sobre todo como *limitanei* , se les sumaba un pequeño ejército *comitatense* que estaba bajo el mando personal del *comes Brittaniorum* e integrado por 6 *vexillationes* de caballería, una de ellas de *catafractarii* y por 2 legiones *comitatenses* y 1 *auxilia palatina* . Así que, en total y en teoría, hacia el año 400, Britania contaba con un ejército integrado por 52 unidades que podían sumar unos 30 500 efectivos. [11]

Hacia 350, Britania rondaba –según las más recientes estimaciones basadas en los datos arqueológicos– los 4 000 000 de habitantes, una cifra que no volvería a tener la Inglaterra medieval hasta el siglo XIV. [12]

La profusión y la riqueza de las villas romanas de la Britania del siglo IV es prodigiosa. Se cuentan por centenares y no paran de aparecer más y más cada año. Las ciudades, dotadas de poderosas murallas desde el siglo III, habían sufrido cierta retracción, pero seguían activas y conformaban un abigarrado grupo de una treintena de *civitates* que iban desde la comercial Londinium (Londres) la capital de la diócesis que es probable que hubiera alcanzado los 40 000 habitantes a inicios del siglo III y que pasaba de los 25 000 a comienzos del siglo V, a Eburacum (York) que llegó a ejercer de capital imperial con Septimio Severo y con Constancio Cloro y que, ante todo, era una ciudad legionaria en donde se acuartelaba una de las que aún permanecían en Britania hacia el año 400: la Legio VI Victrix Hispaniensis que llevaba allí, en Eburacum, desde el año 119 y que fue reclamada por Estilicón en 402 para marchar hasta Italia y sumarse al ejército que estaba reuniendo para enfrentar a Alarico y sus godos. [13]



Figura 34: Reverso del Medallón de Arrás, acuñación en oro cuya imagen celebra la victoria de Constancio Cloro, césar de la *pars* occidental del Imperio, sobre el usurpador Alecto en Britania en 296. Vemos a Constancio Cloro a caballo, vestido con armadura completa y, a su derecha, una figura femenina arrodillada que sirve de alegoría de la ciudad de Londinium, como sancionan las murallas y la leyenda Lon(dinium) que la acompañan: «Y así fue que, al instante de poner pie en la costa [britana] como deseado liberador, una multitud triunfante acudió a conocer tu majestad, y los britanos, exultantes de alegría, se aproximaron junto con sus esposas e hijos para venerarte no solo a ti, a quien consideraban como venido del cielo, sino incluso a los remos y velas del navío que había traído a tu divinidad» (*Panegyrici latini* VIII).

La prosperidad y seguridad de la Britania romana comenzó a verse comprometida seriamente en los terribles años que van de 364 a 368 cuando estalló y se propagó la

llamada *Barbarica conspiratio* , un formidable ataque, en apariencia coordinado, en el que los atacotes (una tribu o grupo étnico sometido por los gaélicos irlandeses que se rebeló contra estos y huyó al sur de Caledonia (Escocia) y que mantenía costumbres tan salvajes y extrañas como la antropofagia ritual y la posesión en común de las mujeres) junto con los combativos pictos de Caledonia, los escotos de Hibernia (Irlanda) y los sajones del noroeste de Germania, atacaron por mar y tierra las defensas romanas de Britania superando el Muro de Adriano y avanzando en tromba hasta los arrabales de Londinium. La *Barbarica conspiratio* significó el colapso del sistema defensivo romano. Los bárbaros no solo lograron asaltar con éxito el *vallum* de Adriano, sino que también arrastraron con ellos a las tribus aliadas del *intervallum* , el territorio situado entre el Muro de Antonino y el de Adriano, los novantae, selgovae, dumnonios y votadini, que habían constituido una suerte de «colchón estratégico» y, además, consiguieron la defección y complicidad de buena parte de las tropas imperiales y sobre todo de los *arcani* , probablemente un cuerpo de exploradores que desempeñaba su actividad en el *intervallum* y en el norte de la diócesis britana.

Casi toda la diócesis, desde el Muro de Adriano hasta el valle del Tamesa (Támesis) fue saqueada sin que las unidades romanas destacadas en la isla lograran frenar a los invasores. Pero, en 368, el emperador Valentiniano I destacó a Britania al *comes* Teodosio, un general nacido en Hispania, en la ciudad de Cauca (Coca, Segovia), y que desembarcó en la isla al mando de 4 unidades del ejército *comitatense* .

El *comes* Teodosio salvó Londinium y derrotó a los invasores. Promulgó una amnistía que permitió a muchos desertores reintegrarse a las filas del ejército romano y luego, tras dividir su ejército en varias columnas, limpió Britania de saqueadores y restauró el *limes* y las fortificaciones del Muro de Adriano. Una vez allí, impuso de nuevo la hegemonía a las tribus del *intervallum* y las transformó en una suerte de reinos vasallos del Imperio, maniobra con la que logró dar mayor seguridad a la frontera norte. En fin, disolvió el problemático cuerpo de los *arcani* y recompuso el orden administrativo y económico antes de regresar al continente en 369. [14]

Los catorce años que siguieron devolvieron a Britania la seguridad y buena parte de la prosperidad arrebatada por los desastres de la *Barbarica conspiratio* . Pero, en 383, el *comes Brittanniae* , a la sazón el hispano Magno Clemente Máximo, lugarteniente del *comes* Teodosio en 368-369, fue proclamado augusto por las tropas de la isla y al frente de una parte de ellas marchó a la Galia para arrebatar el poder a Graciano (375-383).

Logró ese objetivo, y también apoderarse de la Galia, Hispania e Italia, pero en última instancia y en 388, fue derrotado por Teodosio I (379-395) el hijo del *comes* Teodosio y compañero de armas de Magno Clemente Máximo en la campaña de Britania de 368-369. [15]

Teodosio I se apresuró a devolver a Britania al poder del augusto Valentiniano II y no parece que la isla sufriera disturbios ni ataques bárbaros de consideración durante los años que median entre 388 y 394, año este último en el que, tras su victoria sobre Arbogasto en el río Frígido, Teodosio I extendió su dominio directo y personal al occidente romano. Tampoco hay constancia de que Britania fuera turbada por guerra alguna hasta que en 398 los pictos y escotos atacaron el Muro de Adriano y saquearon algunas regiones colindantes con él. Parece que Estilicón, el gobernante *de facto* del Imperio occidental en esos años, acudió en persona para restablecer la situación y es indudable que se obtuvo una completa victoria en la que la Legio VI Victrix Hispaniensis cosechó buena parte de los triunfos obtenidos frente a pictos y escotos.



Figura 35: Detalle de uno de los lienzos del fuerte romano de Rutupiae, actual Richborough (Kent), bahía natural y lugar privilegiado para servir de embarcadero. El lugar fue ocupado primero por las tropas romanas, que lo emplearon como base de operaciones durante la conquista de Britania. Después, derivó en ciudad y, a finales del siglo III (277 d. C.), fue reconvertido de nuevo en fortificación costera. Es en este momento cuando se dota de fortificaciones de gran entidad fabricadas en piedra y mortero de cal, que son las que vemos en esta imagen. El área interna del recinto medía 2 hectáreas.

Así que, en líneas generales, se puede afirmar que Britania tuvo treinta años de paz para recuperarse de los avatares de la *Barbarica conspiratio* y que hacia el año 400 estaba en manos de Roma y nada hacía prever que el control, la seguridad y la prosperidad ejercidas por Roma en la isla se hallaran amenazadas.

Pero, en el año 402, Estilicón, agobiado por la invasión de Italia llevada a cabo por Alarico y sus visigodos, retiró varias legiones del *limes* renano, así como a la Legio VI Victrix Hispaniensis que abandonó sus cuarteles de Eburacum para embarcar en

Rutupiae (Richborough) y atravesar luego el continente para llegar a Italia en donde participó en la batalla que otorgó a Estilicón su gran victoria sobre Alarico. [16]

Se ha venido suponiendo que la legión no regresó nunca a Britania y así debió ser, pues los años siguientes fueron difíciles en Italia y es imposible que Estilicón prescindiera de la Legio VI Victrix y aun después de su asesinato en 408, la posibilidad de que esta legión regresara a Britania fue de todo punto imposible.

Así que en la isla quedaron en principio las 51 unidades restantes y entre ellas la Legio II Augusta acantonada en Rutupiae. Puede que esas unidades no se hallaran completas, pero, sin duda, seguían siendo una fuerza formidable.

Que así era lo demuestra el hecho incuestionable de que el Ejército de Britania fue muy capaz de sostener con éxito y durante cinco años, las pretensiones del usurpador Constantino III al trono imperial de Occidente. En efecto, en 406 las tropas romanas de Britania se alzaron contra Honorio y su «hombre fuerte», Estilicón. Puede que el motivo del alzamiento militar tuviera algo que ver con el mantenimiento de la Legio VI Victrix Hispaniensis en Italia o puede que fuera a causa de la falta de retribución en metálico, pues todo apunta a que las fuerzas de Britania no recibían pagos en moneda desde 402. En cualquier caso y a lo largo de 406 varios usurpadores fueron elevados y depuestos por los soldados de Britania. Al cabo, en 407, un oficial britano, Constantino III, fue proclamado augusto y en la primavera de ese año pasó a las Galias al frente de un fuerte contingente britano. Sus tropas debían de ser numerosas y bien adiestradas, pues fue capaz de restaurar el orden y la seguridad en el *limes* renano y acosar y acorralar a las tribus invasoras de suevos, vándalos y alanos y todo ello a la par que se apoderaba no solo de toda la Galia, sino también de las provincias de Hispania. Para 409, su poder parecía en ascenso imparable.

Pero el paso de alanos, vándalos y suevos a Hispania, la sublevación allí de parte de su ejército encabezado por Geroncio, uno de sus generales britanos, la muerte de Alarico en Italia y el consiguiente fortalecimiento de la posición del augusto Honorio, debilitaron a Constantino y le hicieron perder el control efectivo sobre el norte de las Galias y, con ello, el dominio sobre su base de poder en Britania. [17]

Es en este marco de crisis y fracaso del gobierno de Constantino III donde hay que situar la famosa carta enviada por las ciudades de Britania a Honorio. En dicha carta, le pedían el envío de tropas. Además, la misma, muestra su reconocimiento de la soberanía de Honorio y, por ende, el repudio de la de Constantino III. De hecho, la noticia recogida por Zósimo, Orosio y Sozómenos referente a esta carta de los britanos a Honorio, concluye diciendo que los habitantes de la isla expulsaron a los funcionarios y oficiales de Constantino III. [18]

De manera que, en 410, Britania reconocía *de iure* la soberanía de Honorio, pero no recibió de este lo que pedía: tropas. Honorio conminó a los britanos a organizar su defensa como pudieran y así actuaron.

El *Consilium* de Britania y el *superbus tyranus* , 410-450

Ya hemos visto que las ciudades britanas enviaron emisarios a Honorio y que este les confesó que no podía mandarles tropas y conminó a los britanos a armarse y defenderse como mejor pudieran. El texto de Zósimo, confirmado por Orosio y Sozómenos, concuerda muy bien con lo que Gildas cuenta de la situación de Britania en la primera mitad del siglo V. En efecto, Gildas menciona el envío de emisarios que solicitaron protección a Roma y la negativa de esta a enviar dichas tropas y su consejo de que los britanos se defendieran por sí mismos. [19] Gildas nos muestra, además, cómo se organizó dicha defensa autónoma de Britania: mediante un *Consilium* que agrupaba a los representantes de las ciudades y la nobleza. [20]

En efecto, tanto Gildas como las fuentes del siglo V señalan la importancia de los *cives* (los ciudadanos) y de las *civitates* (las ciudades), en la organización de la defensa de Britania. Pero también muestran más cosas: todas coinciden, asimismo, en la aparición de unos personajes destacados llamados tiranos. Estos «tiranos» no eran sino aristócratas, jefes tribales, antiguos oficiales del ejército y altos funcionarios. Miembros de las clases gobernantes que, ahora, sin el nombramiento explícito de Roma, trataban de ejercer su autoridad a través, o sobre el *Consilium* de Britania. En esencia y *de facto* y quizá *de iure* , el delegado de la autoridad romana en la isla. Así que los tiranos no eran autoridades designadas desde un punto de vista legal por el Imperio o por el *Consilium* , pero sí jefes poderosos capaces de imponer su influencia al *Consilium* o, incluso, de controlarlo. ¿De dónde extraían esos tiranos su poder? Como es evidente y según el contexto, ese poder solo podía tener una base: tropas a su servicio. [21]

Cuatro neblinosas figuras surgen en este contexto de la Britania de la primera mitad del siglo V y su análisis puede ofrecernos algunas pistas sobre la historia de Britania en este momento: Coel Hen, Cunedda, Vortigern y Ambrosio Aureliano el Viejo.

Según la tradición galesa Coel Hen, con toda probabilidad la forma britana del latino Coellius, fundaría en los primeros años del siglo V un poderoso reino en el norte de Britania. Este reino, a caballo del Muro de Adriano, recibe el nombre de Yr hen ogledd, esto es, «el Viejo Norte» y *grosso modo* extendía su dominio desde el *vallum* de Antonino Pío a Eburacum.

Varios reinos britanos posteriores, Alt Clut o Strathclyde, Novant, Gododdin, Elmet, Rheged y Brineich, hacían descender sus casas reales de Coel Hen y todo apunta a que

este último fue un personaje histórico y que fue capaz de aunar tres componentes bastante heterogéneos en la fundación de un estado: los restos de las unidades romanas que guarnecían el Muro de Adriano, las milicias ciudadanas de las *civitates* del norte de Britania y las bandas guerreras de las tribus del norte más o menos romanizadas de dumnonios, [22] selgovae, novantae, brigantes y votadini. En especial estos últimos, la base del inmediatamente posterior reino de Gododdin, parecen haber estado muy relacionados con Coel Hen.

Ahora bien, recordaremos aquí que Teodosio el Viejo, tras expulsar a pictos, escotos y atacotos de Britania en 368-369, restableció el Muro de Adriano y sus defensas y convirtió a los selgovae, novantae, dumnonios y votadini en reinos vasallos de Roma. Pues bien, son esos reinos vasallos creados por Teodosio los que conforman los reinos norteños de Alt Clut o Strathclyde, ligado a los dumnonios, de Novant, ligado a los novantae, y de Gododdin, ligado a los votadini.

A esos reinos y a los contingentes romanos, pues la arqueología ha demostrado que las ciudades como Luguvalium (Carlisle) y los fuertes del Muro de Adriano, como el famoso *castrum* de Vindolanda, e incluso algunas bases avanzadas situadas en el Muro de Antonino como es el caso de Dun Alt Clut, la Dün Breatain o «Roca de los britanos» de los gaélicos escotos y la actual Dumbarton, que fue la capital de Strathclyde, siguieron siendo habitados, reparados y defendidos a lo largo de los siglos V y VI. De hecho, todo apunta a que los restos de las unidades *limitanei* allí destacadas y abandonadas a su suerte por Constantino III y Honorio en 410 siguieron en sus puestos y que se fueron transformando en una suerte de casta guerrera al servicio de los nuevos poderes. Esta evolución fue muy lenta y en la primera mitad del siglo V casi imperceptible. De modo que para alguien que viajara por la vieja línea de ciudades fortificadas, fuertes y *castra* que orlaban el Muro de Adriano, poco parecería haber cambiado con respecto a 406.

Así que incluso en el lejano norte, el abandono a su suerte de Britania por parte del augusto Honorio no significó un cambio repentino ni brutal. Y ¿por qué iba a ser de otra manera? Era lo lógico y, como ya vimos en el caso de la Galia, lo habitual. Simplemente los *tribuni, praepositi* y *praefecti* de las unidades acantonadas allí, comenzaron a actuar de manera autónoma y, como también lo venían haciendo desde hacía mucho tiempo, transmitiendo a sus hijos sus puestos, estatus, costumbres, armas y conocimientos como soldados.

Cuando hacia 470, poco más o menos, san Patricio escribió al rey Ceretic, Corotico, de Strathclyde para quejarse de que sus soldados habían hecho una incursión guerrera en Irlanda y habían matado y esclavizado a muchos irlandeses recién bautizados, se dirigía a los soldados del rey como *cives* (ciudadanos) y como *romani* (romanos). Mientras que, por su parte, Corotico, el rey interpelado, el britano rey de Strathclyde, se

negaba a reconocer ante san Patricio que el simple bautismo transformara a unos bárbaros hibernios, irlandeses, en auténticos romanos como lo eran él y sus soldados.

Así que la arqueología y los escasos testimonios documentales apuntan a que incluso en el lejano norte de Britania, en el salvaje *intervallum* y en los fuertes y ciudades del Muro de Adriano, la idea o conciencia de *romanitas* seguía muy viva y que los fuertes, defensas y tradiciones y usos militares romanos, también. De hecho, no son pocos los testimonios y evidencias que apuntan a que Coel Hen no sería, en realidad, sino el último *dux Brittaniarum* quien, tras la ruptura de Britania con Constantino III en 409-410 y la autonomía concedida por Honorio a los britanos para organizar su defensa, procedió a poner en orden esta última aglutinando a las tribus y a las guarniciones romanas bajo sus órdenes en un potente pero efímero reino. [23]

No sabemos por qué el reino de Coel Hen se disolvió tan pronto, pero sí que existió. Tampoco sabemos qué relación pudo tener con el *Consilium* de Britania mencionado por Gildas, pero como este último hace hincapié una y otra vez en los ataques de pictos y escotos como primera preocupación de ese *Consilium* [24] y dichos ataques golpeaban sobre todo en el territorio que se supone que controlaba Coel Hen, lo lógico es pensar que este reconocía cierta autoridad al *Consilium* o que, al menos y, cuando le interesaba, colaboraba con él.

El siguiente personaje es Cunedda. Este jefe guerrero britano procedía del Viejo Norte que había regido Coel Hen y condujo a una banda guerrera de los votadini en auxilio de los britanos de Venedocia, reino de Gwynedd, en el actual norte de Gales, asediados por los piratas e invasores irlandeses. ¿Cuándo tuvo lugar este suceso? Su nieto, Maelgwn de Gwynedd, maldecido por Gildas hacia 535, murió en 547 [25] y eso puede situar a Cunedda y su expedición a Venedocia en torno al año 445.

Ahora bien, este jefe guerrero votadini era hijo de Eddern y este a su vez, era hijo de Padarn Beisrudd lo que se traduce como «Paternus de la túnica roja» lo que apunta poderosamente a que Cunedda fuera nieto de un oficial romano o, al menos, de un jefe votadini muy romanizado e investido de autoridad por Roma a finales del siglo IV o inicios del V y que, sin duda, debió ser luego un oficial o jefe guerrero al servicio de Coel Hen. [26] Una vez más, vemos a un personaje dotado de poder militar cuya raíz está relacionada con el organigrama defensivo romano y que aprovechó dicho poder para elevarse hasta la condición de rey.

Llegamos así a Vortigern. Gildas maneja varios conceptos y actores políticos al perfilarnos la Britania de la primera mitad del siglo V: *cives, populus* , tiranos y reyes. Los *cives* (ciudadanos) y *populus* (pueblo) podrían ser intercambiables. De hecho, parecen serlo en varias de las entradas de Gildas, pero no en otras en las que aparecen juntos en la misma frase. Así que puede que *cives* designara a los habitantes de Britania

que conformaban las *civitates* y que representara a los britanos más romanizados o más conscientes de su romanidad. Tal sería el caso del rey de Strathclyde y sus soldados que ya hemos citado arriba en relación con la carta de san Patricio. Si así fuera, *populus* quizá sería usado por Gildas para designar a las tribus menos romanizadas, pero dispuestas a colaborar con el *Consilium* en la defensa común. Ahora bien, y lo que sigue nos parece más plausible, *cives* también se usaba como forma de señalar a los ciudadanos preeminentes, es decir, a aquellos que ejercían cierta autoridad y que, por ende, solían organizar la vida de las comunidades. En este caso, los *cives* mencionados por Gildas serían los prohombres de Britania, los miembros de las aristocracias tradicionales, los pertenecientes al viejo *ordo* senatorial, a los terratenientes y comerciantes acomodados y a los antiguos miembros de la administración y el ejército provinciales. De ser así, *populus* simplemente designaría al pueblo llano.

En cuanto a los reyes y tiranos, ya Bachrach advirtió que Gildas reconocía a reyes legítimos en Britania y que estos parecen haber precedido y sucedido a los tiranos o, al menos, al *superbus tyranus* citado por Gildas como responsable del asentamiento de los sajones en Britania. De ser así, y todo apunta a que Bachcrach tenía razón, esos reyes legítimos reconocibles en la obra de Gildas solo podían ser los jefes de las tribus menos romanizadas o de aquellas que, como los de los dumnonios, votadini, selgovae y novantae del *intervallum* , a finales del siglo IV ya habían obtenido de Roma el reconocimiento de su legitimidad como reyes aliados del Imperio. Pero también y como ya hemos visto en el caso de Coel Hen y de Cunedda y su familia, esos reyes legítimos podían salir de las filas de los mandos militares de las unidades romanas que, huérfanos de Imperio y provistos de una fuerza militar efectiva, pasaban de *duces, tribuni, praepositi* y *praefecti* a «reyes». Esta circunstancia reactivaba, por así decirlo, antiguos reinos y señoríos prerromanos. Tal ocurrió, ya lo veremos, con el reino de Dumnonia del sur.

En cuanto a los tiranos, Gildas no deja lugar a dudas: son hombres poderosos, pero cuyo poder no tiene legitimidad. Su poder es despótico y su única base la fuerza. Pero muy pronto, sobre todos, por encima de *cives* y *populus* , de *civitates* y reyes, de los tiranos e incluso del *Consilium* de Britania, ejerció su poder un tirano supremo: Vortigern.

En efecto, hacia 449, el *Consilium* de Britania aparece presidido y controlado por un tirano al que Gildas llama *superbus tyranus* , el «tirano soberbio», y también, y en el contexto en que lo ubica Gildas, «tirano supremo». Este prefiere condenar a la *Damnatio Memoriae* al *superbus tyranus* , pero las fuentes más tardías, como Beda el Venerable, Nennio y la *Crónica anglosajona* , han rescatado su nombre o por mejor decir, su título: Vortigern, pues este término significa «rey supremo».

Vortigern, por tanto, no solo es un tirano, sino que probablemente también fue el *praepositi* de los Tungrecanorum o de sus descendientes, pues algunas noticias lo nombran como comandante de Dubris (Dover). Esta localización fue hasta 407 la base naval más importante de Roma en Britania y puede que las liburnas del Imperio siguieran frecuentando este puerto hasta al menos 446, con lo que Vortigern bien pudo contar con cierto grado de reconocimiento, o al menos aceptación, por parte de las autoridades imperiales.

Nótese que una vez más y como en los casos de Coel Hen y Cunedda, también en el caso de Vortigern aparece una conexión clara con títulos y unidades militares romanas. De hecho, en uno de los manuscritos que nos han salvado *De Excidio et Conquestu Britanniae* de Gildas se le da a Vortigern el título de *dux Brittaniarum* en vez del de *superbus tyranus* y, con ello, se apunta a que quizá y como Coel Hen antes que él, Vortigern fuera el *dux* de los britanos. Su *dux bellorum* , su «señor de la guerra».

En fin, para enredar aún más la cuestión, Vortigern aparece también en las fuentes como rey de Demetia, esto es, de la región más occidental de lo que hoy es Gales y que desde el siglo V al XIII sería designada como «Reino de Dyfed». De hecho, un posible bisnieto de Vortigern, Vortiporio, es mencionado como rey de Dyfed por Gildas y, para añadir otra pizca más de complejidad a la cuestión, también se ha relacionado a los reyes de Powys con Vortigern. [27]

Superbus tyranus, dux y rey ¿Qué estaba pasando en Britania en los cuarenta años que median entre la carta enviada por Honorio a las ciudades de Britania y la llegada de los federados sajones a la isla? Tenemos una fuente esencial que nos informa de ello: la ya mencionada *Vida de san Germán de Auxerre* , escrita hacia 478 por un discípulo de san Germán, y que nos informa con cierto detalle sobre los dos viajes que este hizo a Britania en 429 y 446 y sus noticias, en conjunción con las de Gildas, lo que aclara bastante el panorama si uno las lee con atención.

En efecto, las visitas de san Germán a Britania muestran una isla todavía en manos de los britanorromanos y en donde la influencia romana sigue siendo hegemónica. Los ciudadanos britanos se reúnen para defender sus tierras y ciudades de los invasores pictos y sajones y hasta se ponen a las órdenes de la única «autoridad» romana reconocida por el Imperio: san Germán. Este último había sido gobernador en la Galia y oficial y funcionario de alto rango antes de convertirse en obispo y será él quien, al frente de un ejército britano, tienda una emboscada a los invasores sajones y los aplaste por completo en la llamada «batalla del Aleluya» librada con casi toda probabilidad en las colinas que se alzan al nordeste de Anderida (Pebemsey) en abril de 429.

San Germán había llegado a Britania con el objetivo de aplastar la herejía pelagiana, originaria de Britania y propugnada por un britano, Pelagio, y pudo confrontarse en

una suerte de sínodo provincial con los representantes del pelagianismo a los que venció en una viva polémica. No solo eso, sino que en su viaje a Britania se encontró con hombres que mantenían y con toda probabilidad ejercían, los antiguos cargos y empleos militares y administrativos romanos. Por ejemplo, en 429 se relacionará con un *tribunus* . ¿Un tribuno? Sí, un tribuno [28] y esto es de suma importancia.

La imagen presentada por la *Notitia dignitatum* de Britania hacia el año 400 muestra una diócesis bien guarnecida por 52 unidades militares que reunirían unos 30 000 hombres. Así que, aunque la marcha de la Legio VI Victrix en 402 supuso la pérdida de unas tropas veteranas de gran valor, lo cierto es que solo representaban una pequeña fracción, de 1000 a 3000 efectivos, del total de 30 000. Por lo tanto, solo la sublevación de Constantino III y su invasión de las Galias en 407, comprometió seriamente el poderío militar romano en Britania.

Lo comprometió, pero no lo desarticuló por completo. En efecto, hoy se acepta ya que Constantino III solo llevaría con él a las Galias a las tropas *comitatenses* destinadas en la isla y con ellas a algunas unidades *limitanei* . La mayoría de estos últimos, esto es, la mayoría de las unidades destinadas en el Muro de Adriano y una parte considerable de las destacadas en las fortalezas del *Litoris Saxonici* , la Costa Sajona, permanecieron en Britania. Es probable que fueran una fuerza considerable, en mi opinión no bajarían de 12 000 efectivos y, aunque sin paga en metálico desde 402 y lo más seguro que sin ningún tipo de sueldo imperial desde 410, hay pocas posibilidades de que se disolvieran. De hecho, todo apunta a que, simplemente y como pasó en muchos lugares de la Galia, pasaron a transformarse en tropas al servicio de poderes locales.

Así que no era para nada extraño que san Germán se topara con un *tribunus* , sin duda un tribuno militar, en su viaje a Britania de 429. El hombre en cuestión debía de ser el tribuno de una de las unidades destacadas en el *Litoris Saxonici* .

Lo lógico es pensar que esos hombres, esos tribunos, *praepositi* y *praefecti* al mando de tropas *limitanei* libradas a su suerte en Britania, se fueran transformando en señores de la guerra. ¿Recordamos el caso de los armoricanos de la Galia? Procopio, ya lo vimos al analizar el ejército franco de Clodoveo, nos informa sobre cómo los armoricanos, todavía en 539, mantenían con orgullo los estandartes, armas, uniformes y modos de combate de las unidades romanas de las que provenían y que habían sido el origen de sus antepasados. Pues bien, Zósimo nos informa, al hablarnos de la carta de Honorio a los britanos, de que los armoricanos se hallaban en idéntica situación que los britanos [29] ¿Por qué iban a ser, entonces, distintas las cosas en Britania? Sin duda, si los soldados romanos de las unidades *limitanei* establecidas entre los armoricanos fueron capaces de sobrevivir y mantener sus tierras, emblemas y modos romanos, las tropas de Britania pudieron hacer otro tanto.



Figura 36: Estela de arenisca de la iglesia de St David (Trallong, Gales), con una inscripción bilingüe en caracteres latinos y alfabeto ogam, que data del siglo V o VI. La inscripción latina reza *Cunocenni filius Cunogeni hic iacit* (De Cunocenio, hijo de Cunogenio, aquí yace), mientras que la ogámica *Cunacenivi iluueto* (Cunocenio iluueto). Se trata, claramente, de una estela funeraria, y la mezcla de alfabetos y lengua nos habla de una sociedad con una cultura híbrida, con elementos romanos y nativos. La cruz que vemos en uno de sus extremos probablemente date de los siglos X-XI.

Lo hicieron y por eso san Germán pudo ver todavía en 429 como ante el ataque de pictos y sajones se organizaban tropas que se reunían en *castra* y que eran muy capaces de planear y ejecutar con éxito una campaña y por eso pudo entrevistarse con uno de sus *tribuni militum* .

Ahora bien, esos *tribuni* y *praefecti* caminaban a paso firme hacia su transformación en señores de la guerra. Unos quedarían bajo las órdenes de aristócratas capaces de asegurar la paga y sostén de sus hombres, otros seguirían peleando por las ciudades y territorios en donde habían estado acantonados, y otros, en fin, se constituirían en señores de bandas guerreras que muy despacio y al igual que sus oficiales, irían derivando en núcleos de poder constituyentes de pequeños reinos en los que las viejas formas romanas se irían diluyendo o irían evolucionando lentamente hacia nuevas formas y modos más «heroicos» y medievales.

Pero lo anterior fue un proceso necesariamente lento. El estudio atento de las fuentes y los datos arqueológicos muestra que, en una considerable extensión de Britania, tanto las ciudades como buena parte de las villas y asentamientos menores, siguieron existiendo a lo largo de todo el siglo V y la mayor parte del VI, sin variaciones dramáticas ni de entidad, ni de riqueza. La estructura social que aseguraba la vida de esas ciudades, villas y asentamientos también debió de pervivir sin demasiados cambios en ese primer siglo posrromano. En efecto, el cristianismo continuó su desarrollo y expansión, y Gildas ofrece, al igual que san Germán, evidencias de que los viejos títulos y cargos romanos aún conservaban su función y su prestigio. [30]

Y así llegamos al cuarto de nuestros personajes del siglo V: Ambrosio Aureliano o por mejor decir y en mi opinión, a los dos Ambrosios Aurelianos.

Gildas, al hablarnos de Ambrosio Aureliano, destacará su linaje romano y que sus padres habían vestido la púrpura. [31] Se ha querido ver en esas palabras de Gildas, «vestir la púrpura», una evidencia de que Ambrosio Aureliano pudo estar emparentado con alguno de los emperadores romanos, en especial y desde la época medieval y hasta el presente, se le ha querido vincular con Constantino III o con Magno Clemente Máximo, e incluso se ha querido ver en dicha expresión de Gildas acerca de «vestir la púrpura» una alusión a que los padres de Ambrosio Aureliano sufrieron el martirio. Pero esto último es muy forzado y no se sostiene y lo más seguro es que simplemente Gildas estuviera haciendo referencia a una cuestión más sencilla. Una cuestión que ya apuntaba la *Vida de san Germán* , al recoger el encuentro del santo con un tribuno en la Britania de 429, por lo que el padre de Ambrosio Aureliano puede que fuera un tribuno militar, ya que estos oficiales llevaban en sus vestiduras, como signo de honor y distinción, una ancha franja púrpura.

En mi opinión, Ambrosio Aureliano era hijo de un tribuno militar y esa fue la base de su poder posterior. Es decir, era el heredero de una tropa que su padre había conservado y que, como los armoricanos citados por Procopio, había heredado de sus padres y mantenido los modos romanos y sus emblemas, armas, uniformes, etc.

Debió de ser algo bastante común en Britania, máxime cuando el *Consilium* citado por Gildas parece haber mantenido cierto control administrativo y haber sido muy capaz de defender la isla durante cuarenta años, todo lo cual no se entiende sin el concurso de tropas. Y, esas tropas, si bien también pudieron estar integradas por milicias ciudadanas y bandas guerreras al servicio de nobles, tuvieron que provenir en su mayor parte de los restos de las unidades romanas destacadas en Britania que quedaron atrás tras la marcha a la Galia de Constantino III en 407.

Así, por ejemplo, veremos a ese *Consilium* cobrando en Britania *annonae* , es decir, impuestos que se solían destinar a pagar a las unidades militares. [32]

Pero lo que importa ahora destacar es que esas *annonae* mencionadas por Gildas son signo evidente de que se conservaba bastante intacta la estructura administrativa, fiscal y aun militar.

Ese mismo *Consilium* aún era capaz en 446 de ponerse en contacto con el patricio y tres veces cónsul Flavio Aecio para solicitarle auxilio, señal inequívoca de que todavía en esta fecha las autoridades y ciudades de la isla reconocían *de iure* la soberanía romana. De hecho, es muy probable, como apuntó Bachrach, que la flota romana siguiera operando en y desde los puertos de Britania a lo largo de toda la primera mitad del siglo V, lo que alentó y apoyó las operaciones defensivas del *Consilium* . La arqueología parece apoyar estos movimientos, pues importantes bases de la flota romana en Britania como Dubris, Rutupiae o Anderida manifiestan con claridad que sus instalaciones portuarias y defensivas siguieron estando activas a lo largo de todo ese periodo. [33]

En fin, en 449, ese mismo *Consilium* de los reinos, la nobleza y las ciudades de Britania aún podía tomar decisiones conjuntas tan relevantes como la de establecer en la mencionada Britania a un nutrido grupo de federados sajones y jutos para que auxiliaran a las tropas britanorromanas en la defensa frente a pictos y escotos. [34] Ese *Consilium* de Britania estaba constituido por 300 miembros y representaba a los *cives* , ciudadanos britanos destacados y a los jefes del ejército, así como a las *civitates* , señoríos y reinos, a la par que organizaba la defensa de la isla. [35]

Como en todo *Consilium* , las luchas por el poder supremo debían de ser agrias y duras. La paz en Britania no solo debía de estar amenazada por los incursores pictos, escotos, sajones, anglos o jutos, sino también por las guerras civiles. Nennio, por

ejemplo, recuerda una gran batalla librada hacia los años 437-439 en Guoloph (Nether Wallop a 15 km al sudeste de Amesbury) entre Ambrosio Aureliano y Vitalinus, con casi toda seguridad el verdadero nombre de Vortigern. Nennio señala que este último se había alzado con la jefatura del *Consilium* y, por ende, con el título de «rey supremo», veintiocho años después de la muerte de Estilicón y esto nos lleva a 436. [36]

La batalla de Guoloph demuestra que el ascenso de Vortigern (Vitalinus) no fue pacífico, ni incontestado y que, desde el principio, al menos desde 437-439, un partido rival, un partido al que es muy posible que hubiera desplazado Vortigern, se oponía al nuevo dirigente del *Consilium* .

Puesto que el Ambrosio Aureliano de Gildas se sitúa a finales del siglo V, la mayoría de los expertos coinciden en aceptar que el Ambrosio Aureliano de la batalla de Guoloph librada en 437 o 439 debía de ser el padre del Ambrosio Aureliano glosado por Gildas y tener el mismo nombre que este último. Nennio también parece apuntar en esta dirección, pues señala que doce años después del ascenso de Vortigern como «rey supremo» esto es, hacia 449-451, tuvo este que hacer frente a Ambrosio, el «gran rey». Es decir, el padre del Ambrosio Aureliano de Gildas ya fue un poderoso señor que disputó el poder supremo a Vortigern y lo hizo durante al menos una década. Si se tienen en cuenta las fechas, es muy probable en mi opinión, que Vitalinus no solo llamara a los sajones y jutos de Hengest y Horsa para combatir a los pictos y escotos, sino que también tuviera en mente que reforzaran sus huestes frente a las de Ambrosio Aureliano el Viejo y que ese papel de mercenarios al servicio de los reyes de Britania con que comenzaron su andadura en Britania los primeros sajones, lo mantuvieran durante mucho tiempo y que parte de los asentamientos o conquistas tempranas recogidas en la *Crónica anglosajona* atribuidas a diversos caudillos en realidad ocultaran simples instalaciones de bandas guerreras sajonas empleadas por britanos contra britanos. [37]

La batalla de Guoloph de 439 debió de ser tan significativa como para servir de hito cronológico a partir del cual calcular una fecha, algo que también pasaría con la posterior batalla de Badon y demuestra que Britania estaba sujeta a graves tensiones internas. Esas tensiones internas se orientaban a lograr presidir o dirigir el *Consilium* de Britania y, para 446, tras el fracaso de la delegación enviada a Aecio y la segunda visita de san Germán a la isla, ese papel de jefe supremo del *Consilium* , de *superbus tyranus* (¿rey supremo, dragón de Britania?) recaía en Vortigern.

De la invasión sajona a la batalla de Mons Badonicus, 450-493

Al alcanzar 447, tras el fracaso de la embajada a Aecio y con un Imperio occidental tratando de afrontar la inminente guerra con Atila, para los britanos debió de quedar ya

meridianamente claro que estaban solos. Y lo estaban en un momento en que la presión de los pictos y escotos se intensificaba.

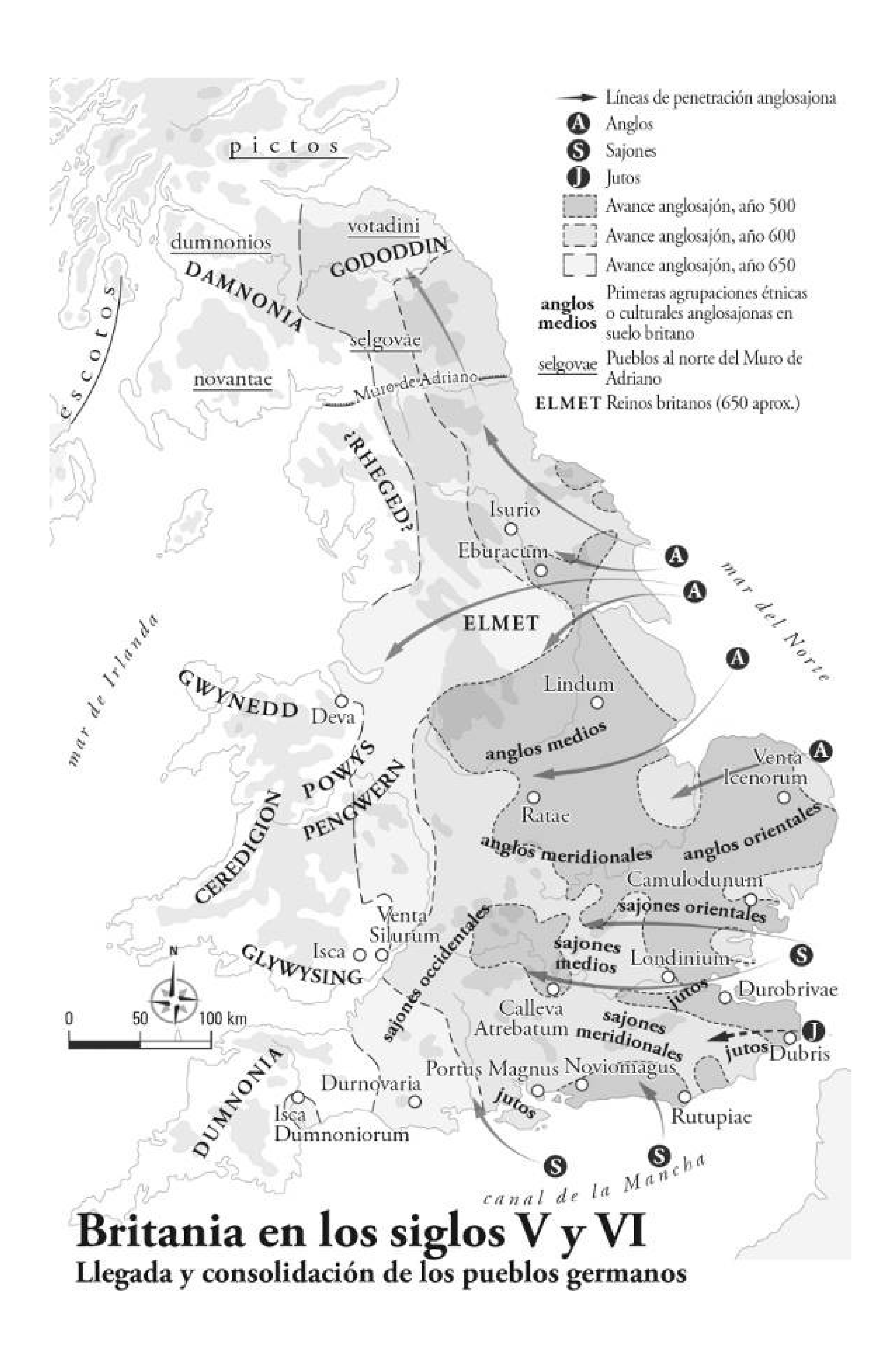
En efecto, ya hemos visto que en algún momento alrededor del año 445 Cunedda tuvo éxito en liberar a Venedocia, reino de Gwynedd, de los invasores escotos. La arqueología ha confirmado que todo lo que hoy sería el norte de Gales se vio sometido a una creciente presión por parte de los invasores irlandeses que buscaban tierras donde asentarse. Lo mismo ocurría en Demetia, Dyfed, la tierra de la que Vortigern era rey, en la costa occidental de Gales, en donde los asentamientos irlandeses están también atestiguados por la arqueología. Incluso más al sur, en lo que hoy es la península de Cornualles, existe evidencia arqueológica de que los colonos irlandeses llegaron en tropel en el siglo V y trataron, y lograron en muchos casos, hacerse con tierras britanas. [38]

Lo mismo ocurrió en el norte, allí, en el *intervallum* y en las tierras situadas al sur del Muro de Adriano, donde eran los pictos los que ejercían la presión desde el norte y los escotos del reino de Dal Riada los que empujaban desde el oeste. Coel Hen había muerto, la fecha de su fallecimiento y la de la disolución de su gran reino, «el Viejo Norte», suele situarse hacia 425-435 y los reinos britanos que emergieron de la ruptura de su reino, pequeños y enfrentados entre sí, se vieron muy apurados para sostenerse ante los incursores pictos que, a menudo, lograban abrirse paso hasta Britania central. [39]

Así que el cuadro dibujado por Gildas, una Britania asediada por escotos y pictos hacia 449, es muy real. ¿Qué hacer en consecuencia? El *Consilium* y Vortigern a su cabeza actuaron de una forma muy romana o al menos muy romana para el momento que estaban viviendo, el siglo V: llegar a un pacto, un *foedus* , con bárbaros a los que poder enfrentar a los bárbaros que los estaban agobiando con sus ataques. Dicho de otro modo, enfrentar a los sajones, anglos, jutos y frisios con los pictos y escotos.

Según refiere Gildas y confirman Nennio y Beda el Venerable, Vortigern cedió a un grupo de *foederati* germanos la isla de Tanatus (Thanet) muy cerca de Dubris, precisamente la fortaleza y puerto que aparece asociado al origen del poder de Vortigern, a cambio de que lucharan contra los pictos. [40]

El acuerdo era similar a los que, por esos mismos años, a mediados del siglo V, firmó el Imperio de Occidente con diversos grupos germanos: cesión de tierras y pago de *annonae* para asegurar el auxilio militar del grupo bárbaro con el que se firmaba el *foedus* y, todo ello, a cambio de que los federados reconocieran la soberanía, en este caso la de Vortigern, como jefe del *Consilium* de Britania y «rey supremo».


Líneas de penetración anglosajona
A Anglos
S Sajones
J Jutos
Avance anglosajón, año 500
Avance anglosajón, año 600
Avance anglosajón, año 650
anglos medios Primeras agrupaciones étnicas o culturales anglosajonas en suelo britano
selgovae Pueblos al norte del Muro de Adriano
ELMET Reinos britanos (650 aprox.)
pictos
escotos
dumnonios
DAMNONIA
votadini
GODODDIN
selgovae
novantae
Muro de Adriano
¿RHEGED?
Isurio
Eburacum
ELMET
mar del Norte
mar de Irlanda
GWYNEDD
Deva
Lindum
anglos medios
POWYS
PENGWERN
CEREDIGION
Ratae
Venta Icenorum
anglos meridionales
anglos orientales
Camulodunum
sajones orientales
Venta Silurum
Isca
GLYWYSING
sajones occidentales
sajones medios
Londinium
Durobrivae
jutos
Calleva Atrebatum
sajones meridionales
jutos
Dubris
0 50 100 km
N
DUMNONIA
Durnovaria
Portus Magnus
Noviomagus
Isca Dumnoniorum
jutos
Rutupiae
canal de la Mancha
Britania en los siglos V y VI
Llegada y consolidación de los pueblos germanos

Por supuesto y al igual que los *foedus* que se estaban firmando entre Roma y los bárbaros, el acordado entre Vortigern y los germanos implicaba que los guerreros sajones, jutos y anglos lucharían a las órdenes de sus propios jefes.

Por último y al igual que los *foedus* firmados en el continente entre el Imperio y los diversos grupos bárbaros, el *foedus* britano-sajón, por así llamarlo, era ante todo un pacto o acuerdo personal. Dicho de otro modo, el juramento se hacía entre Vortigern y los jefes bárbaros.

Beda el Venerable, Nennio y la *Crónica anglosajona* nos han conservado los nombres de estos jefes bárbaros: Hengest y Horsa. [41] Al parecer eran hermanos y todo indica que capitaneaban una hueste bastante heterogénea. En esto, como en todo lo demás, «el caso britano» es similar al que ya hemos visto en la Galia: el grupo de guerreros que seguía a Hengest y Horsa no constituía una unidad étnica, sino un contingente de hombres belicosos de origen muy diverso y que, ante todo, se debían a su jefe o jefes. Y es que Hengest y Horsa mandaban una fuerza integrada por jutos y sajones y en la que, sin duda, también militaban anglos, frisios y, es muy probable que también, francos.

La fecha de la llegada de los hombres de Hengest y Horsa está bien acotada, entre 449 y 450. Los hechos que siguieron pueden reconstruirse con cierto detalle y seguridad, si se combina el relato de Gildas con los más precisos de Beda el Venerable, Nennio y la *Crónica anglosajona* .

Tras una campaña exitosa en la que los jefes bárbaros condujeron a su banda guerrera hacia el norte para rechazar a los invasores pictos, regresaron a Tanatus y solicitaron lo que todos los mercenarios adornados por el éxito: más sueldo. En su caso, un incremento de las *annonae* que se les entregaban. Vortigern se mostró de acuerdo, pero parece ser que no todos los miembros del *Consilium* estaban dispuestos a ceder al chantaje bárbaro. Recordemos que Vortigern enfrentaba a un partido rival, el que había capitaneado Ambrosio Aureliano el Viejo o, según fuentes más tardías, Constantino Aurelio o Constante Aurelio. [42] Pero Lo cierto es que Hengest y Horsa, frustrados en sus pretensiones de aumentar sus ingresos, atacaron a los britanos y devastaron su tierra. A continuación, llamaron a nuevas bandas guerreras germanas, sobre todo sajones, anglos y jutos y con estas nuevas bandas de guerra llegaron mujeres, niños y ancianos. Britania se enfrentaba a una invasión. [43]

Parece que Vortigern perdió por completo el dominio de la situación. Las fuentes señalan que cedió a Hengest y Horsa nuevas tierras, el reino de Cantia (Kent) que arrebató sin consultarle siquiera a su rey, Gwoirancgonus, sin duda uno de los jefes subordinados a Vortigern en el *Consilium* , pues su nombre significa en lengua britana

«gobernador». [44] Esta acción tuvo que generar una fuerte oposición interna a Vortigern, la cual provocó a su vez que este se apoyara más y más en sus federados bárbaros.

La tradición recoge que esa funesta alianza entre Vortigern y los sajones y jutos de Hengest y Horsa llevó al jefe britano a casarse con la hija de Hengest, Rowena, [45] pero, en cualquier caso, lo que parece cierto es que la situación de Vortigern no dejó de empeorar y que apareció ante su pueblo y ante los demás reyes y miembros del *Consilium* de Britania como un traidor a la causa britana. Nennio, nuestra mejor fuente para todo lo referente a Vortigern, nos presenta a un «rey supremo» a un Vortigern, amargado, desorientado y duramente reprendido y desautorizado por san Germán. [46]

Hengest, por su parte, no paraba de reforzar su posición al traer a Britania más y más jutos, anglos y sajones. Si en un principio Hengest y Horsa habían llegado con 3 barcos, esto es, unos 150 guerreros, su número se verá reforzado primero por otros 16 barcos y, más tarde, por 40 nuevas naves, [47] es decir, por 800 y 2000 guerreros, respectivamente. Estas cifras, recogidas por Nennio y, en buena medida, respaldadas por Gildas y Beda el Venerable, parecen bastante sensatas.

Pero pese a esos 3000 guerreros y a la continua afluencia de emigrantes sajones, jutos, anglos y frisios, y pese también a la alianza con Vortigern, la posición de Hengest era frágil y el jefe germano sentía cómo la oposición de los britanos crecía de forma imparable.

De hecho, el *superbus tyranus* , Vortigern, fue al cabo expulsado y tuvo que exiliarse a sus tierras de Demetia y Powys, dejando el mando supremo en manos de su hijo mayor, Vortimer, el cual, junto con sus hermanos y con el apoyo del partido «romano», se había alzado contra su padre para enfrentar y tratar de expulsar a los sajones.

Por su parte, Hengest y Horsa reanudaron sus ataques e intentaron ocupar las tierras que Vortigern les había cedido, el reino de los cantios, el actual Kent. Pero Vortimer, el hijo de Vortigern, logró plantarles cara de forma exitosa librando contra ellos cuatro reñidas batallas que tanto Nennio como la *Crónica anglosajona* recogen y que ambas fuentes sitúan en Kent. En la tercera de esas batallas, en la de *Habail Saessenaeg* , «la masacre de los sajones», en la actual Aylesford, muy cerca de la actual Dover, Vortimer logró dar muerte a Horsa, el hermano de Hengest, si bien al precio de perder muchos hombres y, entre ellos, a su hermano, Catigerno. La *Crónica anglosajona* atribuye la victoria en esta disputada batalla a Hengest, pero reconoce que Horsa murió en la lucha.

Hacia 460, tras cinco años de duras luchas en la región que luego sería el solar del reino de Kent, Vortimer había logrado empujar a Hengest y sus guerreros hasta el mar y allí, en el canal que separaba a Britania de la isla de Tanatus libró su cuarta batalla.

Nennio dice que Vortimer puso en fuga a los bárbaros y la *Crónica anglosajona* comenta que, en esta batalla, que sitúa en 465, cayeron doce jefes britanos, pero no atribuye la victoria a los sajones. Así que todo apunta a que entre 460 y 465 Vortimer logró contener a los sajones, jutos y anglos de Hengest en la isla de Tanatus y Cantia oriental y, por lo tanto, se ha de conceder que logró victorias decisivas en esos diez años.

En consecuencia, tras quince años, 450-465, la sublevación de los federados parecía vencida, pero solo lo parecía. Y entonces Vortimer murió. Según el tardío Godofredo de Monmouth fue enterrado en Londinium, mas, en cualquier caso y como certifica Nennio, la muerte de Vortimer supuso el retorno al poder de Vortigern y, con él, una nueva oportunidad para Hengest y sus jutos, sajones y anglos. [48] Una nueva oportunidad que no estuvo exenta de una dura oposición. Todo parece apuntar a que Vortigern y su aliado Hengest no lograban imponer su autoridad al *Consilium* de Britania en donde se hallaban representados los reyes, jefes, nobles y senadores de las ciudades de Britania. Bachrach apuntó ya a que la estructura política de la Britania de este periodo se organizaba en una compleja jerarquía coronada por el «rey supremo». Pero coronada, no controlada por él.

Hengest debía de sentirse frustrado. Había llegado a Britania como jefe de una banda de guerreros y se había alzado con tierras, riqueza y seguidores, pero las derrotas ante Vortimer lo habían vuelto a confinar a Tanatus y el regreso de Vortigern, constreñido por la oposición que el viejo tirano sufría en el *Consilium* , no le había permitido recuperar las tierras de Kent. Así que Hengest intentó aplastar la oposición britana de un solo golpe y mediante la traición y la astucia.

Es probable que en 465 o 466, en una gran asamblea de paz, se reuniera el *Consilium* de Britania con los representantes de las bandas guerreras capitaneadas por Hengest y su hijo Octa. En mitad del banquete que siguió al encuentro y aprovechando que las costumbres britanas impedían asistir a los banquetes con armas, Hengest y sus jefes, que habían ocultado sus *saex* , sus *scramas* o largos puñales de un solo filo, bajo las mangas de sus túnicas, asesinaron a los britanos en una orgía de sangre que fue recordada como «la matanza de los cuchillos largos».

Hengest no atacó a Vortigern y es harto probable que todo estuviera acordado de antemano entre ambos caudillos, el germano y el celta, para aplastar la resistencia del *Consilium* y de los jefes britanos. [49]

Pero Vortigern calculó mal la fuerza de la oposición y esta se agrupó ahora en torno al hijo de su viejo enemigo, Ambrosio Aureliano. La figura de este es plenamente histórica, al contrario que la de Arturo. Está atestiguada por el contemporáneo Gildas, quien es probable que naciera en los años finales del reinado de Ambrosio Aureliano y que conociera a muchos hombres que lucharon junto a Ambrosio o que vivieron bajo su

gobierno. Gildas, ya lo hemos visto, lo hace descender de una familia romana que «vestía la púrpura» y ya hemos señalado que esa enigmática frase apunta a que el padre de Ambrosio Aureliano fuera en origen un tribuno militar que se transformó en un señor de la guerra y que lo más seguro es que se alzara hasta el trono de Dumnonia.

Gildas contrapone la figura de Ambrosio a la de Vortigern. Ambrosio Aureliano es «modesto», el *superbus tyranus* Vortigern, «soberbio». Ambrosio es «valiente», Vortigern «cobarde». Ambrosio reúne en torno a sí a los *cives* , los ciudadanos principales, y al *populus* , al pueblo, para enfrentar a los sajones y derrotarlos. Vortigern traiciona a sus «compatriotas» y se somete a los «bárbaros» ante los que termina huyendo. Si hay un héroe en la *De Excidio et Conquestu Britanniae* de Gildas ese es Ambrosio Aureliano y, de hecho, es una de las pocas figuras que merece ser llamada por su nombre en la obra del iracundo santo y una de las escasas personalidades de Britania para las que Gildas tiene alabanzas y no insultos y maldiciones. [50]

En efecto, no solo alabanzas y nombre, pues Gildas también ha salvado su título: *duce* Ambrosio Aureliano. De nuevo, un título militar romano: *dux* (duque). Este título, que ya hemos visto que también ostentaron Coel Hen y Vortigern (Vitalino), y que es muy posible que también llevara el padre de Ambrosio Aureliano, significaba «conductor» y como *dux Brittaniarum* , «conductor de los britanos» parece haber adornado a la máxima autoridad de la Britania posrromana, junto con los títulos de *regum omnium regi* , «rey de todos los reyes» y el de *insularis draco* , esto es, «dragón de la isla». Pues bien, Gildas nos da fe de la existencia de esos títulos entre los britanos de la segunda mitad del siglo V y de la primera mitad del VI, y asigna a Ambrosio el título de *dux* , mientras que Nennio le otorga el ya mencionado de *regum omnium regi* . [51] No hay, pues, duda: tras el *superbus tyranus* , llegó el «rey supremo»: Ambrosio Aureliano.

La tradición, las fuentes y el análisis filológico han situado el núcleo del dominio de Ambrosio Aureliano en torno a Amesbury, localidad que retiene en su nombre el de Ambrosio [52] cerca de la cual, como ya vimos, y muy significativamente, tuvo lugar la batalla de Guoloph entre Ambrosio (Constantino Aureliano) y Vitalinus (Vortigern) en 439. Pero desde allí, desde Amesbury y su fortaleza prerromana reconstruida en el siglo V, se extendió hasta abarcar una extensa área del sur de la actual Inglaterra. Y es que todo apunta a que Ambrosio Aureliano era o terminaría siendo, rey de Dumnonia y que convirtió a esta en el reino más importante de la Britania de finales del siglo V e inicios del VI. Y es que la Dumnonia de Ambrosio Aureliano fue un poderoso reino cuyo centro político principal y militar ha sido establecido por los arqueólogos en la formidable fortaleza de South Cadbury, en Somerset. Allí, sobre la amesetada cima de más de 7,25 hectáreas que corona una empinada colina, se hallaba una gran fortaleza de época prerromana que, a mediados del siglo V, fue recuperada y reforzada con nuevas y formidables defensas, pues se excavaron de nuevo los fosos, se remozaron los muros de tierra y se consolidaron con sillares, mampostería y empalizadas almenadas al modo

de las defensas fronterizas del Bajo Imperio y se abrieron y fortificaron unas impresionantes y grandes dobles puertas defendidas por una potente torre. Todo ello usando técnicas constructivas romanas que cambiaron por completo la fisonomía de South Cadbury y la transformaron en una ciudadela inexpugnable dotada de una red de fosos, terraplenes, muros, empalizadas y torres. En el centro de la meseta protegida por las defensas, también se construyó un rústico palacio dotado de un gran salón de banquetes de 200 m^2 y rodeado de todo tipo de edificios auxiliares tales como almacenes, cocinas, talleres, armerías, viviendas, etc. La abundancia de cerámica procedente de la Galia, África y el Mediterráneo oriental muestra que South Cadbury era hacia el año 470 un centro de primer orden y el asiento de un poderoso señor. [53] Sus intrincadas y complejas defensas debieron de necesitar de al menos 400 hombres para estar convenientemente guarnecidas y eso apunta a que el señor de la guerra de South Cadbury era uno de los «grandes poderes» de la Britania de los siglos V y VI y, si tenemos en cuenta el momento, alrededor de 470, y el lugar, el corazón de Dumnonia, lo lógico es pensar que estamos ante la residencia principal de Ambrosio Aureliano. [54]

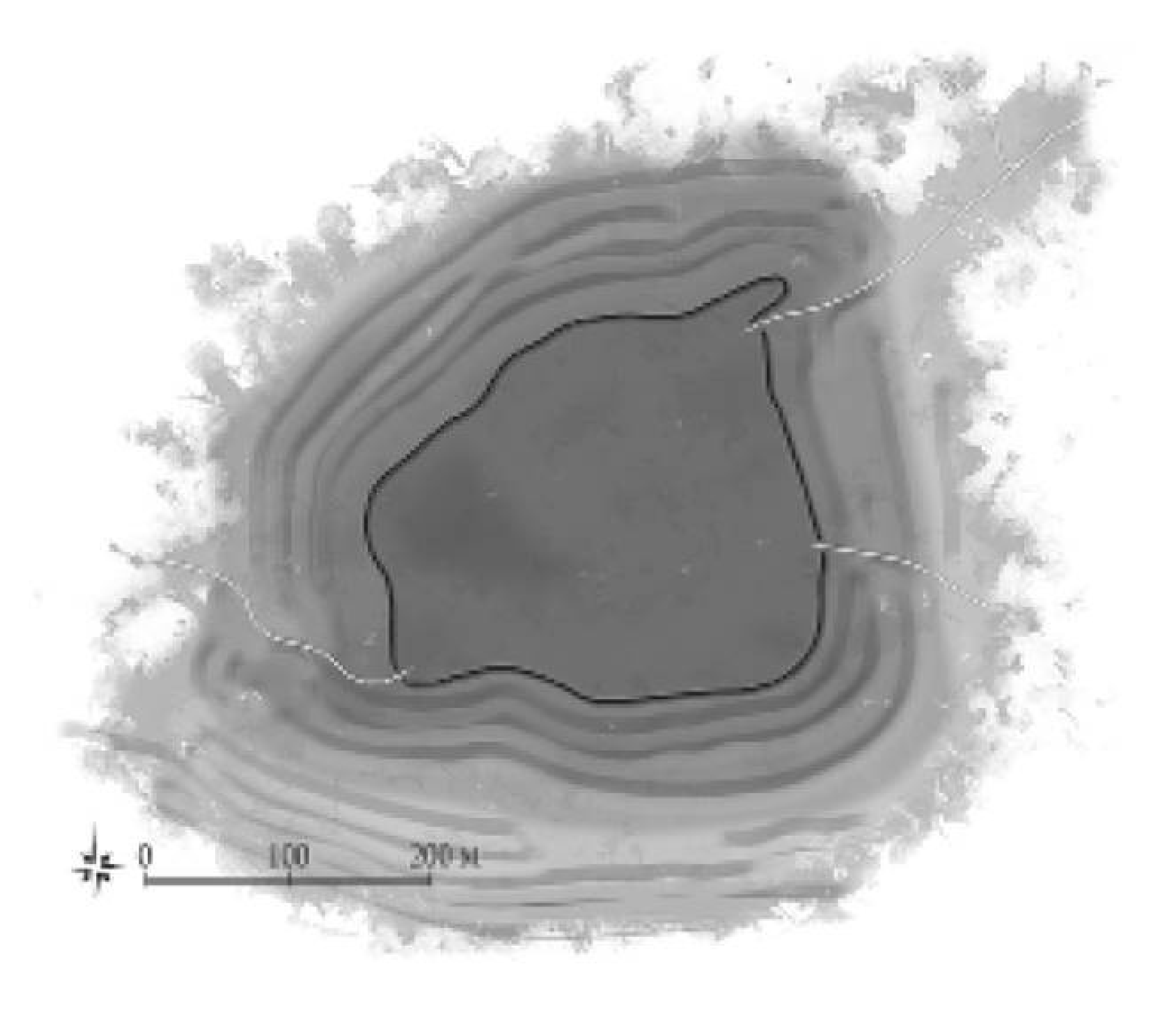


Figura 37: Plano de la fortificación de South Cadbury (Somerset). Se trata de un otero con excelente visibilidad del territorio y una cima muy amplia, de unas 7,28 ha, rodeada de escarpes calizos. Ocupado de forma ocasional en el Neolítico y, también, en la Edad del Bronce y en la Edad del Hierro II. Es en este último periodo y, en concreto hacia mediados del siglo I a. C., cuando se erige una muralla en torno a la cima. Un siglo más tarde las tropas de ocupación romanas lo emplearon como campamento. A partir del siglo III, la actividad en el lugar experimenta un gran desarrollo, que es en especial dinámico durante los siglos V y VI, época «artúrica».

Dumnonia poseía fuertes lazos con los asentamientos britanos de Armórica y era una de las regiones más romanizadas de Britania y, sin duda, uno de sus reinos más extensos. Al parecer Dumnonia, como otros muchos reinos britanos de este periodo, era más una confederación de pequeños señoríos y reinos menores que un reino centralizado. Pero aun así era poderoso y se extendía sobre las antiguas tierras tribales de los belgas, atrebates, durotriges, dumnonios y dobunnos, es decir, sobre la mayor parte de lo que hoy son los condados de Somerset, Devon, Bristol, Wilshire, Dorset, Hampshire, Berkshire, Surrey, Sussex Oriental y Susex del Oeste y es probable que también ejerciera cierta influencia o control sobre el reino de Kernow (actual

Cornualles), situado al oeste del río Tamar. Así que Dumnonia englobaba de una manera u otra, unos 36 000 km^2 , un área enorme que casi doblaba la del actual país de Gales y que cobra su sentido si la comparamos con el promedio de los más de cien *tuatha* , reinos, de la Irlanda contemporánea que rara vez pasaban de los 2000 km y que, a veces, no alcanzaban los 800 km.

Fuera de Londinium, las principales ciudades britanorromanas estaban en el área que parece haber estado sujeta a Ambrosio Aureliano: Venta Belgarum (Winchester), Calleva Atrebatum (Silchester), Durocobriga, Clausentum (Southampton), Durnovaria, Isca Dumnonia, Noviomagus (Chichester), Cunetio, Aquae Sulis (Bath), Anderida, Sorviodonum (Salisbury), Corinium (Cirencester), etc. Además, si se observa un mapa, se verá que el dominio de Ambrosio Aureliano estaba en la «línea de expansión» de los invasores germanos. Así que todo llevaba a Ambrosio Aureliano a constituirse en el nuevo *dux Brittaniarum* , en el duque de los britanos, y en el *regum omnium regi* e *insularis draco* , dragón de la isla de Britania.

Gildas menciona que Ambrosio Aureliano fue capaz de reorganizar con éxito la defensa y que, tras el feroz y devastador ataque sajón, obtuvo una gran victoria inicial que frenó a los bárbaros paganos. Tras esta victoria la lucha continuó con dureza: «Unas veces los ciudadanos obtenían la victoria y otras veces eran derrotados», pero Ambrosio Aureliano parecía haber logrado detener a Hengest y a su hijo Octa y a sus guerreros en los límites de la región de Kent. De hecho, puede que las victorias obtenidas por este fueran tan sonadas y su poder se afirmara tanto como para que tras su figura se escondiera la de un personaje misterioso, pero plenamente histórico, que irrumpió en la historia del Imperio romano de Occidente y de la Galia en 469: Riotamo.

En efecto, gracias a Gildas sabemos que Ambrosio Aureliano era el jefe supremo de los britanos hacia 470 y por la *Chronica maiora* de Beda el Venerable sabemos que se alzó con el título de «rey supremo» de Britania en algún momento del segundo reinado de Zenón (476-491). Pues bien, Sidonio Apolinar, contemporáneo de Ambrosio Aureliano, y Jordanes, contemporáneo a su vez de Gildas, citan a un rey de los britanos que llegó a la Galia «cruzando el mar» en auxilio del emperador Antemio y al que llaman Riotamo. Según Jordanes, este desembarcó en el Tractus Armoricani a la cabeza de 12 000 guerreros para sumarlos a las tropas del *comes* Paulo y de los federados francos y enfrentar así a los visigodos de Aquitania que amenazaban la posición del Imperio en la Galia. Los aliados no llegaron a reunir sus fuerzas a tiempo y Riotamo fue derrotado por los godos en la batalla de Déols y tuvo que retirarse con el resto de su ejército hacia el reino burgundio, federado de los romanos. Allí pasó el invierno y los desmanes de sus hombres provocaron que Sidonio Apolinar enviara a Riotamo una carta en la que solicitaba que los controlara mejor. Algunos historiadores han afirmado que Riotamo murió en territorio burgundio, pero lo cierto es que no hay prueba sólida de ello y como todo apunta a que llegó a la Galia desde el sur de Britania, tal como afirma Jordanes con

claridad meridiana: «Llegó desde el otro lado del mar», lo lógico es pensar que regresó a casa con su derrotado ejército.

No podemos saber con total certeza si Riotamo es Ambrosio Aureliano, ni si Riotamo volvió a Britania. Pero es bastante lógico, como han mencionado muchos historiadores, concluir que el candidato más plausible a ser Riotamo es Ambrosio Aureliano. Si quiera sea porque el latino Riothamus no es un nombre, sino un título de origen celta que en lengua britana viene a significar algo así como «gran rey», esto es, lo mismo que el título que en Britania se otorgaba a los reyes que alcanzaban la hegemonía: *regum omnium regi* . [55] Precisamente lo que era o iba a ser Ambrosio Aureliano y porque solo él, como rey de la poderosa Dumnonia, podía reunir el poder militar necesario como para intervenir en la Galia a favor del emperador y máxime cuando, como ya hemos señalado, Dumnonia mantenía sólidas relaciones con los emigrados britanos asentados en Armórica hasta el punto de crear una nueva Dumnonia en Armórica, y cuando, además, Ambrosio Aureliano se consideraba, por encima de todo, y era considerado romano, y como tal capitaneaba el partido prorromano de Britania.

Así que cronología, situación política y título coinciden. Pero, en cualquier caso, Ambrosio Aureliano parece haber cosechado muchos éxitos y si la cronología de Beda en su *Chronica maiora* es acertada, impuso su hegemonía en Britania como *regum omnium regi* e *insularis draco* durante el segundo reinado del augusto Zenón.

Como Gildas no concluye la historia de Ambrosio Aureliano sino que sin solución de continuidad pasa a narrar la batalla de Badon, es lícito pensar que Ambrosio Aureliano también podría estar detrás de otra figura, en este caso semilegendaria, la de Arturo.

De hecho, las fuentes tardías como Godofredo de Monmouth hacen de Arturo el sobrino de Ambrosio Aureliano [56] y puede que ambos, Ambrosio Aureliano y Arturo, no se excluyan, sino que se complementen.

Y es que, si seguimos la cronología que Gildas y Beda el Venerable, nuestras fuentes más antiguas y fiables, dan para la batalla de Badon, nos daremos cuenta de que esta gran y decisiva contienda se debe situar no cuando lo hacen los tardíos *Annales Cambriae* , sino hacia 493. En efecto, la mayoría de los historiadores se conforman con asignar a la batalla de Badon una fecha aproximada, en algún momento en torno al año 500. Otros prefieren aceptar la fecha consignada en los *Annales Cambriae* , [57] 516, aunque algunos la corrigen a 518. Ahora bien, Gildas, la única verdadera fuente contemporánea del semilegendario Arturo y del histórico Ambrosio Aureliano, nos dice que él, Gildas, nació el año de la batalla del Monte Badon y que desde su nacimiento habían transcurrido cuarenta y tres años y un mes. [58] Como no sabemos con exactitud cuando

escribió Gildas dicho dato no ha sido hasta el presente de mucha utilidad. No obstante, Beda el Venerable, nuestra segunda fuente más próxima a la batalla del Monte Badon, nos aclara que la batalla en cuestión tuvo lugar «cuarenta y cuatro años después del establecimiento de los sajones en Britania» [59] y, puesto que el propio Beda fija ese asentamiento en 449-450, algo que confirma en buena medida Gildas que lo fija unos tres años después del envío por parte del *Consilium* de Britania de una carta al patricio Flavio Aecio, 446, [60] eso nos llevaría a 493-494. Y es en este punto cuando retomamos a Gildas. Y es que si uno lee con atención la *De Excidio et Conquestu Britanniae* advierte dos cosas: una, que en el momento en que Gildas escribía Britania disfrutaba de paz con los sajones y que estos no eran el principal problema y, dos, que Britania no se hallaba atenazada por ninguna calamidad de grandes proporciones, ya fuera esta una epidemia o un desastre natural. [61]

La *De Excidio et Conquestu Britanniae* de Gildas es, ante todo, un sermón condenatorio y Gildas no hubiera desaprovechado una «buena catástrofe» para reforzar sus argumentos y apoyar sus diatribas contra la Iglesia y los gobernantes britanos. Ahora bien, la gran peste de Justiniano llegó a Britania hacia 542 y en 547 seguía causando mortandad. Precisamente ese último año, 547, [62] murió víctima de la peste uno de los reyes reconvenidos y maldecidos por Gildas: Maelgwn de Gwynedd, *regum omnium regi* e *insularis draco* de Britania, en el momento en que Gildas escribía. [63] Justo eso se debe señalar, que cuando Gildas escribía Maelgwn de Gwynedd estaba vivo y era rey. Pues bien, si tenemos en cuenta que Maelgwn subió al trono en 534 y que murió en 547, eso sitúa la redacción de la *De Excidio et Conquestu Britanniae* antes de 547 y, después de 534, y como Gildas no menciona la gran catástrofe de la peste, podríamos concluir que la obra en cuestión fue redactada antes de 542.

Y lo que es más, las fuentes del periodo, como por ejemplo Procopio, [64] señalan que entre los años 536 y 538, el mundo se vio sometido a un tiempo durísimo en el que se perdieron las cosechas y reinó un duro, inusual y prolongado invierno que se extendió a lo largo de la primavera y el verano provocando, por ejemplo, nevadas en agosto. Además, lo más inquietante para Procopio y otros testigos visuales del fenómeno, visible en todo el hemisferio norte del planeta, fue que el sol permaneció durante todo el año 536 como velado o eclipsado. Es lo que los especialistas llaman «el gran velo de polvo», fenómeno que provocó un «invierno volcánico» o un «invierno cósmico», según se acepte la hipótesis del volcán o la del meteorito o cometa, que, durante más de un año, quizá dos o tres, enfrió de un modo significativo el planeta y que desencadenó un ciclo de malas cosechas, hambrunas y epidemias que resultó devastador. Así, los *Annales Cambriae* [65] recogen una epidemia terrible en 537 y puesto que las epidemias estaban íntimamente relacionadas con las hambrunas y 536, año en que se perdieron las cosechas, lo fue, todo apunta a que esos años en Britania, 536-538, fueron apocalípticos.

No se puede dudar de lo que afirman Procopio y otras fuentes contemporáneas, porque «el gran velo de polvo» ha dejado su «huella» en el hielo fósil de Groenlandia y en los anillos de crecimiento de los árboles. Pero lo que aquí nos interesa es señalar que se ha fechado con total precisión su comienzo: 536.

Pues bien, Gildas no menciona algo tan singular y apocalíptico como que el sol se mostrara velado, eclipsado y sin fuerza durante todo un año, que las cosechas se perdieran o malograran durante dos o tres años seguidos, que se desataran epidemias terribles y que una suerte de invierno extremadamente frío se prolongara durante esos mismos dos o tres años. Considero que este autor no habría desaprovechado semejante «signo» del «desagrado divino» y, por ende, concluyo que su obra tuvo que redactarse en 535 o muy al comienzo de 536, y eso nos lleva a que la batalla de Badon, la batalla en cuyo año nació Gildas y que tuvo lugar cuarenta y tres años y un mes antes del momento de la redacción de *De Excidio et Conquestu Britanniae* , debe de situarse en 493. Y, en efecto, esa es la fecha que nos daba nuestra segunda fuente más fiable, Beda el venerable, quien la emplazaba también, ya lo hemos visto, en 493.

Nos hemos detenido en fechar la batalla del Monte Badon porque esa correcta cronología aproxima la batalla a Ambrosio Aureliano, pues debemos recordar que Beda nos señala que este fue proclamado rey de todos los reyes de los britanos durante el reinado de Zenón.

¿Cómo se llegó a Badon?

Tras las primeras victorias y batallas de Ambrosio Aureliano entre los años 465 y 468, se logró contener el avance de los bárbaros. La *Crónica anglosajona* calla durante esos años y ello apunta a derrotas y a que los invasores fueron incapaces de continuar con sus devastaciones y conquistas. Pero el avance se retomó en 473, fecha en la que tenemos noticia de una batalla librada por los britanos en Kent contra Hengest y su hijo Aesc. [66]

Parece que una vez más se detuvo el avance bárbaro durante otros tres años. Entonces apareció un nuevo jefe, Aelle, que desembarcó en 477 a la cabeza de una nueva banda guerrera llegada en tres barcos de guerra. Este combatió sin descanso contra los britanos y contra los otros caudillos sajones, anglos y jutos y pronto se alzó con la hegemonía entre los invasores que se estaban asentando en Britania. Aelle sería designado por las fuentes anglosajonas como el primer *bretwalda* de Britania. [67]

Ese título, *bretwalda* , sería el equivalente anglosajón de los títulos britanoceltas de Riotamo y Vortigern y de los britanolatinos *insularis draco* y *regum onium Regi* .

De nuevo todo apunta a que, tras la llegada de Aelle y su banda guerrera, los britanos lograron frenar una vez más el avance bárbaro. Esto nos recuerda la afirmación

que Gildas hace al respecto de las luchas de Ambrosio Aureliano contra los sajones: «Unas veces vencían los ciudadanos y otras eran derrotados». En 485, Aelle logró una victoria significativa y empujó un poco más hacia el oeste la frontera britana. [68]

Para complicar aún más la situación de los britanos en 490-491, Aelle y su hijo Sisac lograron apoderarse de Anderida, el gran fuerte romano que los britanos habían mantenido en armas y que constituía uno de los pilares de su defensa frente a los bárbaros. Aelle lo tomó al asalto y según la *Crónica anglosajona* «dio muerte a todos los britanos». [69] Aelle estaba empujando fuerte y con él venían más y más colonos sajones. Beda el Venerable, por ejemplo, señala que con Aelle y su hijo Sisac se establecieron en Sussex, las tierras britanas conquistadas en torno a Anderida, 7000 familias sajonas. La arqueología y la filología muestran que, en efecto, en Sussex se produjo una rápida y violenta sustitución de la población indígena en las décadas que van de 490 a 530. El estudio de los asentamientos de esta región muestra, asimismo, un cambio significativo en los modelos de explotación de la tierra. [70]

Al parecer, entre 491 y 493, los sajones de Aelle saquearon las *civitates* britanorromanas de Calleva Atrebatum (Silchester) y Noviomagus (Chichester). Así que en 493 la situación de los britanos era desesperada y si Ambrosio Aureliano todavía era su «rey supremo» debía de estar reuniendo todas las fuerzas que podía para enfrentarlas a la ofensiva bárbara.

Esa ofensiva la encabezaba el *bretwalda* de los sajones, jutos y anglos de Britania, Aelle, y su objetivo era aniquilar la resistencia britana, que se congregó en el monte Badon.

¿Dónde estaba el monte Badon? Es imposible saberlo. Ni Gildas, Ni Beda el Venerable, ni Nennio, ni la *Crónica anglosajona* , ni los *Annales Cambriae* aportan la más mínima indicación al respecto. Solo hay dos cosas que se pueden asegurar: era un lugar estratégico y se hallaba en el territorio que encabezaba la resistencia, Dumnonia. Así que localizaciones como South Cadbury, Amesbury o Bath son de igual manera plausibles.

Lo cierto es que en algún lugar entre Bath, al oeste, y Amesbury, al este, y en el año 493, los sajones de Aelle asediaron a un ejército britano capitaneado casi seguro por un anciano Ambrosio Aureliano y en el que quizá militaba también uno de sus parientes o comandantes, Arturo, al que luego se ensalzaría como *dux bellorum* , «conductor de la guerra». La batalla, comenzada como el sitio de una fortaleza britana situada en lo alto de una áspera colina, se resolvió en un masivo ataque frontal sajón contra las defensas britanas que fracasó ante la encendida resistencia de los asediados que, aunque inferiores en número, contaban con una mejor posición y es muy probable que con una táctica más desarrollada. Tras ser rechazados, los sajones se vieron desbordados por el

contragolpe de la infantería britana y flanqueados, envueltos y aniquilados por una fuerza de caballería, integrada en parte por mercenarios o aliados armoricanos, que decidieron la jornada con sus cargas.

En definitiva, 940 sajones quedaron muertos sobre el campo de batalla. Unas pérdidas considerables si se tiene en cuenta que otros muchos quedarían cautivos o heridos y si se sopesa que los ejércitos de este periodo y muy en especial en Britania, pocas veces superaban la cifra de unos centenares o a lo sumo de dos o tres millares de hombres. Esos son los únicos detalles que pueden deducirse de los escasos testimonios que conservamos. Eso y que fue un triunfo aplastante de los britanos. Tanto que Gildas asegura que la paz se mantuvo durante toda una generación. [71]

Y tuvo que ser cierto. Pues, aunque la *Crónica anglosajona* guarda prudente silencio ante tamaña derrota e incluso sitúa en 495 la llegada de un nuevo jefe sajón, Cerdic, y su ataque con 5 barcos a Clausentum, desde donde trató de abrirse camino hacia el norte en dirección a Venta Belgarum y Sorviodonum para constituir el germen de lo que sería el futuro Reino de Wessex, todo apunta a que Cerdic y sus hombres apenas si hicieron progresos durante toda una generación, tal como señala Gildas. La propia *Crónica anglosajona* sitúa en torno a la en apariencia conquistada Clausentum duros combates entre los sajones de Cerdic y los britanos, en los años 501, 508, 519 y 527. [72] Señal esta inequívoca de que los sajones no progresaron más allá de algún enclave costero hasta mediados de la década de 530.

El avance anglosajón no solo quedó frenado en la frontera oriental de Dumnonia, sino también en su frente norte, fijado en el Tamesa y en Londinium, y, con ella, la llave para avanzar hacia el interior por el valle del Támesis no parece haber caído en manos de los anglos y sajones hasta la década del 530.

Más al norte aún, en el antiguo territorio de los icenos, lo que luego sería el Reino de Anglia, así como en el valle del Humber y en las costas norteñas que luego constituirían el asiento de los reinos anglos de Bernicia y Deira, los asentamientos bárbaros son irrelevantes hasta 547.

Además, la arqueología muestra que, en efecto, desde finales del siglo V y hasta mediados del VI, el avance anglosajón hacia el oeste quedó detenido de súbito. [73]

De la Britania posrromana a la heptarquía anglosajona

A lo largo del primer tercio del siglo VI Britania seguía siendo bastante parecida a lo que había sido en el siglo V. Las ciudades romanas seguían existiendo, sus murallas se reparaban de forma más torpe y sus edificios se reutilizaban y se orientaban a nuevos propósitos, pero seguían siendo centros de defensa, administración y comercio.

También se seguía explotando la tierra de forma muy parecida, agricultura cerealística en el sur y ganadería en el oeste y el norte como actividades preponderantes. Asimismo, el latín seguía siendo la lengua culta y en ella se seguían redactando contratos, cartas, testamentos y obras literarias. El cristianismo ejercía una gran influencia y los contactos con la Galia así como con el Mediterráneo seguían siendo importantes.

Al respecto de esto último, por la *Vida de Juan de Chipre* , patriarca de Alejandría a inicios del siglo VII, sabemos que los comerciantes bizantinos seguían navegando desde Alejandría a Britania y que cambiaban allí trigo, vino y otros productos por estaño y plata. [74]

También era activo el comercio con Irlanda, cristianizada ya casi por completo hacia 535, hasta el punto de que se ha acuñado el término «Mediterráneo celta» para definir la creciente actividad comercial y cultural que se estableció entre los reinos irlandeses y los britanos en este periodo.

Pero bajo esa superficie de continuidad, claro está, se operaban cambios y poco a poco los señores de la guerra fueron sustituyendo a los aristócratas de raíces y costumbres romanas y los ejércitos britanorromanos se fueron a su vez alejando de su origen y transformándose en bandas guerreras de carácter «heroico» y la economía colapsó tras el empeoramiento de las condiciones climáticas, las epidemias y las guerras que se sucedieron a partir de 536. Así que, muy despacio, Britania se fue alejando de las líneas de evolución que seguían la Galia, Hispania o Italia.

Ese camino divergente de Britania se aceleró y se hizo irreversible tras los grandes triunfos anglos y sajones que se sucedieron sin casi interrupción desde 577 en adelante.

Hoy día se recalca la influencia que en el declinar de los britanos frente a los anglosajones pudo tener el cambio climático progresivo que, aunque iniciado en el siglo V, se acentuó en el VI y trajo consigo un clima más frío y lluvioso que disminuyó el volumen de tierras cultivables en lo que luego serían Gales Central, Cumbria y Cornualles, regiones todas ellas habitadas por britanos, y puede que todo eso en conjunto disminuyera la población britana y a la par acelerara e incrementara la emigración de anglos, sajones, jutos y frisios desde sus tierras de Jutlandia y el mar del Norte hacia los nuevos reinos anglosajones de Britania oriental. Ese aporte de nuevos emigrantes reactivó el avance bárbaro detenido en Badon en 493, una circunstancia que el cronista del primer tercio del siglo IX al que llamamos Nennio, ya advirtió. [75]

En efecto, será ahora, en la segunda mitad del siglo VI, cuando se desarrollen y expandan en realidad Anglia y Essex, y cuando surja Bernicia. En el año 547 llegó a Bamburgh el rey anglo Ida, «el portador de la llama», primer rey de los anglos del norte. [76] Aquí, en el norte, la resistencia britana fue durísima. Los anglos solo

progresaron hacia el oeste y el norte a base de cruentas batallas y muy despacio. Bernicia, por ejemplo, solo lograría quebrar esa resistencia con el apoyo de Deira, un reino anglo surgido más al sur, en el valle del Humber, y lo haría únicamente tras la batalla de Catraeth (actual Catterick) librada en torno al año 600, y en la que los anglos del norte vencieron a un ejército britano aliado constituido por 300 hombres escogidos, todos ellos montados a caballo y pertenecientes a la nobleza guerrera, procedentes de los reinos de Gododdin, Elmet, Rheged, Gwynedd y Strathclyde que se proponían frenar a los anglos y empujarlos fuera de Bryneich, [77] el reino britano que los invasores habían conquistado y transformado en Bernicia desde 547 y más allá del río Trent, que a la sazón marcaba la frontera entre el reino anglo de Deira y el britano de Elmet.

La batalla de Catraeth fue tan desastrosa para los britanos como la de Badon lo había sido para los anglosajones. Pero, al contrario que los anglosajones, a finales del siglo VI, los britanos no pudieron rehacerse.

El atento estudio del poema dedicado por los britanos a Catraeth muestra por qué: la balanza demográfica y sobre todo la militar, se habían inclinado claramente a favor de los anglosajones. Simplemente, los anglos y los sajones podían congregar ejércitos más numerosos que los que podían llevar los britanos al combate. Por un lado, porque los reinos britanos eran cada vez más pequeños y estaban cada vez más divididos entre sí, y por otro, porque la continua emigración desde Germania y Jutlandia reforzaba más y más a sus enemigos y, sobre todo, porque el sistema militar anglosajón, pese a ser muy parecido en esencia al sistema que entre los britanos sustituyó a las primitivas milicias ciudadanas y a las viejas unidades posrromanas, parece haber sido más efectivo.

Si «el Viejo Norte» se hundió en las primeras décadas del siglo VII, la debacle britana llegó aún antes en el sur. En 556, en la batalla de Beranburh (Barbury Castle) se reactivó el avance sajón hacia el oeste tanto tiempo detenido tras la batalla del Monte Badon en 493 y, aunque los guerreros de Wessex no se alzaron con una victoria clara y la batalla fue durísima, marcó un punto de inflexión pues otorgó a los sajones el control efectivo de lo que luego se llamó el *Ridgeway* , la ruta principal que llevaba al oeste y que controlaba los accesos a los valles del Támesis y del Severn desde la costa sudoriental de Britania.

A partir de Beranburh, el avance sajón, encabezado por Wessex, siguió ejerciendo presión sobre la frontera de Dumnonia. Al fin, en 577, en la batalla de Deorham un gran ejército sajón de Wessex comandado por su rey, Ceaulin, progresó valle del Támesis arriba y en un punto situado entre Aquae Sulis, Corinium y Glevum (Gloucester), ubicado con toda probabilidad en la actual Hiton Hill, cerca de Dirham, derrotó a la alianza de los reyes britanos de Dumnonia, Gwent y Caer Cerin.

Era el fin de la Britania de Gildas. Los sajones de Wessex se apoderaron de las tres ciudades, Aquae Sulis, Glevum y Corinium en donde todavía habitaba una población apegada a los restos de las viejas costumbres y modos britanorromanos y empujaron las fronteras de Dumnonia hacia el sur y el oeste y las de Gwent hacia el norte y el oeste, alcanzando el valle del Sabrina [78] (Severn) y apoderándose de su desembocadura.



Figura 38: Figurilla hallada en Spong Hill (Norfolk). Se trata de una tapadera cerámica de urna funeraria destinada a contener las cenizas del difunto, encontrada en una necrópolis anglosajona de finales del siglo V o el siglo VI. El hecho de que sea una incineración, y no inhumación, delata que el finado era, con toda probabilidad, pagano, puesto que los cristianos rechazaban, conforme a la creencia en la resurrección de los muertos, todo rito que no fuera la inhumación.

Con ello partían en dos el territorio britano: al norte quedaron los reinos galeses (Powys, Gwynedd, Gwent, Ergyng, Ceredigion, Brycheiniog, Buylt, Gwerthrynionen y Dyfed, fundamentalmente) y al sur lo que restaba de Dumnonia, cuya nueva capital, Isca Dumnoniorum (Exeter) cayó en 699, y el aislado Kernow. Los sajones habían alcanzado al fin la costa occidental de Britania.

Mientras tanto y desde finales del siglo VI, la misión enviada por el papa Gregorio Magno a los jutos, anglos y sajones había hecho grandes progresos. Para finales del siglo VII, los reinos anglosajones de Kent, Sussex, Essex, Anglia, Wessex, Mercia y Northumbria se habían cristianizado y entraban en la órbita de la nueva cultura medieval que ya regía en el continente, intensificando sus relaciones con la Francia merovingia, Italia y aún con la Hispania visigoda.

Las luchas de los grandes reinos anglosajones de Northumbria, Mercia y Wessex con los «galeses» (literalmente extranjeros, que así llamaban los anglos y sajones a los britanos) continuaron. Pronto, al llegar el final del siglo VII y los inicios del VIII, fueron sometidos los últimos señoríos de Dumnonia y al cabo solo Cornualles y los pequeños reinos galeses sobrevivieron.

En el lejano norte, los feroces pictos detuvieron en seco a los anglos de Northumbria en la batalla de Nechtansmere librada en 685. Cristianizados en el siglo VIII, los pictos terminaron por aunarse con los escotos de Dal Riada y formaron el reino de Alba, esto es, Escocia. Esta última se completó cuando hacia 1034 se anexionó el reino britano de Alt Clud o Strathclyde. Para ese entonces, Inglaterra, «la tierra de los anglos» había sustituido hacía mucho a Britania. [79]

Como ya hemos apuntado más arriba, el factor militar fue esencial para entender el fracaso de los britanos. Estos últimos lograron detener a sus invasores mientras mantuvieron los viejos sistemas de defensa y combate tardorromanos, pero comenzaron a fracasar cuando los abandonaron para pasar a un estilo de guerra «heroica».

Es posible también que, tras la muerte de Maelgwn de Gwynedd, en el año 547, el último *insularis draco* y *regum omnium regi* de Britania, los britanos vieran muy disminuida su capacidad de coordinar su defensa frente a los invasores. Conservaban cierta solidaridad y eran capaces de sumar esfuerzos, como lo hicieron en Deorham y en Catraeth, pero aun así no podían competir con los cada vez más grandes reinos anglos y sajones. Estos últimos, por su parte, se mezclaron profusamente con los britanos en el

norte, Northumbria, en el centro, Mercia, y en el oeste, Wessex. Precisamente los tres reinos que iban a ser los más poderosos durante los siglos VII y VIII, mientras que los más pequeños y débiles, los reinos de Kent, Sussex, Essex y Anglia, aniquilaron o marginaron por completo a los britanos.

LOS EJÉRCITOS BRITANOS DE LOS SIGLOS V AL VII

Evolución, organización, reclutamiento, cadena de mando y táctica

Muy poco sabemos de cierto sobre estas cuestiones. Sí se puede constatar, como ya hemos visto y como sustentan pruebas arqueológicas y documentales, que los primeros ciento cincuenta años de la Britania posrromana, se caracterizaron por continuar los modelos romanos. Así que se puede afirmar que los ejércitos conducidos al combate contra los sajones y otros bárbaros por comandantes britanos como Vortimer o Ambrosio Aureliano, se parecían mucho a los que habían militado bajo los estandartes de Constantino III en 407 o los que combatían en la Galia de la segunda mitad del siglo V a las órdenes de señores de la guerra y reyes como Egidio, Siagrio, Childerico o Clodoveo. [80]

Los britanos parecen haber sentido cierta predilección por la caballería. Sus jinetes estaban adiestrados para la carga y el acoso y empleaban como armas ofensivas los dardos emplomados o *plumbatae* , los venablos, la lanza y la espada larga de dos filos. Se cubrían con escudos redondos, con yelmos y con cotas de malla.

La infantería parece haber estado compuesta ante todo por lanceros y haber peleado en orden cerrado usando escudos, lanzas y espadas. Son escasos los testimonios del uso de arqueros y honderos y, por el contrario, tenemos evidencias arqueológicas acerca del uso de *plumbatae* , y de *manuballistae* (ballestas de mano). Ambas armas muy populares entre las tropas romanas de los siglos IV y V y que en Britania siguieron usándose con profusión durante todo el siglo V y la mayor parte del VI. [81]

Las fuentes evidencian, asimismo, el empleo de mercenarios: sajones, irlandeses y armoricanos. Estos últimos tenían una fuerte relación con los usos y métodos de combate de los alanos y pueden haber constituido una suerte de caballería de élite. [82]

La constatación de que aún se conservaban viejos títulos militares romanos como *dux, tribunus* o *centenarius* , apunta también a la idea de que los britanos aprovecharon el marco que les ofrecían las unidades e instituciones romanas que quedaron en la isla tras 410 para crear sus primeros ejércitos.

Gildas apunta en esa dirección. Su mención del pago de *annonae* a los federados sajones y jutos de Hengest y Horsa [83] manifiesta que en la Britania del año 450 aún

existía una estructura fiscal y administrativa suficiente como para sostener unas fuerzas armadas al servicio de lo que había sido la diócesis de Britania.

¿Y por qué no? Ya vimos, al ocuparnos de la Galia y el ejército de Clodoveo, que incluso en momentos y situaciones de auténtico caos y de gran agitación bélica, como el experimentado por el París de los años que mediaron entre la derrota de Siagrio y el establecimiento efectivo de la autoridad de Clodoveo sobre la *civitas* del Sena, 486-491, las ciudades eran muy capaces de mantener la maquinaria fiscal y administrativa y financiar con ellas su defensa. Una defensa que implicaba el sostenimiento de unidades armadas y mandadas a la romana. [84]

Mientras que gracias a la *Vida de san Germán* y a través de Gildas, sabemos que en los ejércitos britanos del siglo V no solo se abastecía a las tropas mediante el cobro y distribución de las *annonae* , sino que esos ejércitos se componían de *cives* y eso apunta a que las milicias urbanas y las levas locales seguían siendo usuales y que, al igual que en la Galia, proporcionaban buena parte de los combatientes a la hora de reclutar tropas para hacer frente a un ataque enemigo o emprender una campaña a gran escala. [85]

Esas milicias y levas locales eran, sin duda, y al igual que en la Galia, tropas armadas y adiestradas como infantería ligera y debían de encuadrarse en las unidades de soldados profesionales que los reyes y señores sostenían y que constituirían fuerzas de infantería pesada y de caballería.

Ya hemos apuntado que las unidades romanas terminarían transformándose en bandas guerreras al servicio de sus comandantes, ahora señores de la guerra o incluso reyes, o de aristócratas con suficiente dinero como para contratar sus servicios y mantenerlos a su lado. Esa evolución, junto con la circunstancia de que los hijos de los soldados solían heredar de sus padres el empleo y las obligaciones inherentes a su condición militar, fue provocando que apareciera en Britania una casta guerrera. Eso provocó, a su vez, teniendo en cuenta el potente sustrato celta, una progresiva heroificación del soldado que fue pasando a convertirse en guerrero.

Conforme esa casta guerrera cobraba importancia, la perdían los usos romanos y, con ellos, se disolvieron las milicias urbanas, de manera que la defensa quedó en manos de los guerreros. Estos guerreros, bien equipados, armados y adiestrados, disfrutaban ahora de nuevos privilegios y de una mayor consideración social y constituían fuertes bandas de lo que podríamos llamar «guerreros nobles». Así aparecen retratados en el poema *Y Gododdyn* escrito hacia el año 600 y que marca el final del proceso que acabamos de esbozar y que podríamos sintetizar en: del *miles* romano al guerrero heroico. [86]

En efecto, en este poema los guerreros son nobles y heroicos. Poseen una ética del combate y de la muerte. Sus hazañas las cantan los bardos y celebran sus victorias o planean sus campañas en tumultuosos salones de banquete en donde son agasajados por sus señores con hidromiel, vino, suculentas viandas y gloriosos regalos. [87] Sus armas son resplandecientes, famosas y, dotadas de nombre, son honradas por sus propietarios y cantadas por los poetas. Los nobles guerreros usan la espada larga de dos filos, el venablo y la lanza y se cubren con el yelmo, el escudo y la cota de mallas. Cabalgan hasta la batalla y prefieren pelear desde sus monturas, aunque no desdeñan desmontar y afrontar a pie al enemigo. Su vida gira en torno al combate. Honor, fama y riquezas. [88]

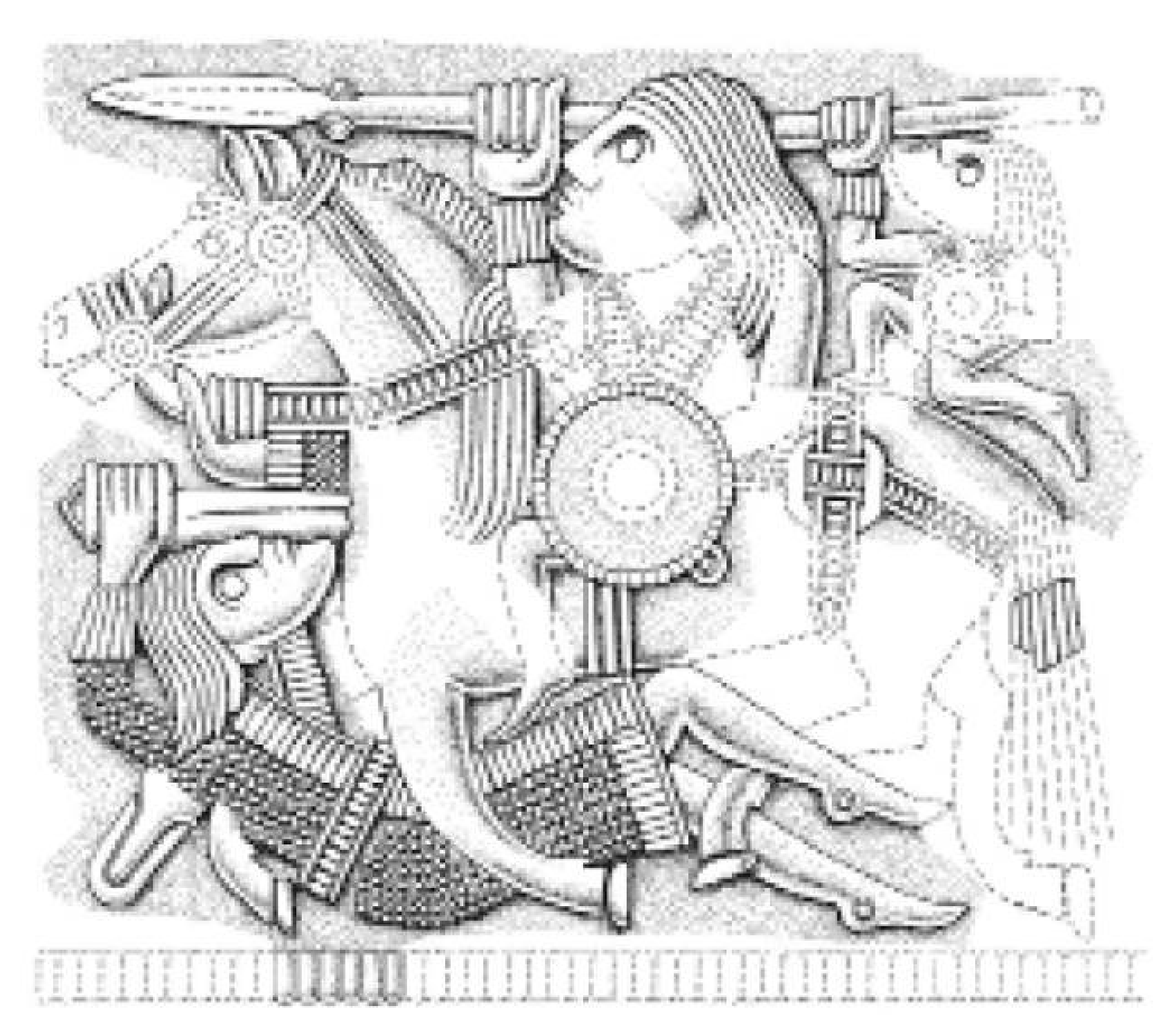


Figura 39: Dibujo de una de las plaquitas de bronce laterales del casco de Sutton Hoo. En ella apreciamos una escena de combate entre un jinete y un peón armado con cota de malla en la que este último aparece yacente y aparentemente sometido, pero capaz de herir al tiempo con su espada al caballo de su oponente. La figurita de menor tamaño que vemos arriba a la derecha es posiblemente una alegoría o deidad de la victoria que sostiene la lanza del jinete –nótese cómo ambos sostienen una misma lanza– y la guía hacia la victoria. © Lyndsay Kerr

Eso es lo que busca y define al guerrero. Un guerrero que posee nombre y que es, ante todo, individuo. Dicho de otro modo, los guerreros britanos de la segunda mitad del siglo VI y del siglo VII se parecen más a los héroes homéricos que a los soldados romanos. No es la unidad de combate, sino el guerrero individual lo que importa. Es el duelo personal y no la táctica de la batalla lo que atrae la atención de los poetas.

La cadena de mando estaba coronada por el rey quien en el siglo V parece haber ostentado entre sus títulos el de *dux Brittaniarum* , claramente un título militar romano que Gildas asigna a Ambrosio Aureliano y, en uno de los manuscritos de su *De Excidio et Conquestu Britanniae* , a Vortigern. De la lectura de Nennio podría extraerse que, a finales del siglo V y a inicios del VI, se usaba también el título de *dux bellorum* para designar al comandante militar, el segundo tras el rey. Tras el rey o *dux Brittaniarum* se hallaban los señores de la guerra a su servicio y, entre ellos, parece que se conservaron títulos y empleos militares romanos como los de tribuno militar y *centenario* . Así se constata en la *Vida de san Germán* , donde se presenta al santo junto a un tribuno militar y en el poema épico *Y Gododdyn* , en el que quedan plenamente evidenciados los centuriones o jefes de cien hombres: «Se levantó de madrugada, cuando los centuriones se apresuran a pasar revista, yendo de una posición avanzada a otra». [89]

Los ejércitos britanos parecen haber ido disminuyendo en número a lo largo de todo el periodo. Por ejemplo, Jordanes, al hablar del rey britano Riotamo –con toda probabilidad y, como ya apuntamos, Ambrosio Aureliano– en su expedición a la Galia de 469-470, le asigna un ejército de 12 000 hombres [90] y aunque pueda ser una cifra exagerada, no debe estar muy lejos de la realidad, pues los visigodos a quienes Riotamo se enfrentó disponían de un ejército de, al menos, 15 000 hombres. Así que es harto probable que los «reyes supremos» de Britania lograran congregar a miles de hombres, mientras que en Catraeth, hacia el año 600, cinco reinos britanos aliados no lograron reunir más que 300 guerreros para enfrentar a los anglos de Bernicia y Deira. [91] Entre ambos extremos tenemos la batalla del Monte Badon librada en 493 y en la que los britanos infligieron a los sajones 940 bajas mortales [92] y eso implica que britanos y sajones tuvieron que reunir allí ejércitos de al menos 2000 o 3000 guerreros. En fin, san Germán, en el contexto de la Britania de 429, habla de «ejércitos numerosos» integrados por soldados y ciudadanos que levantaban *castra* allá donde se congregaban y que avanzaban contra el enemigo de forma ordenada. [93]

Ordenación y táctica

Respecto a su ordenación y táctica, san Germán condujo a su ejército britano hasta una zona de colinas en donde supo encerrar al enemigo en un valle estrecho y, una vez allí, cargó sobre él y lo aniquiló. Bajo su mando las tropas britanas levantaron *castra* , desplegaron exploradores para localizar al enemigo y prevenir emboscadas y supieron

cubrir un terreno áspero para cercar a los sajones y mantener el contacto entre las distintas secciones del ejército a fin de llevar a cabo la maniobra final de convergencia sobre el enemigo. [94]

Sesenta y cuatro años más tarde, en la batalla del Monte Badon, los britanos supieron congregarse y sostenerse en una posición privilegiada, una colina fortificada, y mantuvieron sus líneas ante las repetidas cargas de la infantería sajona. Cuando la última y general carga de la infantería sajona fracasó, la britana efectuó una salida ordenada e imparable desde sus defensas en la cima de la colina y coordinó su avance con una sorpresiva carga de caballería que flanqueó y rodeó al enemigo aplastando su resistencia y desarticulando su formación. [95]

Como podemos ver, el uso de *castra* , el avance cauteloso hacia el enemigo, el estudio y aprovechamiento del terreno, la elección de fuertes posiciones para desplegar la fuerza y el uso y combinación precisa y efectiva de las armas, caballería e infantería, siendo usada la primera como «martillo» y la segunda como «yunque» al modo en que lo recomendaba la táctica romana recogida por el contemporáneo Vegecio, seguían siendo, como en los días del dominio romano, piezas esenciales en la táctica y estrategia y todo ello apunta al mantenimiento de las tradiciones y modos de hacer la guerra romanos y con ellos y por fuerza, de una estructura y de una cadena de mando, abastecimiento y reclutamiento complejas.

Cien años más tarde, a finales del siglo VI e inicios del VII, ya no quedaba nada de eso. En *Y Gododdyn* lo que podemos ver es una banda guerrera de 300 jinetes espléndidamente armados y de gran fama, pero que no son sino un diminuto y tumultuoso ejército. Y, sin embargo, ese «diminuto ejército» es el resultado de una gran alianza entre varios reinos: Elmet, Rheged, Gododdin, Gwynedd y Alt Clud. Dicho de otro modo, los reinos britanos ya no pueden permitirse sostener ejércitos profesionales complejos y nutridos, ni tampoco reclutan ya levas de ciudadanos y campesinos con las que engordar y completar las filas de sus ejércitos, sino que lo fían todo a bandas de guerreros nobles que, necesariamente y debido a su coste, condición social y estilo de vida y lucha, son escasos.

Esos nuevos guerreros heroicos ya no planean sus tácticas de combate al estilo romano. No levantan *castra* , no avanzan con orden, ni estudian el terreno, no combinan la infantería y la caballería, no observan al enemigo y ofrecen combate cuando este es desfavorable al adversario por mor del terreno, el tiempo atmosférico o la situación táctica, sino que avanzan directamente hacia territorio enemigo y cargan en cuanto encuentran a la banda guerrera rival.

Así, en *Y Gododdyn* , los 300 jinetes britanos se adentran en Bernicia y localizan al ejército anglo. De inmediato, le ofrecen combate y lanzan sobre él una carga

devastadora que desborda las líneas enemigas y que pone a los anglos en retirada. Pero es una retirada táctica, pues los britanos, que no han destacado exploradores, desconocen que los anglos de Bernicia se retiran hacia una segunda línea de defensa constituida por un segundo grupo de guerreros de su pueblo procedentes del Reino de Deira. Así que los heroicos britanos continúan avanzando hasta meterse en la «boca del lobo». Reforzados por sus aliados de Deira, los anglos de Bernicia se rehacen y envuelven a los britanos que son masacrados: «Solo un hombre de cada cien volvió». [96]

Unos ochenta años más tarde, el 20 de mayo de 685, los pictos y los britanos de Alt Clud se enfrentaron a los anglos de Northumbria en la batalla de Nechtansmere y dejaron registro de ello en las cuatro escenas labradas en la estela de Aberlemno Stone. Allí podemos ver el combate singular entre los dos caudillos guerreros que dirigían a las dos bandas guerreras: el rey picto de Fortriu, Bruide Mac Bili y el rey northumbrio Egfrido. Ambos portan buenas armas y montan a caballo. Se acechan con sus venablos y, tras arrojárselos, traban combate con sus lanzas y espadas. El duelo termina con la muerte de Egfrido que aparece en la última escena caído en tierra mientras un cuervo picotea su cuello.

Es la representación de la guerra heroica y Egfrido y Bruide Mac Bili, bien podrían trasladarse a la sombra de los muros de Troya y no desentonar allí.

Guerra heroica y guerra brutal

En la estela de Aberlemno Stone también se representa el otro lado de la batalla en la Britania del momento, el muro de escudos. Los hombres de Northumbria cargan a caballo contra el muro de escudos picto-britano formado por tres líneas: en la primera, se ven hombres armados con escudos y espadas, en la segunda y tercera, lanceros provistos de largas y pesadas lanzas.

En otra escena de Aberlemno Stone, el rey picto acosa desde su caballo a un guerrero anglo que huye a caballo. El rey picto ha logrado sembrar el terror en su enemigo que ha arrojado el escudo y la espada y trata de escapar a uña de caballo. [97]

Por su parte, el poema épico *Y Gododdyn* del bardo Aneirin describe así a un guerrero britano marchando hacia la batalla: «Veloz corcel bien guiado bajo el muslo del ilustre joven; un escudo, ancho y ligero, en el esbelto y rápido flanco; una espada, azul y brillante, espuelas doradas y armiño» . [98]

Pero no solo las armas y los caballos hacían al verdadero guerrero, sino que debía de mostrarse sometido a una moral o idea heroica de la vida, del combate y de la muerte:

[…] Más pronto dio su carne al lobo que a la fiesta nupcial;

antes fue alimento para el cuervo, que novio en el altar.

El hombre fue a Catraeth con el amanecer.

Para él fue su escudo protección.

Sangre buscaba, reunidos los destellos de las armas, como el trueno se alzó un estruendo de escudos.

Al enemigo mezquino, al desertor y al corrupto, cortó y atravesó con la lanza.

Desde una posición elevada mató con una espada, dispensando con ella aflicción de hierro a un jefe revestido de acero… [99]

La muerte del guerrero en batalla se entendía como el inevitable pago por una vida heroica y afortunada y como el escalón que lo llevaría a la gloria inmortal:



Figura 40: La conocida como estela Aberlemno 2 (Escocia) muestra una escena de batalla, dispuesta en tres filas. En la superior, un jinete persigue a otro, que cuenta con un yelmo con protector nasal, armado con lanza y que parece haber abandonado escudo y espada. En la fila siguiente, un jinete armado de manera similar al que arriba huye, ataca a tres infantes armados con escudos (nótense sus umbos), lanza y espada. La fila inferior muestra a un jinete sin casco frente a otro con yelmo, ambos armados con lanzas. A la derecha, una figura con casco es devorada por un ave de presa. La pieza se data entre los siglos VIII y IX, y la interpretación de la escena es controvertida, pero la similitud de los cascos con el hallado en Coppergate permite ver a los derrotados como guerreros de Northumbria.



Figura 41: El casco de Coppergate (York), del siglo VIII, es uno de los pocos cascos anglosajones que han llegado a nuestros días. Consta de cuatro partes: una calota de hierro con decoración y bordes en latón, dos carrilleras de hierro con reborde en latón y un almófar de malla para proteger el cuello. Las dos bandas de latón que se cruzan en la calota forman una cruz, sobre la que se dispuso la inscripción: IN NOMINE : DNI : NOSTRI : IHV : SCS : SPS : DI : ET : OMNIBVS : DECEMVS : AMEN: OSHERE : XPI

[…] Antes de que penetrara en el choque y el fragor de las lanzas, su sangre manó hasta el suelo.

Fue el precio de la hidromiel en el salón entre el gentío.

Hyveidd era su nombre y será celebrado mientras haya un bardo.

Como se ve, escenas de una guerra muy distinta a la que en 493 librara Ambrosio Aureliano en el Monte Badon.

Armamento, equipo y estandartes

El armamento ofensivo de los britanos estaba por lo general compuesto por la lanza (*peleidyr*), el venablo (*waewawr*), la espada larga de dos filos que seguía el modelo de la *spatha* romana y que era denominada *chledyuawr* , los *plumbatae* o dardos emplomados arrojadizos, la *manuballistae* y el arco o *gwar* .

La lanza o *peleidyr* era el arma ofensiva más común. La moharra (*argichwyn*) era ancha y de unos 21 cm de largo de promedio. Mientras que el asta era de madera de fresno, provista de un regatón de hierro en su base que le proporcionaba equilibrio y

que podía usarse como punta de reserva si se quebraba la moharra. El largo total de una *peleidyr* britana solía rondar los 2,25 m y aunque era un arma pensada para ser blandida de forma individual o como parte de un muro de escudos, también podía ser arrojada.

La infantería, en especial la ligera que componían los ciudadanos de las milicias urbanas del siglo V y de la primera mitad del VI, solía ir provista de *waewawr* o venablos. Ligeros, dotados de moharras aguzadas, pero más cortas que las de las lanzas, los *waewawr* solían usarse como armas arrojadizas de corto alcance.

La espada o *chledyuawr* era un arma formidable. En un principio no eran sino *spathae* romanas que se conservaban y se pasaban de padres a hijos o armas nuevas que se forjaban siguiendo los modelos romanos. Su hoja era larga y de un ancho de entre 5 y 7 cm y un largo total que oscilaba entre los 72 y los 90 cm. La empuñadura era de madera, con doble acanaladura, y se revestía de tiras de cuero para mejorar la fijación de la mano, o se adornaba con placas de marfil, se cubría de plata u oro o se le aplicaban esmaltes o piedras semipreciosas. Su largo promedio iba de los 15 a los 20 cm y contaba con pomos muy vistosos, unas veces piramidales y, otras veces, con forma de cabeza de águila. También podían contar con anillos eslabonados de plata, bronce u oro a modo de adorno y quizá como símbolo de compromiso del guerrero con su señor. Los arriaces o gavilanes, las guardas de la empuñadura, eran cortos y funcionales.

La espada se forjaba a partir de tres o más varillas de hierro con distintos contenidos de carbono. Las varillas más duras se usaban para los filos y las más flexibles para el alma de la *chledyuawr* . Esas varillas se calentaban y trenzaban entre sí y se martilleaban, cortaban y se volvían a martillear hasta mezclarlas entre sí mediante el método *pattern-welding* . Se garantizaba así que las hojas fueran de gran calidad y un enfriamiento rápido terminaba el proceso de templado del arma. Extraordinariamente caras, una buena *chledyuawr* costaba una pequeña fortuna, y su fabricación implicaba días de trabajo para un herrero especializado.

Las *chledyuawr* se envainaban en vainas de madera ligera, álamo o sauce, contaban con boquilla de bronce o plata y con contera de similares materiales. Las vainas estaban forradas en su interior con tela de lino y se recubrían de cuero adornado con placas de plata, bronce u oro y se sujetaban al hombro izquierdo mediante una correa de cuero muy adornada con bronce o plata o se sujetaban al costado izquierdo con vistosos cinturones de cuero tachonado con placas de bronce o plata y dotados de hebillas muy elaboradas.



Figura 42: En Sutton Hoo (Suffolk) se ha excavado un rico enterramiento con barco funerario de comienzos del siglo VII, que se ha querido asociar con el rey Raedwald, de los anglos orientales. Entre los hallazgos están una serie de ornamentos de bronce y partes de lo que habría sido un escudo, que se muestran aquí dispuestos sobre una réplica moderna. Destaca su potente umbo de hierro, así como el pájaro de presa y el dragón dispuestos a la derecha e izquierda del mismo.

Los dardos emplomados o plumbatae, un arma arrojadiza típicamente romana que describimos con precisión en el capítulo dedicado al último ejército de occidente y la batalla de los Campos Cataláunicos, sobrevivieron largo tiempo en Britania y se convirtió un arma típica de los ejércitos britanos de los siglos V y VI.

Otra arma tradicional romana que los britanos siguieron usando y fabricando fue la manuballistae o ballesta a una mano. Esta arma parece haber sido, junto con los *plumbatae* y los *waewawr* o venablos, el arma de medio alcance que solían utilizar por los britanos del periodo que va de 410 a 550. Poco a poco, la manuballistae fue evolucionando hacia la ballesta medieval y fue en Britania donde tuvo uno de sus focos iniciales.

El arco o *gwar* era de tejo y de gran envergadura. De curvatura simple y de gran alcance, parece que los britanos lo usaron poco en combate y que, al igual que a la honda, se le sacó escaso partido en los enfrentamientos con los sajones.

El armamento defensivo estaba compuesto por el escudo o *ysgwyd* , sin duda la pieza defensiva más generalizada del equipo britano. De madera de tilo o sauce, se fabricaban superponiendo varias capas de madera, encolándolas y forrándolas de cuero. Un umbo de hierro, a veces dotado de espiga para atrapar y desviar la hoja de una espada o la moharra de una lanza, sobresalía en el centro y podía usarse, asimismo, como arma ofensiva con la que golpear y desequilibrar al rival. Un reborde de cuero o de metal fortalecía su estructura, ya que estaba dotado de agarradera y podía fijarse al hombro mediante correas para distribuir mejor su peso. Los escudos solían ser redondos y de tamaños muy variables, iban desde los 35 a los 90 cm.

La estela de Aberlemno Stone muestra a guerreros pictos y britanos portando este tipo de escudos y puede verse que son ligeramente convexos y poseen umbos muy potentes.

Los escudos iban pintados con emblemas de todo tipo: dragones, estrellas, cabezas de toro, de lobo, de oso… o bien con motivos religiosos: cruces, santos y vírgenes. Según se puede deducir de un pasaje de Nennio, Arturo portaba en su escudo la imagen de la virgen en la batalla de Guinnion y en la del Monte Badon, una cruz.

El yelmo se denominaba *helm* . Su construcción era sólida y del tipo habitual entre los romanos y bárbaros de este periodo. Tenían amplias carrilleras o baberas y podían estar dotados de protector nasal y coronados por cimeras adornadas con colas de caballo o de lobo o bien con plumas, o también estar dotados de un vistoso cenital en forma de animal mítico o feroz: dragón, lobo, oso, jabalí, etc.

La armadura o *llurug* era la pieza más cara del equipo del guerrero britano. En un principio, se trataba de piezas romanas, de *loricae hamata* o *squamata* y ello ha quedado reflejado en el nombre britano, *llurug* , directamente derivado del latín *lorica* . A veces se entreveraban los anillos o las escamas de hierro con otros de plata y de oro y se ajustaban con fuertes cinturones para distribuir mejor su peso.

La *llurug* o armadura solía ser una cota de malla y parece haber sido mucho más común entre los britanos que entre los sajones y anglos. Estos últimos solo comenzaron a usarla de forma más amplia en el siglo VII y, en un principio, solo sus reyes y señores las portaban.

El equipo britano de los guerreros nobles incluía la silla de montar, de estilo romano y muy adornada y el resto de arreos de un caballo de batalla: bridas, bocado y, a partir de finales del siglo VII, y con más frecuencia desde el VIII, estribos.

Las botas solían tener suelas claveteadas y, en el caso de los jinetes, ser altas y flexibles y estar dotadas de espuelas. Por lo general, las túnicas, calzas y mantos eran de lino o de lana, pero los mantos de los guerreros nobles eran de pieles preciosas como la del armiño o de animales feroces como el lobo o el oso. Por lo demás, a los britanos les solían gustar las prendas vivamente teñidas con intrincados motivos.

El uso de estandartes era muy corriente. Banderas de diversos tipos y dracos de origen romano, principalmente. En los estandartes se representaban los emblemas de los reinos y de los reyes y señores y servían también para impartir órdenes durante las batallas y para ofrecer a los guerreros una referencia visual de dónde se hallaban sus líneas y de que el combate aún se sostenía.

Tambores y cornos o cuernos de guerra se usaban, asimismo, para dar órdenes e infundir valor a los hombres cuando marchaban hacia el enemigo. [100]

Los britanos, sobre todo los del norte y oeste, mantenían la vieja costumbre celta de pintarse el rostro y los brazos de azul mediante el uso del tinte de glasto.

LOS EJÉRCITOS ANGLOSAJONES DE LOS SIGLOS V AL VII

El *Fird* : composición, reclutamiento, número, carácter y táctica

Los anglos, sajones y jutos que comenzaron a asentarse en el este y sudeste de lo que hoy es Inglaterra desde mediados del siglo V fueron desarrollando una primitiva institución militar germánica que adoptaría en Britania características propias muy acusadas y que determinaría la forma de hacer la guerra de los reinos anglosajones durante su conquista del este y el norte de Britania. Dicha institución es el *Fird* . Este sistema de reclutamiento y organización militar estuvo en continua evolución y quedó fijado en su última etapa en el llamado *Domesday Book* , un fascinante y exhaustivo documento redactado en la segunda mitad del siglo XI. Ahora bien, el primitivo *Fird* poco tenía que ver con las levas organizadas y generales de hombres libres que se hicieron comunes en los reinos anglosajones del siglo IX o en la Inglaterra de los siglos X y XI.

En origen, el término *Fird* significaba « expedición» *y* no era sino un grupo de guerreros convocados por su rey para llevar a cabo una incursión contra el enemigo.

A mediados del siglo V, las primeras bandas de sajones, jutos y anglos que fueron llegando a Britania, primero como mercenarios y luego como invasores, estaban formadas por *gesipas* , literalmente y en anglosajón antiguo, «*c* ompañeros» , guerreros profesionales de linaje noble que servían a un *drihten* , es decir y también literalmente a un «*s* eñor de la guerra» , término que en los siglos V al VII era equivalente al de rey, título que a su vez y en anglosajón antiguo solía ser nombrado como *cynning* o *lhaford* .

Los *gesipas* seguían a su *drihten* al combate, pues estaban comprometidos con él por juramento. Se trataba de un juramento de servicio en la paz y en la batalla y que de igual forma implicaba que los *gesipas* se juramentaran entre sí para vengar a sus *drihten* si estos últimos caían combatiendo o si eran traicionados y asesinados. En el cumplimiento de ese juramento, los *gesipas* empeñaban la vida y pocos solían sobrevivir a la caída de sus *drihten* . A cambio, recibían de este comida, equipos, armas, caballos, joyas y adornos, mujeres y esclavos, etc.

Los *gesipas* vivían junto a su señor y con frecuencia participaban con él en grandes banquetes que se les ofrecían en un gran salón. Allí corría el hidromiel, la cerveza y hasta el vino y los escaldos cantaban las hazañas del *drihten* o *cynning* , de los *gesipas* más valientes y de los antepasados. [101]

La mayoría de los guerreros de un *drihten* o rey anglosajón de los siglos V y VI solo portaban lanzas, venablos, escudos, *saex* y, de forma menos frecuente, hachas y arcos. Tan solo unos pocos de ellos se podían permitir las espadas largas de doble filo y *únicamente* los reyes, los jefes y los más afortunados guerreros, podían añadir a todo lo anterior un yelmo y una cota de mallas.

En el siglo VII, se generalizaron las espadas largas y el uso de yelmos y cotas de malla.

El grueso de los integrantes de las bandas guerreras de los *drihten* sajones, jutos y anglos del primer periodo, siglos V y VI, combatían a pie y solo unos pocos lo hacían a caballo. Pero en el siglo VII las tropas de jinetes se hicieron más comunes y numerosas.

Las bandas guerreras arriba descritas eran muy pequeñas. Los textos, ya lo hemos visto, hablan del arribo a Britania de tal o cual *drihten* al mando de 3, 5, 16 o 40 barcos de guerra y eso significa que se trataba de bandas de 150, 250, 800 y 2000 hombres y estamos hablando de los seguidores de un rey. Pues las bandas guerreras de los nobles más ricos y poderosos, aquellos que a partir del siglo VII son nombrados como *ealdorman* , eran aún más pequeñas y, por lo general, no solían superar los 35 hombres.

En efecto, el rey Ine de Wessex, al legislar en 693, define las distintas unidades de guerreros en función de su número: si solo sumaban 7 hombres o menos formaban un *thieves* , literalmente «*u* n grupo de saqueadores» . Si la unidad de guerreros reunida oscilaba entre 8 y 35 hombres, recibía el nombre de *warband,* « banda de guerra» . En fin, si superaba la cifra de 35 guerreros era considerada un *army* , un ejército. [102]

Esos minúsculos «*e* jércitos» de seguidores armados podían lograr grandes éxitos. En los siglos VII y VIII tenemos noticia de bandas guerreras de poco más de 80 hombres que se creían capaces de conquistar un reino. Tal ocurrió con el príncipe, *cyneherd* a finales del siglo VIII, quien creía posible conquistar Wessex a la cabeza de sus 84 guerreros.

Pero, en la segunda mitad del siglo V, tras los *drihten* y sus pequeñas bandas de belicosos *gesipas* , llegaban familias enteras de campesinos, muchos de ellos eran hombres libres y otros, simples arrendatarios de condición servil.

Los hombres libres poseían su propia tierra y eran llamados *ceorls* y buscaban la protección de los *drihten, lhaford* o *cynning* , reyes, de sus tribus. Estos últimos vigilaban las fronteras de los asentamientos con sus bandas de *gesipas* y a cambio recibían tributos en especie de los campesinos y, cuando así lo requería la defensa del asentamiento o del pequeño reino, convocaban a los hombres libres para rechazar a los enemigos. Ese es el origen del *Fird* anglosajón.

No obstante, y en esencia, hasta el siglo VIII los campesinos u hombres libres tuvieron poca importancia en los ejércitos de anglos y sajones. Pues, aunque es cierto que en su condición de hombres libres los *ceorls* podían portar armas y que estas, una simple lanza o un *seax* o *saex* , eran objetos de estatus para ellos, pocas veces su servicio con las armas iba más allá de proteger sus aldeas o propiedades ante las correrías de otros linajes, tribus o reinos anglosajones, o ante las incursiones de los britanos. Mientras que, por el contrario, los *gesipas* formaban por completo y, en general, el *Fird* o ejército de un *drihten* anglosajón cuando este partía hacia territorio enemigo o cuando se enfrentaba con un rival por el control de un territorio o del trono.

Así que lo que en realidad predominó en nuestro periodo (400-700) fue un progresivo desarrollo del *Fird* como agrupación de distintos tipos de *gesipas* o guerreros profesionales de condición noble. Dicho de otro modo, en los siglos V al VII el *Fird* no fue en esencia otra cosa que el equivalente anglosajón del truste franco. Y así surgió el *geogupp* , literalmente « guerrero joven», hombres que iniciaban su carrera como *gesipas* y que aún no habían recibido de sus *drihten* o señores tierras, sino tan solo brazaletes, anillos, torques, armas, etc. y que, por tanto, eran solteros y vivían en la casa de su señor como en un principio lo hicieron todos los *gesipas* . Los *geogupps* eran, pues, muy parecidos a los *pueri* francos del mismo periodo.

Junto a los *geogupps* , hallamos al *dugupp,* « guerrero probado» que era el equivalente al antrustión merovingio y que, a menudo, era el padre de un *geogupp* .

El *duguppp* era un guerrero premiado por el *drihten* con una propiedad agraria que le permitía vivir holgadamente y equiparse para el combate. Esa propiedad le había sido entregada por su señor como premio a su valentía y fidelidad reiteradamente probadas y, en caso de cobardía o traición, se le podía retirar.

Los *dugupps* fueron conformando, pues, una nobleza guerrera y territorial y contaban en sus propiedades con arrendatarios y esclavos que atendían a las labores del campo.

Conforme algunos *dugupps* fueron acumulando fama, tierras y riquezas fueron agrupando en torno suyo una tropa de seguidores, integrada en origen por *ceorls* ricos o belicosos, deseosos de mejorar su condición o que prestaban su fuerza al *dugupp* a cambio de su protección y favor. Estos nuevos seguidores armados pasaron a ostentar la condición de *cierlysc* , pasando a engrosar el escalón más bajo de la casta guerrera, mientras que sus señores, los *dugupps* , comenzaron a ser llamados sir, origen del término *shire* , y el conjunto de su tropa comenzó a denominarse *hearpweru* , es decir, «*e* jército de la casa» .

Al cabo, los *dugupps* comenzaron a ser llamados *thegn* (el que presta un servicio) y los *geogupps, dreng* (guerrero joven), mientras que los reyes menores y subyugados, con sus descendientes, junto con los jefes más poderosos y con los *thegn más ricos y afortunados englobarían la clase de los ealdorman* y constituirían la nobleza más elevada. [103]

En el siglo VII, los *dugupps* y sus comitivas armadas fueron la espina dorsal de los ejércitos anglosajones y el *Fird* no era sino la suma de la banda guerrera real integrada por los *geogupps* y de las bandas de los *dugupps* o *scyr* .

Si uno de esos nobles no acudía al frente de su comitiva armada cuando el *drihten* o *cynning* lo convocaba al *Fird* podía ser multado o incluso perder su propiedad. En el código del rey Ine se imponen sanciones de entre 60 y 120 chelines de plata al guerrero que no acuda al llamado del *Fird* . [104] Esos hombres eran guerreros nobles y de carácter heroico. Sus armas y actitudes así lo expresaban y para ellos no había nada más importante que la fama, la obtención de riquezas y el combate.

Dos poemas anglosajones de tono épico y compuestos probablemente en el siglo VII, pero recogidos por escrito en la primera mitad del VIII, el fragmentario *La batalla de Finnsburh* y el famoso *Beowulf* [105] pueden ayudarnos a entender el carácter del guerrero sajón o anglo de los siglos VI y VII. En el *Finnsburh* se canta:

Aves de batalla chillan, el lobo gris aúlla, las lanzas resuenan, el escudo responde a la lanza. Muchos hombres revestidos de oro se abrocharon el cinturón de la espada y el hueco escudo llamó a las manos de los hombres audaces y los yelmos fueron hendidos por las espadas. Entonces Güere se retiró del combate. Estaba herido. Gritaba que su cota de malla había sido desgarrada y que su yelmo había sido abierto por el tajo de una espada. [106]

Mientras que en el *Beowulf* el héroe se ufana así: « Ellos bien conocían mi fuerza terrible. Pues me vieron regresar de la fiera batalla de sangre cubierto» . [107]

Así que al igual que los britanos de la segunda mitad del siglo VI y del siglo VII, los anglosajones contaban con una ética o moral guerrera que definía y obligaba a guerreros de condición noble y de carácter heroico. Pero al contrario que los britanos que habían llegado a esa condición desde la del *miles* romano, para los anglosajones no era sino el resultado de la continua y natural evolución de su tradición guerrera.



Figura 43: El casco de Benty Grange pertenece a la categoría de los *spangenhelm* , por su construcción en segmentos, y se ha fechado entre los siglos VI y VII. Destaca su cimera con una figurita de jabalí, animal que simboliza el valor guerrero y la fiereza. En el poema épico *Beowulf* se describen cascos con esta decoración y aparecen representados, también, en una de las plaquitas de Torslunda.



Figura 44: Plaquita de Torslunda (Suecia), que apareció junto a otras tres y es probable que represente una escena de la mitología germánica. Se función sería servir de molde para la fabricación de placas ornamentales como las que decoraban el casco de Sutton Hoo. Los guerreros que representan se tocan con cascos con cimera de jabalí y un protector para la nuca. Ambos portan espada y lanza, que cuenta con moharras con alas.

La táctica anglosajona del primer periodo era muy básica. Los pequeños ejércitos se internaban en territorio enemigo y destacaban exploradores a caballo, mientras que el grueso de la fuerza marchaba y combatía a pie. No construían campamentos fortificados, ni solían ser cuidadosos a la hora de montar retenes de guardia y, por ello, eran sorprendidos con facilidad.

Los combates solían comenzar con desafíos y duelos y habitualmente se formaban muros de escudos y a veces, cuñas o « cabezas de jabalí» . Los arqueros y hombres peor equipados se situaban en la retaguardia o en los flancos para hostigar al enemigo y los

escasos jinetes, aparte de servir de exploradores y de conformar pequeñas fuerzas de rápidos incursores, se destinaban a perseguir al enemigo en fuga.

Ya en el siglo VII, con el incremento de la caballería y la mejora del equipo, los jinetes comenzaron a formar unidades capaces de cargar sobre la infantería situada en orden de combate. Tal como se ve en la famosa estela picta de Aberlemno Stone, donde un jinete northumbrio carga sobre un muro de escudos picto. [108]

En los siglos V y VI el uso de rápidos barcos de guerra fue muy frecuente. Gildas recoge el nombre que los sajones daban a sus barcos de guerra en los siglos V y VI: *cyulis* y nos aclara que eran *longis navibus* , [109] esto es, barcos largos. La mayoría de estos barcos largos de guerra no llevaban sino de 30 a 60 hombres y con frecuencia eran hasta más pequeños. En ellos, remeros y guerreros eran una misma cosa y facilitaban a los jefes anglos, sajones y jutos una gran movilidad, pues no solo servían para desembarcar en las costas y saquear el territorio enemigo con violentas incursiones, sino que podían remontar los ríos y llevar así más fácilmente a los pequeños ejércitos bárbaros hasta el interior.

Bachrach ya señaló que la mayoría de las batallas que se asignan a Arturo fueron libradas en las costas, en la desembocadura de los ríos o en la confluencia de dos de ellos y que, por lo tanto, es plausible suponer que tuvieron que intervenir fuerzas navales en tales encuentros por parte de ambas fuerzas en combate. [110]

Aunque los primitivos anglosajones no eran diestros constructores, con frecuencia aprovecharon las fortalezas y murallas de las ciudades britanorromanas de los lugares que conquistaban. La toma de potentes fortalezas romanas como Anderida (491), o de ciudades que mantenían sus viejas murallas romanas como Glevum o Corinium (577) muestra que los guerreros anglos y sajones eran hábiles expugnadores de ciudades y fuertes. En referencia a esto último, Gildas señala el uso de arietes en los siglos V y VI y ofrece una vívida y sangrienta recreación de la toma de las ciudades britanorromanas por las bandas guerreras anglosajonas. [111]

Armamento y equipo

El arma más común entre los guerreros sajones, anglos, jutos y frisones era la lanza a la que daban el nombre de *spere* . La moharra tenía un largo promedio de 20 cm, estaba dotada de filos muy cortantes y se enmangaba tubularmente al asta. La madera empleada en la fabricación del astil era la de fresno y se solía equilibrar el arma fijándole un regatón aguzado en el pie del arma que solía medir en total unos 2,30 m y tener un grosor de asta de entre 2 y 3 cm.

Aunque podía arrojarse a corta distancia, la lanza estaba pensada para ser blandida. En el muro de escudos se embrazaba con el brazo derecho a la altura de la cintura y se acuchillaba con ella o bien se alzaba su punta y se dirigía contra el rostro del contrario para desequilibrarlo y romper así la línea de escudos rival.

En combates sueltos o individuales, se solía alzar la lanza hasta el hombro y golpear con ella buscando el cuello del enemigo. Los jinetes también la solían blandir alzándola por encima del hombro, usando en el golpe la fuerza combinada del brazo y la espalda.

Los cuchillos largos de un solo filo, el popular *seax* que parece haber dado nombre al pueblo sajón, constituían la otra pieza indispensable del armamento de los guerreros de las bandas anglosajonas. El largo promedio de sus anchas hojas era de 35 cm, aunque se conocen ejemplares de 16 cm o menos y otros que, por el contrario, pasan de los 50 cm de hoja o que incluso alcanzan los 70. Era un arma sencilla de fabricar, barata y brutalmente efectiva cuando se empleaba para acuchillar en el escaso espacio resultante del choque entre dos muros de escudos.

Como arma de medio alcance era muy popular el venablo al que los anglosajones llamaban *darod* . También era muy usado el arco, al menos de forma más frecuente que entre los britanos y que entre los sajones, se le denominaba *boga* y se fabricaba en madera de tejo, siendo largo y de curvatura simple. Las flechas eran llamadas *earwé* y se podían lanzar a 300 m o más, aunque su alcance efectivo rondaba los 150 m y contra hombres cubiertos con *loricae* no pasaba de los 50.

El hacha, a veces similar a la francisca franca y, a veces más larga y pesada, era también muy popular entre los sajones, anglos y jutos del siglo V. Si bien es cierto que la tendencia fue a ir abandonando esta arma, de manera que para mediados del siglo VII era poco frecuente en los ejércitos anglosajones.

Los sajones daban el nombre de *ceese* al hacha de combate y aunque era un arma formidable a la hora de derribar un muro de escudos, era muy lenta y una vez lanzado su golpe, el guerrero quedaba muy expuesto.

El arma ofensiva más apreciada y menos frecuente entre los anglos, sajones y jutos del siglo V era la espada larga de dos filos o *sweord* . Las *sweord* sajonas seguían la tradición de la *spatha* romana de los siglos IV y V. Sus hojas se fabricaban mediante el método de forjado denominado *pattern-welding* y del que ya hemos hecho mención más arriba. Este método de forjado, que mezclaba varias varillas de hierro de distinto contenido en carbono, otorgaba a la hoja del arma una rara belleza, pues al ser trabadas entre sí y martilleadas al rojo una y otra vez, las varillas se mezclaban y provocaban que la hoja resultante contara con una superficie gris azulada de cambiantes y brillantes tonalidades, sembrada de espirales, líneas ondulantes y círculos.

Las características singulares de las espadas sajonas con respecto a las britanas eran su punta más redondeada, su empuñadura más corta, a menudo de tan solo 10 cm de largo, lo que implicaba que solo se podía esgrimir a una mano, y sus arriaces más breves, a veces no pasaban de los 2 o 3 cm. Además, las empuñaduras, muy ilustradas, terminaban casi siempre en pomos triangulares bañados en plata y oro y de cuyo arranque pendían anillos eslabonados. Estos anillos, con frecuencia de plata y aún de oro, eran un signo de fidelidad del guerrero hacia su señor.



Figura 45: Espada anglosajona hallada en Coombe (Woodnesborough, Kent) donde formaba parte del ajuar funerario de la tumba de un guerrero. Data del último cuarto del siglo VI y su morfología la incluye en la familia de espadas características de los pueblos germánicos durante el periodo de grandes migraciones. Las partes orgánicas como las cachas de la empuñadura y el interior de los arriaces se han perdido (sustituidas aquí con piezas de metacrilato). Nótese cómo la espada de la hoja es solidaria con la empuñadura, esto es, la hoja se prolonga por el interior de la empuñadura en forma de espiga, proporcionando así una gran solidez a la unión entre ambas. Tanto los arriaces (o guarda) como el pomo se componen de piezas orgánicas (madera) y metálicas (de bronce sobredorado) dispuestas en paralelo y remachadas entre sí. En el caso del pomo, su pieza proximal es de plata maciza y sabemos que en origen contó con un anillo eslabonado, como es costumbre en este tipo de espadas, aunque en la actualidad se ha perdido. Nótese también la decoración nielada de plata en el pomo, así como los *oculi* u ojos esquemáticos que presenta, posiblemente con carácter mágico.



Figura 46: Casco encontrado en la tumba de Sutton Hoo, de hierro y cubierto con placas de bronce, que estaban decoradas con diferentes escenas y motivos. El casco contaba, además, con una cresta y un protector nasal en forma de dragón.

La *sweord* se volvió más corriente en el siglo VII, pues su uso se generalizó entre los miembros de las bandas guerreras de los reinos anglos y sajones. Enfundada en vistosas vainas, se llevaba en el costado izquierdo y se colgaba en bandolera. El cinto era de cuero con apliques en forma de plaquitas de bronce o plata.



Figura 47: Réplica del casco de Sutton Hoo, que da una idea de cuál habría sido su aspecto original.

La espada se esgrimía elevándola a la altura del hombro y se usaba en ataques rápidos de filo que trataban de superar la defensa del contrario e infringirle cortes, pero sin buscar el choque con el escudo o con la hoja enemiga, sino el herir y retirarse muy rápido tras la propia defensa.

El arma defensiva por excelencia era el escudo. Recibía el nombre de *scyld* . Con entre 35 y 90 cm de diámetro, era redondo, de madera de tilo, se usaban hasta cinco capas de madera en su fabricación, quedando envuelta la madera por cuero que se pintaba con emblemas diversos. Al escudo se le dotaba de un umbo de hierro, cubierto con frecuencia de bronce o incluso de plata y se aseguraba con un reborde metálico o *iceryg* .

El escudo se llevaba adelantado para buscar el contacto con el enemigo y fijarlo con vistas al rápido ataque de filo de la espada. Se buscaba que esta última quebrara la guardia rival mediante el expediente de golpear al guerrero enemigo con el escudo para desequilibrarlo.

Los escudos se solapaban en la llamada formación de muro de escudos.

Al yelmo se le llamaba *helm* , es decir, de la misma forma que los britanos. Tenemos magníficos ejemplos de yelmos anglosajones y en especial célebres son los de los enterramientos de Sutton Hoo. Uno de esos yelmos presenta amplias carrilleras y un vistoso cenital en forma de jabalí furioso. Este yelmo de Sutton Hoo es idéntico a otro encontrado en York y a los que se representan en la estela de Aberlemno Stone, por lo que todo hace pensar que este tipo de yelmos era muy popular entre los reyes y jefes anglosajones.

En el siglo V muy pocos guerreros anglos, sajones o jutos portaban *loricae* . Les daban los nombres de *birne* y *searu* y eran del tipo hamata, hechas con anillos de hierro entrelazados, y se fueron volviendo algo más comunes a lo largo de los siglos VI y VII.

En *Y Gododdyn* y en el cantar de Beowulf se menciona a guerreros anglosajones cubiertos por cotas de malla y así se les representa también en la estela de Aberlemno.

No obstante, solo se ha hallado un ejemplar de cota de mallas anglosajona de este periodo que se encontró en Sutton Hoo, en el túmulo 1. Esta magnífica armadura de anillos de hierro estaba entreverada con otros de bronce. Bien pulida y revistiendo a un guerrero, el efecto visual sería impactante y resplandeciente, con destellos dorados y acerados. [112] Todo un símbolo para una época oscura de brillantes guerreros.

Notas

1 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II,24-25, en Morris, J., 2002.

2 Nennio, *Historia brittonum* , 41-42, en Giles, J. A., 1841.

3 Hughes, K.: «The welsh latín chronicles: Annales Cambriae and related texts British Academy», 233-258.

4 Algo que ya fue advertido por James Ingram en la introducción a su traducción de la *Crónica anglosajona* : Ingram, J., 1912.

5 Beda el Venerable *Historia eclesiástica* , en Moralejo Álvarez, J. L., 2013.

6 *Godofredo de Monmouth, Historia de los reyes de Britania .*

7 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 26.*

8 *Gildas, De Excidio Britanniae , II,28-30.*

9 *Nennio, Historia brittonum , 50.*

10 Son innumerables los libros, trabajos y artículos dedicados a estas cuestiones. Citaremos aquí solo algunos de ellos: Halsall, G., 2013; Bachrach, B. S.: «The question of King Arthur existence and of Romano-British naval operations»; Sancho Gómez, M. P.: «Obsessio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras…», 128-148; Alcock, L., 1971; Pío Álvarez, J. C., 1996; Davies, N., 2013, 49-108; Sire, P., 2014.

11 *Notitia dignitatum, In Partibus Occidentis* , III, para las cinco provincias britanas y *Notitia dignitatum, In Partibus Occidentis* , XXVIII para las unidades del *comes litoris Saxonici per Britanniam* y LX para las del *dux Britanniarum* . Para el análisis de los datos de la *Notitia dignitatum* relativos a las unidades destinadas a Britania: Kulikowski, M.: «The Notitia Dignitatum as a Historical Source», 358-377; Snyder, C. A., 1998, 24-33 y 232-236. James Gerrard, por su parte, hace un cálculo extremadamente bajo de la fuerza romana enumerada en la Notitia dignitatum para Britania evaluándola en la mitad de lo recogido: 15 000. Gerrard, J.: «Los últimos romanos de Britania», 11-12. James Gerrard desarrolla su tesis en: Gerrard, J., 2013. Estamos de acuerdo en su tesis principal: que los ejércitos britanorromanos se crearon a partir de los restos de las unidades romanas dejadas atrás en la isla.

12 Fouracre, P., 2005, 265-267; Gerrard, J., 2013, 6-7.

13 Fouracre, P., 2005, 233-276.

14 Amiano Marcelino, XXVI.4.5, XXVII.8.1-10 y XXVIII.3.1-8; San Jerónimo, *Epístolas* , CXXXIII.9,14; Santos Yanguas, N.: «Amiano Marcelino y las Islas británicas», 317-336.

15 Zósimo, VI.35.2-6.

16 Claudio Claudiano, Guerra gótica, II. 416-418.

17 Zósimo, VI. 1-6 y VI.13; Thompson, A.: «Britain, AD 406-410», 303-318; Kulikowski, M.: «Barbarians in Gaul, usurpers in Britain», 325-345.

18 Zósimo, VI, 10; Sozómenos, IX 11; Orosio, VII.40.

19 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 16-18.

20 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 22-23 y II, 32-33; Bachrach ya advirtió la importancia de este *Consilium* en la organización de la defensa. Véase: Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain».

21 No solo Gildas, véase Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 22-23 y II, 32-33; sino también san Jerónimo, que escribía hacia 415, San Jerónimo, *Epístolas* , CXXXIII.9, 14 y Procopio, que lo hacía hacia 550, Procopio de Cesarea, Guerra vándala, III.2.38; hablan explícitamente de tiranos y san Jerónimo llega a decir que: «Britania es tierra fértil en tiranos». Por su parte, en la *Vida de san Germán* , escrita hacia 478, no se usa el término tirano, pero de su segundo viaje a Britania (446-447), se deduce un contexto similar: Vida de San Germán, 25-27, en Krusch, B., 1920; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain»; Gerrard, J., 2013, 10-12; *S* nyder, C. A., 1998, 26-31 y 231-237.

22 Estos dumnonios no deben de confundirse con los dumnonios del sur. Los primeros habitaban al noroeste del Muro de Adriano, en los valles y costas situadas al sur de la actual Dumbarton, y los segundos ocupaban las tierras de lo que hoy son los condados de Dorset y Devon, así como parte de Somerset. Aún había un tercer grupo de dumnonios en Armórica. Eran clanes de los dumnonios del sur que se establecieron en Armórica en los siglos V y VI y formaron allí un pequeño reino ligado a la Dumnonia britana.

23 Davies, N., 2013, 68-70; Morris, J., 1973, 17-19 y 230-245*;* Evans, St. S., 1997, 9-25 y 41-74; Gerrard, J., 2013, 10-12; Alcock, L., 1971, 87-89; Snyder, C. A., 1998, 23-33 y 232-234. Y para la carta de san Patricio a Coroticus: Patricio, San Patricio, Carta a Corotico, 2-3, en St Patrick; Brown, P., 1997, 79-80.

24 Gildas, *De excidio Britanniae* , II, 14, II, 19, II,20-21 y II,23.

25 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 33-36; Annales Cambriae a. D. 547.

26 Nennio, *Historia brittonum* , 14 y en particular 62; Davies, N., 2013, 69-71.

27 Gildas, *De Excidio Britanniae* , 23; Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 14, 2 y 15, 1-3; Nennio, *Historia brittonum* , 31, 36-42 y 45-49; *Crónica anglosajona* a. D. 449.a y a. D. 449.b; Snyder, C. A., 1998, 32-81; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-

roman Britain»; Sancho Gómez, M. P.: «Obsessio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras…»; Berresford Ellys, P., 1999, 30-41.

28 Vida de san Germán, 17-19, para San Germán dirigiendo al ejército britano a la batalla y la victoria frente a pictos y sajones en la batalla del Aleluya y 14-15, para la curación de la hija ciega de un tribuno. Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 20, 1-2, y 18, 1, recoge ambos hechos: batalla del Aleluya y curación de la hija de un tribuno.

29 Procopio de Cesarea, V, 12.14-19; Zósimo, VI.5.

30 Sancho Gómez, M. P.: «Obsessio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras»; Evans, St. S., 1997, 9-76; Snyder, C. A., 1998, 13-34, 84-114 y 232-234; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain»; Bachrach, B. S.: «The question of King Arthur existence and of Romano-British naval operations»; Fouracre, P., 2005, 233-276.

31 *Gildas, De Excidio Britanniae , II,25.*

32 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II,23-24; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain».

33 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 20 y II, 23; Bachrach, B. S.: «The question of King Arthur existence and of Romano-British naval operations»; Collins, R.: «Fortalezas y asentamientos fortificados en Britania», 30-37.

34 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 23.*

35 *Nennio, Historia brittonum , 46.*

36 *Nennio, Historia brittonum , 66.*

37 Nennio, *Historia brittonum* y para el origen de las disputas entre Ambrosio Aureliano el Viejo y Vortigern: 31, 31 y 66*;* Fletcher, R., 1989, 14-36; Halsall, G.: «Guerra y política en la Britania de los siglos V y VI: una reflexión», 22-27; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain».

38 Fouracre, P., 2005, 233-276.

39 Sutherland, E., 1997, 42-60; Armit, I., 1997, 101-121.

40 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 23; Nennio, Historia brittonum , 36; Beda el Venerable, Historia eclesiástica , 15; Crónica anglosajona A.D 449.*

41 *Beda el Venerable, Historia eclesiástica , 15; Nennio, Historia brittonum , 36; Crónica anglosajona a.*

D. 449.

42 Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , 92-100.

43 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 23-24; Nennio, Historia brittonum , 36; Beda el Venerable, Historia eclesiástica , 15; Crónica anglosajona A.D 449.*

44 *Nennio, Historia brittonum , 37.*

45 *Nennio, Historia brittonum , 36.*

46 Nennio, *Historia brittonum* , 39-40 y 47.

47 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 23-24; Nennio, *Historia brittonum* , 36-38; Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 15, 1.

48 Nennio, *Historia brittonum* , 43-44 y 48; *Crónica anglosajona* A. D. 455, 457 y 465; Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , 100-102; Berresford Ellys, P., 1999, 34-40.

49 Nennio, *Historia brittonum* , 46; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain»; Berresford Ellys, P., 1999, 38-41. Quien destaca la similitud del hecho con el asesinato de los nobles gálatas por Mitrídates del Ponto en 88 a. C. y resalta cómo la costumbre celta de no llevar armas a los banquetes seguía vigente en la Britania de 465 de igual modo en que lo había estado en la Galatia de 88 a. C.

50 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 25.*

51 Para Ambrosio Aureliano como *dux* : Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 25,1: *duce* Ambrosio Aureliano; para el uso de los títulos de *regum omnium regi* e *insularis draco* por Gildas: Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 33, 1 aplicándolos a Maelgwn/Maglecono de Gwynedd, rey supremo de los britanos hacia 535. Para la atribución a Ambrosio Aureliano del título de «Ggan rey entre los reyes de Britania»: Nennio, *Historia brittonum* , 48.

52 Fletcher, R., 1989, 15-16.

53 Collins, R.: «Fortalezas y asentamientos fortificados en Britania», 31-32.

54 Fleuriot, L., 1980, 168-172; Sire, P., 2014, 157-183; Alcock L., 1971, 88-24 y 286-360.

55 Para el rey britano Riotamo y su intervención en Galia en 469-470: Jordanes, *Getica* , XLV, 237-238; Sidonio Apolinar, Epístolas III, IX; y para Ambrosio como *regum omnium* de Britania y la cronología y carácter de su hegemonía: Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 25; Nennio, *Historia brittonum* , 48; Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 16. Y para la identificación de Ambrosio Aureliano con Riotamo: Duquesnay Adams, J.: «Sidonius ane Riothamus: a

glimpse of the historical Arthur?», 157-164, 1993; Fleuriot, L., 1980, 168-172; Sire, P., 2014, 157-183. Sancho Gómez, M. P.: «Riotamo y el emperador Procopio Antemio:relaciones de Britania con roma al final del Imperio de Occidente», pp. 229-254.

56 Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , 493, en donde se dice que Aurelio Ambrosio/Ambrosio Aureliano y Uther Pendragón eran hermanos y 137 en donde Uther Pendragón aparece como padre de Arturo.

57 Annales Cambriae a. D., 516.

58 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 26.*

59 Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 16.

60 *Beda el Venerable, Historia eclesiástica , 15; Gildas, De Excidio Britanniae , 20.*

61 Así lo manifiesta Gildas en *De Excidio Britanniae* , II, 26 y 27. Resalta que la paz con los enemigos extranjeros era todavía norma en su tiempo y, a menudo, amonesta a los britanos por su molicie, disipación, gusto por las riquezas, etc.

62 Annales Cambriae a. D. 547.

63 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 33.*

64 Procopio de Cesarea, Guerra vándala, IV.14.5-7.

65 Annales Cambriae a. D. 537.

66 *Crónica anglosajona a. D. 473.*

67 *Crónica anglosajona a. D. 477.*

68 *Gildas, De Excidio Britanniae , 25; Crónica anglosajona a. D. 485.*

69 *Crónica anglosajona a. D. 490.*

70 Berresford Ellys, P., 1999, 43-46.

71 Gildas, *De Excidio Britanniae* , 26; Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 16; Nennio, *Historia brittonum* , 50; Annales Cambriae a. D. 516; Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , 119-124 en donde narra la gran victoria de Ambrosio Aureliano sobre los sajones y que en mi opinión recoge las tradiciones más antiguas sobre la verdadera batalla del monte Badon, y 147 en donde narra la batalla del monte Badon que él atribuye a Arturo siguiendo a Nennio, quien no le da el título de rey a Arturo sino el de *dux bellorum* . Sancho Gómez, M.

P.: «Obsessio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras…»; Berresford Ellys, P., 1999, 60-66; Alcock, L., 1971, 360-366; Snyder, C. A., 1998, 84-112.

72 *Crónica anglosajona* a. D. 495, 501, 508, 519 y 524.

73 *Crónica anglosajona* a. D. 547; Berresford Ellys, P., 1999, 44-58.

74 Leontio de Neá polis, *Vida del patriarca Juan de Chipre* , VIII, 453-434.

75 Fouracre, P., 2005, 233-276; Nennio, *Historia brittonum* , 50.

76 *Crónica anglosajona a. D. 547.*

77 Skene, W. F., 1868, sigue siendo la traducción de referencia de *Y Gododdin* ; Davies, N., 2013, 71-112.

78 *Crónica anglosajona a. D. 556 y 577.*

79 Davies, N., 2013, 71-123; Fouracre, P., 2005, 233-276; Sutherland, E., 1997, 52-60.

80 Rowland, J.: «Warfare and horses in the Gododdin and the problema of Catraet», 13-40; Evans, St. S., 1997, 9-25 y 41-74; Eaton, M. J., 2014, 96 y ss.; Sire, P., 2014, 151-183; Sancho Gómez, M. P.: «Obsesio Montis Badonici. Britania ante las invasions bárbaras…»; Snyder, C. A., 1998, 13-15, 23-83 y 232-234; Alcock L., 1971, 88-113; Gerrard, J., 2013; Bachrach, B. S.: «The question of King Arthur existence and of Romano-British naval operations»; Collins, R.: «Fortalezas y asentamientos fortificados en Britania»; Pollington, S.: «Enaltecidos por sus armas», 40-45; Halsall, G.: «Guerra y política en la Britania de los siglos V y VI: una reflexión»; Bachrach, B. S.: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain».

81 Rowland, J.: «Warfare and horses in the Gododdin and the problema of Catraet», 13-40; Eaton, M. J., 2014, 96 y ss. Y para el uso de *plumbatae* por parte de los britanos de los siglos V y VI: Barker, P. A.: «Three plumbatae from Wroexeter, Shropshire», 275-277; Sherlock, D.: «A Roman Marsbarb from Burgh Castle», 141-143; Snyder, C. A., 1998, 235.

82 Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry»; Rowland, J.: «Warfare and horses in the Gododdin and the problema of Catraet», 13-40.

83 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 23, 5. El texto latino no deja lugar a dudas.

84 Vida de santa Genoveva, cap. 35-40, Donde la santa parte junto con una flotilla naval dirigida por un tribuno para remontar el Sena y el Aube y alcanzar la ciudad de Artiaca (Arcis-sur-Aube) para recoger allí tributos en forma de alimentos para París.

85 Vida de san Germán, 17-18; Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 25 y 26.

86 Rowland, J.: «Warfare and horses in the Gododdin and the problema of Catraet», 13 y ss.; Evans, St. S., 1997, 9-92; Sancho Gómez, M. P.: «Obsesio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras…»; Halsall, G.: «Guerra y política en la Britania de los siglos V y VI: una reflexión».

87 *Y Gododdin* , V-VI y VIII, entre otros.

88 *Y Gododdin , I-XX.*

89 *Y Gododdin* , XXIV, de forma explícita e *Y Gododdin* , XVIII, XLIV y VIII, entre otros muchos, de forma implícita. Davies, N., 2013, 79, para una traducción al español de los versos citados de *Y Gododdin* .

90 Jordanes, *Getica* , XLV, 237-238.

91 *Y Gododdin* , VIII, entre otros muchos.

92 *Nennio, Historia brittonum , 50.*

93 Vida de san Germán, 17-18.

94 Vida de san Germán, 17-18. También en Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 20.

95 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 26; Nennio, *Historia brittonum* , 50; Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 16; Annales Cambriae a. D. 516; Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , 119-124, en donde narra la gran victoria de Ambrosio Aureliano sobre los sajones y que, en mi opinión, recoge las tradiciones más antiguas sobre la verdadera batalla del monte Badon, y 147 en donde narra la batalla del Monte Badon que él atribuye a Arturo.

96 *Y Gododdin* , XXIV y ss. para el desarrollo de la campaña e *Y Gododdin* , II para el lamento del bardo de que solo uno de cada cien volvió del desastre de Catraeth.

97 Davies, N., 2013, 81-82. Con una completa y detallada descripción de las imágenes labradas en Aberlemno Stone.

98 *Y Gododdin* , I. Agradezco al doctor Luis Roger que me haya facilitado sus inéditas traducciones de *Y Gododdin* .

99 *Y Gododdin , V y I.*

100 *Vida de San Germán* , 17-18; Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , 20; Nennio, *Historia brittonum* , 50; Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania* , 93 y ss.; *Y Gododdin* , I y ss; Pollington, S.: «Enaltecidos por sus armas»; Davies, N., 2013, 70-82; Barker, P. A.:

«Three plumbatae from Wroexeter, Shropshire», 275-277; Sherlock, D.: «A Roman Marsbarb from Burgh Castle», 141-143; Rowland, J.: «Warfare and horses in the Gododdin and the problema of Catraet», 13 y ss.; Evans, St. S., 1997, 9-92; Sancho Gómez, M. P.: «Obsesio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras…»; Halsall, G.: «Guerra y política en la Britania de los siglos V y VI: una reflexión».

101 Sigue siendo de utilidad la lectura de los capítulos iniciales de: Hollister, W., 1962, 9-103; interesantísima la lectura de The Anglo-Saxon Fird 400-878, disponible en: <https://regia.org/research/warfare/fyrd1.htm >

102 La edición y traducción al inglés de las Leyes del rey Ine de Wessex en Whitelock, D., 1955, 364-372. Véase también: Keynes, S. y Lapidge, M., 1980.

103 Ley del Rey Ine de Wessex; Hollister, W., 1962, 9-103; The Anglo-Saxon Fird 400-875.

104 Ley del Rey Ine de Wessex.

105 *Beowulf* , en Larate Castro, L., 1974; Kemble, J. M., 1837.

106 *Finnesburh* , vv. 35 y ss.

107 *Beowulf* , vv. 417-421.

108 Davies, N., 2013, 81-82.

109 *Gildas, De Excidio Britanniae , II, 23,3.*

110 Bachrach, B. S.: «The question of King Arthur existence and of Romano-British naval operations».

111 Gildas, *De Excidio Britanniae* , II, 24-25.

112 VV. AA., 2017, 52-53; Pollington, S.: «Enaltecidos por sus armas»; Davies, N., 2013, 81-82.

5

Bizancio y la reconquista de un imperio

Las batallas de Dara, los Campos de Catón, Sena Gálica y Tissus

Los godos, dominados por un enorme deseo de honores, se acercaban todo lo más que podían a Belisario e intentaban echarle mano y, sintiéndose poseídos por una incontenible furia, lo golpeaban con sus lanzas y sus espadas. Sin embargo, el propio Belisario iba matando a los que continuamente venían a su encuentro a un lado y al otro, pero, aunque tanto él como su caballo de guerra, Phalarós, combatían con extraordinario acierto, se veían agobiados por la multitud de enemigos. Entonces, en aquel momento de sumo peligro, se dio muestra de la gran lealtad hacia Belisario de sus soldados. Pues todos se colocaron alrededor de su *strategos* e hicieron una demostración de valor tal, creo yo, como no ha sido mostrada por ningún hombre en el mundo hasta el día de hoy. Pues, poniéndole delante sus escudos para defender tanto al *strategos* como a su caballo, no solo recibían todos los golpes, sino que rechazaban con sus armas a aquellos que atacaban a Belisario. [1]

Procopio de Cesarea, Guerra gótica, V, 18.

JUSTINIANO Y LA RECUPERATIO IMPERII

¿El ejército de Justiniano y de sus inmediatos sucesores? Pocos ejércitos han conseguido victorias tan grandes con tan escasos efectivos. Y, sin embargo, sobre esos mismos ejércitos ha caído un manto peor que el del olvido: el del desdén. Un desdén fruto de un conocimiento superficial y, ante todo, de una visión desenfocada y sesgada de una época brillante para el Imperio romano que vio cómo de nuevo se extendía su dominio sobre todo el Mediterráneo.

Se ha acusado a Justiniano de haber dilapidado los «escasos recursos» de su Imperio en una «ensoñación» que iba contra el discurrir de la historia: la recuperación del Imperio romano quebrado por la caída de Occidente. Se le acusa también de belicista e imperialista, presentismos infantiles que descalifican, desde el punto de vista de la historiografía, a quienes lo han comparado con personajes tan variados como George Bush, Slobodan Milošević o Iósif Stalin. [2]

En fin, se ha afirmado con sorprendente aplomo académico que Justiniano centró sus recursos militares y económicos en una gravosa reconquista de un Occidente depauperado, mientras desguarnecía y arruinaba a un Oriente vital.

¿Las pruebas? Que setenta y cinco años después de la muerte de Justiniano un nuevo poder, el primer califato árabe, lograba quebrar el sueño de Justiniano: la unidad del Mediterráneo bajo el dominio romano. No parece algo muy sólido ¿Verdad? Acusar a Justiniano de que su política fue la causa de los avatares y errores de los romanos que gobernaron el Imperio tres generaciones después de que él muriera no parece muy convincente.

¿Pero acaso Justiniano no arruinó a su Imperio? ¿Acaso no destinó la mayor parte de sus recursos militares a la reconquista de un Imperio imposible? No. Las fuentes contemporáneas, cuando uno se limita a los hechos y datos por ellas transmitidos y no se deja deslumbrar por los juicios tendenciosos, desmienten de un modo rotundo ambas afirmaciones. Cuando Justiniano llegó al trono se encontró con las arcas del tesoro llenas a rebosar por los 23 000 000 de sólidos áureos acumulados allí por Anastasio I y por Justino I, y con unos ingresos anuales que se han estimado en unos 8 479 000 sólidos áureos. Su Imperio abarcaba un área de 1 600 000 km y contaba con una población de más de 23 000 000 de habitantes. Cuando murió su legado fue un Imperio que se extendía sobre 2 300 000 km, habitados por unos 32 000 000 de habitantes y que contaba con unos ingresos anuales aproximados de 9 500 000 sólidos áureos. [3] No es un mal balance. Por lo demás, Justiniano dejaba tras de sí un tesoro lo bastante bien provisto como para que sus dos inmediatos herederos, Justino II (565-578) y Tiberio II (578-582) se pudieran permitir una política de gasto desatado y ello sin que el tesoro quedara exhausto hasta la llegada de Mauricio al trono en 582. No fue Justiniano, sino Justino II y Tiberio II quienes agotaron por completo las reservas del tesoro. De hecho, se ha demostrado que al marcharse Justiniano había lo que hoy llamaríamos unas cuentas saneadas en las que ingresos y gastos se compensaban. Pero ¿y las costosísimas campañas militares para recuperar Occidente? África, el África vándala, fue recuperada en una fulgurante campaña, 533-534, en la que se emplearon tan solo 18 000 soldados, 30 000 marineros, 92 naves de combate y 500 barcos de transporte, y todo ello con un coste aproximado de 1 100 000 sólidos áureos. Un ejército y una flota que no llegaban ni a la mitad de lo que en 468 León I había puesto inútilmente en campaña para recuperar África de manos de los vándalos y un gasto nueve veces menor: 40 000 soldados, 60 000 marineros, 200 naves de combate, 900 de transporte y 10 428 571 sólidos áureos. [4] La comparación que acabamos de hacer, con cifras extraídas de las fuentes contemporáneas, muestra de manera diáfana la efectividad de los ejércitos de Justiniano. Además, esa suma invertida en la *recuperatio* de África, 1 100 000 sólidos áureos, se amortizó en tan solo un año, pues las rentas de las fincas que pasaron directamente al emperador y el cobro de los impuestos africanos arrojaban un total

anual aproximado de 1 100 000 sólidos, y eso tirando por lo bajo. [5] ¿Quién dijo que la *recuperatio* fue un mal negocio?

No solo consideraciones económicas, también geopolíticas, muestran que la empresa de Justiniano en Occidente fue de todo menos una insensatez. Así, por ejemplo, si Justiniano no hubiera recuperado África, que se mantuvo bajo poder romano durante los siguientes ciento sesenta y cinco años, es muy posible que el Imperio no hubiera sobrevivido a la debacle que supuso la gran guerra romano-persa de 603-628, cuando durante años Persia ocupó Siria, Palestina y Egipto, mientras saqueaba concienzudamente Asia Menor y todo ello a la par que los ávaros y eslavos devastaban los Balcanes y se asentaban en ellos. En esos difíciles años, sin las rentas y recursos africanos, el Imperio hubiera perecido. África, además, permitió resistir ante el empuje árabe. Sin los recursos africanos, ya lo veremos, Bizancio no hubiera podido reorganizar su sistema militar y fiscal en la llamada reforma *thematica* de la segunda mitad del siglo VII y sin esa reforma *thematica* , Bizancio habría sido conquistado por el califato omeya y Europa, tal como se desarrolló en el Medievo, no hubiera existido y nuestro presente sería distinto por completo al que es. Así que podríamos concluir que Justiniano salvó al Imperio al recuperar África de los vándalos.

Por el contrario, sí que es cierto que Italia fue una reconquista muy gravosa y que, además, muy pronto se vio comprometida por la invasión longobarda de 568, pero aun así las campañas italianas ni arruinaron al Imperio, ni agotaron sus recursos militares.

¿Recursos militares? Se ha dicho una y otra vez, ya lo hemos apuntado, que Justiniano destinó la mayor parte de sus fuerzas militares a sus empresas de reconquista del Occidente mediterráneo, dejando desguarnecidas y abiertas a persas, ávaros y eslavos sus fronteras danubianas y orientales, pero no fue así.

Agatías, contemporáneo de los hechos, conservó, a su pesar, la cifra de los ejércitos de campaña de Justiniano al final de su reinado: 150 000 hombres. Pues bien, de esos 150 000 soldados, solo 40 000 estaban destinados en Occidente: 20 000 en Italia, 15 000 en África y 5000 en Hispania. El resto, 110 000 estaban destinados en Oriente: 40 000 en los ejércitos «en presencia del emperador», esto es, acantonados en los alrededores de Constantinopla, 20 000 en Oriente, 15 000 en Armenia, 20 000 en Tracia y 15 000 en Iliria. Es decir, solo el 26,6 % de la fuerza *comitatense* disponible estaba destinada a la defensa de Occidente, mientras que el 73,4 % estaba ocupada en la defensa de Oriente. [6] ¿Dónde dejan estas cifras a la generalizada afirmación de que Justiniano centró sus recursos militares en Occidente y desguarneció Oriente? Pues en muy mal lugar.

No, Justiniano no agotó al Imperio. Tampoco centró sus recursos militares en Occidente. Justiniano logró grandes cosas con pocos medios y reconstruyó lo esencial del Imperio romano, la unidad mediterránea, sin olvidar que el centro del Imperio

estaba en Oriente y no en Occidente. De hecho, y al contrario que muchos historiadores actuales, Justiniano sabía que si quería que su Imperio siguiera sobreviviendo y prosperando, era necesario aprovechar las oportunidades que se abrieron en su reinado para reconstruir la unidad económica y política del Mediterráneo.

Justiniano lo logró. No fue culpa suya que sus sucesores inmediatos y en particular su sobrino, el inestable Justino II, dilapidaran buena parte de su herencia política. Como decíamos, Justiniano lo logró y esto fue así porque contó con un gran ejército que él, Justiniano, incrementó y mejoró de un modo considerable a lo largo de su reinado. Un ejército extraordinariamente bien mandado por generales de la talla de Belisario, Narsés o Juan Troglita, por citar solo a los tres más afamados, y concebido como una eficaz y dúctil herramienta al servicio de un Imperio que a la muerte de Justiniano seguía siendo la entidad política más poderosa del mundo antiguo.

El contexto histórico

En 395, Teodosio I moría en Mediolanum (Milán) tras dividir el Imperio entre sus dos hijos: Arcadio, con el cargo de reinar en oriente y Honorio, a quien se confiaba Occidente. No era la primera vez que se dividía el gobierno del Imperio –jurídica y formalmente solo había un Imperio– pero esta vez las consecuencias fueron desastrosas. Tanto Arcadio como Honorio, este último todavía un niño, fueron gobernantes deplorables y eso en una época convulsa y difícil que contempló las invasiones bárbaras del siglo V. Germanos, alanos y hunos, básicamente, cruzarían todas las fronteras y se asentarían en no pocas provincias amenazando gravemente la supervivencia del Imperio tanto en Occidente como en Oriente. Pero mientras que Occidente se fue deshilachando hasta perecer, Oriente se fue fortaleciendo.

Muchas son las razones que pueden explicar la supervivencia de Oriente y la caída de Occidente, pero, sin duda, entre las principales estuvo que los visigodos, asentados como *foederati* en los Balcanes desde 382, terminaran por desplazarse a Occidente, invadiendo primero Italia e instalándose después en el sudoeste de las Galias. Por su parte, Oriente, liberado de la traba y el peligro que suponía tener que soportar tener un estado bárbaro dentro de sus fronteras, pudo disfrutar de más tiempo y libertad para fortalecer su ejército. Oriente disfrutó, asimismo, de un largo periodo de paz con su gran rival: la Persia sasánida. Este periodo de paz se extendió a lo largo de casi todo el siglo V y permitió a Oriente concentrar sus esfuerzos militares en la defensa de los Balcanes, a la par que le posibilitaba contar con las rentas constantes y cada vez más crecidas de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto. Pues el siglo V en Oriente fue una época de expansión económica y demográfica.

Más poblado, más urbanizado, más rico y dinámico desde el punto de vista económico, Oriente supo, además, usar mejor sus recursos militares. En efecto, en 395 el

ejército más débil era el de Oriente, pero mientras que, a partir de 402, Occidente entró de lleno en una espiral implacable y sin solución de continuidad en la que la pérdida de control militar sobre algunas provincias implicaba una caída en los ingresos, y esta a su vez derivaba en una mengua considerable del poder militar que, a su vez, provocaba la pérdida de control efectivo sobre más provincias o la devastación de las mismas, y así sucesivamente en una dinámica viciosa e imparable que llegó a su clímax cuando se perdió África y que llevó al creciente agotamiento de los recursos financieros y, por ende, militares de la *pars Occidentis* del Imperio, Oriente supo sostener a sus ejércitos contra «viento y marea» y garantizar así la seguridad de sus provincias más ricas y vitales.

Esa relación directa entre seguridad y prosperidad fue ya puesta de relieve hace unos años por Bryan Ward-Perkins y, sin duda, fue la clave del éxito de Oriente y del fracaso de Occidente.

La subida al trono de Marciano en 450 supuso el punto de inflexión que mostró que Oriente, al contrario que Occidente, iba a sobrevivir y a consolidarse como un Imperio al que solo la Persia sasánida podría tratar de tú a tú. La muerte de Atila, la disgregación de su Imperio y el imparable crecimiento económico de Oriente en la segunda mitad del siglo V permitirían a Bizancio –permítasenos usar ya este término que no es sino un convencionalismo historiográfico para denominar al Imperio romano de Oriente– no solo afrontar con cierta seguridad los últimos coletazos de las invasiones bárbaras del siglo V, sino también recuperar el control efectivo sobre todo su territorio.

Para 476, cuando el *magister militum praesentalis* de Occidente y rey de los hérulos, Odoacro, envió las insignias imperiales del depuesto Rómulo Augusto a Zenón, augusto de Oriente, reconocía lo obvio: que Bizancio era ya, simplemente, el único Imperio romano y que, de nuevo, aunque solo *de iure* , la soberanía sobre todo el orbe romano pertenecía a un solo augusto, el que se sentaba en el trono constantinopolitano.

En 488, Zenón consiguió, además, un gran éxito al lograr librarse de los ostrogodos de Teodorico el Amalo enfrentándolos a Odoacro y logrando así que los Balcanes, por primera vez desde la infausta jornada de Adrianópolis en 378, quedaran por completo bajo el poder efectivo de Constantinopla.

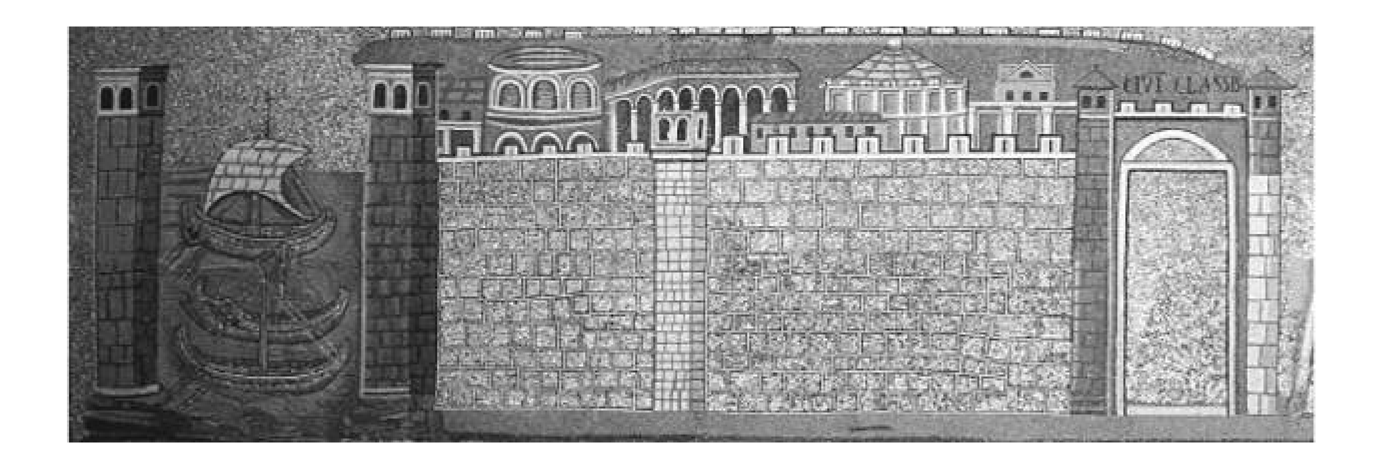


Figura 48: Mosaico de la iglesia de San Apolinar, que representa barcos mercantes al resguardo del puerto de la ciudad, fuertemente amurallado. La capacidad de Bizancio para controlar el Mediterráneo era fundamental para asegurar el desplazamiento y abastecimiento de sus ejércitos.

La seguridad alcanzada así en las provincias tracias e ilíricas de Oriente, permitió a Zenón iniciar una profunda reforma militar que continuaría Anastasio I y que completaría Justiniano I.

Anastasio I (491-518), el inteligente, ahorrativo y eficaz sucesor de Zenón, supo enfrentar con éxito al crecido Teodorico I y extender su influencia en Occidente mediante una alianza con el rey Clodoveo de los francos que conllevó la destrucción del reino visigodo de Tolosa y todo ello a la par que mantenía el *limes* danubiano y lidiaba con ventaja contra una Persia sasánida que volvía a dar muestras de belicosidad en el *limes* oriental.

Anastasio I mejoró el sistema fiscal y administrativo, reformó la moneda, promovió la economía y el comercio exterior, llevó a cabo una cuidadosa política de ahorro y buena gestión y con todo ello aumentó de forma considerable la prosperidad de su Imperio y de sus súbditos. En fin, desarrolló las reformas militares puestas en marcha por Zenón y puso a punto a la flota imperial que, tras la derrota sufrida a manos de los vándalos en 468, volvió a ser la detentadora de la hegemonía en el Mediterráneo.

En 518, a la muerte de Anastasio I, el Imperio contaba con un tesoro repleto, con un ejército renovado, bien adiestrado y armado, con una potente flota y con una política exterior que le había devuelto la hegemonía sobre todos los estados surgidos tras las invasiones germánicas.

Justino I, el analfabeto pero sagaz y cuidadoso sucesor de Anastasio I, supo mantener todo lo bueno que su antecesor había conseguido y entregó en 527 a su sobrino y sucesor, Justiniano I, un Imperio dotado de un potencial militar y económico como ningún emperador romano había tenido desde los días de Teodosio I.

Pocos saben que el título de emperador de los romanos lo estrenó Justiniano I. En efecto, él fue el primero en ostentarlo. También fue el primero en aprovechar el potencial económico y militar acumulado con paciencia por sus antecesores.

Tras enfrentar a Persia en una guerra que logró cerrar en tablas en 532 y sobrevivir a una apocalíptica revuelta popular en Constantinopla, la Niká, en 533 aprovechó las disensiones internas del Reino vándalo para intervenir allí mediante el envío de Belisario, su mejor general, a la cabeza de un pequeño pero efectivo ejército de 18 000 hombres.

Belisario lograría conquistar África en tan solo unos meses y, con ello, devolvió al Imperio un riquísimo territorio que desde Septon (Ceuta) a Leptis Magna, englobaba a unos 5 000 000 de habitantes. El éxito fue tan grande como rápido e inesperado por su escaso coste en bajas y en oro. Tanto que Justiniano no dudó en volver a aventurarse en una nueva campaña occidental, en este caso, en la Italia ostrogoda que, tras la muerte de Teodorico I el Grande en 526, se hallaba, asimismo, envuelta en graves conflictos internos que sirvieron de excusa y base para la intervención bizantina.



Figura 49: Uno de los paneles del mosaico de la basílica de San Vital de Rávena, *ca* . 544-548. En él se representa a Justiniano con la vestimenta propia del emperador, destinada a recalcar su autoridad y su posición, marcada además por el halo que rodea su cabeza. El emperador aparece tocado con la *stemma* , una corona ornada con una vuelta de cabujones rodeada con dos vueltas de perlas, de la que cuelgan cadenetas rematadas en perlas –*prependoulia* –; su clámide púrpura, con una *tablia* en hilos de oro está sujeta en el hombro derecho por una fíbula en roseta, con una gema engastada en perlas y tres pendientes. Se ha discutido sobre el resto de personajes representados, pero parece que el hombre barbado a su derecha podría ser Belisario, con clámide blanca con *tablia* purpúrea, sujeta por una fíbula cruciforme. En el extremo izquierdo se disponen los guardias imperiales, distinguibles por el torque de oro que llevan al cuello, y con un crismón como blasón en sus escudos.

La reconquista de Italia, pues eso era para Justiniano y para los romanos de Oriente y Occidente la reconquista del corazón de la Romania, el nombre que se daba popularmente al Imperio romano, fue mucho más dura y gravosa que la de África. Entre 535 y 554 se sucedieron las campañas con continuas alternativas y cambios de fortuna en los que sublevaciones y desastres se entremezclaron con intervenciones e invasiones francas y con una agotadora e inesperada epidemia, la peste de Justiniano, desencadenada en 541 que se llevó por delante a un 25 % de la población del Imperio y de todo el mundo antiguo.

Las continuas guerras contra una Persia renacida tras un periodo de reformas militares, económicas y administrativas, y un *limes* danubiano constantemente inquietado por incursiones de pueblos protobúlgaros y eslavos, contribuyeron también a que hasta 552 Justiniano I no dedicara a Italia los recursos necesarios para concluir allí la guerra con éxito. Ese mismo año de 552, Justiniano, tras tener noticia de que su general Narsés había aniquilado al último gran ejército ostrogodo y dado muerte a su rey, Totila, ordenó la puesta en marcha de la fase final de su *recuperatio Imperii* : la ocupación del sudeste de Hispania y, con ello, el control efectivo sobre todo el Mediterráneo desde el estrecho de Gibraltar al mar Negro.

En 562, Justiniano cerró además una paz con Persia, su verdadero gran rival por el control del mundo antiguo. Era una paz que garantizaba la superioridad romana sobre el Cáucaso occidental y mantenía el equilibrio en Armenia y Mesopotamia. De hecho, fue la paz más favorable firmada con Persia de cuantas firmó Justiniano.

En los Balcanes las cosas también habían mejorado. Justiniano había sabido aprovecharse de la irrupción en las estepas pónticas de un nuevo poder: los ávaros, un agresivo pueblo procedente de las estepas mongolas que, convenientemente dirigido por la diplomacia justinianea, sometió a los pueblos protobúlgaros, eslavos e iranios que venían acosando el *limes* danubiano desde finales del siglo V. Así que cuando Justiniano I murió en el año 565 el balance era positivo. El Imperio había aumentado su territorio, su población y sus recursos militares y económicos.

El heredero de Justiniano, Justino II, su sobrino, era un hombre débil e intrigante. Llegado al trono de forma poco clara y envidioso de la gloria de su tío y del prestigio militar de su primo, otro Justino que le podría haber disputado el poder y al que eliminó de inmediato, puso en marcha una arriesgada y agresiva política exterior que en tan solo siete años dinamitó los logros de su difunto tío y que desató la guerra en cinco frentes a la par y todo ello mientras gastaba oro a manos llenas en suntuosas construcciones y trataba de ganarse el apoyo de sus súbditos decretando fuertes reducciones de impuestos que comprometieron al tesoro.

Fue un desastre. Para 573, tan solo ocho años después de la muerte de Justiniano I, la Romania no luchaba ya por la hegemonía mundial, sino tan solo por la pura supervivencia. En el *limes* danubiano la negativa de Justino II a mantener a los ávaros como federados del Imperio y su miope política de permitir que ávaros y longobardos destruyeran el reino gépido, provocó todo un colapso del sistema de alianzas y defensa. Los gépidos fueron destruidos como reino independiente y sus restos se sumaron a longobardos y ávaros, pero estos últimos eran vecinos mucho más peligrosos y los longobardos, inquietados por los ávaros y estimulados por la cercanía de una Italia romana en la que el efectivo Narsés había sido sustituido por un incompetente prefecto, invadieron la península itálica en 568 e iniciaron allí una devastadora guerra de conquista.

Justino II, con sus ejércitos enredados en el Danubio con los cada vez más agresivos y poderosos ávaros, no pudo enviar ayuda suficiente a Italia. Y lo que es peor, en África estalló una revuelta de los mauri, las tribus bereberes, y no contento con ello, la agresiva política exterior de Justino II logró al cabo provocar a Persia a una guerra que esta no deseaba pero para la que se mostró muy preparada. Incluso en la lejana y marginal Hispania estalló la guerra y las escasas tropas romanas destacadas allí no pudieron impedir que el rey visigodo Leovigildo saqueara a conciencia el *limes* y se apoderara de la importante plaza fuerte de Asidona (Medina Sidonia).

En 573, tras sufrir sus ejércitos una espantosa derrota frente a los persas, Justino II sufrió un colapso nervioso y se adentró en la locura. La situación era tan desesperada que la muestra de fuerza que la Romania ofreció a continuación es la prueba más evidente de que Justiniano dejó tras de sí un Imperio sólido y un ejército combativo y eficaz.

El hombre que capitaneó la reacción bizantina fue Tiberio. Primero como *comes excubitorum* , jefe de la guardia de palacio, luego como césar y virtual regente del Imperio (574-578) y, por último, como augusto de los romanos (578-582). Tiberio II supo vencer o, al menos, frenar a los enemigos del Imperio en los cinco frentes abiertos por el irresponsable, torpe y loco Justino II. En 582, cuando Tiberio II murió de forma inesperada, la situación del Imperio había mejorado de un modo considerable y ya no

corría peligro su supervivencia, sino que Bizancio combatía de nuevo por la hegemonía y el dominio del mundo antiguo.

En efecto, en África no solo se había logrado aplastar la sublevación de los mauri, sino que se había ampliado considerablemente el territorio imperial al conquistar al reino romano-bereber de Altava que, hasta entonces, se había extendido sobre buena parte de las Mauritanias Sitifense, Cesariense y Tingitana. En Italia se había logrado frenar el avance longobardo y fragmentar su poder favoreciendo la división de los longobardos en una veintena de belicosos y anárquicos ducados. Y, lo más importante, se había dado la vuelta a la guerra contra Persia. Allí y desde 576, las derrotas habían sido sustituidas por victorias y ahora los ejércitos romanos habían pasado a la ofensiva y maniobraban con éxito notable en el Cáucaso oriental, en la Persoarmenia y en la Mesopotamia persa.

Los años que siguieron, los de Mauricio (582-602), confirmaron la exitosa reacción bizantina. Tras superar el hándicap de encontrarse un tesoro vacío por completo por mor de los gastos militares producidos por una prolongada guerra en cinco frentes y, en no menor medida, por las dádivas y gastos suntuarios de Justino II y Tiberio II y por sus continuas, populares e inoportunas bajadas de impuestos, Mauricio logró en 589 llevar a Persia a la completa derrota. Más aún, Mauricio pudo aprovechar la guerra civil que estalló allí e intervenir militarmente con éxito y colocar en el trono persa a su candidato: Cosroes II.

El nuevo soberano persa, Cosroes II, en deuda con su protector, reconoció la hegemonía romana y cedió a Mauricio una serie de estratégicos y ricos territorios en Armenia, Mesopotamia y el Cáucaso que colocaban la frontera romano-persa tan al este como no lo había estado desde época de Diocleciano y que compensaban ampliamente las pérdidas sufridas en Italia desde 568. Mauricio conseguía así lo que ni tan siquiera Justiniano I se había atrevido a soñar: convertir a Persia *de facto* en un estado vasallo de Bizancio.

No solo eso. Con una Persia pacificada y sometida, con la paz consolidada en un África romana ampliada, con una restauración y pacificación del *limes* hispano conseguida por mor de una inteligente intervención en la guerra civil desencadenada entre el rey visigodo Leovigildo y su hijo Hermenegildo y con una Italia en la que los longobardos podían molestar, pero no constituían ya una seria amenaza ni para Roma, ni para Rávena, Mauricio pudo traspasar tropas al *limes* danubiano desde la pacificada frontera con Persia e iniciar una serie de exitosas campañas contra ávaros y eslavos.

Falta hacía, pues aprovechando la debilidad de las tropas romanas, concentradas durante años en contener y vencer a Persia, los ávaros habían logrado crear un formidable imperio bárbaro que se extendía desde el Don al Danubio y que englobaba a

muchos pueblos eslavos y protobúlgaros, amén de a los restos de pueblos germánicos como los gépidos y los hérulos.

Empujando delante de ellos a las salvajes hordas eslavas, los ejércitos ávaros penetraron hasta los arrabales de Constantinopla y hasta el Peloponeso. Pero, ahora, a partir de 592, llegó la reacción bizantina.

Fue terrible. Campaña tras campaña los curtidos ejércitos romanos fueron limpiando de enemigos los Balcanes y luego comenzaron a cruzar el Danubio para arrasar las tierras y poblados de eslavos, antas y ávaros. Para 599, los ejércitos bizantinos estaban ya cruzando el Tisza y frecuentando las riberas del Bug y el Dniéster, llevando los estandartes romanos a lugares que no los habían visto desde los días de Trajano.

Las victorias se sucedieron y para el otoño de 602, tras una nueva y victoriosa campaña al norte del Danubio, todo hacía pensar que los ávaros iban a ser aniquilados por completo cuando la primavera siguiente posibilitara una última campaña en su territorio de Dacia y Panonia. Fue en ese momento cuando estalló una rebelión militar y todo se fue al traste. [7]

Pero esa es otra historia que bosquejaremos en el capítulo 7 . Ahora, esbozado el contexto histórico en el que pelearon los ejércitos de Justiniano y sus inmediatos sucesores, nos centraremos en analizar cómo eran esos ejércitos que habían reconquistado lo esencial de un Imperio, el romano, y batallado con éxito en todas sus fronteras.

UN NUEVO EJÉRCITO ROMANO: ORGANIZACIÓN, UNIDADES Y NÚMERO DE EFECTIVOS

Lo primero que sorprende cuando se estudia el Ejército de Justiniano y de sus inmediatos sucesores es que constituía una «máquina militar» sometida a una continua revisión y mejora. Iniciada la reforma militar con Zenón, proseguida con Anastasio I, ya no se detuvo hasta que el nuevo Ejército romano abandonó la senda de la evolución para precipitarse en la de la revolución *thematica* de la segunda mitad del siglo VII. Así que entre 476 y 642 lo que tenemos es lo que podríamos denominar un «equilibrio entre cambio y tradición». Las bases de la organización del nuevo ejército romano diseñado por Zenón y Anastasio I ya estaban establecidas hacia 518: la llamada organización tipo *meros* , pero sería Justiniano quien la completaría con la consolidación y perfección de la nueva caballería de arqueros/lanceros acorazados [8] y con la recuperación de la infantería pesada, así como con la finalización del proceso de adaptación de las viejas unidades: legiones, *numeri, alae, vexillationes, cohortes, cuneri* , etc., a las nuevas unidades tipo *meros* : *mero, moira, tagma* , etc. Por lo tanto, el marco, el diseño de la organización

general, permanece estable a lo largo de este periodo (476-642), pero en su interior se operan reajustes y perfeccionamientos constantes.

La transición a la organización en unidades tipo *meros* fue lenta y aunque se completó a mediados del siglo VI, en no pocas ocasiones la realidad no se relacionaba con la denominación de la unidad en cuestión. Y así tendremos todavía en 639 a legiones como la Legio IV Scythica o cohortes como la Cohors VIII Voluntaria, manteniendo su nombre y sus estandartes y emblemas, pero con sus efectivos y su cadena de mando adaptados a los de un *tagma* .

¿Cómo se conformaban las nuevas unidades tipo *meros* ? Bien, estas unidades surgieron a partir de la reforma de Zenón puesta en marcha durante su segundo reinado (476-491). Por entonces, el Ejército romano de Oriente había logrado superar la crisis de las invasiones germánicas de finales del siglo IV y de la primera mitad del siglo V a base de propiciar la incorporación a filas de numerosos reclutas provinciales y, en especial, de hombres procedentes de Tracia, Mesia, Dardania, Armenia y sobre todo, de Isauria. Se logró así no solo compensar el número de germanos existente en las filas del Ejército romano de Oriente, sino también y, ante todo, completar las filas de unas unidades con frecuencia incompletas desde el desastre de Adrianópolis en 378. Pero esas viejas unidades, legiones, *alae, cohortes, vexillationes* , etc., no ofrecían ya un marco operativo efectivo para los conflictos que el Imperio estaba sosteniendo. Se necesitaban unidades más grandes y, sobre todo, más fáciles de sumar y encajar entre sí a la hora de conformar ejércitos de maniobra o de reunir grandes contingentes en las operaciones fronterizas. Surge así la idea de una nueva organización con base en una novedosa gran unidad: el *meros* . Un *meros* , literalmente y en griego, «una parte», estaba formado de ordinario por unos 5000 hombres, aunque desde el punto de vista táctico y en función del despliegue por el que optara el *strategos* , el general, podía oscilar entre los 4000 y los 6000 soldados.

Como veremos en detalle más adelante, los ejércitos de campaña bizantinos de este periodo estaban formados por entre 1 y 4 *meros* , esto es, entre 5000 y 20 000 soldados, aunque a veces se reunieron ejércitos de hasta 50 000 efectivos.

Un *meros* se subdividía en dos *moirai* . La *moira* contaba de promedio con 2500 hombres, aunque sobre el campo de batalla podía oscilar entre los 2000 y los 3000 efectivos y si estaba completa, cosa harto improbable, debía de contar con 2600 soldados y subdividirse en 5 *tagmatas, bandon* o *aritmoi* de 520 hombres cada uno.

El *tagma* se componía de ordinario de unos 500 hombres. Los documentos administrativos que han sobrevivido –algunas listas en papiro procedentes de Egipto– muestran que con sus efectivos completos y con sus cuadros administrativos, el *tagma* sumaba un total de 520 soldados. Ahora bien, al igual que el resto de las unidades, rara

vez estaban completos y sobre el campo de batalla y por intereses tácticos, los *tagmatas* podían oscilar entre los 300 y los 500 efectivos.

Como habrá podido colegirse ya, el ejército bizantino de este periodo gozaba de una flexibilidad táctica notable. De hecho, existía una doble organización: la táctica, variable y al albur de las disposiciones concretas de cada *strategos* en función de los imperantes que planteara cada campaña, batalla o situación táctica, y la administrativa, más estable y que era la que se restauraba bien se volviera a la normalidad. Es por eso que las fuentes presentan *mere* que oscilan entre los 4000 y los 6000 efectivos, *moirai* de entre 2000 y 3000 y *tagmatas* de entre 300 y 500. En el *Strategikon* , el Pseudo Mauricio, hacia 613, aclara esta doble organización y señala que las variaciones tácticas no implicaban que las unidades, en su día a día, no contaran con un número de hombres regular y estable, al menos, sobre el papel. [9]

Por debajo de los *mere, moirai* y *tagmatas* estaban las hecatontarquías o centurias de 100 hombres, aunque y al igual que el resto de las unidades, podían variar notablemente de número de efectivos y llevarse al campo de batalla integrada solo por 70 u 80 hombres. Una hecatontarquía, además, se subdividía en decarquías de 10 hombres y estas últimas se dividían a su vez en pentarquías de 5.

Al frente de un ejército de campaña estaba el *magister militum* que podía ser o no el *strategos* , pues este último título se aplicaba al comandante en jefe de una fuerza en batalla independientemente de cuál fuera su verdadero título y posición en el escalafón militar.

Hacia el año 530, el Imperio disponía de los mismos ejércitos de campaña con que contaba en los días de la redacción de la *Notitia dignitatum* : 5. A saber: dos ejércitos *praesentalis* , literalmente «en presencia del emperador» y desplegados en ambas orillas del Bósforo y del mar de Mármara, el ejército de Tracia, el de Iliria y el de Oriente. Al llevarse la reforma de Zenón y Anastasio a término, esos ejércitos adecuaron sus efectivos a las unidades tipo *meros* y quedaron conformados de esta manera: los dos ejércitos *praesentalis* contaban cada uno con 20 000 efectivos, el de Oriente, con otros 20 000 hombres, el de Tracia sumaba también 20 000 efectivos y el de Iliria tenía 15 000. Así que el total de la fuerza *comitatense* del Imperio hacia 530 sumaba 95 000 hombres.

La puesta en marcha de la *recuperatio* por Justiniano y su éxito demandó la creación de nuevos ejércitos de campaña y a todo ello se sumó la necesidad de proteger mejor la frontera persa ante el mayor potencial que las reformas militares sasánidas proyectaban ahora contra el *limes* romano, de manera que surgieron cuatro nuevos ejércitos de campaña: África, Italia, Armenia y Spania. El de África contaba con 15 000 efectivos, el de Italia con 20 000, el de Armenia con 15 000 y el de Spania con 5000. La unificación de los dos ejércitos *praesentalis* en uno solo dejó el total de fuerzas de campaña del Imperio

hacia 565 en ocho y el total de efectivos en 150 000 hombres, cifra que recoge el contemporáneo Agatías, si bien manipulándola, y que ha traído de cabeza a muchos historiadores los cuales, al no ser especialistas en temas militares, señalaron la supuesta penuria militar del Imperio. Pero, desde 1995, Warren Treadgold dejó demostrado que la cifra de Agatías se refería solo a los soldados que militaban en los ejércitos de campaña y no al total de la fuerza disponible.

En efecto, junto a los ejércitos de campaña continuaron existiendo los de frontera. Estos se desplegaban en las fronteras y en provincias conflictivas y, por lo general, aunque no siempre, se hallaban bajo el mando de duques. La tendencia a lo largo del siglo VI, culminada antes de 565, fue a que esos duques de los ejércitos de frontera contaran con unos efectivos bajo su mando similares a los que comandaban los duques de los ejércitos de campaña: 2500 hombres y el total de la fuerza *limitanei* hacia 565 era de unos 100 000 hombres, suma muy inferior a la de 176 000, cantidad de la que disponían hacia 530 y, desde luego, mucho menor que los 195 000 que por error esta vez, y en mi opinión, calculó Warren Treadgold. ¿Por qué? Porque al igual que pasó en los ejércitos romanos de Occidente en las primeras décadas del siglo V en Oriente se optó por promover a tropas *limitanei* a la condición de *comitatenses* cuando fue necesario que los efectivos de estos últimos crecieran y, como ya hemos visto, Justiniano tuvo que desplegar a 55 000 nuevos *comitatenses* a lo largo de su reinado, un 36,6 % más y lo hizo extrayéndolos de sus ejércitos de frontera por lo que estos quedaron muy reducidos. Dicha reducción de efectivos se compensó mediante el aumento del número de tropas de caballería y delegando parte de las tareas de patrulla y defensa del *limes* en tropas de *foederati* bárbaros como los hérulos en el Danubio o los gassaníes árabes en el *limes* sirio.

Así que, hacia 565, Justiniano contaba con un ejército que disponía de un total de 250 000 efectivos en sus filas: 150 000 *comitatenses* y 100 000 *limitanei* . Un ejército inferior en 21 000 soldados al que recibió de su tío Justino I en 527 y que se hallaba integrado por 95 000 *comitatenses* y 176 000 *limitanei* . Una reducción total de la fuerza de un 7,8 %, la cual se compensó elevando la operatividad, despliegue, equipo y adiestramiento de las unidades. [10]

Ese ejército de 250 000 hombres hacia 565 se veía complementado por los alrededor de 5000 hombres que servían en los distintos cuerpos de guardias imperiales y por los 5000 hombres que integraban las fuerzas regulares que custodiaban y mantenían de forma permanente las murallas constantinopolitanas denominados *noumerotas* o *noumeros* y *murarios* o *murariotas* , nombre este último que derivaba del de sus unidades, *cohors pedatoura murorum* y que se componían de unidades de infantería pesada, ingenieros y *ballestarii* , mientras que los *noumerotas* servían como arqueros, honderos e infantería ligera. [11]

Por último, Constantinopla y las demás grandes ciudades del Imperio, es decir, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Tesalónica, etc., contaban con milicias urbanas armadas que proporcionaban los llamados *demos* , una suerte de asociaciones ciudadanas que amén de apasionarse por las carreras de carros en el hipódromo y enzarzarse en disputas callejeras y violentas discusiones teológicas y políticas, tenían la obligación de proporcionar hombres a la defensa de sus ciudades y que en el caso de Constantinopla sumaban unos 2300 hombres hacia el año 602. [12]

LA CADENA DE MANDO

Respecto a la jerarquía militar, en la cúspide se hallaba el emperador. Durante los siglos V y VI, los emperadores no se pusieron directamente al frente de sus ejércitos. Esta situación cambió con Mauricio (582-602) quien, en una ocasión, se puso al frente de un ejército que acudió a cerrar el paso a los ávaros y, sobre todo, con Heraclio (610-641), emperador-soldado donde los haya, que dirigió en persona a sus ejércitos en ocho campañas: 613 y de 622 a 628, implicándose incluso personalmente en los combates, y resultando herido en uno de ellos.

Por debajo del emperador estaban los 8 *magistri militum* : los 2 *praesentalis* y los de Oriente, Tracia, Italia, África, Iliria, Armenia y Spania. A continuación, estaban los *merarcas* de los *meros* de los ejércitos *comitatenses* , un total de 30, a los que se sumaba el *merarca* de los murariotas que conducía las tropas que guarnecían los muros de Constantinopla. Entre esos 31 *merarcas* el que ostentaba mayor rango era el *merarca* o *taxiarca* de los *optimates* que constituían el I *Meros* del I Ejército de los *praesentalis* y que era el único que podía ostentar el título de *taxiarca* . [13]

De rango superior eran también el *domesticus* de las *scholae* y el *comes excubitorum* . Este último, aunque al mando de una pequeña tropa, los *excubitores* , ostentaba un poder muy superior al que podría pensarse. Pues como jefe de la guardia más cercana a la persona del emperador, controlaba en lo militar el palacio y, a lo largo de todo el siglo VI, actuó, virtualmente, como segundo del Imperio y, a menudo, como sucesor en ciernes del emperador.

A continuación de los antes citados, estaban los duques o *moirarcas* de los ejércitos *comitatenses* y *limitanei* que comandaban las *moirai* de 2500 hombres y las tropas destacadas en las fronteras y que a veces también eran denominadas ciliarcas. Venían luego los tribunos, tagmarcas o *comes* /condes al mando de los *tagmata* de 500 soldados y los vicarios, los oficiales administrativos superiores en el *tagma* y que, en casos extraordinarios, podían asumir el mando. A continuación, estaba el ilarca, o primero de los *hecatontarca* s. El ilarca era el segundo al mando en el *tagma* durante el combate y a la par comandaba a la primera de las hecatontarquías. Tras el ilarca venía el *campidoctor*

que se ocupaba de la instalación y buen orden del campamento o cuartel, así como de las guardias y del adiestramiento de los soldados. Venían luego oficiales de carácter administrativo y de intendencia: *ducenarios, primicerius, adjutores* y *actuarius* . Luego los *hecatontarca* s o centenarios que comandaban a 100 hombres.

Los *antesignani* y portaestandartes: aquilíferos, draconarios y flamularios, así como los cirujanos y los heraldos, tenían también la consideración de oficiales y suboficiales.

Los suboficiales regulares estaban integrados por el *optio* u *option* , que se encargaba de aprovisionar al *tagma* , por los *decarcas* , al mando de las decarquías de 10 hombres. Los pentarcas, que mandaban a 5 hombres y los tetrarcas que, comandaban a grupos de 4 hombres, entre los que se contaban a sí mismos, y vigilaban la retaguardia de un *tagma* .

Este último, el *tagma* o *bandon* , era la verdadera columna vertebral del ejército bizantino. Como ya hemos señalado, si el *tagma* estaba completo, se componía de 520 hombres que se distribuían así:

- 1 tribuno o *tagmarca*
- 1 vicario
- 1 *ilarca*
- 1 *campidoctor*
- 1 *primicerius*
- 1 adjutor
- 1 actuario
- 4 *hecatontarca* s o centenarios
- 1 *optio*
- 1 cirujano
- 2 draconarios o portaestandartes
- 2 heraldos

- 1 *antesignani*
- 50 *decarcas*
- 50 *pentarcas*
- 50 *tetrarcas*
- 1 tambor
- 1 trompeta
- 350 soldados. [14]

Como se ve, la organización de un *tagma* del periodo aquí estudiado era harto compleja y articulada. Su flexibilidad y funcionamiento eran muy superiores a cualquier otra unidad del mundo antiguo o medieval y habría que esperar a la Edad Moderna para ver unidades militares tan bien estructuradas.

LA VERDADERA ÚLTIMA LEGIÓN

¿Qué clase de soldados militaban en estas unidades? Justiniano logró elevar la eficacia de las unidades *limitanei* hasta hacerlas homologables por completo con las *comitatenses* . El hecho queda bien reflejado en las fuentes y es palmario en una de ellas, el *Strategikon* del Pseudo Mauricio en cuyos diagramas de batalla se pueden ver unidades *limitanei* como los *illyriciani* , desplegadas junto a unidades de élite de los *comitatenses* como los *foederati* . Esta igualación de las capacidades y operatividad derivó en un mayor potencial efectivo de la fuerza disponible que compensó el mayor territorio a defender, casi un 40 % más en 565 con respecto a 527, y la disminución en un 7,8 % del total de la fuerza con respecto al reinado anterior. [15]

¿*Comitatenses, limitanei* ? Pero ¿no habían desaparecido las tropas fronterizas en el reinado de Justiniano? Pero ¿no habían sido disueltas las legiones por Justiniano? Eso es lo que los historiadores contemporáneos dedujeron de un maledicente pasaje de Procopio recogido en su *Historia secreta* . [16] Un panfleto que ha gozado de la incomprensible estima de muchos historiadores modernos pese a estar lleno de disparates y de contradicciones con las otras obras del autor y con los datos recogidos en multitud de otras fuentes contemporáneas de Justiniano y sus herederos. No, las tropas *limitanei* no solo no fueron desmanteladas, sino que siguieron desplegándose en nuevas fronteras como las de Italia, África o Spania [17] y seguían en activo en fechas tan

tardías como 640. Y, con ellas, con las tropas *limitanei* , sus viejas unidades como las legiones y las cohortes.

La noticia de Procopio fue el punto de partida de un auténtico paradigma que, década tras década, fue repetido por numerosos historiadores y especialistas. Estudiosos que fueron aún más lejos de lo que, en realidad, aseveró el rencoroso secretario de Belisario. Y es que la mencionada noticia de Procopio llevó a algunos historiadores a suponer que Justiniano había disuelto a las antiguas legiones. Pero he aquí que Procopio no menciona en su famoso pasaje a las legiones por ningún lado. Así que, una vez más, el entuerto se explica debido al deseo de algunos estudiosos de ver en esos *limitanei* o contingentes fronterizos nombrados por Procopio a las legiones. Nada más lejos de la realidad y ello no solo porque las legiones que todavía existían en tiempos de Justiniano y de sus sucesores eran, como en tiempos de sus antecesores y desde el siglo IV, tanto de *comitatenses* como de *limitanei* , sino también, y ante todo, porque se conocía la pervivencia de una de esas legiones, la Legio IV Parthica, de tipo *limitanei* , que peleaba todavía en 586, veintiún años después de la muerte de Justiniano y unos cuarenta después de que, supuestamente, Justiniano hubiese disuelto a los *limitanei* y a las antiguas legiones. [18]

Y lo que es más, en julio de 592, el papa Gregorio Magno nos constata en una de sus cartas que la Legio I Flavia Theodosiana, los *theodosiani* de la misiva papal y una de las legiones *comitatenses* llevadas a Italia por Belisario, seguía activa y combatiendo, en este caso a los longobardos que hostigaban Roma. [19] Esta noticia sobre una legión en activo en 592 también ha sido desatendida por los especialistas hasta este momento.

Pero prosigamos. Ya en 2015 demostré que la noticia de Procopio era falsa y en 2016, junto con la doctora Maila García Amorós, rescaté un pasaje de una obra del siglo VII: *Los sesenta mártires de Gaza* , del que la doctora García Amorós ha ofrecido la primera traducción al español y que en breve verá la luz. En ella se certificaba la pervivencia en activo y combatiendo de dos unidades legionarias de tipo *limitanei* batallando contra los árabes en octubre de 637 en Gaza. [20]

Cierto es que la palabra «legión» deja de ser usada en época de Justiniano, pero ello no comportó la disolución de las unidades legionarias, sino su integración en el nuevo organigrama militar surgido de las reformas de Zenón y Anastasio I y que con tanta genialidad analizó en 1995 Treadgold. [21] Las legiones, simplemente, se integraron en el nuevo modelo como *tagmata* equiparándose en número a estas unidades, pero conservando sus nombres, emblemas, historia y tradiciones. Sin embargo, este hecho ha pasado inadvertido o al menos ha sido por completo dejado de lado, incluso por los especialistas en la historia de las legiones. En efecto, si se acude a las más prestigiosas obras sobre la historia de las legiones romanas, como la de Julio Rodríguez González, se verá que ambos ponen punto y final a la historia de las legiones mencionando a las tres

que acompañaron a Belisario en su conquista de la Italia ostrogoda. [22] A partir de aquí y de acuerdo con la supuesta información de Procopio, ambos autores declaran disueltas o extinguidas las legiones. La afirmación es sumamente contradictoria, si quiera sea porque Rodríguez González menciona un poco más adelante que la Legio IV Parthica seguía activa y combatiendo en 586, más de cuarenta años después de que, según él mismo y Procopio, ya no hubiese legiones ni tropas *limitanei* .

Pero he aquí que, en la ya mencionada obra del siglo VII, *Los sesenta mártires de Gaza* escrita inicialmente hacia 640, se señala que en 638 aún se sostenían dos unidades legionarias de tipo *limitanei* : la Legio IV Scythicae y la Cohors VIII Voluntaria que, tras ser adaptadas a la nueva organización surgida de las reformas de Zenón y Anastasio I que culminó Justiniano, eran ya denominadas como «*bandon* de los voluntarios y de los escitas». [23] Es decir, casi cien años después de la supuesta disolución de las legiones y de las tropas *limitanei* por Justiniano, las unas y las otras seguían en activo y combatiendo.

Además, la Legio IV Scythica sería con mucho la unidad legionaria con una historia más larga de cuantas conocemos. Máxime cuando conservó siempre su nombre: cuarta de los escitas y su emblema y signo, el toro dorado y el signo de capricornio, hasta sus últimos y épicos días del asedio de Gaza en 636-637. De hecho, con casi toda probabilidad, sería la unidad militar con una vida activa más larga de toda la historia.

LOS HOMBRES DEL EMPERADOR: CLASES DE TROPAS Y SOLDADOS

¿Qué clases de soldados militaban en este ejército y que funciones desempeñaban? En primer lugar, estaban las tropas regulares divididas, como ya hemos visto, en *comitatenses* y *limitanei* . Estas tropas procedían en su mayoría de las provincias balcánicas, anatólicas y orientales del Imperio.

Luego estaban los soldados que militaban en los distintos cuerpos de guardia y que en nuestro periodo tenían como jefes supremos al *curopalates* , al *praepositus sacrii cubiculi* , al *comes domesticorum* , al *comes excubitorum* y como supervisor general y jefe de las *scholae* al *magister officiorum* .

En primer lugar, estaban los *cubicularios* armados, un subgrupo de los cuales, los *corporis augusti custodes* (en griego σωματοφύλακης τοῦ βασιλέως) dormían ante la puerta de los aposentos del emperador, por lo que constituían la última barrera de seguridad del mismo durante la noche. Los *cubicularios* custodiaban las dependencias más privadas del sacro palacio imperial y su comandante, el *praepositus sacrii cubiculi* , ostentaba una gran influencia y poder por su cercanía al emperador. Aunque el debate es intenso y poco claro, parece que los *lanciarii* del augusto o Doríforos eran un cuerpo

adscrito o relacionado a o con los *cubicularios* . Por lo demás, los oficiales de los *cubicularios* eran nombrados por el *praepositus sacrii cubiculi* y eran designados como *protoespatarios* y *espatarios* . Portaban una larga espada que les daba nombre, amén del hacha de doble filo con empuñadura de mano y media, que caracterizaba a los cuerpos de la guardia imperial. Iban vestidos con el manto blanco que, desde tiempos de Augusto señalaba a los guardias del emperador y portaban yelmo coronado por cimera roja y al cuello un distintivo collar de oro. Los aspirantes a oficiales de los *cubicularios* eran llamados *espato-candidato* y constituían una suerte de cadetes de este cuerpo de guardia, los *cubicularios* , armados con lanza, escudo y hacha de doble filo. El más famoso comandante de este cuerpo de guardia fue sin duda Narsés, quien ejerció el cargo de *praepositus sacrii cubiculi* entre 537 y 559 y que, en 552, fue puesto al frente del ejército expedicionario que lograría derrotar definitivamente a los ostrogodos del rey Totila y aniquilar a los francos y alamanes que habían invadido Italia.



Figura 50: Láminas –*lamellae* – de hierro de una coraza laminar encontradas en las excavaciones llevadas a cabo por la Universidad de Murcia en Cartagena. Las láminas aparecieron en una estancia del barrio de Carthago Nova elevado sobre el antiguo teatro romano y que habría sido destruido en el primer cuarto del siglo VII, durante la conquista de la ciudad por las tropas visigodas. Se han encontrado 114 de estas láminas, rectangulares y que cuentan con entre 6 y 7 cm de altura y 2 cm de ancho; pequeñas diferencias en su morfología parecen indicar que se habrían empleado para cubrir distintas partes del cuerpo. Se pueden apreciar las perforaciones que permitían su montaje en hileras superpuestas. Tomado de Sánchez, J. (2008): "Early Byzantine Lamellar Armour from Carthago Spartaria (Cartagena, Spain)", *Gladius* 28, pp. 195-210.

El segundo perímetro de seguridad del palacio imperial estaba custodiado por los *excubitores, escubias* , literalmente «centinelas». Este cuerpo de guardia, según algunos creado en la segunda mitad del siglo V por el emperador León I y, según otros, ya existente desde tiempos del Alto Imperio, constituía un cuerpo de élite formado por 300 hombres reclutados entre soldados de valía, siempre de procedencia provincial y nunca bárbara, puestos a las órdenes del *comes excubitorum* . Estos iban cubiertos con el tradicional manto blanco y con yelmos de bronce encrestados con cimera roja, se cubrían con corazas, *lorica lamellar* , portaban grandes y dorados escudos circulares, *clipeus* e iban armados con lanza, espada y hacha de doble filo. Los *excubitores* cobraron gran importancia a partir de que su *comes* en 518, Justino, subiera al trono. A partir de ahí se transformaron en el cuerpo de guardia más próximo al emperador y mantuvieron este papel hasta el reinado de Heraclio.

Los *classiarii* constituían una suerte de guardias navales que custodiaban el muelle o puerto imperial de Bucoleón, sito dentro del recinto palaciego constantinopolitano. Estaban bajo las órdenes del *protocarabos* o jefe de la primera escuadra. Esta unidad naval de élite estaba destacada de forma permanente para dar protección y servicio al emperador y a Constantinopla. La escuadra del *protocarabos* la integraban 12 *dromones* del tipo *kelandia* y varias naves de recreo. Puesto que una *kelandia* , un tipo de *dromon* dotado de dos cubiertas y de dos palos, era tripulada por unos 300 hombres, se puede estimar el total de los *classiarii* en unos 3600 hombres entre soldados y marineros.

En el perímetro exterior del palacio se situaban los *domestici* . Constituían un cuerpo de guardia dividido en 2 *tagmata* , una de caballería pesada y otra de infantería pesada: 1000 hombres. Los *domestici* no solo protegían el palacio imperial y su entorno, sino que contribuían, asimismo, a dar seguridad a la persona del emperador cuando este se desplazaba fuera de palacio o de la capital. Los *domestici* estaban comandados por el *comes domesticorum* y sus oficiales eran llamados *protectores domestici* . Estos *protectores* ascendían a esta condición bien tras haber sido seleccionados por su hoja de servicio como oficiales en las unidades regulares, bien por proceder de nobles familias de la capital o de provincias. En cualquier caso, ya por vía militar como veteranos y eficaces oficiales, ya por la vía civil, como jóvenes nobles, los *protectores* formaban una suerte de academia militar y de estado mayor del que salían la mayoría de los mandos que luego se enviaban a provincias. Otra atribución de los *protectores domestici* era la de constituir

uno de los tres «servicios de información» con que contaba el Imperio. En tiempos de Justiniano I el mando efectivo de los *domestici* parece haber pasado a las manos del *comes excubitorum* .

Venían luego los 7 *tagmata* de las *scholae palatinae* . Estas eran tropas de caballería pesada, 3500 hombres escogidos que no solo contribuían a la defensa del palacio, sino también de la ciudad. Sus *tagmata* estaban mandados por tribunos de las *scholae* que también eran designados como *comes* de las *scholae* , uno por cada una de las 7 *tagmata* y todos ellos subordinados al *magister officiorum* que se ocupaba de supervisarlos.



Figura 51: Casco de tipo *spangenhelm* , s. VI. Metropolitan Museum, Nueva York. Los cascos de tipo *spangenhelm* tienen su origen probablemente en el ámbito centroasiático o iranio, y reciben esa denominación por su forma de construcción, con una estructura formada por la base –en este caso, con una rica ornamentación con racimos de uvas repujados– y las tiras de metal que se unen en su disco en su cúspide, y entre las que se disponían placas de metal. Cascos muy similares a este se han encontrado en lugares muy distantes, desde Escandinavia a Libia o los Balcanes, y se ha supuesto que tendrían origen en un taller común, quizá en la Italia ostrogoda o en Bizancio.

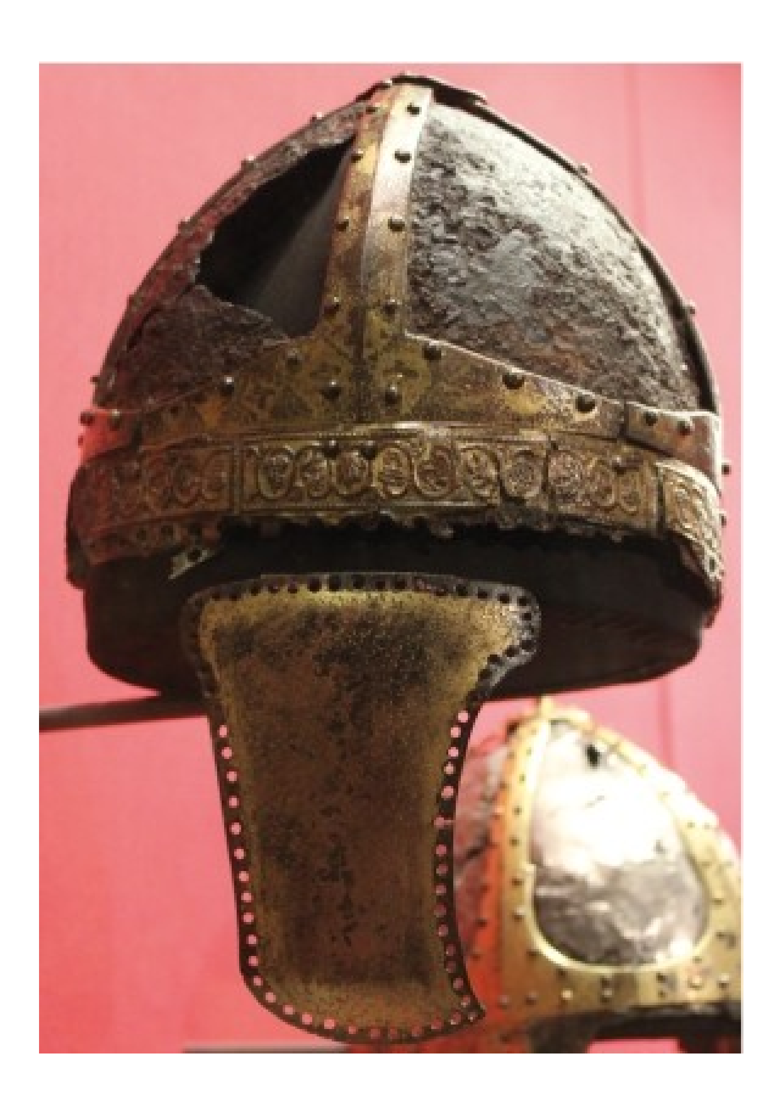


Figura 52: Casco de tipo *spangenhelm* , Kunsthistorischen Museum, Viena.

Dentro de las *scholae palatinae* se hallaba una unidad destacada denominada *candidati* , formada por jóvenes de alta talla y buena familia, que se formaban como oficiales y que se encontraban bajo el mando de un *primicerius* de los *candidati* . Estos contaban con sus propias banderas adornadas con fortunas y llevaban una insignia característica, la *candidatikia* o cadena de oro con tres nudos que les caía sobre el pecho. Los *candidati* no eran sino el equivalente en las *scholae palatinae* de lo que los *protectores* eran entre los *domestici* . De hecho, los *candidati* , al terminar su formación, conservaban su nombre como un título: *candidati* y podían ser destacados como embajadores, emisarios imperiales, gobernadores provinciales y mandos superiores de las unidades del ejército regular. Las *scholae palatinae* fueron perdiendo combatividad desde la época de Constantino I el Grande hasta que en época de Justiniano se les devolvió capacidad de combate y operatividad. [24]

Los *domestici* y los *scholares* no eran cuerpos integrados mayoritariamente por germanos, como se ha afirmado y se afirma una y otra vez, sino que entre ellos, como entre el resto de guardias imperiales y del ejército regular de los siglos VI y VII, predominaban los provinciales: armenios, isaurios, tracios, ilirios, dárdanos, macedonios. Entre los extranjeros que lograban acceder a sus filas había germanos, pero también muchos persoarmenios, íberos del Cáucaso y hasta persas. De hecho, de las 7 *scholae* solo 2 parecen haber estado integradas en su mayoría por bárbaros y aun así, en ellas predominaban los reclutas de origen *laeti* y *deditici* , esto es, de bárbaros asentados dentro del Imperio y de otros que, aun cuando sus pueblos se localizaban fuera de las fronteras imperiales, reconocían la autoridad del emperador. Esas dos *scholae* de mayoría bárbara eran las de los *gentiles* y la de los *scutari* y no eran las más destacadas, pues ese honor correspondía a los *ares* y a los *sagittarii* . Todos ellos iban armados con lanza, espada larga y portaban unos característicos escudos ovales escamados y se revestían con unas singulares corazas musculadas de bronce. Como todos los demás guardias imperiales, se cubrían con un manto blanco.

Un total de 1000 hombres componían la llamada *scholae* de los *agentes in rebus* . Una suerte de agentes secretos y emisarios imperiales que actuaban por todo el Imperio y que, a veces, eran destacados en el extranjero en misiones especiales. Los *agentes in rebus* eran el principal «servicio de información». Esta *scholae* se hallaba bajo el mando directo del *magister officiorum* .

Otro grupo o unidad especial de lo que podríamos llamar servicios de inteligencia, eran los *tribunos notarii* mandados por un *primicerius notariorum* . Con ellos se completaba el diversificado «servicio de información» bizantino. Tres «agencias» si se nos permite el presentismo. Una medida de protección y eficacia para el emperador con la que se garantizaba que la información no quedara en una sola mano y que, por una vía u otra, llegara siempre a su conocimiento. Los cuerpos de guardia y los servicios de información sumaban, pues, una fuerza que puede estimarse en algo más de 10 000 hombres.

Ya hemos señalado la existencia de otras fuerzas encargadas de la defensa de la capital: los *noumeriotas* y los *murariotas* . Unos 6000 soldados adiestrados y equipados para la guerra de sitio y que tenían como misión principal guarnecer, reparar y proteger el complicado y extenso sistema de defensas de Constantinopla: un ancho foso con terraplén coronado por un *vallum* de piedra o antemuro, a continuación, el *peribolos* exterior o amplio pasillo situado entre el *vallum* del foso y la primera muralla que, a su vez, se separaba de la muralla principal mediante un *peribolos* interno. La muralla exterior tenía 8 m de altura y la principal o interior, 13 m y estaba dotada de 90 torres gigantescas. Las torres, a su vez, contaban con cámaras artilleras y las murallas con almenas y plataformas de combate, amén de cuarteles para las tropas, establos, arsenales y almacenes.

Las tropas regulares del Imperio, agrupadas en unidades *comitatenses* y *limitanei* , daban cabida a muchos tipos de soldados. Justiniano simplificó sus escalas o rangos, una de las taras que encarecían el coste del ejército y que desalentaban a los posibles reclutas, reduciéndolas a dos: *tiro* , es decir, recluta, con menor paga y sirviendo en esta condición por un máximo de dos años y *miles* , soldado raso veterano.



Figura 53: Detalle del plato argénteo encontrado en Isola Rizza, ss. V-VII, Museo di Castelvecchio, Verona. Tradicionalmente se ha interpretado como un jinete romano cargando o bien contra infantes godos o lombardos, según la datación que se acepte para la pieza. El plato apareció junto con otros elementos valiosos como cucharas de plata y fíbulas de oro, y se ha pensado que pudo ser ocultado en el contexto de las Guerras Góticas, durante la reconquista romana de Verona en 562 o durante la invasión lombarda de 569. La datación más temprana lo supone obra de un taller oriental de finales del s. V y su tema sería el de la *Virtus Augusti* , con el emperador o un alto oficial derrotando a los bárbaros. El caballero se protege con un casco segmentado –*spangenhelm* – con penacho y carrilleras, y con una armadura de láminas, y carga con una lanza larga –*kontarion* – a dos manos. Su caballo, de pequeña alzada y que se monta sin estribos, salta sobre un «bárbaro» caído sobre su escudo. Los «bárbaros» visten con túnicas con bordados y pantalones anchos, también bordados en su parte inferior.

La caballería había ido cobrando más y más importancia y, a mediados del siglo VI, constituía un tercio del total de las fuerzas del ejército, [25] porcentaje que ascendía hasta el 49 % en el caso de los *limitanei* , mientras que entre los *comitatenses* representaba el 20 % de la fuerza. Lo que quiere decir que algo más de 80 000 hombres de los 250 000 que

servían en las filas de los ejércitos de Justiniano lo hacían como jinetes. De esta fuerza de caballería el 15 %, unos 12 000 jinetes, eran caballería clibanaria armada con larga lanza y con jinete y caballo fuertemente acorazados. Otro 15 % del total de la caballería eran arqueros ligeros y, el grueso, en torno al 70 %, unos 56 000 jinetes constituían la crema y nata de los ejércitos justinianeos: una caballería de tipo mixto que combinaba lo mejor de la caballería catafracta con lo mejor de los antiguos *sagittarios* . Estos hombres, exhaustivamente descritos por Procopio, Agatías, el anónimo autor del *Strategikon* y por otras fuentes contemporáneas, iban provistos de yelmo, coraza o armadura, en general una *lorica squamata* , aunque también *loricae hamata* y *loricae lamellar* , que se dotaban de piezas suplementarias para reforzar la protección del cuello, mientras que las piernas se cubrían con altas grebas que llegaban hasta las rodillas. Sus monturas iban, asimismo, protegidas con testeras de cuero cosido con tendones y reforzado con placas de bronce o con mallas de hierro, así como con petrales y flanqueras de cuero y malla, de manera que los cuartos traseros quedaban descubiertos.

Procopio, el consejero militar de Belisario y, por lo tanto, buen informador, llama a este tipo de tropas «arqueros» y es que pese a ir fuertemente acorazados y provistos de larga espada y de una lanza ligera y de dardos arrojadizos (*plumbatae*), su arma más distintiva, lo que los convertía en los «reyes de las batallas» de los siglos VI y VII, eran sus arcos compuestos o arcos asimétricos. Tomados de los hunos, la caballería romana los generalizó a inicios del siglo VI, pues Procopio, mientras escribía su *Guerra persa* en la década del 550, aún consideraba que esta arma y que la empleara la caballería romana era algo novedoso y digno de ser explicado a sus eruditos lectores. El propio Procopio matiza que los romanos no solo habían adoptado este arco potentísimo, del que afirma que ninguna armadura podía soportar el impacto de las flechas que lanzaba, algo que los estudios experimentales con réplicas modernas han constatado, sino que desarrollaron una nueva técnica de disparo que hacía hincapié en la potencia del tiro, al contrario que la ejercitada por los persas que preferían favorecer la rapidez del disparo.

Estos caballeros bizantinos podían cargar con sus lanzas, abrirse paso con sus largas espadas entre las deshechas formaciones enemigas y, ante todo, destrozar estas últimas con sus formidables e inclementes descargas de flechas. En un pasaje muy famoso de su *Guerra gótica* , Procopio no duda en señalar que era el uso del gran arco compuesto asimétrico por parte de la caballería romana lo que daba a los ejércitos bizantinos su aplastante superioridad frente a vándalos, ostrogodos, francos y otros bárbaros occidentales. Algo que se manifestó innúmeras veces y entre ellas y en especial, en las grandes batallas de Sena Gálica (552), Volturno o Casilino (554) y Solachon (586). En este último caso, sobre los persas sasánidas que vieron deshechas sus cargas de caballería debido a la devastadora secuencia de lluvias de flechas desencadenadas por los caballeros bizantinos.

Dentro de las tropas de caballería militaban tres tipos especiales de caballeros: *buccellarii*, *optimates* y *foederati* .

- Los *buccellarii* habían sido en origen tropas reclutadas de forma privada por generales, altos funcionarios y potentados locales. Justiniano legisló para que quedaran mejor sujetas al mando imperial y en este particular la medida clave fue decretar que su paga correría a cargo del Imperio. Quien paga, manda. Así, se transformaron a finales del siglo VI en un cuerpo de élite de la caballería romana.

- Los *optimates* , ya lo hemos apuntado, eran un *meros* de los ejércitos *praesentalis* . Este *meros* estaba constituido por 5000 excelentes jinetes armados pesadamente y su *merarca* , llamado *taxiarca* , contaba con un prestigio considerable. Comentiolo, el único gobernador bizantino de España que conocemos por su nombre fue durante un tiempo *taxiarca* de los *optimates* antes de proseguir su brillante carrera militar en la que su cargo de *magister militum Spaniae* fue el resultado de un tropiezo momentáneo.

- Los *foederati* eran, asimismo, una unidad de caballería de élite. Al principio se los reclutaba entre bárbaros danubianos, hérulos, gépidos, hunos, etc. A finales del siglo VI era ya una unidad regular que destacaba por su gran eficacia.

La infantería era de dos clases, infantería pesada, muy poco combativa y mal equipada hacia 530, e infantería ligera. El nivel de combate de la primera y su equipo y armamento fueron muy mejorados. Al alcanzar 546, la infantería pesada, dotada de yelmo, cota de mallas, grebas, al menos para la primera fila de las formaciones, los *promachoi* , y escudo, armada con lanza, dardos, *spatha* o espada larga y con espada corta o *akinaka* , corta espada de ancha hoja tomada de los persas, constituía de nuevo el nervio de los ejércitos romanos y el indispensable «yunque» que recibía y contenía a los enemigos, mientras el «martillo» de la caballería pesada dotada de arcos compuestos los aplastaba. Y así, si en Dara (530) la infantería pesada se ve obligada a permanecer a resguardo de trincheras y a mantener un papel pasivo durante toda la batalla, en 554, en Volturno, es la fuerza fundamental que detiene la embestida de las cuñas francoalamanas y que, tras dar tiempo a la caballería para que envuelva a los bárbaros, avanza en orden cerrado arrinconándolos contra el río y exterminándolos. [26]

La infantería pesada representaba en la segunda mitad del siglo VI el 70 % del total de la infantería, esto es, unos 120 000 hombres de un total general de 250 000.

La infantería ligera estaba constituida por arqueros y por tropas ligeras armadas con venablos y dardos. A estos infantes se les solía llamar *perentarios* . Constituían un 30 % de las fuerzas de infantería, [27] unos 50 000 hombres del total de la fuerza, y flanqueaban a las formaciones de infantería pesada y a veces formaban tras ellas para cubrir de proyectiles al enemigo desde la salvaguarda de la retaguardia. Las unidades de infantería ligera eran, asimismo, muy útiles en los combates librados en las montañas del Cáucaso y en los que se libraban en los bosques y pantanos del *limes* danubiano.



Figura 54: Casco de hierro de tipo *Bandhelm* , Narona, Croacia, ss. V-VI, Kunsthistorischen Museum, Viena. Este tipo de casco recibe su nombre moderno por la forma en que se realizaban, similar a la del *spangenhelm* pero más sencilla y basta, con dos bandas de metal curvadas cruzadas entre las que se disponían dos placas semicirculares o cuatro placas triangulares. De ahí su forma semiesférica, menos apuntada que el *spangenhelm* . Su construcción sencilla y barata hace suponer que sería el más común entre la tropa, tanto entre los ejércitos romanos como germanos. Probablemente contasen a veces con carrilleras y almófares de malla.

Pero además de clases de tropas, guardias imperiales, murariotas, *comitatenses, limitanei* , infantería pesada o ligera, caballería…, existían multitud de clases de soldados adiestrados para hacer frente a distintas contingencias de las campañas o a asumir determinadas funciones durante la batalla o a ocupar determinadas posiciones en ellas.

Y así tenemos a los *cursores* , [28] que eran los exploradores del ejército y que también eran una suerte de «comandos» especializados en asaltar posiciones enemigas y en adentrarse en su territorio para dar golpes de mano. Coripo, que escribía hacia 551, hace una magnífica descripción de la labor de estos soldados que solían ir a caballo y que localizaban las huellas del enemigo. Estaban también los flanqueadores, [29] cuya misión era flanquear y envolver a las formaciones enemigas y los *promachoi* [30] que, revestidos de armaduras más completas y pesadas que las del resto y portando lanzas más largas, formaban la primera fila de las formaciones en orden cerrado de la infantería pesada. Y, por último, se podían encontrar también los *defensores* , [31] soldados encargados de repeler ataques repentinos del enemigo y, bajo el mando de los tetrarcas, de cubrir la retaguardia de las unidades desplegadas o en marcha.

Otras unidades destacables eran los *ballestarii* , [32] encargados de transportar, montar y disparar las diversas máquinas de guerra y los topógrafos, [33] cuya misión era trazar mapas, marcar los caminos, medir las distancias recorridas o por recorrer y señalar los mejores lugares para levantar campamentos o construir *castela* .

Asimismo, los músicos, tocadores de tuba, de corno y de trompeta, así como tambores y los heraldos, dos por *tagma* , que debían de ser instruidos, saber leer y hablar latín y persa, amén de griego. [34] Los hombres encargados de los estandartes eran los aquilíferos cuyas águilas estaban siendo sustituidas por grandes cruces de plata dorada y cubiertas de gemas en cuya base había una cartela con el nombre del *meros* o de la *moira* que representaban. Los portaestandartes de los *tagmata* eran los *draconarii* que seguían portando los *dracones* de cabeza broncínea de dragón y largas colas de seda de vivos colores. Estaban también los *signiferi* que portaban las imágenes de las unidades y del emperador y los *flamularii* o signani que llevaban las flámulas o *vexilla* de roja tela que representaban a las hecatontarquías. Todos los portaestandartes cubrían sus yelmos con pieles de lobo o de oso y eran precedidos y defendidos por los *antesignani* , hombres escogidos por su valor y fuerza y cuya misión era impedir que el estandarte de la unidad cayera en manos enemigas. [35]

En fin, médicos, camilleros, enfermeros, herreros, carpinteros, armeros, arrieros, conductores de carros, cantineros, hombres encargados de recoger y reponer dardos, flechas y venablos, los servidores de los soldados, los destinados a la intendencia y cuerpos administrativos de las unidades, etc. [36] Todos ellos formaban también parte de este complejo, flexible y eficaz ejército sin parangón en toda la Edad Media.

ARMAMENTO, EQUIPO Y LOGÍSTICA

El armamento romano-bizantino de este periodo era de gran calidad. Puesto que sus características y fabricación eran en general similares a las descritas en los capítulos anteriores, ahora nos ceñiremos a describir con qué armas contaban los distintos tipos de tropas.

La caballería de arqueros acorazados que constituía el grueso de la caballería bizantina de este periodo iba armada con la larga *spatha* de dos filos que el caballero llevaba envainada al costado, con dos venablos que portaba a la espalda y con dos arcos compuestos: uno enfundado en un carcaj situado en el lado izquierdo de la silla y que también contenía de 30 a 40 flechas y el otro empuñado o colgado, según la necesidad del combate. [37] Un yelmo con forro de fieltro, guardanuca, baberas y protector nasal, todo ello coronado por una cimera sobre la que ondeaban unas pequeñas plumas, una cota de mallas o de escamas de manga larga que le cubría hasta las rodillas y que a veces contaba con protecciones extra que reforzaban los hombros y el cuello y a la que, además, y en el caso de los *optimates* y los *buccellarii* , se añadía una coraza o peto rígido. Unas botas, unas grebas y, en ocasiones, un escudo, completaban el formidable armamento ofensivo y defensivo de estos guerreros cuya bizarría, dominio sobre los campos de batalla y gloria fueron ensalzados hasta el punto de que generales como Belisario y Juan Troglita combatieron en sus filas y hasta todo un emperador, Heraclio, se adiestró y luchó junto a ellos. [38]

A finales del siglo VI comenzó a introducirse el estribo entre los jinetes bizantinos a consecuencia de la intensa influencia ávara. Este se popularizó en la primera mitad del siglo VII y su uso era generalizado en la segunda mitad de este siglo. Del mismo modo, en la década del 560, las unidades de caballería romanas abandonaron la vieja silla de montar romana y adoptaron la silla de estilo avárico. Esta silla contaba con cuatro cinchas que le proporcionaban una excelente sujeción y eran muy amplias, ya que disponían de un arzón y un respaldar altos. Del arzón de estas sillas colgaba una bolsa que contenía alimentos para tres días y perillas o cuernos de las que colgar el carcaj y el arco. Un último préstamo ávaro completó el equipamiento de los caballeros bizantinos desde finales del siglo VI: el manto avárico, un amplio e impermeable manto de fieltro dotado de capucha y mangas que permitía usar el arco y las demás armas sin estorbo a la par que mantenía a salvo de la humedad la armadura e impedía asimismo que emitiera destellos que revelaran la posición del jinete. [39]

La caballería de tipo clibanario estaba dotada de yelmo más cerrado y de una armadura más pesada y completa. Su armamento no incluía el arco, sino una lanza larga y pesada, el contos, inicialmente empuñado a dos manos. La tendencia fue a que el contos se aligerara y acortara un tanto y a que el caballero la blandiera elevándola por encima del hombro y asestando el golpe empuñándola con una sola mano. Una larga

espada de dos filos y, en ocasiones, una maza y un escudo, completaban el armamento de estos caballeros acorazados cuyos caballos iban también más sólidamente pertrechados al contar no solo con testera, petral y flanqueras para cubrir su cabeza, pecho y flancos delanteros, sino también con protecciones para sus cuartos traseros.

Estos caballos, al igual que los empleados por los arqueros acorazados, eran de gran alzada. Auténticos caballos de guerra criados en yeguadas imperiales de Capadocia y Tracia y en los que se mezclaba la sangre de antiguos caballos hispanos con la de caballos de origen persa herederos de los famosos caballos neseos.

La caballería ligera iba dotada de dardos (*plumbatae*), arcos compuestos, por lo común más ligeros y cortos que los usados por los caballeros acorazados, espadas largas de doble filo y un par de venablos. Un yelmo, una corta cota de mallas o, con más frecuencia, una coraza de cuero endurecido y un pequeño escudo completaban su armamento y equipo. Sus caballos no llevaban protección alguna y solían ser caballos ligeros de raza árabe o procedentes de las estepas danubianas y pónticas. [40]

Como ya hemos dicho, la infantería pesada recuperó su importancia durante el reinado de Justiniano, merced a la mejora de su armamento y adiestramiento. Fue este un proceso rápido. En las batallas de Dara (530) y Calínico (531) solo una pequeña parte de los infantes iban equipados y armados como infantería pesada y, por ello, Belisario tuvo que situarlos tras fosos y posiciones fortificadas y destinar a su infantería a la labor de mantener la posición, mientras que su caballería, bien equipada y adiestrada, maniobraba y llevaba el peso del combate. Justiniano y sus generales sacaron las debidas conclusiones y en los años siguientes se elevó el número de infantes equipados con armadura y demás elementos necesarios para pelear activamente en orden cerrado. Para la guerra mora de Juan Troglita (546-548) el grueso de la infantería bizantina estaba ya equipada como la infantería pesada y peleaba en orden cerrado. En la década del 550, el proceso de recuperación de la infantería pesada en los ejércitos bizantinos había concluido y esta arma mantuvo su operatividad, combatividad y calidad hasta mediados del siglo VII. [41]

Su armamento y equipo eran el siguiente: yelmo con guardanuca, baberas y, a veces y para los *promachoi* , con visera. Cota de mallas o de escamas larga y con mangas que, en el caso de los *promachos* , se podía complementar con petos o corazas. Una greba para la pierna izquierda y para cada una de las dos piernas en el caso de los *promachoi* que, recuérdese, formaban la primera fila de la formación cerrada. Un escudo ovalado de gran tamaño con umbo de metal y reborde metálico, construido con tablazón de tilo, roble o abeto y forrado en cuero que se pintaba con el crismón o monograma de Cristo, así como con los colores, símbolo, nombre y número de la unidad. Espada larga de dos filos del tipo *spatha* , aunque en la segunda mitad del siglo VI se popularizó la llamada espada hérula, de hoja larga y dos filos como la *spatha* romana, pero de hoja algo más

ancha y contundente. La *akinaka* o espada corta de origen persa con un solo filo, pero muy aguzada, que sustituyó a la *semispatha* o espada corta de dos filos que usaban los infantes pesados romanos de los siglos IV y V. La lanza pesada de unos 2,50 m de longitud total con moharra de unos 22 cm y con regatón en la base de la asta para equilibrar el arma y que pudiera ser usado como punta auxiliar. En fin, algunos infantes seguían llevando cinco *plumbatae* sujetos al escudo. [42]

En cuanto a la infantería ligera, iba equipada con arco, un carcaj con de 30 a 40 flechas, dos venablos y una espada corta o *akinaka* . Algunos de estos infantes usaban también el *solenarion* , la ballesta de mano bizantina. Los infantes ligeros se cubrían la cabeza con caparacetes de cuero y, con frecuencia, también con corazas de cuero. Algunos de ellos portaban escudos ligeros de mimbre o cuero. [43]

Los escudos de cada *tagmata* , independientemente de si era de caballería o de infantería, y de si sus hombres estaban armados pesadamente o de forma ligera, iban pintados del mismo color y contaban también con el emblema y numeral correspondiente, todo ello con el objeto de que el *strategos* del ejército pudiera comprobar con un golpe de vista dónde estaba cada unidad durante la batalla. [44]

Las ropas de la infantería eran de lana sin teñir y se componían de una túnica, llamada túnica gótica, que llegaba hasta las rodillas, unas calzas, también de lana, unas botas negras, cortas y abrochadas con hebillas y una gorra de vivos colores que los soldados llevaban durante las marchas o el servicio y que, a veces, colocaban sobre sus yelmos. Un cinturón, desde mediados del siglo VI el llamado «cinturón búlgaro» de doble cinto de cuero y con elaborada y ornamentada hebilla, completaba el uniforme. [45]

En cuanto a la caballería, usaban también túnicas cortas y amplias de lana o de lino sin teñir o blancas, y que les caían sobre los amplios pantalones de estilo persa que solían ser de cuero o de lana. Su prenda característica era el «manto avárico», popularizado en la segunda mitad del siglo VI, que consistía en un manto de fieltro dotado de capucha y amplias mangas que permitían usar el arco y las demás armas sin desprenderse de él. Este último se sujetaba con correas por encima del pecho y a la cintura. Unas botas, más altas que las de la infantería, pero igualmente negras, completaban el uniforme de la caballería. [46]

Durante buena parte del siglo VI los soldados bizantinos gustaban de llevar los cabellos y las barbas largas. Sin embargo, desde finales del reinado de Justiniano tendieron a llevar el pelo corto y la barba recortada. Esta inclinación se transformó en norma y uniformidad durante los reinados de Mauricio (582-602) y sobre todo de Heraclio (616-641), momento en que empezaron a llevar el pelo muy corto y la barba larga quedó reservada a los oficiales y mandos como signo de autoridad. [47]

Cada decarquía disponía de un carro ligero de dos ruedas tirado por una mula en el que se transportaba su tienda. Esta tenía capacidad para los diez hombres de la unidad, y era de fieltro blanco, redonda, con techo en forma de cúpula, e impermeable. [48]

El carro portaba también el equipo de la decarquía: un molino de mano, una sierra, un hacha, martillos, una guadaña, dos palas, un pico, una azuela, un cesto de mimbre o esparto, un saco, un rollo de cuerda, haces de flechas atadas entre sí en número de 40 y listas para rellenar de inmediato los carcajs y un armero que portaba venablos de repuesto. [49]

El *tagma* contaba con grandes carros de cuatro ruedas tirados por cuatro mulas que llevaban la harina necesaria para hacer el *bucellatum* o pan del soldado, así como el tocino, el cordero salado, el aceite de oliva, las legumbres, las frutas secas, el vinagre, el vino y demás provisiones. [50]

Otros carros del *tagma* llevaban armas de repuesto y las piezas desmontadas de las máquinas de guerra: heliópolis, *ballistas* , onagros, escorpiones, lobos, arietes, etc., así como los pontones para los puentes portátiles, y fraguas y herramientas para los armeros.

Cuando se marchaba por territorio imperial se destacaba a los *optiones* que eran los encargados de asegurar los abastecimientos y alojamientos de sus unidades y que recibían por este cometido un porcentaje de prima de 1/18 del valor de los abastecimientos reunidos para la tropa. Los *optiones* se entrevistaban con las autoridades locales, gobernadores, curiales de las ciudades, obispos, etc. y detallaban lo que se necesitaría para alimentar, equipar o alojar a las tropas. El ejército o la unidad pagaba a los civiles el precio fijado en los mercados locales o expedía unos certificados que los civiles y las autoridades locales podían luego mostrar a los cobradores de impuestos para que estos les dedujeran la cantidad en ellos consignada del total de sus impuestos o, si la cantidad entregada a los soldados era mayor que estos últimos, para que quedaran exentos de ellos hasta compensarse lo entregado. [51] Si el terreno que debía de afrontar el ejército era difícil y falto de caminos, se cargaba lo necesario en las mulas y caballos y se dejaban atrás los carros que, dotados de una fuerte escolta, daban un rodeo para sumarse más tarde al grueso del ejército. [52]

La complicada y efectiva logística seguía pues siendo un rasgo distintivo de los ejércitos romanos de los siglos VI y VII y, en esencia, incluso en muchos de sus detalles, seguía siendo la misma que en los siglos IV y V. La *annona* seguía siendo la base económica del sostenimiento del ejército junto con un impuesto que reunía los antiguos destinados a sufragar los uniformes de los soldados, sus monturas y el enganche de los reclutas. Además, el peso del abastecimiento de las unidades recaía sobre las ciudades y comunidades a las que estas daban seguridad. La conservación de un buen número de

documentos administrativos en papiro nos permite incluso entrar en detalles tales como la entrega de alimentos por parte de una ciudad egipcia, Anteópolis, a la unidad destinada allí, o sobre el envío, en 642, de 99 caballos desde La Tebaida. Y, así, el llamado papiro de Anteópolis, dice: «[…] para los soldados del *bis electi Iustiniani* , en especie durante 12 meses... 27 740 libras de carne, 15 000 modios de cebada...». [53]

No hay nada comparable a la logística bizantina entre los demás ejércitos de la Alta Edad Media y esta superioridad logística, junto con la disciplina y la tradición estratégica y táctica, son la base de la pervivencia de Bizancio durante mil años y de la hegemonía de sus ejércitos durante no pocos periodos de ese milenio.

Ya hemos visto que cuando un ejército bizantino avanzaba por territorio imperial tenía asegurados por completo sus suministros. De la misma forma, hemos visto cómo se articulaba el tren de bagaje: carros ligeros de dos ruedas para las decarquías y grandes carros para los *tagmata* y las demás unidades. El *Strategikon* de Pseudo Mauricio nos muestra cómo la protección del tren de suministros y de los caballos de repuesto era una de las máximas preocupaciones del *strategos* cuando el ejército a sus órdenes avanzaba por país enemigo. [54] Al hacer esto último, la seguridad era vital y por eso se destacaban *cursores* , exploradores y topógrafos por delante. Los primeros para evitar emboscadas y los segundos para marcar los caminos a seguir y localizar los lugares apropiados para erigir los campamentos fortificados que cada día, al finalizar la marcha, levantaba el ejército. El *Strategikon* de Pseudo Mauricio dedica mucha atención a estos campamentos fortificados y su texto se acompaña también con un detallado plano sobre cómo deben construirse. [55]

DISCIPLINA, ADIESTRAMIENTO, RECLUTAMIENTO Y PAGA

La disciplina era fundamental en los ejércitos bizantinos. Los generales y los soldados eran conscientes de que la disciplina constituía su fuerza frente al número de los bárbaros y se mostraban orgullosos de poseerla y conservarla como rasgo distintivo que los diferenciaba de otros soldados y guerreros. [56] Justiniano cuidó mucho las ordenanzas y legislación militar y el ejército bizantino contaba, además, con una nutrida dotación de oficiales encargados de las cuestiones jurídicas. [57] En el *Strategikon* de Pseudo Mauricio, redactado hacia 613, se dedica mucha atención a la imposición y salvaguarda de la disciplina y, en general y en contra de lo que se suele considerar tradicionalmente, los ejércitos de este periodo fueron bastante disciplinados. [58]

Para que los soldados fueran conscientes de sus deberes, los heraldos de las unidades recorrían los cuarteles o campamentos informando de viva voz sobre las disposiciones del *strategos* o del oficial al mando y de los castigos que implicaría no

cumplirlas. El autor del *Strategikon* consideraba sabiamente que lo ideal para mantener la disciplina era una mezcla equilibrada de ejemplo, paga regular, humanidad e inflexibilidad [59] y los generales bizantinos se ciñeron a estos consejos. Narsés, por ejemplo, justo antes de que se iniciara la batalla de Volturno, no dudó en ejecutar a un jefe hérulo del contingente de federados de este pueblo que servía en su ejército. Narsés aplicó inflexible la disciplina y mandó ahorcar al jefe hérulo porque este último, borracho, había asesinado a un sirviente. Narsés sabía que el ahorcamiento del jefe hérulo provocaría la defección del contingente hérulo justo cuando se iba a librar la batalla contra alamanes y francos, pero imperturbable, ordenó la ejecución y despidió a los hérulos antes de marchar al campo de batalla y alinear allí a sus tropas romanas. Al cabo, los hérulos, avergonzados ante la disciplina y coraje romanos, regresaron a la obediencia y participaron en la batalla. [60]

El adiestramiento constante en el manejo de las armas y en las formaciones tácticas era otro factor esencial en el mantenimiento de la disciplina y la moral, así como en la superioridad de los soldados bizantinos.

Los arqueros acorazados bizantinos, la élite de sus ejércitos, debían de practicar sin cesar el tiro con arco a pie y a caballo. Se hacía especial hincapié en la potencia del tiro y se tensaba el arco hasta llevar la emplumadura de la flecha a la oreja, tomando el asta de esta al modo ávaro, esto es, agarrándola con el pulgar, el índice y el corazón de la mano derecha, con lo que se conseguía un mejor agarre y tensado. [61]

El soldado debía de disparar contra blancos móviles y tenía que ser capaz de montar en su caballo de un salto y cuando este pasara junto a él a galope tendido. Una vez sobre su montura, el caballero tenía que desenfundar su arco, encordarlo y, sin dejar de galopar, armarlo y disparar alternativamente a blancos situados delante de él, detrás, a su izquierda y a su derecha. Ejecutados estos disparos a galope tendido, el jinete seguía galopando mientras enfundaba su arco y tomaba uno de los venablos que portaba a la espalda para blandirlo y, tras esto, lo volvía a sujetar a su espalda y tomaba de nuevo el arco antes de refrenar a su caballo. Se consideraba que un arquero acorazado estaba bien adiestrado cuando realizaba sin error alguno estos complicados ejercicios de monta y manejo del arco y del venablo. [62]

Es evidente que para una caballería así era tan imprescindible el adiestramiento de los hombres como el de sus caballos y este último se cuidaba con esmero especificándose y regulándose los ejercicios que debían de cumplir las cabalgaduras. [63]

Tan importante o más que el buen manejo del caballo y las armas, era el adiestramiento en formación. Este se llevaba a cabo siguiendo las órdenes gritadas por los oficiales y, sobre todo, las transmitidas por los movimientos de los estandartes y los toques de corno, tuba o trompeta. [64]

Las formaciones de caballería evolucionaban al dictado de órdenes gritadas en latín, así lo hicieron hasta por lo menos el año 629, pues aunque muchos de los soldados ya no hablaban latín, este último era el idioma del ejército y las órdenes se impartían en él y así, a la voz de *cursu mina* la formación de caballería se lanzaba a la carga; a la de *cum ordine seque* se conminaba a la unidad que cargaba al galope sobre el enemigo a mantener en orden las filas; a la de *cede* los caballeros participantes en la carga giraban y retornaban en orden a sus filas; y, a la voz de *tornamina* volvían a girar, se reordenaban y volvían a cargar. Si el oficial o mando gritaba *depone senestra* toda la formación lanzada al galope giraba hacia la izquierda y cambiaba su frente de carga; mientras que a la orden de *transforma* la formación de caballería adaptaba su frente al de la formación enemiga sobre la que cargaba y si la orden gritada era *transmuta* la formación de caballería cambiaba por completo su posición en el campo de batalla y encaraba al enemigo que trataba de sorprenderla. [65]

Las formaciones en línea, en media luna, en diamante y en cuadro eran las preferidas de la caballería que se adiestraba tanto para combatir con apoyo de la infantería como para hacerlo sola.

De forma muy similar se adiestraba la infantería. Las formaciones en cuadro para repeler las cargas de caballería y en las que los soldados ligeros se resguardaban dentro del cuadro o en línea, con tres o cuatro filas de fondo y con los infantes ligeros y la caballería en los flancos o disparando desde la retaguardia, eran las más usuales.

El infante se adiestraba en la *armatura* o esgrima de la espada, la lanza y el escudo y los infantes ligeros practicaban el tiro con arco y el lanzamiento de venablos.

Se ha dicho y se sigue diciendo sin mucho conocimiento de la cuestión, que el ejército de Justiniano y de sus sucesores era un ejército compuesto en esencia por bárbaros germanos y hunos. Es cierto que hubo muchos soldados de origen germano, sobre todo hérulos, gépidos, longobardos, suevos y godos alistados en el ejército, de forma individual y formando bandas de *foederati* y aliados, y que también se alistaron grupos de aliados y mercenarios hunos, en realidad, cutriguros, utiguros, sabiros, onoguros, etc., así como de alanos, antas, persoarmenios, abasgianos, zanos, íberos del Cáucaso… y otros pueblos pónticos y caucasianos, pero nunca fueron mayoría en el ejército [66] y este siguió estando compuesto sobre todo por reclutas procedentes de las provincias balcánicas, minorasiáticas y orientales del Imperio y, en menor medida, por hombres reclutados en África y Egipto. De hecho, el censo militar, con sus elaboradas listas de hombres aptos para ser llamados a filas y con su complicado organigrama de funcionarios, siguió vigente y sin cambios reseñables hasta mediados del siglo VII y con él el elaborado sistema de impuestos que sostenía el reclutamiento local y provincial. Por lo tanto, el Imperio siguió nutriéndose en su mayoría de reclutas provinciales y siempre pudo hacer levas masivas entre ellos si la situación lo requería. [67] Y así, Belisario

no tuvo problema alguno en el año 544 en reclutar 4000 hombres en Tracia, Mesia e Iliria. Como tampoco lo tuvo Germano, el primo de Justiniano I, en 551 para reclutar otros 5000. Por su parte, Tiberio II pudo reclutar en Tracia, Mesia, Iliria, Dardania y Asia Menor a 150 000 hombres en 573-574, esto es, restauró o renovó a un 57 % del total del ejército. En 579, Tiberio II volvería a levantar tropas en Capadocia, mientras que Mauricio llevó a cabo grandes levas en la misma localización en la década del 580 y reclutó fuertes contingentes de armenios que destinó a la defensa de Tracia. [68] En fin, la buena paga, la mejora del servicio y el afinado sistema de reclutamiento hicieron que el Imperio, al contrario de lo que había pasado en los siglos IV y V, nunca careciera de reclutas. Bien al contrario, lograr ser admitido en las filas del ejército era algo muy valorado. Tanto que entre las prebendas que Mauricio tuvo que conceder a sus soldados estuvo la de garantizar que las bajas y las licencias serían cubiertas con familiares de los soldados en filas, así como asegurar las pensiones anuales que se pagaban a los mutilados o licenciados honrosamente, y aquellas otras que se pagaban a las viudas y huérfanos. [69]

Los soldados se enganchaban para servir de promedio veinte años, aunque no era raro que sirvieran durante veinticinco y hasta treinta años. Tras ser seleccionados y admitidos, prestaban el juramento militar y durante dos años como máximo servían en condición de *tiro* (recluta), para pasar luego a la de *miles* .

El sueldo de los *comitatenses* se pagaba en moneda al completo y el de los *limitanei* , parte en moneda y parte en especie. Estos honorarios los abonaban las autoridades imperiales a los *strategos, magistri militum* y duques, quienes a su vez los distribuían entre los *merarcas* , duques y tribunos de los *mere, moirai* y *tagmatas* a sus órdenes y estos, a su vez, los repartían a los *optiones* de las unidades que eran los encargados de hacer llegar el sueldo cuatrimestral a los soldados. Estos podían ver notablemente incrementados sus haberes gracias a regulares distribuciones extra de dinero realizadas de forma periódica por los emperadores durante la celebración de su ascenso al trono, el *augustaticum* que se fijó en 578 en 9 sólidos, de los *quinquenalia* o de sus aniversarios, 5 sólidos. Además, se podían cobrar premios o primas por actos de valor o por celo en el servicio y así los camilleros recibían 1 sólido áureo por cada soldado con vida que lograban evacuar del campo de batalla. El botín era otro recurso nada desdeñable. [70]

El monto del sueldo en el caso de los *comitatenses* ascendía en tiempos de Justiniano a 20 sólidos áureos y se calculaba en *annonae* a razón de 5 sólidos por *annona* . Este dato viene corroborado por una noticia de la *Crónica Pascual* que nos dice que Heraclio redujo el sueldo de los soldados a la mitad en 615 y quedó establecido, en consecuencia, en 10 sólidos. [71]

El sueldo se cobraba cuatrimestralmente, es decir, cada tres meses el soldado recibía 6 sólidos áureos y 16 *seliquas* de plata.

Para que seamos conscientes del holgado sueldo de los soldados bizantinos del siglo VI, podemos compararlo con los 3 sólidos anuales que ganaba un trabajador de los baños públicos en Alejandría, o con los 15 que ganaba un maestro albañil, o con los 16 que percibía un funcionario de nivel medio del fisco imperial, o con los 18 que ingresaba al año un maestro carpintero de ribera, o con los 5 que de promedio rentaba una pequeña propiedad agrícola y que era suficiente para sostener a una familia. [72]

El sueldo se pagaba en moneda y se dividía así: 10 sólidos áureos constituían el sueldo base. Si el soldado estaba en campaña y tenía esposa, hijos o padres a su cargo, la mitad, 5 sólidos, se pagaban a sus familiares y el resto al soldado. Otros 5 se pagaban en concepto de renovación de armamento y equipo. Ahora bien, como los soldados no necesitaban renovar sus armas o equipos todos los años, esos 5 sólidos anuales eran, a menudo, ahorrados por los soldados siempre y cuando sus decarcas certificaran que sus armas, equipos y vestimentas militares estaban en perfecto estado. Otros 5 sólidos áureos se cobraban en concepto de manutención. En este caso, como la compra de alimentos se hacía al por mayor a través de los *optiones* , se lograba también abaratar mucho y una parte de esos 5 sólidos se ahorraban también. [73] No es de extrañar que cuando en 588 y 594 Mauricio trató de trocar los 10 sólidos áureos destinados a la renovación de armamento, equipo y manutención por entregas equivalentes en especie, los soldados se amotinaran. [74]

Los oficiales cobraban sueldos mucho mayores. Un *merarca* cobraba 2244 sólidos áureos; el *dux* de Numidia cobraba 1582 sólidos áureos al año; un tribuno de los *comitatenses* recibía 404 sólidos áureos; un *hecatontarca* 99 y un *decarca* 27. [75]

El sueldo más alto era el percibido por los *excubitores* y por los demás cuerpos de guardia imperial: 40 sólidos áureos de base a los que se sumaban 5 sólidos más al año para renovar las armas y equipos y otros 5 si se contaba con caballo. [76] Mientras que los *limitanei* recibían el más bajo: 5 sólidos áureos anuales que se complementaban con otros 5 en concepto de reposición de armas y equipos y con 5 más si tenían caballo, casi el 50 % lo tenía, destinados a sostener a la cabalgadura. [77]

El sueldo de los marineros era de 5 sólidos anuales y, además, solo recibían sus raciones complementarias cuando se embarcaban. [78]

En suma, el Imperio gastaba dos tercios de su presupuesto, en torno al 65 %, en sostener a su ejército. [79]

LA GRAN ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA BIZANTINA EN EL SIGLO VI

A menudo se desconocen las diferencias entre gran estrategia, estrategia y táctica. La «gran estrategia» es el conjunto de planes y recursos bélicos, diplomáticos y de cualquier otro tipo, diseñados y dispuestos para garantizar la defensa de un Estado, la «estrategia» es el plan general destinado a ganar una guerra y la «táctica», el planteamiento y evolución de una fuerza sobre el campo de batalla para obtener la victoria.

El Bizancio justinianeo contó con una «gran estrategia» basada en un elaborado sistema de alianzas internacionales que garantizaban, bien la estabilidad del *limes* , bien que los enemigos del Imperio se hallaran siempre trabados por la enemistad de potencias rivales aliadas a Constantinopla. En esa «gran estrategia» la salvaguarda del dominio romano del Mediterráneo fue el gran triunfo y el gran bien a preservar. Tras este objetivo, cumplido en buena medida con la reconquista de África, Sicilia, Cerdeña, Ceuta, las Baleares y Córcega e 533-534 y completado con la de Dalmacia, Italia y las costas meridionales y levantinas de España hacia 552, estaba la defensa del equilibrio frente a Persia en el *limes* oriental y la defensa del *limes* danubiano.

La preocupación por la táctica y la estrategia fueron constantes y se continuó con ello la tradición helenística y romana. El siglo VI vio tratados militares como el de Urbiquios, el del *magister* Siriano y, ya en los primeros años del siglo VII, el muy señalado *Strategikon* de Pseudo Mauricio. Este manual táctico es, tras el de Vegecio, el más influyente en toda la Edad Media y siguió siendo muy apreciado en la Edad Moderna. Fue la base para la redacción de la *Táctica* de León el Sabio el otro gran manual bizantino escrito a finales del siglo IX e inicios del X, y el punto de partida para la extraordinaria reacción militar encabezada por Heraclio y que analizaremos en el capítulo 7 de esta obra.

En general, la táctica bizantina se basaba en no plantear la batalla hasta contar con una ventaja decisiva, bien por disponer de superioridad numérica, bien por haber desplegado la propia fuerza sobre un terreno ventajoso, bien por haber logrado dividir al enemigo mediante negociaciones o sobornos, bien por cualquier otro motivo. De llegar al combate, se trataba de disponer a la infantería pesada en el centro y a la ligera en los flancos o en retaguardia y de colocar a la caballería en las alas. Se procuraba, asimismo, disponer en lugares resguardados y a ser posible ocultos al enemigo, fuertes reservas, en especial de caballería, que debían de entrar en combate en el momento decisivo. Por lo general, se esperaba que la infantería encajara el golpe del adversario y que la caballería flanqueara y rodeara a este último, momento en que la infantería comenzaba su avance para aplastar el embolsamiento en que había sido encerrado el enemigo.

Otra táctica consistía en tomar posiciones ventajosas que embocaran al enemigo hacia un punto concreto del campo de batalla en donde la potencia de fuego de los

arqueros bizantinos quebraba sus cargas, para pasar luego a un feroz contraataque. Tal ocurriría en Sena Gálica (552), en Melitene (576), o en Solachon (586).

Por lo general, se ponía mucho cuidado en la aproximación al enemigo, en la elección del campo de batalla, en la seguridad de los suministros y comunicaciones y en cortar los del enemigo.

En la guerra de sitio, el tren de artillería bizantino no tenía rival en este periodo. Incluso se mejoró con la adopción de máquinas de contrapeso introducidas por los ávaros y de procedencia china. Al asediar una ciudad, el *strategos* procuraba, en primer lugar, cortarle las vías de comunicación y abastecimiento, a la par que se procuraba la seguridad de las propias. Si la ciudad o fortaleza no se rendía por hambre, se procedía a minar sus murallas y si tampoco resultaba esta acción, se preparaban asaltos sobre puntos débiles mientras se distraía a la guarnición con ataques en otras secciones de las defensas o castigando la muralla o la población con lanzamientos de proyectiles por las máquinas de guerra. La guerra en el *limes* oriental, frente a Persia, a menudo consistía, ante todo, en asedios y defensa de *castela* y de ciudades fortificadas y ambos, romanos y persas, adquirieron una gran habilidad en este tipo de guerra.

GLORIA Y SANGRE: BATALLAS DEL PERIODO JUSTINIANEO

Analizado el ejército bizantino del periodo 476-650 vamos a ver ahora como se comportaba en batalla. Nos ocuparemos aquí someramente de cinco de ellas: Dara, Sbeitla, Sena Gálica, Volturno y Tissus libradas respectivamente frente a persas, mauri, ostrogodos, francos y alamanes y ávaros. Dejaremos las grandes campañas y batallas de Heraclio para un capítulo aparte, pues, aunque el ejército de Heraclio no es en sus aspectos formales sino la restauración del que dejó tras de sí Justiniano, Heraclio operó en él una auténtica revolución ideológica, estratégica y táctica.

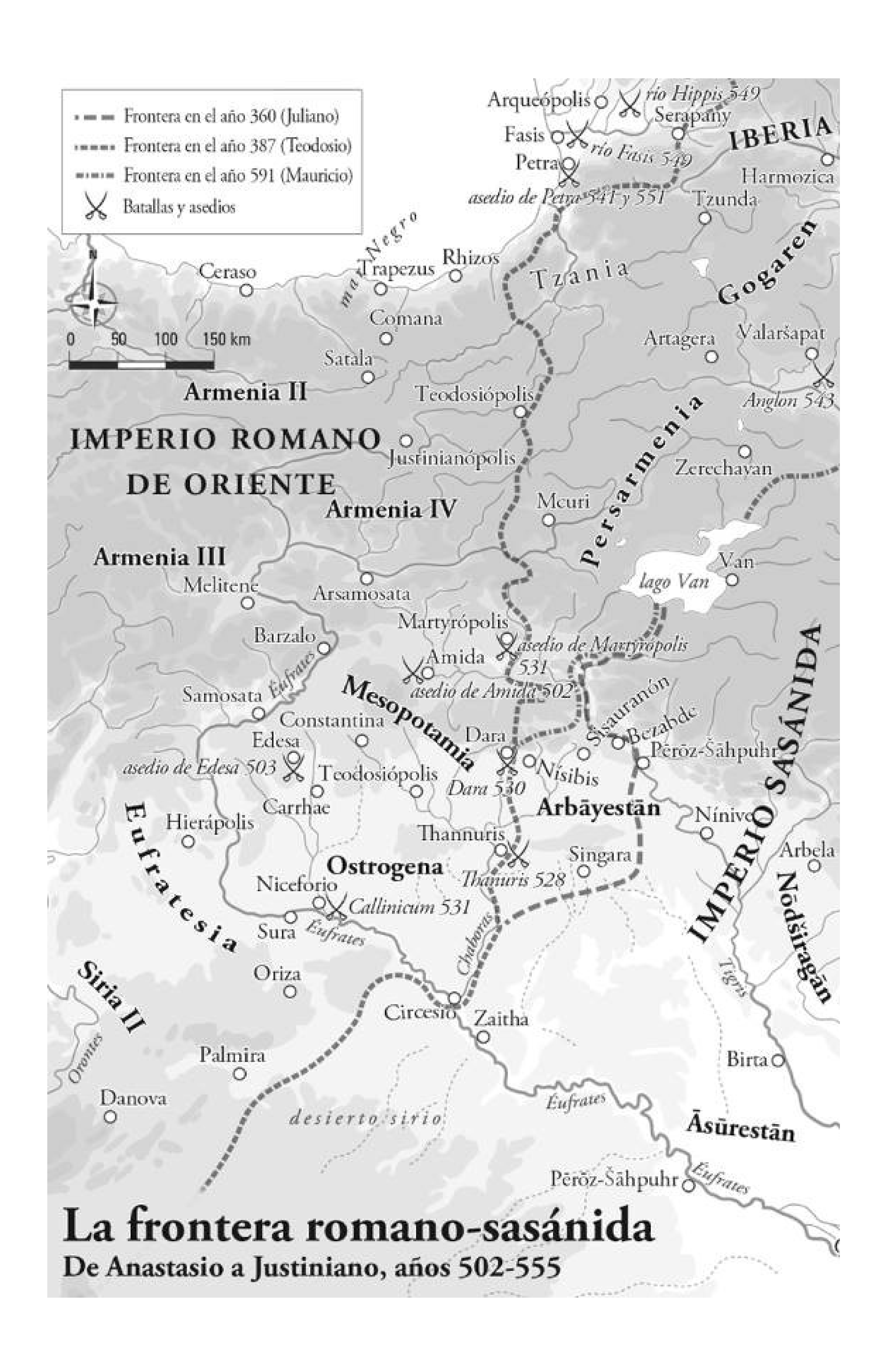
La batalla de Dara, Mesopotamia romana (530 d. C.)

A lo largo de la mayor parte del siglo V, las dos grandes potencias del Oriente antiguo, el Imperio romano de Oriente y la Persia sasánida, mantuvieron la paz entre sí. Ambas tenían problemas con sus respectivos «bárbaros», los romanos con los germanos y los hunos y los persas con los hunos eftalitas. Pero, a comienzos del siglo VI, ambas superpotencias habían logrado capear la crisis y habían emprendido o estaban emprendiendo exitosas reformas económicas, fiscales y militares. El resultado fue que este siglo supuso para Persia y Bizancio un siglo de expansión militar y, por ende, su secular enfrentamiento por la hegemonía en Oriente se reactivó.

Hacia 530, la disputa entre Persia y Bizancio se hallaba en un punto crucial. El viejo *shahansha* , «rey de reyes», Khavad I, presionaba ahora con fuerza en la frontera mesopotámica y el punto clave de esta era la gran fortaleza romana de Dara. Hacia allí se dirigió en la primavera de 530 un joven y recién nombrado *magister militum per Orientem* : Belisario. [80]

Khavad I había querido sorprender a los romanos ofreciendo negociaciones, pero cuando estos se convencieron de sus deseos de paz, el soberano ordenó a su ejército que cruzara la frontera y se dirigiera a Dara. Belisario no se dejó sorprender y puesto que su ejército constaba de los 20 000 hombres que formaban el ejército de campaña de Oriente, más otros 5000 efectivos de refuerzo de los que 1200 eran *foederati* bárbaros (900 hunos y 300 hérulos) y que las defensas de Dara aún no estaban completadas, no quiso aguardar a los persas tras las murallas, sino que, no bien tuvo noticia de que estos habían cruzado la frontera y llegado a Ammodio, situada a unos 8 km de Dara, salió de esta última y formó a su ejército en campo abierto ofreciendo así batalla a los persas. [81]

Belisario, pues, elegía el campo de batalla. No solo eso, lo mejoró. Conocedor de que su infantería no era todo lo buena y segura que podía esperarse, ordenó que cavara una zanja delante de sus posiciones. Así, la infantería quedaría resguardada, pero tendría que mantener una posición estática. La zanja que Belisario mandó cavar fue dotada de «pasillos» o puentes de tierra, para que, llegado el caso, las unidades romanas pudieran maniobrar, pero al mismo tiempo para actuar como auténticos «cebos» que conducirían hacia esos puntos estratégicos de la línea de batalla las eventuales cargas persas. [82] En el centro, a ambos lados de la infantería, reforzándola y actuando como reserva móvil, Belisario destacó a los hunos divididos en dos secciones: una de 300 jinetes en el flanco izquierdo a las órdenes de Sunicas y otra de 600 en el flanco derecho a las órdenes de Simmas. Situados entre la infantería y la caballería bizantinas, los hunos de Sunicas y Simmas tenían orden de reforzar a la infantería, a la par que actuarían como reserva móvil acudiendo allí donde la línea romana amenazara con romperse. En fin, en las alas se colocó la mayor parte de la caballería regular y el resto de sus excelentes jinetes fue situado a retaguardia del ala derecha bajo el mando de Juan y con el papel de reserva. Toda esta masa de caballería romana, desplegada en las alas y tras el flanco derecho, sumaba 6000 jinetes. La mayoría de ellos arqueros acorazados.



La frontera romano-sasánida

De Anastasio a Justiniano, años 502-555

Por su parte, los persas contaban con 40 000 hombres que formaron en dos líneas a su vez divididas en tres secciones, con su centro mandado por el *spahbad* , el general del ejército, Mihran. Este último, Mihran, no era su nombre real, sino el de su familia, una de las seis grandes familias del Imperio sasánida. Firuz Mihran era su verdadero nombre y tenía como subordinados a los *marzban* (comandantes) Barasmanes, que mandaba el ala izquierda persa y Pityases, que mandaba el ala derecha.

Era junio y hacía mucho calor cuando ambos ejércitos se contemplaron. Resguardados tras la zanja, los bizantinos aguardaban, mientras que los persas trataban de provocar un movimiento en falso de sus enemigos para que estos abandonaran su ventajosa posición. Pero las escaramuzas destinadas a provocar a los bizantinos no surtieron efecto. Conforme avanzaba el día y con los dos ejércitos de nuevo estáticos el uno frente al otro, las provocaciones derivaron en duelos de campeones, algo muy frecuente en este periodo, y el campeón romano logró abatir a los dos persas que, sucesivamente, se le enfrentaron. Exaltado el ánimo de los romanos, el de los persas se enturbió y la batalla no se desencadenó ese día.

Al día siguiente, se comprobó que no habían sido las derrotas de sus campeones, sino el cálculo el que había mantenido a los persas en prudente espera. En efecto, se les sumaron 10 000 hombres procedentes de la cercana ciudad persa de Nisibe. Así que el ejército persa, ahora con 50 000 efectivos, doblaba al romano. [83]

Belisario trató de dilatar la situación. Ahora estaba en clara inferioridad numérica, pero mantenía una sólida posición defensiva y, precisamente la cercanía de Dara, le permitía mantenerla por la facilidad de abastecerse desde ella, mientras que el gran número de persas, si se prolongaba su estancia en campo abierto, se convertiría para ellos en un problema, debido a sus mucho mayores necesidades de avituallamiento.

Pero Mihran, el *spahbad* persa, no cayó en la trampa y se negó a mantener las negociaciones. La batalla era inminente y Belisario, por consejo del jefe del contingente hérulo, Faras, destacó a este último tras de una colina cercana al campo de batalla, para que los hérulos, lanceros a caballo, permanecieran allí ocultos hasta el momento de caer sobre el flanco persa. Por lo demás, su infantería seguía formando tras la zanja y los hunos seguían destacados a ambos lados, mientras que la caballería romana formaba las alas del ejército.

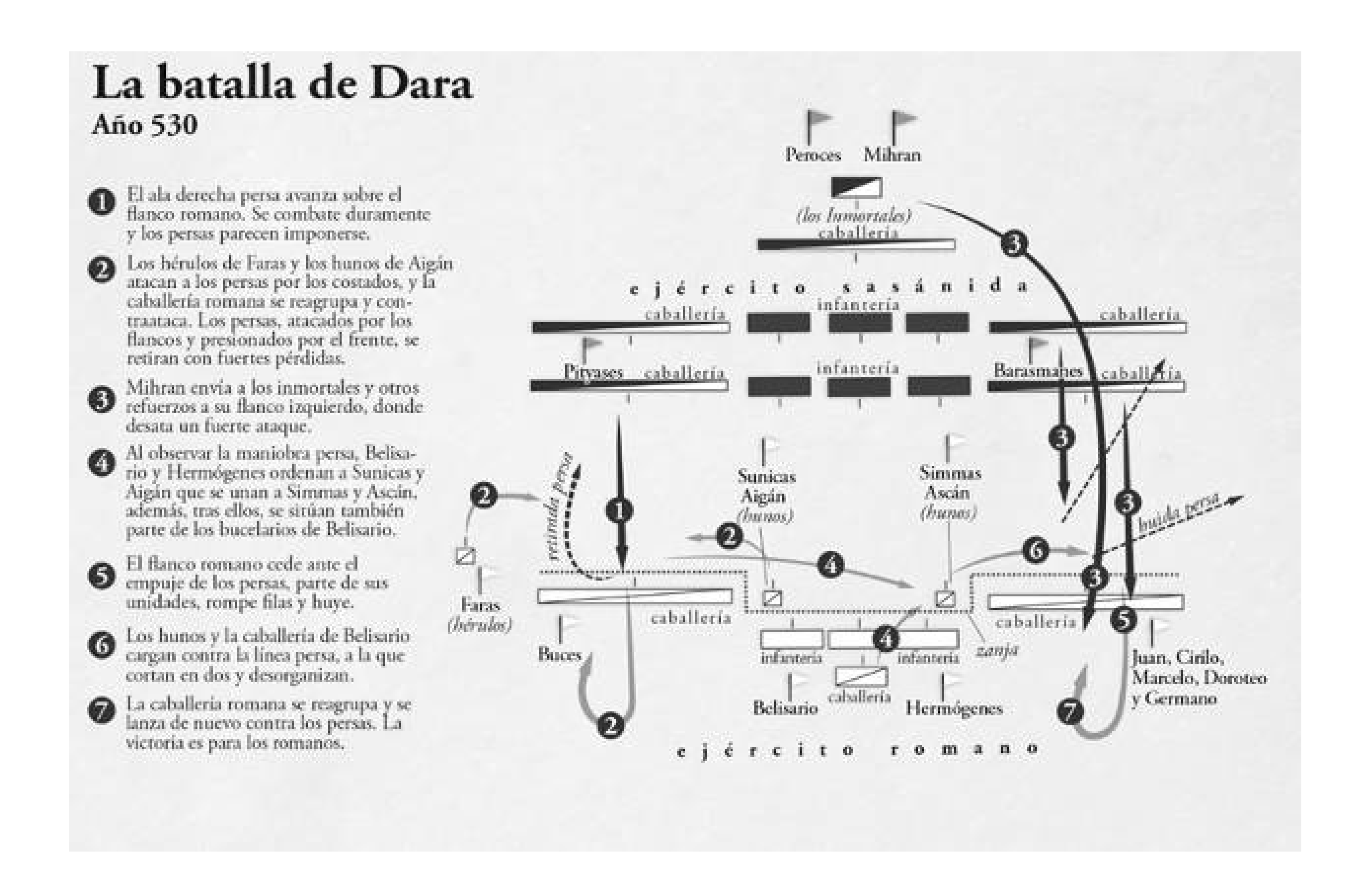
Los persas volvieron a formar en dos líneas divididas en tres grandes secciones, pero dejaron en la retaguardia un gran contingente de reserva, presto a acudir allí donde fuera necesario. [84]

El día avanzaba. El calor era insoportable y un viento ardiente elevaba nubes de polvo. Al permanecer alerta y en formación, los romanos no pudieron comer a la hora habitual entre ellos: el mediodía. Esto formaba parte de la táctica persa, pues estos acostumbraban a comer al caer la noche y esperaban poder hacerlo tras derrotar a los hambrientos romanos. No bien se alzó el sol en su cénit, se desencadenó la batalla.

Los jinetes persas cabalgaron hacia la línea romana y dispararon sus arcos en rápida sucesión. Los persas formaban a sus arqueros poniendo especial hincapié en la rapidez del tiro, mientras que los romanos, recordémoslo, se esforzaban en la potencia del mismo. Nubes de negras flechas volaban en todas las direcciones, pues los romanos también disparaban sin cesar sus arcos. Pero la superioridad numérica de los persas les permitía relevar incesante y muy rápido a las unidades que avanzaban hasta el frente para descargar sus arcos sobre los romanos. Estos se mantenían con pie firme tras la zanja: escudos altos y, a su resguardo, los arqueros disparando. El viento ardiente que golpeaba sus espaldas frenaba las flechas persas y aunque estas eran mucho más numerosas que las romanas, el viento contrario menguaba la violencia de sus impactos, por lo que causaron pocas bajas entre los romanos.

Pasaba el tiempo y las flechas se agotaron. Si consideramos que cada arquero disponía de 40 flechas y que no menos de 10 000 romanos y de 20 000 persas manejaron arcos en aquella batalla, debieron de dispararse más de 1 200 000 de ellas, pero la línea romana se mantuvo y los persas no cejaron. Ahora se recurriría a los venablos y a las lanzas y pronto a las espadas, a las mazas y a las hachas; con ello, el combate se transformó en un duro cuerpo a cuerpo.

Como Belisario había previsto, la zanja guiaba, por así decirlo, a los persas hacia los puntos por donde podían cruzarla, pero la gran superioridad numérica sasánida se iba imponiendo pese a la ventaja táctica que ofrecía la zanja y el ala izquierda bizantina comenzó a flaquear. En su refuerzo acudieron los 600 hunos que Belisario había destacado junto a la infantería para tal propósito y su llegada no solo estabilizó la situación, sino que los bizantinos pasaron a la ofensiva y fue justo en ese momento cuando Belisario ordenó a Faras y a sus 300 lanceros hérulos que cargaran desde su colina sobre los persas, rodeando sus posiciones y golpeando la retaguardia de su ala derecha. Entonces, todo el ala derecha persa flaqueó y se desmoronó ante el inesperado ataque y retrocedió en desorden dejando sobre el campo 3000 cadáveres.



En ese momento, los romanos avanzaron en ese sector persiguiendo a los persas, pero pronto se detuvieron y las líneas se estabilizaron de nuevo, pues Mihran recurrió a sus reservas y atacó ahora el flanco derecho enviando allí a los *zayedan* , «los inmortales» persas, una unidad de caballería pesada de élite formada entonces por 6000 jinetes. Su llegada puso en aprietos otra vez a los romanos y Belisario acudió una vez más a los hunos, ahora los 300 de Sunicas, para tratar de estabilizar la situación.

Se luchaba en todo el frente. La infantería romana, tras la zanja, mantenía la posición frente a la infantería persa y en las alas, la caballería se enzarzaba una y otra vez. Pero el ala derecha romana cedía ante el avance masivo de los persas y el ímpetu de los «inmortales». El ataque persa estaba liderado por Barasmanes, y logró romper la línea romana además de poner en fuga a parte de esta. Pero la reserva de caballería romana que Belisario había situado tras el ala derecha romana, comandada por Juan, acudió a cerrar la brecha y su repentina carga partió en dos al ala izquierda persa, separando en dos a la hueste irania.

Era la locura y la muerte. Se combatía con saña y furia. Los persas trataban de reunir de nuevo su fragmentada ala izquierda y los romanos intentaban resistir y recomponer su destrozada ala derecha, a la par que pugnaban por mantener separados a los persas. Mientras se libraba este desesperado combate, Sunicas, el jefe de los *foederati* hunos de

Belisario logró abrirse paso entre la masa de combatientes y apoderarse del estandarte de Barasmanes, provocando que el ánimo de los romanos creciera y que los que habían huido regresaran a la batalla. La lucha fue crudelísima y el sol declinaba cuando de nuevo el jefe huno logró abrirse paso espada en mano y enfrentar a Barasmanes que cayó bajo los golpes de Sunicas. Su caída provocó el pánico entre los persas. Sus filas se rompieron y una masa considerable de su ala izquierda fue rodeada y aniquilada por los romanos. Estos avanzaron en toda la línea, pero la caída de la tarde y la prudencia de Belisario, detuvieron la matanza. Sobre el polvo del campo de batalla yacían 8000 persas y la leyenda de Belisario comenzaba. [85]

La batalla de los Campos de Catón

La fulgurante conquista del poderoso Reino vándalo (533-534) no trajo por mucho tiempo la paz al África romana. Una sublevación de soldados se mezcló con los ataques y levantamientos de varias tribus mauri. Estas últimas, en especial, los laguatan o llaguas, los aaustur, quizá una subdivisión de los primeros, los naffur, los ipurafes, los macizes y los frexes, se estaban desplazando desde lo que hoy sería Libia hacia Túnez y Argelia y sus razias eran devastadoras sobre los campos y ciudades indefensas de los africanorromanos. Indefensas porque los vándalos, pequeña minoría arriana y germánica en un país de mayoría católica y de sentir romano, impusieron como medida de control la demolición de las murallas de las ciudades, salvo aquellas que contaban con una guarnición vándala. Aplastada la sublevación militar y dotado el país de un gobernador y general competente, Salomón, África pareció renacer y las defensas fueron de nuevo levantadas y mejoradas. El nuevo gobernador obtuvo muchas victorias sobre las tribus mauri y extendió aún más el dominio bizantino, pero en el año 544 sufrió una derrota espantosa y pereció con buena parte del ejército de campaña de África. Era un momento crítico, pues el Imperio se hallaba en plena crisis demográfica y económica provocada por el impacto de la llamada peste de Justiniano, desencadenada en 541 y en Italia y en la frontera persa ardía la guerra con fuerza. Así que no fue sino en 546 cuando Justiniano pudo reunir un nuevo ejército para enviarlo a África. El general de ese ejército era un antiguo oficial de Belisario, Juan Troglita, el cual tenía ya experiencia en la guerra africana en donde había combatido bajo las órdenes primero de Belisario y luego de Salomón. Además, este acababa de mostrar su genio militar en la frontera oriental al obtener un destacado triunfo frente a los persas.

En el otoño de 546 partió de Constantinopla al frente de un ejército que debía de servir de base a la reconstrucción del ejército de campaña de África y en diciembre desembarcó al este de Cartago. Tras librar varios combates afortunados que despejaron de saqueadores los campos de la antigua Africa Proconsularis, llevó a cabo una intensa actividad en la que diplomacia y guerra se coaligaron. Logró así que varios jefes importantes volvieran a la soberanía romana y se transformaran en aliados. También obtuvo dos brillantes victorias. En una de ellas, Sbeitla, logró aniquilar a un gran

ejército moro y liberar a miles de cautivos romanos y recuperar un gran botín. En la siguiente campaña persiguió a las tribus hasta Tripolitania y luego las acosó hasta el interior del desierto en una agotadora marcha que a punto estuvo de acabar con nómadas y romanos. Juan Troglita supo retroceder a tiempo y volver a la tierra fértil para esperar allí a los moros que había perseguido hasta el interior del Sahara. Cuando los nómadas reaparecieron, agotados y sedientos, los hombres de Juan Troglita se abatieron sobre ellos causándoles muchas bajas. No obstante, el grueso de las tribus enemigas logró zafarse e internarse en las montañas para después, con la primavera de 548, desparramarse otra vez sobre los fértiles campos de Bizacene y saquearlos. Es en este instante cuando llegamos a la narración de la durísima campaña que Juan Troglita llevó a cabo y que culminó en el salvaje y caótico combate de los Campos de Catón.

Hacia abril de 548, Juan Troglita decidió avanzar sobre los campamentos enemigos. Estos se hallaban dispersos por la Bizacene, *grosso modo* el centro y sur de la actual Tunicia, por lo que se decidió a emprender una amplia maniobra envolvente que obligara a las tribus hostiles a reagruparse para así poder empujarlas hasta un lugar adecuado donde darles batalla y aniquilarlas con un solo golpe. Así que comenzó por reunir al grueso de su ejército de campaña en los campos del sudeste de Bizacene, no lejos de la Sirte. Comenzó a sumar unidades *limitanei* y pequeños grupos de aliados moros a su ejército de campaña y para inicios de mayo ya contaba con unos 15 000 hombres entre los cuales había una gran hueste de caballería, arqueros acorazados en su mayor parte y lanceros, y unos 8000 infantes, la mayoría de ellos infantería pesada. Estos infantes eran ya muy diferentes a los que habían combatido con Belisario en Dara, dieciocho años atrás, pues su armamento se había mejorado y su capacidad de lucha era mucho mayor.

El territorio era muy diferente al actual, más húmedo en las montañas que se hallaban cubiertas por espesos bosques en los que aún medraban el león del Atlas, el leopardo y el oso. Las llanuras y los valles de los ríos eran en extremo fértiles y África seguía siendo próspera y famosa por sus campos de cereal y por sus inmensos olivares, así como por sus huertas feraces y sus frutales. Abundaban las ciudades populosas y activas como Cartago, Hippo Regius, Hadrumetum, Hippo Diarritus, Constantiana, Buresus, Gelula, Iustiniana Capsa, etc. en las llanuras del interior y, al sur de las montañas, se extendía la estepa ardiente y seca y más hacia el sur, el Sahara inmenso e ignoto.

Las masilas, que así se conocía a las tribus moras de las montañas, la estepa y el predesierto, se habían concentrado bajo el mando de dos grandes caudillos guerreros: Antalas y Carcasan. Los jefes habían inflamado el ánimo guerrero de las tribus al llevar ante ellas los ídolos de sus dioses guerreros: el antiquísimo Amón, de origen líbico-egipcio, Sinifer, Venus, y Gurzil, el negro toro hijo de Amón.

Eran muchos los guerreros reunidos por Antalas y Carcasan. Su número puede estimarse de 25 000 a 30 000, muchos de ellos eran jinetes que montaban a la ligera, a veces hasta sin silla, y que tenían como armas principales el venablo, del que llevaban consigo 3 o 4, el cuchillo y, en ocasiones, la espada. La infantería no era tan numerosa como la caballería, aunque puede que representara un cuarto del total. Estaba equipada a la ligera, con haces de venablos, alguna que otra espada y escudos de cuero endurecido. Solo los jefes se armaban más reciamente y portaban yelmo y coraza. Estos guerreros viajaban con sus ganados, vacas, ovejas, cabras, camellos, asnos y caballos, y con sus familias y arrastraban tras de sí inmensas cuerdas de cautivos hechos en los valles y llanuras de las provincias africanas de Bizancio.

Juan Troglita reunió a sus tropas *comitatenses* y *limitanei* en la ciudad costera de Yunzí (la antigua Vinci y la actual Kasr Unga) situada en la costa meridional de la actual Tunicia y, desde allí, avanzó trazando un gran arco en dirección sudeste-noroeste con el objetivo de ir empujando a los grupos de saqueadores para cercarlos. Los impulsaba hacia las montañas y en concreto hacia la región de Laribus en donde contaba con una fuerza destacada que debía de servir de «tope» contra el que chocaran las partidas de saqueadores. La ciudad de Laribus (actual larib) situada en las fragosidades más boscosas de los montes y que había sido dotada de murallas y defensas por Justiniano sería su base mientras cerraba la «bolsa» y el punto a partir del cual reaprovisionaría a su ejército. También era el lugar donde se proponía reunir a los guerreros de las tribus moras que habían vuelto a las filas romanas como aliados y con quienes contaba para engordar su ejército con vistas a la batalla decisiva que pensaba provocar.

Hacia Laribus fueron conducidos grandes trenes de abastecimiento con alimentos para los soldados y los aliados moros y con grano para los caballos y las mulas. Asimismo, se enviaron armas y equipos con los que dotar a los mauri que se le estaban sumando.

Mientras esto sucedía, Juan Troglita logró que dos jefes moros, Cusina e Ifisdayas, que se hacían la guerra, cesaran en ella y sumaran sus fuerzas a las romanas. [86] La vuelta al campo romano de Cusina e Ifisdayas señaló el camino para otros jefes y tribus y pronto pudo Juan Troglita sumar unos 10 000 aliados moros a sus filas. Ahora, a finales de la primavera, con abastecimientos más que suficientes y una fuerza que igualaba a la enemiga, puso en marcha su siguiente movimiento: avanzaría trazando un nuevo arco esta vez desde las montañas hacia los llanos y en dirección noroeste-sudeste para empujar de nuevo a los bárbaros delante de sí y esta vez hacia la desértica Sirte.

Sorprendidos por el avance romano, Antalas y Carcasan, a la sazón saqueando los campos en torno a Mames, recogieron a sus huestes y pusieron en marcha su propio plan: retroceder delante de los romanos incendiando los campos y los pastos para

privar de alimentos y forraje al ejército bizantino. Pero la maniobra estaba condenada al fracaso, pues Juan Troglita la había previsto y llevaba sus carros de aprovisionamiento repletos de grano para hombres y monturas. Por el contrario, los moros hostiles, que habían estado saqueando aquella región que ahora incendiaban, no contaban con reserva alguna y padecían una inmensa carestía. Además, el calor se hizo insoportable y conforme se alejaban de las montañas y penetraban en la estepa, hombres y caballos sufrían muchísimo.

Durante diez días los moros fueron arreados por el avance de Juan Troglita que había desplegado a su ejército para impedir que los enemigos escaparan de su red. Llegaron así de nuevo a las cercanías de Yunzí. Allí se detuvieron los moros desesperados para beber y abrevar a sus caballos y ganados junto a un río que bajaba de los cercanos montes. Estaban agotados, pero creían haber dejado atrás al ejército romano y, por eso, tras descansar un poco y reponer fuerzas, se dispersaron para atacar Yunzí, que carecía de murallas, a la par que saqueaban los campos vecinos para aprovisionarse.

Pero Juan Troglita no se hallaba lejos, sino muy cerca. Envió a uno de sus tribunos, Cecílides, al frente de su *tagma* de caballería y de un contingente de jinetes moros aliados para que explorara el terreno y evaluara la fuerza enemiga. El tribuno cumplió con su cometido e incluso penetró en Yunzí y libró no lejos de ella una afortunada batalla contra un contingente moro al que destruyó, dando muerte personalmente a dos jefes mauri a quienes abatió con la lanza y la espada, y capturando a cinco de ellos que llevó ante Juan Troglita para que le informaran sobre los planes de Antalas y Carcasan. [87]

Tras interrogar a los prisioneros, contrariado por la arrogancia de uno de los jefes capturados, Juan Troglita dispuso la decapitación de todos los prisioneros y ordenó al ejército avanzar al completo sobre los campos de Yunzí. Los moros de Antalas y Carcasan se replegaron entonces hacia el oeste penetrando en los llamados Campos de Catón y encaramándose a los montes que los dominaban, atrincherándose en las alturas y plantando sus campamentos en las cumbres, mientras que los romanos ocupaban el llano y erigían allí un gran campamento fortificado con un doble foso y un *vallum* . Desde esa sólida posición, Juan Troglita fue cercando los montes en donde se habían refugiado los moros hostiles y día a día el hambre fue cebándose en los enemigos, mientras que los romanos, que habían vuelto a llenar sus carros de grano en Yunzí, merced a la cercanía de un puerto al que arribó la flota bizantina con renovados abastecimientos, podían permitirse esperar.

Era ya agosto y la campaña había sido agotadora. Se habían recorrido centenares de kilómetros yendo de la costa a las montañas, de estas a la llanura y el mar y de nuevo a las montañas, pero Juan Troglita estaba logrando lo que se había propuesto desde el

principio: limpiar todo el territorio de incursores y reunir y rodear a todas las huestes enemigas en un solo punto. Copados en los montes, los moros determinaron desencadenar un ataque general sobre el campamento fortificado romano y eligieron el sector donde vivaqueaban las tribus moras aliadas de los bizantinos. La hora elegida para el ataque era el mediodía, pues confiaban en que el calor y el estar en plena comida, cogiera por sorpresa a los romanos. Antalas y Carcasan lograron concentrar todo el furor de sus guerreros en un solo lugar y consiguieron atravesar el doble foso y superar el *vallum* para caer sobre los aliados de Juan Troglita, causando entre ellos una gran matanza y confusión. Pero este reaccionó de inmediato y capitaneando en persona a su caballería, salió del campamento y giró para dirigirlos sobre el sector que los moros habían logrado tomar. Los caballeros romanos cayeron sobre sus enemigos descargando sus arcos, alanceando y segando enemigos con sus lanzas y espadas. Al ver que los romanos acudían en su auxilio, los moros aliados se reorganizaron y formaron una cuña para tratar de romper las densas huestes enemigas que los separaban de la caballería romana que venía a socorrerles. Fracasaron y tuvieron que retroceder otra vez, mas su contraataque no había sido en vano, pues había conseguido tiempo a la infantería romana que ahora avanzaba en formación cerrada barriendo de enemigos el terreno.

Ante el avance de los infantes romanos y bajo las cargas incesantes de la caballería capitaneada por Juan Troglita, Carcasan y Antalas retrocedieron hasta el pie de monte y allí se detuvieron para reordenar sus filas. Mientras lo hacían, Juan Troglita despachó una gran fuerza de caballería a la que se sumaron miles de guerreros aliados y ordenó que rodearan a los enemigos y subieran a los montes por el flanco para caer desde allí sobre los indefensos campamentos enemigos. Ajenos a esta maniobra, los guerreros de Carcasan y Antalas ya habían formado de nuevo sus líneas y enfrentaban a los romanos. Juan Troglita hizo avanzar a su infantería hasta plantarla delante de los moros y luego cayó sobre estos con el resto de su caballería. Cuando la carga romana descargaba sus arcos y lanzaba sus venablos y dardos sobre los moros enemigos, retrocedía hacia el cuadro formado por la infantería atrayendo tras de sí a los enemigos que, al llegar frente a los escudos de la infantería romana, eran rechazados por esta. La maniobra de carga, castigo y retirada hasta la seguridad de las líneas de la infantería se repitió varias veces causando grandes bajas entre los moros que, sin embargo, se mostraban recios en el combate y causaban también fuertes bajas entre los romanos y sus aliados.

Ya caía la tarde cuando desde los montes en donde se hallaban los campamentos enemigos comenzaron a elevarse densas columnas de humo. La fuerza destacada por Juan Troglita estaba cumpliendo su propósito y saqueando e incendiando las bases de sus enemigos. Estos, al ver el humo, comprendieron que sus mujeres, niños y rebaños eran presa del enemigo y que la derrota y la aniquilación se les echaban encima. Flaquearon sus filas y muchos huyeron hacia los montes para tratar de poner a salvo a sus familias y posesiones.

Fue, entonces, cuando Juan Troglita ordenó un avance general y el terror se abatió sobre los moros. La batalla se transformó en matanza. Carcasan trató de abrirse paso hasta Juan Troglita pero cayó muerto y cuando su cabeza fue cortada y mostrada sobre la punta de una lanza, los últimos jirones de valor se desprendieron del ánimo de los moros. Miles fueron abatidos mientras huían y solo la noche y las montañas pusieron a salvo a unos pocos.

La guerra mora de Juan Troglita llegaba a su fin y el *magister militum per Africa* lograba la gloria y la paz en un campo empapado de sangre. [88]

Narsés, un viejo eunuco señor de la guerra

De todas las guerras libradas en Occidente por los ejércitos de Justiniano la más dura, larga y feroz fue la de Italia. Ganada en principio por Belisario en 540, se reavivó con la sublevación ostrogoda que puso a su frente a un joven rey guerrero: Totila. Este casi aniquiló a las fuerzas romanas y volvió a extender el dominio ostrogodo más allá de la península itálica. Pero, en 552, un anciano eunuco de 74 años, Narsés, fue nombrado *magister militum per Italia* y puesto a la cabeza del mayor ejército que Justiniano enviara a Occidente.


La Guerra Gótica
Los bizantinos conquistan Italia, años 535-552
Panonia
Forum Julii
Venecia
Lorem Ipsum
Opitergio
Aquilea
Trieste
Savia
Mediolano
Treviso 541
Cremona
Patavio
Venecia
Liburnia
Liguria
Mutina
Génova
Rávena
Bolonia
Sena Gálica (naval) 551
Narsés
552
Dalmacia
Escardón 537
Pisa
Salona
Mundo
536
Arretio
Ancona
537
Tagina 552
540
Belisario
Fermo
Mundo y Mauricio
Vetulonia
mar Adriático
Tuscia
Spoleto
Castrum Novum
537
Constanciano
Cosa
Italia
Aleria
Córcega
asedios de Roma 537-538, 546 y 549
Roma
Ostia
Arpi
Siponto
Capua
Antio
Bari
Tarracina
Volturno 554
Olbia
Mons Lactarius 553
Brindisi
Cerdeña
Belisario
536
Tarento
Neápolis
Salerno
Buxento
Heraclea
mar Tirreno
Reino de los ostrogodos, 535
Territorio bizantino, 535
Movimientos bizantinos
Primeras campañas de Belisario en Italia, 535-540
Otros generales, 535-537
Campaña de Narsés, 552-554
535 Año de la campaña
Tempsa
Croton
Caulonia
asedio de Panormo 535
Panormo
Regio
Tauromenio
Lilibeo
Catana
Sicilia
Hippo Diarritus
Útica
535
Belisario
Siracusa
Cartago
Exarcado de África
Neápolis
N
0 50 100 150 km

Justiniano no había nombrado a Narsés por capricho. El vigoroso y anciano eunuco era inteligente, astuto, valiente, fiel e implacable. Puede que Totila fuera un gran guerrero en la plenitud de su vigor físico, pero Narsés demostraría ser el auténtico señor de la guerra. Comenzó por hacerse cargo de la reunión del ejército que debía conducir a Italia. El año anterior, Germano, primo del emperador, había estado ya reclutando hombres en Tracia, pero su inesperada muerte había detenido los preparativos y puesto a la cabeza de la empresa a Narsés. Este último sumó al ejército sus 400 *buccellarii* , hombres de su propia casa armados como caballería pesada y arqueros acorazados que constituían no solo una guardia de corps para el *strategos* , sino también un cuerpo de élite. De igual modo, magníficos eran los 300 *savaran* , es decir, caballeros persas de noble estirpe y equipados como *clibanarii* , que aportó al ejército el exiliado y rebelde príncipe sasánida Kavades.

La columna vertebral del ejército eran los 5000 hombres, un *meros* al completo, que suministraron los *praesentalis* , los «ejércitos en presencia del emperador». Ellos, junto con los 8000 reclutas tracios, los 2000 infantes procedentes del ejército de campaña de Iliria y un pequeño contingente de constantinopolitanos enrolados en el último momento, formaban el núcleo romano del ejército al que se sumaron, ya en Salona (Split) 6000 aliados longobardos, salvajes e indisciplinados, 4000 *foederati* hérulos, 400 aliados gépidos y un pequeño grupo de hunos. En total, algo más de 26 000 hombres de los que más de 15 000 eran romanos y 11 000 bárbaros germanos y mercenarios persas y hunos. [89]

Cuando Totila supo que Narsés había reunido a su ejército y a una flota en Salona pensó que el *strategos* romano actuaría como hubiera sido habitual: cruzando el Adriático. Así que despachó a su flota para interceptar a la de Narsés, pero el viejo eunuco siempre sorprendía y en vez de cruzar el Adriático, condujo a su ejército por la costa dálmata, manteniendo a su flota junto a la costa. Totila no podía entenderlo, pues si Narsés pretendía costear hasta Italia se toparía con la infranqueable barrera de los mil pantanos, lagunas, estuarios y ensenadas que caracterizaba al Véneto de aquellos días, y si trataba de penetrar en Italia desviándose hacia el interior se toparía con los Alpes y, tras ellos, tendría que enfrentar a las bandas de guerreros francos que campaban a sus anchas por aquellas regiones. No obstante, Totila tomó precauciones: envió a Teyas, uno de sus mejores generales, a Verona al frente de un fuerte cuerpo de caballería con la misión de cortarle el paso a Narsés si este lograba penetrar en Italia por el interior. Mientras tanto, él mismo, al frente del grueso del ejército ostrogodo, permanecía en la arruinada Roma esperando noticias, bien de su flota, bien de Teyas.

Pero Narsés volvió a sorprender. Su objetivo eran los infranqueables pantanos y lagunas del Véneto y para cruzarlos con rapidez y sin bajas, había ordenado a su flota

que remolcara grandes pontones que se colocarían en los lugares necesarios para formar grandes puentes y pasarelas que, una vez cumplido su propósito, serían de nuevo remolcados por la flota hasta el siguiente obstáculo. El plan funcionó a la perfección y Narsés y su ejército cruzaron el Véneto y llegaron sin ser advertidos ni esperados, a Rávena en donde les aguardaba lo poco que aún quedaba del ejército de Italia.

Totila quedó desconcertado por completo, no solo porque había creído que era imposible para un ejército cruzar por el pantanoso litoral del Véneto, sino porque tampoco había esperado que Narsés se moviera tan rápido.

Narsés seguía haciéndolo. Apenas si se detuvo en Ariminum (Rimini) y avanzaba a toda prisa por la Vía Flaminia en dirección a Roma, Totila se alarmó, de manera que movilizó su ejército, 20 000 hombres, abandonó Roma y envió mensajeros a Teyas para que se le sumaran lo antes posible.

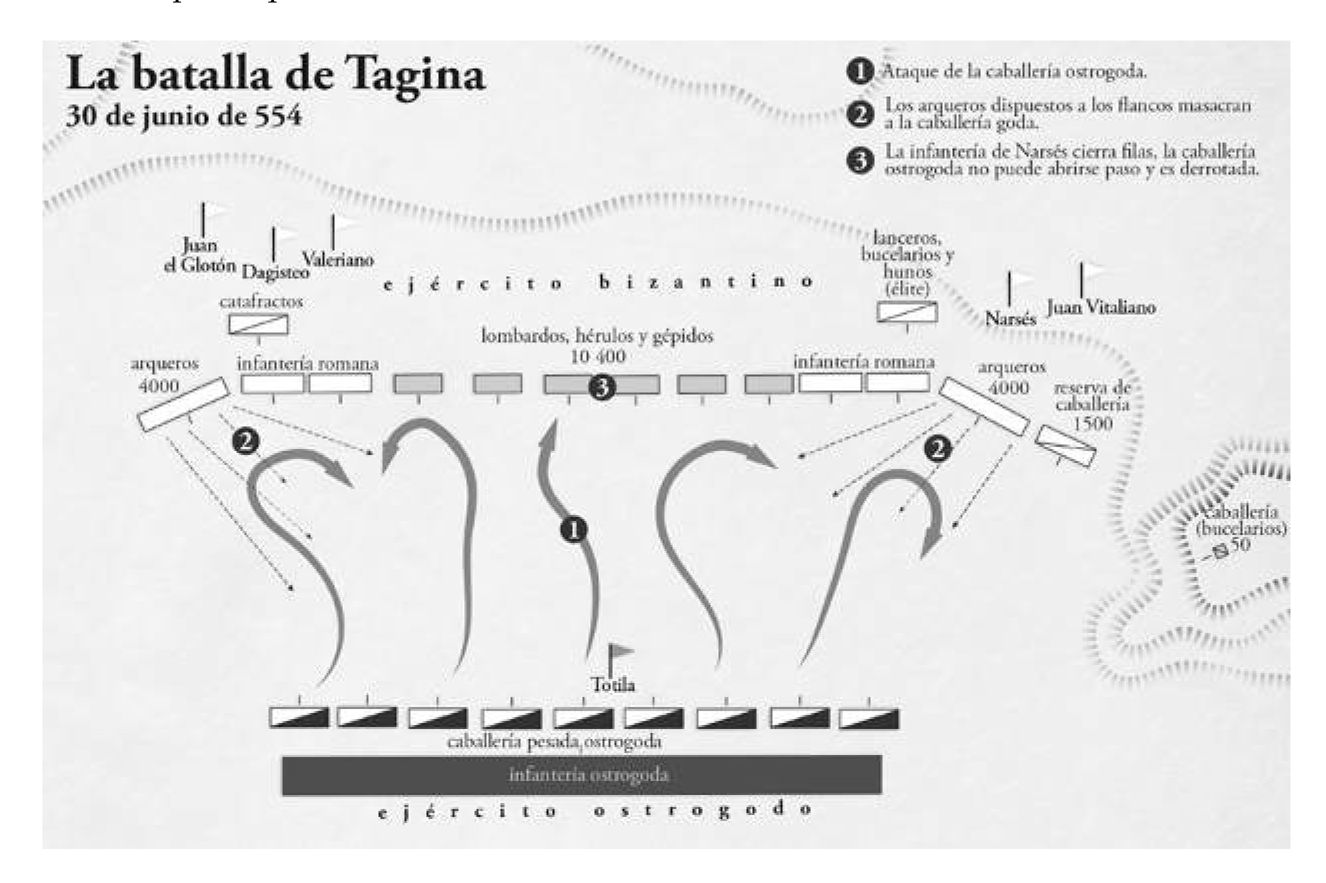
Narsés no se detenía. No se entretenía como Totila suponía, en asediar los *castela* y ciudades que encontraba en su camino, sino que los dejaba atrás. Su objetivo era encontrarse lo antes posible con Totila y destruirlo junto con su ejército.

En Umbría, Narsés tuvo noticia de que Totila se le aproximaba y abandonó la Vía Flaminia para buscar un campo de batalla que le fuera propicio y tomar posiciones en él. Lo encontró en Busta Gallorum o Tagina, un lugar que controlaba los caminos que desde Umbría llevaban a Roma.

El lugar elegido por Narsés podía constituirse en una formidable y fuerte posición desde la que plantear una batalla. Ante sí tenía una llanura, y tras de sí y en sus flancos, un terreno quebrado que hacía casi imposible que su ejército fuera flanqueado o rodeado. De hecho, el ejército romano solo podía llegar a ser flanqueado si seguía un estrecho sendero que, pegado a un barranco, bordeaba una empinada colina en cuya ladera se apoyaba el flanco izquierdo del ejército bizantino.

Narsés sabía que la única fuerza de verdad efectiva y temible de los godos era su caballería pesada, constituida en exclusiva por lanceros. Por lo tanto, Narsés ofrecería a la caballería ostrogoda una amplia y tentadora llanura por la que cargar, pero delimitada por colinas, barrancos y terreno rocoso que harían imposible cualquier maniobra de flanqueo y que la obligarían a fiarlo todo a una carga directa. Para contrarrestar esa supuesta y formidable carga, Narsés dispuso sus tropas de una manera brillante. Primero se aseguró el control de la estratégica colina en la que se apoyaba el flanco izquierdo romano y que dominaba el único sendero que podría permitir a los ostrogodos flanquear a los bizantinos. Así que, en mitad de la madrugada y con los ostrogodos acampados a tan solo unos kilómetros de su posición, Narsés ocupó la colina enviando allí 50 hombres escogidos entre lo mejor de sus *buccellarii* .

Cuando amaneció, era el día 30 de junio de 552, Narsés formó a su ejército, colocando en su centro a los 6000 aliados longobardos, a los 4000 federados hérulos y a los 400 aliados gépidos. Como dudaba de la fidelidad y disciplina de los longobardos, que no habían parado de causar problemas desde que entraran en Italia, obligó a sus jinetes a desmontar y les ordenó cerrar filas junto a sus infantes al modo de la infantería romana. Al situar así a los longobardos, desmontados y en el centro del ejército romano, los obligaba a luchar y les impedía la huida. En el ala derecha, comandada por los generales Juan el Glotón, Dagisteo y Valeriano, situó un fuerte contingente de caballería formado por arqueros acorazados.



En el ala izquierda se situó el propio Narsés junto a Juan Vitaliano con un poderoso contingente de caballería e infantería pesada romanas y los mercenarios persas. En reserva se dejaron 1500 jinetes y en los extremos de ambas alas se dispusieron en ángulo 8000 infantes armados con arcos.

Por su parte, los ostrogodos formaron en dos líneas. La primera constituida por su caballería pesada y la segunda por su infantería que era en su totalidad infantería ligera y que estaba deficientemente armada y adiestrada. La caballería goda, al contrario que la bizantina, no portaba arcos y, en consecuencia, se limitaba a cargar sobre las líneas enemigas para tratar de quebrarlas.

Formados ambos ejércitos, Narsés se mantuvo firme en su fuerte posición mientras que Totila, percatándose de que la clave del campo de batalla era la colina situada junto al flanco izquierdo enemigo, se dispuso a desalojar de allí a los 50 *buccellarii* que la ocupaban. Estos formaron de inmediato en orden cerrado «hombro con hombro» en palabras de Procopio, y así, formando un muro de escudos erizado de lanzas, aguardaron la carga de un escuadrón de caballería goda. Pero la caballería bárbara se estrelló contra ellos. Y desde esa fuerte posición resistieron las repetidas cargas atravesando a hombres y caballos con sus lanzas y partiendo las largas picas de la caballería goda con sus espadas cortas de origen persa, las *akinakas* .

El combate por aquella posición era durísimo, pero al cabo los hombres de Narsés rechazaron al contingente godo. Totila no se conformó y envió un segundo contingente de caballeros godos que, de nuevo, se estrellaron contra las lanzas, escudos y *akinakas* de los *buccellarii* de Narsés. El estrecho sendero se llenó de hombres y caballos muertos o agonizantes y sus ensangrentados cuerpos pronto añadieron un nuevo obstáculo a los atacantes que, no obstante, insistieron con un tercer ataque que, al igual que los dos primeros, fue rechazado tras un terrible combate.

Frustrado por esta derrota táctica, Totila intentó levantar la moral de sus hombres enviando a un campeón que desafiara a los romanos. Un bucelario de Narsés recogió el desafío y dio muerte al campeón godo para consternación de Totila y júbilo de los bizantinos. Pasaban las horas y los romanos seguían ocupando sus fuertes posiciones y los godos no se atrevían a cargar sobre ellas. Totila esperaba la llegada de un fuerte contingente de 2000 jinetes y para sostener la moral de sus hombres, avanzó a caballo hasta el espacio intermedio entre ambos ejércitos y ejecutó, vestido con su armadura de gala revestida de púrpura y oro, una danza guerrera a caballo. Los refuerzos esperados llegaron al fin y Totila se retiró a su campo para que sus tropas descansaran y comieran. [90]

Se trataba de una artimaña. Totila pretendía que los bizantinos imitaran su proceder y abandonaran sus fuertes posiciones para descansar y comer, momento que el ostrogodo aprovecharía para lanzar un ataque por sorpresa. Pero Narsés no se dejó engañar. Ordenó a sus hombres mantener la formación y comer sin romper filas ni desarmarse. Así los encontraron los godos. Totila ordenó, entonces, la carga general y masiva de su caballería y esta atronó el espacio, unos 400 m, que lo separaba de la línea romana. Narsés ordenó mantener la posición. Se cerraron las filas, se alzaron los escudos y se aprestaron las lanzas y, en ese momento, el general bizantino mostró su juego: los 8000 arqueros situados en ambos extremos de las alas bizantinas adoptaron una formación de media luna y comenzaron a descargar sus arcos sobre la caballería goda que cargaba. Como la ofensiva tuvo que durar un minuto y medio y cada arquero bizantino llevaba un carcaj con 40 flechas, y como su ritmo medio de disparo era de 6 flechas por minuto, podemos estimar que sobre la caballería ostrogoda vinieron a caer

unas 72 000 flechas. Una lluvia acerada y mortal que quebró la carga cuyos restos fueron frenados en seco por la disciplinada infantería pesada romana y por sus aliados y *foederati* bárbaros que formaban a pie flanqueados por ella.

Los restos de la caballería goda retrocedieron en desorden hacia su infantería que lejos de ofrecerles resguardo y apoyo, rompió filas y se desbandó.

Era el momento de la caballería bizantina que cargó sobre los enemigos haciendo uso de sus arcos, alanceando a los enemigos y descargando sobre ellos sus espadas. Unos 10 000 godos ofrecían sus cuerpos a los buitres y a los cuervos. Su rey, Totila, herido de muerte, murió esa misma noche y Narsés marchó al día siguiente para entrar triunfalmente en Roma. [91]

Más lejos que Trajano: Prisco y la batalla del río Tissus

Los ávaros eran un pueblo procedente de las estepas asiáticas que irrumpió en Europa a mediados del siglo VI. Aliados con los romanos en un primer momento e instalados entre el Don y el Volga, sometieron a los pueblos protobúlgaros de la región: cutriguros, utiguros y onoguros y luego avanzaron sobre los antas, un pueblo mitad iranio y mitad eslavo. Para el año 565, los ávaros estaban ya instalados en el Bajo Danubio y, aliados con los longobardos, sometieron a los gépidos y tras pasar los longobardos a Italia en 568, se mudaron a la llanura panónica (la actual Hungría). Para entonces, habían constituido un gran imperio que se extendía desde el Danubio al Volga y que pronto llegaría a los Alpes y a las fronteras de Baviera y del Reino franco.

La antigua alianza con los romanos, establecida por Justiniano, había saltado por los aires gracias a la torpe y arrogante postura de Justino II. Para ese entonces los ávaros y es probable que los uan-uan o rouran de las fuentes chinas y, por ende, un pueblo de estirpe mongol, fueran ya la cabeza de una formidable coalición de tribus de muy diferente origen étnico: cutriguros y utiguros de lengua turca, multitud de tribus eslavas y restos de los antas iranoeslavos, de los gépidos y los hérulos germanos. A su cabeza cruzaban el Danubio y lanzaban ataques devastadores sobre las provincias balcánicas del Imperio. Este, enredado en guerras en Italia, África y Oriente, apenas si podía parar estos ataques que, año tras año, fueron penetrando más y más en territorio romano hasta alcanzar por el sur el Peloponeso, por el oeste el mar Adriático y por el sudeste los mismísimos arrabales de Constantinopla.

Pero en 591 la situación había cambiado. Los persas no solo habían sido derrotados, sino que tras la victoriosa intervención bizantina en la guerra civil que desgarró el reino persa entre 590 y 591, Persia había cedido estratégicos territorios en Armenia, Mesopotamia y el Cáucaso y su rey, Cosroes II, se consideraba «Hijo de su Señor y Padre el emperador de los romanos» Este último era a la sazón Mauricio y con la paz

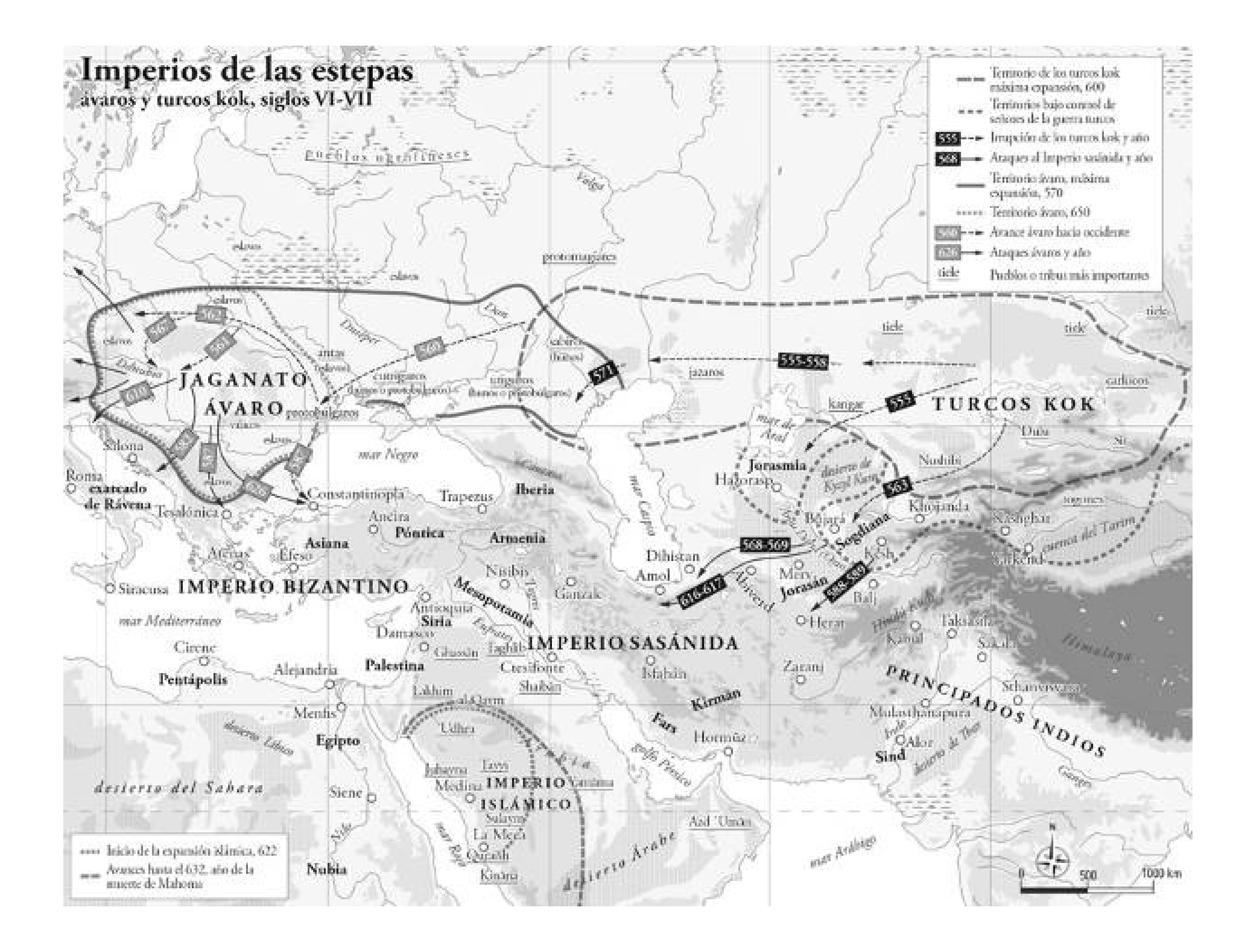
asegurada en su *limes* oriental, con una Italia en donde los longobardos habían sido frenados con un África pacificada y ampliada por la anexión del reino de Altava y con la lejana Spania asimismo en paz, pudo volcar todo el poder romano contra los ávaros.



Figuras 55 y 56: Dos estribos ávaros, ss. VII-VIII, Museo militar de Belgrado.



Figura 57: Espuelas de época ávaro-eslava, ss. VII-VIII, Museo militar de Belgrado.



La ofensiva romana en los Balcanes se inició en 592. Primero se limpió el territorio bizantino al sur del Danubio de enemigos. Las bandas de saqueadores eslavos y ávaros fueron destruidas u obligadas a repasar el Danubio. Luego, desde que en 597 fracasara un ataque ávaro contra los «muros largos», las defensas que protegían la península en cuyo extremo se alza Constantinopla, los ejércitos del Imperio comenzaron a pensar en cruzar el Danubio. Ya no se trataría solo de restaurar el *limes* danubiano, sino de aniquilar a los ávaros y escarmentar de tal modo a los eslavos que nunca volvieran a pensar en saquear tierras romanas.

En 598, Prisco y Comentiolo –este último había sido gobernador de la Spania bizantina diez años antes– operaron desde Singidunum (Belgrado) y en cooperación con una fuerte flota, reconquistaron Viminacium, una estratégica ciudad que los ávaros habían conquistado en 583. Luego cruzaron el Danubio y derrotaron al ejército del jagán ávaro y avanzaron hasta el río Tissus (Tisza) donde incendiaron los poblados, mataron a quien se pusiera a su alcance y saquearon tierras que no habían visto un ejército romano desde los días del emperador Aureliano (270-275).

Y así llegamos a 599, con los ejércitos romanos invernando en Singidunum y preparándose para una nueva campaña que debía de llevarlos más allá de, como decíamos, donde nunca había ido un ejército romano.

En primavera, capitaneados por Prisco, volvieron a cruzar el Danubio a la altura de Viminacium y a luchar contra el ejército ávaro que se les enfrentó en una gran batalla en la que el ejército romano logró envolver a la masa bárbara y causarle una dura derrota en la que se dejaron la vida 9000 ávaros y eslavos. [92] El formidable castigo no desalentó al jagán ávaro que reunió durante la noche a sus dispersas huestes y volvió a presentar batalla al día siguiente. Prisco formó de nuevo a su ejército en tres grandes secciones con la infantería en el centro y la caballería en las alas. Los ávaros, por su parte, formaron en un solo bloque. Desencadenada la batalla, Prisco maniobró de forma que sus tropas empujaron a los ávaros hacia un pantano y allí la lucha fue terrible. Pero estos no lograron sostenerse y rompieron sus filas perseguidos por los romanos. Miles de ávaros murieron ahogados en el pantano y 15 000 más quedaron sobre el campo de batalla, entre ellos, los hijos del jagán.

Con el camino despejado de enemigos y persiguiendo al jagán y a los restos de su maltrecho ejército, Prisco condujo a sus hombres durante treinta y cinco días a través de un territorio salvaje, el de la antigua Dacia. A su paso ardían los poblados y las tribus huían y así, saqueando, incendiando y despoblando la tierra que cruzaban, vencieron una vez más al jagán y alcanzaron el río Tissus. [93]



Figura 58: Fragmentos de hueso empleados en la composición de arcos recurvos ávaros, ss. VII-VIII, Museo militar de Belgrado.

Las fuerzas de Prisco debían de rondar los 30 000 hombres y estaban formadas por unidades de los *praesentalis* , del ejército de campaña de Tracia, del de Iliria y por tagmatas de los *limitanei* de la región danubiana. El gran ejército se hallaba en una zona de bosques y pantanos y, ante ellos, estaba el Tissus, el río que antaño había marcado la frontera norte de la Dacia romana.

Gracias al *Strategikon* del Pseudo-Mauricio y a su análisis acerca de cómo combatían los eslavos y cómo había que enfrentarlos –recuérdese que el anónimo autor tenía experiencia directa en la guerra en el *limes* danubiano–, podemos hacernos una idea de lo difícil que debía de ser combatir y avanzar por aquellas regiones. Máxime cuando los eslavos, que conformaban el grueso de los ejércitos ávaros en la década del 590, eran hábiles en extremo combatiendo en pantanos y bosques y diestros en preparar emboscadas en ellos. Escondidos en la densa espesura, los eslavos acechaban con sus arcos armados con flechas envenenadas o se emboscaban sumergiéndose bajo las aguas de ríos y pantanos usando cañas huecas para respirar y mantenerse ocultos hasta el momento de surgir como demonios de las aguas y atravesar a los romanos con sus cortos venablos. [94] La única manera de contrarrestar este tipo de guerra de emboscada en los bosques inmensos y en los pantanos de la región situada al norte del Danubio, era

mantener siempre nutridos grupos de exploradores avanzando por delante del ejército y custodiando sus flancos y su retaguardia y acampar siempre en lugares despejados y fortificándolos con fosos y terraplenes.



Figuras 59 y 60: Dos hachas de la época ávaro-eslava, ss. VII-VIII, Museo militar de Belgrado.

Prisco era cuidadoso. Conocedor por los *cursores* –los exploradores– que había enviado a reconocer la margen septentrional del río Tissus de que no lejos de sus orillas se alzaban tres grandes poblados, Prisco destacó a una fuerza de 4000 soldados para que cruzara el Tissus y golpeara al enemigo por sorpresa causándoles la mayor cantidad posible de bajas y tratando de atraerlos tras de sí cuando repasaran el río.

Los bárbaros jamás hubieran creído posible que los romanos se atrevieran a cruzar el Tissus y, por ello, creyéndose a salvo, en la noche en que los 4000 infantes ligeros enviados por Prisco cruzaban el gran río, los hombres del jagán, dispersados por los tres grandes poblados, se hallaban en plena borrachera. Al amanecer, los romanos cayeron sobre ellos. Fue una matanza: 3000 enemigos fueron degollados y acuchillados antes de que el grueso de los bárbaros fuera consciente de lo que estaba pasando y de que aquellos romanos eran solo una vanguardia y no todo el ejército.

Enfurecido, el jagán volvió a reunir a sus guerreros y los condujo al río para cruzarlo. Prisco lo dejó hacer. Había elegido el campo de batalla y su ataque no había

sido sino un aguijón que despertara la furia del jagán y lo atrajera a la verdadera trampa. Allí, en un amplio prado que se abría no lejos del río, la infantería romana formaba un muro de escudos flanqueado por miles de caballeros acorazados provistos de arcos. Entonces, al salir de los bosques que crecían junto a la corriente, llegaron a todo correr los 4000 infantes ligeros que Prisco había enviado para atacar los tres poblados y, tras ellos, enfurecidos y mezclados en una atropellada e inmensa masa de jinetes e infantes, los guerreros del jagán: ávaros montados sobre grandes caballos de batalla cubiertos de hierro y cuero, eslavos sin protección alguna, que avanzaban a la carrera en desorden, armados con un par de venablos en una mano y un escudo en la otra o con arcos de curvatura simple con los que arrojaban flechas envenenadas, [95] gépidos y hérulos a pie o a caballo, que portaban lanzas y espadas y jinetes protobúlgaros al galope sobre pequeños caballos de la estepa y armados con arcos compuestos.

No pudieron hacer mucho. Los romanos los estaban esperando. Prisco dio una orden y en cuanto los 4000 infantes que venían huyendo se sumaron a sus filas y se integraron en ellas, ordenó avanzar a toda la línea. La infantería pesada romana, escudo con escudo, acuchillaba con sus lanzas sin parar y los caballeros bizantinos cargaban una y otra vez sobre los bárbaros que, empujados de nuevo al bosque y de allí al río y los pantanos, fueron incapaces de resistir. Pronto la batalla degeneró en un infierno y los muertos comenzaron a contarse por miles. Ahítos de sangre, los romanos empezaron a hacer cautivos. Al atardecer, el jagán huía al norte del Tissus para refugiarse en la llanura panónica y Prisco disfrutaba de su cuarta y más grande victoria de aquella campaña. Los soldados de Prisco cantaban de puro júbilo guerrero y pensaban en el oro que obtendrían por la venta de los cautivos bárbaros a los que estaban encadenando: 3000 ávaros, 8000 eslavos y 6200 gépidos, hérulos y búlgaros. [96] Cuando en septiembre de 599 Prisco repasó el Danubio para conducir a sus hombres a los cuarteles de invierno, los 17 200 cautivos que llevaban eran una prueba impresionante del triunfo obtenido y de que finalizado el siglo VI, el Imperio romano seguía siendo la gran potencia del mundo antiguo.



Figura 61: Espada ávara o eslava, s. VIII. Su longitud evidencia que se trataba de un arma para el combate a caballo. Museo militar de Belgrado.



Figura 62: Pomo, restos del mango de madera y boquilla de la vaina de una espada de la necrópolis de Morrione/Vicenne, Campochiaro, Italia, s. VII. En este conjunto arqueológico se han documentado diecinueve inhumaciones de guerreros acompañados por sus caballos, y tanto este ritual de enterramiento como parte del material hallado en los ajuares –por ejemplo, la decoración en plata del pomo y la boquilla en la adaptación ávara del conocido como animal *style* – tiene sus paralelos en yacimientos arqueológicos de las estepas europeas y en especial del mundo ávaro de la llanura húngara. Estos hallazgos se han relacionado con una noticia de Paulo el Diácono sobre el asentamiento por parte del longobardo Romualdo, duque de Benevento, de un grupo de «búlgaros» en esa región, en el año 668.

Notas

1 Procopio de Cesarea, Guerra gótica, V, 18.

2 Cameron A., 1998, 112-120 y 136-138 y O'Donnell, J. J., 2010, 271. Para la visión negativa, hasta el esperpento, de Justiniano y para un análisis y puesta al día de la realidad económica y militar de la *recuperatio Imperii* de Justiniano véase Soto Chica, J., 2015, 13-29. Es curioso comprobar cómo pese a que los especialistas han ido estableciendo desde la segunda mitad de los años noventa del pasado siglo que, en términos generales, la *recuperatio Imperii* fue un éxito, su evaluación negativa sigue siendo lugar común en manuales y obras divulgativas. Consúltese, por ejemplo, el artículo que, sobre la *recuperatio* , ofrece Wikipedia.

3 Treadgold, W., 1995, 194-198; Heather, P., 2006, 506; Soto Chica J., 2015, 120-125.

4 El monto de los gastos de la expedición y campaña contra los vándalos de 533-534 en Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras* , III.VI.1 y ss. Procopio era secretario personal de Belisario, el general en jefe de la expedición y, por lo tanto, estaba muy bien informado. Sobre esta cuestión y el cálculo de los gastos: Treadgold, W., 1995, 191; Los datos sobre el coste de la fracasada expedición de León I en 468 proceden del contemporáneo Cándido y el bien informado Juan Lido que escribía en la primera mitad del siglo VI. Cándido, frag. 2; Juan Lido, *De los magistrados* , III,43; Heather, P., 2006, 505.

5 Soto Chica, J., 2015, 154-157.

6 Agatías de Mirina, *Historias* , V, 13.7; Treadgold, W., 1995, 47-65.

7 Los reinados de Justiniano, Justino II, Tiberio II y Mauricio, fueron recogidos principalmente por historiadores contemporáneos. Las fuentes son numerosas y diversas. Pero las más importantes son: Procopio de Cesarea, Juan Malalas, Agatías, Menandro Protector, Teofilacto Simocata, Evagrio Escolástico, Juan de Éfeso, Coripo, el *comes* Marcelino, Juan de Antioquía, la *Crónica Pascual* , Sebeos, Juan de Nikiu, la *Historia nestoriana* , la Crónica del Juzistán, Nicéforo, Teófanes, Miguel el Sirio, Santiago de Edesa, Agapios y la Crónica del 640. Para una narración más detallada de los acontecimientos del siglo VI, con abundante bibliografía, véase: Soto Chica, J., 2012, 3-106.

8 Procopio de Cesarea, I.1.12-16.

9 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 2-3; Soto Chica, J., 2015, 40-42, y, en especial nota, 84; Treadgold, W., 1995, 87-95.

10 La argumentación y las citas de fuentes, amén de la bibliografía exhaustiva, en Soto Chica, J., 2015, 35-50 para el cálculo de los 250 000 efectivos y Treadgold, W., 1995, 62-64 y 194-197 para la estimación de los 271 000 en 518 y 345 000 en 565. John Haldon, por su parte, estimó la fuerza total de Justiniano en una horquilla que oscilaría entre los 300 000 y los 340 000, pero

no apoya sus cálculos en ningún análisis razonado: Haldon, J., 1999, 100-101. En el extremo contrario y aceptando sin más las cifras de Agatías, véase: Howard-Johnston, J.: «The Two Great Powers in Late Antiquity: a Comparison», , 167-169 quien apoya su hipótesis en Agatías y en su deducción de que el Imperio solo podía poner a la vez en el campo de batalla a un tercio del total de su fuerza y Ravegnani, G., 2007, 9-11 quien se limita a dar su estimación sin argumentación ni dato alguno.

11 Agradezco al doctor Francisco Aguado que me haya permitido consultar sus dos magníficos trabajos, aún inéditos, dedicados a las murallas de Constantinopla y a su guarnición y que en breve publicará el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada: Aguado Blázquez, F. A.: «La guarnición y el funcionamiento táctico de la Muralla Teodosiana de Constantinopla», C. E. B. N. CH. de Granada (en prensa) y Aguado Blázquez, F. A.: «Las murallas de Constantinopla. Itinerario histórico y topográfico», C. E. B. N. CH. de Granada (en prensa) y aún inédito trabajo sobre las murallas y la guarnición de Constantinopla.

12 Teofilacto Simocata, *Historia* , VIII, 4.10-13.

13 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 3.*

14 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 3-4; Código de Justiniano o *Corpus Iuris Civilis* , CXXIX, 456; Treadgold, W., 1995, 94-96; Soto Chica, J., 2015, 69-75.

15 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , II,6; Haldon, J.: «Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era», 24-26; Soto Chica J., 2015, 50-53.

16 Procopio de Cesarea, *Historia Secreta* : XXIV, 12-14.

17 *Corpus Iuris Civilis , I, 27, 2, 8.*

18 Teofilacto Simocata, *Historia* , II, 6.9.

19 Minard, P., 1991, I, 390-391.

20 Soto Chica, J., 2015, 69-71 y García Amorós, M., Soto Chica, J.: «Los Illyriciani y los Sesenta Mártires de Gaza. Nuevos testimonios sobre la restauración Bizantina del Limes Oriental y su caída ante los árabes»; Soto Chica, J., García Amorós, M. «Los Sesenta Mártires de Gaza y la verdadera última legión» (en prensa).

21 Treadgold, W., 1995, 14, 61 y 95-97.

22 Las legiones que aparecen junto a Belisario en Italia son *pseudocomitatenses* y *comitatenses* , en concreto, la Legio II Armeniaca, la Legio I Flavio Theodosiana y la Legio I Flavio Constancia. La primera la creó Diocleciano, la segunda Teodosio I y la tercera Constancio Cloro. Sobre la historia de estas legiones, véase Rodríguez González, J., 2003, vol. II, 456.

23 Woods, D.: «The 60 martyrs of Gaza and the martyrdom of bishop Sophronius of Jerusalem», 129-150, 145.

24 Procopio de Cesarea, *Historia Secreta* , XXIV, 15-16.

25 Haldon, J.: «Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era», 24.

26 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 9.1-13.

27 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , II, 3.*

28 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 3; Vegecio, *Epitoma Rei militaris* , III, VI, 12 y III, XXII, 13; Coripo, Juanide, II,190-234 y IV,445-455, en Ramírez Tirado, A., 1997.

29 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , II, 4.*

30 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , II, 2.*

31 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , II, 4.*

32 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XII, 22, Crónica Pascual , 721 y Vegecio, Epitoma Rei militaris , IV, XIII, 13.*

33 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 3.*

34 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , II, 17; Coripo, Juanide I, 420-430; Vegecio, *Epitoma Rei militaris* , III.V.6.

35 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 3 y XII, B, 7; Vegecio, Epitoma Rei militaris , II, XVI y II, VII.*

36 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 3 y XII, B, 7.*

37 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I,1.8-17; Procopio de Cesarea, *Guerra Gótica* , V.27.26-29; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 2; Goldsworthy, A., 2006, 424.

38 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI, 1 y I, 1-2; Jorge de Pisidia, *Expeditio Persica* , III, 80-90, en Espejo Jáimez, G., 2006; un ejemplo de armadura o coraza laminar bizantina de este periodo fue hallado en Cartagena por el arqueólogo Jaime Vizcaino: Vizcaíno, J.: «Coraza laminar protobizantina procedente de Carthago Spartaria (Cartagena)», 195-210.

39 *Strategikon del Pseudo Mauricio , I, 2 y XI, 1.*

40 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 2.*

41 La infantería en Dara y Calínico: Procopio de Cesarea, Guerra persa I, 13. Los testimonios sobre esta recuperación son innumerables, citaremos aquí algunos. Para la infantería ya armada en su mayor parte como infantería pesada y peleando en orden cerrado de forma activa en la Guerra Mora de Juan Troglita, 546-548: Coripo, Juanide, I, 419-458, II, 190-260, y IV, 550-565. Para su magnífico papel en la batalla de Volturno, 554, Agatías de Mirina, *Historias* , II, 8.1-5 y II, 9.1-13. (La complejidad de los términos militares empleados por Agatías en estos pasajes provocó que tanto el traductor al inglés, como el traductor español de la traducción ofrecida por Gredos, simplificaran el texto original griego y, por ello, aconsejamos acudir a la edición y traducción del texto de Agatías publicada por el C. E. B. N. CH. de Granada para así poder comprobar lo formidable del armamento de la infantería pesada bizantina). La infantería pesada bizantina logrando la victoria en Melitene frente a la caballería persa en 576: Teofilacto Simocata, *Historia* , III, 14.1-11. La infantería pesada en el ejército de Heraclio en 622: Jorge de Pisidia, *Expeditio persica* , I, 130-140. La infantería pesada avanzando en Yarmuk frente a los árabes (636): Nicolle, D., 1995, 65-66 y Haldon, J.: «Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era», 59-66. Remitimos, para una argumentación más extensa con abundantes citas de fuentes y bibliografía: Soto Chica, J., 2015, 80-85.

42 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 8.4-5; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XII, B.4; Teofilacto Simocata, *Historia* , II, 6.1-13.

43 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XII, B.5; Haldon, J.: «Solenarion-The Byzantine Crossbow», 155-157.

44 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XII, B.1, XII, B.4 y I, 2; Jorge de Pisidia, *Expeditio persica* , III, 115-120.

45 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 2 y XII, B.1 y 4; Nicolle, D., 2005, 9-12.

46 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 2.*

47 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XII, B.1.*

48 Coripo, Juanide, II, 270-275.

49 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 2 y XII, B.6.*

50 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XII, B.6 y XII, B.18.*

51 VI. Novela CXIX, en Osenbrüggen, E., 1898.

52 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XII, B.18.*

53 El papiro de Anteópolis se puede consultar en su traducción española en Cañas Navarro, P., «Aspectos jurídico-censales...». El papiro referente al duque de Arcadia puede consultarse en

traducción inglesa en: Butler, A. J., 1998, LXXVII.

54 *Strategikon del Pseudo-Mauricio . V, 1-3 y V, 6.*

55 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , V, 4.*

56 Coripo, VII, 30-40; Agatías de Mirina, *Historias* , I, 16.9 y V. 18.10-11.

57 Agatías de Mirina, *Historias* , I, 19.4-5.

58 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 8; VII.6; XII, B, 10.*

59 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , VIII, 1-3.*

60 Agatías de Mirina, *Historias* , II, 7-9.

61 *Strategikon* I,1.

62 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* I, 1.1-17; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 1-2.

63 San Anastasio el Persa, *Milagros* , III, 8 134, en Flusin, B., 1992.

64 Jorge de Pisidia, *Expeditio persica* II, 75-150.

65 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , III, 5.*

66 Teall, J.: «The Barbarians in the Justinian Army», 294-322. Para una visión tradicional de la cuestión. Soto Chica, J., 2015, 106 y ss. Con abundante bibliografía para una puesta al día.

67 La vieja postura de A. M. Jones, sobre el final de los impuestos destinados al reclutamiento de tropas y sobre el abandono del sistema de reclutamiento forzoso en favor de reclutas masivas de bárbaros mercenarios, ha sido abandonada desde los años 80: Jones, A. M., 1964, 669-675. Compárese con: Whitby, M.: «Recruitment in Roman Armies from Justinian to Heraclius (ca. 565-615)», 69 y 78-82; Haldon, J., 1979, 28-29; Carrié, J. M.: «L'État à la recherche de nouveaux modes de financement des armées (Rome et Byzance, IVe -VIIIe siècles)», 27-59; Cañas Navarro, P., 2000; Soto Chica, J., 2015, 106 y ss.

68 Son legión los testimonios en las fuentes sobre reclutamiento de provinciales, citaremos solo unos pocos: Miguel el Sirio II, X.XXI, 362, en Chabot, J. B., 1963, t. II (libr. IX-XI); Evagrio Escolástico, *Historia eclesiástica* , V, 14.209-210, en Festugière, A. J.: «Évagre, Historie Ecclésiastique», 187-488; Juan de Éfeso, *Historia eclesiástica* , III, VI.14, en Payne Smith, R., 1860; Sebeos, 35; Gregorio Magno, *Epístolas* , XXXII; Teofilacto Simocata, *Historia* , III, 12.4; Procopio de Cesarea, Guerra gótica, VII, 10.1-2; Procopio de Cesarea, Guerra vándala, III,11,1-

20.

69 Teofilacto Simocata, *Historia* , VII, 9.1-2; Whitby, M.: «Recruitment in Roman Armies…», 86-88.

70 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , VIII, 3-4 y I, 2; Teofilacto Simocata, *Historia* , VII, 8.3-4. Para los donativos imperiales como complemento del sueldo: Juan de Éfeso, *Historia eclesiástica* , III, 11; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 29, en Motos Guirao, E.: «Patriarca Nicéforo. Historia Breve. Edición y traducción» (en prensa). Agradezco a la profesora Encarnación Motos que me haya facilitado su aún inédita edición del texto griego y traducción al español de la *Historia breve del patriarca Nicéforo* . Sobre el reparto del botín como complemento del sueldo: Procopio de Cesarea, *Guerra vándala* , IV, 20,12; Procopio de Cesarea, *Guerra vándala* , IV, 4, 2-8; Teofilacto Simocata, *Historia* , III, 15.10 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , II, 9.

71 *Crónica Pascual 706.*

72 Para el sueldo de un trabajador de los baños de Alejandría: Leontio de Neápolis, *Vida del patriarca Juan de Chipre* , 125-130, 442, en Festugière, A. J., 1974. Para el sueldo de un maestro albañil: Juan Mosco, *El prado espiritual* 134, en Simón Palmer, J.: «El prado espiritual, Juan Mosco», 43-232. Para sueldos y coste de la vida en general y en relación al sueldo de los soldados: Soto Chica, J., 2015, 115-118.

73 Treadgold, W., 1995, 142-155, y 145-149 y 189-199.

74 Teofilacto Simocata, *Historia* , VII, 1.2-9; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , I, 6.

75 *Corpus Iuris Civilis* I.27.2.26; Novela XXIV cap. VI.

76 Treadgold, W., 1995, 195-197.

77 *Ibid* ., 92-96, 99-101, 158-168, 174-177 y 194-197; Haldon, J., 1997, 215-216; de forma más extensa en Haldon, J.: «Seventh-Century Continuities: the Ajnäd and "Thematic Myth"», 379-423; Isaac, B.: «The Army in the Late Roman East: the Persian Wars and the Defence of the Byzantine Provinces», vol. III, 125-155.

78 Treadgold, W., 1995, 139-150 y 190-195; Soto Chica, J., 2015.

79 Haldon, J., 1999, 36.

80 Crónica de Malalas 452; Teófanes el Confesor, *Crónica* 6022, 189.

81 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I, 13.10-11.

82 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I, 13.12-18

83 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I, 13.19-39 y I.14.1-12.

84 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I, 14.13-33 y I.14.34-55.

85 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I, 14.34-55; Zacarías de Melitene, IX, III, en Hamilton, F. J., 1899; Haldon, J.: «Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era», 29-35.

86 Coripo, Juanide, VII, 210-250.

87 Coripo, Juanide, VII, 250-480.

88 Coripo, Juanide, VIII, 1-450 y 500-630; Modéran, Y., 2003, 816-847.

89 Procopio de Cesarea, *Guerra Gótica* , VIII, 21 y VIII, 26; Haldon, J.: «Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era», 35-41; Soto Chica, J.: «Narsés y la conquista de Italia. 552-554», 46-53.

90 Procopio de Cesarea*, Guerra gótica* , VIII, 28-30.

91 Procopio de Cesarea, *Guerra gótica* , VIII, 29-32.

92 Teofilacto Simocata, *Historia* , VIII, 3.1-5.

93 Teofilacto Simocata, *Historia* , VIII, 3.5-8.

94 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI, 4; Soto Chica, J.: «Los eslavos y la guerra. Las invasiones eslavas y los grandes poderes: Bizancio, Persia y los ávaros. 565-626», 27-91.

95 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI, 4.*

96 Teofilacto Simocata, *Historia* , VIII, 1-12; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6091-6092; Whitby, M., 1988, 99-100; Florin, C., 2001, 99-101; Soto Chica, J.: «Los eslavos y la guerra…».

6

Bajo un estandarte de leones

Los ejércitos de la Persia sasánida

Revestidos de brillantes armaduras,
deben de ser hábiles en el manejo de sus armas
y de sus caballos y saber golpear con fuerza con la maza y la espada,
disparar certeramente con el arco y usar bien la lanza.
Porque un joven que no sea diestro en estas cosas,
no tiene derecho a ser llamado noble. [1]

Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 139.

S*avaran* , ese era el nombre que recibían los caballeros sasánidas revestidos de hierro que militaban en los ejércitos del *shahansha* o «rey de reyes». Su estandarte real era llamado *drafsh-e-kaviani* y estaba confeccionado con pieles de león cosidas entre sí y a las que se habían engarzado una miríada de piedras preciosas. Ese estandarte acompañaba siempre al rey cuando este salía de campaña. Pues el *shahansha* era el primero de los guerreros de su reino y como tal se armaba y, llegado el caso, combatía. A veces, cuando el rey no encabezaba al ejército, pero la campaña que se emprendía era en especial importante, el *drafsh-e-kaviani* era confiado al *spahbad* , al general al mando. Tal ocurrió en enero de 636, en Qadisiya, cuando los ejércitos de la Persia sasánida se enfrentaron a los del califa Omar. Los persas fueron vencidos y el sagrado estandarte, el *drafsh-e-kaviani,* fue capturado, llevado a Medina y cortado en cientos de pedazos para ser repartido como botín. Fue todo un símbolo que marcaba el final de la superioridad de un gran ejército, de un sistema militar, que había imperado desde Siria a la India y desde el Cáucaso a Arabia. Si en la Alta Edad Media hubo una caballería noble dotada de una idea ennoblecedora de la guerra, esa fue la persa. No solo ideas y actitudes, sino también armas, tácticas, equipos… La influencia de los ejércitos persas sobre los de Bizancio y el islam fue enorme y, a través de ellos y de los pueblos de las estepas, esa influencia llegó al Occidente europeo. ¿Cómo eran esos ejércitos y por qué Persia llegó a ser tan influyente y poderosa?

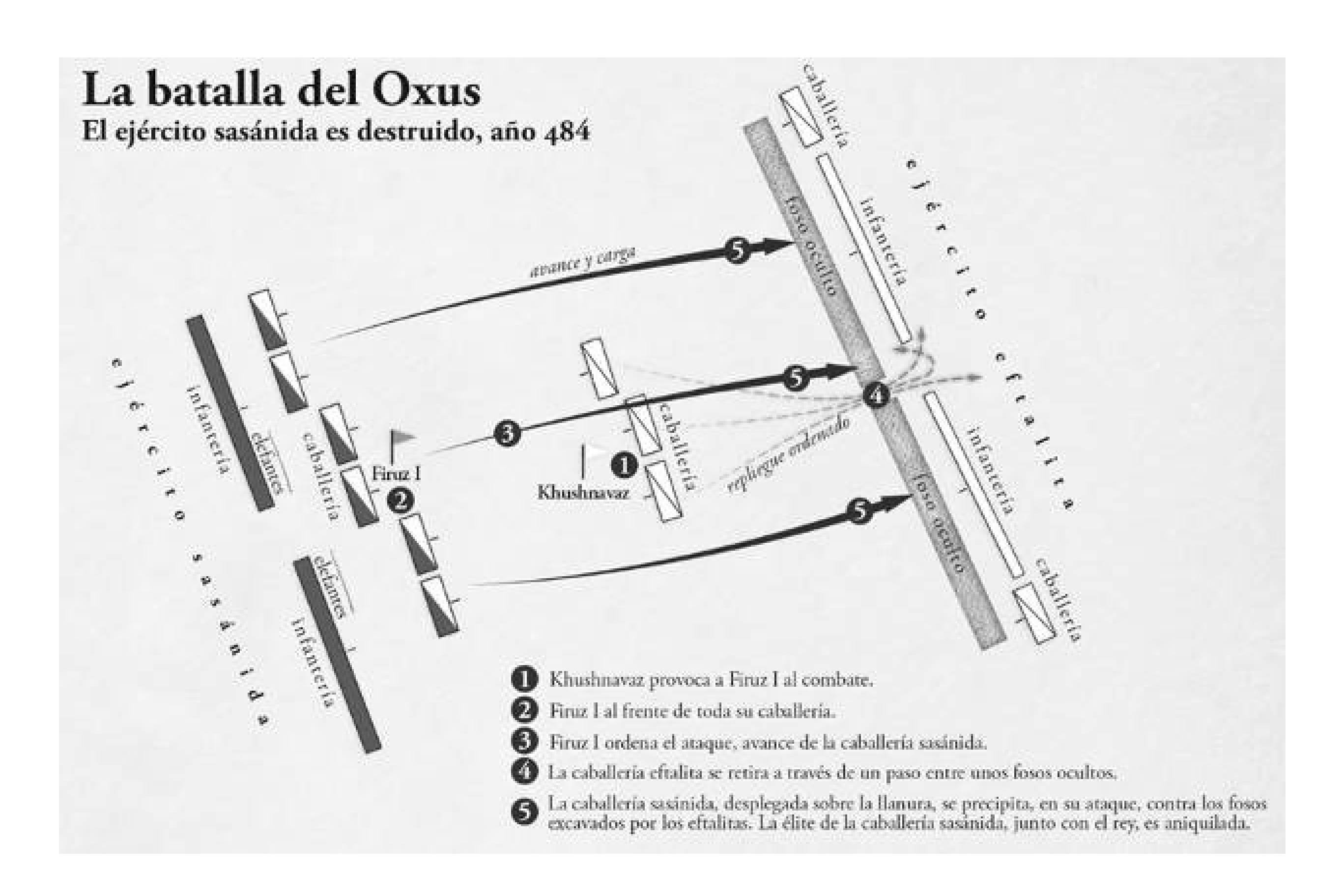
EL CONTEXTO HISTÓRICO: DE LOS ORÍGENES AL IMPERIO UNIVERSAL

El origen de los sasánidas está envuelto en leyendas. Lo único cierto es que hacia el año 150 de nuestra era, Sasán, fundador de la dinastía sasánida, aparece como sumo sacerdote de Anahita, diosa de la luna y la fertilidad, en el gran templo de Istakhr, una ciudad de Fars, la Pérside o Persia propiamente dicha de los antiguos. El hijo de Sasán se alzó hasta el trono de toda Fars y su nieto, Artashir o Ardashir I, se sublevó contra el «rey de reyes» de Partia y lo derrotó en el año 224 acabando con el Imperio parto y creando un nuevo Imperio persa que pronto, merced a su genio militar, administrativo y organizador, fue capaz de poner en jaque a Roma y de conquistar a otro de los grandes imperios del momento: el de los juchanas.

El ascenso de Persia fue tan formidable en el siglo III que Roma fue reiteradamente vencida y humillada y se vio obligada a reformar, renovar y transformar sus ejércitos, sus estructuras fiscales y económicas e incluso su sociedad, para sobrevivir a la formidable crisis que padeció en el siglo III en buena medida propiciada, o al menos muy agravada, por la presión sasánida.

El siglo IV contempló una lucha implacable entre Roma y Persia por la hegemonía mundial. Pero en 385 ambos imperios llegaron a una paz estable y estuvo bien que lo hicieran, pues los bárbaros llamaban a sus puertas y en el siglo siguiente, el V, ambos, Bizancio y Persia, tuvieron que centrarse en sobrevivir.

A Persia le tocó enfrentar a los kidaritas y a los chionitas y, tras estos, y sobre todo, a los hunos eftalitas. Estos últimos aniquilaron a la mayoría del ejército persa y con él a su rey en una gran batalla librada en Asia Central en 488. La derrota fue de tal magnitud que Persia se sumergió en una crisis sin precedentes y hasta su rígida sociedad, organizada en castas, parecía a punto de saltar por los aires al surgir entre su pueblo una doctrina revolucionaria y radical, el mazdaquismo, que, entre otras cosas, predicaba la comunidad de bienes y mujeres. La nobleza vio amenazada su supervivencia y el caos se apoderó del país y ello justo cuando los hunos eftalitas se enseñoreaban del oriente del Imperio e imponían a Persia un pesado y humillante tributo.


La batalla del Oxus
El ejército sasánida es destruido, año 484
caballería
infantería
foso oculto
ejército eftalita
avance y carga
5
4
3
1
2
caballería
repliegue ordenado
Firuz I
Khushnavaz
infantería
elefantes
caballería
ejército sasánida
elefantes
infantería
foso oculto
infantería
caballería
1 Khushnavaz provoca a Firuz I al combate.
2 Firuz I al frente de toda su caballería.
3 Firuz I ordena el ataque, avance de la caballería sasánida.
4 La caballería eftalita se retira a través de un paso entre unos fosos ocultos.
5 La caballería sasánida, desplegada sobre la llanura, se precipita, en su ataque, contra los fosos excavados por los eftalitas. La élite de la caballería sasánida, junto con el rey, es aniquilada.



Tras múltiples luchas y peripecias, con el apoyo de los hunos eftalitas y de los revolucionarios mazdaquitas, un príncipe sasánida, Khavad I, logró asegurarse el trono y, tras consolidarse en él, puso coto a los extremistas mazdaquitas, «ató en corto» a la gran nobleza y comenzó a devolver a Persia su poderío militar y económico.

El hijo de Khavad, Cosroes I Anusirwan (531-579), es decir, «el del alma inmortal», subió al trono en 531 y puso en marcha una serie de grandes reformas militares, fiscales, administrativas y económicas que transformaron Persia y la dotaron de un poderío impresionante. Este sería el gran rival de Justiniano. En 541, condujo al nuevo ejército persa surgido de sus reformas contra la Mesopotamia y la Siria romanas y tomó la tercera ciudad del Imperio romano: Antioquía. A partir de ahí, las guerras se sucedieron en un continuo vaivén de victorias y derrotas en las que ninguno de los dos imperios se alzaba con una ventaja decisiva y en las que el Cáucaso, Armenia, la Alta Mesopotamia y los límites arábigos de Siria eran los ensangrentados campos de batalla. Pero en 557 Cosroes I firmó una apresurada tregua. Lo hacía no porque sus ejércitos no pudieran continuar la lucha contra los romanos en el frente occidental de su Imperio, sino porque los necesitaba en su frontera oriental.

En efecto, los hunos eftalitas, que mantenían a Persia bajo una humillante situación de vasallaje, tenían problemas: un nuevo Imperio de las estepas se había alzado en lo

que luego sería Mongolia y ese nuevo poder, el de los tu-kiu o turcos kok, acababa de proponer a la Persia sasánida una alianza para atacar juntos a los hunos eftalitas y dividirse su Imperio. Cosroes I aceptó y sus ejércitos se desplazaron desde el Cáucaso al Jorasán y en una gigantesca «maniobra de tenaza» confluyeron junto a los de los turcos sobre territorio eftalita. Estos fueron destruidos y Cosroes I entabló una gran alianza con los turcos kok que reabrió la Ruta de la Seda, situó la frontera en el Oxus (Amu Daria) y le permitió en los años siguientes continuar su expansión en oriente llevando a sus ejércitos hacia la India y sus flotas hasta Ceilán y África oriental antes de dirigir a los unos y a las otras hacia el sur de Arabia. Allí se enfrentó con el Imperio de Axum –aproximadamente la Etiopía y la Eritrea actuales– y se apoderó del solar del antiguo reino de Himyar (Yemen).

De modo que a la *recuperatio* justinianea que contempló cómo el dominio bizantino se extendía hasta el lejano occidente, hasta las Columnas de Hércules, Persia podía oponer el éxito de su propia *recuperatio* que había visto cómo se extendía su poder hasta la India, el océano Índico y Yemen. Desde esta perspectiva global, ambos imperios, el romano y el persa, habían visto cómo su poder se incrementaba y renovaba en el siglo VI y aunque en 561 habían terminado firmando una paz que consolidaba la tregua de 557 y garantizaba una suerte de equilibrio entre ambas potencias, estaba claro que la acumulación de poder y energía llevaría a ambos imperios a volver a disputarse la hegemonía sobre el mundo antiguo.

Así fue. En 572 la irresponsable y agresiva política exterior de Justino II llevó a una nueva y gran guerra entre ambas potencias. El soberano había logrado aliarse con los antiguos amigos de Cosroes I, los turcos kok que querían desembarazarse de los persas como intermediarios en la Ruta de la Seda y buscó, asimismo, la alianza con el Imperio axumita. Pero Cosroes I logró detener a turcos y a axumitas e infligir graves derrotas a los romanos.

Pero, al alcanzar 576, tras sufrir una grave derrota en Melitene, donde el propio gran rey estuvo a punto de ser capturado, situación que evitó cruzando el Éufrates a lomos de uno de sus elefantes de guerra, estaba claro que la guerra se volvía favorable para Bizancio.

Cuando en 579 Cosroes I murió, dejaba tras de sí un imperio mucho más grande y poderoso que el que encontró, es cierto, pero amenazado en todas sus fronteras. Su heredero, Ormuz (579-589) continuó la guerra contra los romanos. Pero, no obstante algunos éxitos puntuales, fue una guerra cada vez más desastrosa para el *Eranshar* . Además, los turcos kok seguían presionando en la frontera oriental y su poder, empujando a los ávaros hasta más allá del río Don, llegaba ya al Cáucaso norte y amenazaba también en esa frontera norteña de Persia. La situación era crítica, pero en 588, Bahram Chobin, un gran general persa, derrotó de forma decisiva a los turcos en la

batalla del Oxus, y llevó sus estandartes hasta el Yaxartes (Sir Daria) pero la envidia que dicha victoria generó en el rey de reyes y el fracaso de Bahram Chobin ante los romanos en el Cáucaso, motivaron que Ormuz tratara de deponer al general y que este se sublevara y reclamara el trono para sí. Por primera vez en la historia sasánida, un pretendiente al trono no pertenecía a la casa de los sasánidas.

Ormuz, vencido por los romanos y sorprendido por la rebelión de Bahram Chobin, no pudo evitar que su propio hijo, Cosroes, encabezara un golpe palaciego que lo destronó. El nuevo y joven monarca, Cosroes II fue incapaz de contener al rebelde Bahram Chobin y tuvo que huir a Bizancio para ponerse bajo la protección del emperador de los romanos.

Bizancio apoyó a Cosroes II. El joven y exiliado *shahansha* apeló al emperador Mauricio recordándole en una carta que ellos, Persia y la Romania «eran los dos ojos del mundo» y que, por ende, el mundo necesitaba a los dos Imperios. Mauricio envió, entonces, 40 000 soldados romanos y un préstamo de guerra de más de 800 000 sólidos áureos para apoyar a Cosroes II. Este logró reunir a 20 000 partidarios persas y con todo ello, con romanos y persas, se enfrentó en Ganzak al ejército persa de Bahram Chobin integrado por 40 000 hombres y por varias docenas de elefantes de guerra. La victoria fue para Cosroes II que se ganó el sobrenombre de *Parvez* , «el victorioso» y entró triunfante en su capital, Ctesifonte, escoltado por el ejército romano que le había devuelto el trono.

Ese mismo año de 591 Cosroes II firmó un tratado de paz con Bizancio por el que le devolvía con creces el préstamo de guerra, le entregaba una serie de territorios clave en Armenia, Mesopotamia y el Cáucaso y reconocía a Mauricio, el emperador de los romanos, como «padre y señor». Cosroes II aprovechó, además, los siguientes años de paz con Bizancio para restaurar el orden interno de su Imperio. Derrotó una sublevación de sus tíos y llevó luego sus ejércitos a la India y a Asia Central. Se anexionó el hasta entonces reino vasallo árabe de los lakhmíes y llevó a cabo una inteligente política económica a la par que reforzaba el ejército y ponía a su cabeza competentes generales.

En 602 se le presentó una gran ocasión: Mauricio, su «padre y señor» había sido asesinado por un usurpador, Focas, y con ello tenía el perfecto *casus belli* para invadir la Romania y tratar de sacar provecho de la convulsa situación en la que de repente se veía sumergida su gran rival.

Entre 603 y 611 los ejércitos de Cosroes II destrozaron la hiperfortificada frontera romana, conformada por docenas de ciudades fortificadas y fortalezas, y avanzaron hasta Siria y Capadocia ocupando toda Armenia y Mesopotamia. En 613, bajo los muros de Antioquía, los persas derrotaron al nuevo emperador romano, Heraclio, y

conquistaron toda Siria para caer sobre Palestina y tomar al asalto Jerusalén en 614. La Vera Cruz, la más sagrada reliquia, fue llevada a Ctesifonte junto con 35 000 cautivos y entregada a la reina de las reinas de Persia, Shirin, la esposa principal de Cosroes II y una devota cristiana monofisita.

Tampoco ahora se detuvieron los triunfantes ejércitos sasánidas. Egipto, el «motor económico» del oriente romano fue invadido a finales de 617 y Alejandría fue tomada en 619 para convertirse en la gran base naval persa del Mediterráneo. En 622, el Imperio persa aqueménida parecía haber resucitado y Cosroes II gobernaba desde las fronteras de Libia y Nubia a las de la India y desde el Cáucaso al Yemen. Ese mismo año, 622, una flota persa atacaba Creta, Rodas, Samos y Cos y alcanzaba el Helesponto a la par que un ejército persa se adentraba en Asia Menor y saqueaba la región hasta llegar a Ancira (Ankara), Sardes y Éfeso. Los ejércitos persas parecían invencibles. Pero ¿cómo eran esos ejércitos? ¿Cómo eran las fuerzas surgidas de las reformas de Cosroes I y que habían llevado a Cosroes II a tan grandes triunfos?

LAS REFORMAS DE COSROES I ANUSIRWAN

Si hay un monarca que en Oriente encarne el poder y la pompa ese es Cosroes I. No es de extrañar. En su capital, Ctesifonte, al sur de la actual Bagdad y en el siglo VI una enorme ciudad doble de más de 500 000 habitantes, se alzaba un palacio cuyo gran *Iwan* o puerta monumental abovedada asombraba a todo aquel que la contemplara, hasta el punto de que la corte persa era simplemente conocida como «La Puerta» un nombre que haría fortuna y pasaría a otras cortes orientales hasta llegar a la del Imperio otomano. Tras atravesar el gran *Iwan* uno penetraba en la gran sala del trono de Cosroes I. Allí estaba el rey de reyes, sentado sobre un trono de oro macizo con incrustaciones de turquesa y marfil alzado sobre los áureos lomos de dos caballos alados hechos, asimismo, de oro puro. El gran rey sostenía entre sus rodillas su espada desenvainada y sobre su cabeza, colgando de una cadena de oro y plata, flotaba la enorme corona de oro, plata, perlas y piedras preciosas de 96 kilogramos de peso que simbolizaba su poder. A sus pies, recubriendo toda la sala, se hallaba una sorprendente y enorme alfombra: *Bahari Kisrá* , «la primavera de Cosroes» en la que se representaban unos jardines primaverales donde los árboles, las flores, los estanques y arroyos, los pájaros… se habían bordado con hilos de oro y plata y engarzando miles de esmeraldas, rubíes, zafiros, granates, lapislázulis, amatistas, turquesas, perlas… A un lado del trono real, más pequeños y sencillos, había otros tres tronos vacíos: uno estaba reservado al emperador de los romanos, el otro al jagán de los turcos kok y el tercero al emperador de China. Cosroes esperaba poder obligarles a prestarle vasallaje y a que acudieran a su corte a rendirle pleitesía. [2]



Figura 63: El gran *Iwan* , la puerta monumental que daba entrada al palacio de los reyes sasánidas en Ctesifonte, y que actualmente es todo lo que queda en pie de la antaño orgullosa capital persa, abandonada tras la conquista árabe a mediados del siglo VII.

Pero dejando de lado la brillante propaganda imperial que acabamos de mostrar, lo cierto es que Cosroes I podía sentirse satisfecho. Su Imperio había alcanzado unas cotas de poder como no había tenido Persia desde los días de los grandes reyes aqueménidas novecientos años atrás. Y Persia se lo debía a él, a Cosroes y a su genio reformador.

En primer lugar, este ya se había atraído el apoyo de la nobleza y del alto clero mazdeísta al conseguir, cuando todavía era príncipe, que su padre dejara de lado a los mazdaquitas. Ahora, ya en el trono, los persiguió y casi los exterminó. Era el momento de retornar Persia a la estabilidad social y, para ello, ordenó a los campesinos que habían ocupado las tierras de los nobles o de los magos durante la revolución mazdequita que las devolvieran. Asimismo, se ordenó la reconstrucción de las casas y palacios destruidos por los revolucionarios y que las mujeres obligadas a casarse a la fuerza por los mazdaquitas volvieran con sus familias acompañadas de una dote pagada por los culpables y con sus hijos reconocidos como legítimos. El tesoro imperial se empeñó, además, en reconstruir puentes, fortalezas, presas, canales, etc., destruidos durante los años de conflicto social y el rey volvió a hacer de Persia un país de castas: nobleza o guerreros, sacerdotes o magos, funcionarios y campesinos, comerciantes y artesanos. Cada una de ellas rígidamente separada de las demás. Los miles de huérfanos que la revolución había provocado entre la nobleza, el sacerdocio y el funcionariado fueron llevados a la corte real y educados a expensas del rey que, de esta manera, se dotó de una suerte de «nobleza de servicio» fiel por completo a su persona. [3]

Restablecido el orden social, Cosroes afrontó la reforma fiscal de su Imperio. Hasta ese momento los impuestos se cobraban en especie y se basaban en un complicado sistema que consistía en que los funcionarios visitaban los campos en el momento de la cosecha para tasar esta y según su tasación, se imponía el impuesto. El sistema era engorroso y perjudicial para todos. Para el tesoro, porque obligaba a mantener a miles de pequeños funcionarios que, además, solían mentir sobre la tasación de las cosechas y para el campesinado porque no podía recoger las cosechas hasta que se tasaran y, a menudo, los funcionarios llegaban tarde y las mieses se pudrían en los campos o se perdían. Ahora Cosroes puso en marcha un nuevo sistema por el que se realizó un

exhaustivo catastro de todo el reino: tamaño de las propiedades agrícolas, qué producían (trigo, dátiles, granadas, etc.), así como un censo de los pobladores indicando su edad. Esa meticulosa información se comprobaba y se guardaba y, de acuerdo con ella, se hacía un cálculo promedio de los impuestos de tal o cual lugar y se imponía no ya en especie, sino en moneda de plata y pagadero en tres cuotas anuales. El sistema permitía al tesoro real estimar sus ingresos anuales mientras el catastro en curso estuviera vigente y, además, ya no tenía que comprobar las cosechas año tras año. Para los campesinos, comerciantes y artesanos también fue una mejora pues el catastro y el censo estimaban su riqueza real y les imponían un tributo aceptable y previsible que ya no dependía de la venalidad de los funcionarios, pues se hacían varias copias de ellos que, además, eran de conocimiento general, por lo que los campesinos, artesanos y comerciantes sabían con exactitud lo que tenían que pagar. Junto con este impuesto sobre la producción, Cosroes I creó uno nuevo: una capitación personal que debían de abonar en tres pagos todos los varones de entre 20 y 50 años que no pertenecieran a la nobleza, a la casta guerrera, al sacerdocio o al funcionariado real. [4]

El nuevo sistema generó mucha riqueza y llenó las arcas del tesoro real. Además, Cosroes I aseguró el gran comercio internacional del que Persia era el inevitable cruce de caminos entre la India, China y Bizancio. Persia prosperó y el soberano sasánida dispuso de cuantiosos recursos para invertir en obras hidráulicas y en planes de colonización agrícola que generaron aún más riqueza y, sobre todo, dispuso de dinero abundante para su siguiente paso: la reforma militar y administrativa.

Hasta ese momento, Persia había dependido en buena medida de los ejércitos particulares de las seis grandes familias partas aliadas de los sasánidas y que junto con estos últimos constituían la alta nobleza del Eranshar: los Mihran, Suren, Ispabudan, Guiw, Karen y Rayi y, sobre todo, de los *azadan* «la nobleza media», para formar sus ejércitos. En efecto, los *azadan* tenían la obligación en caso de que se iniciara una guerra de presentarse ante el *shahansha* a la cabeza de una comitiva armada y equipada a sus expensas. Los *azadan* y sus comitivas formaban el grueso de la caballería persa y una parte considerable de su infantería. A esas tropas nobiliarias, el rey sumaba las suyas propias: los *zayedan* , los «inmortales» o «diez mil» que, al igual que sus homónimos de época aqueménida eran una tropa de élite, pero en este caso de caballería pesada, que sumaba 10 000 efectivos y los *pushtigban* , la guardia real, que estaba formada por 1000 hombres armados también como caballeros. El rey contaba, además, con las tropas que los pueblos vasallos del Imperio, los árabes lakhmíes, los íberos y los albaneses del Cáucaso, etc., tenían que proporcionarle y las levas de campesinos que estaban obligados a servir al rey como infantería ligera. Se componía así un ejército potente pero poco cohesionado y en el que los contingentes nobiliarios dependían de la fidelidad de las seis grandes casas y de los *azadan* y de su celo militar. Pues, con frecuencia, o no cumplían con sus obligaciones o lo hacían de mala gana y enviaban una hueste escasa, o mal equipada. Para colmo de males, esos contingentes nobiliarios se debían más a su

señor que al lejano *shahansha* y salvo los propios *azadan* , adiestrados desde niños en las artes de la guerra, y su guardia personal, el resto eran tropas de leva de muy dudosa calidad.

Cosroes I emprendió un nuevo y más efectivo sistema militar y, para ello, contaba con los nuevos recursos de su tesoro y con los *dehqans* .

En Persia la nobleza se dividía en tres grados: la más alta nobleza que estaba compuesta por las seis grandes familias de origen parto ya mencionadas y por los miembros de la familia sasánida. [5] Luego venían los *azadan* , literalmente «hombres libres» que no eran sino los descendientes de los *maryianni,* la casta guerrera de los antiguos arios que invadieron Asia Central e Irán hacia el 1500 a. C. y que habían sobrevivido a medos, aqueménidas, seléucidas y a arsácidas partos para seguir constituyendo la columna vertebral de la nobleza irania. Estos *azadan* habitaban en pequeñas fortalezas y controlaban varias aldeas y extensos predios. Ellos eran los que formaban el grueso de la caballería pesada sasánida desde el siglo III.

Por último, estaban los *dehqans* , «la nobleza menor». Estos últimos eran los jefes de aldea. Campesinos ricos que disponían de una mediana hacienda que, sin embargo y en muchos casos, no les permitía costearse un caballo de guerra y las gravosas armas de un caballero persa. Pero, aunque el *dehqan* lograra disponer del pecunio suficiente como para pagarse el equipo de un *clibanarii* persa, no podía dedicar todo su tiempo a adiestrarse convenientemente, pues tenía que atender su hacienda ya que dependía de ella por completo. Y es que servir en los ejércitos del *shahansha* no les reportaba ningún sueldo y por eso les era gravoso en extremo y muchos trataban de evadir sus obligaciones militares o, de no hacerlo, servían mal equipados, armados y adiestrados. [6]

Pero ahora Cosroes I disponía de un tesoro bien provisto. Así que ordenó a los jefes del ejército que convocaran a los *dehqans* a revista y que examinaran su equipo militar y lo completaran a expensas del erario público. Además, el *shahansha* ordenó que, a partir de ese momento, los *dehqans* recibieran una soldada regular y constante por su servicio como caballeros. De esta manera, la nobleza menor, los caballeros o *dehqans* , pasaron a estar espléndidamente equipados por las armerías reales y a contar con un buen sueldo por sus servicios al rey. Todo esto dotó a Cosroes I de una enorme caballería pesada que ahora sí contaba con los recursos para combatir de forma adecuada y que estaba ligada a él, pues era de Cosroes, del soberano, de quien recibía armas, equipo y sueldo. Con ello, el monarca se libraba en buena medida de la dependencia militar que hasta entonces el trono persa había tenido de las seis grandes familias partas y de los *azadan* . Ejército y trono se reforzaban y los recursos militares de Persia aumentaron de forma significativa. [7] Ningún otro estado de la época contaba con una caballería tan bien equipada, adiestrada y numerosa como la persa.

Los *dehqans* , además, y conscientes de lo mucho que la nueva situación elevaba su nivel de vida y su prestigio, se volcaron en el servicio a la Corona y desarrollaron un espíritu de clase, de casta guerrera, que los centró en su papel de luchadores al que ahora sí dedicaban todo su tiempo y del que extraían ahora un orgullo de casta que les permitió sobrevivir a la conquista árabe y pervivir largos siglos en la Persia islámica como grupo dominante.

La siguiente medida que Cosroes I tomó en el plano militar supuso la instalación de tropas a su servicio en todas las fronteras del reino en condición de soldados campesinos dotados de tierras y con sueldo regular a cambio de la defensa de los límites del Imperio. Dichas tropas fueron reclutadas entre vigorosos campesinos del norte de Irán, o entre los pueblos montañeses más belicosos de Persia como los bariz o los tchole, o entre los guerreros de pueblos bárbaros como los alanos del Cáucaso, los abasgianos o los akatzires, a los que, tras ser capturados, se les ofrecía la oportunidad de instalarse en Persia a cambio de servir con las armas al *shahansha* . Se lograba así un doble objetivo: atemperar los ímpetus rebeldes de pueblos guerreros que ahora pasaban a custodiar las fronteras y asegurar estas últimas. [8]



Figura 64: Esta cabeza de plata de un monarca sasánida, datada en el siglo IV, es un ejemplo señero de la metalistería persa. El artista parece haber querido más transmitir sentido de majestad y de poder que conseguir un retrato realista, aunque algunos detalles permiten suponer que el rey representado podría ser Sapor II (310-379). Metropolitan Museum, Nueva York.

Las fronteras fueron aún más reforzadas si cabe con la construcción de una miríada de fortalezas y mediante la reparación de fortificaciones antiguas como la muralla y fuertes que cerraban el paso caucásico del Derbent o como las que protegían la frontera arábiga de Persia. Cosroes I Anusirwan mandó, además, levantar una impresionante

muralla que podía rivalizar con la de Adriano y que, no obstante, es, por lo general, desconocida: la muralla de Gorgán. Erigida en la región sudoriental del Caspio, arrancaba desde las montañas que bordean este mar y se internaba unos 120 km en la árida estepa que forma el Turquestán sudoccidental. Dotada de un ancho foso, torres y fortines, la muralla de Cosroes I aseguraba ese tramo fronterizo frente a las incursiones de los pueblos turcos de la región. [9]

El siguiente paso en el reforzamiento de sus ejércitos y de la defensa de su Imperio, lo dio Cosroes I al crear una infantería pesada de línea. Persia ya había contado con una magnífica infantería regular en los días de Artashir y Sapor I (siglo III), pero en los siglos IV y V esa infantería pesada irania había desaparecido y Persia lo había fiado todo a su excelente caballería quedando sus infantes relegados a una infantería ligera, mal armada, peor adiestrada y levantada mediante levas forzosas de campesinos que solo servían como carne de cañón, como zapadores o como criados. Y esto hasta el punto de que, para los historiadores romanos, dichos infantes persas ni siquiera merecían el nombre de soldados. [10]

Pero las recientes guerras con los ejércitos de Justiniano habían demostrado a Cosroes I que por muy buena que fuera su caballería pesada, esta no podría vencer ni a romanos ni a hunos eftalitas, si no contaba con el apoyo de una infantería pesada capaz de combatir en orden cerrado y de quebrar las cargas enemigas. Para dotarse de tal cuerpo de infantes recurrió a los dailamitas, un poderoso pueblo montañés del norte de Irán que habitaba y habita en las montañas situadas al sur del Caspio y los armó de forma magnífica. Con sus cotas de malla, yelmos, pequeños escudos sujetos al brazo izquierdo, con sus cortas lanzas, espadas rectas de larga hoja, adornadas en su empuñadura con la «pluma de Varanga», la mítica ave de la guerra, y sus hachas de pesado filo, con puñales y arcos compuestos, los dailamitas conformaron una formidable infantería de choque capaz de enfrentarse a la mejor infantería pesada bizantina y de quebrar en orden cerrado la carga de cualquier caballería. [11] Feroces, disciplinados y tan aptos para pelear en el llano como para llevar a cabo una guerra de guerrillas en las montañas o en los bosques, a los que estaban acostumbrados por su origen montañés, los dailamitas participaron en todas las guerras de Cosroes y batallaron desde el Cáucaso al Yemen. [12] Pronto se ganaron el respeto de sus enemigos. De tal manera que los árabes musulmanes los enrolarían en sus ejércitos con un sueldo mayor que el percibido por las tropas árabes y sin necesidad de exigirles conversión alguna al islam. [13]

Junto a los dailamitas y para incrementar esa infantería de línea, Cosroes I reclutó a campesinos de las montañas de Media. Hombres fuertes que también formaron excelentes unidades de infantes de línea.

Ahora, Cosroes I Anusirwan contaba con una excelente caballería pesada cuyo número y fidelidad había incrementado de modo notable y con una infantería pesada bien armada, adiestrada y combativa. Para la caballería ligera, Persia siguió dependiendo de auxiliares y mercenarios proporcionados por pueblos vasallos o fronterizos como los árabes lakhmíes, o como los sabiros y eftalitas de las estepas norcaucásicas y turquestanas. La infantería ligera siguió estando formada por grandes contingentes de campesinos con un armamento pésimo y sin instrucción militar adecuada y por pequeños pero muy efectivos cuerpos de arqueros a pie.

Con un ejército reforzado y ampliado, el siguiente paso era dotarlo de una adecuada estructura, despliegue y cadena de mando. Y es que, hasta entonces, en el Eranshar había habido un único comandante del *spah* , «del ejército»: el *eran spahbad* . Semejante acumulación de poder en una sola mano era poco recomendable. En primer lugar porque suponía un constante peligro para el trono y, en segundo lugar, porque teniendo en cuenta las múltiples fronteras, ejércitos y peligros, era poco operativo. Cosroes puso remedio a este problema dividiendo el Imperio en cuatro grandes distritos militares llamados *padhgos* : el *padhgos* de Abhakhtar, que incluía todas las provincias del norte del Imperio desde la Iberia caucásica hasta Gorgán, pasando por la Media Atropatene (desde la actual Georgia a la frontera de Irán con Turkmenistán); el *padhgos* de Khvarasan, que incluía las provincias del oriente del Imperio, Jorasán, Kermán y Sacestán; el *padhgos* de Nemroz, que controlaba las provincias del sur, como Fars y Juzistán, así como las tierras árabes del golfo Pérsico y Arabia meridional sujetas a Persia: sur de Iraq, Kuwait, Qatar, Bahréin, Dubái, Omán y Yemen actuales; y, el *padhgos* de Khvarvaran, el occidente, que incluía el Arak, «la tierra baja» que daría lugar al Iraq árabe, y las provincias centrooccidentales de Irán: Hamadán e Ispahán. Al frente de cada uno de estos *padhgos* , Cosroes I colocó a un *spahbad* o *padhgostan* , que tenía en su mano todo el poder militar y civil en las provincias que conformaban su *padhgos* . Así que, ahora, Persia contaba con cuatro grandes *spahbad* en vez de uno solo. Eso impedía una excesiva concentración de poder en una sola mano a la par que aseguraba una mejor defensa de las fronteras y una mejor distribución de la fuerza. Además, en caso de necesidad, el *shahansha* podía ordenar a uno o varios de los *spahbad* que reuniera a sus tropas y marchara en auxilio del lugar donde se le necesitara independientemente de si estaba en el área de su *padhgos* o no.

La concentración de los poderes civiles y militares en una sola mano, la del *spahbad* , y la división del ejército en cuatro grandes divisiones, con asentamiento de soldados-campesinos en las fronteras y con soldadas regulares que completaban los ingresos obtenidos de sus parcelas, ha llevado a algunos a pensar que esta reforma militar y administrativa de Cosroes I influyó directamente en la posterior reforma *thematica* del Bizancio de la segunda mitad del siglo VII. Es posible, pero lo que es seguro es que influyó notable y directamente en la futura organización de los ejércitos omeyas.

Por debajo de los *spahbad* de los cuatro *padhgos* estaban los cuatro grandes *marzban* . Eran los lugartenientes de los *spahbad* y su título, *marzban* , fue adoptado por pueblos de la estepa y, a través de ellos, llegó a Europa y dio origen al término margrave. A menudo eran los que llevaban al ejército al campo de batalla y su prestigio y poder eran tal que también recibían los títulos de *ashab* y *tugur* , es decir, de «reyes menores».

Junto al *spahbad* del *padhgos* estaba el *framandar* , una suerte de maestre de campo, que asesoraba al *spahbad* cuando se planteaba una batalla campal y que, junto con el gran *marzban* , solía mandar una de las tres alas o secciones en que solía dividirse un ejército en la batalla. Luego estaban los *marzban* provinciales, uno para cada una de las provincias que componían un *padhgos* . Estos *marzban* provinciales mandaban las tropas locales y aseguraban el orden, el gobierno y la defensa de sus provincias.

Por debajo de los *marzban* provinciales estaban los *istandarws* , literalmente, «jefes de distrito» pues eso significaba *istan* , «distrito» y cada provincia contaba con varios.

Con ellos: *spahbad* , grandes *marzban, framandar, marzban* provinciales e *istandarws* , se configuraba una organización territorial y administrativa del *spah* , es decir, del ejército persa, que contaba, además, con una cadena de mando táctica que complementaba y articulaba la anterior.

Para asegurar el buen funcionamiento de la nueva organización militar y, en especial, de la efectividad del reclutamiento, equipamiento y adiestramiento de los hombres y de las unidades, Cosroes I creó un cuerpo de inspectores militares puestos a las órdenes de dos altos oficiales: el *eran birawan* , o «jefe de la oficina», *iwan* , «central militar», y el *eran ambaragbed* , o «inspector general», a cuya inspección quedaban sujetos todos: desde el mismísimo *shahansha* , el «primero de los guerreros» hasta el más ínfimo soldado de tropa. Una vez al año, el *eran ambaragbed* llamaba a una revista general en la que los soldados desfilaban ante él para que pudiera inspeccionar sus armas, equipo, caballo, disciplina y habilidad. En caso de no superar la revista, el soldado y sus mandos eran amonestados y multados. El celo del *eran ambaragbed* era tal que en cierta ocasión recriminó al mismísimo *shahansha* , Cosroes I, que se presentara a la revista sin portar una pieza del equipo debido a un *savaran* . El rey aceptó la reprimenda. [14]

Pocas veces un imperio tan grande ha sido sometido a un plan de reformas tan completo y extenso y pocas veces dio tan buen resultado. Ahora, conocida la estructura general y la división territorial del *spah* sasánida, vamos a conocer sus unidades tácticas, sus mandos y su despliegue.

UNIDADES Y MANDOS

Las unidades del ejército persa sasánida se estructuraban de acuerdo con una organización decimal de la fuerza y la rígida estructura social del Imperio.

A la cabeza del *spah* estaba el *shahansha* que era considerado el primero de los guerreros del Imperio. Estos, los *savaran* , los «caballeros», eran una casta y formaban también un subgrupo religioso dentro del mazdeísmo o zoroastrismo medieval: la casta de los guerreros. Se los listaba a parte y contaban con su propio templo del fuego: el actual Tep Suleyman, en el noroeste de Irán. El *shahansha* recibía instrucción militar desde niño y, desde las reformas de Cosroes I Anusirwan, estaba obligado a presentarse en las revistas generales. El *shahansha* solía marchar al frente de su ejército, pero en 576, tras estar a punto de ser capturado por los romanos en Melitene, dictó una ley que prohibía al *shahansha* marchar a la cabeza del ejército a no ser que el emperador romano hiciera lo propio. La ley no duró mucho, pues su nieto, Cosroes II Parvez, condujo en varias ocasiones en persona a su ejército y hasta se enzarzó en combates cuerpo a cuerpo.

Como ya vimos, por debajo del *shahansha* estaban los cuatro grandes *spahbad* de los *padhgos* . En teoría, cada uno de estos *spahbad* comandaba un cuarto del ejército, pero en la práctica eran los *spahbad* de Khvarvaran, el occidente, y *Abhakhtar* , el norte, los que contaban con más tropas y los de Khvarasan, el este, y Nemroz, el sur, los que disponían de menos efectivos.

Luego venían los cuatro grandes *marzban* , el *framandar* , los *marzban* provinciales y los *istandarws* .

Pero junto con esta organización territorial y administrativa que aseguraba el despliegue ordenado en el territorio, existía una organización y división táctica y efectiva de la fuerza de combate que, agrupada en unidades, se dividía así: en la base estaba el *washt* , una unidad formada por 100 hombres y capitaneada por un oficial llamado *washt-salar* o *washt-sardar* . Además, 10 *washt* formaban un *drafsh* de 1000 hombres a cuyo mando estaba un *drafsh-sardar* , «jefe de un estandarte» o *hazarbad* , «jefe de mil». Y 10 *drafsh* componían un *gund* de 10 000 soldados a cuyo mando estaba un *gund-sardar* . Varios *gunds* formaban un *spah* o ejército, en donde las unidades de caballería podían quedar agrupadas bajo el mando de un *savaran-sardar* y las de infantería bajo las de un *paighan-sardar* , quedando el conjunto del ejército bajo las órdenes de un *framandar* o del superior de este, el *spahbad* , o bien, en ocasiones, bajo las del mismísimo *shahansha* . [15]

Los *drafsh* , literalmente «estandartes», eran la verdadera unidad tipo del Ejército sasánida. A menudo, se reunían varios *drafsh* sin tener que constituir un *gund* y dentro de los *drafsh-sardar* había varios grados. Los estandartes de estas unidades tenían un

fuerte carácter simbólico. Perderlos se consideraba un deshonor y se custodiaban con verdadero fervor religioso.

Por otra parte, es posible que la organización decimal arriba esbozada se aplicara solo a las unidades de caballería y de infantería ligera, [16] mientras que los arqueros de línea, los dailamitas y el resto de unidades de infantería pesada, se ordenaran en *washt* de 100 hombres y *drafsh* de 1000 que podían agruparse en unidades superiores que no sobrepasaban los 4000 efectivos en vez de los 10 000 de un *gund* .

HOMBRES DE HIERRO Y SEDA: CLASES DE UNIDADES Y SOLDADOS

Los cuerpos de élite y guardia

Sin duda, la unidad más célebre y los soldados persas sasánidas más afamados en su tiempo eran los *zayedan* o «inmortales». En esto, como en otras muchas cosas, los sasánidas copiaron conscientemente a los aqueménidas. Los sasánidas tenían una extraña relación con el pasado persa. Por un lado, inventaron una historia mítica que justificaba su poder y oscurecía el de las dinastías históricas precedentes: arsácidas y aqueménidas. Por otro, eran muy conscientes de los grandes hechos y logros de los grandes reyes aqueménidas. [17] En el caso que aquí nos ocupa, el de los *zayedan* , su número era también igual al de los antiguos «inmortales» de Darío: 10 000 y puede que sus uniformes también se inspiraran en los de sus predecesores. Pero, al contrario que estos últimos, los *zayedan* eran un cuerpo de *savaran* , esto es, de caballeros armados pesadamente.

Los *zayedan* permanecían cerca del rey, pero algunos de sus *drafsh* podían ser destinados a campañas muy difíciles o muy duras en donde los *zayedan* formaban, entonces, un cuerpo de élite capaz de inclinar la balanza del combate a favor de los sasánidas. Los yelmos, armaduras, armas y caballos de los *zayedan* eran de lo mejor y sus miembros eran reclutados entre los mejores soldados de la nobleza irania. Su comandante recibía el título de *varthragh-nighan khvadhay* y su cercanía al *shahansha* le proporcionaba una gran influencia. [18]

Otro cuerpo de caballería de élite aún más cercano al *shahansha* era el de los *pushtigban* , que constituían la guardia real. Se ocupaban de proteger al soberano y sus palacios y, en situaciones muy concretas y al igual que los *zayedan* , podían ser destinados a reforzar ejércitos que operaran en campañas decisivas. En origen, los *pushtigban* eran 1000 hombres, pero en tiempos de Cosroes II (589-590 y 591-628) su número se elevó hasta 6000 efectivos. Su comandante era designado *pushtigban-sardar* . Los *pushtigban* eran *savaran* : caballería pesada. [19]

Otro cuerpo de guardia era el de los «arqueros reales». Una escogida tropa de 100 arqueros a pie que no se apartaba del *shahansha* y que rodeaba su puesto de mando cuando comandaba a las tropas, protegiendo al rey y al estandarte real: el *drafsh-e-kaviani* . [20]

Estos 11 100 hombres, aumentados a 16 100 a inicios del siglo VII, cumplían, pues, los mismos cometidos que los cuerpos de guardia romanos y los ejércitos de campaña de los *praesentalis* : proteger al soberano y dotarlo de un ejército central poderoso capaz de hacer frente a sublevaciones y de funcionar como ejército de reserva.

Además de los *zayedan* , los *pushtigban* y los «arqueros reales» destinados a la protección del rey y a servirle de fuerza de reserva, existían *gunds* de élite asignados al ejército regular y que destacaban por su ferocidad en el combate, su excelente armamento y equipo y su espíritu de cuerpo: los *cosrogetae* y *perozitae* . Se trataba de dos *gunds* de *savaran* fundados por Cosroes I a partir de tropas escogidas. Estos 20 000 caballeros eran la punta de lanza de la caballería noble de Persia. [21]

Un grupo especial de soldados sasánidas estaba constituido por los *avspar* o *peshmergas* , literalmente «los que se sacrifican en el combate». Los *avspar* no formaban una unidad, sino que eran guerreros, de cualquier arma, que se juramentaban para combatir hasta la muerte y no retroceder bajo ninguna circunstancia. [22]

Tropas del ejército regular

Las tropas más afamadas del ejército sasánida eran los *savaran* . Tan famosos eran que las fuentes persoislámicas son las únicas a las que otorgan el título de guerreros y las bizantinas el de soldados. Esta hegemonía de los *savaran* llegó hasta el punto de que, a menudo, al-Tabarî o Firdawsi, al narrarnos las batallas de los ejércitos sasánidas, solo los mencionan y cuentan a ellos y si no fuera porque otras fuentes atestiguan la existencia en esos ejércitos de tropas de infantería pesada y ligera, arqueros, etc., podríamos pensar que los ejércitos sasánidas solo contaban con caballería noble entre sus filas, pues eso eran los *savaran* , caballeros de estirpe noble que combatían espléndidamente montados en grandes caballos de guerra acorazados como sus jinetes.

En un principio los *savaran* eran los *azadan* , «los hombres libres», la antiquísima nobleza guerrera de Persia cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. A ellos se unían los *zayedan* y los otros cuerpos de élite que servían al *shahansha* y los *dehqans* más ricos. Solo ellos podían costear los grandes caballos de batalla y las carísimas armas y armaduras que equipaban a un *savaran* . Pero ya vimos como a partir de 533, con las reformas de Cosroes I Anusirwan, el tesoro real equipó a sus expensas a la totalidad de los *dehqans* y, con ello, la fuerza de caballería pesada de Persia creció exponencialmente

y llegó, hacia 588 y según recoge un documento salvado por al-Tabarî, a los 70 000 hombres.

La infantería pesada, en especial los bravos dailamitas, eran el orgullo de los nuevos ejércitos persas. Pero la inmensa mayoría de los infantes persas eran *paighan* , es decir, eran campesinos forzados a servir como soldados durante una o más campañas. Estaban muy mal armados y peor adiestrados y, por lo general, eran «carne de cañón» en las batallas o se les utilizaba de zapadores en los asedios o, simplemente, servían a los *savaran* y hacían guardia en los campamentos y fortalezas.

Los arqueros persas de línea, infantería muy bien adiestrada, eran magníficos. Armados con arcos compuestos simétricos, con venablos y con *akinakas* , espadas cortas de un solo filo, no se protegían con armadura alguna, sino que portaban grandes escudos de mimbre de forma rectangular que plantaban delante de ellos para tirar a resguardo. Se organizaban en unidades de 100, de 1000 y de 4000 hombres y sus comandantes recibían el nombre de *tirbat* .

Estaban adiestrados para disparar en formaciones de tres líneas que disparaban alternativamente sus arcos, de modo que una lluvia continua de flechas cruzaba el aire y devastaba las filas enemigas. También se entrenaban para retroceder sin romper sus formaciones, ni dejar de disparar y hasta podían hacerlo por encima de su hombro mientras andaban, en una versión a pie del famoso «tiro parto». [23] Estas tropas eran muy eficaces en la defensa y la emboscada. En 543, en la batalla de Anglón, 4000 arqueros persas derrotaron a un ejército bizantino de 30 000 hombres al que emboscaron e infringieron un terrible descalabro. [24]

Además de estas tropas persas, el Imperio sasánida contaba con tropas de príncipes y reyes vasallos y con fuerzas mercenarias. Entre ellas destacaba la excelente caballería pesada de los señores armenios. Esta nobleza militar armenia estaba al servicio del *shahansha* y proporcionaba excelentes contingentes de caballeros que, junto con los proporcionados por los príncipes de la Albania caucásica e Iberia (respectivamente y, *grosso modo* , las actuales Azerbaiyán y Georgia) sumarían unos 6000 caballeros.

Estaban también los árabes lakhmíes y los contingentes de eftalitas, sabiros y otros pueblos nómadas que proporcionaban la indispensable caballería ligera necesaria para ofrecer el imrescindible apoyo que necesita toda caballería pesada y realizar las demás funciones propias de la caballería ligera: explorar el terreno, realizar incursiones, hostigar al enemigo, etc.

Mención aparte merecen los elefantes de guerra. Los persas sasánidas hicieron abundante uso de ellos. A menudo, estos elefantes formaban el centro de las líneas de batalla persas. Se trataba de animales indios muy bien adiestrados a los que protegían

con armaduras de cuero y metal que revestían sus enormes cabezas y sus patas y flancos. Solían alargar el alcance de sus colmillos sujetándoles largas lanzas de ancha y afilada hoja y, a veces, se amarraban también a sus trompas cadenas de las que colgaban pesos de hierro o mazas con las que golpear a los enemigos. En sus lomos se instalaban una suerte de barquillas de mimbre, madera y cuero en las que se disponían 3 arqueros y el conductor de la gran bestia iba montado a horcajadas sobre el cuello del elefante. Como este podía enloquecer a causa del pánico o debido a las heridas que recibiera en la batalla, para evitar que el coloso se volviera contra las propias filas, su conductor llevaba sujeto al antebrazo un largo cuchillo de ancha hoja con el que atravesaba la nuca del elefante para darle muerte y evitar el caos.

Los elefantes no solo se usaban en campo abierto. Eran también muy útiles como «acorazados vivientes» en las luchas callejeras. En este caso, al penetrar en una ciudad, los enormes animales derribaban directamente las endebles casas o deshacían las barricadas, facilitando con ello el progreso de la infantería.

El prestigio guerrero de estos grandes animales era tal que, a menudo, el rey marchaba instalado en su lomo y, en 576, Cosroes I confió su seguridad a uno de sus elefantes a lomos del cual huyó cruzando el Éufrates para evitar ser capturado por los bizantinos.

En enero de 628, los sasánidas detuvieron el avance de Heraclio sobre Ctesifonte alineando 200 elefantes de guerra en las orillas del río Narbas. Heraclio, al ver la poderosa línea de elefantes flanqueada por el ejército persa y aguardando a que los romanos cruzaran el río, desistió de operación tan peligrosa.

Persia llegó a disponer de 1000 de estos animales hacia 622 y fueron muy utilizados también contra los ejércitos islámicos. En 634, por ejemplo, en la llamada «batalla del puente», los árabes fueron derrotados y puestos en fuga por la acción de los elefantes sasánidas. Mientras que, en 636, ya aleccionados, las filas árabes supieron enfrentar a estos enormes animales con éxito.

ARMAMENTO, EQUIPO Y ADIESTRAMIENTO

Las fuentes del periodo nos ofrecen gran cantidad de detalles sobre el equipamiento militar y sobre el uso de las armas y, en general, acerca del adiestramiento de los soldados persas. Todo ello, junto con las múltiples representaciones artísticas y los hallazgos arqueológicos, nos permiten estar muy informados sobre estas cuestiones.

El armamento de la caballería pesada

Los *savaran* , la caballería noble de Persia que constituía el núcleo de sus ejércitos y el grueso de su caballería, iba armada espléndidamente. Una gran escultura del siglo VII, la de Taq-e-Bostan, representa a Cosroes II equipado como *savaran* y montando su caballo de guerra, Shabdiz, igualmente preparado para la batalla. [25] La obra es detallista en extremo y junto con las precisas descripciones de al-Tabarî, Firdawsi y Mas`ûdî [26] y las representaciones de *savaran* en vajillas de plata sasánida, en sedas, murales y otras obras de arte, nos permite conocer pieza a pieza, el armamento y equipo de estos caballeros.

El *savaran* iba revestido con una armadura de placas de hierro o, más acorde con los siglos VI y VII, con cota de malla larga que le llegaba hasta las rodillas, le cubría los brazos y contaba, además, con una capucha que cubría la cabeza y que se colocaba sobre una gorra de cuero para proteger el pelo y el cuero cabelludo. La protección de la cabeza se afianzaba aún más al colocar un yelmo, *griwban* , muy cerrado y que tan solo dejaba visibles los ojos y las fosas nasales del guerrero. A veces, se añadía una coraza o peto para reforzar aún más la protección del pecho y el abdomen del guerrero. Unos guanteletes de cuero y malla de hierro, los *abdast* , cubrían las manos y los antebrazos, mientras que unas musleras de hierro y unas grebas protegían las piernas. Los pies iban calzados en altas botas con refuerzos y adornos de bronce, plata u oro. Un pequeño escudo redondo con umbo y brocal de hierro completaba el armamento defensivo del *savaran* .

El caballo de guerra del *savaran* , un animal de gran alzada y adiestrado para el combate y no solo para llevar al guerrero, iba también revestido de hierro y cuero. Llevaba un petral de cuero al que se cosían placas de hierro o una cota de anillos de este material y que recibía el nombre de *zen-abzar* . La cabeza del gran animal iba, asimismo, protegida con una testera de cuero con refuerzos de metal y el cuello se cubría con una capisana de cota de malla. Por lo general, los cuartos traseros no se protegían con el propósito de no añadir más peso al que ya de por sí desplazaba el caballo con su *savaran* .

Las armas ofensivas eran las siguientes: la lanza. Esta ya no era la pesada *contus* de los siglos precedentes, un arma tremendamente pesada y que debía de usarse a dos manos, sino una nueva lanza de unos 2,5 a 3 m de longitud que se empuñaba con una mano y con la que se golpeaba alzando el brazo derecho y descargando la fuerza combinada de brazo, hombro y espalda. Esta técnica es la que puede observarse en la escultura de Taq-e-Bostan y permitía dejar la mano izquierda libre para embrazar el escudo.

Una larga espada recta de dos filos y aguda punta con una longitud de hoja que rondaba los 85 cm de promedio y los 6 cm de ancho iba dotada con una empuñadura de unos 20 a 25 cm de largo, de madera o hueso, pero muy adornada con placas de marfil,

plata y oro, a veces ilustrada con la pluma o ave de Varanga, el dios de la guerra. La larga espada, unos 110 cm de promedio, planteaba el problema de portarla a caballo sin que se enredara entre las patas del animal, amén de que eran muy lentas y difíciles de desenvainar. Un cinturón con un ingenioso dispositivo inventado por los persas y que pronto copiarían los pueblos de las estepas, solucionó el problema. Esta pieza permitía que la vaina de la espada colgara del cinturón del guerrero en un ángulo de algo más de sesenta grados con lo que la empuñadura quedaba inclinada hacia delante y la punta alzada hacia atrás, lo que permitía una rápida extracción del arma y que esta no molestara la marcha del caballo, ni los movimientos del guerrero.

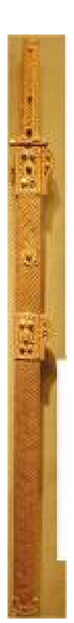


Figura 65: Espada de hierro en su vaina de madera y cubierta con lámina de oro, trabajada para semejar las plumas de ave de Varanga, el dios de la guerra, incrustada con granates y cabujones, Persia, s. VI-VII. Este tipo de espadas largas, como este ejemplo particularmente lujoso, fue probablemente adoptado por los persas de los nómadas hunos, siendo muy apropiadas para el combate a caballo. La vaina presenta dos abrazaderas en «P» por la que pasaba el tahalí para su suspensión. Metropolitan Museum, Nueva York.

Un arco compuesto asimétrico de unos 160 cm de envergadura pendía de un segundo cinturón que el *savaran* llevaba bajo el de la espada. Otras veces, el *savaran* prefería portar el arco en bandolera. Un segundo arco se guardaba en una amplia funda que pendía de una perilla de la silla de montar y en la que, además del arco de repuesto, se guardaban cuatro cuerdas de respeto para sustituir las que pudieran romperse tirando con el arco, y 30 flechas de pesada cabeza de tres filos y unos 80 cm de longitud.

Dos lazos de cuerda trenzada, llamados *kamand* , se portaban sujetos a la espalda del *savaran* que los empleaba para enlazar a los enemigos y desmontarlos. Mientras que una

pesada maza de combate que, del mismo modo, pendía de la silla de montar y una corta espada de un solo filo, la *akinaka* , completaban el armamento ofensivo del *savaran* . [27]

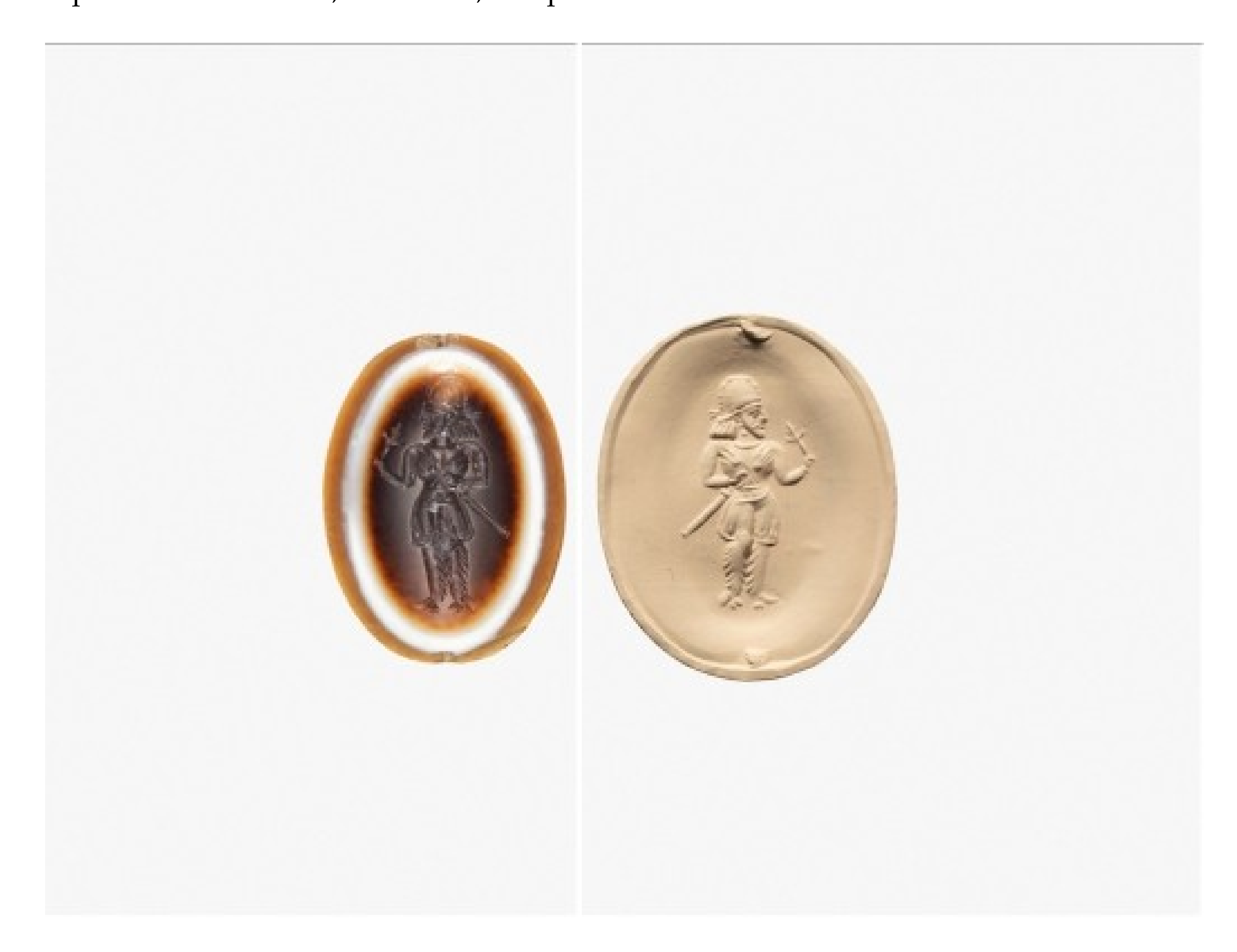


Figura 66: Sello sasánida en el que aparece grabada una figura masculina, acaso un monarca o un noble, sujetando una flor con la mano izquierda, mientras que la derecha agarra el pomo de una espada. Podemos distinguir tanto la morfología típica de las espadas sasánidas como su sistema de suspensión. Metropolitan Museum, Nueva York.



Figura 67: Plato de plata dorada con la representación en nielado de un monarca sasánida cazando carneros, finales del s. V o comienzos del VI. Probablemente representa a Firuz I o a su hijo Kabades I, a tenor de la similitud de los tocados con los que aparecen en las emisiones monetarias de dichos monarcas. La corona, con un globo cubierto de seda en su parte superior, junto al halo que rodea la testa del jinete y los lazos que rodean su pecho y que flotan a su espalda, indican su carácter real. Puede apreciarse el potente arco compuesto recurvo y la aljaba. Metropolitan Museum, Nueva York.

La silla de montar era una pieza indispensable del equipo. Las sillas sasánidas se sujetaban con dos cinchas y poseían alto arzón y respaldar, amén de unas perillas curvadas que además de permitir colgar armas y equipo, contribuían a estabilizar al *savaran* . Una suerte de cuernos salía de los dos laterales de la silla y en ellos encajaba

sus muslos el guerrero; con todo ello se lograba una notable estabilidad que vino a completar la adopción de los estribos a finales del siglo VI e inicios del VII por intermedio de los turcos kok. [28]

El *savaran* cubría su armadura y yelmo con sobreveste y lienzos de brillante seda para evitar que el sol calentara en exceso el metal y vestía amplios pantalones y túnica. Las armas, armaduras y vestimenta de los *savaran* fueron copiados en buena medida por los catafractos y arqueros acorazados bizantinos. También influyeron mucho en los ejércitos islámicos y en los de los pueblos de la estepa y, a través de ellos, esta influencia llegó al Tíbet y aun a China.

La infantería pesada, la infantería ligera y los arqueros de línea

Los dailamitas formaban lo mejor y más nutrido de la infantería pesada persa. Conocemos al detalle su armamento y forma de combatir gracias a autores bizantinos como Procopio y Agatías y, posteriormente, gracias también a autores islámicos. Estos infantes se cubrían con una larga cota de malla que les cubría hasta las rodillas. Portaban también yelmo y protegían sus piernas con grebas. Un pequeño escudo redondo sujeto a su hombro izquierdo completaba su armamento defensivo.

Sus armas ofensivas principales eran la espada, larga, de doble filo y similar a la empleada por los *savaran* , la lanza, de hoja pesada y ancha y asta de madera de cornejo, tenía un largo promedio de 2,25 cm y era un arma excelente para ser blandida, aunque también podía ser arrojada a corta distancia, y la daga, un afilado puñal de un solo filo y bastante largo, unos 30 cm, que tenían fama de usar de forma mortífera y que era muy útil cuando peleaban en el escaso espacio de maniobra que ofrece el choque de dos formaciones cerradas. A estas armas, espada, lanza y daga, los dailamitas solían añadir otras tres: un arco compuesto que llevaban cruzado a la espalda junto con un carcaj para 30 flechas, una maza de guerra, con cabeza muy pesada y de distintas formas, o un hacha de combate, con una hoja de hasta 25 cm de longitud. [29]

Los arqueros de línea persas eran muy temidos. Su arma principal y casi única era un arco compuesto simétrico de 1,60 m de longitud que disparaba largas flechas de asta de álamo y pesada cabeza de tres filos que iban en un carcaj con capacidad para de 30 a 40 proyectiles y en el que se guardaban también varias cuerdas de repuesto. Un venablo y un largo puñal o, en su defecto, una *akinaka* , completaban su armamento ofensivo. Estos arqueros no llevaban armadura ni yelmo de ninguna clase, pero sí portaban grandes paveses de mimbre que plantaban delante de sí para disparar sus arcos a resguardo. Formados en secciones de tres líneas que disparaban alternativa y continuamente sus arcos, eran famosos por la rapidez de sus disparos que superaba la que lograban los arqueros persas y turcos. [30]

Un dispositivo muy ingenioso, el denominado *panjagan* , permitía montar sobre él un arco compuesto y disparar 5 flechas a la vez sobre un objetivo. El *panjagan* se inventó en el siglo VI y permitía fijar una gran potencia de fuego sobre un objetivo. Era indistintamente usado por los *savaran* a caballo y por los arqueros de línea de la infantería y para poder ser usado con eficacia, previamente había que disponer en el carcaj haces de flechas enlazadas entre sí de 5 en 5 para cargar muy rápido el *panjagan* y tensar y disparar el arco montado sobre él. No se poseen representaciones ni descripciones detalladas de este artefacto, pero sí sabemos que su uso se hizo popular en la segunda mitad del siglo VI y que las líneas de arqueros armados con él podían hacer caer sobre el enemigo una terrible lluvia de flechas. Su uso se abandonó en la segunda mitad del siglo VII, pues era engorroso de montar y complicado de fabricar. [31]

El grueso de la infantería persa lo constituía los *paighan* . Estos eran soldados de leva que eran enrolados a la fuerza entre el campesinado. Su equipo y armamento eran pésimos: un gran escudo de forma rectangular hecho de mimbres entrelazados y que era tan alto como el guerrero que lo portaba era su única protección. Sus armas eran una lanza de 1,8 m de longitud total de promedio, con asta de cornejo y moharra de unos 25 cm, y, solo en ocasiones, una *akinaka* o una daga.

LOGÍSTICA, RECLUTAMIENTO

La logística persa estaba a la altura de la romana. No la conocemos de forma tan exhaustiva como esta última, pero los datos que se han conservado y la capacidad de Persia de proyectar sus ejércitos a distancias y regiones enormes con una efectividad manifiesta permite colegirlo.

Dos altos funcionarios de los que ya hemos hablado, el *eran birawan* , o jefe de la oficina, *iwan* , central militar, y el *eran ambaragbed* , encargado de supervisar al ejército, estaban a la cabeza de la logística persa. El primero componía y supervisaba las listas de soldados y las bajas, se ocupaba de que las unidades dispusieran de los efectivos necesarios y disponía de los fondos para que el ejército recibiera sus pagas y raciones. Estas últimas consistían en carne de vaca, leche y pan, a diario, y en días alternos aceite, dátiles y vino. Estas raciones se entregaban en los cuarteles y en las fortalezas donde se acantonaban las tropas y en caso de estar estas en campaña se doblaban.

Los víveres, armas de repuesto, materiales de construcción, máquinas de guerra y herramientas se llevaban en carros tirados por bueyes, los más pesados, y por mulas y caballos los más ligeros.

El segundo, el *eran ambaragbed* , era el encargado de supervisar la fabricación del armamento y equipo que necesitaban los guerreros y soldados del ejército y de

entregarlo a los jefes de las unidades para que estos lo hicieran llegar a sus hombres. Para ello el *eran ambaragbed* estaba a cargo de los *ganz* y *ambaragh* , esto es, de los arsenales y armerías del Eranhsar en donde se fabricaban las excelentes armas y armaduras de los soldados sasánidas. No es seguro que se siguiera usando el hierro margiano, tan célebre en la antigüedad, pero lo que sí es cierto es que las armas sasánidas eran de gran calidad y, en general, superiores a las romanas. Los *ganz* y *ambaragh* proveían de todo lo necesario al ejército: armaduras, yelmos, espadas, lanzas, escudos, sillas de montar, botas etc., y estaban distribuidos por todo el Imperio.



Figura 68: Casco sasánida, ss. IV-V. Este tipo de cascos, propiamente persas, tienen una construcción similar al *spangenhelm* , con una serie de bandas metálicas (en este caso de bronce) entre las que se disponen placas (de hierro aquí, cubiertas por plata); pero mientras en el *spangenhelm* las bandas confluyen en la cúspide del casco en un disco, como radios, en este tipo se cruzan sobre el mismo. Es típica también su forma apuntada y se aprecian los orificios en su banda inferior de los que colgaría el almófar de malla para cubrir el rostro y la nuca. Metropolitan Museum, Nueva York.

Otro alto funcionario con gran responsabilidad en la logística persa era el *stor-bezashk* , encargado de las cuadras imperiales y de la cría de caballos de guerra. Estaba al mando de un cuerpo de veterinarios que velaba porque el ejército contara siempre con una provisión continua de caballos y de que estos últimos fueran excelentes y estuvieran sanos. [32]

Persia contaba con un complejo servicio de correo llamado *barid* , a las órdenes de un alto oficial del ejército. El *barid* controlaba el correo oficial, el de la administración civil y el de la militar, amén de servir también de correo imperial. Su jefe era un hombre muy poderoso y tenía agentes y correos a lo largo de todo el Imperio. Había un sistema de postas con caballos de repuesto y correos a la espera de recibir la correspondencia y partir de inmediato. Estos correos persas atravesaban también territorio enemigo para hacer llegar las órdenes del *shahansha* a los ejércitos en campaña. [33]

Cada cuatro meses los *marzban* provinciales organizaban revistas de las unidades acantonadas en sus provincias y cada año, por turnos, las unidades de todo el país tenían que pasar una revista general en Ctesifonte. Se levantaba para ello un estrado ante la «gran puerta» o *Iwan* del palacio real de Ctesifonte y en ella se situaban el *eran ambaragbed* y sus inspectores. Por turno iban pasando los *savaran* , los infantes, los arqueros y hasta los elefantes. Los *savaran* debían de galopar hasta el estrado y hacer girar a su caballo a un lado y otro para que los inspectores pudieran examinar sus armas, equipo y caballo. Si todo estaba correcto se gritaba el nombre del *savaran* o soldado y se le entregaba su sueldo tras haber sido registrado en las listas. Pero si había alguna falta en las armas, equipo o montura se le indicaba al *savaran* o soldado que abandonara la revista y se le daba de plazo para subsanarla que esta terminara, solía durar hasta cuarenta días, para subsanar la falta. Si el *savaran* lo lograba volvía a presentarse ante los inspectores que, tras comprobarlo, registraban su nombre y le entregaban la soldada, pero si no lo conseguía, era sometido a escarnio y se le imponía una multa, amén de privarle de la soldada y hasta se le podía expulsar del ejército. [34]

Como hemos visto ya, el *spah* o Ejército persa, se basaba en un sistema de reclutamiento complejo en el que participaban tropas permanentes y no permanentes, profesionales y no profesionales, que se alistaban mediante procedimientos diversos y por periodos de duración muy diferentes entre sí. Además, la mayor parte de las tropas reclutadas se encuadraban en el Ejército según arcaizantes criterios con base en la casta. En efecto, todos los *azadan* y todos los *dehqans* estaban sujetos a servir en los ejércitos del

shahansha desde los veinte hasta los cincuenta años como *savaran* . Conocemos el número de estos caballeros nobles sujetos a ser incorporados a filas, gracias a los datos de un documento sasánida fechado en 588 recogidos por el historiador de inicios del siglo X, al-Tabarî, [35] y que cifran en 70 000 el número de *savaran* con que contaba Persia en ese año. Ese número, 70 000, tal como demostramos en un trabajo, representaba solo a la caballería noble del Imperio. [36]

Pero, además de los *savaran* reclutados entre la nobleza guerrera, Persia contaba con un sistema de leva forzosa que engrosaba las filas de su ejército y que afectaba en principio solo a los campesinos. Esos soldados de leva servían por una campaña o, en situaciones excepcionales, por más de una y lo hacían sin recibir soldada alguna y armados de forma básica. Todo ello derivaba en una tropa numerosa, pero poco motivada, peor equipada y con un adiestramiento pésimo que, además, al ser extraída directamente de la fuerza productiva del país, no podía ser movilizada por largo tiempo sin afectar a la economía del Imperio. Cuando, a partir de 603, Persia entró en la larga guerra de conquista de la Romania (603-628), y necesitó más y más tropas para continuar el interminable conflicto y guarnecer las nuevas provincias arrebatadas a Bizancio y que esas tropas permanecieran en servicio durante muchos años, su sistema de leva forzosa basada en el servicio anual de contingentes extraídos en exclusiva del campesinado, fue llevado al límite y se necesitó extender la obligación de servir en el ejército a los artesanos y comerciantes, hasta entonces excluidos, lo cual provocó un fuerte descontento. [37]

Junto a los *savaran* y *paighan* , el ejército sasánida incorporaba dos tipos de tropas reclutadas a cambio de un sueldo: tropas provinciales, por así decirlo, de lengua irania, que servían a cambio de una soldada regular y que servían en las unidades de infantería pesada y de arqueros de línea y grupos de mercenarios extranjeros. Los primeros solían alistarse en contingentes reclutados por sus cabecillas, jefes y príncipes y puestos al servicio del *shahansha* a cambio de una crecida soldada que cobraban cada cuatrimestre. Se enganchaban por largos periodos de tiempo y no era raro que terminaran siendo asentados en regiones lejanas o fronterizas a cambio de recibir tierras y mantener sus soldadas. Se integraban en el ejército regular permanente del Eranshar y quedaban bajo las órdenes de los *marzban* y *spahbad* . Eran tropas altamente adiestradas, combativas y muy bien armadas y equipadas.

Los segundos solían alistarse en contingentes tribales y servir bajo sus propios jefes. Portaban sus propias armas y eran contratados para campañas o acciones concretas.

Un último grupo de reclutas, que hacía un total de cinco, procedía de aquellos que, instalados en las fronteras por Cosroes I a partir de 533, habían recibido a cambio propiedades agrícolas que los sustentaban y que les aportaban rentas suplementarias. Estas unidades fronterizas recibían un pequeño sueldo complementario, raciones y

entregas de armas y material a cambio de sus servicios que se extendían desde los veinte a los cincuenta años y cuyas obligaciones militares pasaban a sus descendientes o familiares.

Por último, el ejército persa se nutría también de los contingentes proporcionados por los reyes y príncipes vasallos: el rey de los árabes lakhmíes, el rey de la Iberia caucásica, el príncipe de la Albania caucásica, el Zumbil del Sistán oriental, los príncipes armenios de la Persoarmenia, etc. Estas tropas solían estar excelentemente armadas y equipadas, eran guerreros diestros y servían por un tiempo corto: el de una campaña o el de una guerra, bajo las órdenes directas de sus propios príncipes o de los jefes que estos designaran. En principio, no recibían soldada regular, pero el *shahansha* premiaba de un modo espléndido la fidelidad y los servicios prestados por sus vasallos y estos, como es evidente, se hacían cargo de pagar a sus huestes que, además, recibían premios y regalos de la tesorería imperial.

EL SUELDO Y EL NÚMERO DE LOS INTEGRANTES DE LOS EJÉRCITOS DE LA PERSIA SASÁNIDA

¿A cuánto ascendía el sueldo de las tropas persas? Los datos aportados por al-Tabarî, Firdawsi, al-Baladhurî y otras fuentes permite reconstruirlos si uno lleva a término los cálculos necesarios.

Los *savaran* , a partir de las reformas de Cosroes I, pues antes servían sin paga, recibían un sueldo de 1000 dihrems anuales entregados en tres pagas de 333,3 dihrems cada cuatro meses y que equivalían a unos 68 sólidos áureos. Un sueldo muy superior al que cobraban los caballeros de las unidades *comitatenses* bizantinas del periodo que era de 20 sólidos e incluso superior al que percibían las unidades romanas de guardias imperiales, *excubitores, espatarios, domestici* y *scholae palatinae* que ascendía a 45 sólidos áureos si se computaban los 5 que se recibían como complemento para renovación de armas y equipos.

Asimismo, un *washt-sardar* , un jefe de 100 hombres, percibía 2000 dirhems, es decir, el equivalente a 136 sólidos áureos, un sueldo también muy superior al que percibían sus iguales romanos los *hecatontarca* s o centenarios que cobraban 99 sólidos áureos.

Pero si los *savaran* y los *washt-sardar* , los caballeros de la caballería pesada persa y sus oficiales, estaban mejor pagados que sus equivalentes bizantinos, no obstante, los mandos romanos cobraban sueldos mucho mayores que sus equivalentes sasánidas. Pues un *drafsh-sardar* recibía de 3000 a 3750 dihrems, lo que suponía al cambio de 204 a 254 sólidos áureos, mientras que un tribuno o *tagmarca* romano, que mandaba solo 500

hombres en vez de los 1000 que dirigía un *drafsh-sardar* , cobraba, sin embargo, 404 sólidos áureos.

En fin, los *gunds-sardar* , jefes de 10 000, los *framandar, marzban* provinciales, grandes *marzban* y *spahbad* , todos ellos pertenecientes casi en su totalidad a la alta nobleza persa, percibían un sueldo honorífico de 4000 dihrems, unos 272 sólidos áureos, una cantidad muy por debajo de lo que cobraba un duque, unos 1582 sólidos áureos en el caso del *dux* de Numidia, o un *merarca* , 2244 sólidos.

La desproporción entre los sueldos de oficiales y mandos sasánidas y romanos se explica por el carácter nobiliario y de casta de los *drafsh-sardar, gunds-sardar, framandar, marzban* y *spabadh* . Todos ellos pertenecían por nacimiento a la casta guerrera y noble del Eransahr. Contaban con enormes propiedades que garantizaban su situación económica y su servicio en los ejércitos del rey de reyes era, ante todo, como lo había sido para la nobleza senatorial romana de los primeros tiempos del Imperio, una cuestión de prestigio personal y de carrera política. Cuestión distinta era para la nobleza menor, los *savaran* rasos y los *washt-sardar* , pues para ellos el sueldo era un necesario complemento a las rentas de sus propiedades y de ahí que en proporción fuera mayor o similar al de las mejores tropas bizantinas.

La cuestión del prestigio y del carácter simbólico de la soldada para los nobles persas queda probada cuando se observa que hasta el *shahansha* percibía un sueldo por su servicio como *savaran* : 4001 dihrems, esto es, un simbólico direhm más que los nobles que comandaban sus ejércitos. [38]

Por su parte, los dailamitas y el resto de las unidades de infantería pesada y de arqueros de línea recibían un sueldo anual de 250 dihrems de plata que eran abonados en tres pagas cuatrimestrales de 83,3 dihrems. La cantidad de 250 dihrems equivalía a unos 17 sólidos áureos y, por lo tanto, estaba muy cerca de los 20 sólidos áureos que cobraba un *comitatense* de los ejércitos de Justiniano y sus sucesores. La cifra de 250 dihrems es la que se extrae del dato recogido por el historiador de finales del siglo IX, al-Baladhurî, que nos dice que el sueldo de 4000 dailamitas sumaba 1 000 000 de dihrems, [39] y muestra que el ejército profesional persa estaba no solo bien equipado, sino bien pagado también.

Los *paighan* , ya lo hemos dicho, no recibían sueldo alguno, tan solo raciones de carne de vaca, leche, pan, dátiles, aceite y vino para su sustento mientras servían en las filas del *spah* . En esta circunstancia, en que la mayoría de sus tropas no recibieran sueldo alguno, se diferenciaba notablemente el ejército persa del bizantino que era un ejército profesional y mercenario.

¿A cuánto ascendía el número de hombres que militaban en el ejército persa? Esta cuestión, muy debatida, puede resolverse si se confrontan las cifras recogidas en las fuentes bizantinas y orientales con las salvadas por las fuentes islámicas y persoislámicas y si se tiene siempre presente el carácter nobiliario y de rígida separación en castas de la sociedad sasánida. En efecto, ya vimos que la pésima situación de los *paighan* , los soldados de leva reclutados entre el campesinado persa, llevaba a que los historiadores y cronistas bizantinos y orientales los designaran despectivamente como «criados» y «campesinos», negándoles la condición de soldados. Los orgullosos nobles persas, los *savaran* procedentes de los *azadan* y los *dehqans* también despreciaban a los *paighan* y los descendientes de esos nobles persas, los historiadores y cronistas persoislámicos que preservaron la historia y los detalles de la sociedad y del ejército sasánida, en la mayoría de los casos, los dejan de lado y no los mencionan. Para esos historiadores persoislámicos los únicos guerreros eran los *savaran* y por eso las cifras que recogen son tan bajas en relación con las de los historiadores bizantinos y orientales: simplemente dejan de lado a los *paighan* , la infantería ligera y, en la mayoría de los casos, a los dailamitas, arqueros de línea y otras tropas persas. Pero si uno estudia en detalle las campañas militares observará que, aunque Firdawsi o al-Tabarî, por citarlos solo a ellos, se recrean en las gestas de los *savaran* , sus antepasados, no pueden evitar darnos detalles que revelan que en esas campañas también militaban infantes y arqueros de a pie.

Es por eso que, mientras que al-Tabarî dice que en 588 en las listas de los guerreros se recogían los nombres de 70 000 hombres, [40] los historiadores bizantinos contemporáneos nos informan de que en 573, en un solo punto, Dara, y tan solo quince años, Cosroes I lanzó al combate 183 000 hombres: 23 000 *savaran* , 40 000 infantes pesados y arqueros de línea y 120 000 «campesinos» [41] , esto es, *paighan* o infantes ligeros que, durante el citado asedio y toma de Dara en el año 573, se limitaron a cavar trincheras y minas, servir de carne de cañón en los masivos ataques de desgaste contra las defensas de Dara y custodiar los campamentos persas. Mientras que los «verdaderos soldados», los 40 000 infantes pesados y arqueros de línea, lanzaron el ataque decisivo y los 23 000 *savaran* anularon a la caballería bizantina y aislaron la ciudad-fortaleza de Dara, antes de sumarse al asalto de dicha ciudad cuando los dailamitas y demás unidades de infantería pesada superaron las defensas romanas.

Las fuentes ofrecen muchos ejemplos que demuestran que los 70 000 nombres reunidos en las listas de los guerreros solo recogían los de los verdaderos guerreros conforme al sistema de castas que regía en la Persia sasánida: los *savaran* . A partir de ahí y de múltiples datos ofrecidos por las fuentes persoislámicas, bizantinas y orientales, se puede estimar el número del ejército sasánida en la segunda mitad del siglo VI en:

- 70 000 *savaran* , caballería pesada integrada por guerreros de la nobleza.

- 50 000 infantes pesados y arqueros de línea con sueldo.
- 30 000 tropas auxiliares y mercenarias proporcionados por los príncipes vasallos del *shahansha* o enrolados como mercenarios extranjeros y que se sumaban a la hueste sasánida cuando el Imperio estaba en guerra.
- 150 000 *paighan* o soldados de leva forzosa reclutados entre el campesinado y que, por lo general, servían en las filas del ejército solo por una campaña.

Así que el ejército sasánida del periodo 533-634 contaba con 120 000 soldados profesionales, que contaban con excelente equipo, monturas, armamento y adiestramiento, a los que se podían sumar puntualmente otras 30 000 tropas de excelente nivel proporcionadas por los vasallos del Imperio o enroladas en las filas del *spah* como mercenarios extranjeros. Esto arroja un total de 150 000 hombres de primer nivel, a los que se podían agregar otros 150 000 soldados deficientemente armados y adiestrados que tan solo podían servir por un tiempo muy limitado en las filas persas. [42]

Así que el total máximo con el que podía contar el *spah* sasánida era de 300 000 hombres, aunque podía igualar e incluso superar al de su gran rival, Bizancio, solo podía hacerlo durante un breve espacio de tiempo y siempre contando con un 50 % de tropas no profesionales y de baja calidad. De ahí que, tras grandes éxitos iniciales, las guerras romano-persas del periodo terminaran o con paces equilibradas o con triunfos incontestables de Bizancio, ya que sus 250 000 hombres, todos ellos profesionales, bien equipados y excelentemente adiestrados, amén de veteranos en su mayor parte, eran, al cabo, un ejército más fuerte que el de la Persia sasánida.

ADIESTRAMIENTO Y TÁCTICA

Gracias a los textos de Firdawsi, al-Tabarî, Tahalibi y el Pseudo-Mauricio estamos bien informados sobre cómo se adiestraban los guerreros persas, los *savaran* , los infantes pesados y los arqueros de línea.

Los jóvenes reclutas quedaban bajo la autoridad de funcionarios que supervisaban su adiestramiento con las armas antes de ser considerados dignos de ingresar en las filas de las unidades del Ejército. Estos funcionarios reales eran guerreros veteranos y agrupaban a los jóvenes en unidades de 1000 hombres. El entrenamiento consistía en tiro con arco, a pie para los arqueros de línea y a caballo para los *savaran* , la esgrima con la espada, el uso de la lanza, el manejo de la maza y del hacha de combate y el uso de los lazos, junto con el perfecto manejo de los caballos de guerra en el caso de los *savaran* . Centraban los esfuerzos en los jóvenes que recibían premios y menciones de honor por parte de sus supervisores si destacaban y fuertes reprimendas si no progresaban.

El adiestramiento era exhaustivo, sobre todo en el caso de los *savaran* . Gracias a una fuente contemporánea, la llamada *Historia nestoriana* que, para la parte que se ocupa de los siglos VI y VII fue redactada hacia 650, el adiestramiento de un *savaran* no se consideraba completado sino tras siete años. [43]

Los arqueros de línea persas ponían especial interés en adiestrarse en el tiro rápido. Los persas no tiraban como los romanos o los pueblos de la estepa, es decir, tensando el arco sujetando la flecha con los dedos pulgar, corazón e índice, sino que usaban un método distinto que consistía en tensar el arco tirando de la flecha con los dedos anular, meñique y corazón. Es obvio que esta fórmula implicaba que fuera más difícil tensar el arco al máximo y, por ende, los disparos persas eran menos potentes que los de los romanos o los de los turcos. Pero, al parecer, los arqueros persas lograban ser más rápidos que sus enemigos. [44] Esta ventaja, la rapidez, la incrementaban adiestrándose en disparar en formación: tres líneas superpuestas de arqueros. Cuando la primera disparaba se agachaba para que lo hiciera la segunda y, tras esta, que también se agachaba de inmediato, lo hacía la tercera. No bien disparaba esta última, la primera línea ya tenía la flecha encordada y el arco tensado y estaba lista para levantarse, apuntar y disparar de nuevo.

En cuanto a las tácticas sasánidas, estaban muy desarrolladas y al igual que las contemporáneas tácticas bizantinas, se basaban en un atento estudio y adaptación de los modos de combatir de sus principales enemigos: los romanos y los turcos.

La formación básica de los ejércitos sasánidas de los siglos VI y VII era la siguiente. La fuerza sobre el campo de batalla se dividía en cinco grandes secciones. Una poderosa fuerza de *savaran* que formaba en el centro. Tras ellos se situaba en formación cerrada la infantería pesada. La tercera y cuarta sección la formaban las alas constituidas por contingentes de *savaran* reforzados con unidades de caballería ligera, arqueros de línea e infantería ligera. Por último, la quinta división era una fuerte reserva formada, en general, por caballería de élite, consistente muchas veces de unidades de zayedan, «inmortales» o de los *cosrogetae* o de los *perozitae* .

La formación arriba esbozada era en especial indicada para que el *spahbad* o *framandar* que la comandara, la dispusiera sobre la pendiente de una colina o cerro, procurando que el centro quedara ligeramente más elevado en su despliegue que las alas y que la reserva quedara sobre la cima. De esta manera, se lograba una posición casi imbatible y fácil de proteger, a la par que, cuando llegara el contraataque o cuando se dispusiera directamente el ataque, la posición elevada favoreciera la carga de los *savaran* y del resto de las unidades sobre las filas enemigas.



Figura 69: Una de las escenas características del arte sasánida es la del monarca cazando, símbolo de su poder y de su capacidad guerrera, con las actividades cinegéticas como trasunto de la guerra, un motivo con una honda raigambre en Mesopotamia e Irán. Este tipo de platos servían como regalos diplomáticos, siendo elocuentes del poderío del «rey de reyes». En este ejemplo destaca cómo el jinete dispara con el «tiro parto», esto es, lanzando flechas al enemigo mientras se aleja al galope de él, una técnica muy empleada por la caballería persa. Cleveland Museum of Art.

Se aconsejaba, asimismo, al general que mandaba la fuerza que procurara que el sol y el viento quedaran a su espalda, con el fin de entorpecer al enemigo todo lo posible.

Otra formación típica persa era disponer al ejército en tres grandes divisiones: [45] un centro y dos alas. De estas últimas, la derecha sobre todo estaba reforzada, pues se pretendía que el ala derecha propia flanqueara a la izquierda enemiga. El centro debía de jugar en este caso el papel de reserva táctica y pasar a la ofensiva solo cuando el enemigo fuera flanqueado o, si la táctica fallaba, para acudir en apoyo de las alas.

Una tercera formación sasánida colocaba a sus arqueros de línea en primer lugar. Tras ellos se formaba en orden cerrado a la infantería pesada y en una tercera división, resguardada tras las formaciones de infantería, se disponía a las unidades de *savaran* . Cuando el enemigo cargaba, los arqueros de línea desgastaban sus filas disparando sin cesar sobre ellas y cuando el choque era ya inminente, se retiraban tras los cuadros de la infantería pesada que cerraba filas. Cuando la fuerza enemiga se trababa con la infantería persa, los caballeros que habían estado tras los infantes se desplegaban y cargaban sobre los flancos enemigos y trataban de rodearlo. Trabado en duro combate con los infantes persas, el enemigo solía derrumbarse y romper filas ante el súbito ataque de los *savaran* .

Una formación táctica muy empleada contra los turcos y otros pueblos turanios de la estepa era la siguiente: se destacaba a la caballería para localizar a los nómadas y, una vez trabada en combate con ellos, retrocedía. Lo hacía hacia la infantería y los elefantes que seguían de cerca y en orden cerrado a la caballería. Cuando esta llegaba retirándose ante los turcos, estos últimos se veían de repente ante formaciones en orden cerrado de infantes pesados apoyadas por elefantes y arqueros de línea. Cuando los nómadas se estrellaban contra las líneas persas, la caballería, ya rehecha tras las formaciones de infantería, volvía a la carga para rodear y dispersar al enemigo.

Los manuales tácticos aconsejaban llevar a cabo las campañas en lo más riguroso del verano, debido a que los persas estaban bien acostumbrados al calor, aunque tampoco evitaban el invierno, en contra de lo que creían los tácticos bizantinos, pues los hombres del Eranshar, del Irán, los del norte, estaban también hechos al frío extremo, ya que en su país no son raras las temperaturas invernales de veinte grados bajo cero.

Los campamentos de marcha se fortificaban con fosos y empalizadas de madera con los vértices de los postes bien afilados. Junto al campamento donde los soldados plantaban sus tiendas, se disponía un segundo cercado para guardar la impedimenta, los animales de carga y boca y las máquinas de asedio. Tanto en el campamento propiamente dicho como en los cercados dispuestos para la impedimenta y los animales, los *paighan* , la infantería ligera de leva, era la encargada de las obras necesarias y de la guardia. [46]

La poliorcética persa era muy similar a la bizantina, de la cual dependía. Los persas fueron notables expugnadores de ciudades y fortalezas: Antioquía, Jerusalén, Dara,

Alejandría, estas dos últimas tenidas por totalmente inexpugnables, y que fueron tomadas al asalto junto con otras incontables fortalezas y ciudades romanas, indias, árabes y turcas.

Onagros, *ballistae* , terraplenes, minas, torres móviles, líquidos inflamables, trincheras de aproximación…, todo ello era usado por los persas con notable eficacia. [47]

La táctica persa influyó muchísimo en la árabe. En especial intensa fue su influencia en época abasí. Balamy, un sabio persa, tradujo al árabe la táctica sasánida y, en general, fue la que emplearon los ejércitos árabes de los siglos VIII al X. [48]

LAS BATALLAS DE ANGLÓN Y DEL OXUS

La batalla de Anglón, verano de 543

En 541, Cosroes I Anusirwan había completado las reformas que había puesto en marcha en 533. La reforma fiscal y administrativa había llenado las arcas de su tesoro y asegurado un mejor control del Estado por parte de la Corona. La gran reforma militar había incrementado de un modo notable los recursos militares del Imperio y mejorado en grado sumo la potencia y la operatividad del *spah* , del Ejército sasánida. Era hora de ponerlo a prueba.

A finales de 532 Persia y la Romania habían firmado una «paz eterna», [49] pero en 541 dejó de serlo. Al frente de un poderoso ejército, Cosroes I Anusirwan cayó sobre la desprevenida frontera romana de la Alta Mesopotamia, la atravesó y dirigió su hueste victoriosa directamente hacia Antioquía, la tercera ciudad del Imperio. Los bizantinos fueron incapaces de organizar la defensa y la gran ciudad de más de 200 000 habitantes fue tomada. Sus habitantes más valiosos, docenas de miles de artesanos, comerciantes y funcionarios con sus familias, fueron hechos cautivos y deportados a la región de Ctesifonte en donde Cosroes I los asentó en la ciudad que mandó edificar para ellos: «Antioquía de Cosroes». [50] Se cuenta que la nueva ciudad persa era una réplica tan exacta de la original que los desterrados antioquenos, cuando llegaron a ella, pudieron encontrar sin esfuerzo y maravillados, la réplica de su calle y hasta de su casa.

La toma de Antioquía por Cosroes I fue un golpe brutal a la economía y al prestigio romano. A finales de verano o inicios de otoño de ese mismo año de 541, tras enviar a su reino inmensas cantidades de botín y docenas de millares de cautivos, Cosroes I repasó el Éufrates y tras atravesar Armenia, donde contaba con el apoyo de la nobleza militar del país que estaba descontenta con los romanos, invadió Lázica. Esta región era la antigua Cólquide, al sudoeste de la actual Georgia y en el extremo nordeste de la costa turca del mar Negro, que en aquel momento era un reino vasallo de Justiniano y su rey, Gubazes, invitó a Cosroes I a liberarlo de tal vasallaje.

Lázica era un país clave, por él pasaba una importante ruta de comercio, además tenía salida al mar Negro y si los persas lograban asentar allí su dominio controlarían toda Transcaucasia y podrían establecer una base naval que sería como «una espada en el cuello» del Imperio rival. [51]

Con el apoyo de Gubazes y sus guerreros, Cosroes I logró abrirse camino hasta Petra, la principal fortaleza romana en Lázica. No fue fácil obligarla a rendirse, pues Petra ocupaba una posición casi inexpugnable, pero al cabo se rindió y su guarnición se pasó a los persas [52] que continuaron su avance ocupando otras dos fortalezas bizantinas clave en la región, Pityus y Sebastópolis, cuyas guarniciones las abandonaron sin lucha ante el incontenible avance persa. Lázica parecía, pues, estar ya firmemente en manos de Cosroes. Pero, en ese momento, le llegaron noticias del contraataque bizantino encabezado por Belisario que operaba en la Alta Mesopotamia y que había tomado las importantes fortalezas persas de Sisauranon y Harith. Cosroes I abandonó, entonces, a toda prisa Lázica, aunque dejó allí a parte de su ejército y corrió a taponar la brecha abierta por Belisario en sus defensas. [53]

El año 542 comenzó con un contraataque persa en la Alta Mesopotamia que Belisario pudo repeler sin mucho esfuerzo. Cosroes, además, y al igual que los romanos, veía ahora cómo la peste de Justiniano, la terrible epidemia de peste bubónica que desde 541 azotaba el oriente romano y que pronto y al extenderse por toda Europa, el Mediterráneo y Persia se llevaría a un cuarto de la población del viejo mundo, alcanzaba a su Imperio. Tratando de evitar el contagio, Cosroes I condujo a sus tropas a la Media Atropatene para, desde allí, pasar a la Albania caucásica y de ahí a Iberia y a Lázica. Pero, mientras tanto, los bizantinos lograban nuevos avances en Eufratesia, la Alta Mesopotamia occidental, y lograban afirmarse en Lázica frente al ejército persa que seguía operando allí.

Se llegaba así al otoño de 542 y la victoria parecía inclinarse ahora por la Romania y los nobles armenios, descontentos con Cosroes I a causa de los saqueos que habían efectuado en su territorio los hunos. Los sabiros, al servicio de Cosroes, volvían a jurar fidelidad a Justiniano.

En el invierno de 542-543, Cosroes I, sorprendido por el giro de los acontecimientos, ofreció a Justiniano una tregua. La situación persa había mutado en dirección al desastre pues la mayor parte de las tropas persas estaban destacadas o en Lázica, al noroeste de Armenia, o en la Alta Mesopotamia, al sur, y si los romanos invadían Armenia, apenas defendida y en rebeldía, cortarían las comunicaciones persas y abrirían una brecha por la que podrían progresar sin mucho esfuerzo. Además, entre tanto, alcanzado por la peste e inquieto por los progresos bizantinos en Mesopotamia, Cosroes abandonaba su idea original de dirigirse en apoyo de sus tropas destacadas en Lázica y había llevado al ejército que estaba con él en Media Atropatene hacia Asiria y,

con ello y a través de Armenia, los romanos podrían abrir sin oposición alguna un pasillo que los llevara a Persia propiamente dicha. Angustiado ante esta posibilidad, Cosroes ordenó a su *marzban* –gobernador militar y civil– en Armenia, Nabades, que apresurara las negociaciones para firmar una tregua con los romanos. Este creyó que sería más fácil lograr este objetivo si enviaba como emisario ante el *magister militum per Armenian* , Valeriano, al patriarca de Armenia, cuya sede, Dvin, estaba en la Armenia persa. Pero en la delegación persa que se encaminó a territorio romano en la primavera de 543 dirigida por el patriarca iba también el hermano de este último, que en secreto era un noble armenio prorromano, y alertó a Valeriano de la situación tan comprometida que tenían los persas en Armenia. Valeriano envió la información a Justiniano y este no perdió la oportunidad y ordenó a sus generales que agruparan a todas las tropas posibles e invadieran la Armenia persa de inmediato. [54] Es así como llegamos a la campaña que desembocó en la batalla de Anglón, en Armenia, a unos kilómetros al sur de la actual ciudad de Ereván.

Los romanos habían reunido 30 000 hombres procedentes del ejército de campaña de Armenia, bajo el mando de Valeriano, y de los de oriente, mandados por Martino, y de tropas de los *praesentalis* y de federados hérulos, comandadas por Pedro, por el *magister militum praesentalis* Narsés –no es este Narsés el famoso eunuco que nueve años más tarde aniquilaría a los ostrogodos de Totila– y por su hermano Isaac, y entraron en la Persoarmenia divididos en varias columnas que convergieron sobre la capital de la Armenia persa, Dvin. [55]

Nabades, que, ante la defección de la mayoría de los nobles armenios, solo contaba con 4000 arqueros de línea y con tres o cuatro centenares de *savaran* y de infantes pesados, trató de jugar la única carta que le quedaba: la sorpresa. Para ello, dirigió a su pequeño ejército hasta Anglón, a unos 25 km al sur de Dvin (cerca de la actual capital armenia de Ereván). Anglón era una aldea situada en la montaña y coronada por una pequeña fortaleza. Lo agreste del entorno y las estrechas y tortuosas calles de la aldea, hacían del lugar un punto ideal para resistir allí con pocos hombres y para disponer en él una emboscada. Para que esta fuera efectiva, Nábades escondió a sus 4000 arqueros, a los que dispuso sobre las azoteas o dentro de las casas y les ordenó, asimismo, que cavaran fosos y levantaran barricadas en las estrechas calles para convertir Anglón en una trampa mortal. Preparada la emboscada, dispuso el cebo: cavó una trinchera delante de la aldea y colocó allí a sus escasos centenares de *savaran* y de infantes pesados y luego despachó hacia los romanos a uno de sus hombres de confianza con la misión de dejarse capturar por estos y «confesarles», luego, que el ejército persa, con el *marzban* de la Persoarmenia a la cabeza, había evacuado Anglón y huía en desorden ante el avance romano.

Confiando en esta información falsa, los jefes del ejército romano se enzarzaron en una absurda discusión sobre quién tenía la culpa, por su lentitud, de que los persas no

hubieran sido cogidos por sorpresa en Anglón. La discusión derivó en caos y cada uno de los *magister militum* y *duces* del ejército presentes en la reunión salió por su cuenta y con premura, para ponerse a la cabeza de sus tropas y marchar sobre Anglón en un intento por alcanzar a los supuestamente huidos persas. Los contingentes romanos avanzaron a toda prisa sobre Anglón sin guardar el más mínimo orden, mezclándose en el precipitado avance el tren de abastecimientos con la caballería y esta con la infantería y mezclándose entre sí todos los ejércitos y unidades.

Nabades debió de sonreír al ver cómo se acercaban los caóticos romanos a sus posiciones defensivas en Anglón. Los romanos, no obstante, aún tenían una oportunidad. Los primeros soldados en llegar ante Anglón se dieron cuenta de que esta no estaba vacía, sino que los persas seguían allí y que, aunque escasísimos en número, habían tomado posiciones en la pendiente que llevaba al pueblo y a la fortaleza. Informados por estos soldados, los jefes del ejército bizantino frenaron el avance. Pero al ver que los persas no eran sino tres o cuatro centenares de hombres dispuestos tras una trinchera, desecharon cualquier mínimo atisbo de prevención que les quedara y dispusieron el asalto inmediato de las débiles posiciones persas.

El gran ejército bizantino, 30 000 hombres, se dispuso en tres grandes divisiones: una comandada por Martino, *magister militum per Orientem* , otra por Valeriano, *magister militum per Armeniam* y una tercera encabezada por Narsés y Pedro. Pero lo numeroso de la hueste romana y lo escabroso y estrecho del lugar, desarticularon la formación romana durante su avance sobre las posiciones persas.

Nabades apenas si ofreció resistencia. Aparentando pánico, sus escasas tropas huyeron cuesta arriba hacia el interior de la aldea. Los romanos, exultantes ante lo que parecía ser el anticipo de un día de fácil victoria y saqueo, se precipitaron tras ellos y se dispersaron al penetrar en las estrechas calles de Anglón. Era el momento esperado por Nabades. Se gritaron las órdenes y los 4000 arqueros ocultos en las calles, en las azoteas, en las estancias de las casas o apostados tras inesperadas barricadas u ocultos en fosos que cortaban el avance romano, surgieron con los arcos encordados y armados. La muerte se materializó para los desconcertados romanos en forma de oscuras flechas que les acertaban desde todas las direcciones y que, disparadas desde muy cerca, atravesaban sus armaduras e infligían terribles heridas.

Fue un desastre. Cada arquero persa disponía de un carcaj con entre 30 y 40 flechas y eran 4000. Así que, en los primeros minutos, los romanos encajonados y dispersos en y por las calles de Anglón, recibieron el impacto de unas 140 000 flechas. Además, los arqueros persas habían acumulado muchos dardos de repuesto para rellenar sus carcajs y la tormenta de flechas no cesó en ningún momento.

Las calles estrechas de Anglón se llenaron de inmediato de cadáveres de hombres y caballos, de heridos que agonizaban o que se arrastraban en busca de salvación. El pánico se apoderó de todo el ejército romano. Los *hecatontarca* s trataban de mantener inútilmente el orden, pero cada vez que lograban reunir a un grupo de soldados y los dirigían hacia lo que creían una salida de aquella ratonera, se topaban con una barricada o un foso y con docenas y docenas de arqueros que, apostados tras las barricadas o sobre los tejados, asaeteaban sin descanso a los romanos. Cualquier trazo de disciplina o cordura se esfumó ante lo devastador de la inesperada emboscada. Los soldados romanos huían sin orden ni concierto, pisoteándose entre sí en su frenético intento de salir de las sangrientas calles de Anglón. Miles de ellos murieron antes de conseguirlo. Los que lo lograron huyeron pendiente abajo perseguidos por los persas que no dejaban ni un instante de tirar sobre las espaldas de sus enemigos. El terror en que estaban sumidos los romanos les impedía darse cuenta de que los persas no eran sino una pequeña fuerza siete veces inferior a la suya. Tampoco eran capaces de frenar su pánico. Ni siquiera cuando los persas, prudentes, detuvieron su persecución a las afueras de Anglón, cesaron los romanos de correr. Cientos de caballos fueron reventados por sus jinetes y muchos hombres se perdieron. Todo el tren de bagajes y el tesoro del ejército cayeron en manos de los persas. [56]

Anglón fue un desastre para Justiniano: 30 000 romanos habían sido batidos por apenas 4000 persas y las oportunidades que se habían abierto para las armas romanas se esfumaron. La guerra había dado un nuevo giro y el nuevo ejército sasánida de Cosroes I demostraba una vez más que era un hueso duro de roer y que sus tropas de élite, sus arqueros de línea, sus *savaran* y sus infantes pesados, podían medirse de igual a igual con lo mejor de las huestes bizantinas.

La batalla del río Oxus

Tras quince años de paz (557-572), en el verano de este último año la agresiva política del emperador Justino II (565-578) desencadenó una nueva guerra con la Persia de Cosroes I Anusirwan (531-579) y el viejo rey persa aceptó el desafío.

Bizancio había logrado trabar una gran alianza internacional que le granjeaba el apoyo del Imperio turco occidental del *yabgu* Istemi, antaño un aliado de Cosroes y ahora su encarnizado enemigo, y del *negus* de la Abisinia axumita, cuyos intereses en Arabia meridional y el océano Índico se veían amenazados por la expansión sasánida en ambas zonas. Pero los aliados, alejados entre sí por miles de kilómetros, no supieron coordinar sus ataques. Los turcos kok, reuniendo a 110 000 [57] jinetes de las estepas, lanzaron un doble y gran ataque sobre las fronteras del norte de Persia: al oeste del Caspio, donde un ejército turco trató de penetrar las fortificaciones persas del paso del Derbend, un estrecho paso entre el mar Caspio y el Cáucaso, cerrado por una muralla y

que era conocido como «las puertas de hierro» y al oriente del Caspio, donde un segundo ejército de los turcos kok occidentales cayó sobre la impresionante muralla de Gorgán. Pero ambos ataques fueron rechazados por las guarniciones persas y los turcos quedaron fuera de juego a finales de 572.

Al mismo tiempo, en Arabia, un pequeño ejército persa integrado por un millar de dailamitas desembarcó en el antiguo reino de Himyar, la actual Yemen, a la sazón un protectorado axumita y, tras verse reforzado por nuevos contingentes que fueron llegando en los siguientes años, arrebató el Yemen a los axumitas e impidió que estos tuvieran un papel activo en la guerra romano-sasánida.

Así que en la primavera de 573 el viejo rey Cosroes pudo concentrar un enorme ejército para atacar la pieza clave del sistema defensivo romano en oriente: la gran fortaleza de Dara. Contra ella marchó con 183 000 hombres: 23 000 *savaran* , 40 000 infantes pesados y arqueros de línea y 120 000 *paighan* . Dara resistió lo que pudo, pero al cabo, tras unas semanas de duro asedio, cayó.

Los años siguientes contemplaron una guerra llena de alternativas, pero en la que lentamente y a partir de comienzos de 576, la victoria se inclinó del lado romano. Cuando Cosroes I murió en 579, Persia estaba al borde del desastre militar. Sus ejércitos habían triunfado en Arabia y se sostenían frente a los turcos, pero en el frente occidental los romanos habían logrado la ventaja en Transcaucasia, Armenia y Mesopotamia y sus ejércitos llegaron en 576-577 a adentrarse en Media Atropatene (Azerbaiyán y noroeste de Irán) y a bañar las patas de sus caballos y las puntas de sus lanzas en las aguas del mar Caspio.

Los años que siguieron a la muerte de Cosroes no cambiaron nada. Ormuz IV, el sucesor de Cosroes, se había granjeado el odio de la alta nobleza persa, las seis grandes familias que junto con los sasánidas gobernaban el Eranshar, y la guerra con los romanos se volvió casi insostenible tras la derrota sufrida por Persia en 586 en Solachon. Pero lo peor estaba pasando en la frontera oriental. Un nuevo *yabgu* de los turcos kok occidentales, Ni-Li, estaba presionando allí con fuerza desde 585 y las ricas tierras del Jorasán estaban a punto de perderse ante el empuje turco.

Sacando hombres de aquí y de allá, Ormuz IV logró reunir un ejército de refuerzo para enviarlo a toda prisa a Jorasán y tratar de frenar el avance enemigo. El *spahbad* que puso a su mando se llamaba Bahram Chobin, de la casa de Mihran, y su nombre pronto sería leyenda.

Las fuentes persas e islámicas, en especial, Firdawsi, Mas`ûdî y al-Tabarî ensalzan la figura de Bahram Chobin y sus noticias, junto con las recogidas por historiadores

bizantinos como Teofilacto Simocata, u orientales como Sebeos, permiten hacer una buena reconstrucción de su campaña en Jorasán y Bactriana.

El núcleo del ejército de Bahram estaba constituido por 12 000 *savaran* , un *gund* de 10 000 jinetes acorazados al que se sumaron 2000 zayedan, los «inmortales», es decir, *savaran* escogidos que representaban la mejor caballería del mundo. A ese núcleo, Bahram Chobin sumó un fuerte cuerpo de infantería pesada y varios miles de arqueros de línea, así como un buen número de *paighan* , infantes ligeros de leva y una unidad de elefantes de guerra. La presencia de todas estas tropas: infantes pesados, arqueros de línea, *paighan* y elefantes de guerra con sus respectivas dotaciones, no se menciona en las fuentes persoislámicas de forma directa, pues para Firdawsi y al-Tabarî, como buenos descendientes de orgullosos *dehqans* persas, solo los 12 000 *savaran* pertenecían a la casta de los guerreros y, por ello, solo ellos podían tener el honor de ser mencionados. Pero si uno lee todo el detallado relato que Firdawsi hace de la campaña, observará que esos «despreciados» contingentes de infantería, sí son mencionados de forma críptica y descuidada al describir los avatares de la batalla del Oxus. [58]

Las pruebas de que lo que acabamos de decir es cierto son numerosas y surgen de la comparación de las cifras y narraciones de las batallas ofrecidas por Firdawsi y al-Tabarî con las que nos ofrecen las fuentes bizantinas y orientales. Así, por ejemplo, en la batalla de Nínive (12 de diciembre de 627), al-Tabarî dice que el ejército persa lo componían 12 000 *savaran* y no menciona ni un solo infante. Pero gracias a Teófanes, que copiaba un informe de la época, sabemos que los infantes persas no solo fueron numerosos en esa batalla, sino que fueron los más fieros en la contienda llegando a herir al caballo del emperador Heraclio. Mientras que, por otras fuentes, Agapios, Miguel el Sirio, Nicéforo, Sebeos, la *Historia nestoriana* , etc., sabemos que los persas pasaban de largo de los 60 000 hombres y que sus tropas eran tanto de caballería como de infantería. [59]

Así que a los 12 000 *savaran* que al-Tabarî dice que tenía consigo Bahram Chobin, 9000 según Firdawsi, hay que sumar más de 40 000 hombres. Quizá unos 12 000 infantes y arqueros de línea, unos 30 000 *paighan* y unos 50 elefantes con sus respectivas dotaciones. Es decir que es probable que Bahram Chobin marchara hacia el Oxus a la cabeza de unos 55 000 hombres.

Por su parte, el nuevo *yabgu* de los turcos kok había logrado reunir a 400 000 jinetes, según dice Mas`ûdî. [60] Es evidente que la cifra anterior debía de ser una exageración, pero muestra que el ejército reunido por Ni-Li era gigantesco y teniendo en cuenta cifras más creíbles sobre ejércitos turcos kok de este periodo, podemos estimar que Ni-Li, a quien Firdawsi da el nombre persa de Saweh, [61] tenía consigo a más de 60 000 guerreros y que una cifra cercana a los 100 000 no es inverosímil.

Las tácticas guerreras de los turcos kok y de sus enemigos tradicionales, los ávaros, son descritos por el anónimo autor contemporáneo que conocemos como Pseudo-Mauricio. Gracias a él sabemos que una parte considerable de su fuerza la componían jinetes provistos de yelmo y cota de malla que portaban arcos compuestos asimétricos, lanzas y espadas de larga y recta hoja de dos filos. Un arma que, precisamente, estaba empezando a ser sustituida entre los kok por el luego famoso sable de las estepas de hoja curva, pensado para hacerlo caer desde el caballo sobre las tropas de infantería. También los caballos turcos iban provistos de armadura que protegía sus cabezas, cuellos y pecho junto con sus flancos hasta la mitad de su cuerpo. Cada jinete disponía de entre 5 y 18 caballos de refresco que se llevaban en grandes manadas que parecían aumentar el número del ejército, con lo que se causaba el pánico y el desconcierto en el enemigo, [62] de ahí que las cifras que se daban para sus ejércitos, como las que se han dado siempre para los ejércitos de los pueblos de la estepa, fueran tan desmedidas.

Junto con esas tropas selectas de caballería pesada, los kok disponían de miles de jinetes armados solo con arco, lanza, sable y lazos, pero sin yelmo, ni cota de malla e igualmente provistos de numerosas caballerías de refresco.

Los turcos no solían formar unidades regulares, sino bandas guerreras de diverso tamaño que seguían a sus jefes de clan o de tribu y formaban en masas compactas agrupadas en varias líneas sueltas de variable profundidad.

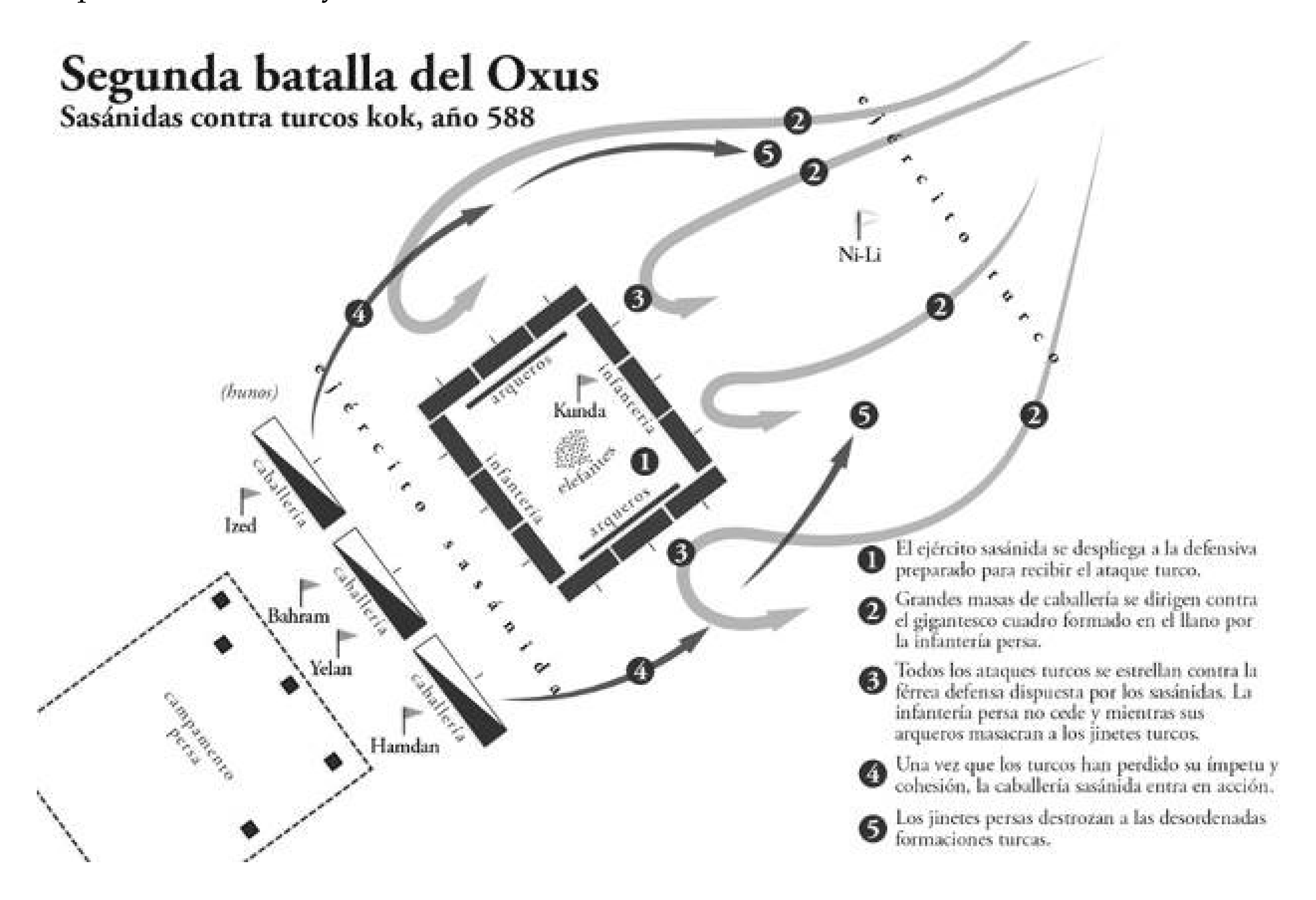
Bahram Chobin reunió a su ejército en Merv. El territorio entre esta ciudad y Balj (la antigua Bactres) estaba sufriendo las incursiones y ataques de los guerreros de Ni-Li. Este había dispersado a sus huestes en infinidad de columnas para saquear a conciencia tanto la Bactriana (*grosso modo* el actual Afganistán) como el Jorasán (el Irán oriental), por eso cuando le llegaron noticias de que un gran ejército sasánida se había reunido en Merv y avanzaba hacia el Oxus (Amu Daria) tardó bastante en reunir en torno suyo a la totalidad de su horda.

El territorio donde iba a desarrollarse la campaña era y es uno de los más difíciles del mundo. Se alternaban desérticas y abruptas colinas con áreas de estepa, con valles fértiles muy poblados y con altísimas montañas que, por aquel entonces, estaban cubiertas de densos bosques y cuyas cumbres alcanzan los 5000 metros con harta frecuencia y a veces ascienden hasta los 6000. El ejército persa avanzaba directamente hacia el valle del Oxus y lo hacía con suma prudencia para evitar emboscadas. Además, llevaba elefantes y un gran tren de asedio destinado a expugnar las murallas de la fuerte ciudad de Balj que había caído en manos turcas y que pretendían recuperar.

Conforme le llegaban noticias de que los turcos se estaban reagrupando, Bahram Chobin destacó grupos de exploradores hunos eftalitas, tradicionales enemigos de los

turcos. Pronto localizaron a la horda turca y Bahram Chobin se preparó para ofrecer batalla.

En primer lugar, desplegó a su infantería pesada en cuadro, en una densa formación erizada de lanzas, escudo con escudo y en cuyo centro se colocaron los elefantes protegidos por sus armaduras de cuero, y con sus lomos atestados de arqueros. A ambos lados del cuadro formado por la infantería pesada y los elefantes situó a sus arqueros de línea. Muchos de esos arqueros llevaban sus arcos montados sobre *panjagan* , un dispositivo que, recordémoslo, permitía disparar cinco flechas con un solo tiro de arco. Tras la sólida formación de la infantería, Bahram colocó a su caballería, 12 000 *savaran* , desplegada en tres grandes divisiones mandadas por Ized Guschasp, Yelan Sineh y Hamdan Guschasp, mientras que Kunda Guschasp quedó al mando de las tropas de infantería y de los elefantes.



Por último, en una tercera línea, situó sus bagajes y el tren de asedio, todo ello resguardado tras un foso y un terraplén custodiado por los *paighan* , y aguardó.

Cuando los turcos localizaron al ejército persa avanzaron sobre él en una inmensa masa de jinetes. El polvo que la horda levantaba mientras se acercaba ascendía en una alta y gran nube que coronaba las resecas colinas. Cuando los turcos desembocaron en

el gran llano donde Bahram había formado a su ejército, se detuvieron. Ni-Li, el *yabgu* de los turcos kok occidentales contempló a la formación enemiga. Los persas estaban allí, delante de él, inmóviles y silenciosos. Sus guerreros superaban en número a los sasánidas y, además, él les había prometido botín y victoria y necesitaba ambas cosas para consolidar un trono que, tres años atrás, había arrebatado al legítimo soberano de la horda: Tardu, hijo de Istemi. [63] Así que, tras horas de aguardar bajo el sol de la estepa y exasperado por la inmovilidad del enemigo, ordenó cargar a sus hombres.

Era lo que estaba esperando Bahram Chobin. Los turcos cargaban en una densa pero desigual formación. En el centro cabalgaban sus mejores hombres cubiertos de malla de acero y con sus cabezas enfundadas en yelmos y, en sus flancos, se hallaba la caballería ligera que galopaba tensando sus arcos. Pero los persas no se movían. Elefantes, lanceros y arqueros aguardaban mientras la tierra temblaba bajo los cascos de 100 000 caballos lanzados al galope.

Entonces, cuando la marea turca estaba ya a unos 150 metros de las filas persas y sus arcos comenzaban a hacer llover flechas sobre los escudos de la infantería persa y sobre los grandes paveses de mimbre que los arqueros habían plantado delante de sus posiciones, Bahram dio la orden a sus arqueros de línea de disparar.

Los arqueros persas avanzaron dejando atrás sus paveses de mimbre y, dispuestos en tres filas superpuestas, comenzaron a descargar sus arcos montados sobre *panjagan* . Cada arco disparaba cinco flechas de un solo tiro y bajo esa lluvia de madera y acero la carga turca se rompió. Miles de jinetes fueron alcanzados y centenares de caballos rodaron por el suelo. Pero, aunque los arqueros no dejaban de tirar y los jinetes turcos caían a centenares a cada descarga, nada parecía ser capaz de detenerlos. La infantería persa y los elefantes lo hicieron. Ninguna carga de caballería puede romper una muralla de escudos y lanzas si permanece firme y los infantes pesados persas así lo hicieron. Los jinetes kok frenaron a sus caballos. Los que no lo lograron quedaron ensartados en las lanzas persas o rodaron por el suelo para ser rematados por las espadas y mazas enemigas. Entonces avanzaron los elefantes y provocaron el pánico entre los caballos turcos.

Era el momento del siguiente movimiento de Bahram. Este ordenó a sus 12 000 *savaran* que se desplegaran a ambos lados de la infantería persa y que cargaran sobre los flancos de los ahora desorganizados turcos. Fue la matanza y el caos. Los turcos estaban totalmente desconcertados. Parte de sus tropas se estaban retirando para volver a cargar, otra parte seguía enredada en combates contra las filas de la infantería persa o huía aterrorizada ante el avance de los elefantes o, simplemente, se veía diezmada por los arqueros persas que no dejaban de tirar sobre ellos y fue en ese torbellino de polvo, sangre, gritos y muerte cuando los *savaran* persas cayeron sobre ellos. Cubiertos de hierro, disparando sus arcos, blandiendo sus lanzas, cortando a los enemigos con sus

largas espadas o aplastando sus cráneos con las mazas, los *savaran* destrozaron a los turcos kok. [64]

La matanza fue terrible. Cuando los *savaran* se enzarzaron con la caótica masa turca, la infantería persa avanzó en orden cerrado. Su ataque terminó de hundir la resistencia turca.

A través del vendaval de hierro y muerte en que se había transformado la batalla, Bahram Chobin, a la cabeza de su guardia personal, se abrió paso entre los hombres de Ni-Li y dio muerte con su propia mano al soberano turco.

Bahram Chobin fue aclamado por sus hombres y a la mañana siguiente avanzó hasta el cercano Oxus y lo cruzó. Persiguió a los turcos hasta el Yaxartes (Sir Daria) capturando sus rebaños, matando a sus pastores, tomando sus fortalezas. Luego cercó Balj, la antigua Bactres y tras un duro asedio, la tomó. Allí se apoderó de grandes riquezas y devolvió la ciudad y toda la región al sur del Oxus a la soberanía persa y para asegurarla aún más fundó una ciudad. [65]

La victoria del Oxus mostró la superioridad de los ejércitos persas sobre los de los nómadas. Los turcos kok tardaron treinta años en volver a representar un peligro para Persia. Bahram Chobin logró tal fama que sus hazañas se transformaron en leyenda. La envidia del *shahansha* y su propia ambición, la de Bahram, propiciaron que al año siguiente el *spahbad* se alzara en armas y reivindicara para sí el trono. Pero la intervención romana en favor del hijo del caído Ormuz IV, Cosroes II, destrozó las pretensiones del general Bahram.

Notas

1 Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 139, en Mohl, J., 1878.

2 La denominación de la Puerta o Puerta de los sasánidas o simplemente Gran Puerta, aparece ya en Sebeos: Sebeos, 13. Para la sala del trono de Cosroes y su ornato: al-Tabarî V, 946, 237, en Bosworth, C. E., 1999, vol. V. Para el trono de Cosroes I poseemos dos testimonios arqueológicos de la época que lo representan, la llamada Copa de Cosroes, en la Biblioteca Nacional de Francia y el Plato de Cosroes que se conserva en el Museo del Hermitage de San Petersburgo. Pueden verse las imágenes en Hicks, J., 1996, vol. II, 131, 134, 139-140.

3 Esta restauración social y religiosa quedó reflejada en un documento de la época: Boyce, M., 1968.

4 al-Tabarî V, 960-963, 255-263; Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 127-129; Grignaschi, M.: «La

riforma tributaria di Hosro I e il feudalesimo sassanide», 87-131; Soto Chica, J., 2015, 187-190.

5 Como ha demostrado la doctora Pourshariati, P., en la práctica el Imperio sasánida no era sino una confederación formada por las seis grandes familias partas y la sasánida. Solo durante el reinado de Cosroes I esa alta nobleza permaneció totalmente sujeta al *shahansha* y sería ella la que, tras el fracaso de Cosroes II ante Heraclio, precipitara la caída de este último y la anarquía que posibilitó la conquista árabe. Ver Pourshariati, P., 2011.

6 Tafazzoli, A., 2000, 37-58; Farrokh, K., 2005, 7-9; Farrokh, K., 2009, 229-230.

7 Rubin, Z.: «The Reforms of Khusro Anushirwan», vol. III, 227-297.

8 al-Tabarî V, 894-895, 150-151; Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 145-152; Christensen, A., 1944, 369-370; Yarshater, E.: «The Seleucid, Parthian and Sassanid Periods», vol. 3, 2.º, 153-154.

9 al-Tabarî V, 895, 152.

10 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , I, 14, 25-27.

11 Agatías de Mirina, *Historias* , III,17.6-9; Farrokh, K., 2005, 23-25.

12 al-Tabarî V,899, 160.

13 Soto Chica, J., 2012, 335-337; Kennedy, H., 2007, 151 y 383; Minorsky, V.: «La domination des Dailamites».

14 al-Tabarî V, 892-894 y 960-965; Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 127-129 y 174-176; Christensen, A., 1944, 370-372; Tafazzoli, A., 2000, 8-9; Farrokh, K., 2005, 8-9; Yarshater, E.: «The Seleucid, Parthian and Sassanid Periods», 154.

15 Farrokh, K., 2005, 5 y 9; Soto Chica, J., 2015, 220-222; Christensen, A., 1944, 210-211.

16 Las noticias de las fuentes a favor de la organización decimal de las unidades sasánidas son numerosísimas: Soto Chica, J., 2015, 222-225. Como ya señalé en su momento, una fuente del siglo VII del ámbito sasánida, el libro II de Moisés Dasxurangi, no deja lugar a dudas al poner en boca de Cosroes II que sus ejércitos se organizaban en millares y decenas de millares. Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso* , II, 11, 82, en Dowsett, C. J. F., 1961.

17 Farrokh, K., 2005, 6-9 y 19-21; al-Tabarî V, nota 633, 263-264.

18 Farrokh, K., 2005, 19-21.

19 Soto Chica, J., 2015, 226.

20 Farrokh, K., 2005, 26.

21 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6115, 309.

22 Farrokh, K., 2005, 6.

23 Farrokh, K., 2005, 13 y 25.

24 Procopio de Cesarea, Guerra persa, II, 24-25.

25 Farrokh, K., 2005, 15-19; Tanabe, K.: «The Identification of the King of Kings in the upper register of the Larger Grotte, Taq-i Bustan: Ardashir III Restated», 583-601.

26 al-Tabarî V, 964-965, 262-263; Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 134-140; Mas`ûdî, *Los prados de oro* I, II.215. 238, en Meynard, B., 1962.

27 al Tabarî V, 964-965, Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 134-140; *Strategikon* del Pseudo-Mauricio XI, 1 240; Farrokh, K., 2005, 11 y ss.; Farrokh, K, 2009, 219; Karasulas, A., 2003.

28 Bivar, A. D. H.: «The Stirrup and its origins», 61-65.

29 Agatías de Mirina, *Historias* , III.17.6-9; Farrokh, K., 2005, 24-25.

30 Farrokh, K., 2005, 13 y 25.

31 Farrokh, K., 2005, 15, 54 y 60.

32 Farrokh, K., 2005, 42-43; Soto Chica, J., 2015, 230.

33 Firdawsi, *Libro de los reyes* , VII, 315-319; al-Tabarî V, 327-328.

34 Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 134-142; al-Tabarî V,963-965; Mas`ûdî, *Los prados de oro* I, II.231; Tafazzoli, A., 2000, 14.

35 al-Tabarî V,992, 302.

36 Soto Chica, J.: «Los efectivos del último ejército sasánida. Una solución desde las fuentes», 61-76.

37 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6117, 315.

38 Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 137; al-Tabarî V, 964-965, 262-263 y V, 897-898, donde se aclara que hasta la reforma de Cosroes I los *savaran* estaban obligados a servir sin sueldo. Para una argumentación detallada de los sueldos de los soldados y mandos persas, ver Soto Chica, J.,

2015, 240-245.

39 Al-Baladhurî, *Libro de la conquista de los países* I, 440-442, en Murgotten, F. C., 1969.

40 al-Tabarî V, 992, 302.

41 Crónica de 1234: 66, 203.20, 205, en Palmer, A.: «Extract from the chronicle of 1234», 111-221.

42 Para un desarrollo de las cifras citadas con abundantes citas de fuentes y bibliografía: Soto Chica, J.: «Los efectivos del último ejército sasánida…»; Soto Chica, J., 2015, 197-218.

43 Firdawsi, *Libro de los reyes* , V, 265-267; *Historia nestoriana* 176, LXVI, 486; Tafazzoli, A., 2000, 12-14.

44 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , I, 1 89 y XI, 1, 240.*

45 Firdawsi, *Libro de los reyes* , V, 491-499.

46 *Strategikon del Pseudo-Mauricio* XI,1. 239-241; Farrokh, K., 2005, 27-49. La obra de referencia sobre la táctica sasánida sigue siendo: Inostrantsev, C. A.: «Sasanian Military Theory», 7-53.

47 Máquinas de guerra persas en la toma de Jerusalén, 614: Antioco Estrategos: 506-507, en Conybeare, F. C.: «Antiochus Strategos, The Capture of Jerusalem by the Persians in 614 AD», 502-517. Máquinas de guerra persa en la toma de Dara en 573 en Evagrio escolástico V.10.

48 Christensen, A., 1944, 112 y 368-369; Unvala, J. M., 1921.

49 Procopio de Cesarea, Guerra persa, I.22 1-19.

50 al-Tabarî V, 898-899, 157-159; Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 168-169; Crónica del 640 o de Tomás el Presbítero, 871 en Palmer, A. «Extract from a chronicle composed about AD 640», 5-35; Procopio de Cesarea, Guerra persa, II.14.

51 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , II, 15.1-30.

52 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , II, 17.1-28.

53 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , II, 19.47-49.

54 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , II, 24.1-11.

55 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , II, 24.12-21.

56 Procopio de Cesarea, *Guerra persa* , II, 25.1-35.

57 al-Tabarî V, 895-896, 153.

58 Las contradicciones de al-Tabarî y Firdawsi al tratar sobre el número de integrantes del ejército de Bahram Chobin fueron ya señaladas por Farrokh, K., 2009, 186. Pero Farrokh no extrajo ninguna idea concreta y tampoco trató de corregir las cifras ofrecidas por las fuentes. Sobre el adecuado cálculo de los efectivos sasánidas en este periodo: Soto Chica, J.: «Los efectivos del último ejército sasánida…».

59 al-Tabarî V, 1004, 322-323; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6118, 318-320; Agapios de Manbij o de Hierápolis, *Historia universal* , 204, 464; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 14; *Historia nestoriana* , LXXXVII, 221-222, 541-542; Miguel el Sirio, *Crónicas* , II.XI. 409; Sebeos, 84-85.

60 Mas`ûdî, *Los prados de oro* II, 212, 237.

61 Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 496.

62 *Strategikon del Pseudo-Mauricio , XI, 2.*

63 Soto chica, J.: «Bizancio, la Persia sasánida, los búlgaros y la disputa ávaro-turca por el control de las estepas (557-603)» 117-134.

64 al-Tabarî V, 991-994, pp. 301-303; Firdawsi, *Libro de los reyes* , VI, 491-502; Mas`ûdî, *Los prados de oro* II, 212, 237; Teofilacto Simocata, *Historia* , III.18.13; Sebeos, 11-12; Farrokh, K., 2005, 53-54; Christensen, A., 1944, 443-444.

65 *Sarestán i Eranshar* 8-9, en Sarestán i Eranshar, disponible en <http://www.humanities.uci.edu/sasanika/Library.html >

7

La cruzada de Heraclio y la batalla de Nínive

Lucha a muerte entre dos imperios, 610-628

Después de que el emperador viera cómo los persas rompían filas en su persecución y cómo algunos soldados romanos resistían en la torre del vigía y que muchos de ellos caían bajo los golpes de los persas, corrió hacia ellos para auxiliarlos, pero un gigantesco guerrero persa le salió al paso y le atacó en el centro del puente. Pero el emperador lo golpeó con su espada y lo arrojó a las aguas del río. Al ver cómo su campeón era vencido por el emperador, los persas que estaban en el puente se dieron la vuelta y huyeron, arrojándose muchos a las aguas como ranas para escapar de los romanos y cayendo otros muchos bajo las espadas romanas. Pero al otro lado del puente los persas se reagruparon y presentaron batalla impidiendo a los romanos apoderarse de la otra orilla. Luchando de forma sobrehumana, el emperador, a la cabeza de unos pocos de sus hombres, se arrojó sobre los enemigos, asombrando con su valor a Sharvaraz que contemplaba la lucha desde una altura y que al distinguir al emperador por sus botas teñidas de púrpura, le dijo a Cosmas, un traidor romano que lo acompañaba: «Mira al César, Cosmas, mira cómo lucha él solo contra una multitud. Como un yunque rechaza los golpes». [1]

Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6116, 314-315.

Si hubo unos años que cambiaron el mundo, esos fueron los dieciocho años que transcurrieron entre 610 y 628. Mientras dos emperadores guerreros y mesiánicos se enfrentaban por el dominio del mundo antiguo en una guerra que provocó en apocalípticas palabras de un contemporáneo «un diluvio de fuego y sangre», [2] un tercer hombre, un profeta guerrero, forjaba una nueva fe y un nuevo Imperio que pronto extendería su dominio desde el Atlántico a las fronteras de China y la India. Los dos emperadores guerreros y mesiánicos se llamaban Heraclio y Cosroes, el profeta guerrero, Mahoma. Los tres creyeron que estaban destinados a regir el mundo en nombre de su dios y los tres condujeron a miles de guerreros que así lo creían.

La última larga guerra entre Persia y Bizancio no supuso un cambio en cuanto a la táctica o el equipamiento militar, pero sí fue revolucionaria en cuanto a la ideología y en cuanto a la intensidad y propósito. La toma de Jerusalén por los persas en 614 y el traslado de la Vera Cruz a Ctesifonte, el alzamiento de las comunidades judías de

Palestina y Siria a favor de Cosroes II al que llegaron a saludar como un nuevo Ciro, libertador y mesías gentil del oprimido pueblo de Israel, la idea que se asentó entre cristianos, judíos y mazdeístas de que se hallaban en la consumación de los tiempos y de que un soberano santo y único debía de regir el mundo antes de la segunda parusía de Cristo o del advenimiento del verdadero Mesías, crearon un clima propicio a la exaltación religiosa y que, al cabo, aprovechó Heraclio para tratar de dar un giro a la desastrosa situación de su Imperio.

En efecto, tras perder Egipto a manos de los persas en 619, y con los ávaros y eslavos a la puerta de Constantinopla e inundando todos los Balcanes, al Imperio romano parecía no quedarle más opción que el colapso. Si no se hundió fue porque Heraclio supo galvanizar a su pueblo y a su ejército con la idea de que aquella guerra no solo se libraba para restaurar el Imperio, sino por Cristo. Aquel Imperio, su Imperio, era el Imperio de Dios y ellos, los soldados y el pueblo romanos, eran un nuevo y santo Israel al que su emperador, un nuevo Moisés, debía de conducir a la libertad enfrentándose al nuevo faraón, Cosroes II. Él, Heraclio, era un nuevo David y vencería al Goliat persa. [3]

Pero el Goliat persa se hallaba en la cima de su poder en 622. Ese año, terminada la conquista de Egipto y tras haber lanzado una expedición de saqueo contra Libia Pentápolis, Cosroes II desencadenó un doble y terrible ataque contra el Asia Menor: una flota persa, la primera que navegaba por el Mediterráneo desde hacía casi mil años, saqueó Rodas, Cos, Samos, Creta y Éfeso. En el Egeo coincidió con los salvajes guerreros eslavos que, alentados por el jagan ávaro, de quien eran vasallos, se lanzaban en sus primitivas embarcaciones, los monoxilos, a las aguas egeas para saquear las Cícladas y Creta. [4] Mientras, el más exitoso *spahbad* persa, Sharvaraz, *spahbad* del Nemroz, y conquistador de Siria, de Palestina y Jerusalén, de Egipto y Alejandría, cruzaba el Tauro y penetraba a sangre y fuego en Asia Menor con el objetivo de reunirse con la flota persa en el Helesponto y marchar junto a ella hasta Constantinopla para asestar a los romanos el último y mortal golpe.

Fue entonces cuando Heraclio dejó de ser un emperador romano y se transformó en un héroe, en el primero de los cruzados, en un rey sagrado y guerrero que sería cantado en todo Oriente y en toda Europa a lo largo de los siguientes mil años. Y es que, a lo largo de toda la Edad Media y el Renacimiento, fue Heraclio el gran héroe de los europeos y no el Cid, Arturo o Sigfrido. Y, aunque hoy los visitantes de las iglesias, catedrales o museos no sepan interpretar las imágenes o los símbolos que duermen en las obras de arte medievales y renacentistas, esas creaciones artísticas cuentan la historia de Heraclio y de la Vera Cruz. En Francia, en España, en Italia o Alemania existen centenares de lienzos, frescos, miniaturas, tablas, grabados, esculturas, vidrieras, novelas caballerescas, relatos piadosos… que cantan la gesta de Heraclio, del primer cruzado. [5] Y durante siglos y hasta el XVII todas las dinastías europeas trataban de forzar sus árboles genealógicos para hacerlos arrancar de Heraclio pues era él, como

último gran emperador de los romanos y primero de los cruzados, quien podía dar más lustre a una monarquía europea. Y, de esa manera, Felipe II, el hombre más poderoso del mundo, mandó a su genealogista que dibujara su árbol genealógico colocando a Heraclio en su base. No en vano Felipe II era bisnieto de los Reyes Católicos, los mismos que, al levantar una iglesia en Roma para celebrar el triunfo de su cruzada contra el reino nazarí de Granada, la Iglesia de la Vera Cruz de Jerusalén en Roma, se hicieron representar en ella Isabel como santa Elena y Fernando como Heraclio: la emperatriz que halló la Vera Cruz y el emperador que la rescató. [6]

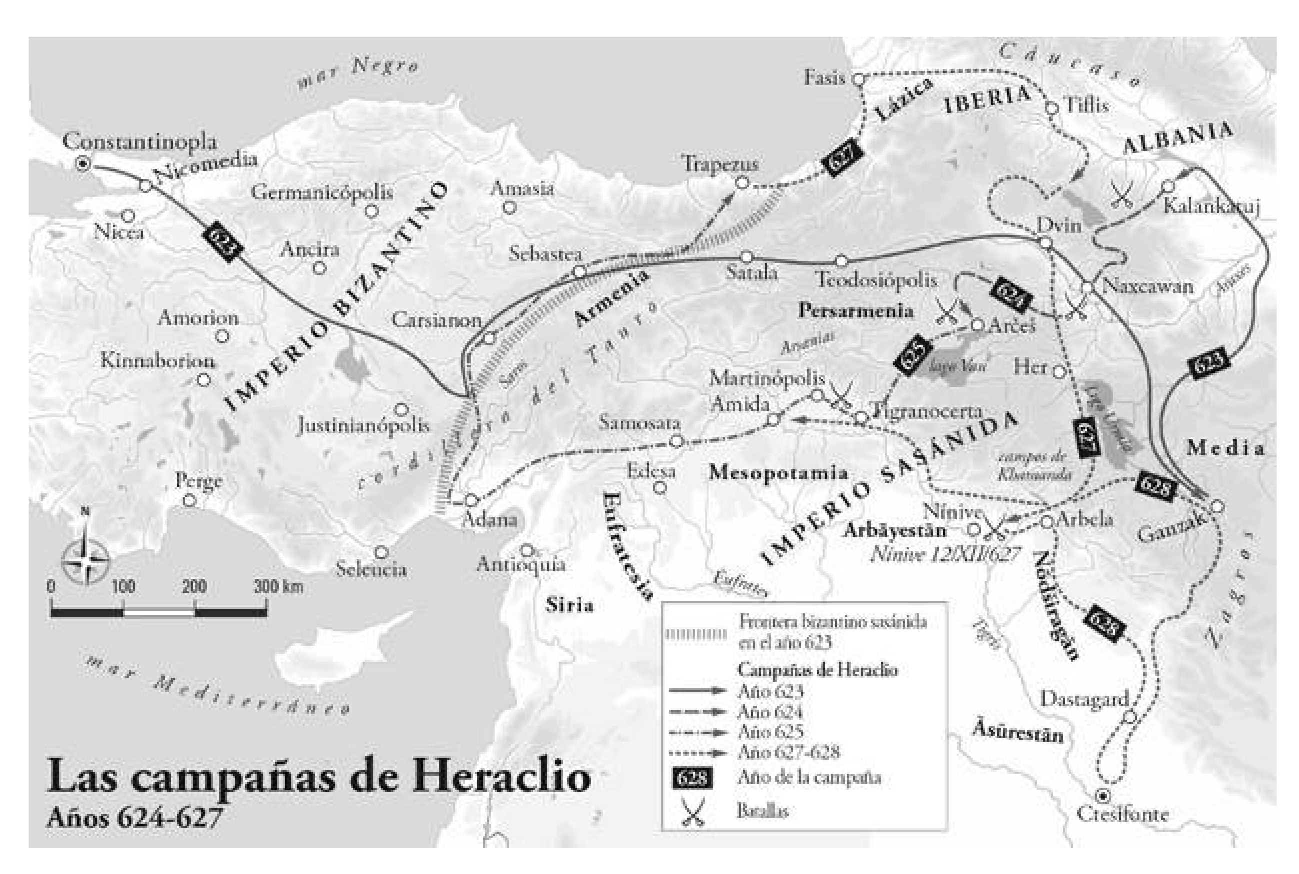




Figura 70: Los discos de David son una serie de nueve platos de plata elaborados en el reinado de Heraclio, tal como atestiguan los sellos de control en su reverso, que los datan entre 613 y 630. Reciben su nombre porque cada uno de ellos representa una escena de la vida del bíblico rey David. En este caso se representa el combate de David contra Goliat, y nos da una imagen idealizada del atavío y panoplia de la infantería bizantina de la época. La opinión más generalizada los lleva a la fecha más tardía, alrededor de 630, habiéndose encargado para celebrar la victoria de Heraclio, nuevo David, sobre el Goliat sasánida. Metropolitan Museum, Nueva York.



Figura 71: Otro de los discos de David, en el que se representa al monarca hebreo siendo confrontado por el profeta Elías. Se ha representado detalladamente la armadura de David, una cota de malla con refuerzos en el hombro y *pteryges* , bajo la que porta túnica. Destacan también sus botas de caballería, aunque su lanza es demasiado corta, al haber tenido que adaptar su longitud al espacio disponible. Metropolitan Museum, Nueva York..

LA GUERRA DE HERACLIO

Todo comenzó en Pascua de 622, con la flota persa saqueando Rodas y Sharvaraz trasponiendo el Tauro a la cabeza de 40 000 hombres. Mientras, junto al lago de Nicea,

Heraclio había reunido al último ejército de campaña del Imperio romano y se presentó ante él calzado no con las botas púrpura de un emperador, sino con el calzado negro que, desde los lejanos días de la República romana, eran uno de los atributos y símbolos del soldado romano. Heraclio quería decirles con aquel gesto que él, el emperador, era uno de ellos. Que lucharía, sudaría y sangraría a su lado. Pues Heraclio no se iba a quedar en Constantinopla, ni tan siquiera iba a quedarse en la retaguardia dirigiendo al ejército desde una posición segura, sino que iba a encabezarlo y a combatir desde y en primera línea.

Heraclio tomaba aquella insólita iniciativa para un emperador romano porque desde hacía casi veinte años los ejércitos bizantinos no conocían sino la derrota. Necesitaban un revulsivo y él, Heraclio, el nuevo David, se lo daría. Y por eso, también, aquella mañana no solo se presentó ante sus hombres revestido con la cota de mallas, el yelmo y las armas, sino que, desde su gran caballo de guerra, Corzo, desplegó ante el asombro de todos el más sagrado de los estandartes: la Cristopolia, el *Mandylion* de Edesa, nuestra Sábana Santa de Turín. [7] Heraclio no solo iba a emprender una contraofensiva para recuperar tal o cual provincia, iba a la guerra santa y sus hombres ya no solo iban a ser soldados de Roma, sino soldados de Cristo.

En junio, condujo a sus 40 000 hombres hacia las montañas del Ponto. Los había adiestrado durante más de dos meses. Aquellos hombres constituían un ejército renacido. Durante mucho tiempo se supuso por error que Heraclio fue el fundador del sistema *thematico* , hoy día los especialistas sabemos que no fue así y que fue su nieto quien llevó a cabo la reforma. No, no era un nuevo ejército romano, sino la restauración del ejército que Justiniano había dejado a sus sucesores. Tras veinte años de purgas, guerras civiles, derrotas y desastres, el ejército romano había sido aniquilado. Heraclio tuvo que empezar casi de cero tras la gran derrota sufrida ante los persas en 613 bajo los muros de Antioquía. El primer paso fue formar oficiales, pues los cuadros de oficiales y mandos del ejército habían sido purgados, ejecutados, en su mayor parte por el tirano Focas (602-610) y los que habían sobrevivido perecieron ante los persas y los ávaros o en la guerra civil que llevó a Heraclio al trono. Así que era perentorio formar oficiales bien y muy rápido. Para eso surgió uno de los tratados militares más influyentes y ricos de la historia universal: el *Strategikon* del Pseudo-Mauricio. Hoy sabemos que este manual no fue escrito por Mauricio, el emperador, y tampoco fue redactado durante su reinado, sino que fue encargado por Heraclio, es probable que a Filípico, uno de los mejores generales de Mauricio, en torno al año 613 para que sirviera de manual práctico a la nueva oficialidad que tanto necesitaba el exhausto ejército romano. [8]

El segundo paso fue reunir oro. Sin el precioso metal no había soldados y el Imperio no lo tenía. Ese oro que al Imperio romano le faltaba llenaba ahora las arcas del tesoro sasánida, pues las más ricas provincias, Siria, Palestina y Egipto, estaban ahora en manos persas. Tampoco había mucho que esperar de Asia Menor, devastada año tras

año por las expediciones persas, ni de los Balcanes en donde los eslavos, a partir de 611, se estaban asentando mediante la expulsión, el sometimiento o la aniquilación de la población original y arrasando con la mayor parte de las ciudades. Solo Salona, Tesalónica, Patras y Atenas, amén de la propia Constantinopla y algunas plazas menores del mar Negro y del Adriático sobrevivieron. Italia poco podía ofrecer y Spania estaba siendo conquistada por los visigodos. Solo de África llegaban oro y soldados, pero no era suficiente. Por eso Heraclio jugó la carta del miedo: en 618, amenazó con trasladar la capital a Cartago, en África, y abandonar Constantinopla al avance persa. Ante la amenaza, el patriarcado constantinopolitano cedió al emperador todos los tesoros de la Iglesia. El oro, la plata y el bronce de las iglesias fue fundido y acuñado [9] y a su brillo acudieron miles de nuevos reclutas. Y, fue ante esos nuevos soldados ante los que Heraclio se presentó en 622 portando la Sábana Santa.



Figura 72: Sólido acuñado en Constantinopla durante el reinado de Heraclio (610-641). En el anverso, bustos del emperador y su hijo Constantino Heraclio con clámide y corona, y en reverso cruz sobre podio.

Ahora los conducía contra el mejor *spahbad* persa, Sharvaraz, «el jabalí salvaje de Persia». [10] Avanzando deprisa por las montañas del Ponto hacia el valle del río Lycos, Heraclio logró sorprender a una vanguardia de jinetes árabes lakhmíes al servicio de Sharvaraz y los convenció para que se pasasen a su ejército. Luego salvó a este de una emboscada persa preparada durante un eclipse de luna y, al cabo, logró arrinconar, mediante hábiles marchas y contramarchas y tomando un paso montañoso, a los guerreros de Sharvaraz en las cumbres del Ponto mientras que él y sus huestes ocupaban los valles. Heraclio quería obligar a Sharvaraz a presentar batalla en terreno desfavorable para los persas. Lo logró exponiéndose personalmente y el 6 de agosto de

622 los derrotó. [11] Era la primera gran victoria romana desde hacía casi veinte años y aunque Heraclio tuvo que abandonar de inmediato la persecución del enemigo derrotado y volver a toda prisa a Constantinopla ante las inquietantes noticias de que una flota persa rondaba el Helesponto y, sobre todo, ante el avance de los ávaros que, rompiendo la paz de 619, marchaban de nuevo sobre Constantinopla, el brillo de su victoria sobre los persas dio un giro a la guerra.

Calmados los ávaros con nuevas entregas de oro y reunido de nuevo el gran ejército romano de Heraclio, esta vez en Cesarea de Capadocia, lo condujo hacia el corazón de Persia. El soberano admiraba a Escipión el Africano e iba a inspirarse en su forma de hacer la guerra. Por eso, dejando atrás las provincias ocupadas por los ejércitos persas, Siria, Palestina y Egipto, penetró en Armenia, asaltó la capital persa de la región, Dvin, tomó Naxcawan, al pie del Ararat armenio, y penetró en el norte de Persia. Allí, en Ganzak, lo aguardaba Cosroes II a la cabeza de 40 000 guerreros. Pero Heraclio se movía muy deprisa y cuando los persas aún lo creían lejos, su vanguardia, formada por jinetes ligeros árabes gasaníes y lakhmíes, sorprendió al ejército persa y causó una gran matanza entre sus filas e, incluso, apresó al jefe de la guardia de Cosroes. El *shahansha* entró, entonces, en pánico y huyó dejando atrás a su ejército desconcertado que, ante el avance romano y la huida de su rey, abandonó Ganzak sin lucha. A continuación, la ciudad fue saqueada por Heraclio que apenas si se detuvo en ella, pues a escasos 23 km al este, se alzaba el «Gran Templo del Fuego de los guerreros», el actual Tep Suleyman, un templo fortaleza que representaba el lugar más sagrado de la religión mazdeísta y tras cuyas poderosas torres y murallas se extendían las aguas de un lago sagrado y se alzaba un edificio colmado de riquezas. [12]

La toma y saqueo del templo del fuego de los guerreros fue la respuesta simbólica a la toma y destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén por los persas en 614. Pero Heraclio no se detuvo: bajó por los Zagros hacia el corazón de Persia, saqueó varios palacios reales y devastó salvajemente la región haciendo miles de cautivos y destruyendo infraestructuras hidráulicas, cultivos, ciudades y aldeas. Al final, tuvo que retroceder ante el avance de tres ejércitos persas que amenazaban con cercarlo. Heraclio, giró entonces hacia el norte y alcanzó las aguas del Curaxes y pasando el gran río, acampó en la Albania caucásica (Azerbaiyán actual) para pasar allí el invierno de 623-624. [13]

Cosroes II estaba furioso. Cuando se hallaba en el cénit de su poder, cuando se creía invulnerable, el emperador romano había derrotado a sus ejércitos, saqueado sus provincias del norte y penetrado hasta el corazón de Persia. En la primavera de 624 envió contra Heraclio a sus tres mejores generales, Sharvaraz, Shain y Sharaplakan, con una fuerza enorme que reunía unos 80 000 hombres en conjunto y que se pasó la primavera, el verano y el otoño persiguiendo a Heraclio y a su ejército por las agrestes montañas del Cáucaso, Armenia y Media Atropatene. No solo no lograron cercar y

aniquilar a Heraclio, sino que este los derrotó uno tras otro, en una campaña digna de Escipión, Aníbal o César y que llevó al ejército romano a través de montañas que, a menudo, superaban los 3000 m y a territorios nunca pisados por un ejército romano. Sorprendiendo a todos, Heraclio llegó a pasar al norte de las «puertas de hierro» del Cáucaso, solo para volver a Armenia con los pasos ya cubiertos de nieve y sorprender y aplastar al ejército de Sharvaraz que invernaba, ajeno al peligro, junto al lago de Van. [14]



Figura 73: Dracma de Cosroes II. En el anverso vemos la efigie del monarca coronado y armado con coraza, en el interior de un doble anillo. La corona se adorna con alas, un creciente y una estrella, además de otros detalles. En el reverso se aprecia la representación de un altar de fuego, propio del culto zoroástrico, donde el fuego sirve a modo de símbolo de la energía divina del demiurgo: Ahura Mazda. Flanquean el altar dos sacerdotes (o magi) que sostienen sendas espadas.

Pero, pese a tan resonantes victorias y hazañas bélicas, Heraclio sabía que lo fundamental no había cambiado: Persia seguía controlando Siria, Palestina y Egipto. Su flota seguía navegando por el Mediterráneo oriental y sus recursos económicos y humanos aún eran muy superiores a los que él podía reunir. Cosroes II, el *shahansha* de Persia, podía permitirse muchas derrotas, Heraclio, ninguna.

Así que, en febrero de 625, mientras su victorioso pero acosado y agotado ejército aún acampaba junto al lago de Van, a más de 1600 m de altitud y rodeado de montañas que ascendían hasta más de 3000 m, envió a los turcos kok una embajada. Heraclio necesitaba el apoyo de un gran Imperio y los turcos lo eran, igual que eran enemigos de Persia. Heraclio ofreció a los turcos la mano de su hija, la augusta Eudocia, y la entrega de las provincias persas de Transcaucasia. A cambio, el soberano de los turcos kok occidentales se comprometía a invadir el norte de Persia al año siguiente. [15]

Pero, mientras tanto, el soberano tenía graves problemas. Aislado de sus bases y con un ejército agotado y sin abastecimientos, tenía que regresar con urgencia a territorio controlado por los romanos. Acosado de nuevo por el ejército persa, Heraclio tuvo que atravesar las montañas del Kurdistán y pelear sin cesar contra las vanguardias persas que trataban de cerrarle los caminos. Tras cruzar el Éufrates con los persas pegados a sus talones y pasar las montañas del Tauro, Heraclio y su ejército llegaron a Adana en abril de 625 y acamparon en la orilla occidental del gran río Saros, junto al puente fortificado que lo cruza. No esperaban a los persas, pero estos llegaron.

Sharvaraz también se había movido rápido y cayó sobre el desprevenido ejército romano. Los romanos estaban exhaustos, escasos de alimentos y con sus caballos enfermos o agotados, pero al ver a los persas se inflamó su ardor guerrero y desoyendo las órdenes del emperador y de sus mandos, cruzaron en tropel el puente para echarse en desorden sobre los persas que habían osado perseguirlos hasta allí. Sharvaraz debió de sonreír. El puente formaba un cuello de botella para los romanos y los persas pronto los rechazaron y se apoderaron de la cabeza oriental del gran puente y ya amenazaban con tomarlo por completo y desbandar a los romanos. La derrota parecía segura, pero Heraclio se plantó en el puente con la espada desenvainada y enfrentando a los persas. Un enorme campeón persa, un *savaran* que pasaba de los 2 metros de altura, desmontó y atacó al emperador. Heraclio luchó con el persa y lo abatió arrojándolo al río. Ante el valor de su emperador, los soldados dejaron de huir y comenzaron a volver al puente y pronto se desencadenó allí una lucha furiosa. Entonces, los romanos mantuvieron el control del puente y su ejército pudo reorganizarse y retroceder en orden sin ser perseguido. [16]

Heraclio los condujo a Sebastea (Sivas) y allí tuvo que dedicar largos meses a reclutar nuevas tropas con las que cubrir bajas, adiestrarlas y dar merecido descanso y reparación a los veteranos. Sencillamente, los romanos no podían ponerse de nuevo en campaña.

Cosroes II lo sabía y sabía también que Heraclio había enviado embajadores a los turcos, así que era urgente aplastar definitivamente al Imperio rival. Dedicó, pues, el verano y el otoño de 625 a preparar un gran golpe. En primer lugar, respondió al movimiento diplomático de Heraclio de aliarse con los turcos kok, trabando a su vez una alianza con los ávaros. Estos eran viejos enemigos de los kok y ambicionaban Constantinopla. Cosroes II les ofreció que se quedaran con ella y con lo que restaba de los territorios balcánicos del Imperio bizantino, los persas tomarían toda Asia Menor y luego continuarían hacia África. Según este acuerdo, los ávaros y los persas coordinarían un gran ataque contra Constantinopla en la primavera de 626. En segundo lugar, preparó dos grandes ejércitos: uno lo comandaría Shain, quien conduciría a 50 000 hombres, sus «lanzas doradas» [17] contra el ejército de Heraclio acampado en Asia Menor y, el otro, 40 000 hombres comandados por Sharvaraz, aprovecharía que

Heraclio tenía que vérselas con Shain, para marchar directamente contra los arrabales asiáticos de Constantinopla y sumarse allí al asedio que emprenderían los ávaros. La flota persa, con base en Alejandría, navegaría también hacia el Bósforo. Cuando Constantinopla cayera, caería el Imperio romano y Persia sería el único y verdadero Imperio.

En abril de 626, Heraclio fue consciente de lo que se le venía encima. Sus intentos por impedir que los ávaros y los persas firmaran una alianza contra los romanos habían fracasado. Heraclio sabía que, si marchaba a defender Constantinopla su única opción de ganar la guerra, mantenerse en el campo de batalla y sumar sus fuerzas a las de los turcos kok, se esfumaría. Así que lo arriesgó todo. Envió socorro a Constantinopla, 12 000 hombres, y ordenó a su *magister militum praesentalis* que organizara la defensa con el auxilio del patriarca de la ciudad, Sergio. Los constantinopolitanos construyeron nuevas defensas: el *monoteitos* o muro de Blaquernas y prepararon máquinas de guerra y todo tipo de bastimentos para preparar el inminente sitio. Una parte de la flota fue enviada al Helesponto a bloquearlo e impedir así que la flota persa se sumara al asedio y el resto permaneció en los puertos constantinopolitanos para mantener el control del Bósforo e impedir que los persas y los ávaros sumaran sus fuerzas y que las primitivas embarcaciones de los súbditos eslavos del jagán ávaro asaltaran las defensas marítimas de la capital.

Mientras, en Sebastea, Heraclio dividió lo que le quedaba de su ejército: el grueso quedó bajo el mando de su hermano, Teodoro, y tendría como misión interceptar a Shain y a sus 50 000 «lanzas doradas» y, el resto, no más de 5000 hombres, marcharía con él al Cáucaso para entrevistarse allí con el soberano de los turcos kok y asegurar la alianza romano-turca.

En 29 de junio de 626, la fortuna arrojó sus dados. Se presentaron 80 000 ávaros, eslavos, búlgaros y gépidos ante las murallas de Constantinopla del lado europeo y contactaron mediante señales luminosas y embajadores con los 40 000 persas de Sharvaraz que los aguardaban del lado asiático del Bósforo tras haber saqueado e incendiado Crisópolis y Calcedonia.

El asedio de Constantinopla fue durísimo. Los ávaros sabían cómo tomar una ciudad. Construyeron grandes torres móviles y sus catapultas de contrapeso disparaban sin cesar contra las murallas, mientras que los guerreros ávaros y sus vasallos eslavos, búlgaros y gépidos se lanzaban una y otra vez al asalto. Pero los Constantinopolitanos luchaban con valor. Los soldados combatían con brío, y la población, animada por las procesiones de reliquias e iconos sagrados y por el fervor religioso que Sergio, el patriarca de la ciudad, supo inculcarles, acudían a las murallas día y noche para reparar los daños y para auxiliar a los soldados. Se decía que la madre de Cristo se paseaba por las murallas infundiendo valor a los romanos y pánico a los bárbaros.

Persas y ávaros concertaron un gran ataque coordinado. Las semanas pasaban y se necesitaba una victoria, pues los ávaros no podrían mantener durante mucho tiempo sobre el campo a la horda que habían reunido y que consumía grandes cantidades de víveres. Así que se lanzaría un triple ataque contra Constantinopla: desde tierra atacarían las murallas docenas de miles de guerreros del jagán ávaro; desde el mar, navegando por el Cuerno de Oro, se lanzarían al asalto miles de monóxilos y balsas eslavas repletas de guerreros eslavos, búlgaros y gépidos; y, desde la otra orilla del Bósforo, una flota de monóxilos eslavos trasladaría a la orilla europea a 4000 soldados persas de élite para que se sumaran al asalto final.



La irrupción eslava

Dislocación del dominio bizantino en los Balcanes, siglo VII

Pero la flota bizantina vigilaba y el «servicio secreto» romano había interceptado a varios embajadores persas y estaba al corriente del plan. Cuando los monóxilos eslavos encargados de cruzar el Bósforo y trasladar a los 4000 persas al lado europeo se echaron al mar, los *dromones* bizantinos los dejaron pasar. Pero cuando volvían repletos de soldados persas, cayeron sobre ellos y los hundieron embistiéndolos con sus espolones o destrozándolos con las lluvias de dardos de hierro y piedras que lanzaban sus *toxobolistres* y catapultas.

Mientras el desastre se abatía sobre los monóxilos eslavos que habían embarcado a los persas en la orilla asiática del Bósforo, en la ciudad se combatía con extrema dureza. Los ávaros y sus vasallos atacaban sin descanso las murallas. Su propósito era alejar la atención romana del Cuerno de Oro. Y es que allí se habían lanzado a las aguas cientos de monóxilos eslavos repletos de bárbaros guerreros que debían desembarcar en la playa de San Nicolás y sumarse allí al asalto ávaro.

El ejército ávaro avanzaba. Tras un salvaje combate los ávaros lograron penetrar el Muro de Blaquernas y entrar en el barrio de la iglesia que guardaba la túnica de la Virgen María. Pero un feroz contraataque romano los expulsó de allí y los puso en fuga. Justo a tiempo, cientos de monóxilos llegaban, entonces, cargados de guerreros y sin aparente oposición. Era una trampa romana. Los *dromones* imperiales se habían apostado al otro lado del estrecho que forma la embocadura del Cuerno de Oro y cuando los monóxilos eslavos avanzaban hacia las playas que se abrían al pie de San Nicolás, cayeron sobre ellos. Fue una matanza. Los grandes *dromones* embestían los frágiles monóxilos, simples barcas excavadas en un solo tronco, y que, a veces, se ataban entre sí para formar una suerte de balsas y desde sus altas bordas los arqueros asaeteaban a los indefensos bárbaros. Cuando estos trataban de huir, las *toxobolistres* romanas destrozaban sus embarcaciones con una mortífera lluvia de grandes proyectiles de hierro o de piedras. Las aguas se enrojecieron y los supervivientes alcanzaron la playa de San Nicolás con el terror en el cuerpo, pero a salvo.

No obstante, el terror iba a continuar. Los soldados romanos que habían «limpiado» de ávaros el sector de Blaquernas, vieron desde la muralla a los supervivientes eslavos y cayeron sobre ellos. Las arenas de la playa se volvieron también rojas y los romanos cortaron miles de cabezas que enviaron, clavadas en lanzas, a las murallas terrestres de la ciudad. Allí se combatía con furia y los ávaros no cejaban en su empeño de traspasar las defensas romanas y de, salvando el foso, arrimar sus torres de asedio a los muros. Pero cuando sobre las murallas comenzaron a alzarse miles de lanzas con cabezas ávaras, eslavas, gépidas y búlgaras en sus puntas, el ánimo guerrero se enfrió. [18]

Entonces, los eslavos, gépidos y búlgaros desertaron en masa ante la pavorosa visión de las cortadas cabezas de sus compañeros y los ávaros fueron incapaces de mantener el asalto. Al día siguiente, tras incendiar sus máquinas de guerra, se retiraron. [19]

La victoria romana en agosto de 626 en el primer gran asedio de Constantinopla significó el fin del Imperio ávaro como gran potencia. En los siguientes años, las tribus eslavas que les estaban sometidas se rebelaron contra el jagán y se independizaron con el apoyo de la diplomacia romana. Aparecieron así serbios y croatas y, pronto, bajo un kan unificador que se había educado en la corte de Heraclio, Kubrat, las tribus protobúlgaras: onoguros, cutriguros y utiguros también se rebelarían contra el jagán ávaro y lo expulsarían de las estepas ucranianas y rusas. [20]

Mientras que se libraba la gran batalla por Constantinopla, Teodoro, el hermano de Heraclio, se enfrentaba a las 50 000 «lanzas doradas» del *spahbad* Shain. La batalla se dio en Colonea y los romanos se alzaron con el triunfo. Como resultado, Shain murió en la batalla y Persia perdió su mayor ejército, a la par que el de Sharvaraz permanecía inútilmente plantado ante el Bósforo.

Heraclio avanzaba hacia los desfiladeros del Cáucaso. Le llegaban buenas nuevas: la derrota ávaro-persa en Constantinopla y la victoria de su hermano Teodoro en Colonea. [21] Sus exploradores también le traían buenas noticias. El soberano de los turcos había invadido la Albania caucásica y la Media Atropatene y las había saqueado a conciencia. Ahora regresaba victorioso hacia los pasos del Cáucaso. Allí lo alcanzó Heraclio y selló la gran alianza. La guerra había dado un giro decisivo y al año siguiente sería Persia y no la Romania, la que tendría que luchar por su vida.

Y así fue. En la primavera de 627, libre del peligro ávaro y con la promesa del kan de los turcos kok occidentales de sumársele con 40 000 jinetes, Heraclio concentró sus tropas, unos 50 000 hombres, y marchó hacia la Iberia caucásica. Allí, en su capital, Tiflis, se reunieron turcos y romanos. Dicha ciudad era la capital de un reino aliado de Persia y miles de guerreros persas la defendían. Romanos y turcos la asediaron durante el verano, pero no lograron tomarla.

Heraclio decidió, entonces, caer sobre la propia Persia. En septiembre, cruzó Armenia y se internó en la Media Atropatene. A su paso ardían ciudades, templos del fuego, palacios y campos. Heraclio lo destruía todo.

LA BATALLA DE NÍNIVE, 12 DE DICIEMBRE DE 627

Heraclio estaba en la Media Atropatene, cerca de la ciudad de Ganzak, que ya había saqueado en 623. Cosroes II desesperaba. Había perdido un gran ejército, el de Shain, y el de Sharvaraz estaba lejos, en Siria, y se negaba a acudir en defensa del trono.

En efecto, Heraclio había interceptado cartas de Cosroes en donde se ordenaba al lugarteniente de Sharvaraz que ejecutara a este último como castigo por su derrota ante Constantinopla. Heraclio envió las cartas a Sharvaraz, y este se rebeló contra su señor. Ahora permanecía ocupando Siria, Palestina y Egipto, negándose a acudir en ayuda de Cosroes y privando al rey de los recursos y hombres que controlaba.

Cosroes estaba en una situación difícil, las derrotas que Heraclio había infligido a Persia desde 622 y el fracaso de su gran contraofensiva de 626, junto con el ataque turco al norte del Eranshar en el verano de 626 y el imparable avance de Heraclio sobre Mesopotamia, le habían granjeado el desapego de la nobleza y el hartazgo del pueblo persa que, agotado, veía como su *shahansha* se negaba a aceptar las ofertas de paz que una y otra vez le hacía Heraclio.

Del desapego y el hartazgo a la conjura y la rebelión había un paso y Cosroes sabía que si no quería que Persia diera ese paso tenía que obtener una victoria inmediata sobre Heraclio. Así que reunió todo lo que tenía a mano y lo puso bajo el mando de Razates, el único gran *spahbad* que permanecía fiel. Pues Farrukan Ormuz, *spahbad* del norte, al igual que Sharvaraz, se negaban ahora a acudir en auxilio del *shahanhsa* .

A finales de noviembre de 627, Razates, a la cabeza de un gran ejército que rondaba los 70 000 hombres y entre cuyas tropas estaban los *zayedan* , los «inmortales» y un fuerte contingente de los *pushtighban,* la guardia real, se hallaba cerca de Ganzak. Razates creía que Heraclio iba a atacar esta última ciudad y él aprovecharía para enfrentarlo. Pero Heraclio no hizo lo que se esperaba. Condujo a su ejército lejos de Ganzak y lo encaminó hacia los Zagros. Luego, cruzó la cabecera del Gran Zab, uno de los principales afluentes del Tigris, y siguiendo su valle, acampó en los llamados campos de Khamanda en donde dio merecido descanso a sus tropas.

Razates lo siguió, pero cuando creía que Heraclio estaba dispuesto a pasar el invierno en los campos de Khamanda, este último levantó el campo y el 1 de diciembre volvió a cruzar las aguas del Gran Zab y se encaminó hacia Nínive. Las ruinas de la vieja metrópolis asiria aún eran visibles. No lejos se halla la actual ciudad de Mosul y desde allí, Ctesifonte, la capital persa, era fácilmente accesible. Así que no es de extrañar que Razates corriera a interceptar a Heraclio.

Razates, entonces, cruzó el Gran Zab al sur de donde se hallaba Heraclio y logró adelantarlo sin que este se percatara. Pero Heraclio avanzaba con prudencia y había despachado por delante a Vahan, el *magister militum per Orientem* , el cual logró sorprender a un *drafsh* de Razates y desbaratarlo. El *drafsh-sardar* fue muerto durante el combate, pero Vahan hizo 27 prisioneros entre los persas y, entre ellos, apresó a un miembro de la guardia personal de Razates. Por él se enteró Vahan de que Razates los

esperaba junto a las ruinas de Nínive y que esperaba la llegada inminente de 3000 nuevos *savaran* para reforzar sus filas.

Heraclio supo en ese momento que debía de buscar la batalla antes de que Razates se reforzara. Levantó su campo y avanzó en busca de un buen campo de batalla. Razates también se movió. No plantearía batalla hasta que le llegaran los refuerzos y, aun así, solo daría batalla si Heraclio avanzaba sobre Ctesifonte. Su táctica se basaba en agotar a Heraclio, en seguirlo y acosarlo, y esperar a tener una clara superioridad numérica o táctica antes de presentar batalla. Así que ambos ejércitos avanzaron unos 25 kilómetros.

En la mañana del sábado 12 de diciembre de 627, Heraclio encontró el campo de batalla que buscaba: una extensa llanura que, como aconsejaba el manual táctico del *Strategikon* del Pseudo-Mauricio, permitiera disponer a la infantería en orden cerrado y a la caballería desplegarse y maniobrar para tomar de flanco a los persas.

La niebla cubría los campos de la llanura, hoy conocida como Karam - lays, e impedía a ambos ejércitos verse entre sí. Así que cuando Heraclio se detuvo y comenzó a formar a su ejército, Razates no lo supo y siguió avanzando ajeno al peligro.

Cuando el sol subió y la niebla se disipó, Razates y sus hombres se detuvieron en seco: ante ellos estaba el ejército romano formado para la batalla. Les aguardaban 70 000 romanos mientras los últimos jirones de niebla se disipaban y el sol arrancaba infinitos y amenazadores destellos de las armaduras, lanzas y espadas enemigas. Razates no podía ya sino aceptar la batalla. De forma apresurada, movió a su ejército a la izquierda del despliegue romano. Allí, tras un *wadi* muy caudaloso en invierno, el Cala Karamlays, se alzaba un monte que se destacaba y proyectaba desde las últimas estribaciones de unas montañas que limitaban la llanura. El monte en cuestión es conocido hoy como Jabala Ain Al-Zafra. Tras cruzar el *wadi* , sobre las pendientes del monte, Razates desplegó en tres divisiones a su fuerza y aguardó en aquella posición defensiva el siguiente movimiento de Heraclio.

Este, al ver la fuerte posición que ocupaban los persas, dio de inmediato la orden de cargar. Conforme a lo que recomendaba el *Strategikon* con respecto a batallar con los persas, se debía de buscar el cuerpo a cuerpo con ellos lo antes posible para neutralizar la potencia de fuego de sus arqueros. Heraclio que, en palabras de su amigo y poeta Jorge de Pisidia, era «como una piedra magnética en mitad de la batalla» cargaba a lomos de su gran caballo de batalla, Corzo, un ruano adiestrado para el combate. En torno a él se cerraban las filas de sus guardias y, con ellos, seguido por la masa de la caballería romana, impactó contra el centro persa. Allí se trabó en combate personal con Razates. El *spahbad* persa había aceptado el desafío que le gritaba Heraclio. Ambos caballeros se golpearon con las lanzas. La de Razates hirió en la boca a Heraclio y la de

este último derribó al persa dejándolo muerto en el suelo. Los guardias de Razates y los de Heraclio se trabaron en feroz combate en torno al caído y al emperador y, mientras tanto, en torno suyo, rugía la batalla.



Figura 74: Cosroes II representado como jinete catafracto en uno de los relieves del complejo escultórico de Taq-i-Bostan (Irán). En la escena vemos al rey cabalgando el que podría ser Shabdiz, su corcel favorito. El monarca blande una larga lanza y se defiende con escudo redondo, y tanto el caballo como el jinete están protegidos por complejas armaduras formadas por cota de malla, escamas y placas metálicas que dieron a este género de caballeros el nombre de «catafractos», palabra formada por el griego κατά («completamente») y φρακτός («cubierto», «protegido»). Nótense

La infantería pesada persa avanzó directamente sobre el sector de la lucha donde se hallaba Heraclio. Los dailamitas se abrían paso desjarretando caballos y acuchillando hombres y antes de que pudieran ser frenados, alcanzaron a Heraclio. Este repartía mandobles a diestro y siniestro y su caballo corcoveaba y lanzaba coces y mordiscos como un diablo equino, pero aun así un infante persa logró herir al gran caballo en los cuartos traseros y un segundo soldado iranio lanzó un golpe contra la cabeza del noble bruto. Ambos guerreros persas cayeron bajo los golpes de Heraclio y, al fin, los guardias y soldados romanos lograron rechazar a los dailamitas y formar un muro de escudos y caballos en torno a su señor.

Mientras tanto, la caballería romana había logrado rechazar a la persa y la perseguía hasta las pendientes del monte en donde se había formado al principio. Pero la infantería persa, dura y correosa, se sostenía sobre el campo de batalla. Once horas aguantarían los persas. Los romanos cargaban una y otra vez sobre ellos, sin embargo, aunque los persas retrocedían, la fuerte posición de partida que habían ocupado, con un río y un monte para interponer ante el avance romano, les daba apoyo suficiente como para que sus jefes los reorganizaran y sostuvieran. En el combate destacó el rey de la Iberia caucásica y, pese al fuerte número de bajas persas, los iranios no rompieron filas y así, combatiendo y en orden, los sorprendió la noche.

En efecto, la noche cayó y los persas seguían sobre el terreno. Derrotados, aunque no puestos en fuga. Según Agapios de Manbij, sobre el terreno quedaban 50 000 cadáveres persas. Teófanes, que copiaba sus noticias de un informe de la batalla redactado en la oficina militar de Heraclio, nos dice que los romanos tomaron 28 *drafsh* y cada uno de esos estandartes, recordémoslo, conducía a 1000 hombres que solían luchar hasta la muerte por defender su *drafsh* . Así que la batalla fue durísima.

Durante la noche, los persas se mantuvieron formados velando a sus muertos, mientras que al otro lado del Cala Karamlays, del río, los romanos abrevaban a sus caballos.

Con la mañana, la derrota se mostró en toda su crudeza: dos terceras partes del ejército persa yacían sobre la llanura, junto a las orillas del Cala Karamlays o sobre las pendientes del Jabal Ain al-Zafra. [22]

Los persas se retiraron a través de las colinas y montes que tenían a su espalda. Heraclio avanzó de inmediato. Destacó al duque Jorge a la cabeza de un millar de jinetes para que tomara los puentes del Zab antes de que los persas pudieran destruirlos. Jorge logró la hazaña de recorrer 60 millas en una sola jornada y se hizo con los puentes ante los asombrados ojos de los persas que los custodiaban y que creían que los romanos aún estaban lejos. Heraclio cruzó y se internó, de nuevo, en los Zagros. Allí estaban los fabulosos palacios de Cosroes II. El botín fue inmenso: oro, plata, alfombras, especias, sedas, troncos de aloe, animales curiosos… Y lo más preciado: docenas y docenas de estandartes romanos que el Imperio había ido perdiendo ante los ejércitos de Cosroes II a lo largo de veinte años de continuas derrotas y que ahora Heraclio pudo mostrar triunfante a sus hombres.

Cosroes II huía. La súbita aparición de Heraclio en pleno invierno atravesando los ríos y las montañas y llegando hasta sus palacios, lo aterrorizó. Montado en un elefante y arrojando miles de monedas tras de él para distraer a sus perseguidores, volvió a Ctesifonte. La gran ciudad aguardaba la llegada de los romanos mientras los nobles

urdían conjuras contra Cosroes II. Eran los primeros días de 628 y este trató de exponer a sus nobles y capitanes que la victoria aún era posible. Pero nadie lo creía ya.

Aun así, ante el avance de Heraclio que a primeros de febrero estaba a poco más de una jornada de Ctesifonte, Cosroes II logró reunir lo poco que le quedaba: los supervivientes del desastre de Nínive, sus guardias reales y hasta cocineros y sirvientes del palacio imperial apresuradamente armados y, con ellos, 200 elefantes de guerra. [23]



Figura 75: El emperador Heraclio sometiendo al *shahansha* Cosroes II, según la decoración esmaltada de una placa ornamental para una cruz, elaborada en un taller del valle del Mosa alrededor de 1160-1170. El rescate de Heraclio de la Vera Cruz fue muy celebrado durante el Medievo, haciendo del emperador un cruzado *avant la lettre* . Museo de Arte e Historia de Saint-Denis, Francia.

Heraclio se detuvo ante ellos. No porque creyera imposible cruzar el Narbas ante su oposición y asediar Ctesifonte, sino porque sabía que no era posible sostener el asedio de una gran ciudad como aquella, con sus más de 500 000 habitantes en pleno invierno y en mitad de territorio enemigo. Así que se retiró destruyéndolo todo a su paso y buscando un buen lugar donde levantar sus campamentos de invierno en espera de que llegara la primavera. Mientras tanto, en Ctesifonte, Cosroes II caía bajo los golpes de una conjura palaciega forjada por los nobles y su hijo Khavad. El que sería Khavad II organizó la caída de su padre y a su muerte se proclamó *shahansha* el 28 de febrero de 628. En cuanto los caminos atestados de nieve lo permitieron, envió emisarios a Heraclio proponiéndole la paz. En abril, este aceptó. La última gran guerra entre romanos y persas había acabado. [24]

Heraclio, entonces, condujo a su ejército de vuelta a casa. Por el camino, cerca de Amida (Diyarbakir) en el Tigris superior, se desvió de su ruta para llevar a su ejército a los pies del Monte Al-Judi. Ese era el verdadero Ararat. Solo siglos más tarde se popularizó ubicarlo en el actual Ararat armenio, pero en aquel momento y todavía hoy para musulmanes y judíos, el verdadero Ararat, aquel donde encalló el arca de Noé, era el monte que hoy llamamos al-Judi. Y a él subió Heraclio para realizar en su cima una ceremonia que quería mostrar al mundo que, tras el «diluvio de fuego y sangre» que había inundado la tierra durante veinticinco años, un «nuevo Noé», el emperador Heraclio, daba inicio a una nueva era y a una nueva humanidad. [25]

El 1 de enero de 629 Heraclio entró triunfante en Constantinopla por la Puerta dorada. La puerta reservada al emperador cuando volvía a su capital tras haber obtenido la gloria de la victoria. Heraclio llevaba fuera siete años: siete campañas resonantes de triunfos y hazañas imposibles. Entró en la ciudad en una cuadriga de oro tirada por cuatro elefantes capturados a los persas [26] y mostró a su pueblo que el Imperio renacía de sus cenizas y que un rey sagrado, un «nuevo David» ungido por el señor, lo regía.



Figura 76: *La batalla entre Heraclio y Cosroes* , de Piero della Francesca, forma parte de la serie de frescos que recogían la leyenda de la Vera Cruz en la iglesia de San Francisco en Arezzo (Italia), y fue elaborado entre 1452 y 1466. Aunque el tema no figura en la tradición sobre la Vera Cruz, la caída de Constantinopla ante el embate otomano y la pujanza turca sin duda debieron influir en su elección, como una llamada a las armas contra el infiel.

Ese mismo año, el latín dejó de ser la lengua oficial del Estado y del Ejército romano. El griego sería la nueva lengua de la administración. El Bizancio de la Edad Media se iba abriendo camino.

En junio de 629, en Tripótamos Paradisos, en Capadocia, Heraclio se entrevistaba con Sharvaraz, el generalísimo persa que había permanecido refractario a las órdenes del sucesor de Cosroes II, y que al morir Khavad II de forma inesperada, tampoco aceptó prestar juramento a su hijo y sucesor: Artashir III, un niño pequeño. Sharvaraz seguía ocupando Siria, Palestina y Egipto y, aunque no se había mostrado hostil a Heraclio, este sabía que la verdadera paz tenía que firmarla con él y así lo hizo. La hija de Sharvaraz se casó con un hijo de Heraclio y el hijo de Heraclio, Nicetas, fue nombrado patricio de los romanos. Heraclio apoyaría a Sharvaraz con un ejército expedicionario para que se apoderara del trono persa y, a cambio, Sharvaraz evacuaría de tropas persas todas las provincias bizantinas y ambos estados volverían a las fronteras de 602, tan favorables a Bizancio. Persia, además, pagaría crecidas indemnizaciones, liberaría a todos los cautivos romanos, pues había cientos de miles y, por supuesto, devolvería la Vera Cruz.

Sharvaraz logró su propósito y se apoderó del trono persa. De inmediato, cumplió las condiciones del pacto con Heraclio y, en marzo de 630, este recibió la Vera Cruz y marchó con ella a Jerusalén. Allí entró victorioso portando la sagrada reliquia el 21 de marzo de 630. [27] La escena sería recreada una y mil veces en el arte medieval. Heraclio no era ya solo un emperador, además, y sobre todo, era un héroe.

Pero, mientras tanto, en Arabia, un profeta guerrero había creado un nuevo Imperio y, muy pronto, el imperio restaurado por Heraclio y el agotado Imperio persa sucumbirían ante una tormenta de guerreros árabes que barrería el mundo desde el Atlántico a la India.

Notas

1 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6116, 314-315.

2 Jorge de Pisidia, *Heraclias* , II,60-90.

3 Así se representó a Heraclio en la vajilla de Lambousa, Chipre, que hoy se expone en el Metropolitan de Nueva York: Wander, St. H.: «The Kiprus Plates: The Story of David and Goliath», V, 8.

4 Soto Chica, J.: «La crónica del 640 y el Concilio de Ctesifonte de 622», 155-178; Soto Chica, J., 2012, 163-172.

5 Soto Chica, J.: «La política heroica de Heraclio…»; Soto Chica, J.: «Héraclius: Nouveau Constantin», 435-439.

6 Esta noticia se la debo a Encarnación Motos Guirao, codirectora del C. E. B. N. CH. de

Granada y profesora titular del Departamento de Historia Medieval de la UGr.

7 Jorge de Pisidia, *De expeditio persica* , I, 85-90.

8 Ya en 2003 Kaegi: Kaegi, W. E., 2003, 117-118 advirtió que el *Strategikon* había sido escrito para o por Heraclio. Estoy de acuerdo con él y así lo argumenté con abundancia de citas de las fuentes y bibliografía en: Soto Chica. J., 2010 (tesis doctoral), 576-590; Soto Chica, J., 2015, 148-159. La atribución a Filípico tiene también una amplia tradición: Wiita, J. E., 1977; Petersen, C.: «The *Strategikon* . A Forgotten Military Classic», 70-79. Es una pena que la traducción española desconozca lo aquí expuesto y siga atribuyendo al emperador Mauricio o a algún *strategos* cercano a él que escribía a finales de su reinado, la autoría.

9 Nicéforo, patriarca, *Historia Breve* , 8; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6113, 303-304.

10 Miguel el Sirio, *Crónicas* , II, X, XXV, 377-378.

11 La cronología y geografía de esta campaña es ampliamente debatida. Seguimos aquí nuestras hipótesis según el análisis exhaustivo de los textos de Jorge de Pisidia, que participó en la campaña y al estudio del terreno: Soto Chica, J., 2012, 206-210. Consúltese también: Zuckerman, C.: «The Reign of Constantine V in the Miracles of St. Theodore the Recruit», 201-210, Milagros II y III; Baynes, N. H.: «The First Campaign of Heraclius against Persia», 694-702; Foss, C.: «The Persians in Asia Minor and the End of Antiquity», 721-741; Oikonomidès, N.: «A chronological note on the First Persian Campaign of Heraclius (622)», 1-9; Stratos, A. N., 1968, vol. I., 136-149; Kaegi, W. E., 2003, 113-117; Howard-Johnstown, J.: «Heraclius Persian Campaigns and the Revival of the East Roman Empire, 622-630», 1-44.

12 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6114, 307-309.

13 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6114, 308-309; Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso* , II, 11, pp. 80-81; Ibn Hauqal, *Configuración de la tierra* , II, 343, en Kramers, J. H., Wiet, G., 1964.

14 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6115, 309-313; Sebeos, 80-83; Soto Chica J., 2012, 210-215; Kaegi, W. E., 2003, 139-140.

15 Soto Chica, J.: «Una esposa para el Khan. Una jugada maestra de la diplomacia del siglo VII», 787-803.

16 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6116, 314.

17 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6117, 315.

18 Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum* , 65-405; *Crónica Pascual* , 719-785; Teodoro Sinkellos, 20, 126-335, en Makk, F., 1975; Sebeos, 79; Miguel el Sirio, *Crónicas* , II, XI, III, 408; Nicéforo, patriarca,

Historia breve , 13.

19 Soto Chica, J.: «Constantinopla, ciudad sitiada a. D. 626», vol. I, 110-133.

20 Soto Chica, J.: «La gran guerra romano-persa y los orígenes de la Gran Bulgaria. 585-630», 262-281.

21 6117

22 Al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , V, 1004, 322-323; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6118, 318-320; Agapios de Manbij o de Hierápolis, *Historia universal* , 204, 464; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 14; *Historia nestoriana* , LXXXVII, 221-222, 541-542; Miguel el Sirio, *Crónicas* , II, XI, 409; Sebeos, 84-85; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , XI, 1

23 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6118, 320-327; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 15; Sebeos, 84-86; Crónica del Juzistán, 236; *Historia nestoriana* , LXXXVII, 221-222, 541-542; Miguel el Sirio, *Crónicas* , II, XI, III, 409-410; Agapios de Menbidj o de Hierápolis, *Historia universal* , 465, 205; Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso* , II, 12, p. 88; *Crónica Pascual* , 727-736; Leontio de Neápolis, *Vida del patriarca Juan de Chipre* . 442.

24 Soto Chica, J y García Amorós M.: «Heraclio, la caída de Cosroes y las cartas de la victoria», 77-94.

25 Soto Chica J.: «El emperador Heraclio, el verdadero Monte Ararat y las reliquias de Noé», 167-176.

26 Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 19.

27 *Jorge de Pisidia, In restitutionem Sanctae Crucis .*

La espada de Dios

Los primeros ejércitos árabes y las batallas de Qadisiya y Yarmuk

Entonces desmontó y un primo suyo le trajo una porción de carne, diciendo: «Refuérzate con esto, porque has aguantado mucho en estos días». Habiendo cogido la carne de las manos de su primo, tomó un bocado de ella. Le llegó entonces el clamor del combate y se recriminó a sí mismo gritando: «¡Y estás todavía en este mundo!», y arrojó la carne. Entonces, levantó su espada, avanzó y luchó hasta que fue muerto. Tâbit ibn Aqram, de los Banû al-`Aylân, elevó entonces el estandarte. Dijo: «¡Oh musulmanes, elegid un hombre de entre vosotros!». Ellos contestaron: -«¡tú!», pero él les replicó: «Yo no lo puedo hacer». Así fue como los guerreros que quedaban eligieron a Jâlid ibn al-Walîd. Cuando él tomó el estandarte, combatió al enemigo y trató de rechazarlo, pero fracasó. Entonces se retiró ante los enemigos y llevó a sus hombres lejos de la batalla y regresó a Medina. Cuando llegaron ante Mahoma, el Mensajero de Dios ascendió al púlpito. Ordenó que se llamara a la oración y la gente se reunió para escucharlo. Dijo entonces: «¡Una puerta para la buena fortuna! ¡Una puerta para la buena fortuna! Os traigo noticias de vuestro ejército en campaña. Ellos han avanzado y se han encontrado con el enemigo. Zayd ha muerto con una muerte de mártir». Entonces Ya'far tomó el estandarte y atacó al enemigo hasta que alcanzó el martirio. Después, `Abdallâh b. Rawâha tomó el estandarte y ató firmemente sus piernas para no retroceder y combatió hasta que tuvo una muerte de mártir. Al final, Jâlid ibn al-Walîd tomó el estandarte: no era uno de los jefes, pero se comportó como un auténtico jefe. ¡Oh Dios, Jâlid es una de tus espadas y tú lo ayudarás!». Desde ese día, Jâlid fue llamado «la espada de Dios». [1]

al-Tabarî, Historia de los profetas y los reyes , VIII, 1615-1616.

El texto anterior muestra la idea que los musulmanes del siglo X tenían sobre la portentosa expansión militar que había llevado a los árabes de ser un grupo de reinos y tribus sometidas al poder o a la influencia de romanos y persas a enseñorearse de buena parte del mundo antiguo creando el mayor imperio hasta entonces conocido. Pero, aunque los musulmanes del siglo X que reconstruían su historia ponían el acento en la fuerza que la fe predicada por Mahoma otorgaba a los guerreros árabes, lo cierto es que, desde un punto de vista histórico y militar, en la primera fase de la gran expansión islámica no fue el islam, sino la etnia el elemento determinante. Dicho de otro modo: no fue la nueva religión, sino la conciencia étnica la que dinamizó a las tribus árabes.

Lo anterior puede constatarse en el eco que una victoria obtenida por una alianza de tribus capitaneadas por la confederación de los banû bakr, en el nordeste de Arabia, obtuvieron sobre los persas sasánidas hacia el verano de 611 en la batalla de Dî Qâr. [2] Mahoma, que en el momento de esta batalla empezaba a predicar en La Meca, la ensalzó y lo hizo porque la habían ganado árabes sobre persas y sin tener en cuenta que las tribus que la habían obtenido eran en su mayoría cristianas y, pronto, seguidoras de dos rivales de Mahoma: la profetisa cristiana Sayâh y el profeta Musaylima. [3]

A partir de 622, Mahoma dejó La Meca, su ciudad natal, y se trasladó a Yatrîb, pronto conocida como Medina. Allí se impuso a las tribus locales, algunas de ellas judías y otras paganas, y pronto condujo a sus nuevos seguidores en una serie ininterrumpida de expediciones guerreras contra las caravanas, aliados e intereses de La Meca que desembocaron en 624 en la batalla de Badr en la que el profeta logró imponerse con 300 guerreros a los 1000 que había reunido su ciudad natal. El poder de Mahoma creció y creció, nuevas tribus se le sumaron, pero no fue fácil. En 625, en la batalla de Uhud, el profeta, revestido con una doble cota de malla, vio cómo los 3000 guerreros reunidos por La Meca se imponían a sus 700 hombres. El propio Mahoma fue herido en la batalla y La Meca, envalentonada, atacó en 627 la capital de Mahoma, Medina. Se libró entonces la «batalla de la Zanja» en la que, durante dos semanas, los 10 000 guerreros reunidos por La Meca pugnaron por romper la defensa que sostenían los 3000 que comandaba el profeta. Fracasaron y su derrota fue un punto de inflexión. A partir de ahí, Mahoma fue imparable. Sus expediciones se multiplicaron y alcanzaron su cénit en 628, cuando impuso a su antigua ciudad, La Meca, un tratado que en la práctica lo convertía en el señor de la Arabia central.

Ese mismo año, marchó hacia el noroeste para tomar el gran oasis de Jaibar, un rico emporio comercial y agrícola poblado por tribus árabes judías y defendido por una fuerte ciudadela. No resistió el ataque de los 1400 guerreros que marchaban bajo las banderas de Mahoma: un sol refulgente y un águila negra. Alí, el yerno del profeta, capitaneó con valor el asalto de la ciudadela y Jaibar quedó para los musulmanes.



Figura 77: Folio del Corán en una versión manuscrita en el norte de África entre los siglos VIII y IX, correspondiente concretamente a la cuadragésimo octava sura o *al-Fath* («de la Victoria o Conquista»), versos 27-28. Reza lo siguiente: «Dios ha confirmado a su enviado la visión, según la verdad: "realmente entraréis en la mezquita sagrada, si dios quiere, en seguridad, con vuestras cabezas rasuradas, cortadas las uñas y la barba, no tendréis temor". Dios sabe lo que no sabéis. Aparte de esto os da una conquista inmediata. Él es quien manda a su enviado con la guía y la religión verdadera para que reluzca sobre toda otra religión ¡Dios basta como testigo!».

En 629, las tribus del sur y en particular los *abna* , esto es, la nobleza persoárabe descendiente de los dailamitas y *savaran* persas que controlaban Yemen desde los días de Cosroes I, se pasó a sus filas y la práctica totalidad de Arabia le rindió sumisión y tributo.

Las campañas no cesaron. A lo largo de los diez años que contemplaron su ascenso (622-632), Mahoma dirigió o envió veinte grandes expediciones guerreras. Al alcanzar 630, su poder militar y religioso se mostró de forma aplastante: entró triunfal en La Meca a la cabeza de 10 000 guerreros y portando en la mano su espada bífida, *Dû 'l-Faqar*, «rompe vértebras». De inmediato, consagró el antiguo santuario de La Meca, la Kaaba, a la nueva fe que predicaba, destruyendo los ídolos de los más de 300 dioses que allí se adoraban y respetando solo los iconos de Jesús y de la Virgen María. [4]

Mahoma no solo era un profeta, sino un líder militar y un legislador, un verdadero fundador de imperios. No era el único que trataba de forjar un Imperio entre los árabes. Otros tres profetas-guerreros rivales suyos lo intentaron, pero Mahoma fue más hábil que todos ellos y aunque cuando murió aún no se había hecho con el control de las tribus del nordeste, el resto de Arabia era ya una unidad política y marchaba decidida en la dirección de ser también una unidad religiosa. Era un logro increíble. Tan solo treinta años antes, Arabia no era sino un inmenso espacio en donde Bizancio y Persia se disputaban el control de territorios, tribus, rutas comerciales y almas. Los lakhmíes, la confederación tribal más importante del nordeste, eran vasallos de Persia y los gasaníes, la principal confederación tribal del noroeste, servía a los romanos como federados de su Imperio. Bahréin, Qatar, Omán y Yemen eran, en buena medida, países vasallos o provincias sasánidas y monjes y comerciantes bizantinos se abrían paso hasta el Hiyaz, la región donde se alzan La Meca y Medina. Así que todo parecía indicar que, en el lapso de un par de generaciones, Arabia y los árabes se sumergirían bajo el poder, influencia, religiones y cultura de los dos grandes imperios. Pero no fue así y si no fue así fue por la gran guerra romano-sasánida que tuvo lugar entre 603 y 628. Durante esos veinticinco años, los dos imperios se enfrentaron a muerte y Arabia quedó olvidada y librada a su suerte. El vacío de poder permitió la aparición de hombres carismáticos y fuertes como Mahoma. Pronto, los árabes, que militaron a millares en los ejércitos de Heraclio y de Cosroes II como federados y súbditos de ambos imperios, tomaron conciencia de que ellos, los árabes, eran tan fuertes como sus señores y que bajo el nuevo profeta podían alzarse sobre los demás pueblos que tanto los habían despreciado y de que la victoria y la riqueza podían ser sus compañeras. Un poeta árabe del siglo VII lo expresó de un modo magnífico en los siguientes versos: «Los tiempos nos han alzado para ser más fuertes que los demás pueblos en la guerra, por lo tanto, los hombres no encuentran nada despreciable en nosotros y no hay en ningún lugar quien nos pueda señalar con el dedo del desprecio». [5] Orgullo, victorias y botín. Mahoma ofreció eso en grado sumo a sus seguidores [6] y, por eso, por primera vez en la historia, los árabes se unieron en torno a un mismo estandarte.

Sin embargo, los primeros pasos para desafiar a los dos grandes imperios que hasta entonces habían ostentado la hegemonía sobre los árabes, Persia y Bizancio, no fueron fáciles. En 629, en Mu'tah, el ejército de 3000 jinetes enviado por Mahoma contra la Arabia romana –más o menos, la actual Jordania– fue derrotado severamente por los bizantinos y sus aliados árabes, [7] mientras que las primeras incursiones contra la frontera sasánida tampoco fueron exitosas. Pero, a la muerte de Mahoma (632), los «árabes de Mahoma», [8] que así eran llamados en su época por los escritores contemporáneos de la Siria romana, disponían del potencial para abrirse camino y plantear un gran desafío a los viejos imperios.

Nos imaginamos a los primeros ejércitos árabes como románticos guerreros envueltos en amplios albornoces y túnicas, tocados con turbantes que vuelan al viento,

montados sobre ágiles caballos y portando apenas una rústica lanza y una cimitarra. No se parecían lo más mínimo a esa imagen. Su aspecto era, de hecho, muy similar al de los soldados bizantinos y persas que los combatieron en un primer momento. No en vano, los árabes llevaban militando en los ejércitos de Persia y la Romania desde hacía siglos. Sus guerreros solían combatir a pie, no a caballo, se protegían con yelmos y cotas de malla, blandían espadas rectas de doble filo que se forjaban con acero fabricado en la India o en la Abisinia axumita [9] y usaban también lanzas, aptas tanto para arrojarse como para blandirse. Asimismo, hacían uso de mazas, de dardos arrojadizos y de arcos largos tan potentes como los arcos compuestos usados por bizantinos y sasánidas.

Esos guerreros árabes conquistarían el mundo en apenas tres generaciones y aquí trataremos de sus ejércitos, de sus tácticas y de sus batallas.

RECLUTAMIENTO, ORGANIZACIÓN Y SUELDO (622-661)

Es bastante poco lo que se sabe de los primeros ejércitos árabes. Algunos poemas árabes de los siglos VI y VII, recogían los «días», los hechos de célebres jornadas entabladas entre tal o cual tribu o confederación tribal y al ser copiados y salvaguardados por poetas y eruditos como el andalusí Ibn `Abd Al-Rabbihi, nos permiten echar un vistazo al tipo de guerra que los árabes de la península arábiga practicaban a inicios del siglo VII. Otra fuente fundamental que nos proporciona datos son las representaciones, bajorrelieves, murales, mosaicos, marfiles, textiles, etc. coptos, bizantinos, omeyas y centroasiáticos que, realizados entre los siglos VI y VIII, muestran con detalle a guerreros árabes.

La arqueología ayuda también un poco y, aunque la mayoría de los arabistas no las usan, las fuentes contemporáneas de los hechos, bizantinas, sirias, coptas, melkitas, armenias, nestorianas, caucásicas, persas y hebreas, aportan un buen número de noticias que permite corregir, comprobar, completar y aclarar, según el caso, el aluvión de datos proporcionado por las tardías fuentes islámicas que en teoría se basan en los *Akhbar* o relatos orales, muchos de ellos creados para sostener reivindicaciones económicas o sociales muy posteriores al tiempo en que se supone que fueron recogidos, a menudo proyectan al siglo VII lo que era corriente en su propia época, siglos IX a XIV, pero inexistente en la época de la gran expansión árabe.

Un error muy frecuente entre los historiadores es trasladar lo que sabemos sobre los ejércitos omeyas (661-750), mucho mejor documentados, al periodo precedente (622-661). [10] Además, en los casi cuarenta años que mediaron entre el comienzo de las operaciones militares dirigidas por Mahoma y el fin del califato Râsidûn’ o de la unidad, se produjeron también notables cambios. De modo que el ejército que dejó tras de sí el califa Omar ibn al-Jattâb en 644 con toda probabilidad se parecía ya más al que tendrían los primeros omeyas que al que había capitaneado Mahoma.

Reclutamiento

Entre las tribus beduinas de Arabia, todos los hombres libres eran guerreros. Esto es, se esperaba de todos ellos que participaran en la defensa de las mujeres y de los niños, de los ganados y de los pozos y pastos y todos ellos portaban armas, sobre todo, lanza, espada y arco, y poseían experiencia en su uso y en los combates y tácticas de la guerra tribal en el desierto. En cierto modo, lo anterior compensó la desventaja demográfica de los árabes, pues, aunque estos últimos eran muy pocos en comparación con los habitantes de las provincias bizantinas y sasánidas que sometieron, los pobladores de tales lugares eran en su inmensa mayoría agricultores, artesanos o comerciantes sin ningún tipo de experiencia militar. [11]

Los primeros ejércitos árabes tenían una base tribal. Eran las tribus y sus clanes, los *`asîra* , quienes proporcionaban los guerreros, *muqâtila,* a los ejércitos califales. De sus nobles, los *asrâf* , procedían los *qâ´id, ru`ûs, ra'îs* en singular –arraez en español– y los *umarâ´, amîr* o emir en singular, que comandaban a esos contingentes tribales y que poseían la experiencia guerrera necesaria. Eran los estandartes de las tribus, *râya* , los que ondeaban durante las batallas y eran las tribus las que encuadraban a los guerreros y, dato importantísimo, eran también las tribus las que recibían el dinero que luego repartían entre sus hombres a modo de soldada. [12]

Las tribus habían generado durante sus interminables guerras y disputas, unos caudillos y campeones guerreros que, ya lo hemos apuntado, recibían el nombre de *ru`ûs, ra'îs* , arraez. Los arraeces dirigían a sus guerreros y planificaban y ejecutaban las emboscadas y tácticas, a la par que, a menudo, actuaban también como campeones y desafiaban o aceptaban el desafío de los paladines enemigos. [13]

La esencia tribal de estos primeros ejércitos islámicos ofrecía ciertas ventajas y, entre ellas, no era menor la que proporcionaba la *`asabiyya* o lealtad tribal. En efecto, la *`asabiyya* cohesionaba a los guerreros y los motivaba a mantenerse unidos, a hacer ostentación de su valor y a no abandonar a sus hermanos de tribu cuando la batalla se enconaba.

El carácter tribal de estos primeros ejércitos se trasluce también en que eran seguidos por pequeños grupos de no combatientes: mujeres y niños, familiares de los guerreros, que se ocupaban de arrear los ganados, sobre todo camellos, pero también ovejas y cabras, que servían de apoyo al sustento de la tropa, así como de montar los campamentos y de cuidar, atender y curar a los soldados. En Yarmuk, agosto de 636, el campamento central de la fuerza árabe estaba repleto de las esposas e hijos de los guerreros que combatían y fue el estímulo y las burlas de sus mujeres lo que obligó a los hombres a mantenerse firmes y contraatacar. [14]

En teoría, tras la sumisión de las tribus al profeta Mahoma y su definitiva incorporación al califato tras las llamadas «guerras de la Ridda» (632-633), que no fueron sino la sublevación casi general de las tribus tras la muerte de Mahoma, todos los varones adultos estaban obligados a servir con las armas si así lo demandaba el califa. Esta suerte de hipotética leva general recibía el nombre de *yais,* y sabemos que a finales del gobierno del califa Omar (634-644) y siguiendo el modelo persa, se creó una suerte de oficina, *dîwân* , que elaboró listas con los nombres de los guerreros que podían ser llamados a filas. [15]

Pero, en la práctica, el Primer Califato nutrió sus ejércitos con los destacamentos de guerreros probados que le proporcionaban las tribus y clanes árabes, y añadía a todo eso contingentes diversos tales como las pequeñas milicias locales de infantería montada yemení que desde hacía siglos constituían una casta guerrera y que servían a la nobleza local, los *asrâf* , que eran comandados por miembros de dicha nobleza investidos con el título de caíd, que eran los encargados de mantener el orden y la seguridad. Estas tropas yemeníes, que se desplazaban montadas en dromedarios, tenían, pues, mucha experiencia y tradición militar y se incorporaron a los ejércitos islámicos desde 629. Otro grupo yemení muy importante que engrosó los primeros ejércitos musulmanes y los dotó de una operatividad y calidad muy destacables, fue el de los *abna* . Los *abna* eran los descendientes directos de los dailamitas persas, infantería pesada, y de los *savaran* persas, *asâwira* o *al-siyah uswari* en árabe, caballería pesada. [16] La alianza de los *abna* con el profeta Mahoma en 629 proporcionó al régimen tropas excelentemente equipadas y adiestradas que, además, conocían a la perfección las tácticas y formas de combatir de los bizantinos y sasánidas.

Otro grupo que proporcionaba tropas eran los *ahâbîs* . Estos eran tropas mercenarias de infantería que en origen habían sido reclutadas por los *qurays* de La Meca para combatir a Mahoma y sus seguidores, pero que, al ser derrotada La Meca en 628, pasaron al servicio de los musulmanes. Los *ahâbîs* habían sido reclutados entre las bravas tribus africanas de la costa del mar Rojo de lo que hoy es Sudán, Eritrea septentrional y el sur de Egipto: los *beja* . Estos guerreros eran los salvajes y temibles blemios que atacaban el Egipto romano desde el siglo III de nuestra era. Su belicosidad y gusto por el saqueo y la matanza los hicieron célebres y todavía a finales del siglo XIX pusieron en graves aprietos a los ingleses durante las Guerras Mahdistas o de los derviches.

Altos, oscuros, fibrosos, hoscos, con sus encrespadas y engrasadas cabelleras y un armamento primitivo, pero brutalmente eficaz, formado por espadas cortas y rectas, escudos de piel de elefante y largas lanzas, los *ahâbîs* eran un grupo menor dentro del ejército árabe, pero destacaron, por ejemplo, en la conquista de Egipto (639-642), desde donde algunos volvieron a sus tierras de origen en donde siguieron siendo un pueblo

belicoso que, hora auxiliaría a los árabes contra los reinos cristianos de Nubia y de la Abisinia axumita, hora atacarían el Egipto y la Arabia islámicas. [17]

Otro grupo mercenario lo formaban los ya mencionados *asâwira* . Estas tropas de origen persa eran muy apreciadas por los árabes. Comenzaron a servir en los ejércitos califales en 635. El contingente más famoso fue el comandado por el noble persa Mâh Afrîdûn, quien se pasó al campo árabe después de haber servido con sus hombres bajo las banderas del último rey de reyes sasánida: Yazdgerd III. Los *asâwira* de Mâh Afrîdûn «nunca desperdiciaban una sola flecha» y formaban un contingente de 500 caballeros que servían a cambio de una jugosa paga y de propiedades que les fueron concedidas en el *amsâr* , asentamiento militar, de Basora, en donde quedaron acantonados y donde pronto se les sumaron nuevos contingentes de *asâwiras* persas. Sus descendientes siguieron militando en los ejércitos islámicos como *asâwira* y seguían constituyendo un grupo diferenciado a finales del siglo VIII. [18]

Lo mismo ocurrió con los dailamitas. Esta excelente infantería pesada irania, recibía del califa una paga mucho mayor que la que tenían los guerreros árabes y sus destacamentos fueron asentados en el *amsâr* de Kufa. Desde allí formaron parte de muchas expediciones militares árabes y constituyeron un grupo claramente diferenciado al que los árabes llamaban *hamra* , literalmente, «hombres rojos».

Los *amsâr* o grandes bases militares fortificadas fueron creados por Omar para controlar mejor los territorios conquistados, servir de base o punto de constitución y partida para nuevas expediciones de conquista y ofrecer a los árabes un punto de reunión. Los más célebres *amsâr* , que derivaron en grandes ciudades, fueron los de Kufa y Basora en el sur de Iraq y el de Fustat en Egipto. [19]

Las tropas mercenarias no árabes del califa Omar no eran numerosas en relación al total, pero fueron fundamentales en la conquista de Persia y representaban el papel de auténticos cuerpos de élite. Siguiendo el modelo clientelar que los árabes impusieron a los pueblos conquistados, los *asâwira* y los dailamitas se integraron como clientes de los banû tamîm. Conforme progresaban las conquistas, el número de no árabes creció exponencialmente y en la segunda mitad del siglo VII este tipo de tropas sí era ya muy numeroso. África del Norte, por ejemplo, fue conquistada en buena medida por flotas tripuladas por marineros egipcios, cristianos coptos en su mayoría, pero también melkitas, y por contingentes bereberes, lwata/laguatan de Barca/Cirenaica y Nefusa de Tripolitania, fundamentalmente. Los marineros egipcios cristianos solían ser reclutados exigiendo su entrega a las autoridades locales, mientras que los contingentes de guerreros bereberes solían estar bajo el mando de árabes y solían ser despreciados por estos últimos. [20] Por el contrario, las tropas de origen sasánida alcanzaron una gran fama desde el momento de su incorporación. En Qadisiya, al día siguiente de la batalla, en enero de 636, toda una división de dailamitas, 4000 guerreros, se pasó a los árabes en

bloque tras haber resistido sin perder el orden y durante todo el día anterior, a los ataques de la infantería y caballería árabes, lo que causó la admiración de estos últimos. [21] En los siglos VIII a X, buena parte de la infantería de los ejércitos califales se reclutaría entre los dailamitas del norte de Irán.

Pero, recordémoslo, la mayoría de los integrantes de estos primeros ejércitos musulmanes eran guerreros tribales. Tribales, pero no siempre musulmanes. Las tribus árabes del nordeste, las que se asentaban en las estepas y desiertos de lo que hoy es Iraq, Kuwait, Bahréin y Qatar, eran cristianas y seguían siéndolo en los primeros años de la conquista. Ello no les impedía luchar junto a los musulmanes. En la «batalla del Puente» formaban el grueso del ejército califal y uno de sus guerreros, un poeta llamado al-Zubayd, se destacó en especial.

De igual modo, las tribus judías del norte de Arabia, muy poderosas, ricas y hábiles en la guerra, como los banû nadîr, también pelearon en estos ejércitos. Los banû nadîr, por ejemplo, fueron esenciales para lograr la gran victoria de Yarmuk. [22]

Pero, aunque la base del primer ejército islámico era tribal, los contingentes levantados entre tal o cual tribu terminaban integrándose en un ejército que agrupaba a hombres procedentes de muchas tribus y, a partir de 635, a tropas mercenarias no árabes y, por ende, se crearon unidades regulares que encuadraban a la fuerza y que quedaban bajo la autoridad de unos mandos y oficiales que, por lo tanto, mandaban sobre hombres de varios clanes y tribus.

Organización y mando

El jefe de los ejércitos era el califa. Los valíes o *walíes* , los gobernadores de lo que podríamos llamar provincias, eran los responsables de reclutar y reunir los contingentes de guerreros de las tribus, encuadradas según su pertenencia a tal o cual tribu o *asîra* . Este encuadre original era fundamental y permanecía aun cuando los hombres hubieran sido posteriormente distribuidos en unidades tácticas. Así, por ejemplo, cuando Omar visitó a finales de 637 e inicios de 638 sus nuevas conquistas en Siria y ordenó a sus tropas presentarse ante él en una suerte de revista general, los guerreros se presentaron agrupados según sus *asîra* de procedencia. [23]

Los valíes no solo reunían a los guerreros, sino que se aseguraban de que estos se hubieran provisto de armas y alimentos que, en principio, corrían a cargo de los enrolados. Luego los enviaba a Medina, la capital del nuevo Imperio y, por lo general, el enclave donde se formaban los ejércitos que partían hacia la conquista. Allí, en Medina, se constituían los ejércitos y solían ponerse bajo el mando o bien del valí más cercano a la futura zona de operaciones, o bien bajo la jefatura de un *amîr* , emir, nombrado por el califa.

A su vez, el valí o el emir que comandaba un ejército nombraba a emires subalternos para que comandaran las unidades. Y así tenemos a los *umarâ´ al-tabiya* , los jefes de las divisiones que parecen haber estado formadas por unos 1000 hombres. A su vez, las unidades mandadas por los *umarâ´ al-tabiya* se subdividían en unidades de 100 hombres capitaneadas por oficiales llamados *umara al-`Asûr* , literalmente, «emires de decenas». Estas unidades se dividían a su vez en *`irâfa* o unidades de 10 guerreros que al parecer estaban mandadas por los *umarâ ´ al-urafâ´* .

Pero, en no pocas ocasiones, la organización arriba expuesta no era tan ordenada, ni tan clara en la práctica. Y así, los *umarâ´ al-urafâ´* a veces se nos muestran como lugartenientes de los *ru`ûs* , es decir, del *ra'îs* tribal que aparece mandando unidades de muy distinta envergadura. Para añadir más confusión, los portaestandartes, *ashâb al-rayât* , ejercían también el mando y ese mando tampoco parecía corresponder a un solo tipo de unidad. Incluso la denominación de las unidades ofrece dudas. Las *qumma* parecen haber sido el equivalente árabe de las hecatontarquías bizantinas y de los *washt* sasánidas, esto es, unidades de 100 hombres. Pero, en determinados textos, parecen indicar unidades menores y, en otros, mucho mayores. No en vano el término *qumma* significa simplemente «grupo de soldados». Otro tanto ocurre con el término *trafa* que, en principio, denominaba a un contingente tribal que recibía soldada a cambio de servir en el ejército califal, pero que, al mismo tiempo, podía usarse para referirse a un pelotón de soldados. Son, pues, datos y términos confusos y es probable que obedecieran a un ejército en formación en donde la vieja organización militar, la de las tribus, aún convivía y se confundía con la nueva organización califal inspirada en los modelos bizantino y sasánida.

Más información tenemos sobre las unidades de la caballería a la que los árabes denominaban *jayl* . Los jinetes, *fâris* , se encuadraban en unidades llamadas *qatibu* , que se formaban a partir de los jinetes de un mismo contingente tribal. Los *qatibu* solían oscilar entre los 200 y los 400 *fâris* y se subdividían en *kurdus* . Estos últimos contaban con un promedio de 33 *fâris* , aunque podían oscilar entre los 30 y los 40.

Los títulos de los oficiales arriba consignados, los nombres de las unidades y las cifras dadas por las fuentes más seguras parecen constatar que los primeros ejércitos árabes se ordenaban en unidades de base decimal: diez, cien y mil hombres. Por ejemplo, en Qadisiya, en enero de 636, se nos informa de que Sa`d ibn Abî Waqqâs, el emir al mando del ejército, lo ordenó en decenas y centenares. Esas unidades de base decimal que iban desde los 10 hombres a los 1000 podían agruparse en columnas de 3000 a 4000 hombres que operaban independientemente sobre un mismo territorio, para luego reunirse y sumar sus fuerzas si el enemigo resistía o si contraatacaba. Tal ocurrió en la primera fase de la conquista de Palestina, cuando tres emires nombrados por el califa Abu Bakr (632-634), Surahbîl ibn Hasana, Yazîd y 'Amr, que habían invadido el sur de Palestina a finales de 633, cada uno de ellos a la cabeza de columnas de 3000

hombres, juntaron sus fuerzas cerca de Gaza para enfrentar al duque de Palestina, Sergio, en la batalla de Dathin, 4 de febrero de 634. [24]

Aunque las fuentes islámicas recogen tradiciones contradictorias, su confrontación con las noticias de las fuentes orientales y bizantinas apunta a que fue Omar el verdadero organizador de los ejércitos que derrotarían a los viejos imperios. Es a Omar a quien se atribuye, ya lo hemos señalado, la elaboración de un censo militar, así como del establecimiento de tributos regulares para abastecer y pagar al ejército en Siria, Iraq y Egipto, y a él se debe también la creación de grandes bases militares en los territorios conquistados desde las que asegurar el dominio de dichos territorios y proseguir la expansión: *amsâr* . En fin, Omar también creó centros de reunión y cría caballar para paliar la continua falta de caballos que sufrían los primeros ejércitos árabes y se preocupó, asimismo, por reunir y concentrar en grandes centros de producción a artesanos especializados en la fabricación de armas. Omar, claro está, aprovechó los sistemas fiscales, administrativos y sociales preexistentes en los territorios conquistados, poniéndolos al servicio del nuevo imperio. De hecho, salvo la cúpula gobernante, los funcionarios de esta nueva administración imperial eran bizantinos y sasánidas y, en la mayoría de los casos, simplemente pasaron de servir en la administración de los viejos imperios, a hacerlo en la del nuevo. Por lo demás, también fue bajo el mandato de Omar cuando la organización tribal fue perdiendo peso en favor de una estructura más mensurada e inspirada en los ejércitos sasánida y bizantino y es probable que también fuera durante su gobierno cuando el sistema de pago del ejército se estableció y estabilizó.

Esta «parasitación» de los aparatos fiscales y administrativos en favor del funcionamiento de los primeros ejércitos árabes, a la que acabamos de hacer referencia en las líneas anteriores, está ampliamente documentada en los papiros administrativos que conservamos correspondientes cronológicamente hablando, a los primeros años del dominio musulmán de Egipto. Por ejemplo, con fecha 26 de diciembre de 642, tan solo un mes después de que, tras la toma de Tinis, cesaran realmente los combates en Egipto, poseemos un papiro en el que un emir árabe del ejército conquistador exige a la administración local que una aldea entregue forraje para los caballos de los guerreros de uno de sus destacamentos. Mientras que, en otro papiro con fecha de 25 de abril de 643, un emir solicita a la administración la entrega de víveres para sus hombres. Al igual que en otros lugares, la administración bizantina en Egipto siguió usando sus procedimientos, fórmulas y lenguas de trabajo, copto y griego, hasta bien avanzado el siglo VIII. Así, por ejemplo, en 698, en un papiro redactado por un funcionario egipcio, se sigue usando no solo el griego como lengua administrativa, sino que en el documento en cuestión se llama *dux* , duque, al emir que gobernaba la Tebaida, [25] respetándose así hasta el viejo título bizantino.

El sueldo de las tropas

La soldada de los primeros ejércitos árabes se nutría de dos fuentes principales: una cantidad previamente tasada que era entregada a las tribus como pago por el envío de sus guerreros y la participación de estos últimos en el botín y en el cobro de exacciones que se imponía a las poblaciones atacadas o sometidas durante las campañas. Era este segundo concepto, el reparto del botín, el verdadero sueldo del guerrero en la primera fase de la conquista islámica y sería solo más tarde, en época omeya, cuando se establecería un sueldo fijo y regular.

Tanto el sueldo como el reparto del botín guardaban una proporción con respecto a lo afortunado de la campaña y con respecto a si el soldado era infante o jinete. Los primeros cobraban tres veces menos que los segundos en consideración a que estos últimos tenían que sostener a sus caballos. Además, tanto los infantes, como los jinetes tenían que costear sus armas, equipos y monturas y ese desembolso inicial era compensado después, ya que como es evidente, un caballero tenía que invertir más. Las fuentes son claras a este respecto. Por ejemplo, Ibn al-Hakam nos dice al respecto de la primera y afortunada expedición contra el África bizantina capitaneada por ‘Abd Allâh ibn Sa’d en 647-648, que el botín hecho a los africanos y los tributos que se les impusieron fueron tan grandes que permitieron, una vez reservado el quinto del califa, pagar a cada infante 1000 dinares de oro y a cada jinete 3000 y especifica que 2000 de esos dinares se entregaban por el caballo aportado y sostenido por el guerrero durante la expedición. Así que los guerreros, ya fueran infantes o jinetes, recibían la misma parte y la diferencia estaba en compensar a los segundos por la inversión hecha en la compra y mantenimiento de sus monturas. Gracias a este relato sabemos también que, si el guerrero moría durante la expedición, su familia recibía la parte que le hubiera correspondido. [26]

Teniendo en cuenta lo anterior, que los guerreros dependían realmente del botín y del reparto de tributos para sostenerse, se pueden comprender mejor dos circunstancias que fueron una constante durante los primeros treinta años de la expansión islámica: primero, que las expediciones militares siempre tenían como objetivo inicial y principal el cobro de tributos y el pillaje y no la conquista. Segundo, que si se ofrecía a los árabes un tributo, estos siempre estaban dispuestos a no atacar. Tal ocurriría, entre otros muchos ejemplos, con Egipto que, durante tres años, pagó un tributo a cambio de no ser atacado y que cuando, por orden de Heraclio, suspendió los pagos a los árabes, fue invadido de inmediato. [27] Dicho de otro modo, el botín y los tributos eran un recurso indispensable sin el que ni el califato, ni por supuesto sus ejércitos, podían sobrevivir y solo cuando en los primeros años de la década del 640 Omar, tras hacerse con el definitivo dominio de Siria, Palestina, Egipto y Mesopotamia «parasitó» las administraciones y sistemas fiscales locales y a partir de ellas creó un aparato administrativo y de gobierno estable, se pudo comenzar a cambiar de sistema.

Las tropas mercenarias al servicio del califa, al principio y fundamentalmente los infantes dailamitas y los *savaran/asâwira* persas, recibían una soldada regular que seguía el modelo sasánida. Los dailamitas, por ejemplo y como constatan las primeras fuentes islámicas, conservaron su sueldo de 250 dir`hems de plata al año y todo indica que con los *asâwira* de caballería persa ocurrió otro tanto. [28]

Los marineros y soldados coptos que empezaron a ser enrolados a partir de 642, recibían un trato diferente y formaban parte, por así decirlo, de los tributos debidos a los conquistadores. Las comunidades de todo Egipto tenían que proporcionar hombres para la flota y estos servían a cambio de un sueldo menor que el que recibían los árabes y, por supuesto, mucho menor que el cobrado por dailamitas y *asâwira* . [29]

EL TAMAÑO DE LOS PRIMEROS EJÉRCITOS ISLÁMICOS

Ya hemos aludido en parte a la cuestión del número. En un principio, las cifras son muy bajas: en la batalla de Badr, en 624, 385 hombres; en 625, en la de Uhud, 700; en 627, en la llamada batalla de la Zanja, 3000; en 628, en el ataque al oasis de Jaibar, 1400; en 629, en la expedición a Mu'ta, 3000; en 630, en La Meca, 10 000. [30] El incremento de fuerzas se daba por lo que podríamos denominar «efecto bola de nieve»: conforme se sometía a Mahoma, o se aliaban con él, sumaban sus guerreros a la fuerza ya existente y ello permitía subyugar o atraer a más tribus.

La definitiva unificación de Arabia bajo Abu Bakr supuso un incremento de la fuerza. Entre los años 633 y 634 el califa pudo ya enviar a 9000 hombres agrupados en tres columnas de 3000 guerreros cada una para que iniciaran la conquista de Palestina y reforzarlos posteriormente con entre 3000 y 4000 hombres más. [31] Del mismo modo, el sometimiento de las tribus árabes de la Arabia romana y de las estepas y desiertos del Iraq persa, supuso un nuevo incremento en los efectivos disponibles que se reflejó en el potencial numérico de los ejércitos. Y así, en 636, en Qadisiya, una fuente del siglo VII que basaba su informe en la estimación de un testigo presencial que participó en la batalla, el príncipe de la Albania caucásica Juanser, estimó la fuerza musulmana en 20 000 infantes y 10 000 jinetes. Siendo esta fuerza, 30 000 hombres, la más alta del primer periodo de conquistas (622-651) y mucho más sensata que las cifras ridículamente bajas que dan las tardías fuentes islámicas con el fin de exaltar aún más el triunfo árabe. [32] Y también en 636, en Siria, en la batalla de Yarmuk, los árabes concentraron a unos 24 000-27 000 hombres para combatir al gran ejército bizantino reunido por Heraclio. [33] En 639, 'Amr invadió Egipto con tan solo 4000 hombres a los que luego fue añadiendo contingentes de refuerzo, sumando al final un total de 16 000 guerreros. [34] En fin, en 647-648, 'Abd Allâh ibn Sa'd, atacó el exarcado bizantino de Cartago a la cabeza de 20 000 hombres. [35]

Como se ha visto por las anteriores cifras, los ejércitos árabes no eran demasiado numerosos y, por lo general, en las grandes batallas, combatieron en inferioridad numérica. Como puede deducirse de las cifras del año 636, cuando dos grandes ejércitos árabes estaban operando a la vez en dos frentes muy alejados entre sí, Siria e Iraq, el califato era ya capaz de reunir una fuerza muy potente: 30 000 y 24 000 guerreros respectivamente y, sin duda, esa cifra combinada, 54 000 hombres, marcaba el grueso de sus fuerzas disponibles que, en mi opinión y en ese momento, no debía de pasar de los 70 000 guerreros como mucho. De ahí la necesidad perentoria que tenía Omar de enrolar nuevas tropas en sus ejércitos, aunque dichas tropas no fueran árabes, ni musulmanas. Ese mismo año, recordémoslo, Omar enroló a 4000 dailamitas y a un contingente de 500 *asâwira* persas y, en los años siguientes, al firmar tratados con los *marzban* y reyes menores del norte y este de Irán, en los acuerdos se incluyeron cláusulas que estipulaban que los nuevos vasallos del califa, que conservaban su autonomía, contraían, sin embargo, la obligación de prestar apoyo militar si así se requería.

En Egipto, caso que estudié a fondo, no solo decenas de miles de marineros coptos fueron enrolados en la flota musulmana, sino que, en los primeros años, al menos hasta la expedición contra Chipre de 649, también se embarcaron en dichas flotas miles de soldados coptos. [36]

En suma, la capacidad demográfica de los árabes no les permitía sostener el ritmo de las conquistas, ni atender a la defensa de tan gran imperio. De ahí que, alcanzadas las primeras grandes victorias, se reclutaran masivamente contingentes nativos de las tierras que se acababan de someter.

LOGÍSTICA, ARMAMENTO Y EQUIPO

Los autores islámicos de finales del siglo IX y de los siglos X, XI, XII y siguientes, trataron de ensalzar la figura de los conquistadores árabes haciendo hincapié en lo que en su tiempo se conceptuaban como las virtudes propias de los héroes de la fe: valor, fe inquebrantable, desapego por las riquezas y la pompa, pobreza y sencillez extremas… De ahí que exista todo un repertorio de textos en los que los primeros guerreros musulmanes son representados armados de forma paupérrima, casi ridícula y en la que sus enemigos, en concreto, los bizantinos y persas, pero también los visigodos, turcos, hindúes, etc., lucen en cambio atavíos y armas deslumbrantes. Así, por ejemplo, se retrata a un enviado árabe ante Rustam, el *spahbad* que comandaba a los sasánidas en Qadisiya, que se presentó ante este último, pobremente vestido, montado sobre un caballo greñudo y armado con una rústica lanza con la moharra sujeta al asta con nervios de dromedario, un escudo de piel de vaca, una espada corta envainada en una raída funda de tela, un largo arco y un puñado de flechas. Del armamento de otro

guerrero árabe, diría un poeta cortesano del siglo X que se componía de «una larga lanza con moharra de cuerno de vaca y de una espada corta». [37] La realidad, claro está, era muy diferente.

La logística

En los primeros años de las conquistas islámicas se esperaba que los guerreros se enrolaran en las filas del ejército musulmán aportando sus propias armas y equipos. Como muchas de las tribus de la Arabia central, las primeras en sumarse a Mahoma, no eran precisamente ricas, en un primer momento se advierte un interés desmedido por hacerse con armas, bien mediante botín, arrebatándoselas al enemigo, bien imponiendo tributos en los que la entrega de equipos militares formaba parte principal de los tratados firmados con los sometidos. Así, por ejemplo, dos importantes tribus judías del norte, los banû nadîr y los banû quraiza, fueron obligados a entregar como tributo una importante cantidad de armamentos. Los banû nadîr debían entregar: 50 armaduras, 50 yelmos y 340 espadas, mientras que los banû quraiza tenían que aportar: 1500 espadas, 300 armaduras, 1000 lanzas y 1500 escudos. [38]

La incorporación de las tribus judías del norte, de los árabes cristianos de Nayrân, de los gasaníes y lakhmíes cristianos de las fronteras bizantina y sasánida y de las tribus y ciudades yemeníes, proporcionó al primer islam un nutrido grupo de guerreros tan bien armados y equipados como los soldados bizantinos y sasánidas y que, además, poseían artesanos, técnicas y centros de fabricación de armamento propios y bien dotados.

Estos artesanos eran asentados en grandes bases militares y arsenales que, andando el tiempo, daban lugar a importantes ciudades como Kufa, Fustat, Basora o Túnez. Por ejemplo, los artesanos del oasis cristiano de Nayrân, célebres como fabricantes de armaduras de cuero endurecido y como forjadores de espadas, fueron asentados por Omar en Kufa, mientras que 1000 artesanos coptos fueron asentados en Túnez para atender allí a los astilleros y arsenales. [39]

Esos artesanos del ejército lo acompañaban en sus campañas para fabricar armas y reparar las ya existentes. Un papiro fechado en 647 nos informa de que una fuerza de 342 soldados árabes que operaba en Egipto se acompañaba de 12 artesanos especialistas en la fabricación y reparación de cotas de malla. [40]

Los abastecimientos del ejército eran básicos y, por eso mismo, la logística árabe, aunque casi inexistente en un principio, fue una de sus mayores ventajas tácticas. En efecto, los primeros ejércitos árabes no llevaban con ellos tren de abastecimiento alguno. Se esperaba que los guerreros se proveyeran a su costa de los alimentos necesarios para la primera parte de la campaña y que luego vivieran del terreno. Eso los dotaba de una

movilidad que no podían igualar los ejércitos bizantinos y sasánidas, cuyas columnas arrastraban tras de sí numerosos carros ligeros y pesados que llevaban sus víveres, forraje, armas de repuesto y máquinas de guerra. La única impedimenta con la que contaban algunos de los primeros ejércitos árabes, ya lo hemos señalado, eran los grupos de familiares, mujeres sobre todo y algunos muchachos y niños, que se desplazaban tras las columnas de guerreros arreando algo de ganado y dando cierto soporte a las tropas. Pero incluso estos grupos de seguidores solían marchar muy por detrás de los ejércitos y estos podían operar sin contar con ellos o sin contactarlos durante semanas.

Armamento

El arma fundamental y más estimada era la espada. Ya lo hemos apuntado, no debemos imaginar a los primeros guerreros musulmanes llevando cimitarras. La espada de los árabes de los siglos VII y VIII era una espada recta de dos filos y corta empuñadura. De hecho, las espadas rectas de dos filos continuaron siendo las más frecuentes y apreciadas entre los guerreros árabes hasta el siglo XI. Al-Kindî, que escribe en torno a 860, nos informa extensamente sobre los diferentes tipos de espadas —solo habla de las espadas de hoja recta–, sobre su fabricación, hechura y calidad. Las clasifica, además, en dos grandes grupos atendiendo a si eran de acero indio o no: «espadas de acero de fino temple» y «espadas de metales inferiores o de acero menos puro». Sobre las primeras se hace hincapié en lo excelente del acero indio y de cómo las espadas fabricadas en la India o forjadas en otros lugares a partir de acero indio, eran muy superiores a todas las demás en resistencia, flexibilidad y ligereza. En efecto, tanto en Yemen, como en Qal'a, importante centro productor de espadas en Persia, como en Damasco, se trabajaba con barras y lingotes de acero traído desde la India. Al-Kindî desarrolla su clasificación diciéndonos que las espadas yemeníes, forjadas con acero indio, eran cortas y rectas, con una hoja de un ancho de tres dedos y que el color del metal era blanco. La hoja tenía incisiones verticales, *sutab* , dice al-Kindî, lo que literalmente significa «rayas grabadas», cuyo propósito era aligerar el peso del arma y hacerla más flexible. El martilleado del metal y el entremezclado de las tres barras de acero que se usaban provocaba la aparición en la hoja de hermosas líneas y volutas de color más oscuro llamadas *al-Findi* . Estas espadas yemeníes de acero indio eran las favoritas de los infantes árabes y también se denominaban *says qasir* , mientras que la caballería solía usar espadas de hoja más larga que eran llamadas «espadas qallíes». Se fabricaban en la ciudad persa de Qal'a y también se forjaban a partir de acero indio. Estas espadas de estilo sasánida tenían hojas de 3 a 4 palmos de longitud y de 3 a 4 dedos de ancho: de 60 a 80 cm de longitud y de 3,5 a 5 cm de ancho de hoja y empuñaduras con gavilanes o guardas pequeños y de 15 a 20 cm de largo. De lo que resultaban armas que iban de los 75 cm a los 100 cm de longitud total. Al-Kindî señala que las espadas traídas directamente de la India eran similares por su tamaño a las de Qal'a y por su hechura a las yemeníes.

Pero las espadas de acero indio eran muy caras y por ello se recurría a las «espadas de metales inferiores y de acero menos puro» que también señalaba al-Kindî y que se fabricaban, sobre todo, en Jorasán, Persia nororiental, en Bostra, Siria meridional, en Damasco, Kufa y Fustat. También se traían espadas de Ceylán. [41] Pero eran las espadas indias las que despertaban el deseo y la codicia de todo guerrero árabe que se preciara. Una muestra de ello nos la da el siguiente ejemplo, en donde un poeta árabe de inicios del siglo VII ensalza la espada de un guerrero que participó en la batalla conocida como «día de Tijafa»: «cuya espada era cortante, blanca, brillante y de la India». [42]

Estas armas estaban pensadas para blandir y esgrimir con una sola mano y aptas tanto para golpear de filo, como de punta. Algunos guerreros árabes llevaban dos espadas: una corta y una larga. Las espadas eran tan preciadas que los guerreros árabes les daban nombre propio, las legaban a sus hijos y les rendían un respeto extremo y unos cuidados continuos. Se colgaban del hombro izquierdo con un correaje de cuero que se pasaba por la cabeza y que dejaba la espada en bandolera. Las vainas eran de cuero o de madera y, por lo general, sencillas. Conforme los árabes se hicieron con armamento bizantino y sasánida y, sobre todo, conforme se apoderaron de las ricas provincias y de sus rentas, surgió una élite guerrera que gustó de exhibir armas de gran calidad y lujosamente adornadas e historiadas.

La lanza era otra arma indispensable. Recibía el nombre de *rumh* y las de la infantería solían tener unos 2,5 m de longitud y contaban con una potentísima moharra de larga, ancha y afilada hoja. Solían hacerse de madera de morera, dura a la par que flexible, y hasta tal punto era corriente esta madera en la fabricación de las lanzas, que en los poemas de los siglos VI y VII los poetas usaban el eufemismo de «moreras» para referirse a las lanzas: «Los lanceros matan a la caballería con la "morera" que no se rompe». [43]

Las lanzas de la caballería eran de similar factura y material, pero más largas. Por lo general, rondaban los 3,5 m de longitud. Otro tipo de lanza usada por la caballería es la llamada «barba». Esta lanza era de pesada moharra, pero mucho más corta que la *rumh* .

Tanto la infantería como la caballería usaban también venablos y, así se deduce de los poemas de los siglos VI y VII, dardos arrojadizos quizá parecidos a las *plumbatae* romano-bizantinas. [44]

Las fuentes señalan al arco largo árabe como un arma decisiva para obtener las grandes victorias del siglo VII. Era usado fundamentalmente por la infantería y, si la caballería lo utilizaba, lo hacía echando pie a tierra. De lo contrario, usaban arcos más cortos y menos eficaces o arcos compuestos asimétricos bizantinos y sasánidas. Los árabes apreciaban mucho a los arqueros de su infantería a los que denominaban como *muramiya* . Sus largos arcos recibían el nombre de *hiyâzî* , tenían una gran envergadura,

de hasta 2 m de longitud, estaban hechos o de una sola pieza de madera, o de dos piezas superpuestas y fijadas con tendones, nervios de camello y cola. Eran arcos potentísimos, que necesitaban de una gran fuerza y habilidad para ser manejados [45] y que podían competir con los arcos compuestos de los bizantinos, los sasánidas y los turcos, sobrepasando ampliamente a los usados por los visigodos o los francos. Eran armas difíciles de fabricar y muy preciadas que podían estar muy adornadas en sus empuñaduras y puntales. De uno de estos arcos, aunque es evidente que se trata de una poética hipérbole, se llega a decir que su dueño pudo empeñarlo a cambio de 1000 dromedarios, lo que nos da idea de lo caras y preciadas que eran estas armas. [46]



Figura 78: Fragmento de tejido de lana hallado en Egipto y perteneciente o bien a una cortina, o bien a unos pantalones. Data de principios del siglo VII y representa un combate entre árabes, persas y etíopes. Muestra una fuerte influencia persa, tanto en los motivos como en los ropajes, por lo que es probable que date de la efímera conquista sasánida en Egipto, entre los años 618 y 629, o poco después, ya durante la ocupación árabe. Es muy similar a modelos persas de tejido en seda, a su vez inspirados en un fresco del rey Cosroes II en su lucha contra las tropas etíopes del Yemen. En el centro vemos la imagen de un monarca entronizado que sostiene una espada, acaso el propio Cosroes II. Sobre este vemos un arquero a caballo, aparentemente persa o árabe, que dispara desde su montura al tiempo que se retira de su enemigo, el «tiro parto», una táctica reproducida después por los árabes. A su derecha, un guerrero etíope ataca a un jinete posiblemente persa, que tañe un instrumento musical semejante a la tuba romana. Más arriba se aprecia un grupo de etíopes y árabes refugiados entre rocas que son atacados por sendos arqueros persas, uno a cada lado. Nótese el interesante detalle de que de la cintura del arquero persa se prolonga una rienda que alcanza a un caballo. Se trata de un arquero a caballo que ha descendido de su montura para disparar su arco, pero que en cualquier momento puede volver a ella. Musée des Tissus at des Arts Décoratifs, Lyon.

Las flechas disparadas por los luengos arcos árabes eran largas y con una pesada hoja de tres filos. Los arqueros árabes no eran muy rápidos, al menos no tanto como los persas, pero superaban a estos en cuanto a la potencia de sus tiros de flecha. Por lo general, a entre 150-175 m, los arqueros árabes eran letales disparando contra hombres

no provistos de armadura y a 100 m incluso los *savaran* , equipados con armaduras de gran calidad, eran vulnerables.

La daga era otra pieza indispensable del armamento árabe. De sólida hoja, ancha y muy afilada, tenía empuñadura de hueso de dromedario, madera o hierro y era el arma de la última defensa.

También empleaban mazas con cabezas de distinta factura y forma, barras de hierro y lanzas con dos moharras. La ballesta de mano, bien conocida por los bizantinos, no fue usada por los árabes hasta el siglo IX y el hacha de guerra solo comenzó a utilizarse por influencia hindú a partir del siglo VIII y nunca se convirtió en un arma popular.

En cuanto al armamento defensivo, la cota de malla estaba muy difundida. Ya aparecen con mucha frecuencia en los poemas que celebran los «días» o «batallas de los árabes», que recogían antiguos combates tribales del siglo VI y de las primeras décadas del VII, [47] y en los bajorrelieves, mosaicos, marfiles, textiles, miniaturas y murales contemporáneos aparecen con harta frecuencia guerreros árabes revestidos con cota de malla.

La cota de malla árabe era muy similar, por no decir idéntica, a las bizantinas y sasánidas. Eran largas, llegaban hasta las rodillas y, en este caso, solían contar con una apertura frontal que, por debajo del pecho, abría la cota y permitía al guerrero tener más movilidad. Estas cotas largas tenían mangas y, a veces, cofias de malla para proteger la cabeza que recibían el nombre de *migfar* .

También se usaban cotas más cortas que llegaban a la cintura y que tenían mangas que solo llegaban al codo. Los árabes las denominaban *dir* y, a menudo, los guerreros usaban dos situando entre ellas una prenda de vestir acolchada que recibía el nombre de *durrâ`a* . Mahoma, en la batalla de Uhud (625), se protegió con dos cotas de malla.

Los artesanos que sabían fabricar cotas de malla eran muy apreciados y algunas tribus del norte y del Yemen eran muy hábiles en estas lides. Pero, durante años, la provisión de armaduras de calidad estuvo ligada a las que se obtenían de los aliados árabes de bizantinos y persas o a las que se arrancaban a estos últimos tras derrotarlos en batalla.

Tan corrientes o más que las cotas de malla de hierro eran las armaduras de cuero endurecido. Solían hacerse con varias piezas y se usaba cuero de vaca o de buey. Los artesanos del oasis cristiano de Nayrân eran en especial celebrados como fabricantes de armaduras de cuero. Mahoma, cuando recibió su vasallaje, les fijó un tributo consistente en la entrega de 30 juegos completos de armaduras de cuero endurecido, 30 caballos y 30 dromedarios. Omar terminó trasladando a los artesanos de Nayrân a Kufa, la gran

base militar que fundó en el sur de Iraq, para que aprovisionaran a los ejércitos que desde allí partían a la conquista de Irán y Afganistán. [48]

El uso de yelmos era muy corriente y la inmensa mayoría de los guerreros que vemos representados en las obras de arte del periodo los llevan. También se mencionan en los poemas y en los textos.

El yelmo habitual era el llamado yelmo o casco segmentado de origen sasánida y que a veces se completaba añadiéndole un almófar o paño de cota de malla, que protegía la nuca, el cuello y parte de la espalda y de los hombros. Otros yelmos de hierro eran de una sola pieza.

En cuanto a los célebres yelmos redondeados terminados en punta, los *tarîqa* , eran de influencia centroasiática y fueron adoptados por los árabes a partir de la década del 640. Mientras que los yelmos sencillos de estilo bizantino, los *chassis* , hechos con dos piezas unidas entre sí con tiras y remaches eran llamados *bayda* por los árabes, literalmente, «huevos».

Los yelmos iban forrados de cuero o de tela acolchada para proteger la cabeza y ofrecer más comodidad. También era muy frecuente añadirle al yelmo velos de malla y, bien porque formaba parte de la cota de mallas, o bien como pieza aparte y complementaria del yelmo, se usaban también con frecuencia la *migfar* o cofia de malla de hierro.

Los escudos eran grandes y redondos para la infantería. Solían estar elaborados con cuero de buey o de dromedario. Más tarde, se adoptaron escudos de estilo bizantino y persa con umbo y reborde de hierro y estructura de madera. Pero, en general, la infantería árabe siguió prefiriendo los escudos de cuero endurecido. [49]

Los árabes no usaban al principio el estribo y se conservan en los textos supuestas condenas del califa Omar desaconsejando su uso por considerar que debilitaba a los guerreros. Sin embargo, a juzgar por las obras de arte del periodo, debieron de adoptarlo muy pronto, pues se representa a los jinetes árabes montando con estribos. Por lo demás, hoy se tiende a minimizar el impacto que el estribo tuvo, en realidad, en la guerra a caballo. En cualquier caso, en Oriente, el uso del estribo estaba ya muy extendido en la segunda mitad del siglo VII y por intermedio primero de los ávaros, y luego de los bizantinos y de los propios árabes, se generalizó también a mediados del siglo VIII entre los caballeros de Occidente.



Figura 79: Fresco en el que se representa a un arquero a caballo, complejo fortificado omeya de qasr al-Hayr al-Gharbi, siglo VII. Nótese cómo hace uso de estribos rígidos (metálicos), cuya introducción en Oriente Medio era una recientísima novedad en el momento en que esta pintura fue compuesta. Destaca también la aljaba o contenedor de flechas, bien visible en el costado del jinete, que se viste con una *qaba* o prenda de lana de color blanco que cubre torso, brazos y gran parte de las piernas. Bajo esta se aprecia el uso de pantalones, en este caso de color rojo y blanco. Museo Nacional, Damasco, Siria.

Los árabes del primer periodo de las conquistas solían vestir prendas sencillas. Muchos de ellos cubrían sus cuerpos con grandes lienzos que enrollaban en torno a sí y que todavía hoy usan los peregrinos a La Meca, los *izur* . Completaban este sencillo atavío añadiendo un escueto paño para la cabeza que recibía el nombre de *'imâma* y que nada tenía que ver con los posteriores y vistosos turbantes. A veces se añadían gorras de vivos colores bajo la *'imâma* . Jâlid, por ejemplo, perdió en Yarmuk su famosa gorra roja.

Una costumbre de los árabes de los siglos VI y VII era cortarse las mangas de sus túnicas o de sus *izur* antes de entrar en combate para que no estorbaran el manejo de la espada y como signo de bélica determinación.

Los pantalones de estilo persa, los *sirwâl* , amplios y de lana, lino o seda, eran también muy populares y pronto se generalizaron, sobre todo, entre la caballería. Las

túnicas, mantos y botas de estilo bizantino y persa estaban ya muy difundidos entre los árabes del norte, gasaníes y lakhmíes, y entre las élites del resto de Arabia. Las sandalias muy cerradas y con suela reforzada también solían usarse mucho.

Un rasgo distintivo de los guerreros árabes del siglo VII era el mantenimiento de una vieja costumbre: llevaban el pelo muy largo y recogido en cuatro largas y rígidas trenzas llamadas «trenzas sarracenas» o lo dejaban crecer largo y encrespado. Este rasgo era tan distintivo que los poetas y hagiógrafos bizantinos de los siglos VI y VII llamaban con frecuencia a los sarracenos o árabes del desierto, «los árabes de pelo de águila». [50]

LAS TÁCTICAS

¿Qué es lo que hacía de los ejércitos del primer islam una maquinaria bélica tan efectiva? Ya hemos visto que, por lo general, eran inferiores en número a las fuerzas que se les oponían y que, aunque su armamento era equiparable al de las grandes potencias del momento, no era en modo alguno superior y, además, contaba con el grave problema de que disponía de menos artesanos y centros de producción de armas que aquellos con los que podían contar Bizancio o Persia. Los árabes, asimismo, y en estos primeros años, padecían una clara inferioridad en el arma de caballería. En efecto, los caballos escaseaban de continuo y aunque Omar tomó disposiciones al respecto, no fue hasta que los ejércitos árabes se apoderaron de Siria y de los montes Zagros, entre Iraq e Irán, lugares donde se hallaban radicados importantes centros de cría caballar, que la caballería árabe pudo competir frente a la de sus rivales.

La logística árabe era casi inexistente y la organización, básica y aún muy ligada a condicionamientos tribales. Por lo general, los ejércitos árabes vivían sobre el terreno y dependían en buena medida de los hombres que las tribus tuvieran a bien enviar para completar las filas. Por si todo lo anterior no fuera ya lo bastante significativo, los primeros ejércitos árabes apenas si contaban con máquinas de guerra y tenían que limitarse a cortar los suministros a las ciudades y ofrecerles buenas condiciones de rendición con la esperanza de que aceptaran someterse.

¿Entonces? Bien, ya lo señalamos antes. Un factor positivo fue precisamente lo escueto y primitivo de su logística. Esto permitía a los primeros ejércitos árabes ser en extremo rápidos. ¿Cómo podían ser en extremo rápidos? Acabamos de afirmar que contaban con poca caballería en un primer momento. En efecto, hasta los años 635-636 la mayor parte de la fuerza árabe estaba integrada por infantería y, a partir del momento indicado (635-636), la caballería, en el mejor de los casos y en situaciones puntuales y excepcionales, como por ejemplo grandes batallas, llegaría a conformar un tercio del total. Pero la clave estaba justo en eso: en la infantería.

En efecto, la infantería árabe era, en su totalidad, infantería montada. La mayoría de sus infantes llegaban al campo de batalla u operaban sobre el territorio, a lomos de dromedarios o de mulas. Esto les daba una velocidad de desplazamiento y un radio de acción muy superior al de cualquier otra infantería de la época y eso, unido a su capacidad para no depender de pesados trenes de abastecimiento, los convertía en una fuerza formidable.

Cuando esa infantería montada llegaba al campo de batalla, desmontaba, descansada, y formaba en orden cerrado o, en el caso de los arqueros, tomaba posiciones para disparar sobre el enemigo. Así que, a su rapidez de desplazamiento y radio de acción, aún sumaba una tercera ventaja: solía combatir en mejores condiciones físicas que la infantería rival que, a menudo, llegaba al campo de batalla tras agotadoras marchas de aproximación.

La infantería montada, incluso la infantería montada sobre dromedarios, no era una novedad. Los romanos habían contado con unidades de legionarios que usaban el dromedario para desplazarse y tanto los romanos como los persas contaban con miles de aliados y federados árabes que conocían a la perfección el uso de este animal. Pero no era esa la cuestión. La clave era no que una unidad de infantería contara con animales para desplazarse más rápido, sino que toda la infantería estaba montada. [51]

No era una revolución en el sentido estricto, simplemente fue la traslación a nuevos escenarios y en número mucho mayor, de lo que era corriente en la Arabia central y meridional.

Se ha señalado que la invención de la silla con reborde de madera, una silla que podía colocarse sobre la joroba del dromedario en vez de colgar a su costado y que, por ende, permitía combatir desde esta montura, pudo ser también un factor importante. Lo cierto es que solo en rarísimas ocasiones y en pequeño número, los árabes combatieron desde sus dromedarios. Pues los grandes animales eran, y son, ariscos, desobedientes, tercos e incapaces de cargar con orden en formación. No era raro que, en mitad de una galopada, un dromedario se parara en seco y se negara a continuar la marcha y tampoco era raro que tratara de morder o desmontar a su jinete. Así que los guerreros árabes desmontaban para combatir o, en el caso de los jinetes, pasaban del dromedario al caballo. Y esta es otra circunstancia básica: la caballería árabe, tan falta de caballos en un primer momento, los reservaba hasta el mismísimo momento de la batalla y solía desplazarse a lomos de dromedario o de mula, llevando a sus caballos de guerra junto a ellos, frescos y descansados.

Así que los dromedarios podían ser usados como transporte, pero no como animales de guerra y aunque se dispusiera de ellos en abundancia, los guerreros, o combatían a pie, o lo hacían a caballo, pero nunca a lomos de dromedario. [52]

No es cierto en modo alguno que los bizantinos y sasánidas se vieran sorprendidos por la forma de hacer la guerra de los árabes. Docenas de miles de árabes habían servido en sus ejércitos desde hacía siglos y más bien ocurrió lo contrario: los árabes mimetizaron muchas de las tácticas y modos de combatir de romanos y persas. De hecho, entre 629 y 636, es decir, durante los primeros y decisivos siete primeros años de la gran expansión árabe, tanto Bizancio como Persia contaron con muchos miles de guerreros árabes que pelearon de su lado. Ya lo vimos, fueron los árabes que combatían por Bizancio los que obtuvieron la victoria sobre los musulmanes en Mu’ta en 629 y la fidelidad de los gasaníes, la gran confederación árabe federada de Bizancio, era tan sólida que miles de guerreros gasaníes prefirieron abandonar con sus familias las tierras que ocupaban en Siria y trasladarse al corazón de Asia Menor, antes que someterse al califa Omar.

Pero los árabes desarrollaron también nuevas tácticas y despliegues muy efectivos. El más famoso es el *jamis* .

Se ha discutido mucho sobre si el *jamis* se usó como despliegue táctico antes del periodo omeya. Lo cierto es que, si se leen con atención las descripciones de la batalla de Yarmuk que conservamos, no solo las árabes, sino también las bizantinas y orientales, queda claro que fue usado allí, en Yarmuk, por primera vez y que debería de atribuírsele a Jâlid, «la espada de Dios», sin duda, el mejor táctico árabe y es probable que también el creador del *kurdus* , la unidad de caballería de la que ya hablamos y que parece un calco del *drungo* romano. El *jamis* se desplegaba así:

1. *Muqaddama* : se trataba de una formación abierta de arqueros e infantes ligeros que cubría a las formaciones en orden cerrado que había tras de ella. Su función era doble: iniciar el ataque y debilitar las formaciones enemigas con el tiro de sus arcos, hondas y venablos, tras lo cual se retiraban hacia los flancos y la retaguardia para, desde allí, seguir hostigando, y en el caso de combatir a la defensiva, debilitar el ataque enemigo durante su avance.

2. *Qalb* : el centro; era una formación de lanceros, escudo con escudo y erizada de lanzas, dispuesta en tres filas de profundidad llamadas *sufûf* . Los infantes iban bien protegidos con yelmo y cota de malla. El *qalb* se formaba a un tiro de flecha por detrás de la *muqaddama* y servía a esta última de apoyo y resguardo.

3. *Maymana* : el ala derecha. Se formaba también en tres filas, *sufûf* , de infantería pesada y se desplegaba a unos 100 m del *qalb* o centro.

4. *Maysara* : el ala izquierda. Se disponía de modo semejante a la *maymana* y al *qalb* : tres *sufûf* de profundidad constituidas por lanceros. Los huecos de unos 100 m que separaban la *maymana* del *qalb* y a este último de la *maysara* estaban pensados para facilitar la retirada ante el avance enemigo de la *muqaddama* o pantalla de arqueros e infantes ligeros.

5. *Saqah* : la reserva. Se situaba tras las tres divisiones antes citadas: *maymana*, *qalb* y *maysara* , y acudía a reforzarlas en caso de aprieto.

Las *sufûf* , filas, que formaban las tres divisiones principales –*maymana, qalb* y *maysara* – se iban relevando durante el combate, pasando la segunda fila a la posición de la primera, la tercera a la de la segunda y la primera a la de la tercera. La división *saqah* , la reserva, no solo podía dar apoyo a las tres divisiones principales, sino que podía sumarse por completo a una de ellas para desequilibrar el frente.

Como puede verse, el *jamis* era una formación o despliegue de infantería. La caballería, *jayl,* quedaba situada en una colina o elevación desde donde podía cargar sobre el enemigo cuando este había sido rechazado por el *jamis* o caía sobre su flanco o retaguardia cuando más empeñado estaba en el combate, o bien permanecía emboscada y aparecía en el momento más imprevisto.

En general, la infantería árabe llamaba *tábia* a la formación de un cuadro en orden cerrado. Desde esta formación, la infantería podía lanzarse a la carga, volver a su posición de partida, rechazar el contraataque enemigo y contracargar. A estos movimientos los árabes los denominaban *karr wa-Farr* y su infantería los ejecutaba diestramente desestabilizando mucho a las formaciones enemigas que estaban acostumbradas a maniobras y cambios de frente menos rápidos.

Ibn Jaldûn nos recoge que la formación de las filas de infantería en *tábia* ya se practicaba en el siglo VII y nos la muestra como una formación en divisiones cerradas listas para cargar a fondo sobre el enemigo. Asimismo, nos informa sobre la disposición de la defensa de la retaguardia árabe mediante el recurso de obligar a los dromedarios a arrodillarse, trabarlos y formar con ellos un auténtico «muro de carne» que protegiera las espaldas de los guerreros que combatían al tiempo que les servía de última línea de resistencia si se veían obligados a retroceder. Ibn Jaldûn nos aclara que este sistema defensivo se denominaba «atrincheramiento *maybûda* . [53]

Otra táctica árabe era la de formar en tres grandes secciones con la infantería pesada en el centro y con la caballería entremezclada con los arqueros y los infantes ligeros en las alas. Esta formación fue la que usaron en un primer momento los musulmanes en Qadisiya frente a los persas.

Una variante de la anterior consistía en situar a la infantería en tres divisiones con arqueros reforzando sus flancos y colocar a una masa de caballería en un punto alejado, situado sobre una elevación desde donde pudiera verse la evolución del combate. Si los enemigos lograban flanquear a la infantería, la caballería cargaba sobre ellos. Si la propia infantería se mantenía firme y lograba rechazar al enemigo, la caballería cargaba desde la colina donde se encontraba emplazada y perseguía y acosaba al enemigo en retirada.

La caballería árabe desarrolló tácticas muy depuradas para poder operar sin apoyo de la infantería. Podía adoptar formaciones en orden cerrado, formando en tres filas prietas que avanzaban sobre el enemigo, una formación que los árabes denominaban *muyarrada* . También podían adoptar una formación suelta denominada *talî`a* , o formar rombos y cuñas para cargar sobre el enemigo al estilo bizantino, siendo estas formaciones llamadas *sariya* . Por último, un destacamento de caballería podía constituir una guarnición que, desde una ciudad o desde una fortaleza, controlara toda una región patrullándola mediante salidas regulares y bien organizadas, estrategia que recibía el nombre de *rabila* .

Las órdenes se daban mediante gritos y el movimiento de los estandartes. Estos eran de dos clases: *liwâ´* , que era el estandarte general que era mantenido junto al valí, emir o *ra'îs* que mandaba la fuerza y *râya* , un estandarte pequeño que portaban los portaestandartes de las tribus, clanes, unidades, etc. y que incluso podía acompañar a un guerrero relevante, como por ejemplo, un campeón. En cuanto a las órdenes verbales, el grito *Allahu Akbar* , «Dios es grande», servía, repetido cuatro veces, para disponer a las tropas para la batalla siguiendo la siguiente cadencia:

- Primer *Allahu Akbar* : las tropas ajustaban sus armaduras, se calaban los yelmos y empuñaban las lanzas.
- Segundo *Allahu Akbar* : las unidades se formaban y ocupaban sus posiciones.
- Tercer *Allahu Akbar* : se ordenaba a los *muhâribûn* , a los campeones, que avanzaran para desafiar a los del enemigo.
- Cuarto *Allahu Akbar* : toda la línea de batalla avanzaba contra el enemigo.

Los campeones tenían un papel destacado desde el tiempo de las guerras tribales. De hecho, al igual que era corriente entre bizantinos y sasánidas, las batallas comenzaban a menudo con desafíos y combates entre campeones. Estos combates casi rituales servían para dar moral a la tropa en caso de victoria y para enardecerla y llevarla a la lucha. Hacía falta mucho valor para avanzar sobre un muro de escudos o para sostenerse firme ante una carga de caballería y se nos olvida que recursos como el de los campeones, los discursos enardecidos, las inflamadas prédicas religiosas, la exhibición de reliquias, las muestras de valor o de poder por parte de los jefes o, aunque resulte más prosaico, la ingestión de alcohol u otros estimulantes, eran muy necesarias para animar a las tropas y conducirlas al choque.

En cuanto a las operaciones llevadas a cabo en o desde el desierto, recordaremos aquí que la guerra en el desierto era ante todo una guerra de emboscada y movimiento. Se hacía controlando o atacando puntos vitales muy concretos: pozos, aguadas, fuentes, oasis, aduares, etc. El desierto no es ese espacio vacío que a menudo imaginamos en donde una tropa de jinetes a caballo o a camello pueden desplazarse a voluntad, sino

que cuenta con amplias áreas totalmente impracticables y con caminos casi obligados. Los *erg* o grandes campos de dunas estaban vedados para las operaciones militares y también los *harrât* , extensos campos de lava que ocupan extensísimas áreas y que son de todo punto impracticables. Solo la *hamada* , los estériles campos cubiertos de arbustos espinosos y piedras y los *wadi* , lechos secos de antiguos ríos, son practicables. Los caminos del desierto son los *wadi* ; allí está el agua y por allí se puede avanzar muy rápido. Así que el control de los *wadis* era vital y las operaciones, a menudo, giraban en torno a ellos. Por ejemplo, el Wadi Ar Rimah era la ruta que se seguía desde Medina a Iraq y los Wadis Karak y Araba eran fundamentales en el control de los caminos que llevaban desde Arabia a Egipto y desde Arabia a Palestina y Transjordania. [54]

EL DESPERTAR DE LA BESTIA DEL CUARTO REINO: LAS BATALLAS DE QADISIYA Y YARMUK, A. D. 636

El contexto histórico

«Como un viento de tempestad» [55] , con esa imagen trataba de concretar y definir un historiador armenio de la segunda mitad del siglo VII la formidable y devastadora irrupción de los ejércitos árabes sobre el Oriente persa y bizantino que tuvo lugar en los años de su juventud. Sebeos, que así se llamaba el historiador armenio en cuestión, tuvo que acudir a las profecías del profeta Daniel para tratar de entender cómo era posible que aquellos hombres del sur fueran los dueños de la tierra. Encontró respuesta: era la voluntad de Dios y se había profetizado. Los árabes eran la «bestia del cuarto reino», el último que tenía que dominar la tierra antes de la llegada del Anticristo. La bestia que el profeta Daniel contemplara en sus visiones: «La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará». [56]

Incluso antes de que Mahoma y el califa Abu Bakr completaran la unificación de la península arábiga, ejércitos y merodeadores árabes estaban atravesando las fronteras de Persia y Bizancio. Al principio ni siquiera eran seguidores de Mahoma, simplemente se trataba de grupos de guerreros que, aprovechando el caos en que se habían convertido las fronteras de los viejos imperios por mor de la larga y durísima guerra que estaban entablando entre ellos, realizaban incursiones en busca de botín. Luego, a partir de 628, llegó el turno de «los árabes de Mahoma». Para ese entonces, la guerra romano-sasánida había terminado, pero sus efectos tenían postrados a ambos imperios y el nuevo Imperio árabe de Mahoma trató de aprovecharlo. La tardía historiografía islámica recoge la tradición de que Mahoma envió cartas a los poderosos señores de Persia y Bizancio conminándoles a la conversión. Las fuentes contemporáneas recogen, sin embargo, que lo que exigían los árabes a cambio de la paz era plata y oro. Pero el caso es que ni Persia, ni Bizancio, agotados como estaban, contaban con oro y de todas

formas las tribus y reinos árabes venían haciendo eso, pedir tributos a cambio de que sus guerreros no asaltaran las fronteras, desde hacía siglos y nunca habían supuesto un peligro importante para los grandes imperios. Así que, simplemente, no los tomaron en serio.

Debieron de haberlo hecho, aunque las primeras incursiones de «los árabes de Mahoma» fueron un fracaso: en 629 un ejército musulmán fue batido por completo por los bizantinos en lo que hoy es Jordania, mientras que en el sur de la Mesopotamia persa las incursiones árabes fueron repelidas con éxito bajo la dirección de la «reina de las reinas» Boran (630-631) «restauradora de la raza de los dioses», [57] según proclama con orgullo en sus monedas.

Pero el orgullo no es tan afilado como el acero. Cuando Boran fue derrocada y subió al trono de Persia un adolescente, Yazdgerd III (632-651), la nobleza persa retomó el camino del enfrentamiento interno y la anarquía feudal que venía azotando a Persia desde la muerte de Khavad II en septiembre de 628 y su frontera con los árabes volvió a quedar abierta a las incursiones de estos últimos.

En la frontera con Bizancio las cosas estaban también cambiando. Heraclio había logrado retomar el control del *limes* sirioarábigo en septiembre de 629 y las viejas unidades como la Legio IV Scytica, o como la Cohors VIII Voluntaria, o como los XV y XXVI *bande* de los *equites Ilyriciani* , [58] regresaron a sus fortificaciones y acantonamientos.

Pero los ojos de Heraclio se apartaron pronto de allí. El mundo cambiaba y ofrecía oportunidades. El soberano de los turcos kok fue asesinado en 630 y lo mismo le ocurrió a Sharvaraz, el viejo enemigo de Heraclio y luego su aliado y *shahansha* del Imperio persa. Heraclio trató de aprovechar la situación y durante los siguientes dos años sus esfuerzos se centraron en asentar su influencia sobre el bamboleante trono persa y en promover que su hijo adoptivo y kan de los onoguros, Kuvrat, recogiera los frutos del caos del Imperio Turco y del debilitamiento del ávaro.

Así que, en 631, Mahoma recogió el fruto de la falta de atención de Heraclio al *limes* árabe: el obispo de Ayla (Áqaba) cansado de pedir ayuda a las autoridades bizantinas y agobiado por las incursiones de «los árabes de Mahoma» entregaba la ciudad al profeta y señor de estos últimos, Mahoma. [59] Una brecha se había abierto en el sólido muro de la frontera romana y por esa brecha se colarían los tres ejércitos árabes que a fines de 633 penetrarían en el sur de Palestina para iniciar la conquista de las provincias romanas de Oriente. Su primer gran éxito lo tendrían en Dathin, en febrero de 634, cuando destruyeron al ejército del *dux* de Palestina y dieron muerte a este último. Heraclio, sobresaltado por la noticia, se vio al fin obligado a enviar un ejército de campaña contra los árabes, pero aun así no se alarmó en exceso y la fuerza que puso bajo el mando de su hermano Teodoro no superó los 12 000 hombres. Fue aplastada en Ajnadain por los

árabes que, comandados y reforzados por Jâlid ibn al-Walîd, «la espada de Dios», se hicieron ese día, 29 de agosto de 634, con el control de todo el sur de Palestina. [60]

Al año siguiente, tras obtener nuevas victorias en Galilea y la Decápolis, los árabes tomaron Damasco, la ciudad más rica de Siria meridional, aislaron Jerusalén y bloquearon las dos grandes ciudades de la costa palestina, Cesarea Marítima y Gaza. Heraclio comprendió entonces que un peligro tan grande como el que habían supuesto los persas, se alzaba contra su Imperio.

Mientras tanto, en el frente persa, entre la primavera de 633 y los inicios del verano de 634, Jâlid, «la espada de Dios», tras someter a las tribus rebeldes a la autoridad del califa Abu Bakr y destruir el poder de los profetas Musaylima y Sayâh, los viejos rivales de Mahoma, atacó con éxito a los vasallos árabes de Persia, los lakhmíes e incursionó en el sur de Mesopotamia. Los persas aún pudieron obtener éxitos resonantes contra los invasores árabes, por ejemplo, en octubre o noviembre de 634 aplastaron a un ejército árabe en la llamada «batalla del puente», [61] pero al igual que en la frontera romana de Palestina, los árabes habían abierto una brecha y penetrarían por ella sin cesar.

Pronto aplastarían al restaurado reino lakhmí y tomarían definitivamente su capital: al-Hira y obligarían a Persia a reunir un gran ejército para impedir que siguieran progresando. Ese ejército se encontró con los árabes no lejos del lago del Éufrates en un lugar llamado Qadisiya.

La batalla de Qadisiya, 6 de enero de 636

La batalla de al-Qadisiya es una de esas «batallas decisivas» que cambiaron el mundo. En efecto, es difícil encontrar un libro dedicado a las grandes batallas de la historia universal que no dedique un capítulo a Qadisiya y, sin embargo, esta batalla no ha sido estudiada adecuadamente y tanto la fecha del combate como los pormenores del mismo, siguen siendo en buena parte cuestiones inseguras. [62] Lo son porque, como ocurre a menudo con las grandes batallas que dieron el señorío de Oriente Medio a los árabes, se ha tratado de reconstruir casi en exclusiva a partir de las tardías, contradictorias e idealizadas narraciones de los historiadores, genealogistas y geógrafos musulmanes, y excluyendo a las fuentes contemporáneas que los nestorianos persas, los armenios, los albaneses del Cáucaso, los sirios jacobitas, los bizantinos o las tradiciones sasánidas nos legaron sobre la gran batalla.

Así, por ejemplo, se ha venido situando la fecha de la batalla entre 635 y 638, cuando bastaría con atender a la precisa información que al respecto nos ofrece una obra excepcional: *La historia de los albaneses del Cáucaso*, una obra que, aunque redactada finalmente en el siglo XI, copiaba obras muy anteriores y entre ellas una historia del príncipe Juanser que participó personalmente en la batalla de Qadisiya del lado persa y

bajo cuyo reinado, hacia el año 685, se escribió una obra que luego aprovechó Moisés Dasxuranci. Pues bien, en esa obra salvada por Moisés Dasxuranci y que recoge los recuerdos de Juanser y de los 3000 caballeros albanocaucásicos que participaron en la batalla de Qadisiya, se nos dice que esta última tuvo lugar el 6 de enero de 636, una fecha que, *grosso modo* y curiosamente, o quizá no tanto, coincide con la proporcionada por la *Historia nestoriana* , una obra que, para los hechos de los siglos VI y VII, tuvo su primera redacción en torno a 650 y que fija la fecha en el «cuarto año de Yazdgerd III», esto es, 636. Dasxuranci también nos informa de que en la batalla de Qadisiya participaron 30 000 árabes que pelearon contra los 50 000 hombres que logró reunir el *spahbad* y regente del Imperio, Rustam Farrokh-Zad, de la casa de los Ispabudan.

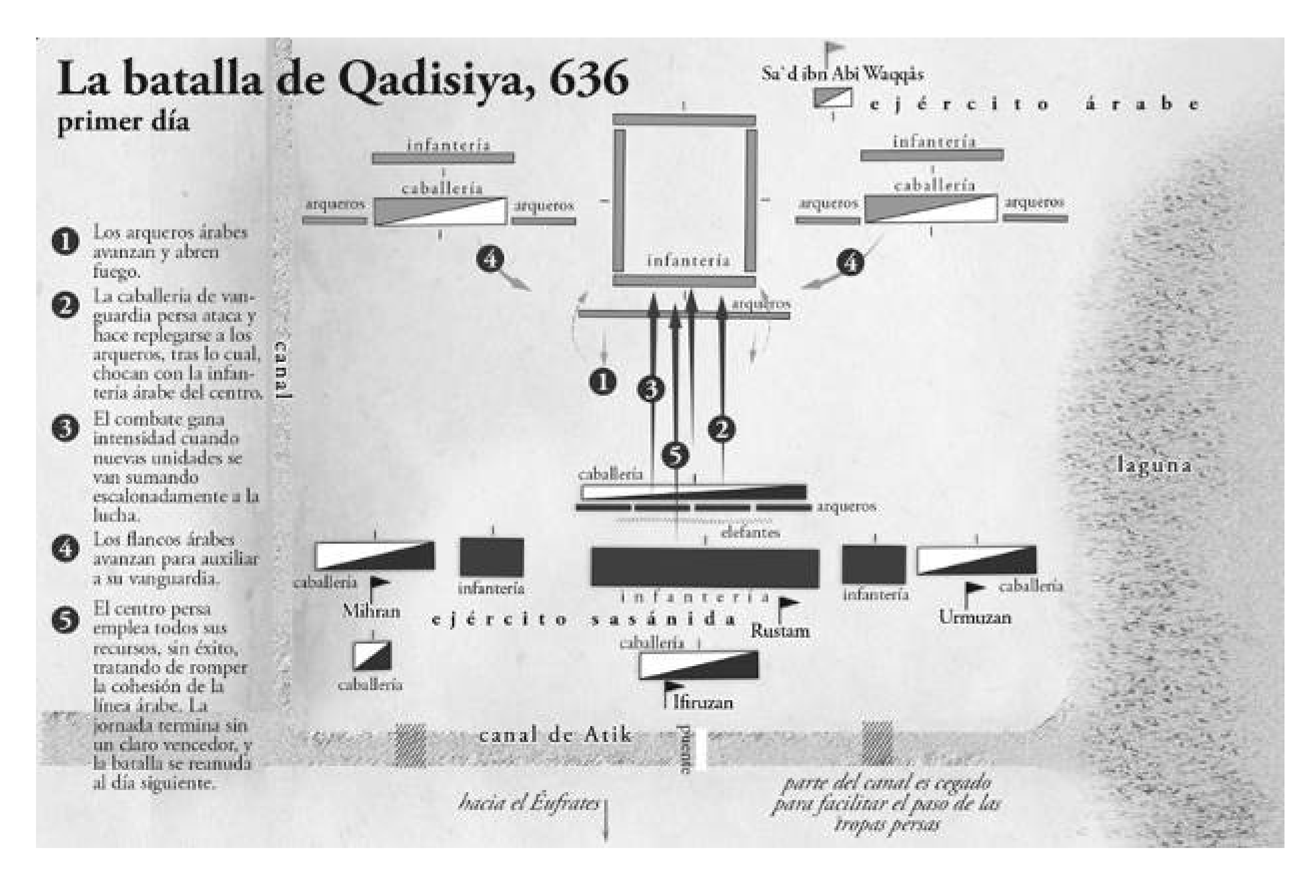
Sebeos, que escribió hacia el año 680, informa de que en la gran batalla participaron 4000 caballeros armenios capitaneados por príncipes vasallos del rey de reyes y que el ejército de este último sumaba 80 000 hombres. La diferencia con la cifra del contemporáneo informe albanocaucásico recogido por Moisés Dasxuranci quizá se explique por la «costumbre» de despreciar, hasta dejar de lado, a los *paighan* persas, a la infantería ligera persa de leva. Esta era tan despreciada y de tan escaso valor que, o no se la contaba, o se la mencionaba bajo los epítetos despectivos de «campesinos» o de «servidores»

Las fuentes islámicas, incluso las más seguras como al-Dînawarî, al-Baladhurî, al-Tabarî o ibn Jaldûn tratan, en mayor o menor medida, de engrandecer la victoria musulmana haciendo que el ejército sasánida tuviera la increíble cifra de más de 200 000 efectivos, 400 000 según al-Wakidi, mientras que el árabe contara solo con 12 000. No obstante, al-Dînawarî, un musulmán persa que escribió hacia 885, es más comedido y nos informa de que el ejército árabe disponía de 20 000 guerreros y que estos fueron reforzados con nuevos contingentes y, entre ellos, 2000 jinetes. Así que su cifra, más de 22 000 hombres, está muy cerca de los 30 000 que el contemporáneo Juanser contó en Qadisiya. Una cifra que curiosamente refuerza el equilibrado ibn Jaldûn quien, recogiendo los datos de un texto mucho más antiguo, dice que en Qadisiya los árabes sumaban algo más de 30 000 guerreros frente a 120 000 persas, aunque también recoge otra información que reduce el número de soldados persas a 60 000 hombres. [63]

Lo cierto es que los árabes llegaron a Qadisiya tras haberse repuesto de severas derrotas como la que sufrieron en la «batalla del puente» y tras haber decidido el califa Omar que era preciso hacer un esfuerzo excepcional que mantuviera el prestigio del califato.

El general al mando de los árabes era el genial Sa`d ibn Abî Waqqâs, un hombre duro y tenaz que no estaba dispuesto a fallar. El que mandaba los ejércitos persas sobre cuyas cabezas hondearía el deslumbrante *Drafsh-e-kaviani* , el estandarte real persa de 40 m de largo y 6 m de ancho, confeccionado con pieles de leones sobre las que los

distintos *shahanshas* habían ido cosiendo con hilos de oro y plata miles de piedras preciosas y perlas, era Rustam Farrokh-Zad Ispabudan, señor del norte de Persia y jefe de las casas nobles Palav, partas, que disputaban a las familias nobles del sur, de Fars, el señorío sobre Persia y el control del trono sasánida. Rustam era el verdadero dueño de Persia. Él era quien tutelaba al joven y débil *shahansha* Yazdgerd III y fue suya la decisión de reunir un gran ejército y jugarse el todo por el todo en Qadisiya ¿Por qué? Porque Persia ardía en desórdenes nobiliarios y Rustam necesitaba una gran victoria sobre los «enemigos del Eranshar» para estabilizar su régimen y devolver a Persia el prestigio que había perdido tras su sonora derrota frente a Heraclio y tras ocho años de guerras civiles, conjuras palaciegas, revueltas nobiliarias e incursiones árabes. [64]



Por eso estaba allí, en Qadisiya, al frente del mayor ejército reunido por los sasánidas desde la batalla de Nínive el 12 de diciembre de 627. Un ejército de 30 000 jinetes armados pesadamente: 23 000 *savaran* persas, 4000 caballeros armenios y 3000 albanocaucásicos, 20 000 infantes regulares (dailamitas y otras tropas de infantería ligera y arqueros de línea) y 30 000 *paighan* o infantes ligeros reclutados mediante una leva forzosa de campesinos y pobremente armados.

En cuanto al lugar del encuentro no hay duda, pues Qadisiya está en el límite mismo entre las tierras cultivadas y el desierto, y a la altura del antiguo distrito sasánida de Bi

Kawat, junto al lago del Éufrates, no muy lejos de la actual localidad de Nayaf, al sudoeste de la ciudad de Kufa. La batalla se planteó no lejos de una aldea llamada Uur por al-Dînawarî y que sirvió a los persas como campamento antes de moverse a Qadisiya. El campo de batalla era esencialmente llano y despejado. Viniendo desde el desierto, desde el este, la tierra se transformaba en estepa justo antes de llegar a Qadisiya y esta última era una llanura reseca en la que se levantaba un palacete de caza o una vieja hacienda que sirvió a los árabes de cuartel general y que, hacia occidente, se elevaba un poco hasta formar una suave elevación coronada por unas ruinas. Luego, una leve pendiente descendía hasta convertirse de nuevo en llanura, esta vez salpicada de campos cultivados, que eran atravesados por un canal, el `Atîq, más allá del cual seguían campos feraces y por último, el gran río Éufrates.

Las fuentes árabes llenan los prolegómenos de largas historias que tratan de fijar dos cuestiones en las mentes de sus lectores: en primer lugar, que la derrota persa era inevitable, pues así Dios lo había dispuesto y además los persas eran hombres ablandados por sus riquezas, mientras que los árabes eran austeros y duros; en segundo lugar, que el *spahbad* persa, Rustam Farrokh-Zad, de la casa de los Ispabudan, era consciente de que sería derrotado, puesto que así se lo habían predicho las estrellas. Para asegurar estas ideas, los historiadores musulmanes recurren a pintorescas historias en las que embajadores árabes vestidos con ropajes sucios y raídos, tocados con arreos de dromedario, portando rústicas lanzas con la moharra precariamente sujeta al asta por nervios de dromedario y cabalgando sobre peludos y desgarbados caballos, se presentan con arrogancia ante unos nobles persas vestidos de seda y cargados de joyas que lucen espléndidas armas mientras sentados sobre mullidos cojines y alfombras miran asombrados a los salvajes enviados árabes, mientras que su *spahbad* , Rustam el Ispabudan, admira la valentía y sobriedad de los emisarios enemigos y «suspira» por no poder apartar de sí la futura derrota y por no poder hacerse musulmán. [65]

No parece muy creíble, ¿verdad? Tampoco lo son otros muchos detalles recogidos por los autores islámicos sobre la batalla. Uno de ellos, harto curioso, es interesante si se lo contextualiza. Lo de verdad sorprendente es que los historiadores contemporáneos no hagan ese esfuerzo de contextualización y lo acepten tal cual. Me refiero al informe de que los arqueros árabes desempeñaron un papel fundamental en la batalla, eso es cierto, desde luego, pero no que mientras que sus disparos atravesaban limpiamente las armaduras persas sembrando el terror entre los *savaran* , los de los arqueros persas, simplemente, se enredaran, inútil e inofensivamente, en los «amplios ropajes» de los guerreros árabes. ¿De verdad? Un arco compuesto persa disparaba una flecha de unos 80 cm con cabeza triangular muy pesada que podía atravesar un objetivo a más de 300 m y que resultaba mortal para un hombre sin armadura a más de 150, traspasando cualquier cota de malla o armadura de cuero endurecido a 100 m. Además, ¿por qué los arqueros persas que tan devastadores habían sido en la «batalla del puente» a finales de 634 se volvieron tan inofensivos a comienzos de 636? ¿Cuándo dicen la verdad las

fuentes islámicas? ¿Al señalar la mortal eficacia de las flechas persas en la «batalla del puente», o cuando relatan cómo en Qadisiya los arqueros persas tiraban sobre árabes sin armadura y solo lograban que sus flechas se enredaran sin causar herida alguna en las ropas de sus enemigos?

Si se quiere comprender lo que en realidad ocurrió en Qadisiya se deben apartar todas las pintorescas anécdotas que sobre la batalla recogieron los historiadores musulmanes para dotar a sus narraciones de un aspecto piadoso y milagroso, aprovechar al máximo los muchos relatos contemporáneos o que beben de fuentes contemporáneas que han preservado los autores caucásicos, armenios, jacobitas sirios, nestorianos y persoislámicos y confrontarlos con lo esencial y más racional de los relatos musulmanes.

Rustam condujo a su gran ejército hacia el sur desde Ctesifonte. Su estrategia era buscar la batalla solo cuando pudiera asegurar la victoria sobre un gran contingente árabe. Dicho de otro modo, atraer y fijar a un gran ejército árabe para luego aplastarlo y limpiar así de enemigos las fronteras con una sola batalla. En los meses anteriores, Persia había perdido el control sobre el reino vasallo árabe de los lakhmíes y con toda seguridad ese sería el segundo objetivo de Rustam: restaurar el colchón defensivo que para la frontera árabe de Persia significaba el reino lakhmí.

Rustam llegó a las inmediaciones de Qadisiya a finales de septiembre de 635 y acampó en la orilla occidental del Éufrates, en Uur. Era un buen lugar, contaba con agua abundante, pastos y un buen acceso a un suministro regular de víveres para el ejército. Este era muy grande, ya lo hemos visto, y contaba, además, con varias docenas de elefantes y todo eso significaba que Rustam no podía internarse mucho en la estepa y el desierto para perseguir a los árabes. No, serían los árabes quienes tendrían que acudir a Rustam. [66]

Y así lo hicieron. El ejército árabe no había dejado de fortalecerse, incluso había recibido refuerzos desde el otro gran ejército árabe que a la sazón estaba operando en Siria y que había tomado Damasco, su número ya lo hemos visto, pasaba de 30 000 efectivos: 10 000 jinetes y algo más de 20 000 infantes. Pero, aunque era el mayor ejército jamás reunido por el califato, el ejército persa conducido por Rustam lo superaba en más de dos a uno, si bien es cierto que de los 80 000 hombres del *spah* persa solo 50 000 eran guerreros bien armados y adiestrados. Sin embargo, aunque el ejército árabe era mucho menor que el ejército persa, eso no le ponía a salvo de sufrir graves penurias por falta de alimento, forraje y agua. En efecto, al contrario que los persas, que tenían delante de sí el canal de `Atîq y a sus espaldas el Éufrates y con él las ricas tierras de cultivo del sur de Iraq y que además contaban con una cuidada y efectiva organización, los árabes estaban sobre la estepa y carecían de logística digna de ese nombre y de bases y líneas de abastecimiento. Eso significaba dificultades para dar de comer a sus 30 000

hombres y a los más de 30 000 dromedarios y más de 10 000 caballos que, como mínimo, llevaban con ellos. Comer y beber. El agua fue un problema en Qadisiya. Pero ese problema era mucho más grave para los árabes. [67]

Rustam Farrokh-Zad Ispabudan era consciente de sus ventajas. Dilató todo lo que pudo el enfrentamiento. Las noticias que le llegaban eran buenas: cada vez se reunían más árabes delante de él y cada vez tenían estas más dificultades para sostenerse. No obstante, Rustam también era consciente de las debilidades persas: su ejército no era ya el unificado y gran ejército sasánida de los días de los Cosroes, sino un ejército compuesto por contingentes que, por encima de todo, servían a sus grandes señores y que, al menor signo de debilidad o derrota, levantarían el campo y volverían a sus tierras de origen despreocupándose de lo que aconteciera al resto del Eranshar. Así que Rustam Farrokh-Zad, de la noble casa Palav de los Ispabudan, sabía que, en última instancia, solo podía contar con su propio ejército, el de los Ispabudan y con los contingentes de *zayedan* , los «inmortales», «arqueros del trono», *pushtighban* y dailamitas pagados por el *shahansha* o juramentados con el trono real. Rustam sabía también que los Mihran, los Suren, los Karen, los Canarangiyan y las demás casas nobles de Persia que habían enviado a sus ejércitos privados junto a Rustam en Qadisiya, lo observaban y que solo esperaban que cometiera un error para abandonarlo. Por eso Rustam Farrokh-Zad sabía que no podía mantenerse eternamente a la espera. Si seguía allí, aguardando a que los árabes avanzaran, su ejército terminaría por disolverse.



Figura 80: Guerrero beduino representado en un mosaico datado entre los siglos VI y VII, monasterio de Kayanos, Monte Nebo, Jordania. Se arma con un arco largo que lleva cruzado en torno al pecho, y una espada en cuya empuñadura apoya la mano izquierda. Nótese cómo el arco usado por los árabes en este tiempo era de gran tamaño; se trata de una de sus armas predilectas, que gozará de un enorme protagonismo durante la expansión musulmana. Tras de él vemos la figura de un dromedario conducido por las riendas. En el animal podemos apreciar con gran nitidez la silla de montar apoyada sobre la joroba, con una característica pieza rígida en forma de lazo al frente, y otra en forma de «V» en la parte posterior.

Aunque los textos islámicos insisten en que los emisarios enviados por los árabes exigían a los persas la sumisión al islam a cambio de que cesara la guerra y de que obtuvieran su protección, lo cierto es que del análisis de los primeros textos musulmanes y de Firdawsi, que recogía las viejas tradiciones sasánidas, Parvaneh Pourshariati ha concluido que el objetivo de los árabes era económico: que Persia abriera su comercio y el de Asia Central y la India a los árabes a cambio de que estos últimos mantuvieran la paz. Rustam estaba dispuesto a firmar el acuerdo propuesto, pero los nobles de Tabaristán, los Suren de Sistán y los *naxarars* –príncipes– armenios, se opusieron: «Si quieren privilegios, que luchen por ellos». [68] En cualquier caso, el acuerdo era imposible y el 3 de enero de 636 Rustam cruzó el canal de `Atîq y desplegó a su gran ejército en la llanura de Qadisiya ofreciendo batalla.

Sa`d ibn Abî Waqqâs, el astuto jefe árabe, tuvo que sonreír al ver cómo al fin los persas ofrecían batalla y abandonaban sus fuertes posiciones. Seguramente, si Rustam el Ispabudan hubiera aguantado unas semanas más sin ofrecer batalla, hubiera obligado a Sa`d ibn Abî Waqqâs a tomar una de estas dos decisiones: o bien atacar las formidables posiciones defensivas persas, lo que habría dado lugar a un combate del estilo de la «batalla del puente» en la que los árabes fueron derrotados tras atacar la posición persa situada tras un canal, algo que también habrían tenido que hacer en Qadisiya de haberse mantenido Rustam a la defensiva, o bien levantar el campo y marcharse. Pero no, allí estaban los persas: desplegándose y ofreciendo batalla.

Rustam adoptó una variación de una de las tácticas clásicas sasánidas: desplegó a su ejército en cinco divisiones y les sumó una sexta que, al igual que la quinta, actuaría de reserva. Situó la principal, el centro, formado por infantería de línea, arqueros selectos y los *savaran* de su casa, bajo su propio mando, alrededor del gran estandarte real y ocupando la suave altura que dominaba la planicie de Qadisiya. Delante de sí colocó un potente cuerpo de caballería pesada integrado por 4000 caballeros armenios capitaneados por los *naxarars* armenios, los príncipes, Musel Mamikonien, hijo de David, y Gregorio, Isxan, de Siunie, y por 3000 caballeros albanocaucásicos comandados por Juanser, *sparapet* , esto es, «príncipe supremo» de la Albania caucásica (Azerbaiyán). Con ellos colocó también a los elefantes y a un cuerpo de infantería pesada y de arqueros de línea que debían de dar apoyo a los caballeros y a los paquidermos. Este cuerpo actuaría como «rompeolas» y podría ser reforzado por el centro persa. El ala izquierda estaba mandada por un miembro de la casa de los Mihran. Los Mihran eran Palav, partos, como los Ispabudan, y antaño aliados de estos últimos, pero desde el asesinato de Sharvaraz, de la casa de Mihran, miraban con rencor y envidia a los Ispabudan, pues estos controlaban el trono de Persia, un trono en el que se habían sentado antes dos Mihran: Bahram Chobin y Sharvaraz. Así que Rustam, que necesitaba a las tropas de los Mihran, no podía, sin embargo, «quitarle el ojo» a su ala izquierda. Tampoco podía quitárselo a su ala derecha. Allí estaban los *savaran* y los infantes de Fars, capitaneados por el *marzban* Urmuzan. Los hombres de Fars eran fieles a los sasánidas y un sasánida, Yazdgerd III se sentaba en el trono, pero Urmuzan, como otros muchos parsis, creían que eran ellos, los nobles de Fars, o sea, de la verdadera Persia, y no los Ispabudan, partos norteños, los que debían de tutelar al joven *shahansha* . Una quinta división actuaría de reserva y guardaría la retaguardia, comandada por el *marzban* Ifiruzan, también un noble de Fars. En fin, una sexta y más pequeña división se formó situando un selecto contingente de caballería pesada tras el ala izquierda, quedando esta última bajo las órdenes de un miembro de los Canarangiyan, [69] familia en la que sí podía confiar.

La idea inicial de Rustam Farrokh-Zad parece haber sido provocar a los árabes a la batalla y esperar a que estos cargaran. Entonces, tras desgastarlos con las rápidas lluvias de flechas por las que tan famosos eran los arqueros sasánidas, ordenaría cargar a su

poderoso doble centro y cuando rompiera el centro árabe, y la fuerza enemiga se comenzara a tambalear, el ala izquierda persa sería reforzada con el contingente de caballería selecta comandada por el miembro de los Canarangiyan, lo que quebraría el ala derecha árabe. Entonces, el ala derecha persa y la retaguardia, avanzarían a su vez y completarían la matanza y el cerco de las fuerzas musulmanas. Era un buen plan. Pero como casi todos los «buenos planes» no salió bien.

Por su parte, Sa`d ibn Abî Waqqâs, que según algunos informes el día del comienzo de la batalla, 3 de enero, se hallaba imposibilitado para montar a caballo debido a un absceso abierto en el muslo, [70] desplegó a sus hombres en tres grandes divisiones: en el centro situó en *tábia* , en formación cerrada, a sus mejores lanceros. Un cuadro formidable de tres *sufûf* , filas, de profundidad y erizado de largas lanzas de morera empuñadas por hombres bien provistos de yelmos, cotas de malla y escudos, mandados probablemente por Qays ibn Yarim, y precedidos por una formación suelta de arqueros prestos para tensar sus largos arcos de 2 m, encabezados por Jheis ibn Zubayr. A unos 100 m a la izquierda y a la derecha de la *tábia* , Sa`d ibn Abî Waqqâs colocó sus dos alas, la derecha, mandada según al-Dînawarî por Suhrabîl ibn Samt, y la izquierda, capitaneada por Hamza ibn Atbat, formadas con su caballería, 10 000 jinetes y reforzadas con grupos de arqueros y lanceros. El ala izquierda árabe sería más numerosa. al-Dînawarî insiste en que Sa`d ibn Abî Waqqâs no retuvo ninguna reserva, pero lo sitúa entre los edificios del palacio de Qadisiya que le había servido de cuartel general y es evidente que tuvo que situarse allí con una guardia que, con toda seguridad y como muestra posteriormente el relato de al-Dînawarî, podía actuar como pequeña reserva. [71]

El plan de Sa`d ibn Abî Waqqâs era que sus arqueros avanzaran y castigaran las filas persas y que cuando estas cargaran, se retiraran tras la *tábia* de infantería pesada que avanzaría tras ellos y que formaba el centro árabe. Mientras, las alas, donde se situaba la práctica totalidad de la caballería, echarían pie a tierra y sorprenderían a los persas formando como infantería pesada que sería apoyada por los arqueros previamente situados en los extremos. El general árabe esperaba que esta «sorpresa» descolocara a la caballería persa y la dispersara, momento en que la pequeña reserva de caballería árabe que estaba situada en la retaguardia, *zaga* , junto a Sa`d ibn Abî Waqqâs, cargaría sumándose al ala izquierda árabe, desbordando el ala derecha persa.

Pese a que era enero, hacía calor y la llanura estaba polvorienta, de modo que cuando los más de cien mil hombres y cuarenta mil caballos que sumaban entre los dos ejércitos comenzaron a moverse, el polvo se levantó en asfixiantes nubes. En el Sawa, sur de Iraq, no son raras las temperaturas de 30 y 40 grados en pleno invierno. Firdawsi recuerda el polvo, el sol y la sed que los hombres sufrieron durante los cuatro días en que se combatió:

[…] Se formaron los *gund* y los *drafsh* bajo nubes de polvo […]Agobiados bajo el peso de sus armaduras, debían de mantenerse firmes ante el ataque de las lanzas enemigas. La sed podía con el coraje de los héroes y ponía fuera de combate a los caballos de noble raza. Era tan grande la sed, que los guerreros tomaban el barro y lo estrujaban para arrancarle unas gotas de agua sucia. [72]

Calor, sed, furia y sangre. Eso fueron los cuatro días en los que Persia y el Primer Califato se jugaron su destino. El primer día los árabes hicieron avanzar a sus arqueros para que castigaran las formaciones persas. Pero los persas, a una orden de Rustam, llevaron a cabo una súbita carga desde su formidable y reforzado centro que desbandó a los arqueros árabes. La caballería persa, los 7000 caballeros armenios y albanocaucásicos de la primera división del centro, persiguieron a los arqueros y cargaron sobre la *tábia* de lanceros árabes que habían avanzado tras sus arqueros y que ahora trataron de dar refugio a estos últimos. Los lanceros árabes del centro se vieron reforzados por los guerreros de las alas derecha e izquierda que, acudiendo a caballo a la línea de combate, desmontaban y formaban a pie en orden cerrado. Pronto la carga persa de caballería se vio detenida, pero a la primera oleada de jinetes armenios y albanocaucásicos se sumaron más y más *savaran* persas de la segunda división del centro. La caballería persa había catado la sangre y no cejaba, y una y otra vez los caballeros persas acosaban a los lanceros árabes. Estos se vieron reforzados de nuevo y esta vez por sus arqueros que ahora disparaban desde los flancos y desde los huecos que dejaban las formaciones de lanceros. Los potentes tiros de los arqueros árabes causaron muchas bajas, pero los persas se vieron reforzados a su vez por infantería pesada y por los elefantes de guerra. Estos últimos eran la pesadilla de los árabes, pues más de un año atrás, en la «batalla del puente», los elefantes persas los habían aplastado, literalmente. Por eso, cuando la carga de los paquidermos con sus enormes y grises lomos coronados por torretas de madera y cuero desde las que tres arqueros disparaban flechas hizo temblar el suelo bajo los pies de los lanceros árabes, podemos imaginar que no fue fácil para ellos mantener sus filas prietas. Pero lo hicieron.

En efecto, de algún modo los árabes lograron sostenerse. Las fuentes hablan de guerreros árabes saliendo de entre sus filas y atacando a los elefantes con sus espadas y lanzas, tratando de herirlos en los ojos y en las trompas o de cortarles los tendones de las patas. Estos ataques suicidas enardecían a los demás guerreros árabes que se metían entre las enormes bestias, mataban a los infantes persas que custodiaban los flancos de los elefantes y luego trataban de cortar las correas y cinchas que sujetaban las torretas desde las que disparaban los arqueros o bien de matar a los cornacas persas que, a horcajadas sobre los cuellos de los grandes paquidermos, los dirigían. Lo cierto es que el día terminó con un sangriento atardecer y sin que ningún bando cediera.

El segundo día, bajo el sol, los ejércitos permanecieron formados sin atreverse a desencadenar de nuevo un combate general. Los persas trataron de provocar el

desánimo entre los musulmanes enviando a retarlos a trece de sus campeones. Los *muhâribûn* árabes, campeones, aceptaron el desafío y el resto del día se dedicó a estos combates singulares sin que los ejércitos se animaran a cruzar sus armas. Y es que la terrible jornada del día anterior aún debía de tenerlos atenazados y sobre todo a los árabes, pues pese a que los combates entre campeones les fueron favorables, no se animaron a entablar de nuevo batalla.

El tercer día se desencadenó otra vez una batalla general. No queda claro quién la comenzó, si Rustam o si Sa`d ibn Abî Waqqâs, pero la jornada fue reñida en extremo. Al principio, los árabes, pese al valor derrochado por los persas, cobraron ventaja. Sus guerreros habían perdido el miedo a los elefantes y ahora habían descubierto que se les podía rechazar disparándoles a los ojos flechas a corta distancia o alanceando a los cornacas. Pero, aunque varios elefantes fueron neutralizados de este modo y los *savaran* e infantes persas no lograron abrir brecha entre las filas árabes, estos últimos tampoco lograron hacer retroceder a los persas y la noche cayó sin que ninguno de los dos ejércitos hubiera logrado romper las líneas del otro. Pero Rustam estaba seguro de que la victoria se decantaría de su lado, pues la superioridad numérica con que contaba le estaba permitiendo encajar mejor las bajas de lo que podían hacerlo los árabes.

Pero al ocultarse el sol, Rustam Farrokh-Zad cometió el error que le iba a costar la batalla. En efecto, hasta ese momento había desplegado a su ejército dejando el canal y el Éufrates a su espalda, con ello se aseguraba tener segura su retaguardia, pues los árabes no podían rodear al ejército persa y, además, privaba a los árabes de la principal fuente de agua. Ahora, tras la dura tercera jornada, decidió retirar a su ejército tras las aguas del canal y situarlo entre este y el Éufrates.

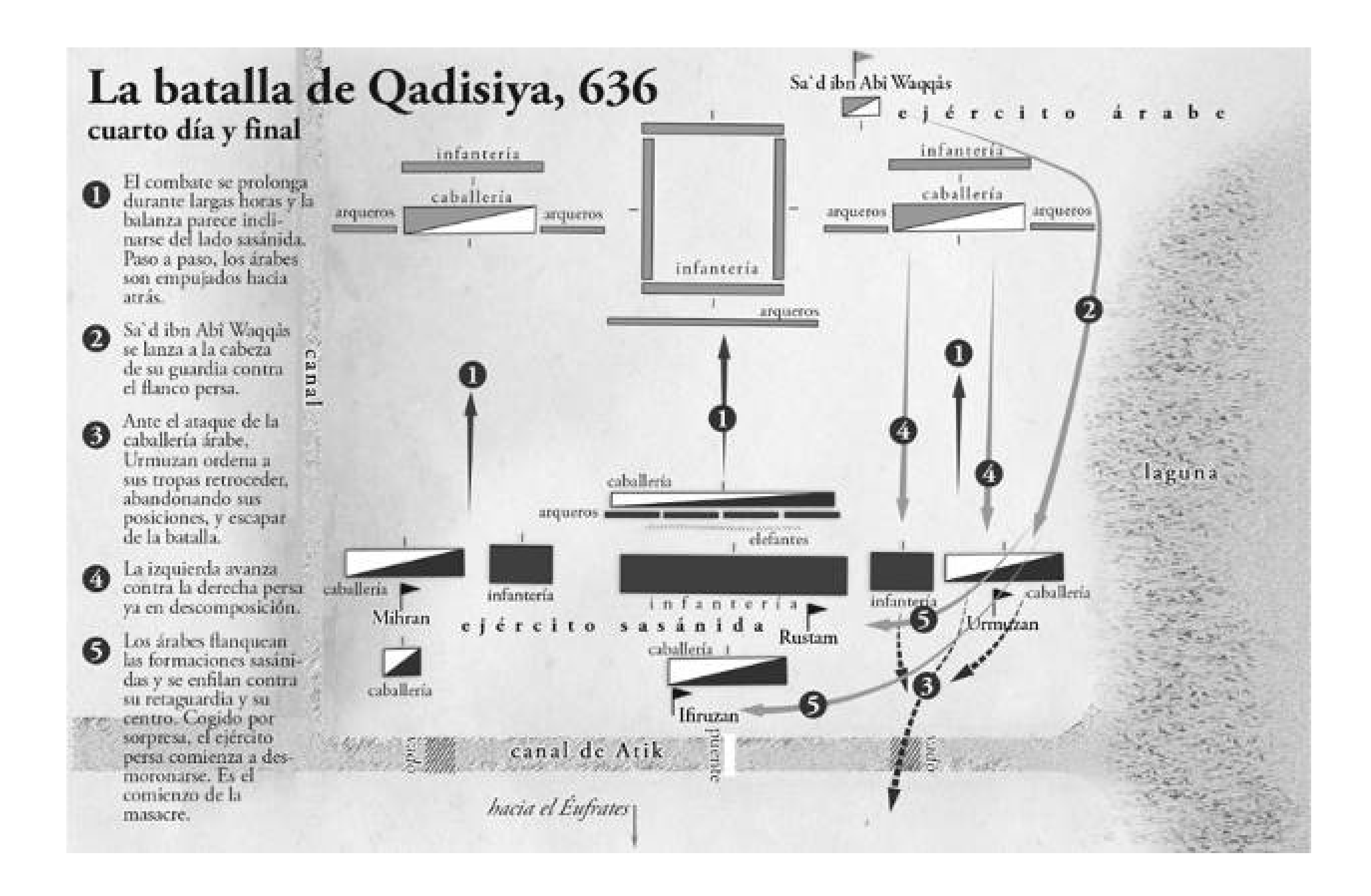
Sa`d ibn Abî Waqqâs olfateó la victoria. Durante la noche organizó pequeños grupos de guerreros que hostigaron a los persas cruzando el canal y atacándolos. Cuando amaneció el cuarto día, 6 de enero de 636, Sa`d ibn Abî Waqqâs envió más y más de estos pequeños grupos a atacar a los hombres de Rustam.

Este cayó en la trampa, ordenó a sus hombres que rechazaran a los árabes y los obligaran a repasar el canal, cosa que hicieron enseguida. A la vista de lo fácil que fue aquello, Rustam pensó que era el momento decisivo, que los árabes habían perdido el empuje y que si presionaba con fuerza el ejército enemigo se desmoronaría. Casi tuvo razón. Su ejército volvió a cruzar el canal de `Atîq y su empuje fue tan formidable que Sa`d ibn Abî Waqqâs y sus hombres casi fueron derrotados. Los persas tocaban ya la victoria con el filo de sus espadas. Sus *savaran* cargaban disparando sus arcos y pasando de estos a sus lanzas y de estas a sus largas espadas o a sus pesadas mazas de guerra. Los duros dailamitas se medían con ventaja con los lanceros árabes, mientras que los arqueros de línea persas, organizados en *washt* de 100 hombres alineados en tres filas, disparaban raudos sus arcos fila tras fila y sin solución de continuidad, oscureciendo el

cielo. Por su parte, los elefantes, animados por el general avance persa, entraron también una vez más en combate y las divisiones musulmanas retrocedieron y retrocedieron, alejándose más y más del canal y los campos e internándose en la estepa. La tarde caía ya y olía a muerte. La batalla duraba ya todo un día y, sin embargo, los árabes se sostenían. En ese momento, mientras la «victoria de frías alas» volaba sobre los dos ejércitos sin decidirse por ninguno, y el sol enrojecía el horizonte occidental a espaldas de los árabes, cuando, en palabras de Firdawsi, «las lanzas brillaban como las estrellas en el cielo azul oscuro y las espadas caían redobladamente sobre los yelmos» se produjo un fenómeno inesperado: el viento comenzó a levantarse desde detrás de los guerreros árabes y a soplar sobre los rostros de los persas arrojando polvo a sus ojos. El ataque persa vaciló y Sa`d ibn Abî Waqqâs ordenó a su escasa reserva, su guardia, que cargara sobre el ala derecha persa. Esta, mandada por Urmuzan, no se sostuvo. Retrocedió y dejó una enorme brecha en la línea de batalla de Rustam.

¿Por qué? Está claro. Hasta ese momento y pese a la carga de la pequeña reserva de Sa`d ibn Abî Waqqâs, la jornada se estaba decantando por Rustam Farrokh-Zad de la casa de los Ispabudan, y si este se alzaba con tan gran victoria, en sus manos quedaría firmemente y para siempre el control del trono de Persia. En sus manos, en las de un Palav, un parto, y no en las de un «verdadero» persa, en las de un parsi de Fars. Es la única explicación a la súbita retirada del ala derecha persa mandada por el parsi Urmuzan e integrada por *savaran* y hombres de Fars y, aunque es cierto que la batalla estaba siendo muy sangrienta, no creo que pueda explicarse por ello la deserción de Urmuzan y sus hombres, sino que hay que atribuirla a la simple traición.

En cualquier caso, la retirada de Urmuzan y su hueste supuso que el ala izquierda árabe y con ella la reserva que había cargado contra el ala derecha persa, tuvieran el campo libre. Rustam, que seguía peleando en el centro, comenzó a darse cuenta de que algo pasaba. Así es, al ver como Urmuzan se retiraba, otros contingentes nobiliarios seguían su ejemplo, y lo que es peor, los hombres del otro comandante parsi, los que constituían la retaguardia persa y guardaban el único puente que cruzaba el canal de `Atîq y sus vados, se retiraron también. Así que el avance del ala izquierda árabe, persiguiendo casi sin oposición a los persas que se retiraban, alcanzó el canal, tomó los vados y el puente y comenzó a girar hacia el centro persa comandado por Rustam y a atacar su retaguardia.



Aquello fue el fin de la batalla y el comienzo de la matanza. Rodeados, contemplando cómo toda su ala derecha y su retaguardia se retiraban de la batalla, los guerreros del centro, del ala izquierda persa y de la reserva de caballería comandada por el Canarangiyan que estaba situada tras esta última, se vieron rodeados y atacados por todos lados. Siguieron peleando. Rustam derrochó valor personal y combatió con desesperación recibiendo herida tras herida e infligiendo muerte en torno suyo mientras que era rodeado y acosado sin descanso, al tiempo que el Mihran y el Canarangiyan que mandaban lo que había sido el ala izquierda persa y la reserva de caballería situada tras esta última, sucumbieron combatiendo. También murieron peleando los *naxarars* armenios Musel Mamikonien y Gregorio de Siunie y, con ellos, la mayor parte de sus caballeros. Conforme el cerco se estrechaba, con el polvo llenando sus gargantas, las filas persas fueron desmoronándose y la resistencia quebrándose. Miles murieron bajo las espadas árabes o atravesados por sus lanzas, miles más lo hicieron en las aguas del canal al intentar cruzarlo a nado. Juanser, el joven *sparapet* , «jefe supremo» de la Albania caucásica, había recibido ese día tres heridas y matado a dos enemigos. Su caballo de guerra sangraba por cuatro tajos abiertos en su cuerpo por las lanzas y espadas árabes. Al ver que todo estaba perdido, se retiró hacia el canal con sus guerreros sin dejar de combatir y, una vez allí, se arrojó al agua y logró cruzar al otro lado.

Menos afortunado fue Rustam Farrokh-Zad Ispabudan. Cuando el centro persa se desmoronó, él y los hombres de su casa, junto con algunos *savaran* del norte, continuaron batiéndose mientras las sombras de la noche lo envolvían. Dicen que su cuerpo recibió tantas heridas que nunca se pudo determinar quién le dio muerte en realidad, pues no había forma de saber cuál de entre todas aquellas heridas lo había derribado al fin. No obstante, un guerrero árabe llamado Hilâl se atribuyó el mérito de haber sido el causante de la muerte del gran guerrero persa, pues al alcanzarlo con su lanza, comenzó a gritar: «¡Por el sagrado señor de la Kaaba, he dado muerte a Rustam!». En cualquier caso, la batalla estaba perdida y, sin embargo, y como muestra de la férrea disciplina y valor de los mejores soldados del Eranshar, la noche se cerró mientras todavía se seguía combatiendo.

En efecto, los «arqueros del trono» los 100 arqueros de élite que custodiaban el estandarte sagrado de Persia, el *drafsh-e-kaviani* , siguieron peleando hasta que cayeron todos. Junto a los arqueros, un grupo de *savaran* , de *zayedan* o «inmortales», y de nobles Palav, también permanecieron combatiendo bajo «el estandarte de leones» hasta que el último cayó bajo las lanzas y flechas árabes. Cuando los guerreros del califa se hicieron al fin con el *drafsh-e-kaviani* , sus gritos de victoria y de codicia llenaron la noche.

También la llenaba el resonar de espadas, hachas y lanzas. Las de 4000 fieros dailamitas que seguían manteniendo sus posiciones y que no se habían desbandado. Cerradas las filas, sobre un suelo atestado de cadáveres y ahíto de sangre, duros y determinados a vender cara su vida, los dailamitas rechazaron a los árabes una y otra vez hasta que estos últimos terminaron por evitarlos y rodearlos en espera de que llegara la mañana y de que los arqueros se ocuparan de aquellos salvajes y disciplinados montañeses iranios.

La noche y la madrugada se colmaron con los gritos de desesperación, los llantos y los estertores de agonía de miles de hombres. Los árabes llamaron a aquella noche terrible *laylat al-harîr* lo que significa «la noche de los gritos del dolor». En esa noche de «los gritos del dolor», los 4000 dailamitas permanecían con las armas en la mano. En la madrugada, tras reunirse con emisarios enviados por el victorioso Sa`d ibn Abî Waqqâs, los *drafsh-sardar* de los dailamitas decidieron aceptar la oferta que se les hacía: pasarse al bando árabe a cambio de mantener su paga y de poder asentarse todos juntos en lo que pronto sería Cufa. [73]

La batalla de Qadisiya fue durísima. Mas`ûdî, que escribió en el siglo X, nos dice que los persas tuvieron 40 000 muertos en Qadisiya y teniendo en cuenta los duros combates y el desmoronamiento final con miles de hombres acuchillados y alanceados por los árabes mientras trataban de huir o se ahogaban en las aguas del canal, es bastante posible que la cifra recogida por Mas`ûdî refleje la realidad. Esto es, la mitad del ejército persa congregado por Rustam pereció en Qadisiya. Por su parte, los árabes, según

Farrokh, uno de los mejores conocedores contemporáneos de las batallas libradas entre persas y árabes, perdieron a un tercio de sus hombres en la batalla. Esto es, más de 10 000 muertos a los que deben de sumarse miles de heridos. Este gran número de bajas explicaría por qué los árabes tardaron más de un año en retomar la conquista de Persia. En efecto, después de Qadisiya los árabes ocuparon el Sawa, el sur de Iraq, pero no avanzaron sobre el centro y norte de Mesopotamia hasta la primavera de 637. Simplemente tenían que reponerse de la sangría que les supuso su victoria en Qadisiya. [74]

Qadisiya fue el principio del fin para Persia. Los persas aún sostendrían duras batallas contra los árabes: Babil y Nehavend, por ejemplo, y su capital, Ctesifonte, aguantarían durante dieciocho meses un duro asedio antes de caer en manos del enemigo, pero tras Qadisiya, Persia siempre estuvo a la defensiva y tras seis años de nuevas derrotas, se quebró. Al contrario que Bizancio, Persia no pudo sobrevivir al «viento de tempestad» desencadenado por los árabes y, en 651, el último rey de reyes sasánida, Yazdgerd III, moría miserablemente en Merv, Jorasán, asesinado en un molino mientras trataba de esconderse de sus perseguidores árabes.

La batalla de Yarmuk

Anastasio del Sinaí, que escribió unos cuarenta años después de la batalla de Yarmuk, cuando ya eran evidentes las consecuencias del desastre sufrido allí por Bizancio, definió la batalla así: «La primera, espantosa e incurable caída del ejército romano». [75]

Anastasio del Sinaí no exageraba. Yarmuk fue un desastre y dejó al Ejército romano a la defensiva durante años, obligándolo a abandonar Siria, a dar por perdida Jerusalén y a tratar de establecer nuevas líneas de contención frente al avance árabe en lo que luego fue el canal de Suez y en la cordillera del Tauro. De hecho, Yarmuk supuso la quiebra de un sistema militar que había echado a andar con las reformas de Zenón y Anastasio I a finales del siglo V y que, conforme se evidenciaron las consecuencias de Yarmuk, se mostró insostenible y tuvo que transformarse de arriba abajo para dar pie a un nuevo sistema: el *thematico* .

Pero ¿quién podía preverlo? Seis años antes de Yarmuk, Heraclio entraba triunfante en Jerusalén portando la Vera Cruz y aclamado como el restaurador del Imperio romano y el fundador de una nueva y más feliz humanidad. Ese mismo año, otro hombre victorioso e imbuido también de la idea de que estaba abriendo una nueva y más feliz era para la humanidad, entraba en otra ciudad santa. Se llamaba Mahoma y entraba en La Meca seguido por 10 000 guerreros. Seis años más tarde, muchos de esos guerreros estaban combatiendo en Yarmuk y haciendo pedazos el nuevo Imperio y la nueva humanidad que Heraclio creía haber instaurado.

Todo fue muy rápido. Dathin, Aynadayn, Bostra, Pella, Escitópolis, Tiberiades, Marg-al-Zafrah, Damasco, «el paso del águila», Baalbek, Emesa, Hama, Maarat… son los nombres de las victorias más importantes logradas por los árabes en Palestina y Siria entre febrero de 634 y diciembre de 635. En menos de dos años, Heraclio había visto como su Imperio, el que él creía asegurado por largas generaciones, se veía de nuevo al borde del colapso. Egipto estaba aislado por tierra del resto del Imperio y los árabes estaban a las puertas de Antioquía, mientras que Jerusalén era una ciudad bloqueada. Para Heraclio era como si todas sus campañas contra Persia, todas sus victorias y trabajos que durante casi veinte años le habían obligado a emplear hasta el último gramo de su energía vital, se esfumaran sin más. Tenía sesenta y un años y se sentía agotado. Su vida familiar era un desastre. Contraviniendo todas las leyes civiles y religiosas, se había casado con su sobrina, Martina, y había tenido con ella siete hijos, tres de los cuales sufrían graves deficiencias. Su hermano y mejor general, Teodoro, se había visto salpicado por una conjura organizada por su hijo, el sobrino del emperador y por un hijastro de este último y, para colmo, Heraclio sufría una grave enfermedad. El pueblo murmuraba que tanta desgracia después de tanta victoria, solo podía significar que Dios estaba disgustado con el emperador porque seguía casado con su sobrina y porque favorecía a los hijos tenidos con esta última, sin tener en cuenta los derechos de su primogénito, Constantino, que había nacido del vientre de la primera e idolatrada mujer de Heraclio: la africana Fabia Eudocia, a quien el pueblo tenía por santa.

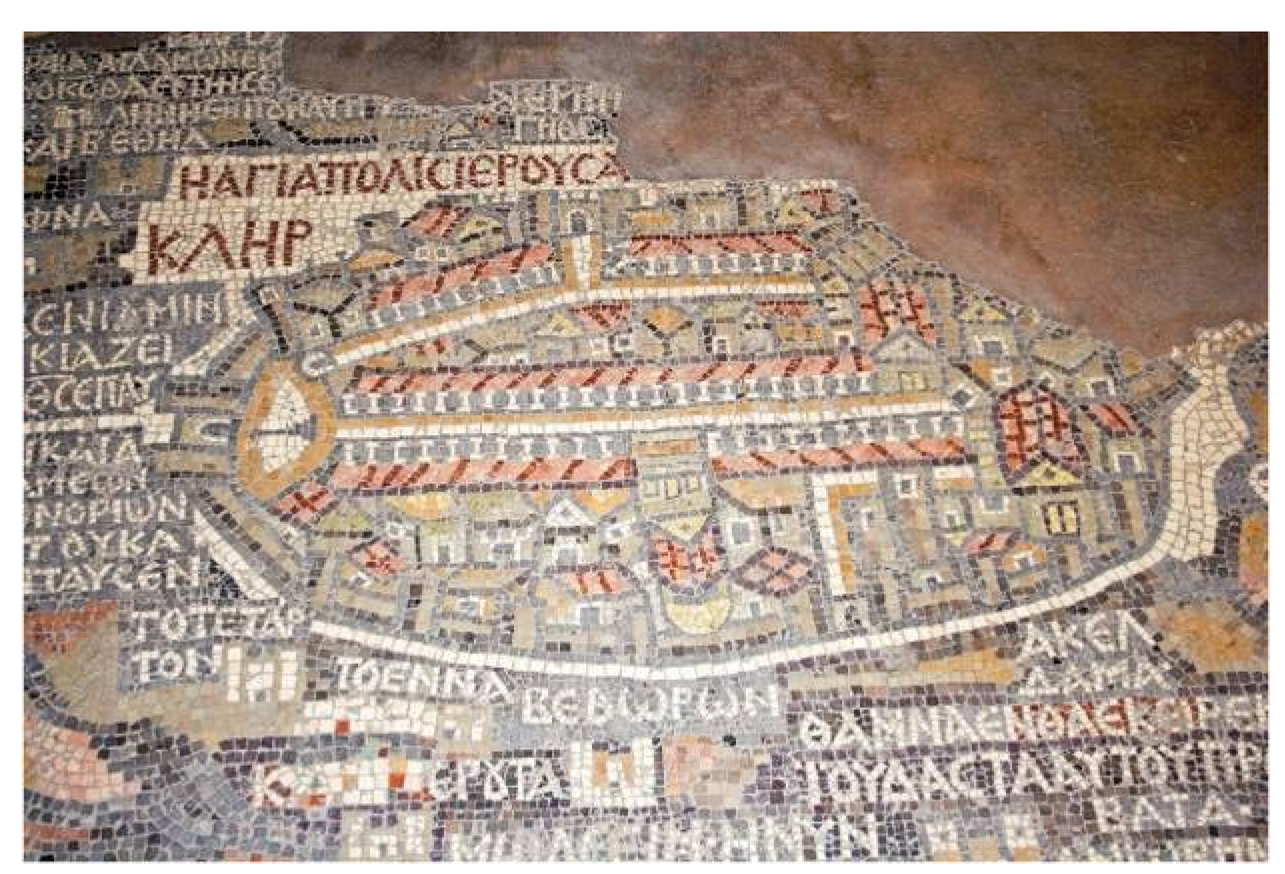


Figura 81: Mapa de Jerusalén en un mosaico del pavimento de la iglesia de San Jorge en Madaba, Jordania. El mapa representa algunas de las estructuras más celebradas de la urbe, entre ellas el *cardo maximus* o calle principal que surca la ciudad de norte a sur conforme a los modelos de planificación urbana de tipo romano. También se observa la ciudadela (o Torre de David), y la iglesia del Santo Sepulcro. En torno a la ciudad vemos la muralla, jalonada por la Puerta de Damasco, la Puerta de San Sebastián, la Puerta Dorada y la puerta orientada hacia el Monte Sion. Jerusalén será ocupada consecutivamente por bizantinos, sasánidas, recuperada por el emperador Heraclio y, a partir del año 638, por árabes musulmanes.

Pero, aunque estaba enfermo y se sentía deprimido y acosado hasta en su propia familia, Heraclio no estaba dispuesto a rendirse. Por eso, aprovechando que los árabes habían tenido que retroceder ante Calcis, la gran fortaleza del norte de Siria, y que habían tenido que enviar refuerzos al ejército árabe que operaba en Mesopotamia meridional frente a los persas de Rustam, se dispuso a reunir un gran ejército y a poner en juego todas las fuerzas que el Imperio pudiera reunir para expulsar a los sarracenos de Damasco y liberar Jerusalén del cerco enemigo.

Heraclio instaló su cuartel general en Antioquía. Allí se reunió el gran ejército que liberaría Siria y Palestina. Sería una contraofensiva general y en toda regla. Primero, aprovechando su indiscutido dominio del mar, reforzaría la defensa de las ciudades costeras palestinas que aún resistían a los árabes: Cesarea Marítima y Gaza, y luego enviaría al sur el gran ejército que estaba reuniendo en Antioquía, para que reconquistara Damasco y para que desde allí se abriera camino hasta Jerusalén y las ciudades costeras, liberándolas de los cercos a las que las tenían sometidas los árabes y restableciendo las comunicaciones terrestres con Egipto.

Durante los siguientes meses, enero-abril de 636, fueron llegando a Antioquía la mayor parte de las unidades del ejército de campaña de Oriente y buena parte de las del ejército de campaña de Armenia, para sumarse a algunas de las de los *praesentalis* acantonadas ya junto al emperador. A este formidable ejército, Heraclio añadió tropas de unidades *limitanei* del norte de Siria y de Fenicia, tropas armenias enviadas por los *naxarats* armenios vasallos del Imperio, un contingente de *savaran* persas mercenarios que servían a Nicetas, el hijo de Sharvaraz que, tras el asesinato de su padre en Persia, había escapado a la Romania y se había puesto al servicio de Heraclio, y varios miles de guerreros árabes gasaníes conducidos por su filarca, Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî que, aunque habían perdido su capital, al-Yâbiya, y sus tierras ante los musulmanes, se mantenían fieles al Imperio y pelearían con denuedo por recuperar su patria.

¿Con cuántos hombres contaba el ejército bizantino que peleó en Yarmuk? Las fuentes árabes elevarían su número a cifras imposibles que van desde los 200 000 a los 400 000 efectivos. Algunos autores contemporáneos como John Haldon, por ejemplo, reducen la cifra a 20 000 hombres, aunque no dan ni un solo dato basado en las fuentes para sostener tal cálculo y admiten que es pura especulación. La fuente más cercana en tiempo y espacio a la batalla de Yarmuk es la llamada *Crónica del 637* de la que solo han

quedado unos mínimos fragmentos y que fue escrita en Siria tan solo unos meses después de la batalla. Pues bien, en dicha crónica se da la cifra de 50 000 hombres para el ejército bizantino. Esta cifra, dada por una fuente tan cercana, se ve apoyada por la que proporciona Teófanes, el cual escribía a inicios del siglo IX pero usando, para el siglo VII, documentos contemporáneos hoy perdidos para nosotros. Pues bien, Teófanes recoge que el ejército que partió para Yarmuk sumaba 40 000 efectivos. De acuerdo con estas dos cifras, creo que lo lógico es pensar que unos 45 000 soldados, como máximo, participaron del lado romano en la batalla de Yarmuk. [76] Además, las cifras de la *Crónica del 637* y de Teófanes en las que baso mi cálculo no chirrían, sino que concuerdan con la que puede inferirse de una noticia extraordinaria que preservó el patriarca Nicéforo y, a partir de la cual, se puede establecer el número de hombres con que contaba el ejército bizantino en 642, seis años después de Yarmuk y casi dos años después de Babilonia de Egipto, las dos batallas en donde su fuerza militar fue diezmada. Pues bien, aun después de tales desastres y de perder Egipto, Siria, Palestina y Mesopotamia, Bizancio aún contaba con 106 000 hombres en sus ejércitos. Lo sabemos porque Constantino III, el hijo y sucesor de Heraclio, pagó, como correspondía, el donativo a los soldados con el que se celebraba el ascenso de un nuevo emperador y el patriarca Nicéforo nos ha conservado la cifra de lo pagado por Constantino III en 642 a sus soldados: 2 016 000 sólidos áureos. Puesto que desde 578 el donativo o *augustaticum* , como era llamado entonces, estaba fijado en 9 sólidos áureos por hombre y como se pagaba junto al sueldo y este había quedado reducido a 10 sólidos en 616, si se divide la cifra anterior entre 19 se obtiene el número de soldados que aún militaban en el ejército bizantino en 642 y esa cifra sugiere que lo más probable era que hubiera un ejército de 45 000 hombres en Yarmuk en 636. Puesto que las fuentes insisten en que Heraclio envió dos ejércitos de campaña, Oriente y Armenia, el primero tenía en 602 20 000 efectivos y el segundo 15 000, y les sumó contingentes de un tercero, el de los *praesentalis* que sumaba 40 000 y que, además, añadió tropas *limitanei* , federadas y mercenarias cuyo total pasaba con toda probabilidad de los 10 000 efectivos, de manera que pensar en una cifra por debajo de los 40 000 hombres es, sencillamente, forzar las fuentes. [77]

Esa gran fuerza no sería comandada por el emperador. El hecho es significativo, pues entre 622 y 628, Heraclio había capitaneado en persona a sus ejércitos y lo había hecho arriesgando su propia vida en batalla, conduciéndolos a través de regiones dificilísimas situadas en el Cáucaso, los Zagros o las montañas del Kurdistán, y obteniendo grandes victorias que lo sitúan a la altura de los más grandes generales de la historia romana. Pero Heraclio, ya lo hemos visto, estaba enfermo y viejo. Además, temía las conjuras que pudieran organizarse durante su ausencia. Por eso no se puso a la cabeza de la gran expedición y por eso dividió el mando y, con ello, sembró una de las semillas de la derrota.

En efecto, el gran ejército romano no tendría un mando unificado. Esto en sí mismo no era una novedad en la historia de las guerras romanas de los siglos V y VI, pero sí lo

era en las del siglo VII. En efecto, Heraclio, o bien había mandado él mismo los ejércitos en campaña, o bien había puesto al mando de las operaciones a un general en jefe con un mando claro e indiscutido. Pero ahora era distinto. Su hermano Teodoro estaba bajo sospecha y Heraclio no confiaba ya en nadie, así que no se atrevió a poner tanto poder en manos de un solo hombre sin que fuera supervisado y controlado por otros y dividió la fuerza entre seis comandantes: Vahan, antiguo *magister militum per Orientem* y veterano de la guerra persa, sería el general en jefe. Pero, a su lado, estarían dos *magister militum* con mando directo sobre los contingentes de sus respectivos ejércitos de campaña: Teodoro Triturios, *magister militum* del ejército de Oriente y Jorge, *magister militum* del de Armenia. Además, un tercer mando romano, del que solo conocemos el sobrenombre y que probablemente era el *dux* de Fenicia, tendría también mando, en su caso sobre las unidades *limitanei* de Fenicia, Émesa y Calcis, mientras que Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî y Nicetas el Mihránida, los jefes de las tropas árabes y persas, mantendrían, asimismo, su mando independiente sobre sus respectivas fuerzas y otro tanto harían los *naxarats* armenios que habían sumado sus pequeños ejércitos privados al del emperador. Esta compleja división del mando del gran ejército jugaría en contra de los romanos. Desde un primer momento los roces entre Vahan y Teodoro Triturios serían constantes y graves. Parece que incluso llegaron a acusarse de tramar un alzamiento contra el emperador y, de hecho, una fuente llega a sostener que Vahan se proclamó emperador en la batalla de Yarmuk y que ello provocó que Teodoro Triturios se negara a obedecerlo. La noticia es poco creíble, pero muestra que la división del mando solo trajo problemas al gran ejército bizantino. [78]



Figura 82: Fragmento de tejido copto con representación de un jinete armado al estilo bizantino, Egipto, siglos VI-VII. El jinete blande espada recta y corta, y cubre su torso con algún género de coraza, poco o mal definida, de la que penden *pteruges* o tiras de cuero que cubren, a su vez, la cadera. Cuenta, asimismo, con una amplia capa anudada o afirmada mediante fíbula sobre el hombro izquierdo. Sobre la figura vemos sendas *nikai* o victorias aladas que sostienen una corona de laurel, símbolo de victoria, sobre la cabeza del jinete, un motivo extraordinariamente popular en la imaginería romana tanto durante el periodo pagano como cristiano. Un detalle de gran interés en esta imagen es la presencia de estribos no rígidos sino en forma de lazo, con los que el jinete afirma su estabilidad sobre la montura. Este género de estribo precederá al modelo rígido, que documentamos por primera vez en el *Strategikon* , manual militar atribuido al emperador bizantino Mauricio (reg. 582-602). Textile Museum, Washingham.

Por su parte, el ejército de los árabes ha sido calculado por Kennedy en una cifra que iría desde más de los 20 000 hombres y que podía llegar a los 40 000, mientras que Haldon no le atribuye más de 15 000. La cifra real tuvo que estar entre los 25 000 y los 30 000 efectivos. La mayoría de los guerreros del ejército califal procedían de tribus yemeníes, del norte de Arabia, de Transjordania y, en menor medida, de la Arabia central. Muchas de esas tribus yemeníes, transjordanas y del norte de Arabia, como los banû qaynuqa’, los banû jaibar, o los banû fadak, habían sido judías o cristianas y es probable que muchos de sus miembros siguieran siéndolo en 636. Al fin y al cabo, no habían sido sometidas hasta los últimos años del gobierno de Mahoma y se habían alzado contra su sucesor, Abu Bakr, durante las guerras de la Ridda (632-633). Así que apenas si llevaban tres años militando juntas bajo las banderas del califato. Otras de esas tribus norteñas como los banû lajm, los banû balî y los banû yudâm, militaban en los dos campos, el romano y el musulmán, pues parte de sus *`asira* –subtribus o clanes–, seguían fieles al Imperio o a los banû gasân de Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî. [79] En fin, las tribus de Arabia central como los contingentes de quraysíes de La Meca, se habían mantenido fieramente opuestas a Mahoma hasta 628 y solo se habían terminado de someter en 630. Así que el ejército del califa destacado en Siria no debía de ser un ejército muy cohesionado y es probable que hubiera tensiones y rencillas y, sobre todo, mucha desconfianza. Además, al igual que en el campo bizantino, el mando estaba muy dividido. El califa Omar no confiaba del todo en su mejor general, Jâlid ibn al-Walîd, «la espada de Dios», a quien se criticaba por no ser demasiado devoto y, sobre todo, por ser muy ambicioso. Así que el mando supremo estaba en teoría en manos de otro hombre, más fiel y menos ambicioso, quizá, pero menos aguerrido e inteligente: Abû `Ubayda. Además, los hermanos Yazîd y Mu`âwiya, de la familia de los omeyas quraysíes e hijos de quien había sido el oponente más formidable de Mahoma, también tenían mando y junto con ellos, otros tres o cuatro jefes menores más. [80]

En abril, el gran ejército romano bajó por el valle del Orontes empujando delante suyo a las columnas de saqueadores sarracenos y restableciendo el dominio bizantino en toda la región. En mayo libraron una batalla cerca de Émesa (Homs) en la que se alzaron con la victoria dando muerte al emir al mando del ejército árabe que se les opuso y diezmando a su tropa. Émesa fue recuperada para el Imperio. [81] Ante el arrollador avance bizantino, los árabes de Mahoma decidieron evacuar Damasco sin

lucha y retirarse hacia el sur, hacia al-Yâbiya, en los altos del Golán. En los primeros días de junio, las tropas de Heraclio entraban en Damasco y cumplían con éxito la primera fase del plan del emperador.

Pero en Damasco comenzaron los problemas. La población de la gran ciudad del sur de Siria había ofrecido una dura resistencia a los musulmanes que la habían tenido que sitiar durante cuatro meses antes de lograr que capitulara ofreciéndole un acuerdo bastante soportable. Ahora, sus nuevos señores, los musulmanes, se retiraban y un gigantesco ejército romano llegaba ante sus puertas pidiendo víveres y alojamientos. El prefecto de Damasco, un árabe monofisita llamado Mansûr que se había opuesto al comandante de la guarnición romana de la ciudad durante el sitio que sufriera Damasco en mayo-agosto de 635, expuso a Vahan, el jefe supremo del Ejército imperial, que su ciudad no estaba en condiciones, no ya de alojar a los hombres de Vahan, sino ni tan siquiera de contribuir a su abastecimiento. [82]

Vahan reunió a los otros cinco jefes del ejército y en el consejo de guerra que siguió, se decidió continuar hacia el sur y expulsar a los musulmanes de al-Yâbiya recuperándola para los aliados gasaníes y mostrando con ello a las otras tribus árabes que el Imperio seguía siendo poderoso y que sabía proteger y recompensar a los que se mantenían fieles a él. Mientras, el malestar de los damascenos se trocó en abierta animosidad contra las tropas imperiales lo que sembró el desconcierto y cierto pesimismo entre los soldados que habían esperado ser recibidos como libertadores y no como molestos huéspedes.

Así que Vahan no esperó más y alejó al gran ejército de Damasco, conduciéndolo hacia los altos del Golán. En principio no era mala decisión. La región en torno a Gabita/al-Yâbiya está situada en el corazón de los altos del Golán y contaba y cuenta con abundantes pastos y rebaños, agua fresca, campos de cereales y mucha caza, amén de con un clima más templado que el de Damasco. Además, como es bien sabido, el Golán era y es la auténtica «llave» de Palestina y Siria. Por allí discurrían y se cruzaban las calzadas que llevaban a Palestina, a Fenicia y al sur de Siria. Así que a finales de junio el gran ejército se puso en marcha y penetró en los altos del Golán.

Ya junto a al-Yâbiya, Vahan envió a Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî a la cabeza de sus tropas árabes y de destacamentos de apoyo romanos para que desalojara a los musulmanes de Gabita/al-Yâbiya. El filarca gasaní cumplió a la perfección con la misión y derrotó al contingente enemigo que ocupaba la posición. Al-Yâbiya estaba en manos bizantinas y, con ello, se cumplía el segundo objetivo marcado por el emperador cuando planeó la campaña en Antioquía.

Pero, aunque los musulmanes habían sido expulsados de al-Yâbiya, sus unidades, derrotadas pero aún no dispersadas, se mantenían en la región y ante esa presencia

enemiga, Vahan decidió detener el avance del gran ejército y asegurar la posición. Era un error. Vahan debía de haber seguido presionando a los derrotados, y seguramente desmoralizados, árabes de Mahoma y haberlos empujado hacia el este, hacia el desierto, o hacia el sur, hacia Galilea, para terminar de derrotarlos o dispersarlos y para dar cumplimiento al tercer objetivo señalado por el emperador: recuperar Palestina, liberar del bloqueo a Jerusalén y a las ciudades de la costa palestina y restablecer las comunicaciones terrestres con Egipto. En vez de eso, se detuvo y se fortificó, y haciéndolo, les dio a los musulmanes el tiempo que necesitaban para reorganizarse y fortalecerse y eso hicieron.

Mientras Vahan ordenaba a sus tropas reparar las fortificaciones de al-Yâbiya y construir un gran campamento fortificado no lejos de ella, Abû `Ubayda, el emir al mando del ejército del califa, que podía no ser un hombre belicoso, ni un general sobresaliente, pero que era un hombre sensato, se dio cuenta de que su única oportunidad consistía en poner al mando, aunque fuera de forma tácita, a su mejor táctico: Jâlid ibn al-Walîd, «la espada de Dios». Este comenzó por dividir a su caballería en pequeños grupos de entre 30 y 40 hombres, los *kurdus,* y por enviarlos en rápidas incursiones contra los forrajeadores del Ejército bizantino y contra sus trenes de abastecimiento.

El siguiente paso de Jâlid fue buscar los guerreros que necesitaba para vencer a los romanos. Primero solicitó a Abû `Ubayda que pidiera refuerzos al califa. Así se hizo, pero como Jâlid no era hombre que se sentara a esperar y suponía que el califa no podría enviarles muchos hombres, buscó aliados. No lejos de la región de al-Yâbiya, en Nawá y Dara`a, estaban los banû nadîr. Esta tribu árabe era fervientemente judía y había emigrado a Siria por no querer someterse a Mahoma. Desde 625, los banû nadîr habitaban en su nuevo territorio manteniendo buenas relaciones con los banû gasân que controlaban la región y con las autoridades bizantinas, pero, en 630, Heraclio había iniciado una política de asimilación de los judíos del Imperio decretando su bautismo forzoso y esa política había alejado a los banû nadîr del campo romano. Ahora se mantenían neutrales. No les gustaban ni los cristianos bizantinos, ni los musulmanes árabes, pero Jâlid se los ganó. No sabemos qué les prometió, pero los musulmanes no estaban en posición de pedir, sino de dar y lo único cierto es que los guerreros banû nadîr pelearían del lado de Jâlid ibn al-Walîd. [83]

Día tras día llegaban más y más guerreros a los campamentos árabes y la toma efectiva del mando por parte de Jâlid y su logro diplomático de atraerse a los banû nadîr, levantaron el ánimo entre los árabes de Mahoma. Por lo demás, Jâlid continuaba enviando a diario a sus *kurdus* de caballería a hostigar a los bizantinos y cuando creyó contar con la fuerza necesaria, atacó al-Yâbiya por sorpresa. Era el 23 de julio y los bizantinos y los árabes gasaníes fueron sorprendidos por el potente ataque y

expulsados de las alturas de al-Yâbiya. Jâlid ibn al-Walîd lograba hacerse así con la posición dominante del futuro campo de batalla.

Vahan respondió no organizando un contraataque inmediato, aprovechando su superioridad numérica, sino extendiendo más y más a su ejército sobre el terreno para controlarlo mejor, asegurar sus líneas de comunicación y abastecimiento y repeler los continuos y molestos ataques de los kurdus de la caballería musulmana. Al cabo, Vahan construyó un muro entre los *wadis* de la zona, de escarpadas paredes, para limitar los movimientos de los algareros musulmanes y dividió al gran ejército en tres campamentos fortificados que a finales de julio de 636 se distribuían a lo largo de un frente norte/sur de unos 23 km del modo siguiente:

1. Un gran campamento fortificado situado a unos 13 km al sur de al-Yâbiya, en la actual localidad de Yakusa. Allí se asentaron las tropas del ejército de campaña de Armenia y algunos contingentes de *limitanei* . Este cuerpo constituía el ala derecha del despliegue romano, debía de sumar una cifra que se acercaría a los 15 000 efectivos y su misión principal era controlar la calzada que iba desde Damasco a Galilea y Jerusalén. Ocupaba una posición muy fuerte.

2. El segundo campamento fortificado estaba frente a Gabita/al-Yâbiya y constituía el centro del despliegue romano. Allí estableció Vahan su cuartel general y en él tomaron posiciones las unidades de los *praesentalis* , los guerreros árabes gasaníes de Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî, los *savaran* persas de Nicetas el Mihránida y la mayor parte de las tropas auxiliares armenias y puede que todo ello sumara unos 13 000 hombres.

3. Un tercer campamento fortificado fue establecido al norte de al-Yâbiya, a algo más de 8 km del campamento central, en un lugar llamado Jilliq, que hoy recibe el nombre de Kiswe. Allí se instalaron los *tagmata, moirai* y *mere* del ejército de Oriente comandado por Teodoro Triturios –a quien no pocas fuentes y hasta algún que otro historiador contemporáneo confunden con el hermano del emperador–, con quien quedaron también los contingentes del Bucinator, el duque de Fenicia, y el resto de tropas *limitanei* , así como algunos grupos de árabes cristianos y con todo ello se conformó una potente ala izquierda. Su número debía de sobrepasar los 15 000 efectivos y constituía la división más fuerte de las tres en que quedó desplegado el ejército romano.

Así que los aproximadamente 45 000 soldados y guerreros con los que Vahan contaba quedaron divididos en tres cuerpos extendidos sobre un terreno extraordinariamente quebrado por peñas, montes, vallecillos y barrancos de *wadis* y arroyos muy profundos y, a esas alturas del verano, totalmente secos. El terreno jugaría un papel muy importante. Fuera de la calzada principal que desde Damasco iba hacia Jerusalén, las comunicaciones eran difíciles y lo agreste del territorio facilitaba la infiltración entre los campamentos fortificados de contingentes enemigos, además de propiciar las emboscadas y complicar el despliegue en formación en batalla de un ejército tan grande como el bizantino.

Jâlid sabía todo eso, que el terreno jugaba a su favor y desde que retomó al-Yâbiya el 23 de julio, sabía que el tiempo también jugaba a su favor. Cada día que pasara, el ejército bizantino tendría más dificultades para mantener sus comunicaciones abiertas y su moral alta. Cada día que pasara, el ejército de Jâlid se reforzaría más y se sentiría más

audaz. Este podía esperar a que Vahan, Teodoro Triturios o Jorge, los comandantes de cada uno de los tres campamentos bizantinos, cometieran un error. Y eso hizo, esperar y mientras esperaba, proseguía con su campaña de desgaste y cada nuevo día traía nuevos y fulgurantes ataques de los *kurdus* musulmanes sobre las columnas de abastecimiento, sobre los correos o sobre las patrullas bizantinas y así se llegó a agosto.

Para aprovechar aún más las oportunidades que les ofrecía el largo frente, Jâlid, Abû `Ubayda y Yazîd, decidieron dividir a su vez la fuerza musulmana en dos campamentos. Uno lo situaron frente al ala izquierda bizantina y el otro frente al ala derecha. Esta nueva distribución permitía a los hombres del califa multiplicar el número y radio de acción de sus ataques. Para mediados de agosto el número de incursiones contra los bizantinos llevó a estos últimos al borde de la desesperación. Los hombres, los oficiales y los comandantes subalternos, Teodoro Triturios, Jorge, el Bucinator, Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî y Nicetas, no entendían por qué Vahan no tomaba la iniciativa. Cierto era que ocupaban posiciones fuertes e inexpugnables, pero ¿de qué les servía si en cuanto ponían un pie fuera de las fortificaciones de los campamentos eran emboscados? Sin embargo, el tozudo Vahan se negaba a iniciar una ofensiva o a reunir al ejército y ponerse en marcha hacia Galilea y Palestina, o a retroceder hacia Damasco. Simplemente, insistía en que, si se mantenían firmes, los árabes se marcharían o se verían obligados a atacar los campamentos y, en ambos casos, perderían.

Pero Jâlid había puesto en marcha aquella táctica de continuo hostigamiento para lograr precisamente eso: que Vahan ordenara una ofensiva general. Jâlid sabía que el largo frente en que se había dispuesto el enemigo era su mejor ventaja y lo era por la conformación de su fuerza: caballería y, sobre todo, infantería montada. Una fuerza de mucha mayor movilidad por aquel agreste terreno que la bizantina. Jâlid podía llevar con rapidez a sus guerreros de un lado a otro de la línea de 23 km en que se desplegaban los bizantinos. Dicho de otro modo, Jâlid podía tener menos hombres que Vahan, pero podía concentrarlos enseguida en un solo punto del extenso campo de batalla y eso haría en cuanto Vahan o sus generales perdieran los nervios.

Y Vahan los perdió. Había perdido la iniciativa estratégica cuando logró tomar al-Yâbiya y su mejor oportunidad se basaba en mantener su ejército en las fuertes posiciones defensivas que ocupaba. Pero Vahan no soportó la presión. Con toda seguridad, era objeto de críticas continuas por parte de los otros generales y debía también temer que, si se prolongaba más aquella situación de tablas, Heraclio lo relevaría del mando, o bien, simplemente, sus hombres comenzarían a desertar. Sea como fuere, desesperado ante los diarios y continuos ataques de los hombres de Jâlid, Vahan ordenó al fin un ataque general a lo largo de todo el extenso, quebrado y discontinuo frente de batalla. Era el 16 de agosto de 636 y se daba inicio a la compleja, confusa y sangrienta batalla del río Yarmuk.

Al amanecer de ese día, el ala izquierda bizantina comenzó a avanzar barriendo delante de sí a los pequeños grupos de merodeadores musulmanes y amenazando con su progreso el campamento norte del ejército enemigo. El ejército del califa se formó a su vez al ver que los bizantinos estaban dispuestos a tomar su base y se inició un duro combate entre la infantería bizantina y la musulmana. Esta no pudo sostenerse ante el empuje romano y retrocedió, paso a paso, hasta su campamento. Allí flaquearon, parecía que, al fin y al cabo, Jâlid no había calculado bien la fuerza de los romanos, pero cuando los hombres del califato parecían a punto de desbandarse, las mujeres de su campamento comenzaron a lanzarles todo tipo de pullas y burlas, y los obligaron a volver al combate y a sostenerse frente a los redoblados intentos de los hombres de Teodoro Triturios de romper sus filas. Así que el frente norte se estabilizó en una feroz batalla a las puertas del campamento musulmán.

Mientras tanto, a la par y en el centro, los hombres de Jâlid, 'Ubayda y Yazîd, sufrían mucho ante las formidables cargas de la caballería de Vahan. Con él, en el centro bizantino, estaban probablemente varios *tagmata* de los *optimates* y de otras unidades de élite de los *praesentalis* y a ellos se sumaban los excelentes *savaran* persas de Nicetas el Mihránida y, a esas tropas de caballería pesada, se agregaban los árabes gasaníes. Estos últimos estaban luchando por sus tierras y eso debía de empeñarlos con fiera determinación en el combate. Además, Jâlid, enterado de que en su ala derecha se peleaba con desesperación por impedir que los bizantinos tomaran el campamento, había enviado allí a la mejor y mayor parte de su caballería, dejando peligrosamente debilitado su centro que ahora, carga tras carga de caballería romana, retrocedía, amenazando con quebrar la línea árabe y dividir en dos al ejército de Jâlid.

Pero derrochando sangre y valor, los guerreros del califa lograron sostenerse también en el centro y en el norte, tras un durísimo enfrentamiento que sembró de muertos el borde del campamento árabe, los bizantinos cesaron en su ataque y retrocedieron hasta sus posiciones de partida.

Inexplicablemente, Vahan no ordenó a su ala derecha, la que mandaba Jorge y en donde estaban las tropas del ejército de Armenia, que se sumara al combate. Puede que quisiera mantener a su ala derecha como reserva, o puede que el avance general en el ala izquierda y el centro bizantinos solo fueran un tanteo para ver cuál era la capacidad de aguante de los hombres de Jâlid. Pero, en vista de lo cerca que estuvo la derrota árabe ese día, opino que si Vahan hubiera ordenado a Jorge que avanzara, el frente musulmán se hubiera derrumbado. No obstante, Vahan no lo hizo.

El día 17 de agosto comenzó de nuevo con ataques generalizados bizantinos en toda la extensa línea del frente. Pero Jâlid aprovechó la mayor movilidad de sus tropas y desplazó unidades de infantería montada y de caballería de un lado a otro, para reforzar los puntos más débiles o aquellos en los que los bizantinos presionaban con

más fuerza. Vahan vio cómo la superioridad numérica de su ejército era contrarrestada por la mayor movilidad de las fuerzas de Jâlid que permitía a este último concentrar muy rápido efectivos en puntos concretos y contener así al enemigo.

Pero Vahan, una vez tomada la decisión de pasar a la ofensiva, no iba a cejar en su empeño. Sabía que la movilidad musulmana se iría atemperando conforme los días de agotadores combates fueran sucediéndose y que, entonces, su mejor baza, la superioridad numérica, se impondría. Además, contaba con la mejor disciplina de sus unidades y con la veteranía de sus oficiales y de buena parte de la tropa. Así que los días 17 y 18 de agosto vieron cómo, una vez más, el centro de las posiciones árabes era salvajemente golpeado por la caballería bizantina. Esta galopaba hasta las formaciones árabes y las castigaba con continuas lluvias de flechas. Los arqueros acorazados bizantinos, con lo mejor de la caballería ligera y lo mejor de la pesada en un solo estilo de lucha, llevaba ventaja frente a los jinetes árabes y ponía en serios apuros a la infantería enemiga que solo podía sostenerse a duras penas formándose en *tábia* : orden cerrado y apretando los dientes. Tuvieron que apretarlos mucho. Vahan tenía claro que sería por el centro por donde quebraría el frente enemigo y puso mucho empeño en ello. Pero los hombres de Jâlid, exhaustos, ensangrentados y dejando en el suelo a muchos compañeros de armas, aguantaron.

Esos dos días, el 17 y 18, el ala izquierda y el ala derecha bizantinas se habían conformado con fijar un buen número de tropas árabes frente a ellas. Atacaron, combatieron, pero fue el centro bizantino el que cargó con el peso de las acciones en un intento de romper el centro árabe.

El día 19 de agosto de 636, los romanos cambiaron de táctica. Ese día, el ala izquierda romana, la situada más al norte, avanzó con resolución y empujó a las unidades árabes que se le oponían hasta más allá del *wadi* al-Ruqqâd, punto a partir del cual se incrementó la resistencia de las tropas del califa, pues Jâlid, intuyendo que aquel punto y aquel día serían decisivos, había acudido a su ala derecha para reforzarla y la había desplegado en una nueva formación en cinco divisiones que permitía la continua renovación de efectivos en el frente de batalla: el *jamis* . Los hombres de Teodoro Triturios se toparon primero con una línea de arqueros y escaramuceadores que formaban la *muqaddama* , hombres distribuidos en formación abierta que comenzaron a hostigar sin pausa a los infantes bizantinos del ejército de Oriente comandado por Teodoro Triturios. Este ordenó a sus tropas que mantuvieran las filas y que dispersaran a los sarracenos y así lo hicieron. Los arqueros e infantes ligeros que formaban la primera de las divisiones del *jamis* , la *muqaddama* , se dispersaron y buscaron refugio tras las tres divisiones en orden cerrado que se habían alineado tras ellos: *qalb,* el centro, *maymana* , el ala derecha y *maysara* , el ala izquierda. Cada una de esas divisiones se formaba en tres filas de profundidad, *sufûf* , constituidas por lanceros provistos de yelmo, cota de malla y escudo y que presentaban un frente erizado de lanzas oscuras de

tremenda moharra. Entre cada una de las tres divisiones había un espacio vacío y por esos huecos salían los arqueros árabes con sus largos arcos de 2 m a devastar la formación enemiga.



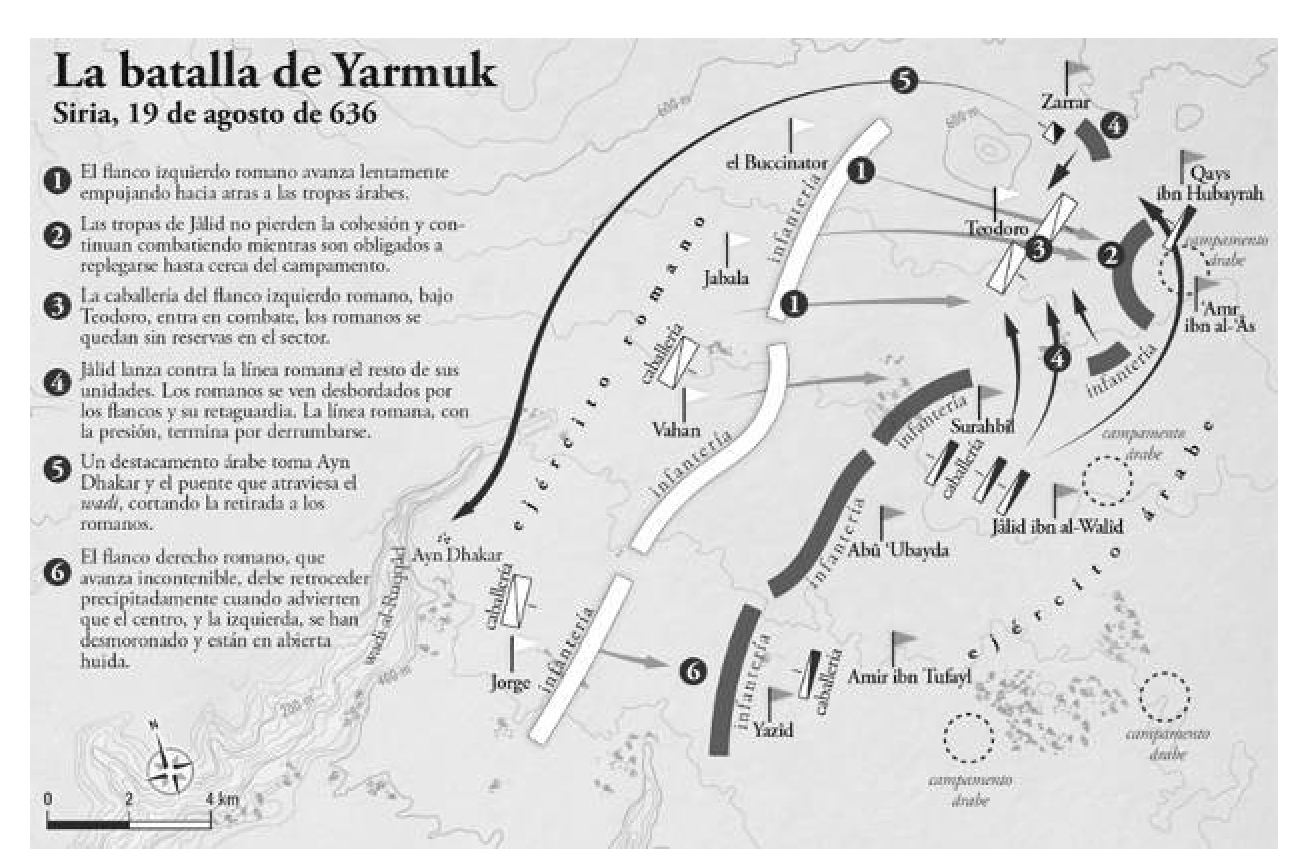
Figura 83: Detalle de pintura parietal del siglo VIII conservada en la sala de audiencias y *hammam* (o complejo termal) del palacio-castillo omeya de Qusayr 'amra, Jordania. Representa a dos guerreros árabes de época omeya armados, al menos en uno de los dos casos, con lo que parece ser una lanza. Se cubren con algún género de gorro o más probablemente casco, con tendencia apuntada. El guerrero de la derecha cubre su torso y brazos con un motivo en forma de retícula, posible representación de una cota de malla, y de su casco se proyecta un motivo dentado.

Teodoro Triturios y sus hombres debieron de trabarse en duro combate con aquellas tres divisiones de lanceros apoyadas por arqueros. Los bizantinos debieron también de sorprenderse al comprobar con qué eficacia y regularidad se relevaban las *sufûf* que formaban las tres divisiones principales, pasando la segunda fila a la posición de la primera, la tercera a la de la segunda y la primera a la de la tercera. Además, los romanos se percatarían de que había una quinta división, la *sâqa* , la reserva, situada en la retaguardia de las tres divisiones principales y desde donde acudían lanceros a rellenar los huecos que las espadas y las lanzas bizantinas abrían.

Pero, pese al fuerte y eficaz despliegue ingeniado por Jâlid, Teodoro Triturios y sus hombres del ejército de Oriente y de las unidades *limitanei* de Fenicia y Siria, seguían avanzando, haciendo retroceder al *jamis* árabe que, paso a paso, y dejando ante él una alfombra ensangrentada de cadáveres, se iba acercando al campamento musulmán. Con las espaldas ya contra los dromedarios arrodillados y trabados que, dispuestos así, formaban una suerte de muro viviente, los lanceros del *jamis* se detuvieron y, allí, en torno al campamento norte de los árabes de Mahoma, se desató un combate salvaje y

enloquecido en el que los veteranos de Teodoro Triturios y los guerreros de Jâlid derrocharon valor y determinación. Pero la furia romana era fuerte y el combate se decantaba, segundo a segundo, lanzazo a lanzazo, a favor de los romanos que ya veían próxima la victoria y que empujaban por ello con más determinación si cabe.

Pero solo era una trampa. Cuando Jâlid formó el *jamis* no solo quería retrasar o incluso frenar el avance romano, sino también fijar su atención. Mientras se mataba y se moría en aquel punto, mientras las formaciones cerradas de romanos y árabes chocaban y se empujaban con saña, Jâlid había logrado infiltrar a través de los barrancos de los secos cauces del *wadi* al-Ruqqâd y del *wadi* al-'Allan, a contingentes de arqueros e infantes árabes. También había ocultado a otros grupos de guerreros musulmanes entre la espesa y reseca vegetación de las quebradas colinas del lugar; al mismo tiempo, la caballería de Jâlid se estaba congregando en el extremo norte del campo de batalla y, al ver su concentración, Teodoro Triturios cometió el grave error de enviar a su propia caballería a dispersar a la musulmana. Este movimiento de la caballería bizantina, que hasta ese momento había custodiado los flancos de las divisiones de la infantería, dejó a esta última expuesta.



Era la ocasión que Jâlid había previsto y esperado. Aprovechando la brecha que ahora se abría entre caballería e infantería del ala izquierda bizantina, los hombres de

Jâlid, hasta ese momento ocultos en los barrancos y matorrales, se echaron sobre la espalda y el flanco izquierdo de los hombres de Teodoro Triturios. Fue el comienzo de la debacle, pues sorprendidos y atacados por la espalda y por su flanco, los infantes del ala izquierda romana vieron cómo los lanceros árabes que formaban el *jamis* y que hasta ese momento habían ido retrocediendo ante su empuje, recuperaban arrojo y fuerza y los atacaban con el salvaje regocijo de quien se percata de que el enemigo ha caído en una trampa y que pronto será pasto de sus aceros.

Atacados por tres lados y separados de su caballería que, comprendiendo la trampa, trataba inútilmente de volver a sus posiciones iniciales y formar una sola línea de combate con su infantería, cundió el pánico y los infantes romanos rompieron filas y huyeron hacia el puente del *wadi* al-Ruqqâd para cruzarlo y correr hacia su propio campamento y ponerse a salvo allí.

Pero Jâlid también lo había previsto. Por eso, cuando los romanos avanzaron sobre el campamento árabe y dejaron atrás el puente, Jâlid se preocupó por enviar allí a un grupo de guerreros que, progresando por el cauce seco del *wadi* al-Ruqqâd llegaron sin ser advertidos hasta su puente y lo tomaron. Los romanos estaban, pues, encerrados entre el *wadi* al-Ruqqâd, el *wadi* al-'Allan y el río Yarmuk. Era el final para ellos, un terrible final. Todo el ala izquierda romana se desmoronó y los árabes de Jâlid acometieron una espantosa matanza casi sin resistencia. Teodoro Triturios fue muerto y con él miles de sus hombres que caían abatidos por los musulmanes o que se despeñaban en los barrancos al tratar de cruzar los *wadis* y escapar. No hubo piedad. Jâlid había dado orden esa mañana de que no se hicieran prisioneros y no se hicieron. Solo 2000 o 3000 de los quizá 17 000 que formaban el ala izquierda romana lograron alcanzar la carretera de Damasco, huyendo hacia el norte, perseguidos por grupos de jinetes sarracenos hasta las mismas puertas de la ciudad.

Siete u ocho kilómetros más al sur, en el centro del despliegue bizantino, Vahan no era consciente aún del desastre, ni de que el ala izquierda de su ejército estaba dejando de existir. Solo cuando sus soldados comenzaron a ver cómo desde su flanco izquierdo, que se suponía cubierto por el avance de Teodoro Triturios y sus hombres, se les echaban encima más y más grupos de guerreros musulmanes, comprendió Vahan y con él lo comprendieron sus hombres, que la muerte se les echaba encima. No hubo opción para el contraataque. De pronto todos fueron conscientes de que iban a ser barridos y, perdido de súbito el valor, algunos grupos de gasaníes desertaron galopando o corriendo hacia los hombres de Jâlid mientras les gritaban que aceptaban su autoridad. Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî debió de rechinar los dientes ante esa traición, pero era un hombre inteligente y sabía cuándo un día estaba perdido y aquel lo estaba del todo. Así que reunió a su alrededor a todos los hombres que pudo y desde ese momento solo se preocupó por mantenerlos con vida y sacarlos de aquel matadero. Los armenios que servían como auxiliares tampoco querían morir y, al ver a los gasaníes abandonar el

campo, se fueron detrás de ellos. El centro romano se deshilachó y se quebró. Vahan vio cómo su posición era rodeada y aplastada y Nicetas el Mihránida se salvó a duras penas con un puñado de sus hombres.

Dos de las tres divisiones romanas habían sido, pues, aniquiladas o dispersadas. Caía la tarde y Jâlid estaba consiguiendo su victoria más grande y, con ella, el control definitivo de Siria y Palestina para su califa.

Sin embargo, aún permanecía intacta el ala derecha romana, la comandada por Jorge, *magister militum per Armeniam* . Jorge, siguiendo las órdenes de su comandante en jefe, Vahan, había iniciado su avance el día 19 y había logrado la victoria en su sector de la descomunal e inconexa batalla. Al caer la tarde, el ejército de Armenia avanzaba en orden cerrado, escudo con escudo, rechazando a los árabes, batiéndolos y acorralándolos hasta meterlos en su campamento, el que Jâlid había levantado frente al ala derecha bizantina. Con la caballería en sus alas y la infantería sin ofrecer hueco alguno, los armenios de Jorge estaban logrando aplastar a los enemigos que se les oponían. La formación romana era tan recia y de filas tan prietas, que los musulmanes dirían más tarde que parecían marchar «encadenados entre sí» El empuje de los hombres del *magister militum* Jorge debía de ser formidable, pues obligaron a los árabes a retroceder hasta casi deshacer sus formaciones. Pero cuando ya se quebraban las filas árabes y su campamento estaba a punto de caer en manos romanas, Jorge recibió noticias de que Vahan y Teodoro Triturios habían caído y que dos tercios del gran ejército romano ya no existían. Sorprendido por estas noticias, Jorge fue capaz de controlar a sus hombres, evitar que el pánico cundiera entre ellos y retroceder en orden hacia su campamento fortificado situado en Yakusa.

La noche ya se anunciaba en sombras y sangre cuando los armenios del *magister* Jorge, acosados por los árabes que poco antes habían estado a punto de vencer y por los que iban llegando desde el norte, tuvieron a la vista el campamento donde pensaban fortificarse. Pero entonces cundió el desánimo. Aquí y allí se veían jinetes árabes. Jâlid se había adelantado y su caballería ya había tomado la indefensa base de los soldados del ejército de campaña de Armenia. No había, pues, lugar donde refugiarse.

Con la noche ya cerrada y aislados de las posibles rutas de escape, la situación de los armenios de Jorge era desesperada: los *wadis* al-Ruqqâd y al-ʻAllan junto a la ocupada al-Yâbiya les cerraban los caminos de huida hacia el norte y el oeste, el cauce del Yarmuk y la caballería de Jâlid, que había ocupado el campamento armenio en Yakusa, les cortaban la retirada hacia el sur, y, minuto a minuto, contingentes de árabes que venían desde la victoriosa ala derecha musulmana les cerraban los caminos que podían llevarles hacia Fenicia. Estaban copados.





Figura 84: Dinar de oro del califa Abd al-Malik ibn Marqan acuñado probablemente en Damasco en el año 696/697. De influencia claramente bizantina, este ejemplar temprano cuenta con representaciones figuradas tanto en el anverso como en el reverso, lo que contrastará con las producciones posteriores, estrictamente anicónicas en correspondencia con algunos hadices o dichos del profeta. En el anverso podemos ver la figura del propio califa con largas barbas y cabellos, erguido y sosteniendo con ambas manos una espada aún dentro de su vaina, tal vez en el momento de desenvainarla. En torno a esta imagen leemos la leyenda «En el nombre de Alá, no hay más dios que Alá, Mahoma es el profeta de Alá»), la *shaha-da* o profesión de fe islámica. En el anverso vemos una columna sobre un pedestal escalonado. Se trata de una modificación de un modelo bizantino, donde la columna era ocupada por un crucifijo. En torno a la columna leemos la leyenda «en el nombre de Alá, este dinar se acuñó en el año setenta y siete», haciendo referencia al calendario árabe que se inicia con la Hégira –la traslación de Mahoma de La Meca– en junio del 622. El califa Abd al-Malik erigió la Cúpula de la Roca, en Jerusalén, monumento que ha de interpretarse como el testimonio del triunfo del islam en Palestina.

Al amanecer del día 20 de agosto, los guerreros de Jâlid comenzaron a cerrar sus filas en torno a los armenios y comenzó la matanza. Por si fuera poco sostenerse frente a los exultantes y enardecidos árabes, los hombres de Jorge sufrieron además el azote de una repentina tormenta de arena. Cegados por el viento y la arena, sin apenas poder respirar, los romanos veían de súbito surgir ante ellos un grupo de jinetes o infantes musulmanes que los golpeaban, alanceaban o asaeteaban antes de volver a desaparecer entre las nubes de arena. Así fue pasando el día: muerte, caos, miedo y arena.

Al atardecer, enloquecidos por la sed y la desesperación, sin ruta alguna de escape, agotados, los hombres de Jorge que hasta ese momento habían mantenido el orden de sus filas y la disciplina, comenzaron a dispersarse en pequeños grupos. El resto permaneció junto a su *magister* y a sus oficiales quienes, creyendo en la posibilidad de una rendición, les ordenaron que dejaran las armas sobre el suelo y se sentaran en él para esperar a ser hechos prisioneros.

Pero no habría prisioneros. No hubo piedad. Los hombres murieron acuchillados, degollados, y cuando la tormenta cesó, solo quedaron cadáveres romanos. [84]

La catástrofe había sido completa. Dos tercios de la fuerza bizantina, unos 30 000 hombres, habían muerto o habían desertado. Los ejércitos de campaña de Armenia y Oriente, que habían proporcionado el grueso de la fuerza del gran ejército enviado por Heraclio a la reconquista de Siria meridional y Palestina, no fueron destruidos por completo, pero sí quedaron tan debilitados que durante años simplemente no pudieron participar en ninguna acción. Nicetas el Mihránida trató de pasarse al campo musulmán, pero Omar, influido por las hijas de Cosroes II, que estaban con él, y que odiaban al hijo del *spahbad* que había abandonado a su padre, lo convencieron de que ejecutara al príncipe persa. Yabala ibn Ayhâm al-Gasanî logró escapar con muchos de sus guerreros y huyó al norte de Siria. No estaba dispuesto a someterse a los musulmanes y siguió combatiendo por los romanos de quien recibiría tierras en Capadocia y Frigia.

Yarmuk fue el Adrianópolis o el Cannas del último ejército romano. Heraclio, al conocer la noticia, ordenó evacuar toda Siria y embarcó para Constantinopla. En Palestina, Jerusalén quedó más y más aislado y, al cabo, el patriarca Sofronio, tras enviar la Vera Cruz a Constantinopla para que no cayera en manos musulmanas, rindió la ciudad a inicios de 638. Gaza, donde peleaba la última legión, la IV Scytica, capituló a finales de 637. Cesarea Marítima lo hizo en noviembre de 641. Pronto los árabes invadieron Egipto y cuando tomaron Alejandría en 642, se dio comienzo a una dura batalla por el control del Mediterráneo. La segunda fase de la expansión islámica tendría su centro y eje principal en el mar y en esa expansión destacaría un hombre: Mu`âwiya el Omeya.

Un nuevo mundo surgía entre el fuego y la sal y a los ejércitos y flotas que lo convocaron dedicaremos el siguiente capítulo.

Notas

1 al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , VIII, 1615-1616, en FishbeIn, M., 1997.

2 *Las batallas de los árabes* , Día de Di qar, 118-126, en Ramírez del Río, J., 2002; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , V, 1016-1040, 338-374; Mas`ûdî II, 228, 243.

3 al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , X, 1910-1922 y 1930-1957, 87-98 y 105-134, en Yahya BlankInshIp, K., 1993; Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma* , 212 377, 636-649 y 686, en Guillaume, A., 2006; Watt, M., 1956, 128-142; Payne, R., 1977, 103-104.

4 Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma* , 280-330, 521-540, 630-632 y 659-678.

5 Crone, P., 1987, 244.

6 Soto Chica, J., 2002, 267-295.

7 al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , VIII, 1611-1618, 152-160; Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma* , 531-540; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 18.

8 Crónica del 640, 945.

9 *Las batallas de los árabes* : Día de Tijafa, 93, en Ramírez del Río, J., 2002.

10 Kennedy, H., 2001, 3.

11 *Ibid* ., 1.

12 *Ibid* ., 1 y 5; Nicolle, D., 1995, 30, 32-33.

13 Entre otros muchos ejemplos: *Las batallas de los árabes* : Día de Baraza, 56, día de Tiyas, 95, día de Di Qar, 119, Guerra de Bassus', 74 y día de al-Sübán, 43.

14 Nicolle, D., 1995, 32-33.

15 Nicolle, D., 1995, 18-20.

16 al-Baladhurî, I,440-444; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 2236-2480, en Friedmann, Y., 1991, vol. XII; Athämina, K.: «Non Arab regiments and private Militias During the Umaiyad period», 347-375; Hasson, I.: «Les mawâli dans L'armée Musulman sous les premiers Umaiyades», 176-213, 185-191.

17 Mas`ûdî II, 875-876, p. 331; Nicolle, D., 1995, 31-32.

18 Kennedy, H., 2001, 4-5.

19 Al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 2562; Zakeri, M., 1995.

20 Soto Chica, J.: «Egipto, los árabes y la conquista de la Libia marmárica, Pentápolis y Tripolitania (642-698)», 541-606; Soto Chica, J.: «África disputada: los últimos años del África bizantina», 457-514.

21 Al-Baladhurî I, 404-444.

22 Al- Baladhurî I,404; Nicolle, D., 1995, 31-32; Soto Chica, J.: «Yarmuk: la batalla que cambió

oriente», 30-38.

23 Nicolle, D., 1995, 32-33.

24 Jones, M., 1966, 3, 35-37; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes*, 2120-2128, 127-130; Crónica del 640, 945; al-Baladhurî II, 166-178 y I,404-444; Donner, F. M., 1981, 202-209; Akram, A. I., 1969, 29, 1-2; Kaegi, W. E., 1995, 66-68; Soto Chica, J.: «El día de Ajnadain y los comienzos de la conquista árabe de Palestina», 231-252.

25 Puede consultarse el contenido de estos papiros en: Butler, A. J., 1998, LXXVIII-LXXIX, disponible en http://CopticChurch.net

26 Ibn ʻAbd al-Hakam. Futûh Ifriqiya wa-al-Andalus, 22, en Vidal Beltrán, E., 1966.

27 Nicéforo, patriarca, *Historia breve*, 23.

28 La cifra se extrae al dividir el 1 000 000 de dihrems de plata que el califa se comprometió a pagarles por los 4000 que aceptaron pasarse al campo árabe: al-Baladhurî I,441.

29 Soto Chica, J.: «Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica 642-718», 299-340.

30 Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma*, 289-519.

31 Soto Chica, J.: «El día de Ajnadain y los comienzos…».

32 Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso*, II, 109-112; al-Baladhurî I,404-416 da la cifra de 12 000 árabes que es la que toman la mayoría de estudiosos modernos, simplemente porque desconocen que Moisés Dasxuranci salvó la Crónica de Juanser y que esta es una fuente contemporánea redactada a partir de informes de un testigo visual de la batalla de Qadisiya.

33 Kennedy, H., 2001, 3-4, calcula el ejército árabe en Yarmuk entre 20 000 y 40 000 hombres.

34 Hillowala, Y., 1969, 37-38, 41-42 y 44-45.

35 ʻAbd Ibn al-Hakam. Futuh Ifriqiya wa-al-Andalus, 22.

36 Soto Chica, J.: «La primera expedición árabe contra Chipre. Una nueva interpretación», 23-36.

37 *Al-Tabarî, Historia de los profetas y los reyes, XII, 2269.*

38 Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma*, 437-439, 461-470 y 519-523.

39 Kennedy, H., 2007, 400-413.

40 Nicolle, D., 1995.

41 Zaki, A., IV, 1956, 47-57, agradezco a la profesora de la Universidad de Sevilla Gracia López Anguita que me haya facilitado el acceso al texto del doctor Zaki y que me aclarara infinidad de términos árabes.

42 *Las batallas de los árabes , Día de Tijafa, 93.*

43 *Las batallas de los árabes* , Día de al-Lluraira, 115.

44 *Las batallas de los árabes* , Día de al-Nafaráwát, 2.

45 Kennedy, H., 2001, 10.

46 *Las batallas de los árabes* , Día del asesinato de al-Harít, 15.

47 *Las batallas de los árabes , Día de al-Kinhal', 37.*

48 Nicolle, D., 1995, 13-14, 17 y 39-41; Kennedy, H., 2001, 3 y 17-38.

49 Kennedy, H., 2001, 17-38; Nicolle, D., 1995, 39-41.

50 *Las batallas de los árabes* , Día de Di qar, 120-121; Jorge de Pisidia, *De expeditio persica* , II,220-225; Nicolle, D., 1995, 13-14, 25 y 38-39.

51 Nicolle, D., 1995, 31-34; Soto Chica, J.: «El día de Ajnadain y los comienzos».

52 *Las batallas de los árabes* , Día de Icb Abala, 9-10.

53 ibn Jaldûn, en Trabulse, E., 1997, 498.

54 *Las batallas de los árabes* , Día de Di qar, 120-121; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 228-2284; al-Baladhuri I, 404-442; Nicolle, D., 1995, 34-38; Kennedy, H., 2001, 4-5; Donner, F. M., 202-209; Soto Chica, J.: «El día de Ajnadain y los comienzos»; Soto Chica, J.: «Yarmuk. La batalla que cambió Oriente».

55 Sebeos, 17.

56 Sebeos, 105; Daniel 7, 23.

57 Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma* , 652-678; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , VIII, 1561-1579; *Historia nestoriana* , 299-300, 619-620; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 23; Soto Chica,

J., 2012, 280-300; Daems, A., Touraj, D.: «The coinage of queen Boran an its significance for late Sasanian imperial ideology», 77-82.

58 Woods, D.: «The 60 martyrs of Gaza…», 129-150, 145. Los milagros de San Anastasio el persa, III, 14, vol I, 146, en Flusin, B., 1992; *Strategikon del Pseudo-Mauricio* , II, 6; Soto Chica, J., 2015, 69-71 y García Amorós, M. y Soto Chica, J.: «Los *Illyriciani* y los Sesenta Mártires de Gaza. Nuevos testimonios sobre la restauración Bizantina del Limes Oriental y su caída ante los árabes»; Soto Chica, J. y García Amorós, M.: «Los Sesenta Mártires de Gaza y la verdadera última legión».

59 Crónica de los reyes de los árabes, recogida en la Cronografía de Elías de Nísibe. A. H. 9, E. S. 941, 109.

60 Soto Chica, J.: «El día de Aynadayn y los comienzos…».

61 Al-Baladhurî I,399-404; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 2167-2179.

62 Kennedy, H., 2007, 122-123.

63 Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso* , II, 112; *Historia nestoriana* , 627-628, 307-308; Sebeos, 98-99; al-Dînawarî I, 151-153, en Mahdavi Damghani, 1964. (Agradezco a la doctora Narges Rahimi Jasari que me haya facilitado el acceso al texto persa de al-Dînawarî) al-Baladhuri I, 405-416; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 2179-2480; Ibn Jaldûn, en Trabulse, E., 1997, 101-102 y 328.

64 Firdawsi VII, 349-350; Pourshariati, P., 2011, 210-234.

65 Al-Baladhurî I, 416, es quien recoge el «curioso» informe sobre las flechas persas incapaces de atravesar los ropajes árabes. Al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 2171-2481 también recoge anécdotas inverosímiles. Firdawsi VII, 328-360, ahondando en el fatalismo de Rustam y en su previo conocimiento de su derrota mediante las profecías y el estudio de las estrellas. Kennedy, H., 2007, 124-130. Kennedy analiza estos relatos, los desecha como pintorescos e irreales y luego, sorprendentemente y sometiéndose al paradigma historiográfico del arabismo clásico, los convierte en la base de su reconstrucción de lo acontecido en Qadisiya.

66 Farrokh, K, 2009, 267-268. Farrokh ofrece, sin duda, la mejor narración sobre la batalla. Sin embargo, no entiende las razones estratégicas y tácticas de Rustam y atiende a las narraciones islámicas sobre que Rustam trataba de evitar una batalla que creía perdida de antemano.

67 El calor, el polvo, la sed y las dificultades para forrajear aparecen señaladas en Firdawsi VII, 363-366 Y en al-Baladhurî I,414.

68 Pourshariati, P., 2011, 232-233, para las disensiones y divisiones nobiliarias dentro del campo

persa y 229-230 Para las reclamaciones comerciales de los árabes.

69 Sebeos, 98-99; Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso* , II, 18, 109-113; al-Baladhurî, I,405-414; Firdawsi VII, 350-366; Pourshariati, P., 2011, 232.

70 al-Dînawarî, 154.

71 al-Dînawarî, 154-155; al-Baladhurî I, 414-416; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 24371-2492; Ibn Jaldûn, 101-102, 328 y 496-498.

72 Firdawsi VII, 359-366.

73 Sebeos, 98-99; Moisés Dasxuranci, *Historia de los albaneses del Cáucaso* , II, 18, 109-113; al-Dînawarî, 155-157; al-Baladhurî I, 414-416 y 440-442; al-Wakidi II, 165; al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XII, 2236-2400; Firdawsi VII, 363-366; *Historia nestoriana* , 627-628, 307-308; Crónica del Juzistán, 16-17, en Robinson, Ch. F.: «The conquest of Khuzistan: a historiographical reassessment», 14-39; ibn Jaldûn, 496-498; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6131, 342; Miguel el Sirio II, XI, VI, 421-422; Crónica de Georgia, 97-98, en Bedrosian, R., 1991; Eutiquio II. 9, 338-339, en Pirone, B., 1987.

74 Farrokh, K., 2009, 268-269; Kennedy, H., 2007, 122-131.

75 Anastasio del Sinaí, 102, en Hoyland, R., 1997, 92-102.

76 Crónica del 637, 3, en Palmer, A.: «A record of the Arab conquest of Syria, AD 637», 1-4; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6125-6126, 337-339; Haldon, J., 2001, 56-60.

77 Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 29; Juan de Éfeso III, *Historia eclesiástica* , 11, en Payne Smith, R., 1860; Treadgold, W., 1995, 143-148; Soto Chica, J., 2015, 113-117.

78 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6125-6126, 337-339.

79 Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma* , 362-363, 461-481, 510-523, 662-664; Kennedy, H., 2007, 84-89; Kennedy, H., 2001, 3-4; Haldon, J., 2001, 56-63; Soto Chica, J., 2012, 310-319.

80 Al-Baladhurî I,176-207, al-Tabarî, *Historia de los profetas y los reyes* , XI, 2090-2120 y 2144-2151; Payne, R., 1977, 109.

81 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6126, 337-338.

82 Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 20; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6126, 337-338.

83 Ibn Ishaq, *Vida de Mahoma* , 362-363, 461-481; al-Baladhurî I,176-209; al-Tabarî, Historia de los profetas y los reyes, XI, 2240-2260; Nicolle, D., 1995, 40-41 y 62. la política antijudía de

Heraclio provocó un curioso escrito de un converso judío: *La didascalia de Jacob* . Sobre los judíos en el Imperio de Heraclio y la proximidad entre las tribus árabes judías como los banû nadîr y los primeros musulmanes, consúltese el estudio histórico que acompaña a *La didascalia de Jacob* : Maldonado Villena, F. y Soto Chica, J., 2015.

84 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6126, 337-339; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 20; Miguel el Sirio II, XI, VI, 420-421; Agapios, 194, 451; Sebeos, 96-97; Crónica del 1234, 149; Crónica del 637, 2-3; al-Baladhurî I,176-212; al-Tabarî, XI, 2140-2160; Ibn Jaldûn, 328; *Crónica Mozárabe* del 741, 15-16, 60-61, en Blanco Silva, R.: «Una crónica Mozárabe a la que se ha dado en llamar Arábigo-Bizantina de 741. Un comentario y una traducción», 153-167; Stratos, A. N., 1972, 53-84; Kaegi, W. E., 1995, 112-146; Haldon, J., 2001, 56-65; Nicolle, D., 1995, 52-95; Kennedy, H., 2007, 84-93; Weir, W., 2007, 177-181; Soto Chica, J.: «Yarmuk. La batalla que cambió Oriente», 310-319.

Entre el fuego y la sal

La pugna árabo-bizantina por el Mediterráneo

Cuando Constantino supo de los planes
de los Enemigos de Dios contra Constantinopla,
construyó dos inmensas trieres de guerra abastecidas de fuego marino
y dispuso otros muchos *dromones* equipados con sifones
para arrojar sobre el enemigo fuego líquido. [1]

Teófanes el Confesor, *Crónica* 6164.

La toma de Alejandría por los árabes y sus aliados coptos en 642 supuso un grave peligro para Bizancio. No porque con la caída de Alejandría se sellara el fin del dominio romano sobre Egipto, la provincia más rica y poblada del Imperio, ni tampoco porque Alejandría fuera la llave de África, sino, principalmente, porque la ocupación musulmana de Alejandría, el segundo puerto del Mediterráneo, significaba la quiebra efectiva de la unidad mediterránea restaurada por Justiniano a mediados del siglo VI y que venía definiendo al mundo antiguo desde el siglo II a. C. Así, la durísima contienda entre Bizancio y el islam se trasladó sobre todo al mar y, durante los siguientes cien años, el Mediterráneo vio flotas y batallas navales de tal magnitud, en tal número y con tal grado de ferocidad como no se habían conocido desde los tiempos de las dos primeras guerras púnicas. Fue una lucha enconada en la que apareció una decisiva y misteriosa innovación bélica: el «fuego griego». Los bizantinos nunca lo llamaron así, sino υγρό πυρ, es decir, «fuego líquido» y, con más frecuencia, ἐσκευασμένον πῦρ, «fuego procesado»; también λαμπρόν πῦρ, «fuego brillante» y θαλάσσιον πἐρ, «fuego marino». [2] Su uso constituyó un elemento decisivo para que, a la postre y tras casi tres siglos de contienda, la flota bizantina volviera a alzarse con la hegemonía en el mar frente a las flotas musulmanas.

Pero no solo se combatió en el mar. Los combates en tierra fueron también continuos y recios y obligaron a Bizancio a llevar a cabo una profunda reorganización y reforma militar: la reforma *thematica* , que no solo implicó cambios militares y económicos, sino también sociales, legislativos y administrativos y sin la cual Bizancio hubiera perecido. Por su parte, entre los árabes surgió un nuevo califato, el omeya de Damasco, y, con él, un imperio más organizado que se dotó de un nuevo ejército permanente y más

profesionalizado. Por ello, aunque los dos contendientes imperiales siguieron batallando por el control del mundo mediterráneo, lo hicieron con nuevos ejércitos.

Esas dos nuevas formaciones se midieron durante casi un siglo en tres continentes. Las luchas por África y Asia Menor fueron las más largas, salvajes y enconadas de cuantas sostuvieron ambos imperios. En África, combatieron durante más de cincuenta años y en Asia Menor, durante más de noventa. Pero, tanto en el frente africano como en el minorasiático, las operaciones terrestres estuvieron íntimamente ligadas con las que se desarrollaban en el mar y fue en dos puntos estratégicos para el control de este último, Constantinopla y Cartago, donde se libraron las batallas decisivas y en donde el tipo de guerra de este periodo, una compleja combinación de lucha naval y terrestre, encuentra sus mejores ejemplos.

EL CONTEXTO HISTÓRICO

Después de Yarmuk, el Imperio romano se vio obligado a adoptar una estrategia puramente defensiva y contemporizadora con el califato Râsidûn'. Heraclio evacuó el norte de Siria y trató de establecer una nueva línea defensiva en el Tauro y el Éufrates, al norte, y en el istmo de Pelusio (Suez), al sur. El objetivo era tiempo para conseguir restablecer el poder militar del Imperio y, para lograrlo, hacía falta que Egipto, el motor económico imperial, siguiera en manos romanas. De este modo, Heraclio dio orden a su gobernador en Egipto de que pactara con los árabes y que les abonara un elevado tributo a cambio de que no atacaran el país del Nilo. Mientras transcurría el tiempo pagado con oro, el emperador reforzó las defensas de Egipto mandando construir fortificaciones y trasladando allí tropas desde Numidia y Pentápolis. Al cabo, terminó por enviar a Egipto al último ejército de campaña plenamente operativo que le quedaba, el de Tracia y, con todo ello y en 639, creyó que podía romper la tregua con los musulmanes y pasar de nuevo a la ofensiva.

Pero se equivocó. Al ver que Egipto no pagaría más tributos, 'Amr ibn al-'Âs, el emir árabe que controlaba el sur de Palestina, pasó a Egipto a finales de 639 a la cabeza de 4000 hombres. Era un contingente pequeño, es cierto, pero contaba con el apoyo militar de miles de cristianos coptos que, encabezados por su patriarca, Benjamín, se sumaron a los árabes en su lucha contra los bizantinos.

Lo que las fuentes egipcias contemporáneas cuentan al narrar la conquista árabe de Egipto es que esta se enmarcó en el contexto de una cruel guerra civil entre los egipcios coptos que seguían al patriarca Benjamín y los egipcios que permanecían fieles al emperador. Los primeros trataron de usar a los árabes como «aliados»; los segundos se resistieron con fiereza a que Egipto se anexionara al califato. 'Amr, reforzado con otros 12 000 guerreros árabes, ganó la guerra y entregó a su aliado, Benjamín, lo que este deseaba: el dominio religioso de Egipto y, con él, buena parte del control económico y

político del país. A cambio, ‘Amr gobernó Egipto, lo anexionó al califato y lo convirtió en un trampolín para lanzarse a la conquista del África bizantina. El canal de Trajano, que comunicaba el Nilo con el mar rojo y el Mediterráneo, fue reabierto por ‘Amr y las riquezas de Egipto dejaron de fluir hacia Constantinopla para comenzar a hacerlo hacia los puertos de Medina y La Meca.

Unos meses después de la caída de Alejandría en manos de ‘Amr, y con la ayuda de Sanutio, un duque bizantino de fe copta que, en el último momento, se pasó con sus barcos y hombres al campo árabe, ‘Amr lanzó una expedición marítima y terrestre contra las provincias bizantinas de Libia Marmárica y Libia Pentápolis. Era el año 643 y el califato se echaba al mar.

La expedición de ‘Amr definía un modelo que duró un siglo: flotas tripuladas por egipcios cristianos, coptos en su mayoría, en las que se embarcaban guerreros musulmanes y dispuestas a arrancar el control marítimo de las manos bizantinas. En 644, ‘Amr lanzó un ataque contra Tripolitania y la segunda región más rica del Imperio, África, quedó peligrosamente expuesta. Por ello, tras las luchas intestinas desencadenadas a la muerte de Heraclio a principios de 641, en 645 el gobierno de Constantinopla organizó una gran expedición marítima para recuperar Alejandría. Tuvo un éxito mayor del esperado. Omar, el califa, siempre desconfiado de generales victoriosos en exceso, había apartado el año anterior a ‘Amr del gobierno de Egipto y la flota bizantina sorprendió a árabes y coptos. La población de Alejandría y de la zona norte del delta del Nilo seguía siendo, en buena medida, prorromana y ortodoxa y se levantó en apoyo de los bizantinos. Pronto, todo el norte de Egipto fue reconquistado.

Pero Omar había sido asesinado y el nuevo califa, Utmân, reaccionó y como sabía cuándo se había cometido un error, devolvió la administración de Egipto a ‘Amr. Este reagrupó a las fuerzas musulmanas y se reforzó con miles de coptos enviados por su viejo aliado, el patriarca Benjamín. En 646, expulsó a los romanos del delta y volvió a tomar Alejandría. Para impedir que los bizantinos los sorprendieran de nuevo, los árabes instalaron bases en el delta en las que se asentaron guerreros yemeníes. [3]

En 647, desde Egipto, los árabes lanzaron su primera gran embestida contra el África bizantina. Un ejército de 20 000 guerreros penetró hasta lo que hoy es el centro de Túnez y derrotó al exarca –gobernador civil y militar– de Cartago. Tras su victoria, saquearon a placer los campos y las pequeñas ciudades y luego exigieron un crecido tributo a cambio de su retirada.

Durante mucho tiempo se sostuvo que la expedición de 647-648 marcó el fin del dominio bizantino efectivo sobre el interior de las provincias africanas, pero, desde hace unos años, la puesta en valor de noticias transmitidas por fuentes contemporáneas de los hechos nos permite afirmar que no fue así y que el control bizantino se restauró por

completo y de inmediato. De hecho, Bizancio creó una suerte de marca defensiva en Tripolitania para frenar, en lo posible, nuevos asaltos árabes desde Egipto y desde su nueva base avanzada: Barca. Las dos décadas siguientes vieron una cierta estabilización de la situación, con profundas incursiones árabo-egipcias por mar y por tierra que, pese a hacer daño, no lograban apoderarse de territorio alguno.

En 649, Mu`âwiya, a la sazón el emir que controlaba Siria, reunió en la costa fenicia una poderosa flota. Logró que a ella se le sumaran cientos de barcos egipcios tripulados por marineros coptos. Pero no solo tripulados, las fuentes señalan que los egipcios participaron en los combates y saqueos que se desarrollaron en Chipre. En los años siguientes, el mar dejó de ser solamente romano. [4]

En 654, Mu`âwiya dirigió una armada que saqueó Rodas. Los árabes llegaron incluso a llevarse los gigantescos y broncíneos restos del Coloso, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Cuando desembarcaron los restos de la gigantesca estatua en Siria, se los vendieron a un mercader judío de Edesa (Urfa, en Turquía), que necesitó 900 camellos para transportarlos. [5]

Al año siguiente, una flota árabo-egipcia se enfrentó a la bizantina en la llamada «batalla de los Mástiles», a la que los bizantinos dieron el nombre de «batalla de Fénix» por librarse junto a esa ciudad de Licia, en la costa continental frente a Rodas. La escuadra bizantina la mandaba el joven emperador Constante II, nieto de Heraclio, que derrochó valor personal en la batalla. Mas no bastó con el valor y los árabes lograron una aplastante victoria. En palabras de un historiador bizantino: «La sangre se mezcló con el mar». [6] Bizancio estaba perdiendo la guerra en el mar y, con los ejércitos musulmanes penetrando ya hasta el corazón de Asia Menor, se veía como algo inmediato un ataque contra la capital, Constantinopla, que, de tener suerte, sería el final del Imperio.



Figura 85: El saqueo árabe de Tesalónica en el año 904, miniatura del Codex Græcus Matritensis Ioannis Skyllitzes. Biblioteca Nacional, Madrid.

Pero entonces, en 656, fue asesinado el califa Utmân ibn 'Affân. Este había sucedido en 644 al también asesinado Omar y ahora, al morir, el califato pasó a Alí, el yerno del profeta. Sin embargo, Mu`âwiya, gobernador de Siria y el máximo promotor de la guerra en el mar contra Bizancio, no estaba dispuesto a subordinarse a Alí. La guerra civil, *Fitna* , que siguió, terminó con la derrota de Alí, su asesinato y la elevación de Mu`âwiya al califato. Se terminaban los días del califato Râsidûn' y comenzaban los del omeya. Si se dejan a un lado las cuestiones religiosas, el asesinato de Alí dividió al islam para siempre entre chiíes y suníes, lo relevante era que el nuevo califato era un imperio con vocación universal y con su centro no en Arabia, sino en la helenizada Siria.

La guerra civil en el califato dio a Constante II el tiempo que su imperio necesitaba para sobrevivir. Durante esos años de *impasse* (656-661), el emperador restauró la flota y, sobre todo, acometió una gran y radical reforma militar y social, la reforma *thematica* , de la que hablaremos más tarde. Lo que interesa ahora es señalar que, cuando Mu`âwiya tuvo asegurado su trono califal y se volvió otra vez contra Bizancio, se encontró con un enemigo renovado y fortalecido. La lucha comenzó de nuevo y fue dura. En 665, una escuadra árabe se enfrentó con la bizantina en un lugar que no queda del todo claro en las fuentes y que puede identificarse bien con Sicilia, bien con la costa de Licia. Pero no importa tanto el lugar como lo que sucedió: la flota del califa fue barrida y se hizo con el concurso de un arma terrible: «fuego líquido» o, como comenzaron a llamarlo los árabes, «fuego romano». De esta última manera lo llama Agapios de Manbij que, aunque escribía en el siglo X, copia su noticia de una fuente de finales del VII y quien especifica al relatarnos lo sucedido: «En esta batalla se usó por primera vez el fuego romano». [7] Siempre se ha sostenido que el fuego griego comenzó a utilizarse durante el primer asedio de Constantinopla (674-678), pero, como ya demostré en un trabajo de 2017, su terrible «estreno» ocurrió en 665. [8]

La guerra en el mar había cambiado, mas el califato no cejaba. Sus ejércitos estaban ya operando en Asia Central contra los turcos y pequeños reinos de la región y penetrando de nuevo en África. Era el imperio más grande que el mundo hubiera visto hasta entonces y quería seguir creciendo.

En 669, un nuevo y formidable jefe dirigía a los musulmanes en el frente africano: 'Uqba ibn Nâfi` al-Fihrî. Sus razias le llevaron al Sahara meridional y a los límites del Sahel y devastaron todo el África bizantina. Cientos de miles de cautivos bereberes y africanorromanos fueron llevados a Egipto y cuando 'Uqba fundó Cairuán, la primera base permanente en el corazón de Bizakia, la provincia bizantina que hoy se corresponde con Túnez, todo pareció perdido.

En los años que siguieron, ‘Uqba llegó hasta el Atlántico marroquí en sus expediciones de saqueo, pero, en 683, cuando regresaba de la más larga de todas ellas, fue interceptado por el que, probablemente, era el duque de Numidia, Kusayla, que capitaneaba tropas romanas reforzadas con auxiliares bereberes y que en Tabudeus, en Numidia, aplastó a los efectivos de ‘Uqba y le dio muerte. A continuación, Cairuán fue tomada por los bizantinos y los musulmanes retrocedieron hasta Barca. La victoria bizantina fue tan completa que, en 686, el papa Juan V se congratulaba de que África «había sido restaurada». [9]

Mientras, en Asia Menor y en el mar, las espadas seguían en alto. Mu`âwiya reunió en 674 la flota y el ejército más numeroso jamás vistos en el califato y les marcó un objetivo: Constantinopla. Debían conquistarla y acabar así de una vez por todas con el Imperio bizantino. Si lo lograban, solo habría un imperio en el Mediterráneo y en oriente, el musulmán.

Para poder comprender mejor cómo se libraron las batallas en las que se jugó el destino de nuestro mundo actual, primero estudiaremos cómo eran las armadas y los ejércitos enfrentados.

BATALLAR POR UN MISMO MAR: LAS FLOTAS BIZANTINA Y OMEYA

Clases de *dromones* bizantinos y árabes

La nave que enseñoreó el mar durante toda la Alta Edad Media fue el *dromon* . Era la evolución de la liburna romana que ya, desde principios del siglo IV, se había mostrado muy superior a las viejas trirremes y quinquerremes y que, a partir de la batalla de Crisópolis, en 324, se consagró como el barco tipo de la Marina romana. A finales del siglo V, la liburna había completado su evolución hasta el *dromon* , cuya primera mención en los textos es la que se recoge para el año 508 en la Crónica del *comes* Marcelino. [10]

Dromon significa «corredor» y esa era, precisamente, su más señalada y requerida característica: la rapidez. La otra gran ventaja del *dromon* era la facilidad y economía de su construcción. Contaba con aparejo de velas latinas y eso le permitía, además, navegar de bolina, es decir, que no necesitaba tener el viento de popa para poder avanzar.

Con el nombre de *dromon* existían seis tipos bien diferenciados de barcos:

1. el *dromon* propiamente dicho;

2. el *ousiaco* prácticamente idéntico al primero;

3. la *panfila* , versión más ligera de los dos anteriores y que, como ellos, disponía de dos cubiertas;

4. la *kelandia* , más grande aún que los tres citados y capaz de transportar tropas de caballería;

5. la ágil *monera* de una sola cubierta; y,

6. la *triere* , la más grande y pesada de los *dromones* al estar dotada de tres cubiertas.

Sin embargo, la tendencia fue a que la mayoría de las flotas estuviese formada por *ousiacos*, *panfilas* y *kelandias* . Las *moneras* quedaron relegadas a unas pocas unidades destinadas a la exploración y la piratería, mientras que las *trieres* eran escasísimas, solo se las menciona de manera expresa en 626, 674-678, 711 y 717-718.

En la flota árabe, las designaciones de *sînî* no deberían contemplarse como simples variaciones de nombre, sino como denominaciones para dos tipos de *dromon* árabe bien diferenciados: el *sînî* , de dos cubiertas y equivalente al *dromon* propiamente dicho y al *ousiaco* ; y el *salandî* , más grande y semejante a la *kelandia* bizantina de la que derivaba su nombre de forma tan directa. A estos dos, el *sînî* y la *salandî* , se sumaban el *gurâb* , que equivalía a la *panfila* ; y el ligero *sajtur* , semejante a la *monera* o galea bizantina. [11]

Las naves y flotas de bizantinos y omeyas

¿Cómo eran esas naves de guerra? ¿Cómo se organizaban y luchaban los hombres que las tripulaban? Si las embarcaciones eran muy semejantes, entonces los armamentos y, por ende, la forma de combatir, también. Existía, sin embargo, una diferencia muy significativa entre las escuadras bizantina y árabe de la segunda mitad del siglo VII y el primer cuarto del VIII: los *sînî* y *salandî* árabes estaban tripulados por *nawâtiya* , esto es, marineros cristianos egipcios, coptos en su mayor parte, pero también melkitas (cristianos ortodoxos egipcios). Había también en esas flotas *nawâtiya* sirios, en esencia, cristianos sirio-libaneses de las Iglesias jacobita o maronita. Pero, en cualquier caso y durante los primeros setenta años de la historia de la marina de guerra árabe, la mayor parte de las tripulaciones de sus naves de guerra, esto es, la mayoría de sus remeros y marinos, eran cristianos y, en particular, cristianos egipcios. A esos hombres, dos tercios de la tripulación de un *sînî* o un *salandî* árabe, se sumaban los soldados profesionales de los *aynâd* árabes, *yund* en singular. Es decir, contingentes de tropas regulares registradas en las listas del ejército, puestas al mando de un caíd, asentadas en una región que le servía de base de reclutamiento y que recibían equipo y paga del califa. Dichas tropas profesionales recibían el nombre de *muqâtila* y, en este caso, el de la flota, solían estar adiestradas en especial para el combate marítimo, a modo de infantería de marina. La

mayoría de estos guerreros árabes pertenecía a las tribus kalbíes, originarias de Yemen y que habían formado un tercio o más de los guerreros que penetraron con 'Amr en el Egipto bizantino para conquistarlo. Estos kalbíes habían terminado por asentarse en la amplia y fértil región del delta, sobre todo en Alejandría y sus alrededores, con la misión inicial de proteger el país de las incursiones de la flota bizantina. Fueron estos kalbíes egipcios los que acabaron conformando la mayor parte de la infantería de marina árabe que participó en las incursiones y batallas del periodo 649-718. Junto con estos contingentes de guerreros kalbíes, se embarcaban hombres de los *aynâd* de Siria, una suerte de ejército de reserva o central del califato omeya formado por guerreros mejor entrenados y armados que los que militaban en los *aynâd* o *yund* de las provincias fronterizas.

No obstante, la división entre ambos contingentes de la flota, *nawâtiya* y *muqâtila* , era tan severa que cada nave de guerra árabe tenía un capitán copto y un gobernador o jefe árabe de la nave. El primero dirigía la embarcación en todo lo referente a la navegación y el segundo se hacía cargo del combate y tomaba las decisiones en batalla. Por supuesto, al ser las naves árabes modelos del *dromon* bizantino, la división entre remeros y soldados no era del todo rígida, pues los hombres que remaban en la primera cubierta debían estar preparados para soltar sus remos y unirse al combate en caso de ser abordados o de requerir su participación para abordar un *dromon* enemigo. Es por eso por lo que en una expedición naval árabe como la de 649 contra Chipre, vemos a los egipcios, a los *nawâtiya* coptos, pelear y saquear en compañía de los guerreros árabes e incluso, y llegado el caso, disputar con ellos y obligarlos a plegarse a sus deseos. Los integrantes de las escuadras árabes de este periodo, al igual que los de las bizantinas, eran hombres libres y cobraban un sueldo. En el caso de la árabe, la paga era la misma para todos: *nawâtiya* cristianos y *muqâtila* musulmanes por igual. Así lo fijó el califa Mu`âwiya.

El *dromon* bizantino contaba, por lo general, con dos cubiertas, *elasiai* , cada una de ellas dotada de 25 remos a estribor y otros tantos a babor, que sumaban un total de 100. La tripulación era de 180 hombres: 100 remeros, 20 marineros y 60 soldados, 40 armados como infantería pesada y 20 como arqueros. Además, los 100 remeros, o al menos los 50 de la cubierta superior, estaban armados y adiestrados para combatir como infantería ligera y arqueros e iban protegidos con ligeras corazas hechas de una doble capa de fieltro. La tripulación estaba mandada por un *kentarcjos, kentarca* , y como segundo estaba el timonel o piloto, que recibía el nombre de *kybernestai* . El kentarca, o capitán del *dromon* , se situaba en la popa a modo de posición elevada y fortificada desde la que podía dirigir con seguridad las maniobras de la embarcación y del combate. [12] Las *kelandias* y *ousiacos,* más grandes, contaban con 50 remeros por borda, un total de 200 al sumar sus dos cubiertas. A esos 200 remeros había que añadir 150 marineros y soldados: 50 marineros y 100 soldados, elevándose el total a 350 hombres.

Mientras que las galeas o *moneras* , de una sola cubierta, solo contaban con 80 tripulantes. [13]

Las armadas bizantinas contaban también con barcos de transporte militar llamados *skevophora* . Estas naves transportaban los suministros, armas, caballos e iban también provistas de *toxobolistres* y otras máquinas de guerra para su defensa, además de tripulación armada. [14] Los *dromones* de la flota central con puerto en Constantinopla se agrupaban en escuadras constituidas por de 3 a 5 unidades mandadas por un *navarjos* o *comes* , aunque también podía llamarse «hegemón de los *dromones* » y quedar esas escuadras agrupadas en la flota o escuadra de Constantinopla, capitaneada por un *strategos* . Mientras que en las flotas *thematicas* , por ejemplo la flota del *thema* de los cibirreotas, o la del *thema* septemsiano –de Ceuta– o la de Hélade, la cadena de mando era la siguiente: kentarca, al mando de un *dromon* ; navarca o *comes* , con de 3 a 5 *dromones* a su mando; y *drungario* o *turmarca* , con mando sobre toda la flota *thematica* . [15]

Por su parte, el equivalente árabe del *dromon* , el *sînî* , con sus 100 remeros, 20 marineros y sus 60 infantes de marina, 180 hombres en total, con sus tres palos o mástiles, uno central y dos más pequeños en los extremos, aparejados con velas cuadradas y latinas, tenía su casco construido, al igual que su modelo bizantino, siguiendo la llamada técnica de «tingladillo» y con madera de ciprés, abeto y cedro, principalmente, aunque a veces también se usaba madera de pino y de roble. La eslora del *dromon* era de 32 m, aproximadamente, y su anchura de 4 m. Con sus dos bancadas de remeros podía resultar muy rápido en el combate, ya que era en la lucha cuando realmente se usaban los remos, pues las velas se arriaban y quedaban reservadas para las singladuras.

El armamento del *dromon* consistía en varias *toxobolistres* , pequeñas máquinas lanzadoras de dardos accionadas por equipos de tres hombres. A estas se podía sumar, de forma eventual, una catapulta o almajaneque. En cuanto al espolón, todavía usado en época de Procopio, a mediados del siglo VI, debió de desaparecer en la segunda mitad del VI o primera del VII, pues ya en 655, cuando las flotas bizantina y árabe se enfrentaron en la pírrica batalla de los mástiles, ni unos ni otros lo usaban. Tampoco lo mencionan ni árabes ni bizantinos en los manuales dedicados a la guerra naval. Una innovación bizantina del siglo VII fue el *xilocastron* o *filocastron* , un tipo de andamiaje con parapetos y resguardos que, en forma de torre, rodeaba el mástil principal y desde el que los soldados podían disparar sus arcos, lanzar sus venablos y granadas de fuego procesado y tratar de cortar los aparejos enemigos así como lanzar garfios con los que abarloar su nave a la enemiga y abordarla. [16] Los árabes copiaron esta innovación bizantina y le dieron el nombre de *bury* . [17]

Pero, sin duda, la máquina de guerra más poderosa que podía portar un *dromon* era un sifón de fuego procesado. Este ingenio apareció en las flotas bizantinas en 665 y los

árabes, que nunca lograron la fórmula del auténtico fuego procesado, enseguida contaron con su propio «sucedáneo» lanzado por un sifón denominado *anâbib* . Christides supone que las embarcaciones árabes se equiparon con sifones para lanzar fuego, *anâbib* , solo a partir del comienzo de la conquista árabe de India (710-711), y, sobre todo, a partir del segundo asedio de Constantinopla (717-718). Así lo deduce del poema de Teodosio el Gramático que describe a los barcos árabes proyectando sustancias inflamables con sus sifones. Sin embargo, Sebeos, que escribió hacia 680 y describe las operaciones navales desarrolladas durante el primer asedio árabe de Constantinopla (674-678), dice al respecto de los barcos del califa Mu`âwiya: «Pues en los navíos se habían instalado almajaneques, máquinas para lanzar fuego y máquinas para lanzar piedras». [18] Por lo que se debería admitir que es harto probable que los árabes ya contaran con el *anâbib* para 674 y que fuera su respuesta militar a la aparición de sifones de fuego procesado en las flotas bizantinas desde 665. Mas ¿qué era en realidad el fuego líquido o fuego griego? ¿Cómo se usaba? ¿Por qué resultó un arma tan poderosa?

PROPULSAR TERROR ARDIENTE: SIFONES Y FUEGO GRIEGO

En la Antigüedad, ya se habían usado sustancias inflamables tanto en la guerra en el mar como en la librada sobre tierra firme. Dichas sustancias eran, en esencia, similares a la que, en la segunda mitad del siglo VII, inventaron los bizantinos. Sin embargo, esta última, el fuego procesado, poseía unas propiedades únicas y se usaba de forma muy diferente y mucho más eficaz. Las narraciones de las fuentes confirman una y otra vez que cuando se propulsaba desde los depósitos en que se guardaba y salía por las bocas de bronce de los sifones, surgía de estos con un tremendo estruendo, un fuerte resplandor, abundante humo y gran potencia. León VI, en su *Naumacika* , esto es, su tratado sobre la guerra naval, señala todos esos efectos provocados por el fuego procesado. [19] Ahora bien, esos efectos o características no pueden relacionarse con mezclas que solo contuvieran nafta, aceite, resina o cualesquiera otras sustancias inflamables, sino que a ellas habría que añadir un potente comburente capaz de provocar la deflagración que una y otra vez describen las fuentes. Pero, además, aunque el fuego procesado bizantino podía, al igual que cualquier otra mezcla inflamable, impregnar y quemar las naves enemigas, sin embargo, y a diferencia de cualquier otra mezcla o sustancia hasta entonces conocida, no se podía apagar con agua, sino que seguía ardiendo aún bajo las olas. Más aún, si se trataba de apagarlo con agua, no solo no se extinguía, sino que se avivaba terriblemente. De hecho, el fuego procesado bizantino solo podía sofocarse o bien golpeándolo con esteras de esparto para ahogarlo, o, más fácilmente, vertiendo sobre él orina vieja o vinagre. Esta última cualidad solo la poseía el auténtico fuego procesado y la señalan tanto Liutprando de Cremona como el enigmático Marcos el Griego, un alquimista que nos ha dejado un tratado sobre

distintos tipos de sustancias inflamables usadas en el siglo IX por árabes y bizantinos. [20] Lo más llamativo del fuego procesado, sin duda, era su forma de uso, que conocemos bien por los tratados militares bizantinos, así como por ilustraciones de códices medievales y descripciones de testigos oculares de los siglos VIII al XI. [21]

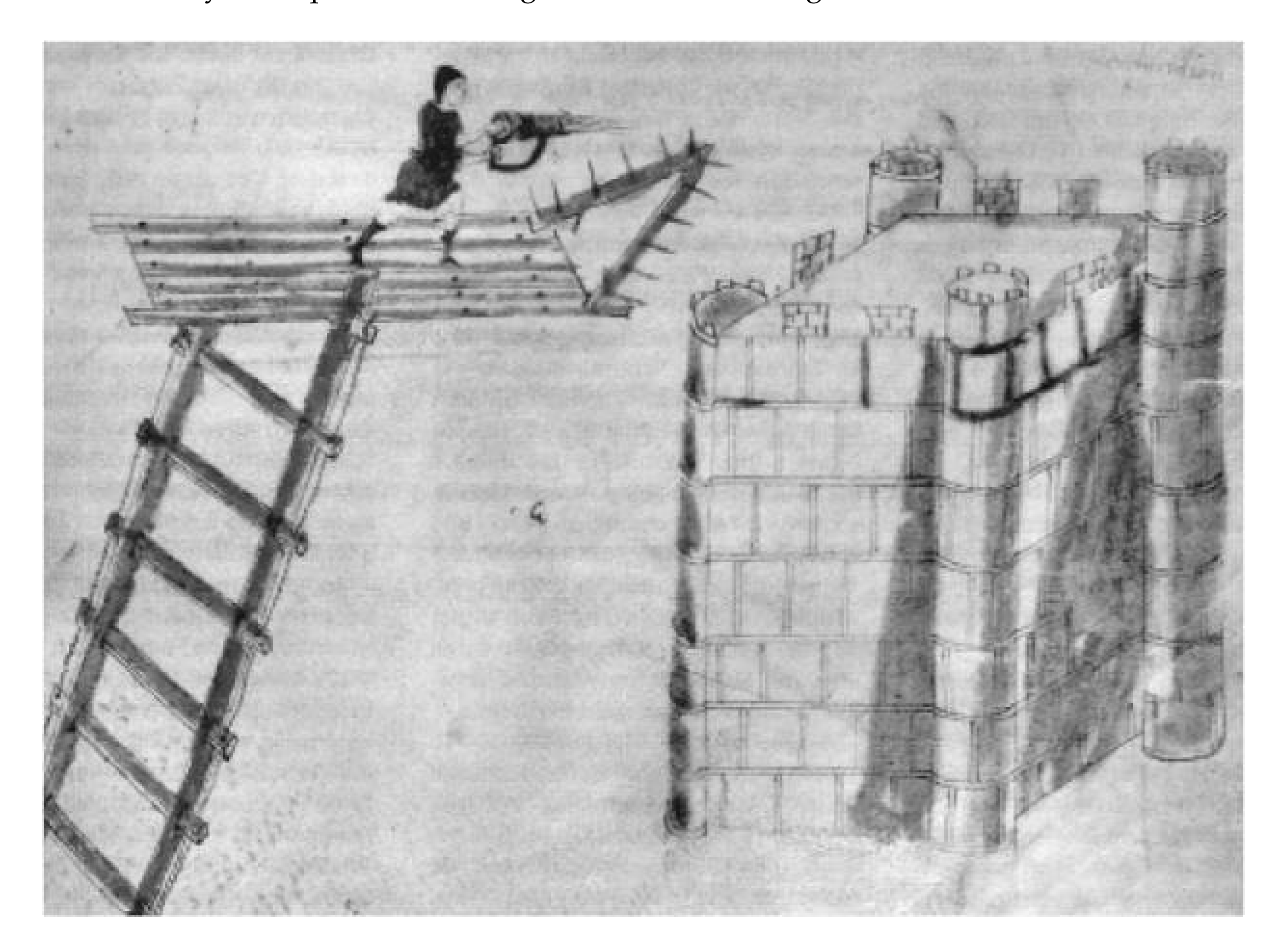


Figura 86: Sifón de mano para lanzar «fuego griego», Codex Vaticanus Graecus, 1605, ss. IX-XI. Además de los sifones más grandes, los tripulantes de los navíos bizantinos dispondrían de sifones manuales como este para lanzar «fuego líquido» contra los barcos enemigos, aunque en la ilustración aparezca manejado desde una torre de asedio.

Los oficiales encargados de manejar los ingenios que propulsaban el «fuego líquido» se denominaban sifonarios o sifonadores. [22] Dirigían una pequeña escuadra de tres hombres, incluidos ellos mismos. Con frecuencia se ha afirmado que los sifones los manejaba un solo hombre. Este error se basa en la circunstancia de que el sifonador que orientaba el largo tubo del sifón se situaba muy por delante de los otros dos componentes de la flotilla y que la máquina y su dotación se situaban debajo de una estructura de madera, una suerte de casamata hecha con sólidos tablones llamada *pseudopation* . Sobre el techo plano del *pseudopation* que cubría al sifón y su dotación se desplegaban varios soldados armados con arcos y armas arrojadizas que, resguardados

tras el pretil de madera que coronaba el *pseudopation* , defendían al sifonador y a sus hombres. [23] En el Codex Matritensis, un manuscrito bizantino del siglo XII que se conserva en nuestro país, se puede ver una ilustración en la que, si uno mira con atención, verá en la proa de un *dromon* a un sifonador y detras de él, en segundo plano y en penumbra, a los otros dos componentes de la unidad encargada de accionar el sifón. [24]



Figura 87: Este tipo de recipientes cerámicos de forma cónica se han identificado como granadas de mano, que estaban rellenas de «fuego griego» y se empleaban como proyectiles incendiarios.

El sifón se componía de un tubo de bronce de 2,5 a 4 m de longitud que recibía el nombre de *strepton* (στρέπτον), que podía orientarse a izquierda y derecha. El *strepton* estaba insertado en un depósito de bronce formado por dos cilindros en los que se preparaba la mezcla, nafta y resina de pino, y en donde se calentaba con balas de lino prensado como combustible y que, a su vez, se conectaba mediante válvulas de disco y pistones. Un complejo mecanismo hecho de bronce, cáñamo y cuero, con potentes fuelles que propulsaba la mezcla inflamable por el largo tubo de bronce en cuya boca con forma de león, lobo o dragón, se colocaba un saquito con la sustancia comburente

delante del cual se encendía una llama que, al entrar en contacto con dicha sustancia, provocaba su deflagración y, a consecuencia de esta, el incendio de la mezcla que surgía de la boca del *strepton* con gran estruendo y humo en un largo chorro de fuego líquido. [25]



Figura 88: El «fuego griego» constituyó un elemento decisivo para que la flota bizantina volviera a alzarse con la hegemonía en el mar frente a las flotas musulmanas. En la miniatura se aprecia el equipo de tres hombres que accionaba el sifón, con un oficial, el sifonario, encargado de dirigir el tubo contra el objetivo. Miniatura del Codex Græcus Matritensis Ioannis Skyllitzes. Biblioteca Nacional, Madrid.

En su momento, aporté evidencias extraídas de las fuentes de que era así, mediante el uso de una llama viva, como se terminaba de incendiar la mezcla que conocemos como fuego griego y que dicha mezcla, sometida a la llama, producía una potente deflagración. Algo que solo puede explicarse si en dicha mezcla además de nafta y resina, se añaden otros componentes como azufre, salitre u óxido de magnesio. Este último tiene la particularidad de que, una vez aislado por evaporación y bien secado, al ser expuesto a una llama, provoca una potente y brillante deflagración y todo ello liberando una gran cantidad de calor de forma rápida y violenta. Es por ello que me atrevo a señalar que el magnesio formaba parte de la fórmula del fuego griego junto con la nafta [26] y la resina de pino, sin descartar que el azufre y el salitre también entraran en la fórmula. [27]

El sifón disponía de una carga capaz de hacer arder a un solo barco enemigo, por lo que, si se quería repetir la operación, había que proceder a la recarga del ingenio. Para facilitarlo, la pequeña escuadra del sifonador contaba con un recipiente o caldera auxiliar en la que se preparaba la mezcla, se mantenía caliente y desde la que se

rellenaba el depósito del sifón. Esta operación de recarga apenas suponía un par de minutos, por lo que un solo sifón podía hacer arder varias naves enemigas en un breve lapso. [28] El manejo del sifón era complejo y peligroso. Tanto que León VI y los demás tácticos bizantinos insisten una y otra vez en la necesidad del continuo adiestramiento y en que el sifonador y sus hombres se protegieran adecuadamente. Para tal fin, se usaba una especie de pantallas móviles de cuero llamadas *bouckolia* , [29] tras las cuales se resguardaba del violento calor y de las salpicaduras el sifonador que, al igual que sus hombres, se protegía también cubriéndose con una suerte de escudo metálico, [30] así como con gruesas ropas de cuero y mandiles del mismo material.

TÁCTICAS NAVALES

A los *dromones* bizantinos dotados con sifones de fuego procesado se los denominaba «dromon portador del fuego» (δρόμωνες σιφωνοφόροι). [31] En los siglos VII y VIII, los *dromones* solo contaban con un sifón de fuego procesado que se instalaba en la proa y su alcance era de entre 40 y 70 m. También durante esos siglos, al contar las naves bizantinas con ese único sifón instalado a proa, este solo podía usarse dando la proa al enemigo. De ahí que se desarrollaran estrategias en las que nunca se les negaba la proa a las flotas enemigas. [32] Otra limitación la imponía el tiempo. En efecto, en caso de que el viento fuera fuerte y viniera de costado o de frente, el sifón no se podía usar. De otro modo, se corría el riesgo de incendiar la propia nave. Tampoco se podían usar los sifones en caso de que la mar estuviese picada. Durante los siglos IX y X se superaron parte de estas trabas al dotar a los *dromones* de un segundo sifón de fuego procesado situado en la popa y de un tercero, más pequeño y portátil que, manejado por un solo hombre, podía recorrer el costado de la embarcación. Era el llamado *cheirosifon* o «sifón de mano» que, inventado por el emperador León VI a finales del siglo IX, permitió a los grandes *dromones* dotarse con tres sifones y transformarse en verdaderos dragones marinos.

En general, las batallas marítimas de los siglos VII y VIII se basaban en tratar de rodear al enemigo o en superarlo en un combate que, proa contra proa o amura contra amura, se transformaba en una lucha terrestre en la que la infantería y la tripulación de cada nave trataba de hacerse con el control de la del enemigo. La habilidad de los capitanes consistía en aislar a las naves enemigas para poder abordarlas con superioridad numérica o bien en rodearlas y comprimirlas en tan poco espacio que les fuera imposible maniobrar. Para ello, se usaban varias formaciones. Por ejemplo, en forma de media luna, con los extremos reforzados por las naves más potentes y con el *dromon* del *strategos* en el centro para poder ver ambos extremos de la formación y enviar refuerzos adonde fuera necesario. Tanto si el enemigo avanzaba sobre esta formación, como si lo hacía la propia flota, las puntas de la media luna se cerraban y lo envolvían. Otra formación consistía en formar un frente único y continuo de batalla y

ofrecer la proa al enemigo para hacer uso en una misma y devastadora descarga de todos los sifones de fuego procesado. Una tercera formación de batalla consistía en dividir la flota en dos o tres secciones de tamaño variable. Una de estas divisiones buscaba trabarse en combate con la flota enemiga mientras que la otra u otras, la rodeaban y atacaban por el flanco o la popa. En fin, se hacía uso de la emboscada, dejando ver al enemigo solo una pequeña parte de la flota y ocultando al grueso de la misma detrás de un promontorio o islote. Cuando la armada enemiga atacaba confiada en su superioridad numérica, los *dromones* ocultos caían sobre ella. [33]

Las órdenes se daban mediante el uso de banderolas de colores situadas en lo alto de los mástiles de los *dromones* . Los navarcas, *drungarios* y *strategos* contaban con sus propias banderas destinadas a que los *kentarcas* de sus flotas pudieran verlas y reconocerlas con facilidad. Algunas de las órdenes que se podían dar con estas banderas de colores al hacerlas caer a izquierda o derecha, adelante o atrás, girar o dibujar figuras en el aire eran:

1. Iniciar el combate;
2. retirarse del combate;
3. rodear al enemigo;
4. acudir a reforzar a una de las divisiones de la flota;
5. aumentar la boga; y,
6. disminuirla. [34]

León VI recomienda que se dosifiquen los proyectiles: flechas, piedras, venablos, recipientes de fuego procesado, etc., con el fin de no quedar sin capacidad de potencia de fuego después del primer encuentro y exponerse a un contraataque enemigo. La mayor potencia de fuego de los *dromones* bizantinos sobre los árabes fue causa de que los primeros buscaran el combate a distancia en una primera fase para debilitar al enemigo antes del abordaje y de que los segundos desarrollaran una táctica de la que advierten los tratadistas bizantinos y que consistía en acercarse a los romanos y aguantar con estoicidad la descarga de proyectiles enemiga con tal de trabarse en combate cuerpo a cuerpo y hacer valer la superioridad de su infantería de marina para anular así la mayor potencia de fuego de los romanos. [35]

Se exigía que los *kentarcas* , navarcas, *drungarios* y *strategos* conocieran las estrellas, el ciclo de las estaciones, las corrientes marinas dominantes y los vientos para así determinar el rumbo y prever tormentas. [36] El astrolabio, en uso desde el siglo III y

evolucionado desde el cuadrante, era bien conocido por los bizantinos y pronto los árabes lo adoptaron. León VI señala que los *dromones* debían llevar sus aparejos y avíos dobles: velas, remos, etc., para no quedar fuera de servicio en caso de accidente o daños en el fragor de los combates. [37]

El espionaje estaba a la orden del día y era vital. En 715, por ejemplo, los bizantinos sabían perfectamente que se estaba armando una gran flota árabe para tomar Constantinopla y trataron de dar un golpe de mano contra sus preparativos con un ataque a los aserraderos árabes del Líbano donde se estaba cortando y acumulando la madera necesaria para la construcción de navíos destinados a dicha flota. [38]

EL TAMAÑO DE LAS FLOTAS BIZANTINA Y OMEYA

Que yo sepa, nunca se ha tratado de hacer un cálculo razonado y basado en las fuentes del tamaño de las flotas bizantina y omeya para el periodo 650-750 y, sin embargo, es fundamental hacerlo si se quiere entender y contextualizar las noticias que conservamos acerca de la guerra naval entre Bizancio y el califato omeya de Damasco.

Si se examinan con cuidado, resulta que las fuentes sí ofrecen datos muy precisos acerca de la entidad de estas flotas a finales del siglo VII e inicios del VIII, cuando se libraron las batallas decisivas por Constantinopla y Cartago. Hay que comenzar por el dato conciso que Procopio, que participaba en la expedición, da sobre la escuadra que Justiniano envió contra el África vándala en 533: 92 *dromones* y 500 barcos de transporte, con 30 000 marineros y 18 000 soldados a la conquista de Cartago. Antes, en 468, el emperador León I, había enviado contra el África vándala y su capital, Cartago, una armada que reunía 1100 embarcaciones de guerra y transporte con 100 000 marineros y soldados a bordo. En 508, Anastasio I despachó una fuerza de 100 *dromones* con 8000 soldados a bordo, amén de la correspondiente marinería, contra las costas orientales de la Italia ostrogoda. En 513, Vitaliano, *magister militum* de la prefectura de Tracia y, a la sazón, en rebeldía contra Anastasio I, pudo armar 200 *dromones* para tratar de apoderarse de Constantinopla. Anastasio I pudo oponerle una flota similar y vencerlo. En 546, Belisario reunió 200 *dromones* para tratar de romper el bloqueo del Tíber por parte del rey ostrogodo Totila. [39] Poco después, en 551, en Ancona, y a pesar de que a la par operaba una flota bizantina en Sicilia y otra en Sardinia, los bizantinos contaron con 42 *dromones* para enfrentarse a una escuadra ostrogoda. Ya durante el asedio ávaro-persa de Constantinopla, en 626, una flota de 40 *dromones* aniquiló a la muchedumbre de los primitivos monóxilos eslavos. En 640, la armada bizantina asentada en Rodas, que presagiaba ya el ejército o *thema* de los carabisianos, era capaz de trasladar a Egipto al ejército de campaña de Tracia, un contingente formado en 602 por 20 000 soldados, una cifra sugestivamente próxima a los 18 000 soldados que Belisario desplazó a África

en 533 en sus naves y que nos hablaría de una flota semejante: unos 100 *dromones* y 500 barcos de transporte.

Una flota igual de poderosa tuvo que ser la que trasladó al ejército bizantino a recuperar Alejandría en 645. Mientras que, en 655, en la batalla de Fénix o de «los mástiles», a decir de Ibn al-Hakam, la armada bizantina ascendía a 1000 barcos. [40] Siete años más tarde, la escuadra que trasladó a los ejércitos *thematicos* de Opsikion y de los carabisianos a Italia con Constante II en 662 no pudo tampoco bajar de 1000 naves. Mientras que la escuadra que derrotó a los árabes en 664-665 en el sudeste de Asia Menor tuvo que ser también notable. Como tuvo que serlo la que navegó para destruir la ciudad egipcia de Burullus en 673, o la que, en 688-689, desembarcó efectivos en Pentápolis/Barca para saquear Barca, propiamente dicha, y derrotar y dar muerte al gobernador árabe de Ifriqiya: Zuhayr.

Ya en el siglo VIII, en 711, tan solo catorce años después de la expedición a Cartago de 697, Justiniano II, al igual que Leoncio, reunió también «una gran flota» según nos dice Teófanes, que nos especifica que estaba conformada por ναῦν δρομώνων τε καὶ τριηρῶν καὶ σκαφῶν μυριαγωγῶν καὶ ἁλιάδων καὶ ἕως χελναδίων esto es, «*dromones, trieras, miriagogós, aliás* y *kelandias* ». Mientras que Nicéforo, al darnos la misma noticia, nos concreta algo más al decir que la flota en cuestión trasladó a Querson a 100 000 marineros y soldados con objeto de arrasar dicha ciudad de Crimea y el resto de posesiones bizantinas en la región. La armada cumplió su objetivo, pero cuando en octubre la llamó el emperador, naufragó en una tempestad y dejó al gobernante con tan pocos recursos navales que, poco más tarde, solo pudo reunir algunos barcos para llevar 300 soldados de nuevo contra Querson. El número de 100 000 marineros y soldados de esta expedición contra Querson de 711 es el mismo de la expedición contra los vándalos de 468 y, por tanto, es posible que se esté hablando de una cifra de naves que, en total, rondara las 1000 embarcaciones. Cuatro años más tarde, en 715, el emperador Artemio, Anastasio II, decidió dar un golpe de mano contra los preparativos de la flota árabe y atacar sus aserraderos en Fenicia y Panfilia. Para ello, embarcó a las fuerzas del *thema* opsiciano y las envió a Rodas, en el *thema* de los carabisianos, para que, desde allí, iniciaran la campaña. Con estos datos en cuenta, estaríamos hablando de una escuadra que debió de rondar los 500 barcos y que cuando se sublevó contra el emperador y navegó contra Constantinopla, Artemio dispuso de naves suficientes como para hacer frente a la flota rebelde y sostenerse ante sus embates durante seis meses. Constantino V (741-775) reunió escuadras de 500 barcos, enviados a la costa búlgara del mar Negro y a la desembocadura del Danubio; de 800, para atacar de nuevo las costas de Bulgaria y, por último, una flota de 2600 barcos que asolaron, una vez más, las costas búlgaras y las riberas del Danubio. En fin, ya en el siglo X, el Imperio pudo armar flotas de hasta 300 *dromones* para recuperar el control de Creta y poner fin a las depredaciones

de los piratas sarracenos. ¿Qué podemos concluir de los datos y cifras que acabamos de ver acerca de las flotas bizantinas? Que el Imperio, entre 468 y 968, siempre pudo reunir armadas importantes. Escuadras que superaban a menudo los 200 *dromones* y las 500 naves de toda condición y que, cuando se trataba de reunir «toda la flota» se puede estar hablando de una fuerza que rondaba las 1000 embarcaciones. Y estas eran de todo tipo, desde simples barcas de pesca a enormes cargueros, pero no barcos de guerra. Algo que nos confirma Teófanes al describir el tipo de barcos reunidos por Justiniano II en 711: «*Dromones, trieras, miriagogós, aliás* y *kelandias* ». *Dromones, kelandias* y *trieras* eran barcos de guerra, ya lo sabemos, mientras que los *miriagogós* y *aliás* eran de comercio y pesca. Teófanes, además, nos ofrece un vívido relato de lo apresurado y extremo del procedimiento empleado por el emperador para reunir su flota y la marinería necesaria: requisando y alistando a la fuerza naves y marineros, echando mano de todo lo que flotara y obligando a todo hombre capaz, desde senadores a pescadores y artesanos, a embarcarse. [41]

En suma, en el punto cumbre del enfrentamiento naval con el califato omeya de Damasco, Bizancio debía de contar con una flota de guerra que superaría en poco los 210 *dromones* y que rondaría los 45 000 marineros y soldados, como mucho, y a la que podía sumar cientos de naves de todo tipo que mediante requisa prestaban apoyo logístico en las grandes campañas. Este cálculo se ve confirmado por un dato administrativo conservado para 899 que nos informa de que, en ese año, las listas de la flota de guerra bizantina contaban a 42 000 marineros en servicio. [42] Si la armada bizantina disponía en 899 de 42 000 hombres en sus listas, en un momento en el que el califato abasí, su más directo e importante rival en el mar, se hundía en la disgregación, habrá que suponer que doscientos años antes, con el califato omeya tratando de conquistar Constantinopla y completar el dominio sobre todo el Mediterráneo, Bizancio tendría en el mar una flota mayor. Como veremos, los datos particulares de cada una de las escuadras *thematicas* , conservados, en buena medida, para los siglos VII a IX, apoyan esta tesis.

¿Y los árabes? Hay que comenzar por los datos que conservamos de la expedición que Mu`âwiya lanzó contra Chipre, Cos, Creta y Rodas en 654: 500 naves procedentes de Alejandría en las que embarcaron 12 000 guerreros árabes procedentes de las listas de los *yunds* de Siria. [43] Ahora bien, como ya hemos visto, en esencia, y teniendo en cuenta que los barcos y las tácticas eran muy similares a las bizantinas, tenemos que deducir que, de esas 500 naves, solo 1 de cada 6 sería un verdadero barco de guerra, 83, y el resto, 417, serían naves de transporte y apoyo. Por lo mismo, los 12 000 hombres citados solo representan a los guerreros árabes embarcados para la expedición y el total es probable que rozara los 40 000 entre marineros, remeros y soldados. De hecho, como también vimos, los más de 8000 remeros con que contarían los 83 barcos de guerra de la expedición lanzada por Mu´âwiya en 654 estarían también armados y podrían ser puestos en orden de combate junto con los 12 000 soldados propiamente dichos.

En 649, cinco años antes del ejemplo que hemos analizado al principio, Mu`âwiya, a la sazón, gobernador de Siria, logró reunir una escuadra de 1700 barcos para saquear Chipre a conciencia. La cifra la recogen Teófanes, Agapios y Miguel el Sirio, [44] tres autores que escribían según fuentes de finales del siglo VII y VIIII. Miguel especifica que se reunieron en Alejandría y separa claramente a sus tripulaciones egipcias, coptas, de los miles de guerreros árabes reunidos por «Moawiya» en Siria y que embarcaron en las naves egipcias para asolar Chipre y tratar luego de tomar la isla fortaleza de Arados. La cifra proporcionada por Teófanes, Agapios y Miguel el Sirio, 1700 barcos, es apabullante, pues de acuerdo con la ratio establecida entre barcos de guerra y simples cargueros que, a menudo, no eran sino mercantes y pesqueros requisados a toda prisa para la expedición, representaría una flota formada por 283 poderosos *sînî, salandî, gurâb* y *sajtur* , esto es, 283 *dromones* árabes de distintas clases acompañados por 1417 naves de transporte de muy diferente tamaño y condición, desde grandes mercantes a simples barcas de pesca. Todo lo cual implicaba un número de hombres que rondaría un total de 137 000, de los cuales, si aplicamos a la cifra anterior la ratio entre combatientes y resto de las dotaciones que se deriva de la información de la expedición de 654, unos 46 000 serían soldados y marineros capaces de combatir.

En 655, en las costas del sur de Licia, sudoeste de Asia Menor, a la que los árabes llamaron Dât al-sawârî, «batalla de los mástiles», y los bizantinos «batalla de Fénix», los árabes alinearon algo más de 200 grandes *salandî* . [45] Según Sebeos, que escribía hacia 680 o poco después, desde Alejandría partió en 674 la flota que Mu`âwiya envió a asediar Constantinopla y que se componía de 300 grandes barcos y 5000 embarcaciones más pequeñas, cifra esta última disparatada de todo punto, pero si nos quedamos con la primera, la de los «300 grandes barcos» y la entendemos como que refleja la del número de *salandî* , observamos que es muy parecida a la del número de salandî que Mu`âwiya logró aparejar en 649: 283. [46]

Pasemos ahora a las cifras que Teófanes y Nicéforo nos proporcionan para el gran asedio de Constantinopla de 717-718. Ambos coinciden en la cifra total de barcos de la gran flota que en septiembre de 717 atacó la capital del Imperio, 1800 barcos, muy próxima a la de la gran flota reunida por Mu`âwiya en 649 para arrasar Chipre, 1700 barcos. Y, lo que es más, esas 1800 naves, al aplicarles la ratio que hemos establecido de 1/6, nos daría una cifra de 300 *salandî* , la cual es cercana de manera muy reveladora a la de 283 *salandî* de la flota árabe de 649 e idéntica, 300, a la que Sebeos apuntó para 674-678. Además, y para que no quepa la menor duda al respecto, Teófanes nos confirma que esos 1800 barcos solo eran, en parte, verdaderas naves de guerra y que, en buena medida, no eran sino mercantes, cargueros y barcos de pesca. En efecto, el cronista nos enumera los tipos de barcos que componían la gran flota árabe: *dromones, trieras, kelandias, miriagogós* , etc. [47]

Pero la gran armada de 1800 barcos que ancló ante Constantinopla el 1 de septiembre de 717 se vio reforzada por otras dos en la primavera de 718: una de 400 barcos, *salandî* y cargueros, llegados desde Egipto; y otra de 360, esta vez solo cargueros con armas y suministros para las tropas, que navegaron desde la nueva base de la marina califal en occidente: Túnez. Esto es, los árabes llegaron a enviar contra Constantinopla un total de 2560 embarcaciones, pero solo 366 de ellas eran *salandî* , barcos de guerra y el resto, 2194, transportes de muy diverso tamaño y condición y que irían desde grandes cargueros capaces de transportar a 100 hombres armados, así nos lo dice Teófanes, hasta pequeñas embarcaciones que, en origen, se habrían dedicado al comercio de cabotaje e incluso simples barcas de pesca. Una escuadra que ya no hace disparatada la cifra recogida por Miguel el Sirio y otras fuentes orientales, que aseguran que los árabes enviaron 200 000 hombres contra Constantinopla. [48]

Así, tras setenta años de duras batallas en el mar, en el momento cumbre de la lucha entre Bizancio y el califato omeya, en 717-718, los árabes pudieron oponer unos 360 a los 211 *dromones* bizantinos, aproximadamente.

SALVAR A UN IMPERIO: LA REFORMA *THEMATICA*

Cuando Heraclio murió, en febrero de 641, el ejército surgido de las reformas de Anastasio y Zenón, que había perfeccionado Justiniano y restablecido el propio Heraclio, estaba desarbolado. Ya hemos visto que, ese mismo año, solo contaba con unos 106 000 hombres –109 000 según el cálculo de Treadgold– ante los 250 000 que había tenido cuarenta años antes. Pero no era solo una cuestión de efectivos, sino de recursos. Y es que, tras la pérdida de Siria, Palestina, Mesopotamia y Egipto a manos de los árabes y de todas las provincias balcánicas a manos de los eslavos, con la excepción de Tracia sudoriental y pequeños enclaves en torno a algunas ciudades griegas y dálmatas, así como de casi toda la Spania bizantina a manos de los visigodos, salvo el enclave de Mesopotaminoi/Algeciras y las Baleares, que pasaron a la provincia de Mauritania II, y de nuevas ciudades y tierras a manos de los longobardos en Italia, el Imperio no contaba con oro, ni con población suficientes como para sostener el modelo de ejército profesional y mercenario con el que había venido defendiéndose desde hacía siglos. Ni siquiera con la reducción del sueldo a la mitad, como hizo Heraclio en 616, se podía seguir sufragando un contingente que, por otra parte, estaba, literalmente, deshecho.

Pero durante años no hubo tiempo sino de sobrevivir, ya lo hemos visto. Y cuando solo se tiene tiempo para eso, para sobrevivir, no se pueden hacer reformas, ni cambiar de modelo. De este modo, solo a partir de 656, cuando el califato se metió en una espiral de enfrentamiento y guerra civil que lo mantuvo ocupado durante años, se pudo abordar en Bizancio la cuestión de cambiar el modelo militar. El autor de la reforma fue

el genial y odiado Constante II (641-668), el último emperador romano que entró en Roma y que terminó asesinado en Siracusa mientras organizaba la defensa de África, Sicilia e Italia ante el renovado califato omeya.

Genial porque su reforma salvó al Imperio y porque la llevó a término en tan solo tres o cuatro años. En efecto, para 659 ya estaba en marcha y para 662 se había completado. A partir de ahí, el nuevo modelo militar, el ejército *thematico* , continuó con su desarrollo y expansión, pero dentro de las líneas maestras fijadas por Constante II, un emperador odiado y sometido incluso al completo y terrible «olvido». El patriarca Nicéforo directamente ignoró en su *Historia breve* los veintisiete años de su reinado, porque se empeñó en mantenerse fiel a la línea teológica marcada por su abuelo, Heraclio: el monotelismo/monoenergismo, una doctrina que buscaba un principio de acuerdo con los monofisitas egipcios y sirios, los coptos y jacobitas y que solo logró generar más confusión.

La reforma *thematica* : fórmula, éxito y dimensión de los nuevos ejércitos

¿En qué consistió la reforma *thematica* ? Bien, en 656 seguían existiendo 6 de los 8 viejos ejércitos de campaña: Oriente, Armenia, Tracia, de los *praesentalis* , Italia y África. El de Iliria había desaparecido, literalmente, bajo el aluvión ávaro-eslavo de los años 611-626 y el de Spania, el más pequeño, lo hizo también en los primeros años del siglo VII. De los ejércitos de campaña restantes en 656, 3 habían perdido la práctica totalidad del territorio que debían defender, Oriente, Armenia y Tracia, y otros 2, Italia y África, se hallaban al borde del colapso ante los golpes de longobardos y musulmanes. Por tanto, solo uno seguía más o menos ocupando sus posiciones: el de los *praesentalis* . En cualquier caso, no había oro para pagarlos, reclutar nuevos efectivos con los que cubrir sus bajas, etc. Lo que sí había en abundancia era tierras. Pues, aunque se da la paradoja de que el Imperio había perdido para entonces la mitad del territorio con que había contado a principios del siglo VII, lo cierto es que los continuos y devastadores asaltos de los contingentes persas en Asia Menor, entre 609 y 626, y los que estaban lanzando los árabes sobre la misma región desde 637, habían desarticulado el sistema social y de propiedad en toda Asia Menor. Las grandes propiedades que caracterizaban Asia Menor en el siglo VI ya no existían y muchas ciudades y aldeas habían también perecido o se hallaban muy disminuidas. Pestes y enfrentamientos habían hecho decrecer la población y muchos campos se hallaban sin cultivar desde hacía años.

Tierra y soldados. No era la primera vez que en el Imperio romano se asociaban ambas ideas. Constante II lo hizo de modo innovador. En torno a 659, asentó a los supervivientes de los ejércitos de campaña de Tracia, Oriente, Armenia y de los *praesentalis* en cuatro grandes distritos que ocupaban toda Asia Menor y que agrupaban

varias provincias cada uno de ellos. Los soldados recibieron tierras por un valor mínimo que, en un principio, parece haberse fijado en el equivalente a 2 libras de oro para los infantes y 4 para los caballeros: 144 sólidos áureos y 288, [49] respectivamente, o, dicho de otro modo, el equivalente a 14,4 años o 28,8 años de sueldo con respecto a cómo este se fijó en 616: 10 sólidos anuales. Se trataba, pues, de propiedades de tamaño regular y no de pequeñas haciendas. Si tenemos en cuenta los impuestos que se fijaban en el siglo VI a las rentas de una propiedad de 48 modios de extensión de segunda calidad, esto es, destinada a olivar y cereal, 1 sólido áureo, y puesto que un modio de tierra equivalía a unos 960 m^2 , [50] una propiedad media que pudiera valorarse en 144 y 288 sólidos áureos, respectivamente, debía de rondar las 69,2 y las 138,4 hectáreas de extensión. Eran estas propiedades de considerable tamaño a partir de cuyas rentas los antiguos soldados de los ejércitos de campaña de Oriente, Armenia, Tracia y de los *praesentalis* tenían que armarse, dotarse de montura, en el caso de los caballeros, y sostenerse. El Estado supervisaba que esas tierras no se enajenaran ni vendieran sin permiso y que el equipo y armas fijado al entregar la tierra al soldado se mantuviera completo y en perfecto estado. Con esta medida, el Imperio lograba varios objetivos: se daba un considerable respiro al tesoro al no tener que seguir abonando los sueldos cuatrimestrales de los soldados; se ocupaban y cultivaban las tierras que habían quedado baldías; se fijaba la población en los despoblados de las zonas fronterizas o expuestas a incursiones enemigas, interesada en mantenerse allí ante los embates árabes y, por ende, a mantener la soberanía imperial; que el ejército siguiera bien equipado y adiestrado, pues las propiedades se entregaban a cambio del servicio militar y de que los beneficiarios demostraran a sus oficiales y mandos su perfecto equipamiento y adiestramiento; que la propiedad no significaba una exención fiscal absoluta y, por ello, aunque como beneficiarios de ciertos privilegios fiscales, los soldados contribuían ahora con sus impuestos al sostenimiento de la hacienda imperial y, con ello, se hacían productivas, desde el punto de vista fiscal, extensas áreas que habían quedado despobladas; Bizancio, asimismo, se dotó de lo que hoy llamaríamos una amplia «clase media», pues los aproximadamente 80 000 estratiotas, así se llamó a los soldados de los *themas* , con que contaba en 773 el ejército bizantino en oriente, junto con sus familias y con las de los campesinos libres dueños de fincas medianas, así como con los comerciantes, artesanos prósperos, etc., conformaban en Bizancio una clase media floreciente que dinamizó la economía bizantina hasta un grado incomparablemente mayor que el de ningún otro estado de la Alta Edad Media. Bizancio pasó de tener una hacienda en quiebra y una sociedad desestructurada en 641 a ser en 741 el Estado con la hacienda más próspera y la sociedad más equilibrada de todo el Mediterráneo.



Estos nuevos soldados *thematicos* no cobraban un sueldo regular, pero recibían una pequeña paga mientras estaban en campaña, así como demostraron ser «huesos duros de roer» para los árabes. En efecto, las expediciones de saqueo y devastación lanzadas por los árabes se prolongaron aún, con ritmo regular y año tras año, durante otros ochenta años, pero las fronteras de Bizancio en Asia Menor apenas si retrocedieron y, a partir de 740, comenzaron a avanzar.

En un principio, se crearon cuatro *themas* : de los armeniacos, de los anatólicos, de los opsicianos y de los tracesios. Esto es, el *thema* de los armenios, es decir del antiguo ejército de campaña de Armenia; el de los anatólicos, literalmente, «de los de oriente»; de Opsikion, es decir, del ejército en presencia del emperador u *obsequium* ; y de los soldados de Tracia, tracesios. El de los armeniacos ocupó la parte nororiental de Asia Menor; el de los anatólicos la zona central y oriental; el de los opsicianos la región noroccidental; y el de los tracesios la sudoccidental. Para 661 se creó un quinto *thema* , el de los carabisianos, destinado a sostener una flota *thematica* . Ocupaba las costas de Jonia, Licia y Panfilia, así como las islas egeas y puntos de Grecia continental.

El sistema funcionó y se desarrolló y pronto constituyó la punta de lanza en toda expansión: la creación de un *thema* en las regiones recuperadas o restablecidas. Asimismo, el modelo se extendió a occidente. Para 686, y según quedó recogido en una

carta enviada por el emperador Justiniano II (685-695 y 705-711) al papa, el Imperio contaba ya con 8 ejércitos *thematicos* o que, aun conservando viejas denominaciones como las de *exarcado* , se habían transformado, de hecho, en ejércitos *thematicos* : anatólicos, armeniacos, tracesios, opsicianos, África, septemsianos –con centro en el estrecho de Gibraltar– y Sardinia (Cerdeña). Enseguida, poco antes de 695 y en 699, respectivamente, se crearon los *themas* de Hélade y Sicilia que, al igual que los de los carabisianos, Sardinia y septemsiano, tenían un fuerte carácter naval.

Los *themas* también permitieron la colonización de territorios devastados o despoblados por los invasores eslavos o por las incursiones árabes. En 687, por ejemplo y en el marco de un tratado de paz firmado entre el Imperio y el califato omeya, Justiniano II trasladó al *thema* de los carabisianos y al de la Hélade, que fue fundado en este momento, probablemente, aunque no aparece en los textos hasta 695, a 12 000 mardaítas del Líbano junto con sus familias para que sirvieran como soldados y marineros de los *themas* citados. [51] Los mardaítas eran un pueblo cristiano montañés que se había opuesto con inusitada ferocidad y éxito a los musulmanes y que había combatido victoriosamente contra los califas Mu`âwiya, Yazîd I, Mu`âwiya II, Marwân y `Abd al-Mâlik en lo que hoy son las montañas de Líbano, Siria y el norte de Israel hasta que fueron evacuados por Justiniano II en 687. Del mismo modo, 30 000 cautivos hechos por Justiniano II entre los eslavos durante una campaña militar que restableció el control bizantino sobre las tierras costeras que se extendían entre la desembocadura del río Ebro –hoy frontera entre Turquía y Grecia– y Tesalónica, fueron liberados y asentados como estratiotas, es decir, como soldados *thematicos* , en Asia Menor para reforzar allí al *thema* de Opsikion. [52] No fueron los últimos casos y el sistema permitió integrar social y culturalmente a antiguos enemigos poco civilizados.

En 662, cuando la reforma ya se había completado, los ejércitos imperiales quedaron conformados así: *thema* de los anatólicos: 18 000 hombres; *thema* de los armeniacos: 14 000 hombres; *thema* de Opsikion: 34 000 hombres; *thema* de los tracesios: 8000 hombres; ejército naval de los carabisianos: 4000 soldados y marineros. Es decir, el Imperio contaba en oriente con 78 000 soldados [53] a los que se sumaron los de la llamada Flota Central con base en Constantinopla, los cuerpos de murariotas y los de guardia asentados también en la capital. Un total en oriente que debía de rondar los 96 000 hombres y al que se tenían que sumar las tropas de los ejércitos de África, Italia, Sardinia y Septemsiano que aparecen citados en la carta ya mencionada enviada por Justiniano II al papa Juan V en 686. [54] Así, que el Imperio contaría con unos 108 000 hombres en sus ejércitos hacia 685. Una cifra que Justiniano II incrementó con los 12 000 mardaítas y los 30 000 eslavos antes citados que, además de cubrir bajas, seguro que supusieron un notable refuerzo.

Organización y cadena de mando *thematica*

Cada *thema* se subdividía en varias turmas con centro en una importante ciudad fortificada que había sido cabeza de una antigua provincia y cada *turmae* o turma se dividía, a su vez, en *bandon* o *tagmatas* con base en una fortaleza o ciudad que actuaba como cabeza de un distrito. *Thema* , turma y *bandon* estaban, pues, ligadas a un territorio concreto que les servía de base, fuente de financiación, centro de reclutamiento y zona de operaciones. El *drungoi* o *drungo* era, por el contrario, una unidad táctica que se formaba para una operación concreta y que no tenía una base territorial. Los grandes *themas* contaban con un gran número de efectivos en sus filas que iban desde los 28 000 que militaban en el thema de Opsikion hacia 697, pasando por los 6000 que lo hacían en el de la Hélade y hasta los 2000 que, con casi toda probabilidad, lo hacían en los *themas* de Sardinia o en el Septemsiano.

Cada ejército *thematico* se subdividía en varias turmas, un mínimo de dos o tres, que contaban con entre 2000 y 3000 efectivos. A su vez, y en campaña, cada turma se dividía en varios *drungoi* o *drungos* que contaban con un número variable de efectivos que iba desde unos pocos cientos a más de un millar. Por último, cada *drungo* se dividía, a su vez, en *bandon* o *tagmatas* de número igual de variable, pero que oscilaba entre 200 y 400 efectivos. El *thema* estaba mandado por un *strategos* ; la turma por un *turmarca* ; el *drungoi* o *drungo* por un *drungario* , título este último que tenía un rango y significado diferente en la Marina; y cada *bandon* o *tagma* por un *tagmarca* .

Las tropas bizantinas de la segunda mitad del siglo VII no solo modificaron su organización, sino también su armamento y tácticas. La tendencia general desde 641 fue que la importancia de la caballería se incrementara al tiempo que su armamento defensivo se aligeraba. En efecto, el nuevo jinete tipo no era ya el caballero de los días de Heraclio, fuertemente protegido con yelmo, coraza, cota de malla y grebas, armado con arco compuesto, lanza y espada y montado sobre un gran caballo de batalla protegido por testera, petral y medias flanqueras, sino un jinete semipesado que se protegía con un yelmo, cota de malla corta o una coraza de cuero endurecido y que usaba como armas ofensivas el venablo y la espada y solo en un número ahora menor, el arco compuesto. Estas fuerzas de caballería tendieron a homogeneizarse en su armamento y forma de luchar y, en consecuencia, la vieja división entre caballería pesada y ligera desapareció hasta que con Constantino V (741-775) reapareció una poderosa caballería pesada: los *tagmata* de Constantinopla, que formaron un tipo de ejército central de caballería pesada.

En cuanto a la infantería, la que iba armada como infantería pesada disminuyó de manera considerable en número e importancia táctica y, aunque no desapareció, se vio por lo general sustituida por una infantería más versátil y más ligera que podía combatir de forma indistinta en orden cerrado y en despliegues abiertos o en escaramuza. Su armamento consistía en lanza, escudo, espada, venablos, hondas y arcos y sus protecciones eran un yelmo, a menudo un simple caparacete de cuero, una

armadura ligera, casi siempre de cuero endurecido, o una corta cota de malla. Una infantería ligera también tuvo su papel, aunque menor, cuyo armamento era, en esencia, el arco y el venablo y su protección cascos de cuero y corazas de doble capa de fieltro acolchado.

Los cambios en el armamento y en la organización, así como la dura experiencia obtenida tras las significativas derrotas cosechadas ante los árabes durante los años 634-656 modificaron también las tácticas y la estrategia empleadas por las unidades bizantinas. La creciente importancia de la caballería y su notable incremento numérico supusieron abandonar las tradicionales rutas seguidas por los ejércitos para pasar a otras en las que abundaran el agua y los pastos con el fin de sostener las caballerías. Por lo demás, se prefería adoptar una actitud más defensiva al abandonar la estrategia de «prepotente seguridad» en las fronteras y al permitir al enemigo penetrar en el propio territorio, para, a continuación, cortar sus líneas de abastecimiento y comunicación y comenzar a hostigar sus flancos y retaguardia hasta que se reuniera una fuerza lo bastante poderosa como para dar batalla y derrotar al contingente árabe invasor que, para ese entonces, estaría debilitado y aislado.

La nueva táctica exigía contar con numerosas fortalezas y ciudades fortificadas que sirvieran de base a los propios contingentes y de refugio a la población civil, así como disponer de un excelente sistema de comunicación que permitiera avisar con rapidez de la invasión enemiga, reunir los propios contingentes y tener información fresca y continua de dónde se hallaba el enemigo. En semejante tipo de guerra, la movilidad era esencial y de ahí la creciente importancia de la caballería. Los bizantinos siguieron fortificando sus campamentos de marcha y contando con una excelente poliorcética e ingeniería militar, así como la importancia cada vez mayor de las fortalezas y ciudades fortificadas en la estrategia general motivó que las unidades de *kastrophylakes* , tropas especializadas en su defensa, fuera señalada. [55]

La estrategia general bizantina consistía ahora, en esencia, en campañas estacionales, a veces muy complejas y desarrolladas a menudo en varios frentes y con varias columnas para flanquear, rodear y debilitar al enemigo o para impedir que se reuniera, o bien para mermar sus recursos. Así, por ejemplo, en 679-680, Constantino IV aprovechó su momentánea superioridad naval tras destruir a la gran flota árabe enviada en 674-678 a asediar Constantinopla, para recuperar Rodas, atacar Cilicia con el desembarco allí de efectivos y asimismo en la costa fenicia en apoyo de los mardaítas, y todo ello a la par que los ejércitos de tierra llevaban a cabo una campaña en las montañas del Tauro y otra en el interior de Armenia.

LA PUESTA A PUNTO DE UN EJÉRCITO PARA CONQUISTAR EL MUNDO: EL EJÉRCITO OMEYA

Con Mu`âwiya, incluso antes de que se alzara con el califato, esto es, desde que en 640 fue nombrado gobernador de Siria, el ejército árabe comenzó a sufrir una creciente tendencia a la profesionalización de sus unidades y soldados y se volvió, de forma paulatina, menos tribal y más sofisticado y grande. Los *aynâd* árabes, *yund* en singular, habían sustituido a las unidades y ejércitos de base tribal y en ellos no solo militaban ya guerreros árabes, sino también persas, turcos, bereberes, etc.

Los *aynâd* surgieron en Siria y todo apunta a que su inspiración fueron los *padhgos* sasánidas. Como ellos, constituía una circunscripción militar y civil que agrupaba a varias provincias y que dotaba de asiento a un ejército. Los hombres del *yund* recibían tierras en su área de acantonamiento, pero su sueldo también les aportaba una parte considerable de sus ingresos. Estos hombres tenían que defender la región donde se instalaban, desde luego, pero estaban prestos a ser movilizados en cualquier momento y a ser enviados a cualquier frente del califato por lejano que fuera.

Conforme Mu`âwiya se consolidó en el trono extendió el sistema del *aynâd* a todo el Imperio. Los *aynâd* variaban mucho de tamaño y estaban vinculados a una región o valiato. Pero los únicos de verdad operativos eran aquellos que se asentaban en los valiatos fronterizos y los que se hallaban en Siria, que conformaban un tipo de ejército central o de reserva cuyas unidades eran más potentes y estaban mejor armadas que las de los *yund* de las provincias.

El *yund* parece haber estado dividido en unidades de 10, 100 y 1000 hombres. Así podría deducirse de las referencias que aparecen en papiros egipcios de época omeya. La unidad básica era la *`irâfa* de 10 hombres mandada por un *amir al-`urafâ´* y que se agrupaba en unidades de 100 mandadas por un *amir al-`Asûr* y en *tabiya* de 1000, capitaneadas por un Amîr al-Tabiya. Además, es probable que cada *yund* árabe contara con de 2 a 4 unidades de 3000 hombres cada una similares a las turmas que componían un *thema* bizantino.

Junto con los soldados y marineros profesionales, los *muqâtila* que, para esta época, finales del siglo VII, eran tanto árabes como *mawlás* , conversos al islam, de distintas procedencias étnicas, los ejércitos omeyas contaban con mercenarios turcos y dailamitas y se seguían nutriendo de grandes contingentes de combatientes voluntarios no encuadrados, que se alistaban sin paga para combatir en una campaña determinada, bien por motivos religiosos, bien por la promesa de botín y pillaje. A estos combatientes irregulares se les llamaba *mutatawwia* .

Los ejércitos omeyas contaban con una intendencia muy sofisticada. Los soldados profesionales inscritos en las listas del correspondiente *ajnad* recibían regularmente su paga, así como sus armas, armadura y un caballo, mula o camello para desplazarse. Esto último fue decisivo para que los contingentes omeyas siguieran contando con una

movilidad superior a la de bizantinos, visigodos, francos y chinos, al seguir estando conformados únicamente por caballería e infantería montada. Por eso, mientras que la velocidad promedio de un ejército bizantino rondaba los 30 km diarios, si el terreno era bueno, y solo en situaciones excepcionales se podían cubrir distancias que superaran los 35 km, los ejércitos omeyas avanzaban regularmente unos 40 km al día y, si llegaba el caso de forzar la marcha, podían superar hasta 50 en una sola jornada. Solo los ejércitos mongoles podrían superar esa marca. Esa movilidad también se veía favorecida por su escaso uso de carromatos para el desplazamiento de sus abastecimientos, que solían ir cargados a lomos de camellos, asnos y mulas.

El califa también proporcionaba los caballos de guerra a la caballería. Esta no usaba el arco y su equipo consistía en lanzas, espadas y venablos. Vestían armaduras de cuero endurecido y cotas de malla, con mangas y sin mangas, guanteletes de cuero con refuerzos de metal o de malla, yelmos segmentados de diversas formas, cónicos y con alas, a los que se sumó desde finales del siglo VII el popular *qalansuwa sâsiya* , una suerte de caparacete acolchado que protegía la cabeza y que se utilizaba en lugar del yelmo.

Pero la infantería montada seguía constituyendo el verdadero nervio de los ejércitos omeyas. Armada con lanzas, venablos, arcos largos, hondas y espadas, iba protegida con escudos, yelmos, corazas de cuero y cotas de malla cortas. Formaba en línea, a menudo adoptando la formación llamada *jamis* , o *jamish* , que ya describimos en detalle en el capítulo anterior. Otra forma habitual de disponer la formación era la de colocar en los flancos a los honderos y arqueros, situar la infantería de línea en el centro y la caballería a cierta distancia sobre una elevación del terreno o en uno de los flancos para que interviniera en el momento decisivo, bien cargando para aniquilar a la formación enemiga deshecha ya por la infantería árabe, bien acudiendo en apoyo de esta última si se veía amenazada por el avance de la formación enemiga.

Al igual que los bizantinos, los ejércitos omeyas fortificaban sus campamentos de marcha y contaban con un sofisticado tren de sitio. Por lo general, la táctica árabe era menos elaborada que la bizantina y su artillería de sitio y sus máquinas de asedio, menos efectivas. Pero desarrollaron una compleja estrategia. Los omeyas planificaban con cuidado sus campañas y disponían sobre el terreno a la fuerza dividida en varias columnas que penetraban en el territorio enemigo por varios puntos a la vez, siguiendo itinerarios paralelos, convergentes o no, pero siempre coordinadas entre sí y conforme al plan preestablecido, con el propósito claro de dividir y debilitar los esfuerzos del enemigo por frenar la invasión. Un ejemplo claro de esta estrategia, que veremos en el siguiente capítulo, fue la campaña que desembocó en la famosa batalla de Poitiers. [56]

EL STALINGRADO DEL SIGLO VII: LA PRIMERA GRAN BATALLA POR CONSTANTINOPLA

En 668, el genial creador del sistema *thematico* fue asesinado en Siracusa. Era un momento delicado para el Imperio. Mu`âwiya, el califa omeya, estaba presionando fuerte en el mar y en África, sin dejar de atacar Asia Menor, y justo en ese momento era asesinado Constante II y su joven hijo, Constantino IV, debía de hacer frente al califa a la par que al rebelde que, tras asesinar a su padre, se había alzado en Siracusa. Constantino IV salió del entuerto. Se aseguró el trono, pero no pudo frenar el frenético, sostenido y durísimo acoso al que Mu`âwiya sometía a Bizancio. Durante los años 670-673, expedición tras expedición naval, Mu`âwiya se había ido apoderando de puntos estratégicos: bases en Chipre y en las costas de Cilicia y Licia, las islas de Rodas y Cos, los puertos de Mileto y Cícico… Un verdadero rosario de posiciones avanzadas que servirían de apoyo al gran y definitivo ataque que Mu`âwiya estaba preparando para hacerse con la ciudad más grande y rica del mundo y, con ella, conseguir el fin definitivo del Imperio de los romanos.

Sería una batalla naval. Mu`âwiya no había dejado de conseguir victorias en el mar desde que, en 649, organizara la primera expedición contra Chipre y confiaba que serían sus flotas, con puertos de amarre en Alejandría, Acre, Sidón y Trípoli, las que le traerían la victoria. En 674, se lanzaron los dados rojos de la gran apuesta de Mu`âwiya. Según registró Sebeos, que escribió solo seis años después del comienzo del ataque puesto en marcha por el califa, este último reunió 300 *salandî* , grandes barcos de guerra, y más de 2000 embarcaciones de transporte de todo tipo y tamaño requisadas en todos los puertos de Egipto, Palestina, Líbano y Siria. Como cada *salandî* contaba con una tripulación entre remeros, marineros y soldados que sumaba 180 hombres, las 300 *salandî* acumulaban 54 000 hombres: 30 000 remeros que, recuérdese, eran en su mayor parte cristianos coptos que también iban armados, 6000 marineros y 18 000 infantes de Marina. A todo eso había que sumar las docenas de miles de marineros y remeros de los navíos y barcas de transporte, la mayoría de ellos simples civiles sin valor militar alguno, y un número de soldados de tierra embarcados que no se puede estimar pero que sumaría varios miles de hombres y que es probable que pasara de los 12 000. Así que pensar en un total de 100 000 hombres es bastante prudente y probablemente la cifra real fue muy superior.



Figura 89: Sólido acuñado en Constantinopla durante el reinado de Constante II (641-668). En el anverso, bustos del emperador y su hijo Constantino IV con clámide y corona. En el reverso, cruz sobre podio, flanqueada por el emperador y, a la derecha, su hijo Tiberio. El menor tamaño de sus vástagos señala la jerarquía del emperador, mientras que su presencia en las acuñaciones señala su asociación al trono, que intentaba evitar futuras (y probables) querellas sucesorias.

Sebeos nos informa de que los *salandî* árabes fueron equipados con «máquinas lanzadoras de fuego». Si es así, y no hay por qué dudarlo, puesto que Sebeos escribió solo dos años después de los acontecimientos, los árabes habían desarrollado sifones propios, los *anâbib* , y una sustancia inflamable que, sin ser tan efectiva como el «fuego romano», así lo llamaban los árabes, podía infligir graves daños. Además de *anâbib* para lanzar fuego, los *salandî* llevaban almajaneques, máquinas que lanzaban piedras y otros proyectiles, e iban bien provistos de arqueros, aunque eran los infantes de Marina yemeníes de Alejandría y la costa egipcia, los que, sin duda, destacaban como combatientes en las naves musulmanas.

La descomunal flota partió en la primavera de 674 desde Alejandría y subió por la costa siria recogiendo contingentes de naves y soldados para saltar a Chipre y de allí a Rodas y Cos. Atacó Esmirna y forzó el estrecho de los Dardanelos para recalar en los arrabales europeos de Constantinopla. Desde allí, y desde la base ya conquistada de Cícico, comenzó el bloqueo y asedio de Constantinopla, que duró casi cinco años: desde la primavera de 674 hasta el otoño de 678 y que fue, en afortunada comparación del doctor Francisco Aguado: «El Stalingrado del siglo VII». [57]

Constantino IV no había permanecido ocioso. Había puesto al día las formidables defensas de Constantinopla [58] y reunido y construido barcos. Un año antes de la gran embestida árabe, dispuso dos gigantescas *trieres* de 3 cubiertas y 360 tripulantes cada una, armadas con sifones de fuego procesado, *toxobolistres* lanzadoras de pesados proyectiles de hierro y con sus mástiles centrales rodeados por *xilocastron* desde donde arrojar venablos y vasijas rellenas con fuego marino y en donde situar arqueros para sembrar de muerte las cubiertas enemigas. Junto a las dos grandes *trieres* colocó un buen número de *dromones, ousiakos, kelandias* y *panfilias* e hizo que todas las naves fueran provistas de sifones de fuego procesado y *toxobolistres* .

Como hemos visto al estudiar la flota bizantina, esta contaba con un total aproximado de 211 *dromones* de distintas clases. Pero Constantino IV no pudo contar con todos. En efecto, en Sicilia, África, Sardinia y el *thema* septemsiano, que, a la sazón, se estaban batiendo a muerte con los ejércitos califales, se contaba con no menos de 30 *dromones* y esos barcos no pudieron estar en Constantinopla en 674. Por tanto, siendo optimistas, Constantino IV contaría con unos 180 *dromones* para encarar a los 300 con que contaba la flota que Mu`âwiya había enviado contra Constantinopla. Esa flota árabe tomó tierra en la costa europea de Tracia, a unos 7 km al oeste de Constantinopla, en Hebdomon. Era una posición que, junto con la que ya poseían los árabes en la costa de enfrente, Cícico, cortaba las comunicaciones marítimas de la gran ciudad a tiempo que ofrecía la protección del cabo Ciklobion, situado entre Hebdomon y Constantinopla a tan solo una milla de esta última.

La presencia de una flota semejante tan cerca de Constantinopla era una amenaza mortal. Sebeos cuenta que la escuadra de guerra árabe formó muy cerca de la costa sus 300 *salandî* y que cuando estaban ya a tan solo «dos estadios» de las murallas marítimas de la gran ciudad, esto es, a unos 400 m, el emperador los atacó con su propia armada. Así, los asombrados ciudadanos de la mayor ciudad del mundo pudieron contemplar desde sus murallas un espectáculo terrible: 300 *salandî* árabes y 180 *dromones* , entre ellos dos gigantescas *trieres* de tres cubiertas y unos 50 m de eslora, dándose la proa y las amuras y tratando de abordarse mutuamente, mientras que los sifones de fuego procesado de los bizantinos lanzaban largos chorros de líquido ardiente que no podía apagarse con agua y que una vez que prendía en un *salandî* lo consumía hasta convertirlo en cenizas. Por otro lado, las *toxobolistres* romanas barrían con sus dardos de hierro y sus andanadas de piedras las cubiertas de los *salandî* , mientras que estos respondían cargando y disparando frenéticamente sus potentes almajaneques y accionando sus *anâbib* , para replicar con piedras y fuego a las descargas enemigas. Los «lobos» bizantinos, máquinas que lanzaban garfios con los que apresar una nave enemiga, capturaban los navíos árabes cuando estos se hallaban con sus tripulaciones mermadas por la batalla y tensando los potentes cables que unían los lobos a sus garfios, atraían la nave capturada hasta ponerla al alcance de los sifones de fuego

procesado. Cuando el barco árabe era «regado» con el terrible «fuego brillante» se cortaban los amarres y el desdichado barco quedaba a la deriva hasta arder por completo, mientras que sus tripulantes y dotaciones se lanzaban al mar como teas vivientes en un intento desesperado e inútil de escapar del infierno del fuego romano que seguía achicharrándolos aún bajo las olas del mar.



Rugía la batalla, pasaban las horas y, siguiendo su táctica habitual, los *salandî* árabes buscaban trabarse, amura con amura, con los *dromones* bizantinos. Los barcos árabes soportaban las descargas de las *toxobolistres* y los chorros de fuego romano y, cuando se producía el choque entre los dos barcos, sus infantes de Marina saltaban blandiendo espadas y lanzas mientras sus arqueros los cubrían. Lucha desesperada, pues los asaltantes sabían que su navío se estaba consumiendo y que no era ya posible retroceder, sino solo conquistar la nave enemiga. La batalla duró desde el alba a la noche y fue terrible. Los *dromones* bizantinos hacían uso de su superioridad en potencia de fuego y, sobre todo, hacían valer el poder de sus sifones de fuego procesado muy superiores a sus equivalentes árabes, los *anâbib* . Pero los árabes contaban con una fuerte superioridad numérica. Por ello, la batalla quedó en tablas y ya con las sombras de la noche, con un reguero de *salandî* en llamas tras ellos, los *dromones* del emperador tuvieron al fin que retirarse a puerto.

Según cuenta Teófanes, las batallas navales se sucedieron desde abril a septiembre de 674 sin que ninguna de las dos escuadras lograra imponerse a la otra. Pero el otoño significaba tormentas y la flota del califa decidió cruzar el mar de Mármara e invernar en el puerto de Cícico, más seguro.

Mientras tanto, una segunda flota árabe, no sabemos si desgajada de la que sitiaba Constantinopla o procedente de Egipto, aprovechaba que todo el poder naval del imperio en oriente se hallaba concentrado en la defensa de Constantinopla para saquear a placer Creta con total impunidad. Tanta que los árabes invernaron en la isla.

Pero el frente principal estaba en el mar de Mármara. En primavera se reanudaron los combates navales que se siguieron librando en el mismo sector de la costa tracia: desde Hebdomon y el cabo Ciklobion al puente dorado y las murallas marítimas de Constantinopla. Parece que el Cuerno de Oro, la bahía interior de Constantinopla, no pudo nunca ser amenazado seriamente por los asaltos árabes y eso indica que, pese a su superioridad numérica, los *dromones* bizantinos lograban frenarlos una y otra vez gracias al fuego procesado y a su mayor capacidad de combate. De nuevo, de abril a septiembre de 675, se combatió sin descanso y así, año tras año, hasta que, en septiembre de 678, la flota bizantina logró imponerse.

Fue tan sencillo como que la batalla se había transformado en una lucha de resistencia. El esfuerzo de abastecer y sostener a una flota tan grande, tan lejos de sus bases egipcias y sirias, fue demasiado para el califato. Mientras que los *dromones* bizantinos tenían su puerto a media hora de navegación desde el sector donde se libraban los combates, los *salandî* árabes, y con ellos el resto de su flota y sus marinerías, se hallaban a centenares de kilómetros y a semanas de viaje de sus bases. Los *dromones* bizantinos contaban con astilleros y con abastecimientos abundantes y regulares, pues el asedio nunca logró cerrar los caminos que llevaban a la ciudad desde el interior de Tracia, ni bloquear sus puertos adonde llegaban, casi a diario, barcos con refuerzos y suministros procedentes de las ciudades y regiones bizantinas del mar Negro.

El desgaste de la armada árabe fue, al fin y al cabo, determinante. La última carta del califa y de los emires de su flota hablaba de que el gran ejército terrestre que Mu`âwiya acababa de enviar llegara a Cícico a tiempo de participar del asedio. El plan debía consistir en trasladar a docenas de miles de soldados musulmanes a Tracia para someter a Constantinopla a un verdadero bloqueo marítimo y terrestre. Pero el ejército árabe fue interceptado y vencido en el interior de Asia Menor por los *strategos* Floro, Cipriano y Petronas, que infligieron a los árabes 30 000 bajas.

En cuanto a la flota, sin esperanza ya, muy disminuida por las incesantes batallas de casi cinco años y por la falta de reparaciones y abastecimientos adecuados, levó anclas, derrotada, con sus embarcaciones en mal estado y con sus tripulaciones diezmadas y

emprendió la larga singladura de vuelta a Siria y Egipto. Pero era mala época para navegar y en octubre, en Sileon, en la rocosa costa de Panfilia, al sur de Asia Menor, fue sorprendida por una fortísima tempestad y destrozada en su mayor parte, «fue fragmentada como átomos», dijo Teófanes. [59]

Mu`âwiya perdió más de la mitad de su escuadra y a unos 80 000 hombres, amén de una incalculable cantidad de oro, suministros y equipo. El desastre fue de tal magnitud que tuvo que pedir la paz al emperador, pagarle tributo y rogarle que pidiera a los bravos mardaítas del Líbano que dejaran de atacar Siria y Palestina. [60] Mu`âwiya había calculado mal. Había pensado que la simple y aplastante superioridad numérica de su flota le daría la victoria y podría tomar Constantinopla solo desde su flanco marítimo. Solo al final, demasiado tarde, comprendió que sin un ejército terrestre que secundara a la flota, esta sería incapaz de establecer un verdadero asedio y expugnar la ciudad. Pero la derrota de ese contingente y el desgaste de la flota acabaron con la empresa y completaron el «Stalingrado del siglo VII».

La derrota árabe supuso un cambio. Los árabes siguieron atacando y venciendo, es cierto, en 698 tomaron de manera definitiva Cartago y se abrieron paso hasta el Mediterráneo occidental y en 717-718, sometieron a Constantinopla a un durísimo asedio por mar y por tierra, pero después de 678 quedó claro que Bizancio podía resistir y que era poco probable que tuviera el mismo destino que la Persia sasánida. No lo siguió y el siglo VIII vio un afianzamiento del poder bizantino con sus victorias de Constantinopla (717-718) y de Akroinon en (740). Los *themas* y la flota habían salvado al Imperio. El califato se vio muy desgastado por sus derrotas ante Constantinopla y su prestigio mermó. No sería exagerado decir que los fracasados intentos árabes por tomar Constantinopla supusieron tal inversión en hombres, barcos, oro y suministros que su pérdida restó un potencial enorme al Segundo Califato y ello en un momento en que comenzaba a aventurarse en Europa. Si los árabes hubieran triunfado en sus incursiones en el Reino franco y en Italia hubieran sido mucho más formidables y su expansión por los Balcanes y por una Europa oriental fragmentada y poblada por poblaciones eslavas aún muy primitivas, imparable.

El califato omeya, sin embargo, aún aspiraba a conquistar todo el mundo conocido y en el siguiente capítulo veremos a sus ejércitos combatir en el extremo occidente contra visigodos y francos y en Asia Central contra el Imperio de la China de los Tang.

Notas

1 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6164.

2 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6164 y 6165, 355-356; Constantino Porfirogéneta, *De administrando Imperio* 48, pp. 226 y 227, en Jenkins, R. J. H., 1967; Jorge Kedrenos, Sinopsis I, 765, en Bekker, 1838; León VI, *Naumacika* , 5-6, pp. 484-487; *Naumacika Suntacqenta to Basileiou* , 14, pp. 536-537; Nicéforo Uranos, *Talasomaquia* , pp. 574-575. Los textos griegos y la traducción al inglés de las anteriores fuentes en Jeffreys, E., 2006.

3 Juan de Nikiu, *Crónica* CXX, 31-35 y CXXI, 1; Severo de Hermópolis, 2, 14, 492-500, en Motos Guirao, E. y Soto Chica, J.: «Guerra, economía, sociedad y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputado por bizantinos, persas y árabes. 602-642», 11-51; Soto Chica, J.: «Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica, 642-718»; Soto Chica J.: «Egipto, los árabes y la conquista de la Libia marmárica, Pentápolis y Tripolitania (642-698)».

4 Soto Chica, J.: «África disputada. Los últimos años del África bizantina»; Soto Chica, J.: «Una noticia oriental olvidada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y la defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», 139-154; Soto Chica, J.: «La primera expedición árabe contra Chipre. Una nueva interpretación».

5 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6145, 346.

6 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6146, 346-347; Ibn 'Abd al-Hakam, *Futûh Mir* o *Conquista de Egipto* , pp. 189-199; Stratos, A. N.: «The naval engagement at Phoenix», 229-247.

7 Agapios de Manbij o de Hierápolis, *Historia universal* , 492,232; Teófanes el Confesor, *Crónica* 6155.

8 Soto Chica, J.: «La invención del Fuego griego y la lucha de bizantinos y árabes por el control del Mediterráneo: ingeniería militar y guerra naval en la Alta Edad Media», 113-134.

9 Juan V, papa, *Epístola* , en Migne, J. P., 1862; Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* V, 11, p. 196 en Zanella, A., 2000; Soto Chica, J.: «África disputada. Los últimos años…».

10 Crónica del conde Marcelino a. D. 508.

11 Jeffreys, E., 2006, 175-191; Mankali, Tratado naval, pp. 645-666; Christides, V., 2000, appendix B.

12 León VI, *Naumacika* , 7-8, pp. 487-489.

13 León VI, *Naumacika* , 9-10, pp. 489.

14 León VI, *Naumacika* , 11-13, pp. 489-491.

15 León VI, *Naumacika* , 25-27, p. 495, y 7-10, pp. 487-489.

16 León VI, *Naumacika* , 7, p. 487.

17 Christides, V.,2000, appendix B; Jeffreys, E., 2006, 378-406.

18 Sebeos, pp. 140-141; Christides, V., 2000, appendix B.

19 León VI, *Naumacika* , 29, pp. 494-495 y 59, pp. 506-507.

20 Liutprando de Cremona, *Antapódossis* , p. 90, en Cavallero, P., 2007; Marcos el Griego, *Liber ignium ad comburendos hostes* , pp. 89-94 y 108, en Berthelot, M., 1893.

21 Ana Comnena, *Alexiada* , XI. 10. 2-4 y XI. 11. 4, en Díaz Rolando, E., 1986; Liutprando de Cremona, *Antapódossis* , pp. 147-148; Saga de Ingvar el Viajero, pp. 136-141. La ilustración del *Codex matritensis* muestra un *dromon* bizantino mientras usa un sifón instalado en su proa que es accionado por tres hombres para propulsar un largo chorro de fuego líquido con el que incendiar una nave enemiga; véase Cirac Estopañan, S., 1965, 249.

22 León VI, *Naumacika* , 5-6, pp. 486 y 487.

23 León VI, *Naumacika* , 6, p. 487.

24 León VI, *Naumacika* , 6, pp. 486-487; Cirac Estopañan, S., 1965, 249.

25 Anecdota Carolina, en Bischoff, B., 1931, 6-7.

26 León VI, *Naumacika* , 5, pp. 486-487.

27 Soto Chica, J.: «La invención del fuego griego y la…».

28 Liutprando de Cremona, *Antapódossis* , pp. 147-148. Señala cómo tan solo quince *kelandias* de la flota imperial, cada una dotada con dos sifones, se bastaron para incendiar centenares de naves de los varegos rusos. El episodio también lo narra el monje Néstor de Kiev, en Crónica de Néstor o Relato de los años pasados, p. 122.

29 «Flotas, armamentos y equipos para dromones, panfilos y *ousiacos* kelandia de acuerdo con los inventarios para las expediciones contra Creta de 911 y 949», en Jeffreys, E., 2006, 547-560.

30 León VI, *Naumacika* , 64, pp. 508-509.

31 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6164 y 6165.

32 León VI, *Naumacika* , 51, 56 y 60, pp. 506-509.

33 León VI, *Naumacika* , 50-53, p. 505.

34 León VI, *Naumacika* , 44-48, p. 503.

35 León VI, *Naumacika* , 15-17, p. 491.

36 León VI, *Naumacika* , 2, p. 485.

37 León VI, *Naumacika* , 5, p. 485.

38 Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 50.

39 Procopio de Cesarea, Historia de las guerras, Guerra gótica, VII, XVIII.1-4 y 8-10, y VII, XIX.5; y Jeffreys, E., 2006, 15-18. Ver también Norwich, J. J., 1990, 16.

40 Ibn ʻAbd al Hakam, *Futûh Mir* o *Conquista de Egipto* , pp. 189-199; Stratos, A. N.: «The naval engagement at Phoenix», 1980, 229-247.

41 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6203, 378-379.

42 Treadgold, W., 1995, 67.

43 Al-Baladhurî, I, pp. 235-236.

44 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6140, 344-345; Agapios de Manbij o de Hierápolis, *Historia universal* , 480, 220; Miguel el Sirio II, XI, X, p. 441.

45 Ibn ʻAbd al-Hakam, Futûh Misr, pp. 189-199.

46 Sebeos, pp. 140-141.

47 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6209, 395-398; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 52

48 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6209-6210; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 52-54; Miguel el Sirio II, XI, XVIII, p. 484.

49 Treadgold, W., 1995, 118-157; Haldon, J., 1979, 67-88; Haldon, J., 1984, 71-107 y 337-356; Kaegi, W. E., 1995, 36-45.

50 Soto Chica, J., 2015, 154-155; Baynes, N. H., 1981, 81-92; Oikonomidès, N.: «The Role of the Byzantine State in the Economy», 995-996; Lefort, J.: «The Rural Economy, Seventh-Twelfth Centuries», 231-310.

51 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6169, 355-356 y 6176, 362 y 6178, 364.

52 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6179 y 6184, 364-365.

53 Treadgold, W., 1995, 159-187 y en especial 71-82.

54 Juan V, papa, *Epístola* , vol. XCVI, col. 427.

55 Zuckerman, C.: «Learning from the enemy and more: Studies in "Dark centuries". Byzantium», 79-138; Haldon, J., 2001, 67-88.

56 Kennedy, H., 2001, 18-71; Haldon, J.: «Seventh-Century Continuities: the Ajnäd and the "Thematic Myth"», vol. III, 379-423.

57 Aguado Blázquez, F., 2005.

58 Las obras definitivas sobre las murallas y defensas constantinopolitanas serán las del doctor Francisco Aguado a quien le agradezco profundamente que me haya permitido consultar sus aún inéditos libros sobre las murallas de Constantinopla y sobre su guarnición que en breve serán publicados por el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. El doctor Aguado tuvo, asimismo, la gentileza de explicarme sobre el terreno cómo funcionaban las complejas defensas constantinopolitanas. Ver Aguado Blázquez, F. A.: «La guarnición y el funcionamiento táctico de la muralla teodosiana de Constantinopla» y Aguado Blázquez, F. A.: «La muralla teodosiana de Constantinopla. Estudio histórico y topográfico», ambos en la prensa.

59 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6161-6167; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 34; Sebeos, pp. 140-141; Al-Tabarî XVIII, 164-196; al-Baladhurî, II, pp. 169-175.

60 Teófanes el Confesor, *Crónica* 6169; Nicéforo, patriarca, *Historia breve* , 34.

Los soldados del Hijo del Cielo

Los ejércitos de la China de los Tang

«Al toque del cuerno de guerra, los soldados de cada uno de los *dui* de la formación de batalla se arrodillarán y colocarán sus lanzas en posición de guardia. Así se quedarán, inmóviles, hasta que la gran bandera amarilla del *xinjun da zongguan* ondee y se abata hacia delante, dando la orden de avanzar. En ese momento redoblarán los tambores y los hombres de los *dui* gritarán todos a una: ¡Wu-hu! ¡Wu-hu! Al tiempo que se pondrán en pie y marcharán hacia el enemigo a paso firme y con las lanzas prestas. Pero si se hace sonar el gong y la gran bandera amarilla se levanta y se mantiene quieta, entonces todos los *dui* deben detenerse y sus soldados adoptar de nuevo la posición de guardia». [1]

El texto anterior lo escribió Li Jing hacia el año 636. Li Jing fue el gran general del emperador Taizong que, a su vez, fue un genio militar y el verdadero fundador de la dinastía Tang, al dirigir a las tropas de su padre en las nueve batallas libradas contra múltiples contendientes por la posesión del trono del «Hijo del Cielo» en la feroz guerra civil que entre 612 y 622 enmarcó la caída de los Sui y la consolidación de los Tang. Durante los siguientes veinte años, Li Jing luchó por su señor en frentes tan distintos como las estepas de Mongolia o las montañas y mesetas del Tíbet y vertió sus conocimientos en un tratado militar con curiosas semejanzas con el casi contemporáneo manual táctico bizantino que tantas veces hemos frecuentado ya: el *Strategikon* del Pseudo Mauricio. [2]

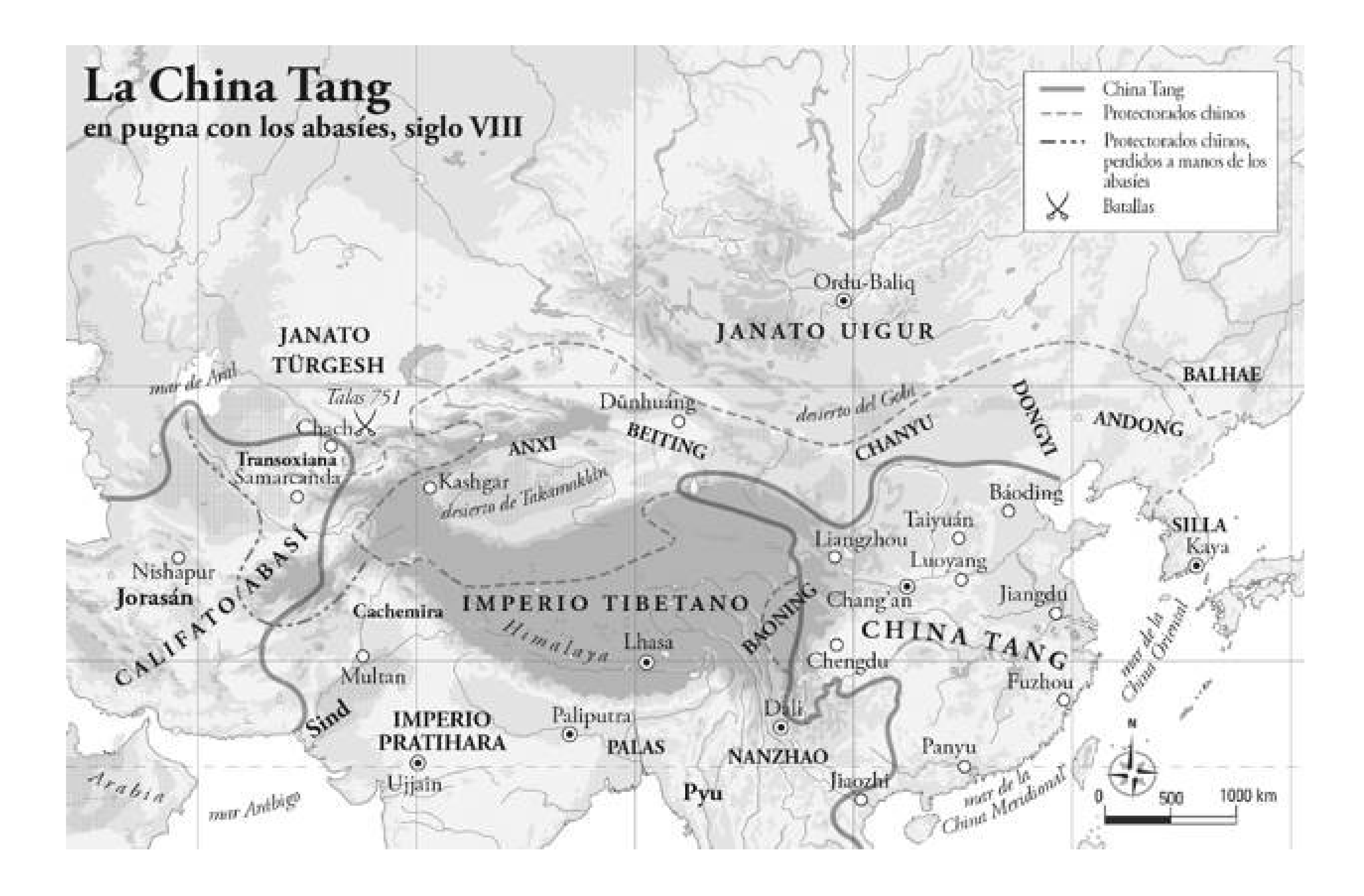
Durante el gobierno de Taizong (626-649), la China de los Tang recuperó su tradicional papel de gran potencia asiática. Lo hizo con un ejército basado en un sistema militar, el *fubing* , puesto a punto por Taizong y que describe en detalle Li Jing, pero cuya viabilidad se quebró en la década del 670 dando paso entonces a un nuevo modelo, el *dao* , basado en soldados profesionales y mercenarios que reavivó las ambiciones de dominio y expansión chinas y que constituyó la base del ejército que, en septiembre de 751, se enfrentó a los árabes en la famosa batalla del río Talas, no lejos de una ciudad llamada Atlakh, situada sobre las fronteras de lo que hoy son Kazajistán y Kirguistán, en los alrededores de la localidad actual de Dzhambul (Taraz). Esta batalla, a la que ni chinos, ni árabes prestaron mucha atención en sus crónicas, marcó, sin embargo, el fin de la expansión de ambos imperios en Asia Central. A partir de esa fecha (751), tanto árabes como chinos dejaron de extender su influencia en el corazón de

Asia y, al final, fueron los pueblos de lengua turca los que se hicieron con la hegemonía en esta inmensa región del mundo antiguo.

Pero, sin duda, China ha sido y es el gran país de Asia y uno de los ejes de civilización y poder mundiales desde hace más de dos mil años. Ese poder y esa civilización estuvieron sostenidos y defendidos por ejércitos poderosos que, en los siglos VII y VIII, tenían múltiples, curiosas y sincrónicas analogías con los ejércitos bizantinos, sasánidas y árabes y que, durante dichos siglos, se vieron sometidos a una continua evolución y perfeccionamiento. A su estudio dedicaremos las siguientes páginas.

EL CONTEXTO HISTÓRICO

A principios del siglo III, la dinastía Han cayó presa de la anarquía y las invasiones de los pueblos de la estepa y se dio paso a más de 360 años de una China dividida en varios reinos enfrentados entre sí –llegó a haber 16– y, en el caso de los del norte, sujetos al poder de élites guerreras provenientes de las tribus de las estepas y bosques de Mongolia y Manchuria. Mas, en 589, Yang Jian (581-604), primer emperador de la dinastía Sui, logró reunificar China y devolverle su condición de gran potencia. Su hijo, Yang Guang (604-618), en cambio, no supo medir las verdaderas fuerzas de su imperio, y sobre todo del sistema militar que lo sostenía, y lo llevó a una crisis monumental en la que la larga y fracasada guerra contra el reino de Goguryeo, lo que hoy es Corea del Norte, *grosso modo* , en combinación con una sucesión terrible de inundaciones, sequías y epidemias, condujo al Imperio sui a la anarquía y a la guerra civil.



Fue un periodo de diez años casi cataclísmico. En 609, en el apogeo de los Sui, con el Gran Canal en avanzada construcción y con la economía en plena expansión, el censo de ese año arrojaba una población de 46 019 956 habitantes, mientras que, en 640, cuando ya el gobierno Tang llevaba más de quince años firmemente instalado, la población censada era de tan solo 12 000 000. [3] Los informes de esos años hablan de amplias zonas del país despobladas por completo y con sus campos cubiertos por maleza. La recuperación fue lenta, pero constante. Cuando en 626 el emperador Taizong subió al trono, reconstruyó el sistema militar conocido como *fubing* y lo mejoró con una serie de reformas y con la creación de los ejércitos xinjun o «ejércitos expedicionarios».

La nueva China de los Tang y sus ejércitos xinjun mostraron bien pronto su poderío. Ese mismo año de 626, utilizando una combinación de fuerza y soborno, Taizong logró comprar la retirada del jagán Sieli de los turcos kok orientales que había invadido el norte de China a la cabeza de 100 000 jinetes. Tres años más tarde, en 629-630, Li Jing, el gran general de Taizong, fue puesto al mando de una impresionante expedición contra los turcos kok de Sieli: un gran ejército xinjun de un total aproximado de 120 000 hombres, dividido en seis columnas, penetró en Mongolia hasta cubrir una extensión de casi 1000 km entre la columna que marchaba más hacia el este y la que lo hacía más al oeste. Los turcos fueron arrinconados y derrotados. Su jagan perdió el poder y el jaganato de los turcos kok orientales, el poder dominante en las estepas desde 552, llegó

a su fin. [4] Miles de turcos se asentaron en las fronteras o fueron obligados a servir en el ejército Tang y las tribus de la estepa mongola se convirtieron en vasallas del Hijo del Cielo.

No fue la única campaña exitosa. En 635, Li Jing venció a los tuyuhun, un pueblo nómada tibetano-mongol que estaba asaltando las fronteras chinas y que fue sometido por completo. Diez años más tarde, en 645, los turcos, que trataban de levantar cabeza, de nuevo fueron derrotados y dispersados. Mientras que, en 648, un ejército xinjun penetraba hasta la cuenca del Tarim y se internaba en ella, alcanzaba el reino tocario de Kucha y lo sometía al poder de la dinastía Tang. Por último, en 657, un ejército chino derrotó por completo a los turcos kok occidentales y llevó la soberanía china al reino de Ferganá y a los reinos de Sogdiana que tuvieron que someterse y pagar tributo. En ese momento, con los árabes en Jorasán y atacando ya los reinos de Transoxiana, China estaba a punto de tener frontera directa con un imperio cuyos dominios llegaban al Mediterráneo, algo que nunca había ocurrido en la historia universal.

Pero todo se torció en la década del 670. El sistema militar chino, ya lo veremos, entró en crisis y, al tiempo, los vecinos de la China de los Tang se engrandecieron. Primero fue Corea. Allí, el correoso reino de Goguryeo había sido, al fin, sometido tras larguísimas y duras campañas que se extendieron entre 645 y 661, pero la rebelión prendió pronto y la intervención del reino del sur de Corea, Shilla, provocó que, para 676, la China de los Tang hubiera perdido el control sobre su costosa provincia norcoreana.

Antes, en los primeros años de 660, el Imperio tibetano, creado por el gran conquistador Songtsen Gampo (620-649), se alzó dirigido por los poderosos ministros de su nieto y sucesor, Mangsong Mangtsen (649-676) y de su bisnieto, Tridu Songtsen (676-705), como la mayor potencia de Asia y derrotó a los Tang y les privó del dominio sobre las inmensas regiones de Amdo y Qinghai, y amenazó a la prefectura china de Sichuan. En 665, los guerreros tibetanos de Mangsong Mangtsen arrebataron a los Tang los reinos y ciudades de la cuenca del Tarim y, con ello, se apoderaron del control de la mítica y rica Ruta de la Seda. Más aún, en 670, los tibetanos consolidaron su dominio sobre Asia Central oriental al tomar la capital china de la región, Kucha, y con el traslado de sus fronteras a los montes Tian Shan y Pamir entraron en contacto directo con el califato omeya y con el jaganato turco. En 678, los tibetanos aniquilaron a dos ejércitos expedicionarios chinos que se habían atrevido a adentrarse en su territorio y, en 680, rindieron la gran fortaleza china de Anron, con lo que se hicieron con el control sobre Sichuan oriental y amenazaron el corazón de China. [5]

Las derrotas chinas ante los ejércitos del Imperio tibetano animaron a los vencidos turcos kok orientales a alzarse una vez más. Esta vez, en 679, lograron hacerlo con éxito

y reconstruir su jaganato para, a continuación y durante años, amenazar seriamente las provincias del norte de China. [6]

El ocaso de los primeros Tang sobrevino justo cuando los árabes comenzaban a imponer su autoridad de verdad sobre los reinos situados más allá del Amu Daria, el Oxus de la Antigüedad, y en un momento en que el Imperio tibetano experimentaba cierta parálisis tras la muerte del tutelado Tridu Songtsen. La desestabilización de chinos y tibetanos facilitó que, entre 705 y 739, el dominio del califato omeya se extendiera a duras penas hasta abarcar toda Sogdiana y alcanzara Shash (Taskent) y Ferganá estableciendo sólidas bases de dominio en Samarcanda y Balj. [7] En ese momento, sin embargo, y tras la usurpación de la emperatriz Wu Zetian, la dinastía Tang volvía a afirmarse en el trono de los «Hijos del Cielo» y, merced a una profunda reforma militar, sus unidades estaban de nuevo a punto para batallar por la hegemonía en Asia Oriental y Central.

En efecto, en 740, el nuevo ejército permanente y mercenario de los Tang venció a los tibetanos en Sichuan oriental y les arrebató Anron. En los años inmediatamente anteriores, se había recuperado el control efectivo sobre la cuenca del Tarim y se había extendido la soberanía e influencia china hasta Dzungaria (hoy en las fronteras orientales de Kazajistán y Rusia), el Pamir y Ferganá que, de nuevo, volvió a la órbita china. En 747, Gao Xianzhi, *jiedushi* , esto es, comandante supremo del *dao* de Anxi, la gran prefectura militar que ocupaba buena parte de la cuenca del Tarim, condujo a un ejército de 10 000 hombres en una campaña casi imposible que los llevó a través del Pamir y hasta el Karakórum, en medio de montañas con picos por encima de los 8000 m y pasos por encima de los 5000, hasta el reino tibetano de Balur, hoy Baltistán o Gilgit –una región a caballo entre Pakistán y la India– que logró someter y arrebatar al Imperio tibetano, por lo que lo aisló del califato omeya y del jaganato türgesh. Dos años más tarde, otro gran general de la China de los Tang, Geshu Han, penetró en el norte de Tíbet, Amdo, hoy Qinghai, y tomó la gran fortaleza de Shibaocheng, situada a 3200 m de altitud, en la costa oriental del gran lago Kokonor, hoy el mayor de China y al que los chinos han cambiado su nombre tradicional por el de Qinghai. El mismo general logró en 753, en otra titánica campaña por territorios de montañas imposibles, arrebatar a los tibetanos la región del curso alto del río Amarillo conocida como «las nueve curvas». [8]

Conjurado el peligro tibetano y con el jaganato turco oriental de nuevo, y de manera definitiva, destruido en 741, la China de los Tang, en 751, se disponía a restaurar su dominio sobre Transoxiana, tal como este había sido fijado en 657, para lo que envió al lejano Occidente un contingente de 30 000 hombres mandado por Gao Xianzhi, el *jiedushi* del *dao* de Anxi, para que interviniera a favor del reino de Ferganá, que acababa de volver a reconocer la soberanía china, contra su vecino, el reino de Shash (Taskent), a la sazón, vasallo del califato árabe. Se estaba preparando la que fue la única batalla

librada entre árabes y chinos y, para poder comprender como era el ejército chino que la libró, vamos a estudiar en las siguientes páginas su evolución, estructura, despliegue, armamento y táctica.

EL SISTEMA *FUBING* Y LA CREACIÓN DE LOS XINJUN O «EJÉRCITOS EXPEDICIONARIOS»

Los Sui legaron a los Tang un sistema militar de larga tradición en China por el que el Estado reclutaba hombres que entre los 21 y los 60 años estaban obligados a prestar servicio militar a cambio del privilegio de disponer de propiedades más grandes que las que se reconocían a los demás campesinos por mor del llamado «sistema equitativo de distribución de tierras» y de algunos beneficios fiscales, así como de la exención total de la prestación de servicios o trabajo personal que se podía exigir a los demás contribuyentes. Se entendía que los soldados así reclutados debían atender con la producción de sus parcelas a su sostenimiento y al de sus familias y dotarse, asimismo, del equipo y armamento necesarios para prestar sus servicios como *junren* o *fubing* , esto es, soldados. [9]

Junto con este sistema, llamado *fubing* –un término que se usaba indistintamente para designar al sistema, a la circunscripción donde se reclutaba una unidad, a esta última y al soldado así provisto–, se disponía de reclutas de leva forzosa que eran incorporados de forma puntual en las áreas cercanas a las operaciones y que servían por un breve plazo, unos meses a lo sumo, como soldados o como trabajadores destinados a proveer de servicios o bienes a los *fubing* en campaña. Este sistema de reclutamiento y ordenamiento de la fuerza militar estaba totalmente arruinado tras la devastadora guerra civil que se inició en el Imperio en 612 y cuyos últimos coletazos se dieron en 622-623, por lo que el emperador Taizong (626-649) tuvo que ponerlo de nuevo en pie casi desde la nada y dotarlo, además, de ajustes y reformas que solventaran los graves problemas que se habían manifestado en dicho sistema desde 604.

La reforma de Taizong se inició en 627. Hasta ese momento, el ejército chino regular se componía de 24 ejércitos provinciales y 6 ejércitos centrales o «ejércitos junto al Hijo del Cielo» que se constituían a partir del envío por turnos de contingentes de soldados de los 24 ejércitos provinciales a la capital y su comarca, para que se encuadraran allí en los 6 ejércitos centrales y sirvieran a los generales de la corte. El servicio de estos soldados en los ejércitos de la capital era de tan solo un mes y no todos los años les tocaba el turno. El sistema buscaba rodear al poder central de un fuerte contingente de maniobra que actuara al tiempo como guardia. Ese ejército no podía constituir un peligro para el poder central porque los generales que lo mandaban no tenían apenas tiempo para establecer lazos personales con sus oficiales y soldados, mientras que para estos últimos su servicio en la corte era como un privilegio. Este sistema,

evidentemente, tenía también graves defectos: aunque los soldados debían servir desde los 21 a los 60 años, su servicio activo solo representaba unos pocos meses a lo largo de todo el año, excepto cuando se estaba en campaña, y el resto del tiempo se dedicaban a trabajar sus tierras. Por tanto, en esencia, eran soldados a tiempo parcial y, en el caso de su servicio en los 6 ejércitos centrales, no desarrollaban un «espíritu de cuerpo» ni tenían tiempo de conformar unidades cohesionadas, ni de conocer a sus oficiales y mandos.

Los 24 ejércitos provinciales se organizaban así: 40 *dui* de caballería cada una con 100 jinetes y agrupadas en *tuan* de 10 *dui* , con 1000 jinetes en cada *tuan* y cada ejército con 4 *tuan* de caballería. A esas fuerzas de caballería había que sumar 80 *dui* de infantería, encuadradas en *tuan* de 20 *dui* . Por lo que cada *tuan* de infantería disponía de 2000 hombres. A estas, se añadía un *dui* reforzado de 200 arqueros a caballo que actuaban como exploradores y 4 *tuan* de infantería que se tenían que encargar de la logística y de la organización, transporte y defensa de los abastecimientos y de los campamentos. Así, cada ejército sumaba 20 200 hombres sobre el papel y la fuerza total 484 800, a los que se añadían los de los 6 ejércitos destinados a la capital y a su comarca y los marineros de la flota, lo que hacía un total en torno al año 609 de 676 000 hombres a los que se agregaban algunos miles de mercenarios turcos y de otras tribus. En caso de necesidad, se recurría a la leva de campesinos para prestar servicios al ejército o engrosar sus filas y, con ello, se podía aumentar mucho los 700 000 hombres, aproximadamente, del ejército permanente. Si se tiene en cuenta que el censo de 609 daba una población total de 46 019 956 habitantes, el sistema pesaba mucho sobre la población y, en caso de que una guerra se alargara, restaba mucha mano de obra y podía producir serios daños a la economía.



Figura 90: Jinete de terracota policromada, un tipo muy abundante en los ajuares funerarios de comienzos del siglo VIII. Los caballos de guerra de gran alzada constituyeron un bien muy preciado durante la época Tang, a menudo botín conseguido en las incursiones hacia Occidente, pero también entregados por el reino de Ferganá como tributo al emperador, los conocidos como «caballos que sudan sangre». The Metropolitan Museum, Nueva York.

Eso fue lo que pasó entre 604 y 614, cuando el conflicto contra el reino coreano de Goguryeo se eternizó e hizo que muchos soldados del *fubing* , ejército regular, pasaran años y no meses en campaña y que los reclutas campesinos de leva, los *bingmu* , que, en teoría, se enganchaban para unos meses y para servir cerca de sus comarcas, lo hicieran durante años y lejos de sus tierras. El sistema, sencillamente, colapsó. La economía se derrumbó. Los hombres se negaron a alistarse y se escondían o echaban al monte y se convertían en bandidos. Sequías, inundaciones y epidemias se sumaron al desastre y al final, en 612, estalló la anarquía y un enfrentamiento civil múltiple y confuso. [10]

Taizong era muy consciente de cuáles habían sido los dos problemas que habían provocado el colapso del sistema: tener que empeñar a los soldados en largas y lejanas empresas y la falta de un adiestramiento y disciplina regulares y adecuados debido a un servicio demasiado esporádico, por lo que se dispuso a solucionarlos en 627.

Lo primero fue promulgar una serie de edictos que obligaba a los hombres del *fubing* a instruirse a diario en el manejo del arco y demás armas individuales y a agruparse por unidades *dui* y *tuan* durante los meses de invierno, cuando el trabajo en los campos no era tan perentorio, de octubre a diciembre, para adiestrarse en formaciones y movimientos tácticos e ir forjando un mejor conocimiento mutuo y camaradería entre los integrantes de la tropa de una comarca, así como con sus oficiales y mandos. El segundo paso fue distribuir la fuerza en unidades más efectivas desde el punto de vista táctico. Se buscaba con ello hacer más operativo al *fubing* y así, cuando se completó la reforma emprendida por el emperador Taizong en 627, los efectivos *fubing* de una prefectura o demarcación quedaron articulados del siguiente modo: el *fubing* de una región constituía un *fu zhechong* que, a su vez, se dividía en de 3 a 5 *tuan* de 200 hombres, por lo que el *fu zhechong* de los *fubing* de un condado, provincia o prefectura tenía entre 600 y 1000 soldados. Al tiempo, cada *tuan* se subdividía en *lu* de 100 hombres y cada uno de ellos se dividía en 2 secciones de 50 soldados denominadas *dui* , por lo que estas últimas quedaban conformadas por 5 *huo* de 10 hombres.

Los *fu zhechong* estaban a las órdenes de mandos llamados *zhechong duwei* y su número promedio era, ya lo hemos apuntado más arriba, de 800 hombres. Eran, ante todo, unidades de acantonamiento y reclutamiento del *fubing* , pero no unidades operativas ni tácticas. De hecho, era el *dui* de 50 hombres el que en el nuevo ejército diseñado por Taizong se convirtió en la unidad táctica básica. El *fu zhechong* se reclutaba en un mismo distrito, *junfu* , y constituía una unidad de base territorial, pues era en el territorio que ocupaba donde sus integrantes tenían las parcelas de 100 hectáreas por

soldado que los sustentaban, y también era en esa misma demarcación militar donde se procedía al reclutamiento para cubrir bajas. Los *fu zhechong* provinciales estaban, a su vez, relacionados con una de las 12 divisiones del ejército central, o ejércitos junto al Hijo del Cielo, finalmente establecidos por Taizong que, como se habrá advertido, dobló su número. Cada dos meses, mediante un complicado sistema de reemplazo que tenía en cuenta la distancia entre el *fu zhechong* provincial y la capital, parte de sus efectivos marchaba a prestar servicio en el correspondiente regimiento de la guardia, tras lo cual, el servicio en la capital duraba un mes, volvían a su *fu zhechong* y se reintegraban a sus *dui* . Durante su servicio en la capital o en los distritos en torno a ella, a los *fubing* o *junren* , soldados de los *fu zhechong* se les denominaba *weishi* .

Los hombres del *fubing* Tang seguían siendo, en esencia, campesinos reclutados entre aquellos que poseían propiedades lo bastante grandes como para sustentarlos a ellos y a sus familias y costear su equipo. Los soldados del *fubing* seguían sirviendo entre los 21 y los 60 años y era harto frecuente que un hombre de la misma familia sustituyera al soldado en el servicio de las armas cuando este último se jubilaba. El reclutamiento de tropas para cubrir las bajas se llevaba a cabo cada tres años. Para ello, se estudiaba el censo de personas y propiedades de la provincia y se elegía a los reclutas conforme al denominado «principio de los tres criterios»:

1. Que el potencial recluta dispusiera de una parcela que le permitiera alimentarse y alimentar a su familia, amén de proveer de riqueza suficiente como para costear su equipo y armamento. Dicha parcela, ya lo hemos dicho, rondaba las 100 hectáreas, un tamaño muy similar al de los contemporáneos soldados bizantinos de los *themas* .

2. Que fuera un individuo sano y fuerte.

3. Que su familia contara con más de un varón adulto para que le fuera posible atender las labores agrícolas cuando el soldado estuviera fuera de su propiedad y para sustituirlo si causaba baja en el servicio por enfermedad, herida o muerte.

Los soldados debían contar con su uniforme, una túnica y pantalones de seda que se llevaban bajo la armadura y proveerse también de armamento: yelmo, armadura de cuero y placas de hierro, arco y carcaj con 30 flechas, espada y lanza. En el transcurso de las campañas, recibían del Estado raciones para su sostenimiento y, si la campaña se alargaba o si se les deterioraban, se les reponían uniformes, equipos y armamento.



Figura 91: Figuras de terracota de guerreros de época Tang, protegidos por una elaborada armadura, con refuerzos en los hombros y protector ventral, grebas y un yelmo. Las figuras habrían contado con armas de madera en miniatura, hoy perdidas.

Las unidades tipo *fubing* que acabamos de describir alcanzaron su clímax a finales del siglo VII. En ese momento, el Imperio contaba con 633 *fu zhechong* , esto es, con unos 600 000 hombres. De estos 633 *fu zhechong* , 353 estaban acantonados y, por tanto, eran reclutados en la capital o en los distritos y provincias en torno a ella. De hecho, muchos de los 320 distritos o prefecturas de la China de los Tang carecían de *fu zhechong* y estaban huérfanas de efectivos permanentes, que se concentraban alrededor de la capital y en las fronteras del norte y del oeste y las regiones del sur y del este quedaban poco guarnecidas. Así, por ejemplo, Guanzhong, la prefectura donde se hallaba Chang'an, la capital, era la sede de 131 *fu zhechong* y las prefecturas vecinas albergaban a otros 151. Es obvio que esto provocaba un desequilibrio importante, pues las provincias y comarcas centrales, y en concreto las de Chang'an y sus alrededores, soportaban una carga mayor, pues de ellas salía la mayoría de los soldados del *fubing* , hasta tal punto que, en dichos territorios, muchos de los campesinos adultos y físicamente aptos estaban encuadrados en los *fu zhechong* del *fubing* . Este considerable desequilibrio, con su inmensa y correspondiente carga, se explica por la falta de confianza de los Tang en las poblaciones del sur y del este y también porque el sistema de rotación que debía proveer de soldados a los regimientos que servían junto al Hijo del Cielo imponía que los *fu zhechong* provinciales, de cuyas unidades salían esos soldados, no se hallasen muy lejos de la capital. Se trataba de compensar esta mayor carga impuesta a las prefecturas y provincias cercanas a Chang'an haciendo que estas regiones o prefecturas no tuvieran que entregar además reclutas para la leva forzosa que complementaba los ejércitos Tang. En efecto, junto con los *fubing* que formaban en

los *fu zhechong* , se seguía contando con docenas de miles de reclutas a los que se alistaba para un servicio de pocos meses, a veces incluso semanas, y que engrosaban las filas cuando se emprendían grandes expediciones o bien se les ponía a trabajar en la logística y en labores de ingeniería destinadas a dar apoyo a las tropas. [11]

Para Taizong, al igual que para sus predecesores Sui, la cuestión de la seguridad del trono era prioritaria. Para ello, ya lo hemos visto, se había ingeniado el sistema de rotación que nutría las filas de los regimientos de la capital. Por lo mismo, para dificultar al máximo una posible sublevación militar, se contaba con un rígido sistema de regulación de la movilización de los efectivos de los *fu zhechong* provinciales. Efectivamente, para que un oficial movilizara fuera de su distrito a una unidad del *fubing* necesitaba una orden expresa y concreta de la administración central. Dicha orden se verificaba mediante un ingenioso procedimiento: cada *fu zhechong* estaba identificado con su nombre grabado en una lámina de cobre con forma de pez. Ese pez se partía en dos; una parte quedaba en posesión del comandante del *fu zhechong* y la otra se depositaba en las oficinas imperiales. Cuando el gobierno decidía movilizar un contingente, se buscaba la mitad del pez de cobre que se tenía archivada en las oficinas centrales y se grababan en ella las órdenes concretas de movilización: número de hombres, destino y misión que cumplir, y se enviaba al oficial al mando del *fu zhechong* en cuestión. Cuando el comandante recibía la mitad del pez de cobre con sus órdenes, tenía que proceder a la verificación juntando esa mitad de pez de cobre con la que él guardaba. Para hacerlo, era necesaria la presencia del gobernador civil del distrito y solo entonces, verificada la autenticidad de la orden al encajar perfectamente las dos partes del pez de cobre, se procedía a movilizar las tropas y a enviarlas donde se requirieran. Movilizar 10 soldados de un *fu zhechong* fuera de su comarca, y sin haber contado con la orden correspondiente expedida y verificada según el procedimiento que acabamos de explicar, implicaba para el oficial o mando responsable un año de trabajos forzados y proceder a hacer otro tanto con 1000, esto es, para un *fu zhechong* al completo significaba la condena a muerte de su comandante por estrangulamiento. [12]

Como se ve, la disciplina era implacable y estricta. Conocemos en detalle algunas de las ordenanzas dadas por Taizong. Si un soldado retrocedía cuando se daba la orden de avance, el soldado que se hallaba tras él en la formación debía darle muerte de inmediato o sería también condenado a muerte. Si un soldado rompía la formación o abandonaba el combate para dedicarse al pillaje del campamento o de los caídos del enemigo, se le ejecutaba en el acto. También eran condenados a muerte aquellos soldados que fueran sorprendidos introduciendo mujeres en los campamentos y aquellos otros que propalaran rumores derrotistas o alarmantes. En todos los casos descritos, la ejecución del infractor era por decapitación. Por lo demás, el incumplimiento de órdenes en el servicio diario se correspondía con penas de azotes, reclusión, multas, trabajos forzados y, para las más graves o para la reiteración de las faltas, la ejecución y el embargo de sus propiedades. [13]

La obsesión por la seguridad del trono ante posibles revueltas militares tuvo también mucho que ver con la que fue, sin duda, la reforma militar más exitosa e importante de Taizong: la creación de los xinjun o «ejércitos expedicionarios». Ya vimos que el sistema *fubing* de los Sui colapsó porque no estaba diseñado para ser sometido a la presión de sostener largas o lejanas campañas militares. Pues bien, Taizong encontró la solución: los xinjun. Se trataba de crear poderosos ejércitos expedicionarios capaces de movilizarse y conformarse con rapidez a la par que de obtener rápidas y decisivas victorias y evitar así largas contiendas. El xinjun o ejército expedicionario se conformaba a partir de la reunión de *dui* procedentes de varios *fu zhechong* provinciales, con ello se seguía con el principio de que los generales al mando de grandes divisiones de tropas no contaran con una relación estrecha y continuada con ellas. El xinjun se ponía al mando de un *xinjun da zongguan* , que habitualmente procedía de los regimientos destinados en la capital y que una vez cumplida la misión encomendada al xinjun lo disolvía y regresaba a Chang'an. Como el xinjun se constituía para dar fin a una misión concreta –rechazar una invasión, someter a vasallaje o dominio directo a un reino o tribu de las fronteras, etc.–, el número de sus efectivos era muy variable y oscilaba entre 3000 y 100 000 hombres. Aunque lo normal era que se compusiera de unos 20 000, que se encuadraban o dividían en unidades operativas llamadas *jun* , cada una de las cuales contaba con entre 2600 hombres como mínimo y 4000 como máximo, a las órdenes del *xinjun da zongguan* . Los *jun* , por cuestiones de logística y de estrategia, operaban, por lo general, de forma autónoma, avanzando sobre el enemigo por diferentes rutas pero coordinados y reuniéndose de nuevo para encarar al enemigo cuando este era embolsado, arrinconado o también se agrupaban para presentar batalla campal. Los *jun* de un xinjun quedaban bajo el mando del *xinjun da zongguan* o general en jefe del xinjun. Los *jun* de sus unidades solo se nutrían de tropas *fubing* , esto es, de soldados campesinos, sino también de reclutas de leva forzosa, los *bingmu* , que, sobre todo, se ocupaban de la logística y de proveer de todo lo necesario a los soldados *fubing* , pero que, si se creía oportuno, también podían combatir. Además de los *fubing* y los *bingmu* , los xinjun también se completaban con unidades auxiliares de tropas bárbaras mercenarias o enviadas por los jefes vasallos del Hijo del Cielo. Sobre todo se trataba de jinetes turcos kok, kitán, tuyuhun, uigures, etc. que servían como caballería ligera y exploradores, siempre a las órdenes directas de sus propios jefes tribales y formando unidades aparte. El número e importancia de estos mercenarios o auxiliares bárbaros fue creciendo. Así, por ejemplo, en 651, de los 50 000 hombres de un xinjun enviado a combatir en Asia Central, 30 000 eran auxiliares uigures. La filosofía del xinjun requería que fuera lo bastante potente y numeroso como para asegurar una campaña rápida y una victoria completa y decisiva que pusiera fin a las operaciones y permitiera la disolución del xinjun, el regreso de los *fubing* a sus *fu zhechong* de origen y el licenciamiento de los *bingmu* . De esta manera, no se ponía en riesgo la estabilidad del sistema *fubing* y tampoco la marcha normal de la economía agraria china.

Como se puede ver, el nuevo ejército chino contaba pues con dos tipos de unidades: organizativas y tácticas. Las *fu zhechong* , de 600 a 1000 hombres, asentadas en las provincias donde eran reclutadas y prestaban servicio de guarnición dentro del sistema tradicional *fubing* y los *jun* , de 2600 a 4000 soldados, que conformaban los xinjun o ejércitos expedicionarios y que eran unidades formadas por entre 52 y 80 *dui* provenientes de diferentes *fu zhechong* . Los *jun* , por tanto, eran unidades estrictamente tácticas que se creaban para una campaña o expedición y que se disolvían no bien se le diera cumplimiento. De hecho, la única unidad permanente que servía tanto en los *fu zhechong* como en los *jun* eran los *dui* de 50 hombres que sí permanecían siempre unidos y que, con ello, proporcionaban la cohesión y seguridad necesarias a las divisiones donde se integraban, ya fueran estas de despliegue estático o de operaciones.

Estudiaremos ahora en profundidad al *dui* como unidad básica del ejército Tang. Ya hemos visto que contaba con 50 hombres divididos en 5 *huo* de 10 hombres cada uno. Al frente de cada *huo* había un suboficial y el que estaba al mando del primer *huo* del *dui* mandaba a este último al completo. El *dui* tenía su propia bandera que lo identificaba en el combate y que portaba un abanderado también con rango de suboficial y al que protegían dos soldados con la misión de impedir que la bandera cayera en manos enemigas. El resto del *dui* lo constituían 42 soldados. El *dui* formaba cuadros de 5 filas de profundidad y 10 hombres de frente. En esta formación cerrada, cada soldado tenía asignada una posición preestablecida y una pauta de reemplazo por si el hombre que tenía delante cayera durante la batalla o por si el oficial diera la orden de relevar a la fila que sostenía el combate. Sobre el campo de batalla o de adiestramiento, los *dui* maniobraban como la pieza básica de cualquier frente, plan, línea o disposición táctica y se agrupaban o desplegaban en formaciones de batalla combinadas que agrupaban 5, 6, 8, 10 o 12 *dui* , esto es, formaciones de 250 a 600 hombres. Por ejemplo, 12 *dui* se agrupaban para formar lo que se denominaba una «tenaza». En este movimiento o formación táctica, los 12 *dui* se distribuían así: 6 formaban la tenaza propiamente dicha, que hacía frente al enemigo; 1 quedaba en la retaguardia, para cubrirla y custodiar su bagaje; y otros 5 *dui* se desplegaban a ambos lados de la tenaza, para darle apoyo y cobertura y aprovechar los huecos que pudiera crear en el frente enemigo.



Figura 92: Abanderado en un mural de época Tang, que viste armadura de cuero reforzada con placas de hierro y un yelmo, que parece contar con almófar para proteger el cuello. Esta poderosa protección concuerda con su importancia en la dirección de la batalla, una función que implicaba que contase con dos hombres para su defensa durante el combate.

Por su parte, los xinjun o ejércitos expedicionarios solían desplegar a sus *dui* de infantería en dos escalones o líneas de batalla, para formar un amplio frente erizado de lanzas y repleto de ballesteros y arqueros y con la caballería en las alas. Los *dui* de la caballería tenían que explorar el terreno, localizar y vigilar al enemigo, explotar las brechas que en sus formaciones lograra hacer la infantería y, en caso de que el enemigo rompiera filas, perseguirlo.

Esta disposición del frente en dos escalones permitía que el xinjun contara siempre con una sólida línea de apoyo, pues el segundo escalón o línea actuaba como una reserva a la vez que otorgaba profundidad y solidez al despliegue. Para evitar las sorpresas –tan habituales, por ejemplo, en las tácticas de los turcos kok y de los tibetanos, los principales enemigos del Imperio de los Tang– se hacía hincapié en que, en caso de que el enemigo rompiera filas, la infantería china daría comienzo a su persecución, pero solo durante dos o tres «tiros de arco» –poco más de un kilómetro, aproximadamente–, tras lo cual sus *dui* formaban de nuevo en orden cerrado y, si se verificaba que el enemigo seguía huyendo en desorden, la caballería iniciaba entonces la verdadera persecución y acoso. Se consideraba que la infantería era la base de todo despliegue y que debía ofrecer posiciones seguras a la caballería, para hacer frente al enemigo en formación cerrada.

En su avance por territorio enemigo, el xinjun o ejército expedicionario enviaba exploradores por delante y a sus flancos. Estos exploradores iban siempre en parejas,

portaban largas y estrechas banderas de señales de vivos colores y en la dilatada estepa se desplegaban de la siguiente forma al frente, en el flanco derecho y en el izquierdo: una pareja de exploradores a 5 li del ejército, a unos 2500 m; otra a continuación de la primera, a 10 li del ejército; y así, pareja tras pareja de exploradores, hasta situarse la última a 30 li del xinju, a unos 15 km. Por tanto, al frente del ejército se desplegaban 6 parejas de exploradores de manera escalonada y otras tantas en sus flancos derecho e izquierdo, conectadas visualmente entre sí. Y, por medio de las señales de las largas banderas de vivos colores que portaban, informaban casi al instante de cualquier movimiento o concentración del enemigo y daban con ello tiempo más que suficiente al comandante del xinjun o del *jun* en cuestión para que adoptara las medidas necesarias.

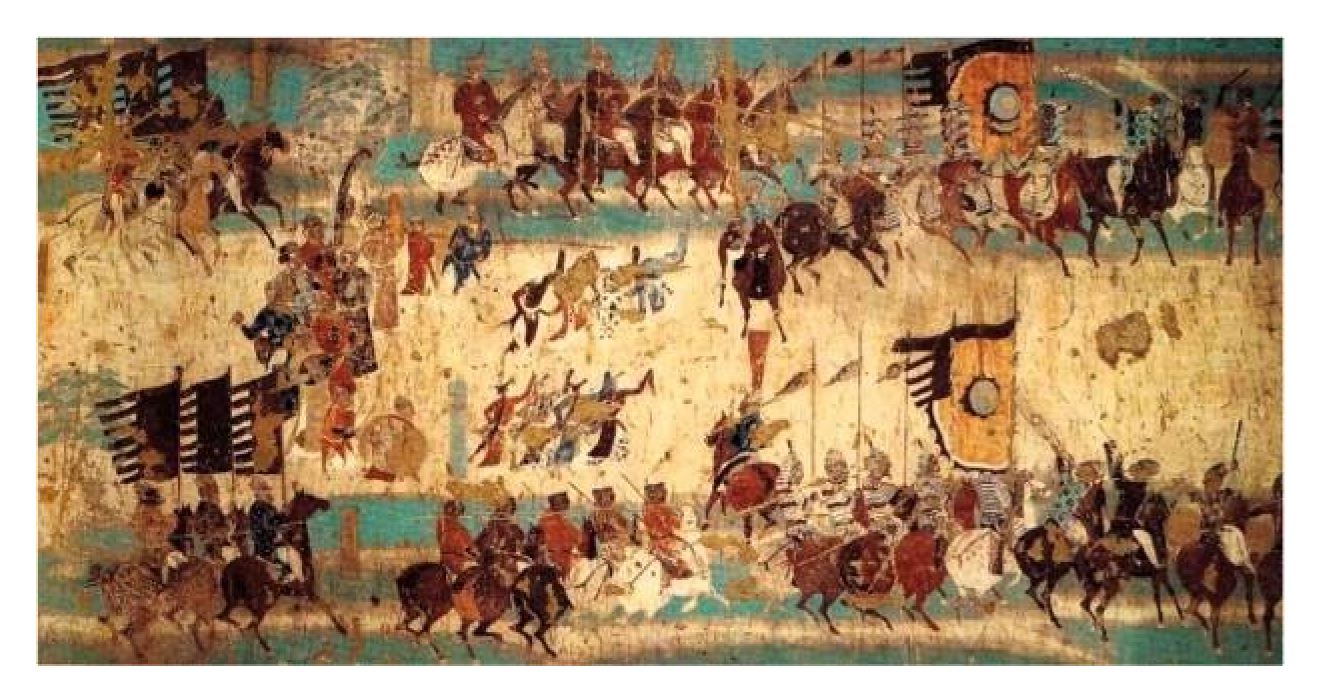


Figura 93: El ejército del general chino Zhang Yichao en la campaña que arrebató Dunhuang de manos tibetanas en 848. Fresco de la cueva 156 del complejo de Dunhuang Mogao, un conjunto de más de 400 templos rupestres.

Las órdenes se daban con tambores, cuernos, campanas y gongs, así como con movimientos de las banderas, siempre de color amarillo la del general del ejército, un color reservado a lo central y al poder o mando, y acompañada de otras cinco, cada una de un color y tamaño diferentes, que indicaban las distintas direcciones y movimientos que tenían que adoptar las unidades y alas del contingente. Cuando dos banderas se cruzaban entre sí indicaban que las unidades o alas que representaban debían fundirse y adoptar un nuevo frente de batalla. Por su parte, el redoble de los tambores indicaba avance y ataque; el sonido de los gongs, retirada o detenerse; mientras que los cuernos y las trompas o bocinas ordenaban movimientos secundarios: lanzas arriba, tensad arcos, disparad, lanzas al hombro, etc.

En las ordenanzas de Taizong, tal como se recogen en la obra de Li Jin, se especificaba que los xinjun o ejércitos expedicionarios debían contar con dos tercios de combatientes y que el tercio restante de sus soldados tenía que destinarse a labores logísticas y a la custodia y seguridad de los trenes de abastecimiento, de las líneas de comunicación y de los campamentos. Un ejército expedicionario tipo de 7 *jun,* integrado por unos 20 000 hombres, debía estar formado por 2200 arqueros, 2000 ballesteros, 4000 lanceros, 4000 jinetes y 8000 hombres destinados a los servicios, recoger o llevar equipos y alimentos para los combatientes del xinjun y la seguridad de las líneas de abastecimiento, comunicación y campamentos. Por ello, con los 200 arqueros a caballo que solían completar las filas, un xinjun promedio disponía de 20 400 hombres a los que luego se podían sumar efectivos extra provenientes de reclutas forzosos y auxiliares bárbaros. De esa tropa regular de 20 400 hombres que componía un xinjun promedio, el 60 % tenía que ir equipado con armadura completa y al resto solo se le exigía que llevara sus armas ofensivas y túnicas acolchadas o ligeros petos de cuero. [14]

La creación de los xinjun entrañó un mejor aprovechamiento del sistema *fubing* y permitió a la China de los Tang dotarse de una gran estabilidad interna al tiempo que recuperar su papel como gran potencia de Asia Oriental. Ya vimos al exponer el contexto histórico que las victorias se sucedieron entre 626 y 661, pero que, de nuevo, al igual que había pasado con los Sui, el intento de los Tang por someter el reino coreano de Goguryeo provocó un desgaste terrible y una guerra interminable que suponía un desafío al sistema de ejércitos expedicionarios o xinjun pensados para campañas rápidas y decisivas, no para guerras de desgaste. Además, la guerra con Goguryeo y con el reino Shilla del sur de Corea coincidió durante bastantes años con la dura y larga guerra sostenida contra el Imperio tibetano entre 661 y 685 y contra el resurgido Imperio de los turcos kok orientales. [15] Ocurrió lo mismo que había sucedido en los años finales de la dinastía Sui: el sistema *fubing* , por muy mejorado que hubiera sido mediante las reformas del emperador Taizong, no estaba pensado para soportar largas contiendas y, una vez más, colapsó.

Así, el Imperio de los Tang tuvo que afrontar una segunda y más radical reforma de sus ejércitos y es a esa reforma y a esos nuevos ejércitos Tang, los que, al final, combatieron a los árabes en la batalla del río Talas, a los que se dedica el siguiente punto.

EL SISTEMA *DAO* O EL NUEVO EJËRCITO TANG

Hacia el año 705, cuando los Tang pudieron recuperar el trono del Hijo del Cielo tras la usurpación de la emperatriz Wu Zetian, el sistema militar que sostenía al Imperio, el *fubing* , estaba arruinado. Aunque es evidente que esa ruina y desaparición del *fubing* y de los ejércitos expedicionarios o xinjun, fue progresiva. Por ejemplo, el último xinjun

del que se tiene noticia se reunió en 732, una fecha en la que los primeros pasos del nuevo sistema militar chino, el *dao* , ya se habían dado. Y es que al ser el *fubing* no solo un sistema de organización militar, sino también un sistema de ordenamiento de la sociedad y de la producción, los cambios fueron lentos y paulatinos y la necesidad de crear de arriba abajo un nuevo sistema solo se materializó cuando fue evidente el inapelable fracaso de los parches puestos al sistema y su completa ruina.

Lo cierto es que esa ruina no la propiciaron únicamente las largas guerras que agotaron al sistema, sino también el modelo de propiedad que lo sostenía, pues las parcelas de unas 100 hectáreas que debían mantener al soldado *fubing* y a su familia habían comenzado a caer en manos de la nobleza y de los comerciantes ricos. En efecto, no pocos *fubing* vieron como parte sustancial de sus tierras terminaba siendo vendida o acaparada por medios ilegales para acabar en manos de los ricos. Evidentemente, si el Estado no era capaz de proteger las propiedades de sus soldados, no podía esperar de ellos que sirvieran con la misma dedicación y con el mismo equipo y armamento con que antaño lo habían hecho. De todo ello derivó un notable descenso de la moral y de la capacidad combativa de los soldados que, obligados a seguir sirviendo sin interrupción y lejos de sus hogares por largos periodos y dejando tras de sí propiedades que ya no bastaban para alimentar a grupos familiares extensos que pudieran hacerse cargo del cultivo de los campos, se sentían condenados a la más horrible miseria.

Al principio, el Estado optó por buscar soluciones de despliegue y reorganización y no por actuar en las raíces del problema. Así, en la mitad de la década de 680, cuando la crisis del modelo *fubing* ya era más que evidente y las derrotas se acumulaban desde hacía veinte años, se optó por tratar de solventar los problemas con la creación de ejércitos de frontera servidos por efectivos *fubing* extraídos de las provincias y que quedaban exentos de los turnos rotativos de servicio en la capital, pero con la obligación de servir tres años seguidos en esos contingentes de frontera acantonados en potentes centros fortificados, *jun zhen* , y en donde se les sumaban unidades de soldados de leva, también obligados a servir por dos o tres años, y grupos de soldados *fubing* que, al aceptar abandonar para siempre sus provincias de origen a cambio de privilegios y de gratificaciones diversas, quedaban establecidos de manera permanente en los *jun zhen* de los nuevos ejércitos de frontera que, en esencia y como ya se habrá advertido, no eran sino la transformación de los xinjun o ejércitos expedicionarios en ejércitos permanentes de las fronteras. [16]

Se constituyeron así varios ejércitos permanentes frente a los tibetanos y turcos y se logró una mejor protección ante sus ataques, aunque la base y raíz del problema –la incapacidad del sistema *fubing* para formar unidades permanentes con soldados a tiempo completo que sirvieran durante años y no durante meses sin dañar al sistema productivo– seguía estando presente. Así, tan solo unos años después de la creación de los ejércitos de frontera, en 695, se constataba que muchos soldados del *fubing*

abandonaban sus regimientos y sus tierras para escapar al servicio en los nuevos ejércitos de la frontera. Fue la disolución, sin más, del viejo modelo. En 749, cuando el Imperio decidió ampliar los recursos de sus nuevos ejércitos permanentes profesionales, los *dao* , y envió las órdenes de movilización a los regimientos del *fubing* provincial, los ya mencionados peces de cobre, pocos hombres respondieron a la orden, tan pocos que se dio por finiquitado el sistema *fubing* de forma definitiva.

De hecho, a principios del siglo VIII eran los reclutas de la leva forzosa quienes proporcionaban la mayor parte de los efectivos de los contingentes de la frontera junto con bandas de mercenarios bárbaros. De tal modo era y tan poca esperanza se ponía ya en cubrir las filas recurriendo a hombres del fubing que, en 717, se emitió una disposición que ofrecía a los soldados que habían sido reclutados mediante la leva forzosa –básicamente y en origen, campesinos y trabajadores pobres– el reenganche después de su servicio en la frontera a cambio de notables gratificaciones y exenciones. Surgieron así los *jian'er* («muchachos fuertes», literalmente), un nuevo tipo de soldado que hacía de la milicia permanente su oficio y estilo de vida y percibía por ello un sueldo y otros beneficios. Fue todo un acierto. Miles de antiguos soldados procedentes de la leva se reengancharon como *jian'er* y sirvieron por largos periodos en los ejércitos fronterizos que, al contar con más efectivos veteranos y bien dispuestos, mejoraron de manera notable su combatividad y operatividad.

El paso definitivo se dio en 737, veinte años después de iniciado el proceso y tras efectuar el cálculo de cuántos soldados serían necesarios para completar las filas del ejército permanente desplegado en las fronteras, se emitió un edicto para que todos aquellos reclutas que lo desearan pasaran a ser *jian'er* con un sueldo más elevado de lo normal, exención de todos los impuestos, así como de las prestaciones personales y, además, con dotación de tierras y casas para sus familias, que así se podrían instalar junto a ellos en las fortalezas y bases de los ejércitos de frontera en los que servían. Acababa de nacer un ejército profesional y mercenario, el *dao* , que resultó un éxito. En 738, al año siguiente del edicto en cuestión, los conscriptos que quedaban en las fronteras fueron licenciados y se promulgó una disposición para anunciar que no se enviarían más reclutas de la leva a las fronteras, pues los nuevos soldados *jian'er* habían completado las plazas de los regimientos allí destinados. No obstante, a los reclutas de la leva no se les eliminó por completo, pues se les alistaba de forma masiva cuando hacía falta montar una gran campaña o se presentaba una emergencia. Por ejemplo, en 754, se envió a docenas de miles de reclutas de la leva a engrosar las filas de una gran expedición lanzada contra el reino de Nanzhao, situado en las selvas y montañas de la actual región autónoma china de Yunnan y allí murieron en su mayor parte, pues la misión fue un completo desastre. Otro ejemplo lo tenemos en 755, cuando se movilizaron millares de reclutas de la leva para tratar de frenar a los veteranos del temible general An Lushan, que acababa de alzarse en rebelión y cuya revuelta causó millones de muertos y la decadencia de la dinastía Tang.

Sabemos mucho acerca de la estructura y organización de estos nuevos contingentes profesionales de las fronteras, los *dao* , cuya unidad táctica básica seguía siendo el *dui* de 50 hombres. Y es que, entre otros muchos documentos y noticias, conservamos una lista redactada en 742 que recoge más de 60 guarniciones desplegadas desde Sichuan, al norte, hasta el sur de Yunnan y la llanura del río Rojo, en lo que hoy es el norte de Vietnam. La lista en cuestión, enumera y describe unidades de tamaños muy dispares, desde unos pocos cientos a 30 000 hombres, todo un gran ejército, y la suma de las 60 unidades en ella consignadas arroja un total de efectivos que ronda los 500 000 hombres, de los cuales 80 000 eran de caballería, esto es, el 16 % de la fuerza. La mayoría de las unidades oscilaba entre los 1000 y los 10 000 soldados y a la mayor parte de ellas se la designa como *jun* , las más potentes; a otras se las denomina *shouzhuo* («destacamentos de defensa», literalmente); y a otras, *cheng* («fortalezas»), si bien se empleaba la misma palabra para denominar a la fortaleza y a la unidad que la ocupaba. Los *shouzhuo* eran de menor tamaño que los *jun* y mayores que los *cheng* , pero el sistema era muy flexible y un *jun* podía quedar reducido y convertido en *shouzhuo* ¸ así como este último podía ver engrosadas sus filas y ser un *jun* . Estas unidades, *jun, shouzhuo* y *cheng* se encuadraban desde 737 en 10 grandes ejércitos de frontera que cubrían desde Corea y Manchuria al norte y al este, pasando por Asia Central y las fronteras tibetanas, hasta llegar a Yunnan y Vietnam al sur. Estas 10 grandes formaciones de frontera eran, a la par, ejércitos y prefecturas que agrupaban a varias antiguas provincias y que se denominaban como *dao* . Cada uno de los 10 *dao* o grandes ejércitos de frontera estaba mandado por un *jiedushi* . Los 5 *dao* más grandes estaban en las fronteras norteñas y occidentales desplegados ante los turcos y otros pueblos de la estepa, los kitán de Manchuria, los coreanos y los tibetanos. Estos 5 grandes *dao* del norte y del oeste sumaban un número de efectivos que oscilaba entre los 55 000 hombres del más pequeño y los 91 000 del más poderoso. Los otros 5 *dao* imperiales, los que cubrían las fronteras meridionales y sudorientales y el extremo occidente, en la cuenca del Tarim, Kashgaria y los montes Tian Shan eran más pequeños.

En los grandes *daos* del norte y del oeste, por lo general, en torno al 45 % de la fuerza disponible quedaba acantonada en, o junto a, la capital del *dao* , dividida en *jun* , mandada directamente por el *jiedushi* , agrupada al grueso de la caballería del *dao* y actuando como unidad móvil o de maniobra. El resto de la fuerza del *dao* se distribuía en 5 o 6 grandes guarniciones, *shouzhuo* y *cheng* , dotadas sobre todo de infantería y con no más de un 10 % de caballería. Se esperaba que esas guarniciones detuvieran el avance enemigo y que luego el ejército móvil desplegado en, o junto a, la capital del *dao* acudiera en su socorro con el *jiedushi* a la cabeza y rechazara a los invasores. A continuación, el *jiedushi* organizaba una expedición punitiva en territorio enemigo.

En los nuevos ejércitos *dao* , buena parte de los oficiales y suboficiales procedía de las filas de los *jian'er* , soldados profesionales, aunque al mismo tiempo, y desde 702, se

había instaurado un sistema de exámenes abiertos a cualquier aspirante que pretendía atraer oficiales procedentes de la pequeña nobleza o de las clases urbanas acomodadas. En dichos exámenes se exigía al aspirante tener un buen dominio del arco, de la lanza y de la espada, destreza ecuestre, capacidad de mando y conocimiento de las ordenanzas y de las formaciones y tácticas básicas. Aun así, la mayoría de estos exámenes, o los pasaban *jian'er* de origen humilde que procedían del campesinado pobre y que habían demostrado valor y habilidad ascendiendo desde las filas, o guerreros de origen bárbaro, turcos en su mayoría, que se habían alistado en los ejércitos chinos y que, al destacar en ellos, pretendían hacer carrera. En la segunda mitad del siglo VIII la práctica totalidad de los oficiales de los *dao* había ascendido desde las filas de la tropa y puesto que tanto el sistema de exámenes como la promoción directa dependían del *jiedushi* que mandaba el *dao* , era a él y no a la administración central a quien debían su promoción.

De este modo, uno de los principios del viejo sistema Tang, que no se establecieran lazos de dependencia y relación estrecha entre los generales y los hombres a su mando, se rompió con la constitución y desarrollo de los *dao* . Las consecuencias no tardaron en manifestarse. Conforme el sistema se imponía, se mostraron sus efectos positivos y se trató de aumentarlos otorgando al *jiedushi* del *dao* mayores poderes sobre la administración civil del territorio que debía defender. Se trataba de que el *jiedushi* contara con el control de los recursos fiscales y económicos que necesitaba para pagar, armar y dotar a sus soldados de todo lo necesario para que constituyeran una fuerza efectiva de combate. Al final, hacia 750, los *jiedushi* ya reunían en su mano todo el poder militar y la mayor parte del civil, así como controlaban lo esencial de la administración en las extensas áreas que quedaban a su mando. El peligro se evidenció de forma inquietante cuando dos exitosos *jiedushi* , An Lushan y Geshu Han, aglutinaron a su mando no un *dao* , sino varios. Geshu Han permaneció fiel al trono, pero An Lushan, agraviado por un ministro del gobierno central, decidió alzarse en 755 en la célebre sublevación que lleva su nombre y que marca el fin de la prosperidad y poder incontestable de la dinastía Tang que, aunque sobrevivió a la importante rebelión, nunca logró que China se repusiera por completo de la devastadora guerra civil, ni recuperara el control efectivo sobre muchas regiones, además de tener que renunciar al papel de gran potencia en Asia.

Pero en los primeros años de su desarrollo, el sistema de los *dao* fue muy exitoso. El Imperio restableció el control sobre buena parte de Asia Central y recuperó los territorios perdidos ante turcos y tibetanos. Incluso logró aplastar para siempre a los turcos kok orientales y penetrar con profundidad en el Tíbet y alcanzar Transoxiana y todo ello en menos de veinte años.

Una parte considerable de los efectivos de estos *dao* , sobre todo los que servían en el oeste y en el norte, estaba formada por mercenarios turcos kok, uigures, kitán, carlucos, etc., incluso un porcentaje no desdeñable de la oficialidad y los altos mandos era de

origen extranjero. El mejor *jiedushi* del periodo, Gao Xianzhi, era de origen coreano y el ya citado An Lushan era turco kok, miembro de un clan noble que se había refugiado en China, mientras que Geshu Han, era mitad turco türgesh y mitad tocario, esto es, indoario, del oasis de Kucha. Esta creciente influencia de los extranjeros no supuso al principio ningún problema, pero cuando An Lushan se rebeló, se vio con claridad el peligro. En efecto, tan solo unos meses antes de su alzamiento, An Lushan había pedido y obtenido permiso del gobierno central para sustituir a 32 comandantes de origen chino de sus *dao* por otros de etnia u origen turco. Estos últimos, claro está, no sentían el respeto reverencial que los chinos tenían por el Hijo del Cielo y sí un vivo agradecimiento a su *jiedushi* : An Lushan. [17]

COSTE, LOGÍSTICA, EQUIPO Y ARMAMENTO

En la China de los Tang, como en todos los Estados de la Antigüedad, la Edad Media y el mundo moderno, la mayor parte del gasto se dedicaba al sostenimiento del ejército. Se conocen algunas cifras: en 712, esto es, cuando el sistema *fubing* estaba muy dañado pero aún constituía la base del ejército chino permanente, el gasto militar anual ascendía a 2 000 000 de «cuerdas de monedas de cobre». La moneda de cobre china del momento era conocida como wu zhu y dio origen al qián. La moneda wu zhu solía ser redonda con un agujero cuadrado en medio por el que se pasaba un cordón de seda roja para agrupar 1000 wu zhu. Una cuerda de monedas de cobre equivalía, pues, a 1000 wu zhu que podían cambiarse por un tael de plata, a su vez equivalente a 40 g de plata. Por tanto, 2 000 000 de cuerdas de monedas de cobre representaban 2 000 000 de taeles de plata, o, lo que es lo mismo, 80 000 kg de plata. Una cantidad de plata equivalente a 17 857 000 milaresios o nomismata de plata bizantina del momento, una suma notablemente menor que la que costaba el sostenimiento de los ejércitos bizantino o sasánida en el siglo VI. Pero cuando se introdujo el sistema *dao* , con sus soldados bien pagados y servicio a tiempo completo, y sostenidos a expensas del tesoro imperial, el gasto se disparó de forma exponencial. En 742, era de 12 000 000 de cuerdas de cobre, equivalentes a 480 000 kg de plata, una suma que ya estaba muy cercana a lo que Bizancio y Persia habían gastado en sus contingentes mercenarios de finales de la segunda mitad del siglo VI. Pero no se detuvo ahí el gasto y, para 755, el coste del sostenimiento del ejército pasaba de 14 000 000 de cuerdas de monedas de cobre, [18] es decir, que sobrepasaba el equivalente de 560 000 kg de plata.



Figura 94: Relieve procedente del enorme mausoleo que el emperador Taizong se erigió en el monte Jiuzong (Xi'an), y que representa a su caballo Saluzi («Rocío de otoño»), al que montó en 621 durante el asedio de la ciudad de Luoyang. El corcel fue herido por una flecha, y en la imagen se muestra al general Qiu Xinggong extrayéndola.

Ese gasto se empleaba en la compra de telas, armas, equipos, caballos, arreos, materiales diversos, raciones… ya que los soldados de los *dao* recibían sus pagas en especie: ropas, lienzos de seda y raciones de alimentos. En 755, el sueldo anual de un soldado era de 12 piezas de tela y 7,2 *shi* de grano. Como el coste del mantenimiento de los *dao* era tan elevado y como se pagaba en especie, lo que suponía desplazar a las fronteras cantidades gigantescas de mercancías, con el consiguiente sobrecoste, al final se optó por el establecimiento de *tuntian* , esto es, colonias agrícolas ligadas a las unidades del *dao* y destinadas a proveer a los soldados de este último con sus excedentes. [19]

En cuanto a las caballerías, se organizaron cuadras imperiales supervisadas por funcionarios del gobierno central que contaban con extensos pastos y bien organizados establos para criar caballos de guerra, *zhan ma* . Muchos de esos caballos procedían, o tenían su origen, en caballos de Asia Central, en especial de Ferganá y Transoxiana, que antaño habían recibido el nombre chino de «caballos celestiales» y de «caballos que sudan sangre» y que eran de mayor alzada y potencia que las monturas chinas. En 754 se censaban 325 700 caballos de guerra en las cuadras y pastos imperiales. Estas grandes yeguadas se sostenían mediante un impuesto especial que, desde principios del siglo VII, tenían que pagar los hombres más adinerados del Imperio. [20]

A la hora de organizar trenes o líneas de abastecimiento se recurría a reclutas de leva forzosa que servían durante unas pocas semanas arrastrando carretillas chinas, con una sola rueda en medio del vehículo y capaces de desplazar 180 kg cada una. Buena parte de las necesidades logísticas se cubría con las prestaciones obligatorias de trabajo personal, un porcentaje de los impuestos que tenían que pagar los campesinos y artesanos. Así, por ejemplo, en un determinado momento, se ordenó a los carpinteros y artesanos de Henan y del bajo Yangtsé que fabricaran 50 000 carretillas chinas destinadas a transportar los bagajes del ejército. [21] La intendencia estaba muy bien organizada y un complejo sistema de oficinas y funcionarios velaba por que los suministros estuvieran a tiempo en los almacenes de los *dao* o en los carros de su bagaje militar.

Desde época Sui estaba prohibida la fabricación de armas fuera de los talleres imperiales. Esa actividad competía, por tanto, solo al Estado y, del mismo modo, su comercio estaba rígidamente controlado y, a menudo, prohibido. Las armas del periodo Tang, como las del resto de la historia china desde el reinado del primer emperador, eran de excelente calidad. El acero chino era igual o superior al famoso acero indio y las técnicas de forjado y acabado ofrecían armamento de mucho valor y excelentes resultados. Si con el sistema *fubing* los soldados habían tenido que comprar sus armas a los talleres imperiales o a aquellos otros autorizados por el Estado, con el sistema *dao* fue el Estado quien armó directamente a los hombres a su servicio. [22]

El correo estaba también muy bien organizado. Se disponían postas con caballos de refresco que enlazaban la capital con las bases y fortalezas de las fronteras y, así, un correo con órdenes o noticias podía viajar a una velocidad de 128 km diarios.

La caballería china de este periodo, *qibing* , era, en esencia, caballería pesada, *tieqi* . Los hombres llevaban armaduras de cuero y placas de hierro y yelmos de excelente calidad con malla de acero que ofrecía protección extra para la cabeza y el cuello. Sus caballos de guerra, *zhan ma* , iban también revestidos de cuero y placas de hierro con petrales, testeras, capizanas y flanqueras para proteger sus pechos, cabezas, cuellos y costados. A esta armadura equina se la denominaba *majia* . Asimismo, existía una

caballería más ligera, *qingqi* , pero en su mayor parte y en los siglos VII y VIII se reclutó entre los pueblos vasallos de la estepa o aliados del Imperio.

La infantería iba también dotada de armadura y yelmo. La armadura era también de cuero endurecido y placas o láminas de hierro y, además, a veces se usaban cotas de malla con arreos de cuero. Los lanceros llevaban siempre estas armaduras y sus yelmos con cota de malla, pero los arqueros y ballesteros solían ir menos protegidos.

La espada china de este periodo, en contra de lo que se suele creer, era larga, recta y de dos filos. Recibía el nombre de *dao* . Su largo promedio era de 90 cm, incluida la empuñadura, por lo que la hoja solía tener una envergadura de 75 cm y un ancho aproximado de 3,5 a 4,5 cm. La empuñadura era bastante corta y sus arriaces o guardas, breves. Su peso rondaba los 1,3 kg. También se usaba el sable, en especial, algunas unidades de caballería, y la mayoría de las de caballería ligera formadas por reclutas de las tribus turcas y mongolas de la estepa en particular. El sable chino se denominaba *jian* y contaba con una envergadura de entre 93 y 106 cm, incluida la empuñadura. Tanto el *jian* o sable, como la *dao* o espada recta, estaban cuidadosamente equilibrados para dotarlos de mayor potencia en los golpes y ser más manejables. El filo era en extremo cortante. El *jian* estaba pensado para herir de filo, como es lógico, pero el *dao* era un arma pensada para herir sobre todo de punta, aunque también se podían dar golpes de filo y su esgrima estuvo muy desarrollada y se basaba en giros muy abiertos y estocadas ascendentes.

Junto con la espada, el arma más generalizada era la lanza. Las había de muchas clases. Estaba la *qiang* , la más habitual, de unos 2,5 m de longitud y potente moharra. Su uso fue tan popular que su nombre, *qiang* , se usa hoy para denominar al fusil. Estaba también el *mao* o pica china, más pesada y larga que la *qiang* . También se usaba el *cong sha* , una lanza corta muy pesada y de gran hoja que se utilizaba como lanza de estoque. Los infantes chinos usaban también las *touqiang* o jabalinas y otros modelos de lanza especialmente largas, las *tan* ; o cortas y ligeras, *huaqiang feng* . Por último, se portaban también alabardas denominadas *jî* y lanzas con el asta recubierta de hierro, similares al angón franco y denominadas *chan* . La moharra de la lanza se llamaba *dui* , el asta de madera, *qin* y el regatón, *zun* . En tanto que los lanceros eran designados como *qiangshou* .

El arco era de tipo compuesto, simétrico para la infantería y asimétrico para la caballería. Se usaba cola, tendones, cuerno y madera en su fabricación, que no distaba mucho de las formas empleadas por los pueblos de la estepa, los sasánidas o los bizantinos. El nombre del arco era *gong* y a la flecha se la designaba como *jian* . Existía una palabra para denominar al conjunto de arco, carcaj y flechas: *gongjian* . El carcaj se denominaba *bing* o *lan* y solía tener capacidad para 30 flechas de cabeza triangular y cuya asta podía ser de bambú o de madera. Los arqueros eran *nushou* , el mismo

nombre que se daba a los ballesteros, y cuando un arquero era un consumado experto se decía de él que era capaz de disparar un *baibu chuanyang* , esto es, que era capaz de «disparar una flecha que a 100 pasos atravesara la hoja de un sauce». Los ballesteros disponían de sofisticadas y potentes ballestas dotadas de cranequín o engranaje de tensado mediante ruedas dentadas que se llamaban *nubing* , mientras que a la ballesta en sí se la denominaba *quan* .



Figura 95: *Dao* , o espada recta de dos filos, de época Tang.

Las anteriores, espada recta, sable, lanza, arco y ballesta, eran las armas corrientes de los soldados Tang. De hecho, aunque los *dui* de 50 hombres que formaban la base de las agrupaciones tácticas se especializaban como lanceros, arqueros o ballesteros, lo cierto es que los lanceros no solo llevaban lanzas, sino también espadas y arcos y la mayoría de los arqueros y ballesteros iba provista de espadas. No obstante, también se usaban otras armas como el hacha de combate, *fu* o la maza, esta última usada de forma excepcional por la caballería.

En cuanto al armamento defensivo, el yelmo era de acero y se denominaba *doumou* y con frecuencia se combinaba o incluía la *toudou* , una especie de cofia de malla que protegía la cabeza y cuyos lienzos de anillos o escamas cubrían también el cuello.

La armadura era de cuero endurecido y estaba reforzada con placas o láminas de hierro. Se la llamaba *jinjia* y, en el caso de tener completas todas sus piezas, coraza, protecciones para los brazos, etc. se la denominaba *kuijia* . Al conjunto formado por la armadura y el yelmo se le llamaba *rongjia* y a los infantes y los caballeros pesados *jiezhou* .

El uso del uniforme era generalizado en los ejércitos chinos. En un principio, solía ser de seda amarilla, pero luego se asentó la costumbre de que cada unidad contara con

sus propios colores para identificarse con claridad. Encima del uniforme se colocaba una chaqueta acolchada y sobre esta la armadura de cuero y placas de metal. La armadura tenía, a su vez, correajes y adornos de diversos colores que contribuían a distinguir las distintas unidades. Así, por ejemplo, el primer *tuan* de caballería de un *jun* vestía armadura con adornos y correajes en verde brillante y sus caballos llevaban adornadas sus armaduras con borlas y arreos en verde oscuro, mientras que sus banderas debían estar ilustradas con un león. El segundo *tuan* de caballería, por su parte, lucía en sus armaduras correajes y adornos de color rojo y sus caballos arreos de cuero colorado y borlas de un rojo intenso, en tanto que sus banderas llevaban leopardos.

Cada ejército disponía de dos bandas de música: una compañía formada por 94 tambores, y otra en la que se encuadraban 37 tocadores de flauta, campanas, gongs y otros instrumentos. [23]

LA BATALLA DEL RÍO TALAS

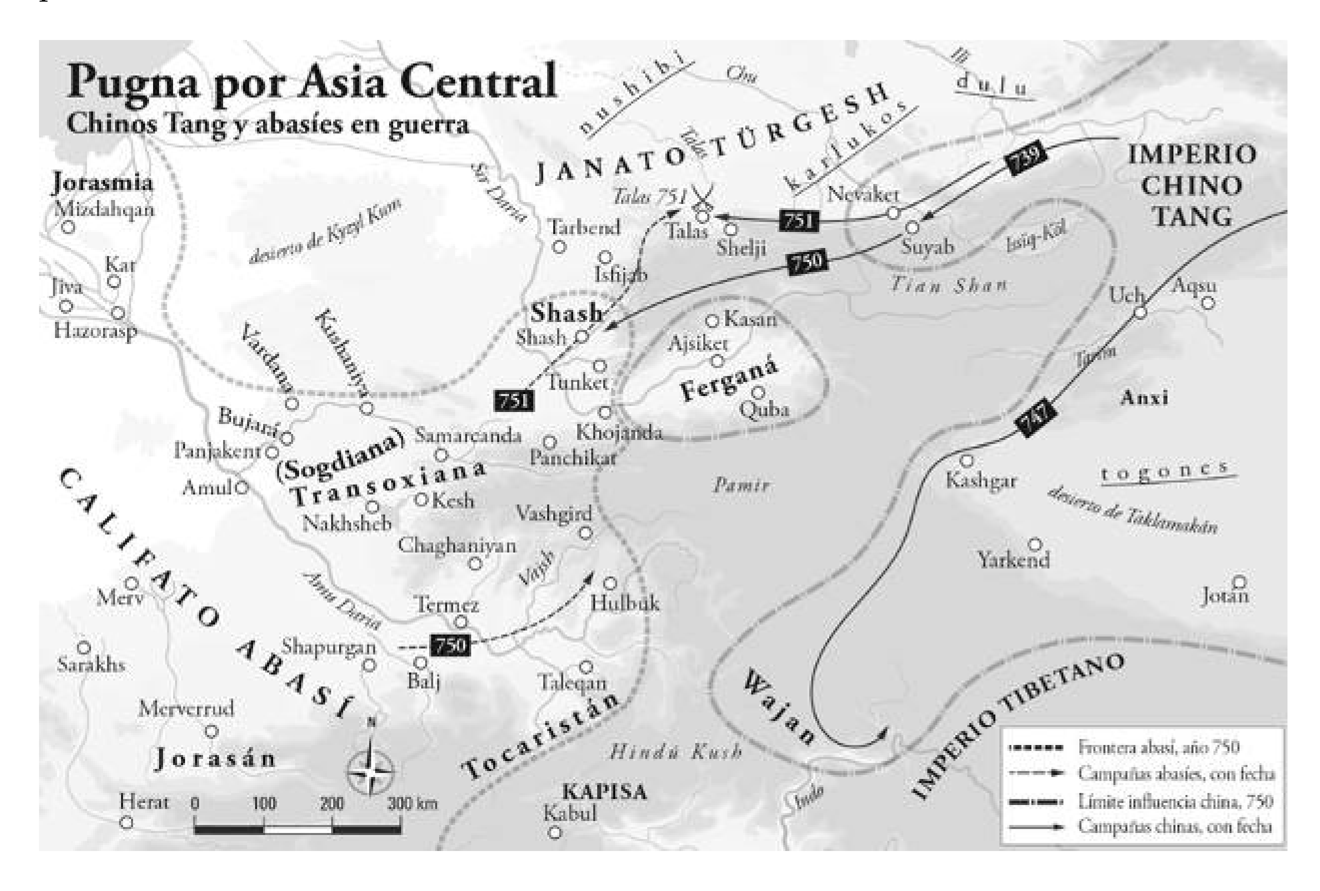
Hacia la batalla

En 651, los árabes alcanzaron Merv, la principal ciudad sasánida de Jorasán. Allí, y en ese año, fue asesinado el último *shahansha* de Persia: Yazdgerd III. Merv estaba muy cerca del gran río Oxus (Amu Daria), ancho y difícil de cruzar y que había constituido la frontera entre Persia y el jaganato de los turcos kok occidentales. Pero, tras muchas peripecias, el jaganato de los turcos kok occidentales entró en una profunda crisis cuando en 630 su soberano fue asesinado y los carlucos, una poderosa tribu turca vasalla de los kok, se sublevaron. Además, estas profundas dificultades de los turcos kok, desde 560 la potencia dominante en Transoxiana, se vieron agravadas con el derrumbamiento de Persia y con la llegada a sus fronteras, orientales y occidentales, de los ejércitos conquistadores de dos agresivos imperios en expansión: la China de los Tang y el califato árabe.

Los ejércitos Tang llevaron a cabo una serie de exitosas campañas entre 645 y 658 que desarboló lo que quedaba del jaganato turco de los kok occidentales y que llevó el dominio chino al oeste de los montes Tian Shan, al gran valle de Ferganá y hasta Kish, en lo que hoy son las tierras fronterizas entre Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, con el sometimiento a vasallaje, de forma oficial, a Sogdiana y Sigistán y con el traslado, en teoría, de sus fronteras al oeste del Sir Daria, el antiguo Yaxartes. De hecho, el emperador Gaozong (649-683) emitió un edicto en 658 que creaba las provincias de Sogdiana y Yaxartes y las dividía en 16 distritos. Además, reivindicaba su derecho a reinar sobre todas las tierras y gentes que antaño habían estado sometidas a los turcos kok y, por ende, a llevar sus fronteras a Jorasán. Algo que parecía probable, sobre todo cuando, en 661, un ejército chino logró imponer la soberanía de los Tang sobre

Cachemira, hoy entre Pakistán y la India, y puso en contacto China con Tocaristán, la antigua Bactriana y hoy el norte de Afganistán. [24]

Los árabes, por su parte, iniciaron una serie de rápidas algaradas que buscaba botín e imponer tributos a las ricas ciudades de Transoxiana. En una de esas expediciones murió Quthm, hijo de Abbas, tío de Mahoma y abuelo del futuro primer califa abasí. Pero, héroes aparte, las expediciones árabes, al contrario que las chinas, no lograron imponer un control efectivo sobre las regiones que atacaban. Solo saqueaban y, después, volvían a cruzar el Oxus. Ello se debía, en parte, a que estas expediciones se planeaban y nutrían de medios y efectivos desde la lejanísima Kufa, en el sur de Iraq, la base árabe de la que dependían los ejércitos que operaban en Persia. Solo en 671, Ziyâd ibn Abî Sufyân, gobernador omeya de Iraq y Persia, dispuso la instalación en el gran oasis de Merv, hasta entonces la ciudad situada más al este y controlada con efectividad por los árabes, de 50 000 colonos árabes con sus familias.



Esta cercanía al teatro de operaciones de una nutrida colonia militar permitió afrontar, ahora sí, la conquista de las fabulosas ciudades y tierras situadas al este del Oxus. En 681, Salm ibn Ziyâd fue nombrado gobernador de Jorasán y, en los dos años siguientes, organizó fructíferas expediciones de conquista que sometieron a vasallaje Jozrem, el antiguo reino de Jorasmia y Samarcanda. Estas conquistas árabes tenían,

además, el camino abierto ante ellas, pues, en la década del 660, recordemos, el poder chino en Asia Central se derrumbó ante los golpes del Imperio tibetano y este estaba más interesado en el sur de Transoxiana, Tocaristán, la antigua Bactriana, que en Jozrem o Sogdiana, además, a partir de 680, el Imperio tibetano se volvió más y más hacia India y China y presionó menos en Asia Central. Por ello, la expansión árabe se las prometía muy felices.

Pero entonces murió el califa Yazîd I y se inició la guerra civil en el califato omeya y las expediciones de conquista árabes se detuvieron. De hecho, el Jorasán árabe se sumió en la anarquía más profunda durante años, cuando varias tribus, en especial los banû bakr, los banû rábica y los Banû Tamin, con sus respectivas clientelas de origen iranio, se enzarzaron en una durísima contienda intertribal. De modo que lo conseguido a principios de la década de 680 se perdió. Solo en 696 se logró imponer el orden en Jorasán y devolver su control efectivo a Damasco. Al año siguiente (697), el nuevo gobernador omeya nombrado por el califa Abd al-Mâlik, tentado por comerciantes sogdianos que le facilitaban créditos para organizar la expedición, se lanzó contra la ciudad de Bujará y sus ricas tierras. La expedición fue un completo fracaso y, para 705, toda Transoxiana estaba fuera del dominio árabe. [25]

La llegada, en 705, de un general de relieve, Qutaiba, y los recursos del Imperio omeya permitieron que los árabes retomaran con brío la conquista de Transoxiana, en un momento en que la China de los Tang se estaba recuperando y volvía a intervenir en Asia Central, de modo que dos imperios activos y agresivos avanzaban desde dos direcciones opuestas y confluyentes sobre una misma región. Dicho de otro modo, se preparaba una imperial colisión.

Qutaiba comenzó en 705 una serie de ambiciosas, duras y, por lo general, aunque no siempre, afortunadas campañas en Tocaristán, Jozrem y Sogdiana. Primero cayó Bujará, luego fue sometido Tocaristán y, tras unas terribles marchas contra el Zumbil de Sistán, Qutaiba pudo al fin centrarse en Sogdiana y en 712 imponer el vasallaje a Samarcanda. No se detuvo ahí, en 713 avanzó contra el reino de Shash (Taskent), y contra el de Ferganá a los que impuso la soberanía omeya y en 714 parece que atravesó los montes Tian Sahn y se adentró en el Imperio chino hasta alcanzar, quizá, Kasgar, en lo que hoy es el occidente de la república autónoma china del Sinkiang. A su regreso, Qutaiba fue recompensado con la noticia de que su gobierno en Jorasán y Transoxiana, del que tantos millones de dírhams habían sido enviados a Damasco en los últimos nueve años, acababa de ser separado de Kufa y Basora y transformado por el califa en un valiato independiente, cuyo gobernador, Qutaiba, solo tenía ya que rendir cuentas ante Damasco. Pero poco le duró la alegría, en 715, en un momento en que China, inquietada por los éxitos árabes, irrumpía con fuerza, se preparó su caída.

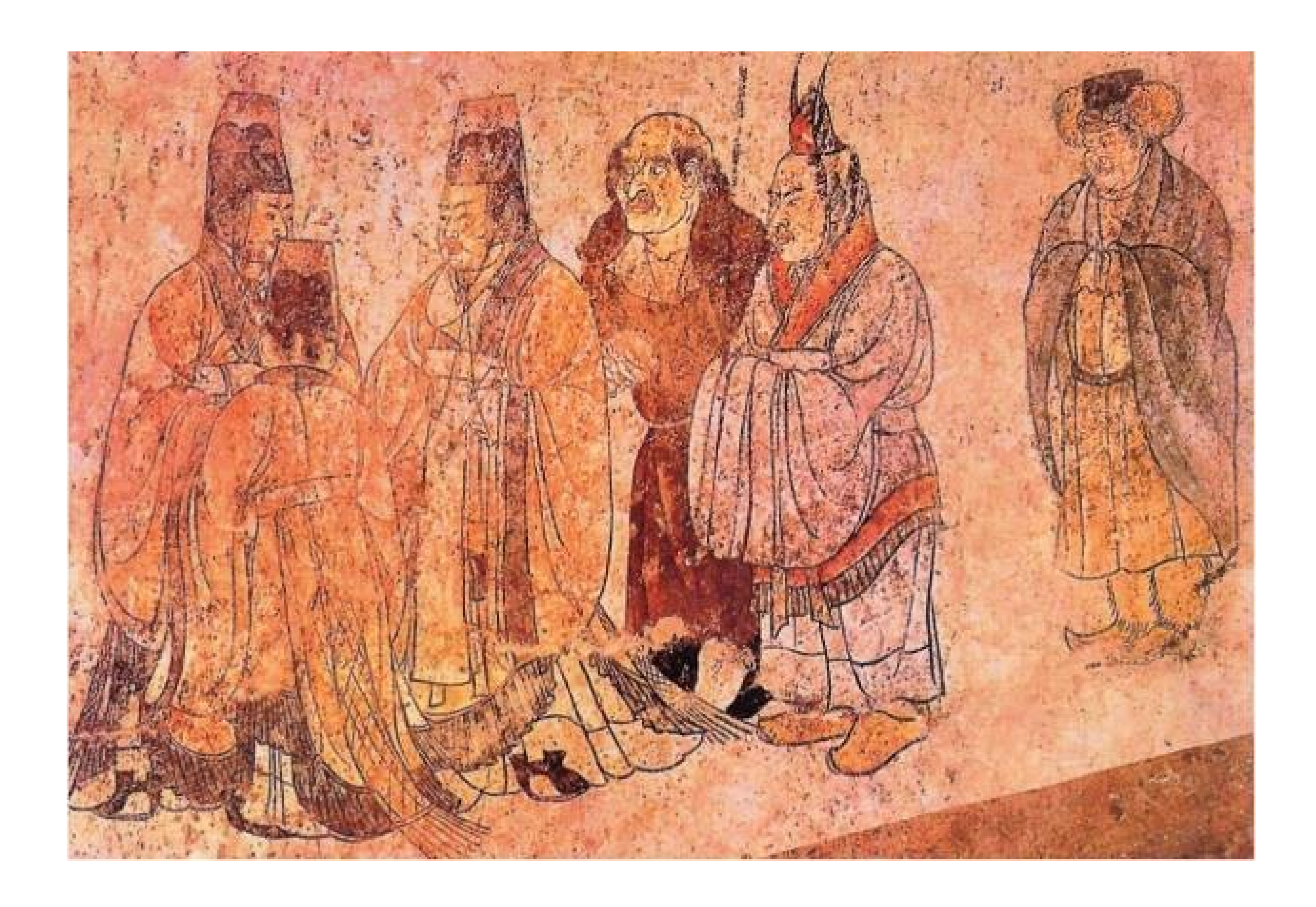


Figura 96: Embajadores extranjeros recibidos en la corte Tang. Las dos figuras de la derecha son emisarios coreanos, mientras que el personaje con la cabeza descubierta, calvo y con una prominente nariz es un enviado occidental. Mural de la tumba de Li Xian (Qianling, Shaanxi), *c* . 706.

En efecto, el rey de Shash, cuyo reino había tenido que someterse a los árabes en 713, pero que antaño, en 657, había aceptado la soberanía china, envió una embajada al emperador Tang para solicitar ayuda contra los árabes a cambio de volver a reconocer la soberanía del Hijo del Cielo. China –que en 712-713 había recuperado el control sobre la cuenca del Tarim al obligar a los tibetanos a retroceder al sur de los montes Kunlun, con el sometimiento, a continuación, en 714, a las tribus nómadas de la región situada entre el Tarim y Dzungaria, y que, en 715, había respondido a la incursión de Qutaiba en Kashgaria con el envío allí de un poderoso ejército que instaló guarniciones y que después invadió Ferganá, derrocó al rey vasallo de los árabes e instaló en el trono del rico reino a un nuevo soberano sometido al vasallaje debido al Hijo del Cielo– respondió de manera afirmativa a la petición del soberano de Shash y le otorgó su protección, lo que restauró de manera formal su soberanía y privó a los árabes de Shash y Ferganá. [26]

Los árabes, a la sazón, envueltos en graves problemas, poco podían hacer por impedir esta nueva expansión china en Asia Central, máxime cuando los chinos

continuaron con su secuencia de éxitos. En 716, con ayuda china, los türgesh, un poderoso jaganato que tenía su centro en el río Ilí, reconocieron la soberanía china. Animados por estos triunfos de los Tang, en 718, varios reinos de Sogdiana y Tocaristán, entre ellos Samarcanda, Bujará y Kumähd, decidieron librarse de los tributos que les acababan de imponer los árabes y enviaron una embajada conjunta a China en busca de su protección para solicitar que los guerreros türgesh, ahora vasallos de la dinastía Tang, atacaran a los árabes y los expulsaran de Sogdiana, para restablecer así la soberanía china en el reino de Samarcanda. Pero, justo en ese momento, China se vio envuelta en nuevas luchas contra los turcos kok orientales y, aparte de buenas palabras e incitar a los türgesh a atacar a los árabes y de ese modo proteger a los suplicantes reinos de Sogdiana y Tocaristán, poco más pudo hacer. [27]

Los türgesh eran formalmente vasallos de la China Tang desde 714, pero, aunque la diplomacia china los alentó un poco, tenían sus propios motivos para invadir Transoxiana: botín y tributos. Los reinos de Bujará, Samarcanda, Kumähd y Jozrem eran extremadamente ricos y si sus riquezas iban a parar al tesoro del kan türgesh en vez de al del califa de Damasco, el kan podría aspirar a algo más que a ser vasallo del emperador de China. Los ataques türgesh comenzaron en 721 y los reinos sogdianos se sumaron a los turcos en la lucha contra los árabes. Para 728, solo quedaban la ciudadela y el castillo de Samarcanda, guarnecidos por los árabes y las pequeñas ciudades fortaleza de Dabüsiya y Kamarya. Incluso Bujará se había perdido y las incursiones türgesh llegaban ya no solo a Tocaristán y Jozrem, sino a la propia Jorasán. La situación empeoró aún más cuando Kamarya cayó en manos del kan de los türgesh después de un severo sitio. Samarcanda, la única ciudad en que los árabes resistían ya al norte del Oxus, se hallaba totalmente aislada y sometida a un duro bloqueo por parte de los türgesh y de sus aliados iranios, los reyes de Samarcanda, Bujará, Kumähd, Shash y Ferganá. En 730, el nuevo gobernador árabe de Jorasán, Junaid, organizó una gran expedición para romper el asedio de Samarcanda y restablecer la situación en Transoxiana. Tras duras batallas, Junaid logró levantar el cerco de Samarcanda, pero aparte de eso, no consiguió hacer ningún otro progreso y el enfrentamiento en Transoxiana contra los türgesh y sus aliados sogdianos continuó sin cambios dignos de mención hasta 737.

Mientras tanto, Asad ibn Abdallah, el nuevo gobernador árabe desde 734, había trasladado la capital del valiato desde Merv en Jorasán, a Balj en Tocaristán. Sus alianzas con las casas nobles de Tocaristán y su respeto por las élites locales y por la autonomía de las pequeñas monarquías de la región le granjearon su apoyo. Falta le hizo, pues, en diciembre de 737, el kan de los türgesh asaltó Balj y si no la tomó fue porque los príncipes de Tocaristán apoyaron con decisión a Asad. Este último aprovechó que el kan había cometido el error de dispersar a sus efectivos en busca de alimentos y forraje para atacarlos por sorpresa a la cabeza de 30 000 hombres, muchos de ellos proporcionados por los principados de Tocaristán. La batalla de Jaristán se

ganó después de un duro combate y, tras ella, los árabes expulsaron a los türgesh de Transoxiana. De hecho, las tribus türgesh retrocedieron hasta el valle del río Ilí y, poco después, ante el nuevo avance chino, su kanato se disolvió.

Mientras tanto, en 739, el califa había nombrado un nuevo gobernador para Transoxiana y Jorasán: Nasr ibn Ahmad. Este logró aprovechar la retirada y disolución del kanato türgesh y mediante una política tolerante (por ejemplo, se aceptó que los comerciantes sogdianos que habían abandonado el islam para volver a sus anteriores religiones, nestorianismo, maniqueísmo, mazdeísmo y budismo, no solo no fueran castigados, sino que se les respetaran también sus privilegios comerciales) logró devolver a la soberanía musulmana Bujará y Samarcanda. Poco después, Nasr lanzó una expedición contra Shash y Ferganá y ambas tuvieron que reconocer la soberanía del califato.

Pero, una vez más, árabes y chinos coincidían en un momento de incremento de su poder en Asia Central. Había ocurrido en la década del 650, sucedió otra vez en los años que van de 711 a 716 y pasaba de nuevo ahora, de 740 a 751. En tres ocasiones los ejércitos árabes y chinos se habían aproximado hasta casi colisionar, ahora, en 751, chocaron al fin.

En efecto, a partir de 737, y tras el repliegue de 718, China había restablecido con rapidez su poder merced a la creación de los ejércitos *dao* . Uno de ellos estaba desplegado en la cuenca del Tarim y su *jiedushi* era Gao Xianzhi, un extraordinario general que en 747 había conducido a 10 000 de sus hombres contra los tibetanos, cruzando el Pamir, alcanzando el Karakórum y arrebatando el control sobre el reino de Baltistán a los tibetanos que, por esta causa, quedaron separados de Tocaristán y del califato árabe.

A continuación, Gao Xianzhi logró expandir el dominio chino sobre las estepas del Ilí y de Dzungaria, atravesar los montes Tian Shan e intervenir, ya en 740, en Ferganá que, de inmediato, aceptó el vasallaje chino y se sacudió el árabe, además de solicitar a su nuevo señor, el Hijo del Cielo que le ayudara contra el vecino reino de Shash, todavía vasallo de los árabes. El momento era propicio. La guerra civil estaba en pleno apogeo en el califato omeya, que en 751 se derrumbó bajo el poder de los rebeldes abasíes. Estos controlaban Jorasán y Transoxiana desde 748 e incluso habían podido ampliar su dominio en la región al apoderarse en 750 del reino de Kuttal, cuyo soberano huyó a China en busca de ayuda contra los árabes.

La respuesta china llegó de inmediato. En la primavera de 751, un gran ejército *dao* a las órdenes del *jiedushi* Gao Xianzhi inició la larga marcha de aproximación al lejano Occidente con el objetivo de ocupar el reino de Shash y reponer luego la soberanía china sobre Samarcanda, Bujará y el resto de Sogdiana y Tocaristán. [28] Gao Xianzhi cumplió a

la perfección la primera parte del plan: su contingente, 30 000 hombres de los que 20 000 eran aliados y mercenarios turcos türgesh y el resto soldados chinos de su *dao* , avanzó por el valle del Tarim, bordeó las montañas de más de 6000 m del Tian Shan y descendió a Ferganá, con lo que cubrió con ello unos 2500 km. Allí, recibió refuerzos y víveres del rey del país, vasallo de China desde 749, y después invadió el reino de Shash, cuyo monarca cayó derrotado y huyó a Samarcanda para pedir protección y ayuda al nuevo gobernador abasí: Abu Muslim, el cual había fijado su residencia en Samarcanda y que pronto reunió un ejército de 40 000 hombres, lo puso a las órdenes de Ziyad ibn Sàlih y lo envió a Taraz, en el valle del río Talas, para que cortara el paso a los chinos que, a la sazón, estaban de nuevo en marcha y pretendían llegar a Samarcanda. [29]

Las guerras de árabes y chinos en Asia Central, llevadas a cabo en un territorio inmenso, con líneas de comunicación y avance extendidas en rutas de miles de kilómetros –unos 4000 km separaban Samarcanda de las capitales de los imperios árabe y chino– y que cruzaban desiertos tan hostiles como el de Taklamakán o el Kyzyl Kum, o superaban montañas de 6000 y 7000 m como las del Pamir, las del Tian Shan, las del Karakórum o las del Hindú Kush, son fascinantes. Por desgracia, y en el caso de Talas, un enfrentamiento decisivo y el único que árabes y chinos tuvieron directamente, apenas si tenemos informes. Al-Tabarî guarda silencio acerca de esta cuestión y, con él, el resto de las fuentes árabes y solo tardíamente y de forma escueta, Ali ibn al-Athir ofrece un breve informe sin detalle alguno. Las fuentes chinas son las únicas que mencionan la batalla, pero no dan ningún dato importante ni sobre la táctica, ni sobre la disposición de las tropas. Lo único que realmente mencionan es que el *jiedushi* Gao Xianzhi tenía consigo 30 000 hombres, 10 000 aguerridos *jian'er* de su *dao* y 20 000 auxiliares türgesh, y que se enfrentó a los árabes en el valle del río Talas en un lugar cercano a la ciudad de Atlakh, hoy en las proximidades de Dzambul. Las fuentes chinas insisten en que los árabes superaban en número a los efectivos de Gao Xianzhi y que, aunque estos formaron en orden cerrado su infantería y sus lanceros en el tradicional despliegue en dos líneas o escalones, con los lanceros agrupándose en tenazas formadas por 12 *dui* e intercalándose con *dui* de ballesteros y arqueros, con los flancos custodiados por la caballería, y aunque la tenacidad de los lanceros, ballesteros y arqueros chinos estaba logrando la victoria ante los árabes, la inesperada traición de los 20 000 türgesh, que conformaban la mayor parte de la caballería y constituían las dos alas del frente de batalla adoptado por el *jiedushi* Gao Xianzhi, provocó una espantosa matanza. En efecto, los türgesh galoparon hacia las líneas árabes gritando que se pasaban a ellos y, pronto, sin su caballería y en ese momento tremendamente superados en número, los *jian'er* del *jiedushi* Gao Xianzhi fueron envueltos y aplastados por árabes y türgesh. Pocos supervivientes chinos lograron huir hacia el este. Los árabes sometieron de nuevo a Ferganá y devolvieron el control de Shash a su rey, vasallo del califa. Pero no fueron más allá. Ni ellos, ni los chinos.

Cientos de prisioneros chinos fueron a parar a Samarcanda o incluso a Iraq. Con ellos llegó a oriente y al Mediterráneo la técnica de la fabricación del papel y cuando alguno de ellos logró volver a China, pudo contar allí sorprendentes historias sobre los extraños países del lejano Occidente. [30]

Si ese año de 751 los chinos no hubieran sufrido otras dos derrotas, más graves aún si cabe –una ante los kitán en las regiones hoy fronterizas entre Mongolia y Manchuria, que fue además infligida al más poderoso *jiedushi* de China, An Lushan; y otra ante el reino de Nanzhao, en las selvas y montañas de Yunnan, en donde 55 000 de los 80 000 soldados del gobernador de Sichuan se dejaron la vida– es probable que hubieran respondido a su fracaso en Talas con una nueva expedición. Pero tres desastres en un mismo año eran demasiados y había que cubrir bajas. No hubo tiempo. En 755, ya lo hemos visto, estalló la gran rebelión de An Lushan y China se hundió durante años en la más salvaje guerra civil que uno pueda imaginar.

Los abasíes, por su parte, se concentraron en fortalecer su recién conquistado papel de dinastía reinante en el califato y pronto tuvieron que hacer frente al peligro de un renacido Estado omeya en el lejano al-Ándalus, a una gran sublevación en el noroeste de Persia y a duros y continuos enfrentamientos contra Bizancio. Su frontera en Asia Central se estabilizó y no avanzó más.

Notas

1 Du You, *Tong Dian* , 1988, 149, 3813. Agradezco profundamente al doctor Luis Gonzaga Roger Castillo, que me haya facilitado las traducciones del chino que he usado y que me ayudara y orientara, me rescatara más bien, en y con la transcripción de términos y nombres, así como con el complicado vocabulario militar del chino medieval.

2 Graff, D. A., 2003, 203-209.

3 *Ibid* ., 179-184.

4 *Ibid* ., 188-192.

5 Sinor, D.: «Early and medieval Tibet», 371-399.

6 Giraud, R., 1960, 29-62.

7 Hambly, G., 1985, 60-70; Kennedy, H., 2007, 270-352.

8 Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 215-216, 5823-6904.

9 *Ibid* . 181, 5652 -5664; Graff, D. A., 2003, 137-144.

10 Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 181, 5652-5664; Graff, D. A., 2003, 135-192.

11 Du You, *Tong Dian* , 1988, 148-149, 3794-3824; Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 196-202; Graff, D. A., 2003, 186-208.

12 *Ibid* ., 194-201; Du You, *Tong Dian* , 1988, 148-149, 3792-3813 y 157, 4026-4035.

13 La obra de Li Jing, que recoge las ordenanzas de Taizong se conserva de forma fragmentaria y ha sido recogida en Deng Zezong, 1990.

14 Du You, *Tong Dian* , 1988, 148-157, 3794-4035; Graff, D. A., 2003, 197-214.

15 Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 199,6274-6276.

16 Graff, D. A., 2003, 200-216.

17 Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 216, 6867-6908 y Du You, *Tong Dian* , 1988, 148, 3772-3780; Graff, D. A., 2003, 203-225.

18 Du You, *Tong Dian* , 1988, 148, 3780.

19 Graff, D. A., 2003, 214-229.

20 *Ibid* ., 149-157 y 229-233.

21 Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 181, 5652-5664; Graff, D. A., 2003, 152-157.

22 Graff, D. A., 2003, 138-144.

23 Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 181, 5652-5664; Graff, D. A., 2003, 145-160 y 171-182; VV. AA., 2017, 68-69.

24 Gibb, H. A. R., 1923, 29-58.

25 Kennedy, H., 2007, 270-283.

26 Gibb, H. A. R., 1923, 84-86.

27 *Ibid* ., 59-87; Kennedy, H., 2007, 303-329.

28 Graff, D. A., 2003, 225-227; Gibb, H. A. R., 1923, 88-95; Kennedy, H., 2007, 329-352.

29 Gibb, H. A. R., 1923, 94-96; Kennedy, H., 2007, 351-352.

30 Las noticias de las fuentes chinas sobre Talas están en parte recogidas y traducidas al inglés en Hoyland, R. G., 1997, 243-255. Los dos informes más extensos en: Sima Guang, *Zizhi tongjian* , 1956, 216, 6907-6908 y Du You, *Tong Dian* , 1988, 148, 3780. Se ha conservado la descripción que un prisionero chino capturado en Talas, Tung Tien, hizo de Iraq a donde fue llevado: Hoyland, R. G., 1997, 244-249. Las escasas, tardías y fragmentarias noticias islámicas en Dunlop, D. M.: «A New Source of information on hte Battle of talas or Atlakh», 326-330.

11

En los confines de Occidente

Visigodos y francos frente al califato

Tariq y sus infantes atacaron, pues no había un solo jinete entre ellos.
Lucharon desde que el sol salió hasta que se puso,
y cabía creer en su exterminio total. Sin embargo,
Dios dio la muerte a Rodrigo y a los suyos, y la victoria a los musulmanes.
No se ha dado en Occidente matanza tan grande como esta,
pues los musulmanes no dejaron de emplear la espada durante tres días. [1]

Ibn 'Abd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus , 46.

En estas correrías se encuentra con Carlos Martel, cónsul de Austrasia,
un hombre belicoso desde la infancia y experto en el arte de la guerra, que había sido
informado de todo por Eudo. Unos y otros, después de hostigarse
mutuamente con pequeños enfrentamientos durante siete días,
al fin se preparan para la batalla y entran en un duro combate.
Los pueblos del norte permanecen inmóviles como paredes
y compactos como el hielo en las regiones polares. Con esa táctica,
en un abrir y cerrar de ojos, pasan por la espada a los árabes.
Cuando la gente de Austrasia, poderosa por la fortaleza
de sus miembros y por su vigorosa mano de hierro,
mata, hiriéndolo en el pecho, al rey, que le había salido al encuentro,
la noche interrumpe al punto la batalla y desdeñosamente
levantan sus espadas, reservándose para la lucha del día siguiente. [2]

Crónica mozárabe de 754, 80.

Los textos anteriores pertenecen, respectivamente, al *Futüh Ifriqiya wa-al-Andalus* del egipcio Ibn 'Abd al-Hakam, que escribía hacia 860 y a la *Crónica mozárabe* de 754, cuya redacción finalizó en ese año de 754 y que, por tanto, es plenamente contemporánea de los hechos que narra. Ibn 'Abd al-Hakam recogía en su obra la fascinación que la conquista de Hispania causó en sus dominadores. Así, por ejemplo, Musa ibn Nusair, el Conquistador, al tratar de explicar al califa Walid I (705-715) la

riqueza y abundancia que había encontrado en la Hispania visigoda, le escribió: «Esto no es una conquista: esto es la resurrección». [3] Esa misma fascinación llevaría a Walid II (743-744) a ordenar que se representara al rey Rodrigo en los frescos de su palacio en Qusair Amra junto a Cosroes II y a Heraclio. Y es que para Walid II y para aquellos que habían contemplado la última fase de la gran expansión árabe, la conquista del reino visigodo estaba a la misma altura que la de la Persia sasánida o la del Oriente bizantino. De hecho, existen ciertas semejanzas, pero al contrario que en el caso sasánida o en el bizantino, la resistencia visigoda se quebró casi por completo en la primera gran batalla librada contra los árabes.

Por el contrario, el texto de la *Crónica mozárabe* deja ver, discretamente oculta pero evidente, la satisfacción del autor, un cristiano hispano que vivía en la nueva provincia musulmana de al-Ándalus, por la victoria de los francos sobre los musulmanes. Estos últimos habían devastado Aquitania, Provenza y Borgoña desde hacía años y dominaban con firmeza Septimania. Aún lo seguirían haciendo durante unos años más. Pero, tras Poitiers, fue evidente que los reinos francos no iban a ser conquistados por el islam y, poco a poco, empujarían a los musulmanes hacia el sur de los Pirineos.

La velada satisfacción del cronista mozárabe a la que antes he hecho referencia se manifiesta, a mi entender, en el término que usa para denominar a los guerreros francos y aquitanos que vencieron a los árabes y bereberes del valí al-Gafiqi: «europeos». [4] No los llama francos, ni galos, ni aquitanos, ni tan siquiera cristianos, sino que los llama europeos y no es una casualidad, ni un mero recurso estilístico para no repetirse o resultar más erudito o arcaizante, pues lo usa por dos veces en el pasaje en cuestión, muy cerca la primera vez de la segunda y solo en este concreto pasaje de su crónica y en ningún otro. Tampoco se trata de un término al que recurra por oposición a africanos u orientales, pues no llama así a los hombres del valí al-Gafiqi, sino que les otorga el nombre de árabes, sin más. Así que «europeos» es un término escogido a propósito y que entraña una profunda reflexión por parte del autor y, en cierta medida, una honda necesidad de participar del triunfo obtenido por los norteños sobre los que ahora dominaban su patria hispana.

En 711, los musulmanes pusieron el pie en Europa como conquistadores. En brevísimos años, cuatro o cinco, no más de 30 000 de ellos someterían los territorios hispánicos del reino visigodo. Los focos de resistencia, y en particular el reino asturiano, se organizarían años después de concluida la conquista y es, a partir de ese momento (718 o 722), la fecha se sigue discutiendo, [5] cuando comenzó la larguísima secuencia de guerras que llenarían los anales de los reinos hispanos durante ocho siglos.

¿Por qué fueron tan decisivas las batallas de Guadalete y Poitiers? ¿Cómo es posible que un reino tan fuerte y en apariencia tan próspero como el visigodo no fuera capaz de organizar una resistencia más eficaz y recia? ¿Por qué fracasaron los godos donde

triunfaron los francos? O de modo inverso, ¿por qué fracasaron los árabes ante los francos y les fue tan sencillo triunfar sobre los godos? Se mire como se mire, Guadalete y Poitiers son dos batallas decisivas que condicionaron la historia de España y Francia, y con ellas la de Europa, durante siglos. Y si uno quiere entender bien por qué, se hace imprescindible evaluar los ejércitos que se enfrentaron en ellas y a ese empeño dedicamos este capítulo final.

EL EJÉRCITO VISIGODO Y LA CONQUISTA ISLÁMICA DE HISPANIA

Los antecedentes: «Abriendo la puerta de Occidente». La conquista del África bizantina

En 679, tras su costoso fracaso ante Constantinopla, el califa Mu`âwiya solicitó una paz que se firmó ese mismo año y que terminó siendo en realidad una corta tregua. En África se retomó casi de inmediato la ofensiva y aunque los bizantinos y sus auxiliares bereberes lograron infligir en 683 una pavorosa derrota a los musulmanes y expulsarlos de nuevo hasta Trípoli y Barca, el «alivio» no duró más que unos años. En 688, un poderoso ataque musulmán capitaneado por el valí Zuhayr ibn Qays derrotó a los bizantinos en la batalla de Mamma y dio muerte a quien había liderado la resistencia bizantino-bereber: Kusayla. La flota bizantina respondió de inmediato lanzando un contundente contraataque contra la retaguardia enemiga y destruyendo su base de partida: Barca, en Cirenaica. Ante las noticias del contraataque de la flota bizantina, Zuhayr ibn Qays tuvo que retirarse y al llegar a Barca fue sorprendido por las tropas que la flota romana había desembarcado y murió derrotado por ellas. [6]

Así que, en 690, la guerra en África, pese a sus vaivenes y continuos cambios de fortuna y frontera, seguía en donde estaba desde 648: los árabes podían lanzar grandes expediciones para penetrar hasta el corazón del África romana, pero no lograron asentarse de forma definitiva en ella, ni controlar territorio alguno más allá de Barca/Cirenaica y del enclave de Trípoli.

La cosa cambió cuando el califa nombró valí de Ifriqiya a Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassânî. Tras asegurarse de «limpiar» de puntos de apoyo bizantinos las costas de Cirenaica y Tripolitania, el nuevo valí lanzó una poderosa y sorpresiva expedición que, evitando la costa y sin detenerse a sitiar cualquier otra ciudad o fortaleza, desembocó frente a las murallas de Cartago. El ataque fue tan inesperado y formidable que los defensores de la ciudad no fueron capaces de organizar la defensa. Así, en mayo de 697, la capital del África bizantina caía en manos islámicas y el Mediterráneo occidental quedaba abierto a la expansión del califato.



El éxito fue breve. Bizancio no podía permitirlo. Con Cartago en sus manos, Sicilia, el sur de Italia, Cerdeña y las demás posesiones romanas en occidente se verían seriamente amenazadas y, además, África, pese al duro castigo recibido por cincuenta años de continuos ataques árabes, seguía siendo rica y una valiosa posesión. Así que el contragolpe romano fue inmediato. En septiembre de 697, una poderosa flota bizantina, μετά πάντων τῶν Ρωμαϊκῶν πλωϊμάτων, esto es, «toda la flota» en palabras de los bizantinos Teófanes, Nicéforo y Zonarás, una expresión que, pasada a números y como ya vimos al analizar en el capítulo 9 el potencial de la flota bizantina de este periodo, significaba unos 200 *dromones* y quizá 800 barcos de transporte y apoyo, se dirigió hacia Cartago. Una escuadra así era similar a la movilizada en 468 contra el África vándala o como la que Constante II mandó frente a los árabes en la «batalla de los mástiles» en 655, o como la que Justiniano II enviaría contra Querson (Sebastopol) en 711 y esa fue la entidad de la flota que sorprendió a los musulmanes. Los *dromones* bizantinos entraron a fuerza viva en el puerto interior de Cartago. Teófanes relata cómo el comandante de la flota romana, el patricio Juan, cortó con sus propias manos y a hachazos la cadena que cerraba el puerto. [z]

Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassânî fue derrotado por completo. Había dejado pocos hombres en Cartago y el resto de su ejército estaba tratando de forzar las ciudades romanas situadas al oeste de la debelada capital del Exarcado africano. Los

musulmanes fueron destrozados y Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassâní tuvo que huir a la cabeza de los escasos restos de su ejército y refugiarse con ellos en Kusur Hassan, unas posiciones fortificadas situadas en los límites de Tripolitania y Barca. Las fuentes islámicas de finales del siglo IX en adelante atribuirían la derrota de Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassâní no al patricio Juan, sino a una formidable y misteriosa profetisa bereber, la Kâhina, y ello ha traído de cabeza durante un siglo y medio a la historiografía contemporánea. Y ello por la en apariencia irreconciliable divergencia entre las fuentes bizantinas, más cercanas en el tiempo a los hechos, y las árabes. La discrepancia es aparente, no real, pues si uno acude al texto árabe original más antiguo, el copiado por Elías de Nísibe en su *Cronografía* , el de la llamada *Crónica de los árabes* , compuesto a mediados del siglo VIII, y no se conforma con la traducción al siriaco que de él hizo este clérigo, ni con las traducciones al alemán, latín o francés que se han elaborado desde finales del siglo XIX, se lleva la sorpresa de que en ese original árabe de mediados del siglo VIII copiado a inicios del siglo XI por el de Nísibe, no es la Kâhina ni ninguna otra misteriosa heroína la que inflige una pavorosa derrota al ejército de Hassân, sino los «reyes de los romanos», esto es y en los términos habituales de las obras árabes primitivas, los comandantes y jefes de los romanos, es decir: el patricio Juan y sus *drungarios* , navarcas y demás mandos de la flota y del ejército bizantinos desplazados a África en septiembre de 697. [8]

Pero el califa `Abd al-Mâlik se hallaba en el auge de su poder tras años de duras luchas por abortar sublevaciones internas y no iba a permitir ese golpe a su prestigio, así que de inmediato ordenó a la flota árabe que se reuniera en Alejandría de Egipto con vistas a apoyar una nueva expedición contra Cartago, a la par que ordenaba al valí de Egipto que pusiera todos los recursos militares disponibles a disposición de Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassâní, y enviaba a este último 6000 jinetes de los *aynâd* de Siria, la mayoría de ellos del *yund* de Damasco. En total, Hassân ibn al-Nu'man al-Ghassâní pudo disponer de 40 000 hombres [9] y de una flota que superaba ampliamente a la bizantina y, con todo ello, inició en la primavera de 698 la ofensiva definitiva contra Cartago y el África bizantina. La formidable combinación árabe de poder naval y terrestre aplastó a los bizantinos. Estos habían desplegado sus fuerzas por toda Bizakia (el Túnez moderno) para invernar y no contaban con fuerzas suficientes como para encajar el formidable golpe lanzado por el califa. Hassân al-Ghassâní arrolló a las tropas romanas en tierra y volvió a plantarse ante Cartago cuyas defensas aún no estaban reparadas del todo tras los daños sufridos por los ataques y contraataques árabes y bizantinos de 697. El momento decisivo, sin embargo, tuvo lugar en la bahía de Rades cuando se enfrentaron las flotas romana y árabe. Una fuente, Constantino Manasés, recoge el combate y la derrota naval sufrida por los romanos, mientras que el resto de las fuentes bizantinas solo mencionan la inmediata evacuación de Cartago y la retirada de la flota romana a Creta. El patricio Juan quería desde allí contraatacar y, al igual que en 688-689, hacerlo golpeando en Barca, en la retaguardia y base de partida de la fuerza árabe, para obligar a Hassân a retirarse de Cartago. Pero la flota se sublevó y proclamó

emperador al *drungario* del *thema* de los cibirreotas, Apsimar, y este la condujo no contra los árabes, sino contra Constantinopla con el fin de deponer al emperador Leoncio. [10]

La «puerta estaba abierta». En los años que siguieron, Hassân al-Ghassâní barrió los últimos focos de resistencia romana y bereber en Bizakia. Es ahora, y no antes, cuando en verdad aparece la Kâhina en la *Crónica de los árabes* copiada por Elías de Nísibe. Si bien lo hace no con su nombre propio, Kâhina, ni como «reina de los bereberes», sino como «reina de los romanos», [11] esto es, de los africano-romanos que siguieron oponiendo dura resistencia aun después del abandono bizantino y que continuaron siendo un grupo importante de la población norteafricana, con su latín y su cristianismo, hasta el siglo XII. Hassân optó, además, por no reconstruir la arruinada Cartago, sino por crear una nueva base de poder árabe en la región: Túnez. La ciudad ya existía desde la antigüedad y había venido cobrando una nueva y cada vez mayor importancia desde el siglo VI, pero ahora se convirtió en la principal base y astillero naval del nuevo occidente islámico: al-Magrib. Se instaló allí a 1000 artesanos navales coptos y, unos años después, la nueva flota árabe de Túnez ya podía sumar 260 naves. Una flota que, como veremos más adelante, fue decisiva en 712 para consolidar la conquista musulmana del reino visigodo de Toledo. [12]

Pero, pese a estos grandes éxitos, Hassân al-Ghassâní no logró vencer la resistencia de los romano-africanos y los bereberes en Numidia y las Mauritanias y, en estas últimas, aislado pero controlando el estrecho de Gibraltar, continuaba su existencia el *thema* septemsiano.

A finales de 707, llegó a Cairuán un nuevo valí para Ifriqiya: Musa ibn Nusair. Este rompió la resistencia romano-bereber en Numidia y las Mauritanias (noroeste de Argelia y norte de Marruecos), tal como atestiguan las fuentes contemporáneas: la *Crónica arábigo-bizantina* de 741 y la *Crónica mozárabe* de 754, que señalan la toma y destrucción de muchas ciudades en Numidia y las Mauritanias por parte de los musulmanes. [13] Al llegar 709, Musa ibn Nusair ya había llegado al estrecho de Gibraltar y las únicas posiciones de los *rum* /romanos norteafricanos que no había logrado tomar eran las de Septem/Ceuta y sus alrededores que seguían firmemente en manos del misterioso, semilegendario y vituperado don Julián. Este último controlaba el paso hacia las costas de Hispania, a la que el autor de la *Crónica mozárabe* de 754 llama Hesperia, «la tierra del ocaso». [14] ¿Cómo era el ejército que defendía esa tierra? Y, ¿cómo eran las fuerzas musulmanas que se disponían a asaltarla?

El ejército visigodo: de Alarico II a Wamba

De Vouillé a la campaña del rey Wamba

Como ya vimos en el capítulo dedicado a los ejércitos francos y visigodos a inicios del siglo VI, tras la derrota en Vouillé, los visigodos sufrieron una profunda crisis política y militar. Durante años quedaron bajo la tutela ostrogoda y expuestos a continuos ataques francos. Luego tuvieron, además, que afrontar el desembarco de las tropas bizantinas que, interviniendo en una guerra civil desencadenada en el reino visigodo, aprovecharon para crear una provincia romana en el sudeste de lo que hoy es España, Spania, que con toda probabilidad tenía su capital en Cartago Spartaria (Cartagena). De hecho, hacia 565, todo parecía indicar que los visigodos no iban a superar el siglo VI y, si lo hicieron, fue gracias a Leovigildo. Este enérgico monarca supo aplastar las disensiones internas, frenar a francos y bizantinos, someter a las élites senatoriales del sur y a los pueblos montañeses del norte y devolverle a la monarquía visigoda el prestigio que había perdido en Vouillé. En el año 585 se apoderó del Reino suevo y, con ello, legó a su hijo, Recaredo (586-601), un reino potente que ejercía la hegemonía en la Península y que manifestaba una clara vocación de unificar esta última bajo su mando. Recaredo dio un nuevo paso en esa dirección con la supresión de las diferencias religiosas, que a la par implicaban separación social y étnica, mediante la conversión al catolicismo y, en 589, su general, el duque Claudio, demostró en Carcasona y, ante los francos, que Vouillé era pasado y que el nuevo ejército visigodo era muy capaz de proteger sus fronteras en la Galia.



Figura 97: Tremis áurea emitido durante el reinado de Leovigildo (568-586). Las primeras emisiones visigodas imitaban los tipos romanos y bizantinos en un estilo más tosco y esquemático, pero a partir de Leovigildo, en paralelo a la consolidación del poder real, comienzan a emplearse tipos y leyendas propios.

Aprovechando la guerra romano-persa de 603-628 que demandó la total atención del Imperio en oriente y el drenaje continuo de fuerzas y recursos africanos hacia Levante

para sostenerse frente a los persas, Sisebuto (612-621) y Suintila (621-631) llevaron al Reino visigodo a su cénit militar al arrebatarle a Bizancio todo el territorio continental salvo el pequeño enclave de Mesopotaminoi/Transducta (Algeciras), por lo que las posesiones romanas en el extremo occidente quedaron relegadas a Septem (Ceuta), algunos otros enclaves menores en la Mauritania II y a las Baleares. A la par, lograron imponerse ya sin ambages a los pueblos del norte y, tras ellos, reyes implacables y vigorosos como Chindasvinto (642-653), Recesvinto (653-672) o Wamba (672-680) supieron mantener la fuerza militar visigoda, mediante una legislación dura y atenta y a costa de muchos esfuerzos. Cuando, en 673, este último se enfrentó a un doble desafío militar, un repunte en los continuos ataques de los belicosos y saqueadores vascones y una gran sublevación del duque Paulo, a la sazón enviado a Septimania para aplastar una revuelta y que acabó sumándose a ella y solicitando el auxilio de francos y vascones, con la pretensión de separar Septimania y la Tarraconense del reino de Toledo, el ejército godo dio muestras de una capacidad de maniobra y despliegue sorprendentes. En efecto, Wamba pudo aplastar a los vascones en tan solo siete días de campaña y luego, sin pausa, conducir su ejército hacia la Tarraconense y los Pirineos orientales, cruzar estos últimos dividiendo sus fuerzas en cuatro columnas, tres turmas y un cuerpo principal, que convergieron sobre el enemigo desde puntos distintos, arrollándolo, empujándolo al interior de unas pocas plazas fuertes, sitiar estas y tomarlas a viva fuerza y todo ello a la par que se coordinaban todas las operaciones antes referidas con las de la flota para terminar apresando al rebelde, frenar cualquier amago de intervención franca y restablecer el completo control godo sobre Septimania.

Así que, cuando comenzaba el último cuarto del siglo VII, el Ejército visigodo seguía siendo un poderoso mecanismo de protección. Pero ¿cómo estaba organizado?, ¿cuáles eran sus armas y sus tácticas y cuáles sus puntos débiles?

Composición, reclutamiento y organización

Por las leyes de Leovigildo sabemos que la estructura y composición del Ejército visigodo era a finales del siglo VI muy parecida a la del debelado reino de Tolosa. Para ese tiempo, finales del siglo VI, los ejércitos visigodos estaban constituidos tanto por godos como por provinciales, así como por hombres libres y siervos. Esto, que en el Ejército militaran godos y romanos, hispanos o galos, era ya algo corriente al terminar el siglo V y ya lo constatamos en el capítulo 3 de este libro. [15] La continuidad fue norma. En la segunda mitad del siglo VII las leyes militares de Wamba y Ervigio dejan claro que, en esencia, la composición y organización del Ejército visigodo continuaba sin grandes cambios y que se constituía a partir de tropas muy diversas entre sí. Por un lado, estaba la comitiva regia, los *fideles regis* , con sus gardingos juramentados con el monarca para prestarle sus servicios como tropa y que acudía a cumplir dichos servicios a la cabeza de sus propias y pequeñas comitivas armadas. Los gardingos eran jóvenes nobles y recibían del rey un *beneficium* a cambio de sus tareas militares. Ese *beneficium* , casi

siempre, se entregaba en forma de tierras y estaba ligado al cumplimiento de las obligaciones militares. Es decir, no era hereditario y cuando el gardingo dejaba de prestar servicio, bien por muerte, enfermedad o graves heridas, bien porque decidía no continuar prestándolo, la corona recuperaba lo que le había entregado en usufructo. Los gardingos eran, además, tropas muy bien armadas y adiestradas. En origen, la mayoría de ellos tenía raíces godas y todos servían como caballeros. No así los hombres a su servicio, entre los cuales no solo había jinetes, sino también arqueros e infantes.

Otra categoría de tropas que podía militar en los ejércitos del rey eran los *leudes* . De estos sabemos mucho por los textos de la vecina Francia merovingia, pero poco por parte de los del Reino de Toledo. Aunque, en general, se acepta que se trataba de nobles o de hombres libres que a cambio de recibir tierras prestaban un juramento personal al monarca y, entre otras obligaciones, contraían la de servirlo con las armas en la mano. En este caso, en el de los *leudes* , es posible que lo recibido del rey, sobre todo las tierras, se entregara en plena propiedad y, por tanto, pasaba a los herederos del *leude* . Parece, asimismo, que los *leudes* estaban muy relacionados con las tierras fronterizas y que era allí donde recibían sus tierras y en donde prestaban servicio al rey frente a los enemigos.

Estos hombres libres y nobles, gardingos y *leudes* , participaban en los ejércitos regios junto a siervos y esclavos del rey, campesinos no libres ligados a las propiedades de la corona, que podían ser puestos en armas y colocados bajo la autoridad de un oficial del rey que recibía el nombre de *tiufadus* y que se ocupaba de encuadrarlos en unidades de un millar de hombres, armarlos como infantería ligera y conducirlos al combate junto con el resto de tropas reales.

Esta dualidad, hombres libres y no libres al servicio del ejército regio, se replicaba en el caso de las comitivas armadas ligadas a los nobles que tenían la obligación de prestar servicio militar a la cabeza de las mismas en caso de guerra o invasión. Los nobles contaban con contingentes de tropas muy bien armadas y adiestradas, los sayones y los bucelarios. En ambos casos, se trataba de hombres libres que entraban al servicio de un potentado, laico o eclesiástico, de origen godo o hispanorromano, para prestarle servicio con las armas a cambio de recibir de su patrón armamento, equipo, caballos, regalos, dinero, tierras… En el caso de los sayones, esa relación contractual con su señor podía disolverse siempre y cuando el sayón devolviera al señor la totalidad de los bienes que hubiera ganado a su servicio. Tras esto, el sayón, con sus armas, equipo y caballos, podía irse y entrar al servicio de otro patrón. En el caso del bucelario era diferente, pues debía de retornar a su señor las armas y equipo que de él hubiera recibido y la mitad de los beneficios habidos durante el tiempo que le hubiera servido con las armas en la mano. Se suele sostener que los sayones eran de origen godo y los bucelarios de origen hispanorromano. Puede que así fuera en un principio, pero lo cierto es que la diferencia estaba en el grado y tipo de relación con su señor, ya que el

sayón era un miembro de su casa y habitaba junto a él. Compartía a menudo su mesa y la relación era por lo tanto profundamente personal. El bucelario, por su parte, no era sino un mercenario que no tenía por qué tener con su patrón una relación estrecha y cotidiana. Junto con los sayones y los bucelarios, los nobles y potentados levantaban entre sus arrendatarios y sus siervos tropas que completaban los contingentes con los que marchaban a sumarse a los ejércitos del rey cuando este los convocaba.

Asimismo, los hombres libres tenían también la obligación de acudir con las armas para sumarse a los ejércitos del rey. Incluso los esclavos manumitidos tenían que presentarse a la leva y, de no hacerlo, perdían su libertad y volvían a su anterior condición de esclavos. [16]

La leva y reunión de tropas estaba claramente establecida. Se fijaban las causas que permitían al rey llamar a las armas, el punto de reunión y la fecha en que se verificaba esta última. Wamba dictaminó que la totalidad de los hombres adultos en buen estado físico, libres y no libres, tenía la obligación de presentarse con las armas en caso de que el rey o algún oficial del rey, duque, conde o *tiufadus* , así lo decretara. La ley de Wamba trataba de frenar el progresivo abandono de los deberes militares que se venía constatando desde hacía tiempo y que mermaba de un modo considerable los recursos militares del Reino. Se daba la paradoja de que muchas comitivas armadas de los nobles aumentaban de número, a la par que esos mismos nobles no acudían a los llamamientos del rey cuando había que hacer frente a un enemigo exterior. No solo los nobles, también los hombres libres procuraban eludir sus deberes militares. Para tratar de frenar esta tendencia hacia la desatención de las obligaciones militares de los súbditos, Recesvinto otorgó en 654 a los oficiales del rey, duques, *comes* y *tiufadus* , potestad judicial en sus demarcaciones con el fin de juzgar y condenar con rapidez y contundencia a los que no se presentaran ante ellos para prestar auxilio militar. No debió de servir de mucho, pues Wamba no solo dictó la ley a la que ya hemos aludido y que extendía la obligación del servicio con las armas a todos los varones adultos y aptos, sino que prescribió durísimas penas para los infractores. Así, el 1 de noviembre de 673, Wamba dictaba otra ley que obligaba a todos los hombres aptos para el servicio con las armas a acudir con ellas para ponerse al servicio de los oficiales reales en cuanto estos así lo demandaran o en cuanto les llegara noticia de un ataque enemigo. La obligación se extendía a libres y siervos, clérigos y laicos e interesaba a cualquiera de ellos que se hallara en un radio de 100 millas, unos 150 km aproximadamente, del punto del Reino que hubiera sido atacado por el enemigo. De no cumplirse esta ley, se les sometería a penas como destierro, privación de bienes, azotes, pérdida de derechos y entre ellos el de poder testificar en los juicios, esclavitud, etc. Así, por ejemplo, un hombre libre que no acudiera a servir con las armas cuando se verificaba un ataque enemigo estaba condenado a sufrir 200 latigazos, sería marcado con un hierro candente para que quedara constancia de su cobardía y desobediencia y se le sometería, además, a una exorbitante multa de 100 libras de oro. De no poder pagar tan crecida multa, cosa

que solo los nobles y los obispos podrían hacer, o de no poder satisfacerla ni con la incautación de sus bienes, se le vendía como esclavo. La ley era, asimismo, dura con nobles y obispos, clérigos y siervos y se aplicaba también a desertores y a aquellos que llegaran tarde a la defensa del reino. Para evitar que los oficiales del rey hicieran la vista gorda mediante sobornos o por relación personal con los infractores, de ser sorprendidos en dicha falta, los oficiales del rey tenían que pagar el cuádruple de la suma recibida como soborno y añadir 72 sueldos a dicha cantidad.

Tan estricta ley no parece haber logrado su propósito pese a haberse aplicado con severidad. Cuando Wamba fue depuesto en 680 por Ervigio y este se presentó en el año 681 ante la asamblea del XII Concilio de Toledo, afirmó allí que la mitad de la población masculina del Reino había sido privada de su derecho a testificar y eso apuntaba a que más de la mitad de los hombres con obligación de servir con las armas al rey no lo había hecho y había preferido sufrir las duras penas que por tal infracción de la ley se les imponían.

Ervigio reconoció la impotencia de la corona para imponer el reclutamiento universal. Mantuvo el espíritu de la ley militar de Wamba, pero la atemperó. Ahora, con su reforma, solo la décima parte de los siervos y hombres de un noble tenían que acudir con él a servir en la defensa del Reino. Además, los hombres libres tenían la opción de incorporarse a la comitiva armada de un noble y prestar en ella el servicio debido al rey en vez de integrarse directamente en las tropas reales. Las penas por no prestar el servicio militar debido se dulcificaron un poco y la multa se rebajó a 72 sueldos de oro, una cantidad importante, pero no exorbitante, y noventa y nueve veces menor que la anterior. Por lo demás, los 200 latigazos, la marca con hierro candente, la incautación de bienes si no se pagaba la multa, el destierro de los nobles y obispos, etc., se mantuvieron e incluso se sumó una pena infamante: la decalvación. [17]

Así que el Reino visigodo de Toledo de finales del siglo VII e inicios del VIII tuvo problemas para lograr que sus súbditos acudieran a las levas convocadas para defender al Estado. Y, lo que es más, tal como se manifestó bien a las claras en la sublevación del duque Paulo y se evidenció con total crudeza en Guadalete, los vínculos de los sayones, bucelarios, siervos, etc., con sus señores eran ya mucho más fuertes que los que tenían con el rey y el Reino. Dicho de otro modo, la protofeudalización que estaban sufriendo las estructuras y la sociedad góticas se estaba llevando por delante el poder militar y, por ende, la cohesión del Reino de Toledo. Cuando esa tendencia se sumó a la «tradicional» inestabilidad de la monarquía goda, que nunca logró tener un sistema de sucesión estable ni reglado y en la que las conjuras y alzamientos eran frecuentes, el resultado fue que, pese a su potencial militar, a su riqueza y a su buena organización administrativa y legal, el Reino de Toledo ofrecía a un enemigo decidido e inteligente, amplias posibilidades de conquista. Ese enemigo «decidido e inteligente» se hallaba en 711 al otro lado del estrecho de Gibraltar y no perdió la oportunidad.

Pero ¿cómo se organizaba y mandaba la fuerza? En la cúspide estaba el rey que tenía el deber de organizar la defensa del reino y que, a menudo, conducía al ejército a la batalla. El rey contaba con una fuerza permanente denominada *exercitus* y que estaba constituida por sus *fideles regis* , esto es, por su comitiva armada integrada por los gardingos, por contingentes distribuidos por las fronteras y por las guarniciones de las principales ciudades y fortalezas. A estas tropas se sumaba la *tiufada* o leva servil, una tropa levantada entre los siervos y esclavos, *servi dominici* , de las propiedades reales y encuadrada en unidades de 1000 hombres bajo el mando de un *tiufadus* . Junto a estas tropas reales o *exercitus* , se constituía el *hostis* o ejército de leva. El *hostis* estaba al principio formado por los hombres libres y por las comitivas armadas de los nobles, pero en el siglo VII y, como ya hemos visto, la obligación militar estaba extendida a los siervos y aun a los esclavos y una décima parte de ellos acudía a la guerra para seguir a sus patronos. Incluso las fuentes árabes constatan esta realidad. Así, al-Maqqari, autor muy tardío pero que recoge noticias muy anteriores hoy perdidas para nosotros, anota lo escrito por al-Razi, que escribía a inicios del siglo X, sobre el botín tomado por los musulmanes a los godos caídos en Guadalete: «Conocían a los nobles por los anillos de oro que llevaban en sus dedos; a los más inferiores, en que los llevaban de plata, y a los esclavos en que eran de cobre». [18]

El *hostis* o ejército de leva se reunía solo para enfrentar una invasión, una amenaza poderosa o para una campaña y no solía servir más allá de unas semanas o, a lo sumo, unos meses y, por ende, su armamento y capacidad bélica eran más deficientes y menores que los del *exercitus* y, en todo caso, muy desiguales. [19]

Tras esta división entre *exercitus* y *hostis* , entre ejército permanente y el ejército de leva, la fuerza del *exercitus* o ejército permanente se organizaba primero según su despliegue territorial. Así, por debajo del rey quedaba bajo el mando de los duques provinciales, *dux provinciae* , que tenían atribuciones militares y civiles, pero que hasta el reinado de Recesvinto no tuvieron las judiciales. Los ducados o provincias eran muy extensos. Así, por ejemplo, El *dux* de la Bética controlaba la mayor parte de lo que hoy es Andalucía.

Por debajo de los duques provinciales estaban los *comes exercitus* . Estos condes del ejército tenían mando sobre las unidades desplegadas sobre el territorio de una o varias *civitates* y solo tenían atribuciones militares en un principio, mientras que los *comes civitatis* , los condes de las ciudades, tenían a su cargo la administración civil de las ciudades y sus territorios.

Bajo esta división territorial de la fuerza, se hallaba la división táctica o por unidades del ejército que quedaba así: un millar de hombres formaba una *tiufada* con un *tiufadus* a su cabeza. La *tiufada* de 1000 soldados se subdividía en dos unidades de 500 hombres a las órdenes cada una de ellas de un *quingentenarius* . Por debajo de estos estaban los

centenarius , cada uno de ellos al mando de una *centenae* de 100 hombres y, por último, estaban las *decaniae* de 10 soldados a las órdenes de un *decanus* .

Curiosamente, en la *Historia Wambae* de san Julián, contemporánea de los hechos y que narra las campañas de Wamba contra vascones y rebeldes de la Tarraconense y la Septimania en 673, aparecen mencionadas unas unidades denominadas como *turmae* , turmas. Estas se encontraban bajo la autoridad de unos duques, *dux exercitus* y parecen haber encuadrado unos 3000 hombres. [20] Aunque buena parte de los estudiosos españoles del Reino visigodo han querido salvar el asunto indicando que se trataría de una división puntual, anecdótica incluso, coyuntural en todo caso y sin integración real en la organización de la fuerza, lo cierto es que en mi opinión las semejanzas con las turmas bizantinas contemporáneas es tan fuerte que hay que hacer un considerable esfuerzo para negarse a la evidencia de que el Reino visigodo estaba copiando o adaptando algunas de las reformas que ya se habían dado en el Imperio unos años antes. En favor de esta idea se puede señalar que, precisamente en estos años, los *dux provinciae* y los *comes exercitus* recibieron el control sobre los impuestos y la administración judicial de sus circunscripciones, lo mismo que había ocurrido en la organización *thematica* y que las turmas descritas por san Julián contaban con el mismo mando a su cabeza que en Bizancio: un *dux* –en Bizancio se le llamaba *dux* o *turmarca* – y el mismo número de hombres, de 2000 a 3000 aproximadamente.

En cuanto a los ejércitos privados de los nobles, *comitatus* , se aceptaban legalmente y ya hemos visto que, junto con los hombres libres, constituían el *hostis* o ejército de leva. De hecho, desde Ervigio, los hombres libres y los siervos y esclavos de potentados menores tenían la posibilidad de integrarse en las filas de los *comitatus* armados de la alta nobleza cuyos ejércitos privados podían sumar miles de hombres. Es harto probable que dos tercios de la fuerza desplegada en Guadalete estuvieran integrados por este tipo de fuerzas, *comitatus* al servicio de nobles.

Armamento y equipo: la logística del rey godo

Los hombres que enfrentaron a los guerreros de Táriq ibn Ziyad en Guadalete portaban y esgrimían una amplia y variada panoplia de armas.

El yelmo se había generalizado. Era de hierro, con frecuencia cónico y dotado de baberas y protector nasal, a veces de influencia bizantina y, en general, muy similar a los que se estaban usando en el resto de Europa occidental. Los esclavos y los siervos no solían llevarlo y, como mucho, se cubrían la cabeza con una gorra o capacete de cuero o de fieltro. Junto con el yelmo, la otra pieza fundamental en la defensa del cuerpo era la loriga, o *lorica* . Los visigodos las usaban tanto del tipo fabricado a partir de la suma de anillos de hierro como del de escamas del mismo metal. Solían llegar justo por encima

de las rodillas y cubrir los brazos solo hasta el codo. Los godos la llamaban *hasberch* o *halsbergo* .

Otro tipo de armadura, menos frecuente, era la que en los textos aparece denominada como *zaba* . Se ha discutido mucho sobre ella y, en general, hoy se acepta que se trataría de una armadura hecha a partir del cuero de un bisonte, buey o toro sobre el que se cosían escamas de hierro hasta completar una suerte de cota larga que cubría el cuerpo hasta por debajo de las rodillas.

Una prenda o pieza defensiva más ligera era el llamado toramasco, un coselete elaborado con fieltro acolchado e impermeabilizado y que, como es obvio, no era sino la forma goda del *thoracomachus* romano de los siglos IV y V. Esta suerte de gambesón se solía colocar bajo la loriga o bajo la zaba, pero también podía llevarse como única protección.

Otra pieza del armamento defensivo eran las caligas que protegían las piernas. También recibían los nombres de brimberga y bamberga y, por lo general, solo las usaban los gardingos, los nobles y los hombres mejor armados de las comitivas regia y nobiliarias. Las caligas se combinaban con el *soko* , también conocido como *pedule* o «zapato gótico», una bota corta de cuero reforzado y sujeta al pie con dos hebillas. Era un calzado muy popular y hasta el anónimo autor del *Strategikon* lo recomendaba por considerarlo mejor que las botas romanas. [21]

La otra pieza del armamento o equipo defensivo era el escudo. Los había de varios tamaños y formas, pero el más corriente era circular, con umbo de metal y reborde de hierro. Se usaba para su confección madera de tilo, de roble o de abeto y se forraba en cuero sobre el que solían pintarse emblemas y símbolos.

También los caballos godos iban protegidos. Denominaban a la armadura equina *testinia* y, en esencia, se reducía a la testera, que protegía la cabeza y el cuello del caballo y que solía ser de cuero reforzado y a veces recubierto de anillos de hierro o de placas del mismo metal. El uso de capisanas, petrales y flanqueras o bardas para proteger a los caballos de guerra era mucho menos frecuente.

El armamento ofensivo estaba compuesto por la *spatha* o espada larga de dos filos, usada por la caballería y por una espada más corta, pero asimismo de dos filos, utilizada por los infantes mejor armados.

Las lanzas las empleaban tanto la caballería, que ya había abandonado las pesadas lanzas a dos manos o *contus* y ahora empuñaba la lanza conforme se había ido haciendo popular en oriente desde finales del siglo VI, como la infantería. La de esta última solía tener unos 2,5 m de longitud, moharra de entre 22 y 34 cm con enmangue tubular y asta

de cornejo o fresno. Era, sin duda y junto con la *scrama* , un cuchillo largo o espada corta de un solo filo, el arma más generalizada y las únicas que portaban siervos y esclavos que, como poco, constituían la mitad de la fuerza de un ejército godo de finales del siglo VII e inicios del VIII. Otras armas afiladas y ligadas a los siervos y esclavos que militaban en las filas godas eran el jacelo, la ramba y el tarágulo que eran armas de hoja ancha y corta, de un solo filo y, al parecer, similares a la *scrama* , sin que quede aún claro en qué se diferenciaban de esta última o si no eran más que formas distintas de denominarla.

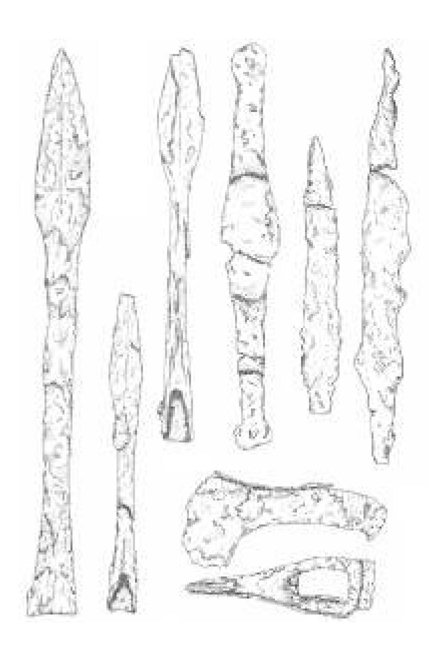


Figura 98: El *castellum* sito en San Juliá de Ramis y el *castrum* de Puig Rom (ambos en la provincia de Gerona) eran dos puntos fortificados de carácter estratégico, abandonados a comienzos del siglo VIII, sin duda en relación con la ocupación musulmana. En ambos se han hallado objetos de carácter militar, acordes a la función de los enclaves, como manillas de escudo, hachas arrojadizas, cuchillos y moharras de jabalina y lanza. Imágenes de G. García, D. Vivó (2003): «Sant Julià de Ramis y Puig Rom: dos ejemplos de yacimientos con armamento y equipamiento militar visigodo en el noreste peninsular», *Gladius* , XXIII, pp. 161-190.

La caballería y la infantería usaban con mucha frecuencia el venablo. Otra arma menos frecuente, pero presente, era la aclide o maza de combate. Tenía cabeza esférica de hierro y su mango era de madera de roble y podía estar forrado de metal. Por el contrario, el securón o hacha arrojadiza, similar a la francisca franca, era más usada por la infantería, aunque a finales del siglo VII e inicios del VIII era un arma realmente singular. Otra arma poco frecuente era el *dolon* o cuchillo escondido en un bastón. Su nombre derivaba del término griego *dolos* , esto es, traición.

Mucho más frecuente era el uso del arco. De hecho, y si creemos a san Isidoro, los godos hacían mucho uso de él y se ufanaban de ser excelentes arqueros y de practicar con ahínco su disciplina. Los arqueros godos disparaban a pie, pues su caballería, al

contrario que los hunos, bizantinos o sasánidas, no hacía uso del arco. La mayoría de los arqueros godos empleaban arcos largos de curvatura simple realizados en tejo. Pero se han hallado algunas placas de cuerno y puntales de marfil que sugieren que en el siglo VII también se usaban arcos compuestos y, si es así, quizá algunos jinetes godos, tras las duras lecciones infligidas por la caballería bizantina en el siglo VI, aprendieran su uso. Pero si esto fuera cierto, tuvieron que ser muy pocos, pues los textos no los mencionan y siguen dibujando una caballería fundamentalmente armada con lanza, espada y venablos.

La caballería goda hacía uso de la silla de montar, en el caso de los nobles eran sillas ricamente engalanadas y muy parecidas a las bizantinas. Se cuenta que la silla del caballo de guerra de Rodrigo, un magnífico caballo tordo que cayó junto a su jinete en Guadalete, estaba guarnecida de oro y adornada con rubíes y esmeraldas. [22] El bocado, las bridas y el estribo también formaban parte de los arreos de los caballos godos. Si bien es cierto que en el caso del estribo aún no estaba generalizado su uso y solo comenzó a ser frecuente en los años inmediatamente anteriores a la invasión islámica.

Los estandartes de guerra visigodos se denominaban *baudophoros* y, según se nos cuenta, eran de dos clases: rectangulares y triangulares. Todas las unidades o formaciones mayores de 50 hombres los llevaban para su identificación y también los nobles contaban con sus propios estandartes.

Además, está atestiguado el uso de instrumentos musicales como el *cornuo* , que podía ser un cuerno de guerra o una corneta, y el tambor.

Por lo demás, en el siglo VII tenemos muchas noticias sobre el uso de máquinas de guerra. En especial arietes, escalas y *ballistas* . Por ejemplo, vemos la eficacia de estas máquinas en los asedios llevados a buen término por los hombres de Wamba en la Septimania en 673. Para usar la *ballista* se necesitaban 11 hombres y lanzaba proyectiles de entre 50 y 100 kg de peso a más de 200 m y, a veces, las más potentes, podían pasar en sus lanzamientos de 400 m. Los godos también parecen haber usado la catapulta. [23]

La logística visigoda estaba bien organizada y era razonablemente buena, de hecho, muy superior a la franca y a la que, por las mismas fechas, inicios del siglo VIII, tenían los reinos anglosajones de Britania o de cualquier otro lugar de Europa occidental. La organización logística goda tenía su base en las ciudades. En cada ciudad la administración del rey contaba con un alto funcionario llamado *erogator annonae* que, junto con sus hombres, era el encargado de entregar los abastecimientos a las tropas acantonadas o reunidas en su distrito. Para proceder a dicha distribución, el *erogator annonae* recibía las vituallas y provisiones de los almacenes reales que, previamente, habían sido llenados por el *comes civitates* , el conde de la ciudad, y por el funcionario conocido como *annonae dispensator* o *annonarius* . De hecho, el *annonarius* y el *comes*

civitates procedían a reunir los suministros destinados al ejército o a la guarnición, motivados por las órdenes del *comes exercitus* que, recordémoslo, era el responsable de las tropas acantonadas en una ciudad y su área de influencia, de manera que el *erogator annonae* actuaba como supervisor y no solo como repartidor de los abastecimientos. Ya que, de no haberlos recibido en su totalidad, o en mal estado, o no obtenerlos a tiempo y, por ende, tener durante días a las tropas sin sus correspondientes raciones, su obligación era comunicarlo al *comes exercitus* , el cual elevaba una denuncia al rey en la que especificaba el número de días que la desidia o mala fe del *comes civitatis* o del *annonarius* habían dejado sin sus pertrechos al ejército. El rey imponía, entonces, una multa al *comes civitatis* y al *annonarius* equivalente a cuatro veces el valor de lo que no se había entregado, o de lo que se había entregado en mal estado. [24]

Para tener un mejor control sobre la logística y pago de las tropas, en la segunda mitad del siglo VII se optó por dotar a los *dux provinciae* y a los *comes exercitus* de las atribuciones militares y civiles por igual en sus demarcaciones. Así, al controlar los impuestos, la administración y los aparatos judiciales de sus territorios, los duques y condes contaron con todas las herramientas necesarias para reunir y abastecer correctamente a los ejércitos. Con ello se seguía la tendencia iniciada por Justiniano en el siglo VI, consolidada y ampliada por Mauricio con la instalación de los exarcados de Cartago y Rávena y definitivamente desarrollada con la creación de los *themas* por Constante II en 657-661.

Una parte esencial de la logística era el sueldo de las tropas. Los reyes godos atendían a tal menester acuñando sobre el terreno mediante cecas móviles o instalándolas en ciudades cercanas al lugar de las operaciones. Con las monedas así acuñadas se procedía al pago de los *stipendimi* y *donativum* .

Mención aparte merece la flota visigoda. Sin ningún género de dudas existía. O, al menos, podía reunirse una. En 673, Wamba dispuso de una escuadra para darle apoyo a su ejército en la lucha contra el rebelde duque Paulo y gracias a la *Crónica mozárabe* de 754 sabemos que se produjo un ataque, quizá en 697-698, de la flota bizantina que fue rechazado. Poco más sabemos. Es de lógica pensar que existían algunos barcos tipo *dromon* y que a ellos se sumarían naves requisadas a los mercaderes, pues había muchos comerciantes orientales, los «sirios» de las fuentes visigodas en particular. Pero es difícil imaginar qué pasó con la flota visigoda en 711. No estorbó las operaciones musulmanas en ningún momento y eso que venían atacando la región gaditana del estrecho desde el otoño de 709 y de que en la primavera de 711 eran muchas las señales de que se preparaba un gran ataque desde la orilla africana. Tampoco se opuso la supuesta flota visigoda al desembarco de Musa ibn Nusair en 712.

La estrategia, la táctica y el número

El Reino visigodo contaba, a inicios del siglo VIII, con dos fronteras o marcas: la desarrollada desde finales del siglo VI contra los vascones, que a la sazón estaban vasconizando lo que hoy sería el País Vasco y el centro de Navarra y que en origen parecen haber sido poblaciones procedentes de las vertientes aquitana y navarra de los Pirineos, y la que enfrentaba a los francos en la Septimania. Se ha especulado mucho con que se establecieran posiciones defensivas en el norte de África y que Ceuta fuera una fortaleza goda, pero no hay ni una sola prueba o testimonio sólido de ello y, por supuesto, ni una sola mención en las fuentes a que los visigodos arrebataran en algún momento Ceuta a los bizantinos. Por el contrario, son abundantes y sólidas las noticias y evidencias que las fuentes contemporáneas facilitan sobre la continuidad del dominio bizantino en Septem/Ceuta a lo largo de todo el siglo VII y es harto probable que, como dicen las fuentes islámicas más seguras y primitivas, don Julián, el famoso conde don Julián, fuera un «patricio», ese es el título que le dan, bizantino. Sí es posible que el conde don Julián llegara a pactar con los godos algún tipo de reconocimiento o vasallaje en los días previos a la llegada musulmana ante las puertas de Ceuta y quizá ese vago, táctico y diplomático reconocimiento fuera la base de la famosa «traición» de don Julián. Nótese, sin embargo, que tanto la *Crónica arabigo-bizantina* de 741, como la *Crónica mozárabe* de 754, las únicas fuentes plenamente contemporáneas de los hechos, no lo mencionan. Algunos historiadores han querido ver en un noble africano-romano que acompañó a Musa ibn Nusair, Urbano, al verdadero don Julián. Pero es solo una especulación con escaso peso. [25]

En general podríamos decir que, a inicios del siglo VIII, el Reino visigodo tenía conciencia plena de que el avance musulmán se acercaba y de que no se detendría en el Estrecho. Los ataques desde 709, al menos dos, y puede que tres o más, previos al de Táriq ibn Ziyad, no dejaban lugar a dudas sobre las intenciones musulmanas. Pero no parece que los reyes visigodos, ni Egica (687-702) ni Witiza (702-710) ni Rodrigo (710-711) tomaran medidas excepcionales para enfrentar dicha amenaza y sí de que seguían más atentos a sus fronteras norteñas y, ante todo, a lo que podríamos llamar «frente interno», esto es, a la crónica y grave división del Reino.

En cuanto a la táctica, la caballería goda se había ido convirtiendo en el arma más efectiva y mejor equipada del ejército visigodo. Los caballeros godos eran, en esencia, lanceros. Provistos de grandes caballos, a menudo cubiertos con testeras y otras protecciones, y armados de lanza, espada larga y venablos, formaban una excelente caballería que podría haberse medido bien con la árabe, si no fuera porque esta estuvo ausente de la batalla de Guadalete. En su defecto, tuvo que enfrentar a una infantería dura y correosa que la recibió en orden cerrado y contra la que no sería tan efectiva. Por lo general, se esperaba que la caballería tomara la iniciativa y que la infantería, de mucha peor calidad, la apoyara y le diera cobertura. En el campo de batalla, se solía dividir a la hueste en tres divisiones o alas, donde el centro solía ser más fuerte y tenía al rey a su cabeza.

Los arqueros parecen haber contado con importancia destacada y en apariencia mayor que en los ejércitos francos, anglosajones y longobardos del mismo periodo. Pero es curioso que en Guadalete no parece haber huella alguna de su presencia.

En las campañas, aprovechando su aceptable logística y su número, los visigodos gustaban de operar dividiéndose en columnas, probablemente y como en 673, en turmas de dos o tres millares de hombres, que iban abriendo camino y cercando al enemigo en espera de converger sobre él, reuniéndose entonces con el cuerpo principal del ejército que marchaba algo retrasado y con la seguridad que le aportaban las turmas destacadas delante de él. [26] Nada de esto se dio en Guadalete.

De la relativamente detallada narración de san Julián de la campaña de Wamba de 673, se puede deducir, según las cifras y unidades que se nombran en dicha fuente, que el rey Wamba movilizó a unos 25 000 efectivos. En efecto, se habla de 3 turmas y de 1 cuerpo principal y, a continuación, al narrar el duro asedio de Nimes, se nos dice que el rey envió a los sitiadores un refuerzo de 10 000 hombres. De todo ello se infiere que Wamba superaba con creces los 20 000 hombres y sin contar con la flota que también combatió en dicha campaña y que es probable que desembarcara tropas adicionales en la costa de Septimania. Como además las fuerzas rebeldes que se le oponían eran el fruto de la suma de un ejército previamente enviado por Wamba a la región, el del duque Paulo y de las fuerzas que guarnecían la Tarraconense y la Septimania, [27] podemos establecer, sin miedo a exagerar, que a finales del siglo VII el Reino visigodo de Toledo podía poner en pie de guerra con facilidad a 35 000 hombres y que lo más seguro es que la suma total de efectivos que podrían armar de una vez en caso de necesidad, pasaría de los 40 000 si se tienen en cuenta las guarniciones de las ciudades y fortalezas.

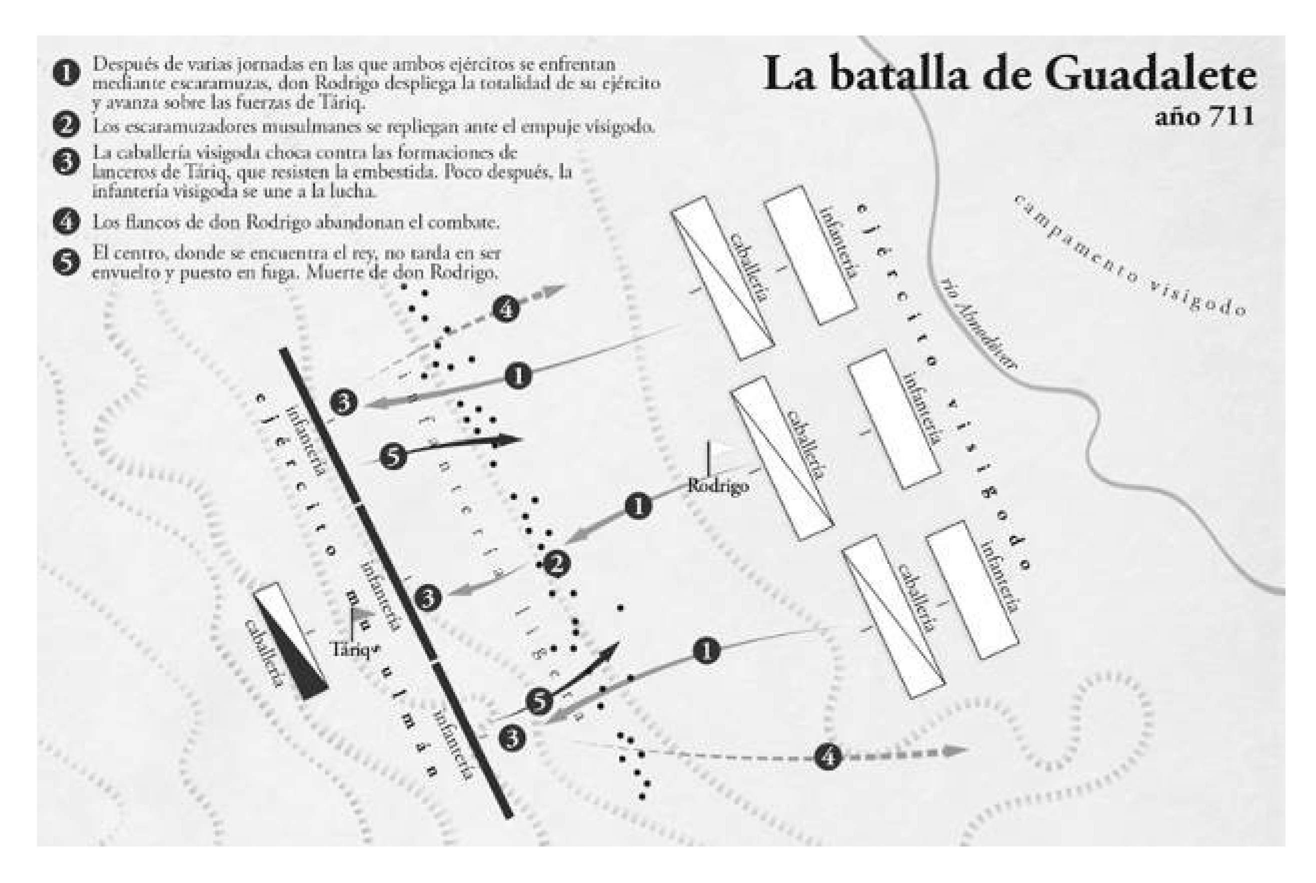
Estas cifras, basadas en la narración y datos ofrecidos por un contemporáneo bien informado, san Julián, nos parecen más seguras que las que proporcionarían las tardías fuentes islámicas y que, en la mayoría de los casos, elevaban la cifra del ejército visigodo vencido por los musulmanes en Guadalete a 100 000 efectivos.

La batalla de Guadalete o de los montes Transductinos

Lo primero que se debe señalar es que el escenario general que rodea la batalla de Guadalete, que más bien debería llamarse batalla de los montes Transductinos –la única ubicación de la que estamos de verdad seguros– o batalla del Lago –si atendemos a algunas fuentes islámicas que, como todas las fuentes árabes, son tardías– es ciertamente propio de una Edad Oscura. Ni siquiera tenemos clara la cronología, pues las dos únicas fuentes contemporáneas, la bizantino-arábiga de 741 y la mozárabe de 754, o no precisan la fecha de la conquista, como en el caso de la primera, [28] o, como en el caso de la segunda, ofrecen una cronología distinta a las fuentes musulmanas y aún a

las de la historiografía moderna. Así, según la *Crónica mozárabe* de 754, Rodrigo subió al trono en 711 y no en 710 y fue derrotado en 712, año final de su reinado, y no en 711, de manera que la batalla de Guadalete tendría lugar en realidad en 712. [29] Un apunte posterior de la *Crónica mozárabe* que hace referencia a su viuda en 715, pone en consonancia a esta crónica de 754 con las noticias islámicas que señalan la muerte de Rodrigo en la batalla. [30] Tampoco tenemos identificado el lugar exacto en que se dio el decisivo combate. Como ya se ha apuntado, la *Crónica mozárabe* de 754 indica que el encuentro tuvo lugar en Transductinis Promonturiis, esto es, los montes Transductinos, y como Transducta es la forma en que se denominaba a la antigua Iulia Traducta, esto es, Algeciras y no Tarifa como de forma errónea sostienen algunos que desconocen testimonios irrefutables, [31] hay que buscar el lugar en las sierras que cierran la bahía de Algeciras: las sierras de Ojén y de Los Cabritos, puesto que las fuentes islámicas más antiguas insisten en que la batalla tuvo lugar en la *cora* o distrito de Medina Sidonia y puesto que esto no entra en contradicción con lo dicho por la *Crónica mozárabe* de 754, y que la laguna de La Janda y alguno de los ríos que iban a parar a ella parecen también estar relacionados con la ubicación de la contienda, se señalan los nombres de río Umm Akim y de Beca, lo más lógico es pensar en un punto situado en la vertiente noroeste de las sierras antes citadas, en la salida de alguno de los ríos que, bajando de los montes, iban a desaguar a la laguna. De hecho, si tuviera que señalar un sitio concreto lo haría en el paraje de Beneroso, sito en el lugar de un *fundus* romano llamado Ursianus y que estaba relacionado con el martirio de Servando y Germán. Dicho *fundus* Ursianus se extendía al pie del actual cerro de Torrejosa, en la sierra de Ojén, en el punto en donde el río Almodóvar buscaba La Janda. Lo creo así porque este paraje era el lugar por donde corría la calzada romana que subiendo de Algeciras cruzaba los montes en dirección a Sevilla y que todavía en época del geógrafo musulmán conocido como el Nubiense, seguía siendo el camino principal que discurría por esos parajes. [32] Era un buen lugar, pues tenía los montes a la espalda, un río y una laguna delante que dificultaban el despliegue de un gran ejército y cerraban la calzada que, en caso de derrota, llevaría a Táriq en menos de una jornada hasta el puerto de Algeciras, donde había dejado una pequeña guarnición, para huir desde él a África. Esta hipótesis y la ubicación de la batalla en los Transductinis Promonturiis no solo se apoyan en la *Crónica mozárabe* , sino también en las fuentes árabes que señalan que, tras el combate, Táriq retrocedió hacia Algeciras para luego tomar la calzada que, por el «desfiladero de Algeciras» llevaba hacia Écija y Córdoba. [33] Más allá de esto, todo lo demás es pura especulación. De hecho y como ya señalara con acierto Roger Collins, no se puede hacer ninguna reconstrucción mínimamente honrada, desde el punto de vista historiográfico, de los sucesos de la invasión islámica del reino de Toledo sin poner en el centro a la *Crónica mozárabe* de 754 y, por ende, se debe rechazar cualquier otro testimonio más tardío y legendario que violente la parca y por ello aún más creíble relación que nos ofrece la *Crónica* . [34]

Seguiré el consejo del maestro Collins. De las informaciones de la *Crónica mozárabe* de 754 podemos dibujar un cuadro general bastante pesimista de la situación del Reino de Toledo en los días previos a la invasión musulmana. Hambres, plagas, epidemias y sequías causaron grandes trastornos y quebrantos en los años finales del siglo VII y en los iniciales del VIII. [35] Estas noticias sobre desastres naturales las corroboran las fuentes árabes más seguras como el anónimo *Ajbar machmúa* del siglo XI que llega a afirmar que en los años inmediatamente anteriores al desembarco de Táriq ibn Ziyad, la mitad de la población de Hispania había perecido debido al azote de la peste. [36]



A los desastres de la naturaleza se unieron los del hombre. El siempre conflictivo sistema godo de sucesión en el trono se manifestó en toda su gravedad en el momento más inoportuno, pues los musulmanes estaban ya incursionando en el estrecho de Gibraltar y es probable que con más de un ejército saqueando la Bética desde la bahía de Algeciras. Cuando Witiza murió (710), puede que incluso antes, Rodrigo, duque de la Bética, reclamó la corona. La *Crónica mozárabe* de 754 no deja lugar a dudas de que Rodrigo actuó de forma ilícita y de que su acción quebró cualquier resto de unidad en el Reino de Toledo y provocó al instante luchas intestinas y guerras civiles que siguieron en plena efervescencia y con toda crudeza, antes y después de la derrota y muerte de Rodrigo en la batalla de los montes Transductinos/Guadalete. [37] De hecho, a la par que Rodrigo se proclamaba rey en Córdoba, un candidato alternativo, Agila II, se alzaba en

el valle del Ebro y en Septimania, al parecer apoyado también por los vascones. Asimismo, puede que un segundo rival de Rodrigo, Suniefredo, se apoderara del control de Toledo y que se proclamara rey y todo ello sin contar con que pudo haber otras facciones en lucha. [38] Así que el reino visigodo de Toledo no se hallaba en las mejores condiciones posibles para hacer frente a la invasión islámica y, una vez más, como ocurrió en la conquista de la Persia sasánida, o en la del Egipto bizantino, por citar solo dos casos, los musulmanes tuvieron el don de aprovechar las disputas internas y de «llegar» en el momento justo.

De la atenta lectura de la *Crónica mozárabe* se puede establecer que al menos dos ataques habían precedido al de Táriq ibn Ziyad y que dichos ataques fueron graves. [39] Si ponemos lo anterior en correspondencia con lo que podemos extraer en claro de la multitud de noticias proporcionadas por las más tardías fuentes árabes y asturianas, a menudo contradictorias y siempre trufadas de leyendas, esos ataques previos serían los de Julián, a finales del verano o inicios del otoño de 709 y el de Tarif Abu Zura, en el verano u otoño de 710. [40]

Pero es que, además, la *Crónica mozárabe* de 754 no solo corrobora esos ataques previos, sino que sanciona que en el momento en que Rodrigo ya se dirigía contra los musulmanes había varios ejércitos o contingentes enemigos saqueando la Bética y que su acción no solo había precedido a la de Táriq ibn Ziyad, sino que la estaban acompañando. Dicho de otro modo: no se trató de ataques fulgurantes que terminaron con un rápido saqueo y una vuelta a las bases norteafricanas, sino de ataques en profundidad, con permanencia en el país atacado y con toda probabilidad, independientes entre sí, aunque al final coordinados bajo la dirección de Táriq. Así que Rodrigo no enfrentaba solo a un ejército, sino lo que es más probable a varios o, al menos, no solo enfrentaba a un caudillo, sino al menos a tres. Al respecto, la *Crónica* dice: «Tras reunir un gran ejército contra los árabes y los moros enviados por Muza, esto es, Taric Abuzara y otros que estaban ya realizando incursiones a la provincia que hacía tiempo le estaba encomendada y devastaban muchas ciudades, se fue a las montañas Transductinas para luchar contra ellos…». [41]

Lo que tenemos es una situación caótica: un Reino de Toledo desangrado por guerras civiles abiertas en varios frentes, socavado por conjuras en torno a Rodrigo y con varios ejércitos musulmanes operando en la Bética. De hecho, las fuentes apuntan a que Rodrigo había enviado ya contra los incursores al duque de la Bética y que este había sido derrotado y perseguido por Táriq hasta los arrabales de Córdoba. Si tenemos en cuenta que el duque de la Bética debía de contar con entre 2000 y 3000 hombres avezados a su servicio y que debido a la ley militar de Ervigio pudo levantar un buen número de tropas de leva en su provincia y que las fuentes árabes más antiguas coinciden en que su derrota a manos musulmanas se debió a que se confió por superar a estas últimas en número, es probable que se tratara de un considerable ejército y que

sus bajas fueran, asimismo, crecidas y que fuera tan sonada derrota la que terminara por obligar a Rodrigo a centrarse en los invasores y no en sus rivales por el control del Reino de Toledo. [42]

Pero volvamos a la narración principal. Si seguimos la cronología de las fuentes árabes, Táriq ibn Ziyad había cruzado el estrecho de Gibraltar con el apoyo de don Julián en abril de 711 y pasó tres meses saqueando la Bética. Sus fuerzas eran numerosas, aunque las fuentes árabes no se ponen de acuerdo en el número: 1700 árabes y 12 000 bereberes, 12 000 hombres en total o 7000 hombres. La *Crónica mozárabe* de 754 afirma que los invasores eran árabes y moros y esto apunta a que el contingente árabe, aunque menor que el bereber, debía de ser significativo y es probable que la cifra recogida por Ibn ʻAbd al-Hakam sobre el ejército de Táriq, 1700 árabes y 12 000 bereberes sea cierta y que, aunque en un principio solo pasara con 7000 hombres, ya en la Península hubiera otras tropas esperándole y que otras se le sumaran a lo largo de las semanas siguientes, hasta totalizar una fuerza de 13 700 hombres. Los guerreros de Táriq eran, en su inmensa mayoría, de infantería. De hecho, algunas fuentes dicen que solo tenía infantes, mientras que otras señalan también un contingente de caballería. En cualquier caso, ante la noticia de que Rodrigo se aproximaba a la cabeza de un enorme ejército, Táriq pidió auxilio a Musa ibn Nusair. Este contaba, recordémoslo, con una flota poderosa con base en Túnez y su uso es lo único que explica que a Táriq ibn Ziyad le llegaran a tiempo los 5000 hombres de refuerzo que le envió el valí de Ifriqiya. Así que, en el mejor de los casos, el ejército de Táriq esperó a Rodrigo contando con unos 18 000 hombres y, en el peor, con 12 000. En mi opinión, la cifra más crecida estaría más acorde con lo que pasó en la batalla y con los posteriores movimientos de Táriq. [43]

Tras su exitoso desembarco, que debido a lo crecido del número de sus tropas y a la escasez de barcos, tuvo que completarse tras días de idas y venidas de la pequeña flota que don Julián puso a su servicio, Táriq se apoderó de Carteya e instaló una pequeña guarnición en Algeciras, en concreto en la isla que dominaba su puerto: isla Verde. Asegurada así su base de partida, esencial para recibir futuros refuerzos y para poder huir con prontitud si las cosas se torcían, cruzó los montes Transductinos e inició una serie de devastadoras expediciones de saqueo que, como ya vimos, atrajeron de inmediato al duque de la Bética al que Táriq derrotó y persiguió hasta los arrabales de Córdoba. Señal evidente en mi opinión de que, o bien había pasado el Estrecho con un pequeño contingente de caballos, o bien se había hecho con ellos durante sus correrías o se los habían arrebatado a los hombres del derrotado duque de Bética. No obstante, su ejército seguía siendo sobre todo una fuerza de infantería y, por lo que apuntan algunas fuentes, bien dotada de tropas armadas a la ligera. [44]

Como ya hemos visto, el 87 % de su fuerza original, antes de que Musa ibn Nusair le enviara refuerzos, estaba compuesta por bereberes. Las fuentes señalan a varias tribus de las antiguas Mauritanias como las principales proveedoras de esos guerreros y,

aunque algunos de esos soldados bereberes hubieran militado previamente en los ejércitos bizantinos o llevaran un tiempo haciéndolo en los califales y, por ende, estuvieran dotados de un armamento y disciplina equivalentes a las tropas árabes, lo cierto es que el grueso de ellos serían hombres escasamente armados, peor adiestrados y extraordinariamente indisciplinados. La *Crónica mozárabe* de 754 destaca el salvaje aspecto de los guerreros moros y el terror que podía despertar su bárbara apariencia: «Pero al saber esto, los moros bajan de las montañas para luchar, desnudos y ceñidos por unos colgantes que pendían delante de sus partes pudendas… Al mostrar los moros su negro rostro montados sobre preciosos caballos y rechinando sus blancos dientes, los caballos egipcios se encabritan…». [45] Lo que importa del texto anterior es el miedo que los moros despertaban incluso entre sus señores árabes. Estos últimos los temían y los despreciaban. Los textos árabes, además, están llenos de narraciones que destacan el salvajismo y la necedad de los bereberes y esa relación tan tirante entre árabes y bereberes derivaría en no pocos enfrentamientos y en una hostilidad que ha llegado hasta nuestros días. Los bereberes iban armados en su mayor parte a la ligera: venablos, alguna lanza o espada y escudos de cuero endurecido. Eran guerreros duros y feroces, pero dados al desánimo si la lucha se alargaba. Como demostraron las sublevaciones moras que estallaron en torno al 740, las tribus moras estaban poco o nada islamizadas y no aceptaban de buen grado el yugo del califato.

Los guerreros árabes de Táriq eran pocos. Debían de ser tropas veteranas y es posible que estuvieran constituidas por unidades de arqueros y lanceros. Táriq parece haber sido de origen persa, de Hamadán, dicen algunas fuentes, [46] otras apuntan un origen bereber, menos creíble en mi opinión, pues en este momento de la conquista islámica del Magreb y de al-Ándalus es inimaginable que un bereber estuviera al mando de tropas árabes por escasas que estas fueran en relación con las bereberes.

Hemos, pues, de imaginar al ejército de Táriq como una hueste dotada de un núcleo de buenas tropas, lanceros y arqueros, acompañado de una multitud de guerreros salvajes y poco disciplinados armados a la ligera. Eran hombres aptos para el saqueo y los golpes de mano, aunque menos adecuados para una batalla campal; aun así, eran muy capaces de enzarzarse en una dura refriega si las circunstancias eran las adecuadas. Y lo fueron.

Rodrigo, alarmado por las noticias sobre la derrota de su duque y por la destrucción de ciudades llevada a cabo por los invasores, dejó la campaña contra los aliados vascones de Agila II y cualquier pretensión de domeñar a este último y marchó a toda prisa a Córdoba a la cabeza de su *exercitus* , a la par que convocaba el *hostis* o ejército de leva en dicha ciudad. Si la ley establecida por Ervigio se estaba aplicando, la que determinaba la obligación de todos los hombres libres situados en un radio de 100 millas a la redonda del lugar atacado por los enemigos del Reino, de acudir al lugar de reunión armados y con al menos la décima parte de sus siervos y esclavos preparados

para el combate, en Córdoba debió de encontrarse con una notable fuerza a la que sumaría su comitiva regia, no menos de 2000 hombres excelentemente armados y montados, así como la mayor parte de la hueste que había llevado al norte para luchar contra Agila II y los vascones. Además, recordemos que Táriq ibn Ziyad había vencido ya a un ejército visigodo enviado contra él por Rodrigo y que sus restos se habían refugiado en Córdoba. Así que el ejército, el *exercitus* y el *hostis* , reunido en Córdoba tenía que ser impresionante. ¿Cuántos? García Moreno lleva la cifra a unos incomprensibles 12 000 hombres, cifra contradictoria con su propia exposición y con sus fuentes y que equipararía en número a los ejércitos de Rodrigo y de Táriq o que incluso daría la ventaja numérica a este último, y eso cuando todos los testimonios señalan una y otra vez la superioridad numérica del ejército godo sobre el musulmán. Por su parte, Muñoz Bolaños admite la cifra que algunas fuentes árabes dan de 90 000 hombres para los godos. Una cifra demasiado alta. Sánchez Albornoz, siempre sensato, estimó el ejército de Rodrigo en 40 000 hombres, seguramente apoyándose en la cifra recogida por ibn Jaldûn. [47] Y es que las cifras que las fuentes árabes nos proporcionan son muy desiguales entre sí y, casi siempre, disparatadas: 40 000, 70 000, 90 000, 100 000 y hasta 600 000 efectivos atribuyen al ejército godo. [48] Yo creo que lo más sensato es partir de las únicas cifras fiables con que contamos: las proporcionadas directa o indirectamente por la *Historia Wambae* de san Julián que nos ofrece un excelente cuadro de las posibilidades militares del Reino de Toledo hacia 673. Y es que la campaña de Wamba fue lanzada en circunstancias muy parecidas, esto es, sin controlar el valle del Ebro y la Septimania y, puesto que Wamba fue capaz pese a ello de reunir una fuerza que incluía 3 turmas bajo el mando de duques –cada turma oscilaba entre los 2000 y los 3000 efectivos–, y un cuerpo principal que pasaba de los 10 000 hombres (pues ese número, 10 000, fue el que destacó Wamba en apoyo de las tropas reales que asediaban Nimes, y todo ello tras haber destacado ya un ejército a la región sublevada, el del duque Paulo, que a su vez se rebeló), creo más que posible que Rodrigo, al menos, pudiera reunir tantos hombres como Wamba antes de que se produjera la defección del duque Paulo y, de ser así, su ejército tuvo que pasar de los 25 000 soldados. Esta es una cifra considerable que garantizaba una fuerte superioridad numérica sobre los invasores a los que doblaría ampliamente si estos últimos sumaban 12 000 hombres y que representaría, al menos, un 28 % más de efectivos si contaban con 18 000. [49] De esos 25 000 hombres, unos 9000 serían jinetes bien armados y el resto una infantería muy mediocre y en su mayor parte armada con hondas, venablos y *scramas* .



Figura 99: Fresco proveniente del palacio de Hirbat al-Majfar, erigido por el califa omeya Hisäm (reg. 723-743). Representa a un arquero a pie que dispara una flecha al tiempo que se protege con un escudo redondo. El artista ha puesto buen cuidado en mostrar cómo la mano izquierda sujeta a un tiempo tanto el arco como el escudo, y resulta interesante el tipo de armadura empleada, que acusa una fuerte influencia bizantina. Rockefeller Museum, Jerusalén.

La superioridad numérica de los godos y su numerosa y excelente caballería debería de haberles dado una ventaja decisiva. Debería habérsela dado pero no fue así y no lo fue porque el campo godo era de todo menos un ejército unido. En esto, tanto la *Crónica mozárabe* de 754 como las fuentes árabes, coinciden. De hecho, la conclusión es que la derrota que sobrevino tuvo una causa principal y decisiva: la traición de dos tercios del ejército godo.

Pocos pormenores de la batalla de los montes Transductinos o de Guadalete nos han llegado. Sabemos que el ejército godo formó en un frente de tres grandes divisiones o alas. El centro, donde formaba la comitiva real, lo mandaba Rodrigo y las alas derecha e izquierda, familiares del anterior rey, Witiza. Sabemos también que el campo de batalla contaba con un curso de agua, un río que en las fuentes aparece, ya lo vimos, como Umm Hakïm o como Beca y que yo identifico con el actual Almodóvar. Dicho río corría

por detrás de los godos, mientras que los musulmanes se hallaban desplegados con las espaldas cubiertas por los montes Transductinos. Tener el río a retaguardia fue un grave error por parte de los godos y tuvo que ser fruto de su confianza en la victoria, pues cuando se verificó su derrota, el río estorbó su retirada y facilitó la tremenda matanza que señalan las fuentes. Esa confianza de los godos en su fuerza se manifestó también en que, cuando se inició la fase decisiva de la batalla, llevaron a cabo una carga general que, al desertar las dos alas de su ejército, se transformó en desastre. Fase decisiva si se tiene en cuenta que la batalla duró ocho días si damos crédito a las fuentes árabes. La *Crónica mozárabe* de 754 no hace ninguna indicación de cuantos días duró el encuentro, pero las árabes insisten y lo hacen en este caso casi siempre en concordancia unas con otras, de que los combates se iniciaron el 19 de julio de 711 y que se prolongaron hasta el 26 de julio. [50]

Los primeros días pasaron en escaramuzas y tanteos. Esto fue un nuevo error táctico de Rodrigo. Uno más. Rodrigo había ya cometido tres:

1. forzar una marcha de 1000 km desde Pamplona, con lo que su *exercitus* llegó agotado a los montes Transductinos;
2. apresurar la reunión del *hostis* , con lo que este no se completó y no contó con todos los efectivos que podría haber llevado a la batalla; y,
3. dejar el río del lago, el Almodóvar, a sus espaldas.

El cuarto error sería fatal. Al no desencadenar de inmediato un gran ataque y dejar pasar días enteros en tanteos y combates parciales, facilitó que los nobles hostiles a su causa, los que solo se le habían sometido a regañadientes, pudieran establecer contacto con Táriq. Tanto la *Crónica mozárabe* de 754 como las fuentes árabes señalan esta traición e incluso apuntan unánimemente en una dirección: Opas. Un noble godo que ora es el hijo de Witiza, ora su hermano y al que algunas fuentes convierten en obispo de Sevilla. Otras fuentes simplemente hablan de familiares de Witiza. Pero, en cualquier caso, fueran quienes fueran esos nobles descontentos y traicioneros con Rodrigo, lo cierto es que acordaron con Táriq que, en el momento decisivo, abandonarían a Rodrigo. [51]

Y así fue. Tras días enteros de choques parciales, Rodrigo ordenó un ataque general. Es probable que fuera entonces cuando la totalidad del ejército godo cruzó el río Umm Hakïm/Almodóvar y se desplegó en tres grandes alas. Táriq dispuso a los suyos en el llano, al pie del actual cerro de Torrejosa y los hombres del rey godo, en este caso Rodrigo, cargaron sobre el enemigo. No sabemos cómo se dispuso la fuerza de Táriq, pero si tenemos en cuenta la formación tipo de los ejércitos árabes de este periodo, que su fuerza era en esencia de infantería y que, con toda seguridad, optó incluso por desmontar a sus escasos jinetes para que estos formaran como lanceros a pie, lo lógico es pensar que adoptó el *jamis* . Si es así, Rodrigo tuvo que enfrentar primero el castigo de los arqueros y honderos árabes y bereberes desplegados como pantalla de tiradores

delante de las formaciones de lanceros. Dichos arqueros y honderos formarían la *muqaddama* de Táriq y, tras ella, estarían las tres divisiones principales del *jamis* : *qalb* , el centro, *maymana* , el ala derecha, y la *maysara* o ala izquierda. Divisiones en orden cerrado, erizadas de lanzas y dispuestas en tres filas de profundidad o *sufûf* . Y, tras ellas, una fuerza de reserva: *saqah* , que probablemente ocupaba ya el inicio de la pendiente de Torrejosa y cerraba el camino que por ella bajaba tras cruzar la Sierra de Ojén y que, en caso de derrota, les permitiría retirarse a toda prisa hacia Algeciras y reembarcarse hacia la seguridad de África.



Figura 100: Detalle del llamado *Fresco de los seis reyes* , pintado en época omeya y sito en el palacio de Qusayr Amra. En él, aparecen seis figuras que representan a los reyes derrotados por los ejércitos musulmanes, algunos de los cuales podemos identificar merced a las inscripciones que acompañan a las figuras. Así, la que se lee Qaysar ha de interpretarse como Caesar, el emperador bizantino. También aparece Rodorikos, el rey visigodo Rodrigo, derrotado en la batalla de Guadalete, y Kisra, alusivo al monarca sasánida, asimismo derrotado por las tropas árabes. Por último, Najashi, que ha de ser el *negus* («rey») del reino de Aksum (Etiopía).

Cuando los caballeros de Rodrigo, en su totalidad lanceros sin el apoyo de arqueros montados, fueron capaces de hacer retroceder con sus cargas, probablemente con un sangriento coste, a los arqueros y honderos de la *muqaddama* de Táriq, se verían

frenados en seco por las lanzas de las tres divisiones enemigas formadas en orden cerrado. Entonces se desataría un combate feroz que llegó a ser desesperado para los hombres de Táriq cuando los infantes godos se sumaron a la embestida. Pues, aunque mal armados, eran muchos. Pero, en ese momento, cuando la batalla parecía inclinarse hacia el lado de Rodrigo y los suyos, sus dos alas, la derecha y la izquierda, lo abandonaron. Algunas fuentes indican que simplemente lo dejaron en lo más recio del combate, otras explicitan que las dos alas godas se volvieron contra el centro godo comandado por Rodrigo y que se sumaron a las fuerzas moras y árabes de Táriq. Superado ahora en número, Rodrigo siguió combatiendo. Sus hombres fueron envueltos por los flancos y el centro musulmán los empujó hacia el río. Allí se vieron acorralados y Rodrigo, desesperado, o bien cayó combatiendo, o bien murió tratando de cruzar el río. Las fuentes árabes disienten sobre si su cuerpo fue encontrado o no. Una de ellas señala que su cadáver fue hallado y que lo decapitaron y enviaron su cabeza a Damasco. Otras, la mayoría, afirman que su cuerpo nunca se identificó y que lo único que los musulmanes encontraron tras tres días de matanza, fue su gran caballo de batalla, un espléndido ejemplar tordo, con sus preciosos arreos: una silla guarnecida de oro y cuajada de rubíes y esmeraldas, amén de una bota de Rodrigo medio hundida en el barro de la orilla del río y adornada con perlas y rubíes.

El botín fue inmenso. Se hicieron miles de prisioneros y se reunieron cantidades increíbles de oro, joyas y riquísimas armas y vestiduras. Parece ser que Rodrigo llevó a la batalla incluso un trono portátil de oro y piedras preciosas, cubierto con un dosel de seda adornado con perlas, jacintos, esmeraldas y rubíes, y que llevaban sobre sus lomos dos mulas. Hasta la corona real parece haber caído en manos de los conquistadores. [52]

A partir de ahí, Táriq se movió rápido. La fuente más segura afirma que retrocedió por la calzada hacia Algeciras y que luego torció hacia el llamado «desfiladero de Algeciras» [53] para tomar el camino a Medina Sidonia y de aquí hacia Écija. Allí se habían reunido de nuevo tropas fieles al partido de Rodrigo. Táriq las enfrentó en la batalla con el apoyo de sus aliados hispanos y se produjo una dura batalla que casi llevó a la derrota a los musulmanes. Pero, una vez más, Táriq se impuso y, tras un asedio breve, cayó Écija. El camino a Córdoba estaba abierto y la ciudad capital de la Bética, tras un asedio, cayó en manos de los conquistadores. Estos no se detuvieron allí. Las fuentes señalan diversas alternativas: o bien Táriq avanzó de inmediato sobre Toledo y lo tomó sin esperar órdenes de su señor, Musa ibn Nusair, o bien esperó a que este llegara a la Península, antes de continuar adentrándose en el Reino de Toledo. En cualquier caso, entre 711 y 713, buena parte del Reino había sido conquistado.

Fue dura la lucha y muy cruel. La *Crónica mozárabe* señala matanzas de nobles en Toledo y una masacre generalizada en Zaragoza con crucifixión de muchos hombres y asesinatos brutales de niños. [54] Terror y acuerdos. Ciudades como Elvira/Granada, según se ha podido establecer por el reciente hallazgo de precintos de la época usados

para sellar las sacas o recipientes de los impuestos cobrados a las ciudades, fueron capaces de sostenerse ante los ataques de moros y árabes y lograr acuerdos ventajosos que respetaban su autonomía que, en la práctica y durante años, fue *de facto* casi una virtual independencia, previo pago de tributos y un juramento de fidelidad. Nobles como el célebre Teodomiro lograron a su vez hacerse con amplios señoríos cuasiindependientes a cambio de tributos y de reconocer la soberanía del califa. Otros no tuvieron tanto éxito y tras afrontar combates y asedios, fueron sometidos de un modo implacable.

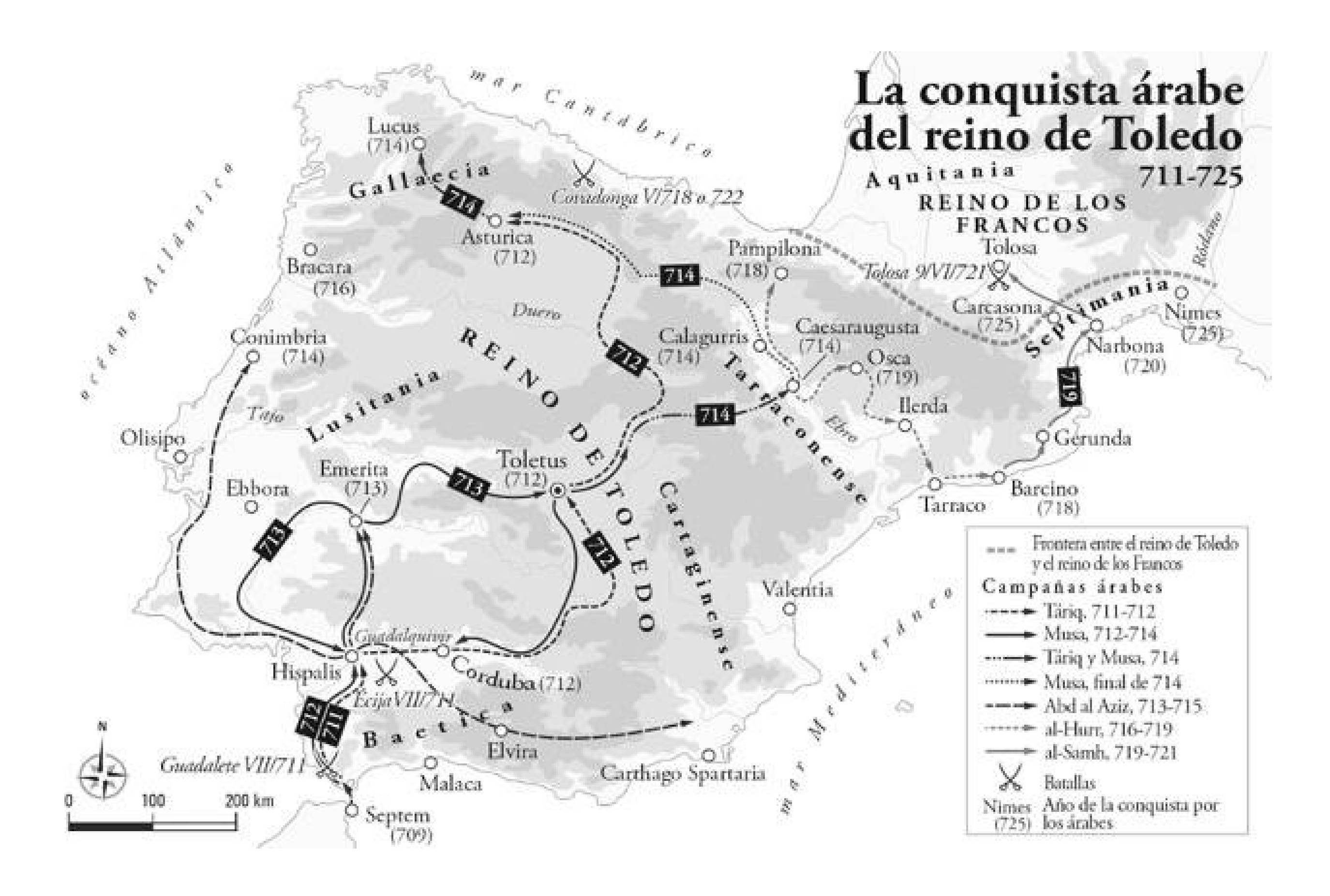
En 713, Agila II, el rival de Rodrigo que se había proclamado rey en la Tarraconense y la Septimania, murió y su sucesor, Ardón, aunque siguió combatiendo en la Septimania, también cayó bajo los golpes del califato hacia 719 o 720. Carcasona y Nimes aguantaron hasta 725. Para esa fecha, la práctica totalidad del antiguo Reino de Toledo estaba bajo dominio islámico y los ejércitos del califa ya se adentraban en el corazón de lo que luego sería Francia.

Pero aún había focos de dura resistencia. En las montañas asturianas, desde 718, un noble godo, Pelayo, estaba reuniendo belicosos montañeses astures y refugiados godos, y con el apoyo de los cántabros, pronto lograría desalojar a los musulmanes de las tierras situadas al norte de la Cordillera Cantábrica e infligirles una señalada derrota en 718 o 722 en Covadonga. Por esos mismos años, junio de 721, el príncipe independiente de Aquitania, Gascuña y Auvernia, Eudo el Grande, estaba plantando una durísima y exitosa resistencia a los ejércitos islámicos. Cuando el valí musulmán de España, al-Samh, estaba asediando Tolosa (Tolouse), Eudo cayó sobre él, derrotó cumplidamente a su gran ejército y le dio muerte. [55] Pero, aunque los aquitanos de Eudo y los astures de Pelayo estaban organizando una eficaz resistencia, no se bastaban por sí solos para detener la agresiva dinámica de conquista musulmana. Tendría que sumárseles otra fuerza: los francos de Carlos «el Martillo».

«COMO UN MURO DE HIELO»: LA BATALLA DE POITIERS

La batalla de Poitiers siempre suele figurar en las listas de «batallas decisivas». Sin duda fue una gran batalla y de haberse perdido los musulmanes habrían saqueado Tours, el mayor centro del cristianismo en la Francia de la época, hubieran propinado un golpe mortal a Aquitania, a la que probablemente hubieran sometido, y puesto en graves apuros al reino franco comandado en ese momento por el «mayordomo de palacio» Carlos Martel. Todo eso es cierto, pero también lo es que el «empuje» islámico estaba dando alarmantes muestras de fatiga desde 725 y no solo en Europa, sino también en las demás fronteras del inmenso califato de Damasco. De hecho, en el Occidente islámico, la expansión omeya en el África bizantina solo había podido culminarse gracias al aporte bereber, pues los árabes no contaban ya con recursos demográficos como para continuar y consolidar su expansión y lo mismo ocurrió con la conquista de

la España visigoda: fueron en su mayor parte tropas bereberes las que llevaron a cabo la conquista y ocupación. Es decir, la expansión árabe ya no dependía de los árabes, sino de pueblos recién sometidos como los bereberes. Pero precisamente el apoyo bereber comenzó a cuartearse en la década del 720 y a partir de 740-741 se transformó en abierta y dura hostilidad contra los árabes y el califato omeya. Por ello, Carlos Martel no enfrentó a un enemigo en pleno vigor, sino a uno con graves problemas para mantener su cohesión y renovar sus filas. [56] Además, la derrota que Eudo, *princeps* independiente de Aquitania en 721, propinó a los musulmanes en Tolosa, fue mucho más decisiva y así lo entendieron los propios muslimes y las contemporáneas crónicas arábigo-bizantina de 741 y mozárabe de 754. [57] En efecto, el ejército de al-Samh, el valí de al-Ándalus derrotado y muerto en Tolosa por Eudo, era una fuerza al menos tan grande y poderosa como la que Abd al-Rahman al-Gafiqi llevó contra Carlos Martel en octubre de 732, además de ir provista de un gran tren de asedio, con almajaneques, arietes y todo tipo de máquinas de guerra. El ejército musulmán llevaba consigo, además, a muchas de las familias de los soldados, señal inequívoca de que, de haber tenido éxito, se habrían asentado en Aquitania, sin duda la región más rica y poblada de Francia, y si así hubiera sido, se habría potenciado la expansión árabe y Carlos Martel lo habría tenido muy difícil, pues su posición en 721 era mucho menos sólida de lo que lo sería en 732. ¿732? Aunque casi con toda seguridad la batalla de Poitiers no se dio en esa fecha, sino al siguiente año, en octubre de 733. Es algo sabido y aceptado desde hace años por la mayoría de los especialistas y la única fecha posible en razón de que la única fuente plenamente contemporánea, la *Crónica mozárabe* de 754, la apoya y que de igual manera la sostienen los informes árabes más antiguos y sólidos como los del egipcio ibn ‘Abd al-Hakam. [58] Pero con la fecha de Poitiers ocurre como con otros muchos «lugares comunes» de esta «época oscura». Y, del mismo modo, y aunque hoy sepamos que la batalla de Poitiers no fue ese romántico encuentro imaginado por los historiadores de los siglos XVIII y XIX y de las primeras siete décadas del siglo XX librado entre una caballería franca, que se suponía que preludiaba ya a la caballería medieval francesa, y una rauda caballería árabe, sino un duro encuentro en el que los francos formaron un sólido muro de escudos y pelearon a pie contra la recia infantería omeya, resulta una empresa épica para el historiador cambiar las cosas y hacer «chirriar» la mente del lector trasladando esa fecha «talismán» de 732 y acabar con los demás tópicos historiográficos ligados a ella. No obstante, aquí lo intentaremos y se tratará de dibujar el escenario de Poitiers conforme a lo que hoy sabemos y con el apoyo principal de las fuentes más cercanas a la batalla.



La expansión musulmana al norte de los Pirineos y el ascenso de Carlos Martel

La derrota visigoda en los montes Transductinos/Guadalete y la ocupación de Toledo, la capital del Reino, no significaron el fin de las operaciones bélicas de los ejércitos del califa de Damasco en Occidente. Independientemente de que se diera o no la legendaria batalla de Segoyuela (713), seguía habiendo numerosos núcleos de resistencia local. Algunos, como Elvira/Granada o como el más conocido de todos ellos, el encabezado por Teodomiro en el Levante español, lograron forzar acuerdos con los invasores que garantizaban su autonomía casi absoluta; otros núcleos, como el encabezado por Amrus, señor de Lérida hacia 717, o como el que dirigía el conde Casio de Tudela hacia 714, el poderoso magnate hispanorromano del valle del Ebro que dio origen a los Bânu Qasi, llegaron a sumarse a los conquistadores mediante el expediente de la conversión. En fin, otros focos de resistencia continuaron y cuajaron en nuevas entidades políticas. Tal sería el caso del futuro Reino de Asturias que, en 718, 722 según otros, comenzaba su andadura con Pelayo a la cabeza. [59] Pero, sin duda, hacia 714, Septimania era el núcleo de resistencia más peligroso para los musulmanes. En esa fecha (714), la situación al norte de la gran cordillera era convulsa. En Septimania un nuevo rey visigodo, Ardón, trataba de reunir las últimas fuerzas del reino para frenar a los

musulmanes; en Aquitania, el duque Eudo, sucesor del duque Lupo en 710, aprovechó la guerra civil desencadenada en el Reino franco para proclamarse príncipe independiente y expandir su ducado hacia el norte y el este. Por su parte, al norte de Aquitania y más allá del río Loira, el reino franco se adentraba en una agitada época de guerra y caos. El mayordomo de Austrasia, Pipino de Heristal, nieto de Pipino el Viejo y de Bega de Cumberland y que, por tanto, unía en su persona la sangre de Pipínidas y Arnúlfidas, esto es, de los dos linajes más poderosos de la región más oriental del reino franco, tras haberse hecho con el control de Austrasia como mayordomo en 676, y tras vencer a sus rivales de Neustria en 687, inició un periodo de renovación del decaído poder franco. En efecto, Pipino de Heristal logró someter de nuevo a alamanes y turingios, contener a frisones y sajones, y controlar a los díscolos señores francos de Austrasia, Neustria, Borgoña y Aquitania y, todo ello, a la par que impulsaba el cristianismo entre los francos de Austrasia, muchos de ellos aún paganos y extendía la actividad misional entre los belicosos frisones.

Pero la muerte de Pipino de Heristal en diciembre de 714, sin hijos mayores y con tan solo unos nietos de corta edad, abrió la caja de Pandora y, como siempre, no salió nada bueno de ella. Los señores de Austrasia no querían que la regencia la ejerciera una mujer, sino que el hijo bastardo de Pipino, Carlos, de veintiséis años de edad, fuera el nuevo mayordomo. Este cargo había ido cobrando una importancia creciente desde la segunda mitad del siglo VI y, en 639, a la muerte de Dagoberto I, los reyes merovingios quedaron anulados *de facto* por sus poderosos mayordomos de palacio. De ahí que Carlos el Bastardo no se conformara con ser apartado del poder por la ambiciosa viuda de su padre. Encerrado en una mazmorra, logró fugarse y con apoyo de varios nobles austrasianos fue reuniendo un ejército. Falta le iba a hacer. Su rival, la ambiciosa viuda de su padre, había visto cómo Aquitania, Borgoña y Neustria se le escapaban de las manos y cómo esta última, Neustria, el reino que se extendía entre el Loira y el Mosa, reunía un ejército para ponerlo a las órdenes de Ragenfredo, que acababa de ser nombrado mayordomo de palacio de Neustria y que aspiraba a extender su dominio sobre Austrasia. Para consolidar su posición y legitimar sus ambiciones sobre Austrasia, Ragenfredo sacó de un monasterio a un hijo de Childerico II, Chilperico II y lo proclamó rey. Luego invadió Austrasia y prácticamente la controló toda. En ese momento y aunque había sufrido alguna derrota que otra frente a los neustrianos, Carlos era el único que sostenía la lucha contra Ragenfredo. Así que la recompensa le llegó pronto. En 715, obtuvo una victoria en Cuisse-la-Motte y, ese mismo año, en Verdún, logró una segunda y gran victoria que le valió su sobrenombre: «Martel», esto es, «el martillo». Estas dos victorias le permitieron recuperar Austrasia, pero no la tranquilidad. Los frisones, aliados de Ragenfredo, marchaban contra Austrasia y derrotaron a Carlos Martel. El guerrero logró rehacerse una vez más y en Ambleve y Malmedi, en 716, logró importantes victorias, destacando la segunda en la que frenó a los frisones en su marcha contra Colonia. Pero no hubo reposo para «el Martillo». En 717 condujo a sus austrasianos contra los neustrianos y aplastó a estos últimos cerca de Cambrai en la

batalla de Crèvecoeur-sur-l'Escaut y de nuevo en la primera batalla de Soissons. Pese a estos triunfos sobre Neustria, no pudo dominar la región, pues tuvo que volverse de nuevo hacia su frontera oriental: los bárbaros sajones atacaban las fronteras de Austrasia. La lucha fue tan salvaje como los bosques donde se libró. Pero, al cabo y en 718, los sajones fueron rechazados y vencidos junto al río Weser que quedó como frontera. En buena hora para Carlos Martel, pues ya sus enemigos occidentales, los francos de Neustria, se habían repuesto y volvían al ataque. Esta vez el rey merovingio Chilperico II, que no se conformaba con el papel de «hombre de paja» que le quería dar su mayordomo Ragenfredo cuando lo sacó del monasterio, encabezaba un fuerte ejército en el que militaba como aliado el *princeps* de Aquitania, Eudo. Neustrianos y aquitanos superaban en número a los austrasianos de Carlos Martel, pero este último era un táctico frío y astuto y sus veteranos eran ya hombres curtidos en batalla. La lucha fue brutal y sin tregua. A lo largo de toda una jornada, los dos ejércitos derramaron su sangre sin que ninguno lograra imponerse. Pero la jornada dejaba claro que ni siquiera juntando el poderío de Neustria y Aquitania al de sus bárbaros y paganos aliados, los frisones y los sajones, se podía vencer a Carlos Martel. En aquella inagotable secuencia de batallas, de marchas y contramarchas, de ir contra Neustria y al instante siguiente correr hacia las fronteras frisona o sajona, Carlos Martel estaba forjando una fama y un ejército bien templados. En 720, en lucha contra los frisones otra vez, les causó tal derrota que tardarían mucho en volver a ser un peligro para Franconia. Ahora, Carlos Martel pudo completar su dominio sobre Neustria. Su mayordomo rival, Ragenfredo, tuvo que retirarse a Angers, en la región del bajo Loira, donde pudo sostenerse con apoyo de Eudo de Aquitania. Pero, fuera de eso, Neustria estaba por completo sometida a la voluntad de Carlos Martel quien, en 721 y a la muerte de Chilperico II, elevó al trono de los francos a su propio rey títere: Teuderico IV. La larga lucha por el poder en los reinos norteños de los francos había concluido. Carlos Martel era ya el nuevo gobernante indiscutido y su poder se extendía desde el Loira al Weser. [60]

Por fortuna para los francos, la caótica guerra cuyos hechos principales acabamos de dibujar en las líneas anteriores y que se desarrolló entre 714 y 721, coincidió con los años en los que los musulmanes estaban ocupados en consolidar su conquista de Hispania. Por tanto, aunque algunas historias musulmanas hacen referencia a una incursión de Táriq ibn Ziyad al norte de los Pirineos en 714, lo cierto es que solo se trata de una leyenda y que únicamente a partir de 717 comenzaron los musulmanes a atacar a los visigodos que aún resistían al norte de la cordillera. [61] No se trató más que de una incursión y Ardón, el último rey visigodo, logró sostenerse en Narbona y en el resto de la Septimania. Al año siguiente (718), la derrota de la gran flota del califa de Damasco Omar II (717-720) ante Constantinopla fue tan completa y gravosa que el califa se planteó seriamente ordenar la retirada de su nueva provincia de al-Ándalus. [62] Y es que la práctica totalidad de la flota tunecina, que había acudido con sus 260 naves a reunirse con las flotas de Alejandría, Barca y Siria en el gran asedio de Constantinopla, dejaba sin apoyo marítimo a los ejércitos del califa en Hispania. Al final, Omar II decidió mantener

a sus hombres en el lejano confín de Occidente y en 719, quizá para demostrar que la posesión de al-Ándalus merecía la pena y que podía ser la base para nuevas conquistas y aportar así crecidos botines a las exhaustas arcas del tesoro del califa, el gobernador de al-Ándalus, al-Samh lideró una gran expedición contra Septimania y derrotó al rey visigodo Ardón. Este último murió ese año de 719, o a comienzos de 720, y con él acababa por fin la historia del reino visigodo. En 720, al-Samh se apoderó de Narbona, la ciudad más rica y grande de la Septimania y su capital, y luego asedió largamente Carcasona, la ciudad fortaleza más poderosa de la Septimania visigoda. Pero la guarnición goda se sostuvo y al-Samh, aun sin completar la conquista de Septimania, pasó a invadir Aquitania y marchó directamente contra su capital, Tolosa, en la primavera de 721.

Sin duda, al-Samh quería conseguir el mayor botín posible y, aunque Septimania era una tierra rica, Aquitania lo era aún más. Era un país próspero, disponía de minas de oro y de plata y sus fértiles campos y ricas ciudades conferían a su señor grandes rentas y un formidable poder. Eudo había agrandado su ducado hasta el Loira y el Macizo Central, lo que incluía el Poitou, Berry, Auvernia y todas las tierras al sur del Loira excepto la región de Tours. Su reino, pues, *de facto* , era un reino independiente. En las grandes ciudades del sur como Burdeos o Tolosa, aún se sentía con fuerza el pasado romano y las viejas aristocracias galorromanas habían capeado el temporal de las invasiones y de la caída del Reino de Tolosa y ahora formaban una parte esencial de la aristocracia aquitana. Junto a aquellos tardíos y transmutados epígonos de Roma, los nobles francos llegados al país sin cesar desde 507 y los jefes de la tribu y del clan de los vascones/gascones asentados en Gascuña conformaban una nobleza que, aunque de orígenes diversos, era consciente de sus intereses comunes y que Eudo, como antes su antecesor, Lupo, había sabido reunir en torno a sí y dirigir hacia la meta de la independencia del reino franco. Para los aquitanos, independientemente de su origen romano, franco o vascón, los francos del norte del río Loira eran bárbaros y es por eso que, cuando la península ibérica fue conquistada por los musulmanes, estaban más interesados en intervenir en las luchas entre Neustria y Austrasia que en prevenir futuros ataques musulmanes. Esto era lógico, en primer lugar porque garantizaba su independencia y, en segundo lugar, porque era un futurible que en 714 no parecía capaz de materializarse. Ni siquiera cuando en 719-720 el valí musulmán de Hispania, al-Samh, cruzó los Pirineos, derrotó y dio muerte al último rey godo Ardón y tomó Narbona, se sintieron los aquitanos preocupados. Es por eso que cuando al año siguiente el valí musulmán penetró en Aquitania desde Carcasona y enfiló el camino de la ciudad más grande del ducado, Tolosa, esta apenas si tuvo tiempo de cerrar sus puertas.

Al-Samh venía para conquistar y no solo para saquear. Su ejército sumaba más de 25 000 efectivos y muchos de los guerreros árabes y bereberes que le seguían llevaban con ellos a sus mujeres, a sus niños y a sus esclavos y sirvientes. Venían para quedarse. Al-

Samh cercó reciamente la gran ciudad. Se instalaron almajaneques y catapultas y las puertas y murallas fueron batidas con arietes, pero ensimismados con el asalto a Tolosa, los ismaelitas no se percataron de que Eudo llegaba.

Este debía de estar en el norte de su extenso dominio. Es probable que tratara de organizar su frontera frente a Carlos Martel y apoyara al derrotado ex mayordomo de Neustria, Ragenfredo, a la sazón, en Angers. Pero cuando le llegó la noticia de que los sarracenos sitiaban Tolosa, reunió a su ejército y llamó a las mesnadas de bucelarios y secuaces de sus nobles. Eudo era un buen general. Cuando le llegó noticia de que al-Samh sitiaba Tolosa, no trató de socorrer la plaza, ni de introducirse en ella para reforzar la defensa. Bien al contrario, dejó que los musulmanes se sintieran seguros y estrecharan el cerco. Cuando ya creían que estaban próximos a rendir la plaza, los hombres de Eudo, que habían estado reuniéndose sin que los musulmanes se percataran de ello, cayeron sobre los sarracenos y derrotaron a al-Samh. Fue una batalla decisiva. El valí de al-Ándalus fue muerto. El ejército musulmán perdió su tren de asedio, su botín hecho en Aquitania y Septimania, y su bagaje… Miles de guerreros muslimes fueron muertos y miles de sus mujeres y niños capturados. Los supervivientes fueron reagrupados por el segundo al mando del debelado y muerto al-Samh: Abd al-Rahman al-Gafiqi que logró la hazaña de conducir sanos y salvos a los escasos restos del gran ejército hacia Septimania. [63]

Pero el desastre había sido de tal magnitud que las expediciones musulmanas al norte de los Pirineos cesaron por completo durante años.

Además, la situación en Hispania se complicaba por momentos. En el norte, entre el Duero y el Cantábrico, los bereberes que guarnecían aquella extensa región recién dominada se negaban a permanecer en ella y los astures y cántabros ya se estaban reuniendo en torno a Pelayo y a él acudían muchos señores y guerreros godos. No solo eso, sino que en Septimania, pese a la derrota y muerte de Ardón, todavía había núcleos de resistencia goda en Carcasona, Nimes y otras ciudades, la derrota de Tolosa obligó a los musulmanes a contentarse con una sumisión formal, pero no efectiva, de la nobleza goda del país y, para completar el difícil panorama, las disensiones internas aumentaban día a día: luchas entre facciones políticas, entre tribus árabes (entre los calbíes del sur y los qasíes del norte y entre árabes y bereberes).

No obstante, para 724, un nuevo valí, Anbasa ibn Suhaym logró imponer el orden y restablecer el control central. Tras doblar los impuestos, reunió un gran ejército y lo condujo al otro lado de los Pirineos contra los últimos focos de resistencia visigoda. Y, después de un duro asedio, Carcasona fue tomada en 725 y, a continuación de esta, Nimes se rindió. Anbasa ibn Suhaym no se detuvo en ella, sino que condujo a su ejército hacia el valle del Ródano y atacó Lyon, devastó el país a su paso y subió también por el valle del Saona, para alcanzar a finales de agosto la ciudad de Autun y someterla a un

salvaje pillaje. Borgoña entera ardía y las vanguardias musulmanas se internaron aún más y llegaron hasta Sens, Langres y hasta la cordillera de los Vosgos. Victorioso, Anbasa regresó a Narbona para invernar allí y retomar sus campañas en cuanto llegara la primavera, pero la muerte le sorprendió. [64]

La gran expedición de 725 supuso un aldabonazo para la debilitada y acosada Europa cristiana. El eco apocalíptico de su devastación quedó consignado en la contemporánea *Crónica de Moissac* que, aunque compilada en la primera mitad del siglo IX, recogía materiales redactados en la segunda mitad del siglo VIII. El «estampido» llegó hasta el norte de Inglaterra. Allí, en Northumbria, Beda el Venerable registró el terror que la expedición sarracena despertaba entre los cristianos de su época. [65]

Una vez más, los problemas internos de las posesiones del extremo occidente islámico vinieron en ayuda de los francos. A la muerte de Anbasa se avivaron de nuevo las disputas internas que experimentaba al-Ándalus y, en concreto, las que existían entre bereberes y árabes. Las relaciones entre estos dos grupos étnicos nunca habían sido buenas. Los árabes habían impuesto siempre a los bereberes un duro yugo no exento de humillaciones. Cuando, en 643, 'Amr, el conquistador de Egipto, condujo la primera expedición árabe contra Pentápolis, impuso a los barceos, la principal subdivisión de los *laguatan* , a quienes los árabes llamaron *iwata* y que eran la tribu bereber dominante en Barca, un duro tributo que los bereberes se vieron obligados a pagar entregando como esclavos a sus propios hijos. En las décadas siguientes, los árabes hicieron cientos de miles de esclavos entre los bereberes. Los mercados de Siria, Arabia e Iraq se inundaron de cautivos africanos. En 669-670 'Uqba envió 80 000 esclavos africanos a Egipto y Siria y Musa ibn Nusair, el futuro conquistador de España y a la sazón valí de Ifriqiya, se ufanaba ante el califa de que el quinto que correspondía al soberano era de 60 000 esclavos bereberes hechos durante sus razias de 708-709. Esta cifra representaría un total de 300 000 [66] y da idea de la sangría y devastación que supuso la conquista para los africano-romanos y los bereberes. De hecho, la arqueología ha mostrado que las tierras cultivadas no volverían a tener la extensión que alcanzaron hacia 645 hasta los años finales del siglo XIX. Por si lo anterior fuera poco, los bereberes eran conscientes de que las conquistas árabes se habían hecho no solo contra ellos, sino gracias a ellos. En efecto, el grueso de los ejércitos árabes había pasado a finales del siglo VII a estar compuesto en su mayoría por bereberes conversos, pero no todos. Musulmanes o no, eran esos guerreros bereberes los que sometieron el Magreb para los árabes y los que, como ya vimos, proporcionaron el mayor número de hombres para las expediciones contra el reino visigodo de Toledo. Sin embargo, en Hispania se les habían adjudicado las tierras montañosas y los lugares menos prósperos del norte o los más expuestos ante los montañeses astures o ante los aquitanos y francos y todo ello sazonado, además, con altanería. Ese desprecio se trasluce en los textos árabes de los siglos IX al XIV. En ellos, se presenta a los bereberes como zafios, incultos, brutales…, por lo que no es de extrañar que cuando el califa Hisäm I (724-743) decidió aumentar los

impuestos a sus súbditos no árabes, el hartazgo de los bereberes alcanzara un punto de furiosa ebullición. El islam predicaba la igualdad por la fe, pero constataban día a día que, pese a haberse convertido a la fe que predicaban los árabes, se les seguía tratando como sometidos. En el norte de España miles de bereberes decidieron abandonar las tierras que se les había asignado en Galicia y en las tierras fronterizas con los astures, en África del Norte estallaron revueltas y uno de los jefes de la invasión islámica de Hispania, Tarif Abu Zura se alzó y se hizo con un reino propio y herético en la costa atlántica de Marruecos que sobreviviría durante siglos y que albergó una extraña religión. En los Pirineos orientales, en lo que hoy sería la provincia española de Gerona, Munuza, un bereber que quizá era el mismo jefe que fue derrotado por don Pelayo en Covadonga hacia 726 decidió alzarse contra los árabes cansado de las humillaciones que estos imponían a su pueblo y de las tropelías que causaban en el solar de su tribu en África. Munuza, entonces, buscó aliados. Eudo, duque de Aquitania, lo recibió con los brazos abiertos y con ese acuerdo entre dos hombres amenazados, comienza la historia de la batalla de Poitiers. [67] Pero antes y para que comprendamos bien cómo se libró la gran batalla, vamos a recordar cómo eran los ejércitos francos y cómo habían evolucionado desde los días de Clodoveo I.

El ejército de Carlos Martel

Un error muy frecuente es dar por hecho que el ejército que Carlos Martel condujo a Poitiers contra los musulmanes era similar o muy parecido al que su nieto Carlomagno llevó a la conquista de Italia o a la de Sajonia. Nada más lejos de la realidad. De hecho, los hombres de Carlos Martel se parecían más a los que Clodoveo I capitaneó que a los que sirvieron a su nieto y es en el largo reinado de este último y en el del hijo de Carlos Martel y padre de Carlomagno, Pipino el Breve, donde se operó el cambio y cuando de verdad la caballería noble que todos tenemos en la cabeza al pensar en la Edad Media cobró su importancia táctica. La fuerza esencial de los francos hacia 733 aún se hallaba en su capacidad para combatir a pie formando cuadros muy cerrados. Combatían a pie, pero no llegaban al campo de batalla a pie. En efecto, y como ya vimos al estudiar al ejército franco en el capítulo 3 de este libro, los francos eran buenos jinetes y sus nobles y los más ricos entre sus hombres libres, montaban a caballo y, llegado el caso y este llegaba cuando había que explorar un territorio o perseguir al enemigo en fuga, combatían a caballo. Pero en los grandes conflictos y en la mayoría de los encuentros masivos, los jinetes francos echaban pie a tierra y se sumaban a sus infantes en la línea de batalla. Solo los armoricanos, el resultado de aquella variada y singular mezcla de *limitanei* romanos, guerreros alanos, *laeti* sármatas y guerreros britanos, eran en realidad una caballería digna de ese nombre y su estilo de combate, tan bien estudiado por el maestro Bachrach, consistía en una suerte de combinación de las tácticas de la caballería pesada romana con las de los jinetes sármatas y alanos. Estos caballeros iban armados con venablos y lanzas, largas espadas y portaban cota de malla y yelmo y eran duchos

en la maniobra de la retirada fingida y en la carga sobre formaciones de infantería. [68] Pero esta caballería armoricana habitaba en Neustria y, aunque Carlos Martel controló este territorio por completo en 724, no eran ellos, sino sus duros austrasianos los que formaron el nervio de sus ejércitos.

Austrasia era la región más nororiental de la Francia merovingia. El país aún no se había terminado de cristianizar cuando Carlos Martel alcanzó el poder en 715, pero Carlos promovió a la Iglesia como marco administrativo fundamental sobre el que apoyar su dominio y hacia el final de su gobierno la evangelización de Austrasia estaba casi completada. En buena medida, la organización social seguía siendo la misma que en el siglo VI. Los hombres libres aún formaban una parte importante de la sociedad y sus obligaciones militares, al menos sobre el papel, seguían siendo la base de los ejércitos merovingios de inicios del siglo VIII. Pero muchos hombres libres ya no acudían a los *marchfield* [69] o «campos de marzo» con ocasión de iniciar una campaña o de proteger el país contra una invasión, sino que preferían pagar el correspondiente impuesto que los eximía de tal obligación. Recordemos que el deber que todos los hombres libres del Reino franco tenían de acudir con las armas cuando se les convocaba para ello, no iba más allá de tres meses al año, que no todos los años se presentaba tal ocasión y que no todos los hombres eran llamados a filas, sino que una parte de ellos quedaba en los campos para asegurar la producción agrícola y la defensa de las aldeas. Así que la inmensa mayoría de estos guerreros de leva podían pasar años sin prestar su servicio como guerreros y, por ende, muchos de ellos apenas si contaban con un mínimo adiestramiento y armamento para resultar aptos como combatientes.

Ahora bien, pese a que muchos hombres libres preferían pagar el impuesto que los eximía del servicio militar, entre los francos no se asistió a ese rechazo tan generalizado al desempeño de las armas que se constata entre los visigodos y que las leyes militares de Wamba y Ervigio trataron de combatir. Además, en el caso franco no se optó por endurecer la legislación y perseguir a los que rehuían el servicio militar, sino por favorecer que aquellos menos deseosos de acudir a la defensa del Reino pagaran para que el gobernante enrolara hombres que los sustituyeran de buen grado.

Los nobles francos sí parecen haber estado mucho más dispuestos a servir en la guerra que los visigodos. Nobles, laicos y abades y obispos por igual mantenían tropas armadas a su servicio y tenían a gala acudir excelentemente armados a las convocatorias que se hacían para formar los ejércitos. En especial los *leudes* que, recuérdese, en Francia eran los señores dotados con tierras por los reyes o por los mayordomos a cambio de contar con su apoyo militar, se habían transformado en una casta guerrera belicosa que estaba desarrollando aspectos y facetas que anticipaban ya lo que sería la actitud medieval hacia la guerra e incluso, de forma muy embrionaria todavía, y ciñéndonos a lo social y cultural, lo que andando el tiempo se llamaría caballería medieval. Los *leudes* de Carlos Martel fueron, pues, una pieza fundamental en

sus tropas y se esperaba de ellos que acudieran armados cuando se les convocaba y que lo hicieran a la cabeza de sus comitivas armadas. Los *leudes* iban a la guerra bien pertrechados y a caballo y solían combatir a pie como infantería pesada. Carlos Martel dotó con tierras a muchos guerreros transformándolos en *leudes* ligados a su persona. Sus victorias sobre frisones, sajones, bávaros y neustrianos le permitieron obtener muchas riquezas y tierras y esa riqueza y su fama de caudillo guerrero, le atrajeron miles de seguidores que conformaron un ejército permanente curtido durante años de batallas incesantes y dotado por ello de una experiencia militar y una cohesión formidables.

Cuando se leen los textos francos más próximos al periodo como la *Crónica de Fredegario* o la llamada *Crónica de Moissac* , se advierte que aparecen dos denominaciones diferentes para designar a los ejércitos francos: *exercitus* de Austrasia, o de Neustria, etc., y la *scara* . [70] El primero, el *exercitus* del reino, era el viejo ejército de leva constituido por los hombres libres y por los nobles y sus comitivas armadas y el segundo, la *scara* , era la evolución y ampliación, en buena parte promovida por Carlos Martel, de la antigua comitiva regia formada por *antrustiones* y *pueri* y que ahora formaba un grupo más amplio de guerreros profesionales al servicio permanente de su poderoso señor, el mayordomo de Austrasia y Neustria, Carlos el Martillo.

Además, puesto que los nobles francos entendían sus deberes militares no solo como «obligaciones» sino como un punto de apoyo para su prestigio y su ambición, su adiestramiento y equipo y, en general, sus mesnadas de secuaces y seguidores, solían contar con un buen grado de operatividad y combatividad, lo que sumado a las fuerzas de la *scara* , dotaba a Carlos Martel de un número enorme de guerreros profesionales bien armados.

Los señores eclesiásticos, abades y obispos, enviaban también grupos de hombres armados a las convocatorias y, a menudo, acudían ellos mismos con las armas en la mano y, en no pocas ocasiones, tomaban parte en la lucha o incluso comandaban contingentes y ejércitos y los llevaban a la batalla.

Se esperaba de los guerreros francos que acudieran equipados por su cuenta. Los hombres libres de la leva general lo hacían como podían y solían portar una equipación muy deficiente: una lanza de larga y ancha moharra y una *scrama* o espada corta, más bien un machete, de un solo filo, y como equipo defensivo un escudo redondo de madera de tilo o de roble con umbo metálico y reborde de hierro. Los arqueros y los honderos no eran numerosos. Los *leudes* y demás nobles eclesiásticos y laicos servían excelentemente equipados con la panoplia completa, defensiva y ofensiva, y acudían a caballo seguidos por sus comitivas. Estas últimas eran de variable entidad y calidad. Desde unos pocos hombres, a menudo no más de una docena, a cientos y desde

guerreros profesionales que servían a sus señores como guardias a simples arrendatarios o siervos apresuradamente armados.

Los miembros de la *scara* eran otra cosa. Llevaban yelmos con protector nasal y carrilleras del tipo *spangenhelm* o, por intermedio longobardo y bizantino, cónicos y de una sola pieza y se revestían con gambasón y, sobre este, con cota de malla o de escamas. Un escudo redondo con umbo de hierro y reborde del mismo metal, una pesada lanza de larga y ancha moharra, una espada larga de dos filos y, en ocasiones, un hacha de combate o una maza, constituían su equipamiento habitual. Los hombres de la *scara* iban a caballo y montados llegaban al campo de batalla para enseguida echar pie a tierra y formar en orden cerrado, escudo con escudo. A partir de ahí, la lucha solía derivar en un enfrentamiento en el que se esperaba quebrar la formación y resistencia enemigas antes de volver a montar a caballo y perseguir al enemigo hasta aniquilarlo. En estos años se estaba generalizando el uso del estribo entre los francos y algunos de sus grandes caballos de batalla iban protegidos con testeras y petrales.

A la cabeza del ejército estaba el mayordomo, que como ya hemos visto, en realidad, era el verdadero señor del Reino. Por debajo de él estaban los duques que mandaban sobre las regiones anexadas o sometidas al reino franco: Aquitania, Alamania, Bretaña, Turingia, Suabia, Baviera, etc. o sobre amplias regiones del Reino expuestas al enemigo o poco estables. Junto a estos poderosos duques que, a menudo, habían sido *de facto* señores independientes y que Carlos Martel se esforzó por someter a su poder, ligándolos a su persona o eliminándolos y sustituyéndolos por hombres de su círculo, estaban los duques militares que encabezaban fuertes destacamentos de soldados. Por debajo de los duques estaban los condes que, por lo general, encabezaban las tropas de una ciudad y su territorio. En época de Carlos Martel había 120 condes y eran ellos los responsables de las levas locales y de proteger el territorio que administraban. Los lugartenientes de los condes recibían el nombre de vicarios. Por debajo de ellos, la fuerza se solía encuadrar en unidades de muy diverso tamaño y composición. [71]

La logística franca de la primera mitad del siglo VIII era mucho más deficiente que la visigoda. Algunos funcionarios se seguían ocupando de la intendencia militar, pero en general se había operado aquí un notable retroceso con respecto al siglo VI. Carlos Martel trató de subsanar este déficit y para ello recurrió en buena medida a la Iglesia. Pero no fue él, sino su hijo, Pipino el Breve y su nieto, Carlomagno, los que volverían a dotar a los ejércitos francos de una logística adecuada.



Figura 101: Umbos lombardos de hierro con ornamentación en bronce dorado (s. VII) y virtualmente idénticos a los que encontraríamos sobre los escudos francos. El de la izquierda presenta una decoración en espiral con cabezas de ave, motivo de raigambre germánica, mientras que el de la derecha se orna con una cruz. The Metropolitan Museum, Nueva York.

En tiempos de Carlos Martel, los hombres se proveían de raciones para unos pocos días, los condes reunían lo que podían en sus ciudades y lo demás quedaba sujeto al saqueo y a la requisa.

Hacia la batalla: los acontecimientos previos y los ejércitos de aquitanos y musulmanes

Tras lograr imponerse a Neustria, Carlos Martel se dispuso a restablecer la hegemonía franca sobre el Occidente germánico. En 724, Ragenfredo, su viejo enemigo refugiado en Angers, inició una nueva sublevación en Neustria contra Carlos, pero fue derrotado otra vez. Ese mismo año, Carlos Martel dejó claro a los germanos paganos, los frisones y sajones, que no toleraría sus ataques y que él era el poder dominante. Derrotados y acosados hasta más allá del Weser, los sajones se refugiaron en sus bosques y tardaron

años en causar nuevos problemas, mientras que los frisones tuvieron que esconderse en el laberinto de islas y pantanos que se extendía por el norte de su territorio. En 725, en la orilla norte del Danubio, Carlos Martel derrotó a los bávaros y los sujetó a vasallaje junto con los suevos del Danubio. [72]

Tras los triunfos que acabamos de referir, Carlos Martel comenzó a centrarse en un solo propósito: recuperar el control sobre Borgoña y Aquitania.

Eudo de Aquitania, ya lo hemos visto, aprovechó la guerra civil para proclamarse *princeps* de Aquitania y convertir a sus ducados de Aquitania y Vasconia/Gascuña en un estado independiente. Había logrado ampliar su territorio con Auvernia, el Poitou, el Lemosín y Berry, y ahora contaba, además, con una gran fama guerrera tras su fenomenal victoria sobre los musulmanes en Tolosa, en junio de 721.

Esa fama y la riqueza de Aquitania atrajo a sus tierras a muchos nobles godos, antiguos gardingos y terratenientes, que no querían someterse a los musulmanes y que preferían una nueva vida bajo un señor cristiano y victorioso. Eudo los recibió con los brazos abiertos y el elemento godo vino a sumarse a la amplia mezcla que constituía la nobleza y la clase guerrera de Aquitania: galorromanos, francos, vascones y, ahora, godos de Septimania y de España. También acudían, ahora, a Eudo muchos guerreros y nobles francos de Neustria que no querían someterse a Carlos Martel o que se habían malquistado con él. A partir de 731, incluso, se le sumaron algunos grupos de bereberes que, tras la muerte de Munuza, no querían someterse a los árabes. Todos estos contingentes de hombres tan diversos entre sí, pero que se aunaban bajo sus banderas, reforzaron de un modo notable el ejército de Aquitania. [73]

Sin embargo, las victorias de Carlos Martel frente a la alianza neustrioaquitana de 717-721 y el nuevo fracaso de Ragenfredo, el antiguo mayordomo de Neustria y sempiterno aliado de Eudo, en 724, amenazaban ahora directamente a Aquitania y como en 724-726 se dio un nuevo repunte de las algaradas musulmanas al norte de los Pirineos, si bien en dirección a Provenza y Borgoña y no de Aquitania, no es de extrañar que Eudo no viera con malos ojos las pretensiones de alianza del jefe bereber Munuza. Desde 726, este último controlaba los pasos del Pirineo oriental y, por ende, podía aislar a las guarniciones califales de Septimania o impedir el paso de ejércitos árabes desde España o, incluso, acosar su retaguardia si decidían encaminarse hacia Aquitania. Al alcanzar el año 729, la alianza entre Munuza y Eudo se consolidó con el matrimonio de Lampegia, hija bastarda de este último, con el caudillo bereber.

Sin embargo, la alianza de Munuza con Eudo era demasiado peligrosa para la seguridad de los territorios del occidente islámico. Ya vimos que Hisäm I estaba tratando de llenar las arcas de su tesoro aplicando subidas de impuestos a los pueblos sometidos, fueran infieles o musulmanes. El resentimiento estalló entre los bereberes y

en Egipto los coptos trataron de sacudirse el yugo árabe y llevaron a cabo en 725 una rebelión general que fue aplastada a sangre y fuego. Estos años de tensiones internas coinciden en todas las fronteras del dilatado Califato de Damasco con un repunte de la actividad bélica. En el Cáucaso, en Asia Menor, en Asia Central y en el Mediterráneo se asiste a una nueva fase de hiperactividad bélica, por así decirlo, y yo creo que se debió a la misma necesidad financiera que había motivado las subidas de impuestos decretadas por Hisäm I y, así, por poner solo dos ejemplos, en 724, la flota musulmana con base en Túnez lanzó ataques devastadores contra las Baleares y Cerdeña, posesiones bizantinas, y contra Córcega, que pertenecía al Reino longobardo de Italia, con el único objeto de hacerse con botín y esclavos. Ya hemos visto cómo ese mismo año y, sobre todo, en 725, el valí Anbasa ibn Suhaym llevó a cabo una larga y formidable expedición de saqueo en Francia. Todavía en 726, Abd al-Rahman al-Gafiqi que a la sazón era el gobernador de la Septimania, lanzó una algarada contra Provenza en la que saqueó Aviñón y Arlés, a la par que inquietaba a Orange.

Pero la rebelión de Munuza y su alianza con Eudo ponían todo lo anterior en riesgo y, por eso, cuando en 730 Abd al-Rahman al-Gafiqi fue nombrado valí de al-Ándalus, su primer objetivo fue restaurar el orden interno a fin de lograr la fuerza necesaria para acabar con Munuza y, de paso, castigar a Eudo y, a ser posible, vengar la derrota de Tolosa y enviar al «necesitado» califa Hisäm I cuantiosos y nuevos botines hechos en las riquísimas abadías e iglesias de Aquitania y en sus prósperas aldeas y ciudades. [74]

Si seguimos la cronología tradicional, en 731 Abd al-Rahman al-Gafiqi dirigió una campaña contra el rebelde Munuza. Este tenía su fortaleza principal en el corazón de la Cerdaña, en lo que hoy sería la ciudad española de Llivia, que fue sitiada y expugnada. Munuza, entonces, logró escapar, pero su esposa, Lampegia, la hija ilegítima de Eudo de Aquitania, fue capturada junto con el tesoro del rebelde y enviada a Damasco como regalo para el califa. Munuza fue perseguido por el propio al-Gafiqi hasta lo más agreste y fragoso de los Pirineos y allí fue acosado hasta que se vio obligado a precipitarse a un abismo.

Tras lograr este notable éxito, al-Gafiqi envió una expedición contra Borgoña a través de Septimania, que se adentró hasta el valle del Ródano saqueando los alrededores de Lyon, devastando el Valentinois y remontando hasta penetrar en las regiones de Langres, Dijon, Chalôns y Couches, en donde el obispo de esta última los confrontó al frente de su comitiva armada y en donde fue derrotado y muerto. Muchos monasterios fueron saqueados y no pocas aldeas incendiadas, puede que las ciudades o al menos sus núcleos amurallados, se salvaran, pero la devastación fue importante. Los historiadores contemporáneos se han burlado del «histérico pánico» que recogen en sus informes las fuentes medievales al trasladarnos estos sucesos. Claro que, como recordó de un modo magistral el gran historiador Arther Ferrill, es muy fácil para un historiador moderno tachar de exagerados los informes del pasado y hacerlo desde la

seguridad de su despacho. Los campesinos y monjes de Borgoña y Provenza que padecieron la expedición de 731 quizá tuvieran otra idea de lo que resultaba «exagerado», o de lo que significa en realidad un informe «histérico». En cualquier caso, esta algarada, perpetrada por un ejército que se dividió al menos en tres columnas de caballería e infantería montada, puso en graves aprietos al patricio de Borgoña, a la sazón el gobernante semiindependiente de Borgoña y Provenza al que ni Eudo, ni Carlos Martel se sintieron obligados a auxiliar, pues los príncipes cristianos de Francia, al igual que antes los de España, se sentían más inclinados a batallar entre sí por el poder que a unir sus fuerzas contra los invasores. Al parecer, una de las tres columnas de la algarada de 731 contra Borgoña fue derrotada por las tropas de Arlés no lejos de esta ciudad a finales del verano o inicios del otoño.

Al año siguiente, ya sin obstáculos, al-Gafiqi comenzó a preparar un gran ejército y a proclamar en al-Ándalus e Ifriqiya que se convocaba a cuantos voluntarios quisieran sumarse a la expedición y obtener así un rico botín y el favor divino.

Aquitania, ya lo hemos dicho, se había alzado como un estado independiente *de facto* desde 714 y su ejército era diferente al de Carlos Martel y de verdad se parecía aún mucho al ejército tardorromano. Por un lado, y al contrario que en Neustria y Austrasia, seguían funcionando las milicias urbanas de origen romano. Si bien es cierto que ahora estaban constituidas principalmente por hombres acomodados que sus ciudades seleccionaban para prestar servicio militar y que asumían este como una cuestión de privilegio y prestigio. Luego se contaba con una fuerte nobleza, en parte galorromana y en parte franca, que prestaba su apoyo militar al *princeps* o duque a cambio de tierras y otros beneficios y que contaba a su servicio con huestes de bucelarios y siervos armados. Esta nobleza militar proporcionaba una buena parte de las tropas. Por otro lado, estaban los recién llegados señores francos y visigodos que, por distintas razones, habían terminado exiliados en Aquitania y que, a cambio de tierras y de oro, militaban ahora bajo las banderas de Eudo. Y también encontrábamos los *hostis vasconorum* , bandas mercenarias de jinetes vascones/gascones que se enrolaban en los ejércitos aquitanos como caballería ligera y de choque y que constituían uno de los mejores elementos de las fuerzas de Eudo. Estos jinetes *vasconorum* tenían como arma principal el venablo y también portaban espadas y lanzas. Se cubrían la cabeza con yelmos y sus armaduras podían ser de cuero endurecido o cortas cotas de malla o camisotes. Pero, sin duda, la élite del ejército aquitano estaba constituida por los hombres del *comitatus* del *princeps* , conformado por los mejores guerreros de Aquitania que, montados a caballo y equipados con armadura y yelmo, desmontaban para combatir, así como por los soldados que formaban las guarniciones de las fronteras y de las principales ciudades. Todos ellos, miembros del *comitatus* del *princeps* y hombres de las guarniciones, eran soldados profesionales que constituían una hueste permanente. Mas ¿cuántos hombres formaban los ejércitos de Aquitania? Sin duda, Eudo podía reunir una fuerza poderosa que rondaría los 20 000 hombres. [73]

Contra ese extenso y rico país, contra el hombre que había dado muerte a su general y que lo había obligado a huir en junio de 721, conducía ahora su gran ejército el valí Abd al-Rahman al-Gafiqi. Sus huestes tenían un núcleo de tropas profesionales, *muqâtila* , algunas de ellas recién llegadas desde Siria y de excelente calidad y otras ya instaladas en la Península. Estas tropas profesionales, los *muqâtila* , recibían paga, equipos y caballos del Estado. De hecho, todos ellos, tanto infantería como caballería, recibían caballos del califa y la infantería montada seguía siendo la pieza fundamental de las tropas árabes. El equipo que les entregaban los arsenales califales era el siguiente: yelmos de hierro de excelente calidad y, en esta época, con frecuencia, cónicos y de una sola pieza o segmentados; armaduras, sobre todo cotas de malla y escamas o de cuero endurecido con refuerzos de hierro, lanzas con moharra muy potente y de madera dura pero flexible, como la de la morera, espadas de dos filos, de hoja recta, dagas y, a veces, mazas de combate. Notables seguían siendo los arqueros árabes dotados de grandes arcos de hasta 2 m de longitud muy similares al posterior y famoso arco inglés. También se estaban incorporando a los ejércitos profesionales omeyas grupos de honderos y de infantes ligeros armados con jabalinas y venablos. La caballería seguía siendo poco numerosa e importante entre los *muqâtila* de los *yund* . Era una caballería armada con venablos, lanza y espada pero que seguía careciendo de arqueros a caballo.

Estas tropas de élite se encuadraban en grandes unidades de entre 6000 y 12 000 soldados llamadas *aynâd* –recuérdese que este término es el plural de *yund* – que luego, para el caso de la infantería, se subdividían a su vez en *tabiya* de 1000 hombres, en *`asûr* de 100 y en *`irâfa* de 10 soldados. Por su parte, la caballería del *yund* era denominada *jayl* y agrupaba a sus jinetes, *fâris* , en unidades llamadas *qatibu* que contaban con entre 200 y 400 jinetes y que a su vez se dividían en *kurdus* de entre 33 y 40 hombres.

Los *muqâtila* de los *aynâd* ya no eran solo árabes, sino que en sus filas había también *mawlás* , conversos, persas, turcos, *afariqas* , esto es, africanorromanos, egipcios y, en menor medida, bereberes y hasta godos. [76]

Las tropas de los *yund* de al-Ándalus y Siria que pudo reunir al-Gafiqi constituían en torno a un tercio de la fuerza que condujo al norte de los Pirineos y ese porcentaje es probable que representara una cifra que rondaría los 8000 hombres. Los otros dos tercios de su ejército eran en su mayor parte bereberes que servían como *mutatawwia* , voluntarios, y cuyo mayor anhelo era el saqueo. Algunos *mutatawwia* eran clientes de tribus árabes, otros seguían perteneciendo a sus tribus de origen y la mayoría iban armados a la ligera, sin armadura ni yelmo, y usaban como armas ofensivas venablos y lanzas, así como espadas de doble filo, ancha hoja y factura similar a las célebres *taqobas* tuareg. Constituían, eso sí, el grueso de la caballería musulmana de al-Ándalus y eran excelentes jinetes que en no pocas ocasiones montaban sin silla y sin estribos, y que, al contrario que los *fâris* de la caballería árabe, combatían con suma habilidad en terrenos

montañosos y boscosos. Sus tácticas eran, ante todo, la emboscada y también la retirada fingida.

Además de bereberes, las tropas irregulares que al-Gafiqi condujo al norte contaban con pequeños contingentes tribales de los pueblos y clanes árabes de los qaisíes y calbíes instalados en España, así como con grupos de mercenarios y aliados de origen visigodo. Estas tropas de *mutatawwia* , voluntarios, ya fueran bereberes, africanolatinos o hispanos, no se encuadraban en unidades regulares, sino que, bien seguían los estandartes de sus tribus, bien formaban grupos de dispar tamaño unidos solo por el interés en lograr un cuantioso botín. No faltaban, eso sí, los *mutatawwia* que se alistaban por cuestiones de fe y cuyo propósito principal era la lucha contra los infieles y su sumisión al islam.

¿Cuántos hombres condujo a Aquitania al-Gafiqi? Es difícil estimar una cifra sensata a partir de los escasos y exageradísimos datos de las fuentes. Pablo Diácono, que escribió tan solo unos cuarenta años después de que se produjeran los hechos, llega a decir que el ejército musulmán sumaba en sus filas a 375 000 hombres. Por mi parte, creo que no sea disparatado considerar que el ejército de al-Gafiqi rozaría los 24 000 hombres: 8000 *muqâtila* , la mayoría árabes, pero también persas, turcos, egipcios, bereberes, etc., y unos 16 000 *mutatawwia* , la inmensa mayoría de ellos bereberes, pero también algunos árabes, africanolatinos e hispanogodos. Pablo Diácono señala que los musulmanes llevaban consigo a sus familias y las fuentes francas como la *Crónica de Fredegario* también destacan esa circunstancia. [77] No encuentro motivo alguno para dudar de Pablo Diácono y tanto él como la *Crónica de Fredegario* señalan en una dirección que muchos historiadores actuales han querido negar: al-Gafiqi no conducía una simple algarada, sino un ejército de conquista.

Años atrás, en 721, había tenido que ver cómo su general y amigo, al-Samh, había fracasado y muerto en el intento de someter Aquitania y establecer en ella guarniciones permanentes como en la vecina Septimania. Es más, recordémoslo, al-Gafiqi había escapado por poco de la muerte en esa empresa de 721 y le había tocado reagrupar a los supervivientes y llevarlos de vuelta a Narbona. Ahora, doce años más tarde, volvía para vengarse y dar cumplimiento al plan original de su general y amigo.

El «viento de tempestad» se estrella contra el «muro de hielo»: la batalla de Poitiers

«Los hombres del sur, como un viento de tempestad, levantan el vuelo causando estragos…». Así describía el impacto de los ejércitos árabes un obispo armenio hacia 681. [78] Hacia 732, ese «viento de tempestad» había barrido el mundo desde las fronteras occidentales de la China de los Tang, hasta el norte de Borgoña, en la actual Francia

centrooriental. En la primavera de 733, o en la de 732 si preferimos mantener la fecha tradicional, al-Gafiqi había concebido un plan audaz que tomó por sorpresa al *princeps* Eudo de Aquitania, pues, al tiempo que en las costas levantinas de al-Ándalus, en lo que había sido la Tarraconense, se disponía a zarpar una flota de apoyo y se reunían algunas tropas para conformar una columna que pasaría a Septimania por los pasos pirenaicos de la recién y nuevamente dominada Cerdaña y cuyo objeto sería «distraer» al enemigo inquietando su frontera oriental con el califato y raziando Borgoña, en las tierras situadas en torno a Pamplona se reunía un formidable ejército que pasaría a Aquitania por los Pirineos occidentales siguiendo la calzada romana que antaño había unido Astorga con Burdeos. Dicha calzada salvaba las montañas por el paso de Roncesvalles o Ibañeta, a 1057 m de altitud. El paso de Roncesvalles se despejaba de nieve a primeros o mediados de abril y se hallaba ceñido por los montes Girizu y Astobizkar desde los cuales se precipitaban densísimos bosques. Este era el paso más frecuente. En él, en 778, la retaguardia del ejército de Carlomagno sería asaltada por los vascones cuando el rey franco regresara de su infructuoso ataque a Zaragoza y fue también el que en mayo de 733 cruzó el gran ejército musulmán. Esta ruta, nunca antes seguida por los árabes, sorprendió a Eudo y a sus aquitanos. El *princeps* de Aquitania se hallaba, a la sazón, en el norte de su territorio, ya que, el año anterior, Carlos Martel había dado por rota su tregua con el *princeps* aquitano y atacado la ciudad de Bourges. Es probable que estos ataques francos contra Bourges [79] ocasionaran que Eudo no pudiera acudir en ayuda de su yerno y aliado, Munuza, y como este último había muerto y su plaza fuerte, Llivia, estaba de nuevo en manos del valí de al-Ándalus y, además, este estaba reuniendo barcos en la Tarraconense y hombres en la Septimania, debió de pensar que el ataque sería una simple algarada y que el ejército principal de los sarracenos vendría, como siempre, desde Septimania. Eudo, por tanto, decidió que el peligro más grave era Carlos Martel y por eso se trasladó al valle del río Loira con el grueso de sus fuerzas, pensando que las que dejaba al sudeste de su principado se bastarían para frenar una incursión musulmana desde Septimania. Así que el plan de al-Gafiqi tuvo éxito.



Figura 102: Estatua de estuco policromado del palacio de Hirbat al-Majfar, en Palestina. Representa a un guerrero omeya armado con una cota de escamas cuyos detalles se pueden apreciar merced a la meticulosa precisión de la obra. Así, se comprueba que las escamas están dispuestas en filas horizontales y, entre una y otra fila se dispone una superficie lisa, acaso un tejido o una capa de cuero. Las escamas estarían, presumiblemente, cosidas a este soporte orgánico y no entre sí. Bajo esta coraza se aprecia el empleo de una túnica y, bajo esta, lo que podrían ser pantalones cortos. De particular interés son las protecciones en las piernas, que podrían corresponder a botas de caña o, lo que es más probable, a polainas que emplearan las tropas a modo de defensa. El escudo, dotado de umbo cónico, resulta difícil de interpretar, y puede corresponder a un modelo de cometa, similar a los empleados por las tropas bizantinas en este periodo. En esencia, la similitud con la panoplia bizantina es muy destacada. La espada es, sin embargo, producto de una restauración moderna, muy poco rigurosa y carente de fundamento alguno, siendo más probable que con la mano diestra sujetase una lanza, hoy perdida. Rockefeller Museum, Jerusalén.

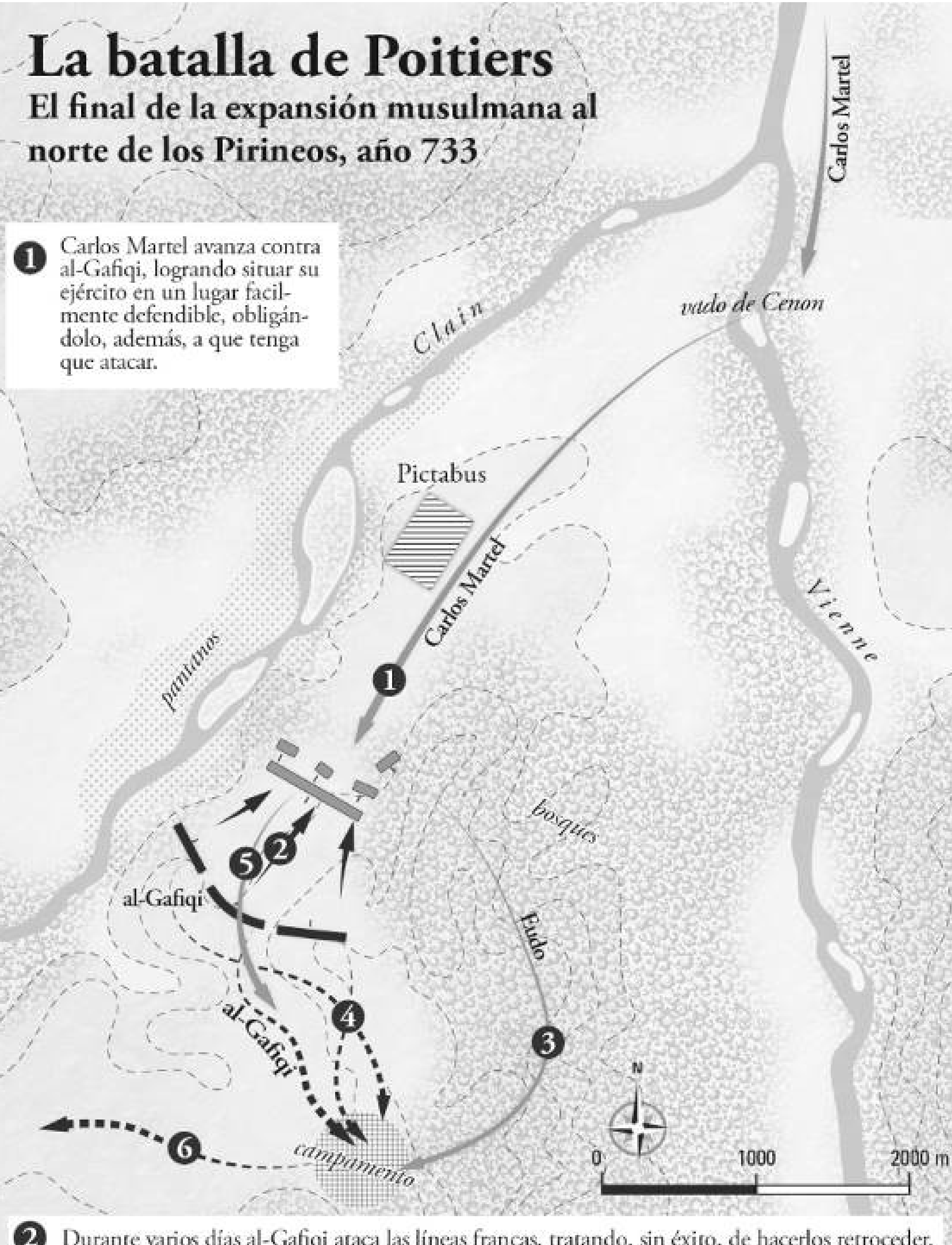
Mientras tanto, Carlos Martel había llevado a su *scara* hasta Reims. En los años precedentes, sus victorias no solo le habían permitido dominar por completo Austrasia y Neustria y vencer a sajones y frisones, sino extender una vez más el poder franco sobre alamanes y turingios y someter a Suabia y Bavaria. Ahora quería recuperar el control sobre todo el antiguo reino merovingio y, como su padre antes que él, imponer la soberanía franca a Borgoña, Provenza y Aquitania.

Sin duda el saqueo sarraceno de Chalôns y las devastaciones musulmanas en Borgoña tenían que haber alertado a Carlos Martel de que el peligro ismaelita era real, pero, en 733, su atención seguía preferentemente centrada en Aquitania. [80]

Así que en la primavera de 733 había tres ejércitos en pie de guerra: el musulmán conducido por al-Gafiqi, el aquitano capitaneado por Eudo y el franco encabezado por Carlos Martel. Cada uno de los comandantes en jefe de esos ejércitos había reunido al suyo para combatir a uno de los otros dos, pero ninguno de los tres, ni al-Gafiqi, ni Eudo, ni Carlos Martel, pudo suponer que los tres ejércitos terminarían enfrentándose en una misma batalla, ni sospechar que dos de ellos, enemigos mortales en el verano de 733, serían aliados en el otoño de ese mismo año.

Tras pasar los Pirineos por Roncesvalles, al-Gafiqi reagrupó sus fuerzas y las condujo al saqueo de la región sudoccidental de Aquitania en donde la célebre abadía de San Severo fue incendiada junto con poblaciones como Oloron, Bayona o Dax. Luego, avanzó directamente sobre Burdeos. Las tropas musulmanas no hallaban apenas resistencia, pues el grueso de las fuerzas de Aquitania estaban junto a su *princeps* en el norte, aguardando un ataque de Carlos Martel o desplegadas frente a Septimania desde donde llegaban rumores de que una columna musulmana había pasado los Pirineos y de que una flota había zarpado de Tarragona y se dirigía a Narbona. Un conde de Gascuña, el conde de Libourne, trató de impedir, o al menos retrasar, el avance musulmán. Su pequeña hueste, quizá unos 2000 hombres, fue aniquilada. El camino quedaba expedito hacia Burdeos. Eudo, por su parte, comprendió al fin que el peligro más grave era el representado por aquel ejército musulmán y abandonó Berry para avanzar a marchas forzadas sobre Burdeos antes de que lo alcanzara el ejército de al-

Gafiqi. Llegó justo antes y decidió plantar sus reales en la orilla norte del Dordoña, allí donde sus aguas se mezclan con las del Garona. Aunque algunos historiadores han sugerido que Eudo libró dos batallas, una junto a Burdeos y otra en la confluencia del Dordoña con el Garona, lo cierto es que la única noticia contemporánea de la campaña, la *Crónica mozárabe* de 754, no deja lugar a dudas al respecto: solo hubo una batalla y fue en la unión del Dordoña con el Garona. La situación tiene una profunda lógica militar que, por desgracia, la historiografía contemporánea no ha advertido. En efecto, Eudo pretendía repetir su estrategia de junio de 721 en la batalla de Tolosa: dejar que el enemigo se plantara ante la ciudad, que estableciera su asedio y luego, de súbito, caer sobre él. Burdeos, rica en extremo, la segunda ciudad más grande de Aquitania, era un «cebo», una «tentación» para al-Gafiqi y su ejército y, por ese motivo, Eudo no acudió a la defensa de Burdeos, ni parapetó a sus soldados tras sus formidables murallas tardorromanas. En efecto, Eudo podría haber optado por esta última solución y aunque hubiera quedado encerrado en Burdeos, al-Gafiqi no se habría atrevido a seguir con su expedición dejándolo atrás y se hubiera visto obligado o a retirarse, o a sitiar Burdeos. En ese segundo caso, la ciudad, con su puerto abierto a la navegación y que los musulmanes no podían bloquear por carecer de flota en el golfo de Vizcaya, hubiera hecho imposible una rendición por hambre y la crecida hueste de Eudo hubiera impedido a su vez que al-Gafiqi la tomara al asalto. Pero Eudo prefirió repetir su exitosa estrategia de junio de 721. Sn embargo, aunque Eudo prefiriera «repetir», al-Gafiqi, no deseaba hacerlo. El valí musulmán tenía muy presente el desastre de Tolosa del que pudo salvarse por poco junto a los restos del ejército sarraceno. Así que no, no iba a repetir el error de al-Samh. De forma que hizo lo que todo buen general: avanzar no sobre la ciudad, sino sobre la fuerza enemiga principal. Si la destruía, Burdeos caería como fruta madura. En consecuencia, al-Gafiqi giró hacia el este, cruzó el Garona y luego el Dordoña y descendió por el valle de este último hasta su confluencia con el Garona en donde se enfrentó con un asombrado Eudo que esperaba que el valí musulmán estuviera camino de Burdeos y no avanzando sobre él. El *princeps* aquitano debía de estar frustrado, pero su ejército era fuerte y planteó batalla. La *Crónica mozárabe* señala lo duro del combate y el desastre sufrido por el ejército aquitano: «[…] Al presentarle combate Eudo más allá del río Garona y del Dordoña, le hace huir, y solo Dios sabe el número de muertos y desaparecidos…». [81]



2 Durante varios días al-Gafiqi ataca las líneas francas, tratando, sin éxito, de hacerlos retroceder.

3 Eudo, el duque de Aquitania, conduce a sus huestes contra el campamento musulmán. La sorpresa es total, y el lugar asaltado.

4 Parte de las tropas de al-Gafiqi, al observar el ataque a su campamento, optan por abandonar la lucha y dirigirse hacia el mismo. Eudo es expulsado del campamento.

5 Al-Gafiqi, ahora debilitado, es atacado y obligado a retroceder por Carlos Martel. Los musulmanes se atrincheran en el campamento, muerte de al-Gafiqi. La llegada de la noche impide que sean, con toda seguridad, aniquilados.

6 Durante la noche, el ejército musulmán parte del lugar en silencio, rumbo a Septimania.

El *princeps* logró huir con parte de su ejército y se retiró hacia el norte al comprender que solo quedaba una oportunidad de supervivencia para su principado: someterse a Carlos Martel y pedir su ayuda. Así que galopó hacia el norte de su principado llamando a reunión a las comitivas armadas de sus vasallos y a las guarniciones de las ciudades del norte de Aquitania y de Auvernia. Luego, tras dejar a su ejército cerca de Poitiers y enviar emisarios a Carlos Martel, pasó el Loira a la cabeza de una pequeña comitiva y se dirigió a París en donde ya le aguardaba un sorprendido, quizá alarmado y seguramente satisfecho, Carlos Martel.

Cuando los viejos enemigos se reunieron en París, las noticias que llegaban hasta ellos parecían apocalípticas: Burdeos, la gran ciudad del sudoeste de Aquitania, había sido saqueada e incendiada. Sus ricas iglesias y palacios eran ahora escombros y las huestes musulmanas, sin oposición ya, se habían dividido en columnas de saqueadores para raziar mejor el territorio. La hueste principal avanzaba derecha hacia Poitiers acarreando un inmenso botín y arrastrando tras de sí largas cuerdas de cautivos, mientras que las familias de los combatientes los seguían ebrias de victoria y riquezas. No solo eso, desde Borgoña y Auvernia llegaban informes de ataques musulmanes que, procedentes de Septimania, se adentraban hasta el corazón de esos territorios saqueando, matando y alcanzando lugares como Savigny, Lyon, Valenciennes y Dijon.

Carlos Martel recibió la petición de ayuda de Eudo en Reims. De inmediato, avanzó con su *scara* , ejército permanente, hasta París y ordenó a los *exercitus* de Austrasia y Neustria, los ejércitos de leva, que se reunieran con él en París. Era su gran oportunidad. El *princeps* le suplicaba auxilio y eso, en esencia, era el reconocimiento de que Aquitania, la cuarta parte del antiguo Reino franco en su máxima extensión, estaba dispuesta a volver a someterse a la soberanía merovingia, siempre y cuando se la librara del dominio musulmán. Carlos comprendió de inmediato que el objetivo final de al-Gafiqi era Tours. La ciudad, con su gran iglesia colmada de riquezas, era el corazón religioso de la Francia merovingia. Allí había sido aclamado como patricio y cónsul Clodoveo tras su victoria en Vouillé; allí, durante dos siglos, los reyes merovingios habían ofrendado riquezas inmensas a san Martín y Carlos Martel, independientemente de que Eudo le suplicara ayuda, no podía permitir que los musulmanes llegaran a Tours. Que al-Gafiqi tenía intención de saquear Poitiers y Tours, era indudable. La *Crónica mozárabe* de 754 no da lugar a discusiones y, por otra parte, los santuarios de San Hilario de Poitiers y San Martín de Tours eran tan fabulosamente ricos que actuaban como un imán irresistible para al-Gafiqi y sus hombres. [82] Así que cuando Eudo llegó a París y se entrevistó con Carlos Martel, este último tenía claro que iba a llevar a su hueste al sur del Loira para que se enfrentaran a los musulmanes antes de que alcanzaran Tours.

La reunión de tropas ya había concluido en agosto de 733 y Carlos Martel condujo a su hueste hacia Orleans para cruzar allí el Loira por el gran puente romano. Luego lo llevó hacia Amboise en dirección a Tours, a donde sin duda llegó ya a finales de septiembre y en donde se le sumó lo que quedaba del ejército de Aquitania. Reunidas las fuerzas de Austrasia, Neustria y Aquitania, el ejército franco debía de pasar de los 28 000 hombres y, por tanto, sus efectivos debían de superar a los del musulmán en aproximadamente un 15 %.

Carlos Martel plantó sus reales en las afueras de Tours. Pero la batalla no se daría allí, sino a unos kilómetros en dirección a Poitiers, en un lugar hoy conocido como Ballan-Miré, en las cercanías del río Vienne. El sitio, fijado por la exhaustiva investigación de André-Roger Voisin [83] era ideal tanto para el despliegue de la hueste franca como para proteger la gran basílica de San Martín de Tours que, a extramuros de Tours, quedaría justo detrás del ejército franco.

Mientras tanto de la cercana Poitiers no llegaban buenas noticias. Al-Gafiqi había saqueado la abadía de San Hilario de Poitiers y devastado a conciencia los arrabales y alrededores de la rica ciudad que, cobijada tras sus murallas, no pudo tomar. Tampoco podía sitiarla antes de eliminar al nuevo ejército enemigo que le esperaba en el camino de Tours. Así que al-Gafiqi se decidió por repetir lo que ya había ensayado en el río Dordoña: dejar de lado la ciudad y atacar al grueso de la fuerza enemiga. Parecía una buena elección. Sus hombres lo seguían de buena gana. Estaban entusiasmados con aquella campaña. Tras destrozar al ejército aquitano en el río Dordoña, los musulmanes se habían dedicado durante tres meses a saquear a placer la región sin encontrar resistencia: Périgueux, Angulema y Saintes fueron arrasadas y ahora, tras dejar atrás los humeantes restos de los arrabales de Poitiers y de su célebre abadía, los musulmanes debían de creerse invencibles y, así, con su pesado bagaje, fruto de meses de saqueos en aquella tierra inmensa y rica, enfilaron hacia los vados de los ríos Clain y Vienne. Carlos Martel no esperó a que se acercaran más a Tours. Levantó el campo y condujo a su ejército hacia el Vienne, hacia el paso de Cenon. Mientras llegaban a este vado, las avanzadillas francas y musulmanas chocaron en diversos puntos: en las llamadas «landas de Carlomagno», en Sainte-Catherine-de-Fierbois y, sobre todo, en el vado de Cenon, en el Vienne, que los francos lograron retener tras duros combates.

Cuando el grueso del ejército de Carlos Martel llegó al paso de Cenon, lo cruzó y avanzó hasta una sólida posición en donde pudo desplegar a sus huestes con los flancos y la retaguardia bien protegidos por densos bosques y por los cursos del Clain y del Vienne, así como por un pantano situado a partir de Moussais-la-Bataille. Aquella era una posición formidable que obligaría a al-Gafiqi a lanzar ataques frontales contra los francos si quería desalojarlos y proseguir hasta la cercana y tentadora Tours. Por otra parte, a al-Gafiqi no le quedaba otra opción. Los densos bosques, el pantano, el curso del ancho Vienne con su vado de Cenon en manos del enemigo, no le permitían el

flanqueo y retroceder hacia Poitiers por un camino que obligaría a sus hombres a marchar en una extendida y expuesta línea y a pasar junto a las murallas de una ciudad, Poitiers, que no había tomado y en donde aguardaba una fuerte guarnición enemiga, era exponerse a un completo desastre. En unas horas y por mor de la acertada elección del terreno por parte de Carlos Martel, el ejército musulmán había pasado de ser un victorioso atacante que parecía imparable, a sentirse atrapado en una ratonera.

Al-Gafiqi reconoció el apuro y actuó como un buen general: buscó a su vez una sólida posición defensiva, la halló entre dos colinas, plantó allí su campamento, lo fortificó y desplegó a su ejército en la tradicional formación del *jamis* , retando a Carlos Martel y a Eudo a entablar batalla campal y acosándolos con los arqueros de su *muqaddama* , vanguardia, y con ataques simulados y retiradas fingidas de su *qalb* , su centro, de su *maymana* , o ala derecha, y de su *maysara* , o ala izquierda, mientras que su *saqah* , retaguardia, custodiaba los accesos a su campamento en el que, además, había dejado un fuerte retén de guardia para defender a las familias de los soldados, a su botín y a los cautivos. Todo esto para lograr que los francos abandonaran sus fuertes posiciones y, atacando las musulmanas, fueran rechazados por los hombres de al-Gafiqi que, entonces, podrían contraatacar flanqueándolos y aplastándolos.

Pero los francos no se movían. Siete días se pasaron así, entre escaramuzas y ataques fingidos. «El muro de hielo» de los guerreros francos no se movía. Seguía allí, con sus flancos apoyados en los densos bosques que se extendían a ambos lados de la carretera y con sus primeras filas formadas por lo mejor de la hueste franca: la *scara* de Carlos Martel y los *leudes* y nobles merovingios. Estos guerreros, excelentemente armados, estaban haciendo lo mismo que sus antepasados cuando, muy cerca de allí, en Vouillé y 226 años atrás, enfrentaron a los visigodos de Alarico II: echar pie a tierra, alzar sus lanzas y juntar sus escudos. Tras su centro y su ala derecha, estaban situados los hombres peor equipados y las formaciones de arqueros y honderos, mientras que detrás de su flanco derecho se desplegaron unos pocos jinetes armoricanos, no más de dos centenares, y en su flanco izquierdo se apostó Eudo con sus caballeros aquitanos y con los salvajes jinetes de sus *hostis vasconorum* .

Fue en el octavo día, en una fecha indeterminada de octubre de 733, cuando la muerte se cebó en los guerreros del califa. Al amanecer, como en los siete días precedentes, al-Gafiqi formó el *jamis* y envió a sus arqueros a hostigar a los francos. También como cada día anterior, los francos, de nuevo formados en un muro de escudos, no se movieron. Al-Gafiqi envió entonces a sus tres principales divisiones de lanceros para que atacaran por turnos el centro y las alas de los enemigos. Los francos rechazaron esos ataques, pero no persiguieron a los sarracenos ni a los moros, sino que mantuvieron sus líneas con los espesos bosques guardando sus flancos. El combate se enconó. Los guerreros bereberes, indisciplinados pero feroces, se lanzaban como locos contra los escudos y lanzas francas para morir atravesados por sus puntas, mientras que

los disciplinados y mejor armados *muqâtila* se trababan en duras refriegas, lanza contra escudo y espada chocando contra espada. Los francos resistían y cuando se veían en apuros, un pequeño contingente de jinetes armoricanos surgía del flanco derecho, de entre los árboles, y hostigaba a los musulmanes con sus rápidas cargas en las que desde sus monturas arrojaban lluvias de venablos antes de volver a la seguridad de la floresta.

El día avanzaba. El sol declinaba y el combate se generalizó en toda la línea de batalla. Carga tras carga, la infantería musulmana se estrellaba contra el muro de escudos franco y los muertos y heridos se comenzaron a contar por centenares.

Entonces, con la tarde bien comenzada ya, de la retaguardia musulmana se alzaron gritos de advertencia. Cuando los hombres de la línea de batalla musulmana miraron hacia atrás entendieron por qué les advertía su retaguardia: desde el lugar donde se hallaba el campamento se alzaba una densa columna de humo.

Y es que Eudo, ahora de nuevo un duque franco tras someterse a Carlos Martel, había conducido por detrás del impenetrable bosque a sus jinetes aquitanos y a sus bárbaros vascones. Aquella caballería constituía un contingente habituado a cabalgar y luchar en los montes y bosques de los Pirineos y, allí, en los lindes tan disputados de Aquitania y Neustria, el terreno no guardaba secretos para ellos. Condujeron a sus caballos hasta la retaguardia musulmana, ascendieron la colina que guardaba uno de los costados del campo enemigo y, mientras el grueso del ejército de al-Gafiqi peleaba a brazo partido contra los hombres de Carlos Martel, cayeron sobre el campamento musulmán.

Este estaba protegido, es cierto, pero sus defensores estaban concentrados en la contemplación del duro combate que se libraba ante ellos a no mucha distancia y, además, el campamento musulmán hervía de mujeres y niños musulmanes y de miles de cautivos cristianos. Debía de ser un bonito caos. Sobre él cayeron los jinetes de Eudo. Su carga fue magnífica. Arrojaron sus venablos contra los guardias y asaltaron las barricadas que cerraban el campo enemigo. No pudieron hacerse con su control, desde luego, pero causaron una gran mortandad entre los civiles allí refugiados y quemaron y saquearon con suficiente éxito como para que pronto hubiera todo un escándalo tras las líneas de combatientes musulmanes. Cuando estos vieron el humo y a los civiles que huían aterrorizados desde el campamento hacia ellos, y pensaron en las riquezas que habían dejado en sus tiendas, no lo soportaron. Puede que los *muqâtila* , los soldados profesionales, aguantaran la presión y mantuvieran las filas, pero los voluntarios bereberes no. Dejaron la batalla y retrocedieron en tropel hacia el campamento para protegerlo y poner a salvo a sus familias y sus riquezas.

Era lo que Carlos Martel había esperado. Dio la orden y el «muro de hielo» franco avanzó. Los *muqâtila* de al-Gafiqi cerraron filas y ofrecieron resistencia, pero sin el

apoyo de los voluntarios no podían hacer otra cosa sino retrasar el incontenible progreso enemigo. Metro a metro, golpe a golpe, los musulmanes reculaban.

La desbandada de los bereberes y demás tropas irregulares había deshecho el *jamis* . Ya no había ala derecha, ni izquierda, ni centro, ni retaguardia, sino una confusión de soldados que luchaban por sobrevivir al cada vez más acelerado avance franco que paso a paso se iba convirtiendo en una carga de infantería a la que comenzaron a sumarse los jinetes armoricanos.

En el campamento, la masiva llegada de combatientes irregulares desde la línea de batalla, había permitido a los musulmanes expulsar a los hombres de Eudo y recuperar el control sobre el recinto del campo musulmán. Pero ya era tarde. Los disciplinados *muqâtila* habían sido empujados hasta las fortificaciones que rodeaban su base y la determinación enemiga era tan recia que incluso habían logrado empujar a sus enemigos hasta el interior y ya se combatía entre las ordenadas filas de las tiendas sarracenas. Los francos veían tan cerca la victoria como a la noche que se les echaba encima. Entonces, un venablo alcanzó en el pecho a al-Gafiqi y le dio muerte.

La noche salvó a los musulmanes. Primero porque ocultó durante unos instantes la muerte de al-Gafiqi, con lo que evitó un pánico repentino y, segundo, porque Carlos Martel, recelando de un contraataque musulmán que con las sombras pudiera transformarse en desastre para su victoriosa hueste, ordenó a esta retroceder a sus posiciones pisoteando los cadáveres que habían quedado tendidos en tierra tras el duro combate.

Con su valí muerto, tras haber recibido un duro castigo y con la seguridad de que al día siguiente los francos terminarían lo que habían empezado y de que la matanza sería general, los jefes musulmanes lograron algo que da idea cierta de la disciplina y valor de sus mejores hombres: los *muqâtila* . Sin hacer ruido, abandonaron el campamento y enfilaron el camino hacia Poitiers abandonando tiendas, pertrechos, botín y cautivos.

Durante la madrugada pasaron junto a Poitiers. Una tropa vencida, asustada y sin nada más que las armas. El victorioso ejército que ocho días atrás pretendía saquear Tours y completar una brillante campaña que sería el inicio de la anexión de una nueva provincia al califato de Damasco, solo pretendía ahora escapar con vida.

Al día siguiente, los exploradores francos vieron salir el sol y, a su luz, el gran campamento musulmán sin defensores. Allí solo había miles de exaltados, jubilosos y emocionados cautivos aquitanos que entre lágrimas y gritos daban gracias a Dios por la victoria cristiana y la huida de los infieles. La noticia corrió hasta el campo franco y pronto miles de guerreros de Carlos Martel y Eudo de Aquitania saqueaban el campo enemigo.

Fue la salvación de los musulmanes. Entretenidos con las inmensas riquezas halladas en las tiendas musulmanas, los francos no emprendieron ese mismo día la persecución, sino que la retrasaron y, aunque Eudo y sus jinetes persiguieron más tarde al enemigo, este logró, tras una rápida retirada, alcanzar el valle del Ródano y unirse allí al ejército que había operado en aquella zona, para, a continuación, retirarse hasta Narbona. [84]

Carlos Martel había salvado Francia. Se retiró hacia Neustria y en los años siguientes combatió a los musulmanes en Borgoña, Provenza y Septimania. Su poder era ahora reconocido por Borgoña y Aquitania y su linaje, los Pipínidas, pronto alumbraría un imperio: el carolingio.

Poitiers no acabó con los ataques musulmanes a Francia, pero sí supuso «un cambio en la marea», por así decirlo. Tan solo veinte años después de Poitiers la mayoría de los condes godos de Septimania reconocían la autoridad del hijo de Carlos y para 760 se combatía al sur y no al norte de los Pirineos. Los árabes habían llegado al límite de sus posibilidades.

Como ya señalamos al comienzo de este capítulo final, en la *Crónica mozárabe* se halla un curioso término para denominar a los hombres que combatieron bajo el estandarte de Carlos Martel y obtuvieron la victoria: «europeos». Que yo sepa, hasta ese momento, ningún cronista o historiador lo había usado en la forma en que lo estaba haciendo el cronista hispano. [85] La nueva Europa había nacido y lo hacía en la Edad Media y sobre un campo de batalla.

Notas

1 Ibn ʻAbd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, 46.

2 *Crónica mozárabe* de 754, 80, en López Pereira, J. E., 1980.

3 Ibn ʻAbd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus.

4 *Crónica mozárabe de 754, 80.*

5 Collins, R., 1991, pp. 50 y 76-80.

6 Ibn ʻAbd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, p. 39; Nowairi, Historia del Magreb, en Slane, M. «Histoire de la province de l'Afrique et du Magrib»; Tidjani, Viaje por Tunicia, p. 120, en Rousseau, A.: «Voyage du Scheikh et-Tidjani dans la Régence de Tunis, pendant les années 706, 707 et 708 de l'Hégire»; Ibn al-Athir, Historia, 27, en Fagnan, E., 1898; al-

Baladhurî, Libro de la conquista de los países, II, 360, 142.

7 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6190, 370-371.

8 Elías de Nísibe, Cronografía, 74-75, en Brooks, E. W., Chabot, J. B., 1909-1910. Sobre esta cuestión y su puesta en valor, véase Soto Chica, J. y García Amorós, M.: «Nuevas e ignoradas noticias sobre la Kâhina y la conquista árabe del África bizantina: de reina de los bereberes a reina de los romanos» (en prensa).

9 Ibn Idari, Historia, 23, en Fagnan, E., 1901-1904.

10 Soto Chica, J.: «África disputada: los últimos años del África bizantina», 507-514.

11 Elías de Nísibe, Cronografía, 154-155.

12 Nicéforo, patriarca, Historia breve, 54; Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6209, 398-399; Aguado Blázquez, F. A., 2005; Kennedy, H., 2007, 400-413 y 246-266.

13 Crónica arábigo-bizantina o mozárabe de 741, 36, en Blanco Silva, R.: «Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar arábigo-bizantina de 741. Un comentario y una traducción», pp. 153-167; y, de forma explícita y contundente, *Crónica mozárabe* de 754, 51.

14 *Crónica mozárabe* de 754, 59. Y para la bizantinidad de don Julián y de Ceuta en 709-710: Motos Guirao, E.: «Crisis institucional y política de destierros. El año 641 en Bizancio», 197-230; Soto Chica, J.: «Una noticia oriental olvidada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y la defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», 139-154.

15 Liber Iudiciorum, Antiqa IX, 2.1-6.

16 García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 52-62; Gallegos Vázquez, F.: «El ejército visigodo: el primer ejército español», 45 y ss.; Muñoz Bolaños, R., 2003, 19-20 y 22-24.

17 Liber Iudiciorum, IX, 2.8 y IX, 2.9.

18 Al-Maqqari, p. 122, traducción de E. Lafuente Alcántara recogida en W. Segura González: «Inicio de la invasión árabe de España», 114-125.

19 García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 45-46; Gárate Córdoba. J. M., 1981, 303.

20 Julián de Toledo, Historiae Wambae, 11.

21 Strategikon del Pseudo Mauricio, XII, B, I.

22 Al-Maqqari, pp. 121-122.

23 Liber Iudiciorum, IX.2; López Quiroga, J., Catalán Ramos, R.: «El registro arqueológico del “equipamiento militar” en Hispania durante la Antigüedad Tardía», 418-421; Pinar Gil, J.: «Sepulturas con depósito de armamento en el paisaje hispánico y sudgálico (ca. 450-520 AD). Una primera reflexión de conjunto», 89-99; Vizcaíno Sánchez, J.: «Coraza laminar protobizantina procedente de Carthago Spartaria»; Muñoz Bolaños, R., 2003, 27-29.

24 Liber Iudiciorum, Antiqa, IX, 2.6; García Moreno, L. A.: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», 64-68.

25 Soto Chica, J.: «Una noticia oriental olvidada sobre Ceuta y las Mauritanias…».

26 Julián de Toledo, Historia Wambae, 11-15.

27 Julián de Toledo, Historia Wambae, 10-15.

28 Crónica arábigo-bizantina de 741, 36.

29 *Crónica mozárabe* de 754, 51 y 52.

30 *Crónica mozárabe de 754, 59.*

31 *Crónica mozárabe* de 754, 52. Para la identificación de Algeciras con Iulia Traducta/Transducta y los testimonios de las fuentes al respecto, véase Berenjeno Borrego, A. M. y Soto Chica, J.: «La última posesión bizantina en la Península Ibérica: Mesopotamenoi-Mesopotaminoi. Nuevas aportaciones para su identificación», 163-194.

32 Nubiense, El, Descripción de España, 41, en Conde, J. A. (trad. y notas), 1980; Pascual Barea, J.: «Ubicación en el valle de Ojén (Cádiz) del Fundus Ursianus donde fueron ejecutados los mártires Servando y Germán», 233-249.

33 Entre otros muchos: Ibn ‘Abd al-Hakam, Futuh Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, p. 44; Ibn al-Qutiyya, p. 26, traducción de J. Rivera recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 24-27.

34 Collins, R., 1991, 31-39.

35 *Crónica mozárabe* de 754, 37, 41 y 47.

36 Ajbar machmúa, p. 33, traducción de E. Lafuente y Alcántara recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 32-36.

37 *Crónica mozárabe* de 754, 51, 52 y 54.

38 García Moreno, L. A., 2013, 135-175 y 241-251.

39 *Crónica mozárabe* de 754, 51 y 52.

40 Entre otras muchas: Crónica Albeldense, p. 13, traducida por Moralejo, J. L. y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 13-14; Ajbar machmúa, p. 33.

41 *Crónica mozárabe de 754, 52.*

42 Ibn ʻAbd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, p. 44.

43 *Crónica mozárabe* de 754, 52; Ibn ʻAbd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, pp. 41 y 44-45; Ibn Qutaiba, al-Imama wal-siyasa, p. 15, traducción de J. Rivera recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 14-16; Ibn Abi Riqac, pp. 18-19, traducción de M. M. Anduña recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 17-20; al-Himyari p. 70, traducido por M. P. Maestro y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 68-71; Ajbar machmúa II, p. 30, compilado y traducido por Dozy y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 28-32; Ibn Idari, Historia, p. 36; Ibn al-Athir, Historia, 439.

44 Ajbar machmúa II, pp. 29-30; Abu Jafar, Libro de las suficiencias de la historia de los Califas, p. 47, traducción de P. de Gayangos y recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 46-50.

45 *Crónica mozárabe de 754, 84.*

46 Al-Maqqari, p. 108, traducción de P. de Gayangos y recogida por W. Segura González: «Inicio de la invasión árabe de España», 101-114.

47 García Moreno, L. A., 2013, 244-246 y 260-262; Muñoz Bolaños, R., 2003, 75-79; Sánchez Albornoz, C.: «Otra vez guadalete y Covadonga», 11-114 y Bernabé Salgueiro, A.: La batalla de Guadalete. Aproximación a su realidad histórica y arqueológica», 73-99.

48 Ibn Qutaiba, al-Imama wal-siyasa, p. 15; al-Maqqari, p. 113; Ibn abi Riqac, p. 19; al-Himyari, p. 70.

49 Julián de Toledo, Historia Wambae, 11-12 y 15.

50 *Crónica mozárabe* de 754, 52; Fath al-Andalus, p. 43, traducción de M. Penelas recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 40-43; Ibn Al-Athir, Historia, 40-44.

51 *Crónica mozárabe* de 754, 51, 52 y 54. Y entre las fuentes árabes, entre otros muchos testimonios: Ajbar machmúa II, p. 31; Ajbar machmúa, p. 31; Ibn al-Sabbat, p. 67, traducción

de E. de Santiago recogida por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 65-68; Crónica del moro Rasis, p. 24, en Catalán, D. y Soledad de Andrés, M. (eds.): «Inicio de la invasión árabe en España», pp. 20-24.

52 *Crónica mozárabe* de 754, 51, 52 y 54; Ibn 'Abd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, pp. 41 y 44-46; al-Maqqari, pp. 113-114; Ibn al Kardabus, pp. 59-60, traducido por F. Maíllo y recogido por Segura González, W.: «Inicio de la invasión árabe en España», 58-60; Ibn Qutaiba, al-Imama wal-siyasa, pp. 15-16; Ibn al-Sabbat, p. 68.

53 Ajbar machmúa II, pp. 31-32 y consúltese también nota 26 de las citadas páginas.

54 *Crónica mozárabe de 754, 54.*

55 Crónica arábigo-bizantina de 741, 42; *Crónica mozárabe* de 754, 69.

56 Collins, R., 1991, 81-84; Kennedy, H., 2007, 388.

57 Crónica arábigo-bizantina de 741, 42 y *Crónica mozárabe* de 754, 69.

58 *Crónica mozárabe* de 754, 80; Ibn 'Abd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, pp. 57-58; Collins, R., 1991, 84-85; Kennedy, H., 2007, 386.

59 Collins, R., 1991, 74-81.

60 Crónica de Fredegario, continuación, 4-12, en Hadrill, J. M., 1960. Para el ascenso y consolidación de Carlos Martel sigue siendo la de Deviosse, J., 1978, 21-132.

61 Kennedy, H., 2007, 383-384; Collins, R., 1991, 76-82.

62 Collins, R., 1991, 40.

63 Crónica arábigo-bizantina de 741, 42; *Crónica mozárabe* de 754, 69.

64 Ibn al-Athir, Historia, 59; Crónica de Moissac a. D. 725, I, pp. 291-291, en Pertz, G. H. M. G. H., 1826.

65 Beda el Venerable, *Historia eclesiástica* , V, XXIII. Beda equivoca la fecha y sitúa esta expedición en 729. Pero se trata de la misma algarada y es probable que a Northumbria no llegaran las noticias hasta tres años después.

66 Teófanes el Confesor, *Crónica* , 6161, 351-352; Ibn Idari, Historia, 32-33.

67 *Crónica mozárabe* de 754, 79; Collins, R., 1991, 76-83.

68 Bachrach, B. S.: «The Origin of Armorican Chivalry».

69 Bachrach, B. S.: «Wasthe Marchfield Par of the frankish constitution?», 78-85.

70 Crónica de Moissac a. D. 725, I, pp. 292-293; Crónica de Fredegario, 87 y continuación 9, 10.

71 Bachrach, B. S.: «Merovingian Military Organization, 481-751», 26 y ss.

72 Crónica de Fredegario, continuación, 11-12.

73 Crónica de Fredegario, continuación, 13; Nicolle, D., 2011, 25-28.

74 Crónica de Fredegario, continuación, 13; Crónica de Moissac a. D. 725, I, pp. 290-293; *Crónica mozárabe* de 754, 79; Collins, R., 1991, 76-83.

75 Nicolle, D., 2011.

76 Véase el capítulo 9 de este mismo libro.

77 Pablo Diácono, Historia de los lombardos, VI, 46; Crónica de Fredegario, continuación, 13.

78 Sebeos, p. 17.

79 Crónica de Fredegario, continuación, 12.

80 Crónica de Fredegario, continuación, 12-13.

81 *Crónica mozárabe* de 754, 80; Crónica de Moissac a. D. 725, I, pp. 292-293; Crónica de Fredegario, continuación, 13; Pablo Diácono, Historia de los lombardos, VI, 46; Ibn al-Athir, Historia, 59-60; Ibn Idari, Historia, 49; Ibn ‘Abd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, pp. 57-58.

82 *Crónica mozárabe* de 754, 80; Crónica de Fredegario, continuación, 13.

83 Voisin, A-R., 2003.

84 *Crónica mozárabe* de 754, 80; Crónica de Fredegario, continuación, 13; Crónica de Moissac, 2923; Pablo Diácono, Historia de los lombardos, VI, 46; Ibn Idari, Historia, 49; Ibn al-Athir, Historia, 59-60; Ibn ‘Abd al-Hakam, Futuh Ifriqiya wa Al-Andalus, pp. 57-58; Nicolle, D., 2011, 60-84; Kennedy, H., 2007, 386-388; Collins, R., 1991, 83-87; Deviosse, J., 1978, 159 y ss.

85 *Crónica mozárabe de 754, 80.*

Conclusión

Es probable que el lector se haya llevado más de una sorpresa durante la lectura de este libro. Eso está bien, sorprender era uno de sus propósitos, pues la Edad Oscura es una época sorprendente. Ahora el lector sabe que el último ejército romano no fue aniquilado por los bárbaros, sino que se diluyó por falta de paga, o que no fue la caballería, sino la infantería montada árabe la que expandió el islam o que fue en el mar y no en tierra, en donde se dirimió al final la suerte del mundo mediterráneo en los siglos VII y VIII, o que mientras que la caballería visigoda fracasó ante la infantería musulmana, esta última fue repelida por los guerreros francos de Carlos Martel que la enfrentaron a pie en un sólido muro de escudos, o que la época aquí abordada no fue solo decadencia y salvajismo, sino un periodo de un extraordinario dinamismo y repleto de avances tecnológicos, organizativos y culturales. En fin, el lector tendrá ahora una nueva visión, más cercana a las fuentes de la época y menos dependiente de los viejos tópicos historiográficos, sobre algunas de las batallas más decisivas de la historia universal. Pero, ante todo, este libro habrá cumplido su propósito si el lector tiene ahora una idea más formada sobre cómo la guerra en la Edad Oscura determinó la configuración de nuestra propia época. Pues, en verdad, la guerra es el «clamor de los demonios» y solo estudiándola y comprendiéndola, podremos comprendernos a nosotros mismos y evitar que ese demoniaco clamor siga atronando nuestro mundo.

Granada, verano de 2019

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

Agatías, *Historias. Guerras en Italia y Persia* [introd., trad. y comentarios de R. García Ortega], Granada, 2018.

al-Baladhurî: *The origins of the Islamic State, Al-Baladhuri (Kitab Futuh Al-Buldan)* (trads. P. K. Hitti [vol. 1] y F. C. Murgotten [vol. 2]), 2 vols., New York, 1969.

«Al-Himyari» (trad. M. P. Maestro), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 68-71.

«Al-Maqqari» (trad. E. Lafuente Alcántara), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 114-125.

«Al-Maqqari II» (trad. P. de Gayangos), Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 101-114.

«Ajbar machmúa» (trad. E. Lafuente y Alcántara), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 32-36.

«Ajbar Machmua II» (compil. y trad. Dozy), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa ., 2010, n.º 10, pp. 28-32.

Arndt, W., Krusch, B.: *Gregorio de Tours* . Liber in gloria Martirum. B. Monumenta Germania Historica, Scriptores Rerum Merovingiearum I, Hannover, 1885.

Asia, A. O., Domínguez, C. R.: *Leyes de los ripuarios. Mar del Plata* , Buenos Aires, 2018.

Attenborough, F. L. (ed. and trans.): *The Laws of the Earliest English Kings* , Cambridge, 1922, pp. 36-60 y 62-92.

Bachrach, B. S.: *Liber historiae Francorum* , Minneapolis, 1973.

Baethgen, F.: Fragmente syrischer und arabischer Historiker , Leipzig, 1884.

Bandy, A. C. (ed. y trad.): Ioannes Lydus, On Powers or The Magistracies of the Roman State , Philadelphia, 1983.

Barnish, S. J. B., Casiodorus: Variae. Translated, with notes an introduction , Liverpool, 1992.

Bekker, I.: *Georgius Cedrenus* , Bon, 1838.

Bedrosian, R.: *The Georgian Chronicle* , New York, 1991, disponible en <http://www.attalus.org/armenian/ > (última consulta 08-10-2015).

Berthelot, M.: *La chimie au Moyen Age* , Paris, 1893, edición del texto del Ms lat 7156 Marcus graecus, liber ignium ad comburendos hostes, de la Biblioteca nacional de París en: I, pp. 89-135.

Bischoff, B.: «Anecdota Carolina», en W. Stach, H. Walther, *Studien zur lateinischen Dichtung des Mittelalters: Ehrengabe für Karl Strecker* (Schriftenreihe zur Historischen Vierteljahrschrift: Zeitschrift für Geschichtswissenschaft und für lateinische Philologie des Mittelalters, vol. 1, Dresden, 1931.

Blanco Silva, R.: «Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar Arábigo-bizantina de 741. Un comentario y una traducción», *Revista de Filología* 1999, 17, pp. 153-167.

Blockley, R. C.: The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire. Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus (2 vols.), Liverpool, 1983.

Bosworth, C. E.: *History of al-Tabari* , vol V, New York.

Boyce, M.: *The Letter of Tansar* , Rome, 1968.

Brooks, E. W., Chabot, J. B.: Opus Chronologicum, Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium: Scriptores Syri Textus , Rome/Paris, 1909-1910.

Butler, A. J.: The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion , New York, 1998.

Campos, J.: Juan de Biclaro, obispo de Gerona: su vida y su obra (introducción, texto crítico y comentarios) , Madrid, 1960.

Cañas Navarro, P.: «Aspectos jurídico-censales en el ejército romano», *Revista de historia militar* , 2001, 90, en http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=75078 , [última consulta 07-07-2018].

Castillo Bejarano, M.: Claudio Claudiano. Poemas. Obra completa , Madrid, 1993.

Cavallero, P.: La Antapódosis o Retribución de Liutprando de Cremona , Madrid, 2007.

Chabot, J. B.: Chroniques de Michel Le Syrien Patriarche Jacobite d'Antioche (2 vols.), Bruxelles, 1963.

Charles, R. H.: The chronicle of John, Bishop of Nikiu , London, 1916.

Cirac Estopañan, S.: *Skyllitzes Matritensis* , t. I: Reproduciones y Miniaturas, Barcelona-Madrid, 1965.

Código Teodosiano, en adelante CTH, disponible en http://www.thelatinlibrary.com [última consulta 12-11-2018].

Codoñer, C.: Sulpicio Severo, Obras completas , Madrid, 1987.

Collins, R.: «An historical commentary on the consularia Caesaragustana», en C. Cardelle de Hartmann, C., *Victoris Tunnunensis Chronicon: cum reliquiis ex consularibus Caesaragustanis et Iohannis Biclarensis Chronicon* , Turnhout, 2001.

Contra Ioannem Hierosolymitanum Episcopum Ad Pammachium , disponible en <http://www.intratext.com/IXT/LAT0843/_PJ.HTM >.

Conybeare, F. C.: «Antiochus Strategos, The Capture of Jerusalem by the Persians in 614 AD», *English Historical Review* , 1910, 25, pp. 502-517.

Corpus inscriptionum latinarum , vol. 13.

Croke, B.: (Theodor Momsen Text) The Chronicle of Marcellinus: A Translation and comentari , Sidney, 1995.

Crónica Albeldense (trad. J. L. Moralejo), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 13-14.

Crónica del Moro Rasis (ed. Diego Catalán y M. Soledad de Andrés), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 20-24.

Dalton, O. M.: *Sidonius Apolinaris. Letters* , Oxford, 1915.

De Cuenca y Prado, L. A.: Geoffrey de Monmouth. Historia de los reyes de Britania , Madrid, 2017.

Deng Zezong, *Li Jing, bingfa jiben zhuyi* , Beijing, 1990.

Descripción de España de Xerif Aledris, conocido por el Nubiense (trad. y notas J. A. Conde), Madrid, 1799 (2.ª ed. 1980).

Díaz, M.: Cronicón de Hidacio, Madrid, 1906.

Díaz Díaz, M. C.: San Isidoro de Sevilla, Etimologías , Madrid, 2000.

Díaz Rolando, E.: *Ana Comnena. La Alexiada* , Sevilla, 1986.

Dowsett, C. J. F.: The History of Caucasian Albanians by Movses Dasxuranci , London, 1961.

Du You: *Tong Dian* , Beijing, Zhonghua shuju, 1988.

El Código de Eurico , Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2014.

«El libro de las suficiencias sobre la historia de los califas, Abu Jafar» (trad. P. de Gayangos), en W. Segura Gónzalez, Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, 46-50.

Encinas Moral, A. L.: Néstor. Relato de los años *pasados* , Madrid, 2004.

Espejo Jáimez, G.: Estudio, traducción, anotaciones y comentarios de los panegíricos épicos, obra poética de Jorge de Pisidia (trabajo de Investigación de DEA), Universidad de Granada, 2006.

Evetts, B.: «Severus of Al'Ashmunein (Hermopolis). History of the Patriarchs of the Coptic church of Alexandria», *Patrologia Orientalis*, 1904, 1, pp. 105-211 y 383-518.

Fagnan, E.: Ibn-el-Athir. Annales du Maghreb et de l'Espagne, Argel, 1898.

Fagnan, E.: Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulé al-Bayano'l-Mogrib (2 vols.), Argel, 1901-1904.

Farai, E.: *Ermold Le Noir, Poeme sur* Louis Le Pieux, Paris, 1965.

«Fath al-Andalus» (trad. M. Penelas), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González, recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa, 2010, n.º 10, pp. 40-43.

Festugière, A. J.: Leontios de Neapolis, Vie de Syméon le Fou et Vie de Jean de Chypre, Paris, 1974.

Festugière, A. J.: «Évagre, Historie Ecclésiastique», *Byzantion*, 1975, 45, 2, pp. 187-488.

Fishbein, M.: *History of al-Tabarî*, vol. VIII, New York, 1997.

Flusin, B.: *Saint Anastase le Perse*, 2 vols., Paris, 1992.

Friedmann, Y.: *History of al-Tabarî*, vol. XII, New York, 1991.

García Yebra, V., Escolar Sobrino, H.: *Guerra de las Galias. Julio César* (3 vols.), Madrid, 1989.

Giles, J. A.: The Works of Gildas and Nennius (translation from the latin, and with the former translation carefully compared and corrected), London/Bonn, 1841.

Greatrex, G.: Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: Part II, AD 363-630: A narrative sourcebook, Florence, 2002, pp. 229-237.

Guillaume, A.: *The life of Muhammad, of Ishaqs*, Oxford, 2006.

Hamilton, F. J.: Zachariah of Mitylene, Syriac Chronicle, London, 1899.

Harto Trujillo, M. L.: *Amiano Marcelino, Historia*, Madrid, 2002.

Herrera Roldán, P.: Pablo Diácono. Historia de los lombardos, Cádiz, 2006.

Herrera Roldán, P.: Gregorio de Tours. Historias, Cáceres, 2013.

Histoire d'Héraclius par le évêque Sebeos, traduite de l›Armenien et annotee par Frédéric Macler , Paris, 1995.

Hoyland, R.: *Seeing Islam as others saw it* , New Jersey, 1997, pp. 92-102.

Hoyland, R. G.: «Tung Tien», en S*eeing Islam as others saw it* . New Jersey, 1997, pp. 244-249.

Ibáñez Lluch, S.: Saga de Ingvar el viajero y otras sagas legendarias , Madrid, 2011.

Ibn 'Abd al-Hakam, Futûh Ifriqiya wa-al-Andalus : Vidal Beltrán, E.: Ibn 'Abd al-Hakam. Futûh Ifrîqiya wa-Al-Andalus. Conquista de África del Norte y de España , Valencia, 1966.

Ibn 'Abd al-Hakam, Futûh Mir o Conquista de Egipto : Hillowala, Y.: The history of the conquest of the Egipt. Of Ibn 'Abd al-Hakam: Futûh Mir. An and analysis of this translation , University of Arizona, 1969.

Ibn Abd Rabbihi, El libro de las batallas de los árabes : Ramírez del Río, J.: El libro de las batallas de los árabes, Ibn Abd Rabbihi , Madrid, 2002.

«Ibn Abi Riqac» (trad. M. M. Anduña), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 17-20.

«Ibn al-Qutiyya» (trad. J. Rivera), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 24-27.

«Ibn al Kardabus» (trad. F. Maíllo), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 58-60.

«Ibn al-Sabbat» (trad. E. de Santiago), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , 2010, n.º 10, pp. 65-68.

«Ibn Qutaiba, Al-Imama wal-siyasa » (trad. J. Rivera), en Inicio de la invasión árabe de España. Fuentes documentales. Selección de los textos y notas por Wenceslao Segura González , recogido en Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa , n.º 10, pp. 14-16.

Ingram, J.: The Anna lof wales: Annales Cambriae, Texts and Translation , London, 1912.

Ingram, J.: *The anglo-Saxon Chronicle* , London, 1912.

Jarman, A. O. H.: Aneirin Y Gododdin: Britin's oldest heroic Poem (Welsh Classics) , Llandysul, Dyfet, 1988.

Jeffreys, E.: *The Chronicle of John Malalas* , Sidney, 1986.

Jeffreys, E.: *The age of dromon* , Boston, 2006.

Jenkins, R. J. H.: *De administrando Imperio, Constantine Porphyrogenitus* , Dumbarton Oaks Washington, 1967.

Jones, M.: *Al-Waqidi, Kitab al-maghazi* , Oxford, 1966.

Jordanes: *Origen y gestas de los godos* (ed. y trad. de J.M. Sánchez Martín), Madrid, 2001.

Kemble, J. M.: The Anglo-Saxon Poems of Beowulf, the Travellers Song and the Battle of Finnesburh , London, 1837.

Keynes, S., Lapidge, M.: Alfred the Great, Assers Life of King Alfred and other contemporary sources , London, 1980.

Koenigswarter, L. J.: Sources et monuments du droit français antérieurs au quinzième siècle, ou Bibliothèque de l'histoire du droit civil français , Paris, 1853.

Kramers, J. H., Wiet, G.: Ibn Hauqal, Configuration de la terre. (Kitab surat Al-Ard), (2 vols.), Paris, 1964.

Krusch, B.: *Monumenta germaniae histórica* , SRM 3 Berlin, 1896.

Krusch, B.: Vita Aniani Episcopi Aurelianensis. Passiones Vitaeque Sanctorum Aevi Merovingici. BD: 1, Hannover, 1896, cap. 7, pp. 103-117.

Krusch, B.: Vita Genovefae Virginis Parisiensis. Passiones Vitaeque Sanctorum Aevi Merovingici , BD 1, Hannover, 1896, pp. 205-240.

Krusch, B.: Vita Lupi episcopi Trecensis. Passiones Vitaeque Sanctorum Aevi Merovingici , BD 1, Hannover, 1896.

Krusch, B.: Constantio. Vita Germani Episcopi Autissiodorensis. Passiones Vitaeque Sanctorum Aevi merovingici , BD 5, Hannover, 1920.

Krusch, B.: Venanti Honori Clementiani Fortunati, opera Pedestria. Monumenta germaniae histórica, AA, new ed. Berlin, 1961.

Kurze, F.: *Regino de Prüm* . Chronicom. Monumenta Germania historica, Scriptores Rerum Germanicarum in usum Scholarum, Hannover, 1890.

Lagarrigue, G.: Salvian de Marseille. Œuvres, vol. I, Paris, 1971.

Larate Castro, L.: Beowulf y otros poemas antiguogermánicos , Barcelona, 1974.

Lauer, Ph.: *Nithard* . Histoire des Fils de Louis le Pieux, Paris, 1964.

Liber Iudiciorum. El Libro de los Juicios , Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2015.

Llandovery Rees, W. J.: *The* Liber landavensis or The book of Llandafp, Coedriglan, Glamorganshire, 1840.

López Kindler, A.: Sidonio Apolinar. Poemas, Madrid, 2005.

López Pereira, J. E. (ed. y trad.): *Crónica Mozárabe de 754* , Zaragoza, 1980.

Loth, J.: «La vie de Saint Teliau», en Annales de Bretagne, 1893, IX.

Mahdavi Damghani, M.: *Dinawari. Ajbarolatval* , Teheran, 1964.

Makk, F.: Traduction et commentaire de l'homélie écrite problement par Théodore le Syncelle sur le siége de Constantinople en 626 , Szeged, 1975.

Mango, C.: The Chronicle of Theofanes the Confessor , Oxford, 1997.

Mankali al-Adilla al Rasmiyya fi al›ta`âbî al-harbiyya y Al-ahkâm al mulukiyya wa›l dawâbit al-nâmûsiyya (trad. al francés de A. Shboul) en E. Jeffreys, The age of dromon , Boston, 2006, pp. 645-666.

Maurice's Strategikon (trad. de G. T. Dennis), Philadelphia, 1984.

Meinard, B.: *Les prairies d'or* (5 vols.), Paris, 1962.

Menéndez Argüín, A. R.: «Traducción y comentario del anónimo De Rebus Bellicis», *Aquila legionis: Cuadernos de estudio sobre el Ejército romano* , 2009, n.º 12, pp. 101-124.

Migne, J. P.: «Exemplar Divina Jussionis», *Patrología Latina* , 1862, vol. XCVI, col. 427.

Migne, J. P.: «Tyranii Rufini Aquileiensis Presbyteri. Opera Omnia», en *Patrologia Latina* , 1878, vol. XXI, Paris.

Minard, P.: Gregorius Magnus. Registre des lettres , Paris, 1991.

Mohl, J.: Ferdawsi, Le Livre des Rois par Abou›lkasim Firdousi , vols. V-VII, Paris, 1878.

Mommsen, Th.: Monumenta Germania Historica. Cassiodori Senatoris Variae, 12, 7, CLXXI, Berlin, 1894.

Mommsen, Th. (ed.): «Chronica Gallica», en *Monumenta Germaniae historica* , AA IX, München, 1982 (reimpr.).

Moralejo Álvarez, J. L.: Historia eclesiástica del pueblo de los anglos. Beda el Venerable , Madrid, 2013.

Morony, M. G.: *History of al-Tabari* , vol. XVIII, New York, 1987.

Morris, J.: The ruin of britain and other documents , Chichester, 2002.

Motos Guirao, E.: *Patriarca Nicéforo. Historia Breve* (ed., trad. y estudio), Granada (en prensa).

Müllerr, C.: *Fragmenta Historicorum Graecorum. Joannes Antiochenus* , IV, 612-621 y V, 27-28, Paris, 1868 y 1870 (reimpr.: Paris, 1938).

Neira Faleiro, C.: La Notitia dignitatum. Nueva edición crítica y comentario histórico , Madrid, CSIC, 2006 [tesis].

Osenbrüggen, E.: *Cuerpo del derecho civil romano* , Barcelona, 1898.

Ramírez Tirado, A.: *Juanide, Panegírico de Justino II* , Madrid, 1997.

Palmer, A.: «A record of the Arab conquest of Syria, AD 637», en A. Palmer, S. Brock, R. Hoyland, *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles* , Liverpool, 1993, pp. 1-4.

Palmer, A.: «Extract from a chronicle composed about AD 640», en A. Palmer, S. Brock, R. Hoyland, *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles* , Liverpool, 1993, pp. 5-35.

Palmer, A.: «Extract from the chronicle of 1234», en A. Palmer, S. Brock, R. Hoyland, *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles* , Liverpool, 1993, pp. 111-221.

Paniagua Aguilar, D. (ed.): Flavio Vegecio Renato. Compendio de técnica militar , Madrid, 2006.

Payne Smith, R.: John of Ephesus, The third part of the Ecclesiastical History of John of Ephesus , Oxford, 1860.

Pertz, G. H. M. G. H.: *Chronicon Moissiacense. Scriptores* , I, Paris, 1826.

Pirone, B.: Gli Annali, Eutichio patriarca di Alessandria , El Cairo, 1987.

Procopio, Historia secreta , Madrid, Gredos, 2000 [introd., trad. y notas de J. Signes Codoñer].

Procopio, Historia de las guerras. Libros I-II. Guerra persa , Madrid, Gredos, 2000 [prol. y trad. de F. A. García Romero].

Procopio, Historia de las guerras. Libros III-IV. Guerra vándala , Madrid, Gredos, 2000 [trad. de J. A. Flores Rubio].

Procopio, Historia de las guerras. Libros V-VI. Guerra gótica , Madrid, Gredos, 2006 [trad. de J. A. Flores Rubio].

Procopio, Historia de las guerras. Libros VII-VIII. Guerra gótica , Madrid, Gredos, 2007 [introd., trad. y notas de F. A. García Romero].

Próspero Turonense, *Epitoma Chronic* on: Mommsen, Th. (ed.) En: Chronica Minora Saec. IV, V, VI, VII vol. 1, Prosperi Tironis: Epitoma chronicon. ed. primum a. CCCCXXXIII (433), continuata ad a. CCCCLV (455), Berlín 1892, repr. Berlín 1961, pp. 341-501

Robinson, Ch. F.: «The conquest of Khuzistan: a historiographical reassessment», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* , 2004, 67, pp. 14-39.

Robinson, G. W.: The Life of St. Severinus by Eugippius, Cambridge, 1914.

Robles Gómez, J. M.: Flavio Vegecio Renato. Medicina veterinaria , Madrid, 2014.

Rodríguez Alonso, C. (trad., ed. crítica y estudio): Las historias de los godos, vándalos y suevos de España de Isidoro de Sevilla , León, 1975.

Rousseau, A.: «Voyage du Scheikh et-Tidjani dans la Régence de Tunis, pendant les années 706, 707 et 708 de l'Hégire», *Journal Asiatique* , 4 série 20 août-septembre 1852, pp. 57-208 y 5 série février-mars 1853, pp. 79-81, 101-168 y 354-425.

San Jerónimo: Obras completas de San Jerónimo. Epistolario I , vol. X, Madrid: BAC, 2013.

Sánchez Salor, E.: *Orosio, Historias* , Madrid, 1982.

Sarestán i Eranshar, disponible en <http://www.humanities.uci.edu/sasanika/Library.html >

Scher, A.: «Historie Nestorienne, (Chronique de Seert) seconde partie», *Patrologia Orientalis* , 1971, t. VIII, fasc. 2. I, Turnhout.

Sima Guang: *Zizhi tongjian* , Beijing, 1956.

Simón Palmer, J.: «El prado espiritual, Juan Mosco», en J. Mosco, L. de Neápolis, *Historias bizantinas de locura y santidad* , Madrid, 1999, pp. 43-232.

Skene, W. F.: *The Four Ancient Books of Wales* , Edinburgh, 1868.

«Socratis Scholastici, Hermiae Sozomeni Historia ecclesiastica», en J. P. Migne, *Patrología Graeca* , 1864, vol. 67.

St. Patrick, *Confessio Liber II, Epistola ad milites Corotici* , en Manuscripts Royal Irish Academy, 2011.

Strategikon, Mauricio, emperador de Oriente (trad., introd. y notas de E. Magaña Orúe, E. J. Rodríguez González y J. I. De la Torre Rodríguez), Madrid, Ministerio de Defensa, Clásicos, 2014.

Torrey, C. C.: Ibn ʻAbd al Hakam, Abû´l Qâsim Abd al-Rahmân b. `Abd Allâh. Futûh Mir , New Haven, 1921.

Trabulse, E.: Ibn Jaldun. Introducción a la historia universal , México, 1997.

Unvala, J. M.: The Pahlavi Text King qusrav and his Boy , Paris, 1921.

VV. AA.: Acta sanctorum quotquot toto orbe coluntur. *Vel à catholicis Scriptoribus celebrantur* , Brussels, 1643/1940, vol. IV, 1894.

Vasiliev, A., 1971: «Kitab Al-Unvan. Historie Universelle écrite par Agapius de Menbidj, Seconde partie», *Patrologia Orientalis, Turnhout* , t. VIII, fasc. 3.

Velasco, T.: *Historia del Ejército español* , Madrid, 1981, t. I, apéndice VI, pp. 413-433.

Villegas Marín, R.: Pseudo-Próspero de Aquitania: De la Providencia de Dios , Barcelona, 2011.

Wallace-Hadrill, J. M.: The fourth book of the Chronicle of Fredegar , London, 1960.

Whitby, M.: The History of Theophylact Simocatta , Oxford, 1986.

Whitby, M.: *Chronicon Paschale, 284-628 AD* , Liverpool, 1989.

Whitelock, D.: English Historical documents c. 500-1042, n.º 32, London, 1955, pp. 364-372.

Woods, D.: «The 60 martyrs of Gaza and the martyrdom of bishop Sophronius of Jerusalem», *ARAM Periodical* , 2003, 15, pp. 129-150.

Yahya BlankinshIp, K.: *History of al-Tabarî* , X, New York, 1993.

Yahya Blankinship, K.: *History of al-Tabari* , vol. XI, New York, 1993.

Zanella, A.: Storia dei longobardi, Paolo Diácono , Milano, 2000.

Zósimo, *Nueva historia* , Madrid, 1992 [ed. de J. M. Candau Morón].

Zuckerman, C.: «The Reign of Constantine V in the Miracles of St. Theodore the Recruit», *Revue des Études Byzantines* , 1988, 46, pp. 201-210.

FUENTES SECUNDARIAS

Aguado Blázquez, F. A., 2005: *El África bizantina: reconquista y ocaso* , disponible en [http://www.imperiobizantino.com] [última consulta: 09-11-2009].

Aguado Blázquez, F. A.: «La guarnición y el funcionamiento táctico de la Muralla Teodosiana de Constantinopla», Granada (en prensa).

Aguado Blázquez, F. A.: «Las murallas de Constantinopla. Itinerario histórico y topográfico», Granada (en prensa).

Akram, A. I., 1969: *Sword of Allah* , Lahore.

Alcock, L., 1971: Arthurs Britain. History and Archaeology AD 367-634 , Harmondsworth.

Armit, I., 1997: *Celtic Scotland* , London.

Athämina, K., 1998: «Non Arab regiments and private Militias During the Umaiyad period», *Arabica* , 40, pp. 347-375.

AUSTIN , N., RANKOV , B., 1995: Exploratio: military and political intelligence in the roman world from the second punic war to the battle of Adrianople , London.

Bachrach, B. S., 1967: «The Alans in Gaul. 476-489», *Traditio* , XXIII.

Bachrach, B. S., 1969: «The Origin of Armorican Chivalry», *Technology and Culture* , X, pp. 166-171.

Bachrach, B. S., 1971: «The feigned retreat at Hastings», *Mediaevalia Studies* , 33, pp. 344-348.

Bachrach, B. S., 1972: Merovingian Military Organization, 481-751 , Minneapolis.

Bachrach, B. S., 1973: *A History of the alans in the west* , Minneapolis.

Bachrach, B. S., 1974: «Wasthe Marchfield Par of the frankish constitution?», *Medieval Studies* , 36, pp. 78-85.

Bachrach, B. S., 1993: «The question of King Arthur existence and of Romano-British naval operations», en B. S. Bachrach, *Medieval Armies and politics in the Early Medieval West* , Aldersot, cap. II.

Bachrach, B. S., 1993: «Gildas, Vortigern and Constituniality in sub-roman Britain», en B. S. Bachrach, *Medieval Armies and politics in the Early Medieval West* , Aldersot, cap. I.

Bachrach, B. S., 1997: «The imperial Roots of Merovingian military organization», en A. N. Jorgensen, B. L., Clausen (eds.), *Military Aspects of Scandinavian Society in a European Perspective, AD 1-1300* , Copenhague, pp. 25-31.

Bachrach, B. S., 1997: «Quelques observations sur la composition et les caractéristiques des armées de Clovis», en M. Rouche (ed.), *Clovis, histoire et mémoire* (2 vols.), Paris, vol. 1, pp. 689-703.

Bachrach, B. S., 2008: «Merovingian mercenaries and paid soldiers in imperial perspective», en J. France, *Mercenaries and Paidmen: The mercenary Identity in the Middle ages* , Amsterdam, pp. 167-192.

Bachrach, B. S., 2012: «Vouillé and the decisive battle phenomenon in late antique Gaul», en R. W. Mathisen, D. Shanzer, *The Battle of Vouille, 507 CE. Where France Began* , Boston/Berlin, PP. 11-43.

Barker, P. A., 1974: «Three plumbatae from Wroexeter, Shropshire», *Antiquaries Journal* , 54, pp. 275-277.

Baynes, N. H., 1904: «The first Campaign of Heraclius against Persia», *The English Historical Review* , 19 (oct.), pp. 694-702.

Baynes, N. H., 1981: *El Imperio bizantino* , México.

Bernabé Salgueiro, A., 1988: «La batalla de Guadalete. Aproximación a su realidad histórica y arqueológica», Actas del I Congreso Internacional del Estrecho de Gibraltar, Universidad Nacional de Educación a Distancia, t. II, pp. 73-99.

Berresford Ellys, P. 1999: Celt and saxon. The Struggle for Britain. AD 410-931 , London.

Bishop, M. C., Coulston, J. C. N., 2016: Equipamiento militar romano. De las guerras púnicas a la caída de Roma , Madrid.

Bivar, A. D. H., 1965: «The Stirrup and its origins», *Oriental Art* , 1, pp. 61-65.

Bloch, M., 2017: *Los reyes taumaturgos* , Mexico.

Bronisch, A. P., 2006: «El concepto de España en la historiografía visigoda y asturiana», *Revista de historia*, vol. 19, pp. 9-42.

Brown, P., 1997: El primer milenio de la cristiandad occidental, Barcelona.

Brunt, P., 1975: «Did Imperial Rome Disarm Her Subjects?», *Phoenix*, 29, pp. 260-270.

Brzezinski, R., Mielczarek, M., 2002: *The Sarmatians 600 BC-AD 450*, Oxford.

Burgarski, I., 2005: «A contribution to the study of lamellar armours», *Starinar*, 55, pp. 161-179.

Bury, J. B. A, 1889: History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene, Cambridge, vol. I.

Cameron, A., 1998: El Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía (395-600), Barcelona.

Cañas Navarro, P., 2000: «Aspectos jurídico-censales en el ejército romano», *Revista de Historia Militar, 90*, disponible en <http://www.ejercito.mde.es/ihycm/revista/90/index.html < [última consulta 07-07-2018].

Carrié, J. M., 1995: «L'État à la recherche de nouveaux modes de financement des armées (Rome et Byzance, IVè-VIIIè siècles)», en A. Cameron, *The byzantine and early Islamic Near East*, vol. III: States, Resourses and Armies, New Jersey, pp. 27-59.

Christensen, A., 1944: *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague.

Christides, V., 2000: Byzantine Libya and the March of the Arabs towards the West of North Africa, Oxford.

Collins, R., 1991: *La conquista árabe 710-797*, Barcelona.

Collins, R., 2000: La Europa de la Alta Edad Media: 300-1000, Madrid.

Collins, R., 2016: «Fortalezas y asentamientos fortificados en Britania», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, n.º 36, pp. 30-37.

Connolly, P., 2016: *La guerra en Grecia y Roma*, Madrid.

Crone, P., 1987: Meccan Trade and the Rise of Islam , Princeton.

Czytelnia Czasopism, P. 2014: «Huns, Germans, Byzantines? The origins of the narrow bladed long Seaxes», *Acta Archaeologica Carpathia* , 49, pp. 131-164.

Dando-Collins, S. 2012: Legiones de Roma. La historia definitiva de todas las legiones imperiales romanas , Madrid.

Daems, A., Touraj, D., 1999: «The coinage of queen Boran and its significance for late Sasanian imperial ideology», *Bulletin of the Asia Institute* , 13, pp. 77-82.

Davies, N., 2013: «Alt Clu. El reino de la roca, s. V-XII», en N. Davies, *Reinos desaparecidos. La historia olvidada de Europa* , Barcelona, pp. 49-108.

Delestre, X. Kazanski, M., Périn, P. 2006: De L›âge du Ferau haut Moyen Âge. Archéologie funéraire, princes et élites guerrières , Saint-Germain-en-Laye.

Deviosse, J., 1978: *Charles Martel* , Paris.

Dominique, J., 1996: Clovis, ou, le Bapteme de l›ère: France, qu›as-tu fait de ta laïcité , Paris.

Donner, F. M., 1981: *The Early islamic conqestpp* , Princeton.

Drinkwater J. F., 1996: «The Bacaudae of fifth-century Gaul», en J. Drinkwater, H. Elton, *Fifth Century Gaul: A Gaul of Identity?* , Cambridge, pp. 208-217.

Dubois, M. S., 2015: Auxillae, Cohortes Peditatae et Equitata , Raleigh.

Dunlop, D. M. A, 1964: «New Source of information on the Battle of Talas or Atlakh», *Ural-Altaische Jahrbücher* , 36, pp. 326-330.

Du Quesnay Adams, J., 1993: «Sidonius and Riothamus: A Glimpse of the Historical Arthur?», en J. P. Carley, F. Riddy (eds.), *Arthurian Literature XII* , Cambridge, Brewer, pp. 157-164.

Eaton, M. J., 2014: An Archaeological History of Britain: Continuity and Change from Prehistory to the present , Barnsley.

Elton, H., 1996: «Defence in fifth century Gaul», en J. Drinkwater, H. Elton, *Fifth Century Gaul: A Gaul of Identity?* , Cambridge, pp. 165-176.

ELTON, H., 1996: Warfare in Roman Europe, AD 350-425 , Oxford.

Evans St. S., 1997: The Lords of Battle: Image and Reality of the Comitatus in Dark Age Britain , Woodbridge.

Farrokh, K., 2005: Sassanian Elite Cavalry AD 224-642 , New York.

Farrokh, K., 2009: Shadows in the desert. Ancient Persia at war , New York.

Ferrill, A., 1989: La caída del Imperio romano. La explicación militar , Madrid.

Fletcher, R., 1989: Who's Who in Roman Britain and Anglo-Saxon England , London.

Fleuriot, L., 1980: Les origines de la Bretagne: l'émigration , Paris.

Florin, C., 2001: The Making of the Slavs. History and Archaeology of the Lower Danube Region, c. 500-700 , Cambridge.

Fouracre, P. (ed.), 2005: *The New Cambridge Medieval History* , Cambridge.

Foss, C., 1975: «The Persians in Asia Minor and the End of Antiquity», *The English Historical Review* , 90, pp. 721-741.

Frank, R. I., 1969: Scholae palatinae. The palace guards of the later Roman Empire , Rome.

Fuentes Hinojo, P., 1995: La península ibérica y el Mediterráneo en el tránsito del mundo antiguo al medieval (siglos V-VII) , Madrid.

Fuller, J. F. C., 2005: Batallas decisivas (vol. I), Barcelona.

Gallegos Vázquez, F., 2011: «El ejército visigodo: el primer ejército español», en L. Martínez Peñas, M. Fernández Rodríguez (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y religión en la historia de España* , Madrid, pp. 15-56.

Gárate Córdoba. J. M., 1981: *Historia del Ejército Español,* t. I: Los orígenes, Madrid.

García Amorós, M y Soto Chica, J.: «Los Illyriciani y los Sesenta Mártires de Gaza. Nuevos testimonios sobre la restauración Bizantina del Limes Oriental y su caída ante los árabes», ponencia en XVII Jornadas de Bizantinística, Universidad de Málaga, octubre de 2016.

García Moreno, L. A., 1974: Estudio sobre organización administrativa del reino visigodo de Toledo , A. H. D. E., pp. 65-155.

García Moreno, L. A., 2005: «La idea de España en la época goda», en Fundación Sánchez Albornoz (ed.), *Fundamentos medievales de los particularismos hispánicos* , IX Congreso de Estudios Medievales, León, 2003, pp. 41-60.

García Moreno, A. L., 2010: «Hispania visigoda (siglos V a VII)», en H. O'Donnell y Duque de Estrada, E. García Hernán, J. M. Blanco Núñez (coords.), *Historia militar de España* , t. II: M. A. Ladero Quesada (dir.), Edad Media, Madrid, ,pp. 41-78.

García Moreno, L. A., 2013: *España 702-719. La conquista islámica* , Sevilla.

Gerrard, J., 2013: *The ruin of Roman Britain* , Cambridge.

Gerrard, J., 2016: «Los últimos romanos de Britania», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 36, pp. 6-12.

Gibb, H. A. R., 1923: the Arab Conquests in Central Asia , London.

Gibbon, E., 1984: Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano , Madrid, vol. IV.

Giraud, R., 1960: *L›Empire des Turcs celestes* , Paris.

Glad, D., 2010: «The empire's influence on barbarian elites from the Pontus to the Rhine (5th–7th centuries): A case study of lamellar weapons and segmental helmets», en V. Ivanisevic, M. Kazanski (eds.), *The Pontic-Danubian realm in the period of the great migration* , Paris, pp. 349-362.

Graff, D. A., 2003: Medieval Chinese warfare 300-900 , London.

Goldwolsey, A., 2005: *El ejército romano* , Barcelona.

Goldwolsey, A., 2009: La caída del imperio romano: el ocaso de Occidente , Madrid.

Goldsworthy, A., 2006: Grandes generales del ejército romano , Barcelona.

Grayson, Ch. M.D. «Composite bows», en J. Hamm (ed.), *The traditional bowyer's bible* , vol. II, pp. 113-154.

Grignaschi, M., 1971: «La riforma tributaria di Hosro I e il feudalesimo sassanide», en *Persia nel Medioevo* , Rome, pp. 87-131.

Grousset, R., 1991: *El imperio de las estepas* , Madrid.

Inostrantsev, C. A., 1926: «Sasanian Military Theory», *Journal of the Cama Oriental Institute* , 7, pp. 7-53.

Isaac, B., 1995: «The Army in the Late Roman East: The Persian Wars and the Defence of the Byzantine Provinces», en A. Cameron, *The byzantine and early Islamic near east* , vol. III: States, Resources and Armies, New Jersey, pp. 125-155.

Haldon, J., 1970: «Solenarion-The Byzantine Crossbow», *Historical Journal of University of Birmingham,* 12, pp. 155-157.

Haldon, J., 1979: Recruitment and Conscription in the Byzantine Army c. 550-950. A Study on the Origins of the Stratiotika Ktemata , Wien.

Haldon, J., 1984: Byzantine Praetorians. An administrative, institutional and social survey of the Opsikion and Tagmata, c. 580-900 , Bon.

Haldon, J., 1995: «Seventh-Century Continuities: the Ajnäd and "Thematic Myth"», en A. Cameron, *The byzantine and early Islamic near east* , vol. III: States, Resources and Armies, New Jersey, 379-423.

Haldon, J., 1997: Byzantium in the Seventh Century , Cambridge.

Haldon, J., 1999: Warfare, State and Society in the Byzantine World, 565-1204 , London.

Haldon, J., 2001: Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era , Gloucestershire.

Haldon, J., 2006: «Greek Fire revisited: recent and current research», en E. M. Jeffreys (ed.), *Byzantine Style, Religion and Civilization: In Honour of Sir Steven Runciman* , Cambridge, 290-325.

Halsall, G., 2003: Warfare and Society in the barbarian West, 450-900 , New York.

Halsall, G., 2013: World of Arthur. Facts and fictions of the Dark Ages , Oxford.

Halsall, G., 2016: «Guerra y política en la Britania de los siglos V y VI: una reflexión», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 36, pp. 22-27.

Hambly, G., 1985: *Asia Central* , Madrid.

Hasson, I., 1991: «Les *mawâli* dans L'armée Musulman sous les premiers Umaiyades'», *JsaI* , 14, pp. 176-213.

Heather, P., 2006: *La caída del Imperio romano* , Barcelona.

Heather, P., 2010: Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa , Barcelona.

Hicks, J., 1996: *Orígenes del Hombre* , vol. 70, *El resurgimiento de Irán* , II, Barcelona.

Hollister, W., 1962: Institutions on the eve of the Norman conquest , Oxford.

Holmes, R., Marix, M., 2007: Campos de batalla. Los conflictos más decisivos de la historia , Barcelona.

Howard, P., 1994: Attila, King of the huns. Man and mith , London.

Howard-Johnston, J., 2003: «The Two Great Powers in Late Antiquity: a Comparison», en A. Cameron, *The byzantine and early Islamic Near East* , vol. III: States, Resources and Armies. New Jersey, pp. 157-226.

Howard-johnstown, J., 1999: «Heraclius Persian Campaigns and the Revival of the East Roman Empire, 622-630», *War in History* , 6, pp. 1-44.

Hübener, W., 1980: «Eine Studie zu den beilwaffen der merowingerzeit», *Zeitschrift für Archäologie des mittelalters* , vol. 8, pp. 65-127.

Hughes, K., 1973: «The welsh latin chronicles: Annales Cambriae and related texts British Academy», *Proceedings of the British Academy* , 59, pp. 233-258.

Hughes, I., 2012: *Aetius: Attilas Nemesis* , Barnslei South Yorkshire.

Childéric, James, E., 1988: «Syagrius et la disparition du Royaume de Soissons», *Revue archéologique de Picardie* , 3-4, pp. 9-12.

Jeffreys, E., 2006: *The age of dromon* , Boston.

Jiménez Garnica, A. M., 2010: Nuevas gentes, nuevo imperio: los godos y Occidente en el siglo V , Madrid.

Jones, H. M., 1964: *The Later Roman Empire 284-602* , 2 vols., Oxford.

Junkelmann, M., 1992: *Die Reiter Roms. 3* , Mainz.

Kaegi, W. E., 1995: Byzantium and the early Islamic conquests , Cambridge.

Kaegi, W. E., 2003: *Heraclius Emperor of Byzantium* , Cambridge.

Karasulas, A., 2003: Mounted Archers of the Steppe. 600 BC-AD 1300 , Oxford.

Kazanski, M., 2008: «L'armée et l'armement en Gaule au temps Barbares», en V. Bierbrauer, E. Sánchez Medina (coord.), M. Contreras Martínez (coord.), *El tiempo de los bárbaros. Pervivencia y transformación en Galia e Hispania (ss. V-VI d. C.)* , Alcalá de Henares, pp. 410-416.

Kazanski, M., 2013: «Barbarian military equipment and its evolution in the late roman and great migration periods (3rd-5th C. A. D.)», en A. Sarantis, N. Christie, *Ware and warfare in Late Antiquity* , pp. 493-522.

Kennedy, H., 2001: *The armies of the Caliphs* , London.

Kennedy, H., 2007: *Las grandes conquistas árabes* , Barcelona.

Kulikowski, M., 2000: «The Notitia Dignitatum as a Historical Source», *Historia* , 49, pp. 358-377.

Kulikowski, M., 2000: «Barbarians in Gaul, usurpers in Britain», *Britannia* , 31, pp. 325-345.

Kurth's, G., 1901: *Clovis* , 2 vols., Paris.

Landau-Tasseron, E., 1995: « Features of the Pre-Conquest Muslim Army in the Time of Muhammad», en A. Cameron (ed.), *The byzantine and early Islamic Near East* , vol. III: States, Resources and Armies, New Jersey, pp. 299-336.

Lefort, N., 2002: «The Rural Economy, Seventh-Twelfth Centuries», en A. E. Laiou, *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century* , Washington, 231-310.

Liebeschuetz, Fr., 1986: The defence of the Roman and Byzantine East , Oxford.

López Quiroga, J., Catalán Ramos, R., 2008: «El registro arqueológico del "equipamiento militar" en Hispania durante la Antigüedad Tardía», en V. Bierbrauer, E. Sánchez Medina (coord.), M. Contreras Martínez (coord.), *El tiempo de los bárbaros. Pervivencia y transformación en Galia e Hispania (ss. V-VI d. C.)* , Madrid, pp. 418-431.

Lot, F., 1945: Les invasions germaniques , Paris.

Luttwak, E., 1976: The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century A. D. to the Third , New York.

McCormick, M., 1989: «Clovis at Tours, Byzantine Public Ritual and the Origins of Medieval Ruler Symbolism», en E. K. Chrysos, A. Schwarcz (eds.), *Das Reich und die Barbaren* , Wien, pp. 155-180.

MacDowall, S., 2010: «La batalla de los Campos Cataláunicos», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 1, pp. 44-50.

MacGeorge, P., 2002: *Late roman Warlords* , Oxford.

Macmullen, R., 1963: *Soldiers and Civilians in the Later Roman Empire* , Cambridge, Massachusetts.

Maenchen-Helfen, O., 1973: *On the World of the huns* , Los Angeles.

Maldonado Villena, F., Soto Chica, J., 2015: *La didascalia de Jacob* , Granada.

Mathisen, R. W., 2012: «The First Franco-Visigothic war and the prelude to the battle of Vouillé», en R. W. Mathisen, D. Shanzer, *The Battle of Vouille,507CE. Where France Began* , Boston/Berlin, pp. 3-11.

Mathisen, R. W., 2012: «Clovis, Anastasius, and Political Status in 508 C.E.: The Frankish aftermath of the Battle of Vouillé», en R. W. Mathisen, D. Shanzer, *The Battle of Vouille, 507 CE. Where France Began* , Boston/Berlin, pp. 79-110.

Mathisen, R. W., 2012: «Vouillé, voulon, and the location of Campus bogladensis», en R. W. Mathisen, D. Shanzer, *The Battle of Vouille, 507 CE. Where France Began* , Boston/Berlin, pp. 43-62.

Minorsky, V., 1932: «La domination des Dailamites», Publications de la Société des Études iraniennes et le l'Art persan , 3, Paris.

Modéran, Y., 2003: Les maures et L'Afrique romaine (IV-VII siècles), Rome.

Mondolfo, R., 1989: Heráclito. Textos y problemas de su interpretación , México.

Morris, J., 1973: The Age of Arthur: A history of the British isles from 350 to 650 , London.

Motos Guirao, E., 2015: «Crisis institucional y política de destierros. El año 641 en Bizancio», en M. Vallejo Girvés, J. A. Bueno Delgado, C. Sánchez-Moreno Ellart (eds.), *Movilidad forzada entre la antigüedad clásica y tardía* , Alcalá de Henares, pp. 197-230.

Muñoz Bolaños, R., 2003: El ejército visigodo. Desde sus orígenes a la batalla de Guadalete , Madrid.

Musset, L., 1982: Las invasiones. Las oleadas germánicas , Barcelona.

Nicolle, D., 1995: *Yarmuk 636 a. D* ., Madrid.

Nicolle, D., 2005: Romano-Byzantine Armies 4th-9th Centuries , New York.

Nicolle, D., 2011: *Debacle musulmana en Poitiers* , Barcelona.

Norwich, J. J., 1990: *Byzantium: The Early Centuries* , Harmondsworth.

O'Donnell, J. J., 2010: *La ruina del Imperio romano* , Barcelona.

Oikonomidès, N., 1975: «A chronological note on the First Persian Campaign of Heraclius (622)», *Byzantine and Modern Greek Studies* , I, pp. 1-9.

Oikonomidès, N., 2002: «The Role of the Byzantine State in the Economy», en A. E. Laiou, *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century* , Washington, disponible en <www.doaks.org/etexts.html >

O'Flynn, J. M., 1983: Generalissimos of The Western Roman Empire , Alberta.

Orlandis. J., 1976: «Los romanos en el ejército visigodo. En: *Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel* , Tomo I. Silos., pp. 123-129

Pascual Barea, J., 2018: «Ubicación en el valle de Ojén (Cádiz) del Fundus Ursianus donde fueron ejecutados los mártires Servando y Germán», *Habis* , 49, Sevilla, pp. 233-249.

Payne, R., 1977: *La espada del islam* , Barcelona.

Pelegero, B., 2016: «Atila contra Roma. La batalla de los campos Cataláunicos», *Historia National Geographic* , n.º 150.

Pérez Sánchez, D., 1984-1985: «El ejército y el pueblo visigodo desde su instalación en el Imperio hasta el Reino visigodo de Tolosa», *Studia Histórica Antigua* , n.º 2-3, pp. 249-269.

Pérez Sánchez, D., 1989: *El Ejército en la sociedad visigoda* , Salamanca.

Perin, P., Feffer, L. Ch., 1997: *Les francs* , Paris.

Petersen, C., 1992: «The Strategikon. A Forgotten Military Classic», *Military Review* , August, pp. 70-79.

Pinar Gil, J., 2006: «Sepulturas con depósito de armamento en el paisaje hispánico y sudgálico (*ca* . 450-520 AD). Una primera reflexión de conjunto», *Bulletin. Association pour l'Antiquite tardive* , 15, pp. 89-99.

Pío Álvarez, J. C., 1996: La saga del rey Arturo. Mito y realidad del ciclo artúrico y el Grial , Madrid.

Pollington, S., 2016: «Enaltecidos por sus armas», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 36, pp. 40-45.

Pourshariati, P., 2011: Decline and Fall of the Sasanian Empire. The sasanian-parthian confederacy and the arab conquest of Iran , London.

Quesada Sanz, F., 2008: Armas de Grecia y Roma. Forjaron la historia de la Antigüedad clásica , Madrid.

Ravegnani, G., 2007: Soldados de Bizancio en tiempos de Justiniano , Madrid.

Reisinger, M. R., 2010: «New evidence about composite bows and their arrows in Inner Asia», *The silk road* , 8, pp. 42-62.

Reynolds, J., 2012: *Defending Rome: The Masters of the soldiers* , Bloomington, Indiana.

Rodríguez González, J., 2003: *Historia de las legiones romanas* (2 vols.), Madrid.

Rodríguez González, J., 2005: Diccionario de batallas de la historia de Roma.753 a. C.-476 d. C.) , Madrid.

Rouche, M., Dumézil, B. (éds.), 2008: Le bréviaire D'Alaric aux origines du Codex civil , Paris.

Rowland, J., 1995: «Warfare and horses in the Gododdin and the problema of Catraet», *Cambrian Medieval Celtic Studies* , 30, pp. 13-40.

Rubin, Z., 1995: «The Reforms of Khusro Anushirwan», en A. Cameron, *The byzantine and early Islamic Near East* , vol. III: States, Resources and Armies, New Jersey, pp. 227-297.

Ruggini, L. Cr., 1997: «Les généraux franc aux IVe-Ve siècles et leurs groupes aristocratiques», en M. Rouche (éd.), *Clovis, histoire et mémoire* (2 vols.), Paris, vol. 1, pp. 673-688.

Sánchez Albornoz, C., 1944: Otra vez Guadalete y Covadonga», *Cuadernos de Historia de España* , 2, pp. 11-114.

Sánchez León, J. C., 1996: Los bagaudas: rebeldes, demonios, mártires. Revueltas campesinas en Galia e Hispania durante el bajo Imperio , Jaén.

Sánchez Medina, E., 2018: «Que los hombres huyan si quieren, nosotras… Santa Genoveva y la defensa del París Tardoantiguo», en ponencia ofrecida en el V Congreso de ASEHISMI, Centre de cultura contemporánea, Barcelona, 19-22 de junio.

Sánchez Medina, E., 2019: «Genoveva of Paris: From defender of Paris to humble shepherdess», conferencia ofrecida en el Congreso Iconotropía, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 5 de abril.

Sánchez Medina, E., 2019: «Ese profeta debe ser muerto. Adivinación y violencia en la Vita Sanctae Genovevae», en S. Montero, S. Perea, *Adivinación y violencia en el mundo romano* , Salamanca, cap. 13 (en prensa).

Sancho Gómez, M. P., 2017: «Obsessio Montis Badonici. Britania ante las invasiones bárbaras: ¿Pervivencia o abandono de los modelos del ejército romano tardío?», *Revista Universitaria de Historia Militar* , vol. 6, n.º 12, pp. 128-148.

Sancho Gómez, M. P., 2019: «Riotamo y el emperador Procopio Antemio: relaciones de Britania con roma al final del Imperio de Occidente», *Antigüedad y cristianismo* , 34, pp. 229-254.

Santos Yanguas, N., 1990-1991: «Amiano Marcelino y las Islas británicas», *Memorias de historia antigua* , 11-12, pp. 317-336.

Sanz Huesma, F. J., 2008: «Merobaudes en Hispania (443 d. C.)», *Habis* , n.º 39, pp. 363-368.

Shahbazi, Sh., 1986: «Army, Pre-Islamic Iran», *Encyclopedia Iranica* , vol. II, pp. 489-499.

Shanzer, D. R., 1998: «Dating the Baptism of Clovis: The Bishop of Vienne vs. the Bishop of Tours», en *Early Medieval Europe* , 7.1, pp. 29-57.

Sherlock, D., 1978: «A Roman Marsbarb from Burgh Castle», *Suffolk Institute of Archaeology* , 34, 2, pp. 141-143.

Sinor, D., 2008: «The hun period», en D. Sinor, E. H. Kaplan, The *Cambridge history of early Inner Asia* , Cambridge, pp. 177-205 (edición en línea).

Sinor, D., 2008: «Early and medieval Tibet», en D. Sinor, E. H. Kaplan, *The Cambridge history of early Inner Asia* , Cambridge, pp. 371-399 (edición en línea).

Sire. P., 2014: King Arthur's European Realm: New Evidence from Monmouth's Primary Sources , London.

Creasy, sir E. S., 1851: The Fifteen Decisive battles of the world: From Marathon to Waterloo , London.

Syvänne, I. I., 2010: «El sistema militar godo», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 1, pp. 28-35.

Snyder, C. A., 1998: An Age of Tyrants. Britain and the Britons AD 400-600 , Pensilvania.

Soto Chica, J. 2005: «La política heroica de Heraclio. Un puente entre el héroe grecorromano y el caballero cristiano», en J. Alonso, O. Omatos, *Cultura neogriega. Tradición y modernidad* , Vitoria, pp. 671-684.

Soto Chica, J., 2006: «Constantinopla, ciudad sitiada a. D. 626», en E. Motos Guirao, M. Morfakidis (eds.), *Constantinopla. 550 años desde su caída* , vol. I, Granada, pp. 110-133.

Soto Chica, J., 2008: «Una esposa para el Kan. Una jugada maestra de la diplomacia del siglo VII», en *Stis ammudies tu omiru*. *Homenaje a la profesora Olga Omatos* , Vitoria, pp. 787-803.

Soto Chica, J., 2010: Bizantinos, sasánidas y musulmanes. El fin del Mundo antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642 , Granada (tesis doctoral).

Soto Chica, J., 2010: «El día de Ajnadain y los comienzos de la conquista árabe de Palestina», *Collectanea Christiana orientalia* , 7, pp. 231-252.

Soto Chica, J., 2012: Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes, 565-642 , Granada.

Soto Chica, J., 2012: «La crónica del 640 y el Concilio de Ctesifonte de 622», *Collectanea Christiana Orientalia* , 9, pp. 155-178.

Soto Chica, J., 2013: «Héraclius: Nouveau Constantin», en *Saint Emperor Constantine and Christianity* , Nis (Serbia), pp. 435-439.

Soto Chica, J., 2013: «Narsés y la conquista de Italia (552-554)», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 18, pp 46-52.

Soto Chica, J., 2013: «Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica 642-718», en L. A. García Moreno, E. Sánchez Medina (eds.), *Del Nilo al Guadalquivir, II Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica. Homenaje al profesor Yves Modéran* , Alcalá de Henares, 2013, pp. 299-340.

Soto Chica, J., 2014: «Yarmuk: la batalla que cambió Oriente», *Desperta Ferro Antigua y Medieval* , n.º 24, pp. 30-37.

Soto Chica, J., 2015: Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica, 565-642 , Granada.

Soto Chica, J., 2015: «Los efectivos del último ejército Sasánida. Una solución desde las fuentes», *Gladius* , n.º 35, pp. 61-76.

Soto Chica, J., 2015: «Egipto, los árabes y la conquista de la Libia marmárica, Pentápolis y Tripolitania. (642-698)», en A. García Moreno, E. Sánchez Medina (eds.), *Historia y representaciones. III. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica* , Madrid, pp. 541-606.

Soto Chica, J., 2015: «África disputada: los últimos años del África bizantina», en *Historiografía y representaciones* . III. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica, Madrid, pp. 457-514.

Soto Chica, J., 2015: «Una noticia Oriental olvidada sobre Ceuta y las Mauritanias. La reorganización y la defensa de los territorios africanos y del extremo occidente bizantino en la segunda mitad del siglo VII», en R. Rodríguez López, J. Robles Reyes, J. Vizcaíno Sánchez (eds.), *Navegando en un mar sin orillas. El legado de Roma y Bizancio en el Sureste de Hispania* , Almería, pp. 139-154.

Soto Chica, J., 2015: «Bizancio, la Persia Sasánida, los búlgaros y la disputa ávaro-turca por el control de las estepas (557-603)», *Byzantion Nea Hellas* , 34, pp. 117-134.

Soto Chica, J., 2017: «Los eslavos y la guerra. Las invasiones eslavas y los grandes poderes: Bizancio, Persia y los ávaros. 565-626», en M. Casas Olea, D. Ivanova Kovátcheva, Estudios sobre el Sudeste Europeo, Granada, pp. 27-91.

Soto Chica, J., 2017: «La gran guerra romano-persa y los orígenes de la Gran Bulgaria, 585-630», *Byzantion Nea Hellas* , 36, pp. 262-281.

Soto Chica J., 2017: «El emperador Heraclio, el verdadero Monte Ararat y las reliquias de Noé», en J. F. Meirinhos, C. López Alcalde, J. Rebalde, *Secrets and Discovery in the Middle Ages* , Barcelona, pp. 167174.

Soto Chica, J., 2017: «La invención del fuego griego y la lucha de bizantinos y árabes por el control del Mediterráneo: ingeniería militar y guerra naval en la Alta edad Media», en M. Gajate Bajo, L. González Piote (coords.), *Guerra y tecnología-interacción desde la Antigüedad al Presente* , Madrid, pp. 113-133.

Soto Chica, J., 2017: «El reino de Toledo y sus relaciones externas», *Desperta Ferro Arqueología e historia* , n.º 16, pp. 20-25.

Soto Chica, J., 2018: «La primera expedición árabe contra Chipre. Una nueva interpretación», en Chipre: una imagen cultural de la isla de Afrodita, Granada, pp. 23-36.

Soto Chica, J., Berenjeno Borrego, A. M., 2015: «La última posesión bizantina en la Península Ibérica: Mesopotamenoi- Mesopotaminoi. Nuevas aportaciones para su identificación», en R. Rodríguez López, J. Robles Reyes, J. Vizcaíno Sánchez (eds.), *Navegando en un mar sin orillas. El legado de Roma y Bizancio en el Sureste de Hispania* , Almería, pp. 163-194.

Soto Chica, J, García Amorós, M., 2017: «Heraclio, la caída de Cosroes y las cartas de la victoria», en A. Gallego Cuiñas (coord.), A. López López (coord.), A. Pociña Pérez (coord.), *La carta. Reflexiones interdisciplinares sobre la epistolografía* , Granada, pp. 77-94.

Soto Chica, J., García Amorós, M., 2019: «Nuevas e ignoradas noticias sobre la Kâhina y la conquista árabe del África bizantina: de reina de los bereberes a reina de los romanos», *Gladius* (en prensa).

Soto Chica, J., García Amorós, M.: «Los Sesenta Mártires de Gaza y la verdadera última legión: la Legio IIII Scythicae y la conquista árabe de Gaza 638 a. D.» (en prensa).

Soto Chica, J., Motos Guirao, E., 2009: «Guerra, economía, sociedad y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputado por bizantinos, persas y árabes. 602-642», en L. A. García Moreno, M. J. Viguera Molins, E. Sánchez Molina (eds.), *Del Nilo al Ebro. I Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica* , Alcalá de Henares, pp. 11-51.

Souther, P., Tixon, K. R., 2018: *El ejército romano del Bajo Imperio* , Madrid.

Stratos, A. N., 1968: *Byzantium in the Seventh Century. 602-634* , vol. I, Amsterdam.

Stratos, A. N., 1972: *Byzantium in the Seventh Century. 634-641* , vol. II, Amsterdam.

Stratos, A. N., 1980: «The naval engagement at Phoenix», *Charanis Studies: Essays in honor of Peter Charanis* , New Brunswick, pp. 229-247.

Stroheker's, K. F., 1946: Der senatorische adel in spatantiken Galuen , Tubingen.

Sutherland, E., 1997: In search of the picts. A Celtic Dark age Nation , London.

Tanabe, K., 2006: The Identification of the King of Kings in the upper register of the Larger Grotte, en M. Compareti, P. Raffetta, G. Scarzia (eds.), *Taq-i Bustan: Ardashir III Restated. Studies presented to Boris Il'ich Marshak on the occasion of His 70th Birthday* , Venice, pp. 583-601.

Tackholm, U., 1969: «Aetius and The Battle on the Catalaunian fields», *Opuscula Romana* , 7.15, pp. 259-276.

Tafazzoli, A., 2000: *Sasanian Society* , I. Warriors; II. Scribes; III, Dehkans, New York.

Teall, J., 1965: «The Barbarians in the Justinian Army», *Speculum,* 40, pp. 294-322.

The Anglo-Saxon Fyrd 400-878 , *disponible en* <https://regia.org/research/warfare/fyrd1.htm >

Thompson, A., 1977: «Britain, AD 406-410», *Britannia* , 8, pp. 303-318.

Thompson, E. A., 1948: *A History of Attila and the Huns* , Oxford.

Treadgold, W., 1995: *Byzantium and Its Army, 284-1081* , Stanford.

VV. AA., 2017: Historia visual de armas y armaduras , Barcelona.

Vizcaíno Sánchez, J., 2008: «Coraza laminar protobizantina procedente de Carthago Spartaria (Cartagena)», *Gladius* , 28, pp. 195-210.

Voisin, A-R., 2003: La bataille de Ballan-Miré: dite bataille de Poitiers, 732 .

Von Schnurbein, S., 1974: «Zum Ango», en G. Kossack, G. Ulbert, Studien zur vor-und frühgeschichtlichen Archäologie, Festschrift für Joachim Werner zum 65, Geburtstag. Münchner Beiträge zur Vorund Frühgeschichte Ergbd , 1 (München), pp. 411-433.

Wander, St. H., 1973: «The Kiprus Plates: The Story of David and Goliath», Metropolitan Museum Journal, V. 8.

Ward-Perkins, B., 2007: La caída de Roma y el fin de la civilización , Madrid.

Watt, M., 1956: *Muhammad at Medina* , Karachi.

Weir, W., 2007: 50 batallas que cambiaron el mundo , Barcelona.

Whitby, M., 1988: The Emperor Maurice and his Historian: Theophylact Simocatta on Persian and Balkan Warfare , Oxford.

Whitby, M., 1995: «Recruitment in Roman Armies from Justinian to Heraclius (ca. 565-615)», en A. Cameron, *The Byzantine and Early Islamic Near East* , vol. III: States, Resources and Armies, New Jersey, pp. 61-124.

Wiita, J. E., 1977: *The Ethnika in Byzantine Military Treatises* , University of Minnesota.

Wolfran, H., 1997: The Roman Empire and its Germanic peoples , Sacramento.

Yarshater, E., 1983: «The Seleucid, Parthian and Sassanid Periods», *The Cambridge History of Iran* , vol. 3, 2.º, Cambridge.

Zaki, A., 1956: *Anwâ` al-islâmiyya wa-mumayyizatuhu `ind `al-mu´allifîn al-'Arab* (Clases de espadas islámicas y sus características según los autores árabes), RIEEI, IV, pp. 47-57.

Zakeri, M., 1995: Sasanid Soldiers in Early Muslim Society: The origins of Aiyaran and Futuwxva , Wiesbaden.

Zuckerman, C., 2005: «Learning from the enemy and more Studies in Dark centuries. Byzantium», *Millennium* 2, pp. 79-138.

Créditos de las imágenes

Todas las imágenes son de dominio público excepto las siguientes:

Página 68 , Figura 20 : Ilkka Syvanne

Página 144 , Figura 25 y página 145 , Figura 26 : Fischbach, T., 2016: «L'armement dans les tombes des guerriers de la nécropole mérovingienne d'Erstein (Bas-Rhin)», *Archéologie médiévale* , 46, pp. 3-32.

Página 224 , Figura 39 : Lyndsay Kerr

Página 269 , Figura 50 : Sánchez, J., 2008: «Early Byzantine Lamellar Armour from Carthago Spartaria (Cartagena, Spain)», *Gladius* , 28, 195-210.

Página 305, figuras 55-57 ; página 309 , figura 58 ; página 310 , figuras 59-60 ; y página 311 , figura 61 : Alberto Pérez Rubio

Página 542 , Figura 98 : ilustraciones realizadas por Gustavo García Jiménez, en García Jiménez, G., Codina i Vivó, D., 2003: «Sant Julià de Ramis y Puig Rom: dos ejemplos de yacimientos con armamento y equipamiento militar visigodo en el noreste peninsular», *Gladius* , 23, 161-190.

Página 575 , Figura 102 : David Nicolle

En el pliego a color:

Página 4 : Alberto Pérez Rubio



Listado de algunas de las unidades asignadas al *magister peditum* del Imperio romano de Occidente recogida en la *Notitia Dignitatum* . En la imagen se encuentran las unidades *Honoriani Iunores* (Honorianos Nuevos), *Honoriani Seniores* (Honorianos Veteranos) y *Honoriani Gallicani* (Honorianos galos), formadas las tres durante el reinado del emperador Honorio (395-423). La imagen procede de la copia encargada en 1436 por Pietro Donato e iluminada por Peronet Lamy, actualmente en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.



Las *fabricae* eran centro de producción de armas, y se hallaban bajo la autoridad del *magister officiorum* . Cada *fabricae* estaba altamente especializada en la fabricación de una o más piezas del equipo militar. Así sabemos de algunas que no producían más que espadas, armaduras, escudos, etc. y de otras que en la práctica fabricaban toda la panoplia, defensiva y ofensiva. Imagen de la copia de 1436 de la *Notitia Dignitatum* .



Detalle de la decoración musivaria de la villa de Casale en Piazza Amerina (Sicilia, Italia), del siglo IV, en el que aparece el presumible dueño de la villa y dos soldados, a tenor de su atuendo miltar. Las tres figuras se visten con túnicas adornadas en los hombros con medallones (*orbiculi*) y tiras en las mangas, bajo los que portan pantalones (*bracae*). Sobre la túnica, llevan un *pallium* , el típico manto militar sujeto por una fíbula. La figura central se toca con el llama-do *pilleus pannonicus* , un gorro de fieltro popular en el ámbito militar.



Fresco que representa a Flavius Maximianus, soldado romano enterrado en las catacumbas de Villa Maria, Siracusa (Sicilia, Italia), fechado en torno a los años 315-360. El soldado viste túnica roja con mangas largas, y se arma con una lanza que sostiene con la diestra. Con la mano restante sostiene un escudo ovalado, aquí parcialmente visible, dotado de un motivo en forma de creciente (emblema propio de la unidad militar). Se toca con un casco de tipo Intercisa, dotado de carrilleras, amplia cresta metálica y “ojos” sobre la frente.



Yelmo encontrado en Berkasovo (Serbia) y que ha dado nombre a este tipo de cascos, fechado en la primera mitad del s. IV d. C. Se trata de un ejemplar –extremadamente ornamentado– perteneciente a la familia de los *ridge helmets* . Está fabricado en resistente hierro, pero se cubre con lámina de plata sobredorada, decorada a su vez con piedras preciosas, vidrio y camafeos embutidos en cabujones dispersos a lo largo de su superficie exterior. Sin duda debió de pertenecer a un miembro de la corte o militar de alto rango. La numismática del emperador Constantino el Grande (*reg* . 310-337) nos lo muestra tocado de un casco muy similar, y la descripción que Amiano Marcelino (XXVII.10.10) hace del casco del emperador Valentiniano I (*reg* . 364-375) refiere que estaba "adornado con oro y piedras preciosas". Museo Voivodine, Novi Sad, Serbia.



Casco de tipo *spangenhelm* , de hierro con decoraciones en bronce y oro (ss. VI-VII). Su factura y la decoración con racimos de uvas en su reborde lo incluyen dentro de un grupo de yelmos de lujo, probablemente enviados como regalo diplomático por las cortes ostrogoda o bizantina a otras cortes de la Europa bárbara. Estos cascos contarían, en origen, con carrilleras, nasal y un guardanuca de malla. En este ejemplar destaca su rica decoración incisa, con figuras animales y humanas, y una cruz, que señala la profesión de fe de su dueño. The Metropolitan Museum, Nueva York.



Una de las cinco placas de marfil del conocido como díptico Barberni, en la que aparece un emperador romano triunfante a caballo, que ha sido identificado tentativamente con Justiniano. Detrás de la lanza aparece un bárbaro, oriental por su gorro frigio y holgados pantalones –¿persa?–, en actitud de sometimiento, y a los pies del emperador una representación de la tierra. A la derecha, apoyada sobre un orbe con una cruz, una Victoria que sostiene una palma, su símbolo. En el panel izquierdo, un dignatario ataviado militarmente ofrece al emperador una estatuilla de la Victoria. En la parte inferior, aparecen a la izquierda bárbaros orientales presentando tributo, mientras que los de la derecha –indios– ofrecen marfil; los separa otra Victoria, que se ha interpretado a veces como un ángel, lo que enlazaría la escena con la presentación de ofrendas de los Reyes Magos, poniendo en paralelo el plano secular y el religioso. Este aparece en el panel superior, con dos ángeles presentando una *imago clipeata* de Cristo, bendiciendo y rodeado por el sol, la luna y una estrella. Museo del Louvre.



Jarra de oro del tesoro de Nagyszentmiklós (Rumania), sobre la que se representa a un jinete con un cautivo. El caballero se toca con un sencillo casco cónico y viste cota de malla, y sostiene una lanza con un gallardete. Su montura está ricamente enjaezada, con pinjantes y con la cola anudada a la manera de los pueblos túrquicos. No existe unanimidad sobre la datación de la pieza, con algunos autores decántanse por época ávara, aunque otros la consideran búlgara o jázara. Kunsthistorisches Museum, Viena.



A la izquierda, detalle de las piezas decorativas que cubrían la empuñadura y parte de la vaina de una espada tardosasánida, datada a principios del siglo VII. Las piezas que aquí vemos son las placas, fundidas en oro, destinadas a decorar la superficie tanto de la empuñadura como de la vaina. Las piezas cilíndricas que cubren la empuñadura muestran un motivo en forma de cuerda anudada flanqueada por sinuosos motivos vegetales. Es probable que el motivo en forma de cuerda sea el reflejo de la costumbre de aplicar cuerdas orgánicas sobre las empuñaduras sasánidas, lo que favorecería el agarre del arma. Instituto Smithsonian, Washington D. C.



Plato de plata sobredorada que representa a un monarca sasánida a caballo mientras alancea a un contrincante, lo más probable es que se trate de un guerrero bizantino a tenor de su armadura. El rey persa, sin casco y con corona –una convención–, empuña un *contus* a dos manos, y su atavío es el de un *savaran* , pues cubre su armadura con sobreveste de seda para evitar que el sol caliente en exceso el metal y viste pantalones, adecuados para la monta. La montura de su oponente ha recibido un flechazo y por eso se dobla. La descarga de flechas precedía, a menudo, la carga, para romper o debilitar la línea enemiga. Azerbaijan Museum, Tabriz.



Corona votiva del rey visigodo Recesvinto (*reg* . 649-672), Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Los monarcas visigodos, a semejanza de los emperadores bizantinos, ofrecieron cruces y coronas a algunas iglesias. Esta, junto a otro conjunto de coronas y joyas, fue escondida en lo que ahora es el pueblo de Guarrazar, en las cercanías de Toledo, probablemente coincidiendo con la invasión musulmana. En el cronista ibn Idarí, del siglo XIII, encontramos eco de esto, que se enlaza con las leyendas sobre el fin de la Hispania visigoda: «Y abrió (Ruderiq [Rodrigo]) la casa donde se guardaba el arca, en que se escribía el nombre del rey que moría y se había colocado la corona de cuantos subieron al trono… Y cuentan que edificó en particular para sí otra casa semejante a aquella, resplandeciente de oro y plata, novedad que no placía a las gentes; y como pretendiera abrir la antigua y asimismo el arca [...] Cuando las abrió encontró en la casa la corona de los reyes y figuras de árabes, blandiendo sus arcos y con turbantes en la cabeza, y en el fondo del arca escrito: Cuando se abriere esta arca y se sacaren las figuras, entrará Al-Andalus un pueblo con… turbantes en la cabeza […] Y cuando fué Táriq a Tolaitola [Toledo], halló en ella la mesa de Suleimán con figuras de árabes y bereberes a caballo», Historias de al-Ándalus por Aben-Adhari de Marruecos (trad. Francisco Fernández González, 1860).